

NUNC COGNOSCO EX PARTE



TRENT UNIVERSITY
LIBRARY



Digitized by the Internet Archive
in 2019 with funding from
Kahle/Austin Foundation

OBRAS
DE
LOPE DE VEGA

OBRAS
DE
LOPE DE VEGA

PUBLICADAS

POR LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

(NUEVA EDICION)

OBRAS DRAMATICAS

TOMO X



MADRID
IMPRENTA DE GALO SAEZ
MESON DE PAÑOS, 8
1930

PRÓLOGO

Publicamos en el presente volumen las veinte piezas dramáticas siguientes: *Los Torneos de Aragón*; *La traición bien acertada*; *El triunfo de la humildad*; *El valor de las mujeres*; *El vencido vencedor*; *La venganza venturosa*; *La ventura en la desgracia*; *La ventura sin buscalla*; *Ventura y atrevimiento*; *Ver y no creer*; *La villana de Getafe*; *La vitoria de la honra*; *Viuda, casada y doncella*; *Ya anda la de Mazagatos*; *Los yerros por amor*; *Allá darás rayo*; *Amor con vista*; *Amor, pleito y desafío*; *Las burlas veras*, y *La Carbonera*.

Esta última fué publicada por don Marcelino Menéndez Pelayo (1), pero habiendo logrado encontrar el manuscrito del *tercer acto*, que se creía perdido y que ofrece variantes de gran interés, la reproducimos de nuevo.

Las demás son rarísimas, y alguna como *Allá darás rayo* desconocida para los bibliógrafos modernos, por haber estado extraviada largo tiempo la *Parte XXVII extravagante* de Lope, en la que se halla con otras seis.

Damos a continuación noticia particular y detallada de cada una de ellas.

I. Los torneos de Aragón.

Citada por Lope en la primera edición de *El Peregrino en su patria*, 1604. Se imprimió en la *Parte IV*, en Madrid, 1614, y fué reproducida en Barcelona en el mismo año y en Pamplona en 1624 (2).

(1) *Obras de Lope de Vega*, publicadas por la Real Academia Española, vol. IX, Madrid, 1899, págs. 523-554.

(2) *Doze / Comedias de / Lope de Vega / Carpio familiar del / Santo Oficio. / Sacadas de sus originales. / Quarta parte. / Dirigidas a Don Lvy's Fernandez / de Cordoua, Cardona y Arago[n] / Duque de Sessa, Duque de Soma, Duque de / Vaena, Marques de Poza, Conde de Cabra, Conde de Palamos / Conde de Oliuito, Vizconde de Yznajar, Señor de las / Baronias de Velpuche, Liñola, y Calonge, / Gran Almirante de Napoles. / Año [Escudo del impresor] 1614. /*

Publicamos el texto y variantes de las dos primeras ediciones, denominando *M* a la de Madrid y *B* a la de Barcelona.

Hizo la de Madrid Gaspar de Porres, el gran amigo de Lope, con pleno consentimiento y beneplácito de éste, como puede comprobarse por una carta que el Fénix escribió desde Toledo, en abril de 1614, al duque de Sessa, en la que le dice haber recibido el ejemplar que le envió Porres comunicándole que otro quedaba ya en manos del duque (3).

Escrita mucho antes de 1604, permaneció inédita hasta que la dió a las prensas Porres, quien declara en el prólogo a los lectores que el autor *nunca las hizo para imprimirlas*, lamentándose de los bárbaros errores contenidos en las copias que corrían, por lo que se decidió a sacarlas a luz conforme a los

Con privilegio. / En Madrid, Por Miguel Serrano de Vargas. / A costa de Miguel de Siles librero. / Vendese en su casa en la calle Real de las Descalças.

En 4.º—4 hoj. + 296 fol. (en realidad 322 por las erratas en la foliación).—Signaturas: A-Aa-Ss.—Texto a dos columnas.

Portada.—V. en blanco.—Hoja 2, r.: Títulos de las comedias.—V.: Tasa, Madrid 14 de marzo de 1614. Fe de erratas, Madrid 11 de marzo de 1614.—Hoja 3, r.: Aprobación de Tomás Gracián Dantisco, Madrid, 11 de enero de 1614. Aprobación del trinitario Fr. Juan Bautista: Madrid, 20 de diciembre de 1613.—V.: Privilegio por diez años a Gaspar de Porres, Madrid, 5 de febrero de 1614.—Hoja 4 r.: Dedicatoria de Porres al Duque de Sessa.—V.: A los lectores.—Fol. 1 Texto.

Contiene: Fol. 1, Laura perseguida; fol. 29, El nuevo mundo descubierto por Cristóbal Colón; fol. 53, El asalto de Mastrique por el Príncipe de Parma; fol. 72, Peribáñez y el Comendador de Ocaña; fol. 102, El genovés liberal; fol. 130, *Los torneos de Aragón*; fol. 157, La boda entre dos maridos; fol. 177, El amigo por fuerza; fol. 189, El galán Castrucho; fol. 216, Los embustes de Zelauro; fol. 243, La fe rompida; fol. 272, El tirano castigado.

La segunda edición de esta Parte IV se hizo el mismo año en Barcelona:

Doze / Comedias de / Lope de Vega / Carpio familiar / del Santo Oficio. / Sacadas de `sus originales. / Quarta parte. / Dirigidas a Don Luyvs Fernandez de / Cordoua, Cardona, y Aragon, Duque de Sessa... [siguen los mismos títulos nobiliarios que figuran en la de Madrid, diferenciándose únicamente en que dice Calonga en vez de Calonge / Año [escudo tipográfico] 1614. / Con licencia del Ordinario. / En Barcelona, en casa Sebastián de Cormellas, al Call. / A costa de Juan de Bonilla, Mercader de libros.

En 4.º—4 hojas + 287 fol. (312 por las erratas).—Signaturas: A-Nn4.—Texto a dos columnas.

Portada.—V. en blanco.—Hoja 1, r.: Aprobación de Tomás Gracián Dantisco; Madrid, 11 de enero de 1614.—Aprobación del Presentado trinitario Fr. Juan Bautista; Madrid, 20 de diciembre de 1613.—V.: Aprobación de Fr. Alberto Soldevilla; Barcelona, 26 de abril de 1614.—Licencia de impresión del Obispo de Barcelona [Don Luis Sans]; Barcelona, 28 de abril de 1614.—Hoja 2, r.: Dedicatoria de Gaspar de Porres al Duque de Sessa.—V.: A los lectores.—Fol. 1, texto.

Contiene: Fol. 1, Laura perseguida; fol. 29, El nuevo mundo descubierto por Cristóbal Colón; fol. 53, El asalto de Mastrique por el Príncipe de Parma; fol. 76, Peribáñez y el Comendador de Ocaña; fol. 101, El genovés liberal; fol. 127, *Los torneos de Aragón*; fol. 152, La boda entre dos maridos; fol. 178, El amigo por fuerza; fol. 207, El galán Castrucho; fol. 233, Los embustes de Zelauro; fol. 260, La fe rompida; 286, El tirano castigado.

(3) Rennert y Castro: *Vida de Lope de Vega*, Madrid, 1919, pág. 222.

originales que poseía. En el mismo prólogo defiende a Lope de las severas inculpaciones que sobre él cayeron por su gentil desenfado en despreciar la observancia de las tan traídas y llevadas reglas dramáticas.

La desbordante fantasía de nuestro autor no se detuvo en esta comedia, ni en otras muchas, ante los anacronismos. Hizo girar a los personajes en un ambiente histórico, sin importarle gran cosa la exactitud en fechas ni lugares, concertando a capricho enlaces matrimoniales de reyes y princesas, preocupado únicamente de llevar el desenlace a feliz término. Pero sabe dar tal colorido a la ficción, que ni desentonan ni pierden majestad las altas personas que intervienen con acción digna y lenguaje propio.

No es fácil fijar con exactitud la fecha en que pudiera haberse escrito *Los torneos de Aragón*. Desde luego, examinando los caracteres internos de su técnica, podemos afirmar que es obra de la juventud de Lope. La excesiva acumulación de incidentes y situaciones dramáticas, que contrasta con la elegante sobriedad de la mayor parte de sus obras, la ingenuidad del plan, no exento de confusión en ciertos momentos; algunas escenas poco ponderadas; los continuos cambios de lugar; el pueril afán de mostrar conocimientos geográficos, y, determinadas veces, un inexplicable desmayo en la versificación, demuestran que aún no había alcanzado la gallarda madurez de su inconfundible estilo.

Si reconocemos veracidad a la dudosa aserción hecha por Lope en la dedicatoria a Montalván de *La Francesilla* (Parte XIII, 1620), fué ésta la primera comedia en que introdujo la *figura del donaire*; en *El maestro de danzar*, compuesta muy probablemente antes de 1594, aparece ya el *gracioso*; debe, por tanto, asignarse fecha anterior a *La Francesilla* y, por la misma causa, a *Los torneos de Aragón*, en que tampoco existe propiamente la *figura del donaire*, pues si bien *Estela*, disfrazada de loco, hace y dice algunas bufonadas, no es porque el carácter del personaje sea naturalmente jocoso, sino por la especial situación de fingimiento con que encubre su verdadera personalidad. Las irónicas mordacidades de *Estela*, por lo sutiles, antes provocan a meditación que a risa.

Lope utilizó el mismo recurso escénico de cambiar sus vestiduras femeninas en hábito de loco una mujer gozada o despreciada, para ir tras el amante burlador y recuperar su cariño, en *El valor de las mujeres* (4).

Sabido es que en el proceso con que en diciembre de 1587 terminaron los

(4) V. pág. 131 del presente volumen.

tumultuosos amoríos con Eléna Osorio (5), hizo constar Lope, como descargo, que la enemistad con que le perseguía el representante Jerónimo Velázquez, provino principalmente de haber dejado de darle comedias para entregarlas a Porres; y aunque, con afán legítimo de propia defensa, embrolló cuanto pudo sus declaraciones, resulta indudable que en este tiempo era ya amigo de Porres y le proveía de comedias.

Acaso una sería *Los torneos de Aragón*, escrita, no por granjería, sino por “su gusto y a ratos ociosos”.

II. La traición bien acertada.

Mencionada en el *Peregrino* de 1604. Se publicó en la *Parte I*, reimpressa muchas veces. La primera edición, hoy desconocida, se hizo en Valencia en 1604, según se demuestra por la *aprobación* que figura al frente de la de Valladolid del mismo año: “Estas doce comedias de Lope de Vega, que *han sido impresas en Valencia*, no tienen cosa que ofenda, y así se puede dar licencia para imprimirse. En Valladolid a 12 de febrero de 1604. El secretario, Juan Gracián Dantisco.”

Barrera (*Obras de Lope* publicadas por la Real Academia Española, tomo I, Madrid, 1890, pág. 133) encuentra una contradicción entre el *recopilador* Bernardo Grassa, seguramente valenciano, que consta en la portada, y Alonso Pérez, librero, que en la dedicatoria a don Antonio Ramírez de Prado, que va en las de Valladolid, 1604, y Amberes, 1607, dice: “Habiendo llegó a mis manos algunas obras de Lope de Vega, y hecho elección de estas doce comedias por haber sido las más aceptas y bien recibidas de todas, de mejor verso y más sentencias, me resolví a imprimillas, y pareciéndome que no era bien sacallas a luz sin dallas un protector..., etc.” Y encontrando incompatibles a Grassa y a Pérez, termina Barrera: “Desate, pues, el curioso este nudo.”

Alonso Pérez no hizo más que reimprimir la edición de Valencia, cosa entonces corriente, hecha casi con certeza sin permiso del autor, lo que era más frecuente aún, por el desbarajuste que reinaba en los diferentes *reinos* en que se consideraba dividida España para los *privilegios* de impresión, circunstancia de la que se aprovechaban los editores de la época, haciendo ediciones y más ediciones, robándose unos a otros y todos al autor, que no recibía por

(5) A. Tomillo y C. Pérez Pastor: *Proceso de Lope de Vega por libelos contra unos cómicos*, Madrid, 1901.

ellas ni un maravedí como fruto de su trabajo. Cada editor dedicaba su edición al mecenas que consideraba como árbol más frondoso, cobijándose a su buena sombra, y así vemos que, en esta misma *Parte I*, la edición de Zaragoza, 1604, está dirigida a don Gabriel Blasco de Aragón; la de Valencia, 1605, a don Valeriano Boyl; las de Valladolid, 1604 y 1607, a don Antonio Ramírez de Prado; la de Valladolid, 1609, a don Gabriel de Nao; la de Milán, 1609, a don Juan de Figueroa, y la de Madrid, 1621, a diversas personas, no obstante haberse hecho esta última también a costa de Alonso Pérez, quien ya las había anteriormente dedicado a un solo prócer. El primer colector fué Grassa, y Alonso Pérez, gran amigo de Lope como es sabido, aprovechó la ocasión de llegar a sus manos la edición de Valencia, 1604, que por ser de este reino no necesitaba aprobación, primero tal vez para restituir al Fénix en sus derechos, y después, en vista de que las doce comedias habían sido las *más aceptas*, para *imprimillas* de nuevo ya que fueron bien recibidas, encontrándose lindamente el trabajo hecho, pues Grassa tendría sus motivos para no protestar, y avalorando la dedicatoria a Ramírez de Prado con la ambigua habilidad de que había *hecho elección de ellas*, no diciendo ni aun pensando decir que las había *recopilado* por cuanto claramente constaba en la portada el nombre y los méritos de Bernardo Grassa.

Para nuestra impresión hemos tenido presentes las ediciones de: Zaragoza, 1604, a la que denominamos *Z*; Valencia, 1605 (*V*); Amberes, 1607 (*A*); Valladolid, 1609 (*Va*); Milán, 1619 (*Mi*); y Madrid, 1621 (*M*). Damos de ellas hasta la más pequeña variante (6).

(6) *Las / Comedias del / famoso poeta / Lope de Vega / Carpio. / Recopiladas por Bernardo Grassa. / Dirigidas al Ilustrísimo Señor Don Grabiél (sic) Blasco de Alagon Conde de / Sastago / Señor de las Baronias de Espes y Escuer, / Camarlengo del Rey nuestro scñor. / Las que en este Libro se contienen, van a la buelta desta hoja. / Año [escudo del mecenas] M.DC.III. / Con licencia de los Supcriores. / En Çaragoça. Por Angelo Tauanno.*

Al fin: *Impressas con licencia. / En Çaragoça. / Por Angelo Tauanno. Año / M.DC.III. (sic.)*

En 4.º—4 hoj. + 12 hoj. + 176 fol. + 191 fol. + 1 hoj. (dos partes en un volumen).—Signaturas: + — + + 4—a—y 5—AAa5.—Texto a dos col.—Portada.—V.: Títulos de las comedias.—Hoja 1, r.: Aprobación del Doctor Juan Briz Martínez, Zaragoza, 4 de noviembre de 1603. Aprobación del Vicario General Licenciado Pedro de Moya, y por su mandado Jerónimo de Iturralde, Zaragoza 12 de noviembre de 1603.—V.: Licencia de impresión del Cardenal Ascanio Colona, Zaragoza, 15 de octubre de 1603.—Hoja 2, r.: Dedicatoria.—V.: Prólogo al lector.—Hoja 4, r.: *Comiençan / las loas destas comedias*.—Contiene: Primera parte: Fol. 1, r.: Los donaires de Matico; fol. 28, v.: El perseguido; fol. 69, v.: El cerco de Santa Fe e ilustré hazaña de Garcilaso de la Vega; fol. 91, r.: Comedia de Wamba; fol. 120, r.: *La traición bien acertada*; fol. 148, r.: El hijo de Reduán. Segunda parte: Fol. 1, r.: Ursón y Valentín; fol. 33, r.: El casamiento en la muerte; fol. 75, r.: La escolástica celosa; fol. 102, r.: La amistad pagada; fol. 135, v.: El Molino; fol. 166, v.: El testimonio vengado.

Comedias / famosas / del poeta Lope / de Vega Carpio. / Recopiladas por Bernardo Grassa.

Tenemos en esta comedia un ejemplo que prueba la influencia de Juan de la Cueva sobre Lope. En el acto tercero (pág. 67, *b*) cuando se hacen diligencias para encontrar a la desaparecida POLICENA, al padre afligido se le ocurre como último recurso el acudir a un *sortilego*, quien con sus horóscopos acaso pudiera indicar su paradero. La consulta da buen resultado, por cuanto en otra escena posterior (pág. 71, *a*) dicen VIRGINIO y el GOBERNADOR, satisfechos de haber apelado al ocultismo: *Gran ciencia ha mostrado ahora. Gran fama tiene por ella*. El astrólogo adivina, en efecto, las circunstancias misteriosas de la desaparición. Juan de la Cueva utilizó constantemente los hechiceros como un recurso naturalísimo para lograr el desenlace en sus comedias y tragedias. Así puede verse en *El infamador*, jornada segunda, y en *El viejo enamorado*, jornada segunda, que aparecen *mágicos* que con sus artes poderosas intervienen cambiando el curso de la acción dramática.

/ Dirigidas a Don Valerian Boyl, / Señor de Masa Magrel. / Van añadidos en esta impression muchos / entremeses. / Año de [Escudo de España] M.DC.V. / Con licencia. / Impressas en Valencia, en casa de Gaspar Leger, en la calle / de Quarte cerca la Puridad. 1605. / A costa de Francisco Miguel mercader de libros.

Al fin: Impressas en Valencia, en casa de / Gaspar Leger, en la calle de Quarte, / Año M.DC.V.

En 4.º—20 hoj. + 344 pág. + 258 pág. + 8 hoj.—Signaturas: A—r5—A—S3.—Texto a dos col.—Portada.—V. en blanco.—Hoja 1, r.: Prólogo al lector.—V. en blanco.—Hoja 2, r.: Aprobación de Pedro Juan Asensio, Valencia, 10 de noviembre de 1604, y de Roig, Abogado del Fisco. V.: Dedicatoria.—Hoja 3, r.: *Primera parte de / entremeses, de las come / dias de Lope de Vega. / Entremes primero de Melisenda*.—Hoja 5 r.: *Entremés segundo del padre engañado*. Hoja 8, r.: *Entremés III del capeador*.—Hoja 10, v.: *Entremés IIII del doctor simple*.—Hoja 13, r.: *Entremés V de Pedro Hernández corregidor*.—Hoja 16, r.: Fin de los entremeses.

Siguen las mismas comedias de la edición anterior. *La traición bien acertada* se halla impresa en la segunda parte, págs. 171-214. En las últimas ocho hojas, van las *loas*.

Las / Comedias / del famoso / poeta Lope de / Vega Carpio. / Recopiladas por Bernardo / Grassa. / Agora nuevamente im- / pressas y emendadas. / Dirigidas al Licenciado don Antonio Ramirez de / Prado, del Conscjo de su Magestad y su Fiscal / en el de la Cruzada. / Las que en este libro se contienen van a la buelta / desta hoja. / [Escudo tipográfico.] / En Amberes, / en casa de Martin Nvcio, / a las dos cigüeñas, / Año M.DC. VII.

En 4.º—622 págs.—Signaturas A2—Qq5.—Texto a dos col.—Portada.—V.: Títulos de las comedias.—Pág. 3: Dedicatoria.—Pág. 4: Aprobación de Juan Gracián Dantisco, Valladolid, 7 de febrero de 1604.—Pág. 5: Loas.—Pág. 21: Comienzan las comedias.

Contiene las mismas comedias que las dos ediciones anteriores. *La traición bien acertada* se halla en las págs. 217-265.

Las / Come / dias del famoso / poeta Lope de / Vega Carpio. / Recopiladas por / Bernardo Grassa. / Agora nuevamente impres / sas y emendadas con doze entremeses / añadidos. / Dirigidas a Don / Gabriel de Nao vezino de Valladolid. / Las que en este libro se contienen van a la buelta desta hoja. / Año [adorno tipográfico] 1609. / Con licencia. En Valladolid / Por Iuan de Bostillo, en la calle de Samano. / Vendese en casa de Antonio Coello.

Al fin: *En Valladolid. / Por Iuan de Bostillo. / M.DC.IX.*

En 4.º—4 hoj. + 366 fol.—Signaturas: A—Zz3.—Texto a dos col.—Portada.—V.: Títulos de las comedias.—Hoja 1, r.: Tasa, Francisco Martinez, Madrid, 24 de julio de 1609.—V.: Erra-

ca; idéntica situación a la de este pasaje de *La traición bien acertada*, existe en *La constancia de Arcelina*, jornada segunda; *Orbante*, mago, después de hacer un formidable conjuro, dice a *Fulcino* en dónde podrá hallar a *Arcelina* (7). La semejanza es innegable, aunque Lope, con más cautela y escrupulosidad, no se atrevió a sacar a las tablas el brujo con sus hechicerías, bien conocidas por el Fénix, pues hacia 1580 estudió con Juan Bautista de Labaña matemáticas y otras *curiosas* ciencias, entre ellas astrología judiciaria (8), dedicándole un soneto en las rimas que van en la segunda parte de *La Hermosura de Angélica*, lleno de terminología matemático-astrológica.

Otro pasaje nos ofrece un curioso recuerdo de la juventud de Lope. Hay una escena (pág. 58) en que puntualmente se describen diversos recursos de esgrimidor para desembarazarse del contrario sin peligro. Da la sensación de ser una lección acabada de aprender, y que un discípulo entusiasmado y en-

tas, el Doctor Agustín de Vergara, Valladolid, 20 de abril de 1609. Aprobación, Juan Gracián Dantisco, Valladolid, 17 de febrero de 1604.—Hoja 2, r.: Licencia de impresión, escribano Francisco Martínez, Madrid, 8 de diciembre de 1608.

Contiene las mismas comedias que las tres anteriores. *La traición bien acertada* ocupa los folios 117-140.

Las / comedias / del famoso / poeta Lope de / Vega Carpio. / Recopiladas por Bernardo / Grassa. / Agora nuevamente im- / pressas y emendadas. / Dirigidas al Illustriss. Don Iuan de Figuecroa Villegas, / Cauallero de la orden de Alcantara, Capitan de / Corazas en el Estado de Milan por S. M. / Las que en este libro se contienen van a la buelta desta hoja. / [Escudo tipográfico.] / En Milan / A costa de Iuan Baptista Bidelli Librero. 1619. Años.

En 8.º—622 págs.—Signaturas: A2-Qq4.—Texto a dos col.—Portada.—V.: Títulos de las comedias.—Licencia de impresión; Fr. Juan Bautista Spadio, Vicario General de la Inquisición; Guillermo Vidoni, teólogo, por el Cardenal Arzobispo; Saco, por el Senado; Milán, 1 de enero de 1619.—Pág. 3: Dedicatoria, Milán, 1 de junio de 1619.

Contiene las mismas comedias que las cuatro anteriores. *La traición bien acertada* va en las páginas 217-266.

Primera / Parte de / las comedias de / Lope de Vega Carpio, Procu / rador Fiscal de la Camara Apostolica, y / Familiar del Santo Oficio de / la Inquisicion. / Dirigidas a diver / sas personas. / Año [Escudo tipográfico] / 1621. / Con privilegio. / En Madrid, por la Viuda de Alonso Martin. / A costa de Alonso Perez de Montaluan, mercader de libros.

Al fin: *En Valladolid. / Por Iuan de Bostillo. / M.DC.IX.*

En 4.º—366 fol.—Signaturas: A-Zz3.—Texto a dos columnas.—Portada.—Falto de las hojas preliminares y del fol. 1, en el que comenzaban las loas.—Fol. 10: Comienza el texto de las comedias, que son las mismas de las cinco ediciones anteriores.—Fol. 33: Comienzan los entremeses.

La traición bien acertada se encuentra en los folios 117-140.

Esta edición está hecha a plana y renglón con la de Valladolid, 1609, aunque difiere el tipo de letra. El último fol. 365, se añadió, para completar el volumen, de la referida de Valladolid, 1609, en cuyo verso va el colofón correspondiente, en contradicción con la portada.

(7) *Primera parte de las comedias de Juan de la Cueva, Sevilla, 1588. Fols. 316, 252, y 145, respectivamente.*

(8) Barrera: *Nueva biografía (Obras de Lope de Vega publicadas por la Real Academia Española, vol. I, pag. 27).*

vanecido repitiese, deseoso de lucir sus progresos con la espada. En *La Dorothea*, refiriéndose a Elena Osorio, dice que le *permitía apartar de su lado para tomar lección de danzar y de esgrimir*, y en la *Oración fúnebre* pronunciada por Fernando Cardoso en las exequias de Lope (9) se alude a que ejercitaba sus ocios en la esgrima hacia 1586.

Estos dos detalles y la fervorosa alabanza que hace a las armas victoriosas de Felipe (pág. 67, *b*) en toda Europa y en Africa, lo que indica que se trata de Felipe II (10), aparte de la contextura de la comedia y de algunas ligeras imperfecciones en la versificación, tales como rimar *aprovechase* con *hace* (pág. 45, *a*, versos 5 y 6), la falta de sílabas (pág. 45, *b*, versos 7 y 41) y la mala colocación de acentos (pág. 46, *a*, verso 3) (aunque estas pequeñas faltas pudieran ser imputables a las ediciones o a las malas copias de que Lope se servía para imprimir sus obras cuando, como casi siempre le sucedió, no encontraba los originales), nos inducen a afirmar que *La traición bien acertada* es una de las comedias primeras de Lope, en la que apunta en el truhán Favila la figura del donaire, aunque sin lograr plenamente los acabados perfiles del tipo de gracioso, tan característico en nuestro teatro clásico.

III. El triunfo de la humildad y soberbia vencida.

Figura en el *Peregrino* de 1618. Se publicó en la *Parte X* de la que se hicieron varias ediciones. Para nuestra impresión y variantes seguimos las de Madrid, 1618 (*M*); Barcelona, 1618 (*B*), y Madrid, 1621 (*Ma*) (11).

(9) Inserta en las *Obras sueltas de Lope*, Madrid, Sancha, 1776-79, vol. XIX, pág. 482.

(10) Milton A. Buchanan: *Chorley's catalogue of Comedias and autos of Frey Lope Félix de Vega Carpio*, en *Modern Language Notes*, t. XXIV (1909), págs. 167-171 y 198-204.

(11) *Decima / Parte de / las comedias de / Lope de Vega Carpio, Familiar / del Santo Oficio, / sacadas de sus originales. / Dirigidas por el mismo / al Excelentissimo señor Marques de Santacruz. / Capitan General de la esquadra / de España. / Año [Escudo tipográfico] 1618. / Con privilegio / En Madrid, Por la viuda de Alonso Martin de Balboa. / A costa de Miguel de Siles mercader de libros. / Vendese en su casa, en la calle Real de las Descalças.*

Al fin: *En Madrid, / Por Iuan de la Cuesta. / Año M.DC.XVIII.*

En 4.º—4 hoj. + 299 fol.—Signaturas: A-Pp2.—Texto a dos col.

Portada.—V. en blanco.—Hoja 1, *r.*: Títulos de las comedias.—V.: Tasa, Juan de Jerez, Madrid, 8 de enero de 1618.—Erratas, El licenciado Murcia de la Llana, Madrid, 8 de enero de 1618.—Aprobación, Doctor Gutierre de Cetina, Madrid, 7 de noviembre de 1617.—Hoja 2, *r.*: Aprobación, Fr. Alonso Remon, Mercedario, Madrid, 13 de noviembre de 1617.—Suma del privilegio. Juan de Jerez, Madrid, 27 de noviembre de 1617.—V.: Décima a Lope de Vega del Maestro Colindres, gramático, retórico y filósofo. Hoja 3, *r.*: Dedicatoria.—V.: Al lector.

Fol. 1, *r.*: El galán de la membrilla; fol. 28, *r.*: La venganza venturosa; fol. 53, *v.*: Don Lope de Cardona; fol. 78, *v.*: *El triunfo de la humildad y soberbia abatida*; fol. 102, *r.*: El amante agradecido; fol. 128, *r.*: Los guanches de Tenerife y conquista de Canaria; fol. 151 *v.*:

Varía constantemente su título; en el *Peregrino* es *La humildad y la soberbia*, y con el mismo se la denomina en la *tabla* de las tres ediciones mencionadas; en el texto de las de Madrid, 1618 y 1621, va encabezada con el de *El triunfo de la humildad y la soberbia abatida*; en la de Barcelona, 1618, lleva el de *El triunfo de la humildad y soberbia vencida*; pero al comienzo de los actos segundo y tercero de las tres ediciones, se llama *La humildad ensalzada*. La disparidad es sólo aparente. Medel (12), Huerta (13) y el mismo Lope en el *Peregrino* de 1618, citan *El príncipe carbonero*, hoy desconocida, y que bien pudiera ser otro título del *Triunfo de la humildad*.

Toda la comedia es un constante y a veces inverosímil panegírico de la humildad llevada hasta el último extremo.

También en esta comedia insiste Lope en su nunca olvidada ambición de

La otava maravilla; fol. 177, r.: El sembrar en buena tierra; fol. 198, r.: El blasón de los Chaves de Villalba; fol. 221, v.: Juan de Dios y Antón Martín; fol. 248, v.: La burgalesa de Lerma; fol. 273, r.: El poder vencido y amor premiado.

Decima parte / de las comedias / de Lope de Vega Carpio / familiar del Santo Oficio, / Sacadas de sus originales. / Dirigidas por el mismo / al Excelentísimo Señor Marques de Santa-cruz / Capitan general de la esquadra de España. / Año [escudo tip.] 1618. / Con licencia / Barcelona, Por Sebastian de Cormellas y a su costa.

En 4.º—4 hoj. + 298 fol.—Signaturas: A-Mm6.—Texto a 2 col.

Portada.—V. en blanco.—Hoja 1, r.: Dedicatoria.—V. Al letor.—Hoja 2, r.: Aprobación, Fr. Onofre de Requesens, Prior de Santa Catalina, Barcelona, 4 de abril de 1618.—Licencia del Obispo de Barcelona D. Luis Sans y por su mandado Calba y de Vallseca.—V. Décima del Maestro Colindres a Lope.—Hoja 3: Títulos de las comedias.—V. Tasa. Aprobación como la de Madrid.

Contiene las mismas comedias que la anterior. *Triunfo de la humildad y soberbia vencida*, se halla en los fol. 77-100.

Decima / parte de / las Comedias de / Lope de Vega Carpio, Familiar / del Santo Oficio. / Sacadas de sus originales. / Dirigidas por el mismo / al Excelentísimo señor Marques de Santacruz / Capitan General de la esquadra / de España / Año [escudo tipográfico] 1621. / Con privilegio. / En Madrid, por Diego Flamenco. / A costa de Miguel de Siles mercader de libros. / Vendese en su casa en la calle Real de las Descalças.

Al fin: *En Madrid / Por Fernando Correa de Monte-Negro, / Año M.DC.XX.*

En 4.º—4 hoj. + 272 fol.—Signaturas: A-Ll4.—Texto a dos columnas.

Portada.—V. en blanco.—Hoj. 2, r.: Títulos de las comedias.—V.: Tasa, Juan de Jerez, Madrid, 8 de enero de 1618.—Erratas, Licenciado Murcia de la Llana, Madrid, 22 de diciembre de 1620.—Aprobación, Doctor Gutierre de Cetina, 7 de noviembre de 1617.—Hoja 3, r.: Aprobación, Fr. Alonso Remon, Madrid, 13 de noviembre de 1617.—Suma del privilegio, Madrid, 27 de noviembre de 1617.—V.: Décima del maestro Colindres a Lope. Fol. 1, r.: Comienzan las comedias.

Contiene las mismas comedias que las dos ediciones anteriores. *Triunfo de la humildad y soberbia abatida* se encuentra en los folios 79, v.-102, r.

(12) Herederos de Francisco Medel del Castillo: *Indice alfabético de todos los títulos de comedias que se han escrito por varios autores antiguos y modernos*, Madrid, 1735.

(13) Vicente García de la Huerta: *Theatro español. Catálogo alfabético de las comedias, tragedias, etc.*, Madrid, 1785.

ser *coronista del rey* (pág. 99, *b*), que reiteró en cuantas ocasiones tuvo. Con este dato podemos fijar, aunque de modo relativo, su fecha. Apoya su petición esta vez en que desea fervientemente que la muerte no le halle *agradando a muchos*, esto es, escribiendo para el teatro, padeciendo trabajos. Esta lamentación de desamparo no se hubiera atrevido Lope a hacerla después de alcanzar la protección del duque de Sessa, pues la consideró siempre como un gran bien. La comedia es, pues, anterior a agosto de 1605, en que conoció, durante su estancia en la ex corte viniendo de Toledo, al que desde entonces sería su amigo generoso (14).

No podemos precisar si el *Filipo* es Felipe II o Felipe III. De ser Felipe II la comedia dataría de mucho antes.

En *El Triunfo de la humildad*, como en muchas de sus piezas, aparecen los *carboneros* como prototipo de aldeanos felices en su ignorancia. Sentía por estos sencillos campesinos una verdadera predilección, en recuerdo, sin duda, de alguna temporada pasada entre ellos, y no falta la escena del rey que persiguiendo la caza, alejado de sus cortesanos, se extravía en el monte.

IV. El valor de las mujeres.

Citada en el *Peregrino* de 1618, e impresa en la *Parte XVIII* (15). La dedicó Lope a su gran amigo el Doctor Matías de Porras, a la sazón Corregidor y Justicia Mayor de la provincia de Canta en el Perú. Databa de antiguo la amistad con Porras, a quien elogió en el *Laurel de Apolo*, dirigiéndole la epístola quinta de la Circe. Fué médico famoso en su tiempo, y autor de unas *Breves advertencias para beber frío con nieve*, publicadas hallándose en Lima, y de otra obra titulada *Concordancias medicinales de entrambos mundos*, y en 1602 escribió una décima laudatoria de Lope, que figura al frente de la *Angélica*.

(14) Rennert y Castro: *Obra citada*, pág. 167.

(15) *Decima octava / parte de / las comedias de / Lope de Vega Carpio, Pro- / curador Fiscal de la Camara Apostolica, y / Familiar del Santo Oficio de / la Inquisición. / Dirigida a diver- / sas personas. / Año [Escudo tipográfico] 1623. / Con privilegio. / En Madrid. Por Iuan Gonçalez. / A costa de Alonso Perez mercader de libros. Vendese en sus / casas en la calle de Santiago.*

Al fin: En Madrid / Por Iuan Gonçalez. / Año M.DC.XXII.

En 4.º—4 hoj. + 309 fol.—Signaturas: A-Qq4.—Texto a dos columnas.

Portada.—V. en blanco.—Hoja 1, r.: Tabla de las comedias.—V.: Tasa, Diego González de Villarroel, Madrid, 6 de diciembre de 1622.—Suma del privilegio (para las *Partes XVIII y XIX*), Madrid, 25 de junio de 1622.—Fe de erratas, Licenciado Murcia de la Llana, Madrid,

Nos da noticias Lope de su familia en la dedicatoria; su hija Marcela era ya monja descalza; su hijo Lope estaba en Sicilia a las órdenes del Marqués de Santa Cruz; Feliciano, su otra hija, hallábase con poca salud; y nuestro poeta, dedicado a su jardincillo, no tenía dinero, y entretenía sus horas con el estudio, quizá proyectando empresas de mayor empeño que las comedias, pensamientos corroborados por Sebastián Francisco de Medrano, colector de la *Parte XVIII*, el cual dice en el prólogo al lector: “Hanle tocado en suerte a esta decima octava parte doze comedias de las mejores que ha escrito Lope de Vega; y assi parece que se irán mejorando las que fueren saliendo, *si bien le he visto con ánimo de no proseguirlas ocupando en estudios de más consideración el tiempo que le cuesta el corregirlas* para que salgan más acertadas de la estampa, que no de todas se hallan los originales.”

Podemos imaginar la desolación de Lope al encontrar de nuevo al cabo de los años sus comedias, desfiguradas por *autores* y mutiladas por comediantes, teniendo que rehacerlas antes de imprimirlas. No es extraño que ante tales y tantos desafueros, desalentado, quisiera refugiarse en la recogida quietud de los libros desdeñando los halagüeños aplausos populares. Mas a pesar de todo continuó publicándolas hasta su muerte. Al autor dramático le es casi imposible alejarse voluntariamente de la escena.

Toda la comedia es una fervorosa exaltación de lo mucho que valen las mujeres, y cómo logran el fin que se proponen sin arredrarse ante los obstáculos por invencibles que parezcan, allanando con su astucia las mayores dificultades. No había de ser Lope una excepción del curioso fenómeno de los burladores de mujeres que, procurando engañarlas por todos los medios, son, no obstante, los que más caballerosamente las defienden en público.

El Fénix muestra en *El valor de las mujeres* sus enciclopédicas lecturas y su prodigiosa retentiva. Describe minuciosamente las calidades de las aves de

4 de diciembre de 1622.—Hoja 2, r.: Aprobación, Vicente Espinel, Madrid, 22 de junio de 1622. Aprobación, Doctor Diego Vela, Madrid, 16 de junio de 1622.—V.: Epigrama latino de Benito Milán.—Hoja 3, r.: Al lector, Sebastián Francisco de Medrano.

Contiene: Fol 1, r.: Segunda parte del Príncipe perfecto, dedicada a don Alvaro Enríquez, marqués de Alcañices; fol. 24, r.: La pobreza estimada, al príncipe de Esquilache; fol. 51, v.: El divino africano, a don Rodrigo Mascareñas, obispo de Oporto; fol. 78, r.: La pastoral de Jacinto, a doña Catalina Maldonado; fol. 105, v.: El honrado hermano, a don Juan Muñoz de Escobar; fol. 132, v.: El capellán de la Virgen, a doña Catalina de Avilés; fol. 158, r.: La piedad ejecutada, a don Gonzalo Pérez de Valenzuela; fol. 183, v.: Las famosas asturianas, a don Juan de Castro y Castilla; fol. 208, r.: La campana de Aragón, a don Fernando de Vallejo; fol. 236, v.: Quien ama no haga fieros; fol. 257, r.: El rústico del cielo, a don Francisco de Cuadros y Salazar, su amigo y condiscípulo; fol. 284, r.: *El valor de las mujeres*.

cetrería (pág. 121, b), y en el acto tercero (págs. 142-144) relata puntualmente un naufragio, recordando las escenas que presenció en el desastroso fin de la Armada Invencible.

Nuevamente usa el recurso de disfrazarse LISARDA de loco, lo mismo que la ESTELA de *Los torneos de Aragón*.

La influencia de la poesía popular, se manifiesta en una lindísima canción, (pág. 146), inocente y picaresca, bello romancillo que al pasar por la pluma de Lope no perdió ni su hermosa fragancia ni su irisado colorido.

Inútil sería buscar las fuentes de *El valor de las mujeres*; la creemos fruto sazonado de la inventiva de nuestro autor.

V. El vencido vencedor.

De esta comedia hay una copia manuscrita incluída en el tomo XLII de la *Collezione Lope de Vega* que se conserva en la Biblioteca Palatina de Parma. Hízola en 1635 Juan Martínez de Mora (16). Comienza en el folio 132, r.: *La gran Comedia del benzido / benzedor de lope de bega Carpio*.—V. en blanco.—Fol. 133, r.: *La gran Comedia del benzido / benzedor / Del ynsigne lope de bega carpio q[ue] este en el çielo / año de 1635*. A continuación van los personajes y comienza el texto. Termina la *primera jornada* en el fol. 149, r.: *vanse con que se da fin al primero acto del / benzedor benzido de lope felix bega carpio* / ✕ *Jo^a martinez / de mora / fin / orijinal. / año de 1636*.—Fol. 151 r.: *2.^a Jornada del benzido benzedor / de lope de bega*.—Fol. 152, r.: *2.^a Jornada segunda del benzido ben / çedor de lope de (tachado) felix bega carpio*.—Fol. 170, r.: *fin del segundo acto del benzido benzedor de lope / Jo^a martinez / de mora / fin / orijinal* /.—Fol. 171, r.: *3 Jornada tercera del benzido ben / zedor de lope de bega que dios aya*.—Fol. 187, v.: *fin del terçero acto de la gran comedia del / benzido benzedor / del ynsigne lope felix bega carpio que este en el cielo. un abe maria / Jo j martinez / de mora / fin / orijinal*.

La copia de que nos servimos para nuestra edición, fué hecha por el diligente apasionado de Lope y de España don Antonio Restori y, como suya, con toda exactitud y esmero.

Martínez de Mora debió de copiarla de un original mutilado por algún autor, porque la extensión de la comedia no llega a la acostumbrada.

El vencido vencedor es, según Rennert, la misma que *El vencedor vencido*

(16) Antonio Restori: *Una collezione di commedie di Lope de Vega*, Livorno, 1891.

en el torneo (17), representada en Palacio en las habitaciones particulares de la reina a fines de 1622 o principios de 1623 (18).

Entre la trama novelesca de la comedia, que desarrolla una vez más el conflicto entre el honor y la sumisión a la realeza representada por el monarca, se destacan más que curiosos detalles de la vida íntima de Lope. Por boca del gracioso SALADO nos cuenta cómo pobre y con ingenio le fué forzoso dar en poeta, logrando que sus versos, ya que no presunción, le dieran sustento; cree verse libre del duro batallar cotidiano para ganar su vida con la protección de un amo tal como el duque de Sessa, proponiéndose con su ayuda dejarse de coplas; vana esperanza doblemente defraudada, pues tuvo que continuar componiendo no sólo sus versos sino los que al duque se le antojaban, amén de las cartas y billetes eróticos para los amoríos del prócer. Nos dice también, respondiendo a los que murmuraban de sus amoríos con DOMINGA, que en la hermosura de ésta se podía encontrar la mayor defensa y disculpa a su delito, siendo bajos sentimientos de envidia hipócrita los que animaban a los maldicientes detractores (pág. 178).

¿Quién fué Dominga? Una actriz; así parece indicarlo otro pasaje (página 166) en el que exclama, dirigiéndose a los espectadores, cual si quisiera decirlos “juzgad por vosotros mismos”: *Aquella es Dominga, advierta si es de mal gusto Salado*. Actrices fueron Micaela de Luján, Jerónima de Burgos y la loca Lucía de Salcedo, amantes de nuestro poeta (19). Relacionando la fecha del comienzo de la amistad del Fénix y el duque de Sessa en agosto de 1605, con la querida de Lope a la sazón, deducimos que ha de referirse precisamente a Micaela de Luján, casada con Diego Díaz, lo que justifica la confesión de *delito* que hace Lope, y a la que empezó a galantear hacia 1596 ó 1597. El nacimiento en mayo de 1605 de Marcela, hija de Micaela y Lope, causaría en Toledo gran escándalo, pues aunque en la partida de bautismo figura como hija de padres desconocidos, todo el mundo sabría las andanzas de su padre, doblemente adúltero.

La firmeza y el entusiasmo con que Lope defiende estos amores se hallan al margen de la acción dramática, y pudo haber prescindido de sus ardorosos razonamientos. Se trata de uno de tantos oportunismos del Fénix para responder a sus enemigos desde la escena, regocijando al público que por los corrillos de mentideros y plazuelas comentaba picarescamente con maliciosa

(17) Rennert y Castro: *Obra citada*, pág. 523.

(18) Barrera: *Catálogo*, pág. 589.

(19) Emilio Cotarelo y Mori: *Boletín de la Real Academia Española*, vol. II, págs. 139, 141.

avidez las noticias que saciaban sus ocios murmuradores, escrutando vidas ajenas.

Por lo anteriormente expuesto, nos aventuramos a dar como fecha de esta comedia la del año 1605, que no es incompatible con la más tardía que da Barrera para su representación en Palacio, suponiendo que *El vencido vencedor* y *El vencedor vencido en el torneo* sean la misma.

Hay también en la comedia una mordaz alusión casi segura a Góngora, *sacristán inocente*, tan pagado de sí mismo, que se cree el sol, envidiado por todas las nubecillas que intentan eclipsarlo (pág. 177).

Con el mismo título de *El vencedor vencido*, y sólo en esto coincidentes, existe en nuestra Biblioteca Nacional (Ms. 15.022) una comedia manuscrita, original de Juan de Ochoa, que hasta ahora, con toda justicia, continúa inédita.

VI. La venganza venturosa

Citada en el *Peregrino* de 1618. Se publicó en la *Parte X* (20).

En una de las escenas (pág. 194, *b*) da noticia Lope de su origen y casa solariega en La Montaña, confesando la pobreza de su progenitor, más letrado que guerrero, y envaneciéndose de su genealogía, *de algún rey, por ventura, sucesores*; pero no alude directamente a su padre, como indicó Péetrof (21).

El tema del honor, los prejuicios de la desigualdad de clases considerada como barrera infranqueable para el matrimonio, y el deseo de venganza ante el ultraje recibido, tejen la trama de *La venganza venturosa*, deshilada por la acerada punta de una de las flechas de Amor, que, travieso, allana los imposibles y, más poderoso que Orfeo, convierte en mansos corderuelos a los feroces sedientos de sangre, quedando burlonamente supremo triunfador. Las palabras de FELICIANO (pág. 192, *a*), al conocer su deshonra, parecen un presentimiento de lo que había de ocurrirle a Lope con su hija Antonia Clara en 1634.

Elogia Lope la lengua portuguesa (pág. 197, *b*), considerando su dulce suavidad como la más apta para los amorosos escarceos, pidiéndole al dios niño que niegue sus favores a quienes no la hablen.

Una alusión al cardenal Quiroga (pág. 223, *b*) nos permite fijar la fecha de la comedia. Don Gaspar de Quiroga, colegial en el Mayor de Santa Cruz,

(20) Véase nota 11.

(21) Péetrof: *Melanges Chabaneau*, en *Romanische Forschungen*, t. XXIII, pág. 275.

de Valladolid, obispo de Cuenca, inquisidor general de España, arzobispo de Toledo, presidente del Consejo de Italia, presbítero cardenal de Santa Balbina y del Consejo de Estado, fué creado cardenal por el Papa Gregorio XIII en 15 de diciembre de 1578, y murió en Madrid el 20 de noviembre de 1594 (22).

Por la manera de citar simplemente su nombre, sin elogios ni ditirambos, con sencilla naturalidad, como si se tratara de un personaje contemporáneo de todos conocido, es de suponer que aún vivía el cardenal Quiroga al ser escrita *La venganza venturosa*; esto es, antes de 1594.

El CARREÑO de esta pieza no llega a tener todas las amenas características de la figura del donaire; aunque enredador, sus ingeniosidades quedan limitadas en una prudente discreción, sin llegar a lo plenamente chistoso; es sólo un valentón, mas sin exagerar sus rasgos; recargándolos un poco, se hubiera llegado con facilidad a convertirlo en caricatura, en un *gracioso* perfecto.

VII. La ventura en la desgracia.

No figura en ninguna de las listas de las dos ediciones del *Peregrino*. Fué publicada en la *Parte XXVIII* de las *Comedias escogidas de los mejores ingenios de España* (1652-1704) (23). Como *suelta*, se conserva un ejemplar en el British Museum (31.577-11); pero está desglosado de esta *Parte XXVIII*.

En la Biblioteca Nacional de Madrid existe manuscrita una comedia de Andrés de Claramonte, titulada *Nuevo rey Gallinato y ventura por desgracia*, que no tiene relación con la de Lope, salvo la coincidencia de título. Barrera cita otra, asimismo llamada *La ventura en la desgracia*, original del por-

(22) Vicente de la Fuente: *Historia eclesiástica de España*, Barcelona, 1859, t. IV, páginas 147-8.

(23) *Parte veinte y ocho / de comedias / nuevas de los mejores / ingenios desta corte. / Dedicale / al Señor D. Lvis de Guzman, cavallero / de la Orden de Santiago, Prior de Arnoniz en el Reyno de / Nauarra, Secretario del Excelentissimo Señor / Duque de Alva. / Año [escudo del mecenas] 1667. / Con licencia, / En Madrid, por Ioseph Fernandez de Buendia. / A costa de la Viuda de Francisco de Robles, Mercader de libros. Vendese en su casa / en la calle de Toledo, enfrente de los Estudios de la Compañia de Iesus.*

En. 4.º—4 hoj. + 487 págs.—Signaturas: A-Ee4.—Texto a dos columnas.

Portada.—V. en blanco.—Hoja 1, r.: Dedicatoria de Lucía Muñoz.—Hoja 2, r.: Aprobación del jesuíta Manuel de Nájera, Madrid, 1657 (sic).—Licencia del Ordinario Doctor Francisco Forteza, y por su mandado Juan de Ribera Muñoz, Madrid, 22 de enero de 1667.—V.: Aprobación del jesuíta Andrés Mendo, Madrid, 28 de enero de 1667.—Hoja 3, r.: Suma de la licencia, Madrid, 1 de febrero de 1667.—Tasa, Madrid, 10 de junio de 1667.—Erratas, Licenciado Carlos Murcia de la Llana, Madrid, 5 de junio de 1667.—V.: Tabla de las comedias.

La paginación tiene numerosas erratas. *La ventura en la desgracia* comienza en la pág. 307.

tugués Luis Francisco Suárez de Sousa (nació en 1715), que no hemos podido encontrar ni impresa ni manuscrita (24).

La acción se desarrolla en Toledo, la ciudad amada de Lope, interviniendo el rey Sancho IV el Bravo. Los lances y equívocos de la comedia giran alrededor del repetidísimo tema de la lucha entre el honor y los celos impotentes ante el respetuoso acatamiento al rey, aunque al monarca le guíen en sus desafueros los más torpes y concupiscentes apetitos, defendiéndole en los trances apurados, a costa de poner en peligro la propia vida, como corresponde a un leal vasallo, olvidando momentáneamente sus felonías para prestar ciega obediencia, más que a la persona, a la institución real.

El carácter impetuoso del rey SANCHE, *el Bravo* en su más genuina aceptación, está magistralmente pintado por Lope.

Es muy notable y original el del sufrido don BERNARDINO, que todo lo acepta con pacientísima conformidad.

La ausencia de esta comedia en las listas del *Peregrino* parece indicar que es posterior a 1618.

Al final exclama GARCÍA: *porque diga nuestra historia*; si ha de tomarse al pie de la letra lo de *historia*, tendríamos que suponer una leyenda en la cual se inspiraría Lope para escribirla.

En las notas correspondientes fijamos las imperfecciones de la edición.

VIII. La ventura sin buscalla.

Mencionada en el *Peregrino* de 1618, e impresa en la *Parte XX*, de la que se hicieron ediciones en Madrid, 1625, por la viuda de Alonso Martín; Madrid, 1625, por Juan González; Madrid, 1627, por Juan González; Madrid, 1629, por Juan González, y Barcelona, 1630, por Esteban Liberós.

Rennert y Castro (25) citan la edición de 1629 como la existente en la Biblioteca Nacional de Madrid con la signatura T-i-3. El ejemplar que lleva dicha signatura es una colección facticia de las comedias de la *Parte XX*, desglosada de las diferentes ediciones de la misma; lleva el exlibris de don Cayetano Alberto de la Barrera; tiene dibujada en vitela la portada, imitando a la de Madrid, 1625, hasta en el escudo tipográfico, variando solamente el pie de imprenta, que atribuye a *Juan González, Madrid, 1629*; están manuscritos los preliminares y la dedicatoria de *La discreta venganza*; y al fin, pe-

(24) Barrera: *Catálogo*, págs. 380 y 590.

(25) Rennert y Castro: *Obra citada*, pág. 452.

gada sobre la última hoja, va otra con un colofón manuscrito: *En Madrid / por Iuan Gonçalez / Año 1629*. Pero al trasluz puede verse en la hoja primitiva otro colofón: *En Madrid / por la viuda de Alonso Martín / Año M.DC.XXV*. En este falso ejemplar *La ventura sin buscalla* está desglosada de la edición de Barcelona, 1630.

Seguimos en nuestra impresión las ediciones de Madrid, 1625, por la viuda de Alonso Martín, y la de Barcelona, 1630 (26).

Dice en el prólogo de la *Parte XX*: “Vuestra merced, señor lector, se entretenga con estas comedias lo mejor que pueda, hasta la parte veintyuna, si no es de aquellos retorzidos que miran el mundo en el mapa, y assí le juzgan breue, que bien sé que los ingenios cándidos desearán que, como tuve vida para escriuir *mil y setenta* comedias, la tenga para imprimirlas. *Lope Félix de Vega Carpio*.”

Se ha discutido la exactitud de Lope al dar la cifra que alcanzó el número de sus comedias, no faltando quien crea exageradas sus afirmaciones. Pensamos que no hay hipérbole ni hinchazón en hacerlas ascender en este año de

(26) *Parte / veinte de / las comedias de / Lope de Vega Carpio, / Procurador Fiscal de la Camara / Apostolica / Dividida en dos / partes. / Qui ducis vultus et non legis ista libenter, / Omnibus inuideas, Liuide, nemo tibi. / Año [escudo tipográfico] 1625. / Con privilegio. / En Madrid, Por la Viuda de Alonso Martin. / A costa de Alonso Perez mercader de libros. Vendese en sus casas / en la calle de Santiago.*

Al fin: *En Madrid / Por la viuda de Alonso Martin / Año M.DC.XXV*.

En 4.º—4 hoj. + 298 fol.—Signaturas: A-Pp.—Texto a dos columnas.

Portada.—V. en blanco.—Hoja 1, r.: Títulos de las comedias.—Hoja 2, v.: Suma del privilegio, San Lorenzo, 3 de noviembre de 1624.—Erratas, Licenciado Murcia de la Llana, Madrid, 17 de enero de 1625.—Tasa, Madrid, 18 de enero de 1625.—Hoja 3, r.: Aprobación de Juan Pérez de Montalván, Madrid, 29 de septiembre de 1624.—V. Aprobación del Dr. Mira de Ames-cua, Madrid, 5 de octubre de 1624.—Fol. 1, r.: La discreta venganza, dedicada a doña Isabel de Guzmán, duquesa de Frías; fol. 27, r.: Lo cierto por lo dudoso, a don Fernando Afán de Ribera, duque de Alcalá; fol. 51, v.: Pobreza no es vileza, al duque de Maqueda; fol. 76, v.: Arauco domado, a don Hurtado de Mendoza (sic), marqués de Cañete; fol. 102, r.: *La ventura sin buscalla*, a doña María de Vera y Tobar, señora de Sierrabrava; fol. 125, v.: El valiente Céspedes, a don Alonso de Alvarado, conde de Villamor; fol. 153, r.: Segunda parte de El hombre por su palabra, al licenciado Diego de Molino y Avellaneda; fol. 177, r.: Roma abrasada, al maestro Gil González de Avila; fol. 202, v.: Virtud, pobreza y mujer, al caballero Juan Bautista Marino; fol. 226, v.: El rey sin reino, al capitán Alonso de Contreras; fol. 253, r.: El mejor mozo de España, a Pedro Vergel; fol. 274, v.: El marido más firme, a Manuel Faria de Sosa.

Parte / veynte / de las comedias de / Lope de Vega Carpio, Procura- / dor Fiscal de la Camara / Apostolica. / Dividida en dos partes. / Qui ducis..., etc. / Año [escudo tipográfico] 1630. / Con licencia de los superiores. / En Barcelona en la Empronta de Esteuan Liberós. / A costa de Rafael Viues.

En 4.º—4 hoj. + 298 fols.—Signaturas: A-Pp.—Texto a dos columnas.

Portada.—V. en blanco.—Hoja 1, r.: Aprobación y licencia del Vicario general Fr. Tomás Roca y Claresvalls, Barcelona, 11 de octubre de 1630.—Tasa, aprobaciones, títulos de las comedias y texto, como la de Madrid, de la que está reimpressa a plana y renglón.

1625 nada menos que a *mil setenta*. Cuanto más se le estudia, cuanto más se ahonda en su gigantesca labor, tanto menos sorprende su poderosa fecundidad. Aunque se hayan reproducido tantas veces, no estorba repetir una vez más las palabras de Cervantes, que no fueron, ciertamente, dictadas por la amistad ni la adulación: “Y llegó el monstruo de la naturaleza y se alzó con la monarquía cómica.” Con ésta y con otras realezas podía alzarse Lope, espanto y admiración de las musas.

“*La ventura sin buscalla*, que assí dizen que ha de ser la ventura, quise honrarla de la señora doña María de Vera, muger y prima del insigne historiador de Carlos Quinto don Ioan Antonio de Vera, Embaxador de Saboya.” Así dedica Lope la comedia en el prólogo. Gran amistad tuvo el Fénix con don Juan Antonio de Vera y Zúñiga, conde de la Roca, quien en 1609, en la *Jerusalem conquistada* dedicó una elogiosa octava a nuestro autor. Las comedias *Los esclavos libres* (Parte XIII, 1620) y *La Felisarda* (Parte XVI, 1621) están asimismo dedicadas a don Juan Antonio de Vera, coautor con Gil González Dávila, según don Adolfo de Castro (27), de la falsificación del *Centón epistolario* del supuesto Fernán Gómez de Cibdarreal, hecha para ensalzar la ascendencia de los Vera y la familia de los Dávila.

Lope canta en *La ventura sin buscalla* las excelencias de la sencilla, candorosa serenidad de la vida campestre, llena de rústicos encantos, comparándola con la artificial de la corte, toda embustes y trampas, aunque también en la aldea se sienten las pasioncillas y resquemorosos celos, flaquezas humanas que engendra el amor. Hay una bonita canción que debió de ser acortada en las ediciones impresas (pág. 273, b).

En cuanto a la fecha de la comedia, notamos que en el acto tercero (página 286, a), estos seis versos aluden a los amores de Lope con Micaela de Luján: *Yo he conocido un pastor / que cuatro hijuelos tenía / de cierta ninfa que había / solicitado su amor, / y en la primera pendencia / les dió diferente dueño.*

El marido de Micaela de Luján, Diego Díaz, actor mediano, emigró a las Indias en 1596, falleciendo en el Perú a mediados de 1603 y dejando ciertos bienes, que la viuda se apresuró a reclamar judicialmente, pidiendo ser nombrada curadora y tutora de sus hijos, dando por fiador al mismo Lope de Vega, a favor del cual declararon Mateo Alemán, el autor de *Guzmán de Alfarache*, y un Simón González, quienes, bajo juramento, atestiguaron, en 10

(27) Adolfo de Castro: *Memoria sobre la ilegitimidad del Centón epistolario y sobre su verdadero autor*, Cádiz, 1857.

de enero de 1604, que Lope era hombre rico y abonado para la fianza, poseedor de casas y otros bienes en Madrid (28). Micaela de Luján declaró que de su matrimonio había tenido siete hijos: Agustina, Dionisia, Angela, Jacinta, Mariana, Juan y Félix (29). En la *Epístola* a Barrionuevo cita Lope con todo cariño a Angelilla y Mariana, siendo lo más probable que fueran hijas suyas; los otros tres, menores que éstas, es verosímil que también lo fuesen. Sin embargo, la madre achacó desaprensivamente la paternidad de todos a Diego Díaz, movida por el codicioso interés de la herencia. De ello tal vez protesta Lope en el pasaje citado, condoliéndose de la pendencia que sobre esto habría, pues siempre que pudo hacerlo reconoció, valientemente y sin tapujos, a sus hijos ilegítimos, ufanándose de ello.

Si la suposición de aludir en los referidos versos a la mala acción de Micaela de Luján resultase cierta, habría de admitirse que *La ventura sin busca* se escribió hacia 1604.

La pretensión de Lope de ser *coronista*, se manifiesta una vez más en esta comedia (pág. 289, a). Ante LISARDA, ya reina, aparece un ESTUDIANTE inopinadamente para pedir esta gracia, invocando sus estudios y servicios al rey anterior. Este personaje, introducido sólo para que de corrido recite los pedigrüenos versos y se marche, es el perfecto prototipo de lo que en lenguaje de entre bastidores se llama un *embolado*. Asombra la insistencia del Fénix en solicitar cargo tal, siempre con negativo resultado.

En la Biblioteca Nacional de Madrid se conserva (Ms. 15.998) el manuscrito de una refundición: *La ventura sin buscarla. / Comedia en tres actos de Lope de Vega, / refundida en cinco actos, por D.ⁿ Dionisio / Villanueva y Solís*.—61 hojas.—Letra del siglo XIX. Otro manuscrito (Ms. 16.679) es una saladísima parodia: *✠ / Comedia burlesca. / La ventura sin buscarla*.—19 folios.—16 × 22 cm.—Letra del siglo XVII.

IX. Ventura y atrevimiento.

En el British Museum se conserva el único ejemplar impreso conocido hasta ahora de esta comedia (30.688-20). Es de las llamadas *sueltas*. Sin impresor, sin lugar, sin año. Consta de 16 hojas sin numerar, en 4.^o; signaturas: A-D 3; texto a dos columnas; impresa en no muy buen papel y con to-

(28) Francisco Rodríguez Marín: *Lope de Vega y Camila Lucinda* (en *Boletín de la Real Academia Española*, t. I, págs. 271-274).

(29) Emilio Cotarelo Mori: *La descendencia de Lope de Vega* (en *Boletín de la Real Academia*, t. II, 1915, págs. 138-172).

dos los caracteres de haberlo sido en el siglo XVII. Tiene, de letra manuscrita moderna, algunas apostillas que corrigen erratas o suplen faltas, las cuales damos en nota en nuestro texto. El encabezamiento dice: *Ventura, y atrevimiento. / Comedia / famosa. / De Lope de Vega Carpio. / Hablan en ella las personas siguientes.*

La *jornada primera* comienza en la hoja 1, r., y termina en la 7, v.; la *segunda* acaba en la 12, r., y la *tercera* finaliza en la 16, v. Existe, como puede verse fácilmente, una desproporción entre las tres jornadas, ocupando la primera casi doble extensión que las otras dos, debido a los cortes y supresiones del impresor para no pasar de las 16 hojas, causando alteraciones en las estrofas, suprimiendo escenas y cometiendo toda clase de desafueros sin otra razón que su ilícito provecho.

De ambiente y personajes históricos, la acción de *Ventura y atrevimiento* es puramente fantástica, sin ajustarse a fechas ni a sucesos acaecidos en realidad. Los celos y los embustes, las envidias y los desdenes, nada pueden contra el Amor, que allana distancias y ensalza a los humildes a los más altos puestos, luchando con las armas de la constancia y de la firmeza.

Se ha dudado sobre su exacta atribución a Lope porque no se encuentra mencionada ni en *El Peregrino*, ni en Barrera, Medel y Huerta (30). Pero además de la cita de Salvá, que poseyó un ejemplar, podemos añadir que se halla como de Lope en el *Índice* de Arteaga (31), catálogo utilísimo, lleno de datos ciertos y positivos. Claro es que pudiera tratarse de una comedia de otro autor publicada con el nombre de Lope, como sucede con muchas dudosas; mas, después de una minuciosa busca, no la hemos hallado incluída en ninguna *Parte* ni *Colección* de piezas dramáticas. Se trata, pues, de una obra rarísima, y mientras no se encuentren pruebas fidedignas que permitan aseverar lo contrario, hay que considerarla como del Fénix.

El estado actual de *Ventura y atrevimiento*, imperfecto y lleno de mutilaciones, impide fijar de modo indudable si pertenece o no a nuestro autor. Desde luego, la versificación en general, y especialmente los romances y los endecasílabos, la disposición de las escenas, los recursos dramáticos y los diversos lances novelescos que tejen su trama, en la que se repiten el eterno tema de la lealtad al rey, son dignos, por su belleza y maestría, de la pluma de Lope.

(30) Rennert y Castro: *Obra citada*, pág. 524.

(31) *Índice alfabético de comedias, tragedias y demás piezas del teatro español, formado por don Joaquín Arteaga*. (Biblioteca Nacional de Madrid, Ms. 14.698.)

X. Ver y no creer.

Publicada en la *Parte XXIV*, Zaragoza, 1633.

Don Nicolás Antonio menciona una *Parte XXIV*, Madrid 1640, y Ticknor, otra de Zaragoza, 1632; la de Madrid contenía distintas comedias de la de Zaragoza, 1633; ambas son hoy desconocidas.

Para nuestra edición hemos seguido la de Zaragoza, 1633 (32) y el manuscrito existente en la Biblioteca Nacional de Madrid (Ms. 14.895). Dicho manuscrito, aunque con las imperfecciones y errores propios de las copias, es, sin embargo, mucho más completo que el impreso; una paciente ensambladura y un minucioso cotejo de ambos, nos han permitido *rehacer* la comedia restituyéndola a su primitivo ser, obteniendo un texto puro como si del autógrafo lo tomásemos, y nos confirma una vez más cuán desmedrada llegó hasta nosotros la gigantesca labor de Lope, tan admirable, que se yergue pujante a pesar de todos los editores, sus contemporáneos, que es lo mismo que si dijéramos sus inconscientes enemigos.

La descripción del manuscrito es como sigue: *Comedia Nueva De / Beer y no Ceer* (sic).—Hoja 2, en blanco.—Hoja 3: *Ver y no Creher*.—Fol. 1 r. Comienza la *jornada primera*, que termina en el fol. 20, r.; a continuación, en el mismo folio, empieza la *segunda jornada*, que acaba en el fol. 41, v.; sigue la *tercera jornada*, que finaliza en el fol. 64, v.—Hoja última: Además de los versos tachados a que nos referimos en la pág. 365, nota 2, van las siguientes licencias: *Esta comedia intitulada ver y no creer se / puede representar (reservando vayles y entre / meses a la vista) etc. En Çarag[oç]a y agosto / a 5 de 1619 / El doctor Luis Nauarro*.—V.: *Vea esta comedia de ver i no crer* (sic) *el secretario / Thomas Gracian Dantisco en M. a 14 de oct^e/de 1619 a^os.*

(32) *Parte / veynte y quatro / de las comedias / del Fenix de España / Lope de Vega Carpio. / Y las mejores qve hasta / aora han salido. / A Don Diego de Virto de / Vera Capitan de Infanteria Española. / [Adorno tipográfico: Un jarroncillo] / Con licencia, y privilegio. / En Çaragoça, por Diego Dormer, / en la Cuchillería, año 1633. / A costa de Iusepe Ginobart Mercader de Libros.*

En 4.^o—4 hojas + 235 fols.—Signaturas: A-Gg2.—Texto a dos columnas.

Portada con orla.—V. en blanco.—Hoja 1, r.: Títulos de las comedias.—V.: Licencia, Zaragoza, 25 de enero de 1631.—Aprobación, Diego de Morlanes, Zaragoza, 17 de febrero de 1631. Hoja 2, r.: Privilegio, Zaragoza, 18 de febrero de 1631.—Hoja 3, r.: Dedicatoria, Jusepe Ginobart, Zaragoza, 16 de febrero de 1633.—Fol. 1, r.: La ley ejecutada; fol. 21, r.: Selvas y bosques de amor; fol. 41 r.: Examen de maridos; fol. 62, v.: El qué dirán; fol. 81, v.: La honra por la mujer; fol. 104, v.: El amor bandolero; fol. 123, r.: La mayor desgracia de Carlos V; fol. 145, r.: *Ver y no crer*; fol. 162, r.: Dineros son calidad; fol. 179, r.: De cuando acá nos vino; fol. 201, r.: Amor, pleito y desafío; fol. 218, v.: La mayor vitoria.

Esta comedia intitulada Ver y no creer se / podra representar (reservando a la vista / lo que fuera de la lectura se ofreciere y lo mismo / en los cantares bayle y entremés) en Madrid a 16 de oct.^e 1619. / Thomas Gracian Dantisco. 16 × 22 cm.—3 hoj. + 64 fol. numerados. + 1 hoja.

Esta copia se escribió por dos distintas manos; en el fol. 24, *r.*, verso 5, cambia la letra; en el fol. 33, *v.*, vuelve a la letra primera; en el fol. 38, *v.*, de nuevo cambia a la letra segunda, y en el fol. 49, *v.*, se reanuda la letra primera hasta el fin. Nos ofrece curiosos ejemplos de andalucismos, de seseo y de ceceo, como *homisida*, *goso*, *aborresco*, *aborresen*, *cencillo*, etc., que también se encuentran en el manuscrito *A* de la comedia *Ya anda la de Mazagatos* (XIV del presente volumen).

Indicamos con asteriscos (*), al comienzo y al fin, las interpolaciones que hemos hecho para completar estrofas y pasajes omitidos en el impreso y que se hallan en el manuscrito, indicando con notas las variantes de ambos.

Ver y no creer es una lindísima comedia de enredo entre personajes de elevada estirpe, con un bello pensamiento central: No debemos guiarnos por la apariencia externa de las cosas, es necesario penetrar en la medula de los sentimientos, en lo más íntimo del corazón, porque muchas veces, ofuscados por las más extrañas circunstancias, creemos ser engañados, víctimas de los celos o la envidia, cuando permanecen fieles en nuestra estimación y afecto quienes nos rodean. *Ver y no creer*, lozano fruto de la rica y fértil inventiva de Lope, es una cumplida respuesta a los que le han negado hondura; con fina frivolidad contiene una lección de profunda filosofía, tan natural y humana que no es extraño haya pasado desapercibida a los que en sus obras no han visto más que el desarrollo de las pasiones vulgares. No le hacía falta sermonear ni envolver su experiencia de la vida en altisonantes declamaciones, para adelantarse en tres siglos a la moderna comedia de tesis.

Ver y no creer se representó, como hemos visto en las licencias, primero en Zaragoza, en agosto de 1619, y después en Madrid, en octubre del mismo año, habiendo sido escrita en esta fecha o poco antes.

Harto difícil resulta identificar los actores que figuran en el reparto del manuscrito, pues el *autor* de la compañía se limitó a poner en casi todos los nombres omitiendo los apellidos. *Carabajal*, fué, probablemente, Baltasar de Carvajal; *Isabel* pudiera haber sido Isabel Rodríguez, que en 1614 formaba parte de la compañía de Valdés, y que estuvo casada con el actor Juan de Villanueva; *María* acaso fuese Ana María de Ribera, mujer del comediante Cristóbal Ortiz de Villasán, o Ana María de Cáceres, esposa de Juan Jerónimo de Valencia, o Ana María de Peralta, casada con Diego de Ortega; *Ber-*

nardo tal vez sería Luis Bernardo de Bobadilla; la señora Catalina quizá fué Catalina de Valcázar, casada en primeras nupcias con Gabriel Vaca (tío de la gallarda Jusepa Vaca), y en segundas con Alonso de Riquelme; y Diego pudo ser el Diego de Ortega ya mencionado, que con su mujer Ana María de Peralta trabajaba en 1622 en la compañía de Vallejo; Ribera y Leal representaron el papel de *Grande primero* y *Grande segundo*; y Pérez, aunque representaba papeles de gracioso, podría identificarse con el famoso Cosme Pérez, conocido con el remoquete de Juan Rana.

XI. La villana de Getafe.

Citada en el *Peregrino de 1618*. Se publicó en la *Parte XIV*, de la que se hicieron dos ediciones en Madrid, 1620 y 1621. Hemos utilizado ambas para nuestro texto, designando a la primera *M*, y a la segunda *Ma*. (33).

(33) *Parte catorce / de las Comedias de / Lope de Vega Carpio Pro- / curador Fiscal de la Camara Apostolica, y su No- / tario, descrito en el Archivo Romano, y / Familiar del Santo Oficio de / la Inquisicion. / A quien van dirigidas dize / la siguiente pagina. / Año [escudo tipográfico] 1620. / Con privilegio. / En Madrid, por Iuan de la Cuesta. / A costa de Miguel de Syles mercader de libros. Vendese en su casa, en la / calle Real de las Descalças.*

Al fin: *En Madrid. / Por Iuan de la Cuesta. / Año M.DC.XX.*

En 4.º—4 hoj. + 313 fols. (291 en realidad, por las erratas) + 1 hoja.—Signaturas: A-Ll4. Texto a dos columnas.

Portada.—V.: Tabla de las comedias.—Hoja 1, r.: Suma del privilegio, Madrid, 26 de diciembre de 1619.—Tasa, Madrid, 12 de junio de 1620.—V.: Erratas, Licenciado Murcia de la Llana, Madrid, 7 de junio de 1620.—Licencia, Doctor Andrés de Aresti, Vicario de la corte, Madrid, 23 de octubre de 1619.—Hoja 2, r.: *El Teatro a los lectores*.—Fol. 1, r.: Los amantes sin amor, dirigida a don Pedro Fernández de Mansilla; fol. 26, v. *La villana de Getafe*, a don Francisco López de Aguilar; fol. 55, v.: La gallarda toledana, al pintor Francisco Pacheco; fol. 76, v.: La corona merecida, a doña Angela Vernegali; fol. 99, v.: La viuda valenciana, a la señora Marcia Leonarda; fol. 124, r.: El caballero de Illescas, al maestro Vicente Espinel; fol. 151, r.: Pedro Carbonero, a don Diego Félix Quijada y Riquelme; fol. 195, r.: El verdadero amante, a Lope de Vega el mozo; fol. 218, v.: Las almenas de Toro, a don Guillén de Castro; fol. 243, r.: El bobo del colegio, a don Lorenzo Van Der Hammen; fol. 266, v.: El cuerdo loco, a don Tomás Tamayo de Vargas; fol. 293, r.: La ingratitud vengada, a don Fernando Bermúdez y Carvajal.

Parte catorce / de las Comedias de Lope / de Vega Carpio, Procura- / dor Fiscal de la Camara Apostolica y su Notario, / descrito en el Archivo Romano, y Fa- / miliar del Santo Oficio de la / Inquisicion. / A quien van dirigidas dize / la siguiente pagina. / Año [escudo tipográfico] 1621. / Con privilegio. / En Madrid. Por la viuda de Fernando Correa Montenegro. / A costa de Miguel de Siles mercader de libros. Vendese en su casa en / la calle Real de las Descalças.

Al fin: *En Madrid. / Por la viuda de Fernando Correa / Montenegro. / Año M.DC.XXI.*

En 4.º—4 hojas + 313 folios (291 en realidad, por las muchas erratas en la foliación) + 1 hoja.—Signaturas: A-Ll4.—Texto a dos columnas.

Lleva los mismos preliminares y comedias que la edición anterior, de la que es reimpresión a plana y renglón.

Va dirigida a don Francisco López de Aguilar Coutiño, amicísimo de Lope. El eclesiástico y Licenciado Aguilar, caballero de la Orden de San Juan, docto varón peritísimo en latín, hebreo y griego, fué hijo del jurisconsulto Doctor Asensio López y de doña Francisca de Tobar y Montalbán; nació en Madrid hacia fines del siglo XVI; perteneció a la Congregación de San Pedro, de sacerdotes naturales de Madrid, y falleció en la corte el 6 de julio de 1665. Fué autor de las obras: *Los amores de Ismene*, *El juicio de Paris*, *Vida de Augusto César*, y de una traducción de Pausanias; en junio de 1618, bajo el seudónimo de Julio Columbario, publicó la *Expostulatio Spongiae a Petro Turriano Rámila nuper evulgatae. Pro Lupo a Vega Carpio, Poetarum Hispaniae Principe Auctore Iulio Columbario B. M. D. L. P. Item Oneiropaegnion, et varia illustrium virorum poemata. In laudem eiusden Lupi a Vega*, colección de panegíricos en loor del Fénix, traducidos al latín por Aguilar, en respuesta a la *Spongia* que censurando a Lope había publicado Pedro de Torres Rámila. Es autor también del prólogo de la *Dorotea*, 1632, y de la advertencia *A los lectores bien intencionados* que figura en los preliminares del *Laurel de Apolo*, 1630. Lope correspondió dedicándole cumplidos elogios en el *Laurel*, cartas, poesías, *La Filomena* y *La villana de Getafe*. La confianza con Aguilar se manifiesta en la dedicatoria de esta comedia que propiamente no es tal, sino una defensa de las objeciones que en cierta *academia* (34) se hicieron al soneto en que Lope lamenta la desgraciada muerte de don Miguel de Guzmán, hijo del duque de Medina Sidonia, producida por un rayo mientras se hallaba de cacería.

Representóla el famoso *autor* Pedro de Valdés, que casó en 14 de febrero de 1614 con Jerónima de Burgos, la *señora Gerarda*, y que tuvo compañía propia desde 1613 a 1625, siendo uno de los autores expresamente mencionados en el decreto de 1615 para reformar el teatro.

La villana de Getafe es una hermosísima comedia, de las mejores de Lope; campea en ella la poderosa plenitud de su genio con admirables versos, ricos en difíciles consonantes, suelta y gallardamente escritos, de sencillez y ternura armoniosas que maravillan. Ocurriríasele durante uno de sus muchos viajes de Toledo a Madrid.

Nos ofrece una interesante faceta del poliforme Fénix, no sólo por ser pintura fiel de las costumbres de su época, sino porque en ella hay, intercalada en la acción, un sainete puro finísimo (págs. 374 y sigs.) con sales áticas.

(34) Emilio Cotarelo Mori: *Las Academias de Madrid* (en *Boletín de la Real Academia Española*, t. 1, pág. 4 y sigs.).

poco prodigadas en otras piezas dramáticas, seguramente porque su desdén al vulgo le desvió de este camino. Las situaciones no pueden ser más originales ni graciosas, dentro de la más perfecta naturalidad. Para la enamoradiza y voluble condición de don FÉLIX no tuve que buscar modelo, porque es el vivo retrato de la fácil inconstancia con que la veleta del amor triunfaba en el corazón de nuestro poeta. Este personaje, más que engendrado por la imaginación, parece autobiográfico.

Expresamente alude a su tío el inquisidor don Miguel del Carpio (página 309, a), con el que residió durante su infancia según nos dice en la dedicatoria a doña Andrea María de Castrillo de *La hermosa Esther* (Parte XV, 1621): “Días ha que falto de esa gran ciudad, donde pasé algunos de los primeros de mi vida en casa del inquisidor D. Miguel del Carpio, de clara y santa memoria, mi tío.” Dejó recuerdo de su recta severidad en la ciudad del Betis, según refiere su sobrino en una carta (35): “No es San Ildefonso por quien v. m. lo dice, sino por Lope de Vega, el cual no sé cuándo o cómo se haya entendido con herejes, si no lo dice v. m. por ser ministro del Santo Oficio y sobrino de don Miguel del Carpio, hombre por quien hoy dicen en Sevilla cuando una cosa está caliente: *quema como Carpio*.” Y a esta fama terrible se refieren también los versos de *La villana* (pág. 395, a): *Yo soy Carpio de Castilla, / y de mi linaje hay hombre / que aún se acuerda de su nombre / el castillo de Sevilla*. No existe, en cambio, alusión a su padre, según indicó Stiefel (36), mas hay un recuerdo para la ilustre genealogía de su primera mujer doña Isabel de Urbina, hija del rey de armas don Diego de Ampuero Urbina y Alderete, la cual usó también el nombre de doña Isabel de Alderete, según consta en la partida del casamiento por poder efectuado en 10 de mayo de 1588: *que estos hidalgos / no van a caza con “galgos”* (eufemismo de “perros” con que se motejaba a los moros y moriscos) / *que es su origen de Vizcaya / y son Alderetes finos* (395, b).

Para ser completísima *La villana de Getafe*, tiene hasta moraleja: El ambicioso recibe castigo, viendo chasqueada su desapoderada codicia, quedando de burlador en burlado, cumpliendo por la fuerza de las circunstancias la palabra que dió con ánimo de soslayarla.

Según Buchanan (37), se escribió esta comedia por los años 1609-1610, después de la expulsión de los moriscos. El arrojarlos de la península no fué

(35) Barrera: *Obras de Lope*, pub. por la Real Academia Española, t. I, Madrid, 1890, página 557.

(36) En la *Zeitschrift für franz. Sprachen*, t. XXIX, pág. 209.

(37) Artículo citado, nota (10), pág. 204.

FREGONA I.^a Vaya, pues, el ¡ay, ay, ay!,
que por bailarle me muero.

MÚSICOS. ¡Ay, ay, ay!
Estopilla de Cambray.
¡Ay, ay, ay!, que el ¡ay, ay, ay!,
que hasta el alma se me ha entrado;
quien el ¡ay, ay, ay! no baila,
el gusto tiene estragado.
¡Ay, ay, ay!

La música de este tono se encuentra en el *Libro de tonos humanos*, copiado por Diego Pizarro en 1655, fols. 10, v., y 11, r. (41), precioso manuscrito que contiene canciones populares lindísimas y que aún se halla inédito (42).

XII. La vitoria de la honra.

Mencionada en la segunda edición del *Peregrino*, con el título de *La vitoria del honor*, y publicada en la *Parte XXI*, de Lope, Madrid, 1635, y la *Parte XXXIII de doce comedias famosas de varios autores*, Valencia, 1642 (43).

Denominamos a la primera, *M*, y a la segunda, *V*, al anotar las muchas variantes de las dos.

En esta formidable tragedia hallamos también dos irónicos detalles sobre

(41) Biblioteca Nacional de Madrid (Música 1.262).

(42) F. Ruiz Morcuende: *El tono del ¡Ay, ay, ay!* (en *Revista de Filología Española*, t. V, 1918, págs. 182-187).

(43) *Veinte y una / Parte / verdadera de las / Comedias del Fenix de / España Frci Lope Felix de Vega Carpio, del Abito de San / Iuan, Familiar del Santo Oficio de la Inquisicion, / Procurador Fiscal de la Camara Apostolica / sacadas de sus originales. / Dedicadas a doña Elena / Damiana de Iuren Samano y Sotomayor, muger de Iulio Cesar / Scazuola, Comendador de Molinos y Laguna Rota, de la Orden / de Calatrava, Embaxador de Lorena, Tesorero General de / la Santa Cruzada, y Media Annata, y señor / de la villa de Tielmes. / Nulla fuit Lopia Musarum sacra Poësis, / Illa perire potest, iste perire nequit. / 66 y 1/2. / Año [adorno tipográfico] 1635 / Con privilegio. / En Madrid, Por la viuda de Alonso Martin. / A costa de Diego Logroño, mercader de libros. / Vendese en sus casas, en la calle Real de las Descalças. /*

En 4.^o—4 hoj. + 260 fols.—Signaturas: A-KK2.—Texto a dos columnas.

Portada.—V. en blanco.—Hoja 1, r.: Dedicatoria de doña Feliciana Félix del Carpio.—V.: Títulos de las comedias.—Hoja 2, r.: Aprobación, Maestro José de Valdivielso, Madrid, 29 de abril de 1635.—Aprobación, Francisco de Quevedo Villegas, Madrid, 19 de mayo de 1635.—V.: Privilegio, Madrid, 25 de mayo de 1635.—Tasa, Madrid, 5 de septiembre de 1635.—Erratas, Licenciado Francisco Murcia de la Llana, Madrid, 4 de septiembre de 1635.—Hoja 3, r.: El Licenciado Ioseph Ortiz de Villena a los aficionados de Frey Lope Felix de Vega Carpio.—Fol. 1, r.: La bella aurora; fol. 25, v.: Hay verdades que en amor; fol. 45, r.: La boba para los otros y dis-

la técnica dramática. El gracioso LOPE ridiculiza la facilidad con que damas y galanes se enamoran en las comedias, concediéndose mutuos favores en el breve espacio de hora y media, y aconseja a su amo DON ANTONIO que, para entretener sus ansias amorosas, diga un soneto en loor de la que consiguió flecharle al contemplarla no más de unos instantes; y en efecto, DON ANTONIO recita uno de los más hermosos sonetos que brotaron flúidos de la pluma de Lope (pág. 415).

Hay asimismo una descripción de las fiestas que Sevilla, lugar de la acción, hizo en la solemne entrada de Felipe II el 1.º de mayo de 1570 (44), y que, entre otros, describió Mal Lara. Esta fué la única vez que en Sevilla estuvo el monarca (45), precisamente cuando Lope contaba ocho años de edad. Con tal colorido y animación pinta el Fénix el maravilloso aspecto que ofrecía la ciudad engalanada, que pudiera afirmarse haberla presenciado siendo niño durante su estancia en casa de su tío, el inquisidor don Miguel del Carpio.

Una escena (pág. 425) está fielmente imitada de la *Celestina*, lectura favorita de Lope, pues la recordó en otras muchas comedias: *El galán escarmentado*, *Por la puente Juana*, *El Marqués de las Navas*, *El anzuelo de Fenisa*, *El arenal de Sevilla*, *El rufián Castrucho*, *El caballero de Olmedo*, *La bella mal maridada*, *La Francesilla*, *La cortesía de España* y *El amante agradecido*.

Prodiga los elogios al gran duque de Alba, a quien saca a escena con tal

creta para sí; fol. 67, v.: La noche de San Juan; fol. 91, r.: El castigo sin venganza; fol. 114, r.: Los bandos de Sena; fol. 139, r.: El mejor alcalde el rey; fol. 158, r.: El premio del bien hablar; fol. 178, v.: *La vitoria de la honra*; fol. 202, v.: El piadoso aragonés; fol. 225, r.: Los Tellos de Meneses; fol. 243, r.: Por la puente Juana.

Parte treinta y tres. / De / doze comedias / famosas, de va- / rios autores. / Dedicadas. / al muy ilustre Señor Don Antonio / de Cordoua, y Aragon. / Arcediano de Castro, y canonigo de la Santa / Yglesia de Cordoua: de los Consejos de Su Magestad, en la Suprema y General Inquisi- / cion, y Real de Ordenes: Cauallero del Abito de Alcantara, Colegial que fue / del Insigne Colegio viejo de san Bartolome / de Salamanca. / 69. / Año [escudo tipográfico] 1642. / Con licencia. / En Valencia. Por Claudio Macé, al Colegio del señor Patriarcha. / A costa de Iuan Sonzoni, mercader de libros / delante la Diputación.

En 4.º—4 hoj. + 266 fol.—Signaturas: A-Nn2.—Texto a dos columnas.

Portada.—V. en blanco.—Hoja 1, r.: Aprobación, Juan Bautista Palacio, trinitario, Valencia, 14 de julio de 1642.—Imprimatur, Doctor Dolz, Vicario general.—Imprimatur, Mingot, Abogado.—V.: Escudo de España.—Hoja 2, r.: Dedicatoria.—Hoja 3, r.: Al lector.—V.: Títulos de las comedias.—*La vitoria por la honra* va en los folios 181 a 203.

(44) Alonso Escribano: *Recebimiento que hizo la muy noble ciudad de Sevilla a la Cathólica Real Magestad de Philipe, Nuestro Señor*. 1570. (Manuscrito Y-197, Biblioteca Nacional de Madrid.)

(45) Diego Ortiz de Zúñiga: *Anales eclesiásticos y seculares de Sevilla*, Madrid, 1796, t. IV, pág. 48.

maestría, que el personaje se halla aureolado de toda dignidad. Noble manera de pagar la hospitalaria protección que el quinto duque, su nieto, don Antonio, le prodigó en 1590 cuando el Fénix estuvo desterrado de Madrid.

La fuente de *La vitoria de la honra* pudiera ser la terrible historia del Veinticuatro de Córdoba, a la que se alude en la tragedia (pág. 449), de la cual también tomó el argumento para *Los comendadores* y el del segundo episodio de *La contienda de Diego García de Paredes y el capitán Juan de Urbina*, inspirándose en el relato que de ella se hace en el canto XXVII del *Carlo famoso*, de Zapata. Mas como el final es diferente y de una trágica grandeza humana, acaso será el reflejo de un sucedido real distinto de la tremenda hazaña del Veinticuatro.

Un indicio para la fecha de *La vitoria de la honra* nos le dan los versos: *Dos hijos tengo que me dan enojos / hasta que su remedio se concierte* (página 437, b), y *¿Esto es ser padre, esto es tener contento, / con gustos de los hijos, que se pagan, / no a siete, no, sino cien mil por ciento?* (pág. 441, b), que aluden seguramente a los sinsabores que continuamente le ocasionaba Lope Félix, su hijo, y de Micaela de Luján, a quien, para corregirle, tuvo que internar en el asilo de Nuestra Señora de los Desamparados, hacia 1616; en la dedicatoria de *El verdadero amante* (Parte XIV, 1619) le dirigió una severa admonición para que eligiese firme camino en la vida, procurando que sus inclinaciones se distanciasen de las letras, poniéndose como vivo ejemplo del escaso provecho que producen a quien las cultiva; mas Lope el mozo no debió de hacer mucho caso de los paternos consejos, pues sabido es que en la justa poética celebrada el 19 de mayo de 1620 para cantar las glorias del entonces beatificado San Isidro, presentó una glosa a los cuatro versos propuestos en el quinto certamen. Otro grave disgusto le proporcionó el rebelde Lopito en 1621, al abandonar definitivamente sus estudios para abrazar la profesión de las armas. Nos inclinamos por este año para asignarle a *La vitoria de la honra*, porque en la comedia *Amor, pleito y desafío* renueva sus quejas, exclamando: *¡Hijos, quien os llamó sino enemigos!* (pág. 650, b), y la fecha del autógrafo de esta comedia es precisamente 1621. Además, la admirable versificación (especialmente las redondillas), el perfecto plan y el grandioso desenlace de *La vitoria de la honra*, sus bellísimas y originales escenas, son, a no dudarlo, de la madurez de ingenio de nuestro autor.

Una curiosa canción de negros (págs. 421 y siguientes) aporta el elemento popular tan del gusto de Lope.

XIII. Viuda, casada y doncella.

Figura entre las mencionadas en el *Peregrino*, 1618. Publicada en la *Parte VII*, Madrid, 1617, y Barcelona, 1617 (46). Suelta, atribuída a *Un ingenio*, y con el título *Doncella, viuda y casada* existe en el British Museum. Según Rennert (47), no se hallaba en la Biblioteca Nacional de Madrid; pero hemos tenido la fortuna de encontrarla en un tomo facticio, encuadernada con otras muy raras. Lleva en el tejuelo la indicación de *Comedias varias, Vol. V*, y no contiene ningún dato ni exlibris que pudiera orientar acerca de quién las reunió en un tomo. El ejemplar de *Doncella, viuda y casada* está perfectamente conservado. Su descripción es como sigue:

(46) *El Fenix / de España / Lope de Vega / Carpio, Familiar del Santo / Oficio. / Septima parte de sus / Comedias. Con Loas, Entremeses, / y Bayles. / Dirigidas a Don Luys Fernandez / de Cordoua, Cardona, y Arago[n], Duque de Sessa, Duque de Soma, Duque / de Baena, Marques de Poça, Conde de Cabra, Conde de Palamos, / Conde de Oliuito, Vizconde de Iznajar, Señor de las / Baronias de Belpuche, Linola y Calonge, / gran Almirante de Napoles. / Año [escudo tipográfico] 1617. / Con privilegio. / En Madrid. Por la viuda de Alonso Martin. / A costa de Miguel de Siles, mercader de Libros. / Vendese en su casa, en la calle Real de las Descalças.*

En 4.º—4 hoj. + 306 fol. (en realidad, 298. por las erratas).—Signaturas: A-Pp.—Texto a dos columnas.

Portada.—V. en blanco.—Hoja 1, r.: Títulos de las comedias.—V.: Tasa, Madrid, 9 de noviembre de 1616.—Erratas, Licenciado Murcia de la Llana, Madrid, 8 de noviembre de 1616.—Hoja 2, r.: Aprobación, Licenciado Alonso de Illescas, Madrid, 16 de junio de 1616.—Aprobación, Maestro Vicente Espinel, Madrid, 26 de julio de 1616.—V.: Privilegio, San Lorenzo, 10 de septiembre de 1616.—Hoja 3, v.: Dedicatoria.—Fol. 1, r.: El villano en su rincón; folio 25, r.: El castigo del discreto; fol. 49, r.: Las pobrezas de Reynaldos; fol. 75, r.: El Gran Duque de Moscovia; fol. 99, r.: Las paces de los reyes y Judía de Toledo; fol. 121, r.: Los Porceles de Murcia; fol. 145, r.: La hermosura aborrecida; fol. 169, r.: El primer Fajardo; folio 193, r.: *Viuda, casada y doncella*; fol. 214, r.: El príncipe despeñado; fol. 240, r.: La serrana de la Vera; fol. 263, r.: Entremeses: Los habladores, La cárcel de Sevilla, El hospital de los podridos. Loas: En alabanza de la humildad, Sobre la mujer buena y la mala, Contra la maledicencia. Bailes: Del Duque de Humena, de Don Jaime, del Caballero de Olmedo.

El Fenix / de España / Lope de Vega / Carpio, Familiar / del Santo Oficio. / Septima parte de sus / Comedias. Con Loas, Entremeses / y Bayles. / Dirigidas a Don Luys Fernandez / de Cordoua, Cardona, y Aragon [siguen los títulos nobiliarios de la anterior] / 75 1/2 / Año [escudo tipográfico] 1617. / Con licencia. / En Barcelona, en casa de Sebastian de Cormellas / al Call, y a su costa.

En 4.º—4 hojas + 302 folios.—Signaturas: A-Pp4.—Texto a dos columnas.

Portada.—V. en blanco.—Hoja 1, r.: Aprobaciones [las mismas de la anterior].—Hoja 2, r.: Tasa [la misma de la anterior].—V.: Títulos de las comedias.—Hoja 3, r.: Dedicatoria.—Contiene las mismas comedias de la edición anterior. *Viuda, casada y doncella* va en los folios 193 a 218.

(47) Rennert y Castro: *Obra citada*, pág. 525.

N. 23. / *Comedia famosa. / Donzella, / Viuda, y Casada. / De vn ingenio desta corte. / Hablan en ella las personas siguientes.*

Al fin: *Con licencia. Barcelona: En la Imprenta de Pedro / Escuder, en la calle Condal, en donde se hallarán / Libros, Comedias, Historias, Roman- ces, Rela- / ciones, y otros diferentes Papeles / muy curiosos.*

En 4.º—39 págs.—Sin año.—Signaturas: A-E 2.—Texto a dos columnas.

La signatura bibliográfica en nuestra Biblioteca Nacional es T. 15.057.

Denominamos, para las variantes, *M* a la primera, *B* a la segunda y *Ba*. a la tercera.

La acción de *Viuda, casada y doncella* comienza en València, y por dos veces se cita la calle de los *Mascones* de esta ciudad (págs. 465, *b*, y 487, *a*), dato interesante para la estancia de Lope en Valencia, pues la insistencia al mencionarla pudiera denotar que vivió en ella.

En el *acto segundo* (pág. 467) hay una magnífica escena de un naufragio (compárese *El valor de las mujeres*), en la que el Fénix hace un verdadero derroche de sus conocimientos marineros con abundantísimo vocabulario (página 481, *b*).

Prodiga fervorosos elogios al gran duque de Osuna (pág. 470, *a*), quien, como es sabido, fué virrey de Nápoles de 1616 a 1621 (48).

El recurso escénico de pleitear para conseguir el matrimonio con una doncella a cuyo casamiento se opone el padre, utilizado en esta comedia, se repite también en *Amor, pleito y desafío* (pág. 635).

De gran valor dramático es la anómala situación de *Clavela*, que, recién casada, ha de separarse de su marido forzosamente por la crueldad de las circunstancias, justificando el título de la comedia que, según Buchanan (49), se escribió en el año 1616.

Existe otra comedia manuscrita llamada asimismo *Viuda, casada y doncella*, original (?) de Carlos Gazulla de Ursino (nació en 1674 y murió en 1745), que no hemos visto (50).

Es una de las más hermosas comedias del Fénix, en la que los humanísimos personajes muestran el perfecto conocimiento de las pasiones que Lope adquirió por experiencia. El argumento, variado e interesantísimo, con desarrollo lógico y teatral, cautiva por la intensidad de los imprevistos lances encadenados con maestría hasta llegar al apetecido final. El engaño de que FE-

(48) F. Rodríguez Marín: *El gran Duque de Osuna*, Madrid, 1920.

(49) Buchanan: *Artículo citado*, pág. 204.

(50) Barrera: *Catálogo*, págs. 170 y 591.

LICIANO hace víctima a FÁTIMA y la rudeza con que se lo descubre (pág. 481) es algo extraño para la sensibilidad moderna, aunque natural en tiempo de Lope, en que *perro* y *moro* (en este caso, *mora*) eran sinónimos, y las desgracias de los adoradores de Mahoma, motivo de alborozada burla; pero Lope lo suavizó al final, para que no hubiese descontentos.

XIV. Ya anda la de Mazagatos.

Según Fajardo, se publicó esta comedia, con el título de *Historia de Mazagatos*, en la *Parte V de Lope y otros*, impresa en Sevilla, una de las *extravagantes*, hoy desconocida, pero que indudablemente existió (51).

Se halla también citada por Medel y García de la Huerta, llamándola *Historia de Maragatos*; Arteaga la registra doblemente en la *H, Historia de Maragatos*, y en la *Y, Ya anda la de Mazagatos*; todos la atribuyen a Lope.

El señor S. Griswold Morley publicó una notable edición, documentada excelentemente, de *Ya anda la de Mazagatos*, que nos ha sido muy útil (52). Siguiendo sagazmente la indicación que el señor Lomba (53) da en su estudio sobre Pedro el Cruel en la escena, y en el cual se refiere a una reseña teatral publicada en el *Memorial literario, instructivo y curioso de la corte* (número 24, diciembre de 1785, pág. 519) sobre la representación en el coliseo de la Cruz, por la compañía de Manuel Martínez, de una comedia sin nombre de autor, titulada *Ya anda la de Mazagatos*, cuyo argumento copia, el señor Morley logró encontrar en el *Catálogo* de Cambronero (54) la referida comedia, y en la Biblioteca Municipal de Madrid hasta cinco manuscritos de la misma, los cuales hemos utilizado para nuestro texto y variantes.

El más importante de ellos, por ser el de letra más antigua, es el que denominamos *A*. Carece de cubierta, y por tanto, de la hoja u hojas preliminares en que se hallarían el título, las licencias y censuras correspondientes para permitir la representación. La primera jornada va encabezada con el título de *Ya anda la de Mazagatos*; consta de 16 folios numerados, más tres hojas sin numerar. La segunda jornada lleva por título *La ystoria de Mazagatos*, y consta de 19 folios numerados. La tercera jornada insiste en el tí-

(51) Juan Isidro Fajardo: *Indice manuscrito de comedias impresas hasta 1716*. (Biblioteca Nacional de Madrid, Ms. 14.706.)

(52) *Bulletin Hispanique*, t. XXV y XXVI, 1923, 1924, págs. 212-225 y 97-191, respectivamente.

(53) José Ramón Lomba y Pedraja: *El rey don Pedro en el Teatro*, publicado en *Homenaje a Menéndez y Pelayo*, Madrid, 1899, t. II, págs. 265-266.

(54) Carlos Cambronero: *Catálogo de la Biblioteca Municipal de Madrid*, Madrid, 1902.

tulo de *Ya anda la de Mazagatos*, y está escrita en 17 folios numerados. El tamaño de las hojas es 21×15 cm. La letra es del segundo tercio del siglo XVII. Las tres jornadas están cosidas juntas.

El manuscrito que llamamos *B* tiene cubiertas de papel sellado del reinado de Fernando VI, de cuatro maravedís, año 1755, distinto al en que está escrito el texto. Su portada dice: *Comedia famosa / Ya anda la de Mazagatos / de / Lope de Vega Carpio / Legajo 4 / Gerrera* (sic).—Hojas 2 y 3: en blanco.—Hoja 4, r.: *El repartimiento que damos en nota* (pág. 492).—Hoja 5, r.: *Madrid 12 sep^{re} de 1757 / Pase / Ldo Armendariz / M^d 21 de Oct^{re} de 1757 / Pase al Censor y Fiscal de comedias y con lo que dixerén se traiga. Lujan. / Señor. No hallo reparo en la execucion de esta comedia con el permiso de V. S. en la disposizion q. esta. M^d y Nobre 7 de 1757. / Ant. Pablo Frnz. / M^d 9 de Nov^{re} de 1757 / Executese / Lujan*.—Hojas 6, 7 y 8: en blanco.— 22×15 cm.—53 folios numerados.

El manuscrito que designamos *C*, tiene la siguiente portada: *Comedia famosa / Ya anda la de Mazagatos / de / Lope de Vega Carpio / y enmendada por Luis / Moncin*.—Las tres jornadas van sueltas y sin numerar sus hojas. En el v. de la última hoja de texto de la tercera jornada, y en las dos hojas siguientes, r. y v., van las aprobaciones y licencias: *Madrid y Sep^{re} 24 de 1785 / Vista: omitiendose todo lo raiado. Dese la Lic^a / Nos el Dr Dⁿ Cayetano de la Peña y Granda / Ynqq^{or} ordinario y vicario desta Villa de Madrid y su Part^{do} &c. / Por la pres^{te} y lo que a nos toca Damos Liz^a para que la comedia anterior titulada Ya anda la de Mazagatos se pueda representar en los theatros pp^{cos} de esta corte con tal que sea con arreglo al decreto que a ella precede. Lo mando y firmo en Madrid a veinte y quatro de Sept^{re} de mil setez^{tos} ochenta y cinco. / Dr Peña / Por su m^{do} / Pedro Asenjo / Madrid 30 de Setiembre de 1785. / Pase al R. P. Fr. Angel de Pablo Puerta Palanco, y al Corrector dⁿ Ygnacio Lopez de Ayala para su examen y evaquado traigase. / S^{ta} Maria / he leído con atención la comedia antecedente en tres jornadas titulada Ya anda la de Mazagatos y no haciendo uso de los versos raiados ni expresiones borradas podra representarse. / La Victoria de Madrid a 1 de oct^e de 1785 / Fr. Angel de Pablo Puerta Palanco. / Vista la comedia antec^{te} en tres jornadas, hallo poderse representar. / Madrid 8 de Oct^e de 1785. / En ausencia de Dⁿ Ygnacio Lopez de Ayala / Dⁿ Santos Diez Gonzz. / Madrid 12 de Octubre de 1785 / Apruevase y Representese / S^{ta} Maria.*

Los manuscritos *D* y *E*, lo mismo que el anterior *C*, son copias para el apuntador y traspuntos. El manuscrito *D* tiene la particularidad de que, a diferencia del *E* no dice que la comedia esté enmendada por Moncín; se desti-

naba al *apunto* 3.º; su *primera jornada* consta de 22 folios; la *segunda*, de 25, y la *tercera*, de 24 + 1 hoja en blanco. El manuscrito *E*, copiado para el *apunto* 1.º consta de 25 folios + 1 hoja en blanco la *jornada primera*, de 28 folios + 1 hoja en blanco la *segunda*, y de 26 folios + 2 hojas en blanco la *tercera*. Ambos llevan numerosas acotaciones para el servicio de la escena que, en general, hemos omitido.

Discrepando de la opinión del señor Morley, consideramos que el manuscrito *A* no es un autógrafo original, sino solamente una copia con las imperfecciones acostumbradas en esta clase de trabajos. Basta una sencilla ojeada a las numerosas notas que van en nuestro texto para convencerse de ello, y para ver que en la comedia puso sus pecadoras manos un *autor* o director de compañía de comediantes, que, como todos, suprimió, enmendó y añadió algunas tonterías de cosecha propia, estropeando el hermoso original de Lope. La carencia de cubiertas y portada ha hecho dudar al señor Morley, quien dice, basándose en los cambios de versos e impotentes vacilaciones del *autor* copista: "Sólo el mismo autor o un libre refundidor manipula así un texto." A lo que añadimos nosotros: Sólo un *autor*, director de compañía de cómicos, pudo ser capaz de preparar una copia así para la representación. Hemos logrado leer todos los versos tachados de este manuscrito (que van en nota en el lugar correspondiente), y ellos son la mejor prueba de nuestra aserción. Pueden por ellos comprobarse las dudas y arrepentimientos del copista que intenta versificar por su cuenta, y ante las dificultades, torna al texto que reproducía. Si se tratase del autógrafo de un verdadero autor, no tendría la constante regularidad de letra que en él se observa y que no existe en los escritos originales; un verdadero autor no incurre en las frecuentes repeticiones del copista de *A*, ni reincide en escribir mal las palabras alterando las sílabas o las letras, ni atribuye los versos a personajes distintos para rectificarse y enmendar en seguida, poniendo el nombre del que verdaderamente en escena ha de declamarlos, ni pone empeño cuidadoso en conservar una perfecta verticalidad en el comienzo de la caja de la escritura, ni cuando añade alguna palabra la coloca con esmero lo más inmediatamente posible. El autor que compone movido por la inspiración, tacha, enmienda y corrige rápidamente con natural espontaneidad, sin importarle mucho los primores caligráficos que son indispensables en las copias. El copista de *A*, con la vanidosa ambición de los *autores*, de vez en cuando quiso salir de su humilde papel de escribiente y puso versos propios, intentando hasta cambiar nombres de personajes como en la *primera jornada*, en la que sustituyó a GUTIERRE y LAÍN por LORENZO y UN MONTERO, respectivamente; pero desistió pronto de su ten-

tativa, restituyéndoles a los primitivos al pensar en los escollos que se le presentarían para rehacer los versos en que figurasen ambos. Nótese también la significativa vacilación del copista de *A* en el título de la comedia, que cambia en la *segunda jornada* por el de *La ystoria de Mazagatos*.

El señor Morley duda también si *Ya anda la de Mazagatos* es de Lope. Tenemos en pro los testimonios de Fajardo, Medel, García de la Huerta, Arteaga y Moncín, quien se contenta con llamarse *enmendador* en las cubiertas de *B*, *C* y *E*. No hay razón ninguna para dudar de ellos; por estar más cerca de la época de Lope que nosotros, tenían más fundamento para saber que pertenecía al Fénix. Si en el manuscrito *A* no consta el nombre de Lope, es, como ya hemos dicho, porque carece de cubiertas. El que el crítico del *Memorial literario* callase el nombre del autor no fué olvido involuntario, sino intencionado. A su pesar se vió obligado a loar la comedia; recuérdense los durísimos e injustos juicios de Moratín y sus contemporáneos contra Lope, y se explicará fácilmente cómo, por testarudez, prefirió no mencionarle a confesar que una obra del Fénix era excelente.

El manuscrito *A* se copió, probablemente, de la *Parte V* de Sevilla citada por Fajardo, la cual, según ocurre en todas las *extravagantes*, estaría llena de errores, cortes y versos faltos, que el copista trató de arreglar. El manuscrito *B* incorpora muchísimos versos, especialmente escenas enteras de endecasílabos, tan características de Lope, copiadas acaso del autógrafo o de una copia más perfecta que el ejemplar impreso, resultando de este modo más completo que el *A*, aunque el *B* es más moderno. Los *C*, *D* y *E* casi siempre siguen a *B* con muy pocas, si hay alguna, enmiendas de Moncín, obedeciendo dócilmente las correcciones y tachaduras hechas por los censores en *B*.

La trama y diversas escenas de *Ya anda la de Mazagatos* ofrecen pronunciadas semejanzas con otras obras de Lope: *El mejor alcalde el rey*, *Peribáñez*, *El infanzón de Illescas*, *El alcalde de Zalamea*, *Fuente Ovejuna*, *La carbonera*, *Las burlas veras*, *La ventura en la desgracia*, etc. La figura central es el rey don Pedro, que se nos aparece ya reivindicado como *justiciero* y no como *cruel*, y que asimismo interviene en *El rey don Pedro en Madrid*, *Audiencias del rey don Pedro*, *Los Ramírez de Arellano*, *El médico de su honra*, *La carbonera*, *La niña de plata* y *Lo cierto por lo dudoso*.

El título de la comedia es la frase que el maestro Gonzalo Correas en su *Vocabulario de refranes* define: "*Gresca, batalla, cuestión de peligro*"; y en otro lugar del mismo *Vocabulario*: "*La de Mazagatos. Vióse en la de Mazagatos. Varíase de muchas maneras, denotando peligro y trance o revuelta. Fórmase el nombre Mazagatos de las mazas que ponen por el antruejo a*

perros y gatos, y los gatos atados a perros por maza, de donde unos y otros escapan con dificultad, y al que escapó decimos que escapó de la de Mazagatos, esto es, en tribulación, y úsase el nombre como propio de algún lugar en que se dió batalla como la de Olmedo, la del Salado, la de las Navas, la de Roncesvalles, y no ha faltado quien fingiese historia de Mazagatos para comedia" (55). Sbarbi repite la definición de Correas: "Haber la de Mazagatos. Haber una gran pendencia o riña" (56).

Mazagatos existe, efectivamente; es un pequeño lugar que pertenece al Ayuntamiento de Languilla (*La Anguilla* de la comedia), partido judicial de Riaza, en la provincia de Segovia. Hay que atribuir la frase, no a las mazas cruelmente prendidas en rabos de perros y gatos durante las Carnestolendas, sino a alguna famosa riña o pendencia acaecida en dicha aldea, en la que intervendría el rey don Pedro, tan sonada, que trascendió a la tradición oral, de donde la recogió Lope llevándola a la escena.

La fecha de *Ya anda la de Mazagatos* podemos fijarla casi con exactitud. Además de la indicación del *Vocabulario* de Correas, compuesto hacia 1630, tenemos en la comedia una alusión a la famosa *Mariblanca* (pág. 535, b), la popular estatua de la fuente que hubo en la Puerta del Sol madrileña. Según documentos encontrados recientemente en el Archivo Municipal de la corte, en septiembre de 1625 se adquirió por la villa a Ludovico Turqui una estatua de la Fe tallada en mármol blanco (la *Mariblanca*) y otras cuatro más, con destino a la fuente citada, que hasta el año 1629 no se terminó en todos sus detalles (57), ofreciendo a la burlona admiración de los cortesanos la imagen de la Fe, bautizada en seguida por la sutil ironía de los *ballenatos* con el remoquete supradicho. Entre estos años de 1625 y 1629 se escribió, pues, esta comedia.

Los actores que la representaron en 1733 fueron: Joseph Garcés, comediante de gran talento, que representó papeles de galán hasta la edad de ochenta y cinco años (58); Manuel Joaquín; Juan Quirante; Antonio Palomino, marido de Francisca Vallejo (59); Matías de Orozco, hermano de Rita y

(55) En la edición de Madrid, 1906, págs. 547 y 172, respectivamente.

(56) José María Sbarbi: *Diccionario de refranes*, Madrid, 1922, t. II, pág. 51.

(57) Joaquín Ezquerro del Bayo: *Catálogo general ilustrado de la Exposición del Antiguo Madrid en el Hospicio*, Madrid, 1926, págs. 141-142.

(58) Antonio Robles: *Introducción general al estudio de las ciencias y las bellas artes*, traducida del francés, Madrid, 1790, pág. VII.

(59) Emilio Cotarelo y Mori: *Orígenes y establecimiento de la ópera en España hasta 1800*, Madrid, 1917.

Juana, especializada en papeles sensibleros (60); Ignacio Cerquera, autor de sainetes, director de compañías y *gracioso* afamado; Plasencia, favorecido por Carlos III, a quien agradaba sobremanera verle representar los papeles de figurón (61); José Rivas, y Juan de Castro, autor de entremeses (62). Los cómicos que figuran en el *repartimiento* de la cubierta del manuscrito B, pertenecieron a la compañía de Manuel Martínez, y la representaron en el Coliseo de la Cruz en 1785. El enmendador Luis Moncín, poetastro y autor dramático de fines del siglo XVIII, fué actor y autor tan fecundo como mediocre (63), aunque gozó de cierta fama.

Ya anda la de Mazagatos tiene escenas de gran realce dramático y trozos espléndidos de bellísimos versos, estando representado el elemento popular por una linda canción (pág. 524); abundan en ella las citas clásicas y mitológicas, tan frecuentes en Lope, y los caracteres de los personajes están trazados con vigorosa maestría.

Finalmente: *Ya anda la de Mazagatos* es de Lope, puesto que ningún bibliógrafo lo pone en duda, antes al contrario, se la atribuyen con rara unanimidad. El texto, como en la mayoría de las obras que de él hoy conocemos, está adulterado por las inevitables sofisticaciones (insistamos en que sólo conocemos completas y puras aquellas de las cuales se conservan los autógrafos) cometidas por *autores* y cómicos para su mayor comodidad y provecho.

XV. Los yerros por amor.

Citada por Huerta y Arteaga. No se conoce más edición que una *suelta*, de la que se conserva un ejemplar en el British Museum (30.688-21); le reproducimos en nuestro texto.

Tiene por encabezamiento: *Los yerros por amor. / Comedia / famosa. / De Lope de Vega Carpio. / Hablan en ella las personas siguientes.*—Sin impresor, sin lugar, sin año (últimos del siglo XVII).—En 4.º.—16 hojas sin numerar.—Signaturas: A-Dz.—Texto a dos columnas.

La *jornada primera* termina en la hoja 6, v.; la *segunda* comienza a continuación y termina en la hoja 11, v.; la *tercera* empieza inmediatamente y finaliza en la hoja 16, v.

(60) Emilio Cotarelo y Mori: *Don Ramón de la Cruz y sus obras*, Madrid, 1899. pág. 562.

(61) Manuel García de Villanueva Ugalde y Parra: *Origen, épocas y progresos del Teatro español*, Madrid, 1802, pág. 327.

(62) Barrera: *Catálogo*, pág. 83.

(63) Emilio Cotarelo y Mori: *Don Ramón de la Cruz*, págs. 552-554.

Sufrió la comedia los acostumbrados cortes, y ofrece todos los típicos caracteres de las impresiones *sueitas* clandestinas.

El título de *Los yerros por amor* parece ser un juego de palabras, por cuanto *hierro* y *yerro* tenían la misma grafía en los siglos XVI y XVII.

En *La esclava de su galán* encontramos idéntica situación a la que sirve de nudo en *Los yerros por amor*. En ésta, VIOLANTE se finge esclava para seguir a DON LOPE, pintándose unos *hierros* en el rostro para dar más verosimilitud a su disfraz; en aquélla, DOÑA ELENA consigue estar cerca de su amado DON JUAN haciéndose vender como esclava, pintándose también un *hierro* en la barbilla.

Resaltan en *Los yerros por amor* escenas de gran valor dramático, dispuestas con ingeniosa gradación para cautivar el interés del espectador. El *oportunismo* de Lope surge en alabanzas a don Juan Portocarrero (página 543, *a*), al marqués de Santa Cruz (pág. 548, *a*), al príncipe Filiberto (página 557, *a*) y a Luis Pacheco de Narváez (pág. 556, *b*), el famoso maestro de esgrima de quien tan linda y donosamente se burló Quevedo en el *Buscón*.

En un hermosísimo romance (pág. 559, *b*) describe magistralmente una fiesta naval celebrada la víspera de San Juan en el puerto de Mesina, y en otro, no menos bello (pág. 551, *b*), relata la que tuvo lugar en Madrid con asistencia de Felipe IV, la reina Isabel, los infantes Fernando, Baltasar Carlos, y la Infanta.

Este último romance nos muestra la fecha en que fué escrita *Los yerros por amor*. Baltasar Carlos nació a primeros de noviembre de 1629, y su natalicio se solemnizó con diversos regocijos públicos, puntualmente detallados en una *Relación* escrita por Gabriel de León (64). Alenda (65) afirma que la fecha 12 de noviembre de dicha *Relación* está equivocada, debiendo corregirse por 12 de diciembre, por diversas razones en que apoya su aserción. Mas no estamos seguros que estas fiestas sean precisamente a las que alude Lope, pues dice que fueron *un alegre día / que las fiestas celebraban / al Santo de muchas cruces*, lo que pudiera interpretarse como una referencia a Santiago o a San Juan. Alenda no cita, sin embargo, ninguna fiesta notable

(64) Gabriel de León: *Relación verdadera de las fiestas reales, toros y juegos de cañas que se celebraron en la Corte a doce de Noviembre por el nacimiento del Príncipe nuestro señor, con la declaración de los trajes, galas y libreas de todas las quadrillas*, Madrid, Bernardino de Guzmán, 1629.

(65) Jenaro Alenda y Mira: *Relaciones de solemnidades y fiestas públicas de España*, Madrid, 1903, t. I, pág. 263.

que en día de estos santos se celebrase, ni en 1630 ni en los años siguientes hasta 1635.

Con certeza *Los yerros por amor* es de 1629 ó poco más tardía.

XVI. Allá darás rayo.

Durante mucho tiempo se ha desconocido esta rarísima comedia por haberse extraviado el volumen coleccionario existente en la Biblioteca Nacional de Madrid (66), que incluía, además de la *Parte XXVII extravagante*, otras piezas no menos preciosas por su rareza (67).

La *Parte XXVII extravagante*, impresa, según se afirmaba, en Barcelona en 1633, repetidamente citada por Salvá, Huerta, Barrera y Fajardo, no fué vista por los modernos bibliógrafos de Lope, y hasta se llegó a dudar de su existencia, a pesar de haberla manejado don Marcelino Menéndez y Pelayo. Pero en 1923, el culto investigador norteamericano señor H. C. Heaton, durante una breve estancia en Barcelona, descubrió un ejemplar en la biblioteca del *Institut d'Estudis Catalans*, reseñándole del modo siguiente (68):

Portada: *Las / comedias del / Fenix de España / Lope de Vega Carpio. / Parte veinte y siete. / Dirigidas al Doctor Ivan Perez / de Montalvan, natural de / la Villa de Madrid. / Año [viñeta] 163[3]. / Con [licencia]. [En] Barcelona. [Año] de [1633].*—Verso en blanco.—Fol. 3, r.: Dedicatoria. Títulos de las comedias.—Fol. 3, v.: Aprobación y licencia de Andrés Omella; Zaragoza, 4 de enero de 1633. Imprimatur; el Doctor Francisco de la Peña. V. G.

Las comedias contenidas en el volumen las enumera así el señor Heaton:

I.—*Por la puente Ivana*. 37 páginas sin numerar.

II.—*Celos con celos se curan*. 43 páginas sin numerar.

Signaturas: A-E, de ocho folios cada una.

III.—*Lanza por lanza de Lvys Almanza*. Fols. 21-38.

IV.—*El Sastre del Campillo*. Fols. 39-62.

V.—*Allá daras rayo*. Fols. 63-80

VI.—*La selva confusa*. Fols. 81-102.

VII.—*De Ivlian Romero*. Fols. 101-122.

VIII.—*De los Vargas de Castilla*. Fols. 123-146.

(66) Renner y Castro: *Ob. citada*, págs. 457, 459, 488, 489, 496, 497, 517, 518 y 523.

(67) Schack: *Nachträge*, págs. 41-42.

(68) C. H. Heaton: *Lope's Comedias Parte XXVII extravagante*. (*Romanic Review*, t. XV (1924), pág. 100.)

IX.—*El médico de su honra*. Fols. 1-20.

X.—*Los milagros del desprecio*. Fols. 1-17. Signaturas A-C.

XI.—*El Infanzón de Illescas*. Fols. 1-21. Signaturas A-D.

XII.—*El Marqués de las Nabas*. Fols. 1-18. Signaturas A-C.

No es necesario encomiar lo valioso de este afortunado hallazgo, que puso de manifiesto una vez más la veracidad de Fajardo.

Después de prolija busca en nuestra Biblioteca Nacional, hemos logrado encontrar también en ella la *Parte XXVII*. El volumen en que se hallaba, no sabemos cuándo ni por quién, se desglosó en diferentes trozos. Uno de ellos lo constituyen las mismas dos primeras comedias que figuran en el ejemplar de Barcelona: *Por la puente Juana* y *Celos con celos se curan*. Dió sucinta noticia del referido trozo, aunque sin sospechar toda su importancia y negando que tuviese relación alguna con la *Parte XXVII extravagante*, J. G. Ocerin (69), a cuya perspicacia escapó este más que evidente indicio, pensando hallarse ante una nueva *Parte* de Lope.

Su signatura es *R-i-57*; carece de la portada del de Barcelona, y consta de 1 hoja de guarda + 40 hojas sin numerar, en 8.º; la comedia *Por la puente Juana* ocupa las 18 hojas primeras y el recto de la 19; *Celos con celos se curan* (que no es de Lope, sino de Tirso de Molina) comienza en el verso de la hoja 19, y ocupa las 21 hojas restantes; signaturas A - E 4, de ocho hojas cada una. En la hoja de guarda, de letra manuscrita, al parecer del siglo XVII, dice:

Pte 27 de lope / Por la puente Juana / Celos con zelos se curan / la Madrastra más honrada / el Desposorio encubierto [tachado modernamente con lápiz rojo] / Los locos de Valencia [tachado modernamente con lápiz rojo] / los Novios de Hornachuelos / Medico de su honra [de letra moderna, escrito con lápiz azul, entre líneas] / Lanza por lanza / el Sastre del Campillo / Alla darás rayo / La Selva [enmendada la e sobre una y] confusa / Julian Romero / Los Vargas de Castilla.

El trozo por nosotros encontrado contiene siete comedias. Su signatura es *R-23244*. Carece de portada y preliminares. En 8.º; 146 folios numerados (son 148 folios, por hallarse repetida la numeración de los 101 y 102). Signaturas: A-X 5, de ocho folios cada una. Texto a dos columnas. Apostillas manuscritas y correcciones de versos, de las mismas letra y tinta que la escritura de la hoja de guarda del *R-i-57*. Todas las comedias comienzan folio impar. Viñe-

(69) J. Gómez Ocerin: *Para la bibliografía de Lope de Vega*. (*Revista de Filología Española*, t. I (1914), pág. 404.)

tas (siempre la misma, idéntica a la con que cierra plana *Celos con celos se curan* del R-i-57). Contiene: Fol. 1, r.: *El medico de su honra*. Representola Avendaño; fol. 21, r.: *Lanza por lanza de Lvys Almanza*. Representola Avendaño; fol. 39, r.: *El sastre del Campillo*. Representola Manuel Vallejo; fol. 63, r.: *Alla daras rayo*. Representola Manuel Vallejo; fol. 80, r.: Fin de *Alla daras rayo*. Siguiense dos famosos Romances: *Romance del embidioso castigado*. Comienza: *La zagala mal contenta*. Termina: *Mil penas para morir*. Fol. 80, v.: *Romance de la villana de Pinto*. Comienza: *Arbol que en tus verdes años*. Termina: *Tú acabaste, yo caí*. (Son seis décimas.); fol. 81, r.: *La selva confusa*. Representola Manuel Vallejo; fol. 101, r. (en realidad 103, por errata): *De Ivlian Romero*. Representola Antonio de Prado; fol. 123, r. (125, *idem*): *De los Vargas de Castilla*. Representola Antonio de Prado; fol. 146, v. (148): *Aqui da fin / la famosa comedia / de Los Vargas de / Castilla*. [Viñeta: un mascarón sonriente, profusamente adornado con motivos arquitectónicos; a derecha e izquierda, dos cabezas de grifo, de cuyas bocas penden sendos borlones; ciñe la frente del mascarón un a modo de *claf* egipcio, y de su cuello pende un cascabel, rematado por borla que cae en el centro de un anillo].

En el ejemplar de Barcelona, *El médico de su honra* va a continuación de *Los Vargas de Castilla*, en vez de estar inmediatamente delante de *Lanza por lanza*; pero esto es sencillamente un error de encuadernación, como puede comprobarse por su foliación y signaturas. Lleva además, añadidas al fin, tres comedias sueltas: *Los milagros del desprecio*, *El Infanzón de Illescas* y *El Marqués de las Navas*, con foliación y signaturas propias e independientes.

De ser exacto el contenido de la guarda de R-i-57, se diferenciaría del de Madrid en que éste contenía trece comedias en vez de doce, de ellas, nueve iguales, y cuatro diferentes: *La madrastra más honrada*, *El deposorio encubierto*, *Los locos de Valencia* y *Los novios de Hornachuelos*.

Podemos, pues, afirmar que lo que verdaderamente constituye el núcleo de la *Parte XXVII extravagante* son las siete comedias del R.-23244, las cuales se imprimieron furtivamente, fuera de Barcelona y en fecha anterior a la que se les asigna. El gran amigo de Lope, don Francisco López de Aguilar, dice en el prólogo de la *Dorotea*, 1632, que libreros y editores de Sevilla, Cádiz y otras ciudades de Andalucía publicaban clandestinamente las comedias del Fénix con falso pie de imprenta de Zaragoza o Barcelona; Aguilar rechaza indignado tales desmanes, en nombre del ofendido poeta.

Las comedias restantes son *sueeltas*, sin relación ninguna entre sí ni con las otras siete, y de ello resulta su diversidad en los dos ejemplares conocidos.

La mala fe de un librero, sevillano o madrileño probablemente, las hizo encuadernar juntas, formando un tomo facticio, al que encabezó con portada y preliminares fantásticos (nótese la contradicción entre la *aprobación* de Zaragoza y el *pie de imprenta* de Barcelona, que tomada al pie de la letra haría pensar en una edición zaragozana anterior), completando así las *doce* comedias acostumbradas en cada parte, y de ahí las distintas comedias de que constaba el ejemplar de la Biblioteca Nacional y el de Barcelona. Se trata de una superchería más, ocasionada por la codicia de los editores, en la enmarañada bibliografía de Lope.

Que el *R-i-57* y el *R-23244* formaron parte de un mismo volumen anterior, lo demuestran, además de la misma coloración roja de los cortes, cantos y contracantos, la exacta coincidencia de los nervios y cerraduras de la encuadernación.

El título de esta comedia está inspirado en el refrán *Allá darás rayo en casa de Tamayo*, que, según el *Diccionario de Autoridades*, “significa el apego del amor propio, que huye de los males y se interesa poco en que sucedan, con tal que dañen, no a sí, sino a otros”. Góngora tiene una letrilla burlesca cuyo estribillo es este mismo refrán. Representóla el famoso comediante Manuel Álvarez Vallejo, marido de la célebre actriz María Riquelme, los cuales, con su compañía, trabajaron en Madrid de 1624 a 1631. Entre estos años hay que fijar la fecha de *Allá darás rayo*.

Al ser impresa sufrió rudos cortes y, como en todas las furtivas, sueltas y extravagantes, la impresión es defectuosa, falta de versos, con erratas de bulto, difíciles de suplir. El descuido de Lope, que entregaba el autógrafo original de sus comedias a los autores de las compañías sin quedarse con copia ni volverse a ocupar más de sus producciones dramáticas, originó el que, aun las impresas bajo su dirección en las *Partes* por él autorizadas, contengan tantos disparates y manquedades que enturbian sus imponderables bellezas. No conocemos todo el genio de Lope más que en las piezas dramáticas autógrafas que afortunadamente se conservan, y en las que resplandece toda la lozanía de su musa. Así vemos en *Allá darás rayo* dos ejemplos de andalucismo, en que riman *vez* con *es*, y *veces* con *cortes* (pág. 569, *a*), y que ciertamente no son imputables a Lope, tan pulcro y fácil en consonantes ricos, sino a todos los que sin respeto a su labor pusieron las manos en sus magníficas estrofas.

La trama de esta comedia de enredo es sencilla y original, basada en la caballeresca actitud de CARLOS, que, vacilante en amor, sabe ser firme en mantener la palabra dada a la REINA MARÍA, despertando con su silencio los

muy humanos celos del REY ENRIQUE, terminando felizmente, aunque no a gusto de todos.

De bien urdida y sencilla fábula, la maestría de Lope sostiene hasta el momento oportuno, muy al final, la perplejidad del espectador o lector, que no puede adivinar un desenlace tan placentero.

Aunque la acción se desarrolla en el palacio de Nápoles, entre reyes y magnates, sin fidelidad histórica, los personajes no son altisonantes ni empingorotados, sino seres que aman, odian y celan. Hay un soneto en el que Lope se queja amargamente del rey (pág. 581, *a*), acaso por verse defraudado en su continua pretensión de ser *coronista*, manía un poco infantil que, de haber sido satisfecha, nada hubiera añadido a su fama, antes la hubiera menguado; para intimidades y relaciones cortesanas con todas sus secuelas, bastan en la vida del Fénix las que, flacamente humano, se vió obligado a mantener con el duque de Sessa.

XVII. Amor con vista.

Se conserva el autógrafo de esta comedia en la Sección de Manuscritos de la Biblioteca Nacional de Madrid, y la imprimimos siguiendo su texto. Su signatura es R.-85.

Fué publicada por Sancho Bayón y Fuensanta del Valle en el volumen VI de la *Colección de libros raros y curiosos*, con el título de *Comedias inéditas de Frey Lope Félix de Vega Carpio*, tomo I (único publicado), Madrid, 1873; mas contiene errores de lectura y descuidos de fidelidad que hemos subsanado.

La descripción de este precioso manuscrito es como sigue: .

Portada, r: ✠ / *Amor con / vista /* [adorno caligráfico] / *Comedia /* [verticalmente, a ambos lados, dos rúbricas sencillas de Lope] / 1626 / [sobre la rúbrica de la derecha]. (Todas las letras de la portada son muy historiadas. En la parte inferior, entre las dos rúbricas, hay, dibujado con la misma tinta, lo que parece indicar que es de mano de Lope, el busto de un manco, de no muy suelta factura.)—V.: [En letra distinta de Lope, como si se tratara de ensayos caligráficos] *Al s^r Ant^o Prado autor de comedias por su mag^d / que guarde Dios y El becino de M^d en / quatro Dios de mi alma En mi bida en / en (sic) la uilla de M^d en quatro dias / del mes de mayo de mill y seiscientos / y beinte y dos años parecio Juan / Ant^o de la Ynojossa* (después de *bida* cambia la letra, haciéndose algo encadenada).—Hoja 1, r (rota la mitad inferior): *Personas del 1^o Acto / El Conde Otabio-Autor / Tomé criado suyo-Vobadilla / Celia-M[arí]a* (tachado: *de Calderón*; y enmendado

encima:.) *Vitoria / Lisena-Autora / Fenis damas-M[arí]a Ca[lderon]*.—
 ACTO PRIMERO: Fol. 1, r.: ✠ / *Jhs M^a Josef Angel Custodio / Prim^a / Acto prim^o*.—Tiene 18 folios numerados; equivocada la foliación; repetido el 12. Termina en el fol. 17 (18), r.: *D. et M. V.*, seguido de una rúbrica sencilla.—
 ACTO SEGUNDO: Portada, r.: *2^o Acto de Amor con vista / [rúbrica sencilla]*. V. en blanco.—Hoja 1, r.: *Personas del 2^o Acto / Otabio / Tomé / César / Leonardo / Celia / Lisena / Flora / El Virrey de Napoles / Julio-Jerónimo / Albano / Fenis*.—Fol. 1, r.: ✠ *Jhs M^a Joseps Angel Cust^o / P. / Acto 2^o*.—Tiene 17 folios numerados. Termina en el fol. 17, r.: [rúbrica sencilla] *D. et Matri V. / [rúbrica sencilla]*. Sigue una hoja en blanco.—ACTO TERCERO: Portada r.: *3^o Acto de Amor con vista / [rúbrica sencilla]*. V. en blanco.—Hoja 1, r.: *Personas del 3^o Acto / Otabio / El Virrey / Julio / César / Albano / Fabricio / Tomé / Un Capitán / Fenis / Lisena / Flora / Celia*.—Fol. 1, r.: ✠ *Jhs M^a Josef Angel Cust^o / P. / Acto T^o*.—Tiene 16 folios numerados, más una hoja sin numerar. Termina: [rúbrica sencilla] (escritos encima de ella los dos últimos versos) / *Laus deo et Mat. Virg. / En Madrid a diez de Diziembre de 1626 / Lope de Vega Carpio* [rúbrica complicada].—Fol. 16, v.: *Veala P^o de Vargas Machuca / [rúbrica] / Es de las mui buenas comedias q ha escrito Lope de Vega, la fabula ingeniosa / los versos mui poeticos, escogidos i senten / ciosos, con discretos auisos para los sucesos / de la vida humana, i toda digna del Teatro / de la Corte. Puede representarse. Madrid / a 11 de X^{bre}. 1627 / Pedro de Vargas Machuca. / [rúbrica] / Podesse reprezetar esta co / media vta a informacao / do ldo. Gregorio de ballaser / em Loa. 12 de decebro de 1630 / Ldo M^{ta} dabreu*.—Hoja 17 (sin numerar), r.: *Podesse representar L^{oa} / 14 de dezembro de 1630 / [rúbrica]*.—V.: *Esta comedia intitulada Amor con vista se / puede representar reseruando a la vista todo / lo q no fuere de su lectura. En Carag^a y / Febrero a 13 de 1627 / El d^{or} Luis Nau^o Ordori*.—Tamaño: 15 × 21 cm. Procedente de Durán.

Existen otros dos manuscritos en la Biblioteca Nacional de Madrid, copia del autógrafo anterior. Llevan por signatura bibliográfica: *Ms. 1514*, procedente también de Durán, y de letra del siglo XIX, y *Ms. 16789*, asimismo de letra moderna.

De D. Antonio Enríquez Gómez hay también una comedia manuscrita, *Amor con vista y cordura* (signatura: *Ms. 15274*), que no tiene de común con la de Lope más que el título.

Hemos descifrado todos los versos tachados sin omitir ninguno. Van anotados en el lugar correspondiente. Por ello podemos deducir el proceso

de técnica que Lope seguía al escribir. Las correcciones nos permiten aseverar que al comenzar su trabajo no tenía concebido más que el plan en líneas generales, sin fijar todos los detalles, que iba añadiendo a medida que de su pluma brotaban las estrofas. Puede comprobarse esto también por la lista de personajes que figura al comienzo de cada acto, los cuales van en orden indistinto sin atender a su mayor o menor importancia; más bien parecen añadidos según la inspiración del poeta les hace intervenir en la acción dramática; de tener completados de antemano todos los pormenores del plan de la obra, bastaría con una sola lista de *personas*. Además, ocurre a veces que el verso que suple a otro tachado expresa idea contraria a la que en éste se decía, cambiando por completo el desarrollo de la ficción.

Nos indican también su maravillosa soltura y dominio en los tercetos, octavas reales, pareados, versos blancos, endecasílabos, sextillas y sonetos; su gran facilidad en las décimas y quintillas, sus ligeras enmiendas en las redondillas y sus vacilaciones, aunque pocas, en el romance. Cuando tacha, generalmente no es por dificultades para encontrar consonante, sino para hacer el verso más ligero en nueva combinación armónica de palabras más sonoras y expresivas. Su célebre verso *y más de ciento en horas veinticuatro* no es una jactancia, sino una espléndida y casi incomprensible realidad, pues en este y en otros autógrafos puede notarse que los actos están hechos de un tirón, achicándose la letra y perdiendo algo de su horizontalidad los versos a medida que Lope avanzaba vertiginosamente, siendo su mano mucho más lenta que su cerebro. Adviértese también que no hay ni una sola estrofa manca, ni un solo verso falto de sílabas, ni sinalefas ni hiatos violentos, como sucede en las ediciones. La musa de Lope era tan perfecta como robustísima, digna, en verdad, por lo prodigiosa, de ser envidiada.

Nos ofrece esta comedia un curioso ejemplo de cómo si no observaba Lope *las reglas* clásicas, respetaba otras por él inventadas, aplicando metros distintos según la situación fuese dramática, amorosa, patética o simplemente narrativa. En el acto primero (pág. 605, *a*), cuando FÉNIS cuenta su desventura a OTAVIO, suplicándole persista en su protección, el gracioso TOMÉ exclama después de oírla: *¡Vive Dios que me ha cogido! / Gusto de señora tienes, / que yo esperaba un romance / y en verso grave procedes*. Demuestra esto que Lope apropiaba el verso, no sólo a la situación, sino al carácter del personaje. Si FÉNIS hubiese sido una villana, en lugar de la solemne gravedad de los versos de arte mayor, se hubiera contentado con la alada ligereza de unos octosílabos aconsonantados.

La acción se desarrolla en Nápoles, lugar de acción favorito del Fénix.

El protagonista OTAVIO, cuya conducta nos sorprende hoy un poco, es trasunto fiel del modo especial de sentir de nuestro autor, más que capaz de mudar, a impulsos de su veleidad, el amoroso pensamiento en brevísimos instantes, sin que la conciencia le reprochase, dispuesto siempre a que triunfasen sus bríos sin otra norma que su voluntad. Es un extraño ejemplo de veracidad y embustes, de inconstancia y firmezas, de lealtad e infidelidades. Ama a FÉNIS porque se le aparece novelescamente, encontrando su mayor deleite en la prohibición del fruto, y, sin embargo, la respeta caballeroso, otorgándola seguro asilo en la morada de CELIA, de quien, a su vez, es huésped. No menos sorprendente es el carácter asaz desenvuelto de FÉNIS, que, escapando de la justa cólera de su padre, confía su vida y su honor al primer caballero desconocido con que topa en su azorada huída, y que persiste terca, sin aparente motivo, en no reintegrarse a su hogar, aun conociendo lo peregrino de su situación y los peligros a que se expone, sólo por obstinada rebeldía.

Entre las enredosas burlas de esta comedia aletea sutil ráfaga de tragedia, que se desvanece prestamente en el copo suave, blando, de una nubecilla primaveral.

Los actores que estrenaron *Amor con vista*, y que figuran en el reparto, son: *El Conde Otavio*, el autor Antonio de Prado, famoso representante, casado con Mariana Vaca de Morales (hija de Juan de Morales y de la gallarda Jusepa Vaca), la autora, que hizo el papel de *Lisena*; *Tomé, el gracioso*, le correspondió a Luis Bernardo de Bobadilla, cuya mujer, María de Victoria, representó el de *Celia*; *Fénis* fué la celeberrima *Calderona*, María Calderón, amante de Felipe IV y madre del segundo D. Juan de Austria, y *Julio* (segundo acto) tuvo vida en la persona de Miguel Jerónimo.

XVIII. Amor, pleito y desafío

En las *Parte XXII* (Madrid, 1625, y Zaragoza, 1630) y *Parte XXVI* (Zaragoza, 1632 y 1633) se incluye a nombre de Lope una comedia con el mismo título, que es la de Alarcón *Ganar amigos*. La *Parte XXII* de Madrid se publicó por el yerno de Lope, Luis de Usátegui, después de la muerte del Fénix, y fué seguramente preparada para las prensas por éste. El error provino de la semejanza de título y del expedito procedimiento de nuestro poeta para coleccionar sus obras, sirviéndose de las adulteradas copias que le proporcionaban los comediantes, ya que él no conservó jamás ninguno de sus autógrafos, que entregaba a las compañías de cómicos sin preocuparse de la suerte

que corrieran. Así, no es extraño que al tratar de imprimir *Amor, pleito y desafío* consiguiese, en vez de su comedia original, la de Alarcón, atribuída, para explotar su fama, por algún poco escrupuloso autor a Lope, quien, después de los trece años transcurridos desde que salió de su pluma, olvidado el argumento, la aceptó de buena fe como propia, retocándola y procurando corregir sus mixtificaciones, según acostumbraba, antes de que saliesen a luz para ser leídas, y de ahí las grandes diferencias que notó Rennert entre el texto de las versiones adscritas al Fénix y el de *Ganar amigos*, impreso en las obras de Alarcón (70).

Afortunadamente, se conserva el autógrafo de la verdadera en la Biblioteca Nacional de Madrid (signatura: Ms. R-134).

Fué publicada por Sancho Rayón y Fuensanta del Valle, en el volumen VI de la *Colección de libros raros y curiosos*, con *Amor con vista*, y asimismo sin rigor de pureza en su reproducción. Nuestro texto sigue escrupulosamente al autógrafo, cuya descripción reseñamos:

Portada: *Amor Pleito i / Desafio / Tragicomedia* / [margen izquierdo:] *En Mad. a 23 de Nov / yenbre* / [margen derecho:] *1621* / [rúbrica de Lope].—Hoja 1, r.: *Personas del Pº Acto* [con el reparto que damos en nota].—Acto primero: Fol. 1, r.: ✠ *Jesus Maria Josef Angel Custº / P. / Acto Pº*.—Tiene 17 fols. numerados más una hoja en blanco.—Termina con una rúbrica sencilla.—Acto segundo: Portada: *2º / Acto de Amor pleyto / y Desafio*.—Hoja 1, r.: *Personas del 2º Acto*.—Fol. 1, r.: ✠ *Jesus Mª Josef Angel Custº / P. / Acto 2º*.—Termina: [rúbrica sencilla] / *Fin de la 2ª Jornada / de Amor pleyto y desafio* / [rúbrica historiada de Lope].—17 fols. numerados + una hoja en blanco.—Acto tercero: Portada: *3º / Acto de Amor pleyto / y Desafio* / [rúbrica historiada de Lope].—Hoja 1, r.: *Personas del 3º Acto*.—Fol. 1 r.: ✠ *Jesus Mª Josef Angel Custodio / P. / Acto 3º*.—Termina: [rúbrica sencilla] / *Laus deo et V. M. immaculatis concep. / En Madrid a 23 de nouienbre / de 1621. / Lope de Vega Carpio* [rúbrica historiada].—19 fols. numerados + una hoja en blanco.—En el folio 19, r. de este tercer acto lleva las siguientes censuras: *Veala Pº de Vargas Machuca* [rúbrica] / *Pocas veces tienen las Comedias de Lope de Vega Carpio / q' aduertir porque lo es el tanto en sus escritos que no deja / en que reparar, y en esta del Amor pleyto y desafio, ha mostra / do su ingenio y atencion. Madrid 14 de Enº 1622. / Puedese representar / Pedro de Vargas Machuca* [rubricado].—En la última hoja, encima de una suma: *llebo el 1º*

a rojas la dama de esta com / llebo Jacinto a don Juº de Aragon.—Tamaño: 15 × 21 cm.

Hemos conseguido leer absolutamente todos los versos tachados; confirman las observaciones sobre la técnica de Lope que exponemos al tratar de *Amor con vista*; van anotados en el lugar correspondiente.

La acción de *Amor, pleito y desafío* se desarrolla entre personajes más o menos históricos de la corte de Alfonso XI de Castilla, monarca que también figura en *Del Rey abajo, ninguno*, de Rojas. La lucha amorosa entre el pretendiente rico y el amante pobre, se resuelve con un curioso pleito, de cuya sentencia se origina el desafío, que no se realiza por la intervención del rey.

Aprovechó Lope la ocasión para zaherir a los rábulas curialescos y sus no limpios procedimientos, que tantas amarguras le ocasionaron en los albores de su juventud, ridiculizándolos sin atenuaciones (págs. 659 y 664). Donosamente se burla también del conceptismo (pág. 654, *b*). Laméntase de no haber alcanzado el oficio que intentaba conseguir (pág. 638, *a*), el cual, según hemos visto repetidas veces, era el de *coronista*, y de que su esperanza, puesta en el rey, se había desvanecido (pág. 661, *b*). Hay una alusión a los disgustos que le daban sus hijos, queja repetida en *La vitoria de la honra*. (Prólogo, pág. XXXIII).

Un interesante dato más que añadir a los muchos que demuestran claramente la influencia de Lope sobre Calderón, son los versos: *que más me importa servirte / que la vida que poseo, / pues cuanto no fuere el alma, / mi rey y señor, te debo* (pág. 653, *b*), en los que se anticipó a los famosos de *al rey la hacienda y la vida*.

Amor, pleito y desafío fué representada por la compañía del autor Pedro de Valdés, compuesta a la sazón de su mujer, Jerónima de Burgos; Angela Dido, Isabel de Torres, Juan Bautista, Vicente, Lorenzo Hurtado de la Cámara, Maldonado, Pedro de Pernia y Antonio Rodríguez.

XIX. Las burlas veras.

Las dudas suscitadas sobre la atribución a Lope de esta comedia, se disiparon con recientes aportaciones, que esclarecieron debidamente el asunto, demostrándose que, en efecto, pertenece al Fénix (71).

Hubo también confusiones con otras, como la denominada *Burlas y enre-*

(71) Rennert y Castro: *Obra citada*, pág. 466.

dos de Benito (72), anónima en la edición de Córdoba, 1613, y en la de Madrid, 1617, y que, según Barrera, no es de Lope, aunque Chorley, sin afirmarlo categóricamente, se inclina a creer que pudiera serlo. En la Biblioteca Nacional de Madrid se conserva un manuscrito de una comedia llamada *Las burlas de Benitico* (Ms. 15206), que tiene en las guardas la fecha de 1586, con el nombre de Luis de Benavides, autor de comedias o alquilador de vestuario, y que se representó, con el título de *Los enredos de Benitillo*, en julio de 1593 (73), y que es la misma que se imprimió en *Cuatro comedias*. Atribúyese a Calderón otra pieza, *Burlas veras o El amor invencionero y Española de Florencia*, sin que hasta ahora se haya dilucidado si es de Lope o de Calderón. Finalmente, Julián de Armendáriz, el enemigo de Lope, escribió otra, *Las burlas veras*, que se conserva en la Biblioteca Palatina de Parma.

Ninguna de ellas tiene más relación con la que publicamos que la semejanza en el título.

El Sr. S. L. Millard Rosenberg publicó en Filadelfia, 1912, una edición de *Las burlas veras*, basada en el ejemplar que se conserva en el British Museum (74), no acompañándole por completo el acierto al reproducirle, pues incurre en varios errores y descuidos, tales como: enmendar [y]erro, la falta del ejemplar *erro*, con lo que sobra al verso una sílaba, en vez de *erro[r]*, con lo que resulta perfecto; añadir innecesariamente una *n* a *implica*, que sin ella hace buen sentido; añadir, también sin necesidad una *s* a *caballero*, cuando es evidente que ha de ser singular; corregir *quien me merece desvíá*, un verso que dice *que en merecer me desvíá*; leer *instentan*, corrigiendo *intientan*, en vez de *sustentan*; no corregir *rifa* en lugar de *risa*; leer *adorará a* en vez de *adorara en*; puntuar y acentuar *¿Qué? De Napoles dexé al Condestable*, desmesurando el verso, en vez de *¡Que de Nápoles deje al Condestable*; leer *y assi mando*, con lo que al verso le falta una sílaba, en vez de *y así lo mando*; leer *abrasc* en vez de *abrasé*, con lo que se destruye la acentuación del verso; leer *yo*, en vez de *y*; etc. (75).

(72) *Cuatro comedias famosas de Don Luis de Góngora y Lope de Vega*, Madrid, 1617. Publicada por D. Emilio Cotarelo en el vol. IV de la presente colección, Madrid, 1917; prólogo, pág. VII, y texto, pág. 74.

(73) Pérez Pastor: *Nuevos datos*, pág. 37.

(74) *Colección de Comedias sueltas con algunos Autos y Entremeses de los mejores Ingenios de España, desde Lope de Vega hasta Comella*. Hecha y ordenada por J[ohn] R[utter] C[horley], tomo I, parte 3.^a (1178 h. 3).

(75) Págs. del presente volumen: 679, *a*, verso 2; 679, *b*, verso 17; 679, *b*, verso penúltimo; 684, *b*, verso 32; 689, *a*, verso 10; 691, *b*, verso 19; 696, *a*, verso 5; 698, *a*, verso primero; 701, *a*, verso 17; 704, *a*, verso 17.

Creíase único el referido ejemplar; pero hemos descubierto otro en la Biblioteca Municipal de Madrid, y de él nos servimos para la presente edición.

Su descripción es como sigue:

Las burlas veras. / Comedia / famosa. / De Lope de Vega Cargio (sic).

Sin lugar; sin impresor, sin año. En 4.º—16 hojas sin numerar.—Signaturas: A-D2.—Texto a dos columnas.

La impresión, bastante mediana, de tipos muy usados, es de últimos del siglo XVII, hecha sobre papel de mala calidad.

Ambos, el del British y el de la Biblioteca Municipal, son idénticos y salidos al mismo tiempo de la prensa, pues coinciden hasta en las menores erratas. La signatura bibliográfica del ejemplar madrileño es 21-70.

Las burlas veras es una amable comedia palatina, cuya acción se desenvuelve en la corte de Sicilia, entre príncipes, duques y un en potencia y encubierto Conde de Barcelona; ninguno responde a la realidad histórica.

De graciosa finura, contiene escenas lindísimas (pág. 692), de originalidad e interés dignos de Lope, quien vehementemente nos pinta su ideal de hermosura femenina (pág. 687), exponiendo las curiosas teorías de que la mujer conservará su honor si sabe defender la boca de los besos del amado (repetida en *Amor con vista*, pág. 604), y la de que un noble, encubierto con distinto nombre, no tiene obligación de cumplir la palabra, anteriormente dada, cuando recobra su verdadera personalidad, puesto que fué otro y no él mismo quien la dió (pág. 705).

Las burlas veras sufrió al ser impresa larguísima y despiadados cortes que amenguan sus bellezas, y erratas grandes, en estrofas y versos, que dejan algo perplejo al lector.

No hemos podido fijar su fecha, pero por la maestría del plan, la armoniosa versificación y el inesperado desenlace, creemos que es de la plenitud de producción de Lope.

XX. La Carbonera.

Se publicó en la Parte XXII, Madrid, 1635, después de la muerte de Lope, por su yerno Luis de Usátegui (76), y modernamente por don Marcelino Menéndez y Pelayo en el volumen IX de las *Obras de Lope*, edición de

(76) *Veintidos / parte / perfeta de las comedias / Del Fenix de España Frey Lope Felix de Vega / Carpio, del Habito de San Juan, Familiar / del Santo Oficio de la Inquisicion, Procurador Fiscal de la Camara / Apostolica. / Sacadas de sus verdaderos / originales, no adulteradas como las que hasta / aqui han salido. / Dedicadas a la Excelma / Señora doña Catalina de*

la Real Academia Española. Fué traducida al alemán por el conde de Soden (77), aunque de modo deficiente. En el British Museum se conserva una edición *suelta* con el título de *Doña Leonor de Guzmán, hermana de don Pedro el Cruel*.

Hemos logrado hallar el manuscrito del *tercer acto*, que, según Rennert (78), no se encontraba en la Biblioteca Nacional de Madrid. Sus interesantísimas variantes completan y mejoran el texto de la impresión madrileña de tal manera, que nos ha inducido a publicarla de nuevo. Seguimos en las *jornadas primera y segunda* la ya citada edición de 1635, que denominamos *E*, y en la *tercera* reproducimos el texto impreso y el del manuscrito, al que designamos *Ms*.

El manuscrito del *tercer acto* de *La carbonera* no figura en el completo *Catálogo* de Paz. Procede de Durán, y su signatura bibliográfica es *Ms. 17449*¹². Portada: *La Carbonera*.—Hoja 1, r.: *Tercera jornada de la Carbonera*.—17 hojas útiles, sin numerar, + 1 hoja en blanco.—Letra del siglo XVII. 16 × 22 cm.

La carbonera no se ajusta por completo a la realidad histórica. El rey don Pedro, presentado por Lope no como *cruel*, sino como *justiciero*, tuvo una hermana bastarda, doña Juana, que casó con don Ferrando de Castro. La fantasía de Lope mejoró con poética ficción la prosaica realidad, que en la *Crónica* de Pero López de Ayala aparece no por descarnada más verdadera.

La carbonera es una de las muchas comedias de Lope en que se canta la vida, sencilla y apacible, campesina, en la que los hombres, laboriosos y hospitalarios, tienen también su puntillo de honra y sus ribetes de hidalgo or-

Zuñiga y Auellaneda, / Marquesa de Cañete. / 64 y 1/2 / Año [adorno tipográfico] 1635. / Con privilegio. / En Madrid. Por la viuda de Juan González. / A costa de Domingo de Palacio y Villegas, y Pedro Verges, / mercaderes de libros.

En 4.º—4 hojas + 254 fols.—Signaturas: A-Iiz.—Texto a dos columnas.

Portada.—V. en blanco.—Hoja 1.ª, r.: Dedicatoria de Luis de Usátegui.—V.: Títulos de las comedias.—Hoja 2, r.: Aprobación, Maestro Joseph de Valdivielso, Madrid, 12 de mayo de 1635. Licencia del Ordinario, Licenciado Lorenzo de Iturrizarra, y por su mandado Simón Jiménez, Madrid, 14 de mayo de 1635.—V.: Aprobación, Licenciado Florencio de Vera y Chacón, Madrid, 26 de mayo de 1635.—Hoja 3, r.: Suma del privilegio, Madrid, 21 de junio de 1635.—Suma de la tasa, Madrid, 2 de octubre de 1635.—Erratas, Murcia de la Llana, Madrid, 28 de septiembre de 1635.—V.: Al que leyere.

Fol. 1, r.: Quien todo lo quiere; fol. 19, r.: No son todos ruiñeños; fol. 41, r.: Amar, servir y esperar; fol. 65, r.: Vida de San Pedro Nolasco; fol. 84, r.: La primera información; fol. 106, r.: Nadie se conoce; fol. 130, r.: La mayor vitoria; fol. 150, r.: Amar sin saber a quién; fol. 173, r.: Amor, pleito y desafío; fol. 192, r.: El labrador venturoso; fol. 214, r.: Los trabajos de Jacob; fol. 234, r.: *La carbonera*.

(77) *Schauspiele des Lope de Vega*, t. I, Leipzig, 1820.

(78) Rennert y Castro: *Obra citada*, pág. 468.

gullo cuando alguien pretende humillarlos. Lope gustaba de sacar a escena los carboneros, como ya hemos visto en *El triunfo de la humildad*.

El carácter de DON JUAN DE VELASCO es uno de los personajes más logrados de los muchos que creó el Fénix, románticamente humano y caballeresco.

La carbonera tiene una espléndida versificación (es magnífica la descripción de la fiesta del Corpus en Sevilla (pág. 726), y otros muchos de sus trozos), que demuestra ser obra de la vejez de Lope.

Fué representada por Pedro de la Rosa, en el Retiro, el 25 de junio de 1636.

FEDERICO RUIZ MORCUENDE.

LA FAMOSA COMEDIA
DE
LOS TORNEOS DE ARAGÓN

ACTO PRIMERO

FIGURAS DEL PRIMER ACTO:

ESTELA.	VITELIO.
EL DUQUE ARNALDO.	CLODOVEO, <i>Rey de Francia.</i>
NATALIO.	
EL CONDE BALDUINO.	BERMUDO, <i>Rey de León.</i>
CARLOS.	CELSO.
MARCELA.	RAMIRO.
ROSELO.	GENTE DE GUARDA.

(ESTELA y el DUQUE ARNALDO.)

ARNALDO. Yo me casaré contigo.

ESTELA. Aun sospecho que mi honor
no puede tanto conmigo (1);
que es imposible el amor
donde es el dueño enemigo.

ARNALDO. ¿Tanto aquel gallardo quieres?

ESTELA. Testigo tirano eres,
pues **por** él tan mal te trato.

ARNALDO. No importa; que con el trato
cobráis amor las mujeres.

ESTELA. Si el tiempo que es ya pasado
a su principio volviese,
cuando fué el mundo formado,
y desde entonces viviese
hasta su fin a tu lado;
si después que te casases
los instantes transformases,
¡oh, Duque!, en horas tardías,
las horas en largos días,
que éste mi amor conquistases;
si los días en semanas
y las semanas en meses,
y si con promesas vanas
los meses volver pudieses
en olimpiadas romanas;
si éstas en lustros pudieras

volver luego, y combatieras
los lustros, siglos y edades,
y la edad, eternidades,
y el tiempo infinito hicieras,
¡jamás te tuviera amor!
ARNALDO. ¡Oh, qué notable rigor!
¡Oh, qué firmeza en mujer,
a quien no pueden mover
fuerza de amor ni de honor!

Pero mira lo que dura
en el enfermo el antojo,
en el loco la cordura,
en hombre noble el enojo
y en el pobre la ventura;
el lirio cárdeno en mayo,
en el que juega el sosiego,
en vil mujer el desmayo,
en las estopas el fuego
y por los vientos el rayo;
en los padres el rigor,
en ingrato el beneficio,
en los niños el amor,
la paz en dos de un oficio
y en el cobarde el valor;
en el pródigo el tener,
en el avariento el dar,
en el indigno el poder:
¡lo mismo suele durar
juramento de mujer!

ESTELA. ¡Basta!, que imitarme quieres;
pero, por más que me asombres,
no es posible que me alteres;
que es muy antiguo en los hombres
aniquilar las mujeres;
y cuando posible fuera
que ése tu amor me viniera
con fuerza de tiempo largo,
pondrán a su fuerza embargo
honra, agravio y muerte fiera.

Honra, digo, de mi hermano;
agravio, digo, de aquel

(1) En *M*: *cemigo*.

que fué mi marido en vano;
muerte, digo, pues por él
está la tuya en su mano;

ansí que, dándote muerte,
¿cómo podrás obligar
con largo tiempo a quererte,
ni yo dejar de jurar
que tengo de aborrecerte?

ARNALDO. ¡Ea, Estela!, que no has sido
tú sola en el mundo brava;
otras, por ventura, ha habido,
que Amor juramentos lava
con el agua del olvido.

¿Qué es eso de no querer?
¡Si cuentan de una mujer
que a un simio (1) tuvo afición,
tratándole en ocasión
que no pudo más hacer;

que de una nave perdida,
a una isla despoblada
salió, en una tabla asida,
donde fué dél regalada;
y al fin le quiso, querida!

Yo te tengo en mi poder,
y no soy fiero animal
ni menos diestro en querer,
ni tú, Estela, pedernal,
sino mudable mujer.

Si a tu esposo te llevaban,
no era tu esposo hasta allí,
pues tus bodas se trataban;
de ti el robarte aprendí.
¡También tus ojos robaban!

Si acaso el Conde, tu hermano,
no me tiene por igual
de aquél tu esposo tirano,
será porque igualan mal
un noble con un villano.

Yo soy Duque desta tierra,
que puesto que, despoblada,
ricos vasallos encierra;
que es el arado su espada
y el fértil campo su guerra.

No hay ciudades, hay montañas;
no hay palacios, hay cabañas;
no hay traiciones ni dobleces;
que aquí traen los jüeces,
en lugar de varas, cañas;

no se ejercita la pluma
en larga y prolija suma
regida del interés,

ni hay hierro para los pies;
que no hay tanto presuma.

No ha pasado el Siglo de Oro:
¡todo es virtud; no hay castigo!
Esas verdades ignoro;
¿no eres tú el dueño enemigo,
como Fálaris del toro?

¿Pues qué virtud puede haber
en tus vasallos, ni hacer
más bien que de tus liciones?
Varas, plumas y prisiones
te sabrá el cielo poner.

República sin castigo
no arguye virtud.

ARNALDO. Pues ¿qué?

ESTELA. Libertad.

ARNALDO. Di que contigo
la he tenido.

ESTELA. Bien podré
dar tu traición por castigo.
¿No es fuerza la que me has he-
[cho!

(NATALIO, criado.)

NATALIO. Esta carta llega ahora,
y que es de Francia sospecho.

ARNALDO. ¿Del Rey?

NATALIO. Sin duda.

ARNALDO. Señora,
el Conde está satisfecho,
y en Francia queda notorio
que sois mía; aquí, sin duda,
pide el Rey mi desposorio,
y que a vuestra deuda acuda
y de vuestro padre Honorio.

Antes de leerla os pido
la mano, y al cielo juro
ser vuestro esposo y marido.

ESTELA. ¿Por el honor que procuro,
por fuerza habré consentido!

Mas ¿por qué quieres mujer
que siempre ha de aborrecerte
y nunca te ha de querer?

ARNALDO. Leer quiero.

ESTELA. ¿Hasta la muerte
te tengo de aborrecer!

Y poco tiempo será;
¡que mi vida durará,
Duque, en tu poder, tan poco!
¡Válame Dios!

ARNALDO. ¿Estás loco?

ESTELA. ¿Qué efectos haciendo está?

No es la carta casamiento.

(1) En M y en B: *simio*.

NATALIO. Sin duda que es amenaza
del castigo de escarmiento.

ARNALDO. Pensar conviene la traza
de mi nuevo pensamiento.
Entrate allá dentro, Estela.

ESTELA. ¡Ah, tirano! Ya revela
al alma el cielo tu daño.

(Vase ESTELA.)

ARNALDO. ¿Fuése?

NATALIO. Ya se fué.

ARNALDO. ¿Qué engaño,
qué invención o qué cautela,
Natalio, me ha de valer?

NATALIO. ¿Para qué?

ARNALDO. Toma esa carta;
toma, comienza a leer.

NATALIO. De mil sospechas me aparta
verte con tanto placer.

La carta parece enigma:
¿cómo alegra si lastima,
cómo lastima si alegra?

ARNALDO. Porque, al sol, la sombra negra
tal vez es fuerza y oprima (1).

Muestra acá, leeréla yo,
¡veré otra vez si me engaño!

NATALIO. ¡Como loco estás!

ARNALDO. ¡Pues no!
¡No ha muerto tantos el daño
como el provecho mató!

(Lee.)

“Duque Arnaldo, mi primo: Del consejo y
acuerdo de mis Cortes sois llamado al casa-
miento de la Infanta, mi hija, por vuestra san-
gre y generosos méritos. Partid luego a París.”

NATALIO. ¿Por qué no vas adelante?

ARNALDO. Porque, en medio del placer,
hace que el alma se espante
de ver aquesta mujer
en ocasión semejante.

Natalio, ¿qué haré?

NATALIO. Señor,
pues el Rey eso te escribe,
que es de tan supremo honor,
a matarla te apercibe,
que es el remedio mejor.

ARNALDO. Y ¿qué hará el Conde, su herma-

NATALIO. Si emparentas con el Rey, [no?
todo tu negocio es llano.

ARNALDO. Sí, que es autor de la ley,
y está el rompella en su mano.

Si mi partida apresuro
y con la Infanta me caso,
aunque a Estela soy perjuro,
la dificultad del caso
de todo punto aseguro.

Entra y quítale la vida.

NATALIO. Voy.

ARNALDO. ¡Vuelve!

NATALIO. ¿Ya te arrepientes?

ARNALDO. ¡Está en mis ojos asida!

NATALIO. Pues ¿cómo, señor, consientes
que tan alto bien te impida?

ARNALDO. ¡Ay, Natalio! Bien quisiera,
porque este bien no estorbara,
que luego Estela muriera.
¡Pero en mi afición repara,
y que es mujer considera!

NATALIO. ¡Pierdes la ocasión!

ARNALDO. ¡Revoco
su sentencia!

NATALIO. Lloro el loco,
después que tarda, se avisa.

ARNALDO. ¡No la matemos a prisa;
matémosla poco a poco!

NATALIO. ¿A mí qué me va, señor?
¿Qué me obliga? ¿Yo qué gano?
Tuyo era todo el honor.

ARNALDO. Ahora bien, Natalio, en vano
defiende a Estela mi amor.

El Rey francés tiene sólo
un hijo, y aquesta Infanta,
bella en cuanto mira Apolo,
desde donde se levanta
hasta el contrapuesto polo.

Puedo heredar solamente
con una vida que falte,
causa justa y suficiente
para que esta espada esmalte
sangre de Estela inocente;

porque el Conde Balduino
y Carlos, su medio esposo,
uno pobre y otro indigno,
si me ven tan poderoso
se han de volver del camino.

¡Muera Estela!, pero advierte
qué trazado, y en su muerte,
de que yo me quiero holgar;
en una barca en el mar,
y embárcala desta suerte.

(1) En *M*: *optima*.

donde en viendo que se aleja
de su ribera en sus olas
su vida y mi fuego deja,
que estando los dos a solas
bien será en balde su queja.

(Entre CELSO, criado.)

CELSO. ¿Cómo, señor, aquí estás?

ARNALDO. Pues ¿dónde quieres que esté?

CELSO. ¿Cómo siguiendo no vas
a Estela?

ARNALDO. ¿A Estela? ¿Por qué?
¡Sospechas, Celso (1), me das!

CELSO. Porque el Conde Balduino,
su hermano, y Carlos, su esposo,
cubren de gente el camino,
de quejas el cielo hermoso
y el mar de madera y lino.

ARNALDO. ¿El Conde?

CELSO. El Conde, señor.
Y ansí, Estela, en un caballo,
de Marte imita el furor,
que no pudiera picallo
un hombre de armas mejor.

ARNALDO. ¿Que Estela es ida?

CELSO. Advirtióme
que tú, señor, lo mandaste.

ARNALDO. ¡Oh, falsa Estela, engañóme!

¿Que el caballo le ensillaste?

¡Y que una mujer le dome!

¿Qué no podrá una mujer?

Entra tú, Natalio, a ver
desde aquesta torre el mar.

NATALIO. Entro.

([Vase NATALIO.])

ARNALDO. ¡Que tanto pesar
siguiese a tanto placer!

¿Con qué traje, de qué suerte
pudo correr?

CELSO. En su tierra
es, como los hombres, fuerte
toda mujer en la guerra.

ARNALDO. ¡Daréte, infame, la muerte!

CELSO. Dile el caballo por ti.

ARNALDO. ¿Cómo subió?

CELSO. Recogió
todas las faldas ansí,
aunque sólo descubrió
el pie y la pierna hasta aquí.

ARNALDO. ¿Lleva espuelas?

CELSO. Lo primero.

ARNALDO. Y ¿qué caballo?

CELSO. El overo.

ARNALDO. ¿Dónde iba?

CELSO. Al monte subió.

ARNALDO. ¿Corrió bien?

CELSO. No he visto yo
más gallardo caballero.

(Entre NATALIO.)

NATALIO. El balcón de mármol paro,
manso muestra el mar cruel,
vendiéndose el viento caro,
y viéndose el cielo en él
como en un espejo claro.

Ni se ve mástil, ni velas,
ni remos del mar, espuelas,
que con la espuma que fragua
parece dehesa el agua
y las olas ovejuelas.

ARNALDO. ¡Dame un caballo, que creo
que esta mujer es demonio!

NATALIO. No ha de estorbar tu deseo.

ARNALDO. Sígame Arnesto y Andronio,
Lisandro, Heraclio y Teseo.

(Vase.)

NATALIO. Qué, ¿subió sin que persona
la ayudase?

CELSO. No la abona
ser mujer.

NATALIO. No es maravilla.

CELSO. Iba gallarda en la silla,
como si fuera amazona (1).

(Váyanse. Quede CELSO.)

¿Qué bien se ha trazado ansí!
Váyase el Duque traidor,
a quien tanto aborrecí,
que el cielo es sólo el señor,
y sé que al cielo serví,

no en darle a Estela el caballo,
que esto fué por desviallo
deste palacio a la sierra,
que así al inocente yerra
el que más piensa acertallo.

(Entre ESTELA.)

ESTELA. Ya se han ido, Celso amigo.

CELSO. ¡Bien escondida has estado;
vaya al monte tu enemigo!

(1) En M y en B: Celio.

(1) En M: amazona.

ESTELA. Con esta burla le he dado
de su traición el castigo.
CELSO. Mientras te van a buscar,
por el mar te has de librar
del poder deste tirano.
ESTELA. Fía del Conde mi hermano.
CELSO. Esta puerta sale al mar.

(Vanse. CONDE BALDUINO y CARLOS.)

BALDUINO. ¿Ansí te tiene el deseo?
CARLOS. Con[de] (1) Balduino, estoy
con tantas sospechas hoy,
que las temo y no las creo;
que no puede ser el mal
tanto mal como adivino.
BALDUINO. Corren Amor y el camino
por una distancia igual.
Los dos son largos ansí;
tu alma, Carlos, recela
de la tardanza de Estela
peligro en ella y en ti.
Disculpo, en fin, tus recelos,
que amor es luz del temor,
y el temor sombra de amor,
e (2) hijos de los dos los celos;
mas no tienes que temer,
si no es decir que es amar
donde es el mismo pesar
el tornasol del placer;
que juntando el mal y el bien,
el gusto de los amores
es tafetán de colores,
que es rojo y azul también;
mas llegará presto el día
que mi hermana Estela llegue
donde a tu valor entregue
cuanto es honra y sangre mía.
Aquí llega mi amistad
donde amor más alto vuela,
que en darte mi hermana Estela,
de mí te doy la mitad;
porque te quiero de suerte
que, llegado el justo plazo,
pienso que con este lazo
queda nuestro amor más fuerte.
CARLOS. Como rey has procedido,
Conde, que mi humilde estado
tú mismo (3) le has levantado,

de tu mano heroica asido,
o como artífice raro
que ha labrado una figura,
que en sabiendo que es su hechura
la honró de su nombre claro,
quieres que luego se arguya
de cuál artífice fuí,
pues en viendo a Estela allí
verán que la hechura es tuya.

Dete el cielo larga vida
y sobrinos a quien des
muy presto a besar tus pies
por la merced recebida.

BALDUINO. Carlos, menos humildad,
que cuando mi igual no fueras,
y aun mejor que yo, pudieras
serlo por tanta amistad.

Dejemos el cumplimiento,
que ya tu ingenio y valor
más compiten con mi amor
que no con mi entendimiento,
y volvamos a tu pena,
que ojalá fuera la mía
de condición que algún día
menguara luna tan llena.

Esperas, Carlos, tu bien;
mas yo, triste, ¿cuándo espero
que haya en el mal de que muero
esa esperanza también?

Amo la Infanta, ¡ay de mí!,
que aunque el que conoces soy,
con menos valor estoy
que tuve cuando nací.

Quitóme el inglés mis tierras
porque mi padre sirvió
a tu rey, pagando yo
el interés destas guerras;

y aunque en cuantas ha tenido
contra España, Italia y Flandes,
que han sido en diez años grandes,
el Rey francés le he servido,

en tiempo que sólo corre
ingratitude semejante,
no habrá servicio importante
que no le deshaga y borre,
no estoy, como otros privados,
en su gracia ni en su corte.

CARLOS. Cuando esa gracia te importe,
si es el fin de tus cuidados,
¿qué mayor que haber tenido
la de la Infanta en tu mano?

BALDUINO. Todo su favor es vano,
estando el Rey ofendido.

(1) En *M*: con; en *B*: como.

(2) En *M*: y.

(3) En *B*: a tu mismo.

Contra aquella voluntad
que de las nuestras es dueño,
toda resistencia es sueño,
y todo amor, vanidad;
mas, ya que el alma ha llegado,
Carlos, a embarcarse en esto,
a ver el fin voy dispuesto,
por no perder lo esperado.

Póngase el mundo delante
de inconvenientes y penas,
que las estrellas y arenas
no sean número bastante,
que yo, como suele estar
en el mar peñasco firme,
haré que mi amor se afirme
contra los vientos y el mar.

(Entre VITELIO, criado.)

VITELIO. Este papel trajo Alberto.

BALDUINO. Muestra.

CARLOS. ¿Qué es lo que te espanta?

BALDUINO. ¡Esta cifra es de la Infanta!
¡Ya corre amor descubierto,
ya la máscara se quita!

CARLOS. Muestra la cifra.

BALDUINO. La nema
parte una em[e].

CARLOS. No tema
quien tanto bien solicita.

[BALDUINO.] Déjame besar la em[e]
donde comienza aquel nombre.

(Entre ROSELO, criado.)

ROSELO. Esta carta me dió un hombre
que ver tu presencia teme,
porque viene mal tratado.

CARLOS. ¿De quién es?

ROSELO. Tampoco quiere
decirlo.

CARLOS. Dile que espere.

(Comienzan a leer los dos, haciendo extremos de lo
que leen.)

VITELIO. A buen tiempo se la has dado,
y más si trata de amor,
que espera a Estela por puntos.

ROSELO. A los dos, como a difuntos,
cubre amarillo color.

¿Qué papeles son aquestos?

VITELIO. De igual pena son los dos.

BALDUINO. ¡Santo cielo!

CARLOS. ¡Santo Dios!

ROSELO. ¡Huye!

VITELIO. ¿Qué extremos son éstos?

ROSELO. ¡No sé, por Dios!

BALDUINO. ¡Ay de mí!

CARLOS. ¿Qué es eso, Conde?

BALDUINO. Tú, amigo

Carlos, ¿qué tienes?

ROSELO. ¿Qué digo?

VITELIO. ¿Qué quieres?

ROSELO. ¡Huye de aquí!

CARLOS. ¡Muerto soy!

BALDUINO. ¡Y yo también!

CARLOS. ¡Yo perdido!

BALDUINO. ¡Yo acabado!

CARLOS. ¡Helado estoy!

BALDUINO. ¡Yo turbado!

CARLOS. ¡Yo sin vida!

BALDUINO. ¡Yo sin bien!

CARLOS. Muestra lo que te han escrito.

BALDUINO. Lee este papel.

CARLOS. Escucha.

BALDUINO. Verás si la causa es mucha.

CARLOS. Y tú si es mucho el delito.

(Lee.)

“Hoy ha entrado mi padre en mi retrete a
tratar conmigo lo que tenía hecho, primero que
llegase a mis oídos, que es casarme con el Du-
que Arnaldo, a quien ha escrito que venga para
esto y para que gobierne a Francia mientras su
Delfín crece. No os digo cómo estoy, porque
esta noche os veré, a la hora que sabéis, si has-
ta entonces vivo.”

BALDUINO. ¿Qué te parece?

CARLOS. No es nada,
respeto deste papel;
toma, Conde, mira en él
nuestra desdicha cifrada.

Lee la mayor maldad
que el mundo ha visto ni oído.

BALDUINO. ¡Válgame el cielo! ¿Qué ha sido?

CARLOS. Nuestra muerte, si es verdad.

(Lee BALDUINO.)

“Viniendo con tu esposa, hermana del Con-
de Balduino, la desdichada y hermosa Estela,
por las montañas del Duque Arnaldo, salió a
nosotros con su ejército, donde, matando los que
se resistieron y prendiendo los que la acompa-
ñaron, se la llevó a un palacio y jardín que so-

bre el mar tiene, donde yo desde la prisión te escribo, con ese villano disfrazado, tu desdicha y la nuestra.—Su secretario, *Oliverio*.”

BALDUINO. ¿Tanto mal juntó Fortuna?
¡Basta, que mi pecho franco
sirve a tus tiros (1) de blanco
desde el sepulcro a la cuna!
¿Qué es esto que pasa aquí?
¿Del Duque traidor, mujer
la Infanta, y en su poder
también mi hermana? ¡Ay de mí!

CARLOS. ¿Qué haremos, Carlos, qué haremos?
No era en vano mi temor, [mos?
que es astrólogo el Amor,
y conoce por extremos.

¿Presa Estela? ¿Arnaldo infame
dueño de Estela? ¿Yo vivo,
yo con alma? ¡Ah, cielo esquivo,
consiente que así te llame!

¡Oh, estrellas! Si sois quien dais
el bien o el mal, dadme presto
la muerte, si me habéis puesto
donde vosotras (2) miráis!

¡Oh!, juntaos las que habéis
mis contrarias, y formad [sido
un rayo que en tierna edad
me ponga en eterno olvido.

BALDUINO. Carlos, deja a viles pechos
esa desesperación;
que las estrellas no son
sus daños, ni sus provechos.

Dios es quien premia y castiga;
castigo es éste. Partamos.

CARLOS. ¿Dónde es posible que vamos?

BALDUINO. ¿Aquí quieres que lo diga?

Déjame disimular,
que yo haré venganza en él.

CARLOS. ¿Diráslo al Rey?

BALDUINO. No, que dél,
¿qué puedo agora esperar?

Y vosotros que esto oís,
¡vive Dios, que es suma luz,
que ésta os meta hasta la cruz,
si alguna cosa decís!

ROSELO. Yo soy mármol.

[VITELIO.] Yo también.

BALDUINO. Eso os cumple. Carlos, vamos.

CARLOS. ¡Buenos sin honra quedamos!

BALDUINO. Harálo el cielo más bien.

(*Vanse. Entren MARCELA, Infanta, y CLODOVEO, Rey.*)

REY. Conviene, Marceia, así,
y el Duque tiene valor.

MARCELA. Eres supremo señor
de toda Francia y de mí.

A cosas de tu contento
no te debo replicar,
ni es justo desconfiar
de tu raro entendimiento;
que lo habrás tan bien pensado,
con tanto acuerdo y consejo,
como para el mismo espejo
donde siempre te has mirado.

REY. Pues sintiendo así, Marcela,
tu bien y el mío, no estés
tan triste que pena des,
que respondes con cautela;
que el bien deste imperio mío
consiste en esta elección.

MARCELA. Que entiende tu discreción
mi pensamiento, confío;

que no debe la mujer,
hablándola de casar,
dejar de mostrar pesar,
aunque le cause placer;
porque así muestra valor,
honra, honestidad, respeto,
aunque tenga en lo secreto
deseo, gusto y amor.

REY. Sí, pero todo el extremo
forzosamente es vicioso,
y así vivo sospechoso,
y de que me engañas temo;
fuera de que es de importancia
que muestres, Marcela mía,
a mi respuesta alegría
para que la tenga Francia.

No sales deste jardín,
que aunque es tanta su hermosura,
variedad y compostura,
todo es soledad, en fin.

Deja un rato su belleza,
fuentes, cuadros y colores,
que estar siempre entre agua y flo-
res indicio de tristeza. [res

Ponte una tarde al balcón,
mira la antigua París,
la gran gente y San Dionís,
y el palacio de Borbón;

mira el famoso terrero,
que es bien digno de mirallo;
tanto famoso caballo,

(1) En *M*: *riros*.

(2) En *M* y en *B*: *vosotros*.

tanto galán caballero;
 manda hacer fiestas, disfraces,
 máscaras, justas, torneos,
 porque con estos deseos
 muestres que mi gusto haces.

(Un PAJE.)

PAJE. Correo ha llegado agora
 que el Duque llega a París.

MARCELA. Alma, ¿qué es esto que oís?

PAJE. Dadme albricias vos, señora.

MARCELA. Yo te las mando.

REY. ¿Tan grave
 respondes a tales nuevas?
 Cuando a tu estado lo debas,
 ¿en cuál obediencia cabe?

Ahora bien, ya no es razón
 cansarte si eso es respeto
 de tu estado.

MARCELA. (Hoy tiene efeto
 vuestra muerte, corazón.)

REY. Sea el Duque bien venido;
 a recibirle saldré
 con mi corte; haz tú que esté
 lo que sabes prevenido,
 y advierte que le recibas
 con gusto y galas de bodas.

(Váyase el REY.)

MARCELA. ¡Salid de mi alma todas,
 esperanzas fugitivas!

¡No quede en mi pensamiento
 cosa que sepa a bonanza,
 en saliendo la esperanza
 de su patria y nacimiento!

¡Huid, bienes lisonjeros,
 contentos vanos prestados,
 regalos imaginados,
 que nunca sois verdaderos;

salid y dejad a solas
 el alma en pena tan grave
 como suele estar la nave
 que la combaten las olas!

¡Queden pesares en mí,
 queden disgustos y enojos;
 salga también por los ojos
 lo que por los ojos vi!

¿A quién contaré mis daños,
 quién escuchará mi mal,
 quién tendrá paciencia igual
 que me escuche tantos daños?

¡Árboles deste jardín,
 yerbas, flores, aguas, fuentes,
 oíd, pues estáis presentes
 a mi acelerado fin!

¡Aquí el Conde Balduino
 vistes mil veces sentado,
 de ser de mi alma amado
 por tantos méritos digno!

¡Perdile, flores queridas;
 fuentes, al Conde perdí;
 ya no le veréis aquí,
 que hoy se apartan nuestras vidas!

¡Yedras que estáis enlazadas,
 perdonad, porque no es bien
 que vuestras almas lo estén,
 y las nuestras, apartadas!

¡Loca estoy, furor es éste!
 ¿Qué haré? ¡Voces quiero dar,
 al Conde quiero llamar,
 aunque la vida me cueste!

(Entre BALDUINO.)

MARCELA. ¡Conde amigo!

BALDUINO. ¡Mi Marcela!
 ¿Vísteme entrar?

MARCELA. ¡Ay, mi bien!
 Alterado me has.

BALDUINO. ¿De quién
 tu pensamiento recela?

MARCELA. ¿Eres tú? Porque llamarte
 la misma imaginación,
 y al acabar la razón
 responder, verte y hablarte,
 parece sombra que forma
 su fuerza y hace efeto.

BALDUINO. Sombra soy de aquel sujeto
 que tu luz y vida informa (1);
 que en las penas desiguales
 que ahora al alma previenes
 soy sombra para los bienes,
 y cuerpo para los males.

Cuando a éste porqué venía
 topé recámara y gente,
 que por la famosa puente
 la gran ciudad dividía,
 y en las armas conocí
 que eran del Duque tu esposo,
 aunque al pecho temeroso
 ningún crédito le di.

Pregunté a un paje su dueño,

(1) Así esta redondilla en M y en B. Acaso el último *daños* pudiera ser *años*.

(1) "Inferma" en M.

y no acabó de nombrallo,
cuando, dejando el caballo,
me cubrí de mortal sueño;
y a no haber Carlos tenido
en sus hombros este peso,
no hubiera vuelto, confieso,
a mi primero sentido.

Sobre la yerba me tuvo
con mi pena, que era suya,
tan sin alma, que la tuya
mi corta vida entretuvo.

Tan vivo dolor sentía,
que, sin duda, la perdí,
porque la que traigo aquí
no debe de ser la mía.

Con esto, apenas, señora,
aguardé a que anocheciese,
cuando quise que te viese
esta sombra que te adora;
salté la pared, cubierto
desta poca escuridad,
porque anda ya mi verdad
con el rostro descubierto.

Vengo a despedirme, en fin,
de tus brazos, tus favores,
destas fuentes, destas flores
y deste amado jardín.

No me hables, que estoy tal,
que si enternecer te viese,
no es posible que tuviese
fuerza al sentimiento igual.

Yo lo hablaré todo aquí,
dirélo todo de modo
que, como lo siento todo,
también responda por ti.

Al Conde pierdes; perdiste
tu gusto, afligida estás;
yo, señora, lo estoy más;
triste estás y yo estoy triste;

perdo a Marcela: perdí
todo mi bien; tú también,
sin mí, quedas sin tu bien;
yo sin mi bien voy sin ti.

¡Adiós, donde no te vea
en brazos del Duque, adiós!

(Vase.)

MARCELA. ¡Espera! ¡Hablemos los dos,
aunque más tormento sea!
¡Conde, Conde! ¿Pues qué es
[esto?
¿No os he de hablar, mi señor?
¿De mí huís? ¿Esto es amor?

¿Tan presto os volvéis, tan presto?
La pared sube; aquél es
Carlos, que le ha de ayudar.
¡Pues habéisme de escuchar,
aunque os tenga de los pies!

(Vase. [Entren] CELSO y ESTELA.)

CELSO. Esta es Navarra de España.

ESTELA. No hay cosa que tanto ande
como el temor, si acompaña.

CELSO. Desde Alemania la grande
no has parado hasta Bretaña.

Dejaste a Geldres y a Cleves,
discurriste tiempos breves
Arlés, Calés y Ruán.

ESTELA. Los mercaderes tendrán
buen pago.

CELSO. Harás lo que debes.

ESTELA. Pararme quise en Brabante,
mas temí ser conocida.

CELSO. Fué para todo importante.

ESTELA. El peligro de la vida
no hay Hércules que no espante.
¿Cómo llaman mar tan llano?

CELSO. Occidental Oceano,
porque el ángulo es aquél;
queda Ingalaterra en él,
y Flandes [a] aquella mano.

Atraviesa hasta Marsella,
Francia desde Picardía.

ESTELA. Toda aquesta costa es bella.

CELSO. Aquello es Fuenterrabía.

ESTELA. Luego Vizcaya es aquélla.

CELSO. Hasta el Ebro, que a lo largo
las Asturias tiene enfrente;
desotra parte, el gran cargo
la ninfa Pirene siente
del monte de Francia embargo.

A su espalda está Narbona;
aquel lugar es Bayona,
que desotra parte está.

ESTELA. ¿Y esta senda dónde va?

[CELSO.] Va a Tudela y a Pamplona.

ESTELA. Segura, en fin, quedaré,
en España, del tirano.

CELSO. Desde aquí avisaré
de tu desgracia a tu hermano,
porque remedio te dé.

ESTELA. ¿Si lo sabrá ya mi esposo?

CELSO. ¿Date pena?

ESTELA. Esa consiste
en un efeto piadoso.

CELSO. Como nunca a Carlos viste,

no será efeto amoroso.
 ESTELA. Algún amor le tenía,
 por fama y porque sabía
 que había de ser su mujer;
 mas yo ¿qué puedo querer
 en su deshonra y la mía?

Escribe luego una carta
 para que el Conde por mí
 de Francia a Navarra parta.

CELSO. Harélo, señora, así.

ESTELA. Gente viene.

CELSO. Aquí te aparta.

(BERMUDO, *Rey de León*; RAMIRO, *caballero*; *acompañamiento, de camino.*)

BERMUDO.

Y fué mejor partir a la ligera
 para llegar secreto a Zaragoza;
 haced que se adelante la litera,
 que quiero (1) caminar en la carroza.
 Toda la gente que en Pamplona espera,
 y que de verme la esperanza goza,
 esta tarde reciba este contento.

RAMIRO.

Apercebido tienes aposento.

BERMUDO.

Ya me lleva el amor de la Princesa
 llena el alma de amor y de esperanza,
 que por el fin de la gloriosa empresa
 culpa el deseo la menor tardanza;
 aquí la guerra y el enojo cesa,
 y cada cual lo que pretende alcanza,
 siendo el que llevo yo tales despojos
 que son gloria del alma y de los ojos.

Como Mercurio, aquí tener quisiera
 alas, en vez destas espuelas, tales
 que volando, Ramiro, ver pudiera
 la luz de aquellos ojos celestiales.

RAMIRO.

Eres fuego, caminas a tu esfera,
 porque, en efeto, vuelves donde sales.

BERMUDO.

Vamos; que aun (2) desde aquí mi alma ausente
 mira de doña Blanca el sol presente.

(*Váyase el REY.*)

(1) "*Quiere*" en *M* y en *B*.

(2) "*Aunque*" (suplido *ue* con tilde cobre la *q*)
 en *M* y en *B*.

CELSO.

¡Ah, caballero!

RAMIRO.

¿Quién [me] llama?

CELSO.

Oídme.

por lo que al fin debéis a caballero,
 y decidme: ¿quién es aqueste Príncipe?,
 que no lo muestra menos su persona.

RAMIRO.

Es el Rey de León.

CELSO.

¿Dónde camina?

RAMIRO.

A Zaragoza.

CELSO.

¿Va a casarse?

RAMIRO.

Han hecho
 paces el de Aragón y el de Navarra,
 y casan sus dos hijos, que éste es hijo
 del navarro don Carlos, aunque reina
 en Galicia y León; y don Fortunio,
 el rey aragonés, tiene por hija
 un ángel, a quien llaman doña Blanca,
 sujeta del amor de aqueste Príncipe.
 ¿Queréis más que esto?

CELSO.

Que os prospere el cielo,
 y que los dé la sucesión dichosa
 que esperan de tan alto casamiento.

(*Váyase DON RAMIRO.*)

CELSO.

¿Oíste al español?

ESTELA.

Todo lo entiendo,
 que sé mejor su lengua que la mía;
 mas dime: ¿podré yo ver estas fiestas
 y la corte española, disfrazada?

CELSO.

Bien podremos servir un caballero,
 si tomas traje en que de paje sirvas.

ESTELA.

No has dicho bien, sino de loco.

CELSO.

¿Loco?

ESTELA.

De loco, pues que la Fortuna es loca,
y no se aparta de conmigo un punto.

CELSO.

Pues para eso en el camino propio
puedo llevarte al Rey, y con él puedes
entrar en el palacio libremente
y procurar remedio a tus desdichas,
que eres mujer gozada y despreciada.

ESTELA.

Camina, y hazme luego una librea
que la cubierta de mi engaño sea.

*(Váyanse. Entren el DUQUE ARNALDO y la INFANTA
y acompañamiento y NATALIO, y siéntense.)*

ARNALDO. ¿No ha venido a nuestra fiesta
el Rey mi señor?

MARCELA. No está
con salud; la causa es ésta.

ARNALDO. Y vos, señora, ¿estáis ya
del alma propia indispueta?

Parece desdicha mía
que no tengáis alegría
desde que en París entré.
¿Qué contraria estrella fué
la que reinaba aquel día?

¿No habláis?

NATALIO. *[Aparte.]* Sin duda, señor,
que sabe el amor de Estela.

ARNALDO. De eso he tenido temor;
si aquella ofensa recela,
mal podrá tenerme amor.

No la hallé, ¡triste de mí!,
que como la hubiera muerto,
seguro estuviera aquí.

NATALIO. ¿Está acabado el concierto?

ARNALDO. Pienso, Natalio, que sí.

NATALIO. Pues ¿qué aguardas a casarte?

ARNALDO. Mañana, me ha dicho el Rey.

NATALIO. Estando en tan alta parte,
¿qué humanas fuerzas, ni ley,
podrá, señor, derribarte?

(Un PAJE entre.)

PAJE. Una máscara ha venido.

ARNALDO. Pues a muy buen tiempo ha sido,
porque se alegre la Infanta.

MARCELA. ¡No puede tristeza tanta
cubrirse jamás de olvido.

*(Una máscara concertada de moros y moras, con ha-
chas en las manos, al cabo de la cual saldrán BAL-
DUINO y CARLOS, armados; CARLOS ponga la espa-
da a los pechos del DUQUE, y BALDUINO se lleva
en brazos la INFANTA.)*

CARLOS. ¡No te levantes, cobarde!

ARNALDO. ¡Oh, enemigo!

MARCELA. ¿Qué es aquesto?

ARNALDO. ¡Aguarda!

CARLOS. ¡No hay quien te aguarde!

BALDUINO. ¡Balduino soy!

MARCELA. ¡Corre presto!

ARNALDO. ¡Llamad al Rey!

CARLOS. ¡Será tarde!

(CARLOS se defiende y huya.)

ARNALDO. ¿Cómo, en palacio traición?

(Entre el REY.)

REY. ¿De qué es esta confusión?

ARNALDO. ¡De que a la Infanta han robado!
¡Buenos habemos quedado
Menalao y Agamenón!

REY. ¿En mi casa? ¡No es posible!

(Entre NATALIO.)

NATALIO. A las ancas del caballo
la lleva el hombre invencible.

REY. ¿Qué, no pudiste estorballo?

ARNALDO. Era el remedio imposible.

NATALIO. Puertas, plazas, calles, puentes,
de varias armadas gentes,
tenían, señor, tomadas,
dando luz de las espadas
los aceros relucientes.

Es tanta la confusión,
que tu media guarda han muerto;
y ha causado admiración
ver entre ellos encubierto
un africano león,

que era el fuerte caballero
que puso el desnudo acero
al pecho del Duque.

REY. ¡Ay, triste,
que a un medio hombre no resiste
todo mi poder entero!

¿Con qué engaño, con qué fuerza
mi corona un hombre ofende;

qué encantamiento le esfuerza?
ARNALDO. Todo el palacio se enciende,
tu vida a salir me fuerza.

Morir quiero entre el furor
del francés Paris traidor.

REY. ¡Detente!

(*Digan dentro:*)

¡Prendelde, muera!

REY. ¿Qué es esto, canalla fiera?

¡Soy vuestro propio señor!

NATALIO. De tu parte es esta gente.

(*La GUARDA, con CARLOS, preso, con alguna sangre.*)

GUARDA. ¡Entra, villano!

CARLOS. El que dice
que es villano Carlos, ¡miente!

GUARDA. ¡Eres traidor!

CARLOS. ¡Lo que hice
fué justo!

GUARDA. ¡Muera!

REY. ¡Detente!

¿Eres tú Carlos?

CARLOS. ¡Yo soy!

ARNALDO. ¿Carlos?

CARLOS. ¡Bien es que lo arguyas.
y agradéceme que estoy
sin más manos, y en las tuyas,
cuando esta cuenta te doy;
que con los dientes, tirano,
cuando me faltara mano,
te deshiciera, aunque viera
que si tu sangre bebiera
quedara entonces villano!

No se ha pretendido aquí
hacer esta afrenta al Rey,
Duque Arnaldo, sino a ti.

ARNALDO. ¡Así, será justa ley,
Carlos, que mueras por mí!

REY. Ten la daga, porque diga
quién le ayuda y quién le obliga
a hacer aquesta traición.

CARLOS. Oye la justa razón.

ARNALDO. ¡Muera!

REY. ¡Dejalde prosiga!

CARLOS. Generoso Clodoveo
cristianísimo de Francia,
descendiente de aquel mismo
a quien dió el cielo las armas;
tú, que has puesto con las tuyas
las azucenas doradas
que trajo el ángel entonces

desde San Dionís a Arabia;
tú, que has visto con tu gente
dos veces la casa santa
y en el sepulcro de Cristo
puesto lámparas de plata,
como quien muere me escucha
estas últimas palabras,
verdaderas como es justo
cuando ya el alma se aparta;
y vosotros, caballeros,
que de la famosa banda
traéis colgado el tusón
de aquel arcángel que os guarda,
oídme, que, como noble,
protesto sólo que salgan
verdades en favor mío,
puras, sinceras y llanas.
Notorio es al Rey y a todos
cuantos su Corte acompañan,
que Carlos y Balduino
son dos cuerpos con un alma;
desta amistad procedió,
para juntar nuestras casas,
prometerme en casamiento
el Conde a Estela, su hermana;
envió a Irlanda por ella
y, viniendo ya de Irlanda,
pasó por tierras del Duque,
que son ásperas montañas;
juntó gente, salió al paso,
y entre la noche y el alba,
¡opuesto al sol de mi honra
trajo el día de mi infamia!
Quitó a Estela, gozó a Estela,
matando su gente y guarda,
aunque el temor le forzó
a darle palabras falsas;
llegó entonces, Rey supremo,
del casamiento la carta
en que darle prometías,
como lo has hecho, la Infanta.
Mató a Estela por codicia,
y porque dicen que trata,
matando al Príncipe niño,
ser dueño infame de Francia.
El Conde, que vió su afrenta,
y teme que si se casa
él quedará poderoso,
e (1) imposible su venganza,
juntó sus deudos y amigos,
para quitaros la causa

(1) En *M* y en *B*: y.

mientras oís su justicia,
con esta famosa hazaña.
Ley es de Francia, gran Rey,
que aquel que en público habla
contra la fama de alguno,
que eso sustente en batalla
y, si está preso, dé un hombre
que por él al campo salga,
como lo pienso hacer yo
si el Rey la batalla aplaza.
Dos meses tengo de tiempo;
éstos pido que me valgan,
retando al infame Duque
por la mitad de la barba.

ARNALDO. Respondo ¡villano vil!
que aceto cuanto prometas
con ánimo varonil;
y cuanto dices y retas,
¡mientes una vez y mil!
Ni he visto a Estela, ni he dado
causa al agravio del Rey.
CARLOS. ¡Tú la has muerto y la has gozado!
REY. ¡No haya más, que por la ley
ya queda el campo aplazado!

Carlos esté preso aquí,
y en busca del traidor Conde
que quiso afrentarme así,
pues a traición corresponde
sin causa vengarse en mí,
salgan tres mil hombres luego,
que vayan corriendo el mundo.
ARNALDO. ¡Que a tan triste punto llego!
Mas, pues hay Paris segundo,
renazca el troyano fuego.

REY. ¡Ay, hija!
CARLOS. ¡Ay, Duque traidor!
ARNALDO. ¡Ay, Conde infame!
CARLOS. ¡Ay, honor!
ARNALDO. ¡Yo te quitaré la vida!
CARLOS. ¡No podrás, que vive asida
del Conde al mismo valor!
ARNALDO. ¡Ha hecho como villano!
CARLOS. ¡Ya te he dicho yo quién eres!
ARNALDO. ¡Soy deudo del Rey cercano!
CARLOS. ¡Huiste con las mujeres
viendo mi acero en la mano!
ARNALDO. ¿No veis lo que éste responde?
CARLOS. ¿No veis cómo éste se esconde?
ARNALDO. ¡Tu desvergüenza me espanta!
CARLOS. ¡No gozarás de la Infanta,
que ya está en manos del Conde!

FIN DEL PRIMER ACTO.

ACTO SEGUNDO

FIGURAS DEL SEGUNDO ACTO:

BALDUINO.	ESTELA.
MARCELA.	CELSO.
VITELIO.	DINARDO.
BERMUDO.	CARLOS.
DOÑA BLANCA.	CLODOVEO.
RAMIRO.	DUQUE ARNALDO.

(El Conde BALDUINO y MARCELA.)

BALDUINO. Segura estás en España.
MARCELA. ¿De quién temerá la guerra
la que tu gusto acompaña?
BALDUINO. Toda esta margen de tierra,
Ebro fertiliza y baña.
Desde el mar de Aibedeo,
su cristalino paseo
se extiende hasta los Alfaques.
MARCELA. Con esta agua es bien que aplaques
del Duque Arnaldo el deseo.
BALDUINO. Con ponerla en medio basta;
¡oh, si en el pasado encuentro,
que todo su bien contrasta,
le quedara el hierro dentro,
y fuera blandiendo el asta!
MARCELA. Pues ¿arrojáronle alguna?
BALDUINO. En las puertas quedó una,
como un tiempo Delaocón
en el gran Paladión,
máquina a Troya importuna;
pero detuvo el traidor,
al salir, el pie cobarde.
MARCELA. ¡Carlos tarda!
BALDUINO. ¡Qué temor
me ha dado que Carlos tarde!
Hágalo el cielo mejor,
que nuestro concierto fué
que en poniendo en tierra el pie,
el primero que llegase
a España, al otro esperase.
MARCELA. ¿Qué temes?
BALDUINO. ¡Que preso esté!
MARCELA. ¿No dices muerto?
BALDUINO. ¡Señora!,
si pensase que era muerto,
¿creéis que viviese ahora?;
que es vivo tengo por cierto,
y que mis trabajos llora.
De dos almas, en un día,
llevando una fe la palma,
hicimos tal compañía,
que no se fuera del alma

sin avisar a la mía.

De sus trabajos soy eco,
como la voz en lo hueco:
todo lo que pasa allá,
aquí respondiendo está,
que ninguna cosa trueco.

¿No has visto aquella saeta
que en los relojes señala
las horas siempre inquieta?
Pues mi corazón la iguala;
que el alma es rueda secreta.

Es Carlos el movimiento,
el volante, el fundamento;
mi pecho el círculo es,
donde sospecho que ves
las horas de su tormento.

El índice corazón
señala que en esta hora
debe de estar en prisión:
la campana es hierro ahora,
y aquí estoy sintiendo el son.

MARCELA. Justamente le debéis
a Carlos, Conde, ese amor;
mas mucho agravio me hacéis,
porque del mío, en rigor,
toda la parte ofendéis.

Quien ama, ¿no ha de tener
otro bien en qué pensar,
ni otro negocio que hacer?

BALDUINO. ¿Este amor queréis culpar
no le teniendo a mujer?

MARCELA. ¿A mujer? Pues ¿si eso fuera,
esta paciencia tuviera?

BALDUINO. Pues hombre, ¿en qué lo fundáis?

MARCELA. En que a Carlos deseáis,
y que su ausencia os altera.

El pintar desnudo a Amor,
es mostrar que de cuidados
lo ha de estar el amador.

BALDUINO. ¡Qué celos tan extremados!

MARCELA. ¡Desprecios, diréis mejor!

BALDUINO. ¿Yo os desprecio por pensar
en Carlos, que debo amar
por tantas obligaciones?

MARCELA. No, sino por las razones
de vuestro justo pesar.

Si el alma a Carlos le distes,
¿cómo sin alma venís,
y si al corazón hicistes
que del reloj de París
señale las horas tristes,

en qué pasará las mías
todos estos largos días?

BALDUINO. Mi señora, no haya más;
¡no le nombraré jamás!

MARCELA. ¡Basta, y menos cortesías!

De una Reina se escribió
que un caballo le mató
a su marido, celosa;
que no ha de amar otra cosa
si la quiere como yo.

BALDUINO. ¡No más Carlos; esto es hecho!;
Carlos, de hoy más no se nombre,
hoy queda Carlos deshecho,
Carlos para mí no es hombre,
salga Carlos de mi pecho.

Carlos, por vos, de los dos
hoy se divide, ¡por Dios!;
hoy Carlos se ha de partir.

MARCELA. ¡No salga, si ha de salir
con tantos Carlos de vos!

¡Qué brava generación
en vuestro pecho tenía;
sin duda, en el corazón
como espíritu vivía,
que sale con su legión!

¿Hay más Carlos? En mil pechos
no cupieron satisfechos.

¡Dejaldos ya, no os canséis,
porque, por más que saquéis,
quedan otros tantos hechos!

BALDUINO. Como de Carlos tenía
tantas deudas de afición,
hice al alma librería,
y en cualquiera obligación
su amado nombre escribía,
pretendiéndolas pagar;
como estudiante pensaba
por los títulos, sacar
las que debía y pagaba,
para más presto acertar.

MARCELA. Sí, pero en toda una ciencia
hay de libros diferencia.

BALDUINO. No, que en la ciencia de amor
todos tienen un autor
que llaman correspondencia.

Plega a Dios, Marcela mía,
que si a la vuestra, el querer
a Carlos bien, ofendéis,
que muera el Conde en poder
de Arnaldo este mismo día.

No sois la mujer primera
que del amigo se enoja;
pagarle y no más quisiera.

MARCELA. Ya mi celosa congoja
perdón del agravio espera.

Amad a Carlos, que es justo
vuelva Carlos a este pecho,
que fuera negocio injusto
no pagarle lo que ha hecho
por cosas de vuestro gusto.

Y pues en esta ciudad
concertastes esperalle,
como a hermano le esperad,
que quiero también amalle
por ser de vos la mitad.

Id a ver si hay nueva alguna,
mientras aquí me recojo,
que el cansancio me importuna.

BALDUINO. ¡En fin, ya cesó el enojo!

MARCELA. ¡Cesara así la Fortuna;
así su rigor parara!
¡Adiós!

BALDUINO. Mi Marcela, ¡adiós!

MARCELA. Si no amara, no llegara
a las locuras con vos
en que mi celo repara.

(Vase MARCELA.)

BALDUINO.

Desde el agua del rígido Mosela,
que corre de Colona hasta Argentina,
vine al Marne francés, que la divina
gracia y beldad gozaba de Marcela.

Por la venganza de mi hermana Estela
he sido otro Plutón de Proserpina
hasta el Ebro español, que el paso inclina
al asturiano mar desde Tudela.

Llegado aquí, conozco claramente
que me falta del alma un Carlos todo,
puesto que tengo tanto bien conmigo;

que no hay cosa que el cielo justamente
ofenda ni castigue de tal modo
como el olvido de un grato amigo.

(VITELIO entre.)

VITELIO. Pienso que sin duda es él.

BALDUINO. ¿Quién es éste que me mira?

VITELIO. Señor.

BALDUINO. Vitelio fiel,
¿Viene Carlos? ¡Ya suspira!

VITELIO. ¡Sí, viene en este papel!

BALDUINO. ¿Es muerto?

VITELIO. No, sino preso.

BALDUINO. ¡Triste, pero buen suceso!

VITELIO. Al Duque desafió,
y el Rey el campo aplazó.

BALDUINO. Bien haces, háblame deso.

Vuelvo, Vitelio, a abrazarte.

VITELIO. Por una y por otra parte
te buscan, pero ha creído
el Rey que estás escondido,
y anda remiso en buscarte.

En fin, sabe que ha de ser,
aunque has hecho un desvario,
Marcela ya tu mujer.

BALDUINO. Pues aceta el desafío,
eso debe de querer.

VITELIO. Rectó al Duque de traidor
Carlos, y advierte, señor,
que llega el plazo y no tiene
remedio.

BALDUINO. Mostrar conviene
todo el amor y el valor.

(Lea:)

“Conde, Carlos está preso.”

VITELIO. ¿No dice más?

BALDUINO. No otra cosa.

VITELIO. ¿Pues no te cuenta el suceso
y la batalla forzosa?

BALDUINO. ¡Que me ha vencido confieso!

VITELIO. ¡Eso he venido a traer!

¿No te ruega más?

BALDUINO. No creas
que entre amigos han de ser,
para cuando amigo seas,
más razones menester.

¿Qué más me pudo decir?

Carlos preso, ¿no es partir
el Conde luego a libralle,
no es pelear, no es sacalle
de peligro hasta morir?

¿Un amigo ha de rogar
lo que ha de hacer el amigo?;
eso es quererle afrentar:
rogar, para el enemigo;
para el amigo, avisar.

Yo partiré a Francia luego,
¿Y por qué no he de poder,
si a Marcela se lo ruego,
que es, en efeto, mujer,
yo marido y Amor ciego?

Sin darle parte, partamos;
que en la casa donde está
bien segura la dejamos.

VITELIO. ¡Qué sentimientos hará!

BALDUINO. Si los pensamos, no vamos.
Yo hago en irme contigo

la hazaña más de enemigo
que jamás ha hecho amante;
pero la más importante
al que es verdadero amigo.

Marcela del alma, adiós,
que un Carlos sólo pudiera
hoy apartarme de vos;
que aunque sois mi alma entera,
he dado a Carlos las dos.

Bien sé que seré culpado
de quien me escucha ofendido
que haya mi mujer dejado;
pero estar Carlos perdido
fué por haberla ganado.

Sienta cada cual ahora
lo que quisiere de mí;
que yo me parto, señora,
por mí mismo, que está allí
un otro yo que en mí mora.

Tan Carlos soy, que es agravio
que Carlos goce de vos,
aunque es el engaño sabio,
pues trocándonos los dos,
al Conde en Carlos agravio.

Voy por el Conde que os goce,
que en Carlos, sin duda, está,
y en mí Carlos se conoce,
y Francia me le dará,
si pesa al Rey y a sus Doce.

VITELIO. Tráelos tan divididos,
que tendrá cuatro maridos
en dos Carlos y en dos Condes.

BALDUINO. Discretamente respondes;
mas vuélveme mis sentidos.

(Vanse. BERMUDO, Rey, y DOÑA BLANCA y RAMIRO.)

BLANCA. Si esto agora (1) me negáis,
de ayer conmigo casado,
suplícoos que me digáis
qué haréis después de cansado
si apenas (2) de un mes lo estáis.

Dejad agora la justa,
que es la cosa más injusta
que podéis conmigo hacer.

BERMUDO. Amar es obedecer;
mi amor, de serviros gusta.

Mas dad licencia a un torneo.

BLANCA. Como no salgáis a él,
verle en extremo deseo.

BERMUDO. Por daros las joyas dél,
tal pensamiento poseo.

Mas yo os obedezco en todo.

BLANCA. Obligáisme de ese modo.

BERMUDO. Vos me obligáis en mandarme;
y pues queréis obligarme,
a serviros me acomodo.

Publicaráse la fiesta
a término señalado,
siendo a todos manifesta.

BLANCA. No será más celebrado
que de mí vuestra respuesta.

BERMUDO. ¡Ramiro!

RAMIRO. ¡Señor!

BERMUDO. Advierte
que tú le has de mantener,
porque eres gallardo y fuerte.
RAMIRO. No me pudieras hacer
tanta merced, de otra suerte.

(Entren ESTELA, de loco, y CELSO.)

ESTELA. ¡Ah, señor Rey de León!,
¿esto se ha de consentir?
Echeme su bendición,
que me quiero luego ir
de su palacio a un mesón.

¿Para esto en su carroza
me trujo hasta Zaragoza?
No quiero estar más aquí;
que no se acuerda de mí,
después que pescó la moza.

BERMUDO. ¿Qué te han hecho, Pinabelo?

ESTELA. Estos pajes me han picado.

CELSO. ¡Calla, furioso!

ESTELA. ¡Dirélo!

BERMUDO. ¿Ya no los han castigado?
¡Mata alguno!

ESTELA. ¡Matarélo!

CELSO. ¡Si hablas, te mataré!

BLANCA. Mandad que nadie le dé.

ESTELA. Mándelo, señora tía,
que es muy gran bellaquería
darme sin hacer porqué.

BERMUDO. En fin, Ramiro, tú eres
mantenedor.

RAMIRO. ¡Ley forzosa!

ESTELA. Pues ¿qué es eso que hacer quie-

BERMUDO. Un torneo. [res?

ESTELA. ¡Linda cosa
si es entre hombres y mujeres!

Una vez entré yo en uno,
y aunque más me resistí,

(1) En M y en B: *agora no me.*

(2) En M y en B: *a pena.*

- fué un hombre tan importuno,
que en el encuentro caí,
sin hallar remedio alguno.
- Mas véneme luego acá...
- RAMIRO. Licencia, señor, me da
para que diga mi intento,
que tengo un buen pensamiento.
- ESTELA. Pensa[n]do Ramiro está.
Eso sí, decidnos luego
los piensos que habéis comido.
- CELSO. ¿No quieres tener sosiego?
- ESTELA. ¡Callad vos, Nuño Salido!
- CELSO. ¡Ah, loco!
- ESTELA. ¡Ah, mozo de ciego!
- RAMIRO. Yo mantengo desde agora
que es la Reina mi señora
la más hermosa del mundo.
- ESTELA. ¡Mentís!
- BERMUDO. ¡Qué error tan profundo!
- ESTELA. Al fin, como loco, ignora. (1)
- ESTELA. Cuando fuera más hermosa,
hay en el mundo otra cosa
que lo es más.
- BERMUDO. ¿Cuál?
- ESTELA. La salud,
y más que ella, la virtud
y la mujer vergonzosa,
y el oro del rey adorno
es más hermoso.
- CELSO. No es él
quien la sirve.
- ESTELA. A decir torno
que es más hermoso un pastel
cuando lo sacan del horno.
- CELSO. ¿Quién sino un loco, señor,
pudiera contradeciros
verdad de tanto valor?
- ESTELA. Ahora yo quiero argüiros,
muy magnífico doctor.
¿Cuál es la más rica cosa
en una casa?
- CELSO. Es preciosa
la honesta y casta mujer.
- ESTELA. Vos mentís, que el no deber
es la cosa más hermosa.
A quien no tiene sosiego,
presto la mujer le cansa.
- RAMIRO. El cartel quiero hacer luego.
- CELSO. La lengua y la furia amansa.
- ESTELA. ¡Oh, qué gracioso don Diego!
- En breve os quiero decir
cuántas cosas tiene hermosas
el arte de bien vivir.
- CELSO. No refieras tantas cosas.
- ESTELA. Yo las sabré reducir:
en tener buena conciencia,
buena sangre y calidad,
buen tallo, buena presencia,
buena salud y amistad,
buena opinión en ausencia,
paz, riquezas y poder,
y no habiendo menester
a nadie, vivir de modo
que no falte y, sobre todo,
tener honrada mujer.
- BLANCA. Bien dice.
- BERMUDO. Discretamente.
- BLANCA. Arguya (1) conmigo ahora.
- ESTELA. Con vos y con otras veinte.
- BLANCA. ¿Cuál es la mayor señora
del mundo, generalmente?
- ESTELA. La verdad.
- BLANCA. ¡Bien has hablado!
- BERMUDO. Está el mundo en triste estado:
la mentira la resiste.
- BLANCA. ¿Cuál es la cosa más triste?
- ESTELA. Pedir dinero prestado.
- BLANCA. ¿No hay otras?
- ESTELA. El mundo es vario:
traer un pleito forzoso
es negocio temerario,
con un hombre poderoso
y el escribano contrario.
- BLANCA. ¿No hay otro más triste estado?
- ESTELA. Amar y no ser amado.
- BLANCA. ¿Cuál es la mayor locura?
- ESTELA. Ser soberbio en la ventura
el que nació desdichado.
- BLANCA. ¿No hay otra?
- ESTELA. En caso de hacienda,
gran locura suele ser
prestar a nadie sin prenda,
y el que corre con mujer
ir alargando la rienda.
- BLANCA. ¿Qué es la mayor discreción?
- ESTELA. Servir a Dios, que da el cielo
y a sí mismo en galardón,
y dar al rey, en el suelo,
obediencia y afición;
no tomar oficio ajeno

(1) En M y en B: *inora*.

(1) En M: *arguia*.

BLANCA. dice un discreto que es bueno.
 ¿Quién más descansado pasa?
 ESTELA. Quien rige sola su casa,
 de paz y riqueza lleno.
 BERMUDO. Pues ¿no es bueno gobernar?
 ESTELA. Bueno si no hubiera Dios
 que ha de venir a juzgar,
 que entonces a más de dos
 hace el gobierno temblar.
 BLANCA. ¿Cuál es el mayor placer?
 ESTELA. El de los buenos casados
 que se sientan a comer
 de tres hijos rodeados:
 dos hombres y una mujer.
 BERMUDO. Cuanto dice me contenta.
 BLANCA. ¿Con qué estará más contenta
 la mujer?
 ESTELA. Con ser querida
 y con andar bien vestida;
 lo demás ella lo sienta.
 BLANCA. ¿Qué cosa hay más peligrosa?
 ESTELA. Ser uno falso testigo,
 hablar mal de cualquier cosa,
 tener un fuerte enemigo
 y una lengua mentirosa.
 BLANCA. ¿Cuál es la más blanda cama?
 ESTELA. La conciencia y buena fama,
 la paz con el no deber;
 no querer ni aborrecer,
 ni tener mujer ni dama.
 BLANCA. ¿Cuál cosa en el mundo ha sido
 de miedo menos temido,
 siéndolo más que otras cosas?
 ESTELA. Tres cosas hay temerosas:
 ser juéz, padre y marido.
 BERMUDO. No digas más, que ya excedes
 de tu hábito de loco,
 que enseñar los cuerdos puedes.
 ESTELA. Antes, por saber tan poco,
 soy tapiz de tus paredes.
 BERMUDO. Ven, Ramiro, y vos en quien,
 doña Blanca, el blanco miro
 de mi bien.
 ESTELA. Pues yo también
 andaré a topa Ramiro,
 que he de tornear también.
 CELSO. [Ap.] ¿Que no quieres vez nin-
 callar, Estela importuna? [guna
 ESTELA. Calla, Celso de mis ojos;
 que así paso los enojos
 de mi contraria fortuna.

(Vanse. Entren DINARDO y MARCELA.)

DINARDO.

Detente, ¡por Dios!, señora. (1)
 ¿Dónde vas desafortunada?

MARCELA.

¿Por qué me tienes? Suéltame, Dinardo.
 ¿Qué puedo hacer ahora,
 si no es darme la muerte?
 Ausente el Conde, ¿qué remedio aguardo?
 ¿Qué miro, qué me tardo?
 Deshonrada de un hombre,
 dejada en tierra ajena,
 con tanta rabia y pena,
 que ya blasfemo de su amado nombre,
 furor y desatino
 se ha vuelto en mí el amor de Balduino.

Y que haberme quitado
 del pecho de mi esposo
 pienso que fué por amorosa hazaña;
 creo que me ha engañado
 su pecho cauteloso
 sólo en traerme desde Francia a España,
 que en tierra tan extraña
 me deja con cautela
 este fiero tirano,
 este alemán villano,
 por la venganza de su hermana Estela,
 como si yo debiese
 que el Duque le infamase y ofendiese.

Ingrato Balduino,
 Marcela era tu esposa,
 que no del Duque Arnaldo, que te ofende;
 por extraño camino,
 con venganza afrentosa,
 tu pecho vil satisfacción pretende;
 si el honor te defiende
 de la hermana perdida,
 el de mujer te infama,
 que por la propia dama
 el hombre debe aventurar la vida.
 Tú, por guardarla, has hecho
 hazaña tan indigna de tu pecho.

Sin duda Carlos vino,
 como estaba tratado,
 y al Conde aconsejó que me dejase,
 y con el desatino
 de haberme deshonrado,
 del agravio del Duque se vengase.
 ¿Esto sufrís que pase,

(1) Así en *M* y *B*; sobra una sílaba; acaso el verso fuera: *detén ¡por Dios! señora*, o tal vez: *tente, ¡por Dios!, señora*.

divino Autor del mundo?
¡Dinardo, yo soy muerta!

DINARDO.

Cierra un poco la puerta
a tantas quejas y dolor profundo.

MARCELA.

Pues ¿hay algún consuelo?

DINARDO.

Mira que es grande la piedad del cielo.

Pues ya te has declarado
connmigo, Infanta bella,
y de huésped me has hecho secretario,
quien la casa te ha dado,
la voluntad con ella
con ánimo te ofrezco voluntario;
si fuere necesario,
caminaré contigo
del Ebro al Nilo undoso,
y desde el caluroso
clima, del hielo (1) rígido enemigo,
hasta el Febeo carro;
que soy hidalgo y de solar navarro.

Si el Conde, que no creo
del Conde tal hazaña,
te ha dejado, cual dices, no es dejarte
entre el indio y sacheo,
sino en mitad de España,
y si no la mitad, la mejor parte;
esta tierra que parte
el Ebro, censo ofrece
al huésped, donde quedas,
de campos y arboledas
y del ganado que en sus montes crece;
gasta y busca a tu amante
desde el mar español al mar de Atlante.

MARCELA.

¿Dónde podré buscalte,
puesto que tú me ayudes?
¿Adónde le he de hallar?

DINARDO.

Oye, que creo
que como de su talle,
que esto no es bien que dudes,
tan arrogante vive y con deseo
del honroso trofeo
de las armas de España,

a Zaragoza iría
por ver la gallardía
que en estos casamientos la acompaña;
porque con tu licencia
fuera imposible permitir su ausencia.

Ya sabes que Bermudo
casó con doña Blanca;
llevar has visto lanzas y paveses,
tanto luciente escudo,
con tanta adarga blanca,
gallegos, castellanos y leoneses;
pasar has visto arneses,
jaeces y caballos
con cubiertas de tela,
y que la fama vuela
común por extranjeros y vasallos,
tanto que el Sol por vellos
se peina más temprano los cabellos.

Yo vi llegar un hombre,
que ese Carlos sería,
según el traidor Conde le abrazaba;
mas no entendí su nombre,
y vi cómo salía
a pie del muro, barbacana y cava.

MARCELA.

Sin duda que le hablaba
en que fuese al torneo.
Tanto de armas se goza,
que el ir a Zaragoza
venció mi obligación y su deseo;
habíame gozado,
y estaba el Conde de mi amor cansado.

¿Qué no promete un hombre
que una mujer pretende?
¿A qué Libia no va, qué Citia olvida?
No hay cosa que le asombre,
ningún temor le ofende,
atropellando honor, hacienda y vida;
mas la ocasión cogida,
satisfecho el deseo,
contentos ya los brazos,
ansí rompe los lazos,
que por estar viendo un torneo
entre dos celosías,
su dama dejará cuarenta días.

Basta, que Balduino
es ido a Zaragoza
a ver armas, amor, empresas, canto.
¡Extraño desatino!
Lo que siempre se goza,
poco suele estimarse, no me espanto;
mas búscame entre tanto

(1) En *M*: yelo.

vestido con que vaya
a la española corte;
haz que se haga y corte,
y por las calzas trocaré la saya,
que llevo ya más celos
que estrellas en la mar miran los cielos.

Di que soy caballero
que a la fama he venido
de aquestos casamientos desde Francia;
que ver al Conde espero
en palacio, rendido
a doña Blanca, ¡empresa de importancia!

DINARDO.

¿En tan breve distancia
rendido le imaginas?

MARCELA.

¿No ves que cuentan della
que es en extremo bella,
con tantas perfecciones peregrinas,
que hasta la tierra extraña
la llama comúnmente el sol de España?

Apercibe criados,
español generoso, y te juro
que una Infanta de Francia favoreces.

DINARDO.

Déjame tus cuidados,
y olvida el lastimoso
llanto que al cielo vengativo ofreces;
no irás como mereces
con recámara grande,
pero bastante.

MARCELA.

Lloro un traidor ausente.
¡Y que sin mí por tales pasos ande!

DINARDO.

Que no estará rendido.

MARCELA

La hermosura española le ha vencido.

(CARLOS, atado, con acompañamiento, y el REY CLO-
DOVEO, el DUQUE ARNALDO, armado, detrás, al son
de una caja.)

REY. Hoy es de tu muerte el día,
en que se ve claramente
que estaba el Duque inocente
de tu deshonor y la mía.
¿Cómo no vuelve por ti

algún deudo de tu casa?

ARNALDO.

El plazo y término pasa.
Carlos, ¿qué quieres de mí?

Mira cuál es tu traición,
pues que ninguno te vale;
ni de Francia un hombre sale,
ni de tu propia nación.

Desde que nuestro horizonte
bordó el sol de luz divina
hasta que ya al mar se inclina
por la espalda de aquel monte,
en la estacada le aguardo.

Confíesate ya vencido.

CARLOS.

A tus pies estoy rendido,
¡oh caballero gallardo!

Conozco que me engañó
con una carta fingida
el que ha vendido mi vida,
y tu traición escribió.

Por no me dar a su hermana,
que prometido me había,
fingió que cuando venía
por la montaña alemana
la robaste de su gente
y la gozaste y mataste,
que para fingirlo baste
que muero y que vive ausente.
¡Oh falso Conde, traidor!
¡Malhaya el hombre que fía
de otro hombre, pues este día
falta a Carlos tu valor!

El goza la Infanta bella,
y yo estoy muriendo aquí
justamente, pues que fui
causa que gozase della.

Para robar a Marcela,
me dió a entender Balduino
que robaste en el camino,
Arnaldo, a su hermana Estela;
y esto no era menester

para aventurarme así,
mas para que viese en ti
que a nadie se ha de creer.

¿Ansí pagas mi verdad
y el darte, Conde, la vida?
Pues tu amistad es fingida,
no hay en el mundo amistad.

Rey de Francia, el sol se ha
el plazo del desafío [puesto;
pasó; corta el cuello mío,
gran Duque, a tus plantas puesto;
no con tu acero famoso,
porque infamarse podría

manchado de sangre mía
 su resplandor generoso;
 no porque a traición responde
 mi sangre, mas porque ha sido
 del Conde cuanta he tenido,
 y ha sido traidor el Conde;
 aunque si matar deseas
 a Balduino, yo soy
 el mismo Conde, aunque estoy
 contando hazañas tan feas;
 que supuesto que aquí lloro
 su descuido y mi castigo,
 vil traidor y falso amigo,
 te confieso que le adoro.

ARNALDO. Alzate, Carlos, del suelo,
 que no mereces morir;
 tu vida quiero pedir
 al Rey mi señor y al cielo.

REY. Suplícoos, señor, que viva
 Carlos, por hombre leal.
 Eres a Alejandro igual;
 la fama tu nombre escriba.

Y confieso que mereces,
 Carlos, por amigo honrado,
 la vida.

CARLOS. La que me has dado,
 a tu misma fama ofreces:
 pero, señor, no permitas
 que viva con esta afrenta,
 que más mi vida se aumenta
 si aquí la vida me quitas.

REY. Muera yo, porque algún día
 le pese al Conde traidor.
 Que vivas será mejor,
 por honra del Duque y mía;
 y porque no sea culpado
 que castigo no te doy,
 de París sales desde hoy
 para siempre desterrado,
 y vete sin replicar.

CARLOS. Desatalde; parta luego.
 ¡Ved al estado que llego,
 que aun no me quieren matar!

¡Adiós, famosos muros, ciudad bella,
 de donde me destierra un falso amigo
 que ha usado la traición mayor conmigo
 y yo le he dado el corazón por ella!

No le voy a buscar, pues atropella
 tanta lealtad como en mis obras digo,
 que no es el Conde sólo mi enemigo,
 sino el rigor de mi contraria estrella.

Yo moriré, que menos mal bastara;

mas, por ver si la tienes diferente,
 antes quisiera ver, Conde, tu cara.

Mas ya tendrás detrás la de la frente;
 pero ¿qué es lo que digo? Lengua, para,
 que aunque es malo fué amigo y está ausente.

(CARLOS váyase.)

ARNALDO. Con justa razón se queja
 Carlos del Conde traidor.

REY. Así crece mi dolor,
 y mi remedio se aleja.

Quisiera que fuera hombre
 el que me hubiera agraviado,
 ya que con humilde estado,
 de honrada opinión y nombre.

ARNALDO. Si esto dicen sus amigos
 en tan público lugar,
 bien puedes crédito dar
 a sus propios enemigos.

REY. Para mí tengo que es muerto,
 pues no hay dél nueva ninguna.

ARNALDO. Si corrió en la mar fortuna,
 no llegó con vida al puerto,
 porque tantas maldiciones
 indignaron (1) cielo y tierra.

REY. Ya en la suya darán guerra
 mis franceses escuadrones.

Manda que con presto paso
 la corran a sangre y fuego.

(BALDUINO, armado, y VITELIO.)

BALDUINO. Tarde sospecho que llego:
 el sol descende (2) al ocaso;
 pero algún partido aguardo,
 que no es ido el Duque fiero.

ARNALDO. Aquí viene un caballero
 armado en blanco y gallardo.
 ¿Qué puede querer aquí,
 Carlos libre, y puesto el sol?

REY. Si es el Santelmo español,
 siempre se aparece así.

BALDUINO. Rey de Francia, Clodoveo,
 Duque valeroso Arnaldo,
 caballeros de París,
 cortesanos y soldados:
 la fama de aqueste duelo,
 de polo a polo volando,
 alcanzó a España, y en ella
 a los montes de Pelayo.

(1) En M y en B: *indinaron*.

(2) En M y en B: *decende*.

Yo soy un hombre español
que llaman Tirso del Carpio,
de sangre, que aún vive ahora,
de aquel famoso Bernardo.
Mi padre, que Dios perdone,
que era un hidalgo asturiano,
de Carlos fué un tiempo huésped,
Carlos, por quien es el campo,
que pasando por León,
que es camino de Santiago,
le dió aposento diez días,
y se le diera diez años.
Hicimos tal amistad,
y tal hermandad juramos,
que esta fe nos prometimos
en todo peligro y daño.
Supe el suyo donde digo,
y por ser camino largo,
parece que tengo excusa
de no haber llegado al plazo;
mas, pues a falta del sol
se ve el arrebol dorado
entre las nubes azules
que en oro vuelven sus rayos,
y el crepúsculo del día
nos ofrece tiempo claro,
y se detiene la noche
a los ruegos de un hidalgo,
hagamos nuestra batalla,
pues en la estacada estamos,
que aunque no hay sol que partir,
allá en el cielo le parto.

ARNALDO. Tarde venís, caballero,
el de las armas en blanco,
pues que ya se ha puesto el sol,
y el Duque es señor del campo.
Ese Carlos que decís
su delito ha confesado,
puesta la rodilla en tierra
y atadas atrás las manos,
y que el conde Balduino
fué traidor y amigo falso,
levantándose que Estela
le robé como tirano.
El Rey le otorgó la vida,
y de París, desterrado,
sale ahora en busca vuestra,
sin armas, honra y caballo.

BALDUINO. ¿Que tan mal le ha sucedido,
que eso confesase Carlos?
¿Carlos me llamó traidor?
¿Carlos me llamó villano?
¿Carlos a tus pies rendido,

siendo vivo aqueste brazo?
¿Tú vencedor, fiero Duque,
de un hombre preso y atado?
¿Tú valiente? ¿Tú contento?
¿Qué es lo que espero? ¿Qué
[aguardo?

¡No más vida, no más honra;
moriré, Carlos ingrato!
Toma aquesa espada, Rey,
que es darte también las manos.
¿Qué me miráis? ¿Qué teméis?
¡No ha que faltó tantos años!
¡El Conde soy, que me rindo
a la ignorancia (1) de Carlos!
REY. ¡El Conde! ¡Asilde, prendelde!

BALDUINO. Rendido estoy. ¡Paso, paso!,
que, si la espada no diera,
pocos fueran otros tantos.

ARNALDO. Cuando no la dieras, Conde,
en el campo estaba Arnaldo.

BALDUINO. Si más Arnaldos hubiera
que tiene arenas el llano,
aquestos árboles hojas
y un hombre amante cuidados,
no bastara, sin mi gusto.
¿Para qué te atreves tanto,
si sabes que aquella noche
te hice tan grande agravio?

REY. ¿Adónde tienes mi hija,
caballero temerario?

BALDUINO. ¿Adónde tienes mi Estela,
Duque infame?

(CARLOS, armado, con alguna gente.)

CARLOS. ¡Cielo santo!
¡Preso el Conde de esa suerte!
Hoy muere su amigo Carlos.
¡Fuera, villanos cobardes!

BALDUINO. ¿Es Carlos?

[CARLOS.] Yo soy.

BALDUINO. Pues ¡alto!
¡Mueran todos!

REY. ¡Guardas, gente.
Duque, soldados; vasallos!

CARLOS. Sígueme, Conde famoso.

BALDUINO. ¡Con la boca, con las manos
hago estrago en esta gente
y voy siguiendo tus pasos!

(Váyanse todos. Entre[n] CELSO y ESTELA.)

(1) En M: *inorancia*.

CELSO.

¿Es posible, señora, que eso dices?

ESTELA.

Celso, si sabes qué es amor, no es justo que de nuevo amor te escandalices. (1)

CELSO.

¿Por qué, señora, si es tu amor injusto?
Y aunque al blasón de tu valor desdices,
amaras algún príncipe robusto;
pero un mozuelo (2) delicado y tierno
desdice a tu valor y a mi gobierno.

¿Tan fácilmente el alma te ha robado,
de ayer venido a Zaragoza?

ESTELA.

Muero
de sólo haber el resplandor mirado
de aquellos ojos, por quien vida espero.

CELSO.

¡Que así, tan femenino y delicado,
pudo ablandar tu corazón de acero!
Confieso que es galán y gentilhombre,
mas es amor indigno de tu nombre.

Por hombre eres tenido, y hombre loco.
¿Qué harás, enamorado? Pues es fuerza
que te desprecie el Conde y tenga en poco,
que así se llama el que morir te esfuerza.

ESTELA.

A tal furia amorosa me provoco,
que, puesto que mi honor se rompa o tuerza,
le he de gozar, pues ya fuí desdichada
en ser de un hombre bárbaro gozada.

Tú has de hacer de manera que le cuentes
que una dama de verle está rendida,
que por miedo de padres y parientes,
le quiere ver secreta y escondida;
y no es mucho, mi Celso, que esto intentes
por el remedio de mi triste vida,
que moriré mil veces si no veo
en brazos deste Conde mi deseo.

que estando en ellos le diré mi estado,
si le viere rendido, como espero;
y pues a mi remedio está obligado,
hará como francés y caballero.

(1) Así en *M* y en *B*; falta una sílaba; pudiera completarse el verso: *que de [este] nuevo amor te escandalices*.

(2) En *B*: *muçuelo*.

¡Ay, conde Paris, por mi bien llegado!
¡Ay, Paris, más hermoso que el primero!
¡Ay, quién Elena de tus brazos fuera,
aunque Troya después del mundo ardiera!

(*Entren BERMUDO y DOÑA BLANCA, DINARDO y la INFANTA MARCELA, en hábito de caballero, con espada y capotillo.*)

BERMUDO. Quise que la Reina os viese,
pues su padre está ocupado.

MARCELA. Favor extremado es ése.

ESTELA. ¡Oh! seas muy bien llegado.
¿Queréisme dejar que os bese?

MARCELA. ¡Oh, mi amigo Pinabelo!

ESTELA. ¡Amigo! Ya quiera el cielo,
y vos fuédeses mi amigo.

CELSO. [Ap.] ¿Qué le dices?

ESTELA. Lo que digo. (1)

CELSO. ¿Quieres callar?

ESTELA. No, mochuelo.

MARCELA. Señora, pues desde Francia
sólo he venido a serviros,
aunque es la mayor ganancia,
quiero una merced pedir, que no es de poca importancia.

BLANCA. Y sería venturosa,
conde Paris, en tener
en mi Corte alguna cosa.

ESTELA. ¿Más que le pide mujer,
o alguna gata golosa?

MARCELA. Este loco sólo os pido.
para llevar a Paris.

BLANCA. Según de mi gusto ha sido,
no es poco lo que pedís;
pero ya está prometido.

MARCELA. Bésoos mil veces los pies.

BLANCA. Qué, ¿ya me queréis dejar?

ESTELA. Mire, Blanca buena es,
mas si yo me quiero holgar,
es Blanca poco interés.

Ya soy vuestro.

MARCELA. Y de los dos.

ESTELA. Blanca, así me guarde Dios,
que valéis más de un escudo,
y que me pasa a Bermudo (2).
Bermudo, delante vos
échame la bendición.

que me voy con el francés.

BERMUDO. Sigues, en fin, tu nación.

(1) Repetido este verso en *M*.

(2) Dice este verso en *M* y en *B*; y *que me passa ha Bermudo*.

ESTELA. Y porque espero después
de mi amor satisfacción (1).
¡Ea! Con vos he de ir.
¿No me daréis de vestir?

MARCELA. Húngaros de tela de oro
hasta los pies.

ESTELA. ¿Soy yo moro?
Mas ¿qué hay de moro a morir?
¿Comeré con vos?

MARCELA. ¡Pues no!

ESTELA. ¿Y dormiré?

MARCELA. No lo sé.

ESTELA. Pues eso deseo yo;
y si esto alcanza mi fe,
sola mi fe me salvó;
que habéis de ver un secreto
que no le ha hecho, os prometo,
la Naturaleza igual.

MARCELA. [Ap.] (¡Dinardo!

DINARDO. ¿Señor?

MARCELA. Gran mal,
por mí lo dice, en efeto.

DINARDO. ¿Hate el loco conocido?

MARCELA. Si no, ¿por qué deseara
dormir conmigo, atrevido?)

ESTELA. [Ap.] (¡Celso!

CELSO. ¿Señora?

ESTELA. Repara
que le está hablando al oído.
¿Si entiende que soy mujer?

CELSO. Eso debe de entender.)

MARCELA. [Ap.] (¿Si entiende que mujer soy?

DINARDO. Eso imaginando estoy.

MARCELA. ¿Puede ser?

DINARDO. Bien puede ser.

MARCELA. Los locos dicen verdades,
y hablan con el furor.

DINARDO. Lo cierto me persuades.) (2)

ESTELA. [Ap.] (Decirle puedo mi amor,
entre aquestas libertades.)

BERMUDO. ¿Qué caja, estruendo y tropel
es éste?

DINARDO. Viene Ramiro (3)
de publicar el cartel.

MARCELA. Dinardo, entre cuanto miro (4)
no viene el Conde. ¿Qué es dél?

(RAMIRO, haehas y criados, eajas, y un PAJE, con una
rodela y el cartel.)

RAMIRO. Ya, señor, se ha publicado
el torneo, y en la plaza
queda su cartel fijado
por la prevenida traza;
y aquí te traigo el traslado.

MARCELA. Suplico a Vuestras Altezas
se me lea ese papel.

ESTELA. Mejor es hacelle piezas.
¿Qué diablos venís con él
a quebrarnos las cabezas?

(Lea:)

CELSO. “Sepan todos que mantiene
el caballero leonés,
al de Navarra y Pirene,
al gallego, al portugués
y cuantos el mundo tiene,
que es la Infanta de Aragón
la de mayor perfección,
con joyas de mil ducados,
y con jüeces, nombrados
de diferente nación.
Ningún arma en la estacada
saca afuera ni publica,
cualquiera dellas le agrada,
y más tres botes de pica
y cinco golpes de espada.
Hachas de armas le darán,
y los reyes premiarán
a la espada más perfeta,
a la letra más discreta
y al que entrare más galán.”

MARCELA. Quien mantiene desa suerte
¿qué aventureros espera?;
la condición es muy fuerte,
que si otra el cartel tuviera,
no era peligro la muerte.
Saliera, sin duda alguna;
pero a mi buena fortuna,
y a la Reina agradeciera
que esta causa mantuviera,
pues no la iguala ninguna.

[ESTELA.] ¿Quién decís?

MARCELA. Yo mantendré
lo que Ramiro propone,
y el cartel publicaré
hasta donde el indio pone
y el blanco alemán el pie.

BLANCA. Yo estimo la cortesía,
mas, Conde, ¡por vida mía,
que contra el cartel salgáis!

BERMUDO. Y a mí también me obligáis.

(1) En *M* y en *B*: *satisfacien*.

(2) Así en *M* y en *B*. Acaso el verso fuese: [De]
lo cierto me persuades.

(3) En *M*: *ramero*.

(4) En *M*: *mira*.

ESTELA. No salgas, francés porfía.
 MARCELA. Pues tengo yo de decir
 que hay infanta más hermosa.
 BLANCA. Podéisme en esto servir.
 MARCELA. Harélo, aunque es fuerte cosa.
 ESTELA. Todos hemos de salir.
 ¡Pardiez, que he de hacer librea
 y salir a tornear!
 ¿Queréis que padrino sea?
 MARCELA. Mostrad, que quiero firmar.
 ESTELA. Poned que la Infanta es fea.
 MARCELA. Que es más hermosa mi dama
 afirmo.
 CELSO. El conde Paris dice.
 ESTELA. ¿Dama tenéis?
 MARCELA. En la cama.
 BERMUDO. Para que más se autorice,
 diga ese nombre la fama,
 y vamos, Reina, de aquí.
 ESTELA. ¿Que, en fin, tenéis dama?
 MARCELA. Sí,
 que conmigo duerme y viene.
 ESTELA. Celso amigo, dama tiene.
 CELSO. ¿Qué hemos de hacer?
 ESTELA. ¡Ay de mí!
 ¡De celos me he de perder!
 DINARDO. El loco te ha de querer.
 MARCELA. Guardaréme de su injuria;
 porque en el loco no hay furia
 como a solas con mujer.

FIN DEL SEGUNDO ACTO.

ACTO TERCERO

FIGURAS DEL TERCERO ACTO

CARLOS.	ESTELA.
BALDUINO.	BERMUDO.
TORINDO.	DON RAMIRO.
DANTEO.	ARNALDO.
ARMENTO, <i>labradores.</i>	CLODOVEO.
TOLANO.	DOÑA BLANCA.
RIPALDA, <i>labradora.</i>	NARCISO, <i>paje.</i>
MARCELA.	ROSELO.
DINARDO.	REY DE ARAGÓN.
CELSO.	UN MAESTRE DE CAMPO.

(CARLOS y BALDUINO.)

CARLOS. ¿No hay hombre en toda la casa?
 BALDUINO. ¡Válame Dios! ¿Dónde estoy?
 Temor me huela (1) y me abrasa.

CARLOS. Voces en desierto doy.
 BALDUINO. Hasta los jardines pasa.
 CARLOS. ¿Aquí dejaste a Marcela?
 BALDUINO. Como esperar en Tudela
 de Navarra concertamos,
 en San Sebastián dejamos
 la ligera carabela.
 Fuéronse los portugueses,
 y en este alcázar bizarro
 donde ves tantos paveses,
 que es de un hidalgo navarro
 aficionado a franceses,
 que casi todos los son,
 la nueva de tu prisión
 Vitelio me trujo el día
 que esperaba el alma mía
 la mitad del corazón.
 Si estar Marcela conmigo,
 Carlos, me daba placer,
 mayor le esperé contigo;
 que es gran contento tener
 bella dama y buen amigo.
 Pues viendo que sí decía
 a Marcela que quería
 irte a librar, no dejara,
 que sin duda lo estorbara,
 por no verme ausente un día,
 sin decirle nada fui
 donde, en lugar de librarte,
 Carlos, me libraste a mí.
 CARLOS. Temo que han ido a buscarte,
 pues falta el dueño de aquí.
 BALDUINO. ¡Brava desdicha sería!
 CARLOS. La casa desocupada
 muestra (1) tu desdicha y mía.
 BALDUINO. Ya ocupa el alma turbada
 del cuerpo la sangre fría.
 CARLOS. Si de la vida es el alma
 el corazón, Conde mío,
 su respiración desalma
 viendo este alcázar vacío
 y nuestros ojos en calma
 que no hay a quién preguntar;
 mas quiero en la huerta entrar.
 BALDUINO. Carlos, el alma recela
 que me han llevado a Marcela.
 CARLOS. Déjame un hombre buscar.

(Váyase CARLOS.)

BALDUINO. Pienso que no le hallarás;

(1) En M y en B: *yela.*

(1) En M y en B: *muestran.*

que mi desdichada suerte,
que, si por vengarla más,
llamase a voces la muerte,
no responderá jamás.

¡Buenos habemos quedado!
Ella ausente y yo culpado,
siendo hombre y ella mujer.

(DANTEO, TORINDO, ARMENTO, TOLANO, *labradores, que vienen de arar.*)

DANTEO. La mesa podéis poner
en la alfombra deste prado.
que ya por la verde falda
del monte, como una cierva (1),
viene bajando Ripalda,
volviendo la fértil hierba,
con pies de nieve, esmeralda.

TOLANO. Mas que la coman culebras
hemos de arar treinta huebras
antes que llegue la olla.

TORINDO. No bebió con la cebolla.

TOLANO. ¡Qué gentil cecina en hebra[s]!

(RIPALDA, *labradorcilla, con una cesta.*)

RIPALDA. ¡Dios guarde la buena gente!

ARMENTO. ¡Era ya tiempo!

RIPALDA. ¿He tardado?

ARMENTO. ¡Ea!, cada cual se asiente.

BALDUINO. ¡Oh, cuán divertido he estado!

DANTEO. Sentaos, y Ripalda enfrente.

(*Ponen unos manteles, pan y queso y rábanos.*)

BALDUINO. Estos labradores son
de Dinardo; quiero atento
oír su conversación.

TOLANO. Mostrad esa bota, Armento,
que me va dando torzón.

ARMENTO. Tomad, hermano Tolano,
y bebed como soléis.

TOLANO. Ninguno me hable a la mano.

DANTEO. Eso será como andéis
comedido y cortesano.

TOLANO. ¡A tuta la compañía,
por la salud y alegría
de mi amo y de Marcela,
brindis!

DANTEO. ¡Caraus!

ARMENTO. ¡Pimpinela!

TORINDO. ¡Lanciscotis!

RIPALDA. ¡Malvasía!

BALDUINO. ¡Desventurado de mí!

¿Qué es lo que al villano oí?
Marcela dijo. ¿Qué aguardo?
Sin duda, el traidor Dinardo
se la ha llevado de aquí.

DANTEO. ¿Es para el jueves?

ARMENTO. ¡Que pueda
tanto un aliento!

DANTEO. Yo tomo
la botilla, y ande en rueda.

TOLANO. ¿Queréis que me haga momo
y que pare lo que queda?

DANTEO. ¡Brindis porque mi señora!...

BALDUINO. ¡Ah, gente!

ARMENTO. ¿Quién es?

BALDUINO. Yo soy.

DANTEO. ¡Que hubo de llegar agora!

BALDUINO. ¿Sois de Dinardo?

DANTEO. A eso voy.

Torno a beber. Aquí mora.

BALDUINO. ¡Lo que se ensancha un villano
que está en su casa comiendo!
¿Está en la ciudad, hermano?

ARMENTO. ¡Oh, que al diablo os encomiendo!
A todo habláis a la mano.

Allá con Marcela es ido;
que dicen que es su marido.

BALDUINO. ¿Su marido? ¡Ese soy yo!

DANTEO. ¿Sois vos el que la dejó?

BALDUINO. El que por ella ha venido.

DANTEO. ¡Hola, Tolano! ¿No oís
cantar un cuquillo?

TOLANO. ¿Cómo?

BALDUINO. ¡Ah, villanos! ¿Qué decís?

TORINDO. ¡Brindis, señor mayordomo!

DANTEO. Diz que hay un ciervo en París...

BALDUINO. ¡Oh, pesia a mi sufrimiento!

¡Mueran todos a mis manos!

RIPALDA. ¡Huye, Torindo!

TORINDO. ¡Huye, Armento!

DANTEO. ¡Huye, Ripalda!

BALDUINO. ¡Ah, villanos!

De castigaros me afrento.

¿Dónde está Marcela?

DANTEO. A mí

hubo de cogerme así,
señor, por aquesos cerros
iba a caza con diez perros,
treinta halcones y un neblí.

BALDUINO. ¿Dónde está Dinardo?

DANTEO. ¡Ay, triste!

(1) En M: *come una cueba.*

Señor, murióse.

BALDUINO. ¿Ya es muerto,
o de temor lo dijiste?

DANTEO. Ni sé si yerro o si acierto.
Tantum ergo anima Christe.
Llevósela mi señor.

BALDUINO. ¿Túvola amor? (1)

DANTEO. Grande amor.

BALDUINO. ¿Y ella también dél se agrada?

DANTEO. Sospecho que va preñada.
La orina llevé a un doctor...

BALDUINO. No te turbes.

DANTEO. ¿Yo, por qué?

Hoy a estas veces sombrías
vino por antojo a pie...

BALDUINO. Pues ¿cuánto habrá que se fué?

DANTEO. Habrá más de quince días.

BALDUINO. ¡Este villano me mata!
¡Vete de aquí!

DANTEO. Ya me voy.
¡Qué bien habla, qué bien trata!
¡Dios se los depare hoy
aquel traidor y a su ingrata!
Al fin, es noble...

BALDUINO. ¡Que ya
en mí su fuerza ejecuta
quien vida y muerte me da!

(Desde lejos, DANTEO.)

DANTEO. ¡Ah, borracho, hijo de puta!
¡Yo os cogeré por acá!

BALDUINO. ¡Aguarda un poco!

DANTEO. ¡Ay de mí!

(Entre CARLOS.)

CARLOS. ¿Qué hacemos, buen Conde, aquí?,
que a Marcela se llevó
Dinardo.

BALDUINO. Ya lo sé yo.
¿Sabes cómo?

CARLOS. Escucha.

BALDUINO. Di.

CARLOS. Puse una daga a los pechos
de un labrador atrevido,
que jamás verdad responden
sino a fuerza de castigo,
que suelen estar arando
y al que pregunta el camino,
por no decille el lugar
guiarle al monte o al río,

y sabiendo que buscaba
a Marcela y su amo, dijo
que un lunes por la mañana,
habiendo dado el domingo
orden de juntar la gente
del uno y otro cortijo
y los parientes hidalgos
navarros y vizcaínos
de Tudela, juntos salen
con gran fiesta y regocijo,
ellos en fuertes caballos
y con galanes vestidos,
y ellas en coche, cubiertas
las ventanillas y estribos,
dando licencia a la luz
por medio palmo de vidrio,
lo demás, un encerado
de alamares guarnecido
y de pasamanos de oro
encubre tu dueño indigno,
que preguntándole yo
si iba dentro el mal nacido,
que no, respondió turbado,
que fué confesar lo mismo,
porque el "no" turbado es "sí",
y el "sí" presto es "no" atrevido,
y el no atreverse de presto
es confesar el delito.

Dice que también llevaron
seis caballos: dos morcillos,
tres overos y un frisón
de moscas negras teñido,
con las cubiertas de raso
azul, blanco y amarillo,
sembradas de cifras y armas,
que son tres barras y un lirio,
y en recámara famosa,
tapices de Flandes, ricos,
cubriendo con reposteros
plata y hierro (1) de servicio;
sin esto, penachos altos
sobre morriones limpios,
petos, golas, escarcelas
y toneletes lucidos,
y que dentro de seis días
todos los deudos y amigos
se volvieron a su tierra,
y que Dinardo no vino.

BALDUINO.

¡Nueva espantosa para ser oída

(1) En M: amores.

(1) En M y en B: yerro.

de otra boca que tuya, amigo Carlos!
¿Qué haré, que estoy sin honra? ¿Qué aconse-
al miserable Conde Balduino? [Jas

CARLOS.

No iguala tu dolor, famoso Conde,
al que me pasa ahora las entrañas
viendo que por librarme te has perdido.
¡Pluguiera a Dios que yo muriera el día
que de un sol hasta el otro esperó el Duque,
antes que fuera causa de este daño!
Mas ¿cómo fué posible que Marcela
se olvidase de sí, de ti, del cielo,
del honor, de su padre y de su tierra
y todas las demás obligaciones?
Mira que los villanos y vecinos
dicen que fueron siempre maliciosos;
mil cosas dice el vulgo cada día
que apenas es verdad alguna dellas.
¡Por ventura te busca, lastimada
de que la hicieses tan cruel desprecio!

BALDUINO.

Carlos, si aquí no muestro el sentimiento
que pide tanto mal, si aquí no hago
pedazos esta casa y esta huerta (1),
como otro Orlando, por la bella ingrata,
es porque no imagines que me pesa
de haber a tus peligros acudido.
Carlos, tú eres mi amigo; yo pretendo,
en tiempo que no hay hombre que lo sea,
ser de firme amistad ejemplo al mundo;
amigo que repara en su provecho,
honor, vida y hacienda, no es amigo;
¡que teme la Fortuna a cuanto puede,
que no me quitará del alma a Carlos!

CARLOS.

¡Echaréme a tus pies una y mil veces!

BALDUINO.

¿Tú a mis pies? Deja, Carlos, humildades.
¿Por dónde dicen que el camino llevan?

CARLOS.

Dicen que de Aragón.

BALDUINO.

Parte a su corte,
adonde con vestido disfrazado
procuraremos, si hay remedio alguno,
de saber dónde van.

CARLOS.

¡Permita el cielo
que hayan ido a buscarte y no a ofenderte!

BALDUINO.

¡Ya ni temo la vida ni la muerte!

(Váyanse. Entren MARCELA y DINARDO.)

MARCELA. Agrádame esa color
para calza y tonelete,
puesto que de oro es mejor.

DINARDO. Donde el oro se entremete
es absoluto señor.

No hay guarnición que le iguale,
sobre todo brilla y sale.

MARCELA. Aunque es riqueza y no gala,
¿qué color al oro iguala?

DINARDO. Más luce, parece y vale.

MARCELA. Es del oro la nobleza
tan antigua como el mundo;
es del mundo la belleza,
es nuestro padre segundo
después de Naturaleza.

Es hijo del Sol hermoso,
es antídoto dichoso
contra la melancolía;
es de la vista alegría
y a la salud provechoso.

¿No has visto el oro potable?
Pues ¿qué cosa a nuestra vida
puede ser más saludable?
En la comida y bebida
nos causa aumento notable.

No padece corrupción,
que es extremado blasón;
es tan blando, que el indiano,
como cera, con la mano
le labra y da perfección.

Suena en cualquier instrumento,
y más si en cuerdas se tira,
con claro y divino acento;
a quien le falta, suspira;
quien le tiene, está contento.

En la mesa, por grandeza,
sirve a reyes y señores;
anda sobre su cabeza;
es puente de los amores
y silla de la riqueza.

Conquista, anima e (1) incita;
leyes pone, leyes quita;

(1) En M: *guerta*.

(1) En M y en B: *y*.

hace hidalgos, reinos gana,
muertes perdona y allana,
y hasta muertos resucita.

Pero éste es tiempo perdido.
¿Quieres saber de su ley
los quilates que ha subido?
Que le fué a Dios ofrecido
queriendo llamarle rey.

DINARDO. Espántanme los romanos.

MARCELA. ¿Cómo?

DINARDO. En no llamarle dios,
teniendo dioses tan vanos;
que hasta el romadizo y tos
los llamaron soberanos.

Y no fuera cosa fuerte,
que un tiempo los de Calés
adoraron a la muerte.

MARCELA. Sosegada estoy después
que esta nueva me divierte.

¿Por qué piensas que decía
las alabanzas del oro?

DINARDO. Por divertirte sería.

MARCELA. Después de mi ausente lloro,
no he tenido mejor día.

Que, en fin, dijo aquel francés
que el Conde fué a desafío.

DINARDO. Ley de amistad dicen que es.

MARCELA. Ley que vence al amor mío
y el honor pone a los pies.

De hoy más, ninguna mujer
hombre se atreva a querer,
Dinardo, que tenga amigo.

DINARDO. ¡Crueldad ha usado contigo!

Pero ¿qué piensas hacer?

MARCELA. Vivir en España así.

DINARDO. ¿Y no buscarle?

MARCELA. ¡Eso no!

Búsqueme el traidor a mí.

(*Entren ESTELA y CELSO.*)

ESTELA. Dirélo a mi amo yo,
y vengaráme de ti.

CELSO. ¿Vos andáis en este oficio?

ESTELA. ¡Hago bien! ¿No estoy con él?
Pues acudo a su servicio.

MARCELA. ¿Dónde bueno, Pinabel?

ESTELA. ¡Obediencia es sacrificio!

MARCELA. ¿Qué le has hecho?

CELSO. Hele azotado.

MARCELA. ¿Por qué?

CELSO. Porque entre las damas
toda aquesta tarde ha estado.

MARCELA. ¿De ese delito le infamas?
¡Su culpa hubiera comprado!

DINARDO. ¡Bien seguras estuvieran!

ESTELA. ¡Por Dios, amo! Si os cogieran,
que no quedábais para hombre.

MARCELA. De eso tengo sólo el nombre;
poco las damas me alteran.

¡Oh, quién estuviera allá!

ESTELA. ¿Veis vos cómo me disculpa?

MARCELA. ¡Sin culpa azotado está
Pinabelo!

CELSO. Hay otra culpa.

MARCELA. Yo lo creo; otra será.

¿Hizo alguna libertad?

ESTELA. ¡Sí, pardiez!

MARCELA. ¿Besaste alguna?

ESTELA. ¿Queréis que os diga verdad?

MARCELA. ¡Pues no!

ESTELA. Pues sabed que hay una
que os tiene gran voluntad.

MARCELA. Llégate acá. ¡Bueno es eso!

ESTELA. Cierta dama pierde el seso
por vos. y dióme un papel.

MARCELA. ¡Muestra!

ESTELA. ¡Dadme porte dél!

MARCELA. Luego ¿trae porte?

ESTELA. ¡Sí, un beso!

MARCELA. ¡Hazte allá, loco enfadoso!

¡Besarme quiere el villano!

ESTELA. ¡Oh, pesia Orlando furioso!

¡Teniendo espada en la mano
me agravia un moro sarnoso!

¡Fuera digo, fuera, afuera!

¡Armad presto una galera,
desdoblád el lienzo al mar!

CELSO. ¡Loco, téngote de atar!

ESTELA. ¿Yo loco? ¡Ojalá lo fuera!

CELSO. ¿De qué pensáis que ha nacido
la furia que le ha movido?

De que le habéis despreciado.

MARCELA. ¡Ea, Pinabelo amado;

ea, Pinabel querido,

¡dame el papel; no haya más!

ESTELA. ¿Tratarásme mal?

MARCELA. No, a fe.

ESTELA. ¿Y aquí luego me darás
un abrazo?

MARCELA. Sí, daré.

ESTELA. ¡Amo, en mis brazos estás!

MARCELA. ¡Suéltame!

ESTELA. ¡No quiera el cielo
que te suelte!

CELSO. ¡Pinabelo!

¡Suelta al Conde, enhoramala!
 ESTELA. ¿Queréis vos el alcabala?
 MARCELA. ¿Que me conoce recelo!
 DINARDO. ¡Tu peligro considera!
 MARCELA. Oye, aparte, entre los dos.
 ESTELA. ¿Qué quieres?
 MARCELA. Si mujer fuera,
 ¿quisiérasmе bien?
 ESTELA. ¡Por Dios,
 que luego os aborreciera!
 MARCELA. Pues dime por qué me quieres.
 ESTELA. Por hombre.
 MARCELA. Muy hombre soy.
 ESTELA. Presto sabré si lo eres.
 MARCELA. ¡Temblando del loco estoy!
 ESTELA. ¡Bien te agradan las mujeres!
 MARCELA. ¡Bravamente me derrito!
 ¡Aquél mirar, aquel habla!
 ¡Amo, busco y solicito!
 ESTELA. ¡Bien mi negocio se entabla!
 MARCELA. ¡Bien la sospecha le quito!
 Como yo la acierte a ver,
 deseo cualquier mujer.
 ¡Mujer! ¡Es lindo vocablo!
 ¡Mejor se las lleve el diablo
 que yo las he menester!
 Con ellas gasto mi hacienda,
 doy galas, cómproles casa,
 doiles dinero sin rienda,
 a las hermosas sin tasa,
 y a las feas sobre prenda.
 Desempiédroles la calle,
 enderézome, doy talle;
 cuando voy a pie, pateo
 que todo el suelo meneo
 que es menester empedralle.
 Soy blando en casa, y llorón;
 con celos, echo mil retos,
 y si se ofrece ocasión
 escribo mis dos concetos
 con alma en cada renglón.
 Traígotas amarteladas
 con mil palabras preñadas;
 acuchillo las esquinas;
 doy sombrero a las vecinas
 y dinero a las criadas.
 ¿Parécete que soy hombre?
 ESTELA. Y un hombre para querer.
 Pero escucha, y no te asombre:
 quisiérame hacer mujer.
 MARCELA. Para mí bastaba el nombre.
 Pon una toca a una reja
 verásme, de amores lleno,

decirle una y otra queja
 toda la noche al sereno.
 ¡Bien le engaño!
 ESTELA. De hablar deja.
 Lee el papel.
 MARCELA. “Adonde
 aquese loco os llevare,
 me hablad esta noche, Conde.”
 ¡Ea, pues Dios lo repare
 si la ocasión no se asconde!
 Mas ¿qué mujer puede ser
 la que se fía de ti?
 ESTELA. ¡Basta! Allá lo podéis ver.
 MARCELA. ¿Iré armado?
 ESTELA. Señor, sí;
 armas habéis menester.
 (CARLOS y BALDUINO, de peregrinos.)
 BALDUINO. Con el disfraz que traemos
 mejor podremos estar
 en Zaragoza.
 CARLOS. Podremos
 ver las fiestas en lugar
 que de los reyes gocemos.
 BALDUINO. ¿Tornean a la española?
 CARLOS. Aquí el arte se acrisola
 de las armas y las galas.
 BALDUINO. ¡Buenas estaban las salas
 de damas y nobles!
 MARCELA. ¡Hola!
 DINARDO. ¡Señor!
 MARCELA. Mira si esa gente
 es de Francia.
 ESTELA. ¡Hola, pariente!
 ¿Quién sois?
 CARLOS. Somos alemanes.
 MARCELA. ¿Qué peregrinos galanes!
 BALDUINO. Dadme vuestros pies.
 MARCELA. ¡Detente!
 El Conde es éste, ¡ay de mí!
 DINARDO. ¿Qué has de hacer?
 MARCELA. Disimular.
 BALDUINO. ¡Cielos! ¿Qué es esto que vi?
 MARCELA. ¿Vos no me llegáis a hablar?
 CARLOS. Por cierto, señora, sí.
 MARCELA. ¡Este es Carlos!
 ESTELA. ¡Celso amigo!
 CELSO. ¿De qué me aprietas la mano?
 ¿Qué tiemblas? ¿No estás conmi-
 [go?
 ESTELA. ¡Este es el Conde, mi hermano!
 CELSO. ¿El Conde?

ESTELA. ¡El mismo que digo!

BALDUINO. ¡Carlos, Carlos! ¿Qué es aquesto? Esta no es Marcela? [to?]

CARLOS. Creo que algún demonio se ha puesto, por engañar tu deseo, en tal forma y en tal puesto. ¡Jesús mil veces!

BALDUINO. ¿Qué dudo? ¡Marcela es ésta, sin duda!

CARLOS. ¿Cómo disfrazar se pudo?

BALDUINO. Estando de honor desnuda.

CARLOS. De verla, Conde, estoy mudo.

BALDUINO. ¡Oh, nunca al cielo pluguiera que la hallara ni la viera!

CARLOS. ¿Si nos hemos engañado? Que lo que es muy deseado con cualquiera sombra altera. Lleguemos como a pedir limosna, y podremos ver si nos engaña el oír.

BALDUINO. ¿Pueden voz y parecer a dos sentidos mentir? Los ojos y los oídos ¿pudieran ser engañados?

CARLOS. Son los más nobles sentidos, pero los enamorados tienen esos dos perdidos. Ahora bien, déjame hablar.

BALDUINO. Llegan aquellos pies indignos.

CARLOS. Mandadnos limosna dar a estos pobres peregrinos.

BALDUINO. ¡Es ella!

CARLOS. ¡No hay que dudar!

MARCELA. ¡Por donde el cielo rodea que aquí mi venganza sea!

BALDUINO. ¡Por Dios y por Balduino, dad, señor, a un peregrino limosna!

MARCELA. ¡Dios os provea!

(Vuelva las espaldas MARCELA y déjalos de rodillas; quédese allí CELSO.)

CARLOS. ¿Qué te parece?

BALDUINO. No sé si me levante del suelo o si es bien que así me esté para que le ruegue al cielo que su venganza me dé.

CARLOS. ¡Levanta, Conde, y anima ese generoso pecho!

BALDUINO. ¿Con qué quieres que reprima

el agravio que me ha hecho?

CARLOS. Su desprecio me lastima: “¡Dios os provea!”

BALDUINO. Bien es que Dios todo lo provea, pero estando yo a sus pies no fué la palabra fea sino el partirse después.

CELSO. Quedar Estela me ha hecho para que entienda su pecho.

BALDUINO. Aquí un criado quedó.

CARLOS. Llegar, o hablarle yo.

BALDUINO. Ve tú, si estás de provecho.

CARLOS. Decid, señor, ¿sois criado deste galán caballero, menos piadoso que honrado?

CELSO. Daros la limosna quiero, si es por quien le habéis culpado.

CARLOS. No, no; no era menester.

CELSO. El conde Paris de Hungría es éste.

BALDUINO. Bien puede ser; en verdad que le tenía no ha un hora por mi mujer.

CARLOS. ¿Y a qué dicen que ha venido?

CELSO. Sólo a ser aventurero del torneo prometido.

CARLOS. Es un galán caballero.

CELSO. Luz destas bodas ha sido. Todos el premio le dan de hombres de armas y galán en la sortija y la sala, que en armas y gracia iguala a Rugero y a Roldán.

BALDUINO. Luego ¿a caballo ha subido?

CELSO. ¡Y quién como él ha corrido los jinetes andaluces!

BALDUINO. ¡Haréme ducientos cruces!

CARLOS. ¡Yo estoy loco!

BALDUINO. ¡Yo, perdido!

CARLOS. ¿Y ha de salir al torneo?

CELSO. Ya voy a donde el penacho se acaba con el trofeo de aquel desnudo muchacho de quien es hijo el Deseo.

CARLOS. ¿Es Amor?

CELSO. El mismo.

CARLOS. Luego ¿quiere bien?

CELSO. Perdido y ciego está por cierta mujer, que esta noche ha de tener con mucho gusto y sosiego.

CARLOS. ¡Anda con Dios!

CELSO. ¡El os guarde!

(Vase CELSO.)

CARLOS. Conde, el deseo y los ojos
hicieron fingido alarde
de tus perdidos despojos
a la esperanza cobarde.
No es ésta Marcela.

BALDUINO. Creo

que fué ilusión del deseo;
pero mucho le parece.

CARLOS. ¿Sabes lo que se me ofrece?
Que salgamos al torneo.

BALDUINO. ¿De qué suerte?

CARLOS. Bien podremos
de secreto hacer libreas,
pues nuestras armas traemos.

BALDUINO. Como mi padrino seas,
una invención buscaremos.

CARLOS. Allí podrás ver mejor
esta imagen de tu amor,
como rostro en dos espejos
te muestra con los reflejos
de tu mismo resplandor.

¡Y ojalá Marcela sea!
que no ha sido hazaña fea
si sólo a buscarte viene.

BALDUINO. ¡Oh, Carlos! pagarme tiene,
si es ella, el “¡Dios os provea!”

(BERMUDO y NATALIO, DON RAMIRO y el DUQUE
ARNALDO.)

BERMUDO.

¿Embajada del Rey, y tan secreta?

ARNALDO.

Haz que tu gente se retire un poco.

BERMUDO.

Ramiro.

RAMIRO.

¡Gran señor!

BERMUDO.

Ninguno llegue.

Prosigue ahora y di, francés gallardo,
quién eres y a qué vienes a mi Corte.

ARNALDO.

Yo soy el Duque Arnaldo, ¡oh, claro príncipe!

antigua sangre de los doce Pares
y de Oliveros y Roldán reliquias.
Creo que ya sabrás mi larga historia.

BERMUDO.

Supe tu casamiento y tu desgracia;
de Carlos la prisión y desafío,
y cómo el Conde la sacó de Francia,
y que han llegado a España en busca suya.

ARNALDO.

Los ángulos distintos de la tierra,
con las zonas templadas, frías y tórridas,
han discurrido en busca de Marcela
dos mil franceses en secreto y público;
pero no ha parecido el traidor Conde
ni della se ha tenido nueva alguna.

BERMUDO.

Venido habrás, Arnaldo, al mismo efeto.

ARNALDO.

Oye, sabrás la causa, aunque ésta ha sido:
Clodoveo, mi Rey, secretamente
salió de Francia con fingido nombre,
y está de Zaragoza cuatro millas.

BERMUDO.

¿El Rey?

ARNALDO.

El mismo Rey; la causa es ésta:
En una enfermedad, hizo a Santiago
voto de visitarle en Compostela
si cobraba salud; dióselo el cielo
por medio del Apóstol, y en teniéndola
descuidóse del voto prometido,
que suele ser en todos común cosa;
desde entonces ninguna ha sido próspera
en él, en Francia, en todos sus vasallos;
perdió su hija, y alemanes y húngaros
le han ganado en la suya algunas tierras;
matóle el Conde en la prisión de Carlos
un infinito número de gente,
sin otras cosas que en silencio paso.
Con esto, un día, su Delfín dejando
a sus deudos, sus grandes y consejos,
fingió una caza, y de París partimos,
donde por ciertas nuevas de Marcela
venimos a parar en Barcelona,
y della a la gran corte de tu suegro.
El Rey, señor, te pide que le hables
secretamente en cosas de su honra,
porque se dice que tú el Conde tienes.

BERMUDO.

Ni le conozco, ni le vi en mi vida.
Lo que toca al secreto y al regalo
de Rey tan generoso y cristianísimo,
será servido de mi reino todo,
pues, pasando el Condado de Castilla,
de León y Galicia todo es mío.

ARNALDO.

¿Cómo y dónde me mandas que te vea?

BERMUDO.

Fuera contigo si viniera en público;
pero, pues tanto importa su secreto,
di que finja que viene a ver mis fiestas
en nombre de su padre el Condestable,
y tú podrás venir como su hijo,
representando tu persona propia.
Y advierte que mañana hay un torneo
de cuyas condiciones es la una
que han de ser extranjeros los jueces,
y yo diré que porque sois mis deudos
os envíe a llamar para estas fiestas,
y que los dos venís a este propósito.

ARNALDO.

Es gallardo en extremo.

BERMUDO.

Pues partamos
porque lo necesario prevengamos.

(Váyanse todos.)

*(MARCELA, en hábito de noche, y el loco, con capotillo
y espada sobre el sayo.)*

ESTELA. Cerca es ya; ven por aquí.

MARCELA. ¿Está lejos?

ESTELA. Ya hay muy poco.

MARCELA. Sospecho que soy más loco
en confiarme de ti.

Yo no sé de qué servía
rendirme, loco, a tu ruego,
porque dicen que es más ciego
quien de otro ciego se fía.

ESTELA. Los cuerdos, amo, son pocos.

MARCELA. ¿En qué habemos de parar,
si no me quieres llevar
a la casa de los locos?

ESTELA. Amo, esa casa es el mundo;
todos son locos en él.

MARCELA. Ya lo veo, Pinabel,

en mis ejemplos lo fundo.

ESTELA.

Loco es, buen amo, el señor
que por haberse empeñado
viste y come de prestado,
pues propio fuera mejor.

Loco el príncipe que da
y no paga lo que debe;
loco el que a mandar se atreve
cuando en otra casa está.

Loco el hombre que ha vivido,
como la veleta, al viento;
loco el que hace testamento
cuando no tiene sentido.

Loco el que su hacienda emplea
donde se puede perder;
loco el que tiene mujer
hermosa, y busca la fea.

Loco el que tiene dinero
sobrado, y lo pasa mal;
loco el hijo de oficial
que se mete a caballero.

Loco el que dando molestia
visita ordinariamente;
loco el que por ser valiente
viene a morir como bestia.

Loco tardes y mañanas
quien a su familia riñe;
loco el hombre que se tiñe,
siendo tanto honor las canas.

Loco el que suele perder
al juego todo el caudal;
loco aquel que dice mal
de quien se le puede hacer.

Loco el que tacha y no entiende;
loco el galán que es celoso;
loco el que siendo vicioso
a los otros reprehende.

Loco el que hace versos mal
y escribe de noche y día;
loco el que canta y porfía;
loco el pobre liberal.

Loco aquel con quien pretenden
largas esperanzas vanas;
loco el que tiene por sanas
las mujeres que se venden.

Y porque de aqueste nombre
todo el mundo viene a ser,
¡más lo es quien, siendo mujer,
engaña en hábito de hombre!

MARCELA.

¡Jesús! El me ha conocido
y aquí me trae a forzarme!

ESTELA.

A hablalle quiero esforzarme.

MARCELA.

¡Loca por un loco he sido!

Mas quiero disimular.
 ¿Dónde está aquesta mujer?
 ESTELA. ¿Aquí está!
 MARCELA. ¿Qué puedo hacer?
 que es loco y me ha de forzar.
 ¿Aquí mujer?
 ESTELA. Conde, sí.
 MARCELA. Pues ¿adónde?
 ESTELA. Entre los dos.
 MARCELA. ¡El cierra agora! ¡Por Dios!
 ¡Dios me defienda de ti!
 ESTELA. ¡Dame esa mano, mi bien!
 MARCELA. ¿Qué tengo ya que esperar?
 ESTELA. Seguro la podéis dar,
 y vuestros brazos también.
 MARCELA. ¡Matarle será mejor!
 ESTELA. ¡Doleos, mi bien, de mí!
 MARCELA. ¡Villano, déjame aquí!
 ESTELA. ¿Daga para mí, señor?
 ¡Mirad que el amor me ha hecho
 agora atreverme a vos!
 MARCELA. ¡Traidor! Pues hombres los dos,
 ¿en qué te soy de provecho?
 ESTELA. No somos hombres, que aquí
 yo sé que hay una mujer.
 MARCELA. ¿Mujer? ¿Cómo puede ser?
 Que yo no soy...
 ESTELA. Pues yo sí.
 MARCELA. ¿Tú mujer?
 ESTELA. Yo, disfrazada
 en loco, por mi desdicha,
 aunque lo tendré por dicha
 si de ti quedo amparada.
 Pues eres, Conde, francés,
 no parece desatino
 decirte si a Balduino
 conoces.
 MARCELA. Mi deudo es.
 ESTELA. Yo soy Estela, su hermana,
 que el Duque, traidor, gozó.
 MARCELA. ¿Estela, su hermana?
 ESTELA. Yo,
 la desdichada alemana.
 ¿Querrásme agora?
 MARCELA. ¡Ya voy
 pensándolo! ¡No podré!
 ESTELA. ¿Con qué causa?
 MARCELA. Ese con qué
 es porque sin él estoy.
 ESTELA. ¿Cómo?
 MARCELA. Porque soy mujer...
 ESTELA. ¡Válame Dios!
 MARCELA. De tu hermano.

ESTELA. ¿Del Conde?
 MARCELA. El Duque, tirano,
 me tuviera en su poder
 si el Conde no me librara.
 ESTELA. ¿Tú eres Marcèla?
 MARCELA. Yo soy.
 ESTELA. ¡Mil besos y abrazos doy
 a tu cuello y a tu cara!
 ¡Que tu rostro bello en vano
 hiciese en mí tal efeto!
 MARCELA. ¿Es gente?
 ESTELA. Sí.
 MARCELA. Pues secreto;
 que está aquí el Conde, tu hermano.
 ESTELA. Hoy le ví.
 MARCELA. ¿No conociste
 a Carlos?
 ESTELA. No sé quién es.
 MARCELA. El peregrino francés
 que al lado del Conde viste.
 ESTELA. El traje quiero mudar
 y vestirme de mujer;
 habla al Rey, que es menester
 con él (1) mi engaño tratar.
 MARCELA. ¿Que me place!
 ESTELA. ¡Ay, Dios, si fueras
 hombre!
 MARCELA. ¡Bueno!
 ESTELA. ¡Oh, bien fingido!
 MARCELA. ¡Ah, Dios, qué lance he perdido
 por no ser hombre de veras!

(*Vanse. Entren el REY CLODOVEO, BERMUDO, el DUQUE, DOÑA BLANCA, CELSO, DINARDO, ARNALDO, NATALIO.*)

BERMUDO. Conmigo habéis de comer,
 que somos deudos cercanos.
 REY. ¡Bésoos, gran señor, las manos!
 ARNALDO. Servir es obedecer.
 REY. Y a la Reina, mi señora,
 aunque atrevimiento fuera
 que la riqueza le diera
 que hay del ocaso al aurora,
 le ofrezco este anillo, en quien
 la luz que de en medio sale
 es un diamante que vale
 una villa, y dos también.
 BLANCA. Creo, señor Condestable,
 que de aquesta obligación,
 sólo saldrá mi afición,
 que es, de serviros, notable.

(1) En *M*: *ní*.

Con todo eso, al partir
llevaréis cierto regalo,
para Galicia no malo,
que es áspera de sufrir.

REY.

Béseos los pies.

BERMUDO.

En comiendo,
pues que de día ha de ser,
el torneo podéis ver
que ya se está aperciendo,
y ser jüeces los dos,
que es condición del cartel.

ARNALDO.

A no venir triste, en él
probara el brazo, ¡por Dios!
Pero no será razón.

BERMUDO.

Jüeces habéis de ser.
¡Ea, denos de comer!

BLANCA.

¡Entrad!

ARNALDO.

¡Extraña invención!

(Vanse. Quede[n] CELSO y DINARDO.)

CELSO.

¿Hay cosa más admirable?

DINARDO.

¡Qué te admira!

CELSO.

Lo que veo.

DINARDO.

¿Cómo?

CELSO.

El Rey Clodoveo
se ha fingido Condestable.
Y éste que viene con él
es Arnaldo, mi señor.

DINARDO.

Bien lo mostraba el valor
que resplandecía en él.

¿A qué vendrán disfrazados?

CELSO.

A buscar la Infanta vienen.

DINARDO.

¡Bien cerca, por Dios, la tienen!
¡No vienen muy engañados!

CELSO.

¿Qué dices?

DINARDO.

Digo que aquí
también está Balduino.

CELSO.

Lo que ha de ser adivino.

DINARDO.

¿Podréme fiar de ti?

CELSO.

Podrás sin duda, que soy
caballero.

DINARDO.

Pues yo quiero,
si eres, Celso, caballero,
referirte (1) a lo que voy.

CELSO.

Yo, Dinardo, me prevengo
también para tornear;
el arnés tengo a limpiar,
y voy adonde le tengo.

Ven conmigo, que si es
lo que sospecho, este día

será de grande alegría
para el imperio francés.

(Vanse. Entren dos PAJES, que son NATALIO y ROSELO, con las picas del torneo.)

NATALIO.

Como éstas son de buen dueño,
son más fuertes.

ROSELO.

¿Y éstas no?

Pues quien hacer las mandó
romperá en el aire un leño.

NATALIO.

¡Callad ya, que es un rapaz!

ROSELO.

¡El vuestro es un fanfarrón!

NATALIO.

¡Cosa que deis ocasión
para que os dé con el haz!

(El MAESTRE DE CAMPO, acompañado con una caja y bastón, y saquen CRIADOS la valla, que vendrá hecha, porque antes no se puede ocupar el teatro.)

MAESTRE.

Para de la caja el son,
que aún el Rey no habrá comido.

NATALIO.

¡Plaza, plaza!

MAESTRE.

Habéis venido,
pajes, a buena ocasión.

NATALIO.

Las picas son éstas.

MAESTRE.

Muestra,
reconocerélas.

ROSELO.

¡Mira
qué igualdad!

MAESTRE.

¡Hola! Retira
esa gente.

NATALIO.

Toda es nuestra.

MAESTRE.

Esperad, y miraré
la valla; bien puesta está.

NATALIO.

Al corredor salen ya
los reyes.

MAESTRE.

Toca.

CAJA.

Diré.

(Chirimías, y siéntense en un corredor, que tome todo lo alto del teatro, el REY DE ARAGÓN, el REY DE FRANCIA CLODOVEO, y DOÑA BLANCA, y los demás que puedan, y abajo, aparador con joyas.)

BERMUDO.

Condestable, ¿dónde es ido
el Duque?

REY.

Como tú y yo
ser jüeces se trató,
a tornear ha salido.

BERMUDO.

Tomad aqueste lugar.

REY.

Muy grande honra me hacéis.

BERMUDO.

Estas y más merecéis;
mi casa venís a honrar.

(1) En M y en B: referirte.

(Toque la caja, y diga:)

Don Hugo, maestre de campo,
a cualquiera caballero
que viene aventurero,
hoy hace seguro el campo.

De traición, de sinrazón,
de agravio o cosa fingida,
pena de perder la vida
el que intentare traición.

(Suene una caja de la otra parte, y entren por el pa-
lenque RAMIRO, mantenedor, con dos salvajes, que
traerán un árbol, y sobre él una fénix; el DUQUE
ARNALDO, por padrino; y en el palo del árbol, un
rétulo de letra grande y un león atado al pie.)

BERMUDO. Don Ramiro es, Condestable,
el que mantiene.

REY. Es galán.

BLANCA. Ya, señor, la letra os dan.

REY. La invención es agradable.

(Lee BERMUDO:)

BERMUDO. “Es doña Blanca la fénix
que atada al rey de León
son gloria y luz de Aragón.”

REY. ¡Graciosa letra!

BLANCA. ¡Extremada!

BERMUDO. Un aventurero viene.

BLANCA. Talle de extranjero tiene.
Letra e (1) invención me agrada.

(Entre el CONDE BALDUINO; CARLOS por padrino, y
una de máscara y un galán, asidos a dos listones
que traerá el CONDE, atados a los brazos, como
que tiran dél. Dé la letra, y lean:)

“Mujer y amigo tiraron;
fuí al amigo, y porque fuí
no la hallé cuando volví.”

REY. La historia del Conde es ésta,
y las armas tuyas son.

MAESTRE. Tocad luego, que es razón
que den principio a la fiesta.

(Torneen de picas y espadas y martillos, y arrimán-
dose, salga CELSO, apadrinándole ESTELA, ya ves-
tida de dama, con un velo en la cara, y un PAJE,
con el vestido de loco atado a una lanza. Dé la le-
tra, y lean:)

REY. “Máscara fué mi locura;
mis mudanzas acabé,

(1) En M: y.

y en mujer me transformé.”

BLANCA. ¿Es Pinabel, por ventura?

BERMUDO. A lo menos el vestido.

¡Será extremada invención!

MAESTRE. Suene el belífero son.

BLANCA. ¡Grande atrevimiento ha sido!

(Torneen como el primero, y entre MARCELA, con dos
enanos por padrinos, y DINARDO, con un bastón.
Dé la letra, y lean:)

REY. “El que por causa ninguna
se ausenta del bien que tiene,
¿qué piensa hallar cuando viene?”

BLANCA. ¿Si habla de la Fortuna?

REY. ¡Qué gallardo aventurero!

BERMUDO. Este, el conde Paris es.

REY. ¿Y de qué nación?

BERMUDO. Francés.

REY. No hay tal caballero.

(Toquen las cajas, y torneen, y luego su folla, y mé-
tese en medio el CONDE, y dice:)

BALDUINO. ¡Parad las cajas y trompas,
cesad, fuertes caballeros!,
que se ha de volver batalla
este fingido torneo,
en el cual he conocido
un robador, por lo menos,
de mi honra y de mi vida
y de todo el bien que tengo.
¿Qué es esto, traidor Dinardo?
Dinardo traidor, ¿qué es esto?
¿Dónde está mi prenda hurtada,
que cobrar, ¡villano!, espero?
Rey famoso de Aragón,
a este caballero reto
de que es traidor, ante vos,
de vil y cobarde pecho.
Dad licencia a la batalla;
armas tome, ¡armadle presto,
que le mataré sin ellas,
según la cólera tengo!

DINARDO. ¡Paso, Conde Balduino;
que ni yo tu honor ofendo,
ni es justo que así me pagues
los servicios que te he hecho!

ARNALDO. ¡Cómo! ¿Balduino dijo?

REY. ¿Balduino dijo? ¡Oh, cielos!
¡Rey Bermudo, haz como rey:
dame a Balduino preso!

BERMUDO. Baja, invito rey de Francia,
baja, ilustre Clodoveo,

que preso tendrás al Conde,
y si se defiende, muerto.

(*Todos bajen.*)

CARLOS. ¡Conde, ya te han conocido!
¡El Rey está aquí! ¿Qué haremos?
ARNALDO. ¡No os escaparéis, traidores,
aquesta vez, si yo puedo!
BALDUINO. ¿Quién eres?
ARNALDO. ¡El Duque soy!
CELSO. Y a tu lado, armado, Celso.
¡Celso soy!
ARNALDO. ¡Oh, Celso amigo!
¡Aquí, que nos tienen miedo!
MARCELA. ¡Paso, villanos cobardes!
¡Paso, paso! ¡Deteneos!
que tiene amigos el Conde
en cualquier reino extranjero.

(*Entren todos los que bajaron.*)

CARLOS. ¡Los Reyes bajan, señor!
BALDUINO. Por los Reyes me detengo.
BERMUDO. ¡Date a prisión, Balduino,
a tu enemigo y tu suegro!
BALDUINO. A él rendiré mis armas.
REY. ¡Villano, que a verte llego!
¿Adónde tienes la Infanta?
BALDUINO. Dinardo, ¡responde presto!
DINARDO. Mi señora, hablad por vos.
MARCELA. Yo soy Marcela, y te pido
el perdón de mi marido.
REY. ¿Marcela?
MARCELA. Sí.
BALDUINO. ¡Santo Dios!
REY. ¿Qué debo hacer, pues no veo
de castigaros lugar?
A los dos quiero abrazar;
que perdonaros deseo.

Y a Carlos también.

CARLOS. Señor,
Carlos te ha sido leal;
pero hame tratado mal
el Duque al Conde, traidor.
Por mí, por él, por Estela,
te pido venganza aquí.
ESTELA. Si se la pides por mí,
de ese agravio te consuela.
Estela soy.
BERMUDO. ¡Pinabel!
ESTELA. Ya soy la hermana del Conde.
A tu piedad corresponde
que me perdones por él.
ARNALDO. ¡Mi Estela!
ESTELA. ¿Agora, traidor?
BALDUINO. ¿Puédote abrazar?
ESTELA. ¡Bien puedes!
Celso merece mercedes;
que fué causa de mi honor.
MARCELA. Y Dinardo, que del mío
tuvo ese mismo cuidado.
BERMUDO. Pues ya el Duque está casado,
no hay que hacer el desafío.
CARLOS. ¿Carlos sin premio se queda,
Conde, de haberte servido?
BERMUDO. A mí queda remitido,
como yo pagarle pueda.
De doña Blanca, la hermana
le doy.
CARLOS. ¡Notable favor!
BLANCA. Es, Carlos, doña Leonor
un ángel en forma humana.
CARLOS. Yo sé que su perfección
reinos extraños alaban.
BALDUINO. Aquí, senado, se acaban
Los torneos de Aragón.

FIN DE LA COMEDIA DE "LOS TORNEOS DE
ARAGÓN".

COMEDIA FAMOSA
DE
LA TRAICIÓN BIEN ACERTADA

LOS QUE HABLAN EN ELLA: (1)

DON ANTONIO.

DON JUAN.

CONDE OCTAVIO.

VIRGINIO, *barón* (2).

POLICENA, *dama*.

CAMILA, *dama*.

UN GOBERNADOR.

GERARDO.

DIONISIO (3), *Capitán*.

FAVILA, *truhán*.

UN ALGUACIL.

FIRMIO, *criado*.

DARINTO, *criado*.

UN PASTOR.

JORNADA PRIMERA

(Sale[n] DON ANTONIO y DON JUAN.)

DON ANTO. Dice esta carta, en efeto (4):

“Gerardo queda en Granada;
su persona recatada,
como agraviado, discreto.”

Que si yo dél lo estuviera
con una afrenta tan clara,
harto mejor me guardara
si el agravio le hiciera.

En fin, que dél no se sabe
que haga más diligencia.

DON JUAN. Honra que sufra paciencia,
en pecho villano cabe.

¿Cómo aquese hidalgo vive,
con la afrenta (5) que le has hecho?

DON ANTO. Tendrá su agravio en su pecho.
Esto, al fin, Lisandro escribe.

Mayormente, que disculpa
no saber adónde estoy.

DON JUAN. De ninguna suerte soy
en reservaros de culpa;
que al agraviado es forzoso,
no digo que es necesario,
saber dónde está el contrario,
y andar siempre receloso.

(1) A, M, Va y Mi: en ella son. V: en ella son los siguientes.

(2) Va: Virginio barón. A, M y Mi: Virgineo barón. Z y V: Virgineo varón.

(3) Z: Dionicio.

(4) Z: effecto.

(5) Z: afrente.

¿Qué importa que hayas venido
a Nápoles, donde estamos,
ni que el mar que atrás dejamos
sea el río del olvido,

para poner diligencia
en procurarle buscar?

DON ANTO. Todo lo (1) suele curar,
señor don Juan, una ausencia;
y no seáis mi enemigo,
siendo una vida los dos,
pues tal merced me hizo Dios
en que fuédeses mi amigo.

Que si aquesto así no fuera,
y por dicha os agraviara,
vuestro (2) valor me quitara
mil vidas que Dios me diera.

DON JUAN. Todas éstas son señales
que vuestra vida deseo;
porque un agravio tan feo
duele en hombres principales.

Y pluguiera a Dios que fuera
yo el agraviado; que juro
que viviérades seguro
que jamás os ofendiera;

que si el valor que hay en mí
a vengar me provocara,
luego el alma me enseñara
que estábades vos allí.

Pero, pues enfermo estáis
de tanta melancolía,
y en Nápoles cada día
mil sobresaltos halláis,

(1) Z: los.

(2) M, V y Z: nuestro.

partamos, que será justo,
a Roma, corte, en efeto (1),
donde, público o secreto,
andaréis a vuestro gusto.

Allá, la gran diferencia
de nuevas y de naciones
divertirá las pasiones
que os ha causado esta ausencia;

porque estando entretenidos
en las cosas que veréis,
como en un sueño tendréis
la fuerza de los sentidos,

que aún no tenéis olvidada
del todo a Granada aquí.

DON ANTO. Aunque en Granada nací (2),
ya no me incita Granada;

ya, don Juan, no es el amor
de la patria mi tristeza,
aunque la naturaleza
pone en la sangre su ardor;

ya ni de padres me acuerdo,
ni de parientes tampoco,
ni el agravio de aquel loco
me tiene celoso y cuerdo,

que hice lo que debía.
Si él mi hermana pretendió,
o a lo menos se alabó,
¿a quién dudó que mentía?

Que ya ni amor ni temor
de amigo ni de enemigo,
mientras os tengo conmigo,
puede causarme dolor.

Y esto de que hoy se advierte
de mi sangre la mitad,
cuyo lazo la amistad
no le romperá la muerte;

porque os debo cien mil vidas,
que mil veces me habéis dado.

DON JUAN. Esas he yo confesado
tener de vos merecidas.

Pero si amor ni temor
de amigos ni de parientes,
ni tantos bienes ausentes,
os provocan a dolor,

¿qué causa me podéis dar
de tristeza tan extraña,
adonde fuera de España
se puede agora engendrar?

Vos no coméis ni dormís,
y si coméis, suspiráis,

y si dormís y soñáis,
lo que más soñáis decís.

Ya no os entretiene el juego,
como otras veces solía;
estáis sosegado el día,
y la noche, sin sosiego.

Cuando vos os enfadáis
de todo alegre ejercicio,
creo que hacéis el oficio
del otro a quien engañáis.

Tanta blandura y furor
traéis en (1) alma y sentidos,
que, a no ser recién venidos,
yo juzgara que era amor.

Y pues amor no tenéis,
ni de España os mueve aquí,
mil veces pienso entre mí
que aborrecido me habéis.

Y si acaso os desagrado,
cuando pretendo serviros,
¿qué sirven tantos suspiros,
tanto capote y enfado? (2)

Que si mi alma se engaña
cuando piensa que es querida,
aunque me cueste la vida,
volveré sin vos a España.

DON ANTO. De otra suerte os respondiera
cuando yo hubiera entendido
que ese desdén no es fingido,
sino pasión verdadera.

Y así, os quiero perdonar
ese agravio de mi fe,
cristal por donde se ve
que me queréis engañar.

Vos queréis saber mi pena,
y tenéis mucha razón,
pues nos manda un corazón
que a bien o mal nos condena.

No hay para qué tantos fieros,
que si mi mal encubrí,
fué porque no presumí
que era mal para ofenderos;

y creyendo que cesaba,
por no causaros enojos,
fué creciendo hasta los ojos
desde el alma, donde estaba;
que fué muy justo temer
lo que reñir me podía
el que tanto me quería,
cuando me viese perder.

(1) Z y V: *effecto*.

(2) Z y V: *nací*.

(1) Z, M y V: *en el alma*.

(2) En las seis ediciones: *enfados*.

Yo, señor, digo que he sido
desta razón muy culpado,
por no haber comunicado
con vos el mal que he tenido.

Pero, pues que él creció
y vos lo echastes de ver,
no más callar ni temer (1),
yo soy vos, que no soy yo.

Sabed, don Juan, que mi mal
nace de un firme querer.

DON JUAN. ¿Qué malo estaba de ver
que yo presumiera tal?

En fin, que vuestra merced
ha dado en esa flaqueza.

DON ANTO. De aquí nace mi tristeza;
vos el remedio poned (2).

DON JUAN. Como al médico el doliente,
sólo el pulso me mostráis.

DON ANTO. ¿No basta?

DON JUAN. ¿En efeto (3), amáis?

DON ANTO. Amo, don Juan, tiernamente.

DON JUAN. ¡Tiernamente, y no ha diez días
que aquí, a Nápoles, llegastes!

¿Por qué sirenas pasastes?

¿Qué Circes, qué hechicerías,

y en qué cera os imprimistes?

¿Qué rayo el alma os tocó?

DON ANTO. El rayo que me abrasó
yo le vi, y aun vos le vistes.

Y ¿acordáisos de una dama
que en cierta iglesia encontré,
de quien después os conté
su virtud, nobleza y fama?

DON JUAN. ¿No es aquella que salió
en el coche con su hermana?

DON ANTO. Esa es la bella tirana
que alma y vida me quitó.

Desde entonces yo no sé
qué fuego es éste, qué rabia,
que me consume y agravia,
que me mata y no se ve.

Por ella muero, don Juan;
ésta el sentido me quita;
que no Granada me incita,
ni cuantos en ella están (4).

Ya no hay patria, ni enemigo;

(1) Así este verso en *V*, *Z* y *M*: *no que callar ni temer*. *Va*: *no que callar y tener*. *Mi* y *A*: *no que callar ni tener*.

(2) *Z*: *pone*.

(3) *Z* y *V*: *effecto*.

(4) Así en *Va*, *Z*, *M*, *A*, *V* y *Mi*: *cuantos con ella*.

éste es sólo de temer;
por esto me he de perder:
ya lo estoy, don Juan amigo.

Pero con justa ocasión;
porque tanta hermosura
convierte en gloria y ventura
mi peligro y perdición.

No me mandéis ir a Roma,
si no es que mi pensamiento,
con el grave atrevimiento,
alas para el cielo toma;

que, bien o mal, vivo o muerto,
aquí me quiero quedar,
como el que muere en la mar,
con la esperanza del puerto.

No me trates de consejos,
ni de vanas reprehensiones;
que a tan vanas pretensiones
no son tus años muy viejos.

Que cuanto (1) más me aparta-
de la empresa que pretendo, [res
tanto más irán creciendo
mis deseos y pesares.

Yo he de amar y he de morir;
que ya no hay volver atrás.

DON JUAN. Si de aquesa suerte estás,
¿quién te basta a persuadir?

Que es tanta la obstinación
con que a los cielos imitas,
que ya te imposibilitas
de la luz de la razón.

Reprehensiones y consejos
dicen que en blanco se pasen,
como si siempre pecasen
mozos y llorasen viejos.

Mozo soy, y aunque lo soy,
bien pudiera aconsejarte;
pero no quiero enfadarte:
libre la rienda te doy.

Corre y rómpete los ojos
por el camino que vas;
quizá que no los tendrás
para llorar tus enojos;
que yo sé que algún diamante
con cera quiere romper
el que pretende mover
el corazón del amante.

Ya no quiero reprehenderte;
sólo pretendo ayudarte.

DON ANTO. Y yo de nuevo abrazarte
y mil vidas ofrecerte.

(1) En las seis ediciones: *quando*.

DON JUAN. Y esa mujer, don Antonio,
¿es principal?

DON ANTO. Es barón
su padre.

DON JUAN. ¡Qué pretensión
para un pobre patrimonio!
¿Y qué es lo que pretendéis?

DON ANTO. Que sólo sepa mi mal,
y que me tienen mortal
sus ojos.

DON JUAN. ¡Bien medraréis!

Esa canción era buena
para el tiempo de Macías;
que ya, para nuestros días,
es copla de Juan de Mena.

Ya no hay Filis, ni Anaxartes,
ni son las damas halcones
para comer corazones
de difuntos Durandartes.

Vos pobre, vos extranjero;
ella rica y natural;
no va muy bien, sino mal,
y harto mal para el tercero;
que ello vendrá sobre mí.

DON ANTO. ¡Ay, don Juan! Esta es la casa,
en esta Troya me abrasa
Amor el alma.

DON JUAN. Eso sí:
entrémonos de rondón,
si te parece que aciertas.

DON ANTO. Hay un ángel a las puertas,
y mataramme a traición.

DON JUAN. Algún lacayo será,
bergamasco o calabrés,
que de dos palos o tres
el amor te quitará;
que ésta es la espada de fuego
de paraíso como éste.

DON ANTO. Criado suyo es aqueste;
calla un momento, te ruego.

DON JUAN. ¿Luego, sale?

DON ANTO. ¿No le (1) ves?

DON JUAN. Voime.

DON ANTO. Espera.

(Entra[n] FAVILA, truhán, y DARINTO, criado.)

FAVILA. En fin, se apresta
un bravo banquete y siesta.

DARINTO. Como un Alejandro es.

FAVILA. Y ese conde que ha venido
a ser huésped de mi amo,
¿es hombre?

DARINTO. Yo así le llamo.
y por hombre le he tenido.

FAVILA. No me entiendes.

DARINTO. Ya te entiendo.

FAVILA. El que tiene sólo el nombre,
a ése (1) digo que no es hombre,
y no lo que yo pretendo.

Ha de tener muy buen gusto,
ser franco, ser liberal;
que sobre buen natural
viene esta virtud al justo;

ha de ser hombre leído,
con un poco de poeta,
y aficionado a la seta (2)
de las leyes de Cupido;

jugar bien y dar barato,
como quien lo arroja al aire,
y celebrar un donaire,
de buen gusto el mejor plato;

gustar dé música tanto
que se venga a los sentidos,
y el cantar los lleve asidos
suspensos al cielo santo;

no como algunos que suelo
ver, si cantan, con disgusto;
¡maldiga Dios tan mal gusto,
que es enemigo del cielo!

DARINTO. Todo eso, y más, buen Favila,
tiene el Conde.

FAVILA. ¿Y a qué viene,
si no es que casarse tiene
con Policena o Camila?

Que cualquier dellas es tal,
que le merece y excede.

DARINTO. Creo que decir se puede,
aunque el Conde es principal.

Pero él pasa a Roma agora,
a negocios que allá tiene.

DON ANTO. ¡A gentil ocasión viene!
Mis esperanzas mejora.

Volvéos a la posada,
porque me importa, don Juan,
hablar aqueste truhán.

DON JUAN. ¡Brava pasión!

DON ANTO. Declarada.

DON JUAN. Allá te aguardo.

(Vase.)

(1) M, V, A, Va y Mi: lo.

(1) Z: esso. Va: a esse digo que es hombre.

(2) Z y V: secta.

DARINTO. ¡Oh, Favila!
Adiós, que voy a un recado.
(*Vase.*)

FAVILA. Vete con Dios.
DON ANTO. (Yo he llegado
entre Caribdis y Scila.)
¡Ah, gentilhombre!

FAVILA. ¿Quién es?
DON ANTO. ¿Sois de esta casa?
FAVILA. Sí, soy.
DON ANTO. (Temblando de verlo estoy.
¡Ay de mí! ¿Qué haré después?)
Un español ha llegado,
de buena gracia y aviso,
que en los versos de improviso
vence a Ovidio, de pensado.
¿Querránle, por dicha, oír?
FAVILA. Y holgarán mucho. ¿Sois vos?
DON ANTO. Yo soy, señor, a quien Dios
tal gracia quiso infundir.
FAVILA. Pues dadme luego esos brazos,
que del propio oficio soy.
DON ANTO. ¿Es posible? Yo os los doy,
con infinitos abrazos.
¿Quién tuviera tal ventura,
que tal ingenio topara?
¡Qué bien se ve en vuestra cara
de Apolo la ciencia pura,
y que las nueve tenéis
debajo de vuestra mano!

FAVILA. Que ganáis por ella es llano
el loor que merecéis;
que bien se ve que Talía
de Aganipe el agua os dió,
y que el de Delfos mostró
con vos lo que más sabía.
Y, hablando sin cumplimento:
si es que agora habéis llegado
y estáis desacomodado
de posada y de aposento,
en esta casa podéis
tener el mío que tengo.

DON ANTO. Agora a Nápoles vengo,
tan nuevo como me veis.
Si es vuestro gusto que estemos
juntos, la merced aceto (1);
que con un hombre discreto
no hay cumplimento ni extremos.
Yo sé que cuando me oigáis

no estaréis arrepentido.
FAVILA. Mirad si vos sois servido,
y si a vuestro gusto estáis;
que para mí basta ver
aquesta honrada presencia,
indicio de la gran ciencia
que allá debéis de tener.
Empero, apartaos, que sale
un cierto conde extranjero,
de cuyas manos espero
lo que un buen vestido vale;
que así me lo ha prometido.

DON ANTO. ¿Y adónde va?
FAVILA. A Roma pasa.
Y aun creo que está en casa
de una mala yerba herido.

DON ANTO. ¿Que hay, por dicha, de quién
ande enamorado acá?
FAVILA. Como nuevo habláis.
DON ANTO. ¿Y está
muy perdido? (1)

FAVILA. Quiere bien.
DON ANTO. ¿Quién es la dama?
FAVILA. De dos,
a la mayor se ha inclinado.

DON ANTO. ¿Que dos hay?
FAVILA. Dos se han criado
para milagro de Dios.

(*Entra[n] el CONDE OCTAVIO, de camino, y criados;
y POLICENA y CAMILA y VIRGINIO, su padre.*)

OCTAVIO. Que excusárades quisiera,
señor, este gran favor.
VIRGINIO. El vuestro fuera mayor,
si esa humildad no dijera.
POLICENA. Juzga (2) el Conde a cumpli-
lo que es pura voluntad. [miento
OCTAVIO. Conozco mi indignidad
y vuestro merecimiento.
CAMILA. Un año que se despida
le sobraré de humildad.
OCTAVIO. Mejor dijeras verdad,
Camila, toda la vida.
VIRGINIO. Ahora bien, yo he de ir con vos;
ya sabéis que es juramento.
OCTAVIO. Por él, señor, lo consiento.
Adiós, señoras.
POLICENA. Adiós.

(1) Z, M, V, A y Mi: *acepto*.

(1) Va, Mi y A: *Como nuevo hablas. Y aún está / muy perdida. Z y M: perdida.*

(2) Así en V, Z y M: *luega. Va, Mi y A: luego.*

FAVILA. ¿No te acuerdas de Favila,
el que discurrió en tus loores?

OCTAVIO. Bien me acuerdo de las flores
que aquese ingenio destila.
Toma este anillo, y perdona.

(*Va[n]se el CONDE y el padre.*)

POLICENA. ¡Favila!

FAVILA. ¡Señoras bellas,
dignas de ser sol y estrellas
en la más cumbrada zona;
dignas de ser un Amor
y otra Venus, en el suelo!

DON ANTO. ¿Tiene tanta gloria el suelo? (1)

CAMILA. El oro le hace hablador (2).

POLICENA. ¿Qué te dió el Conde?

FAVILA. Este anillo.

POLICENA. ¿Quieres trocallo?

FAVILA. ¿Pues no?

DON ANTO. ¡Trocar dice! ¡Ay, triste yo!

POLICENA. ¿Qué es la piedra?

FAVILA. Un diamantillo.

POLICENA. ¿Qué querrás por él?

FAVILA. No más
que un alfiler de tu toca.

POLICENA. ¡Oh, loco! ¿Cosa tan poca?

FAVILA. ¿Poco es lo que tú me das?
Yo sé a quién se lo vendiera
que la sortija trocara.

DON ANTO. Aquí estoy yo, que pagara
diez mil, si diez mil tuviera.

FAVILA. Llegá, no seas vergonzoso.

POLICENA. ¿Quién es?

FAVILA. Cierta forastero
español.

POLICENA. ¿Es caballero?

FAVILA. Y de talle milagroso.

DON ANTO. Dadme, señora, esas manos.

POLICENA. ¿Quién es?

FAVILA. Del oficio es,
y el mejor que puso pies
en Italia.

DON ANTO. Loores vanos.
Con su buena condición,
a todos cubre de ciencia.

POLICENA. Por cierto, vuestra presencia
basta a daros opinión.

FAVILA. No penséis que yo le he (3) oído;
que por ella le he juzgado.

DON ANTO. (Quien a tal punto ha llegado,
¿cómo no pierde el sentido?)

POLICENA. Decilde que algo nos diga,
y sepamos lo que es esto.

FAVILA. Si os hallárades dispuesto,
por lo que una dama obliga,
que dijérades me holgara
dese ingenio alguna flor.

DON ANTO. Hacéisme mayor favor
que en mi vida imaginara.
Por daros gusto diré
algo que aquí se me ofrezca;
que lo que ella no merezca
podrá merecer mi fe.

[*Ap.*] ¡Ay de mí! ¿Qué he de
pues tal ingenio me pinto? [*decir*,
Yo he entrado en un laberinto,
de adonde no he de salir.

Ya de lo dicho me pesa;
pero, Amor, a cargo vuestro,
pues de todo sois maestro,
pongo salir con la empresa.)

(*Comienza a decir:*)

Estrellas puras, que a Venus,
por la noche y por el alba,
acompañáis, más hermosas
que de su pavón las alas,
ya entre rosas y jazmines,
ya entre aljófares y escarchas,
dando al verano alegría
y al frío invierno templanza;
sabed, hermosas señoras,
que en lo más fértil de España,
adonde riega Genil
las riberas de Granada,
un caballero famoso
por la espada y por la lanza
tuvo un cierto desafío
con un hidalgo de fama,
porque un día en la pelota
se alabó de que a su hermana
le hablaba por una reja
y daba empresas y cartas.
Tocóle mal en la honra,
herida que nunca sana;
y así, tomó por consejo
ausentarse de su patria.
Vino a Nápoles, adonde,
mirando un día sus plazas,
sus torres, sus edificios,
fuentes, murallas y casas,

(1) Así el verso en las seis ediciones.

(2) Z, M y V: *hablar*.

(3) Z, M, A, V y Mi: *le oydo*.

vió de una iglesia salir
dos bellísimas hermanas,
que hicieron once las Musas
y, de tres, cinco las Gracias.
Los ojos de la mayor
se le entraron por el alma,
dejándola, con su incendio,
como otra Troya abrasada;
cegáronse los sentidos
en ver belleza tan alta,
y en verse no conocido
se le murió la esperanza.
Desesperado vivía,
con mil pensamientos y ansias,
dando suspiros al viento,
y a la tierra fuentes de agua,
determinando buscar
mágicos por toda Italia
que le sacasen el fuego
con hierbas o con palabras,
hasta que... ¡Válgame el cielo!
¿Qué me ha dado, que sin causa
se me han cubierto los ojos,
y el corazón se desmaya?

POLICENA. ¡Bravo desmayo le ha dado!
Ayuda, hermana Camila.

CAMILA. ¿Si es muerto?

POLICENA. Ve tú, Favila,
por agua.

FAVILA. He quedado helado.
Escuchaba atentamente
su divina poesía.

POLICENA. Ve presto; trae agua fría.

FAVILA. Por ella voy diligente.

(Vase.)

DON ANTO. Sin ella he vuelto ya en mí;
que el (1) agua no mata el fuego
que me tiene helado y ciego,
señora; después que os vi.

Yo soy ese caballero
que de Granada salió;
yo soy el mismo que os vió
y el mismo que por vos muero.

Yo busqué aquesta invención
para poderos hablar,
por no me desesperar
con tanta pena y pasión.

Mi atrevimiento es terrible;
mas, medido por mi fe,

infinitas veces sé
que lo aventaja.

POLICENA. ¿Es posible
que ha sido tu atrevimiento
tan grande, que haya llegado
a decirme tu cuidado
con público sentimiento,
hasta que por tu presencia
no puede tenerte en poco?
Mas ya veo que eres loco
sin fundamento y prudencia.

Salte luego de la sala,
que te costará la vida.

DON ANTO. Siendo ésa por vos perdida,
¿qué vida a tal muerte iguala?

Echadme, que yo estoy cierto
que ha de ser mi muerte cierta;
que os juro que a vuestra puerta
amaneceré presto muerto (1).

CAMILA. ¡Ay, hermana; por tu vida
ten lástima dél!

POLICENA. No quiero.

CAMILA. ¿Así das a un caballero
respuesta tan desabrida?

POLICENA. ¡Sálgase luego de aquí!

DON ANTO. Ya me voy, y de tal suerte,
que hoy te pese de mi muerte.
aunque vivo te ofendí.

(Vase.)

CAMILA. ¡Que así le has dejado ir!
¿Quién hiciera tal crueldad?

POLICENA. Calla, que tu poca edad
no te deja discurrir.
¿No había más de arrojarne
a un hombre no conocido?

(Sale FAVILA con agua.)

FAVILA. Tarde creo que he venido;
de torpe podréis culparme.
¿Qué es del hombre?

POLICENA. Ya se fué.

FAVILA. ¿Cómo?

POLICENA. Como volvió en sí.

FAVILA. Pues ¿tan mal estaba aquí?
¡Bravo ingenio!

POLICENA. ¡Bravo a fe!
Bébetelo el agua por él.

(1) Así el verso en las seis ediciones. Acaso sería: *Que os juro de, a vuestra puerta, / amanecer presto muerto.*

(1) Z y V: si agua.

FAVILA. Pues ¿quíeresme atormentar,
o por verme desmayar
con lo que sanara él?

Ya Dios en el mundo hizo
a quien esto aprovechase,
y también a quien mal hace (1),
en forma de bebedizo.

POLICENA. Ve, Camila, un poco adentro,
que yo voy luego tras ti.

(Vase.)

FAVILA. Esta agua me mata aquí;
mejor estará en su centro.

POLICENA. Di, Favila: ¿dónde vive
este español?

FAVILA. ¿Yo qué sé!
Por ahí me lo encontré.

POLICENA. Vergüenza el alma recibe;
pero ¿qué se puede hacer,
si con su presencia ha hecho
tanto alboroto en mi pecho,
que le siento helar y arder?

¿Ni el nombre tampoco sabes?

FAVILA. Ni nombre ni señas dél.

POLICENA. Como preguntes por él,
aunque esté en las mismas naves.(2)

Por todas las plazas andas
y muy conocido eres;
bien le hallarás si quisieres.

FAVILA. Yo haré lo que me mandas;
mas ¿qué te puede importar
un poeta advenedizo?

POLICENA. ¿No sabes tú lo que hizo?
Tiene ingenio singular.

FAVILA. ¿Cómo?

POLICENA. Tomóme la mano
y un anillo me sacó.

FAVILA. ¿Y desmayar se dejó
con la presa? ¡Oh, castellano!

¡Quién le hubiera dado acaso,
como quise, el aposento!
¡Vive Dios que en un momento
hubiera habido traspaso!

Juntado se ha con Apolo
Mercurio, que es gran ladrón;
voy a ver si hallo razón
como a español nuevo y solo.

Yo llevaré quien aquí
te lo traiga como un rayo.

(Vase.)

POLICENA. ¡Ah, cielos, que este desmayo
me desmaya el alma a mí!

¿Qué español o hechicero
es éste, que así conquista
mi calidad con su vista?

Yo ¿qué he visto? ¿Por qué mue-

¿Qué me obliga a hacer [ro?
aquesta nueva invención,
pues le he fingido ladrón
sólo por verle volver?

Mas, ¡ay, Dios, que no es fingido
el haberle ladrón hecho,
pues roba el alma del pecho
y el respeto del sentido!

Divertirme quiero un poco.
¡Oh, pensamiento enemigo;
yo os haré, con el castigo,
volver cuerdo si sois loco!

(Vase POLICENA y sale[In] el CAPITÁN y un ALFÉREZ y
DON ANTONIO y DON JUAN.)

CAPITÁN.

Aconséjoos, como hombre de la patria,
porque estéis, don Antonio, más seguro,
que toméis, como digo, esta bandera,
pues el señor Alférez se va a España;
que al fin podréis guardaros desta suerte
mejor que con la guarda de algún príncipe,
y nos den a entender que está durmiendo
vuestro enemigo, porque el más cobarde
desea venganza; el que a otro ofende
no es bien que esté seguro de sí mismo.

DON ANTONIO.

Bien, señor Capitán, conozco y veo
que la verdad me aconsejáis en todo,
y acepto la merced que me habéis hecho;
si es que el señor Alférez se va a España,
yo tomo la bandera, y juntamente
a don Juan os ofrezco por soldado;
que es hombre de quien ya tenéis noticia.

ALFÉREZ.

Yo huelgo mucho que con tal ventaja
con don Antonio mi bandera quede,
porque sé que tenían pretensiones
hombres indignos del lugar que dejo.

DON ANTONIO.

Ninguno como yo, señor, sería;
mas, pues me hacéis merced, yo os prometo
de sólo entretenella en vuestro nombre,
y seros un humilde sustituto.

(1) Así este verso en las seis ediciones.

(2) *M, A, Va y Mi: nuevas.*

DON JUAN.

¡Gastad agora el tiempo en cumplimientos,
que entre amigos es cosa de importancia!
A don Antonio le está bien aquesto,
y al Alférez le está bien don Antonio.

CAPITÁN.

Don Juan dice muy bien; aquí está cerca
mi posadilla, do podréis sentaros
y tomar colación de aquí a un rato.

ALFÉREZ.

Vamos, que hay bien que ver en una huerta.

(Sale FAVILA con un ALGUACIL.)

FAVILA.

Digo que es el ladrón uno de aquestos.

ALGUACIL.

El trata, por mi fe, con gente honrada.

FAVILA.

¡Ah, señor caballero! ¿Conocéisme?

DON ANTONIO.

Sospecho que os he visto; no me acuerdo (1).

FAVILA.

¿No os acordáis cuando hoy (que no es posible)
me hablastes por poeta de improviso
en casa de Virginio, y en su nombre
dijistes (2) un romance a sus dos hijas?

DON ANTONIO.

Aqueste hombre trae perdido el seso.

FAVILA.

Ya conozco españoles; ¡no conmigo!
Al tiempo que fingistes el desmayo,
se queja Policena que le hurtastes
un anillo de oro de las manos,
y aquí viene a cobrarlo la justicia.

CAPITÁN.

¡Oh, villano, villano! ¡Fuera, déjenme
al señor don Antonio!

FAVILA.

¡Ay!

ALGUACIL.

¡Baste!

FAVILA.

¡Baste!

DON JUAN.

¿Ladrón a don Antonio? ¡Loco infame!
¿Será milagro que le queden barbas!

ALGUACIL.

¡Señores caballeros! Baste (1) aquesto;
que el señor don Antonio es muy honrado,
y no ha de perder nada con un loco.

CAPITÁN.

A mí agradezca agora el quedar vivo!

DON JUAN.

¿Que éste queréis que con narices vaya?

DON ANTONIO.

¡Basta! ¿Que soy ladrón?

CAPITÁN.

¡Dejalde, vamos!

ALFÉREZ.

¡Vamos, señores; que esto importa poco!

(Vanse. Quedan FAVILA y el ALGUACIL.)

FAVILA.

¡Ay, pesia mi linaje; que me han (2) muerto!
¿Quién me trujo a morir entre españoles,
soldados, capitanes y hombres graves?

ALGUACIL.

¿Cómo no me ha pagado mi trabajo
y se deja de hacer lamentaciones?

FAVILA.

¿Y es poco el que yo llevo en las espaldas?
Andad con Dios, buen hombre.

ALGUACIL.

¿Entre españoles
soldados y hombres graves se le antojan
ladrones? ¿Era blanco o candía malvasía? (3)

(1) Z, M y V: y no me acuerdo.

(2) Z y V: dixisteys.

(1) Z: vasta. V: basta.

(2) Z y V: me a.

(3) Así el verso en las seis ediciones.

FAVILA.

¡Era el diablo que os (1) lleve!

ALGUACIL.

¡Gentilmente
debe de haber cargado!

FAVILA.

Eso es lo cierto.

¡Español y ladrón! ¡Ay, que me han muerto!

(*Vanse y sale POLICENA.*)

POLICENA. Muy bueno andáis, pensamiento,
pues cuanto más divertido,
más el alma y el sentido
os van dando acogimiento.

No es posible que esto sea
accidente que me ha dado,
sino que el alma he forzado
al peligro que desea.

Y, con saber que forzada
la obligan a su deshonra,
ni ya vuelvo por mi honra,
ni pienso que fuí agraviada.

¡Bravo tirano es Amor!
Todos los cinco sentidos
tienen su voz ya perdidos
de aqueste su ciego error.

¿Qué es esto, Favila amigo?
¿Cómo vienes desafortunado?

(*Entra FAVILA quejándose.*)

FAVILA. ¡Por vos me han dado la muerte!

POLICENA. ¿Cómo así? (2)

FAVILA. ¡Bravo castigo!

Allegué a vuestro ladrón
entre dos mil caballeros
capitanazos y fieros
de aquesta odiosa nación,
paseando a lo señor,
don Antonio acá y allá,
más grave que el virrey va,
con más gusto y más honor.

Llegué con el alguacil,
y el desmayo le conté;
desmayo y hurto que fué
ingenio bravo y sutil.

Mas luego los caballeros,
coléricos y enojados,

pusieron desenvainados
a mis pechos sus aceros.

“¿A (1) don Antonio ladrón?”,
decían a voces todos,
y querían por mil modos
vengar en mí su traición.

Y siendo bien defendido
de lo que es buen puntillazo,
coz y puño, traigo un brazo
por muchas partes herido.

POLICENA. ¿Que, en fin, era caballero?

FAVILA. Sin duda, y muy principal.

POLICENA. ¿Qué pudo obligalle a tal?

FAVILA. Mi desdicha.

POLICENA. En Dios espero.

Si yo estoy desengañada
de sus padres e hidalguía (2),
¿para qué el alma porfía,
si ha de quedar abrasada?

Favila amigo, este daño
por mi causa, está a mi cuenta;
deste anillo te contenta,
que has de saber que fué engaño;
que yo le fingí ladrón,
pero fué con otro celo.

FAVILA. ¡Hablaras, pesia mi agüelo,
y no meterme en cuestión!

Que hay español que por nada,
cuanto y más por esta afrenta,
sin darle primero cuenta,
mete a un triste tanta espada.

POLICENA. Si me guardas el secreto,
lo que es esto te diría.

FAVILA. Esto y más, señora mía.

POLICENA. Mas si harás; que eres discreto.

¿Oíste el romance bien
y aquello del caballero?

FAVILA. Casi imaginarlo quiero
por este español también.

POLICENA. Cuanto contó fué su vida,
y yo soy a quien adora.

FAVILA. ¿Y aquel desmayo, señora,
fué acaso pasión fingida?

POLICENA. No, sino nueva pasión,
y que me ha dejado tal,
Favila, que estoy mortal
de una amorosa afición.

Ve luego y vuélvele a hablar,
y dile que si desea
verme esta noche, que crea

(1) Z: que lleve. V: que le lleve.

(2) M, A, Va y Mi: así.

(1) Falta a en M, A, Va y Mi.

(2) En las seis ediciones: y hidalguía.

me puede ver y hablar,
y en una destas ventanas
a media noche estaré.

FAVILA. Querría entrar con buen pie,
ya que te ciegas y allanas;
dame aqueso por escrito,
no entienda que es otro engaño,
y llore por todo un año
lo que por ti solicito.

POLICENA. Si tomas tantas molestias,
ven, que escribir es mejor.

FAVILA. Eso sí; ¡pesa mi amor!
que dan coces como bestias.

(*Vanse, y sale[n] el CONDE y un CRIADO.*)

FIRMIO. ¿De la mitad del camino
a Nápoles otra vez?

OCTAVIO. A tí te hago jüez
deste milagro divino.
Tú mismo, Firmio, podrás
juzgar, pues eres discreto,
si hay más que ver, en efeto (1).

FIRMIO. Digo, señor, que no hay más;
que de volver no me pesa,
pues que no era de importancia
irme a Roma más que a Francia,
pues no llevo cierta empresa (2).
Pero pésame que agora
de tu vuelta no sabemos
qué disculpa dar podremos
a Virginio y tu señora.
¿Qué les dirás?

OCTAVIO. ¡Qué atrevido
y qué necio, Firmio, estás!
¿No topa la vuelta en más
de quedar bien ofendido? (3)
¿Hay más que decir que en Ro-
grande pestilencia había? [ma

FIRMIO. ¡Qué presto el que ama y porfía
consejo y remedio toma!

OCTAVIO. ¿Qué dices?

FIRMIO. Que así está bien,
y que veas lo que quieres.

OCTAVIO. ¡Ay, Firmio, es flor de mujeres;
quiérola en extremo bien!
Y más que no es casamiento
desigual de quien yo soy.

FIRMIO. ¿Ya das en esto?

OCTAVIO. ¿En qué doy?

(1) Z y V: *effecto*.(2) Z y V: *impresa*.(3) Z, M y V: *de quedar bien disculpado*.

¿No es honrado pensamiento?

FIRMIO. Digo que es ángel y diosa,
y que con ella casado
serás bienaventurado.

OCTAVIO. Más que discreta y hermosa;
no sé yo cuál es mayor:
su discreción o hermosura.

FIRMIO. Si en ti cesa esa locura,
cualquiera fuera menor.

OCTAVIO. Firmio, pues amor me arde,
esta mañana he pensado
que no sepan que he llegado;
dirás que esa gente aguarde,
y porque si en el terrero
algo de mi pena aplaco,
darásme esta noche un jaco
y buen casco en el sombrero;
que por esta reja suele
tal vez Policena oírte.

FIRMIO. Yo haré a la gente encubrirte
porque la fama no vuele,
para que tu amor desnudo
goce del bien que te agrada.

OCTAVIO. El alma llevo abrasada
de un fiero amor, no lo dudo;
pero con tal esperanza
miro ya mi posesión,
que en la más grave pasión
hallo más triste templanza.

(Vanse, y sale[n] DON ANTONIO y DON JUAN.)

DON JUAN.

Contáisme cosas que parecen fábulas;
lo del romance es cosa que me admira;
lo del anillo, yo lo vi, mas creo
que aquesto del billete no es seguro (1).

DON ANTONIO.

Seguro (1), ¿por qué no?

DON JUAN.

Porque en un día
es imposible, sin hechizos dalle,
rendir el alma de una dama noble
de forma que la obligue a tal locura.

DON ANTONIO.

¿Por qué? ¿No hizo Amor el mismo efeto (2)
connigo en sólo un día, en un instante,

(1) Z y V: *siguro*.(2) Z y V: *effecto*.

siendo yo más perfeto (1), que soy hombre?
¿Qué mucho que se rinda su flaqueza?

DON JUAN.

No digo porque ser mujer no puede,
sino porque este nombre de españoles
puede dar ocasión a que esta dama,
aconsejada mal, os haya escrito
para que aquí seguros, esta noche
nos den lo que excusáramos si acaso
quedáramos (2) durmiendo en la posada.

DON ANTONIO.

Linaje de temor, don Juan, es ése.
Yo estoy seguro de que no hay engaño,
y cuando lo supiera claramente,
¿en qué ocasión el hombre mejor puede
aventurar la vida? Si os agrada,
idos con Dios, y allá guardad la vuestra.

DON JUAN.

¡Paso!, que ya conozco vuestra cólera
y que no lo decís por injuriarme;
y así, esta vez no quiero reprehenderos,
sino avisaros de que allí han abierto
una ventana, y puede ser que sea
la que os escribe y vuestro bien desea.

(Sale POLICENA a la ventana.)

POLICENA. ¿Es don Antonio?

DON ANTO. Es, señora,
aquel venturoso amante
que vuestra hermosura adora.

DON JUAN. ¡Que me dejase el montante
que tuve en la mano agora!
Que para chusma no hay cosa
más segura (3) y provechosa.

POLICENA. ¿Admiraos mi libertad?

DON ANTO. No, sino mi voluntad
y el ver que sois tan hermosa.
Que compiten en grandeza,
señora, después que os vi,
amor y vuestra belleza.

POLICENA. En fin, ¿qué sentís de mí?

DON ANTO. Una piadosa nobleza
en que os habéis condolido
de verme mucho y rendido
a vuestros pies por despojos.

POLICENA. ¡Oh, veneno de mis ojos

y hechizo de mi sentido!

Sospecho que me lo distes
en aquel mortal desmayo
que entre mis brazos fingistes,
pues fué el veneno y el rayo
con que mi pecho rompistes.

DON ANTO. Y yo de vos, ¿qué diré?

Que en el punto que os miré
alma y sentidos perdí.

POLICENA. ¿Qué pensáis hacer de mí?

DON ANTO. ¿Yo de vos? De mí no sé.

[POLICENA.] Vos sois mi bien, que ya tiene
cargo de mi alma y vida,
y estoy tal, que me conviene,
señor, que remedio os pida.

DON JUAN. ¡Ce!

DON ANTO. ¿Qué hay, don Juan?

DON JUAN. Gente viene.

DON ANTO. ¿Quieres que me vaya?

POLICENA. No;

que será gente que pasa.

DON ANTO. ¿Hay de quién guardarme yo?

DON JUAN. Hasta el techo de su casa
reconociendo pasó.

(Entran el CONDE y FIRMIO.)

OCTAVIO. Firmio, ¿aquesto es de creer?

FIRMIO. Que será alguna mujer,
de dos mil que en casa habrá,
que algún requiebro tendrá.

OCTAVIO. Pues ¡por Dios que lo he de ver!

FIRMIO. Asegúrate, que un poco
oirás lo que dicen.

OCTAVIO. ¡Basta!
Ya con las manos lo toco;
si Policena no es casta,
el Conde se vuelve loco.

FIRMIO. ¿De Policena sospechas,
siendo ángel en tu lengua,
cosas, Conde, tan mal hechas?

OCTAVIO. Ser mujer, ¿no es harta mengua?

FIRMIO. Parece que la desechas.

Pues yo quiero que ella sea.
¿Cuánto va que más te abraza
si sabes que a otro desea?

OCTAVIO. Y el inconveniente pasa
de que ella de mí lo crea.

Anda acá, vuelve a pasar.

DON ANTO. En fin, que me ha de avisar
Favila de lo que hubiere.

POLICENA. Creed lo que yo os dijere.

(Vase POLICENA.)

(1) Z y V: *perfecto*.

(2) Z: *quedaremos*.

(3) Z y V: *sigura*.

OCTAVIO. Firmio, yo le he visto hablar.

DON ANTO. ¿Quién es este caballero

que dos veces ha pasado?

Perdonad (1), que hablarle quiero.

¡Ah, caballero enbozado!

OCTAVIO. ¿Es conmigo, caballero?

DON ANTO. Con vos, que no está en razón

que estando en conversación

en una reja un hidalgo,

vengáis vos a escuchar algo,

o con otra pretensión.

OCTAVIO. Yo puedo en aquesta casa,

y aun obligación me corre,

de ver todo lo que pasa;

que hace mal quien no socorre
fuego que a su deudo abrasa.

Y así, os pido en cortesía

que dejéis esta porfía,

no volviendo aquí jamás,

donde no...

DON ANTO. ¡Paso, no más!

que es justa la ocasión mía;

y por todo el mundo junto,

desta calle y desta reja

no me han de apartar un punto.

¡Aquí traigo cierta queja,

y aquí me han de hallar difunto!

OCTAVIO. ¿Y no os parece que yo

podré quitaros de aquí?

DON ANTO. Paréceme a mí que no.

OCTAVIO. Paréceme a mí que sí.

DON ANTO. Poco obró quien mucho habló.

OCTAVIO. Pues haced cuenta que sale

quien más que palabras vale.

(Metén mano.)

DON ANTO. Don Juan, ya estoy advertido.

OCTAVIO. ¡Ay; Firmio, que me han herido!

FIRMIO. Ten ánimo.

DON ANTO. ¡Muera! (2)

DON JUAN. ¡Dale!

JORNADA SEGUNDA

(Salen VIRGINIO y FIRMIO.)

VIRGINIO.

¿Que el Conde se volvió?

(1) Z y V: perdona.

(2) Z, M y V: mueran.

FIRMIO.

Volvióse el Conde.

VIRGINIO.

¿Y herido?

FIRMIO.

Poco.

VIRGINIO.

¿Quién le hirió?

FIRMIO.

Ladrones.

VIRGINIO.

¡Milagro ha sido!

FIRMIO.

¡Grande!

VIRGINIO.

Y ¿sabes dónde?

FIRMIO.

Tan cerca, que los altos torreones
desta insigne ciudad se veían claros

VIRGINIO.

¿Agradóles la cadena?

FIRMIO.

Y los doblones (1).

Hubo en aquesto dos milagros raros:
minallas fué el primero, y el segundo,
haber para la pólvora reparos.

VIRGINIO.

¿Que hubo escopetas?

FIRMIO.

No se vió en el mundo
ventura igual.

VIRGINIO.

Al Conde da un recado,
que en amistad y parentesco fundo,
que con mil causas quedará agraviado
si no se sirve de mi casa luego,
donde con más regalo sea curado.

FIRMIO.

Harélo así (2).

(1) Así este verso en las seis ediciones. Sobra una sílaba. Tal vez diría: ¿Agradó la cadena? Y los doblones.

(2) M, A, Va y Mi: assi.

VIRGINIO.

Dirás que se lo ruego,
y lo que sentiré de lo contrario.

FIRMIO.

¡Brava ventura de un amante ciego!

VIRGINIO.

Y, porque aderezar es necesario
el cuarto do ha de estar, adiós te queda.

(Vase.)

FIRMIO.

¡Ah mudanzas del tiempo incierto y vario!
¡Que siempre para el bien el mal suceda,
y sea el camino del provecho el daño!
¿Quién hay que, alegre o triste, vivir pueda?

He aquí el Conde, con aqueste engaño
de la herida ha sacado aquesta cura,
único bien para su mal extraño.

Agora gozará de la hermosura
de Policena, y el hablar sin tasa,
de un triste amante la mayor ventura.

(Entra el CONDE OCTAVIO.)

OCTAVIO.

Ya, Firmio, entendí que en esta casa
habías de estar como si antes fueras.

FIRMIO.

¡Oh, señor, que no sabes lo que pasa!
Hallé a Virginio, que si tú le vieras
de tu desgracia triste y afligido,
de tu remedio indicio conocieras.

Pesóle de manera en verte herido,
que te ofrece su casa por el tiempo...

OCTAVIO.

¡No digas más; que perderé el sentido!
¿Que mis desdichas han llegado a tiempo
que adonde vive Policena viva?

FIRMIO.

¿Piensas que hablo en burla y pasatiempo?
Aderezando todo lo de arriba
está el viejo, solícito, y tu dama,
que ya no es palma, sino verde oliva,
de cuya fértil y copiosa rama
antes de noche cogerás el fruto (1).

OCTAVIO.

¡Dichoso, Firmio, en tanto bien me llama!

Ya mi esperanza se desnuda el luto,
y el alma, a nueva gloria reducida,
sin pagar principal goza el tributo.

¡Dichosa sangre y provechosa herida!
Firmio, una calza que ha de haber leonada (1),
jubón y cuera en tu persona empleo,
hasta que otra merced más importante
te ponga en el lugar que yo deseo.

(Sale DON ANTONIO.)

DON ANTONIO.

Pues ha de ir mi propósito adelante,
y no hay volver atrás de aquesta empresa,
puesto el favor en punto semejante.

No cesa el alma, como nunca cesa
de imaginar industria, que su agravio
es carga, al fin, que más que el mundo pesa.

Apenas puedo aquí mover el labio,
viendo al herido Conde. ¡Ah, caballeros!
¿Dónde podré hallar al Conde Octavio?

OCTAVIO.

Si algún favor el Conde puede haceros,
yo soy; ¿qué me queréis?

DON ANTONIO.

Gran testimonio

es de quién sois tan solamente el veros.

Yo me llamo el alférez don Antonio,
un español, sospecho que hombre honrado,
aunque de poca hacienda y patrimonio;

con mi bandera y ser aventajado
pudiera sustentar lo que he perdido
en un año que al juego no he ganado;

pero el haber aficionado sido
siempre a vuestro valor, y a la gran pena
que me ha dado en saber que os han herido,

aquesta espada, no por la más buena
que ha pasado en Italia desde España,
pero de alguna sangre y honra llena,

como os sirváis de hoy más, os acompaño,
amparando, señor, vuestra persona,
mejor que en la ciudad, en la campaña;

OCTAVIO.

La vuestra, Alférez, mucho más la abona;—

(1) En las seis ediciones: antes de la noche.

que muestra bien que sois noble e (1) hidalgo, a quien la virtud misma galardona.

Para pagar vuestra afición no valgo tanto como pensáis, pero no en todo de aquesta justa obligación me salgo.

Pensad, pues, que halláis el mejor modo de vivir en mi casa; que me pesa que en la misma del rey no os acomodo.

De mi parte vos tendréis mi mesa, y un caballo, de dos.

DON ANTONIO.

Merced tan grande para siempre en el alma queda impresa.

Vuestra señoría de hoy más me mande (2) como a su esclavo.

OCTAVIO.

Yo soy vuestro amigo, que es bien que igual con vos, Alférez, ande; que aquí, en Italia, vos seréis testigo, tratamos desta suerte a un hombre honrado (3).

DON ANTONIO.

Bien se ve agora, en lo que hacéis conmigo.

OCTAVIO.

Vuestra buena presencia me ha obligado.

(*Entran CAMILA y POLICENA.*)

CAMILA. Ya que tal huésped tenemos, desdicha es venir así.

OCTAVIO. ¡Ay, mi Firmio, ves aquí del mundo los dos extremos!

POLICENA. En nombre de mi señor venimos a aposentaros.

OCTAVIO. Y el huésped viene a afrentaros, sin méritos ni valor; y más que a humillar provoca el mayor merecimiento, ver tan gran recibimiento (4) para cosa que es tan poca.

Yo no sé que rey alguno haya en aposento entrado más venturoso y honrado.

CAMILA. Como vos no hay ninguno; y sóislo de aquesta casa porque el Barón, mi señor,

os tiene tan grande amor, que el mayor término pasa.

OCTAVIO. Esclavo, Camila, soy, pero dame mucha pena que no hable Policena.

POLICENA. Oyendo a los dos estoy. ¿Cómo estáis de vuestra herida?

OCTAVIO. De la del brazo mejoro, mas de una herida que adoro ya voy perdiendo la vida; y más tratándome mal la que fué la causa della, aunque por causa tan bella no hay bien a su daño igual.

POLICENA. Será, Conde, Dios servido que presto convalezcaís, como en la herida pongáis del tiempo un poco de olvido; y lléveos Camila agora donde mi padre os aguarda.

OCTAVIO. ¡Cuánto desdén acobarda el hombre que más adora!

CAMILA. Vamos, veréis vuestra casa y el cuarto do habéis de estar.

OCTAVIO. Y donde me he de abrasar de un hielo (1) que me traspasa.

(*Vanse. [Entra DON ANTONIO.]*)

POLICENA. Apenas puedo creer, don Antonio, que te veo.

DON ANTO. Ni a mí me deja el deseo creer lo que vengo a ver; que se abraza de manera que no cree lo que ve, con hacer los ojos fe de que es visión verdadera.

POLICENA. Yo tengo mayor razón; que no sé cómo has venido a entrar en mi casa.

DON ANTO. Ha sido de un grande amor invención.

Creo que estás obligada a lo que hice por ti.

POLICENA. Por pagarte estoy sin mí; mal puedo pagarte en nada.

DON ANTO. A servir al Conde vengo, siendo tan bueno como él, de celos y envidia dél.

POLICENA. Grande obligación te tengo. En cuantas cosas intentas

(1) *M, A, V y Mi: y hidalgo. Va: noble hidalgo.*

(2) Así este verso en las seis ediciones.

(3) *M, A, Va y Mi: a vn honrado.*

(4) *Z: receuimiento. M y V: reccebimiento.*

(1) En las seis ediciones: *yelo*.

en el alma se me imprimen,
donde es razón que se estimen.

DON ANTO. Y del Conde, ¿qué me cuentas?

La invención no te agradó
que del ladrón ha fingido.

POLICENA. Y es lo menos quien le ha herido
el que el alma me robó.

DON ANTO. Mejor ese nombre es tuyo,
que me robaste primero;
pero al cielo darle quiero
este oficio, pues es tuyo,
para que veas si es noble,
pues cuanto pretende aquí
es llevar almas así
y que el número se doble;

así que puedes privarte
de oficio que el cielo tiene.

POLICENA. Sólo, señor, me conviene
preciarme siempre de amarte;
y esto, ahora, en mi afición,
mejor lo conocerás.

DON ANTO. Verdad es que agora estás
en la mayor ocasión,
y dentro en tu casa vivo,
y el Conde vive también.

POLICENA. Ese muere en mi desdén;
no le has de contar por vivo.

Tú verás, mi don Antonio,
de la suerte que te va,
y desto el tiempo dará
bien bastante testimonio;
que cuando a tal libertad
se dispuso un igual mío,
en lugar del albedrío
reinaba la voluntad.

DON ANTO. Esa tendré eternamente,
mi bien, a tu hermosura.

POLICENA. Y yo tengo gran ventura
quererte tan tiernamente.

Pero allá me echarán menos;
entra, que de casa eres.

DON ANTO. Si de casa hacerme quieres
contaréme entre los buenos.

POLICENA. Todos tus esclavos son.

DON ANTO. Serlo yo tuyo pretendo.

POLICENA. Disimula.

DON ANTO. Ya lo entiendo;
yo te miraré a traición.

(*Vanse, y sale[n] GERARDO y el CAPITÁN DIONISIO.*)

GERARDO. Tuve nuevas, como digo,
cuando menos me pensaba,

que aquí en Nápoles estaba
don Antonio, mi enemigo;

y luego que supe dél,
mudé, como veis, de traje (1),
porque allí donde le hallase
le he de dar muerte cruel.

Que no tiene el agraviado
que esperar a su enemigo,
sino que llegue el castigo
cuando esté más descuidado.

Yo vengo bien prevenido;
sólo merezca saber
de vos lo que he de hacer.

CAPITÁN. A buen tiempo habéis venido;
que fuera de que tenéis
venganza, a lo que sospecho,
conoceréis de mi pecho
el amor que me tenéis.

Y porque más la amistad
que el parentesco me incita,
ese don Antonio habita
contino en esta ciudad.

Quiso tomar la bandera
de un capitán, de un don Jorge;
que no hay cosa que no forje
con el temor que le altera.

Y aunque su remedio tarda,
que la amistad no era poca,
porque cierto amor provoca
cuanto el honor acobarda;
que sabed que el necio ha dado
en servir con afición
la hija de un gran Barón,
de quien anda enamorado.

Allí me dicen que está
días y noches perdido,
dándole todo el sentido
por un favor que le da.

Y si de vuestra venganza
se ha de esperar buen suceso,
verle allí loco y sin seso
es la mayor confianza.

Y aun os daría un consejo:
que hoy, en esa misma calle,
intentádes matalle.

GERARDO. Es el buen amigo espejo.

¡Oh, mi capitán Dionís!
En vos está mi remedio;
mi honor y mi vida en medio
desta verdad que decís.

(1) Así este verso y el siguiente en las seis ediciones.

Ya sabéis que no desea
el agraviado señor,
sino sacar de su honor
una mancha que es tan fea.

No penséis que decís poco
en darme esa confianza,
que si tarda mi venganza
habré de tornarme loco;

porque la imaginación
de que con honra he de verme,
más alegre podrá hacerme,
cuanto más la ejecución.

Mi remedio ha consistido
para matarlo mejor,
en ése su ciego amor
en que está desvanecido.

Decidme cómo será
de suerte que luego sea.

CAPITÁN. Eso es lo que desea
el que este consejo os da;
que aunque Nápoles es grande,
hay tanto español en ella,
que es muy público por ella,
aunque más secreto ande.

Y aunque más os disfracéis
el cuidado en que vivís,
sabrán a lo que venís
a dos días que aquí estéis.

Por mucho mejor tendría,
pues nadie sabe de vos,
que nos lleguemos los dos
donde este necio porfía;
que agora, así, de improviso,
y guardándoos yo la calle,
podéis mejor acaballe
que cuando le den aviso.

Y si falta ejecución
al agravio que os abrasa,
no es malo saber la casa
para mejor ocasión.

GERARDO. ¡Ah, Dionisio! Bien se ve
que aquella amistad pasada
de las cosas de Granada
vive en vos como antes fué.

Dadme mil veces los brazos,
que llevándoos yo conmigo,
hoy mi agravio y mi enemigo
quedarán hechos pedazos.

Desde que salí de España,
eso imaginé, ¡por Dios!

CAPITÁN. ¿Qué gente traéis con vos?

GERARDO. Sólo un paje me acompaña.

CAPITÁN. Pues no sabéis la posada,

esté agora el alma quieta.
¿Qué armas traéis?

GERARDO. Escopeta;
que el traje no sufre espada.

CAPITÁN. En viendo el tahalí,
adiviné que era fuego.

GERARDO. Esta traigo, y otra luego.

CAPITÁN. Una basta.

GERARDO. ¡Fuese así,
y acaben tantos enojos,
y lo que costare cueste!

CAPITÁN. Ya llevo la muerte deste
atravesada en los ojos.

GERARDO. Yo pagaré esa afición,
aunque el pecho me desangre.

CAPITÁN. Hoy salpicará su sangre
las paredes del Barón.

(*Vanse, y salen el CONDE y DON ANTONIO.*)

OCTAVIO. La amistad que os he cobrado,
señor Alférez, me obliga
a que mis pasiones diga
y descubra mi cuidado;
que en poco tiempo es de suerte
lo que conmigo podéis,
que un buen amigo tendréis
no menos que hasta la muerte.

Porque el veros tan discreto,
tan cortesano y galán,
fuerzas a mi pecho dan
a que os diga mi secreto,
tanto porque me importáis,
como porque este cuidado
descansa comunicado;
que quiero que lo sepáis.

Por eso, afición tened (1)
al Conde desde este día.

DON ANTO. ¿Quiere, vuesa señoría
hacerme aquea merced?

Que de mi parte yo estoy
con razón desconfiado;
un deseo tengo honrado,
muy natural en quien soy;
que le tendré lealtad
todo el tiempo que viviere.

OCTAVIO. Razón es ésa que espere
remedio en vuestra bondad.

Y así, comienzo mi historia
del amor, triunfo y grandeza,
principio de mi tristeza

(1) Z y V: *afición si tened.*

y de ciertos ojos gloria.

Cuando pasé por aquí,
que por mi daño pasé,
a Virginio visité,
y este día me perdí,
porque puse de manera
en Policena los ojos,
que le di el alma en despojos,
y diera mil que tuviera.

Policena, al fin, causó,
con justa causa, mi mal,
porque no pudo ser tal
la que Pirro degolló.

Con esta pena salí
de Nápoles, si es verdad
que salí de la ciudad,
pues en saliendo volví.

Volví, y rondé el terrero
de casa, y hablando hallé
cierto galán, que no sé
si es humilde o caballero;

sé que me hirió, y fingí
que ladrones lo habían hecho,
porque la herida del pecho
pudiese curar aquí,

la cual está en el estado
que ves, Alférez amigo.

DON ANTO. Mucho huelgo que conmigo
hayáis, señor, descansado;

porque de vuestra afición
y la merced que me hacéis,
¿qué indicios darme podréis
mayor que vuestra intención?

Mas todo aqueste contento
grande pensión ha tenido
en ver que os hayan herido,
cosa que en el alma siento,
y que ignoréis el espada
que os sacó sangre.

OCTAVIO. No importa;
que cualquier, de noche, corta,
o de vil hierro (1) o dorada.

De noche iguales se ven
para bien y para mal,
el duque y el oficial,
y las espadas también;

aunque desta yo sospecho
que honrado brazo la rige.

DON ANTO. Por satisfacción lo dije
el agravio que os han hecho.

OCTAVIO. Ese, Alférez, es mi intento,

y así, aquesta noche quiero
que acudamos al terrero
a ver esta sombra o viento;
que él acudirá, sin duda,
y lo podremos coger.

DON ANTO. Si es dorada, pienso ver
su espada, estando desnuda;
que allí se conocen, pues,
en los aceros del dueño.

OCTAVIO. Perderé, sin duda, el sueño
hasta que sepa quién es.

(Entra FIRMIO.)

OCTAVIO. Pues, Firmio, ¿qué hay por allá?

FIRMIO. Hablando estaban de ti.

OCTAVIO. Camila hablará de mí;
que muy de mi parte está;
que Policena en su reja
de noche tiene con quién.

FIRMIO. ¡Aunque más le traten bien,
siempre el amante se queja!

OCTAVIO. Déjate ya de engañarme;
ya al Alférez le conté
quién me ha herido y cómo fué,
y esta noche he de vengarme.
Apercibe dos rodela
y dos jacos.

DON ANTO. Para mí
yo tengo.

OCTAVIO. Pues para ti
serán.

FIRMIO. Apercibirélas (1).

OCTAVIO. Que éste, con rodela y jaco
todavía hará efeto (2).

DON ANTO. No te verás (3) en aprieto
si esta vez la espada saco,
y venga con quien viniere
ése tu competidor.

OCTAVIO. No menos de tu valor
es bien que crea y espere.

(Sale[n] GERARDO y el CAPITÁN DIONISIO.)

GERARDO. Aquí me dijeron que era;
no sé si la casa erré.
Una, dos, tres: acerté;
que ésta ha de ser la postrera.

OCTAVIO. ¿Qué busca aqueste villano?

GERARDO. Gente hay, mas, con todo, llevo.

(1) Z y Mi: *apercewirelas*. V, A y M: *apercebi-
relas*.

(2) Z y V: *effecto*.

(3) Z: *vieras*.

(1) Z y V: *yerro*.

CAPITÁN. Mirad que dándole el pliego
metáis a la daga mano.

FIRMIO. Parece hombre de camino.
¿Qué buscáis, buen labrador?

GERARDO. A un caballero, señor,
forastero y granadino,
que para él traigo este pliego.

DON ANTO. Muestra, labrador, a ver.

GERARDO. ¿Sois vos?

DON ANTO. Yo debo de ser.

GERARDO. ¡Llegó el fin de tu sosiego!

DON ANTO. ¡Ah, traidor! Ya te conozco.

CAPITÁN. ¡Muera, tiralde!

OCTAVIO. ¿A traición?

¿Cómo, en casa del Barón?

GERARDO. A sólo Dios reconozco.
Desvía afuera.

OCTAVIO. ¿Eso no;
pasadme primero el pecho.

DON ANTO. ¡Dejalde tire, o despecho
de quien...!

OCTAVIO. ¿Sabéis quién soy yo?

CAPITÁN. Sé que sois el Conde Octavio,
y creo que ayudaréis
a este hidalgo, si sabéis
que le obliga cierto agravio.

OCTAVIO. Eso querría saber.
Baje la escopeta al suelo.

DON ANTO. ¡Ah, traidores!

GERARDO. ¡Matarélo
si lo viene a defender!

CAPITÁN. No más; el Conde está aquí;
esto no tiene remedio.

OCTAVIO. Mirad que estoy de por medio.

CAPITÁN. ¡Baja el arcabuz, por mí!

DON ANTO. ¿Con esas armas venías?
Bien se ve que hombre no eras;
que cuerpo a cuerpo vinieras
si fueras lo que debías.
¿Qué venganza de un hidalgo!

GERARDO. ¿Que para salir contigo
no soy hombre?

DON ANTO. ¿Tú conmigo?

GERARDO. Pues sal, y verás si salgo.

OCTAVIO. Eso es de muy gente honrada,
y muy a contento mío;
hagan los dos desafío
de sola capa y espada;
que ya entiendo que el agravio
no pide paz, ni es posible.

CAPITÁN. ¡Sin la espada es imposible,
por vida del Conde Octavio!
Y pues ya está descubierto

que Gerardo aquí ha venido,
quede por vos definido (1),
señor Conde, este concierto.

OCTAVIO. Pues no hay otro remedio,
mañana al amanecer
a los dos pienso poner
la ciudad y el río en medio.

Y apadrinad ese hidalgo,
que con el mío yo haré
lo mismo.

GERARDO. Pues yo saldré
a que veas lo que valgo.

DON ANTO. Cuerpo a cuerpo tú verás
que no te valen traiciones.

CAPITÁN. Dejemos esas razones;
no se trate dello más.

¿Juráis como caballero
cumplir la palabra dada?

DON ANTO. En la cruz de aquesta espada,
de salir y obedeceros.

GERARDO. Y yo en la del Conde juro.
Y con esto, Capitán,
vamos de aquí.

OCTAVIO. Bien podrán;
sus personas aseguro,
y donde digo, mañana
estén al amanecer.

GERARDO. ¡Mi venganza pienso ver!

(Vanse GERARDO y el CAPITÁN.)

DON ANTO. Y yo tu muerte inhumana.

OCTAVIO. ¿Que no me hubieras contado
que este enemigo tenías?

DON ANTO. Había ya muchos días,
y estaba ya descuidado.

OCTAVIO. Quien ofende, ¿cómo puede
tener segura la cara?
¡Si ahora aquí te matara!

DON ANTO. Milagro es que con vida quede (2);
pero es éste un cobarde;
ya le conozco el temor.

OCTAVIO. Pues de ése es razón mayor
que un hombre, Alférez, se guarde;
que intentan una traición
como les falta la fuerza.
¿Qué agravio es éste, que esfuerza
deste hidalgo la razón?

¿Qué le has hecho, que así viene
desde Granada a buscarte?

(1) Z, V y Va: *definido*.

(2) Así el verso en las seis ediciones. Tal vez
sobra: *que*.

(Sale FAVILA.)

FAVILA. Virgino me envió a llamarte;
que un grande regalo tiene
que unas monjas, sus devotas,
para ti le han enviado;
por señas que no me han dado
sino aquellas calzas rotas;
y aunque esto fuera razón,
no me ha dado mucha pena;
pésame que Policena
me diga que eres pelón.

FIRMIO. ¡Qué bien que la suya encaja!

OCTAVIO. Firmio, dale aquel vestido
morado.

FIRMIO. ¿Todo?

OCTAVIO. Cumplido.

FAVILA. ¿Y de qué es?

FIRMIO. De plata y raja.

FAVILA. Abre el baúl, que ya voy.

OCTAVIO. Alférez, luego hablaremos.

(Vanse el CONDE y FIRMIO.)

FAVILA. Grandes negocios tenemos.
¿Qué es aquesto? ¡Al diablo os
Policena ha estado allí [doy!
escuchando el desvarío
deste vuestro desafío,
y sólo he venido aquí
a echar este necio allá,
porque Policena está
fuera de seso y de sí (1);
ha llorado y hecho cosas
que una loca no hiciera.

DON ANTO. ¿Desto, Favila, se altera?

FAVILA. ¡Di que duermes y reposas!
¡Vive Dios que está temblando
de lo que ha de suceder!

DON ANTO. ¿Tú no ves que fuerza a arder
cualquiera que vive amando?

FAVILA. ¿Conceptos agora? Bueno;
llega, que te quiere hablar.

DON ANTO. ¿Dónde?

FAVILA. En el mismo lugar
que cuando nos da el sereno (2).

(Sale POLICENA a la ventana.)

POLICENA.

Bien sé, español ¡que nunca a Dios plugiera

pararas en Italia a atormentarme!,
que aunque llorando el alma deshiciera
en estorbar tu desafío cansarme,
no soy tan loca, aunque el dolor pudiera
a tales imposibles obligarme,
que te pida que quiebres el concierto;
que no es vivo el que está en la honra muerto.

DON ANTONIO.

Más que nunca, señora de mi vida,
tu entendimiento he conocido ahora,
en que este caso tu valor no (1) impida,
pudiendo, con las lágrimas que llora,
el duelo del honor, grande homicida.
Sus leyes y su fe, que el mundo adora,
contra las de tu gusto, y aun del mío,
me obligan a que salga al desafío.

Mas fía tú que no me rompa el pecho,
adonde por defensa irás conmigo,
fuera de que yo vivo satisfecho
del humilde poder de mi enemigo,
no dejo de pensar que es caso estrecho,
y de los confiados gran castigo;
pero también una esperanza muerta
a cualquiera desdicha abre la puerta.

No te dé pena por tu vida y mía,
que es hombre que he vencido y maltratado,
y muchas veces, por su mal, porfía
el hombre que primero es afrentado (2).

Y no tratemos desto, que es disgusto,
sino del Conde y de su pensamiento (3);
que dél me he dado cuenta tan al justo,
que es desde su primero movimiento.
Yo le he ofrecido de esforzar su gusto,
y esta noche a esta reja lleva intento
de que matemos quien le dió la herida;
¡mirad si podré yo matar mi vida!

Armas y jacerinas y rodela
ha prevenido Firmio, su criado,
y creo que hasta grebas y escarcelas;
¡tanto temor al hombre le ha cobrado.!

POLICENA.

En gentiles discursos te desvelas;
mañana queda menos obligado
a salir por tu honor.

DON ANTONIO.

Deja, señora;

(1) Z y V: tu valor impida.

(2) En las seis ediciones faltan los cuatro últimos versos de esta octava.

(3) Z y V: sus pensamientos.

(1) Así esta redondilla y la anterior, incompleta, en las seis ediciones.

(2) Z: seremos.

no trates, por tu vida, deso agora,
sino mira que estés apercibida,
porque anochece ya, que a eso vengamos.

POLICENA.

Adentro soy, por mi mal, sentida;
don Antonio, esta noche nos veamos.

(*Vase.*)

DON ANTONIO.

Fuése la luna con veloz corrida,
y en oscuras tinieblas nos hallamos.
¿Qué te parece desto, buen Favila?

FAVILA.

Que en lágrimas su pecho se destila.
Toda esta noche son lamentaciones,
versos amargos y canciones tristes.

DON ANTONIO.

Pillate por agora estos doblones
con que otros versos de placer conquistes.

FAVILA.

¡Ah! Cómo son doradas tus razones!
¡Qué bien me ganas, a qué tiempo embistes!
Cohecharme quieres, pues de más son dinos (1)
aquesos pies, Antonio, alejandrinos.

Líbrete el cielo dese vil cobarde,
y déjete cobrar a Policena,
que en amor y piedad se abrasa y arde
por su beldad y amorosa pena.

DON ANTONIO.

Vamos, Favila; que es un poco tarde,
y ya la noche, de tinieblas llena,
con su manto me obliga a dos engaños.

FAVILA.

De todos salgas bien; vivas mil años.

(*Vanse, y salen GERARDO y el CAPITÁN DIONISIO.*)

GERARDO. Es extremada lición.

CAPITÁN. ¿Estáis en ella?

GERARDO. Muy bien.

CAPITÁN. Estas tres figuras son.

GERARDO. Y la primera también,
para cualquiera ocasión.

La segunda es de provecho

(1) Z y V: dignos.

si llegamos al estrecho,
y es caso muy ordinario
juntarse con el contrario.

CAPITÁN. Alza a ver; muy bien lo has hecho.
Quiébranse algunos así;

pero, al fin, el cuerpo entero
es lo que me queda a mí.

GERARDO. Por salir, ¡vive Dios!, muero;
quemando me estoy aquí.

Mi fe y palabra os empeño
que no me haga mal el sueño
toda la noche pasada.

CAPITÁN. ¡Hola! Toma aquesta espada;
tendrá el alma un triste dueño.

Que a fe que lo es el cuidado,
de manera, que no deja
dormir sueño sosegado;
y éste que agora os aqueja
es grande, porque es honrado.

GERARDO. ¿Quién de tenerle se escapa?
Dame, pues, espada y capa.

(*Sale FIRMIO con espada y capa.*)

FIRMIO. Esta es la de mi señor.

GERARDO. ¡Bravo duelo!

CAPITÁN. El traidor
más cosas tiene que un mapa.

Huélgome que hayáis tomado,
Gerardo, aquestas liciones.

GERARDO. Diestro en ellas he quedado.

CAPITÁN. Para aquestas ocasiones
tengo este libro guardado.

Mirad que, aunque muy usada,
no se olvide la estocada
de la mano, que es extremo.

GERARDO. Según soy, erralla temo.

CAPITÁN. Que la erréis importa nada,
que desde afuera quedáis,
como primero, bien puesto.

GERARDO. ¿Qué haremos?

CAPITÁN. Ved si gustáis
verme un poco echar el resto.

GERARDO. ¿Es seguro (1) donde vais?

CAPITÁN. No hay de qué tener temor,
porque es casa de valor
y toda gente extranjera.

GERARDO. ¡Ah, mañana! Tesorera
de mi vida y de mi honor.

(*Vanse, y sale[n] DON ANTONIO y DON JUAN.*)

(1) Z y V: seguro.

DON JUAN. No dejo de hacerme cruces,
y que tiemblo te confieso.

DON ANTO. Bien, así este suceso
a ser milagro reduces.

Erróme la puñalada,
aunque me pasó el vestido.

DON JUAN. ¡Y que Dionís, atrevido,
metiese mano a la espada!

DON ANTO. Y le ayuda y le inquieta.

DON JUAN. ¿Vióse valor semejante,
ponerse el Conde delante
al disparar la escopeta?

DON ANTO. En pago deso, don Juan,
lo hemos de engañar agora,
que él y Firmio ésta es la hora
que arrodellados están.

¡Oh, qué de armas han buscado
para matar quien le hirió!

[D. JUAN.] Y vengo en tu ayuda yo,
que es un negocio extremado.

[DON ANTO.] Mas por eso te he traído,
porque arrimándote allí
finjas que fuiste el que huí
y aquel mismo que le ha herido.

Y cuando yo te acometa,
fíngete muerto.

DON JUAN. ¿Estás loco?

Cuidado tienes en poco
que vida y alma inquieta.

Cuando puesto de rodillas,
ante una bendita imagen,
es bien que lágrimas bajen
al suelo sin resistillas;
cuando el rosario y las horas
te habían de desvelar,
quieres burlar y engañar,
y de nuevo te enamoras.

Anda, vete a recoger,
no salgas desesperado.

DON ANTO. ¡Qué sermón tan excusado!

¿Cuándo lo estudiaste? ¿Ayer?

¿Soy, por dicha, yo algún hom-
que sacan por la justicia? [bre

DON JUAN. ¡Ea!, no des con malicia
a mi consejo ese nombre,
que a toda razón resistes.

DON ANTO. Don Juan, pues eres discreto,
¿por qué me haces sujeto
a creer aquesos tristes?

Sin duda que el consolarme
es ya por muerto tenerme.

DON JUAN. Creo que quieres hacerme
desesperarme o matarme,

¿Qué hombre en esto anduviera,
estando en un punto incierto
de matar o de ser muerto,
si no es que loco estuviera?

DON ANTO. Yo, que estoy de amores loco,
mi vida y honor desprecio.

DON JUAN. ¡Por mi fé tú estás muy necio,
si tienes tu honor en poco!

Mas mira que viene gente.

DON ANTO. A aquella reja te arrima,
que es el Conde.

DON JUAN. Extraña enigma,
burla y veras juntamente.

(Salen el CONDE y FIRMIO.)

OCTAVIO. No estaba sola la calle.

FIRMIO. Su galán el puesto tiene.

OCTAVIO. Y otro que a guardarle viene,
de buena presencia y talle.

FIRMIO. El uno viene hacia acá.

DON ANTO. ¿Es el Conde?

OCTAVIO. ¿Alférez?

DON ANTO. Bueno;

estoy de contento lleno
deste necio que aquí está;
que sólo aguardo a que vengas
para darle su castigo.

OCTAVIO. Sin duda que es mi enemigo;
y aquesta noche me vengas.

Alférez, ¿cómo ha de ser?

DON ANTO. ¿Hay más de llegar a hablalle?

OCTAVIO. ¿Solo?

DON ANTO. Pues, para matalle,
¿es más de yo menester?

OCTAVIO. Deso yo estoy satisfecho;
mas dime: hombre que hirió
a persona como yo,
¿trae desarmado el pecho?

Estas calles recorramos,
si pretendes que acertemos.

DON ANTO. Bien dices; aquí dejemos
al buen Firmio, mientras vamos.

FIRMIO. Que no, señor; ¿no es mejor,
por lo que suceder puede,
ir allá?

DON ANTO. Bien es que quede.

FIRMIO. ¿Dejar tengo a mi señor?

DON ANTO. ¿No ves que se puede ir
éste y dejarnos burlados?

(Vanse el CONDE y DON ANTONIO.)

FIRMIO. ¡Oh brazos, de hierro armados,

que me lleváis a morir!

De calzar bien unas botas,
¿quién me trujo a vestir mallas?

(Sale POLICENA a la ventana.)

POLICENA. ¡Ce, mi gloria! ¿Por qué callas?

FIRMIO. ¡Qué imágenes (1) hay devotas!
¡Gran señora de Loreto,
de cera me ofrezco allá!

POLICENA. ¿Es don Antonio?

DON JUAN. Aquí está
la guarda de tu secreto.

Yo soy, señora, don Juan,
de quien noticia tendréis;
que en el lugar que me veis,
por sombra puesto me han.

Si os ofendo, quitaréme.

POLICENA. Antes os puso aquí el cielo
para remedio y consuelo
del mal que mi alma teme.

DON JUAN. [Ap.] ¡Vive Dios, que es muy
[hermosa,

a lo que la luna muestra!
¡Ah, humana flaqueza nuestra,
sujeta a cualquiera cosa!

Lo poco que puedo vella,
y aquel hablar extremado,
me va llevando colgado
la vida y alma tras ella.)

POLICENA. ¿Qué os parece del aprieto
en que me pone este ingrato?

DON JUAN. No lo tengáis a mal trato,
que es honra a que está sujeto.

POLICENA. No es sino desdicha mía.

DON JUAN. Tened mejor confianza.

POLICENA. Muéreseme la esperanza,
mientras más vivir porfía.

Decidme: ¿cómo sabré
si vence o muere mi gloria?
¿Qué señas de su victoria
o de su muerte tendré?

Porque aguardar a las nuevas,
y a que el suceso se (2) acabe,
lo juzgo a tormento grave.

DON JUAN. [Ap.] ¡Oh Amor, mis lealtades
[pruebas!

El hablar sólo, ¡por Dios!,
me ha penetrado el sentido.)

POLICENA. ¿Y habéis lo que he dicho oído? (3)

(1) Z, M, A, V y Mi: imagines.

(2) Z: te.

(3) Z y V: Y sabeys lo que he dicho oydo. M, A,
Va y Mi: y sabes lo que he oydo.

DON JUAN. Y sentido más que vos.

[Ap.] (Era yo el predicador
a cuántos deben de ser,
hasta ver una mujer,
Hipólitos en valor,
pero, vista, estopa y fuego.)

POLICENA. ¿Habéis la industria pensado?

DON JUAN. Con ésta que he fabricado,
sabréis el suceso luego:
si vence, al pie desta torre
alzaré, que es paz y alegría
una banda blanca, y negra
si algún peligro le corre.

De suerte que negra es muerte
y blanca, vida y victoria.

POLICENA. ¡Rica industria!, y que mi gloria
o mi desventura advierte.

Mas ya espero, si el amor
en el temor puede estar,
que ha de venir a triunfar
de su vil competidor.

(Vase.)

DON JUAN. ¿Vióse secreto más vario?
¡Que de ayer acá, con ver
hablar aquesta mujer,
dijese yo lo contrario!

Castigo es aqueste amor
de pasadas libertades;
y, si va decir verdades,
flaqueza diré mejor.

¡Ah, mi amigo don Antonio!
¡Jesús, qué gran tentación!
Sin duda que fué ilusión
de alguna furia o demonio.
¿Que tal flaqueza pensé?
Ya vienen los embozados.

(Entra[n] el CONDE y DON ANTONIO.)

DON ANTO. En hombres tan descuidados,
esta flaqueza se ve.

¿Que este necio te haya herido,
y solo se vuelva al puesto?

OCTAVIO. ¡El lo pagará bien presto!

DON ANTO. ¿Qué hay, Firmio? ¿Qué ha suce-

FIRMIO. Es de temor y de miedo; [dido?
éste no se ha osado ir.

DON ANTO. ¿Qué gente has visto salir?

FIRMIO. Milagros deciros puedo.

Policena, más de un hora
ha estado hablando con él.

OCTAVIO. ¡Ah, celos, rabia cruel!
 ¡Muera, Alférez; muera agora!
 DON ANTO. ¡Llegado es tu fin, traidor!
 DON JUAN. Del tuyo estoy satisfecho.
 ¡Ay, que me ha muerto!
 DON ANTO. ¡Ya es hecho!
 OCTAVIO. ¡Ay, qué bien!
 DON ANTO. ¡Vamos, señor!
 OCTAVIO. Reconocerle quisiera.
 DON ANTO. ¿Quieres que justicia o gente
 nos conozca?
 DON JUAN. ¡Ay!
 DON ANTO. Detente,
 y el peligro considera.
 OCTAVIO. Bien dices; vamos de aquí.

(*Vanse los tres.*)

DON JUAN. ¿Hanse ido? Sí. Bien puedo
 levantarme, y no sin miedo,
 del lugar donde caí;
 Que más de algunos enojos
 han de dar a mis sentidos.
 ¡Malditos sean oídos
 que dan de amor más que ojos!

(*Vase.*)

JORNADA TERCERA

(*Salen los que pudieren de máscara, vestidos con el
 CONDE y DON ANTONIO y DON JUAN.*)

OCTAVIO.

Ya que estamos de Nápoles tan lejos,
 la máscara te quita, don Antonio,
 y todos los demás que aquí venimos.

DON ANTONIO.

Digo que ha sido industria de tu ingenio;
 porque, como es en Nápoles agora
 el tiempo de saraos y de festines
 de máscaras, disfraces y de juegos,
 habrán pensado que este gran paseo
 con que de la ciudad hemos salido
 será alguna invención, disfraz o máscara.
 De suerte que, seguros y sin gente,
 en la campaña del concierto estamos.

DON JUAN.

Paréceme que tarda aquel gallardo,
 y que se pasa del concierto el término.

OCTAVIO.

¿No ves que viene así como nosotros,
 y que para salir le di este aviso?

FAVILA.

Si acaso no saliese, ¿a qué peligro
 pondrá aqueste valiente su persona?

OCTAVIO.

A perder el honor, quedando infame.
 Mas mira tú que adviertas bien, Favila,
 que si venciére, que será sin duda,
 nuestro ahijado animoso, que en un punto
 esté la casa del Barón cubierta
 de alfombras ricas y altas luminarias,
 porque quiero que entremos en la casa
 triunfando alegres del suceso próspero.

FAVILA.

Pierde cuidado, que yo haré (1) de suerte
 que todo el lienzo principal se arda,
 hasta los chapiteles de las torres.

(*Entra otra máscara con el CAPITÁN y GERARDO.*)

CAPITÁN.

¡Buena ha sido la máscara!

GERARDO.

¡Extremada!
 pero, según la gente me seguía,
 presumí que saliera hasta el campo.

CAPITÁN.

En él aguarda ya tu vil contrario.
 Acuérdate, Gerardo, de quién eres,
 a lo que vienes y lo que aventuras.

OCTAVIO.

¡Oh, señor Capitán! Seáis bien venido.

CAPITÁN.

Vuestra señoría sea muy bien llegado (2).

OCTAVIO.

¿Qué tenemos que hacer?

CAPITÁN.

Partir el campo,

(1) Z y V: yo lo haré.

(2) Así el verso en las seis ediciones.

mirarles las espaldas y los pechos
y echar aparte cosas.

OCTAVIO.

¡Ea, hidalgos,
descúbranse esos pechos!

DON ANTONIO.

En el mío
no hay más de aquella sangre de mis padres,
mezclada con valor que tengo dellos (1).

GERARDO.

El mío solamente, señor Conde,
tiene aquella razón que aquí me trae
tan justamente a defender mi agravio.

OCTAVIO.

Eso está bien; tocad aquestas cajas.
¡Tened! ¡No le matéis!

DON ANTONIO.

¿Quieres la vida?

GERARDO.

¿Cuál hombre puede haber que no la quiera?

CAPITÁN.

Dádsela, don Antonio, que ya basta
un deshonor tras otro, en un rendido.

GERARDO.

¡Ah, mala estrella en la que fuí nacido!

CAPITÁN.

Sucesos son que a señalados hombres,
a príncipes y grandes capitanes,
suceden cada día.

GERARDO.

Estoy de suerte
que ya me pesa de quedar con vida.
¡Ah, fortuna cruel! ¿Qué te costaba
darle a mi honor suceso venturoso?
¿Cómo es posible que a Granada vaya (2)
un hombre que salió a buscar su honra,
y con menos que trujo, agora vuelva?
¡Malditas sean las armas y los brazos

(1) Z y V: *mezclada con el valor*. M, A, Va y Mi: *mezclada en el valor*.

(2) Hay dos versos seguidos en Z: *como es posible que a Granada vuelva y como es posible que a Granada vaya*.

que para tanta infamia las trujeron!
¡Malditas las liciones engañosas
y el tiempo en que propuse mi venganza;
que ya no hay honra, vida, ni esperanza!

(Vase.)

CAPITÁN.

Gerardo es caballero y, con gran causa,
desesperado parte. Adiós se queden,
que he de seguir su honor y su desdicha.

(Vase el CAPITÁN y los que salieron con él.)

OCTAVIO.

Adiós, seor (1) Capitán.

DON JUAN.

El va corrido.

Con licencia de todos, me parece
que acierto en espiarlo, por si acaso
se vuelve a la ciudad, que don Antonio
esté seguro.

DON ANTONIO.

Bien ha dicho.

DON JUAN.

Parto.

(Vase.)

OCTAVIO.

Ve tú, Favila, y haz lo que te digo:
cubre de luces del Barón la casa,
en tanto que, cubiertos desta máscara,
lo principal de la ciudad andamos.

FAVILA.

Yo la pondré de suerte que se admiren
cuantos a ver la novedad se paren.

DON ANTONIO.

No hagáis, señor, a hazaña tan humilde
tanta fiesta como ésa, que me corro
en que sólo vencer al ya vencido
merezca esto con vos. Que no se haga
señal alguna de contento y gusto.

OCTAVIO.

Alférez, si conforme a (2) lo que siento

(1) En las seis ediciones: *señor*.

(2) Z y V: *conforme lo que*.

hubiera de mostrar el alegría,
poco era en fiestas despende mi hacienda.
Vos sois ilustre, y yo muy venturoso
en teneros conmigo, y es mi gusto
que hagamos fiesta a Policena, entrando
por su calle y su casa desta suerte.

DON ANTONIO.

Todos es gran razón que obedezcamos.

OCTAVIO.

Pues toquen esas cajas, y partamos.

(*Vanse, y sale DON JUAN.*)

DON JUAN. Yo he llegado adonde creo
que Policena me aguarda,
pareciéndole que tarda
la nueva de su deseo;
y aunque su galán quedó
por él victorioso allí,
si no me venciera a mí,
supiera cómo él venció.

Lo contrario ha de saber;
que a semejante traición
me ha obligado la afición
de tan hermosa mujer.

Quiérola dar esta pena,
y con una industria rara
ver de Fortuna la cara,
a los atrevidos, buena.

¡Ah, don Juan! ¿Cómo ha cabi-
tal pensamiento en tu pecho? [do
¡El amigo más estrecho,
el más verdadero amigo!

Pero estoy fuera de mí.
¿Quién me ha de poder culpar,
que de sólo oírla hablar
tan de veras me perdí?

Ya es hecho: alcemos la toca,
no blanca, aunque era razón;
negra, sí, cual la traición
a que el amor me provoca.

Piense que es muerto o vencido;
veamos qué es lo que intenta,
y ponga Amor a su cuenta
vida, honor, alma y sentido.

Ya Policena está allí;
la seña quiero hacer.

(*Sale POLICENA a la ventana.*)

POLICENA. ¡Ay, desdichada mujer!
¿No es mi muerte la que vi?

¿No es negra aquella señal
que don Juan desde allí muestra?

DON JUAN. ¡Oh Amor, mi fortuna adiestra!

POLICENA. ¿Qué dudo? Cierto es mi mal,
cierta es mi muerte; y si es,
aquí mis brazos están;
acérquese más, don Juan,
y llore el honor después.

Hábleme en medio del día,
que ya a perderle comienzo;
alzar quiero aqueste lienzo.

DON JUAN. ¡Oh, atrevida industria mía!

Sin duda que ella me llama,
que, con el mucho pesar,
de día me querrá hablar,
aunque aventure su fama.

Quiero llegar donde vea
juntas mi muerte y mi vida.

POLICENA. ¡Don Juan!

DON JUAN. Señora afligida.

POLICENA. ¿Quieres que mi muerte crea?
¿Es verdadera señal
la de tan triste color?

DON JUAN. Con nuevas de tal dolor,
vengo, señora, mortal.

POLICENA. ¿Murió mi bien?

DON JUAN. No murió;
pero, al fin, quedó vencido.

POLICENA. Vuelto me habéis el sentido (1);
que, si no murió, venció.

Yo, que no entiendo del duelo,
sino sólo de los míos,
no reparo en desafíos,
ni en vanas leyes del suelo.

Si mi gloria vive, sobra;
ése es triunfo, ése es vencer.

DON JUAN. ¿Qué? ¡Muy bien echáis de ver
la infamia que en esto cobra!

Mayormente, que ha perdido
su contrario cierta cosa
para vos dificultosa.

POLICENA. ¿Dificultosa? ¿Qué ha sido?

DON JUAN. Que desde el campo saliese
de Nápoles desterrado;
y así, el triste no ha pensado
cómo ni dónde se fuese.

Mas de que me dijo a mí
lo que dejaros sentía,
que a un canto ablandar podía,
donde sentado le vi.

Y díjome que holgara

(1) Z: los sentido. V: los sentidos.

que fuera en esta ocasión
tan grande vuestra afición,
que casa y prendas dejara,
y a España os llevara, adonde,
hecho vuestro casamiento,
en hacienda y en contento
mil veces venciera al Conde;
que es hombre de grande estima,
como informada estaréis.

POLICENA. Temor, ¿en qué os detenéis,
si tanto amor os lastima?

¿Será la primera hazaña
que se cuente de mujer?
¿Qué puedo yo aquí perder,
si voy con mi bien a España?

Si casada a mi contento
con mi don Antonio vivo,
¿qué pena, padre, recibo
deste largo apartamiento?

¿No es peor que yo me mate,
me consuma y desespere,
y el día que no le viere,
cabello y rostro maltrate?

Si es imposible vivir
sin don Antonio, ¿qué aguardo?
Mucho le agravio si tardo
en determinarme de ir.

Señor don Juan, esperadme,
que yo bajo, sin temor
de padre, vida y honor.

DON JUAN. ¡Ah cielo santo, ayudadme!

Pues mirad que mudéis traje. *

POLICENA. Un disfraz se ha hecho aquí.

DON JUAN. ¿Y tenéis máscara?

POLICENA. Sí,
y un vestidillo de un paje.

DON JUAN. Pues bajad, que aquí os espero;
y encárgoos la brevedad.

¡Oh, mal de una voluntad
por quien sin remedio muero!

No es posible que soy yo (1)
quien tan cruel hazaña intenta,
ni quien hace tal afrenta
a la sangre que heredó.

¿Son aquestas, por ventura,
mis muchas transformaciones?
Mas ¿cómo valdrán razones
do reina amor y locura?

Estoy ciego, estoy sin seso;
estoy perdido, estoy loco;
todo lo que intento es poco:

disculpa tiene mi exceso.

¡Animo! ¡Qué gran flaqueza!
Si mirase mi disculpa,
verá que tiene la culpa
Amor y vuestra belleza.

¿Puede ser más mi desdicha
que perder en esta empresa
vida, que el vivir me pesa?

¡Luego aventurarla es dicha!

¡Oh, qué desdichado he sido!
La caja suena; ya viene
quien el bien quitarme tiene,
con tanto mal adquirido.

Toda mi esperanza es muerta;
ella, en efeto (1), no baja.

¿Qué haré, triste, que la caja
se va acercando a la puerta?

(Sale POLICENA vestida de hombre, con una máscara,
y el CONDE y DON ANTONIO y FIRMIO.)

POLICENA. No salgo con poco miedo,
por la gente que aquí está.
¿Podemos ir?

DON JUAN. ¿Salió ya!
¡Dichoso llamarme puedo!
¡Camina!

(Vanse DON JUAN y POLICENA.)

DON ANTO. ¿Don Juan y un paje
también de máscara van?

OCTAVIO. Sin máscara va don Juan.

DON ANTO. ¿No hay quién a mirarnos baje?
¿No hay quien la casa alborote,
porque más mis glorias valgan?
Pues, señoras damas, salgan,
que traemos cifra y mote.

FIRMIO. ¿Estas son las luminarias
que a poner Favila vino?

OCTAVIO. Ya las tendrá de buen vino,
recibido en partes varias.

Fué el traerlo desvarío.

FIRMIO. Taberna no habrá dejado
donde no haya contado,
en versos, el desafío.

Mañana, ciegos lo cantan
y anda impreso por ahí.

DON ANTO. De que no salgan aquí,
hasta las rejas se espantan.

¡Salgan ya, que es crueldad (2)
y no poca sinrazón!

(1) En las seis ediciones: *que yo soy*.

(1) Z y V: *efecto*.

(2) Z y V: *Salgan ya que es ya crueldad*.

(Sale VIRGINIO.)

VIRGINIO. Yo he topado esta invención
otra vez en la ciudad.

OCTAVIO. No os cubráis; que aun dese
no sé si a veros saldrán. [modo

VIRGINIO. Disfraz, por mi fe, galán.

OCTAVIO. Para tu servicio es todo.

Por alegrar estas damas
hemos tratado un torneo,
en que mantiene un deseo
la defensa de sus famas.

Salgan, si fueres servido,
a ver triunfar la verdad.

VIRGINIO. Alabo su honestidad,
que hasta agora no han salido.
¡Entra, Firmio, por tu vida,
y salgan las dos aquí!

(Entra FIRMIO.)

DON ANTO. Agora comienza en mí
la gloria de haber vencido,
pues con tanta vanagloria
llego agora a que me vea
quien hace y causa que sea
tan alegre mi vitoria.

No hay cosa que dé placer,
ni quede bien empleado,
si con ella no ha agradado
los ojos de la mujer.

¡Con qué contento, el que ama,
se viste, gasta y emplea,
sólo en pensar que se emplea
en servicio de su dama!

¿Qué César, qué Antonio o quién
entró en Roma laureado
como yo agora he llegado
a los ojos de mi bien?

Que con esto está en su centro
el alma, el amor y fe.

(Sale FIRMIO.)

VIRGINIO. ¿No salen, Firmio?

FIRMIO. No sé;
un grande alboroto hay dentro.

Entra tú, que, por ventura,
mejor la causa sabrás.

OCTAVIO. ¡Necio! ¿Y tú no lo dirás?

FIRMIO. No hay cosa humana segura.

Policena no parece,
y Camila está llorando.

OCTAVIO. ¿Policena? ¿Cómo, o cuándo?

FIRMIO. Oye el llanto, que ya crece.

¿No escuchas a sus criadas?

VIRGINIO. ¡Escucho mi perdición!

(Vase. Sale FAVILA.)

FAVILA. Ya las luminarias son
de todo punto acabadas.

Cese ya la fiesta y gozo.

OCTAVIO. ¿Qué es eso, amigo? ¿Qué ha habi-

FAVILA. Cuando menos, que ha caído. [do?

OCTAVIO. ¿Quién?

FAVILA. Policena, en el pozo.

OCTAVIO. ¿En el pozo?

FAVILA. Pues ¿adónde,
si en la casa no parece?

OCTAVIO. ¡Todo este daño merece
la desventura del Conde!

(Vanse, y queda DON ANTONIO.)

DON ANTO. ¡Desdichado el triste día
en que nací (1) para ver,
el día de mi placer,
la mayor desdicha mía!

¡Desdichado el punto y hora
en que vi la hermosura
que agora, en la sepultura,
el alma difunta llora!

¡Desdichada mi vitoria (2),
y yo sólo desdichado;
que en un momento he trocado
por tal pena tanta gloria!

Entraré; mas ¿quién podrá
verla, si agora murió,
y en agua el fuego cayó
que consumiendo me está?

Pues ¿qué haré? ¿Cómo furioso
saldré al campo? No, hasta ver
si es verdad, que puede ser
engaño. Y aun es forzoso;
que en tan noble vecindad
hay damas, donde habrá ido,
como estos días han sido
todo fiesta en la ciudad...

Yo llevo grande consuelo;
que si fuera de otra suerte,
anticipara mi muerte
a la voluntad del cielo.

(Vase, y sale[n] POLICENA y DON JUAN.)

(1) Z y V: nascí.

(2) Z: victoria.

POLICENA. Qué, ¿no parece, en efeto? (1)

DON JUAN. Aquí en esta peña estuvo.
Por mi vida, que no anduvo,
en apartarse, discreto;

sino que él está tan loco,
que, para ensanchar el pecho,
tendrá el mundo por estrecho.

POLICENA. Tardamos mucho.

DON JUAN. Antes poco.

POLICENA. ¿Que tan afligido estaba?

DON JUAN. ¿Eso dudas de su amor?
¿No es gran señal de dolor,
pues, que siendo hombre, lloraba?

POLICENA. ¿Luego los hombres no lloran?

DON JUAN. Es más propio en la mujer;
y en ojos se pueden ver
vivas lágrimas, si adoran.

POLICENA. ¿Son de piedra?

DON JUAN. No, señora;
mas tiene mayor valor
para sufrir el dolor
que es grande, si el hombre llora.

POLICENA. ¿Qué haré yo, en fin, para ver
a don Antonio llorar?

DON JUAN. Yo le quiero ir a buscar
por daros ese placer.

Llamaré en esta alquería;
quizá el dueño nos dirá,
si le ha visto, o a dó está.

POLICENA. ¡Qué gran ventura sería!

DON JUAN. Y aquí podéis aguardarme,
mientras al monte doy vuelta.

POLICENA. Para todo estoy resuelta;
segura podéis dejarme.

Ya no tengo qué perder,
aventurado el honor.

DON JUAN. ¡Ah de la casa! ¡Ah, pastor!

¡Oh, cómo duerme a placer!

¡Ah de la casa!

(Sale un PASTOR.)

PASTOR. ¿Quién llama?

DON JUAN. ¡Oh, buen hombre, guárdeos Dios!

PASTOR. Y El os defienda a los dos
del que falsamente os ama.

¿Dó bueno, solos y a pie?

DON JUAN. Un caballero buscamos,
que en este monte dejamos.

PASTOR. No lo he visto, por mi fe.

Y juraré que ha diez días
que hombre no he visto pasar.

DON JUAN. Pues había de aguardar
junto destas alquerías.

Puede ser que en lo fragoso
del monte se haya perdido.

PASTOR. A muchos ha sucedido;
que es (1) de andar dificultoso.

DON JUAN. Pues, ¡alto! Quede ese paje,
mientras buscamos los dos.

PASTOR. ¿Juntos?

DON JUAN. Sí.

PASTOR. Quede, ¡par Dios,
que es hermoso y de buen traje!

POLICENA. Malicia tiene el villano.

DON JUAN. En lo que eres ha caído.

POLICENA. Sin duda, me ha conocido.

DON JUAN. Viendo tu hermosura, es llano;
que el hombre es muy diferente.
Ahora bien, éntrate allá.

POLICENA. Mi alma te aguarda y va
a buscar su bien ausente.

PASTOR. Vamos, que aunque pobre, a fe
que os tengo de regalar.

POLICENA. ¿Sabes lo que es esperar?

DON JUAN. Presto, señora, vendré.

(Vanse POLICENA y el PASTOR.)

DON JUAN.

Notables son del hombre los deseos,
las imaginaciones que le incitan
a casos torpes y delitos feos,
que del fin olvidados sólo están.

¿Qué tienen de despojos y trofeos
las mañas del Amor que al mundo quitan,
y qué tienen también de arrepentidos,
si llega el desengaño a los sentidos?

¡No es bueno que, aun apenas Policena
estuvo en mi poder, cuando, advertida
de mi traición, la merecida pena
fué luego de mi alma aborrecida,
viendo que cielo y tierra me condena,
por justas leyes, a perder la vida!
Quimera fué mi amor, que sólo un día
helarse vió la voluntad que ardía.

¿O fué acaso el temor del gran castigo,
o que ella no es de cerca tan hermosa?
El punto y hora que la vi maldigo,
y pienso que el dejarla es justa cosa.
¡Que en un momento, a tan leal amigo,

(1) Z y V: *efecto*.

(1) Z: *que he de*.

parece alguna historia fabulosa,
hiciese tal maldad! Estoy de suerte,
que a entrambos mejor fuera dar la muerte.

Pero, mientras que entiende que ocupado
ando a buscar su amante, volver quiero
a la ciudad, a ver en qué ha parado,
de falta igual escándalo tan fiero.
A don Antonio iré disimulado,
a quien volver su cara prenda espero.
¡Bien dicen que es el arrepentimiento
del pecador (1) castigo y escarmiento!

(Vase. Sale[n] el GOBERNADOR, VIRGINIO y DON AN-
TONIO, el CONDE, FAVILA y FIRMIO.)

GOBERNADOR.

Este ha sido, señor, el mejor medio;
que con rigor se negociara poco,
y el interés no hay cosa que no pueda:
vence los imposibles, y descubre
lo que debajo de la tierra vive
secreto por el curso de los años.

VIRGINIO.

Finalmente, parece buen acuerdo,
señor Gobernador, este de agora.

GOBERNADOR.

Virginio, si por dicha vuestra hija
vive en el mundo, como yo lo creo,
este pregón famoso que se ha dado
la ha de volver a vuestros tristes ojos.

OCTAVIO.

Holgaré de saber lo que contiene;
que apenas he entendido lo que han dicho.

GOBERNADOR.

Dice, señor, que le dará Virginio
a cualquiera hombre que le diere viva
a Policena, cuatro mil ducados,
y si fuere su igual en sola sangre,
se la dará también en casamiento.

FAVILA.

¡A fe que nunca yo con ella encuentre!
¡Ah, dichoso Favila! ¿Qué sería
si te contasen cuatro mil ducados
en el oro guardado deste viejo?
¡Vive Dios, que he de andar en toda Nápoles,
sin que me quede bodegón ni ermita!
Denme a cuenta desos ducadillos
algún dinero, que a buscarla parto.

VIRGINIO.

¡Ay, quién se fiase de tus manos!
¡Gentil cuidado el tuyo!

GOBERNADOR.

Hombres como éste
han de andar y saber de vuestra hija.
Ve, Favila, en buen hora, y de tus sitios,
por recorrer no dejes uno sólo.

VIRGINIO.

Toma, y camina.

FAVILA.

¡Oh, armas de Felipe;
venerables en Francia y en Italia,
en Túnez, en Venecia y Berbería,
Hungría, Flandes, Alemania, esguízaros!
Haced, pues me costastes tanta pena,
que *li trovi* a la bella Policena.

(Vase.)

GOBERNADOR.

¿Paréceos que otra diligencia se haga,
mientras que este pregón va dilatándose
y es público y notorio en todo Nápoles?

VIRGINIO.

Que fuésemos yo y vos, señor Constancio,
en casa de aquel mágico o sortilego (1),
por ver si desto alguna cosa sabe.

GOBERNADOR.

Tengo esa ciencia por notoria fábula;
pero si en eso recibís consuelo,
y aquesa variedad es de afligidos,
vamos, y aquí se quede el señor Conde.

OCTAVIO.

¡El cielo os muestre algún camino cierto!

GOBERNADOR.

A un oráculo vamos por respuestas.

VIRGINIO.

¡Ay, hija, y cuántas lágrimas me cuestas!

(Vanse el GOBERNADOR y VIRGINIO.)

OCTAVIO. Ya que mi fortuna quiso,
Alférez, con este engaño,

(1) Z: *pecado e castigo*. V: *del pecado castigo*.

(1) Z y V: *sortilejo*.

dar al alma desengaño
y a los sentidos aviso,
volverme quiero a mi tierra,
y esforzarme a consolar,
por no obligarme a llorar
lo que ya la tierra encierra.

¿Qué tengo de hacer aquí
después que perdí mi bien,
sino perderme también
donde tanto bien perdí? (1)

No quiero estar donde vea
rejás, ventanas y casa;
que el menor lugar me abrasa
donde haberla visto crea;
no quiero ver el estrado,
la cama ni el aposento
donde me vi tan contento
cuanto agora desgraciado.

Ven tú conmigo, que el mundo,
ni cuanto ha criado el cielo,
puede igualar tu consuelo
en este lugar profundo.

Tendrás mi mesa y la llave
de mis arcas y secreto;
tendrás mi pecho, en efeto (2),
donde esta ternura cabe;

correremos el venado,
el oso y el jabalí,
que ya yo te he visto a ti
a la caza aficionado;

y al pie de una fresca fuente
de una dehesa extremada,
entre la gloria pasada,
contaremos la presente.

DON ANTO. Conde, pues he conocido
tu amor y mi obligación,
en deseo y afición
no sé yo si me has vencido.

Decirte quiero un secreto
que te ha de causar espanto,
aunque no puede ser tanto
amando y siendo discreto.

Al fin, a lo que se entiende,
Policena es muerta.

OCTAVIO. Creo
que ha imitado el deseo
que mis entrañas enciende.

¿Amábasla?

DON ANTO. Sí, señor;
y aunque en secreto la amé,

tanto el fuego mayor fué
deste mi imposible amor.

Porque, como más furioso
sale el viento detenido,
así mi fuego encendido
fué en secreto riguroso.

Y pues fuí tan desdichado
que viva la amaba quien
con hacerme tanto bien
me tuvo siempre obligado,
y muerta no pareció,
para que antes que muriese
éste mi amor entendiese
que en tan mal punto nació,
quiérome volver a España,
donde tanta desventura
me dé propia sepultura
antes que en Italia extraña.

OCTAVIO. De manera hasta morir
propuse tenerte amor,
que siento más tu dolor
que el mío puedo sentir.

Y a ser viva Policena,
para ti la procurara
si a mi noticia llegara
en este tiempo tu pena.

¡Vive Dios que no es aquesto
darte lo que es muerto ya,
sino es que en mi alma está
ese mismo presupuesto!

Y que no siendo mujer,
prima, hermana o madre propia,
no tuviera a cosa impropia
entregarla a tu poder.

¡Queda con Dios, a quien ruego
te haga siempre dichoso!

DON ANTO. ¡Ah, príncipe valeroso,
a cuya luz estoy ciego!

¡Dame esos pies cien mil veces!

OCTAVIO. Con los brazos se despiden
los amigos.

DON ANTO. Eso impiden
quien soy y lo que mereces.

OCTAVIO. Yo estoy demasiado tierno.
Firmio, Alférez, te dará
una banda que allí está
esmaltada a lo moderno,
porque tengas en España
del Conde Octavio memoria.

DON ANTO. De quien es de Italia gloria,
el sol mira y el mar baña.

OCTAVIO. Y hasta quinientos ducados
Firmio te dará también.

(1) Z y V: tanto bien me perdi.

(2) Z y V: efecto.

DON ANTO. Esos quiero yo que estén
en Firmio bien empleados.

OCTAVIO. No muestres tanta hidalguía.
Firmio se queda a saber
si hay nuevas de parecer
esa prenda tuya y mía.

Con él me avisa y me llama
si por dicha pareciere.

DON ANTO. Aguarda.

OCTAVIO. ¿Dices que espere?

DON ANTO. Sí; por vida de quien te ama.

Tus entrañas amorosas
abracen la voluntad;
no salgas de la ciudad
mientras dispongo mis cosas,
y la palabra te doy
de ir a tu tierra contigo.

OCTAVIO. Por llevar tan buen amigo
digo que contento estoy.

Firmio, ya no he de partir;
avisarás a esa gente.

DON ANTO. El cielo tu vida aumente.

OCTAVIO. Esto y más puedes pedir,
porque a trueque de llevarte,
yo me pasaré la pena
que me dará Policena,
o me pasaré a otra parte.

Y pues que partir no puedo,
quiero a Virginio avisar.

(*Vanse el CONDE y FIRMIO.*)

DON ANTO. Tanto sabes obligar,
que en obligación te quedo.

Quedo aquí desesperado,
más triste y corrido al doble
de haber un brazo tan noble
tan leal sangre sacado.

¿Hay desdicha semejante
que a quien me diera su vida
tenga de mi mano herida?
Pero entonces fuí ignorante;
que agora de mí se arguya
que antes sacara esta espada
mi alma, que ver manchada
la punta de sangre suya.

A hombre tal, testigo es Dios
que a Policena le diera;
hoy de dos, si dos hubiera,
no tomara una de dos.

¿Qué diera por no haber sido
el que le hirió? Don Juan viene.

(*Sale DON JUAN.*)

¡Oh, qué gentil cuenta tiene
el ganado del perdido!

¿Cuánto ha que no parecéis?

DON JUAN. Aun pues ahora me veis,
creo que he venido presto (1).

¿Querriades monacillo
en vuestras lamentaciones?

¿Cómo va de ojos llorones?
Un poco estáis amarillo.

¡La vida me diera a mí
andarme tras vos llorando!

DON ANTO. ¡Qué bien que vais entablando
el olvidaros de mí!

DON JUAN. ¿Ha habido mucha locura
con ese bien por acá?

DON ANTO. No va bien, si el bien se va,
don Juan, a la sepultura.

De todo ha habido su poco,
porque es mucho el bien que pier-
no es posible que esté cuerdo [do;
pues que no me he vuelto loco;
mas tiempo habrá para todo.

DON JUAN. ¿Luego no hemos acabado?

DON ANTO. Mejor diréis empezado.

DON JUAN. Pues yo me voy dese modo;
que no estoy para sufrir
ver a un amante llorón (2).

DON ANTO. ¿Y es esa buena razón
dejar me para morir?

DON JUAN. ¿Dónde fué aquesta mujer?
¿Cómo o cuándo se perdió?

DON ANTO. Porque me perdiese yo,
perdióse, don Juan, ayer.

DON JUAN. ¿A qué noria atada andaba,
que cayó por falta de uso?
¿A qué ventana se puso?
¿A qué pozo se miraba?

¡Vive Dios que es caso extraño!

DON ANTO. Sólo sé mi perdición.

DON JUAN. ¿Y es verdad lo del pregón?

DON ANTO. ¿Y eso puede ser engaño?

¿No es cosa patente y clara?

DON JUAN. El que agora la tuviera,
gentil casamiento hiciera.
¡Qué buen dinero ganara!

DON ANTO. Dichoso el que en hora buena
remediara su desdicha.

DON JUAN. ¿Qué me darás si, por dicha,
te doy viva a Policena?

(1) Falta el primer verso de esta redondilla en las seis ediciones.

(2) Z y V: llorar.

DON ANTO. ¡Que agora os burléis de mí!

DON JUAN. Digo que de veras vengo,
porque a Policena tengo
para entregártela a ti,
porque te cases con ella
y remedies tus cuidados,
aunque cuatro mil ducados
valieran más que no ella.

DON ANTO. ¿Qué dices?

DON JUAN. Digo verdad;
que el día que la hablé,
con un disfraz concerté
sacarla de la ciudad.

DON ANTO. ¿A qué efeto? (1)

DON JUAN. A que te viese
hacer este desafío.

DON ANTO. ¿Dices verdad, don Juan mío?

DON JUAN. ¡Ya es bueno que burlas fuese!
Maldígame todo el suelo
si no la saqué de aquí.

DON ANTO. ¿Tú?

DON JUAN. Yo.

DON ANTO. ¿Tú mismo?

DON JUAN. [Yo], sí;
como hombre, cubierta el pelo.

DON ANTO. ¡Jesús!

DON JUAN. ¡San Blas!

DON ANTO. ¡Don Juan mío!

Vesme aquí echado a tus pies;
ya creo que verdad es
que fué a ver el desafío.

Si quieres que viva un hora,
antes della venga aquí

DON JUAN. Sí haré, que por verte a ti
no poco suspira y llora.

¡Oh, qué gentil invención!

DON ANTO. ¿No iré yo contigo?

DON JUAN. No.

DON ANTO. ¿Por qué?

DON JUAN. Porque basto yo.

¡Bien acertada traición!

Con esto queda también
el secreto sepultado,
que de un gran mal he sacado
tan grande suma de bien.

(Vase.)

DON ANTO. ¿Es posible que mi suerte
ya la sentencia revoca,
y en tanto bien la convierte

(1) Z: effecto.

una vez puesta en la boca
de la rigurosa muerte?

Lo que tanto yerro ha sido,
¿tan acertado ha salido
que está el casarme en mi mano?
A todo el concierto es llano
por el pregón prometido.

¡Oh, grande ventura mía!
Pero ¿qué lugar esconde (1)
los ojos de mi alegría?

(Sale[n] el CONDE y FIRMIO.)

OCTAVIO. ¡Oh, Alférez amigo!

DON ANTO. ¡Oh, Conde!
Ir a buscarte quería.

OCTAVIO. ¿Qué hay de nuevo?

DON ANTO. Dar indicio
de que servirte codicio (2)
con una prenda perdida,
que no podré yo en mi vida
hacerte mayor servicio.

OCTAVIO. Alegre estás.

DON ANTO. Con razón (3),
que es más de lo que se suena
la fiesta del corazón.

OCTAVIO. ¿Cómo?

DON ANTO. Tengo a Policena.

OCTAVIO. ¿Ya llega aquí tu pasión?
¡Firmio, él ha perdido el seso!

FIRMIO. No es mucho, con el suceso
de tan amorosa pena.

DON ANTO. ¡Tengo, al fin, a Policena,
por un extraño suceso!

Y, pues ha sido conmigo
tu gran (4) liberalidad
más que de hermano y amigo,
hoy verás mi voluntad
quererme igualar contigo.

Hoy verás que el español
jamás tiene ingratitud,
y que es oro en el crisol,
y que sigue la virtud
como la eclíptica al Sol.

Hoy verás si te he pagado
el amor que te he mostrado,
por ventura, en mayor copia,
pues te doy el alma propia.

OCTAVIO. ¡El está ya rematado!

(1) Z y V: absconde.

(2) Z: cudicio.

(3) Z: sazón.

(4) Z y V: grande.

DON ANTO. Parece que estás suspenso.

¿No crees lo que te digo?

OCTAVIO. Que estás engañado pienso.

DON ANTO. ¿Esta es verdad, Conde amigo!

¿Verdad, por el cielo inmenso!

OCTAVIO. Pues, amigo Alférez, di:

¿no quedaste agora aquí?

DON ANTO. Verdad, aquí quedé yo.

OCTAVIO. Pues ¿de qué cielo cayó?

DON ANTO. Don Juan me la trujo.

OCTAVIO. Así,

Firmio, verdad puede ser.

FIRMIO. Si con éstos no lo veo,

juro de no lo creer.

OCTAVIO. Alférez, yo bien lo creo,

sólo por no te ofender;

que en lo demás, el dolor

dese tu perfeto (1) amor

pienso que te ha vuelto loco.

DON ANTO. ¿Dártela tienes en poco?

Pues escucha, hazme un favor:

dámela, tú, Conde, a mí,

como la tengo y la hallé.

OCTAVIO. Yo te la doy desde aquí.

DON ANTO. Luego ya cumplo mi fe

con dártela antes a ti.

Mira, Conde, que te he dado

a Policena, que he hallado,

y por hacerme placer,

tú me la quieres volver.

OCTAVIO. ¿El está ya rematado!

Digo que has ya bien cumplido

como español, como hidalgo,

como noble y bien nacido,

y que en cuanto puedo y valgo

confirmo lo prometido.

DON ANTO. Por el pregón publicado

haz cuenta que estoy casado;

a entrambos, Conde, nos den

de la boda el parabién.

OCTAVIO. ¿El está ya rematado!

(Salen el GOBERNADOR, VIRGINIO y FAVILA.)

GOBERN. Por ventura dirá della.

VIRGINIO. Pues ¿quién sabe el punto y hora?

FAVILA. Camila estaba con ella.

VIRGINIO. Gran ciencia ha mostrado ahora.

GOBERN. Gran fama tiene por ella.

FAVILA. ¿Llamaré a Camila?

GOBERN. Sí,

porque ella nos diga aquí
cuándo faltó, y volverás
al astrólogo.

FAVILA. ¿Eso más? (1)

(Vase.)

GOBERN. Conviene, Favila, así.

OCTAVIO. Si esa hora y ese punto
es sólo porque parezca
nuestro bien, viene difunto,
porque hay quien darla se ofrezca.

VIRGINIO. Oye esto.

GOBERN. ¿Y quién?, pregunto.

DON ANTO. Yo, señor.

VIRGINIO. ¿Tú, don Antonio?

DON ANTO. Yo, pues.

VIRGINIO. ¿Qué furia o demonio
has conjurado?

DON ANTO. Eso pasa;
yo la pondré en esta casa,
que es el mayor testimonio.

VIRGINIO. Sin creerlo, de alegría
tengo los ojos turbados.

¡Oh, Alférez! ¿Qué sería
si los cuatro mil ducados
te ganases en un día?

DON ANTO. ¿Gentil afrenta me has hecho!
¿Luego no estás satisfecho
que soy tu igual?

VIRGINIO. Pues ¿quieres
casarte?

DON ANTO. Si me la dieres,
y cuando no, a tu despecho.

Espanoles hay aquí
que dirán muy bien quién soy.

OCTAVIO. Eso se fíe de mí;

el fiador de todo soy.

VIRGINIO. ¿Que es mi igual?

OCTAVIO. Digo que sí,

y hombre tan virtuoso,
que sois, Virginio, dichoso
cuando este concierto cuadre.

VIRGINIO. Su suegro soy, y su padre;
y él, de Policena esposo.

Desde aquí le doy mis brazos.

DON ANTO. La mano basta, señor.

VIRGINIO. No, sino dos mil abrazos;
obligame tu valor.

¿De qué sirve alargar plazos?

OCTAVIO. ¿No es gracioso casamiento?

(1) Z y V: *perfecto*.

(1) Z y V: *y esso más*.

GOBERN. Virgilio, con el contento
de que su hija parezca,
no hay partido que no ofrezca.

(*Entra[n] CAMILA y FAVILA.*)

FAVILA. Entra tú, y sabrás su intento.

CAMILA. Mi señor, ¿qué es lo que quieres?

VIRGINIO. No, hija, ninguna cosa
más de que a tu hermana esperes,
ya de don Antonio esposa.

(*Entran DON JUAN y POLICENA con máscaras.*)

DON JUAN. Ten ánimo y no te alteres.

DON ANTO. ¡Don Juan!

DON JUAN. A tiempo he llegado.

DON ANTO. Ya en tu nombre me he casado.
¿Adónde está Policena?

DON JUAN. ¡Traigo, por Dios, una pena
que vivo desesperado!

DON ANTO. ¿Cómo así?

DON JUAN. Que se me ha ido
de donde para traella
quedó.

DON ANTO. ¡No hay más; soy perdido! (1)
¡Por ti me casé con ella;
en grande afrenta he caído!
Toma esta daga muy quedo,
y dame, don Juan, sin miedo,
de modo que yo no vea
esta afrenta.

DON JUAN. ¡No lo crea!

DON ANTO. ¡Mátame, traidor!

DON JUAN. ¡No puedo!

Señores, mucho me he holgado
que aquí el señor don Antonio
tan buen suegro haya cobrado,
y él tal dama en matrimonio,
y ella en él tal desposado.

Yo soy quien por ella fuí,
Alza el rostro; veísla aquí;
que desta suerte salió
a ser máscara.

POLICENA. ¡Eso no!

DON JUAN. ¡Ea!

POLICENA. Buena estoy así.

VIRGINIO. ¡Hija!

DON ANTO. ¡Mujer!

CAMILA. ¡Loca extraña!

FAVILA. ¡Famoso vino de España!

CAMILA. ¡Que viva te acerté a ver!

POLICENA. Salí para cierta hazaña,
y no acertaba a volver.

VIRGINIO. Basta que seas viva, y sobra.

DON ANTO. ¡Dame, mi bien, mil abrazos!

OCTAVIO. Pues que Policena cobra
marido, dame tus brazos.

VIRGINIO. Aquesa palabra sobra.

Camila, dalos. ¿Qué aguardas?

CAMILA. Ya los doy.

GOBERN. Yo el parabién
de las dos bodas gallardas.

VIRGINIO. Haz que esas mesas estén,
Favila, a punto. ¿Qué tardas?

FAVILA. Ese cuidado me den.

FIRMIO. En esto se acaba, pues,
La traición bien acertada.
Si la comedia os agrada,
será señal que lo es.

(1) En las seis ediciones: *yo soy perdido.*

COMEDIA FAMOSA
DEL
TRIUNFO DE LA HUMILDAD
Y SOBERBIA VENCIDA
DE
LOPE DE VEGA CARPIO

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES:

EL PRÍNCIPE TREBACIO.
FILIPO, *su hermano*.
ARNESTO, *Conde*.
REMUNDO, *caballero* (1).
LANSPEGIO, *caballero*.

FELISARDA.
CELIO, *criado*.
ELISA, *criada*.
EL REY DE MACEDONIA.
ISBELLA, *su hija*.

EL DUQUE RODULFO.
POLDERIGO, *General*.
UNOS CARBONEROS.
LOPE, *lacayo*.

ACTO PRIMERO

(Sale TREBACIO, *Príncipe de Albania y el Conde FILIPO, su hermano*; TREBACIO desnuda la espada (2), y de por medio LANSPEGIO, y REMUNDO, y otros caballeros.)

TREBACIO. Pues ¿tú te atreves a mí?
FILIPO. ¡Detén, hermano, la furia;
que yo jamás te ofendí!
TREBACIO. Basta, para ser injuria,
que yo lo piense de ti.
FILIPO. Harásme sacar la espada.
REMUNDO. Deténgase Vuestra Alteza,
porque el tenerla envainada
es respetar mi cabeza,
a que ha nacido obligada.
TREBACIO. ¡Dejádmele dar la muerte!
FILIPO. Sed testigos caballeros,
cómo tengo desta suerte
envainados los aceros.

(1) Las tres ediciones vacilan entre *Remundo* y *Raymundo*, *Philipo* y *Philip*. No figuran en esta lista de personajes, aunque desempeñan papel importante en la comedia: *Lisarda*, *labradora*; *Manfredo*, *Capitán*; *Una pastorcilla*; *Lisco*, *pastor*; *Nisc*, *carbonera*; *Lirano*, *Torindo*, *Simundo*, *Turino*, *Pilón*, *Silvio* y *Feniso*, *villanos y carboneros*. En M y B, por indudable errata, en lugar de *Lanspegio*, dice: *Lansgraeue*, *cauallero*.

(2) M y Ma: *desnudas las espadas*.

LANSPEGIO. Señor, su humildad advierte.
TREBACIO. ¿Humildad en un traidor?
FILIPO. ¡Eso no! ¡Y si no mirara
que eres mi hermano mayor...!
TREBACIO. ¿Veis lo que dice en mi cara?
REMUNDO. ¿De qué te espantas, señor,
si traidor al Conde llamas?
FILIPO. Tú, Príncipe, no me infamas;
que eres mi hermano, y yo soy
tu hechura.
TREBACIO. ¡Templando estoy
del mismo infierno las llamas!
¡Que éste tenga atrevimiento
de osar mirar lo que miro!
FILIPO. Ni la miro, ni lo intento;
antes me aparto y retiro
de ofender tu pensamiento.
Y la palabra te doy
de que no la mire más;
mira si obediente soy.
TREBACIO. ¡Pienso que fingiendo estás!
FILIPO. Diciendo verdad estoy.
TREBACIO. A mí, Filipo, ¿qué importa?
Tu daño harás en mentir,
mientras esta espada corta.
FILIPO. ¡Tú me lo puedes decir!
TREBACIO. ¡La lengua, Conde, reporta;
que a bofetones, a coces,
te haré pedazos aquí!
LANSPEGIO. ¡Detente!

TREBACIO. ¡Mal me conoces!

FILIPO. Una vez te respondí,
y siempre humilde a tus voces.
Sabe Albania y sabe el mundo
que no soy cobarde, y sabe
que en tierra, que en mar profundo,
ya en el campo, ya en la nave,
he sido un César segundo.
Ejércitos he rendido;
cinco batallas vencido,
y pude (1) por mi persona
ver a mis pies la corona
de enemigos que has tenido.
Ser tú mi hermano mayor
me obliga a respeto igual;
que bofetones, señor,
la infamia los sufre mal,
cuanto y más el noble honor.

TREBACIO. ¡Quitalde luego la espada!

FILIPO. No querrán estos señores,
de quien es y ha sido honrada.

TREBACIO. Sí querrán; porque a traidores
es justo.

FILIPO. ¡Oh, cuánto me agrada
verte tan gran honrador
de tu sangre! ¿Yo traidor,
Príncipe de Albania?

TREBACIO. Sí;
porque te atreves a mí,
que soy tu rey y señor.
Y cuando aquesto no fuera,
soy Trebacio, hombre a quien diera
entre los dioses lugar,
ara, templo, incienso, altar,
Roma, si sucesor fuera;
que el nacer cristiano ha sido
la causa porque he tenido
de sólo príncipe el nombre.

FILIPO. ¡Mira, señor, que eres hombre!

TREBACIO. Confieso que hombre he nacido.
Mas no soy de aquella parte
de quien la Naturaleza
comúnmente los reparte;
que para hacer mi grandeza
hizo otra materia aparte.
Piedra es el rubí, el zafir,
la esmeralda, el girasol;
mas no pueden competir
con aquel hijo del Sol,
diamante eterno, en sufrir.
Metales hay; pero el oro

se debe al mayor decoro.
Aves hay; mas una sola
fénix, que el fuego acrisola.
Bestias hay; el tigre, el toro;
pero es el rey el león.
Peces hay; mas las ballenas
de mayor grandeza son.
Músculos, nervios (1) y venas
se rinden al corazón.

Ríos hay; mas con el mar
no se pueden comparar.
Calidades más perfetas
entre los siete planetas
suelen a Júpiter dar.

Y así, vengo a ser diamante,
oro, fénix, corazón,
y ballena, y mar de Atlante,
y Júpiter, y león,
sin admitir semejante.

¡Mal hayan los inhumanos
hados, porque no nací
entre Césares romanos;
pues me adoraran allí,
aunque entre sus dioses vanos!

(Vase.)

FILIPO. ¡Ay de tu loca arrogancia!

REMUNDO. El ha llegado, Filipo,
donde será de importancia
tu gobierno.

FILIPO. Si anticipo
a su vida mi ganancia,
me quite el cielo la mía.

REMUNDO. Pues ¿en qué puede parar
su soberbia y tiranía?

FILIPO. En que me la ha de quitar
si en su sospecha porfía.

REMUNDO. No tengas temor; que el cielo
te ha de librar de su mano.

FILIPO. Hoy a su clemencia apelo.

LANSFER. Hombre tan soberbio y vano
no puede sufrirle el suelo.

REMUNDO. Ya sus arrogancias son
insufribles.

FILIPO. Caballeros,
cese la murmuración;
que sacaré los aceros
que envainaba la razón.

No soy yo de los que aspiran
a estados con daño ajeno,

(1) B: *puedes*.

(1) M y B: *nervios*.

porque sólo su bien miran;
de todo yerro y veneno
mis sentidos se retiran.

Metales tiene la tierra;
plomo soy de sus metales;
fénix el Arabia encierra,
cuyas aras inmortales
hacen a los tiempos guerra;

mas yo, pajarillo soy.
Si animales hay valientes,
cual cierva tímida soy;
y al mar, entre ríos y fuentes,
como arroyo humilde voy.

Si hay un eterno diamante,
yo soy vidrio quebradizo.
Si Júpiter arrogante
sobre el Sol estrados hizo,
yo soy la Luna menguante.

Si es mi hermano el corazón,
yo soy los humildes pies.
Si hay peces que focas son,
ya débil marisco es
mi rendido corazón.

Sin arrogancia ninguna,
soy arroyo, vidrio y Luna,
pez, pajarillo, arroyuelo,
cierva, plomo, pie y el suelo
de los pies de la Fortuna.

Y en ser cristiano, aunque coma
el pan que siembre, más fundo
mi honor que el cetro que toma
de los imperios del mundo,
de Constantinopla y Roma;
que el ser Dios de vanidad
es locura y necedad;
que el ser cristiano y salvarse,
es ser rey para sentarse
en reino de eternidad.

(Vase.)

REMUNDO. ¡Prudente humildad!

LANSFER. Y tanto,
que me ha dejado confuso.

REMUNDO. Bajóse Filipo cuanto
Trebacio en alto se puso.

LANSFER. Los dos me causan espanto:
el uno, en querer subir,
y el otro en querer bajar.

REMUNDO. No veo que el competir
es materia de reinar,
como se suele decir.

LANSFER. ¡Bien dices! que amores son,
y la causa viene aquí!

(Sale FELISARDA, dama, con LOPE, lacayo, y ELISA,
criada.)

FELISARDA. ¡Qué engaño, qué confusión!

LOPE. Ya te digo que lo vi,
pues todo fué sin razón.

El tiene celos que sobra,
y, en fin, es hombre arrogante,
y pondrá su muerte en obra.

FELISARDA. Desengaños de constante,
no celos de amante, cobra.

LOPE. O celos o desengaños,
él le ha querido matar.

FELISARDA. Uno y otro son extraños.

LOPE. Yo no sé diferenciar
la calidad de sus daños.

Porque si un desengañado
luego viene a ser celoso,
y no es celoso engañado,
el desengaño es forzoso
que esos celos le haya dado.

Mas mira que hay gente aquí.

FELISARDA. Remundo y Lanspergio son.

LANSFER. Recatado se han de mí.

REMUNDO. Pues quitemos la ocasión.

(Vanse.)

FELISARDA. ¿Fuéronse?

LOPE. Señora, sí.

FELISARDA. ¿En fin, el Príncipe, fiero,
para su hermano sacó
soberbio, el cobarde acero?

LOPE. ¡Por Dios, que el Conde calló,
aunque le temí primero!

FELISARDA. Si tiene tan bien probada
su intención en tantas guerras,
y a poca tierra heredada
há ganado tantas tierras,
bien hizo en tener la espada.

LOPE. No es creíble la obediencia
que a su hermano mayor tiene.

FELISARDA. ¡Bien lo mostró su paciencia!

(Sale el CONDE FILIPO, solo.)

FILIPPO. ¡Felisarda!

LOPE. El Conde viene.

FILIPPO. Yo vengo por tu licencia.

FELISARDA. Licencia, Conde querido.
¿Para qué?

FILIPPO. Para ausentarme,
licencia y paciencia pido:
licencia para matarme;

paciencia para tu olvido.

Yo no sabía el amor
que mi hermano te tenía;
es mayor, soy el menor.
y aunque ésta es hacienda mía,
quiere heredarla el mayor.

Sobre celos ha tenido
conmigo tales enojos,
que los míos han querido
perder el bien de tus ojos
para no verme perdido.

Es el Príncipe mi hermano
tan soberbio y arrogante,
tan loco, insufrible y vano,
que parece semejante
del mundo el primer tirano.

Ni admite satisfacción,
ni le vence la humildad,
ni le obliga la razón,
ni conoce la amistad,
ni agradece la intención.

Pues para tanta fiereza,
Felisarda, no me mandes
que oponga tanta flaqueza;
que entre peligros tan grandes
le correrá mi cabeza.

Si te acordares de mí,
que Lope vendrá a saber
si vivo, señora, en ti,
con él puedes responder
lo que te sucede aquí.

Que, deseando tu bien,
con mi hermano te mejoras.

FELISARDA. La lengua y paso detén;
que en término de dos horas
verás la fuerza a un desdén.

Y será de tal manera,
que con hierros (1) de tu ausencia
me daré la muerte fiera;
que creas por experiencia
que hubo mujer verdadera.

Que ser tu hermano arrogante
no me ha de espantar a mí;
que si en amor semejante
amante contigo fui
sin ti pienso ser diamante.

No me quejo de tu amor;
quéjome de tu valor,
pues parece cobardía
que tu hacienda, por ser mía,
des a tu hermano mayor.

Mas no está muy acabado
con el dueño, que soy yo;
que aunque tú la hayas dejado
al poder donde quedó
ningún poder va forzado.

(Vase.)

LOPE. Ella se fué.

ELISA. Con razón
va, mi señor, enojada.

FILIPO. Elisa, violencias son
de una voluntad forzada.
No culpes a mi afición.

ELISA. Dile que no puedo más.
Sí puedes.

FILIPO. Tú lo verás
en lo que pasa por mí.

ELISA. Vuélvela a ver.

FILIPO. ¡Ya perdí
la esperanza que me das!

(Vase FILIPO.)

LOPE. ¡Ay, Elisa! No te espantes
de que el Conde, mi señor,
en casos tan importantes
haga enano su valor
donde hay contrarios gigantes.

ELISA. Sabe, amor, que desde aquí
el alma se me hace rajas.
¿Vaste con él?

LOPE. Voy sin mí
donde a sombra de tinajas
lloraré, Elisa, por ti.

ELISA. Ten lástima que una aldea
hoy mi sepultura sea.
Tú vas a tu natural;
mas un hombre principal
mal en los montes se emplea.

LOPE. ¿Qué haréis allá?
Cazaremos,

y otras veces jugaremos,
de la soledad compás,
aunque pienso que lo más
en murmurar pasaremos.

ELISA. ¿De quién?

LOPE. De roques y damas,
por vengar entre las ramas
lo que en Corte cortan dél.

ELISA. ¿Que hay quien corte?

LOPE. Sí.

ELISA. ¿Papel?

LOPE. No, sino de ajenas famas.

(1) M y Ma: yerros.

ELISA. ¡Plega a Dios que os acordéis,
aunque sea murmurando!

LOPE. Tal ocasión nos daréis,
que estaremos siempre hablando
de agravios que nos hacéis.

ELISA. ¡Ay, el Príncipe!

LOPE. Yo huyo;
que anda a peligro la gola.

(Vase (1), y sale el PRÍNCIPE TREBACIO y CELIO,
criado.)

TREBACIO. De su resplandor arguyo,
si está Felisarda sola,
que no está lejos el suyo.

CELIO. Eso es decir que es aurora
Elisa de Felisarda.

TREBACIO. ¿Adónde está tu señora?

ELISA. Menor la visita (2) aguarda
de la que le viene agora.

TREBACIO. ¿A quién espera?

ELISA. A su hermano.

TREBACIO. ¿Puédola hablar?

ELISA. Bien podrás,
todo a tu grandeza es llano.

TREBACIO. Dila que espero.

ELISA. Verás
un sol, un ángel humano.

(Vase ELISA.)

TREBACIO. Hoy quiero ver lo que puedo.

CELIO. De su determinación
tengo miedo.

TREBACIO. Pierde el miedo;
que aunque en amor no hay razón,
verás que della no excedo.

CELIO. Pues ¿qué harás?

TREBACIO. Cosa tan justa
que a todos cause contento.

CELIO. ¿Es casamiento?

TREBACIO. ¡Si gusta...!

CELIO. Sí hará, porque el casamiento
a ningún desdén disgusta.
¡Buen agüero!

TREBACIO. ¿De qué suerte?

CELIO. Salió en oyendo tu nombre.

TREBACIO. Celio, sin temor advierte:
tiembla de amor el más hombre;
es más fuerte que la muerte.

(Salen ELISA, criada y FELISARDA.)

FELISARDA. ¿El Príncipe a mí?

ELISA. No seas
en desdenarle atrevida,
si vida y honra deseas.

FELISARDA. Fuése en Filipo mi vida.

ELISA. No hayas miedo que le veas.

TREBACIO. Si una fe constante y pura,
si un amor firme y constante
merece tener ventura,
aquí le tienes delante.
Turbóme tanta hermosura.

CELIO. Habla, que es mujer.

TREBACIO. No es;
que es un cielo, un serafín.

CELIO. Si los chapines le ves,
mira que no hay serafín
con tanto corcho en los pies.

TREBACIO. Fué discreción del primero,
que en los pies corcho les puso:
símbolo el más verdadero,
pues su edificio compuso
sobre cimiento ligero.

Felisarda, yo turbado,
y tú admirada, ¿qué haremos?

FELISARDA. Uno y otro son extremos.

TREBACIO. Si tú y yo somos extremos,
el medio será acertado.

Tu padre, el Duque, ya muerto,
trató casarme contigo;
que lo deseo te advierto;
pienso que en esto te obligo
ejecutando el concierto.

No hay en Albania, si quieres
ser su Reina, otro señor.

FELISARDA. Su señor, Trebacio, eres;
pero el mayor es Amor.

TREBACIO. Eso en las viles mujeres.

Yo no te vengo a forzar,
puesto que es mi condición
que Amor me enseña a rogar.
No o sí, las respuestas son
del querer o del negar.

¿Qué me respondes (1), no, o sí?

FELISARDA. ¿Qué diré, triste de mí?

TREBACIO. Si dices sí, será justo.

Si dices no, sin mi gusto
no pienses salir de aquí.

A nadie tengo temor.
Merezco a un ángel, y aun fuera
corto premio a mi valor,

(1) B: váyase.

(2) M y B: vista.

(1) M y B: respondas.

matarme solicita.
¡Oh! ¡Que en tan poca tierra,
como es mi cuerpo, humildemente
Tú que tienes la llave [cabe.
del premio y del castigo,
Hacedor soberano,
dale piedad de hermano,
y no rigor de bárbaro enemigo.
¡Mis humildades mira,
y temple la soberbia de su ira!

(Sale LOPE, lacayo.)

LOPE. Así te dé Dios contento,
que si le quieres tener,
oigas cantar y tañer,
aunque en rústico instrumento,
una pastorcilla bella
que por este monte baja
haciendo a Orfeo ventaja,
pues se van almas tras ella.
Que yo estaba en lo sombrío
de este valle haciendo dueño
de mis cuidados el sueño,
por ventura el mayor mío,
y me despertó su voz,
tan angélica, que puede
hacer que encantado (1) quede,
cantando, un áspid feroz.

FILIPPO. ¡Ay, Lope!, mi sólo amigo
en trance tan duro y fiero,
de mis males compañero,
de mis desdichas testigo;
español que por su espada
traje de la guerra aquí,
¿qué bien habrá para mí,
en tanta fortuna airada?

LOPE. ¿Ahora quieres que demos
a un instrumento el oído?
Pues que darle no has querido,
por tus humildes extremos,
a las cajas de la guerra
contra tu cruel hermano,
que por bienquisto y humano
te clama toda la tierra,
dale en estas soledades
a las labradoras rudas
que por estas selvas mudas
cantan sencillas verdades.

FILIPPO. ¿Es ésta que viene aquí?
LOPE. La misma.

FILIPPO. Templando viene.
LOPE. Oirás la gracia que tiene.
FILIPPO. ¿Es mucha?
LOPE. Pienso que sí.

(Sale LISENA, labradora, cantando este romance:)

LISENA. Esta letra está en el cielo,
en lo alto de su alcázar:
Dios ensalza al que se humilla,
Dios humilla al que se ensalza.
En los rincones del Templo,
el que indigno se juzgaba,
más le agradó que el soberbio
que junto al altar estaba.
La piedra que reprobaron
vino a estar levantada
de Salomón (1) en el Templo,
cumpliendo Dios su palabra.
Dios da coronas y cetros,
Dios hace reyes de nada:
Dios ensalza al que se humilla,
Dios humilla al que se ensalza.

LOPE. ¿Fuéese?
FILIPPO. Para mí no es,
Lope, ruda labradora:
ángel es.

LOPE. Espera ahora,
iré a mirarle los pies.
FILIPPO. No la sigas: que, sin duda,
ha sido aviso del cielo.
LOPE. ¿Ángel en humano velo?
¿Vas vestida o vas desnuda?
¿Vas, por ventura, calzada (2),
o con sandalia o jervilla?

FILIPPO. "Dios ensalza al que se humilla,
Dios humilla al que se ensalza."
¡Notable impresión ha hecho
hoy esta sentencia en mí!
Si Dios lo promete así,
¿qué tiembla mi humilde pecho?

Sea su venida acaso,
Lope, o misterio sea,
lo que es justo es que lo crea.
LOPE. Cuando yo alargaba el paso,
¿para qué me detuviste?

FILIPPO. ¿Qué querías?
LOPE. Sólo ver
si era, cual pienso, mujer,

(1) B y M: Salomon.

(2) Así este verso en las tres ediciones. Acaso sería: *Vas por ventura con calza.*

(1) M: en cantando.

o el ángel que me dijiste;
pues luego que me acercara,
era, sin duda, el volar.

(Sale REMUNDO y LANSPEGIO.)

REMUNDO. Por aquí debe de estar.

LANSPEGIO. Aquél es.

REMUNDO. La gente para.

Generoso Filipo, Conde ilustre,
dame esos pies.

FILIPPO.

Remundo, ¿qué es aquesto?
¿Tú por aqueste monte? ¿Anda, por dicha,
cazando aquí mi hermano?

REMUNDO.

No pudiera,
fuera de sí, buscar fiera tan fiera.
El me envía a llamarte.

FILIPPO.

¿De qué suerte?

REMUNDO.

Hase casado.

FILIPPO.

¡El Príncipe, casado!

REMUNDO.

Si no es que la inconstancia le arrepiente
del amor de la bella Felisarda.

FILIPPO.

Pues, dime, ¿es Felisarda?

REMUNDO.

Con la furia
que pudiera algún bárbaro que hubiera
conquistado este reino, entró en su casa
y, con violencia, la llevó a la suya.

FILIPPO.

¡Válgame el cielo!

LOPE.

Una palabra escucha:
Una cierta sirvienta entreverada
como pernil, entre doncella y dueña,
¿arrojóse a la mar, mirando a Europa,
o qué fin tuvo?

REMUNDO.

Pienso que decían
que era de Celio, un cierto portafrasco
de los gustos del Príncipe, hombre alegre
que a solas bufoniza con su amo.

LOPE.

¡Válgame el cielo!

FILIPPO.

¿Qué mayor consuelo,
en una gran desdicha, que es eterna?
¿Podré quejarme yo de Felisarda?
No, que conozco el fiero hermano mío.
Pues dél, ¿cómo podré también quejarme?
Quejaréme, a lo menos, de que quiera
que vaya a ver mi muerte.

LOPE.

Si consuelo
puede quedarme en tanta desventura,
es que Elisa se case a su disgusto,
y con hombre criado a sus costumbres,
de aquel asombro de Naturaleza.
Matarlo tengo a coces, sobre celos;
no pocos le dará mi hermoso talle,
cuando pasee, galán, su puerta y calle.
Sombrecito ha de haber en el cocote;
roseta, que de fieltro sirva al tiempo;
puñazos como calzas de palomo,
tiros enanos y gigante espada,
bigotes que a los ojos amenacen
y que con las pestañas se amostacen.

FILIPPO.

¿Qué sirve imaginar desdichas vanas?
El no admite ninguna; ¡yo soy muerto!
Morir viendo y no viendo, todo es uno.
¡Ea, Remundo, vamos a la Corte!

REMUNDO.

Aciertas, por humilde y obediente.

FILIPPO.

Dios ensalza, Remundo, el que se humilla.

LOPE.

¡Que se casase aquella picarilla!
¡Por la fe de español y de soldado,
que estoy, y con razón, muy enfadado!

(Vanse, y salen el PRÍNCIPE TREBACIO y LANSPEGIO, y acompañamiento.)

TREBACIO.

¿Que vino el General?

LANSPERGIO.

Con la vitoria
más próspera, señor, que César tuvo,
cuando el ver y el vencer le dieron gloria.

TREBACIO.

¡Qué poco tiempo en la conquista estuvo!
Mas luego mi temor le rendiría.

LANSPERGIO.

No dicen que un instante se detuvo.

TREBACIO.

Es la opinión de la grandeza mía
bastante a derribar, con miedo solo,
la inmensa torre que Nembrot hacía.

Pienso seré señor de polo a polo,
al paso que me lleva la Fortuna;
y del carro del Sol, segundo Apolo,
ya ni en tierra, ni en mar, temo ninguna. (1).

LANSPERGIO.

Ya viene el General, con el Rey preso.

*(Salen en orden, soldados con cajas, marchando,
arrastrando banderas; ARNESTO, General, con un
bastón, y el REY DE MACEDONIA, preso.)*

TREBACIO.

Tiene mi luz como del Sol la Luna.

ARNESTO.

La gloria de este próspero suceso,
después del cielo, a tu fortuna debes.

TREBACIO.

¡Oh, Arnesto amigo! Tu valor confieso,
y haré que el premio de esta empresa lleves,
aunque sé que venciste con mi nombre:
con él, los orbes celestiales mueves.
Deidad soy ya, que no soy mortal hombre.

Rayos puedo formar para la guerra,
y hacer que mi grandeza al mundo asombre.
Tú, rey de Macedonia: si a mi tierra
hubieras enviado la hija tuya,
que el interés mayor que el mundo encierra
satisficiera (2) la belleza suya,
tal capitán, la fama mi deseo,
sin que ahora la tierra te destruya.

(1) *M y Ma: ninguno.* Este verso va así, suelto,
aunque rima, en las tres ediciones.

(2) En las tres ediciones: *satisfaziera.*

REY.

Puesto a los pies de tu fortuna veo,
¡oh príncipe de Albania!, el oprimido
cuello de un rey, deste albanés trofeo;
mas no por eso el ánimo oprimido
para rendirte de mi sangre parias;
pues el oro no en balde fué nacido.

TREBACIO.

¿Oro me ofreces?

REY.

Y de otras cosas varias
puedo formar las parias que me pides,
que son a tu grandeza necesarias;
mas en pedir mi sangre no te mides
con la razón.

TREBACIO.

Pues ¿qué más justa cosa?

REY.

Conquista tú como albanés Alcides,
Trebacio, esta amazona belicosa;
que yo no puedo hacerla fuerza tanta,
ni obligarla a tu amiga, ni a tu esposa.

TREBACIO.

Tu libertad en la prisión me espanta;
mas tú verás la vida que te espera.

REY.

Ahora, tu fortuna te levanta.

TREBACIO.

Y me ha de sustentar, aunque no quiera;
que a coces haré yo que la Fortuna
pare la rueda a su mudable esfera.

REY.

No suele haber felicidad ninguna
que no decline alguna vez.

TREBACIO.

Conmigo
no puede haber declinación ninguna.

*(Sale un paje y POLDERIGO, y soldados, y el DUQUE
RODULFO.)*

PAJE.

Aquí viene el gallardo Polderigo,
tu almirante del mar, con una presa
de un pirata cosario, tu enemigo.

TREBACIO.

Es como tuya la dichosa empresa.
¡ Dame los brazos !

POLDERIGO.

Tu menor criado,
la tierra de esos pies adora y besa.
Rodulfo, a tu servicio rebelado,
tienes presente.

RODULFO.

Nunca fuí sujeto;
el mar, reino común, he navegado.

POLDERIGO.

Quitéle veinte naves, que prometo
a tu Alteza, señor, que no hay ninguno,
y no es de mi alabanza vil conceto,
que iguale su valor; uno por uno,
no ha visto el mar, en cuantos desde Argos
oprimieron los hombros de Neptuno.
Quitéle más, cien mil escudos largos,
y un tesoro de joyas, telas, sedas,
o robos de la mar, o ajenos cargos...

TREBACIO.

Con opinión de buen soldado quedas,
aunque el vencerle con mi nombre ha sido.
Los elementos, las celestes ruedas
me obedecen; en tierra y mar resido.

POLDERIGO.

¡ Bien queda mi servicio agradecido !

ARNESTO.

Las vitorias le tienen insolente;
la próspera fortuna le ha trocado.

TREBACIO.

¿ Qué ruido es éste, y qué tropel de gente ?

(*Salen unos villanos corriendo con una lámina, LI-
SEO, SILVIO, FENISO.*)

LISEO.

Yo he de llegar primero.

SILVIO.

Yo he llegado.

FENISO.

Dame esos pies.

TREBACIO.

¿ Qué es esto ?

LISEO.

Es que un tesoro
hallamos hoy los tres, cavando un prado.
¡ Hay tanta suma y cantidad de oro,
que puedes hacer láminas que cubran
tu palacio real por más decoro.

TREBACIO.

Como eso harán mis rayos que descubran.
¿ No veis cómo la tierra paga pecho,
aunque los muertos su tesoro encubran ?

LISEO.

Esta piedra, señor, sirvió de techo
al oro oculto.

LANSPERGIO.

Letras tiene encima.

TREBACIO.

¿ Qué dicen ?

LANSPERGIO.

Que será el nombre, sospecho,
del dueño dél.

TREBACIO.

¿ Encima está ? ¿ Qué enigma !

LANSPERGIO.

Hache es aquesta.

TREBACIO.

Y *ene* la segunda.

LANSPERGIO.

Tres son, no más ; y *ese* la tercera.

TREBACIO.

Pues ¿ qué dirán una *hache*, *ene* y *ese* ?

ARNESTO.

Si no hay vocal en medio cada letra,
será dicción, y todas tres dicciones
harán sentencia.

TREBACIO.

Dice bien Arnesto.

Vaya a ponerse en cobro este tesoro ;
y el que declare lo que en sí contienen
mando seis mil ducados.

RODULFO.

Los dos vamos.

LANSPERGIO.

Tu hermano viene.

TREBACIO.

Y mis enojos vienen.

(Sale FILIPO, REMUNDO y LOPE.)

FILIPO.

Temblando voy.

REMUNDO.

Ya sabes que llegamos.

FILIPO. Dame, señor, esos pies.

TREBACIO. ¿Por qué te fuiste de aquí?

FILIPO. Porque enojado te vi.

TREBACIO. Pues más lo estuve después.

¿Sabes mis vitorias ya,
y el descubierta tesoro?

FILIPO. Sé tus vitorias, y el oro
que descubriéndose va.

TREBACIO. ¿Y sabes que me he casado?

FILIPO. Sé que te casas, también.

TREBACIO. ¿Dijo Remundo con quién?

FILIPO. Remundo me lo ha contado.

TREBACIO. ¿Con quién dijo?

FILIPO. Con la hija
del duque Heraclio.

TREBACIO. ¿Qué aguarda
tu lengua? Di Felisarda,
si mi bien te regocija.

FILIPO. ¿Con Felisarda, señor?

TREBACIO. ¿No me das el parabién?

FILIPO. Parabién te doy también.

TREBACIO. Quiérote hacer un favor.

¡Hola! ¡Salga aquí mi esposa!

LOPE. [Ap.] (El diablo nos trajo acá.)

(Sale FELISARDA y ELISA.)

FILIPO. Tu esposa presente está.

TREBACIO. ¿No es hermosa?

FILIPO. ¡Y muy hermosa!

TREBACIO. Bésale luego la mano,
como a tu señora y reina.

FILIPO. Justísimamente reina.

LOPE. [Ap.] (¿Hay más soberbio tirano?)

FILIPO. (¿Es posible, cielo airado
contra la inocencia mía,
que ha llegado el triste día
en que a la muerte he llegado?
¿Estas las palabras son

que se fían de mujer?

¿Quién podrá, de hoy más, tener
dellas su satisfacción?

¿Estas las promesas fueron?

¿Tan presto tantas mudanzas?

¿Malhayan las esperanzas

que sus palabras creyeron!

No siento haberla perdido;

mas que mi cruel hermano

me mande besar su mano...

¿Qué haré, que pierdo el sentido?

Mano que la fe me dió,

y que su fe me ha quebrado;

mano que muerte me ha dado,

¿tengo de besarla yo?

Será bien morir aquí,

será bien que todo acabe,

pues este tirano sabe

que este bien me quita a mí.

Pero entonces justo fuera,

cuando Felisarda, ingrata,

que al mismo viento retrata,

firme en mi amor estuviera.

Pero si ella se ha mudado,

con sólo una hora de ausencia,

¿por qué no haré resistencia

a un amoroso cuidado?

Yo llego; mas, ¡ay de mí,

que el mismo amor me desvía!

Mas, si ella tuvo osadía,

¿por qué ha de faltarme a mí?)

Dadme esa mano a besar,
aunque a mis labios indignos.

LOPE. [Ap.] (Bien dicen los vizcaínos:

“¿Quién la pudiera cortar!”)

FELISARDA. ¡Ay, cielo, a lo que he llegado!

FILIPO. A más he llegado yo,

pues mano que me mató,

de rodillas he besado.

¿Quién pensara, estando ajeno

de una desdicha tan vil,

que en un vaso de marfil

le diera tanto veneno?

Al alma, que ya salía,

Felisarda, detuviste,

cuando en mi boca pusiste

mano tan helada y fría.

¿Que cuando al extremo llego

de muerte tan dura y breve,

sola tu mano de nieve

¡Oh, quién tuviera en los labios

tuviera un alma de fuego!

un sello que te pusiera

en ella, con que imprimiera
tu traición y mis agravios!

Porque cada vez que vieras,
puesto que en tan alto estado,
con descuido o con cuidado
la mano y sello dijeras:

esta señal de traidora
me puso un hombre ofendido,
que la pidió por marido
y la besó por señora.

FELISARDA. Conde, a los cielos pluguiera
que tuviéramos lugar
para poderte contar
cuál fué su vitoria (1) fiera.

¿No conoces de tu hermano
la crueldad, la tiranía?

Besaste la mano mía;
pero dejaste en la mano

tal veneno y tanto fuego
puesto, que en distancia poca
que emprimiéndola en la boca
pienso que le maté luego.

Tú sí traidor a mi amor
fuiste con mayor exceso,
pues me has muerto con un (2) be-
que es más señal de traidor. [so,

Que éste mi pecho es muy llano
que está de lealtades lleno,
pues cuando fuiste veneno
osé ponerte la mano.

Que mejor, sin duda alguna,
escribiera yo en tus labios:
no se han de llamar agravios
las fuerzas de la Fortuna.

FILIPO. Disculpa es error segundo
de rendidos por forzados;
pues para los desdichados
también hay muerte en el mundo.

Quien te oyó decir también,
no sé si corrida estás:
“Antes de un hora verás
qué fuerza tiene un desdén.

Daréme la muerte fiera
con los hierros (3) de tu ausencia,
y verás por experiencia
que hubo mujer verdadera.

Ese tu hermano arrogante
no me ha de espantar a mí.
Si amante contigo fuí

sin ti pienso ser diamante.”

¡Ay, qué presto, de experiencia,
Felisarda, vengo a ver
que de mudanza a mujer
hay muy poca diferencia!

Pero ya callar me toca,
más por ti que por mi hermano;
que me pusiste la mano,
para que calle, en la boca.

¡Plega a Dios que seas con él
tan dichosa como has sido
connigo ingrata.

TREBACIO. He querido
mostrar mi grandeza en él.

¡Hola! Hacia el templo guiad
con el mayor aparato
de insignias, grandeza, ornato,
real aplauso y majestad
que en el mundo se haya visto.
Al obispo avisad luego.

LOPE. El se desposa.

FILIPO. Y yo llego
al mayor mal que resisto.

FELISARDA. ¡Qué mal hice en no matarme!

ELISA. Eso es bueno de decir.

TREBACIO. Como quien soy quiero ir
esta tarde a desposarme.

Dad esa almohada al Rey
de Macedonia.

REY. ¡Señor!

TREBACIO. ¡Matalde!

REY. Hacer es mejor
tu gusto.

TREBACIO. Mi gusto es ley.
Al Duque Rodulfo dad
mi silla.

RODULFO. Si un rey te lleva
la almohada, es corta prueba
de mi suerte.

TREBACIO. Caminad.

Mi hermano, de mi caballo
lleve la rienda.

FILIPO. Es muy justo,
no sólo porque es tu gusto,
mas porque soy tu vasallo.

TREBACIO. Ven, Felisarda.

FELISARDA. ¡Ay de mí!

(Vanse todos; queda FILIPO y LOPE.)

LOPE. ¿Qué piensas hacer?

FILIPO. No sé.

A Felisarda perdí;

(1) B: la vitoria.

(2) B y M: con beso.

(3) M y Ma: yerros.

LOPE. su injusta mano besé;
veneno a mis labios di.
¡Vive Dios que si yo fuera
el que la mano besara,
aunque tu hermano lo viera,
que un bocado la sacara
redondo, como pudiera.
¿Mirábame Elisa a mí?
¡Oh, cielos, si me mandaran
el besar su mano allí!

FILIPO. ¡Hoy mis esperanzas paran;
a Felisarda perdí!
¡Oh, nunca venido hubiera
de la aldea a la ciudad!

LOPE. Mira que el Príncipe espera.

FILIPO. ¿Hay soberbia, hay vanidad,
hay arrogancia tan fiera?
No sé cómo sufro y callo;
mas si a un rey, como a un vasallo,
da la almohada, y la silla
a un duque, no es maravilla
que yo le lleve el caballo.

LOPE. ¡Oh, quién le viera caer
deste tirano poder!

FILIPO. Vitorias y minas de oro
le da el cielo; y el tesoro
mayor, que es buena mujer.
Mas si hasta el fin la distancia
es de tanta brevedad
que la pérdida es ganancia,
más quiero yo mi humildad
que toda aquella arrogancia.

(*Suena música, sale acompañamiento, el PRÍNCIPE TREBACIO, FELISARDA, ELISA, el REY DE MACEDONIA con la almohada, el DUQUE con la silla, FILIPO con el caballo de la rienda, y LOPE y CELIO.*)

TREBACIO. ¿No está el obispo en la iglesia?

FILIPO. Como las vísperas dicen,
y el prelado asiste a ellas...

TREBACIO. Cuando vengo, ¿por qué asiste?
¿No era mejor que a la puerta
salieran a recibirme
sus dignidades con ella?

FILIPO. Pienso que andan en los fines.
En esta silla te sienta.

TREBACIO. ¿Pues para qué las prosiguen,
sabiendo que vengo yo?

FELISARDA. ¿Eso a quien eres desdice?

TREBACIO. Cristiano soy, Felisarda;
pero débese al Príncipe
católico ese decoro.
¡Hola, duque; si lo oíste

poned esa silla luego,
y vos, rey, esos cojines.

RODULFO. Ya bien te puedes sentar.

REY. No me espanto que te estimes
fuera de lo que es razón,
pues que los reyes te sirven.

TREBACIO. Siéntate aquí, Felisarda.

FELISARDA. Sentaréme (1) a estar tan triste
como quien la muerte aguarda.

TREBACIO. ¿Qué dices?

FELISARDA. Que serafines
parecen aquestas voces.

TREBACIO. ¿Qué cantan?

FELISARDA. ¿Pues no la oíste?

FILIPO. La *Magnificat*, señor.
Oye un verso de aquel tiple.

(*Canten dentro:*)

*Fecit potentiam in brachio suo,
dispersit superbos mente cordis sui.*

(*Cante un tiple con música:*)

*Deposuit potentes de sede et exal-
tabit humilis.*

TREBACIO. ¡Mal me ha parecido!

FELISARDA. ¿Cómo?

TREBACIO. Dice que Dios, invencible,
quita malos poderosos
del trono y silla en que viven.

FELISARDA. ¿Pues eso dudas? ¿No ves
que será a los que resisten
a sus leyes con soberbia,
y que luego el verso dice
que a los humildes pondrá
en las sillas que les quite?

TREBACIO. Pues yo, que soy poderoso,
¿caeré de trono tan firme
por estimar lo que soy
y a los demás preferirme?

FILIPO. Cuando no fuera este canto
de los que la Iglesia admite,
bastaba haberla compuesto
la serenísima Virgen,
para tenerle respeto;
y en razón moral consiste
que los humildes se ensalcen
y los soberbios se humillen.
Y al verso, al Dueño, a la Iglesia,
me humillo, y pongo al oírle

(1) B y M: *sentarame*.

TREBACIO. sobre estas losas (1) la boca.
 ¿Querrás que por ser humilde
 Dios te levante del suelo,
 y querrás que te confirmen
 por santo los que se alegran
 que en público me prediques?
 Pues, Filipo, advierte bien
 la verdad de lo que dije;
 que viendo un rey macedonio
 el almohada servirme,
 la silla un duque Rodulfo,
 y que por cartas me piden
 reyes cristianos y bárbaros,
 paces, y amistades hice,
 argumento es que en mi silla
 es la mudanza imposible.
 Aquel verso que cantaron
deposuit potentes dice
 y digo yo que no soy
 de los que amenaza y riñe;
 que ya sé que es profecía
 de la boca que bendicen
 cuantas distintas naciones
 se encierran de Batro a Tile.
 Tú, que de rienda llevaste,
 hoy que a desposarme vine,
 el caballo, prueba alzarte
 de la bajeza en que vives;
 prueba a ser más de lo que eres,
 prueba a que la mar terrible
 preste obediencia a tus leyes
 y enfrene sus olas libres;
 prueba a que te dé la tierra,
 no los paños de matices
 de flores varias y hierbas,
 como al labrador las rinde,
 sino el oculto tesoro
 que algún rey de aquestos límites
 dejó sepultado en ella
 para mis años felices;
 y di que traigan los reyes
 las almohadas que pises,
 y que tiemblen de tus armas
 los más remotos caribes;
 y di que de la prisión
 en que te pongo te libren.
 ¡Llevalde luego a una torre!

FILIPO. ¿Para aquesto me trajiste
 de aquella pequeña aldea
 donde no quieres que habite,
 porque estando, como temes,

en montes inaccesibles
 no está más alto que tú
 cuando en ellos me imagines?
 Acaba ya de matarme,
 cesa ya de perseguirme,
 pues te cansa mi humildad
 y mi obediencia te aflige.
 Yo te he dejado mi esposa,
 y a vivir peñascos fuíme;
 yo vine luego que supe
 tu voluntad, aunque vine
 sabiendo tu condición
 a todo el mundo inflexible;
 yo llevé, siendo tu hermano,
 hoy que a casarte viniste,
 a tu frisón de la rienda:
 entre hermanos, actos viles,
 que no siendo yo cobarde,
 de que puedan argüirme.
 Los laureles que hacen plumas
 de nuestras armas al timbre
 eran cosas que pudieran
 hacerte más apacible
 con quien es tu propia sangre;
 pero pienso que las Circes
 te dieron ésa que tienes,
 pues nunca en ella se imprime
 el obligarte, el quererte (1),
 el aumentarte, el servirte.

TREBACIO. ¡Llevalde!

LOPE. Templa esa furia,
 Príncipe de Albania insigne;
 mira que te adora el Conde.

TREBACIO. ¿Quién eres tú, que me impides
 la ejecución de mi gusto?

LOPE. Un español soy que sirve
 a tu hermano, y que en la guerra
 ha sido segundo Alcides.

TREBACIO. ¡Este debe de ser loco!

LOPE. Y tú, que tanto debiste
 al Conde, ¿así por él ruegas?

FELISARDA. ¡Temo que airado me mire!

(Vase.)

LOPE. ¡Temo! ¡Oh, pesia cuantas hem-
 mil necios amantes simples [bras
 adoran, buscan, desean,
 regalan, quieren y sirven!
 ¿Qué te parece?

FILIPO. Que voy

(1) En las tres ediciones: cosas.

(1) B: quitarte.

preso, porque lo permite
Felisarda.

LOPE. ¿Hay tal respuesta?
¿Hay tan extraño melindre?
Entre dos fruncidos labios,
“temo que airado me mire”.
Pues cuando la mire airado,
diga la señora Circe:
¿qué calentura le diera?
¡Mala pedrada le tiren!...

LANSFER. Conde, no temáis la torre;
quizá será como eclipse
del sol de vuestro valor,
porque ya sabéis que es lince
de pensamientos el cielo.

FILIPPO. Pastorcilla, tú dijiste:
Dios humilla los soberbios;
Dios ensalza los humildes.



ACTO SEGUNDO (1)

(*Suena música y señal de desembarcar, disparan arcabuces, y sale ISBELLA, Princesa de Macedonia, MANFREDO, capitán, y soldados.*)

MANFREDO. ¡Brava salva!

ISBELLA. El gusto encierra
en verme desembarcar;
y es buen agüero de guerra,
que a quien se humilla la mar
también se humilla la tierra.

MANFREDO. Parece porque te avises
que te ha dado el rey del viento
de que segura la pises,
las de su claro elemento
encerradas, como a Ulises.

ISBELLA. Como suele el ruiseñor
cuando el instrumento escucha
dar música a su dolor,
y cuando la sed es mucha
el cansado segador
se arroja al arroyo hermoso;
y a la trompeta relincha
el caballo generoso,
que parece que la cincha
quiere romper de furioso;
y cual suele el que reclama
ir al pajarillo atento,
y con la seña le llama

por el bosque, por el viento,
saltando de rama en rama,
ansí yo, Manfredo amigo,
del puerto el camino sigo,
para que el campo acometa
en viendo tierra sujeta
del albanés, mi enemigo.

No es justo, aunque lo confieso,
la justa vitoria suya,
tenerme a mi padre preso
porque no quiero ser suya,
sabiendo su loco exceso.

Y ya que con Felisarda
se ha casado, mal me guarda
de reina el justo decoro,
pues, en vez de plata y oro,
mi libre persona aguarda.

Pues si me aguarda, yo voy;
si me desea en su tierra,
Manfredo, en su tierra estoy;
pero vengo a darle guerra
porque conozca quién soy.

¿Hay bárbaro semejante?
¿Hay bracamán albarino
tan soberbio y arrogante?
¡Pues sepa que el hombro arrimo
a mayor monte que Atlante!

Si a mi padre no me entrega,
le he de quitar la corona
con que la fortuna juega.
Sepa que soy amazona
por lo que tengo de griega.

Y a un loco y hombre vano
a quien la fama maldice,
¡no se cuenta de hombre humano
lo que todo el mundo dice
del loco Príncipe albano!

MANFREDO. Cuando casado no fuera,
que huyeras te aconsejara
de una condición tan fiera.

ISBELLA. Si en mi persona repara,
con justa razón me espera.

¡Amigos!, no es el preso
menos que el Rey, y yo quien
os ama con tanto exceso,
mujer soy, pero también
armas y guerra profeso.

Mujer fué Pantasilea,
Hipólita y Sicratea,
Amalafunta y Camila;
que el nombre no me aniquila
ni la celada me afea.

Ya me habéis visto al veloz

(1) En las tres ediciones: *Acto segundo de I.a humildad ensalzada.*

caballo poner la espuela,
y por la batalla atroz,
como corriendo en la tela,
romper el fresno feroz.

Ninguno se acuerde más
de la patria, y se asegure
para no verla jamás.
Ir adelante procure;
que no ha de volver atrás.

Porque aunque en mis naves be-
dejo capitanes graves, [llas
quisiera, aunque era perdellas,
dar un barreno a las naves
para no volver a ellas.

Cuando la justicia es poca,
temor a volver provoca;
si es mucho, el calor y escarcha
son flores.

MANFREDO. Ya el campo marcha.

ISBELLA. Toca y marcha.

MANFREDO. ¡Toca, toca!

(*Tocan cajas, y éntrese ISBELLA, y salga TREBACIO,
FELISARDA, ARNESTO, POLDERIGO y CELIO.*)

TREBACIO.

¿Llama de fuego, en vez de plata y oro?

POLDERIGO.

Sólo esto vimos, y que el humo denso,
opuesto al sol, le fabricaba nubes.

TREBACIO.

Pues ¿cómo nadie declaró las letras?

FELISARDA.

Las letras me parecen misteriosas,
y por ellas sabrás, señor, la causa.

TREBACIO.

Entren los que quisieren declararlas.

POLDERIGO.

Algunos han venido, aunque en palacio
hay muchos que dirán (1) lo que han oído.

(*Sale LOPE, lacayo, y una pastorcilla.*)

LOPE.

Codicioso y solícito he venido.
¡Oh, si pudiera yo ganar siquiera

estos seis mil ducados, y con ellos
pudiese socorrer al amo mío
en la ocasión presente! Pues teniéndolos,
yo sé que las prisiones rompería,
socorrido del oro, que los sabios
a voces llaman el mejor amigo.

PASTORCILLA.

Ya vengo, Rey del cielo, a lo que mandas,
desde los montes ásperos que vivo,
donde me ha sido revelado el caso
deste arrogante príncipe de Albania.
¡Oh, cuánto la soberbia le fastidia!
¡Oh, cuánto la ambición, la dura envidia!

TREBACIO.

¡Que cavando el lugar de aquel tesoro
sólo saliese fuego envuelto en humo!
¡Misterio tienen, Felisarda mía,
estas letras en sí!

FELISARDA.

No tengas miedo
a las supersticiones de los hombres,
que cuanto alcanza la profunda ciencia
deshace del poder la preeminencia.

POLDERIGO.

Si das licencia a tus criados, oye
lo que a mí me parece destas letras,
cubiertas de tesoro fugitivo.

TREBACIO.

Todos decid lo que tenéis pensado,
así criados de mi casa como
los que venís de fuera.

POLDERIGO.

Escucha atento:
la *hache* dice “hombres”; la *ene*, “nombres”;
la *ese*, “sepulturas”, y juntándolas
es decir: “Hombres, nombres, sepulturas”,
que las honras, y nombres de los hombres
paran en los sepulcros que fabrican.

TREBACIO.

No dices bien, porque los hombres pueden
dejar mayores nombres con sus obras.

CELIO.

A Celio escucha.

TREBACIO.

Nadie me contenta.

(1) B y M: *digan*.

CELIO.

La *hache* dice "hombres"; la *ene*, "nada",
y la *ese*, "secreto", y todo junto,
"hombres, nada, secreto"...

FELISARDA.

¿Qué os parece?

TREBACIO.

Que dicen (1) boberías estos hombres.

LOPE.

Oíd, invito príncipe, a un soldado,
español de nación.

TREBACIO.

Adondequiera

pueden hablar las armas.

LOPE.

Y la hambre,
que no hay embajador de más licencia.

FELISARDA.

Ese soldado sirve al Conde, y creo
que gusta de su humor.

LOPE.

Hanme traído
esos seis mil ducados desvalido,
y sepa Vuestra Alteza que enterrado
estaba un hablador en esta losa,
y algún amigo, que es graciosa cosa,
le puso un epitafio en las tres letras:
la *hache*, "habló"; la *ene*, "necedades";
la *ese*, "siempre", y todo junto dice
que "habló necedades siempre" aqueste.

TREBACIO.

¡Y tú fueras el muerto, si no hablaras!

LOPE.

Pues si ésta no te agrada, oye otra cosa,
destas tres letras, rara y milagrosa.

TREBACIO.

¿Cómo?

LOPE.

Aquí yace un español famoso,
humilde en nacimiento, pero honrado,

y puso en esta lámina su nombre:
la *hache*, "Hernando"; la *ene*, "Núñez";
la *ese*, "Sastre", y todo junto dice:
"Hernando Núñez Sastre".

TREBACIO.

Este es loco.

LOPE.

¿Tampoco ésta le agrada?

TREBACIO.

Tampoco (1).

FELISARDA.

¿No hay forasteros?

CELIO.

Esta pastorcilla.

TREBACIO.

¿Quieres hablar?

PASTORCILLA.

Si vos me dais licencia...

FELISARDA.

¡Agradable presencia!

TREBACIO.

En ella muestra
la gracia, la virtud y el claro ingenio.

PASTORCILLA.

El cielo, autor de aqueste gran tesoro,
para tu sucesor quiere guardalle,
por ser humilde, temeroso y manso,
y te lo niega, a ti por ser soberbio,
y así, la *hache* dice claramente
"humilde"; la *ene*, "no"; la *ese*, "soberbio":
"humilde, no soberbio", todo junto,
para decir que Dios da a los humildes,
no a los soberbios, su tesoro y bienes.
¡Guarda, Trebacio, que su espada tienes
sobre la frente, asida de un cabello,
amenazando tu soberbio cuello!

(*Levántase TREBACIO, alborotado, y todos desnudan
las espadas, y vayan tras ella, y se vaya la PAS-
TORCILLA.*)

TREBACIO. ¿Hay desvergüenza como ésta?

(1) B: que hablan.

(1) Así el verso en las tres ediciones. Acaso:
[no], tampoco.

¡Hola! ¡Tenelda, matalda!
 CELIO. Fuése.
 TREBACIO. ¡Seguilda, buscalda!
 FELISARDA. ¡Qué temerosa respuesta!
 Señor, ¿pues esto os fatiga?
 TREBACIO. ¡Quebralde la infame boca!
 FELISARDA. Pues ¿qué importa que una loca
 palabras de loca diga?
 ¡Alzad el rostro del suelo!

(*Salen todos los que fueron tras ella.*)

POLDERIGO. No parece; ni en las salas
 la han visto.
 FELISARDA. Sacó las alas
 ocultas, volóse al cielo,
 que de allá sin duda vino.
 TREBACIO. Pues ¿las guardas no la vieron?
 CELIO. Dicen que no.
 TREBACIO. ¡Que sufrieron
 mis ojos tal desatino!
 ¡Malditas las letras sean!
 Si de los humildes tratan,
 ¿qué me quieren, que me matan,
 que sólo en mi mal se emplean?
 ¿César fué humilde, Asdrubal,
 Alejandro, Pirro, Dario,
 León, Tichi, Belisario,
 Jerjes, Cipión, Anibal?
 ¿Soberbios no fueron éstos?
 ¿Qué me quiere el cielo a mí?

(*Sale REMUNDO, alborotado.*)

REMUNDO. ¿Está aquí su Alteza?
 CELIO. Sí.
 REMUNDO. ¡Haz que veloces y prestos
 salgan, señor, tus soldados,
 que una atrevida mujer
 ha entrado con gran poder,
 destruyendo tus estados!
 Princesa de Macedonia
 la llaman, cuyo valor
 pudiera poner temor
 a Grecia y Lacedemonia (1).
 Los puertos dicen que abrasa
 y que ha jurado, atrevida,
 que te ha de quitar la vida
 dentro de tu misma casa.
 TREBACIO. ¿Una mujer?

(1) M y B: y a Lacedemonia. Ma: y a Macedonia.

REMUNDO. ¡Pon remedio
 a tus daños!
 TREBACIO. Yo saliera,
 si Alejandro y César fuera
 y estuviera el mundo en medio;
 mas contradice el valor
 de Trebacio ir en persona
 contra una mujer.
 REMUNDO. Perdona
 si te replico, señor,
 que muchos laureles miro
 ceñir frentes de mujeres.
 TREBACIO. ¿Darme con la historia quieres
 de la que dió muerte a Ciro?
 ARNESTO. Señor, capitán envía
 si tú no quieres salir.
 FELISARDA. Si el interés es pedir
 su padre, mejor sería
 que se lo entregues en paz.
 TREBACIO. Esta es loca. ¡Vaya un hombre,
 que la vil mujer asombre!
 FELISARDA. Yo no le siento capaz
 como tu hermano Filipo.
 ARNESTO. Sácale de la prisión;
 que Aníbal y Cipión
 y a Alejandro le anticipo.
 TREBACIO. ¿Pues he de dar libertad
 a un bárbaro?
 ARNESTO. No te ha dado
 causa a estar (1) tan enojado.
 TREBACIO. Enójame su humildad.
 Ahora bien, vayan por él.
 LOPE. ¡Albricias voy a pedir!

(*Vase LOPE.*)

FELISARDA. Esto le podréis decir.
 TREBACIO. Hoy quiero servirme dél;
 que si vence la belleza
 de Isbella, pues me ha ofendido,
 gozo, y si vuelve vencido
 le cortaré la cabeza.

(*Sale LANSPERGIO.*)

LANSPER. ¿Sabe vuestra Alteza ya
 la temeridad de Isbella?
 TREBACIO. Ya va el Conde contra ella;
 que dicen que cerca está.
 Y es tan humilde, que creo
 que la guerra viene a ser
 de mujer contra mujer.

(1) B: causa de estar.

LANSFER. Contando viene Aristeo
no belicosas hazañas,
puesto que muchas pudiera
de otra Minerva en la esfera
de tus puertos y montañas,
sino la rara hermosura
que, opuesta al Sol, le detiene,
cuando armada al campo viene
o alguna afición procura.

Del cerco de la celada,
como de un diamante fino,
sale aquel rostro divino
como una rosa encarnada
cuando al réirse la aurora
rompe la túnica verde.

FELISARDA. Pues ¿para qué tiempo pierde
en traer armas agora?

¡Traiga sola su hermosura,
mate al Príncipe con ella!

TREBACIO. ¿Que es, por tu vida, tan bella?

(*Salen FILIPO, ARNESTO y LOPE.*)

ARNESTO. Digo que tu honor procura,
y que te da libertad
para tan dichosa empresa.

FILIPO. ¡Dame tus pies!

TREBACIO. ¡Ya me pesa;
no puedo ver tu humildad!

Hermano, Isbella la hija
del macedón, viene airada;
la rueda trueca en espada.
Aunque el ser mujer te afija,
no debes considerar
que es cierva con escuadrones
de macedones leones,
valientes por tierra y mar,

sino que vas a vencer
tan gallardos capitanes.

FILIPO. No hay cosa que no allanes
con querer y con poder.

Sea quien fuere yo debo
servirte.

TREBACIO. Dalde un bastón,
y vaya en esta ocasión
a ser Aureliano nuevo,
triumfo de otra reina en Roma.

FILIPO. Conocerás mi obediencia.

TREBACIO. Pide a mi esposa licencia.

FELISARDA. Con esta banda la toma.

Yo voy a verte partir.

FILIPO. Tantas honras y mercedes!

(*Vanse FILIPO, FELISARDA y LOPE.*)

TREBACIO. Remundo.

REMUNDO. ¡Señor!

TREBACIO. Tú puedes
al macedonio decir
que me venga a hablar.

REMUNDO. Sospecho
que las guardas le han doblado
después que Isbella ha llegado.

TREBACIO. Isbella reina en mi pecho.
Tráemele (1) aquí.

REMUNDO. Yo voy.

TREBACIO. ¿En fin, Lanspergio, que Isbella
es, como su nombre, bella?

LANSFER. Es un ángel.

TREBACIO. ¡Ciego estoy!

LANSFER. Por los celos de tu esposa
las alabanzas templé.

TREBACIO. Pues dime, ya que se fué,
de qué manera es hermosa.

LANSFER. ¿Si sabías cuán gentil
era Isbella, qué preguntas?
Allí están las Gracias juntas,
y no tres, sino tres mil;
allí, las Musas hablando,
y las Ciencias persuadiendo.

(*Salen REMUNDO y el REY DE MACEDONIA; vanse
todos, y queda[n] TREBACIO y el REY.*)

REY. Yo voy su furia temiendo.

TREBACIO. Pensarás que estoy tratando
tomar venganza de ti
por la venida de Isbella.

REY. Sólo puede defendella
que el ser que tiene la di.

TREBACIO. ¡Salíos todos afuera!

(*Vanse.*)

REY. ¡Querrás matarme!

TREBACIO. Está atento.

REY. Díole Amor atrevimiento.
Que es mi hija considera.

TREBACIO.

Rey, yo pretendo amor, y paz contigo.
Tu hija adoro; hagamos un concierto

REY.

¿Con qué partido puedo ser tu amigo?

(1) *M y Ma: traemela.*

TREBACIO.

A darme a Isbella, porque sé muy cierto
que puedo repudiar a Felisarda.

REY.

Que te la diera de mi amor te advierto
siendo posible.

TREBACIO.

La razón aguarda:
que fué mujer primero de mi hermano.

REY.

Tu condición mudable me acobarda.
¿De tu hermano mujer?

TREBACIO.

Fué cierto y llano
que yo se la quité, y ella, forzada,
me dió sin gusto y voluntad la mano.

Ni estoy casado, ni ella está casada;
yo haré que el Conde vuelva, y será suya
si darme a Isbella y hacer paz te agrada.

REY.

Siendo verdad, Isbella será tuya,
y haremos paces.

TREBACIO.

Trátalo con ella,
para que el casamiento se concluya,
que yo sé bien que a Felisarda bella
estimaré mi hermano, y aun podría
decir que ella le adora.

REY.

Cuando a (1) Isbella
en paz tu casamiento persuadía,
tu fiera condición le daba espanto.

TREBACIO.

Pues ya su condición será la mía.

REY.

La libertad y paz estimo tanto
que haré mi diligencia. Tú confía.

TREBACIO.

Pues vuelve luego.

REY.

¡Quiera el cielo santo
nuestra amistad!

(1) M y Ma: quando Isbella.

TREBACIO.

¡Yo estoy perdido y ciego!

(Viene ISBELLA, a caballo, con lanza y escudo, y
dos soldados con ella.)

ISBELLA. ¡Si han de esperar los cobardes!

SOLDADO 1.º ¿Quién puede hacer resistencia
de tu rayo a la violencia?

ISBELLA. Me espanto, albanés, que tardes
en defenderme tu tierra.

¿Tú eres el arrogante?

¿Tú el soberbio? ¿Tú el gigante
que hizo a los cielos guerra?

SOLDADO 2.º Mira que te acercas tanto,
que nos podrían tirar
del muro.

ISBELLA. ¡Déjame hablar!

SOLDADO 1.º Tu valor me causa espanto.

ISBELLA. ¡Ah, valeroso albanés,
que tienes el mundo lleno
más de arrogancias soberbias
que de valerosos hechos!
¿No eres tú quien por pedirme
a mi padre en casamiento
guerra hiciste en Macedonia,
que nunca la dió a tu reino?
¿No eres tú quien pudo en él,
no con armas, con dineros,
prender su Rey, que rendido
tienes en tus torres preso?
Pues ¿cómo sufres que venga
por el albanés imperio
una mujer que aborrece
tu persona y tus deseos?

Yo soy Isbella, ¡cobarde!;

yo soy la que [te] aborrezco

más por tu soberbia fama

que porque desdén me precio.

Toda tu tierra he talado;

de mi rigor van huyendo,

trasladándose a los montes

las ciudades y los pueblos.

El fiero mar me ha temido

sólo con saber que vengo

contra ti, porque no sufre

un soberbio otro soberbio.

Coronado de mil naves

dejo el más vecino puerto,

que para llevar cautivos

aun es número pequeño.

Si no me das a mi padre,

¡villano!, llevarte tengo

a Macedonia, mi patria,
con una cadena al cuello.
Las migajas de mi mesa
has de comer, como perro,
porque has de estar a mis pies
cuando estuviere comiendo,
y en ti los he de poner,
para humillarte de nuevo,
cuando tomare el caballo,
porque me han dicho, y lo creo,
que has hecho al Duque Rodolfo
llevar una tarde al templo
la silla en que te asentaste,
de vana arrogancia lleno,
y al Rey, mi padre, también
la almohada, que esto siento
más que toda su prisión.
Mas presto en el cielo espero
de tu soberbia cruel
la venganza que pretendo;
que a los soberbios resiste
como poderoso el cielo.
Si me escuchas, ¿por qué callas?
¿Cómo no sales? Que quiero
matarme a solas contigo,
aunque mi valor afrento.
¡Ea, villano Trebacio,
hagamos de cuerpo a cuerpo
esta batalla los dos!
¡Mujer soy; no tengas miedo!

(Sale MANFREDO, alborotado.)

MANFREDO. No se ha descuidado tanto,
Reina, el albanés soberbio
como ya nos parecía.

ISBELLA. Pues, Manfredo, ¿qué tenemos?

MANFREDO. Cuando de estos fugitivos
iba el alcance siguiendo
por el costado del monte,
de verdes pinos cubierto,
de trompetas y de cajas
oigo que me avisa el eco;
vuelvo los ojos, y al valle
bajar ordenados veo
dos escuadrones, de quien
las banderas por el viento,
hurtaban ondas al mar
para hacer visos diversos.
Las plumas y los colores
de las bandas y los yelmos
daban a los altos pinos
las flores que jamás vieron.
Relinchando los caballos

a despecho de los frenos,
parecía que cantaban
al son de los instrumentos.
Cogí un rudo labrador,
que, por gastador viniendo,
codicioso de su aldea
iba alargándose de ellos.
Preguntéle, y respondió:
“Macedón, vuelve ligero,
si quieres vivir, al mar;
ciérrate en tus naves presto,
que este ejército famoso,
no de bisoños mancebos,
ni de cobardes villanos,
sino de soldados viejos,
rige el valiente y gallardo
Conde Filipo Lanspergio,
en Roma nuevo Torcato,
y en Grecia Alejandro nuevo.
Cuanto al Príncipe aborrece,
es adorado del pueblo;
y de un capitán bien quisto,
¿qué esperas, sino altos hechos?
¿Qué aguardas, sino vitorias
del Conde?”

ISBELLA. Paso, Manfredo;
que si nos ha de vencer
esta disculpa tenemos.
Mas vale que un capitán
nos salga al paso del puerto,
y que nos cierre la puerta
de la entrada de su reino,
de tanto valor y nombre
que no Remundo (1) o Arnesto,
villanos que por traiciones
trajeron mi padre preso.
Póngase la gente en orden.

MANFREDO. Desordenada la veo
por la codicia del saco
que en estos reinos hicieron.
Pero haré lo que pudiere,
señora, por recogerlos,
que el Conde ya viene a punto.

ISBELLA. El puerto a la espalda tengo,
y alargaréme a la mar.

MANFREDO. Ellos llegan.

ISBELLA. Pues ¡a ellos!

MANFREDO. ¿No es mejor que al puerto vuel-
¡Que tanto desorden temo! [vas?

ISBELLA. Pues no teme una mujer,
afrentate de ese miedo;

(1) B: que no ay Ramundo.

que con la lanza en el ristre
por los escuadrones entro
a desafiar al Conde,
que he de matar cuerpo a cuerpo.

(Vanse, y suena dentro ruido de batalla, y salgan algunos soldados, y ISBELLA tras ellos y cerca dellos.)

ARNESTO. ¡Detente, que han de matarte,
Isbella hermosa!

ISBELLA. ¡No quiero!

ARNESTO. Rinde, señora, la espada.

ISBELLA. ¿Quién eres?

ARNESTO. Yo soy Arnesto,
bien conocido en Albania.

ISBELLA. ¡Fuera, villanos; que puedo
yo sola abrasar al mundo!

ARNESTO. ¡Hay tal mujer!

SOLDADO. ¡Yo soy muerto!

(Torne a haber dentro ruido de batalla, y vuelva ISBELLA tras ellos, retirándosele todos.)

ISBELLA. ¿Dónde estás, Conde Filipo,
hermano de aquel soberbio?
¿Por qué huyes de mis manos?
¡Ven, que en el campo te espero!
Isbella soy, yo no huyo
como a las naves y al puerto
los soldados que he traído,
porque van dejando el hierro
por cargar el oro hurtado.

(Sale FILIPO.)

FILIPO. Pues, ¿qué blasones son éstos?

ISBELLA. ¿Eres tú el Conde?

FILIPO. Yo soy.

ISBELLA. ¡Buen talle tienes!

FILIPO. Lo menos
es, Isbella, el cuerpo mío.

Gallardo ánimo tengo.

ISBELLA. Yo juzgo de lo que vi.

FILIPO. Y yo de lo que poseo.

ISBELLA. Dejado me han mis soldados;
ya tiene el mar muchos de ellos.
No has hecho en acometerme
hazaña de caballero
sin prevenirme a batalla.

FILIPO. Si para entrar en mi reino
tú me hubieras prevenido,
era justo advertimiento;
pero si te entraste en él

matando, abrasando, hiriendo,
¿qué aviso tengo de dar?

ISBELLA. ¡Vive el cielo que me huelgo
que me mates, con buen talle,
con buen aire y con buen cuerpo!
Que pudieras ser un hombre
robusto, fiero, mal hecho,
y lo tuviera a desdicha.

FILIPO. Ya tus palabras entiendo;
que quieres afeminarme
con ellas, porque si pienso
en la blandura que traen
pierda el varonil esfuerzo.
Ahora bien, ¿qué hemos de hacer?
¿Qué quieres?

ISBELLA. ¡Que nos matemos!

FILIPO. Deja la espada; que bastan
tus ojos.

ISBELLA. ¿Requiebro? ¡Bueno!
Afeminarme querías,

porque si en mis ojos pienso,
con pensar que miro un hombre
pierdo el varonil esfuerzo.

FILIPO. ¡Lástima tengo a tus años!
¡Embárcate, que yo quiero
ser tan liberal contigo,
porque al Príncipe volviendo
diré que te hice huir!

ISBELLA. La necedad te agradezco.
El talle echaste a perder
con lo que tienes de necio.
Yo he de matarme contigo;
mas has de dejar primero
las armas aventajadas.

FILIPO. ¿Armas yo?

ISBELLA. Las que más temo.

FILIPO. Dilas.

ISBELLA. El talle que tienes.
Filipo.

FILIPO. ¡Bueno! ¿Requiebro?

Yo te digo que los dos
más de espacio nos matemos
de la prisa que traías.
Mas ¡ay, triste!, que está viendo
mi ejército que los dos
este desafío hacemos.

¡Ya no te puedo librar!

ISBELLA. Ni aunque tú pudieras quiero
librarme, Conde, de ti.

Allá está mi padre preso,
presa estaré con mi padre.

FILIPO. ¿Luego ya presa te tengo?

ISBELLA. ¡Más de lo que yo quisiera!

FILIPO. Dame la espada.
 ISBELLA. ¿A qué efeto,
 si llevas ya quien la manda?
 FILIPO. Isbella hermosa, troquemos:
 lleva tú mi corazón,
 si dices que el tuyo llevo.
 ISBELLA. Téngolo por buen partido
 para quien está perdiendo.
 FILIPO. ¿Luego ya dices que sí?
 ISBELLA. Sí digo, Conde.
 FILIPO. El sí aceto.
 ISBELLA. ¡Guerras de hombres y mujeres
 siempre paran en requiebros!

(*Vanse. Salen REMUNDO y FELISARDA.*)

FELISARDA. ¿A mí de palacio?
 REMUNDO. A ti.
 FELISARDA. ¿Por qué razón?
 REMUNDO. Por casada
 con el Conde.
 FELISARDA. ¡Bien fundada
 lleva su traición así!
 REMUNDO. Dice que le diste el sí,
 y que acudir es razón
 a la ley y religión;
 porque no quiere forzarte,
 sino con paz repudiarte.
 FELISARDA. ¡Qué buenas disculpas son!
 No diré que me ha cogido
 de sobresalto este [engaño] (1),
 que ya fué temido el daño
 primero que sucedido.
 No fué el Conde mi marido,
 puesto que yo lo pensé;
 él sí lo ha sido y lo fué,
 y si lo hace por cristiano,
 ¿cómo me vuelve a su hermano,
 que es contra su ley y fe?
 REMUNDO. Señora, yo no disputo
 si es razón o no es razón.
 Cumpló con mi obligación,
 que es de mi servicio el fruto.
 FELISARDA. ¡Vístase de eterno luto
 mi honor, mi sangre, mi casa,
 que mi fama ofende y abrasa! (2)
 Aunque deudos hay en ella
 que la quitarán a Isbella
 en sabiendo lo que pasa.

Todo lo tengo entendido.
 Ya sé lo que han concertado,
 no porque está enamorado,
 mas porque cobarde ha sido.
 A una mujer ha temido,
 y por eso quiere hacer
 a quien teme su mujer,
 y a mí, que su mujer soy,
 dejarme, viendo que estoy
 en su poder, sin poder.

Pues yo seré como Isbella;
 también sabré en campo armada
 jugar la lanza y la espada
 y vengarme dél y della.
 Si quiere casar con ella
 por temor, téname a mí,
 que tan valiente nací
 que los mataré en la cama,
 y seré el hombre que infama,
 pues es mujer para mí.

(*Vase.*)

REMUNDO. Extraña imaginación
 es la que tiene Trebacio
 en echar de su palacio
 a su mujer, sin razón.
 Toda es soberbia ambición,

(*Toquen una caja.*)

de que está enojado el cielo.
 ¿Caja? La causa recelo;
 sin duda que viene el Conde.
 ¡Otra caja le responde!

(*Otra caja suena.*)

¿Tiene tal espada el suelo?

(*Sale un alarde, cajas, bandera, soldados. FILIPO, con bastón; ARNESTO, LOPE y ISBELLA.*)

ISBELLA. Si por el camino hubiera
 venido conmigo Amor,
 no me engañara mejor,
 ni él mismo tanto supiera.

Las estrellas que me inclinan
 ha tenido por maestros.

FILIPO. Son, Isbella, los más diestros.

ISBELLA. Yo presumo que caminan
 los soldados que ha traído
 de mi amor enamorados,
 y Marte y Palas atados

(1) En las tres ediciones: *agravio*.

(2) Así el verso en las tres ediciones; tal vez
 sobra *que*.

al triunfo, que me has vencido.

Sentí por donde pasé
quejarse en dulces congojas
los árboles con las hojas;
que no el viento, el Amor fué.

Lo que han cantado las aves
han sido penas de amor,
que es el que junta mejor
los agudos y los graves.

Las fuentes, enamoradas
de las flores, han buscado
fuera del margen el prado,
por ir a sus pies turbadas.

Las hiedras han dado abrazos
a los olmos, de tal suerte,
que aseguro que la muerte
no desatará sus lazos.

Si la cárcel y el camino
aumentan el amistad,
¿qué harán en la voluntad
de quien con entrambos vino?

Contigo vengo, y de ti
presa; mira si es razón
que el camino y la prisión
me traigan fuera de mí.

FILIPO. No sé, Isbella, responderte,
porque te has adelantado,
y estas razones hurtado
al gusto que tengo en verte.

Si más encarecimientos
quieres, y puede haber más,
pregunta al alma en que estás
de qué son mis pensamientos.

Que si tú por el camino
me has cobrado algún amor,
el mío ha sido mayor
cuanto más gloria imagino.

Pero diferentes son
la tuya y mi voluntad,
pues cobraste libertad
y a mí me has puesto en prisión.

Tu preso vengo; tú vienes
libre.

ISBELLA. Libre no; que Amor
no es libre.

FILIPO. Con un favor
sabré el amor que me tienes.

ISBELLA. ¿Qué me puedes tú pedir,
siendo tu cautiva yo?

FILIPO. La mano que me mató,
para volver a vivir.

ISBELLA. ¿De esposa?

FILIPO. Pues de otra suerte

no quiera Dios que la pida.

ISBELLA. Pues no me dé el cielo vida
si no es tuya hasta la muerte.

(Sale TREBACIO y los caballeros.)

TREBACIO. ¿Tan presto y tan vitorioso?

FILIPO. ¡Oh, hermano y señor!

TREBACIO. ¡Oh, Conde,

cómo ese pecho animoso
a sus pasados responde!

FILIPO. Ese valor generoso
es el sol de quien he sido
águila mirando atento,
el rayo que me ha infundido
este firme pensamiento
desde las pajas del nido.

Yo fuí, yo vi, y Dios venció,
que no quiero decir yo
lo que el soberbio romano;
que él gentil, y yo cristiano,
él fué arrogante y yo no.

Traigo a Isbella, como ves,
cuya gente va en sus naves;
mas no la traigo a tus pies,
puesto que a príncipes graves
por ser tú mayor, los des.

A mis manos la he traído,
y de mis manos presento
vencido a quien me ha vencido,
para cuyo casamiento
justa licencia te pido.

TREBACIO. Conde, bien venido seas,
y Isbella lo sea también;
pero aunque en ella te empleas,
quiero pagarte más bien
en darte el bien que deseas.

A muchos he preguntado,
Filipo, si estoy casado,
y todos dicen que no,
porque aquel "sí" que me dió
Felisarda fué forzado.

No la puedo yo forzar
ni, siendo primero tuya,
te la he podido quitar;
ya queda libre, ya es tuya;
muy bien os podéis casar.

Cásate, Conde, con ella,
y déjame a Isbella a mí.

FILIPO. ¿Con tu mujer?

TREBACIO. Ya es Isbella
mi mujer.

FILIPO. ¿Estás en ti?

TREBACIO. ¡No he visto cosa más bella!
 FILIPO. ¿Con la mujer de mi hermano
 me he de casar?

TREBACIO. ¿Qué importa?

FILIPO. ¿No importa, siendo cristiano?

TREBACIO. De replicar, Conde, acorta.
 Tú, Isbella, dame la mano.

ISBELLA. No puedo; que estoy casada
 con el Conde, y me dirás
 mañana que fui forzada,
 y por quien te agrada más
 vendré a quedar repudiada.

Yo no soy vasalla tuya;
 soy mía, y del Conde soy.

TREBACIO. Conde, dile que no es tuya.

FILIPO. Cansado de oírte estoy,
 y no es bien que atribuya
 mi humildad a cobardía
 Albania, como hasta aquí.

TREBACIO. ¿Qué dices?

FILIPO. Que Isbella es mía.

TREBACIO. ¡Prendelde!

FILIPO. ¡Ya lo sufrí
 cuando humildad parecía!

Ahora me manda el cielo
 que me defienda.

TREBACIO. ¿La espada
 sacas?

FILIPO. A la espada apelo.

TREBACIO. ¡Albania está conjurada;
 alguna traición recelo!

FILIPO. Dame aquesa mano, Isbella,
 que esta espada que he sacado
 muy bien sabrá defendella.

ISBELLA. Y la que yo traigo al lado,
 ¿no hará lo mismo por ella?

(Vanse con las espadas desnudas.)

TREBACIO. ¡Préndelos, Arnesto!
 ARNESTO. Yo
 con ellos pienso morir.

TREBACIO. ¿No soy tu señor?

ARNESTO. No;
 que desde hoy quiero seguir
 a quien humilde nació.

(Vase.)

TREBACIO. ¡Mátale tú, Polderigo!
 POLDERIGO. Antes le apruebo, y le sigo
 por no ver tal insolencia.

(Vase.)

TREBACIO. ¿En mi rostro, en mi presencia,
 mi general mi enemigo?

Mas toma gente, Remundo,
 y corta de aquel traidor -
 la cabeza, y del segundo.

REMUNDO. La tuya fuera mejor
 que no estuviese en el mundo.

Todos aguardando están
 a que se declare el Conde.

LANSFER. Y todos tras dél se van.

(Vanse.)

TREBACIO. ¡Hola! ¿Nadie me responde?

¡Buena obediencia me dan!

¡Hola, guardas! ¡Hola, gente!

¡Felisarda! ¡Ah, Felisarda!

¡No hay criado ni pariente!

¡Guarda! ¡Hola, guarda! ¡No hay

[guarda!

¡Qué hermano tan obediente!

(Sale CELIO.)

CELIO. ¡Ponte a caballo, señor,
 si quieres salvar tu vida,
 porque ya el Conde traidor
 pretende ser fraticida
 de tu sangre y de tu honor.

Toda la ciudad convoca,
 todos se ponen en arma;
 cajas y trompetas toca.

TREBACIO. ¿Contra mí el pueblo se arma?
 ¿Pues qué razón le provoca?

CELIO. No es tiempo de examinar
 la razón, mas de subir
 al monte, huyendo, o al mar,
 que hay tiempos que es honra huir
 y que es infamia esperar.

TREBACIO. Bien, Celio, me persuades,
 que es fuerte un vulgar motín.

CELIO. Este es tiempo de verdades.

TREBACIO. ¡Ah, traidor, Conde! ¿Este fin
 tuvieron tus humildades?

(Vanse. Salen ARNESTO, POLDERIGO, REMUNDO, LANSFERGIO, desnudas las espadas, con una corona de laurel.)

REMUNDO.

¡Muera el villano Príncipe de Albania!

LANSFERGIO.

¡Muera el soberbio inobediente al cielo!

POLDERIGO.

¡No corre el cazador, tigre de Hircania,
como él el (1) vulgo de rabioso celo!

ARNESTO.

Ya de Constantinopla y de Alemania,
y aun el imperio general del suelo
el bárbaro arrogante pretendía.

REMUNDO.

De su vida ha llegado el fatal día.

LANSPEGIO.

No parece en palacio.

POLDERIGO.

Habrás huído.

ARNESTO.

¿Huído?, no es posible.

REMUNDO.

¿Si escondido
estará?

LANSPEGIO.

Si está escondido (2),
acuchilla canceles y tapices.

POLDERIGO.

El era con razón aborrecido.

(Sale FILIPO, ISBELLA y LOPE.)

ARNESTO.

Bien será que tu boda solemnes
con la Princesa Isbella.

FILIPO.

Caballeros,
tened, si sois servidos, los aceros.

ARNESTO.

Si alguna cosa aquí templarnos puede
es la presencia tuya y de tu esposa.
¡Danos los pies a todos, y concede,
señor, tu frente, con la suya hermosa!

FILIPO.

¿Pues es razón que el principado herede
vivo mi hermano?

POLDERIGO.

Y es tan justa cosa,
que así lo quiere el cielo, pues él gusta
corone de laurel tu frente augusta.

FILIPO.

¡Caballeros!...

ISBELLA.

Señor, ¿por qué replicas?
Lo menos que mereces es aquesto.

LOPE.

Puesto, señor, que tu humildad publicas
en despreciar el lauro que te han puesto,
desamor a tu patria significas
en no ampararla.

FILIPO.

Si yo puedo en esto,
con justicia y razón, vivo mi hermano,
aceto el cetro.

TODOS.

¡Viva el Rey albano,
viva!

FILIPO.

El laurel me quito de la frente
y le traslado a Isbella generosa.

LOPE.

¡Isbella viva!

TODOS.

¡Viva!

ISBELLA.

El cielo aumente
vuestra vida, señor, en paz dichosa.

FILIPO.

Sacad de las prisiones brevemente
al Rey de Macedonia, que mi esposa,
preso su padre, no estará contenta,
ya corre su rescate por mi cuenta.

(Siéntense, y sale FELISARDA.)

FELISARDA. Pues mi injusta cobardía
hoy, Conde, me trajo a verte,
el pecho y frente ceñidos
de méritos y laureles,
pues no saber replicar
a aquel hermano insolente
me trajo a tan triste estado
y a ti el lugar que mereces,

(1) *M y Ma: como el.*

(2) Así este verso en las tres ediciones.

sin esconderme con él,
que bien pudiera esconderme,
a ti y a tu amada esposa
vengo a pedir os mi muerte,
no por culpas, por desdichas;
que soy desdichada siempre,
y la mayor, si me otorga
licencia Isbella, es perderle.
Yo te perdí, que bien puedo
decirlo así, pues quien tiene
un bien, cuando otro le goza
puede decir que le pierde.
Forzóme Trebacio, y yo,
no pudiendo defenderme,
rendíme a sus amenazas.
¡Cuán al revés me sucede!
Faltóme el ánimo entonces,
cuando fuera bien tenerle,
y viene a sobrarme ahora
que nadie me lo agradece;
mas antes que me mandéis
dar la muerte justamente,
os quiero dar a los dos
infinitos parabienes.
Goces, Filipo, mil años
a Isbella, y si tú me crees,
otros tantos de Filipo,
con mil hijos que os hereden.
¡No puedo pasar de aquí;
que vuestro bien me entenece!
Tanto mueve el bien pasado
hablando a quien lo posee.

FILIPO. Felisarda, no es razón
que de mí esas cosas pienses.
Ojalá que yo pudiera
en este lugar ponerte.
Si allí te faltó valor,
que era justo tenerle,
cree que el cielo tenía
determinado que fuese[s]
mujer de mi ausente hermano;
pero mientras vive ausente,
tendrás mi palacio y casa
con el honor que mereces
y el que ha de tener mi esposa.

ISBELLA. Y yo, con lo que valiere,
señora, para servir os;
que es muy justo que os respete;
que aunque es condición del mundo
a los que bajan, perderle,
no ha de tener aun con vos
por más que los tiempos ruedan,
aunque vos no habéis bajado;

que quien a Trebacio pierde
antes sube a tanta dicha,
cuanto la Fortuna puede.

FELISARDA. Siempre de vuestro valor
oí lo que veo presente.

Vuelvo a rogar a los cielos
que vuestras vidas prospere.

LOPE. Señor, el pueblo te aguarda.

FILIPO. Pues vamos.

LOPE. Que quiere verte
coronado, y ya casado.

FILIPO. Pues, Lope, ¿qué oficio quieres?

Pide, pide, yo soy Rey.

Mucho Filipo te debe.

LOPE. Señor, ser tu coronista
para escribir tus mercedes;
que si va a decir verdades,
no querría que la muerte
me hallase agradando a muchos,
pues nadie en el mundo puede.
Unos son tristes, señor,
y quieren cosas alegres;
otros, alegres también,
y las tristes apetecen;
unos las ciencias ignoran,
otros las ciencias aprenden,
unos miran con pasión
y otros con pasiones vienen.
Sácame deste trabajo,
¡así Dios tu vida aumente!,
y haré un libro en tu alabanza;
¿qué digo un libro?, ¡y aun siete!,
que te llame el gran Filipo,
Rey de Albania y Rey de reyes.

FILIPO. Yo lo haré, como verás.

LOPE. Pues no quiero que me (1) premies
los años que te he servido
de más dichosos laureles.

(Vanse todos; sale TREBACIO vestido de villano, y
LISEO, pastor.)

TREBACIO. Gran bien me has hecho, pastor,
en trocar me este vestido.

LISEO. En poco os sirvo, señor;
que antes vos habéis perdido
del todo vuestro valor.

TREBACIO. Yo quedo contento así.
¿Sabes quién soy?

LISEO. Una vez
sospecho, señor, que os vi

(1) B: que premies.

jugando al ajedrez.
 TREBACIO. ¿Al ajedrez?
 LISEO. Señor, sí.
 TREBACIO. ¿Dónde?
 LISEO. En cierta botica
 de la ciudad.
 TREBACIO. ¡Qué simpleza!
 ¡Ved a qué oficio me aplica!
 LISEO. Dios miembre bien mi cabeza.
 No sé en qué tienda bien rica
 os vi vender lienzo y paño.
 TREBACIO. No debo yo de tener
 mi rostro.
 LISEO. Mas era engaño
 éste; que debéis de ser
 un conjurador que hogaño
 echó de aquí la langosta
 tan veloz, que la campaña
 aun le parecía angosta.
 TREBACIO. Tu mal juicio se engaña.
 LISEO. Así corriendo la posta
 pasastes por mi lugar
 una vez de postillón.
 TREBACIO. ¿Hay gente en este pinar?
 LISEO. En los hornos del carbón
 no suele jamás faltar.
 Si andar con ellos queréis,
 yo os aseguro que halléis
 cena esta noche y posada,
 TREBACIO. ¡Vete, que tu hablar me enfada!
 LISEO. ¡Bellaco talle tenéis!
 ¡Hola, gente de mi ható!
 ¡Guarda el ladrón, al ladrón!

(Vase.)

TREBACIO. Si aqueste toca a arrebato,
 me siguen. ¡Desdichas (1) son,
 y yo he sido al cielo ingrato!
 Vendrá quien me dé la muerte,
 y aun será la mayor suerte
 que yo puedo desear.
 Aquí me quiero sentar
 para ser blanco en que acierte.

(Siéntase, y sale LISENA, pastora, con un instrumento,
 cantando.)

LISENA. Una vez cantó la Virgen,
 que así la iglesia lo canta,
 habiendo visto a su prima,
 y estando entrambas preñadas.

Dijo que por su humildad
 bajó Dios a sus entrañas,
 y la llamaron bendita
 del mundo naciones varias,
 y que de su alto asiento
 Dios a los soberbios baja,
 levantando los humildes;
 tanto la humildad le agrada.
 Y esta letra está en el cielo,
 a la puerta de su alcázar:
 Dios ensalza al que se humilla;
 Dios humilla al que se ensalza.

(Vase.)

TREBACIO. Pastora, ¡qué digo!, escucha,
 escucha, hermosa aldeana.
 ¡Ah, pastora!, óyeme un poco,
 ¡verdades son las que cantas!
 ¡Ay de mí, que cuando fui
 soberbio a la Iglesia santa
 hablé, oyendo aquellos versos,
 con humana confianza!
 Y es error grande, los hombres
 tenerla en cosas humanas;
 no en balde aquella pastora,
 aquella inspiración santa,
 me declaró las tres letras
 que sobre el tesoro estaban:
 al humilde, no al soberbio,
 aquel tesoro se guarda;
 y así, se dará a mi hermano,
 que ha tenido y tiene tanta.
 Aquí vienen carboneros;
 ¿si han de conocer mi cara?
 ¡Ah, buena gente del monte!

(Salen LIRANO, TORINDO y SIMUNDO, villanos.)

LIRANO. Mira, Torindo, quién llama.
 TORINDO. ¿Es Fileno?
 TREBACIO. (¿Qué [diré]?) (1)
 SIMUNDO. Fileno, ¿qué hay de las cargas?
 TREBACIO. (¿Si me parezco a Fileno?
 ¿Es a quien ellos [aguardan]?) (2)
 LIRANO. ¿De qué vienes tan suspenso?
 TREBACIO. (Ya llegan a la cabaña.)
 LIRANO. ¿Cómo ha ido en la ciudad?
 TREBACIO. Ya poco el carbón se gasta;
 como entra tanto el calor...
 SIMUNDO. La cena está aparejada;

(1) En las tres ediciones: *mis desdichas*.

(1) En las tres ediciones: *dice*.
 (2) En las tres ediciones: *agradan*.

TREBACIO. ven, sentarás-te a la mesa,
que hay linda cebolla y vaca.
¡Ved al tiempo que he venido!;
pero paciencia, arrogancia:
"Dios ensalza al que se humilla.
Dios humilla al que se ensalza".

ACTO TERCERO (1)

(Salen de caza ARNESTO, POLDERIGO, REMUNDO y FILIPO, con venablo.)

ARNESTO. ¡Parece cosa imposible
no haber en toda la tierra
alguna caza!

POLDERIGO. La sierra
es muy alta y inaccesible (2).
¡Qué bien fuera de otra suerte
hallar, príncipe y señor,
posible en que tu valor
diera a mil fieras la muerte!

FILIPO. Subilla con esta furia
del sol, que se enciende ya,
de algún peligro será;
templemos su ardiente injuria
en las pintadas orillas
deste arroyo dulce y blando,
donde se están retratando
verbenas y maravillas;
porque en tan puros cristales
tienen tan claros reflejos,
que no se ve desde lejos
cuáles son las naturales.

POLDERIGO. Los cuidados de la corte
templa el campo dulcemente.

ARNESTO. No hay cosa que de la gente
más la confusión reporte;
aunque después que a tu mano
llegó el imperio albanés,
más pacífico lo ves
que con tu soberbio hermano.

FILIPO. ¡Válgame Dios, caballeros!
¿Qué se habrá hecho Trebacio?

POLDERIGO. Cuando, huyendo de palacio
entre desnudos aceros
libró la vida, señor,

que salió al campo dijeron
algunos que le siguieron
entre el confuso rumor;
pero, aunque en él fué buscado,
nunca más fué visto en él.

FILIPO. De su soberbia cruel
bien está el cielo vengado;
pero hoy confieso de mí
que la sangre me entenece.

REMUNDO. El tiene lo que merece,
y Albania un príncipe en ti
como de mano del cielo,
que tu humildad levantó
y su soberbia humilló.

ARNESTO. El era monstruo del suelo.
Reina tú, pues que Dios fué
quien el imperio te ha dado,
que a la soberbia ha quitado
sobre que pones el pie;
no hay que tener compasión
del castigo que merece.

POLDERIGO. Allí un villano se ofrece
destos que haciendo carbón
son ministros de Vulcano.

FILIPO. Dale una voz.

REMUNDO. Ya deciende.

(Sale TREBACIO, de carbonero.)

ARNESTO. ¡Ah, buen hombre!

TREBACIO. [Ap.] (¿Qué pretende
ese poder soberano,
invito Señor, de mí,
pues que no sólo el vestido,
pero aun el rostro, has querido
que traiga trocado así?
¿Estos no son caballeros
de la corte, cielo santo?
Mi hermano es éste. ¡Oh, qué es-
[panto!)

ARNESTO. Pues sois de los carboneros
que en aqueste monte habitan,
bien sabréis de alguna caza.

TREBACIO. ¿Los que allá veen la plaza,
la del monte solicitan?
¿No es éste notable error?

FILIPO. Buen hombre, si en el matalla
está el gusto, y no en compralla,
¿cuál os parece mejor?
¿No veis que la verde pera
y la manzana teñida
en sangre, en su árbol asida,
provoca más a cualquiera,

(1) En las tres ediciones: *Acto tercero de La humildad ensalzada.*

(2) Así este verso en las tres ediciones. Tal vez sería: *alguna caza. Es la sierra / muy alta y inaccesible.*

y que el ruiseñor cantando
más en el álamo agrada
que entre la jaula dorada
su dulce pasión llorando?

¿No veis que mejor parece
el agua en la fuente pura,
que del veneno segura
en limpio cristal parece,

que en el vidrio veneciano
en la mesa del señor,
y que la perdiz, mejor
parece en el aire vano,

huyendo el ligero alcance,
que sobre el plato de plata?

TREBACIO. (Como a villano me trata,
castigos del cielo hace.

¿Es posible que en un año
el cielo así me transforme
que el Conde de mí se informe
tan libre? ¡Milagro extraño!

¡Ah cielos, cuán justamente
me queréis dar a entender
que es vano cuanto el poder
mortal contra el vuestro intento!)

En fin, señor, respondí
a su merced como quien
nació villano, y es bien
que ellos se burlen de mí,

que la perdiz más le sabe
en el plato al labrador,
y al fuego en el asador
chillando espetada el ave,
que por los aires volando.
Bien mi rostro de carbón
os dice la condición,
de que me estáis disculpando.

Que tuve culpa confieso,
pues por ella estoy así,
y aun es poco para mí:
tal fué mi soberbio exceso;

pero hacedme, ya que estáis
en mi monte, una merced,
¡ansí, con ave o con red,
matéis cuanto deseáis!

¿Quién sois, que vuestra persona
muestra aspeto tan real,
que no os estuviera mal
deste imperio la corona?

¿Sois Filipo, aquel hermano
de Trebacio?

FILIPO. El mismo soy.

TREBACIO. Mil parabienes os doy,
aunque rústico villano.

¿Reináis agora?

FILIPO. Sí, reino.

TREBACIO. Vuestro hermano ¿qué se hizo?

FILIPO. Su soberbia le deshizo,
por ella ha perdido el reino;
Dios se lo quitó.

TREBACIO. Y a vos
os le dió; está muy bien dado,
que lo que Dios ha juzgado
es tan justo como Dios.

¿Es muerto?

FILIPO. Nadie lo sabe.

TREBACIO. ¿Su mujer?

FILIPO. Conmigo vive.

TREBACIO. Si de vos piedad recibe,
Filipo, el mundo os alabe;
que no en balde os puso Dios
en el lugar de Trebacio.
Tratalda bien.

FILIPO. Mi palacio
se ha dividido en los dos.

TREBACIO. En fin, ¿no me conocéis?

FILIPO. ¿Yo, de qué?

TREBACIO. ¡Válgame el cielo!
A vuestra clemencia apelo,
que a fe que visto me habéis.

FILIPO. ¿Yo?, en mi vida.

TREBACIO. ¡Extraño caso!
¿Nunca en la caza me vió
por este monte?

FILIPO. Yo no.

TREBACIO. ¿Luego éste es el primer paso?

FILIPO. Muchas veces he venido,
pero nunca en él te vi.

TREBACIO. Pues en verdad que caí
donde vos habéis subido,
que poniéndoos a caballo
tropecé por ir a veros.

FILIPO. ¿Qué hemos de hacer, caballeros?

ARNESTO. Si casa de algún vasallo
tenemos cerca de aquí,
pasar en ella la siesta.

FILIPO. ¿No es Lope el que el curso apres-
hacia nosotros? [ta

POLDERIGO. Señor, sí (1).

[(Entra LOPE.)]

LOPE. ¡Dame albricias!

FILIPO. Ya lo sé.

(1) Así el verso en las tres ediciones. Acaso:
a nosotros.

No hay de qué pedirme albricias,
que si ganarlas codicias,
muy loco tu acuerdo fué,
pues claro estaba que yo,
viéndote albricias pedir,
había de presumir
que la Princesa parió.

LOPE. Siempre te burlas de mí,
por preciarte de entendido;
en fin, ya las he perdido,
porque albricias te pedí.

FILIPO. Así es verdad.

LOPE. Está bien.

Y si te cogiese yo,
aunque sabes que parió,
¿negárasmelas también?

FILIPO. ¿En qué me puedes coger?

LOPE. Claro está que no has sabido
si hija o hijo ha parido,
y que lo querrás saber...

FILIPO. ¡Ay, Lope, dilo, por Dios,
y perdona!

LOPE. No hay tratar.

FILIPO. Albricias te quiero dar;
mas concertando los dos
que, si es hijo, te las lleves,
y si hija, me las vuelvas.

LOPE. Poco debes a las selvas,
más a los palacios debes;
no estás tan discreto aquí
como te conozco allá.

FILIPO. Pues ¿en qué estoy necio acá?

LOPE. En no darme nada a mí.

¿No sabes que, bien o mal,
criados hacen conceto
de que es el señor discreto
cuando es en dar liberal?

FILIPO. ¿Luego no hay más discreción
que dar?

LOPE. Entre los señores,
el que hiciere más favores
será el mismo Salomón.

FILIPO. Di, que estás necio, si fué
hijo.

LOPE. En dándome primero
lo que de tu mano espero.

FILIPO. ¿Qué quieres tú que te dé?

LOPE. Quien lo que ha de dar pregun-
no tiene gana de dar. [ta,

FILIPO. Si es hijo, puedes tomar
plata y recámara junta.

LOPE. Hijo tienes, que Dios guarde.

FILIPO. ¡Los brazos te doy también!

ARNESTO. Sea, señor, para bien.

FILIPO. La caza acabo, ya es tarde;
ya deseo ver de quién soy
padre.

LOPE. ¡Y es cosa tan bella! (1)

FILIPO. Basta ser su madre Isbella.
¡Loco de contento voy!
Pocas albricias le di;
¿soy discreto?

LOPE. Y te prometo
que dando serás discreto,
y señor serás así.

Cuando yo veo un señor
muypreciado de letrado,
sospecho que le han trocado
en casa de algún doctor.

El señor ha de saber
lo que un reloj, y callar.

FILIPO. ¿Cómo?, di.

LOPE. Dar y más dar.

FILIPO. Licencia puedes tener
hoy para decir locuras.
¡Caballos! ¡Hola!

ARNESTO. Ya el cielo
corona tu humilde celo
del mayor bien que procuras.

(*Vanse todos, y queda TREBACIO.*)

TREBACIO.

¿Qué esperan mis desdichas,
en tantas confusiones como veo,
que aun las ajenas dichas,
para aumentar el daño que poseo,
pone el cielo mis ojos,
que crecen las envidias mis enojos?
Yo triste, derribado
de aquel lugar que tuve justamente;
mi hermano, levantado
por ser al cielo humilde y obediente;
él lleno de riqueza,
y yo llegado a la mayor bajeza.
Confieso, cielo santo,
que puedes derribar de poderosos
asientos la arrogancia.
¿Cómo permitirás nuestra ignorancia?
Que hablé mal te confieso,
y que conozco que merezco pena,
de mi soberbio exceso
este castigo que tu mano ordena;

(1) En las tres ediciones: *Ya deseo ver de quien / soy padre. Y es cosa tan bella.*

mas ¡mira que rendido
conozco tu poder, y perdón pido!

(Salen TURINO y SIMUNDO, carboneros, con hachas
de partir leña.)

TURINO. Aquí podéis emplear
las hachas famosamente.
SIMUNDO. ¡Ea, Turino valiente!,
que hoy habemos de cortar
cincuenta pics destos robles.
LIRANO. ¿Es Sileno aquél?
SIMUNDO. El es.
LIRANO. Eso sí: vendrás después,
con tus pensamientos nobles,
a comer sin trabajar.
¿qué te has hecho todo el día?
TREBACIO. Al pie de esta fuente fría,
que habré dado en murmurar
a no sé qué cortesanos
que andaban cazando aquí,
de tristeza me perdí.
SIMUNDO. O toma el hacha en las manos,
o con los carros camina
que tiene a punto Pilón.
TREBACIO. Es la corte confusión
donde el hombre desatina.
¡No me manden ir allá!
TURINO. Estos están concertados
para palacio, y pagados;
no hay más de volverte acá.
TREBACIO. ¿Pilón no sobra que vaya?
SIMUNDO. Es ignorante Pilón.
TREBACIO. Mucho aquella confusión
me desvanece y desmaya;
echad suerte cuál de todos
irá a la corte, y si a mí
me cayere, yo iré.
LIRANO. Sea así. (1)
SIMUNDO. Busca de escaparte modos.
¡Notable holgazán te has hecho!
TREBACIO. Nise viene.
SIMUNDO. La merienda
nos quitará de contienda.

(Sale NISE, de carbonera, con una cesta en que trae
la merienda.)

LIRANO. Discúlpate sin provecho.
Seas, Nise, bien venida.

NISE. Todos en buen hora estéis;
ya la merienda tenéis
de mi mano apercebida.
Mirad si queréis que tienda
en la margen desta fuente
los manteles.
TURINO. No se asiente
nadie a tocar la merienda
hasta que se determine
quién ha de ir con el carbón.
LIRANO. Forzosas las suertes son.
TREBACIO. ¿Más que hacéis que yo camine?
TURINO. Sea desta suerte.
LIRANO. Di ya (1).
TURINO. Cuatro verdades diremos
los cuatro, pues que tenemos
quien sin pasión juzgará.
Quien dijere la menor
lleve el carbón a la corte.
NISE. De mentiras pagan porte
allá, en la corte, mejor;
mas decid cómo ha de ser.
TURINO. Desde las tejas abajo.
SIMUNDO. Va de verdad por lo bajo:
un hombre que [a] una mujer
rinde sus cinco sentidos
y sujeta su razón
y su hacienda y su opinión,
cuéntale con los perdidos.
¿Es esto verdad?
NISE. Sí es.
LIRANO. Y un hombre que a gran lugar
llegase, si a visitar
le viniesen dos o tres
de los que le conocieron
en la primera bajeza,
¿no mostraría tristeza
viendo que en ella le vieron
y huyendo de su amistad
con infinita distancia
por no haber en su abundancia
quien dió en su necesidad?
NISE. Verdad, no puede negarse.
TURINO. Va mi verdad.
NISE. Ya la espero.
TURINO. Ser el pobre lisonjero
donde piensa remediarse;
el poderoso, envidiado,
y el desabrido, malquisto;
estimado el que no es visto,
y el común, desestimado;

(1) Así el verso en las tres ediciones. Quizá sobra *me*.

(1) En las tres ediciones: *dilo ya*.

quererse tener por sabio
el ignorante, y querer
honrar la que es vil mujer
y el que vive de su agravio,
¿no es verdad?

NISE. Todas lo son.

Diga Sileno.

TREBACIO. Ya digo:
bien veis los que estáis conmigo
que vivo de hacer carbón,
y me tengo por Sileno...

NISE. Así es verdad.

TREBACIO. Pues yo soy,
aunque transformado estoy,
príncipe de Albania.

NISE. [¡ Bueno!]

¿Y eso dices por verdad?

TREBACIO. Trebacio soy, y esto es cierto,
y que por serlo te advierto
que no he de ir a la ciudad.

NISE. No sólo verdad no es,
sí mentira y desatino;
tome Sileno el camino.

TREBACIO. ¡ Más que lo sabréis después!

TURINO. ¡ Ea, no hay que replicar!

TREBACIO. ¡ Digo que Trebacio soy!

TURINO. ¿ Más que con el hacha os doy?

NISE. Los tres podréis merendar,
y él parta con el carbón.

LIRANO. Vamos.

TREBACIO. ¡ Yo sé que algún día
veréis que es verdad la mía,
más que las otras lo son!

(Vanse, y sale FILIPO, ARNESTO, ISBELLA y LOPE.)

FILIPO.

Remundo se ha partido a Macedonia
a llamar, mi señora, a vuestro padre,
que quiere en el bautismo de su nieto
hallarse a honrarle, con que quiere el cielo
echar el sello a nuestro regocijo.

ISBELLA.

El que me ha dado tan hermoso hijo
se aumentará con ver mi padre agora.

LOPE.

Aquí está Felisarda, gran señora.

ISBELLA.

Entre muy en buen hora Felisarda.

(Sale FELISARDA.)

FELISARDA.

Puesto que el justo miedo me acobarda
de que me has de tener por sospechosa,
por ser cual fuí de tu enemigo esposa,
no me excuso de dar mil parabienes
a la dichosa sucesión que tienes
y el verte, con salud, ya levantada.

ISBELLA.

La excusa, Felisarda, es excusada,
que yo de tu virtud y valor creo
tu justa voluntad, tu buen deseo.
Y ya, pues has venido adonde puedes
conocer el que tengo de tu gusto,
de tu honor y remedio, te querría
persuadir que tomases otro estado
del que tienes aquí.

FELISARDA.

Tus manos beso;
mas ¿cuál estado elegiré más justo
que servirte y hacer sólo tu gusto?

ISBELLA.

Trebacio me parece, y es lo cierto,
que a las manos del vulgo quedó muerto,
o el mar le ha dado oculta sepultura;
resta que tú, que tan dichosa fuiste
en salir de las manos de un tirano,
pues ya con sujeción reina su hermano,
te cases y sosiegues tantas cosas
como tu estado tiene sospechosas;
elige destos nobles caballeros,
o propios en la corte o extranjeros;
mira el que más te agrada, que Filippo
te quiere dar en dote su condado.

FELISARDA.

No puedo exagerarte con razones
la mucha obligación en que me pones,
mas dentro de hoy te ofrezco la respuesta.
siendo cosa segura y manifiesta
que Trebacio murió.

FILIPO.

Murió Trebacio,
Felisarda, a las puertas de palacio;
tenlo por cierto y tu remedio aceta.

FELISARDA.

Yo tomaré, señor, vuestro consejo,
y los cielos os guarden muchos años.

FILIPO.

Vamos, señora, a ver estos jardines,
que se alegran de veros levantada,
como cuando la aurora matizada
los baña en perlas con su dulce risa
y el mayo alegre con sus plantas pisa.

(*Vanse. Salen TREBACIO y PILÓN, de carboneros.*)

PILÓN. Ya están los carros aquí.

TREBACIO. Baja al suelo las camellas
y pon el heno sobre ellas.

PILÓN. ¿Y qué pondré para mí?

TREBACIO. Come un poco de aquel pan,
que lo mismo he de hacer yo.

PILÓN. ¿Y no hay otra cosa?

TREBACIO. No,
y es harto que pan me dan.

¡Ah cielos, cuán diferentes
manjares tuvo Trebacio
en este mismo palacio!

PILÓN. ¿Qué estáis hablando entre dientes?

¿Más que tenéis para vos
cualque cebolla o cecina?

TREBACIO. Desunce el carro; camina,
Pilón, ¡que mal te haga Dios!

PILÓN. ¿Dónde pusistes la bota?

TREBACIO. Colgada de aquella estaca.

PILÓN. Mal la hambre y sed se aplaca
con una alforja tan rota.

Mirando aquesta cocina,
llena de tanta grandeza,
pienso que Naturaleza
con sus obras desatina;

ved (1) lo que se come aquí
y lo que se ayuna allá,
¡pues hombres nacen acá
como donde yo nací!

¡Ved qué de pavo y faisán,
qué de perdiz y conejo,
con que alucian el pellejo!
¡Pues también nos parió Adán!

TREBACIO. Entra, acaba.

PILÓN. Allá una encina
nos da bellotas; las fuentes,
agua...

TREBACIO. Aunque son diferentes,
Pilón amigo, imagina
que quizá duermen mejor.

PILÓN. Eso dicen mentecatos.

Cenara yo veinte platos
como los cena el señor,
y nunca durmiera, ¡amén!;
que de experiencia he sacado
que la noche que he cenado
ésa he dormido más bien.

TREBACIO. Hablas con rústica envidia.

Entra, y descansen los bueyes.

PILÓN. Ya se irán.

(*Vase.*)

TREBACIO. Hay justas leyes
de aquel Rey a quien fastidia
tanto la soberbia fiera.

¡Oh, casas donde nací
príncipe!, mirad en mí
qué fin la que tiene espera.

Si ya, como a Belisario,
me arrojara la Fortuna,
o por la envidia importuna
imitara el cónsul Mario,
pudiera tener disculpa,
que más mi soberbia obligue
a Dios que así me castigue;
¡muy grande ha sido mi culpa!

Ved dónde traigo carbón,
transformado en un villano,
de príncipe soberano;
¡grandes mis pecados son!

Dije a Dios que no podía
caer de mi gran poder;
pero si pude caer
muestra la miseria mía.

Caí porque contra El
vanamente me atreví;
¡harto fué, pues no caí
adonde cayó Luzbel!

(*Sale LISEO.*)

LISEO. ¿Sois vos quien trajo el carbón?

TREBACIO. Yo soy.

LISEO. ¿Cómo habéis tardado?

TREBACIO. Los caminos lo han causado.

LISEO. ¿Y cuántos los carros son?

TREBACIO. Diez solos vienen ahora,
que otros diez quedan atrás.

LISEO. ¿Vendrán más?

TREBACIO. Si quieren más?

LISEO. ¡Bien tu sino se mejora

(1) En las tres ediciones: *veo*.

de los descuidos pasados!
El no debe de saber
que en esta fiesta ha de haber
mil príncipes convidados.

TREBACIO. Yo traigo lo que me dan;
de sus faltas no soy culpa.

LISEO. Sí, pero daréis disculpa
de los que en el monte están,
¿y de vos no la daréis,
que con este rostro y talle
viváis un bárbaro valle?

TREBACIO. Pues vos ¿qué talle me veis?

LISEO. Talle que mejor pudiera
ir arrastrando una pica.

TREBACIO. Señor, cada cual se aplica
a la inclinación primera.

LISEO. Porque me habéis parecido
de buena traza y persona,
que el talle dicen que abona
al hombre no conocido.
en palacio os quiero dar
un oficio.

TREBACIO. ¿A mí, señor?

LISEO. A vos.

TREBACIO. [Ap.] (Y aun será mejor
dentro de palacio estar
para saber lo que pasa.)
En fin, ¿que os sirva queréis?

LISEO. De dos oficios podéis
escoger en esta casa:
si queréis en la cocina
en ella podéis estar,
y si de arte militar
el instrumento os inclina,
la caballeriza es puesto
adonde medrar podéis.

TREBACIO. Eso aceto, que bien veis
cuánto más me honráis en esto.
Emperadores ha habido
que un caballo herrar supieron.
y los más que lo tuvieron
sé yo que los han servido.

¿Quién no ha dado de comer
a algún caballo enfrenado,
de cuantos han caminado?

LISEO. Ese es noble proceder,
que muestra la inclinación
que de serlo vos tenéis.
Venid conmigo, tendréis
de hoy más salario y ración.

(Vase.)

TREBACIO. ¿Que le falta a mi fortuna
en que me pueda poner?
Pero no es de mi poder
esta desdicha importuna;
que no es fortuna, ni hado,
sino voluntad de Dios.

(Sale PILÓN.)

PILÓN. Ya quedan de dos en dos
los serones, como en prado
rumiando el heno los bueyes
que tras de los carros vino.

TREBACIO. Vuelve, Pilón, a Turino,
que las casas de los reyes
son, para los pensamientos
nobles, alta ocupación;
¡ya no he de hacer más carbón!

PILÓN. ¡Notables son tus intentos!
Siempre de tus arrogancias
estas locuras temí.

¿Quedarte quieres aquí?

TREBACIO. Son tan viles las ganancias
dese monte y carbonera
que, en fin, es fuego y ceniza,
que aquí en la caballeriza
me quiero quedar.

PILÓN. Espera.
Pues ¿qué cuenta daré allá?

TREBACIO. No más de que me quedé,
pues mi dinero cobré,
ni recado tengo acá.
¡Cuánto mejor es servir
a los caballos del rey,
que no tras el carro y buey!

PILÓN. ¿Solo, en fin, tengo de ir?

TREBACIO. Esto es hecho. Adiós te queda.

PILÓN. Pues ¿no eres tú el que decías
que allá mejor dormirías?

TREBACIO. Es que mi fortuna rueda,
y porque de su rigor
no puedo el tiempo sufrir,
caballos quiero añadir
para que rueda mejor.

(Vanse, y sale ISBELLA y FELISARDA.)

FELISARDA. Esta determinación
me ha parecido acertada.

ISBELLA. Muy bien estarás casada,
y ha sido cierta elección.

FELISARDA. Con ninguno me parece

que lo puedo estar mejor.
 ISBELLA. Justamente, tu valor
 el conde Arnesto merece.
 Deudo tiene muy cercano
 con el Príncipe, mi esposo.
 FELISARDA. Su valor me fué forzoso,
 que fuí mujer de su hermano.
 ISBELLA. En fin, ¿quieres que lo diga?
 FELISARDA. Y aun vengo determinada,
 que por ser cosa acertada,
 a que lo trates me obliga;
 pero, porque no es razón
 que se diga en mi presencia,
 quiero pedirte licencia.
 ISBELLA. En cosas que justas son
 es la vergüenza excusada.
 FELISARDA. No es justo que esté presente.
 El cielo tu vida aumente.

(Vase, y salen FILIPO y LOPE.)

ISBELLA. ¡Mi Filipo!
 FILIPO. ¡Esposa amada!
 ISBELLA. Parece que mi deseo
 os trujo aquí.
 FILIPO. ¿De qué modo?,
 que el mío se encierra todo
 en el bien que en veros veo.
 ISBELLA. Aquí me ha dicho con quién
 vuestra cuñada se casa.
 FILIPO. Sosegaráse mi casa,
 que es lo que me está más bien.
 ISBELLA. De vuestro pariente Arnesto
 ha hecho elección.
 FILIPO. Su gusto
 tiene lo mismo de justo
 que de discreto y honesto,
 que yo sé que él lo desea.

(Sale ARNESTO.)

ARNESTO. ¡Deme albricias Vuestra Alteza!
 FILIPO. Arnesto, aunque no es grandeza
 que yo interesado sea,
 también pedírtelas quiero,
 y unas por otras se irán.
 ARNESTO. Eso las nuevas dirán.
 FILIPO. Pues ya las nuevas espero.
 ARNESTO. El Pontífice te envía
 título de Rey de Albania,
 contra el voto de Alemania,
 de Francia, Escocia y Hungría.

FILIPO. ¡A Dios las gracias se den,
 que mi humildad levantó!
 ISBELLA. La primera quiero yo,
 Rey, daros el parabién.
 FILIPO. Y yo a vos, pues si yo reino
 en Albania, vos en mí.
 ARNESTO. Ya que las nuevas te di,
 que fué como darte un reino,
 ¿con qué me piensas pagar?
 FILIPO. Con que Felisarda es tuya,
 que bien la hermosura suya
 es lo mismo que reinar.
 ARNESTO. Confieso que para mí
 ha sido el cambio mejor.
 LOPE. Deja que bese, señor,
 tus pies.
 FILIPO. Parte, Lope, y di
 pongan un humilde estrado
 en la iglesia, donde quiero
 coronarme.
 LOPE. Voy ligero.

(Vase LOPE.)

FILIPO. Después de haber gracias dado
 al Señor, que me levanta,
 como me lo prometió
 cuando por los montes yo
 mostraba obediencia tanta.
 ARNESTO. Pues ¿no quieres celebrar
 tu digna coronación
 como es justo?
 FILIPO. Ejemplos son,
 el verme, Arnesto, reinar
 y a Trebacio en tal bajeza,
 muerto por espada infame,
 para que cuando me llame
 rey, conozca mi flaqueza.
 Agora más humildad,
 cuanto más me sube el cielo,
 porque cuanto tiene el suelo
 de grandeza y majestad
 es sueño, es ceniza helada,
 y sombra con el poder
 de quien puede resolver
 toda nuestra fuerza en nada.
 Vamos, Isbella, que yo
 no he de ser como mi hermano,
 que por soberbio y tirano
 esta corona perdió;
 que bien muestra el cetro y silla
 que he seguido humildad tanta,

que Dios humildes levanta
y que soberbios humilla.

(*Vanse, y sale REMUNDO, LISEO y TREBACIO, de mozo de caballos.*)

REMUNDO. ¿Está ya limpio y a punto?

LISEO. Y tan galán, que sospecho
que de que hoy le sube el Rey,
le ha dado conocimiento.
Parece también que sabe
que es oro y perlas el freno,
que el valor de los diamantes
le tiene alegre y soberbio;
los verdes ojos parecen
dos esmeraldas entre ellos,
la espuma baña el bocado
sin hacer ofensa al pecho;
las clines, con mil lazadas,
parecen un blanco velo
labrado de verde y nácar;
curiosidad de Sileno,
que no se ha tenido en casa
mozo más limpio y más diestro.

REMUNDO. ¿Sois vos quien puso al caballo
este gallardo aderezo?

TREBACIO. Sí, señor.

REMUNDO. ¿De dónde sois?

TREBACIO. Soy desta tierra muy lejos,
que hay de mi lugar, señor,
al que en esta tierra tengo
una distancia infinita.

REMUNDO. De que aquí sirváis me huelgo;
yo tendré con vos cuidado.

TREBACIO. [*Ap.*] ¡Inmenso cielo!, ¿qué es es-
¡Remundo no me conoce! [to?
Pero ¿qué mucho, que vengo
a limpiarle los caballos
a mi hermano? Mas bien creo
que el haber hecho que el mío
llevase entonces del diestro
dió castigo a mi soberbia
y premio a su humilde celo.)

(*Sale LOPE.*)

LOPE. ¿Está aquí Remundo?

REMUNDO. Sí.

LOPE. Dice el Rey que dejes luego
de aderezar el caballo,
porque el Rey y Reina al templo
a pie van a coronarse,
por humildad, y sospecho

que ha de ser también allí
el tratado casamiento
de Arnesto y de Felisarda.
Liseo, quítese presto
el aderezo al caballo,
llévese a palacio el freno,
que Filipo por humilde
quiere lograrse en el reino.

(*Vanse, y TREBACIO tiene a LOPE.*)

TREBACIO. ¡Ah, caballero!

LOPE. ¿Queréis
alguna cosa?

TREBACIO. Sí quiero,
y no os espante que quiera,
en el vil traje que tengo,
saber cómo se ha casado
Felisarda con Arnesto.

LOPE. Quiso el Príncipe Filipo,
ya rey del albanio reino,
que no estuviese en su casa,
y quiso que para esto
eligiese por marido
a su gusto un caballero;
eligió a Arnesto.

TREBACIO. Pues ¿cómo?
¿No está casada?

LOPE. Extranjero
debéis de ser.

TREBACIO. Sí, lo soy.

LOPE. Si no lo sabéis, sabeldo:
que ya es muerto su marido.

TREBACIO. ¿Trebacio?

LOPE. Como mi abuelo.

(*Vase LOPE.*)

TREBACIO. ¡Ay de mí! ¿Qué aguardo ya?
¡Muerto estoy! Que lo estoy creo,
pues no hay en el mundo vivo
que tanto parezca muerto.
¡Cielos!, ¿mi mujer se casa?
Filipo rey, y yo tengo
tanta mudanza en un año,
que hablo y trato a cuantos veo
que me solían servir,
y otro del que soy parezco.
¿Qué aguardo ya? ¿Por qué alargo
mi fin, qué busco, qué espero?
Hoy Felisarda se casa,
hoy se casa con Arnesto,
y se corona mi hermano;

todos dicen que soy muerto.
 Pues si aquesto es verdad, ¿cómo
 inobediente me muestro
 de Dios al justo castigo,
 sabiendo que lo merezco?
 ¿El no me ha mudado el rostro
 y en tanta bajeza puesto
 sólo para castigarme
 por arrogante y soberbio?
 Pues, Señor, desde este punto
 digo que si los tormentos
 que inventó la tiranía,
 la venganza y el infierno
 me mandáredes sufrir,
 los sufriré tan contento
 como si me viera agora
 señor del troyano imperio.
 ¡Ay, cielos, qué desatino!
 ¡Sin saber dónde, me he puesto
 en el templo do a mi hermano
 dan la corona y el reino!
 Mil príncipes le acompañan,
 y entre ellos, el Rey su suegro,
 a quien hice yo llevar
 la almohada al mismo templo.
 También el Duque Rodulfo
 viene con él; todos creo
 que a ser de mi mal testigo
 los junta esta tarde el cielo.
 Allí viene Felisarda;
 a su lado viene Arnesto.
 ¡Pequé, Señor, mi ignorancia
 y mi soberbia confieso!

(*Suena música, y salgan todos los que pudieren de acompañamiento; algunos traigan en fuentes el aderezo de la coronación, y FILIPO y ISBELLA y ARNESTO y FELISARDA, REY DE MACEDONIA, DUQUE RODULFO, POLDERIGO, LISEO y LOPE.*)

FILIPO. Invicto Rey macedonio;
 Duque ilustre; caballeros
 de mi Corte, ciudadanos
 nobles, católico pueblo:
 En esta coronación
 me trae humilde el ejemplo
 del fin infeliz que tuvo
 Trebacio, mi hermano muerto,
 pues todos os acordáis
 que el día que tan soberbio
 silla, almohada y caballo,
 lleno de arrogancia el pecho,
 nos hizo a los tres llevar,

a que vísperas oyendo
 en la *Magnífica*, dijo
 del mismo cielo en desprecio,
 que cómo caer podría,
 aunque lo quisiese el cielo,
 de aquel lugar en que estaba;
 y todos sabéis que luego
 cayó en tanta desventura,
 que perdió vida y imperio;
 por esto yo, a quien ahora
 la humildad que veis ha puesto
 en el lugar que perdió,
 a darle las gracias vengo
 y a recibir la corona
 con la mayor que yo puedo,
 confesando que me puede
 en este mismo momento
 quitar el reino y la vida,
 porque a su poder inmenso
 cuanto tiene ser y vida
 de la suerte está sujeto
 que el barro o la blanda cera
 en las manos del maestro.

REY. Filipino heroico: no en vano
 ha dado tan alto premio
 a tu humildad quien levanta
 tus fuerzas a tanto aumento.
 A mí, al Duque, a tus vasallos,
 a cuantos tus glorias vemos
 y el castigo de tu hermano,
 admira tan alto ejemplo.
 Sube al trono y a la silla
 donde de mi mano quiero
 que recibas la corona.

FILIPO. Altas las gradas han hecho,
 y aunque pretendo subir
 no me parece que puedo.

ARNESTO. ¡Hola! Traed una silla
 o algún escabel, de presto,
 adonde ponga los pies
 Su Majestad.

REMUNDO. No tenemos
 aquí ninguno, señor.

ARNESTO. Póngase un criado luego
 en ese suelo postrado
 y suba por él.

LOPE. Yo quiero
 ser de tus pies almohada.

LISEO. Y yo a lo mismo me ofrezco.

FILIPO. ¡Eso no, Lope, español
 honrado, que honrarte debo;
 eso no, Liseo amigo,
 que a ningún noble consiento

que aquí se ponga a mis pies.
 ARNESTO. Mirad de ese vulgo, presto,
 el hombre más vil.
 LOPE. Aquí
 un mozo robusto veo,
 que es tu mozo de caballos.
 Llega y humíllate.
 TREBACIO. ¡Cielos!
 ¿Esto más? ¿Sobre mí sube
 al trono en que hoy habéis puesto
 a mi hermano?
 ARNESTO. Humíllate, pues (1).
 TREBACIO. Ya estoy postrado en el suelo.
 (*Echese TREBACIO encima de la alfombra, que está
 en la primera grada del trono, y FILIPO ponga los
 pies en el suelo y suba a la silla.*)
 FILIPO. Ya he subido donde aguardo
 las ceremonias del cielo.
 Perdonad, Isbella mía,
 Rey, Duque y vos, primo Arnesto.
 LOPE. Levántate de la tierra,
 mancebo.
 TREBACIO. Dejadme os ruego,
 que aquí he de estar entre tanto
 que le dais al rey el cetro.
 REY. ¡Quítate, necio, de ahí;
 que es indecente ese puesto
 para la bajeza tuya!
 TREBACIO. Si me ha puesto en él el cielo,
 ¿cómo me queréis quitar?
 Dalde la corona y cetro;
 que yo estoy bien a sus pies.
 ARNESTO. ¡Quítate, loco mancebo;
 que desde lejos verás!
 TREBACIO. Si quisiera que de lejos
 viera yo a Filipo así,
 no me trajera a este suelo
 para serlo de sus pies,
 pues sobre mí los ha puesto
 para subir a la silla.
 LOPE. ¡Hola, guardas, quitad luego
 este bárbaro de aquí!
 TREBACIO. Hecho pedazos, bien puedo
 levantarme de la tierra.
 LOPE. ¡Loco es sin duda!
 FILIPO. ¿Qué es eso?
 LOPE. Este mozo de caballos,
 por quien subiste, tan necio

(1) Así el verso en las tres ediciones. Quizá so-
 bra a.

no se quiere levantar.
 FILIPÓ. Hombre, ¿qué quieres?
 TREBACIO. Confieso
 que soy hombre, que al autor
 del hombre vivo sujeto;
 que soy viento, polvo y nada,
 y que siendo polvo y viento
 me opuse al poder de Dios,
 a quien con lágrimas ruego
 me dé mi rostro y persona
 y que os dé el conocimiento
 que tuvistes de Trebacio.
 REY. ¿Es Trebacio?
 FILIPO. ¡Santo cielo!
 ARNESTO. ¡Trebacio es!
 TREBACIO. ¿Conocéisme?
 ARNESTO. Ya todos te conocemos.
 TREBACIO. ¡Oyó el cielo el ruego mío!
 FILIPO. Hermano mío, ¿qué es esto?
 TREBACIO. ¿Por qué bajas de la silla?
 FILIPO. Porque echarme a tus pies debo.
 TREBACIO. ¡Eso no! que si a los tuyos
 me pone el cielo, yo entiendo
 que debo en ellos estar.
 ISBELLA. ¡Felisarda, llega presto!
 ¡Tu esposo es éste!
 FELISARDA. Perdona,
 pues el tenerte por muerto
 y importunarme tu hermano
 dió causa a mi casamiento.
 TREBACIO. ¡Felisarda, invicto hermano,
 Rey de Macedonia, Arnesto,
 Duque Rodulfo, vasallos
 de Albania: a nadie condeno
 en lo que conmigo hicistes,
 porque fué traza del cielo,
 que a los pies de tu humildad
 mi boca soberbia ha puesto!
 ¡A todos pido perdón
 de rodillas!
 FILIPO. Sube luego;
 sube, hermano, a coronarte;
 tuyo soy, tuyo es el reino.
 TREBACIO. Filipo, si el reino fuera
 el mundo y mil mundos, creo
 que lo tratara y tuviera
 en este mismo desprecio.
 No quiero más que a mi esposa;
 sólo retirarme quiero
 a un lugar de tus estados;
 no repliques, y está cierto
 que lo quiere el cielo así.
 FILIPO. Pues si tienes ese intento,

el condado que yo tuve
te doy.

TREBACIO. Las manos te beso
por tanta merced.

ARNESTO. Aquí acaba
el ejemplo verdadero

con que Dios levanta humildes
y con que humilla soberbios (1).

(1) B: *Fin de la comedia de La humildad ensalzada, de Lope de Vega Carpio.*

EL VALOR DE LAS MUJERES

COMEDIA FAMOSA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

DEDICADA

AL DOCTOR MATIAS DE PORRAS

CAPITAN DE LA REAL SALA DE LAS ARMAS, FAMILIAR DEL SANTO OFICIO, Y CORRREGIDOR Y JUSTICIA MAYOR DE LA PROVINCIA DE CANTA,
EN LOS REINOS DEL PIRÚ

Estando Cicerón en Atenas, le escribió su amigo Celio que deseaba que le escribiese y dedicase alguna obra suya, y dióle para causa deste deseo: *Ut intelligamus nos tibi cura esse*; y de habérsela dedicado: *Quod nostrae amicitiae memoriam posteris quoque prodat*. Lo que viniera en esta ocasión muy a propósito, si como v. m. puede ser Marco Celio, yo fuera Marco Tulio; pero, porque en alguna manera se satisfaga a la obligación y se ofrezca a la memoria lo que tan de justicia se le debe, aplicando: *Ex tam multis tuis monumentis* (como el mismo Celio dijo) a la copia de los escritos que van saliendo (aunque deste atrevimiento no fui yo el principio), dedico a v. m. esta pequeña parte, grande por la voluntad, y inmensa por el deseo, y porque con las demás, si tuviera dicha de llegar a ese mundo, divierta a v. m. de los cuidados y trabajos de tan impensado suceso; causa que, cuando fuera cierta, por ser de la voluntad, no merece tan airada censura, sin advertir que puso Dios ojos al entendimiento para que mirasen los hombres dentro de sí lo que con los del cuerpo ven en los otros. Díome pena que la parte que a v. m. pide, haya pasado sus quejas por tantos mares. En mi vida vi deshonor que no se contentase que le supusiese un mundo, pues quiere, trayéndole al nuestro, que le sepan entrambos. Favor tendrá v. m., aunque le parezca que le deja en Lima, porque ayudar al amigo, *dulcissimum est*, como fué sentencia del filósofo, y tiene v. m. tantos, que no les puede caber a paso desta solicitud. Pero dejando aparte penas, y para olvidarse dellas, trasladando la plática a diferentes cosas de las que solíamos tratar en nuestros estudios, y que hacen más a propósito de la propuesta materia, ya (gracias a Apolo) hay tantos poetas en España que en las pasadas justas de la beatificación de nuestro Santo, hubo tres mil y seiscientos y cuarenta papeles de versos, aunque parezca éste el número fabuloso de las mujeres que trajo la reina Talestris en la visita de Alejandro. ¡Bien haya terreno que tal produce! Mas pues v. m. es médico, me holgaría de saber: ¿por qué o cómo se llama esta manera de escribir “manía”, si no es nombre genérico, y por qué dice Platón

que sin ella no puede haber ingenio grande, si su definición es: *Infectio anterioris partis cerebri, cum privatione imaginationis*? Fundó la imaginativa la esencial parte del poeta, la oficina de sus conceptos y pensamientos. De los manes puede haber procedido, que Vives, en la exposición de la *Ciudad de Dios* de San Agustín, los tiene por el buen genio, que llamaban *bonus daemon* los antiguos, *id est, animus virtute perfectus*; que no aquella sombra madre de los lemures y larvas. Aquí conoció v. m. un hombre, que, vuelto loco de amores de una señora título, escribió excelentes versos, siendo ignorante; debe ser por la sequedad del cerebro; pero ¿cómo no le ofendía la privación de la imaginación? Lo que es infalible es que: *Omnes operationes multo elegantiores sunt in cerebro temperato*, si bien en los destemplados es más valiente la fantasía. Son los cálidos ingeniosos, aunque inconstantes, y al contrario los húmidos, los fríos pertinaces en su opinión, ni valen para el ingenio ni para el juicio, como son ejemplo las mujeres, cuyo consejo, el primero es bueno, el segundo, temerario, y el tercero, perverso. Fué máxima de los estoicos: *Omnes insipientes esse insanos*. Disputála Cicerón en el tercero de las *Questiones tuseulananas*. El nombre de *insania* significa *mentis agrotationem*. Los filósofos llamaron enfermedad las perturbaciones del ánimo: *Omnes insipientium animi in morbo sunt*; porque *omnes insipientes insaniunt* presumo que es *insanire*, escribir con ignorancia; y así lo he visto en las obras de muchos, uno de los cuales, lego a *nativitate*, corriendo por toda el Andalucía sus comedias, jamás han sido afectas en esta Corte. Disposición diagnóstica para saber la duración y efectos de semejantes cometas. Deseo que el excelentísimo príncipe acabe su gobierno felicemente, de que me dicen que está cerca, para que gocemos de su divino ingenio, como solíamos, y veamos a v. m. libre de enemigos bárbaros, tan lejos de la patria, cuya privación tan mal pareció a Eurípides, teniendo Quintiliano por mejor: *ser despojado de los propios que vendido de los ajenos*. Refiere Tulio que el divino Platón se fué de la conversación de Sócrates, en el Pireo, fingiendo que iba al templo, por no de-

tener un hombre tan venerable tan largo tiempo, a cuyo ejemplo podrá ser esta epístola culpada de quien ignorase mi amor, y que hablo con v. m. para todo un año, pues hay tanto mar en medio, porque yo: *Sive in extremos penetravit Indos* (como dijo Cástulo) *hoe amem necesse est*. Olvideme de decir que en estos patios de palacio vi la persona que a perseguir su mismo honor pasó a España desde las más remotas Indias. *Tenedius homo*, como dice el adagio, y que difícilmente romperá la tenacidad de su primera aprehensión. Marcela es ya monja descalza,

Lope está en Sicilia, con el excelentísimo Marqués de Santa Cruz, mi señor y mi protector. Feliciano se halla con poca salud. Al jardinillo quité los pájaros, porque venían los de fuera a hurtarles el sustento, como ahora sucede a muchos poetas. Los libros del estudio tienen menos polvo, como es mayor la edad. En materia de la plata que allá sobra: *Zonam perdidit*. Dios guarde a v. m. y le traiga con bien a España.

Su capellán y verdadero amigo,

Lope de Vega Carpio.

FIGURAS DE LA COMEDIA:

LUCRECIA, *dama*.
LISARDA, *idem*.
OTAVIA, *idem*.
CELIO, *villano*.
ROSELA, *villana*.
EL MARQUÉS FINEO.
EL DUQUE ALBERTO.
FIDELIO.
LUCINDO.

TRISTÁN.
ALBANO.
ADRIÁN.
ESTACIO.
EL CONDE CARLOS.
TACIO, *soldado*.
LIDIO, *idem*.
LEANDRO, *idem*.
BRUNELO, *idem*.

UN CAPITÁN.
UN CRIADO.
FLORENCIO.
RISELO, *villano*.
LUCIO, *idem*.
SILVIA, *villana*.
Cajas, trompetas y chusma (1).

ACTO PRIMERO

(*Salen LUCRECIA y LISARDA.*)

LUCRECIA. ¿Qué respondiste?
LISARDA. Sin pena
esta respuesta les doy:
al uno, que suya soy,
y al otro, que soy ajena;
que a mi valor corresponde
la resolución que ves.
LUCRECIA. Sentirá mucho el Marqués
que le dejes por el Conde.
LISARDA. Que lo sienta o no, Lucrecia,
no ha sido por mi opinión,
si aquesta resolución
culpare alguno por necia;
que propuestos dos maridos
en sangre y nobleza iguales,
y los hombres principales
de mi estado prevenidos
acordaron la elección
del Conde, porque el Marqués,

aunque es más rico, no es
de tanta satisfacción.
LUCRECIA. ¿Firmáronse los conciertos?
LISARDA. Ya, Lucrecia, los firmé.
LUCRECIA. Al Marqués temo.
LISARDA. ¿Por qué,
siendo seguros y ciertos?
¿Engañóle mi esperanza,
mis cartas, mis dilaciones?
LUCRECIA. No sé si a peligro pones
tu inocencia y confianza,
porque dicen que es Fineo
hombre feroz y arrogante.
LISARDA. Ya no hay peligro que espante
la fuerza de mi deseo;
ya soy del Conde mujer,
no sola como lo he sido,
y pues ya tengo marido,
él me sabrá defender.
LUCRECIA. ¿Has visto al Conde?
LISARDA. Jamás.
LUCRECIA. ¿Y al Marqués?
LISARDA. Menos, que ha sido
el cielo quien ha querido
que estime a Carlos en más.
Esto de las voluntades
ha de ser con las estrellas,
porque hay, Lucrecia, sin ellas
más mentiras que verdades;
pero cuando su influencia
engendra la voluntad,
halla sin dificultad

(1) En la edición, la lista de personajes tiene repeticiones; dice así: *Lucrecia, Lisarda, y Otavia damas. / Celio villano. / Rosela villana. / El Marques Fineo. / El Duque Alberto. / Fidelio. / Lucindo. / Tristán. / Albano. / Adrian. / Estacio. / El Conde Carlos. / Fineo. / Alberto. / Tacio. Lidio Leandro, y Brunelo soldados. / Luzindo. / Vn Capitan. / Vn criado. / Florencio. / Risele. Silvia, y Lucio villanos. / Otavia. / Cajas, trompetas, y chusma.*

sujeta correspondencia.

LUCRECIA. No he visto al Conde, y le quie-
Es que la imaginación [ro.
le da al uno perfección,
y al otro le pinta fiero.

LISARDA. Mal haces en no pensar
los grandes merecimientos
del Conde.

LUCRECIA. Estos casamientos,
¿cuándo se han de ejecutar?

LISARDA. Pienso que vendrá por mí
su hermano del Conde presto.

LUCRECIA. Si está del cielo dispuesto,
venga en buen hora por ti.

LISARDA. Voy a escribirle.

(Vase LISARDA.)

LUCRECIA. No creo
que te casarás con él,
porque mi envidia cruel
salió al paso a tu deseo.
Al Conde, por fama, adoro
y, envidiosa, he procurado
deshacer lo que han tratado
contra mi sangre y decoro.
Escribible una mentira
poderosa a deshacer
su concierto, que en mujer
la envidia, el amor, la ira
y la venganza han tenido
siempre más fuerte rigor
que en el hombre, aunque el valor
no menos heroico ha sido.

Quisiera para mi estado
al Conde, de quien se cuentan
tales hazañas, que aumentan
mi amor, mi envidia y cuidado;
pero pues el bien que aguarda,
por mi desdicha perdí,
ya que no fué para mí,
no ha de gozalle Lisarda.

(Vase, y salen el CONDE CARLOS y LUCINDO, su
hermano.)

LUCINDO. No me encubras tu tristeza,
mira que tu hermano soy.

CARLOS. Triste, aunque contento, estoy.

LUCINDO. Repugna a Naturaleza.

CARLOS. No hace, pues puede ser
que procedan de un efeto
para estar en un sujeto
juntos pesar y placer.

LUCINDO. ¿Cómo?

CARLOS. Teniendo pesar
del daño, que al fin es daño,
y placer del desengaño,
si os quisieron engañar.

LUCINDO. Pues ¿la duquesa Lisarda
te quiso engañar ahora,
cuando, como ves, te adora
y, como escribe, me aguarda?

CARLOS. Ya, Lucindo, tu jornada
cesó, con justa ocasión.

LUCINDO. ¿Que cesó? ¿Por qué razón?
¿No estaba ya concertada?

¿No es la Duquesa tu esposa?

CARLOS. Mi esposa pudiera ser,
si fuera en su proceder
como en su sangre dichosa.

LUCINDO. ¿En su proceder? ¿Qué dices?
¿Quién te ha engañado?

CARLOS. Esta carta
de mi pretensión me aparta.

LUCINDO. Los matrimonios felices,
Carlos, no han de comenzar
en sospechas.

CARLOS. Pues por eso
le escribo todo el suceso,
y mudo intento y lugar.

Yo me caso en otra parte.

LUCINDO. ¡Aciertas!

CARLOS. Leerla puedes.

LUCINDO. Carlos, de que libre quedes
el parabién quiero darte.

CARLOS. Y del nuevo casamiento.

LUCINDO. La carta quiero leer.

CARLOS. Por ella podrás saber
cómo estoy triste y contento.

(Lea:)

LUCINDO. “Una mujer que tenéis
aficionada por fama,
y que tanto, Conde, os ama,
y aun más que vos merecéis,
viéndoos casar con Lisarda
tuvo lástima de vos,
supuesto que de los dos
daño ni provecho aguarda.

De su casa y sangre soy;
pero más soy de la vuestra,
pues olvidando la nuestra,
tan de vuestra parte estoy.

Lisarda es mujer tan vil,
que aficionada a un criado
de su casa, más que honrado,
galán discreto y gentil,

tiene prendas de su amor.
Vos veréis lo que os conviene,
porque quien honor no tiene
no podrá daros honor..."

No quiero pasar de aquí.
Pero ¿cómo deshiciste
el concierto?

CARLOS. Ya supiste
que tu partida escribí;
pues tras él he despachado
un caballero que lleva
la resolución más nueva,
más digna de un pecho honrado,
con que lo pienso quedar,
y ella con tan justa afrenta.

LUCINDO. La que tal engaño intenta,
así se ha de castigar.

CARLOS. Después que al emperador
fuiste a servir a la guerra,
el duque Alberto, en mi tierra
ha entrado a todo rigor;
que dice que ha de vengar
de nuestro padre, ya muerto,
cierto agravio que encubierto
entre ellos debió de estar;
aunque a un anciano escudero
que fué su privado oí
que fué un bofetón.

LUCINDO. Y a mí
me lo dijo un caballero
alemán, que a la ocasión
se halló presente.

CARLOS. Pues viendo
que es tan poderoso, emprendo
más darle satisfacción
que entrar con él en campaña.

LUCINDO. ¿Qué satisfacción le das?

CARLOS. La que nos abraza más,
y la que menos me daña.

LUCINDO. ¿Es casarte con su hija?

CARLOS. Eso tratan en su corte
por mí.

LUCINDO. No hay cosa que importe,
ni otro medio que se elija
de más fuerza.

CARLOS. Así es verdad,
pues con Otavia casado
él queda desagraviado,
y los dos en amistad.

LUCINDO. ¿Cuándo vendrá la respuesta?

CARLOS. De hoy a mañana.

LUCINDO. Bien haces,
que no hay condición de paces

más justa ni más honesta.

CARLOS. Por lo menos él dejó
la guerra.

LUCINDO. Señal que aceta
satisfacción tan discreta.

CARLOS. Hoy vuelvo a escribir que yo
iré por allá.

LUCINDO. Al que agravia,
es la humildad provechosa.

CARLOS. Lllaman a Lisarda hermosa,
pero no menos a Otavia.

(*Vanse, y salen* LUCRECIA, LISARDA y CRIADAS.)

LISARDA. ¡Ya tarda Lucindo!

LUCRECIA. El bien
siempre parece que tarda,
porque el tiempo, en quien aguarda,
va más de espacio también.

LISARDA. De todo estoy prevenida.
En llegando, partiremos.

LUCRECIA. ¡Tristes sin ti quedaremos!

LISARDA. Harto siento mi partida;
pero tenemos de vivir,
como estamos concertados,
dos años en mis estados.

LUCRECIA. Sí, mas ¿quién ha de sufrir
la ausencia de los primeros
que en los del Conde viváis?

(*Salen* FIDELIO, y ALBANO, con una caja.)

FIDELIO. Si es del Conde, ¿qué aguardáis?
Dejalde entrar, caballeros.

ALBANO. Dadme, señora, los pies,
si merezco dicha tanta.

LISARDA. ¿Eres del Conde mi esposo?

ALBANO. Criado soy de su casa.

LISARDA. ¿Viene su hermano?

ALBANO. No sé,
que a traeros esta caja
me despachó el Conde a mí.

LISARDA. ¿Traes carta?

ALBANO. No traigo carta.

LISARDA. ¡Caja y no cartas! ¿Qué es esto?

LUCRECIA. Si vienen dentro, ¿qué aguardas?

LISARDA. Corta esa cuerda, Fidelio.

FIDELIO. Atada viene y sellada.

LISARDA. No me agrada, no, Lucrecia,
el estilo y la embajada.

LUCRECIA. ¿Qué temes?

FIDELIO. Abierta está.

LISARDA. ¿Y qué viene dentro? Aparta.

FIDELIO. Un papel atravesado
de una daga.

LUCRECIA. ¿De una daga?
Sácala, a ver.

FIDELIO. Vesla aquí.

LISARDA. ¡Mala señal!

LUCRECIA. ¡Cosa extraña!

LISARDA. Saca el papel de la punta.

FIDELIO. Parece pliego de cartas.

LISARDA. Abre.

FIDELIO. Estas son escrituras.

LISARDA. Lee la primera palabra.

FIDELIO. ¿Para qué, si las conozco?
Estas son las que firmadas
fueron del Conde y de ti.

LISARDA. ¿Las escrituras?

LUCRECIA. Lisarda,
ésta fué traición del Conde.
[Ap.] (¡Qué bien me salió la tra-
Suspensa y fuera de mí, [za!]
pienso que el sueño me engaña.
¿Es posible que esto ha hecho
Carlos conmigo?

FIDELIO. ¿Qué aguardas,
que no mandas que atraviesen
del que te trujo la caja
dos alabardas el pecho?

ALBANO. Señora, si yo pensara
que esta ofensa te traía,
no hubiera fuerza ni paga
para tanto atrevimiento.
Aquí mi inocencia es llana;
esto me mandó traer
el Conde; si ella te agravia,
aquí está el cuello.

LISARDA. ¿Qué importa,
villano, tan vil venganza?
¿Por qué causa la escritura,
que fué de los dos firmada,
con una daga me envía
que por el medio la pasa?
¿En qué le pude ofender?
Para rompella, ¿no basta
desdecirse de lo dicho?

ALBANO. Si yo supiera la causa,
está muy cierta, señora,
que la venida excusara.

LISARDA. ¡Salid allá, fuera todos!
Fidelio quede en la sala
solamente, con este hombre.

LUCRECIA. ¿Tú mandas que yo me vaya?

LISARDA. ¡Tú, la primera!

LUCRECIA. Obedezco
tu gusto.

LISARDA. De tus palabras

he conocido que sabes
la causa porque me trata
Carlos de aquesta manera.

ALBANO. Créeme que te guardara
el decoro que mereces;
sólo oí que murmuraban
de tu honor, de que colijo
que, por dicha, te levantan
algún testimonio.

LISARDA. ¿A mí?

FIDELIO. ¿Deso, señora, te espantas?
¿Hay ocasión que padezca
mentiras y envidias varias
como un casamiento?

LISARDA. Creo,
según a Carlos alaba
la fama, que es imposible
que, a no ser contra mi fama
algún grave testimonio,
con esa daga enviara
cancelada la escritura.
Ahora bien, luego se parta
este hombre, que está sin culpa.

ALBANO. Mira, señora, si mandas
que alguna cosa le diga.

LISARDA. Dile que guardo la daga
por prenda de su persona,
hasta que sepa la causa.

ALBANO. Yo parto, con tu licencia.

(Vase.)

FIDELIO. Y yo pensé que las armas
respondieran a este agravio.

LISARDA. La prudencia y la templanza
son divinos consejeros
en la república humana.

FIDELIO. ¿Qué has de hacer?

LISARDA. Ir de secreto
a su tierra, disfrazada
en hábito de varón,
como suelo andar a caza,
fiando en ti mi gobierno,
porque dejalle a mi hermana
no me parece cordura.

FIDELIO. Pues ¿qué les diré, si faltas
tanto tiempo, a tus vasallos?

LISARDA. Que fuí a pedir a Alemania
favor contra el Conde.

FIDELIO. Intentas,
Duquesa, una cosa extraña.

LISARDA. ¡Mal conoces tú el valor
que a una mujer acompaña

cuando quiere defender
su reputación y fama!
FIDELIO. ¿Quién ha de ir contigo?
LISARDA. Un hombre.
FIDELIO. ¿Qué calidad?
LISARDA. La más baja
que puedas hallar.
FIDELIO. ¿Por qué,
pudiendo hacer confianza
de algún noble caballero
de muchos que hay en tu casa?
LISARDA. Porque en mudando de traje,
si nunca ha visto mi cara,
imagine que soy hombre.
FIDELIO. Tú te entiendes.
LISARDA. Ven, que tarda
el desengaño a mi honor,
y el engaño a mi esperanza.

(*Vanse, y salen el Duque ALBERTO y OTAVIA.*)

ALBERTO.

Parecióme cordura dar de mano
a los enojos, cuando el Conde, Otavia,
viene a partido tan humilde y llano.

OTAVIA.

Y es justo, pues el Conde no te agravia.

ALBERTO.

Si alguno tuve de su padre Albano,
quiero acetar satisfacción tan sabia,
y depuestas las armas y la espada,
seguir la paz, del cielo siempre honrada.

Bastan los daños hechos en su tierra,
pues ya murió su padre y mi enemigo.

OTAVIA.

¿Con qué partido acetas que la guerra
cese y que Carlos quede por tu amigo?

ALBERTO.

Con la cosa que más la paz destierra
el odio antiguo, y más podrá conmigo.

OTAVIA.

Estoy por entender tu pensamiento.

ALBERTO.

¿Qué más seguro amor que el casamiento?
¿Hasme entendido ya?

OTAVIA.

Quien no responde,
indicios da que calla lo que entiende.

ALBERTO.

Bien estarás casada con el Conde.

OTAVIA.

¿A qué mujer el casamiento ofende?

ALBERTO.

La guerra nace de la paz, y donde
más sangriento furor la guerra enciende
nace la paz también, y coronada
de oliva, envaina la furiosa espada.
Todo está hecho ya.

OTAVIA.

De la paz quiero
darte la norabuena.

ALBERTO.

Y yo pagarte
con la del casamiento, que ya espero.

OTAVIA.

Pues ¿viene el Conde aquí?

ALBERTO.

Viene a llevarte.

OTAVIA.

Que resultan mil bienes considero
de aquesta paz.

ALBERTO.

Ninguna cosa es parte
más efectiva, en estas amistades,
que veros conformar las voluntades.

OTAVIA.

Yo ¿qué puedo querer sino tu gusto?

ALBERTO.

El Conde te merece; yo le tengo
de que te cases, que a no ser tan justo,
bien sabes cómo mis agravios vengo.

OTAVIA.

Memorias en agravios dan disgusto.

ALBERTO.

Las imaginaciones entretengo;
ya es el Conde mi hijo.

OTAVIA.

¡Extraña cosa!

¿Qué mujer ha nacido más dichosa?

(Sale ADRIÁN, criado del DUQUE.)

ADRIÁN. El marqués Fineo (1) te escribe esta carta.

ALBERTO. Es el Marqués gran príncipe, Otavia, y es el que más vecino vive de nuestros estados.

OTAVIA. Tiene el Marqués grande opinión.

ALBERTO. Yo leo.

ADRIÁN. ¡A buena ocasión la amistad del Conde viene!

OTAVIA. ¿Cómo?

ADRIÁN. Escríbele el Marqués que te quiere en casamiento.

OTAVIA. Ya viene tarde su intento: el Conde mi dueño es.

ADRIÁN. ¿Carlos?

OTAVIA. El mismo.

ADRIÁN. Ya está Carlos casado.

OTAVIA. ¿Con quién?

ADRIÁN. Con Lisarda, que también servía el Marqués; mas ya desengañado, te pide al Duque.

OTAVIA. Mentiras son.

ALBERTO. Quien ganó la posesión, este pensamiento impide.

Basta, Otavia, que el Marqués tuvo envidia al Conde.

OTAVIA. Creo que no mudarás de empleo, pues mi pensamiento ves.

ALBERTO. Conozco tu inclinación al Conde; voy a escribir al Marqués.

OTAVIA. Podrás decir mi amor en satisfacción.

ADRIÁN. Satisfecho quedó ya; tú te empleas en un hombre que la opinión de su nombre con los de la fama está, y cree que se decía que era esposo de Lisarda.

OTAVIA. La fama de que es gallarda discurre por toda Hungría, y así mismo, de que estaba casada con el Marqués.

ADRIÁN. El desengaño que ves, la fama fingida acaba.

OTAVIA. De Carlos tengo de ser; y casada con el Conde, la misma fama responde que soy dichosa mujer.

(Vanse; salen el CONDE CARLOS y LUCINDO.)

CARLOS.

Todo se ha hecho bien; ya estoy casado.

LUCINDO.

En dejando la guerra fué muy cierto que te quería para yerno Alberto.

CARLOS.

Siento el ir a su tierra; mas ¿qué importa? El gusto es grande, y la jornada es corta.

LUCINDO.

Con cualquiera partido acetar debes, Conde, el remedio de tu estado y vida.

CARLOS.

Así lo intento, y con humilde ruego le pido a Otavia al Duque.

LUCINDO.

De muy sabia, más que de hermosa, tiene fama Otavia.

CARLOS.

Antes de entrambas cosas; pero advierte que una mujer discreta es una prenda del descanso inmortal del casamiento, una joya del pecho de su esposo, un espejo de todos sus vasallos, un consejero libre de pasiones, una estrella que en todas las acciones de su marido va delante haciendo camino a los discursos de la vida; la amistad más segura y conocida, el mejor libro, la verdad más clara, pues ni en temór ni en interés repara.

LUCINDO.

Albano viene aquí.

(1) En la edición, por errata indudable: *Fauio*.

(Sale ALBANO.)

CARLOS.

Bien seas venido.

ALBANO.

A lo menos, mejor que allá llegado.
Mal me has pagado lo que te he servido,
pues mi vida en tan poco has estimado.

CARLOS.

¿Qué daño fuera justo haber temido,
no siendo tú de mi rigor culpado?,
que no merece pena el mensajero;
pero remunerarte presto espero.

ALBANO.

Díle la caja, imaginando joyas,
como de desposado, y que tuviera
albricias; pero abriéndola, una daga
pasando una escritura se aparece,
con que toda la sala se estremece;
turbóse la Duquesa, los criados,
se alteran, yo no sé darles respuesta;
hace luego que afuera salgan todos
y por saber la causa me conjura;
yo, atónito, por más que lo procura,
no respondo palabra, y mi inocencia
presento a su valor y a su prudencia;
volverme deja, y dice que te diga
que guarda por tu prenda aquella daga,
hasta que te la vuelva y satisfaga.

LUCINDO.

¡Braveza!

CARLOS.

¡Bravo reto!

LUCINDO.

¿Más que quiere
tomar las armas?

CARLOS.

Sean de sus ojos,
y verá cómo venga sus enojos;
porque en todas las almas que repare
se llevará tras sí cuando mirare.

LUCINDO.

Tome como quisiere sus enojos,
que tú le respondiste como es justo.

CARLOS.

Teniendo al duque Alberto por amigo,

no hay en el mundo para mí enemigo
que yo deba estimar.

ALBANO.

¡Son las mujeres
amigas de venganza!

CARLOS.

¿Qué venganza,
si ella, sin honra, a ser mujer se atreve
de un hombre como yo?

ALBANO.

¿Mujer sin honra?

CARLOS.

No son aquestas cosas para todos;
yo, Albano, estoy casado con Otavia,
y me quiero partir a ver sus ojos;
ya está toda mi gente prevenida.
Busque Lisarda, hermosa y combatida,
de tantos pretendientes, quien merezca
lo que al más rico y más gallardo ofrezca,
que el respondelle con aquella daga,
rompiendo la escritura del concierto,

(Sale, en hábito de cazador, LISARDA, y TRISTÁN,
criado suyo.)

no fué sin ocasión.

LISARDA.

Esto te advierto.

TRISTÁN.

Ya estoy en todo, y tú serás servido.

LISARDA.

La lengua del criado es el oído.

Deme vuestra señoría
los pies.

CARLOS.

Levantaos del suelo.

LISARDA.

Prosperes, señor, el cielo
vuestra edad y gallardía,
que aún es mayor que la fama.
¿Quién sois?

CARLOS.

LISARDA.

Soy un cazador,
que la de vuestro valor
a vuestro servicio llama.

Dicen que tenéis las aves
mejores que ha visto el viento
cuando cortan su elemento

con los cuchillos suaves,
y que es tal vuestra afición
a lo que es volatería,
que sólo puede la mía
haceros comparación;

y así, he venido a traeros
dos halcones alemanes,
tan hermosos y galanes,
que sólo después de veros

podré decir que hay señor
que los merezca. Sin esto
vengo a serviros dispuesto,
si me hacéis tanto favor;
que bien sé que no tenéis
quien sepa sus calidades,
sus curas y enfermedades
como yo.

CARLOS. Más parecéis
algún señor disfrazado
que cazador.

LISARDA. La nación
lo causa, que la opinión
de la belleza le han dado.

CARLOS. A la cuenta, sois inglés.

LISARDA. Sí, señor; y os certifico
que aunque bien nacido y rico,
si bien no lo soy después;

que tanto me ha distraído
la caza, que su afición
me lleva de mi nación
por las extrañas perdido.

Si un príncipe tiene fama
de cazador, allá voy:
tan aficionado soy,
así me provoca y llama.

Esta ha sido la ocasión
de venir a conoceros.

CARLOS. Yo quisiera entreteneros,
señor, como era razón,

en plaza de amigo mío,
que en la de criado no;
pero a tal tiempo llegó
vuestra gentileza y brío,

que yo me parto a casar
con hija del duque Alberto,
porque el firmado concierto
no se puede dilatar.

Compraré los dos halcones
de buena gana.

LISARDA. Quisiera
serviros.

CARLOS. ¿De qué manera,
entre tantas ocasiones?

LISARDA. Por el camino podremos
probarlos, si vos queréis;
que si vos su valor veis
mejor nos concertaremos.

Así iréis entretenido,
y yo de mi amor pagado.

CARLOS. Vuestro talle me ha obligado;
quiero acetar el partido.

¿Son neblíes?

LISARDA. Ya sabéis
que hay de halcones seis pluma-
o raleas, o linajes, [jes,
como mejor los llaméis.

Hay gerifaltes, borníes,
baharíes y alfaneques,
sacres y neblíes; destos
no hay por qué se diferencie
el tagarote, que cuentan
por baharí, si bien tiene
diferencia en el plumaje.

CARLOS. ¿Y qué nombre comprende
los vuestros?

LISARDA. El de neblíes,
que el de más nobles merecen,
y de mayor corazón,
en cuantas aves suspende
el aire.

CARLOS. ¿En qué se conocen?

LISARDA. En los talles diferentes,
de gran gentileza y brío,
y en las manos grandes siempre,
con los dedos más delgados,
más ágiles y más fuertes;
son sus cabezas muy primas,
corta el ala, que guarnece
la punta mejor sacada;
los otros ya veis que tienen
cabezas grandes, más largas
colas y dedos más breves.

CARLOS. ¿Los vuestros son de Alemania?

LISARDA. ¿Decislo por los que venden
del Ducado de Saboya?

CARLOS. Hay muchos de muchas suertes;
no son malos los de España.

LISARDA. Como los críen y ceben.

CARLOS. Ahora bien; llevaros quiero
conmigo.

LISARDA. Dejad que os bese
los pies por esa merced.

LUCINDO. Y haréis bien, porque se prueben
los neblíes, de camino.

CARLOS. Mucho la caza entretiene.
¿Cómo es vuestro nombre?

LISARDA. Enrique.
CARLOS. Pues, Enrique, haced que apresten los pájaros mis criados, que quiero que otros se lleven.
LISARDA. Vos veréis qué cazador hoy a vuestra casa viene.
CARLOS. [Ap.] ¡Qué lindo talle, Lucindo!
LUCINDO. Cazador de almas parece.

(Vanse los tres.)

LISARDA. Ya, Tristán, somos criados de Carlos.
TRISTÁN. Saber querría algo de volatería, que hay pájaros endiablados.
¿No me puedo averiguar con estos halcones nuestros?
LISARDA. Aun a los hombres más diestros dan qué hacer y qué pensar.
TRISTÁN. ¡Que hallase un hombre inventa- para que un ave tan fiera [ción se ablandase de manera que suelte un hombre un halcón y se le vuelve a la mano!
¡Que haya ingenios inventores de enviar pesquisidores contra el cuervo y el milano, la grulla y garza inocente!
Mas no me debo espantar, si todo el mundo es cazar con cuidado diligente.
Mas ¿cuál halcón tan garcero mejor que el dinero caza?
¡Qué lindo vuelo, qué traza tiene en cazar el dinero!
A fe que no sale en vano; mas sola una falta tiene: que en soltándole, no viene por ningún caso a la mano.
LISARDA. Tristán, yo tuve un halcón, o pensé que le tenía; fué de mi mano un día y llevóme el corazón; en aquesta tierra está, el Conde le tiene aquí.
TRISTÁN. ¿Entre sus pájaros?
LISARDA. Sí; y agora con ellos va, que quiere cazar con él una garza remontada; mas hay otra desdichada que viene a morir por él.

TRISTÁN. No entiendo volatería, pero he visto que has mudado semblante y gusto.

LISARDA. He quedado con mayor melancolía después que vi la persona del Conde, porque quisiera que de la Duquesa fuera, a quien tan mal galardona.
¡Haber dejado por él tantos hombres de valor!

TRISTÁN. El puede ser gran señor, pero es muy falso y cruel.
En nuestra tierra contaban que este Carlos se casó con la Duquesa.

LISARDA. Eso no.

TRISTÁN. ¿Pues qué?

LISARDA. Que lo concertaban, y que, firmado el concierto, la ha dejado por Otavia.

TRISTÁN. ¿Y a quien la Duquesa agravía sirves tú?

LISARDA. Vengo encubierto sólo a saber lo que pasa.

TRISTÁN. Ya ¿qué tienes que saber, si es Otavia su mujer?

LISARDA. Entre tanto que se casa puede mudar la Fortuna semblante; ven a sacar los halcones.

TRISTÁN. Y a tomar de tu intento luz alguna.
[Ap.] (Que es Enrique mujer o me engañan mis antojos, [creo, porque lo he visto en sus ojos y en algo de mi deseo.)

(Vanse, y sale el MARQUÉS FINEO, y ESTACIO.)

FINEO.

¡Mucho será, si yo no pierdo el seso!

ESTACIO.

Con razón, a lo menos, te enojaste.

FINEO.

No sé que en el rigor deste suceso entendimiento ni prudencia baste; Fortuna, ¿para qué con tanto exceso por la guerra y la paz me levantaste al grado que de mí la fama cuenta, si me dejas caer con tanta afrenta?

Escríbole a Lisarda que la quiero para mi esposa, y dice que casada está con Carlos; callo y considero que, si no era mejor, al fin, le agrada. Mudo de intento, y la venganza espero de Otavia, de casarse descuidada, y escíbeme que Carlos es su esposo.

ESTACIO.

Digo que con razón estás quejoso.

FINEO.

Carlos en todas partes. ¿Cómo es esto?
¿Carlos con dos mujeres desposado?
¿Carlos a mis intentos siempre opuesto?
¿Carlos más preferido y estimado?
¡A la justa venganza estoy dispuesto!

ESTACIO.

Yo te diré, señor, lo que he pensado:
que si Carlos oyó tu pensamiento,
por no te hacer pesar, mudó de intento;

y si deja a Lisarda por servirte
y se casa en Alenes con Otavia,
bien puedes a estimalle persuadirte:
por lo menos en esto no te agravia;
bien puedes a tus bodas prevenirte,
que si Lisarda entonces no fué sabia,
ahora lo será con estimarte.

FINEO.

Sí, mas será mi deshonor en parte;
que no es justo querer lo que ha dejado
Carlos.

ESTACIO.

¿Por qué, si lo dejó de miedo?

FINEO.

Pues dí, ¿cómo sabré que está casado?
Que si es mentira, más dudoso quedo.

ESTACIO.

A la corte del Duque, disfrazado,
a saber la verdad partirme puedo.

FINEO.

Vamos los dos, que quiero ver al Conde,
por ver si con la fama corresponde.

ESTACIO.

Será para que olvides tu tristeza
remedio celestial este camino.

FINEO.

A estimar de Lisarda la belleza,
sin verla, me ha forzado mi destino.

ESTACIO.

Presto será laurel de tu cabeza.

FINEO.

Será ceñirla de laurel divino,
que las de aquellos Césares romanos
ganaron armas y tejieron manos.

(*Vanse; salen ROSELA y CELIO, labradores.*)

CELIO. ¿Tal crueldad tal hermosura?

ROSELA. Vete a querer a Clavela.

CELIO. Dame la cinta, Rosela.

¡Así Dios te dé ventura!

ROSELA. Nunca quieras los favores
forzados, porque es de necios.

CELIO. Amor crece con desprecios,
que hace sus fuerzas mayores.

En mi vida quise bien
sino a quien me quiso mal.

ROSELA. Majadero sois, zagal;
pero si amáis con desdén,

¿por qué me pedís que os quiera?

Pero si es para olvidarme,
agradecedme el cansarme
y el ser desdeñosa y fiera,
que quiero que me debáis
el trataros con desdén,
porque el no quereros bien
es querer que me queráis.

CELIO. No te quiero desdeñosa
para olvidarte, Rosela,
que fué una humilde cautela
para volverte amorosa.

Dame la cinta, y daréte
un pájaro el más hermoso
que ha visto el aire espacioso,
aunque el florido ribete

deste río a su elemento
doranes levante y garzas;
saquéle de entre unas zarzas,
que quiso cazar hambriento

un mísero francolín
acogido a su sagrado;
corrí con él todo el prado,
huyendo del dueño, a fin

de emplealle en esas manos,
porque ya dos cazadores
venían tras mí.

ROSELA.

¡Que ignores

que son los regalos vanos
donde no se tiene amor!
CELIO. ¡A la fe que el uno dellos
viene aquí!

(Sale el CONDE y LISARDA.)

CARLOS. Los dos son bellos,
y el coronado el mejor.
¿Qué digo, gente de bien,
habéis visto por aquí
un halcón?

CELIO. [Ap. a ROSELA.] ¿Diré que sí?

ROSELA. Y vuélvesele también.

CELIO. Señor, yo le tengo atado
allí, en aquella alquería.

LISARDA. Estará, ¡por vida mía!,
bien tratado y regalado.

CELIO. Venid conmigo, que yo
no entiendo de sus regalos.

LISARDA. Vamos.

CELIO. De matarle a palos,
de milagro se escapó.

(Vanse los dos.)

CARLOS. ¿De dónde sois, labradora?

ROSELA. Señor, de aquella alquería.

CARLOS. ¿Qué habrá de aquí a la ciudad?

ROSELA. Cuatro leguas.

CARLOS. ¿Grandes?

ROSELA. Chicas.

CARLOS. ¿Es todo montes?

ROSELA. Y espeso
de robles y de sabinas,
nebrales, hayas y tejos.

CARLOS. ¿Qué dicen aquestos días
del casamiento de Otavia?

ROSELA. Hasta agora, mil mentiras;
pero ya dicen que es cierto,
y el conde Carlos camina,
para quien en la ciudad
grandes fiestas prevenían,
que de allá vino mi padre.

CARLOS. ¿Es la novia hermosa?

ROSELA. Es linda,
y a la fe que el conde Carlos,
si la fama no es fingida,
no le va en zaga a la novia.

CARLOS. Todo me causa alegría.
Id con Dios.

ROSELA. El cielo os guarde.

(Vase.)

CARLOS. Parece que me convida

esta fuentecilla al sueño,
que se le ven con la risa
las entrañas de la arena
y los dientes de las guijas.
Aquí me siento a escucharla,
entre aquestas maravillas,
mientras que mi gente llega.

(Sale LISARDA.)

LISARDA. Ponle en su alcándara, y mira
que le regales de modo
que se componga y corrija.
[Ap.] (Parece que aqueste halcón
mi presente historia imita:
entre zarzas me han cogido,
cuando pensé que tenía
entre las uñas la presa;
pero no fué mi desdicha
perder a Carlos, que, en fin,
mi imaginación perdía.
Pero agora que mi amor
es verdadero en su vista,
siento que le goce Otavia;
celos me quitan la vida.
Corta fué la fama en él;
¿por qué la pintan vestida
de lenguas, si habló tan poco?
¡Ay, cielos! En las orillas
de aquel arroyo descansa.
¡Oh, cómo el agua lasciva
le provoca a dulce sueño!
Ni tiene celos ni envidia.
¿Que era mi marido Carlos?
¿Que perdí su compañía?
¿Que le ha de gozar Otavia?
¿Cómo, cielos, se me olvida
que para vengarme dél
tengo aquí la daga misma?
Temo mi amor, que está loco,
y si de razón me priva,
quitaré la vida a Carlos,
alma de mi propia vida.
Despertarle será bien.)

¡Ah, Conde! ¿Así se camina
donde tanto bien se espera?
CARLOS. ¡Oh, Enrique! ¿De qué te admiras
si ves el cristal del agua
guarnecer de perlas finas
la variedad destas flores?

LISARDA. Mucho de tu bien te olvidas.

CARLOS.

Enrique, no camino

con el gusto que piensas a casarme;
que un grave desatino
me obliga, en lo que miras, a vengarme;
que tuve el pensamiento
más a mi gusto en otro casamiento.

Grande amor te he cobrado;
tu ingenio y tu persona le merecen.
Solos nos han dejado;
lugar para que hablemos nos ofrecen.
Descansaré contigo.

LISARDA.

No hay título que iguale al del amigo.

CARLOS.

Entre estos sauces verdes,
doseles deste arroyo, escucha un rato;
que quiero que te acuerdes
si me llamaste por Lisarda ingrato,
ayer que hablamos della,
que estuvo en mí la fe, la culpa en ella.

LISARDA.

¿Qué puedes tú decirme
que pueda disculpar su injusto agravio,
pues ella estuvo firme
y tú tan inconstante?

CARLOS.

El hombre sabio
siempre guarda un oído;
con dos naciste, luego no lo has sido.

Tú dices que la fama
de mí te ha dicho tales sinrazones;
fama sólo se llama
la que ensalza los ínclitos varones,
porque la mentirosa
no es fama, Enrique, es opinión famosa.

Caséme con Lisarda
por fama enamorado, y aún lo vivo;
y mujer tan gallarda
y preciada de pecho tan altivo,
¿en qué tuvo fundado
casar conmigo, amando a su criado?

LISARDA.

¿Amando a quién? ¿Qué dices?

CARLOS.

Amando a su criado.

LISARDA.

¿A su criado?

CARLOS.

Aunque te escandalices,
Lisarda era mujer; bien disculpado
tiene su yerro el nombre,
pues tiene tantos el valor del hombre.

LISARDA.

Lisarda, ni ha tenido
tal opinión, ni es cosa que a Lisarda
puede haber ofendido.
Mucho desdice a tu valor.

CARLOS.

Aguarda;
que no quiero que creas
que caben en mi honor cosas tan feas.

Lee esa carta y mira
si rompí la escritura por mudanza.

LISARDA.

Ya la letra me admira;
que siempre tuve cierta confianza
de que era todo engaño,
y que de envidia resultó mi daño.

(*Lea para sí.*)

CARLOS.

Imaginado tengo
que este mozo es espía de Lisarda;
ya sospechoso vengo,
y aunque ninguna cosa me acobarda,
bien será que se vuelva,
o, a lo menos, dejalle en esta selva.

Si a vengar el agravio
viene de aquella daga y escritura,
no era consejo sabio
hablarme en ella; que si hacer procura
traición, mejor la hiciera
si della no tratara.

LISARDA.

¿Quién creyera
que tanto una mentira
mover pudiera un noble pensamiento?

CARLOS.

Ya la carta le admira.
Los suspiros, el rostro, el movimiento,
dan muestras de que siente
el daño de Lisarda tiernamente.

Enrique, si has leído,
¿qué vuelves a leer? ¿Qué miras tanto?

LISARDA.

Miro y pierdo el sentido
de ver que miente aquesta pluma, en cuanto
de Lisarda te escribe;
porque inocente como un ángel vive.

Yo he vivido en su casa,
si te digo verdad, y aquesta letra
que el alma me traspasa
y todos los sentidos me penetra,
es de su propia hermana;
¡así la envidia suele ser tirana!

Por la cruz que ceñida
al lado traigo, y por el Dios que adoro,
que es falsa y fermentada
toda la carta, y que perdió el decoro
a su sangre, envidiosa;
que te debe de amar, y está celosa.

CARLOS.

Enrique, yo te creo;
Pero juzga: ¿qué hicieras, si por dicha
vieras caso tan feo?

LISARDA.

Mal consejo tomaste; fué desdicha;
pues fuera más prudencia
informarte mejor de su inocencia.

Acción indigna ha sido
de tu valor.

CARLOS.

Ya, Enrique, estoy casado.
Lisarda, ¿qué ha perdido?

LISARDA.

¿Qué ha perdido? ¡El honor que le has quita-
[do!

CARLOS.

Esto nadie lo sabe.

LISARDA.

Carlos, ningún secreto tiene llave.

Procediste imprudente,
mas remediarlo puedes.

CARLOS.

¿De qué modo?

LISARDA.

Informando a tu gente
de que has sabido la verdad de todo
y que volverte quieres.

CARLOS.

Mucho, Enrique, te deben las mujeres.
¡Qué presto que has creído
que tu amiga Lisarda está inocente!
¡Cosa que tú hayas sido
el criado que quiere tiernamente,
y vengas a matarme
si no sales mejor con engañarme!

LISARDA.

Yo soy un caballero
tan bien nacido, Conde, y tan honrado
como probarlo espero,
y nunca de Lisarda fuí criado;
ni a matarte he venido,
que, si quisiera, aquí te hallé dormido.

No sé qué es trato doble
de que infamarme injustamente quieres.
Tócame, como a noble,
defender el valor de las mujeres;
que el hombre que le ofende,
Carlos, ni le merece, ni le entiende.

La mujer es corona
del hombre.

CARLOS.

En siendo buena.

LISARDA.

Y una buena
las no tales abona,
y vale por mil hombres de honor llena;
que las que malas fueron,
del hombre a quien amaron lo aprendieron.

CARLOS.

¿Eres mujer acaso?

LISARDA.

Eso faltaba sólo que dijeras.

CARLOS.

Mirando el campo raso
de las flores que ya tener pudieras,
tuve aquesta sospecha,
de pensamientos atrevidos hecha.

LISARDA.

¿De suerte que soy hombre
para Lisarda, y darme, Carlos, quieres
de su galán el nombre;
y mujer, porque alabo a las mujeres?
¡Cómo se ve tu engaño!

CARLOS.

Enrique, tarde llega el desengaño.

Si has de venir conmigo,
no has de hablarme en Lisarda eternamente.
El Duque, mi enemigo,
quiere que firme, y nuestra paz se asiente,
y con su hija Otavia
de cuanto ya pasó se desagravia.

Lisarda, ¿qué ha perdido,
pues que puede casarse con Fineo?
Si testimonio ha sido,
culpe a su hermana y a su vil deseo;
que si yo no fuí cuerdo
baste para castigo que la pierdo.

LISARDA.

Obedecerte es justo:
no te hablaré en Lisarda eternamente.

CARLOS.

Dios sabe mi disgusto.
Camina, que se acerca nuestra gente.

LISARDA.

¿Qué mujer ha llegado
de amor y celos a tan triste estado?

La muerte me responde
que no hay otro remedio; estoy perdida
hasta casarse el Conde.
¡Seguid sus pasos, enojosa vida;
que no hay dolor tan fuerte
que del término pase de la muerte!

ACTO SEGUNDO

(Salen el MARQUÉS FINEO y ESTACIO.)

ESTACIO. Notables fiestas se han hecho
al Conde.

FINEO. Mayores son
las que hace en esta ocasión
a su esperanza mi pecho.

Ya, por lo menos, me queda
seguramente Lisarda.

ESTACIO. A que llegue el Duque aguarda
para que casarlos pueda;

porque así como se vean,
quiere que se den las manos.

FINEO. Tras tantos enojos vanos
quiere amor que amigos sean.

Bizarra estuvo al entrar
toda la gente de guerra;

pero no llegó la tierra
a las fiestas de la mar.
Tiene mayor ocasión.

ESTACIO.

(Salen LISARDA y TRISTÁN.)

LISARDA. ¡Hoy ha llegado mi muerte!

TRISTÁN. ¿Por qué sientes desta suerte
esta amistad?

LISARDA. ¿No es razón?

TRISTÁN. No, por Dios, pues es más justo
que te alegres de su bien,
que no que ahora te den
sus casamientos disgusto.

Y si pena recebías,
¿por qué veniste con él?

LISARDA. Porque mi suerte cruel
pusiese fin a mis días.

TRISTÁN. Estoy de verte confuso
celoso desta mujer;
pero tú debes de ser
de los amigos al uso;

amigo conozco yo,
si amigo este tal se llama,
que fiándole una dama
con ella se me quedó;

pero tenía tal cara,
sobre tener mucha edad,
que me hizo más amistad
que si no me la quitara.

Si sentimiento tenías
de que Otavia venga a ser
del conde Carlos mujer,
¿para qué con él venías?

El amigo verdadero,
Enrique, ha de ser leal
para el bien y para el mal.

LISARDA. No sé qué te diga; hoy muero.

Tan sólo pienso aguardar,
con poca o con mucha fe,
a que la mano le dé
para arrojarme en la mar.

TRISTÁN. ¿Qué dices?

LISARDA. Que no respondas,
porque en siendo suya Otavia,
me verás desde la gavia
hacer sepulcro las ondas.

TRISTÁN. ¡Matarte tú!, pues ¿por qué?

LISARDA. Yo me entiendo.

TRISTÁN. No te entiendes,
antes la amistad ofendes
de Carlos.

LISARDA. Carlos sin fe,

¡Vive el cielo que fué injusto
en deshonrar a Lisarda!

(Salen el CONDE CARLOS, LUCINDO, su hermano, y gente.)

CARLOS. El Duque, Lucindo, tarda.

LUCINDO. Todo le causa disgusto
a quien espera algún bien.

CARLOS. Mucho mi esperanza agravia.

LUCINDO. No estará compuesta Otavia.

LISARDA. ¡Que mis desdichas estén
aquí con esta paciencia!

TRISTÁN. Muchos recelos me das.

LISARDA. Tristán, yo no puedo más;
que no hay con celos prudencia.

TRISTÁN. ¿De quién los tienes?

LISARDA. De Otavia.

TRISTÁN. Pues ¿tú la has querido bien
para sentir el desdén
con que casada te agravia?

LISARDA. No la quiero sino mal.

TRISTÁN. Según eso, ¿al Conde quieres?
¿Eres, di...? ¡No sé quién eres!

LISARDA. Soy a mi desdicha igual.

TRISTÁN. Señas y palabras son,
iba a decir de...

LISARDA. ¡Detente!,
y no juzgues imprudente
por sola imaginación;
que cuando en la mar me arroje,
te diré desde la nave
quién soy.

TRISTÁN. En caso tan grave
no te espantes que me enoje.

¿A la mar te arrojarás,
Enrique, desde la entena?
¡Vive Dios, que eres sirena
o eres el pez Nicolás!

Y no me puede engañar
una experiencia tan clara:
que eres sirena en la cara
y pez en querer nadar.

FINEO. Ya viene la gente, Estacio.
Sin duda, la novia es ésta.

(Tocan.)

ESTACIO. La guarda lo manifiesta.
Ya llega el Conde a Palacio.

(Salgan los SOLDADOS que puedan, con arcabuces, y cerquen al CONDE, y ADRIÁN, con una alabarda en las manos.)

ADRIÁN. Dese vuesa señoría
a prisión.

CARLOS. ¿Cómo a prisión?

ADRIÁN. Dése a prisión.

CARLOS. Es traición,
y notoria alevosía.

ADRIÁN. Si se pusiere en defensa,
disparalde.

LUCINDO. Date, hermano,
porque es la defensa en vano
cuando es traidora la ofensa.

CARLOS. ¿El Duque me prende a mí
cuando me vengo a casar
con su hija?

FINEO. ¡Qué pesar!

LISARDA. ¡Qué placer!

FINEO. ¡Mi bien perdí!

LISARDA. Mas ¿cómo digo placer?
Aunque no se case el Conde,
si éste le prende o le esconde
donde no le pueda ver,
yo soy muerta.

TRISTÁN. ¿Estás contento
de que el Conde no se case?

LISARDA. ¡Antes triste de que pase
a prisión su casamiento!

(Sale el DUQUE ALBERTO.)

ALBERTO.

Hoy serás, Carlos, un ejemplo al mundo
para los que, agraviando, se fiaron
de su enemigo, y el rigor profundo
de un ofendido noble despreciaron.
Ni seré yo el primero, ni el segundo
de los que con engaño se vengaron.
Advierta el que ofendió de quién se fía.
Tuya es la culpa, y la venganza mía.

¿Cómo tan fácilmente persuadiste
tu pecho a que mi sangre quería darte,
y a su casa del mismo que ofendiste
venías, sin vergüenza, a aposentarte?
¿Tú eres discreto, y crédito le diste
a tu enemigo, sin saber que el arte
de la venganza por principio tiene
falsa amistad, con que a vengarse viene?

No sabes cuántos reyes, desta suerte,
en Francia, en Alemania, Italia, España,
a quien los agravió dieron la muerte.
¡Dichoso aquel que a su enemigo engaña!
Tu confianza ahora no te advierte,
y de tu atrevimiento desengaña;

pues sabe, Carlos, que los hombres sabios no se olvidan jamás de los agravios.

CARLOS.

Duque, como hay ejemplos de nobleza usada con mayores enemigos, puse en tus propias manos mi cabeza, y más después de ser deudos y amigos. La vil venganza siempre fué bajeza, de que en los libros hay tantos testigos; que no es éste el ejemplo donde alcanza opinión el honor por la venganza.

Movióme a darte crédito el engaño de tu palabra y alto nacimiento y el no ser yo quien te ofendió, si el daño, por ser figura de mi padre, siento; pero de una verdad te desengaña, que con esta crueldad y atrevimiento correrás las cortinas a tu agravio, cosa que no se cuenta de hombre sabio.

La fama por el mundo dilatada dirá que de mi padre fué ofendida tu cara, aunque con mano tan honrada que entonces la dejó de honor vestida; sábese más la afrenta más vengada, y más si fué traidor el homicida. ¡Vamos, soldados, que contento muero! Cumplí lo que firmé: ¡soy caballero!

(*Llévenle.*)

ALBERTO.

¡Y yo también lo soy!

LUCINDO.

Bien se parece en la disposición de aqueste trato.

ALBERTO.

¿Quién eres tú?

LUCINDO.

Quien por el Conde ofrece la vida, y con mil vidas fuera ingrato.

ALBERTO.

¡Vete, loco, si amor te desvanece!

(*Vase el DUQUE.*)

LUCINDO.

Eres de un Claudio, de un Nerón, retrato. ¡Con qué crueldad se lleva preso al Conde!

FINEO.

Calla la envidia, y la verdad responde.
¿Sois vos pariente suyo?

LUCINDO.

Soy su hermano.

FINEO.

Mirad que os prenderá, si el nombre sabe.

LUCINDO.

Y vos ¿quién sois?

FINEO.

Un mercader romano, que ahora en esta mar fleta una nave.

LUCINDO.

Para librar a Carlos del tirano antes, por dicha, que su vida acabe, ¿qué remedio mejor que hacerle guerra, si vos me dais pasaje hasta mi tierra?

FINEO.

Nave os daré, dineros y aun soldados, que soy... Pero en la mar sabréis mi nombre.

LUCINDO.

Dadme esos pies.

FINEO.

Venid, que en los airados tiempos se prueba el corazón del hombre.

LUCINDO.

¡Vientos, dadme favor; mares sagrados, sereno cielo vuestro campo escombre, las selvas humillad de plata, en tanto que me conduce al puerto el cielo santo!

(*Vanse FINEO, LUCINDO y ESTACIO.*)

TRISTÁN.

¿Qué suspensión es ésta?

LISARDA.

No te admires, que me lleva la vida el Conde, preso.

TRISTÁN.

Que por el Conde mueras y suspires me lleva a mí sin gusto, y aun sin seso.

LISARDA.

Ni en lo que digo adviertas, ni me mires.

TRISTÁN.

¿No era casarse el Conde mal suceso?

LISARDA.

¡Terrible!

TRISTÁN.

Pues si el Conde no se casa,
¿qué es lo que ahora el corazón te abrasa?

Sácame desta pena, que me matas;
mira que soy honrado, aunque soy pobre;
no sean tus entrañas tan ingratas
con quien te sirve, aunque razón te sobre;
cuanto más tus secretos me dilatas
haces que más atrevimiento cobre.

¿Eres fémina acaso, o más que genus?
Dime si eres Cupido, o si eres Venus.

Mira que si Fidelio, tu privado,
me escogió para hacer este camino,
no me buscó por hombre descuidado;
todo soy un coral, de puro fino.
Entrar en tu aposento me has negado,
tú te vistes y calzas; imagino
que tienes de hombre solamente el nombre.

LISARDA.

Yo soy tan hombre y más que ningún hombre.

TRISTÁN.

El otro día permitió la llave
de tu aposento, aunque era de mañana,
verte al soslayo entre el marfil suave
del pecho un es no es, como manzana;
no entiendo qué es, aunque el cambray lo sabe.
Sospecha fué, ¿quién duda que fué vana?
Pues yo te juro que decirte puedo
otros secretos que me impide el miedo.

LISARDA.

¿Secretos tú?

TRISTÁN.

¿Pues no?

LISARDA.

¿De qué?

TRISTÁN.

¿Es pequeño

ser yo mujer?

LISARDA.

¿Mujer, así barbado?

TRISTÁN.

Con los trabajos le saldrán a un leño;
saliéronme de muchos que he pasado:
barbé buscando mi querido dueño,
y estoy desta manera transformado.
No tengo más que de Tristán el nombre,
y como soy mujer, así eres hombre.

LISARDA.

Tristán, ya no es posible que te encubra
que soy mujer: yo soy mujer, y adoro
al Conde. ¿Quieres más que te descubra?

TRISTÁN.

La calidad y el nombre.

LISARDA.

El nombre ignoro.

TRISTÁN.

Cúbrase ahora lo que es bien se cubra;
basta saber que tu persona es oro,
sin saber los quilates, porque creo
que debe de importar a tu deseo.

Ahora no errarás cosa que emprendas.

LISARDA.

Yo he de librar al Conde.

TRISTÁN.

¿Cómo?

LISARDA.

Advierte....

Pero allá será bien, Tristán, que entiendas
cómo ha de ser.

TRISTÁN.

¡Valor heroico y fuerte!

Mas parece imposible, aunque te vendas
y por el mismo precio se concierte.

LISARDA.

Presto verás quién soy.

TRISTÁN.

Ya sé quién eres.

LISARDA.

¡Mal sabes el valor de las mujeres!

(Vanse; salen OTAVIA y el DUQUE.)

ALBERTO. Prendile, como te digo.

OTAVIA. Pues ¿para qué me engañaste y con Carlos me casaste?
¿No era ya Carlos tu amigo?

ALBERTO. Procuraba entretener desta suerte mi secreto, que no puede ser discreto quien le encomienda a mujer.

OTAVIA. ¿Cuándo has hallado que yo te revelase ninguno?

ALBERTO. Por no quejarme de alguno. Mas ¿viste al Conde?

OTAVIA. Yo no.

ALBERTO. Mientes, que cuando llegaba, en una reja te vi.

OTAVIA. ¿Y cómo sabes de mí que en ella al Conde miraba?

¿Había de adivinar quién era, entre tanta gente?

ALBERTO. Conócese fácilmente, y alguien te pudo enseñar. Fuera de que Amor es ciego para cumplir sus antojos y lince para sus ojos.

OTAVIA. De Amor, señor, no lo niego; pero yo no tengo amor.

ALBERTO. ¿Al Conde, no?

OTAVIA. ¿Para qué, si le has de matar?

ALBERTO. Yo sé que has sentido mi rigor.

OTAVIA. Como ya para matar al Conde, aunque sin razón, comienzas la información, testigos quieres buscar.

Pues, si comienzas por mí, yo te digo que es mal hecho.

ALBERTO. ¿Ves que hay amor en tu pecho?

OTAVIA. ¿Amor en mi pecho?

ALBERTO. Sí.

OTAVIA. No es amor lo que es piedad y defender la razón.

ALBERTO. Todas las mujeres son hijas de su voluntad.

¿Cómo aquí te toca Amor?

¿No soy tu padre?

OTAVIA. Sí eres; mas son las propias mujeres hijas de su propio honor.

¿Casábasme para amar a mi marido?

ALBERTO. ¿Pues no?

OTAVIA. Luego es bien que sienta yo que me le intentes quitar.

ALBERTO. Tú no le has visto.

OTAVIA. En mujer basta de marido el nombre, que en habiendo visto un hombre saben cómo pueden ser; porque desde que nacemos, para tener perfección, con sola imaginación nuestros maridos queremos.

ALBERTO. ¿Quién os enseña a querer?

OTAVIA. Naturaleza.

ALBERTO. ¿Que el nombre amáis?

OTAVIA. Sí, porque es el hombre propio fin de nuestro ser.

ALBERTO. ¿Luego querías que yo mis agravios no vengara?

OTAVIA. No es el Conde el que tu cara, como dicen, ofendió.

ALBERTO. ¡Necia estás!

OTAVIA. Estoy corrida de lo que dirán de mí.

ALBERTO. ¿Qué pueden decir de ti?

OTAVIA. Que fui también homicida del Conde, ya mi marido.

ALBERTO. Aunque más digas, el Conde ha de morir.

OTAVIA. Si no hay dónde, ¡justicia a los cielos pido!

(Sale LISARDA, en forma de loco, con un capotillo de dos haldas, con cintas; TRISTÁN, de maestro suyo.)

TRISTÁN. Sin tiempo habemos llegado.

LISARDA. ¿Qué queréis, si vuela el tiempo?

TRISTÁN. Porque me dicen que están los casamientos deshechos.

LISARDA. ¡Cómo éstos hay en el mundo!

TRISTÁN. ¡Calla, loco!

ALBERTO. ¿Qué es aquesto?

TRISTÁN. Sabiendo, invicto señor, que en dichoso casamiento dábades a Otavia al Conde, que dicen que tenéis preso, os truje la mejor pieza que hay en el húngaro reino, en materia de locuras y graciosos desconciertos. Sabe tañer y cantar, sabe hacer famosos versos.

LISARDA. En diciendo que soy loco, ¿no estaba claro, maestro?

TRISTÁN. Sabe hacer mal a un caballo.

LISARDA. Y a un jumento, por lo necio;
aunque, pues no os hice mal,
seguro estáis.

TRISTÁN. Y con esto,
en lo que es criar halcones
es únicamente diestro,
y en hacer un capirote,
curioso por todo extremo.

LISARDA. Para capirotes, Duque,
Amor, porque los ha puesto
al más famoso neblí,
que fué cometa del viento;
aunque interés y codicia
más de una vez los han hecho
a damas, y aun a jueces.
TRISTÁN. ¡Calla, ignorante!

LISARDA. No quiero.
Una vez les puso Amor
un capirote a dos viejos,
con que los apedrearon:
del papel sagrado es esto.
No fué malo el de Alejandro,
que se llamó, cuando menos,
hijo de Júpiter sacro;
¡oh, qué tal se le pusieron
sus vitorias a Anibal
y sus glorias a Pompeyo!;
uno puso el propio Amor
a Narciso, aquel mancebo
que inventó los aladares.
¡Mal fuego se encienda en ellos!,
que anduvo de selva en selva
muerto de amor y deseo
de sí mismo.

ALBERTO. ¡Extraño loco!

LISARDA. ¿Qué capirote más ciego
que el del poeta Tamiras,
pues que tuvo atrevimiento
de desafiar las Musas?
Pero ellas, por el exceso,
le sacaron los dos ojos.

TRISTÁN. Si no callas, te prometo
de hacer en ti gran castigo.
Digo, señor, que, pues vengo
más a ocasión de tristeza
que de alegría, hoy me vuelvo
con mi loco.

ALBERTO. No es razón,
porque tengo más contento
que antes de prender al Conde.

LISARDA. Sin que juréis os lo creo.
Linda cosa es la venganza.
¡Vengaos, matalde!

ALBERTO. Y tan presto,
que no pasarán dos días.

LISARDA. Muchos son; matalde luego,
que, por mi fe, que la ira
buen capirote os ha puesto.

ALBERTO. ¿Cómo te llamas?

LISARDA. ¿Yo?

ALBERTO. Sí.

LISARDA. Valor.

ALBERTO. ¿Valor?

LISARDA. Y le tengo
para conquistar el mundo.

ALBERTO. Valor amigo, yo quiero
que seamos muy amigos.

LISARDA. Sabe Dios a lo que vengo,
que como soy cazador,
si al neblí de mis deseos
puedo quitar las pigüelas,
¡pardiez, que ha de dar tal vuelo
que no le alcancéis de vista!

ALBERTO. Pájaros tengo tan buenos,
que no hay príncipe en Europa
que no me escriba por ellos.

LISARDA. Uno sólo quiero yo,
que dicen que si le suelto
ha de alcanzar una garza
que anda ahora por el cielo.

ALBERTO. Mi hija Otavia, Valor,
está triste del suceso
del Conde.

LISARDA. Y tiene razón.

ALBERTO. ¿Por qué, Valor, si yo puedo
con mejor marido honrarla?

LISARDA. Porque en viendo casamiento
hay mujeres como niños
a quien dan zapatos nuevos,
que todos les vienen bien,
y en poniéndole el primero,
con aquél quiere quedarse.

ALBERTO. Que has de entretenerla creo,
y pues que cantas y tienes
otras mil gracias, te ruego
que consueles su tristeza.

(Vase el DUQUE.)

LISARDA. ¡Ah, señorita!, ¿qué es esto?
Mire que dice su padre
que vengo a ser su consuelo.
¿En qué piensa?, ¿qué imagina?
¿Cifróse el poder inmenso
de Dios en el conde Carlos?
¿No hay otros mil caballeros?
¿No os quedan los doce Pares,

Calainos y Gayferos,
Oliveros y Roldán,
que jugara con Rugero
a la pelota por vos?
Porque es tan antiguo el juego,
que ha tres mil años, y más,
y Roldán ha mucho menos.
¿No respondéis? ¿Qué tenéis?
¿Queréis que os cante?

OTAVIA. Sospecho

que fuera mejor llorarme.

LISARDA. Alzad los ojos del suelo,
porque las grandes fortunas
son para los grandes pechos.
¿Queríades mucho al Conde?

OTAVIA. Como a mi esposo le quiero.

LISARDA. Pues ¿vístele?

OTAVIA. Cuando entraba.

LISARDA. ¿Y qué os pareció?

OTAVIA. No pienso
que haya formado en la tierra
más linda persona el cielo.
Mira tú, Valor amigo,
¿qué puedo hacer, si le pierdo?

LISARDA. Tener mi nombre.

OTAVIA. ¡Valor!

Ya ¿qué valor tener puedo?

LISARDA. El de mujer bien nacida,
que si vos queréis, yo entiendo
que le daréis libertad,
como otras muchas han hecho.
En las historias de España,
y en otras mil, hay ejemplos
de mujeres valerosas
que estando sus dueños presos
los sacaron y llevaron
por los montes con los hierros.

OTAVIA. ¡Si yo pudiera intentarlo,
aunque mi padre, soberbio,
me quitara cien mil vidas,
sacara mi amado dueño
de la prisión donde está!

LISARDA. La obligación os concedo,
pues está preso por vos;
mas no os faltará remedio.

OTAVIA. No tengo de quién fiarme.

LISARDA. Fiaos de mí, que a eso vengo.

OTAVIA. Pues ¿quién eres, que pareces
cuerdo?

LISARDA. Por penas soy cuerdo.

OTAVIA. ¿No eres loco?

LISARDA. ¿Puedo hablar?

OTAVIA. Puedes, si eres quien sospechó:

LISARDA.

Yo soy, Otavia, Enrique de Sajonia,
primo de Carlos, hijo de madama
Felicia, agora reina de Polonia;

más por la obligación que por la fama,
vine a estas bodas, por hacer en ellas
lo que en la corte ostentación se llama;

dióme colores una de las bellas
señoras que ve el Sol en cuanto gira,
y sus celos me dió también con ellas.

Vine con Carlos, a quien hoy la ira
del Duque quiere dar injusta muerte,
cosa que al cielo y a la tierra admira;

Amor entonces lo que ves me advierte;
fínjome loco para entrar a hablarte,
porque fuera imposible de otra suerte;

si quieres a su bien determinarte,
aquí tendrás mis brazos y mi vida,
que por el conde Carlos vengo a darte;

los dos podréis ponerlos en huída,
donde el primero nieto hará las paces;
si no, serás de un ángel homicida.

Pero, si le defiendes, satisfaces
tu obligación y quedas por quien eres,
con el laurel que a tus virtudes haces,
y yo con *el valor de las mujeres*.

OTAVIA. Enrique, fuera de mí
y con Carlos en el pecho,
la relación que me has hecho
enamorada advertí.

Alabo tu gran valor,
y tu amor, Enrique, alabo,
por quien entender acabo
cuál es la fuerza de amor.

De menos conocimiento
es el mío, claro está,
mas yo sé que vencerá
tu amoroso atrevimiento.

El tirano padre mío
de Carlos me enamoró,
por marido me lo dió,
y que lo ha de ser confío.

Para prenderle ha tomado
por instrumento mi amor
y, infamando su valor,
le ha vendido y me ha burlado.

Aquí he tenido con él
palabras en que podría
conocer que no sería
con Carlos sólo cruel;
pero en duda, intentaremos
darle los dos libertad,

pues con una voluntad
sangre y vida le ofrecemos;
tú, por amigo, has de ser
dueño desta hazaña honrada;
yò, por mujer, obligada,
pues soy de Carlos mujer.

LISARDA. ¡Alaben tu nombre, Otavia,
plumas, mármoles, pinceles
con los eternos laureles
de mujer valiente y sabia!,
que con esa confianza
osé venir a poner
en firmeza de mujer
dos vidas y una esperanza.

Soy hombre, y estoy corrido
de que venzas mi valor,
mas siempre fué vuestro amor
a nuestro amor preferido.

Aquí no queda lugar
de pensar más que un engaño;
resulte en provecho o daño,
éste se ha de ejecutar:

tú has de entrar a ver al Conde
comprando con un tesoro
la entrada, que para el oro
ninguna puerta se esconde;
yo, en forma de loco, tengo
de entrar contigo también,
que no hay sospecha en que den,
en el hábito que vengo;

lo demás sabrás después;
y plega al cielo que sea
como mi pecho desea,
que aún es más de lo que ves.

Si no te hallas con el oro
que digo, yo te daré
tales joyas, que no esté
seguro el mayor decoro;

las guardas habla, y de pechos
de diamantes no te espantes:
diamantes labran diamantes,
unos con otros deshechos.

OTAVIA. No he menester más que dicha,
oro me sobra. El que viene
contigo, ¿quién es?

LISARDA. Quien tiene
en sus hombros mi desdicha;
es Atlante de mis penas.

OTAVIA. ¿Su cierto nombre?

LISARDA. Tristán.

OTAVIA. ¡Tristán!

TRISTÁN. ¿Señora?

OTAVIA. Aquí están

dos piedades de amor llenas:
una, de un perfecto amigo,
y otra de una mujer noble.

TRISTÁN. Segura de trato doble
puedes intentar conmigo
la más atrevida hazaña,
de más de ser tan piadosa
que te han de llamar famosa
Italia, Francia y España;
el hábito en que está Enrique
es seguro para hablarte;
Amor no hay industria ni arte
que no busque y que no aplique

Ven a dar tu nombre ilustre
a la fama que provocas
ya con el bronce en mil bocas,
porque corone y ilustre
el valor de las mujeres,
con envidia de los hombres.

OTAVIA. Hoy ganaremos tres nombres.

TRISTÁN. Basta el que a tu fama adquieres.

OTAVIA. Enrique, de amigo honrado
y el mejor que puede ser;
yo, de la mejor mujer,
y tú, del mejor criado.

(Sale ADRIÁN y cuatro soldados: LIDIO, BRUNELO,
TACIO, LEANDRO, y una caja de guerra.)

ADRIÁN.

Cuidado y vigilancia son los ojos,
con que pintó la antigüedad las velas.

TACIO.

Arrimo a la pared desta muralla
el señor arcabuz.

LIDIO.

Cimientos tiene
para tener a los demás.

BRUNELO.

¿Qué hace
de encarecer el Capitán la guarda,
 viniendo el Conde a solos casamientos?

LIDIO.

¿Si le querrá matar?

BRUNELO.

Así lo dicen.

LIDIO.

¿Óyelo el Capitán?

BRUNELO.

Está mirando
divertido la puerta de la torre.

LIDIO.

Pues ¡vive Dios, que es un bellaco Alberto!

TACIO.

¿Hase visto mayor tacañería?

BRUNELO.

¡Que por vengarse de su padre Albano,
que a las mejillas le aplicó la mano,
finja casar a Otavia con el Conde,
y le traiga a su casa desta suerte
para prenderle y darle injusta muerte!

TACIO.

Brunelo, poco a poco de los príncipes,
que como tienen tantos lisonjeros,
nunca les cuentan, honran ni encarecen
a los que dicen bien de sus virtudes,
sino a los que sus vicios vituperan;
si le matare, mátele, no importa;
un Alcalde Mayor está en el cielo,
a quien se apela del poder del suelo.

LEANDRO.

¿Por qué le ha de matar?

TACIO.

Porque los reyes
pueden hacer y deshacer las leyes.

LIDIO.

Muerto quedé cuando mandó prendelle
y le vi tan gallardo y bien criado.

BRUNELO.

Todo el pueblo murmura.

TACIO.

El pueblo hace
como pueblo y canalla.

LIDIO.

Por lo menos,
cuando suben al cielo muchas voces,
no están seguros los que son la causa.

BRUNELO.

Pon esa caja, y metan paz los huesos,
cuyos puntos le den por los carrillos
al que los inventó.

(Sale TRISTÁN.)

TRISTÁN.

Señor Alcaide,
una palabra oíd.

ADRIÁN.

¿Quién os envía?

TRISTÁN.

Otavia, mi señora, quiere hablaros.

ADRIÁN.

No me puedo quitar de aquesta puerta.

TRISTÁN.

Ni hay para qué, pues ella, rebozada,
os viene a ver.

(Sale OTAVIA con una mantellina y un sombrero, y
LISARDA, de loco.)

ADRIÁN.

¿Qué es esto, mi señora?

OTAVIA.

Alcaide, el justo amor de mi marido.

(Jugando los soldados en la caja, hablan entre sí:)

BRUNELO.

Tiene mucha razón, que le ha perdido.

LIDIO.

Pues tomo el dado yo.

ADRIÁN.

¿Vuestra excelencia
viene de aquesta suerte con un loco?

LEANDRO.

A quien tanto ha perdido, todo es poco.

OTAVIA.

Con esto se encarece el amor mío;
a vuestros pies me vengo a echar, Alcaide.

LEANDRO.

¡Qué humilde está quien pierde!

BRUNELO.

Más aviso.

ADRIÁN.

Señora, ¡vive Dios, que al Conde os diera,
por tal piedad, como traición no fuera!

BRUNELO.

Es un bellaco el que inventó los dados.

OTAVIA.

No os pido al Conde yo, que sólo quiero que os sirváis desta caja de mis joyas, y me dejéis entrar a hablar al Conde.

TACIO.

Quien oye la razón, cortés responde.

ADRIÁN.

No puedo yo, señora, ni es posible.

BRUNELO.

Azar.

OTAVIA.

Tomad las joyas, que algún día será Otavia señora deste Estado y me habréis menester.

ADRIÁN.

Estoy turbado.

Por vos las tomo, y por mi gran pobreza.

BRUNELO.

Siete y llevar.

ADRIÁN.

Entrad sin que esta gente, que está jugando divertida ahora, os pueda ver ni murmurar, señora.

TACIO.

Todo lo veo, y juegue limpio.

OTAVIA.

Entremos,

Valor, a ver al Conde mi marido.

LISARDA.

¡Pardiez, entremos!

OTAVIA.

¡Qué ventura ha sido!

BRUNELO.

¡Soy venturoso yo!

ADRIÁN.

¿Qué no corrompe el oro? Pero, en fin, no ha sido yerro, que Otavia será presto nuestro dueño, y por ventura el Conde, aunque está preso; que el Duque no querrá matar al Conde.

TACIO.

Quien gana, él se pregunta y se responde.

ADRIÁN.

¡Qué pueda tanto Amor que venga Otavia, soldado amigo, con aqueste loco, con ser mujer tan grave, honesta y sabia!

TRISTÁN.

Quien ama, honor y vida tiene en poco; y siendo su marido, ¿en qué se agravia?

ADRIÁN.

A piedad justamente me provoco.

TRISTÁN.

Es muy piadoso el recibir, que tiene efetos de ablandar...

TACIO.

Otro azar viene.

BRUNELO.

¡No juego más, pesar de los bellacos huesos! ¡Al fin, de un animal con cuernos! ¡En el cañón me han de servir de tacos!

TACIO.

Alguno habrá que le parezcan tiernos.

TRISTÁN.

La codicia ha rotpido muchos sacos, da siempre mala cuenta de gobiernos. Otavia sale, y disfrazado el Conde.

(Sale OTAVIA, y el CONDE con el capote de LISARDA.)

CARLOS.

¡Cielos, favor!

OTAVIA.

Detrás de mí te esconde...

Alcaide, adiós.

ADRIÁN.

Adiós, señora mía.

OTAVIA.

Este favor escribo en la memoria, y sé que ha de importaros algún día.

TRISTÁN.

Caminad por aquí.

ADRIÁN.

La mayor gloria
de Amor es ver su dulce compañía;
preso está el Conde, que ha de dar historia
trágica al mundo con su injusta muerte,
si no es que el tiempo nuestra paz concierte.
¡Alerta, hola, soldados!, que aunque el Conde
está tan lejos de su patria y gente,
no se puede saber qué engaño esconde
el temor de la vida diligente;
Roma con mil ejemplos nos responde,
Grecia también; por eso es bien que intente
la vigilancia en militares cargos
vestir las armas de los ojos de Argos.

BRUNELO.

Descuida de nosotros, que si fuera
Dédalo el Conde, y de infinitas sumas
camino al aire en cuerpo humano hiciera
y en los rayos del sol mezclara plumas,
de la torre en que vive no la viera,
ni le dieran sepulcro las espumas
del mar, adonde yace aquel mancebo
ave con alma, y pez con plumas nuevo.

ADRIÁN.

Contento estoy de ver vuestro cuidado;
sírvasse el Duque, justo o injusto sea.

TACIO.

El suceso es del vulgo murmurado;
mas ¿qué perdonará, que sepa o vea?

ADRIÁN.

Han hecho los políticos estado
cualquiera hazaña ignominiosa y fea
que a la conservación importe, y tanto
que eso juzgan por justo, honesto y santo.

(Sale el DUQUE.)

ALBERTO. ¡Capitán!

ADRIÁN. ¿Señor?

ALBERTO. Yo vengo
determinado a matar
al Conde.

ADRIÁN. A lisonjear
temor y vergüenza tengo;
pero no sé qué consejo
tienes para lo que intentas.

ALBERTO. El que me dan las afrentas
que miro en mi propio espejo.
Crueldad parece y no es,

pues que doy satisfacción
al mundo.

ADRIÁN. No hay opinión
que no la ponga a los pies
la verdad, a quien ayuda
el tiempo.

ALBERTO. ¿Tiempo en agravio,
ni verdad?

ADRIÁN. Dicen que el sabio
consejo y consejos muda.

ALBERTO. Entra, soldado, por él,
y tú prevén la pistola.

BRUNELO. Yo voy.

ALBERTO. No es mi hazaña sola
la que parece cruel;
no soy Claudio, ni Nerón,
ni hago al claustro soberano
con el incendio romano
fiestas en esta ocasión;
no echo a fieras cautivos,
en teatro o coliseo,
ni en el toro Perileo
enciendo los hombres vivos.

Un hombre quiero matar;
¿es mucho, si me ha ofendido?
ADRIÁN. A un poderoso atrevido,
¿quién le puede replicar?

(Salen BRUNELO, y LISARDA con una capa y sombrero.)

BRUNELO. ¡Extraña ha sido la traza!
¡Sal fuera!

ADRIÁN. Confuso estoy.
LISARDA. Ya os digo que yo no soy
ni conde, ni calabaza.

ALBERTO. ¿Qué es esto?

BRUNELO. Que en vez del Conde,
el loco Valor hallé.

ALBERTO. ¿Cómo?

BRUNELO. Que el Conde se fué.

ALBERTO. ¿Qué es esto, Adrián? ¡Responde!
ADRIÁN. Señor...

ALBERTO. ¿Agora turbado?

ADRIÁN. Aquí vino mi señora,
y con este loco ahora
a ver su marido ha entrado;
pero yo la vi salir
también con el mismo loco.

ALBERTO. ¡Ese era el Conde! ¿Tan poco
quisiste, Alcaide, vivir?
¡Dispárale esa pistola!

(Dispárale un soldado.)

ADRIÁN. ¡Muerto soy! Matóme el oro.

(Vase.)

LISARDA. ¡Hola!, quitálde el tesoro
causa de su muerte sola;
sacalde, que hallaréis
una mina en él, soldados.

ALBERTO. Mis afrentas y cuidados,
¡cielos!, sin razón crecéis.
No debo culpar a Otavia;
la misma verdad responde:
dile por marido al Conde,
fué heroica mujer, fué sabia.
¡Perro! ¿Cómo entraste aquí?

LISARDA. Vos lo sois, pues que rabiáis,
que ese nombre que me dais
no me viene bien a mí.
Díjome aquella doncella
que viniésemos acá,
donde su marido está;
¡pardíós!, que vine con ella,
eso no lo negaré;
habláronse de secreto
y sacó del falso peto
un limón, o no sé qué;
comenzó a hacer en los grillos
¡chique, chique!, y fué de modo
que se cayó el hierro todo;
y harto me pesó de oídos
amores que se dijeron,
dulzuras con que se hablaron,
con que en celos me abrasaron
y un rato llorar me hicieron;
dióme de barato a mí
el Conde un abrazo, y fuése.
ALBERTO. ¡Que Otavia este engaño hiciese
por el Conde!

LISARDA. Yo los vi
de la manera que os digo,
y estoy ciego de llorar;
ved que me quieren dejar,
siendo yo su grande amigo.
Así Dios os guarde, Duque,
que me matéis; no queráis,
si con vida me dejáis,
que el alma se me trabuque.
Estoy, aunque soy león,
ahora con la cuartana;
si no los hallo mañana,
contadme *kyrieleysón*.
¡Oh, bellacos, cuáles van
haciendo burla de vos!

ALBERTO. ¡Seré un tigre, pues los dos
pienso que a la mar irán,
y me llevan el honor!

LISARDA. Pues ¿no me matáis a mí?

ALBERTO. ¿Qué sirve matarte a ti,
Valor, sin algún valor?

LISARDA. ¿No veis que soy el culpado
y el que les di la invención?

ALBERTO. Con esa misma razón
me has muerto y te has disculpado.

LISARDA. ¿Luego pensáis que lo digo
de burlas?

ALBERTO. ¡Vete, inocente!

(Vase el DUQUE con los soldados.)

LISARDA. ¡Que esté la muerte presente
y huiga porque la sigo!
¡Ah, que no merezca un triste
la muerte! ¡Extraño pesar!
¡Que se me haga de rogar
la que ninguno resiste!
¡Ay, Carlos mío!, ¿qué puedo
hacer por ti?

(Sale TRISTÁN.)

TRISTÁN. Con temor
te vengo a buscar.

LISARDA. Mi amor
no tiene a la muerte miedo,
y es tan eficaz razón,
que no me quiso matar
el Duque.

TRISTÁN. Ya está en la mar
Carlos.

LISARDA. ¡Buenas nuevas son!

TRISTÁN. Halló fletada una nave,
y ya quieren dar las velas,
que es calzarse las espuelas
y hacelle viento suave.
Sólo te aguardan a ti,
aunque con desconfianza,
que no tienen esperanza
de tu vida.

LISARDA. Nunca vi
que a quien vivir no desea
falta vida que vivir,
y a quien huye de morir,
que larga su vida sea;
no quiso el Duque manchar
su espada en un inocente,
por más que atrevidamente

le intenté desengañar,
con deseo de morir.
TRISTÁN. Ven al mar, que en la ribera
te esperan.
LISARDA. ¡Oh, quién pudiera,
Tristán, morir y vivir!
Morir por no ver gozar
la bella Otavia del Conde,
y vivir por ver adónde
mi engaño viene a parar.
TRISTÁN. ¿Para qué matarte quieres?
LISARDA. Porque esa sola me niega
Amor, y el ver dónde llega
el valor de las mujeres.

(Vanse. Sale el DUQUE con los soldados.)

BRUNELO. Muy ciertas las señas son.
LEANDRO. Es imposible embarcarse,
señor, con tal brevedad.
ALBERTO. Desde estas rocas que bate
el mar soberbio veremos
qué vela extranjera sale.
LIDIO. Muy lejos se ven algunas.
TACIO. Desde aquí parecen aves,
alas el lienzo, las jarcias
plumas.
BRUNELO. ¡Oh, qué hermosa nave
iza las pardas entenas
y quiere dar el velame[n]
al fresco viento!
ALBERTO. Sin duda
lleva al Conde.

*(Dé una vuelta una nave, que esté en lo alto del
vestuario, con música, y véanse OTAVIA y el CONDE,
saliendo TRISTÁN y LISARDA al mismo tiempo.)*

LISARDA. No te espantes
si de mis voces las olas
ofendidas se retraen.
TRISTÁN. Esta es la nave, y aquél
parece el Duque, su padre.
ALBERTO. ¡Ah de la nave, ah soldados!
TRISTÁN. Señas con un lienzo hace.
CARLOS. ¡Ah de la tierra! ¿Quién es?
¿Es Enrique? Si lo es, parte
piloto con ese esquife
para que luego se embarque.
ALBERTO. No es Enrique, ni yo sé
quién es Enrique.
CARLOS. Pues hazte
a la larga, o haré luego
que un esmeril te disparen.

ALBERTO. ¿Eres tú el Conde?
CARLOS. Yo soy.
ALBERTO. ¡Carlos, oye!
CARLOS. ¿A quién, que es tarde?
ALBERTO. Al duque Alberto.
CARLOS. No creo
yo que el Duque venga a hablarme.
ALBERTO. ¡Hijo, yo soy!
CARLOS. ¿Hijo ahora?
ALBERTO. ¡Hijo, escucha!
CARLOS. Siempre en tales
persecuciones Saúl,
con lágrimas semejantes,
hijo llamaba a David.
ALBERTO. ¡Vuelve, vuelve, Carlos; baste!
Mi arrepentimiento mira,
que el cielo lo mismo hace;
malos consejos me dieron
para prenderte y matarte;
ya he cumplido con mi honor
y con quien mi agravio sabe;
ven, Carlos; ven, hijo mío,
para que luego te case
con Otavia.
CARLOS. Hay en Egipto
un animal semejante,
que llora a los pasajeros,
y viniendo a consolarle
hace pedazos sus cuerpos.
ALBERTO. ¡No quiera Dios que te pague
tan mal lo que tu mereces!,
sino que luego te abraze
y te dé besos de paz.
CARLOS. No quiero yo que me engañes
como a niño; vete, Alberto,
y si no te satisfaces
con que yo soy yerno tuyo,
haz que tus naves se armen
de gente y de bastimentos;
ven a mi tierra.
ALBERTO. No alabes
tu nobleza, pues castigas
y no perdonas.
CARLOS. ¿No caes
en que tú no la tuviste
cuando intentaste matarme?
ALBERTO. ¡Ah, hija Otavia!
OTAVIA. ¡Señor!
ALBERTO. Ruega a Carlos que se ablande.
OTAVIA. Dice que teme.
ALBERTO. ¿Qué teme?
OTAVIA. Que le mates.
ALBERTO. ¿Que le mate?

OTAVIA. Sí, señor; porque de ti
¿cómo puede ya fiarse?
ALBERTO. ¿Así, con un extranjero,
has hecho tu honor infame?
OTAVIA. ¡Tú sabes que es mi marido!
Tú me lo diste, ¿y no sabes
que hasta que esto se confirme,
el Conde no ha de forzarme?
ALBERTO. ¿Qué sé yo si querrá el Conde
de mis agravios vengarse?
¡Estas lágrimas te muevan!
CARLOS. Otavia, no es bien que aguarde;
mira que así me entretienen
para que mejor me alcancen.

(Dentro, chusma.)

CHUSMA. ¡Iza, camina, San Jorge!
CARLOS. ¡San Juan!
CHUSMA. ¡Ea!
ALBERTO. Ya que se parten.
estoy por seguirlos muerto
y en las ondas arrojarne.
¡Que ahora están en Dalmacia
mis naves! Pero ¿en qué parte
se puede esconder el Conde?

(Vase el DUQUE.)

TRISTÁN. ¿Hay desdicha semejante?
¡Ellos se parten sin ti!
LISARDA. No hayas miedo que me falte
muerte con menos dolor,
pues no la habrá que se iguale
a ver en brazos del Conde
a Otavia.
TRISTÁN. Deso no trates.
porque no estando casados,
ni amándola Carlos antes,
es imposible.
LISARDA. ¡Ay, Tristán!,
¿qué guardas tiene una nave,
qué defensas y murallas,
qué rejas?
TRISTÁN. La lealtad grande
de un señor, y la virtud,
que en mujeres principales
asiste por su defensa.
LISARDA. Tú me consuelas en balde;
una nave no es ciudad,
ni tiene plazas, ni calles,
donde no la verá siempre.
¿Quién dirá que no la hable?

¿Quién le estorbará que toque
sus manos?

TRISTÁN. Innumerables
causas de vergüenza y miedo
y de respetos iguales.
LISARDA. ¡Qué necias cosas me dices,
Tristán! Yo quiero matarme,
que esto de perder el seso
no quiero que a nadie canse;
yo me voy por esas rocas:
desde una tengo de echarme.
TRISTÁN. Si yo no tuviera manos
y el cielo piedad.
LISARDA. ¡Que baste
el valor de las mujeres
para desdichas tan graves!
TRISTÁN. La más flaca, la más vil
puede ser basa de jaspe
en fortaleza y virtud;
hoy de su alabanza sale
el triunfo; ¡mujeres, vitor!
Quien hoy no las alabare,
y aun mañana, ¡plega a Dios
que mi maldición le alcance!

ACTO TERCERO

(Salen LUCINDO y FINEO con bastones de Generales,
cajas y soldados.)

FINEO. Prósperamente camina
la razón, de honor armada.
LUCINDO. La condición más airada
del mar sus montes le inclina.
FINEO. Pierde su ferocidad
en estas venganzas solas,
porque sus gigantes olas
se humillen a la verdad.
LUCINDO. ¡Mucho te debe mi hermano,
oh, generoso Fineo!
FINEO. Aunque en libralle me empleo,
también de mi parte gano;
desde que te descubrí
quién era, Lucindo, sabes
mi pecho, y cosas más graves
osara fiar de ti;
pretendo que Otavia sea
su mujer, porque me aguarda
la ventura de Lisarda,
si él en Otavia se emplea.
Un embajador envió
a conquistar su rigor,

que obligarla con mi amor
constantemente porfío;

deseo dar libertad
al Conde, y verle casado,
por estar asegurado
de mi ciega voluntad.

Hice esta gente que ves,
que con la tuya acompaño.

LUCINDO. Yo no te tratara engaño
por todo humano interés.

Libra al Conde, y está cierto
que será de Otavía esposo.

FINEO. Alberto viene furioso
a defendernos el puerto.

LUCINDO. Antes de paz, que sin duda
nos ha cobrado temor.

FINEO. Habrá mudado el rigor,
que el tiempo todo lo muda.

(Sale ALBERTO y gente.)

ALBERTO.

Como llegó la fama anticipada,
príncipes nobles de la causa justa,
de haber juntado esta famosa armada,
vengo a deciros que es ahora injusta.
Volved al mar, y a deponer la espada;
que el Conde que buscáis, en una fusta,
ave del mar, y de los vientos nube,
ya con Otavía sus montañas sube.

Sacóle (1) de la torre, lastimada
como mujer valiente y generosa;
que la virtud más alta y celebrada
de la mujer fué siempre ser piadosa.
Quise mudar la condición airada,
pero no fué mi fuerza poderosa,
por más que en las orillas con mis voces
las altas olas amansé feroces.

Ellos van, como digo, navegando,
y yo, cuando a mirar la mar diciendo,
lágrimas y suspiros exhalando,
vivos cometas por el aire enciendo;
si le queréis seguir, decilde, cuando
veáis a Carlos, que su bien pretendo
y que le quiero ya por hijo mío,
pues que mi sangre y vida le confío.

FINEO.

¿Que Carlos está libre?

LUCINDO.

¿Que mi hermano
tiene ya libertad y a Otavía lleva?

ALBERTO.

A mí me pesa de tan cierta nueva.

LUCINDO.

Pues, Marqués, yo me parto en busca suya;
vuelva mi gente al mar, y el Duque advierta
que ya es su hijo el Conde, y que sin esto
será bueno tenerle por amigo.

FINEO.

No es tiempo de traer a la memoria
del Conde la prisión; parte, Lucindo,
en busca de tu hermano, que yo quiero
dar vuelta con mi gente a mis Estados.

LUCINDO.

¡Guárdete el cielo y logre tus deseos,
que el Conde y yo quedamos obligados,
Marqués, a tu servicio eternamente.

FINEO.

Lucindo, adiós.

LUCINDO.

¡Embárquese mi gente!
¡A costa lanchas, llega presto a tierra!
¡Gran bien, sin armas acabar la guerra!

(Vase LUCINDO.)

FINEO. Estarás, Duque, afligido
por el ausencia de Otavía.

ALBERTO. Siento el ver que no me agravia
el Conde, aunque me ha ofendido:
porque dándole ocasión
dirá que está disculpado.

FINEO. Fuiste mal aconsejado,
Alberto, en esta prisión.

En fin, supo su mujer
dar al Conde libertad.

ALBERTO. Conmigo usó de crueldad,
que le he dado vida y sér.

FINEO. ¡Cuánto a las mujeres deben
los hombres!

ALBERTO. No yo.

FINEO. ¿Por qué?

ALBERTO. Por este ejemplo.

FINEO. Amor fué;
por él con razón se atreven.
La más humilde mujer

(1) En la edición: *sacóla*.

tiene divino valor.
ALBERTO. Si era primero mi amor,
poco les pienso deber.

(Sale ESTACIO.)

ESTACIO.
Dame tus pies.

FINEO.
¿Quién es?

ESTACIO.
Estacio.

FINEO.
¡Amigo,
mil veces seas bien venido!

ESTACIO.
Creo
que ya no lo seré, señor, contigo.

FINEO.
En tus palabras mis desdichas veo.

ESTACIO.
Entré en Bisela, y todo el orden sigo,
con que ya me previno tu deseo;
voy a palacio, y sale entre la guarda
Lucrecia, hermosa hermana de Lisarda;
infórmome de todo y, finalmente,
dicen que el conde Carlos se ha llevado
a Lisarda, y la tiene ocultamente.

FINEO.
¿El Conde?

ESTACIO.
En una villa de su Estado;
Lucrecia, con las nuevas insolente,
tiene, con pocas armas, usurpado
el nombre de duquesa de Bisela (1).

ALBERTO.
¿Luego el querer a Otavia fué cautela?

FINEO.
¿Pues no lo ves, y que a Lisarda tiene?

ALBERTO.
De las mujeres ¿qué dirás ahora?

FINEO.

Que cuando Amor a conquistarlas viene,
tendré la más leal por más traidora.

ALBERTO.

Hacerle guerra al Conde me conviene.

FINEO.

Yo con mi gente, siempre vencedora,
iré contigo.

ALBERTO.

En la ciudad entremos.

FINEO.

¡En bien y en mal. mujeres, sois extremos!

(Salen LISARDA y TRISTÁN.)

TRISTÁN. ¡Mal nos ha tratado el mar!

LISARDA. De mar, a mal corresponde.

TRISTÁN. Esta es la tierra del Conde.

LISARDA. Pues no la quiero besar;
aunque, por ver si es veneno,
quiero ponerle la boca.

TRISTÁN. Los celos te vuelven loca.

LISARDA. El nombre, Tristán, condeno;
no son celos mis agravios,
que si el Conde tiene a Otavia,
no se llama lo que agravia
celos, entre amantes sabios;
fuése, y dejóme en la orilla
del mar, ¡ingrato y villano!

TRISTÁN. Eso no estuvo en su mano.

LISARDA. ¿Cuál fué mayor maravilla:
quedarme a morir por él,
o el esperarme en la mar?

TRISTÁN. Si no te pudo esperar,
¿en qué fué Carlos cruel?

En los principios errados
consiste todo el error:
si le dijeras tu amor,
tuvieran fin tus cuidados.

Vienes como hombre a querer
a un hombre, llámaste Enrique,
¿cómo quieres que se aplique
a amar lo que no es mujer?

Toda la culpa tuviste,
no tienes de qué quejarte.

LISARDA. De aquesta roca en la parte
que al mar las olas resiste
se descubre una cabaña.

TRISTÁN. Será de algún pescador

(1) En la edición: *Riseia*.

o ganadero pastor
desta bárbara montaña.

LISARDA. ¿Tendrá de comer?

TRISTÁN. Tendrá;
aquí me aguarda.

LISARDA. Aquí espero
mirando el mar, que, ligero,
ya se viene y ya se va.

TRISTÁN. Siéntate, pues, entre tanto,
en esa peña.

LISARDA. Sí haré,
o en ella me subiré
a ver el mar de mi llanto!

(Vase TRISTÁN. Súbase [LISARDA] en una peña que
estará a un lado del teatro.)

A lo menos, a arrojarne
desde ella al agua, que estoy
de suerte que a pensar voy
que aun no he de poder matarme.

No me ha dejado Tristán,
y apartéle con engaño;
que es la muerte el menor daño
a los que muriendo están.

¡Olas del mar Oceano,
que con escalas feroces
de sierras de agua asaltáis,
como gigantes inormes,
las murallas de los cielos
para impedir que se borden
por sus azules almenas
de los ojos de la noche;
yo soy Lisarda, yo soy
una mujer que se pone
en vuestra piedad pidiendo
a vuestras aguas salobres
sepultura, pues la muerte
solamente me socorre.
¡Dadme, piadosas, licencia
para que en ellas me arroje!
El Conde se lleva a Otavía,
mi vida se lleva el Conde,
¡ya no me queda remedio!

(Dentro: "¡Amaina, amaina!")

Voces oigo; ¿quién da voces?
Allí se pierde una nave,
ya el mar las jarcias le rompe;
la gente pide piedad
al cielo desde los bordes.
Suspendido se ha mi pena,
con sus lástimas abrióse.

Ya cubren el mar las velas,
los cables y municiones;
ya la miserable gente
va por las aguas, adonde
la muerte sirve de puerto,
¡mar que cuanto vive sorbe!

(Den muchos gritos juntos, y digan dentro:)

CARLOS. ¡Cielos, piedad; piedad, cielos!

LISARDA. ¡Qué lastimosos clamores!
No queda jarcia, ni lona,
que el campo del mar no entolde;
cuál va de la gavia asido,
cuál al corredor se acoge.
¡Oh, casa sin fundamentos,
qué presto te descompones!
Allí veo un bulto negro.
¡Plega a los cielos que aborde
a la orilla!, pues la cubre
de bucios y caracoles.
Mujer parece. ¿Qué haré?
Entrar por ella, pues corre
menos tormenta; que yo
haré que la vida cobre,
y moriré de camino
para que la fama adorne
del *valor de las mujeres*
con esta bandera el bronce.
Heroicas hazañas hice;
ésta no quiero que borre
las demás.

(Dentro:)

OTAVIA. ¡Cielos, piedad!

LISARDA. Mujer es; pues baste el nombre,
que no sé si le ayudara,
aunque el Amor me perdone,
si hombre fuera, porque son
ingratos todos los hombres.

(Sale TRISTÁN.)

TRISTÁN. ¡Qué diferentes cuidados
tiene el mundo en su ambición!
Ponen los que ricos son
mil guardas y mil candados
a las puertas de su casa,
y aquí un pobre pescador
la deja abierta al rigor
de sólo el viento que pasa.

Hallé en ella pobres redes,
no qué hurtar, ni qué pedir;

¡dichoso tú, que vivir
sin puerta y seguro puedes!

No hallé allí la libertad
del enfadoso portero,
ni del cansado escudero
la importuna gravedad;

hallé un perro, que aun apenas
me ladró, ni defendió
la entrada, ni se alteró
de ver pisadas ajenas.

“¿Que esto, dije, te reporte?
¿Que en verme entrar no reparas?
A fe que tú me ladraras,
si vivieras en la corte.”

¡Qué de perros hay allá!
Por cualquiera niñería,
todo es ladrar noche y día
al que viene y al que va;

si entró, porque entró; si sale,
porque sale. ¡Qué crueldad!
¿Qué oficio, verdad ni edad
contra tantos perros vale?

Esta es la peña en que dije
a Enrique...; mas, ¡ay de mí!,
mal hice en dejarle aquí;
¡muerto soy, temor me aflije!

No me acordé que emprendió
dos o tres veces matarse.
El quiso al mar arrojar; se
dejéle.... ¡al mar se arrojó!

¡Enrique, Enrique! Responde
el eco sólo en la mar,
como mostrando el lugar
adonde su cuerpo esconde.

¡Oh, nunca pluguiera a Dios
fuera buscar de comer!
Matóse, ¿qué puedo hacer?
¡Muramos juntos los dos!...

Pero morir tan aguado,
desatino me parece...

Un bulto cerca se ofrece,
todo de jarcias cercado.

¡Válgame el cielo, si es hombre!
Hombre es sin duda, que el mar
quiere a la orilla arrojar.

(Sale el CONDE sobre una tabla.)

CARLOS. ¡Madre de Dios!, que este nombre
es la mayor alabanza
que os pueden dar tierra y cielo;
entre tanto desconsuelo.
¡sola vos sois mi esperanza!

TRISTÁN. ¡Llegó a la orilla! ¡Qué extraño
portento! ¿Si es hombre?... Sí,
asirle quiero.

CARLOS. ¡Ay de mí!

¿Aún me falta mayor daño?

TRISTÁN. Hombre soy, no tengas pena;
descansa en mis brazos.

CARLOS. ¡Ay!

TRISTÁN. ¡Válgame el cielo, qué tray
de algas, de ovas y de arena!
Quiero el rostro descubrielle...
Parece el Conde. ¡Si es él!
Siéntate aquí

CARLOS. ¡Qué cruel
muerte!

TRISTÁN. ¿Qué podré decille,
que todo turbado estoy?
Descansa, amigo.

CARLOS. Sí haré.

TRISTÁN. ¿Puedes hablar?

CARLOS. Bien podré.

TRISTÁN. ¿Eres el Conde?

CARLOS. Yo soy.

TRISTÁN. ¡Conde y señor!

CARLOS. ¿Tú conoces
al Conde?

TRISTÁN. Aunque te han trocado
las desdichas que has pasado;
mas ¿cómo tú desconoces
a Tristán, el que servía
a Enrique?

CARLOS. ¡Amigo Tristán,
tus brazos vida me dan!

TRISTÁN. Darte mi vida querría.

Alienta y dime qué es esto.

CARLOS. Que con tormenta se abrió
nuestra nave, y se perdió
mi Otavia.

TRISTÁN. El cielo te ha puesto
en salvo; déjate ahora
de imaginar en Otavia,
que aunque dama hermosa y sabia,
virtuosa y gran señora,

muchas hallarás; mas vida
¿adónde hallarla pudieras?

CARLOS. De llegar a sus riberas,
Tristán, la tengo ofendida.

¿Qué hay de mi Enrique?

TRISTÁN. ¡Ay, señor!,
lo que siempre te encubrí
sabrás ahora.

CARLOS. ¡Ay de mí!

¿Que aún me falta más dolor?

TRISTÁN. Enrique, el que te libró
de peligros tan notables
y con hechos memorables
de la cárcel te sacó,
no era hombre, era mujer.

CARLOS. ¿Enrique mujer?

TRISTÁN. Sin duda,
que es Amor Ovidio, y muda
nuestro sér en otro sér.
Enamorada de ti,
te sirvió y acompañó.

CARLOS. ¿Díjote quién era?

TRISTÁN. No.

CARLOS. ¿Por qué me encubriste a mí
que era mujer?

TRISTÁN. Porque soy
hidalgo, y guardé secreto.

CARLOS. ¿Que era mujer, en efeto?

TRISTÁN. Sí, Conde.

CARLOS. ¿Confuso estoy!

TRISTÁN. Luego que te vió casar
se descubrió para darte
vida, y después de librarte
se quiso echar en la mar;
estorbélo, y embarcóse
con gran tristeza y dolor;
llegó a tu tierra, señor;
dejéla sola, y matóse.

CARLOS. ¿Cómo?

TRISTÁN. Mientras fuí a buscar
sustento a aquella pequeña
cabaña, desde esta peña
buscó sepulcro en el mar.

CARLOS. ¿Que no supiste quién era?

TRISTÁN. Nunca lo quiso decir.

CARLOS. ¡Saldré, Tristán, a morir
de la mar a la ribera!

TRISTÁN. No he visto mayor amor.

CARLOS. ¿Por qué la dejaste sola?

TRISTÁN. Por sustentarla.

CARLOS. ¿Qué ola
tan fuerte, en mar de dolor!

TRISTÁN. ¿Qué [es de tu] querida Otavia?

CARLOS. Yo la vi muerta en el mar,
sobre el agua fluctuar,
abrazada de una gavia.

TRISTÁN. ¿Que murió Otavia?

CARLOS. ¡Murió!

Quiero a mi tierra volver,
y sus exequias hacer.

TRISTÁN. Iré a acompañarte yo.

CARLOS. Sí, que aliviarás mi pena.

TRISTÁN. Llégate a mí.

CARLOS. ¡Mar airado,
dos mujeres me has quitado:
una propia y otra ajena!

(Vanse. Salen dos villanos y una zagaleja.)

RISELO. Guisa presto de comer.
¡Mala pascua te dé Dios!

SILVIA. ¡No será para los dos!

RISELO. ¡Más que debes de querer
que te asiente cuatro palos!

SILVIA. ¡Qué regalos de marido!

LUCIO. No malos, si habéis sabido
lo que viene tras los palos.

SILVIA. Malicias no faltarán.

RISELO. ¿No has desollado el conejo?

SILVIA. ¿Ya no llevan el pellejo
los gatos por el desván?

¿Qué dimuño os ha tomado,
que tal quillotro tenéis?

¡Más que mirádola habéis!

RISELO. ¿Qué tengo de haber mirado?

SILVIA. A la que salió del mar
con el otro mancebito.

RISELO. ¡Si aquesta vez no le quito...!

SILVIA. ¿Qué me tenéis de quitar?

RISELO. ¡Por la tribuna de Dios,
si os cojo...!

LUCIO. Dejaldá estar.

RISELO. ¿Qué la tengo de dejar,
si hace burla de los dos?

LUCIO. Si os dice que está el conejo
asándose, y puesta ya
la mesa, ¿qué causa os da
para tanto sobrecejo?

RISELO. Haced ajo al instante.

SILVIA. ¡No quiero!

RISELO. ¿Sabéisle hacer?

Haced un ajo, mujer;
no sea el diablo. ¡Erguíos delante!

LUCIO. ¡Acabá, que estáis pesado!

RISELO. Los huéspedes salen huera.

SILVIA. ¡Ajo me vuelva, si hiciera
tal ajo!

(Sale OTAVIA, de villana, y LISARDA, de hombre.)

OTAVIA. Ya he descansado.

LISARDA. El traje te está muy bien.

OTAVIA. De gran peligro salí.

LISARDA. ¿Murió, en fin, el Conde?

OTAVIA. Sí.

LISARDA. Y Enrique murió también.

OTAVIA. ¡Mas yo, que era su mujer!

LISARDA. Yo, su amigo y su pariente.
 OTAVIA. ¡Dios os guarde, buena gente!
 RISELO. ¡Pardiez, por herles placer
 he juntado media aldea.
 OTAVIA. Mi tristeza antes sospecho
 que se aumente.
 SILVIA. Un baile han hecho
 Claridano y Galatea
 que os ha de agradar. Sentaos,
 no en los estrados compuestos
 de tela; que no son éstos
 los palaciegos saraos.

(*Siéntense OTAVIA y LISARDA, y dancen y canten así:*)

Ibase la niña,
 noche de San Juan,
 a coger los aires
 al fresco del mar;
 miraba los barcos
 que remando van,
 cubiertos de flores,
 flores de azahar.
 Salió un caballero
 por el arenal;
 dijérale amores,
 cortés y galán.
 Respondióle esquiva;
 quisola abrazar;
 con temor que tiene
 huyendo se va.
 Salióle al camino
 otro, por burlar;
 las hermosas manos
 le quiere tomar.
 Entre estos desvíos
 perdido se han
 sus ricos zarcillos;
 vanlos a buscar.
 Dejadme llorar
 orillas del mar.
 Por aquí, por allí los vi;
 por aquí deben de estar.
 Lloraba la niña;
 no los puede hallar.
 Danle para ellos;
 quiérenla engañar.
 Dejadme llorar
 orillas del mar.
 Por aquí, por allí los vi;
 por aquí deben de estar.
 Tomad, niña, el oro,
 y no lloréis más;

que todas las niñas
 nacen en tomar;
 que las que no toman,
 después llorarán
 el no haber tomado
 en su verde edad.
 La que se quisiere holgar
 dos hombres ha menester:
 el uno para querer
 y el otro para pelar.
 Tomó la niña el dinero,
 y rogáronle que baile,
 y como era nueva en él,
 así dijo que cantasen:
 Yo no sé cómo bailan aquí,
 que en mi tierra no bailan así;
 en mi tierra bailan de otra manera
 porque los dineros hacen dar vuel-
 [tas,
 porque no me suenan, ni sus armas
 Yo no sé cómo bailan aquí; [vi.
 que en mi tierra no bailan así.

(*Toquen dentro una caja a marchar.*)

LISARDA. Parad, amigos, un poco.
 ¿Cajas de guerra a marchar?
 OTAVIA. No están lejos de la mar.
 Cuando en mis memorias toco.
 todo placer me es pesar.
 ¡Con qué gusto me embarqué!
 ¡Con qué dolor me perdí!
 LISARDA. ¡Si es gente de guerra!
 LUCINDO. ¡A fe
 que ellos nos prendan aquí!
 LISARDA. ¿Quién irá a verlo?
 RISELO. Yo iré.
 LUCINDO. Vamos los dos.
 SILVIA. Y las dos
 nos podremos esconder.
 OTAVIA. Pues, Enrique, ¡adiós!
 LISARDA. ¡Adiós!

(*[Vanse.]*)

Si es verdad que el Conde es
 vengan desdichas; yo soy [muerto,
 su centro.

(*Sale TRISTÁN.*)

TRISTÁN. No sé si acierto;
 pero yo pienso que voy
 por aquí cerca del puerto.
 He dado en imaginar

que las joyas que traía
Enrique al quererse echar
en el mar, las dejaría
sobre la arena del mar.

Porque fuera grande error
dar a los peces diamantes,
aunque suele hacer amor
disparates semejantes
con la fuerza del dolor.

Si las hallo, yo he de ser
gran señor, porque jamás
hubo sin oro poder;
porque en el mundo no hay más
de tener o no tener.

¡Pesia tal con mi fortuna!,
pensé yo que por aquí
no hubiera persona alguna,
y he visto un pastor allí.

LISARDA. ¿Qué gloria tuvo ninguna
el ciego Amor que no fuese
para más pena y dolor?

TRISTÁN. Mas ¿si hallado las hubiese
este pastor?

LISARDA. ¡Oh, si Amor
fin a mis desdichas diese!

TRISTÁN. ¡Hola, pastor!

LISARDA. ¿Quién me llama?

TRISTÁN. Un soldado.

LISARDA. Deste puedo
saber qué gente es aquesta.

TRISTÁN. ¿Has visto...? ¡Válgame el cielo!
¿Qué es lo que miran mis ojos?
¡A no saber que era muerto
Enrique...!

LISARDA. ¡Fortuna airada!

¿Será por dicha consuelo
darme a Tristán? ¿Si es Tristán?

TRISTÁN. ¡El es! Pues ¿qué me detengo?
¡Enrique del alma mía!
¡Ah, señora, o, por lo menos,
sol de mis ausentes ojos!
¿Dónde has estado traspuesto?

LISARDA. ¿Tristán mío!

TRISTÁN. Aquestas peñas,
en cuyos peñascos yertos
parece que el cielo afirma
los estrellados cimientos,
son testigos de mi llanto;
porque entendí que tus celos
te habían llevado a la mar
con desesperado acuerdo.

LISARDA. Verdad es que te engañé
para matarme; mas viendo

una nave, a quien hacía
pedazos, airado, el viento.
como suele el labrador
rajar con el hacha al leño,
suspendí la ejecución;
que suele quedar suspenso
el sentimiento del mar
viendo los males ajenos.
En las removidas olas
fluctuaba un bulto negro;
vile acercar a la orilla,
y en la voz conozco luego
que es mujer; y al mar me arrojo,
corto sus aguas, y asiendo
sus brazos, sácola a tierra.

TRISTÁN. ¡Qué hazaña! ¡Qué raro ejemplo
del valor de las mujeres!

LISARDA. Desvíole los cabellos
del rostro, y conozco a Otavia.

TRISTÁN. ¿Qué dices?

LISARDA. Que a Otavia veo.

Hágole que arroje el agua,
entre mis brazos la tengo,
y en habiendo vuelto en sí
a estas cabañas la llevo.

TRISTÁN. ¿Y está en ellas?

LISARDA. Habla paso.

TRISTÁN. Cuanto has dicho, cuanto hecho
me ha pasado con el Conde.

LISARDA. ¿Luego no es el Conde muerto?

TRISTÁN. Salió del mar abrazado
a una tabla, y yo le dejo
en la ciudad.

LISARDA. ¿Qué podré
darte sin abirme el pecho?
Escoge del corazón
la mejor parte, o podremos
partir, si no el alma en dos,
las tres potencias que tengo.

¿Quieres, Tristán, la memoria?
¿Quieres el entendimiento?

TRISTÁN. No, sino la voluntad.

LISARDA. Otavia sale. ¿Qué haremos?
Dile, si me quieres bien,
que es muerto el Conde.

TRISTÁN. Yo creo
que sabré fingir tu engaño.

(Sale OTAVIA.)

OTAVIA. Pues, Enrique, ¿qué hay de nuevo?

LISARDA. Las nuevas de la ciudad,
y que es Tristán el correo.

OTAVIA. ¡Tristán mío!

TRISTÁN. ¡Bella Otavia!
 Cuando del Conde me acuerdo,
 aunque te veo con vida,
 más me entristezco que alegre.
 Ya Enrique me ha dicho aquí
 el venturoso suceso
 de tu vida, si es vivir
 perder al Conde.

OTAVIA. Ya tengo
 hecho piedra el corazón.
 Las penas son el acero
 que en vez de lágrimas tristes
 sacan a los ojos fuego.

TRISTÁN. Lucindo está en Bellas Albas,
 corte de tu esposo muerto,
 haciendo un túmulo insigne,
 como hermano y heredero;
 sobre dóricas columnas
 ha levantado tres cuerpos
 que rematan tres figuras
 en tres pedestales negros.
 Vístelas bronce fingido,
 son la Guerra, Amor y el Tiempo;
 en otras tres, a los pies,
 Envidia, Traición y Celos
 tiene.

LISARDA. ¿Qué sirve, Tristán,
 referirle los trofeos
 del Conde en esta ocasión?
 Otavia es hija de Alberto.
 Ya es muerto Carlos; bien sabe
 que la obliga el noble pecho
 a mostrar valor.

TRISTÁN. Perdona;
 yo conozco que soy necio.

LISARDA. ¿Túmulos pintas aquí,
 cuando, por darle consuelo,
 me olvido de mis desdichas
 y busco entretenimientos?
 Hago yo que estos pastores
 le traigan bailes y juegos,
 y tú describes sepulcros
 de horror y sombras cubiertos.
 Otavia bella, despierta
 de ese lastimado sueño,
 éxtasis de tu sentido;
 Carlos es muerto; tratemos
 de tu remedio. Yo soy
 Enrique, primo del muerto;
 bien sabes lo que me debes;
 señor soy; bien te merezco
 sin otras obligaciones.

OTAVIA. Con justo agradecimiento
 estoy, Enrique, a tus obras,
 y agradezco tus deseos;
 pero juzga tú si es bien
 que yo me case tan presto,
 pues aún las lágrimas vivas
 bañan mi rostro y mi pecho.

TRISTÁN. ¿Presto dices? ¡Pesia tal!
 Hay mujer en este tiempo
 que mete el novio en la cama
 que aun deja caliente el muerto.
 Y una vi yo cierto día
 que, estando enfermo su dueño,
 se puso viudas tocas,
 y mirándose a un espejo
 le decía a una criada:
 “¿Estánme bien? ¿Qué parezco?”
 Mas tuvo salud el novio,
 y entendiendo sus deseos,
 para todas las mañanas,
 que era médico de celos,
 le recetó ciertos polvos
 que llaman de palo seco,
 con que las tocas, de vendas
 muchas veces le sirvieron.

LISARDA. Otavia, no seas ingrata.

OTAVIA. Conozco lo que te debo.
 Seré tuya; mas no ahora.

LISARDA. La palabra, Otavia, aceto.

OTAVIA. No seré de otro jamás;
 mas dame, Enrique, algún tiempo
 para acordarme de Carlos;
 no diga Tristán que tengo
 fácil condición.

TRISTÁN. No digo
 este ejemplo porque pienso
 que en mujeres principales
 cabe término tan feo.
 Bien sé de historias, y sé
 la dicha de Ulises griego
 con la del romano Bruto
 y el otro rey Mausoleo.
 Antes quisiera animarte
 a perder el sentimiento,
 pues no gozaste de Carlos;
 que esto bien sé yo que es cierto;
 y sé con la honestidad
 digna de un hombre discreto
 que vino siempre contigo.

OTAVIA. Hasta hacer el casamiento,
 hice que Carlos jurase.

LISARDA. Ahora bien, Tristán, ¿qué haremos,
 pues ya es Otavia mi esposa?

TRISTÁN. Ir a tu tierra secretos,
por el peligro que hay.
LISARDA. Pues una nave fletemos.
Ven, esposa de mi vida.
OTAVIA. ¿Qué he de hacer, viendo que debo
la vida a Enrique?
TRISTÁN. ¡Señora!
LISARDA. ¿Qué quieres, Tristán?
TRISTÁN. ¿Qué has hecho?
LISARDA. Casarme.
TRISTÁN. ¿No eres mujer?
LISARDA. ¡A tiempos!
TRISTÁN. ¡Por Dios, que creo
que es hermafrodita Enrique!
Pues si es que tiene este juego
dos treinta y nueve, ¿qué mucho
que descarte el uno dellos?

(Salen LUCINDO y el CONDE.)

LUCINDO. Mucho templa en tu venida
el alegría, y la agravia
celebrar honras a Otavia.
CARLOS. Pues no es razón que la impida;
que si casado no fui
con Otavia, culpa tuvo
su padre, que airado estuvo,
sin ofensa, contra mí.
LUCINDO. Trueca en santos sacrificios
y de ostentaciones faltos
esos obeliscos altos
y pirámides egipcios,
y cástate con Lucrecia,
que te solicita tanto;
que no son el luto y llanto
exequias que el cielo precia.
Da este gusto a tus vasallos.
CARLOS. Lucindo, yo se le diera;
que tras tanta pena fiera
bien fuera justo alegrarlos.
Mas no saber de Lisarda,
cúyos los Estados son,
me pone en gran confusión,
me detiene y me acobarda.
Que si después de casado
la Duquesa resucita
y los Estados le quita,
seré de mi error culpado.
Busque Lucrecia marido
y déjeme sosegar,
que no quiero yo quedar
dos veces arrepentido.
LUCINDO. Dícenme que viene a verte

para darte el parabién.
CARLOS. Déme el pésame también.
Llore de Otavia la muerte.
LUCINDO. Ya la dejaba en camino
el que este aviso me dió.
CARLOS. Verme quiere; pero yo
lo tengo por desatino.
(Sale FABIO, criado.)
FABIO. Tres criados han llegado
de señores diferentes
a verte.
CARLOS. ¿Amigos ausentes
merecen tanto cuidado?
Di, Fabio, que entren los tres.

(Sale ESTACIO y un CAPITÁN y FLORENCIO.)

ESTACIO. Esta carta es de Fineo.
LUCINDO. Debes obras y deseo
de tu bien, Conde, al Marqués.
CARLOS. Nunca al bien el premio tarda.
CAPITÁN. Aquesta es del duque Alberto.
CARLOS. ¿Ya sabe que no soy muerto?
FLORENCIO. Esta es, señor, de Lisarda.
CARLOS. ¿Lisarda vive?
FLORENCIO. ¿Pues no?
CARLOS. ¿Ves si en haberme casado
con Lucrecia hubiera errado?
LUCINDO. ¿Quién en casarse acertó?
CARLOS. Muchos, Lucindo, que fueron
tan venturosos, que hallaron
mujeres que los amaron,
nobleza y honor les dieron.
De corona les dan nombre
del hombre.
LUCINDO. ¿Y es general?
CARLOS. La que no saliere tal
será por culpa del hombre.
Y de la mujer se entienda,
si alguna tal vez resbala,
que no tiene cosa mala
que del hombre no la aprenda.
Esta carta dice así...
LUCINDO. ¿De quién?
CARLOS. Del marqués Fineo.

(Lea.)

“Engañado mi deseo,
mi voluntad puse en ti;
mas pagaste mi afición
robando a Lisarda bella;

que, casándome con ella,
fué género de traición.

Por eso te desafío,
y en esta raya te espero.”

CARLOS. ¡Por la fe de caballero
que es notable desvarío!

Hidalgo, ¿quién le informó
deste engaño a vuestro dueño,
o fué, por ventura, sueño?
¿Yo robé a Lisarda? ¿Yo?

ESTACIO. No me toca responder
más de haberos avisado.
Si está el Marqués engañado
allá lo podréis saber.

(Vase ESTACIO.)

LUCINDO. ¿Fuése?

CARLOS. ¿No lo ves?

LUCINDO. Prosigue
las cartas.

CARLOS. Esta es de Alberto.

(Lea:)

“Tu engaño se ha descubierto
porque el agravio me obligue.

No te veniste a casar,
sino a quitarme el honor,
pues hay quien diga, traidor,
que echaste a Otavia en la mar.

Si eres caballero, ven;
que aquí en su orilla te espero.”
¿Quién le ha dicho, caballero,
si no fué sueño también,
que he muerto a Otavia?

CAPITÁN. Callando
me mandaron avisar
que en la orilla de la mar
os queda el Duque esperando.

(Vase el CAPITÁN.)

LUCINDO. ¿Qué resolución!

CARLOS. ¡Gallarda!

LUCINDO. La de Lisarda te espera.

CARLOS. Esa será menos fiera,
que, en fin, es mujer Lisarda.

(Lea:)

“La daga que me enviaste
me atravesó el corazón,
pues con falsa información

honra y vida me quitaste;
y porque vengarme quiero
después que dejé mi Estado,
por Alemania he buscado
un gallardo caballero.

El por mí te desafía,
y orilla del mar te aguarda.”

LUCINDO. Más razón tiene Lisarda.

CARLOS. Si fuera la culpa mía.

Responderéis, caballero...

FLORENCIO. El responder es salir,
y si esto queréis decir,
allá lo diréis primero.

(Vase FLORENCIO.)

CARLOS. ¿A quién jamás sucedió,
Lucindo, tal desatino?

LUCINDO. A Fineo, yo imagino
que la envidia le informó,
a Alberto el pasado agravio
y a Lisarda el ciego amor.

CARLOS. ¿Qué haré?

LUCINDO. Salir es error.

CARLOS. Antes es consejo sabio;
que más vale averiguar
que yo no los ofendí
por las armas, pues allí
se podrá todo probar.

Haz que se aperciban luego.

LUCINDO. ¿Qué intentas?

CARLOS. Lo que es razón;
pues en esta información
juró un loco, un falso, un ciego.

Fineo, celos; Alberto,
envidia; Lisarda, amor.

LUCINDO. Si esto importa a tu valor,
él viva, aunque salgas muerto.

(Sale LUCRECIA y criados.)

LUCRECIA. ¿Cuando a ver al Conde vengo
esas desdichas le vienen?

CRIADO. Con estas nuevas, la fama
las alas ligeras muevo,
por la alta Alemania, dando
a sus príncipes y reyes
deseo y causa de hallarse
a la batalla presentes.

LUCRECIA. El Conde es gran caballero.

CRIADO. Sí; mas quien las damas vence
no suele vencer los hombres.

LUCRECIA. Para los hombres es fuerte,
y galán para las damas.

CRIADO. Injusto amor te enloquece.
 LUCRECIA. Casarme intento con él,
 pues murió Otavia.
 CRIADO. ¿Y si fuese
 viva Lisarda?
 LUCRECIA. ¿Qué importa?
 (Toquen.)
 CRIADO. Cajas suenan.
 LUCRECIA. Armas vienen.
 (Sale por un palenque FINEO armado, y ESTACIO de padrino.)
 ESTACIO. Opiniones hay, señor,
 que no vendrá el Conde.
 FINEO. Ofenden,
 Estacio, el valor de Carlos,
 y no es razón.
 LUCRECIA. ¿Quién es éste?
 CRIADO. Este es el marqués Fineo,
 el que a Lisarda pretende.
 (Tocan.)
 FINEO. Cajas suenan. ¿Si es el Conde?
 No; que no es él me parece.
 (Sale ALBERTO, armado; el CAPITÁN, por padrino.)
 CAPITÁN. Ya el Conde te está esperando.
 ALBERTO. Yo haré que la muerte espere,
 que no hay edad en agravios.
 CAPITÁN. Habla primero que llegues.
 ALBERTO. ¡Carlos!
 FINEO. No soy Carlos yo.
 ALBERTO. ¿Pues quién?
 FINEO. Fineo.
 ALBERTO. ¿Qué quieres
 del Conde?
 FINEO. Darle a entender
 cuán falsamente procede
 en ocultar a Lisarda.
 ALBERTO. Mayor agravio me debe:
 a Otavia arrojó en el mar,
 por vengarse de mí.
 FINEO. Siempre
 tuvo esas traiciones Carlos.
 ALBERTO. Hoy las pagará si viene.
 (Sale LISARDA, armada; TRISTÁN, por padrino, con una rodela, en que trae la daga clavada por la escritura; OTAVIA detrás, con un velo de plata por el rostro.)
 TRISTÁN. Tardado habemos, Enrique.

LISARDA. ¿Espera el Conde?
 TRISTÁN. Y aun tiene
 quien le ayude.
 LISARDA. ¿Si es Lucindo?
 TRISTÁN. Dos caballeros se ofrecen.
 LISARDA. No importa; que hoy has de ver
 el valor de las mujeres.
 ¿Cuál es de vosotros dos
 el conde Carlos?
 FINEO. Advierte
 que le estamos esperando.
 Tú, ¿qué le buscas? ¿Quién eres?
 LISARDA. A su tiempo lo sabréis.
 ALBERTO. ¿Tantos enemigos tiene?
 LISARDA. En mí sólo tiene al mundo.
 que los demás no los teme.
 (Tocan. Sale LUCINDO, padrino, y el conde CARLOS, armado.)
 LUCINDO. Ya tus contrarios te aguardan.
 CARLOS. Caballeros: quien mantiene
 verdad, tan altas empresas,
 con justa esperanza emprende.
 Habéisme desafiado
 los tres por vuestros papeles:
 yo he venido por quien soy,
 que no porque soy aleve.
 ¿Cómo queréis pelear?
 ¿De solo a solo, o de suerte
 que os mate juntos?
 FINEO. Bizarro,
 y ya en la lengua valiente,
 Pero yo pienso matarte.
 Señores, volverse pueden;
 que Carlos aquí se acaba.
 OTAVIA. ¡Ay, cielos! ¿Carlos es éste?
 ¿Pues Carlos estaba vivo?
 ALBERTO. A mí es justo que me dejes,
 Fineo, dar muerte al Conde.
 LISARDA. ¿No me daréis esa muerte
 parte a mí?
 LUCINDO. Dejad, señores,
 que algún tercero os concierte.
 ALBERTO. ¿Cómo?
 LUCINDO. Juzgando el agravio
 que mayor de todos fuese.
 FINEO. Juzgaráse con pasión.
 LUCINDO. Una dama el campo ofrece;
 que aunque juzgar en agravios
 más a los hombres compete,
 por ser desapasionada
 podrá decir lo que siente.
 Hacia nosotros camina.

(Sale LUCRECIA.)

FINEO. A muy buena ocasión viene.
Llegue y díganos quién es.

LUCINDO. Pues os hallastes presente,
señora, decid quién sois,
y juzgaréis quién merece
de los tres ser el primero.

LUCRECIA. Yo soy Lucrecia, que tiene
el Ducado de Bisela
por Lisarda.

LUCINDO. No se puede
descar mejor jüez.

LISARDA. ¡Aquesta es mi hermana alevé!

LUCRECIA. Proponed.

FINEO. Yo pido al Conde
a Lisarda.

LUCRECIA. Injustamente;
que es mi hermana y muerta ya.

ALBERTO. Yo a Otavia, que no parece.

LISARDA. Yo, por parte de Lisarda,
pido el honor que le debe,
pues habiéndose casado
con ella, traidoramente
esta daga le envió,
que esta rodela guarnece,
pasada por la escritura,
y pues tú su hermana eres,
dile si es verdad la carta
que al Conde escribiste.

LUCRECIA. Ofrece
mil sospechas a mi alma.

LISARDA. Manda que el campo me dejen;
que Fineo, sin razón
del conde Carlos se ofende,
pues él nunca vió a Lisarda;
ni al Duque se le concede
campo, estando viva Otavia,
y siendo tan justamente
mi mujer.

ALBERTO. ¡Otavia viva!

LISARDA. ¿No es ésta?

ALBERTO. ¡Cielos, tenedme
en tanta dicha con vida!

OTAVIA. Señor, la vida y la muerte
debo a aqueste caballero
y al Conde.

CARLOS. Aunque tú sospeches,
Otavia, que causa fuí
de tu muerte, nadie cree
que pude alterar el mar.

LISARDA. Tu satisfacción aceten
ella y el Duque; mas yo
no puedo hasta que confiese
Lucrecia que en todo cuanto
dijo de su hermana miente,
o esta daga ha de pasarle
el pecho.

(Quítela de la rodela.)

LUCRECIA. ¡Espera, detente!
Confieso que amor del Conde
me obligó que le escribiese.

LISARDA. ¿Fué mentira?

LUCRECIA. Fué mentira.

LISARDA. Pues, Carlos, ¿si ella viviese,
casaríaste con ella?

CARLOS. ¿Qué mayor dicha?

LISARDA. ¿Y si fuese
mujer del Conde Lisarda,
Fineo, y yo te ofreciese
a Otavia, no la querías?

FINEO. ¿Pues no, si el Duque quisiese?

LISARDA. ¿Y tú, Lucindo, a Lucrecia?

LUCINDO. Desde que la vi me debe
amor.

LISARDA. Pues yo soy Lisarda.

CARLOS. ¡Notable valor!

FINEO. Excede
al de griegas y romanas.

TRISTÁN. ¿No hay alguien que diga "denle
a Tristán seis mil ducados",
como tantas veces suelen?

CARLOS. Yo te los doy.

ALBERTO. Daos las manos.

CARLOS. *El valor de las mujeres*
acaba aquí, si los nobles
las honran y favorecen,
esta comedia lo pide.
Yo os beso los pies mil veces.

FIN

LA GRAN COMEDIA
DEL
VENCIDO VENCEDOR
DEL INSIGNE
LOPE DE VEGA CARPIO
QUE ESTE EN EL CIELO. AÑO DE 1635.

PERSONAS

DON JUAN, galán 1.º
EL PRÍNCIPE, *idem* 2.º
MAURICIO, *idem* 3.º
EL REY, *viejo*.
SERGIO, *viejo grave*.

TIBALDO, *labrador*.
UN GUARDA, *vejete*.
LOS CRIADOS.
UN HÚNGARO.
SALADO, *villano, gracioso*.

ELENA, *dama primera*.
LA INFANTA, *dama segunda*.
DOMINGA, *villana* (1).

JORNADA PRIMERA

(Sale DON JUAN, en cuerpo como perdido.)

JUAN. ¿Cuándo, enemiga fortuna,
a piedad te moverás?
¿Dónde llevándome vas
por esta selva importuna?
 ¿Cuándo mi vida y mis males
acabarán mi destino,
o me ofrecerán camino
estos injustos jarales?
 Mas por aquella aspereza
baja un hombre apresurado.

(Sale MAURICIO, como que anda a caza.)

MAURICIO. Hidalgo, ¿habéis encontrado
por este bosque a Su Alteza?

JUAN. Vos el primero habéis sido
que llego a ver, en dos días
que las desventuras mías
solo y triste me han traído
 errando en este desierto,
que éstos ha que una fragata
que sobre espumas de plata
volaba al toscano puerto,
 del borrascoso aquilón

duramente contrastada,
fué víctima desdichada
de las aras de Tritón;
 yo, del naufragio funesto,
única reliquia fuí.
y con mis brazos vencí
las furias del mar opuesto;
 y así, pues os ha encontrado
mi dicha en tal soledad,
a un perdido encaminad,
si mi mal os ha obligado.
MAURICIO. Español me parecéis.
JUAN. España mi patria ha sido,
y es mi nombre y apellido
don Juan Chacón.

MAURICIO. Vos tenéis,
 si de tal árbol sois rama,
lustre que os levanta al cielo;
que no hay región en el suelo
que no engrandezca su fama.
 y de cuantos granjeó
amigos su claro nombre,
en tierra extraña no hay hombre
que lo estime más que yo;
 y así, por él y por ser
forastero y desdichado,
me tenéis aficionado.

JUAN. Descuento llega a tener
 con eso mi desventura.
MAURICIO. Yo no os iré acompañando,

(1) A continuación, tachado: *Un criado, otro paje todo es uno.*

que al Príncipe voy buscando;
mas al fin desta espesura
dejo un alazán, que al Sol
injuria cuando camina:
en él podéis a Mesina (1)
llegar, famoso español,
que con natural instinto,
si le permitís la rienda,
él os sacará a la senda
deste ciego laberinto.

Yo soy Mauricio; llegad
a Mesina, corte bella
de Sicilia, y luego en ella
por mi casa preguntad,
que allí podréis hospedaros
todo el tiempo que os sirváis.

(Vase.)

JUAN. La nobleza que mostráis
me obliga a no replicaros.
Gracias doy al santo cielo,
pues hallé en un pecho extraño
remedio a tan grave daño
y a tanta pena consuelo.

(Dentro, el PRÍNCIPE, en voz alta:) (2)

PRÍNCIPE. ¡Aguarda, serrana hermosa!

(Sale ELENA, dama, vestida de labradora, huyendo.)

ELENA. (Ap.) ¡Valedme, espesos jarales!
Como a fieros animales
prestáis defensa piadosa,
a una mujer amparad.

JUAN. Labradora soberana,
emulación de Diana
y destos montes deidad,
¿de quién huyes? ¡Tente, espera!

ELENA. De quien mi ofensa procura.

JUAN. En mi amparo estás segura,
si el mismo infierno viniera.

ELENA. Pues defendedme el honor.

JUAN. Yq lo ofrezco, que a no ser
tan hermosa, por mujer
obligaras mi valor.

(Sale el PRÍNCIPE, como de caza.)

PRÍNCIPE. Ninfa esquiva, cuanto bella...

(Pónese ELENA detrás de DON JUAN.)

JUAN. Caballero, deteneos,
y adviertan vuestros deseos
que me toca defendella.

PRÍNCIPE. ¡Qué locura os da osadía
al intento que emprendéis!
¿Acaso desconocéis
al Príncipe?

JUAN. No sería
el no conocello, en mí,
culpa, que extranjero soy,
y ha poco que adonde estoy
náufrago del mar salí.

PRÍNCIPE. Por eso, de vuestro error
os da perdón mi piedad,
y vos, serrana...

ELENA. (Ap.) Guardad
vuestra palabra y mi honor.

JUAN. (¡Oh, fuerte trance! El respeto
se opone a la obligación;
¡fuerza es morir!) La razón
os enfrene el pecho inquieto,
y advertid que aunque digáis
que sois el Príncipe, creo,
por las acciones que veo,
no sólo que me engañáis,
pero también que a Su Alteza
indignamente ofendéis,
pues de su nombre os valéis
para emprender tal baja.

¿El Príncipe puede ser
que olvide su autoridad,
su sangre y su majestad,
y en vencer una mujer
ocupe el real valor,
en cuya naturaleza
es tan propia la grandeza?

PRÍNCIPE. Como eso puede el amor.

JUAN. Sí, mas si bien lo miráis,
no tengo en esta ocasión
de quién sois información
más de la que vos me dáis;
pero no por ella yo
ser el Príncipe os creí,
porque vos decís que sí,
y vuestras obras que no,
y en igual contradicción,
antes creo que, no siendo
príncipe, lo estáis fingiendo,
por gozar vuestra afición,
que no que siéndolo hagáis
cosas que lo contradigan
y que, por bajas, obligan
a que no lo parezcáis;

(1) *Mezina*. Ocurre diversas veces.

(2) *Tachado*: enbozado.

que el rey ha de ser crisol
de honor, justicia y bondad:
los rayos al Sol quitad,
y dejará de ser sol;

y así, o mudad parecer
o advierta vuestra pasión
que soy de España, y Chacón,
y como tal he de hacer.

PRÍNCIPE. Aunque fuera, donde estoy,
fácil cosa el convenceros
y, a vuestro pesar, haceros
presto conocer quién soy,

es de tanta estimación
en mí ese valor divino,
que en premio dél determino
que logréis vuestra intención;

válgame vuestro sagrado
a mi adorada homicida
contra la furia encendida
de mi amoroso cuidado,

que así me ha obligado el veros
por lo que es justo arriesgar;
que no la quiero ganar
con la pensión de perderos,

porque no pueda algún día
decir la murmuración
que yo ofendí sin razón
a quien razón defendía.

JUAN. Agora sí que ha mostrado
el hermoso resplandor
de tan heroico valor
que es el Sol el que lo ha dado;

agora sí acreditáis
conmigo vuestras razones,
que con tan justas acciones
de vos evidencias dais.

(De rodillas.)

Dadme esos pies.

PRÍNCIPE. Levantad.

ELENA. (Habla a lo villano.) Agora sí, mal
[pecado,

que estáis grave y sosegado,
se os luce la majestad;

el príncipe yo pensaba
que un *sancta sanctorum* era,
y como un *agnus* de cera
en mi cosdomino andaba.

¡Mal año y cómo corréis!;
de engaño salió mi pecho,
que en esto que hoy habéis hecho
muy humano parecéis.

PRÍNCIPE. Bellísima labradora,
vivo y hermoso traslado
de un claro sol eclipsado,
cuya noche el alma adora,
no culparéis mi flaqueza
si, por dicha, alguna fuente
os dió espejo transparente
para ver vuestra belleza;

antes me admiro, si habéis
visto vuestra imagen bella,
que ciega de amores della,
a Narciso no imitéis;

fuera de que si culpáis
mi súbito rendimiento,
tiene causa mi tormento
más antigua que pensáis.

Y así, pediros querría
que la oigáis, serrana bella,
tanto por alivio della
como por disculpa mía.

ELENA. Aunque cause mi tardanza
murmuración en mi aldea,
no quiero que en todo sea
sin fruto vuestra esperanza,

pues vos, español, primero
de quién sois nos informad,
que aunque vuestra calidad
de vuestro valor infiero,

quiero, si del pecho mío
partícipe os he de hacer
y amigos hemos de ser,
conocer de quién me fío.

JUAN. Don Juan Chacón es mi nombre;
España, mi patria; en ella
don Diego Chacón, mi padre,
deste apellido cabeza.

Nací tercero en mi casa,
y como estados y rentas
por conservar las familias
el primogénito hereda,
no pude sufrir que el tiempo,
con solas sus diferencias,
desigualase en poder
a los que igualo en nobleza;
y así, porque mis hazañas
a mi fortuna vencieran,
dándome lo que negaron
a mi valor las estrellas,
a Italia partí ambicioso
de las glorias de la guerra,
inclinación que en mi sangre
es propia naturaleza;
y apenas la herrada proa

de mi fragata ligera
 del golfo que domó Ulises
 los cerúleos vidrios quiebra,
 cuando del airado Eolo
 el cetro movió la peña
 que en las cavernas oscuras
 sus ministros encarcela.
 Segunda vez parecía
 que contra el piadoso Eneas,
 por dar a Juno venganza,
 ostentaba su braveza,
 pues, todos juntos, al mar
 se arrojan con tanta fuerza,
 que en sus alas lo levantan
 desde el centro a las estrellas,
 y del hirviente huracán
 la desatada violencia
 corona las altas ondas
 de las profundas arenas.
 No le vale en tal conflicto
 al bajel la ligereza,
 la vigilancia al piloto,
 al marinero la fuerza.
 Los árboles se rindieron;
 mas si de diamante fueran
 como de frágiles (1) hayas,
 les faltara resistencia.
 Cinco días hizo iguales
 a las noches esta guerra
 de encontrados elementos
 sin dar un punto de treguas,
 hasta que el mísero leño,
 ya sin timón y sin velas,
 discurrendo libremente
 por donde el viento le lleva,
 vino a dar en esta costa,
 y cerca ya de la tierra,
 Neptuno cruel, lo mismo
 que le concede le niega;
 pues después que algunas horas,
 para aumentarnos las penas,
 entre sus ondas nos hizo
 Tántalos de su ribera,
 sorben la nave sus aguas,
 dándole en la triste empresa
 menos honra la vitoria
 que la crueldad le dió afrenta.
 Yo sólo evité su imperio;
 que con valor y con fuerzas
 hice remos de los brazos
 para vencer su soberbia.

(1) En el ms.: *flejiles*.

Dos veces los altos riscos
 destas elevadas sierras
 del claro amante de Dafne
 han peinado las madejas,
 desde que yo, desdichado,
 empecé a vagar por ellas,
 hasta que llegué, dichoso,
 a los pies de Vuestra Alteza.
 PRÍNCIPE. ¿Qué mucho, ilustre español,
 que Neptuno pretendiera
 por gozar libre sus ondas
 veros anegado en ellas,
 si cuando el sagrado Empíreo
 pisó el hijo de Alcumena
 hizo en los hombros de Atlante
 más peso que las estrellas?
 Y aunque vuestros infortunios
 a justo dolor me muevan,
 la pasada tempestad
 es bien que al cielo agradezca,
 pues en cuantos siglos largos
 el mar Tirreno a mi tierra,
 a tantas naves tranquilo
 ha tributado riquezas,
 nunca ornaron mi corona
 con tan estimable piedra
 todas sus tranquilidades
 como esta sola tormenta
 con tan colmados favores.
 JUAN. Señor, mi fortuna queda
 corrida, pues vos me dais
 mucho más que ella me niega.
 PRÍNCIPE. Don Juan Chacón, si sujeto
 a sus mudanzas ligeras
 íbades buscando cómo
 pisar la cumbre, a su rueda
 poner la podéis un clavo,
 si es que mi reino os contenta;
 que la voluntad del rey
 es fortuna verdadera.
 JUAN. Yo, señor, desde este día
 soy vuestro, y mi patria es ésta;
 que aquélla es amiga patria
 que prósperamente alberga.

PRÍNCIPE.

Agora pues, atended,
 gran don Juan, serrana bella,
 porque disculpéis mi exceso
 a la ocasión de mis quejas.

En la noble Mesina,
 Corte antigua del reino siciliano,
 de perfección divina

rayos dió al mundo un serafín humano
en cuya gran belleza
su poder excedió Naturaleza.

Elena ¡oh, cielo santo!,
no puede el nombre pronunciar la boca
sin que del tierno llanto,
con el fiero dolor que al alma toca,
salga del pecho ardiente
a acompañar su acento la corriente,

Elena el nombre caro
era de aquella emulación del cielo;
pimpollo ilustre y claro
del mejor árbol que dió fruto al suelo
Sergio, cuya familia
terror da al mundo y gloria da a Sicilia.

Aquella de albedríos
apetecido Argel, la causa bella
fué de mis desvaríos,
destinación precisa de mi estrella,
pues su primera vista
hizo en mi pecho la postrer conquista.

A mi tierno cuidado
alas dió el ciego Sisifo, saetas,
y no tan abrasado
solicitó el mayor de los planetas
la hija de Peneo
como a la bella Elena mi deseo.

Mas no tan fugitiva
desdeñó Dafne al pastor de Admeto
como fiera y esquiva
mi dulce prenda a mí, que, en un sujeto,
si el cuerpo de belleza,
milagro el alma fué de fortaleza.

Un día y otro día,
aunque sin esperanza, con la gloria
de amarla entretenía,
cuando ¡pluguiera a Dios que a la memoria
de tan funesta suerte,
previniese el alfanje de la muerte!

Una fiebre envidiosa,
sacrílega, a heldad tan soberana
cambió en jazmín la rosa
que sólo el ser mortal tuvo de humana,
y al cielo, ¡ay, pena mía!,
el alma dió, que él sólo merecía.

Cual triste peregrino
que la senda ha perdido en tierra extraña,
y cuando el oro fino
en el opuesto mar Apolo baña,
queda en la selva umbrosa
solo, sin luz, en noche tenebrosa,
tal de mi dulce Elena
dejó el eterno eclipse mi sentido,

sin aliviar mi pena
no haber sido mi amor correspondido,
porque era en mí el querella
fuerza de su hermosura y de mi estrella.

Dos veces a los ríos
han crecido y menguado las corrientes
dos inviernos y estíos
después, ya que mis ojos, hechos fuentes,
rinden a un mismo paso
igual tributo al lamentable caso,
sin que el tiempo mitigue,
la fiesta aplaque, alivie ni divierta
el dolo[r] que me sigue;
y así, la soledad muda y desierta
más me consuela, cuanto
permite más las riendas a mi llanto.

Hoy, pues, cuando una fiera
buscaba, fatigando la espesura,
quiso el amor que viera
en el cuerpo, en la gracia y hermosura
desta serrana esquiva
de mi difunto bien la imagen viva.

Como suena tocada
una cuerda la cuerda consonante
sin ser solicitada
más que del son del punto semejante,
muda y clara sentencia
que obliga a natural correspondencia,
así, viendo mis ojos
en vos, serrana hermosa, trasladados
los divinos despojos
que en mí por siempre viven retratados,
la semejanza ha hecho
corresponder con tanto amor al pecho.

No fué de mi albedrío
tan presto ardor, tan fácil movimiento;
nada conozco mío
en este repentino rendimiento,
sino la desventura
de aborrecerme así vuestra hermosura;
que en todo, ¡oh, ninfa hermosa!,
de Elena imagen sois tan verdadera,
que a no ser mentirosa
la opinión de Pitágoras, creyera
que ese bello trasunto
informa el alma de mi bien difunto.

Mueva, pues, ese esquivo
corazón ver la fe con que os adoro,
o por traslado vivo
de aquel divino original que lloro
tan firme enamorado,
o por original de aquel traslado;
que tal por vos me siento,

que o sois la misma Elena, o como el hado
desde mi nacimiento
a vuestro amor me hubo destinado
y Elena os parecía,
le adoré por aurora de ese día.

ELENA. (*Ap.*)

¿Qué pecho endurecido,
qué acero fuerte, qué inmortal diamante
no será al fin rendido
de tanto amor, de pecho tan constante?
¿Que fe tan firme y cierta
viva en quien juzga ya la causa muerta?

De mármol soy si agora
no descubro que soy la misma Elena
que sin mudanza adora
y doy el justo premio a tanta pena.
Mas ¡ay, honor!, ¿qué digo?
¡Nunca tan poco os ví valer conmigo!

PRÍNCIPE.

¡Suspensa habéis quedado!

ELENA.

Pensando estaba yo qué engañadores,
si en la corte han estado,
los hombres son. Acá los labradores
verdad sencilla tratan
y con la boca el corazón retratan.

Si tan enquillotrado
decís que estáis por esa mal lograda,
¡haberme requebrado
no es falsedad y ofensa declarada?

PRÍNCIPE.

Antes soy verdadero,
pues porque a ella os parecéis os quiero.

ELENA.

Luego a mí antes me ofende
que obliga cuando me pintáis tan bella
vuestra fe, pues pretende
no quererme por mí, sino por ella;
y así, pues ella os mueve
a amarme, ella os lo pague que os lo debe.

PRÍNCIPE.

Aguardad, que diciendo
que por aurora vuestra a Elena quise,
vuestra beldad no ofendo.

ELENA.

No ofendéis; mas es fuerza que me avise

cuán poca confianza
debo tener de vos esta mudanza;
que, como habéis llamado
mi aurora a Elena para ser mi amante,
con eso disculpado,
si ausente yo encontráis mi semejante
diréis que la luz mía
también su aurora fué y ella el día.

(*Vase.*)

PRÍNCIPE.

¡Dulce enemiga, espera!

JUAN.

Al viento imita su ligera planta.

PRÍNCIPE.

Si no quieres que muera,
ten lástima de mí, bella Atalanta.
Don Juan, venid conmigo.

JUAN. (*Ap.*)

Por defenderla de su amor le sigo.

(*Vanse, y salen SERGIO, viejo, grave caballero, y
TIBALDO, villano, con él, algo detrás.*)

SERGIO. (*Ap.*) ¡Consuelo de desdichados
viene a ser mi desventura!
¿Es posible, suerte dura,
posible es, crueles hados,
que es al hombre tan sin fruto
la industria y la diligencia
para evitar la sentencia
de vuestro eterno estatuto?
¿Que no bastase fingir
difunta a Elena, y que sea
de una humilde, oculta aldea
labradora, para huir
la ejecución del ultraje
que el hado, con el amor
del Príncipe, al claro honor
destinó de mi linaje?

¡Vive Dios que ha de poner
mi venganza al mundo espanto,
y bañada en sangre y llanto
Sicilia, triste ha de ver
desde los pies a las copas
arder sus montes de nuevo
y, airado, otra vez a Febo
las cuevas de los ciclopes! (1)

(1) Así está redondilla. Aun variando el acento a *ciclopes*, no hay rima.

Mas ¿qué digo? ¡Loco estoy!
¡Oh, cuánto podéis, agravios;
pues lo que han dicho los labios
desdice tanto a quien soy!

El es mi rey; yo, leal;
trazaldo, pues, corazón,
cómo evitéis sinrazón
y deis remedio a este mal.
¡Tibaldo amigo!

TIBALDO. ¡Señor!

SERGIO. Agora más me conviene
el secreto, pues no tiene
remedio mi deshonor,
y así, quiero que le hagáis
al rey esa relación,
sin que en ella la ficción
comenzada descubráis.

TIBALDO. ¿Luego Elena aun ha de ser
mi sobrina y Galatea?

SERGIO. Así me importa que sea;
que yo sé lo que he de hacer.

Su Majestad dará aquí
audiencia agora. Llegad
y el exceso le contad
del Príncipe, sin que a mí
en ello parte me hagáis.

TIBALDO. Aunque su enojo y rigor
temo, vos sois mi señor,
y basta que lo queráis.

SERGIO. Dios os guarde; que yo os quiero
viendo en vos amor igual,
por vasallo más leal
y amigo más verdadero.

Bien lo ha mostrado el efeto,
pues entre cuantos lo son,
hice de vos elección
para tan grave secreto.

Demás que ha de asegurarnos
ver que de por medio estoy,
y un escudo firme soy
a los golpes que han de daros.

En esa cuadra aguardad,
porque importa al fin que siga
que nadie os vea conmigo,
y en la querella mirad

que en ningún modo me hagáis
sabidor deste suceso;
que estriba mi honor en eso.

TIBALDO. Haré lo que me mandáis.

(Vase.)

SERGIO. Prudencia, industria, valor,
ilustre sangre ofendida,

¿qué haremos, si ni aun la vida
puede cobrar el honor?

De reyes altos diciendo
mi casa, y aunque me hallo
su igual en sangre, vasallo
soy al fin de quien me ofende.

¡Cielo!, ¿así oprimís el pecho
cuando permitís el daño?

¡Ah, no fuera un rey extraño
el que el agravio me ha hecho!

(Sale el REY y acompañamiento.)

REY. ¡Sergio!

SERGIO. ¡Señor!

REY. Ya de Hungría

partió la Infanta que espero
que a mi reino dé heredero
y al Príncipe dé alegría,

y es forzoso la nobleza
de Sicilia prevenir,
porque salga a recibir
como es razón a Su Alteza,

y tratar y disponer
las fiestas y regocijos
que a las bodas de dos hijos
de su rey es justo hacer,

porque con su Infanta envía
los poderes y recados
con que han de ser desposados
todos cuatro un mismo día;

que a su Príncipe mi hija
doy, como él la suya al mío.

SERGIO. (Ap.) En vano al valor confío
que el sentimiento corrija.

¡A sus fiestas me previene
cuando mi muerte prevengo!
La fe y el amor que os tengo,
gran señor, pienso que tiene
tanto crédito con vos,
que no dudo que estéis cierto
de que ha dado ese concierto
igual contento a los dos.

Los años que yo le pido
Sus Altezas guarde el cielo;
que en esto me verá el suelo
antes muerto que vencido.

REY. Guárdeos Dios; que amor igual
promete la simpatía
de vuestra sangre y la mía
por la que tenéis leal.

(Sale un CRIADO.)

CRIADO. Pidiendo están, gran señor,

unos serranos licencia
para entrar a tu presencia.
REY. Entren.

(Vase el CRIADO.)

SERGIO. (Ap.) El justo dolor
que siento, encubrir pretendo;
que la industria en este caso
ha de asegurar el paso
para el remedio que emprendo.

(Sale TIBALDO y otros villanos.)

TIBALDO. Yo soy, gran señor, Tibaldo;
de una aldegüela vecino
que seis leguas de la corte
goza de apacible sitio.
Tengo una sobrina, a quien
dieron los cielos divinos
con la hermosura de Venus
de Diana el ejercicio;
pues que, doncella y hermosa,
discurría a su albedrío
siempre los espesos bosques,
peñas duras y altos riscos.
Ayer, cuando ya de Apolo
daban los rayos oblicuos
dilatada sombra al llano
y templado viento al río,
mi querida Galatea,
que su nombre es éste, quiso
esparcir, como otras veces,
luz en los valles sombríos,
y seguida de nosotros,
entre otras serranas vimos
a Febea entre sus ninfas
en los collados de Cintio.
Descuidadamente al aire
daba rayos de oro fino,
discurriendo por los prados,
ya, con ella, paraísos,
cuando encontramos, señor,
al Príncipe, vuestro hijo,
favoreciendo los bosques,
de las fieras enemigo;
y como si la belleza
diese voces al oído,
así revolvió los ojos
a los que adoran los míos,
y viéndola, más ajeno
quedó al punto de sí mismo
que si viera de Medea
el encantado vestigio.

Rémora fué de su curso,
letargo de sus sentidos,
imán de sus pensamientos
y prisión de su albedrío;
pues, deteniendo el infante
la rienda a un veloz tordillo
que por alado Pegaso
hizo Parnaso al Paquino,
saltó dél, y a Galatea
partió con el vuelo mismo
que va el rapante neblí
al tímido pajarillo;
ella, honesta como hermosa,
volvió con pies fugitivos
en palestra de Hipomenes
el espeso laberinto.

Su Alteza siguió su curso
sin ser de nadie seguido;
que porque la soledad
diese ayuda a sus designios,
de sus monteros mandó
que fuésemos detenidos;
con que ni la vista pudo,
ya que no los pies, seguirlos;
que, ocultándolos la copia
de chopos, olmos y alisos,
de lo restante, pudieron
ellos solos ser testigos.

Este, señor, es el caso
a que vengo y de que os pido
remedio, pues de Su Alteza
no es justo pedir castigo.

REY.

Yo ordenaré lo que importa.

SERGIO.

Que perdonéis os suplico
estos yerros a Tibaldo,
de su ignorancia nacidos,
y vos, Tibaldo, bien fuera
que, pues sois vasallo mío,
hubiérades consultado
antes el caso conmigo;
que el Príncipe a Galatea,
¿qué ofensa o qué agravio hizo
cuando su fin consiguiesen
sus pensamientos lascivos?
¿No es gran honra suya y vuestra
que Su Alteza haya querido
dar con su sangre a la vuestra
tan soberanos principios?
Id con Dios.

REY.

No le riñáis.

SERGIO.

No sin misterio le riño.
Mandad que nos dejen solos,
porque hay mucho que deciros.

REY. Dejados solos.

TIBALDO. El cielo,
señor, a los largos siglos
de su duración iguale
tu vida y tu nombre invicto.

(*Vase con los demás. Lloro SERGIO.*)

REY. Sergio, ¿lloráis? Ya la causa,
antes de sabella, admiro;
que de vuestro fuerte pecho
doma los heroicos bríos
las lágrimas.

SERGIO. Gran señor,
yo lágrimas, yo gemidos
mensajeros de la muerte
que cerca me pronostico.
Bien sabéis que habrá dos años
que previniendo el peligro
que a mi honor amenazaba,
de ciego amor encendido
el Príncipe, mi señor,
por mi Elena, de vos mismo
aconsejado, fingí
que era muerta, y un vestido
de serrana y una aldea
oculta en desiertos riscos
a Elena, y deste secreto
mudo depósito ha sido,
gran señor, la Galatea,
de quien relación os hizo
Tibaldo; juzgad, señor,
con cuánta razón me aflijo.

REY. No hay palabras con que pueda,
Sergio pariente y amigo,
mi enojo significaros,
mi sentimiento deciros;
y aunque al Príncipe disculpa
el no haberla conocido,
igualmente me prevengo
al remedio y al castigo.

SERGIO. Vuestra Majestad advierta
que conviene al honor mío
conservar siempre el secreto,
y que ni el Príncipe mismo
entienda que ha sido Elena
a quien el agravio hizo;
que así conservo mi fama
y su indignación evito,
que es cierta si de la vuestra
sabe que la causa he sido;
que con esa prevención
me fingí, como habéis visto,

contra Tibaldo enojado
y de su queja ofendido;
porque ni Su Alteza piense
que estos efectos son míos,
ni que es la serrana Elena,
pues con razón imagino
que de ello, si no evidencias,
sospechas habrá tenido.

REY. Vuestro parecer apruebo,
y a ejecutarlo me obligo.
Vos, por si el Príncipe acaso
su intento no ha conseguido,
de vuestra hija cuidad,
y fiad en cuanto al mío
que el remedio os asegure
y os satisfaga el castigo.

(*Vase grave.*)

SERGIO. Prospere Dios esa vida,
en quien de Numa Pompilio
y de Augusto César veo
los atributos vencidos.
El primer lance acertamos.
Fortuna, favor te pido,
pues portentosas mudanzas
son las glorias de tus giros.

(*Vase. Sale el PRÍNCIPE y DON JUAN.*)

PRÍNCIPE. ¿Cómo en Sicilia os halláis?

JUAN. A mi agradecido pecho,
señor, ofensa habéis hecho
cuando eso le preguntáis.

¿Cómo puede hallarse quien
con el favor soberano
de esa poderosa mano
se ha encumbrado a mayor bien?

PRÍNCIPE. Pues vuestro huésped yo creo
que el regalo os sabrá hacer;
bien mayor que su poder
si menor que mi deseo.

JUAN. Sergio y Mauricio, señor,
de suerte me han festejado,
que en sus obras he notado
efectos de vuestro amor.

Es verdad que, como es justo,
en la mitad de las glorias
salteaban las memorias
de vuestra pena mi gusto;
que acordándome que fui
yo causa, con defender
de vuestro amor y poder

la serrana, no sentí,
viéndome obligado a ello,
el haberla defendido;
mas sentí el haber nacido
con obligación de hacello.

¿Cómo os va de sentimiento,
señor? ¿Cómo habéis pasado
la noche? ¿Por dicha ha dado
treguas el sueño al tormento?

PRÍNCIPE. Por puntos crece en mi amor
de suerte la llama fiera,
que si a la ninfa ligera
cubrió el dios fulminador
de nieblas por detenella,
la serrana fugitiva
el mundo con llama viva
he de abrazar por vencella.

Un segundo Mongibelo
en mí y en ella ha de ver
Tinacria, pues verá arder
mis furias entre su hielo.

JUAN. Mas la Infanta es la que viene.
Besarla la mano quiero.

(Salen la INFANTA, SERGIO y MAURICIO.)

INFANTA. ¿Es aquel el caballero
a quien el Príncipe tiene
tanta afición?

MAURICIO. Sí, señora.

INFANTA. Mucho le alaba mi hermano.

SERGIO. Pues no es coronista en vano
de las partes que atesora.

Hospedallo me ha tocado,
y cada acción que produce
es nuevo rayo en que luce
más el sol que le ha engendrado.

INFANTA. No hará poco, si es igual
el alma a la gentileza.

(Aparte los dos.)

MAURICIO. Mucho le mira Tu Alteza.
Ya temo que, por mi mal,
mi padre te ha encarecido
lo que el español merece.

INFANTA. ¿Son celos?

MAURICIO. ¿No te parece
que justamente los pido?

INFANTA. No sé yo que tenga acción,
el que favor no ha alcanzado,
de pedillos.

MAURICIO. Quien ha amado

y servido, con razón,
Infanta, puede acusar
la ingratitud.

INFANTA. Eso sí.

Quejarte puedes de mí,
Mauricio, mas no celar.

Pero ya quiero avisarte
que desde hoy no te permito
amarme, con que te quito
la licencia aun de quejarte.

PRÍNCIPE. Llegad, don Juan.

(De rodillas.)

JUAN. Vuestra Alteza
me dé, señora, los pies.

PRÍNCIPE. El caballero que ves
es crisol de la nobleza,
prudencia y valor de España,
rama ilustre de Chacón.

INFANTA. Su nombre da información
del valor que le acompaña.

En cuanto ayudaros pueda,
no daré ventaja alguna
al Príncipe. Alzad.

JUAN. (Ap.) Fortuna,
dos clavos pongo a tu rueda.

(Levántase. Como ALCAIDE sale un hombre viejo, con
un papel.)

ALCAIDE. Déme Tu Alteza, señor,
licencia y perdón, y lea
este papel, porque vea
mi disculpa y su rigor.

(Dale el papel.)

PRÍNCIPE. ¿Qué puede ser?

(Lee para sí.)

SERGIO. (Ap.) Mi venganza
comienza aquí.

INFANTA. (Ap.) ¿Que será?

JUAN. (Ap.) ¿Acaso, fortuna, ya
te ha cansado mi bonanza?

PRÍNCIPE. Aquí me manda prender
mi padre, Sergio, no hallo
culpa en mí; pero mandallo
basta para obedecer.

Vos, que por vuestra prudencia
sois su privanza, sabed
la ocasión, y defended
de su rigor mi inocencia.

SERGIO. Breve será la prisión;
que, pues Vuestra Alteza está
inocente, nacerá
de siniestra información.
Lo que manda Vuestra Alteza
haré, pues sabéis, señor,
que a vuestro gusto menor
trocaré yo mi cabeza.

INFANTA. ¡Príncipe!

PRÍNCIPE. No os aflijáis.

INFANTA. ¿Cómo no, hermano querido?

PRÍNCIPE. Yo sé que no he cometido
exceso porque temáis
ni yo sienta esta prisión.

INFANTA. Yo lo espero; mas a ti
no es justo prenderte así,
sin muy clara información
de un gran exceso.

MAURICIO. (*Ap.*) Obligar
quiero a la Infanta. Señora,
no des tan del todo agora
al sentimiento lugar,
puesto que tiene cabeza
y fuerza y valor Mauricio.
que emplear en tu servicio
y en defensa de Su Alteza.

PRÍNCIPE. Vos, don Juan, ¿no decís nada?

JUAN. Fuera de que el sentimiento,
confundiendo el pensamiento,
tiene la lengua turbada,
callo por encareceros
mi fe y amor deste modo,
porque siendo vuestro todo,
¿qué me queda que ofreceros?

Demás que en esta ocasión
basta para haber callado
ser el Rey quien lo ha mandado,
tenga o no tenga razón.

Dadme que del rayo fiero
autora otra mano fuera,
viérades si se opusiera
a todo el mundo este acero.

Mas puesto que vos estáis,
como decís, inculcado,
¡ay de aquel que causa ha dado
al disgusto que pasáis!

Desde aquí palabra os doy
de poner su vil cabeza
a los pies de Vuestra Alteza
u dejar de ser quien soy.

SERGIO. (*Ap.*) No aguardará el causador
que la palabra cumpláis.

PRÍNCIPE. Vos solamente igualáis

la prudencia y el valor,
Infanta: ya que yo voy
preso con Su Majestad,
a don Juan apadrinad;
este solo cargo os doy,
si queréis ver aliviado
mi mal.

INFANTA. Aunque su valor
no lo ha menester, mi amor
os mostraré en mi cuidado.

MAURICIO. (*Ap.*) ¡Bien se remedian mis ce-

JUAN. Señor, ¿cuando preso vais, [los!
sólo de honrarme tratáis?
Ocasión pido a los cielos
en que tan alto favor
agradezca mi lealtad,
y en prueba de ello, mandad
el imposible mayor,
que al punto, señor, veréis
cuán animoso lo emprendo,
si con él pagar entiendo
la deuda en que me ponéis
y aliviar vuestra pasión.

(*Aparte los dos.*)

PRÍNCIPE. Pues, don Juan, sólo pudiera
el ver mi serrana fiera
dar alivio a mi prisión.

(*Vanse.*)

SEGUNDA JORNADA

(*Sale DON JUAN por el tablado, y SALADO, gracioso,
por lo alto de un monte, llamándose el uno al otro
con la mano.*)

JUAN. ¡Hola, pastor! ¡Aho, pastor!

SALADO. ¡Cortesano! ¡Aho, cortesano!

JUAN. (*Ap.*) Malicioso es el villano.
¡Bajad!

SALADO. Aquí estoy mejor.

JUAN. Mucho en hablaros me va;
gran bien me podéis hacer.
Bajad.

SALADO. ¿Me habéis menester?

JUAN. Sí.

SALADO. Pues sobid vos acá.

JUAN. Es más fácil la bajada
y, aunque quiera, no sabré
la senda.

SALADO. Yo si la sé;

pero no se me da nada.
 JUAN. Mirad que quiero saber
 negocio que importa mucho.
 SALADO. Pescudad, que ya os escucho.
 JUAN. Tan lejos no puede ser,
 que es largo.
 SALADO. ¿Pues tenés hebra
 de preguntas?
 JUAN. Sí, pastor.
 SALADO. Pues largo preguntador
 ¡al infierno a dar culebra!

(Saca DON JUAN la daga, y apunta a SALADO como
 con pistola.)

JUAN. ¡Ah, vil grosero!
 SALADO. Ya bajo;
 ¡tenga, no dispare!
 JUAN. ¡Al fin
 rogar a gente ruin
 es mal lograr el trabajo!
 SALADO. Señor ya vo.
 JUAN. Ya os espero.
 (Ap.) ¡Bien la daga lo engañó!
 SALADO. Quite el tiro, que ya vo.
 JUAN. Hasta que lleguéis, no quiero.

(Baja SALADO.)

SALADO. Sí que yo no rehurtía
 el bajar de corazón;
 son que so un poco burlón,
 y por holgarme lo hacía.
 JUAN. Yo lo creo.
 SALADO. Yo me admiro
 de ver que se haya enojado.
 JUAN. No enojé
 SALADO. Ya yo he llegado.
 ¡Válame Dios! ¡Quite el tiro!
 JUAN. Agora sí.

(Envaina.)

SALADO. Veisme aquí.
 ¿que me queréis pescudar?
 JUAN. Si sois de aqueste lugar
 quiero sólo saber.
 SALADO. Sí,
 pastor de sus sotos so,
 y, si he de decir verdad,
 de comprida voluntad
 dejara de serlo yo.
 Que es ¡par Dios! cosa pesada
 desde el nacer al morir

estar oyendo decir
 “be”, “be” a toda una manada.

“Be” dice la corderilla
 en tipre, y luego el cabrón
 “be” le responde en bajón;
 “be”, el cabrito en tercerilla.

Al mismo infierno me iré
 con más gusto que tratar
 con quien sólo sabe habrar
 una cosa, y ésa es “be”.

JUAN. Pues vente en servicio mío
 a la corte, y allí oirás
 tantas cosas, que tendrás
 de la variedad hastío.

(Ap.) Obligarle así me importa.

SALADO. ¿Que querés llevarme a ella?
 JUAN. Sí.

SALADO. ¡Oh, lo que cuentan della!
 JUAN. Pues la mayor fama es corta.

SALADO. Diz que crece a maravilla
 una orden nueva que atrás
 deja a todas las demás.
 ¿Cuál?

JUAN. La de la muletilla.

SALADO. ¡Bueno!

SALADO. Diz que nadie deja
 de entrar, si puede, en el uso:
 tanto, que uno se la puso
 porque le dolió una oreja;
 más, que he oído murmurar
 que todos los que han entrado
 en esta orden han tomado
 las mañas de mi lugar,
 que por ocasión precisa
 echa una a sisa o pensión,
 y aunque cese la ocasión
 se queda puesta la sisa;
 así, imitando a la villa
 en aquesa gente grave,
 aunque el achaque se acabe,
 se queda la muletilla.

JUAN. ¡Gracioso humor!

SALADO. Mas ¿qué tiene
 esto que afligirme a mí?
 De los taberneros, sí,
 tener nuevas me conviene.

Señor, ¿es verdad que dan
 estos santos, por poder
 hurtar sin pena, en hacer
 a los que por vino van
 que beban a la salida
 de la tienda un trago dél,
 porque no pueda el fiel

JUAN. probar la mala medida?
Yo soy forastero, amigo:
poco de la corte sé;
si te agrada, yo tendré
gusto en llevarte conmigo,
y tú en salir de villano.

SALADO. Digo que me vo con vos;
cabras y ovejas, ¡adiós!,
que Salado es cortesano.

JUAN. ¿Salado es tu nombre?

SALADO. Sí.

JUAN. Y eres mi criado ya.

SALADO. Y he visto en vos que será
gran ventura para mí.

JUAN. ¿Sabes a lo que se obliga
quien sirve?

SALADO. No lo he sabido,
porque jamás he servido,
y así es bien que me lo diga.
sabré lo que debo hacer.

JUAN. Quien sirve ha de hablar verdad,
guardar al dueño lealtad,
y callando obedecer.

SALADO. Por bien que lo habés pintado,
mejor comprillo sabré;
mas tras esto también sé
lo que ha de hacer, si un criado
recibe, un señor discreto.

JUAN. Saberlo quiero también.

SALADO. Pagalle y tratalle bien
y no fialle secreto.

JUAN. Digo que lo cumpliré.

SALADO. Y yo que os sabré obligar.

JUAN. Pues ahora has de empezar
a dar muestra de tu fe.

SALADO. Habrad, pues.

JUAN. Que una verdad
sola me declares quiero.

SALADO. Bien záfil (1) es lo primero
en que probáis mi lealtad.

JUAN. ¿Dirásla?

SALADO. Dudáis en vano,
la verdad vive en la aldea:
¡plegue a los cielos que sea
mi enemigo un escribano,
y en prolija enfermedad
tenga cerca un herrador,
un reloj y un habrador,
si no os dijere verdad!

JUAN. Galatea, la sobrina
de Tibaldo, ¿qué se ha hecho?

SALADO. ¡Ay!

JUAN. ¿Suspiras?

SALADO. Sí, que el pecho
de atormentado rechina
en oyéndola nombrar.

JUAN. Pues, qué, ¿es muerta?

SALADO. Muerta, no.

JUAN. ¿Casóse?

SALADO. No se casó.

JUAN. ¿Quiéresla?

SALADO. ¿Quién ha de osar,
que como un potro respinga?

JUAN. Pues ¿por qué oyendo su nombre
suspiras?

SALADO. Porque ama el hombre
a su criada Dominga.

JUAN. Dime, pues, de Galatea,
que si yo la llego a ver,
tercero prometo ser
con la que tu amor desea.

SALADO. De eso nacen mis cuidados.

JUAN. ¿De qué?

SALADO. De que anocheció
un día y no amaneció
su sol más en estos prados.

JUAN. ¿Y no sabes qué se ha hecho?

SALADO. Yo, por no dejar perdido
mi ganado, no he podido
pesquisallo; mas sospecho
que en una quinta famosa
que fertiliza este río
tiene Tibaldo, su tío,
oculta la ninfa hermosa;
que un pastor lo dijo así,
que la vió.

JUAN. Llévame allá.

SALADO. Id andando, que no está
la quinta lejos de aquí.
Mas aguardad, que ésta es,
si el alma, que lo desea,
no se engaña.

(Salen TIBALDO, villano; ELENA y DOMINGA.)

(Aparte los tres.)

TIBALDO. ¡Galatea!,
¿dónde te llevan los pies?
No te alejes, ten el paso;
mira que tengo temor.

ELENA. ¿Qué temor? ¿Qué mal mayor
puede venirme que paso?
¡Dejadme, que la pasión
me ahoga! ¿Por ser amada,

(1) Záfil, sic.

he de vivir encerrada
en tan estrecha prisión?
¿Qué más castigo esperara,
si fuera la culpa mía?

¿Qué más pena merecía,
si fuera yo la que amara?

La tierra, el aire y el cielo,
que común a todos es,
ya de la fiera a los pies,
ya de las aves al vuelo,
a mí sola me es vedada,
siendo, ¡qué inhumana cosa!,
mi desdicha ser hermosa;
mi delito, ser amada.

Dejadme, Tibaldo, pues,
que si a algún peligro vengo,
de tigre las manos tengo,
de cierva tengo los pies;

cuanto más que la razón
cesa de esos miedos hoy,
pues no saben dónde estoy,
y el Príncipe está en prisión.

TIBALDO. De tu padre el mandamiento
obedezco.

ELENA. Bien está,
que mi padre no querrá
que me mate el sentimiento;
si os fatiga esta aspereza,
en ese monte aguardad,
mientras por la soledad
divierto yo mi tristeza.

TIBALDO. No te alejes de mis ojos.

ELENA. No haré de vos larga ausencia.

TIBALDO. ¡Plegue a Dios que esta licencia
no cause nuevos enojos!

(Vase.)

DOMINGA. El alcaide más suave
da fastidio.

ELENA. Te prometo
que, aunque es humano y discreto
Tibaldo, me es ya tan grave
por su oficio, que me enfado
sólo en velle.

DOMINGA. Cosa es cierta.

SALADO. (Ap. los dos.) Aquélla es Domin-
[ga; advierta
si es de mal gusto Salado.

JUAN. Aguardemos, pues se aleja
Tibaldo ya.

SALADO. ¡No sos bobo!
Esa treta es la del lobo

cuando va a pescar la oveja.

DOMINGA. Aquí viene gente.

ELENA. Y son
dos hombres.

SALADO. Ya nos han visto.
(Ap.) Yo no puedo más, embisto,
Dominga del corazón.

DOMINGA. ¡Oh, Salado!

JUAN. No temáis,
bellísima Galatea.

ELENA. ¿Es don Juan?

JUAN. Es quien desea
serviros; segura estáis.

ELENA. Ya, don Juan, de esa verdad
clara experiencia he tenido;
mas ¿qué causa os ha traído
a esta oculta soledad?

JUAN. Hermosa serrana, vos
a sólo buscaros vengo;
mucho que deciros tengo,
si estamos solos los dos.

ELENA. Sólo de vos me fiara,
porque sé vuestra nobleza,
y con nadie mi tristeza,
sino con vos, aliviara.

Dominga, divierte un rato
ese pastor, porque quiero
hablar a este caballero
con secreto y con recato.

DOMINGA. Mi industria verás agora.
¿Gana de beber te ha dado?
A buscar agua, Salado,
que tiene sed mi señora.

SALADO. ¿Y he de matársela yo?
Que vais errada creed,
porque Salado dar sed
sabe, mas quitarla no;
y si conmigo no vais,
aun agua me ha de faltar;
porque ¿cómo la he de hallar,
si de salud (¡) me priváis?
DOMINGA. Porque beba mi señora,
iré contigo.

(Vase.)

SALADO. Eo sí.

¡Malos años para mí,
si no hay tarquinada agora!

(Vase.)

(1) Salud, sic.

ELENA. Ya estamos solos.

JUAN. Oid
lo que me obligó a buscaros...

ELENA. Tibaldo puede escucharos;
bajad la voz, y decid.

JUAN. Después, bella Galatea,
que mi dicha me encontró
en este intrincado monte
con el Príncipe y con vos,
volvió (no sabré deciros
con cuántas ansias volvió)
imprimiendo en vuestras huellas
por la boca el corazón;
luego que llegó a Mesina,
que me hospedase encargó
a Sergio, un gran caballero,
de la nobleza crisol;
si contara los regalos
de que su largueza usó,
ceñir pudiera en guarismo
las hebras también del sol.
Mas esto no importa aquí;
voy al caso: amaneció
claro el día, pero en breve
se eclipsó su resplandor,
pues apenas a Su Alteza
entré a ver, cuando llegó
un orden del Rey su padre
para ponerle en prisión,
y aunque se ignora la causa,
con prudencia y con valor
recibió Su Alteza el golpe
y el decreto obedeció,
y cuando pensé que hiciera
nueva de tanto rigor
que se olvidara de todo,
sólo atento a su pasión,
se acordó, ¡quién tal creyera!,
sólo de hacerme favor,
y que con el Rey me ampare
a la Infanta encomendó;
yo, agradecido, obligado
a tal fineza de amor,
¡cuánto enseña el poderoso
dictamen de la razón!,
le pregunté en qué podría,
cuando así obligado estoy,
dando muestra de mi fe,
dar alivio a su afición,
que para que lo consiga
la fe y palabra le doy
que he de emprender animoso
el imposible mayor;

entonces, tierno, Su Alteza
“¡Ay, amigo!, respondió,
sólo ver a mi serrana
puede aliviar mi pasión”.
Obligóme mi palabra
y su pena me obligó,
porque estoy agradecido
y soy noble y español;
y así, apenas al oriente
dió Febo su resplandor,
cuando en un caballo suyo,
en lo bizarro veloz,
partí, serrana a buscaros,
y mi dicha me mostró
la estrella de mis intentos
en ese tosco pastor,
y encomendando el caballo
a un tronco, porque impidió
lo espeso de ese jaral
los efectos de su ardor,
llegué, infórmome, partimos
a la quinta, mas salió
sin crepúsculos la aurora
y antes del oriente el Sol;
serrana bella, si acaso
no miente esa perfección,
si la hermosura del cuerpo
es del alma resplandor,
si en algo os tengo servida,
si os obliga la razón,
si os lastima el mal ajeno
y os mueve un constante amor,
pues ya tenéis experiencia
de la palabra que os doy
de que en facción tan piadosa
no peligre vuestro honor,
dad, con sólo permitir os
a los ojos de quien dió
su libertad a los vuestros,
dulce alivio a su pasión,
pues sólo dejando veros
salgo desta obligación;
si es bien tan largo en Su Alteza
tan corta largueza en vos,
cumplid por mí esta palabra.
guardad esta vez mi honor,
si yo por vos la he cumplido,
si el vuestro he guardado yo.
Así tan galán esposo
os goce cuan bella sois,
y que, honrándoos como propia,
como ajena os tenga amor.
(Ap.) ¿Qué he de hacer? Ya no es

ELENA.

resistir a tanto ardor. [posible

Hija de otro noble padre,
quiero fingirle que soy,
que así no rompo el secreto
y le pongo obligación
de guardarme la palabra
y alivio yo mi dolor.

JUAN. Acabad, serrana hermosa;
dad fin a la suspensión.

ELENA. Caballero valeroso,
honra del nombre español:
más alta dificultad,
más profunda confusión,
más misterio tiene el caso
que habéis entendido vos;
imposible es responderos,
si no es que la llave os doy
de secretos que me fuerza
a callar mi obligación;
mas si me dais de guardallos
palabra como quien sois,
esto me habéis de deber
en el mundo sólo vos,
que ha de faros seguro
su archivo mi corazón:
poca hazaña en quien ya tiene
conocido ese valor.

JUAN. Hablad, bella Galatea;
decid, que palabra os doy
que a un sepulcro de diamante
entregáis la relación.

ELENA.

Esta, don Juan, que veis ruda corteza,
esta humilde cortina de villana,
no encubre verdadera rustiqueza:
es cómico disfraz, es ficción vana,
tosco engaste al valor de la nobleza,
nube al candor de un alma cortesana,
peñasco bruto que esconder porfía
el precioso metal que Apolo cría.

Hija soy de Roberto, respetado
en Mesina por noble caballero;
no lo conoceréis, que retirado
vive él, y vos, don Juan, sois forastero;
el cortesano traje, el dios vendado
me hizo trocar en el que veis grosero:
si a Júpiter venció su ardiente brío
no admiraréis el rendimiento mío.

Dos veces visitó la luz hermosa
del Sol, los doce signos celestiales,
mientras mi pecho de su pena ansiosa
reprimió honestamente las señales;

el Príncipe, ¡ay de mí!, la poderosa
causa fué de mi amor y de mis males;
¿qué mucho, si a la envidia Amor pusiera
que una frágil mujer se le rindiera?

Y aunque, por no esperar verlos pagados,
jamás le di a entender mis desvarios,
no anduvieron, al fin, tan recatados
en callar su pasión los ojos míos
que a entender no llegara mis cuidados
mi noble padre, cuyos años fríos,
si bien le han dado pecho más prudente,
no aplacado al valor la sangre ardiente.

Mas como ni apelar a la venganza,
pudiendo remediarlo, era prudencia,
ni se atrevió a poner la confianza
de su honor en mi flaca resistencia,
sólo fundó en mi ausencia su esperanza,
y en este traje me entregó a la ausencia,
poniéndome candados al secreto,
ya el propio honor, ya el paternal precepto.

El campo en esmeraldas a este río
dos veces apagados sus cristales,
después que tristes lágrimas envío
sin fruto a humedecer estos sayales,
y puesto que hasta agora el pecho mío
nunca a la lengua permitió mis males,
la resistencia misma, esto os confieso,
hizo en mi amor lo que en la palma el peso;

y cuando, vos presente, vi a Su Alteza,
único centro y bien de mi memoria,
acusar tiernamente mi dureza,
penosamente conquistar mi gloria,
no sé, no, cómo tuve fortaleza,
no sé cómo de mí llevé vitoria;
no sé cómo enfrenó mi pecho ardiente
del incendio amoroso la corriente,

pues como estas pasiones por los ojos
en lágrimas y penas reventaron,
y en la fuga mis pies a los abrojos
dieron sangre y mis faldas matizaron,
después que sin defensa mis despojos
siguió Su Alteza, indicios se juntaron
con que dió el malicioso villanaje
por plena la probanza de mi ultraje.

Con tal nueva, mi padre, si intentara
pintaros su furor es desvarío,
pues sólo de acordarme desampara
la sangre temerosa el cuerpo frío,
sólo su airado aspecto me matara,
a no ser mi inocencia escudo mío;
pero mi lengua, allí sin fruto, intenta
quitar su enojo y disuadir mi afrenta.

Así, loco de airado, no me espanto,

noble sangre su enojo y pecho anima,
extendiendo la noche el negro manto
me trasladó deste (1) nuevo oculto clima,
y porque sólo me consuele el llanto;
del secreto y clausura ley me intima,
siendo mi muerte, ¡qué cruel decreto!,
pena a la transgresión de su precepto.

Esta es mi historia, mi desdicha es ésta,
ésta mi calidad, éste mi estado,
tantas las causas porque el alma honesta
en tan dura opresión tiene el cuidado;
mas tanto es ya el tormento que me cuesta,
tanto el fuego del pecho enamorado,
que su inmortal ardor vence al eterno
que ministra suplicios al infierno;

y como agora en la prisión padece
el Príncipe, y su pena me lastima,
en tierna compasión el amor crece,
ya dar alivio a su pesar me anima;
mas luego la tragedia se me ofrece
de la opinión, que un noble tanto estima
y, como nave entre contrarios vientos,
padezco tempestad de pensamientos.

Vos, pues, asilo sed al mal que paso,
luz a la confusión, fin al tormento;
y pues los puntos penetráis del caso,
vos por mí responded a vuestro intento,
si atento al ciego ardor en que me abraso,
al claro lustre de mi estirpe atento;
disponed mis acciones, que yo fío
que más que vuestro honor miréis el mío.

JUAN.

Si, por dicha, ha servido el escucharos
de dar alivio a vuestros males fieros,
bien, señora, habéis hecho en declararos;
mas si es por obligarme, el conoceros
la obligación aumenta de estimaros,
no la resolución de defenderos,
pues yo soy noble; y para hacerlo ha sido
la ley más fuerte haberlo prometido.

Venid conmigo, pues, en el secreto
y en mi palabra y mi valor fiada;
salga, con veros, del mortal aprieto
que en la pasión le aflige enamorada
el Príncipe, que en cambio yo os prometo
armar el pecho, desnudar la espada,
perder la vida porque goce iguales
los bienes vuestro amor a vuestros males.

(1) Deste, sic.; acaso: del.

ELENA.

El hecho es arduo, mucho de la esfera,
acción igual, excede de mi estado;
mas vuestro gran valor ¿qué me debiera,
qué efeto produjera el dios vendado,
como a la obligación correspondiera
del Príncipe, por mí tan abrasado,
si opuesta a los peligros más valientes,
no atropellara un mar de inconvenientes?

Resuélvome, don Juan, a vuestro intento;
cumplid lo que ofrecistes a Su Alteza.

JUAN.

Cerca tengo el caballo, que da al viento
emulación, si quita ligereza.

ELENA.

Vamos en él, y preste un fingimiento
a mi ausencia, y disculpa, la fiereza
de un oso: fingiré que me fatiga
y que a esconderme su furor me obliga,
para que si a la quinta, por ventura,
vuelvo sin ser de nadie conocida,
diga que el miedo, en una cueva oscura
me tuvo en las entrañas escondida.

JUAN.

¡Es ingeniosa traza! En la espesura
nos escondamos, y la voz fingida
da al viento.

ELENA.

(*En voz alta.*) ¡Qué animal tan espantoso!
¡Valedme, cielos, que me mata un oso!

(*Entranse, y salen SALADO, cayendo en el teatro, y DOMINGA tras él.*)

DOMINGA. ¡Guarda el oso!

SALADO. El diablo ha sido,
sin duda, quien me ha engañado.

DOMINGA. ¿Así me dejas, Salado?

SALADO. ¡Salado está corrompido!

(*Dentro, TIBALDO.*)

TIBALDO. ¡Guarda el oso, Galatea!

DOMINGA. ¡Helo viene!

SALADO. El me hallará

(*Echase boca abajo.*)

boca abajo. ¡Déme allá,
por donde yo no lo vea!

DOMINGA. Tus excesos amorosos,
¿dónde están? ¿Qué es del valor
de un amante?

SALADO. No es mi amor,
Dominga, a prueba de osos.

TIBALDO. (*Dentro.*) ¡Galatea!

SALADO. ¡Veslo allí!
¡Entre aquellas ramas suena!

DOMINGA. Si es que mi amor te da pena,
¡duélete, mi bien, de mí!

SALADO. ¿Agora me resquebráis?

DOMINGA. ¡Agora y siempre, Salado!

SALADO. ¿He de ser vuesto velado?

DOMINGA. Si del oso me libráis.

SALADO. Y si me mata, ¿qué haréis?

DOMINGA. ¿Qué? ¡Llorar un siglo entero!

SALADO. Pues, Dominga, mucho os quiero,
y no quiero que lloréis.

(*Hace que se va.*)

DOMINGA. ¿Cómo me dejáis?

SALADO. Ansí.

DOMINGA. ¡Ah, villano!

SALADO. Ya lo sé.

DOMINGA. ¿De tan poco fruto fué
esta palabra que os di
de casarme?

SALADO. Pues ¿matarme
por casarme he de querer?
¿Qué más pudiera yo hacer,
Dominga, por descasarme?

(*Vanse. Salen ELENA, cubierto el rostro con un velo,
y DON JUAN y SERGIO, por la otra puerta.*)

ELENA. (*Ap.*) ¡Qué desdichada nací!
(*Túrbase.*)

¡Mi padre iba a visitarme
a la quinta, y encontrarme
ordenó mi suerte aquí!

SERGIO. (*Ap.*) Las señas son, en efeto,
de Elena. ¿Qué puedo hacer?
Si la intento conocer
es descubrir el secreto;
si lo descubro, me obligo
a imposible recompensa,
pues que publico mi ofensa,
sin fuerzas para el castigo,
que el Príncipe, no don Juan,
deste agravio es el autor.
Disimular es peor.
porque hacia la torre van,

donde el Príncipe está preso;
y si es que vive hasta aquí
el honor de Elena, allí
le ha de perder... ¡Pierdo el seso!

ELENA. El apearnos fué error.

JUAN. El temor de que cayeras
me obligó a hacer que le dieras
con tus pies al campo honor,
que en cualquier peligro hallo
que fiar es mejor medio
de mis manos el remedio
que de los pies del caballo.

SERGIO. (*Ap.*) Conocerla es acertado,
que si es Elena, don Juan
es caballero, y tendrán,
pues yo le tengo obligado,
mi honor en el buen lugar,
y seguro mi secreto.

JUAN. Ya, Sergio, aguardo el efeto
de habernos hecho dejar
el caballo. ¿Qué dudáis?
Hablad; ¿de qué estáis suspenso?

SERGIO. Vos, don Juan, según yo pienso,
sois mi amigo...

JUAN. Bien pensáis,
que engendra en mi corazón,
vuestra amistad, amistad;
vuestro hospedaje, lealtad;
vuestra sangre, obligación.

SERGIO. Según eso, os agraviara
si en pedirlos fuera corta
mi lengua.

JUAN. Sí.

SERGIO. Pues me importa
ver a esa mujer la cara.

ELENA. (*Ap. a DON JUAN.*) No me dejéis
[conocer.

SERGIO. Esto os pido, como amigo.

JUAN. Y yo, como amigo, os digo,
Sergio, que no puede ser.

SERGIO. Ved...

JUAN. No hay más qué ver aquí.

SERGIO. ¿Duéleos mi honor?

JUAN. ¡Claro está!

SERGIO. En verla, el honor me va.

JUAN. Y en no permitirlo, a mí;
ya como amigo habéis dado
cuenta de vuestra intención,
y ya mi resolución
como amigo he declarado.
Si otra cosa no mandáis,
dadme licencia que siga
mi jornada.

SERGIO. Pues me obliga
a que en la ocasión sepáis
la necesidad, sabed...

JUAN. Tened, no me digáis nada,
porque no veréis mudada
mi resolución, creed,
si más causas me alegáis,
si me alegáis más razones
que en esas vagas regiones
átomos del sol miráis;
y así, advertid como sabio
que cuanto más me obligéis,
pues yo no he de hacerlo, haréis
tanto mayor vuestro agravio.

SERGIO. ¿Esa es fe y ésa es lealtad?

JUAN. Pues decid, si no lo fuera
y la salva no trajera,
lo que pedís, de amistad,
a cosa tan mal pensada
como la que habéis pedido
¿hubiérais yo respondido
con la lengua, o con la espada?
Querer, si con ella voy,
ver una mujer, si el fuero
no ignoráis de caballero,
¿no es agravio, en quien yo soy?

Luego sin razón, mi pecho
de poco fiel acusáis,
si el efecto que miráis
en mí la amistad ha hecho.

ELENA. (Ap.) ¡Duélase el cielo de mí!

SERGIO. Si no podéis mi deseo
cumplir, don Juan, juntos veo
dos imposibles aquí;
porque, supuesto que ya
os he afirmado que en ver
el rostro desta mujer
el honor todo me va,
mirad, cuando la opinión
estimo más que el vivir,
si os puedo dejar partir
sin conseguir mi intención.

JUAN. Según eso, mirad vos
qué medio se puede dar,
si ninguno ha de mudar
su parecer, de los dos.

SERGIO. Este el remedio ha de ser,

(Saca la espada.)

que en casos de honor, el nudo
que desatarse no pudo,
la espada lo ha de romper.

ELENA. (Ap.) ¿Hay tormento como el
[mío?

¿Hay más triste confusión?

JUAN. Vuestro noble corazón
ponga freno al frágil brío,
que si os enciende el valor
el pecho en fuego, mirad
que de la caduca edad
la nieve os hiela el vigor;
y os advierto, si a sacar
una vez llego la espada,
que menos que ensangrentada
nunca la vuelvo a envainar;
y ni el mataros me puede
dar honra a mí, ni quitaros
la vuestra a vos, ni arriesgaros
con quien en fuerza os excede.

SERGIO. Poco el valor me debiera,
si fuerza igual me animara;
poco en mi razón fiara,
si esa ventaja temiera.

No hay ya cómo desistir
con honra de lo empezado,
que es mejor morir honrado
que deshonorado vivir.

(Saca la espada DON JUAN, y acuchíllanse.)

JUAN. Pues, Sergio, vuestra amistad
y vuestras canas perdonen.

ELENA. (Ap.) ¡En qué confusión me po-
mis desdichas! ¡Enviad, [nen
cielos, remedio que cuadre
a este mal!

SERGIO. ¡Yo soy vencido!

(Cae SERGIO, y DON JUAN le va a dar y ELENA le
detiene.)

JUAN. ¡Morid, pues lo habéis querido!

ELENA. ¡No le mates, que es mi padre!

JUAN. ¿Tu padre?

ELENA. ¡Sí!

JUAN. En el fervor
de tu afecto se ha mostrado;
viva por ti.

SERGIO. ¿Yo he engendrado
hija que no tenga honor?

(Levántase.)

¡Mientes!

JUAN. ¿Qué queréis hacer?

SERGIO. ¡O he de quitarle la vida,
o morir!

ELENA. (*Ap. a DON JUAN.*) ¡Yo soy per-
si me pongo en su poder! [dida,

JUAN. Pues ¿qué resuelves?

ELENA. Medid
la espada y golpes violentos,
y sólo a sus movimientos
la defensa permitid;
sin ofendelle, obligallo
a no seguirme intentad,
mientras esta soledad
mido yo en vuestro caballo.

JUAN. Yo lo haré, señora; vuela,
que ése es el medio mejor.

ELENA. ¡Quién quitara a mi temor
para el caballo una espuela!

(*Vase.*)

SERGIO. ¿Adónde, enemiga, vas?
En el caballo se ha puesto...
¿Huyes, traidora? Con esto
crecen mis desdichas más.
¡Seguiréte, si en el vuelo
vences al viento!

JUAN. Eso no,
que sabré impedirlo yo.

SERGIO. ¡Tal permitís, santo cielo!

(*Quiere seguilla, y DON JUAN se abraza con él y le
echa en el suelo y, dejándolo allí, se va corriendo.*)

JUAN. Así no podrás quejarte
de mí, pues jamás huí
por vivir; ¡huyo de ti
ahora por no matarte!

(*Vase.*)

SERGIO. No agradezco tu piedad,
si la vida me has dejado,
pues dársela a un desdichado
es la más dura crueldad.
¡Deja, español, mi caballo!

(*Dentro DON JUAN, como de lejos.*)

JUAN. Sólo porque no me obligues
a matarte, si me sigues,
me determino a llevallo.

SERGIO. ¡Escucha!

JUAN. Di.

SERGIO. Que el secreto
de lo que aquí ha sucedido
me guardes sólo te pido.

(*Como más lejos.*)

JUAN. Como español lo prometo.

SERGIO. Solo, a pie y con tanta pena,
de noche y en despoblado,
el cuerpo de años cargado
y el alma de agravios llena...

¡Dios!, ¿qué es esto? ¡O que no
hasta vengarme ordenad, [muera
o aquí a mi infelicidad
dé monumento una fiera!

(*Vase. Salen el PRÍNCIPE y MAURICIO, y haya bujías
sobre un bufete, como que es de noche.*)

PRÍNCIPE. ¿Qué culpas tan graves son,
¡cielos!, las que cometí,
que me oculta el Rey así
la causa de mi prisión?

Mauricio, ¿qué has entendido,
qué has oído o sospechado?

MAURICIO. Todo el reino, de turbado,
tiene el discurso oprimido;
que en los decretos reales,
y casos tan ponderosos,
todos callan, temerosos,
lo que sospechan, leales.

PRÍNCIPE. (*Ap.*) ¡Qué bien los daños orde-
la Fortuna a un desdichado! [na
Apenas hube alcanzado
el primer favor de Elena,
cuando su muerte temprana
me la quitó de los ojos;
aún no aliviar mis enojos
dió principio la serrana,
cuando en tan dura prisión
me puso porque su ausencia
dé más furia a la impaciencia,
y al amor su privación.

(*Sientase a escribir el PRÍNCIPE.*)

Quiero mi pena inhumana
en vos, papel, aliviar,
porque me engañe el pensar
que podéis a mi serrana
decirla vos mi dolor,
ya que me lo impida a mí
la suerte.

MAURICIO. (*Ap.*) En mi vida vi
tan grave efecto de amor.

(*Salen DON JUAN y ELENA, cubierta con el velo, a
un lado. Aparte los dos.*)

ELENA. A no haberos declarado

ya mi amor, tened por cierto
que el haberos descubierto
quién soy me hubiera obligado
a no llegar donde veis,
tan contra mi obligación;
mas ya sabéis mi afición
y mi calidad sabéis,
y vuestra palabra espero
que, como noble español,
me habéis de cumplir.

JUAN. Al Sol
faltará la luz primero.

Aguarda, mientras despejo
la sala y a prevenir
entro a Su Alteza.

ELENA. (Ap.) Elegir
no puedo ya buen consejo
que a la confusión le cuadre
de mi vida. ¿Qué he de hacer?
¿Cómo puedo ya volver
a los ojos de mi padre?

Si me escondo, su rigor
y la opinión de mi afrenta
se confirma y acrecienta...

JUAN. (Ap.) Mauricio es.

PRÍNCIPE. ¿Don Juan?

JUAN. Señor,
dadme esos pies.

PRÍNCIPE. Vuestra ausencia
mis pesares aumentó.

JUAN. Y en la vuestra excedí yo
los fines de la paciencia.

(A MAURICIO.)

Mauricio, junto a la fuente
que de aquí dos leguas baña
las plantas a la montaña
y el cabello al sol de oriente
me dió su veloz tordillo
vuestro padre para cierta
necesidad. A la puerta
le dejo deste castillo;

llevádsele, y advertid
que queda solo y a pie.

MAURICIO. Tu Alteza, señor, me dé
licencia.

PRÍNCIPE. Al punto os partid.

(Vase MAURICIO.)

ELENA. (Ap.) Mi hermano es éste; él
[pasó
sin reparar, ¡dicha ha sido!,

mas indicios no ha tenido
para pensar que soy yo.

PRÍNCIPE. Don Juan, ¿dónde habéis estado?

JUAN. Si ausente, en servicio vuestro.
¿Qué haréis por mí si aquí os
[muestro

la que el pecho os ha abrazado?

PRÍNCIPE. ¿La serrana?

JUAN. Sí, señor.

PRÍNCIPE. Daréos mi reino y mi vida.

JUAN. Con menos veréis cumplida
la gloria de vuestro amor.

PRÍNCIPE. ¡Pedid, pues, don Juan, que es-
muriendo! [toy

JUAN. Con que me deis
una palabra, veréis
que ésta cumplo.

PRÍNCIPE. Yo os la doy.

JUAN. Sólo estar cierto procuro
de que el honor que mantiene
le guardaréis, porque viene
debajo deste seguro.

PRÍNCIPE. Palabra os doy que su honor,
por más que loco me abraso,
no ofenda. (Ap.) Si deja acaso
cumplirla tan ciego amor.

JUAN. Voy por ella.

PRÍNCIPE. ¡Agora soy
dichoso!

JUAN. Serrana, entrad.

ELENA. Los pies, gran señor, me dad.

PRÍNCIPE. ¡Los brazos y el alma os doy!
Tan loco de gloria estoy,
que si en vano de alegría
el mundo llenar porfía
la humana capacidad,
en vos contemplo deidad
viendo que llenáis la mía.

ELENA. ¡Lo que encarece su fe
la lisonja cortesana!

PRÍNCIPE. El alma tengo serrana.
Desde el punto que os miré
tanto en vos me trasformé,
que restando al ciego dios
en hacer uno a los dos
su poder, yo solo agora
dejo de ser vos, señora,
por quereros más que vos.

ELENA. ¿Y Elena?

PRÍNCIPE. Quiero decir
que sólo por vos la amé;
que puesto que el amor ve
como Dios lo por venir,

quise mi fe prevenir,
y sabiendo que quereros
es nada después de veros,
hizo que la imagen bella
de vos adorase en ella
aun antes de conoceros.

ELENA. Con todo, no me daréis
el título de tirana

si pienso que a una serrana
tan firme amor no tenéis.

A cualquiera le diréis
estos mismos fingimientos.

PRÍNCIPE. Si os queréis de mis intentos
informar, ese papel
mirad, y veréis en él
cuáles son mis pensamientos.

(Dale el papel que escribió, y ella le toma y le lee.)

ELENA. Porque a la desconfianza
le dan nombre de discreta,
lo he de ver.

(Lee para sí)

PRÍNCIPE. *(Ap.)* El alma inquieta
no sufre ya la esperanza.
Un infierno es la tardanza.
Yo muero. ¿Cuál ocasión
tendrá mejor mi pasión?
La palabra importa poco.
Loco estoy; no tiene un loco
de cumplir la obligación.

Morir es cosa inhumana
de sed a orillas del río;
ser mi fe verdugo mío
fe bárbara, ley tirana;
¿Y qué importa a una villana
no guardalla, si así evito
a un Rey un mal infinito?
Ceda el menor al mayor,
y quien no sabe de amor
no condene mi delito.

Don Juan.

JUAN. ¡Señor!

PRÍNCIPE. Ya mis penas
me han quitado el albedrío;
ya el ardiente fuego mío
ha llegado a las almenas.

¡Yo he de gozar o morir!

JUAN. ¿Qué decís?

PRÍNCIPE. Que destas dos
importancias juzguéis vos

cuál se debe preferir:

si de un príncipe la vida,
o el honor de una villana.

JUAN. Pues, señor, ¿ha de ser vana
la fe por vos prometida?

PRÍNCIPE. Por eso os pido permiso;
que si dado no la hubiera,
lo que es ruego, imperio fuera,
y lo que es demanda, aviso.

Las palabras y las leyes
nunca obligaron al rey;
que a toda palabra y ley
son superiores los reyes.

JUAN. Vos que lo sois, en afrenta
no incurris, señor; yo sí,
faltando a lo que ofrecí.

PRÍNCIPE. Yo lo tomo por mi cuenta.

Demás que es fineza vana
ésta de que usar queréis.
¿Qué importa que no guardéis
la palabra a una villana?

JUAN. Para cumplir la que doy.
nunca, señor, atendí
a quiénes a quien la di,
sino sólo a quien yo soy;

y así es fuerza que os impida
vuestro intento, si advertís.

PRÍNCIPE. ¡Vive Dios, si lo impedís,
que os he de quitar la vida!

JUAN. Sois Príncipe, y ya he besado
vuestra mano por señor.

PRÍNCIPE. Pues si lo soy, y el furor
sabéis de un enamorado,

mudad consejo, pues veis
que si impedirlo intentáis,
morís, y no la amparáis,
y así, todo lo perdéis. [sistir

JUAN. *(Ap.)* ¿Qué he de hacer? El re-
no es posible. ¿Que consienta,
siendo Elena, hacer la afrenta?
Primero es fuerza morir.

¿Diré que es Elena, pues?

No; que romper el secreto
es cierto así, y el efeto
de amparalla no lo es;

pues si muero resistiendo,
ni guarda su honestidad
mi muerte, ni yo lealtad,
pues a mi Príncipe ofendo.

¡Si de sus ojos pudiera
quitalla sin resistir
con las armas, incurrir
en su enojo no temiera;

que pasado ya este ardor,
y sabiendo que es Elena,
me remitirá la pena
y estimará mi valor.

Y, si no, el Rey me podrá
librar de su indignación,
pues es justo, y la razón
que he defendido verá.

Salga yo una vez de aquí
con la vida y el honor,
y fulmine su furor
iras después contra mí.

PRÍNCIPE. ¿En qué dudáis? Resolved
ya vuestra muerte o mi gusto.

JUAN. Serviros, Príncipe, es justo;
mas hacedme una merced.

PRÍNCIPE. Decid.

JUAN. Pues por vuestra cuenta
tomáis mi honor, un papel
me dad, firmándolo en él,
porque nadie desta afrenta
me arguya, y sepan que di
mi palabra confiado
en la vuestra, y que forzado
de vos mismo, la rompí.

PRÍNCIPE. ¿Eso pedís, cuando os diera,
por gozar de mi serrana,
de la región siciliana
la corona que me espera?
¡Una silla!

(*Siéntase a escribir, y DON JUAN le aprieta contra el
bufete y huye con ELENA.*)

JUAN. (*Ap.*) Tu prisión
puedes llamalla, pues antes
que tú de ella te levantes
cumpliré yo mi intención.

No dirá que le resisto;
que el huir no es resistir.

ELENA. ¿Qué es esto?

PRÍNCIPE. ¿Qué hacéis?

JUAN. Cumplir
mi palabra.

(*Vase con ELENA, llevándola en brazos.*)

PRÍNCIPE. ¿Quién ha visto
locura más atrevida?
¡Ah de mi guarda, matad
ese enemigo! ¡Mirad
que me ha quitado la vida!

(*Vase.*)

JORNADA TERCERA

(*Salen la INFANTA y DON JUAN, ambos de luto.*)

INFANTA. Proseguid.

JUAN. Bien justamente
me fié; que antes pensara
que al Sol hermoso faltara
la diadema refulgente
que su palabra, y juzgué
que nunca, aunque es loco Amor,
pudiera hacer su furor
a un rey quebrantar la fe

Pues como vi que Su Alteza
tan resuelto la rompía,
resuelto a estimar la mía
menosprecié la cabeza,
y pidiéndole un papel

porque a poderme escapar
me diese tiempo el estar
puestos los ojos en él,
apenas Su Alteza había
puéstose a escribir atento,
cuando yo, imitando al viento,
ciego raptor de Oritía,

llevando en los pies dos alas
y la serrana en los hombros,
salí, atropellando asombros;
penetré, volando, salas.

Su Alteza, con causa, airado
si engañado justamente,
“¡Matalde!”, dijo impaciente,
“que la vida me ha quitado”.

Mas yo, cuando él lo decía,
ya como el centauro Neso,
a quien más plumas que peso
su Deyanira ponía,

pisaba sombras secretas
del campo, y tarde las guardas
sus espadas y alabardas
quisieron hacer saetas.

Así su gracia perdí,
cosa que previne yo,
pues hice lo que él sintió,
si bien lo que yo debí;

y aunque aplacó su furor
vuestro padre, como el cielo,
quitando su vida al suelo,
me quitó a mí el defensor,

y él reina ya, el pecho, lleno
de temores, se desvela;
que hay amor para la espuela
y no hay padre para el freno.

Y así, me quiero partir
a España, pues según ley
contra la espada de un rey
no hay más defensa que huir.
INFANTA. (Ap) ¡Qué bien sabe amor ha-
los caminos al tormento, [cer
pues sólo muestra el contento
para volverlo a esconder!

Respetando obligaciones
del honor con que he nacido,
afectos he reprimido
y he sujetado pasiones
causadas destos despojos;
que jamás fué en su furor
con más seso loco amor
ni fué ciego con más ojos.

Mas no esperéis, corazón,
que le diga mi pesar;
pierda la vida el callar,
y no el hablar la opinión;
pues si permito la ausencia,
¿cómo he de poder llevalla,
pues a sólo imaginalla
niega paso la paciencia?

Deme la necesidad
industria... Yo no me espanto,
don Juan que al Rey temáis tanto,
don ese temor es lealtad.

Pero busquemos un medio
que aplacando este rigor
dé fin a vuestro temor
y al Rey, en su mal, remedio;
pues nos obliga a este intento
ver que sus melancolías
a sus juveniles días
amenazan fin violento.

JUAN. ¿Qué se ha hecho la serrana?
Desde aquella noche habita
los montes, donde ejercita
la imitación de Diana;

que temiendo ya la furia
de sus deudos y el poder
del Rey, se quiso esconder
donde libre de su injuria
vive entre riscos de plata
y entre peñascosas grutas,
comiendo silvestres frutas
y libres fieras que mata;
que tanta fuerza y destreza
le ha dado el largo ejercicio,
que hurta al Amor el oficio
como a Venus la belleza.

INFANTA. Pues, supuesto que es tan claro

que estriba la paz en ella,
venga la serrana bella
con seguro de mi amparo,
a mi cuarto, porque sea,
defendiendo yo su honor
la paz de tanto rigor
ver el Rey a Galatea.

JUAN. Traella, señora mía,
imposible me será.

INFANTA. Pues decidme dónde está.

JUAN. ¿Cómo? Si de mí se fía.

INFANTA. Con ella, pues, lo tratad;
que puede ser que cansada
de esa vida tan pesada
admita mi voluntad.

JUAN. Eso dicta la razón.
Hacerlo quiero, que es justo;
pues remitido a su gusto
me quita de obligación;
que de otra suerte, primero
que la fe le quebrantara
diera al mundo luz más clara
que la del sol el lucero.

INFANTA. ¡Qué galán tan fino hacéis!

JUAN. Muy poco a deber me queda;
que con la sangre se hereda
esta obligación que veis.

INFANTA. Si la hija de un villano
entre peñascos nacida
os hace oponer la vida
al rigor del Rey, mi hermano,
por una Infanta, ¿qué fuera,
si os hubiera menester,
para evitar el poder
de un Rey que su mano espera
por tener ella su amor
en quien, si no es majestad,
es rey de su voluntad,
que es el imperio mayor?

JUAN. Entonces fuera perder
mil vidas pequeña hazaña.

INFANTA. Pues, don Juan, no os vais a Es-
porque yo os he menester. [pañá,

(Vase.)

JUAN. Aquí es fuerza despreciar
la vida ya; corazón,
¿en cuál mejor ocasión
la puede un noble arriesgar?
Sin duda pagar desea
lo que Mauricio padece;
que ni otro aquí la merece

ni otro en su afición se emplea.
 ¡Ah, Mauricio feliz! ¡Hoy
 dulce descuento tendrás
 de tanta pena, y verás
 si yo agradecido soy.

(Sale SALADO, villano, y ásele de la capa a DON JUAN.)

SALADO. ¡Ah, pesia tal que os cogí!

JUAN. Salado, puedes creer
 que te he deseado ver.

SALADO. ¡Esa es buena para mí!

JUAN. La fiera nos apartó.

SALADO. Buscad un bobo que os crea.
 La fiera fué Galatea.

JUAN. Esa es malicia.

SALADO. Esa no.

Mientras pide, es condición
 antigua del cortesano
 besar humilde la mano,
 y en alcanzando, ¡afufón!

JUAN. No lo haré yo.

SALADO. ¡Bien, por Dios!

Dejé por vos mi ganado,
 y halléme luego burlado,
 sin mi ganado y sin vos.

Fuí a cas de Sergio, y dijeron
 que ya más allá volvistes
 desde aquello que tuvistes
 con el Rey, cuando quijeron (1)

sus criados, por pescar
 a Galatea, mataros.
 Y así he tardado en hallaros,
 porque la corte es un mar.

Es verdad que en su grandeza
 tanto que ver he tenido,
 que con su gusto he perdido,
 de no hallaros, la tristeza.

Damas de mucha hermosura,
 aunque armadas, he encontrado;
 mas nunca les ha pasado
 del ombrigo la armadura.

Un lisonjero felice
 topé adulando a un señor:
 ¡no sé yo cuál es peor,
 quien la escucha o quien la dice!

Un sacristán inocente
 vi, que escribiendo y hablando
 siempre se estaba quejando
 de la invidia solamente:
 que él era el Sol y intentaban

nubecillas eclipsalle;
 que era león y a ladralle
 mil gozquillos se juntaban.

Y tras esto supe yo
 que cuantos discretos vían
 su inorancia, le tenían
 lástima, que invidia no.

Luego encontré un pretendiente
 quejoso de dilaciones,
 a quien probé en dos sazones
 que era un grande impertinente.

¿Cuáles son?

JUAN.

SALADO.

Díjele: "Ignoras,

cuando con tanta porfía
 te quejas, que en todo un día
 son veinticuatro las horas.

Al triste privado, pues,
 da siete para dormir;
 comer, desnudar, vestir,
 a un paje consumen tres;
 al descanso, que esto es ley,
 una concede, no más;
 pues tres bien se las darás
 para tratar con el rey;

a la audiencia, dos cabales;
 una, al oír misa y rezar;
 pues otra se han de llevar
 las demandas corporales;

pues, cuando no me descuenten
 lo que gasta en cumplimientos,
 fiestas, acompañamientos
 y otros dos mil accidentes,

¿cuántas restan deste día
 para el despacho? No más
 de seis. Pues dí, ¿no verás
 que hay Alemania y Hungría,

Francia, España, Ingalaterra,
 Italia, Venecia y Flandes,
 y que hay negocios tan grandes
 que tratar de Estado y guerra,

que quieren tiempo infinito
 para su resolución,
 y que en su comparación
 vienes tú a ser un mosquito?

Pues espera tu lugar
 o deja el ser pretendiente;
 que esta plaza solamente
 se alcanza sin esperar.

JUAN.

Tu entendimiento, Salado,
 es como el nombre.

SALADO.

Señor,

¿no le mueve a gran dolor
 ver mi ingenio arrinconado?

(1) *Quijeron*, sic; nótese que habla en villano.

JUAN. ¿Quién, por la vista, de ti buen concepto ha de formar?

SALADO. Pues ¡a fe que en mi lugar no lo pensaban así!

Alcalde he sido, y no en balde; que hacer josticia me vían tan bien, que todos decían que era bueno para alcalde.

Y a fe que puesto delante un delincuente de mí, que nunca le parecí punto menos que gigante.

Mas véneme de mi aldea fiado en que merecía a la villa en que vivía la serrana Galatea;

y aunque he dado ya experiencia de mi ingenio y opinión, pudo más la información del talle que de la ciencia.

Porfié por si vencía este estorbo y me tardé tanto tiempo, que gasté lo que gané en la alcaldía.

En viéndome así el planeta obro del nativo genio, porque, pobre y con ingenio, fué fuerza dar en poeta;

pero los versos me han dado, si no presunción, sustento; fuerza fué, no destraimiento lo que hacerlos me ha obligado,

hasta que tuviese sólo un amo tal como vos, que en tiniéndolo, ¡por Dios que ha de perdonar Apolo!

Pero tanto, al fin, me veo de mi fortuna abatir, que ni aun merezco servir por mucho que lo deseo.

Todo esto os quise contar por haber con eso dado respuesta a mil que han culpado que me ocupe en coplear.

JUAN. Y entre esos merecimientos con que acusar tu fortuna, ¿no has tenido falta alguna que deslustre tus intentos?

Lo que en ti el amor ha hecho por Dominga no se sabe.

SALADO. Sí; mas en eso el más grave meta la mano en su pecho; porque un delito que abona

tanta hermosura, el que es sabio, si lo culpa con el labio con el pecho lo perdona;

y cuando me oye acusar dello algún cuerdo, responde: "Más invidia he de vos, conde, que mancilla ni pesar".

Nuestro Rey, ¿no sabéis vos que muere por Galatea? Pues aunque más rica sea, no es más hermosa, ¡por Dios!

JUAN. Calla, y serás mi criado.

SALADO. Por serlo quiero callar.

JUAN. Al Rey no se ha de tocar; que, aunque es humano, es sagrado.

SALADO. ¿Vas, señor, a la posada?

JUAN. No; aquí me aguarda a las diez esta noche.

SALADO. ¡Oh, esta vez aforras la cantonada.

(*Vanse. Salen SERGIO y MAURICIO.*)

SERGIO. Hijo, ya ves las razones que obligando nos están a no sufrir que don Juan nos traiga en más dilaciones.

Ya ves, Mauricio, que el Rey tan loco está por Elena, que a la de Hungría le ordena, tan contra razón y ley,

que no salga a tierra, dando por causa a la dilación la falta de prevención.

Pues yo me animo pensando

que si el Rey supiese que era viva Elena, y la serrana por quien él muere es tu hermana, ser su esposo resolviera;

que, pues sin esa esperanza al tratado casamiento resiste, en este argumento fundo bien mi confianza.

MAURICIO. Es así.

SERGIO. Bien es verdad que he dado en formar conceto de que goza con secreto a Elena Su Majestad, y que para descuidarme, es la tristeza fingida, puesto que no hay quien le impida el gozalla y agraviarme, siendo ya Rey, sin prisión

ni límite en su poder.

MAURICIO. Lo mismo llego a entender:
y ayuda esa presunción
ver que si fuera verdad
que don Juan le resistía,
el fin a su amor, le habría
preso ya su Majestad
y aun muerto.

SERGIO. Pues hoy, advierte:
o don Juan, sin dilatar
un punto, nos la ha de dar,
o le hemos de dar la muerte.

MAURICIO. Señor, desde el mismo instante
que don Juan pisó a Mesina,
me aborrece a mí, y se inclina
a ser la Infanta su amante.

Y cuando no, nuestro honor
y el mandallo tú, bastara
para que yo le matara
con tantos celos y amor.

El viene; pero tenemos
las ventanas de palacio
muy cerca. Lugar y espacio
más conveniente hallaremos.

(Sale DON JUAN solo.)

SERGIO. Tomada resolución,
eso no importa. Don Juan,
ya nuestras cosas no están
para sufrir dilación.

Ya veis que, habiendo llegado
la infanta Arminda de Hungría
al puerto donde entendía
llegar al de su cuidado,

el Rey manda que se esté
sin saltar en tierra, y esto
en gran sospecha me ha puesto
de que en secreto se ve

con Elena, y que ya sabe
que es ella; que es cosa llana
que no hiciera una villana
efeto en un Rey tan grave;

y más sin verla o tener
noticia della, y así
o la habéis de dar, o aquí
vuestra muerte habéis de ver.

JUAN. ¿Vos pagáis conforme a ley
lo que veis que he padecido
por ella, y haber caído
en la desgracia del Rey?

SERGIO. Esas son sofisterías
y mañosos fingimientos

para impedir mis intentos
y desmentir las espías,
como también la tristeza
del Rey lo debe de ser
para encubrir, y poder
gozar así la belleza
de Elena, sin dar sospechas.

JUAN. Pues, decidme: las espadas
y alabardas que arrojadas
fueron por el aire flechas
a matarme despedidas
cuando, resuelto a la pena,
saqué del castillo a Elena,
¿fueron ciertas, o fingidas?

SERGIO. Ningún suceso ha tenido
semejanza de ficción
más que ése, pues la razón
muestra que, a no ser fingido,
no salierais, español,
vivo de entre tantas puntas,
que por muchas y por juntas
no las penetrara el sol.

JUAN. ¡Lo que se debe al valor,
al engaño se atribuye!

SERGIO. ¿No veis cuán claro se arguye
que si defender su honor
fuera, don Juan, vuestro intento
no le llevarais allí,
pues acercasteis así
al fuego crecido el viento?

JUAN. La palabra me obligó
que a Su Alteza le había dado;
demás de que confiado
iba yo en la que él me dió
de contentar con miralla
sus pensamientos.

SERGIO. Don Juan,
palabra que reyes dan
nunca pueden quebrantalla;
y es el hablar de esa suerte
poco respeto y temor
al Rey. (Ap.) Con este color
pienso disculpar su muerte.

Que a darla Su Majestad
la cumpliera.

JUAN. Que la dió
digo; no que la rompió,
pues vive la honestidad
de Elena. Y no forméis lazos
ni quimeras fabriquéis
con que a mi lealtad arméis
maliciosos embarazos;
y advertid, si acaso os mueve

la razón agradecida,
que vos me debéis la vida
y Elena el honor me debe.

Bien lo sabe el cielo justo.
En cuanto a que yo os la dé,
la palabra le empeñé
de no hacerlo sin su gusto.

Hasta agora no me ha dado
licencia; pero pensad
que su honor y honestidad
defiende un lugar sagrado.

Decir más no puede ser,
porque repugna a quien soy.
Esto supuesto, aquí estoy;
mirad lo que habéis de hacer.

(Saca la espada.)

SERGIO. Dar fin a tema tan loca
rompiendo ese pecho infiel,
para ver escrito en él
lo que me niega la boca.

MAURICIO. El castigo que mereces
tendrás.

JUAN. Pues mirad por vos,

(Saca la espada.)

Sergio, porque sólo Dios
sabe perdonar dos veces.

(Acuchillanse, y sale la INFANTA, en alto.)

(Aparte.)

INFANTA. ¡Triste de mí, que es don Juan!
¡Sergio; ah, Mauricio!

MAURICIO. La Infanta
nos llama.

SERGIO. En desdicha tanta,
en que vida y honra van,
no hay respeto, ni temor.

INFANTA. ¡Mirad que la Infanta os llama!

MAURICIO. ¿Cómo puede el que bien ama
romper las leyes de amor?

(Métese en medio MAURICIO.)

¡Tenéos, padre!, que es forzoso
a la Infanta obedecer.

SERGIO. ¡El cielo da en defender
a este español venturoso!

INFANTA. Don Juan, en palacio entrad.

JUAN. Voy, señora, a obedecerte.

(Vase.)

INFANTA. Sergio, decid, ¿de esa suerte
servís a Su Majestad?

¿Así a un noble forastero
albergáis? ¿Así, a los ojos
de palacio, los enojos
remitís al blanco acero?

¡Por vida del Rey mi hermano,
que os he de dar a entender
qué respeto ha de tener,
del más noble al más villano,
a esta casa, y con qué penas
ha de verse castigado
quien no adora por sagrado
la sombra de sus almenas!

(Vase.)

MAURICIO. ¡Todo lo habemos perdido!
No fué acertada facción
haber en esta ocasión
nuestra venganza emprendido.

SERGIO. ¿Quién pensara que primero
que a nuestras manos muriera,
la Infanta al balcón saliera
a reprimir nuestro acero?

Ya se erró; sólo nos queda
la esperanza de enmendallo;
hijo, en pudiendo matallo,
suceda lo que suceda.

(Sale el PRÍNCIPE, ya rey, vestido de luto.)

MAURICIO. ¡El Rey!

PRÍNCIPE. *(Ap.)* Las tristezas mías,
Amor, ¿en qué han de parar?
Si no me has de remediar,
¿por qué dilatas mis días!
¡Sergio!

SERGIO. ¡Gran señor!

PRÍNCIPE. Yo muero;
sin remedio es mi dolor.

SERGIO. La vida del Rey, señor,
a la del reino prefiero;
si os da pena el casamiento,
vuestros fuertes escuadrones,
con armas y con razones
defenderán vuestro intento.

PRÍNCIPE. ¿Don Juan Chacón, dónde está?

SERGIO. El viene.

(Sale DON JUAN CHACÓN.)

PRÍNCIPE. *(Ap.)* Resuelto estoy
a acabar mis penas hoy,

pues me acaban ellas ya.

Matarélo, ¡vive Dios!,
si no me da la serrana.
Cosa es, don Juan, inhumana
que esté mi remedio en vos

y yo muera. Mi pasión,
vos lo veis, es ya de suerte
que trueco a siglos de muerte
instantes de dilación;

y así, en tan justa querella,
resuelvo que es necedad,
si me matáis con crueldad,
no defenderme con ella:

o al dueño de mi esperanza
me dad luego, o aquí al punto
tendré, con veros difunto,
si no remedio, venganza,

pues que ni hay razón ni hay ley
por qué guarde ese valor
de una villana el honor
más que la vida de un rey.

JUAN. Señor...

PRÍNCIPE. O darla o morir
es fuerza, sin replicar.

JUAN. Pues el noble ha de guardar
la palabra, o no vivir.

PRÍNCIPE. Pues, ¡Sergio y Mauricio, en
la vida aquí le quitad! [pena,

SERGIO. (Ap.) Don Juan ha dicho verdad;
el honor guarda de Elena.

PRÍNCIPE. ¡Matalde!

SERGIO. Mira, señor...

PRÍNCIPE. Poco mi vida estimáis,
pues que la suya amparáis,
cuando me mata el dolor;
pero la guarda, mi pena
mitigará con su muerte.
¡Hola!

SERGIO. Detente, y advierte
que la serrana es Elena.

PRÍNCIPE. (Muy alegre.)
¿Qué decís Sergio?

SERGIO. Que así,
arriesgando honor y vida,
paga el alma agradecida
lo que hace don Juan por mí.

PRÍNCIPE. ¿Que es Elena?

SERGIO. Sí, señor;
que os vi abrasado de suerte
que hube de fingir su muerte
para defender su honor;
y esto, a la fe, que miráis
al gran don Juan ha obligado.

PRÍNCIPE. Don Juan está disculpado,
y vos disculpado estáis;
y en albricias de que Elena
vive, os doy, Sergio y Chacón,
mis brazos con el perdón
de vuestra culpa y mi pena.

SERGIO. Vos sois sol de nuestras vidas.

JUAN. Y esfera de la piedad.

SERGIO. ¡Don Juan!

JUAN. ¿Sergio?

SERGIO. Perdonad
culpas de un error nacidas.

JUAN. Dadme esos brazos; serán
de mi humilde cuello lazos;
Mauricio, dadme los brazos.

MAURICIO. Y el alma en ellos, don Juan.

(Aparte los dos.)

JUAN. En albricias he de darte
por nueva que tengo indicio
de que la Infanta, Mauricio,
tu afición quiere pagarte.

MAURICIO. ¿Cómo?

JUAN. No preguntes más.

MAURICIO. De nuevo me has obligado
a ser tu esclavo.

JUAN. Cuñado
del Rey, si puedo, serás.

SERGIO. Ya mi cuidado cesó;
ya, noble español, no os pido
a Elena, pues habéis sido
más padre della que yo.

PRÍNCIPE. (Ap.) ¡Ay, Elena de mis ojos,
dichosamente he logrado
los tormentos que he pasado!
Yo agradezco mis enojos.

que tal calidad de pena,
sin duda que pretendía
declarar al alma mía
que eras viva, dulce Elena.

Mudar intento conviene,
o al menos disimulallo,
por Sergio, que aunque es vasallo,
de reyes la sangre tiene.

(Sale un CRIADO.)

CRIADO. Un húngaro caballero
pide licencia de verte.

PRÍNCIPE. Mensajero es de mi muerte,
si es de Arminda mensajero.

SERGIO. Querrá que abrevies el día
de tus bodas.

PRÍNCIPE.

¡Ay, Elena!

(Ap.) Tu memoria es en mi pena
sol de la noche en Hungría.

(Sale un caballero HÚNGARO.)

HÚNGARO.

Famoso Rey, cuya vida
libre del común tributo,
a emulación de tu nombre,
discurra infinitos lustros:
la Infanta Arminda, mi prima,
que después que al cielo plugo
que tantos reinos pasase
no puede pisar los tuyos
con dudosa admiración
y con sentimiento justo
de que por galas nupciales
te cubran funestos lutos,
y que impidiendo a sus plantas
tocar el puerto seguro,
tanto le encubras el rostro
cuanto le muestras disgusto,
te suplica que den luz
al laberinto confuso
de sus bodas tus palabras;
Rey, lo que te pide es justo;
desata, pues, las prisiones
a tus pensamientos mudos
y de tan públicas penas
publica el principio oculto,
que Arminda partió de Hungría
para que en consorcio tuyo
fuese reina de Tinacria,
no vasalla de Neptuno.

PRÍNCIPE.

No piense la hermosa Infanta
que son para daño suyo
estas dilaciones, no;
su bien sólo en ellas busco;
melancólicas pasiones,
irremediables disgustos
me tienen tal, que en el pecho
vive el corazón difunto.
¿Veis este afligido aspecto?
¿Veis este fúnebre luto?
Pues, cuanto el alma es más noble,
juzgad mayores los suyos.
Mal, pues, le estará a la Infanta
tener marido sin gusto,
gozar un cuerpo sin alma
y un casamiento sin fruto;
y así, le podéis decir
que por todo el cielo juro
que si la mano le niego,

mayores penas le excuso,
pues cuantos celebran sabios
dicen que hallarse no pudo
mayor infierno en la vida
que un casamiento a disgusto.

HÚNGARO.

Según eso, vuestra hermana
hará lo que vos.

PRÍNCIPE.

Y es justo,
puesto que de mis conciertos
son dependientes los suyos.

HÚNGARO.

¡Bien veneráis las cenizas
de vuestro padre difunto!
¡Bien sus contratos guardáis,
y bien la fe que interpuso!
¡Bien cumplís vuestra palabra!

PRÍNCIPE.

No peco, en romperla, mucho,
que si la di compelido,
el concierto fué ninguno.
El respeto paternal,
que se juzga temor justo,
no obliga a lo que ofrecí
forzado; libre, no cumplo.

HÚNGARO.

Basta, no aleguéis más leyes
porque los jurisconsultos
no entiend[en] de la milicia;
sólo sé los estatutos,
y averiguan los agravios
entre monarcas del mundo,
no puntos de blandas plumas,
mas puntas de acero duro.
Primo de la Infanta soy,
y propia la ofensa juzgo:
cuando no por ser su deudo,
por ser escudero suyo;
presto mil preñados montes
veréis, por el mar cerúleo,
romper con nevadas quillas,
en la sal, azules surcos,
y que llegando a tocar
sus árboles vuestros muros
es de Grecia vengativa
un Paladión cada uno.

PRÍNCIPE.

¡Ni donde en peñascos fríos
batiendo airada Anfitrite
eco sus voces repite
entre cóncavos bajíos,
ni dónde en ebúrnea cama
y purpúreos pabellones,
las orientales regiones
ilustra del sol la llama;
ni dónde el blando elemento
en sombras occidentales
a las luces celestiales

prestó oscuro monumento,
 en sus discursos han hecho
 gigantes, fieras, vestiglos,
 monstruos ni rayos los siglos
 que den terror a mi pecho?

¡Pueblen los campos sileos
 los húngaros escuadrones,
 a contrastar los peñones
 de los montes lilibeos;
 venzan en alado pino
 la furia al Tirreno mar,
 con presunción de aplacar
 la del Peloro y Paquino!

¡Verá, por su mal, Hungría
 que en el tinacrino suelo
 es un Etna y Mongibelo
 cada corazón que cría!

HÚNGARO. Arme, pues, ya vuestra tierra
 las peñas que el mar azota,
 que la amistad queda rota,
 y publicada la guerra.

JUAN. ¡Ah, caballero!, escuchad.

HÚNGARO. ¿Qué queréis?

JUAN. Dadme licencia,
 en tan grave diferencia,
 para hablar, señor.

PRÍNCIPE. Hablad.

JUAN. Ya que queréis que concluya
 la guerra lo que es derecho,
 no es bien que un pacto deshecho
 tan graves reinos destruya,
 pues, según experimento,
 la guerra, en prolijos años,
 causa innumerables daños
 y no consigue el intento;

y así, porque reducidas,
 si a vos y al húngaro agrada,
 a una vida y a una espada
 se rediman tantas vidas,

mañana, por todo el día,
 cuerpo a cuerpo, sólo quiero,
 gran señor, con este acero
 sustentar a toda Hungría

que cumplir no le debéis
 los conciertos que asentó
 vuestro padre; y si soy yo
 vencido, señor, haréis

lo que ordene el vencedor,
 y si venzo habéis de estar
 libre, y las paces quedar
 en lazos de eterno amor.

PRÍNCIPE. ¿Qué os parece?

SERGIO. Que es don Juan,

restaurador de tu tierra;
 evita, señor, la guerra,
 pues que los cielos te dan
 remedio y seguridad,
 que es cierto que su valor
 ha de salir vencedor.

HÚNGARO. Responda Su Majestad.

PRÍNCIPE. Yo respondo que está bien
 esto a todos, y me obligo
 a cumplirlo.

HÚNGARO. Pues yo digo
 que lo consiento también,
 pues demás de las razones
 propuestas, con este acero
 segura vitoria espero.

PRÍNCIPE. A firmar las condiciones
 vamos al punto.

HÚNGARO. León
 me nombra el húngaro polo.

JUAN. Pues a mí me llama sólo
 España don Juan Chacón.

(*Vanse todos, y sale la INFANTA sola.*)

¡Oh, amado sin igual tormento! ¡Oh dura,
 oh dulce sujeción del albedrío!

A una imaginación, a un desvarío,
 a una ciega pasión, a una locura

de la esperanza apenas la figura
 alcanzo a ver, y sin volar confío
 y un bien siguiendo incierto me desvío
 de remediar tan cierta desventura.

No tengo culpa yo, que soy llevada
 de una violenta mano, a cuyos fueros
 la razón prueba a resistir en vano;

bien que no soy en esto muy forzada:
 yo con mis pies, don Juan, fuera a quereros,
 cuando no me llevara aquella mano.

(*Sale una CRIADA, o CRIADO, y luego se va.*)

CRIADO.

Una serrana aguarda tu licencia.

INFANTA.

Entre.

(*Sale ELENA, con velo en el rostro.*)

ELENA.

En tu real presencia
 está una humilde esclava.

INFANTA.

¿Por qué escondes
el rostro?

ELENA.

Si estás solas, el sutil velo
correré.

INFANTA.

Sola estoy.

ELENA.

A Galatea
tienes delante.

(Quítase el velo.)

INFANTA.

Nube opuesta al cielo
la toca fué; feliz quien te desea,
aunque jamás tan soberana gloria
a humano amor conceda la vitoria.

Elena, que ya sé que eres Elena;
que el Rey, para descanso de su pena,
tu historia me ha contado. ¿Cómo he sido
tan dichosa que a verme hayas venido?

ELENA.

El español don Juan, Infanta hermosa,
fué causa de ser yo tan venturosa.
De vuestras cosas me contó el estado,
y me propuso lo que habéis mandado,
y como en vuestro amparo estoy segura
y aquí más cerca al fin de la ventura,
y me aflige del campo la aspereza,
y es fuerza obedecer a Vuestra Alteza,
partí con él al punto. *(Ap.)* El cielo sabe
que entre tantas razones me ha obligado
más el amor que la razón de Estado.

INFANTA.

¿Quién sino el español darme pudiera
tal gusto?

ELENA.

¿Y quién a mí tal bien me hiciera
sino don Juan, cuyo valiente pecho
hazañas mil en mi defensa ha hecho?

INFANTA.

¿Viste jamás tan noble caballero?

ELENA.

Desde las claras puertas que el lucero

abre al aurora a las que Tetis fría
cierra en el mar para esconder el día,
en valor, en nobleza y en prudencia
ni aun la soberbia le hizo competencia.

INFANTA.

Elena, por tu vida y por la mía,
una verdad me di.

ELENA.

¿Quién la podría
negar cuando tal prenda en ella pones?

INFANTA.

¿Quiérete bien don Juan?, que mil razones
me obligan a pensallo.

ELENA.

Agravio has hecho
a tan leal y generoso pecho.
¿Amando el Rey, tu hermano, mi belleza
presumes de su sangre esa bajeza?

INFANTA.

¡Oh, qué mal sabes del amor las leyes!
¿No ves que es dios y no respeta reyes?
¿Cómo podrán en mudas soledades
Venus y Adonis respetar lealtades,
y más cuando lo dice claramente
mostrarse en tu defensa tan valiente?
No me lo niegues, que a los cielos juro
que está el secreto en mi amistad seguro.

ELENA.

Por tu vida y por ellos, ¡ay!, por cuanto
cubre y sustenta su estrellado manto,
que acción suya, palabra o pensamiento
jamás indicio dió de tal intento.
Ya te he dicho verdad, Infanta bella,
y otra me has de decir en cambio della.
¿Quieres bien a Don Juan?

INFANTA.

¿Yo?

ELENA.

No lo niegues,
que por mucho que encubras tus enojos,
sale el alma a decirlo por los ojos.

INFANTA.

¿Colígeslo por dicha de que he sido
curiosa en preguntar?

ELENA.

Más causa ha habido.

INFANTA.

Dímela por tus ojos.

ELENA.

(Ap.) ¡Ay, qué prisa!

O no sé yo de amor, o estáis vos presa.
Yo la haré confesar con un engaño.
Hame dicho don Juan...

INFANTA.

¿Qué?, por mi vida
di.

ELENA.

¿Y ése no es amor? ¡Tú estás perdida!

INFANTA.

Curiosidad es ésta.

ELENA.

Pues si en ello
no te va más, no importará sabello.

INFANTA.

Dímelo por mi gusto.

ELENA.

Es caso injusto
secretos descubrir por sólo el gusto.
Dime tú la verdad, si te da pena
porque te importa, que lo sepa Elena.

INFANTA.

¿Qué me puede importar?

ELENA.

Lograr tu intento.

INFANTA.

¿Cómo?

ELENA.

Allá lo verás en la estacada.
No pierdas la ocasión, que si ésta pierdes
no lograrás tus esperanzas verdes.

INFANTA.

Mi sangre tienes, su valor conoces.
Pues dices que su mano está en la tuya,
sólo te he de decir, porque concluya,
que su nobleza y gentileza es tanta,
que le he juzgado digno de una Infanta.

ELENA.

¡Basta, no digas más!

INFANTA.

Pues dime agora
qué te ha dicho don Juan.

ELENA.

¿Diré, señora,
la verdad?

INFANTA.

Sí.

ELENA.

Pues no me ha dicho nada.

INFANTA.

¿A engañarme te atreves?

ELENA.

No atreviera
si en ello tu provecho no emprendiera.
Presto verás logrado tu deseo;
que del engaño la intención abono.

INFANTA.

Con eso, Elena, yo te lo perdono.

(Vanse. Salen SERGIO y MAURICIO.)

SERGIO. Hoy, Mauricio, dará al suelo
envidia nuestra ventura;
que don Juan me lo asegura
si le da vitoria el cielo.

MAURICIO. Tan cierta la dicha esté
como la vitoria está
en su valor.

SERGIO. Si estará,
pues que me empenó su fe.

MAURICIO. Ya llegan a sus asientos
Sus Altezas, y ya suenan
los instrumentos, que llenan
de estruendo marcial los vientos.

(Tocan chirimías y atabales, y salen el REY y la INFANTA y siéntanse en su sitial, debajo de dosel, y luego tocan cajas y trompetas, y sale por una parte el HÚNGARO, armado, y otros dos con él, con banderas en los rostros o armados, y por el otro lado DON JUAN; y con el HÚNGARO, ELENA, armado o con bando, espada y rodela, o si quiere sacar lancillas o modo de torneo, y batallar con lanzo y espada, parecerá mejor. Tocan arma, y batalla DON JUAN con los tres húngaros y venceles, y a la postre pelea con ELENA y hince la rodilla como vencido)

DON JUAN, y ELENA queda vencedora y alborótanse el PRÍNCIPE y la INFANTA, y salen SALADO y DOMINGA.)

PRÍNCIPE. ¡Ay de mí, cayó don Juan!

¡A los tres vencido había
y el cuarto al fin le venció!

HÚNGARO. ¡Vitoria!

INFANTA. ¡Qué gran desdicha!

SALADO. Todo lo ha puesto del lodo.

HÚNGARO. ¡La vitoria por Hungría!

SERGIO. (*Ap.*) ¡Aquí perdí mi esperanza!

MAURICIO. (*Ap.*) ¡Aquí dió fin mi alegría!

HÚNGARO. ¿Quién sois, heroico varón,
a quien debemos tal dicha?

JUAN. (*Ap.*) Presto veréis vuestro engaño.

ELENA. Caballeros de Sicilia
y Hungría, escuchad atentos,
pues que la vitoria es mía:
¿no fué el concierto que siendo
vencido don Juan harían
lo que el vencedor quisiese
Sus Altezas?

HÚNGARO. Con sus firmas
a cumplirlo se obligaron

ELENA. ¿Luego en mi sentencia estriba
el caso?

HÚNGARO. Sí.

ELENA. [Pues] por ella
condeno al Rey de Sicilia
a que a mí, que Elena soy,

(*Descúbrese.*)

y del noble Sergio hija,
restaurándome la fama
que por él tengo perdida,

me dé la mano; y la Infanta
la de al honor de Castilla,
al noble don Juan Chacón,
pues, venciendo a los de Hungría,
la libró de sus conciertos,
y después, porque consiga
yo mi fin, dejó vencerse;
y así, por la causa misma
que es vencido, es vencedor.

TODOS. ¡Viva Elena, Elena viva!

PRÍNCIPE. Yo consiento mi sentencia.

INFANTA. Y yo obedezco la mía.

JUAN. Y yo os doy la mano.

MAURICIO. ¿Así
cumplís la fe prometida,
don Juan?

JUAN. Cuñado del Rey
os dije yo que os haría,
ya lo sois, pues vuestra hermana
es su esposa.

SALADO. Y yo a Dominga
¿no daré la mano?

JUAN. Al dote
me obligo si eso la obliga.

DOMINGA. A dote y a casamiento
¿qué mujer hay que resista?

JUAN. Y al *vencido vencedor*
demos fin, para que os pida,
senado, el autor perdón;
que ya con él se publica
vencido de esa nobleza,
vencedor de su desdicha.

(*Vanse todos.*)

FIN

COMEDIA FAMOSA
DE
LA VENGANZA VENTUROSA
DE
LOPE DE VEGA CARPIO ⁽¹⁾

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES:

FABRICIO.
EL MARQUÉS.
FELIPA.
RISELO.
GERARDO.

LIDIO.
FELICIANO.
PINELO.
FLORA.
LISARDO.

TREBACIO, *soldado*.
MIRENO, *soldado*.
CARREÑO.
CELIO.
[ROSELA.]

ACTO PRIMERO

(Salen el MARQUÉS DE LUSIÑANO en traje de noche, y FABRICIO, criado; trae el MARQUÉS una cédula en la mano, y su broquel en la cinta.)

FABRICIO. No me espanto que la escribas,
de un loco amor incitado.

MARQUÉS. ¿Has querido?

FABRICIO. No he llegado
a tanto amor, así vivas.

MARQUÉS. Pues, Fabricio, no me quiebres
la cabeza.

FABRICIO. Y di, señor,
¿podré sufrir que a tu honor
últimas honras celebres?

MARQUÉS. ¿En qué le pierdo?

FABRICIO. En querer
dar con tal vil pensamiento
cédula de casamiento
a una desigual mujer.

MARQUÉS. Si esta cédula me pide
esta noche para dar
con ella a mi amor lugar,
¿qué desigualdad me impide?

Hablando estaba con ella,
rindióse como le diese
esta cédula, en que fuese
disculpa, y yo quise hacella;

porque de costa me tiene
medio pliego de papel,
y él y cuanto viene en él,
si es que alguna verdad viene,
no llevan más intención
que cumplir este deseo.

FABRICIO. ¿Y el peligro?

MARQUÉS. No le veo.

FABRICIO. ¿Luego no es obligación
con que te pueda pedir
en cualquiera tribunal?

MARQUÉS. Tú dices que es desigual:
¿qué daño me ha de venir?

¿Ha de permitirlo el rey,
y más siendo yo extranjero?

FABRICIO. Considera...

MARQUÉS. Considero

que el amor no tiene ley,
como la necesidad.

Si cédula me pidiera
para el cambio o joyas, fuera
hacella temeridad;

pero cédula en que pide
cosa que no puede ser,
no la dejaré de hacer,
si todo el mundo lo impide.

FABRICIO. ¿Y, para Dios, que también
negocias con la promesa!

MARQUÉS. De que te traje me pesa.

FABRICIO. Pese o no, míralo bien.

MARQUÉS. De todo vamos seguros;

(1) Solamente en B figura el nombre de Lope.

que la antigüedad decía
que Júpiter se reía
de los amantes perjuros.

Las promesas que hacer ves
al deseo del contento,
nunca el arrepentimiento
las viene a cumplir después;

y como sé que mañana
he de estar arrepentido,
de burlas he prometido
esta letra incierta y vana;

que cuando a acertarla llegue
al deseo ya cumplido,
no querrá de arrepentido,
y aun puede ser que la niegue.

La reja es ésta; detente,
que voy por ésta a cobrar
lo que Amor ha de negar
mañana, si se arrepiente.

FABRICIO. ¿Y si quedas más perdido?

MARQUÉS. Eso no, que de llegar
parece que empiezo a dar
los pasos de arrepentido.
¡Ce! ¿Qué digo? ¡Ce!

(FELIPA, en lo alto.)

FELIPA. ¿Quién es?

MARQUÉS. El Marqués, señora, soy.

FELIPA. Con miedo, señor, estoy.
Idos, y volved después,
que mi viejo padre está
con algún desasosiego.

MARQUÉS. Debí de templarse el fuego.

FABRICIO. Arrepintiéndose va.

MARQUÉS. Si por dicha atrás volvéis,
Felipa, de la promesa
y mi fe en poco tenéis,
de quereros bien me pesa,
pues tan mal correspondéis.

Advertid que traigo aquí
la cédula, que escribí
en casa de un deudo mío.

FELIPA. Un temor helado y frío
va discurriendo por mí.

Atadme en ese listón
la cédula.

MARQUÉS. Podréis ver
una firme obligación.

FELIPA. Aquí la voy a leer.
¡Qué temor! ¡Qué confusión!

(Quítase de la ventana.)

MARQUÉS. Señora, en fe tan segura

la que os tengo os considera,
que ya vuestro amor procura
vencer la hazaña primera
de vuestra rara hermosura.

Y suplicoos que juzguéis
cuál hace efeto mayor:
si el rostro con que podéis
matar el mundo de amor,
si el amor que me tenéis.

Dirá vuestra perfección
mi amor, que es más cierto espejo,
y el vuestro mi obligación,
si por ventura le dejo
confesar que iguales son.

Si a ser confiado vengo
podráme culpar alguno;
por eso a mi amor prevengo
que no diga que ninguno
es como el que a vos os tengo.

Mas siendo imperfecto, así
queden iguales los dos,
por no alabarme que en mí
hay cosa mayor que en vos
si a vos el alma os rendí.

Pues teniéndome el que os tengo,
¿por qué temor me retiro?
¿A qué aguardáis, y a qué vengo?
¿Con qué religión os miro?
Señora, ¿en qué me detengo?

Ni lo imposible se alcanza,
ni en lo cierto hay dilación,
si no es por desconfianza;
que en segura posesión
es ociosa la esperanza.

Si amor corre, no os paréis,
que se correrá si trato
de que premio no me deis;
pero ¿de qué me recato,
o vos en qué os detenéis?

(FELIPA, en lo alto.)

FELIPA. Yo he leído, y está bien,
aunque la firma en que afirma
mi honor su valor, también
sois vos.

MARQUÉS. Fíad que a esa firma
cuanto yo prometo os den.

Abrid, que al cielo prometo
ser vuestro marido.

FELIPA. Honor,
Amor os pierde el respeto;
que al honor nunca el amor

fué consejero discreto.

A la puerta está Belisa;
ya os abre, entrad.

MARQUÉS. ¡Hola, avisa
a Lucio, Riselo y Floro!

FABRICIO. ¡Pobre mujer! ¡En qué lloro
se le ha de volver la risa!

Con notable atrevimiento,
sobre valor de un papel
da su honor, sin fundamento,
porque cuanto viene en él
es mentira y fingimiento.

¡Ah, tierna edad inocente,
tan sujeta a los engaños
de un amoroso accidente,
qué costosos desengaños
llora el gusto, el alma siente!

(Sale RISELO, criado del MARQUÉS.)

RISELO. ¿Si le hallaré por aquí?

FABRICIO. Gente siento. ¿Si es Riselo?

RISELO. ¿Es Fabricio?

FABRICIO. Sí, y de ti
me estaba quejando al cielo,

RISELO. ¿Es miedo?

FABRICIO. Pienso que sí;
aunque la casa en que está
nuestro dueño, no tendrá
la defensa prevenida;
mas, basta ser ofendida
para que la tenga ya.

RISELO. Pues ¿ha entrado?

FABRICIO. ¿No lo ves?

Con un pasaporte entró.

RISELO. No lo entiendo.

FABRICIO. Fácil es;
cédula a Felipa dió
de casamiento el Marqués.

RISELO. ¿Cédula de casamiento?

FABRICIO. Y la fuimos a escribir
a una botica.

RISELO. No siento
cómo lo pueda cumplir.

FABRICIO. Todo ha sido fingimiento.

RISELO. ¿A herida de tal rigor
por escrito ensalmo aplica?

FABRICIO. ¡Y en botica, que es peor!

RISELO. No entendí yo que en botica
había emplastos de honor.

Suelto Amor anda estos días.

FABRICIO. ¿Cómo?

RISELO. Las melancolías

de su hermana del Marqués
van declarando lo que es,
si no mienten las espías.

FABRICIO. ¿Es amor?

RISELO. Pienso que vi
cierto virote emplumado,
cuando de casa salí
y, aunque el capirote echado,
es gerifalte o neblí.

FABRICIO. ¿Qué quieres? Cuanto se ve
desde el principio del mundo,
todo es amor.

RISELO. Bien lo sé.

No hay abismo tan profundo
adonde el amor no esté.

Fabricio, en la tierna edad,
parece la voluntad
como la flor por abril;
pero en la vejez es vil
y cosa infame.

FABRICIO. Es verdad.

RISELO. Flora es doncella; es forzoso
que ame y que quiera esposo;
mas cuando veo que intenta
mujer que toca en cuarenta
tratar un pleito amoroso,
pierdo el seso, ¡vive Dios!

FABRICIO. Yo conozco más de dos
que pasan de cincuenta años,
que de ir al Jordán por baños
tienen romadizo y tos.

Moza he visto pelinegra
que en la vejez está rubia
y con los mozos se alegra.

RISELO. ¿Para qué la edad enrubia
quien tiene cabeza negra?

Pero ¡a qué risa provoca
ver una vieja sin toca,
hecha asadura de rastro
o modelo de alabastro,
siempre frunciendo la boca!

FABRICIO. Ciertamente que la perfección
de los hombres es valiente;
mozos de mil años son;
pero las mujeres...

RISELO. Tente,
que sufren mal la razón.

Sólo quiero, aunque la adule,
lo que en el arquilla deja
y gala que adorna y pule,
que se ha de saber que es vieja
aunque más lo disimule.

FABRICIO. Dios te libre, buen Riselo,

de dar en vieja aniñada,
sin toca, y rubia de pelo.
RISELO. Deja que hechicera añada
con gato negro y mochuelo.
FABRICIO. Con la mano de un mortero
vi ayer ponerse color
a una vieja.
RISELO. ¡Extraño agüero!
FABRICIO. ¿Qué es esto?
RISELO. No es el rumor
sin causa.
FABRICIO. Temblando espero.

(FELICIANO, viejo, dentro.)

FELICIANO. ¡Lidio. Gerardo, Pinelo!
GERARDO. ¡Señor!
FELICIANO. ¡Ladrones, ladrones!
FABRICIO. No tuve en balde recelo.
RISELO. ¡Peligrosas ocasiones!
FABRICIO. Son de honor.

(Sale el MARQUÉS.)

MARQUÉS. ¡Válgame el cielo!
FABRICIO. Un hombre sale.
RISELO. ¿Quién es?
MARQUÉS. El Marqués soy.
FABRICIO. Pues ¿qué es esto,
señor?
MARQUÉS. Sabréislo después.
¡Peligro corre este puesto
a la vida del Marqués!
Caminad.
FABRICIO. ¿Tuvo tu amor
satisfacción?
MARQUÉS. Cerca estuvo;
pero despertó el honor,
y la ejecución detuvo
al atrevido favor.
FABRICIO. ¿De manera que le diste
la cédula, y no llegaste
al favor que pretendiste?
MARQUÉS. Lo mismo.
FABRICIO. ¡Buen lancee echaste!
MARQUÉS. ¡Muriéndome voy de triste!

(Vanse. Sale FELICIANO, y tres criados, LIDIO, PINELO, y GERARDO, y el uno traiga el broquel del MARQUÉS, y todos con espadas desnudas.)

LIDIO.

La puerta está cerrada.

FELICIANO.

Pues no pudo
salir por otra parte.

PINELO.

¡Si le abrieron,
no dudo que saliese!

GERARDO.

Ni yo dudo
que franca puerta hasta tu honor le dieron.

FELICIANO.

¿Mi honor?

PINELO.

Si luego que llamaste acudo
y hallo el autor de tanto mal...

LIDIO.

Pudieron
ser ladrones también.

FELICIANO.

Yo lo creyera
cuando esa prenda menos noble fuera.
Este broquel no es del ladrón; que tiene
más señas de nobleza que de espadas,
y si es ladrón, a hurtar mi fama viene
y mi opinión a donde están guardadas.
El hombre que guardar su honor previene,
con vanas esperanzas engañadas,
en escritorio de mujer, ¿no sabe
que en cera de su amor le harán la llave?

GERARDO.

Bien puede ser que este broquel le hubiese
hurtado este ladrón.

FELICIANO.

Haste engañado;
que este broquel, aunque a mi honor le pese,
más tiene de Mendoza que de Hurtado.
A gran ventura tengo que estuviese
en Portugal agora mi soldado;
que si estuviera en casa, y se le fuera,
mil estocadas a su hermana diera,
que ¡buena condición tiene Lisardo
para sufrir atrevimientos tales!
Por él me pesa.

PINELO.

Mal sucedió aguardo
si del entendimiento no te vales.

LIDIO.

Lisardo es un soldado tan gallardo,
que entre muchos que tiene principales
el castillo y presidio de Lisboa,
ninguno por mejor se nombra y loa.

FELICIANO.

¡Oh, Felipa cruel! ¿De qué ha servido
que allá pretenda honor tu noble hermano,
si acá le tienes tú tan ofendido
que es su cuidado y diligencia en vano?
Guardar castillo en Portugal no ha sido
de tanta gloria a su invencible mano
como será deshonra y maravilla
que el fuerte de su honor pierda en Castilla.

¡Oh, maldito broquel! Tabla en que queda
escrita nuestra infamia; no es posible
que reparar en ti nuestro honor pueda
golpes del vulgo, en lastimar terrible.
Bien el traidor, aunque en aquesto exceda
del silencio y prudencia conveniente,
echó de ver los golpes que esperaba,
pues broquel de paciencia me dejaba.

Vete, Pinelo, y llama esa traidora,
esa villana aleve y fementida.

PINELO.

Yo voy.

LIDIO.

Señor, mira que importa agora
que esté la lengua a la prudencia asida.

FELICIANO.

Ya, Lidio, sé que la prudencia dora
cuanto deslustra una opinión perdida;
mas quien en tanto mal tiene prudencia,
en bajeza convierte la paciencia.

(Sale FELIPA.)

GERARDO. Aquí viene mi señora.

FELICIANO. Salíos todos afuera.

PINELO. Quedémonos por aquí,
por si quisiera ofenderla.

GERARDO. ¡Que ha de querer no lo dudes!

LIDIO. ¿Adivinas tú quién era
el galán que se nos fué?

PINELO. Si no me engañan las señas,
lo que sospecho os diré,
que los guantes y la cuera
dejaron el aposento
como tienda portuguesa.

LIDIO. Mejor me huele un tocino,

perdonen las excelencias,
que todo el ámbar y almizcle
con que las calles inciensan.

GERARDO. Tiempo hay en que los señores
no huelen como desean.

PINELO. Y tiempo en que un ataúd
les sirve de casa estrecha.

LIDIO. Si quisiera algún pintor
retratar con eminencia
a la vergüenza y la honra,
¿adónde mejor pudiera?
Mirad estas dos figuras
que al vivo las representan:
la honra, el viejo afrentado,
y Felipa, la vergüenza.

PINELO. Ni el viejo habla, ni puede.

GERARDO. Quítale el dolor la lengua.

LIDIO. Ni ella le mira, mirando
la calidad de la ofensa.

PINELO. Vamos, no nos sienta, y riña.

GERARDO. ¡Lástima es ver cómo quedan!

(Vanse los tres.)

FELICIANO. Si hubiera vergüenza en ti,
si en ti de mi sangre hubiera,
cuando tu afrenta se supo,
allí te cayeras muerta.
Mas digo mal; que quien fué
tan animosa en la ofensa,
no me parece imposible
que en la vergüenza lo sea.

¿Sabes ya lo que te quiero?

FELIPA. ¿Querrás matarme?

FELICIANO. Bien fuera,
pues sabes que lo mereces.

FELIPA. No hay muerte que no merezca;
pero también haces mal
si piensas tanta bajeza
de mis costumbres.

FELICIANO. ¿Qué dices?

¿Luego lo que he visto niegas?

FELIPA. ¿Qué has visto?

FELICIANO. Un hombre en mi casa.

FELIPA. Es mi esposo.

FELICIANO. Quien se precia
de las costumbres que dices,
no se casa sin que sepan
los padres su casamiento,
ni sé yo que abrir las puertas
a un hombre pueda ser justo
sin bendición de la Iglesia.

FELIPA. El hombre es mejor que yo,

y ésta es la noche primera
que entró en tu casa, y el cielo
permita abrirse la tierra
y resolverme en su centro
si puede dar otras nuevas
mas que de solas mis manos,
que amor, y vergüenza honesta,
su temor y mi recato
le ocuparon de manera
que sólo entrar en tu casa
puedes tener por ofensa.

FELICIANO. Yo no quiero preguntarte
curiosidades tan necias;
que las cosas entre amantes
pasan cuando están tan cerca.
Son puntos muy trascendentes;
mas sólo quiero que creas
que si el hombre no me dices,
aunque viejo no me temas,
te daré mil puñaladas,
que aún para esto tengo fuerzas,
y para correr la posta
con juvenil diligencia
a Portugal, donde está
tu hermano.

FELIPA. Estoy yo tan cierta
de que no he perdido honor
y de que mi esposo queda
tan obligado a guardarle,
y de que pueden sus prendas
sufrir cualquier liviandad
de mi natural flaqueza,
si como mujer me miras,
que la más fuerte no es peña,
que no es mucho que a decirte
lo que me pides me atreva.

FELICIANO. ¡La confianza me agrada!

FELIPA. No te espantes que la tenga.

FELICIANO. ¿Quién es el hombre?

FELIPA. Un marqués.

FELICIANO. ¿Un marqués?

FELIPA. No es desta tierra.

FELICIANO. En pintármelo tan alto
me has dado mayor tristeza.
Más quisiera que un hidalgo
de nuestro lugar dijeras,
de Vizcaya o de Navarra.

FELIPA. ¿Por qué?

FELICIANO. Porque es cosa cierta
que ese marqués te ha engañado.

FELIPA. Ya te digo que no creas
que soy tan fácil.

FELICIANO. Pues bien;

no es desdicha que te deba
a ti las manos, y a mí
los pies, que por estas puertas
entraron a despertar
contra mi honor tantas lenguas.

FELIPA. Desdicha; pero, en efeto,
con ventaja se remedia,
pues se ha de casar conmigo.

FELICIANO. ¿Cómo lo sabes?

FELIPA. Pudiera
mostrarte...

FELICIANO. ¿Cédula acaso?

FELIPA. Cédula, y notable.

FELICIANO. Muestra.

FELIPA. Mira si es cosa de burlas.

FELICIANO. La ofensa es harto de veras.

(Lee:)

“Digo yo, Arnaldo de Vince...”
¡Esta, de extranjero es letra!

FELIPA. Sí, señor.

FELICIANO. “Marqués que soy
de Lusiñano y Rusela,
que doy mi palabra y fe
a doña Felipa Guerra
de ser su esposo y marido,
inviolable, llana y cierta;
y cuando no la cumpliera,
mi calidad y nobleza
sujeto a cualquier justicia
de España, sin que me absuelva
ningún privilegio o ley,
que me ayude o favorezca,
de título, oficio y orden
que haya tenido en mi tierra.”
Ahora bien, esto es ansí.
La cédula está bien hecha;
pero si te amaba tanto
que sus prendas a las nuestras
quiere humillar, como dices,
¿por qué no me habló, y tuviera
fácil efecto su intento,
como lo manda la Iglesia?
FELIPA. Porque tiene pretensiones
por servicios de la guerra
de Flandes, y no era bien
que Su Majestad supiera
el desigual casamiento.

FELICIANO. ¡Oh, cuántas cosas mal hechas
nacen destas pretensiones
sirviendo el rey de cubierta,
porque el rey sólo pretende

que se ejecuten las buenas!
Entra, Felipa, a dormir,
si ya es posible que duermas,
lo que debe de faltar
para que el alba amanezca;
que yo me quiero vestir
y irme a la misa primera
que dicen en San Felipe.

FELIPA. Suplicote que no seas
padre airado, sino padre
piadoso.

FELICIANO. De mi prudencia
tienes ya satisfacción.

FELIPA. ¡Cielos! ¿Qué desdicha es ésta?
Mas cuando el Marqués se enoje
y no cumpla la promesa,
faltando en amor las obras
las palabras no son deuda.

(*Vanse, y salen en hábito de día el MARQUÉS, y
FLORA, su hermana.*)

FLORA. Dicha notable tuvistes.

MARQUÉS. ¡Bien pudiera ser mayor!

FLORA. Mejor es no ser deudor,
pues que pagar no pudistes.

MARQUÉS. Confieso que fué ventura
salir tan bien (1) de su casa.

FLORA. ¿Sabrá el viejo lo que pasa?

MARQUÉS. ¿Quién duda que lo procura,
y que con el hierro al pecho
Felipa habrá confesado
el suyo?

FLORA. No os dé cuidado
verla en tan notable estrecho.

MARQUÉS. Más me le da no haber sido
atrevido en la ocasión,
por fiarme sin razón
en el cabello ofrecido.

Creí que hubiera lugar,
y comencé cortesano
conquistando por la mano
la fuerza que pude entrar.

Una hora larga entretuve
en enamorarla más,
sin ver que dejaba atrás
el tiempo que entonces tuve.

Quísele la voluntad,
y después no la comí.
¡Gentil ocasión perdí;
conozco mi necedad! [ra;

¿Qué es lo que un hombre procu-

qué aguarda cuando le han dado
su dicha, amor y cuidado,
lugar y tiempo y ventura?

FLORA. Estando un pecho rendido,
aguardar es grande error;
pero este vano temor
muchos hay que le han tenido.
¡Corrido estáis!

MARQUÉS. ¿No es razón,
pues ya no puedo volver,
sin gran peligro, a tener
tanto lugar y ocasión?

FLORA. A otros se habrá ofrecido,
que en el primer lance hallado
muchos son los que han errado
y pocos los que han sabido.

MARQUÉS. El respeto fué locura.
¡Que entrase, que hablase y viese
coyuntura, y no supiese
gozar de la coyuntura!

(*Sale FABRICIO.*)

FABRICIO. Un viejo de buena suerte
me ha dicho que quiere hablarte;
preguntéle de qué parte,
con el temor de ofenderte,
y dice que de la suya.

MARQUÉS. ¿Qué señas?

FABRICIO. Un traje honrado,
aunque viejo, con cuidado
de que ser noble se arguya.

MARQUÉS. ¿Qué rostro?

FABRICIO. No le miré
tan de espacio.

MARQUÉS. ¿Trae espada?

FABRICIO. Ya debe de estar colgada,
que para tenerse en pie
sirve de paje un bordón.

MARQUÉS. ¡No más; que ya sé quién es
y, por vida del Marqués,
que me tiembla el corazón!

FLORA. ¿Es el padre, por ventura,
de Felipa?

MARQUÉS. El mismo, Flora.
¿Negaréme?

FLORA. No, que agora
viene a buena coyuntura.

Y es mejor tener aparte
la molestia que tenéis,
pues satisfacer podéis
sus quejas.

MARQUÉS. Quiero agradarte

(1) En las tres ediciones: también.

y salir deste cuidado;
pero no te has de ir de aquí.

FLORA. Dile que entre.

FABRICIO. Entrad, señor.

MARQUÉS. ¡Basta! Que me da temor
verle delante de mí.

(Sale FELICIANO.)

FELICIANO.

Beso los pies de vuestra señoría.

MARQUÉS.

Sea vuesa merced muy bien venido.
¡Hola, una silla!

FELICIANO.

A solas os querría.

MARQUÉS.

Siempre mi hermana mi secreto ha sido.

FELICIANO.

¿Hermana? Perdonad, señora mía,
y dadme vuestros pies.

FLORA.

Si acaso impido,
no es justo que por mí no habléis.

FELICIANO.

No creo;
antes, señora, en vos mi amparo veo.

FLORA.

¡Sentaos, por vida mía!

FELICIANO.

Por los años,
aceto la merced.

FLORA.

El valor vuestro
merece todo amor.

FELICIANO.

Si los engaños
en verde edad del pensamiento nuestro
muestran historias con tan largos daños,
generoso Marqués, yo no me muestro
tan nuevo en quejas de la triste mía
que os canse al paso que mi edad podría.
Furor llamó Aristóteles al fuego

de amor, que obliga a tanto desatino,
y para todo atrevimiento ciego
y audaz le describió Platón divino.
Sin consejo le halló Menandro, griego;
necio le llama el Cómico Latino,
y en las Divinas Letras, por instantes
se ve la ceguedad de los amantes.

Presupuesto que yo, por ser letrado,
no me puedo espantar destos errores,
y que si bien mis años han pasado,
los frutos puedo ver de aquellas flores,
no os tengo de decir que habéis errado
en la desigualdad destos amores;
que igualar en un sér los que se aman,
el efecto mayor del amor llaman.

No menos que de Dios es el ejemplo,
porque no hay proporción en la infinita
distancia suya al mundo; en él contemplo
con qué fuerza nos ama y solicita,
y en parte de mi honor, el dolor templo
con ver, señor, de vuestra letra escrita,
la aprobación desta verdad, pues muestra
que iguala vuestra sangre con la nuestra.

Anoche ya sabéis que me rompistes
las puertas del honor, y que llegastes
donde de mi temor sentido fuistes;
la casa, en fin, y el dueño atropellastes;
en contingencia luego me pusistes
de dar la muerte a quien por vida amastes,
y si aqueste papel no me mostrara,
mil vidas que tuviera le quitara.

Por él sé que queréis honrarnos tanto,
que, como lo confiese vuestra boca,
aunque después se dilatase cuanto
a los negocios que tratáis os toca,
tendré consuelo y perderé el espanto
a que el honor perdido me provoca;
que os aseguro que, aunque sois tan bueno,
no estoy de sangre y de nobleza ajeno.

Dióme el valle mejor de la Montaña
una torre, una casa solariega
que en pie miró la destrucción de España,
y hasta los tiempos de Filipo llega;
las heredades que un arroyo baña,
dehesa pobre entre Selaya y Vega,
fueron todo el caudal de mis mayores,
de algún rey, por ventura, sucesores.

Armas mohosas, lanzas y paveses
cuelgan de las paredes consumidas,
donde se encierran ya doradas mieses,
de cuyo blanco polvo están vestidas.
No os puedo dar mayores intereses;
mas yo sé bien que algún villano Midas

diera por mi nobleza su riqueza;
que la virtud es la mayor nobleza.

MARQUÉS. Habéis hablado de suerte,
padre, que no os he entendido,
mas, de que sois atrevido
el mismo estilo me advierte.

Pintáis la fuerza de Amor,
y tras que no os espantáis,
luego mi sangre obligáis
a aborrecer mi valor.

Como yo me quiero a mí
a nadie puedo querer,
pues si me he de aborrecer,
¿qué puede el amor aquí?

Llamo, padre, aborrecerme,
querer con vos igualarme,
porque igualarme es casarme,
y casarme es ofenderme.

Bien creo que sois letrado;
no sé bien la Facultad;
pero con la larga edad
habréislo todo olvidado.

Porque cuando verdad fuera
que yo vuestra hija amara
y que en vuestra casa entrara
y que ese papel le diera,

ni el rey me ha de permitir
cumplirle, ni vos tampoco,
si no es que acaso estáis loco,
o ya, por mejor decir,

tan caduco, que pensáis
que esa casa solariega
hasta los títulos llega
con quien hoy os igualáis.

La casa de las montañas
es buena para esas mieses,
y esas lanzas y paveses
para urdir telas de arañas.

Dadlos, por mi vida en dote,
y lo tengo por más sano,
a un rico que de villano
toda su tierra le note;

que yo no puedo añadir
nobleza a la sangre mía.
¡Pensé, hermana, que venía
este buen viejo a pedir
que le diérades ración
para ser vuestro escudero,
y viene muy caballero
a ser mi suegro!

FLORA.

Es pasión
destos hidalgos de Asturias

hacer las casas de España
de chozas de la Montaña.

FELICIANO. No suelen hacer injurias
de palabra a los pequeños
los grandes; que los estados
son como palos dorados,
que antes fueron verdes leños.

Si volviérades atrás,
viérades que no hay señor
sin principio en su valor,
porque esto es en Dios no más.

Los reyes hizo la guerra,
y ellos hicieron señores
por méritos o favores
que hacen hombres de la tierra.

A muchos hizo el dinero,
porque también hay nobleza
comprada con la riqueza,
que fué bajaiza primero.

El oro, como es tan grande,
con los grandes emparenta;
que la sangre no se afrenta
que el oro en sus coches ande.

Ni hay sangre de caballero
si de reyes hace alarde,
que por reliquias se guarde
cuando la sangre el barbero.

La virtud es la nobleza
verdadera, y no soy necio
si desta virtud me precio
como vos vuestra riqueza.

No estoy loco, ni la edad
tan caduco me ha dejado
que me haya desto olvidado,
que es mi mayor soledad.

El noble solar que heredo
no lo daré a rico infame,
porque nadie me lo llame
en el valle de Carriedo.

Ni esas armas deslucidas,
esos mohosos arneses,
esas lanzas y paveses
de telarañas vestidas

quedarán en las montañas;
que no me habéis vos, señor,
tan poco herido el honor
que le curen telarañas.

Ser escudero no espanta
mi nobleza; mas será
después que mi casa está
por vos en bajaiza tanta.

Que antes que en ella se viera
deshonra tan inhumana,

sé muy bien que vuestra hermana
mi hija servir pudiera (1).

MARQUÉS. Sois un viejo deslenguado,
y aunque os abona la edad,
no sufre mi calidad
quedar de nadie afrentado.

(Dale un bofetón.)

Tomad ese bofetón,
y agradeced que no sea
herida tan grande y fea
como las palabras son. [vos?

FLORA. ¿Qué habéis hecho? ¿Estáis en

MARQUÉS. ¡Quitaos, hermana, delante!

FELICIANO. ¡Una afrenta semejante
corra por cuenta de Dios!

El la escriba en sus venganzas
o sea para castigo.
de mis pecados.

MARQUÉS. Yo os digo
que los paveses y lanzas
de la casa solariega
no os puedan vengar de mí.

FELICIANO. ¡Aunque alguna causa os di,
no para cosa tan ciega!

FLORA. ¿Qué sacastes de afrentar
aquellas honradas canas?

MARQUÉS. Si ellas no fueran livianas
no hubieran dado lugar.

¡Andad, buen hombre, con Dios!

FLORA. Satisfacelde.

MARQUÉS. No quiero.

FELICIANO. Puesto que seáis caballero,
soy tan bueno como vos.

Mi casa habéis infamado
con vuestro lascivo amor.
Aquí vine sin honor,
que allá me le habéis quitado.

De suerte que el bofetón
no me ha podido afrentar;
que no hay de afrenta lugar
en los que afrentados son.

Era mi hija mi cara,
y cuando con ella os vi,
el bofetón recibí,
en quien la deshonra para.

Así que dármele acá
y a un rostro caduco y seco,
no es bofetón, sino el eco
del que me distes allá.

¡Notable hazaña poner
la mano sobre estas canas!
¡Vos decís que por livianas,
y verdad debe de ser!

Si mi hija de mí nace,
y os dió a mi afrenta lugar,
liviano se ha de llamar
quien cosas livianas hace.

Fuego de cólera os mueve,
y así la mano abrasada
quedó en mis canas templada
por lo que tienen de nieve.

Estimad que en tantos daños
a tener paciencia vengo.
Sesenta y seis años tengo:
¡guardaos de veinte y seis años!

(Vase.)

FLORA. A lástima me ha movido.

MARQUÉS. Confieso que me ha pesado;
que de la edad que ha contado
no pude ser ofendido.

Ello fué cólera, hermana.
Ya es hecho, harémosle hablar.

FLORA. Fácil será de aplacar:
todo el interés lo allana.

Pero ¿qué quiso decir
que a sus años no miréis
y os guardéis de veinte y seis?

MARQUÉS. Quiso darme a presumir
que si veinte y seis tuviera,
a guardarme me obligara,
que para que se vengara
fuerzas esa edad le diera.

Vamos, haré que le hable
algún grande, o religioso.

[FLORA.] Es necesario y forzoso,
porque es la ofensa notable.

MARQUÉS. Su hija me tiene amor;
ella hará las amistades,
y aun, si va a decir verdades,
no se le tengo menor.

Es gente hidalga y honrada;
mas para mi calidad
no puede hacer igualdad
la torre en Vega fundada.

VENÍ y de espacio hablaremos.
FLORA. ¡Guárdate de Amor, que Amor
es notable igualador
de los mayores extremos!

(Vause y entran dos soldados con sus arcabuces:
TREBACIO y MIRENO.)

(1) M y Ma: hijo.

MIRENO. Para que os oiga, podréis
hacer salva a la ventana.
TREBACIO. Toda diligencia es vana,
ya su condición sabéis.
MIRENO. ¿No saldrá?
TREBACIO. De ningún modo.
MIRENO. Pues vámonos a jugar.
TREBACIO. Las armas quiero dejar,
por estar rendido en todo,
y volver de paz, a ver
si tengo sin ellas dicha.
MIRENO. Nunca tuve por desdicha
esto de no me querer,
porque a los que son queridos
tengo por más desdichados;
que, estando más obligados,
vienen a estar más perdidos.
Unos majaderos feos
que con buenas diligencias,
sin músicas, sin pendencias,
saben cumplir sus deseos,
es gente para envidiar,
que haciendo a los lindos tiros,
mientras ellos dan suspiros,
suelen por la falsa entrar.
De amor es cosa acertada
hacerle juego de esgrima,
ir y venir, cosa prima,
y luego asentar la espada.
TREBACIO. Yo he visto mil bellacones
que en amor van de camino.
MIRENO. Pues creed que es desatino
pararse en las ocasiones.
Una hermosa castellana
vino de Sevilla ayer;
fuímosla de noche a ver,
echando rumbo y junciana;
pero ya en la posesión
estaban seis portugueses,
y fué, por andar corteses,
común la conversación.
Hoy pienso volver allá;
que en un año, de Lisboa
no he visto cosa más boa.
TREBACIO. ¿Dónde posa?
MIRENO. Cerca está.
Junto a Corpo Santo vive
el suyo, que no lo es.
TREBACIO. ¿Que el querer en portugués
de esos regalos me prive!
¿No me fuera a mí mejor
el salir a pecorea
de la hermosa y de la fea

que tener a un tigre amor?
Cuando digo que la quiero
con más braveza y más rumbo,
todo es decirme que zumbo,
y ¡vive Dios! que me muero.

(Sale CELIO, y CARREÑO, maltrapillo.)

MIRENO. Celio es éste.
TREBACIO. Anda perdido
por la mejor portuguesa
que este ejercicio profesa.
MIRENO. Temerario amante ha sido.
Dalde un poco de lugar
que pica en estas esquinas.
CELIO. Qué bien, Carreño, adivinas
en lo que puede parar.
Pero, en fin, ¿me respondió?
CARREÑO. ¿Qué darás por un papel?
CELIO. ¿Cómo respondiere en él!
CARREÑO. Pues este papel me dió.
CELIO. Muestra, y veré cómo es
en portugués el amor.
CARREÑO. Luego te diré, señor,
por qué es Amor portugués.

CELIO. [(Lea.)]

“Amor, que faze a os homes fazer parvoices,
naom he muito que faza as mulheres dizer liber-
dades. Eu me sinto per vos enganados tao des-
enganada, que depois que tudo o tenho perdido,
cuido que queréis que perda o siso, porque as
vinganças de os castelhanos naom cuido que
param em nossos corpos; que ainda la tomam
de nossas almas. Pera tudo dessejo verhos, que
ya naom podia viver se naom vos vise. Esta
noite vos espero, porque fora de esto bem naom
tenho que esperar.”

¡Galante cousa! (1)

CARREÑO. ¡Extremada!

CELIO. ¡Qué donaire!

CARREÑO. Amor merece.

CELIO. ¡Hasta la lengua parece
que es también enamorada!

CARREÑO. ¡Oh, si hiciese en cuantas ves (2)
una pregnática Amor,
que a nadie hiciese favor
si no hablase en portugués!

CELIO. ¿Qué hacía Mireno aquí?

(1) B: *cansa*.

(2) M: *en quantas vezes*. Ma: *si hiciesse chusta*
vez.

CARREÑO. Viene de meter la guarda.
 CELIO. ¿Cosa que sirva a Leonarda!
 CARREÑO. ¿Celazos?
 CELIO. Pienso que sí.
 CARREÑO. Pues no temas; que acompaña
 un amante a lo cruel
 de cierta doña Isabel
 que a lo moscatel le (1) engaña.

(Sale leyendo una carta LISARDO:)

LISARDO. “Es mujer de argentería,
 viciosa en corros de toros,
 que quiere a un tiempo a diez mo-
 y los escribe en un día.” [ros

CELIO. ¿Es Trebacio?

CARREÑO. El mismo es.

CELIO. Bien merece que le quiera,
 si en castellano le diera
 y la amara en portugués.

Aguarda, ¿quién está allí
 leyendo un papel?

CARREÑO. Tu amigo.

CELIO. ¿Lisardo!

CARREÑO. El habla consigo.

CELIO. Y aun está fuera de sí.
 ¿Qué extraño divertimento,
 pues no es el papel de amor,
 que tuviera disfavor
 celarme su pensamiento!

CARREÑO. Creo que tal suspensión,
 de amor debe de nacer.

CELIO. No hay en Portugal mujer
 a quien él tenga afición.

CARREÑO. Bien puede ser que trajese
 esta afición de Castilla.

CELIO. No creas tú que encubrilla
 a nuestra amistad pudiese.

CARREÑO. ¿Un (2) soldado deste talle
 ha de pasar sin querer
 una mujer?

CELIO. No hay mujer
 que a su amor pueda obligalle.

Yo sé bien su condición.

¿Qué hay, Lisardo?

LISARDO. ¿Es Celio? (3)

CELIO. Sí.

LISARDO. Con el cuidado no os vi.

CELIO. Ciegos los cuidados son.

Pero ¿de qué le tenéis?

LISARDO. Hoy de Lisboa me parto.

CELIO. En poco me decís harto;
 mas poca merced me hacéis,
 pues como el papel guardáis
 muy doblado y escondido,
 si, cual pienso, causa ha sido
 de que tan a prisa os vais,
 agravio hacéis a mi amor.

LISARDO. ¡Ay, Celio, adiós os quedad!

CELIO. ¿Esa es, Lisardo, amistad?

LISARDO. Sí, por no daros dolor.

CELIO. ¿Cómo? ¿Es muerta vuestra her-
 o vuestro padre? [mana,

LISARDO. ¿Los dos
 son muertos!

CELIO. Pues guardaos Dios,
 que toda esta vida humana
 va caminando a ese fin.
 Si heredáis, estad contento.

LISARDO. Heredo tanto tormento
 que quedo sin honra, en fin.

CELIO. ¿Sin honra? ¿Qué desatino!

LISARDO. Si son muertos en su honra,
 y viven por mi deshonra,
 ¿cuál otra herencia imagino!

CELIO. ¿Para su honra? ¿Estáis loco!

LISARDO. A lo menos debo estar
 loco; que tanto pesar
 no puede sentirse poco.

CELIO. Si haber nacido en Madrid
 los dos de padres iguales,
 si haberlo sido en la edad
 más tierna las amistades,
 si haber pasado los dos
 a Italia, a Francia y a Flandes
 debajo de una bandera
 con un mismo sueldo y gajes,
 y últimamente, en Lisboa,
 tener de dos capitanes
 dos tan honradas ventajas
 y dos tan nobles lugares,
 puede, Lisardo, obligaros
 con mi amor a darme parte
 de la razón que tenéis
 en sentimiento tan grande,
 mirad esto, y que soy hombre
 de quien pudiera fiarse
 la muerte de Julio César.

LISARDO. ¡Tened, no vais adelante,
 que parece que os ha dicho
 el alma, con sólo amarme,
 lo que pudiera la mía
 con hablar y declararse!

(1) B: te.

(2) B: A un.

(3) B: Celio.

¡Ay, Celio, sin honra estoy!
No os parezca disparate
decir que voy a la corte
a matar a un hombre grave.
No me habéis de dar consejo,
impedirme ni quitarme
este justo pensamiento,
porque, ¡vive Dios, que os mate!
Quedaos en buen hora, Celio;
que como con vida escape
del peligro adonde voy,
no volveré a veros tarde.

CELIO. ¡Esperad, tened! ¿Qué es esto?
No os quiero estorbar. Dejadme
que sepa lo que es siquiera,
y ya que queréis matarle,
no vais a la corte así;
que es lugar donde se saben
las más escondidas cosas,
aunque en los infiernos pasen.
Llevad un hombre con vos;
permitid que os acompañe,
que para todo soy bueno,
y no he nacido cobarde.
Si es grave el que os ha ofendido,
no le matéis donde os maten;
llevad ese maltrapillo,
y por capa vieja echalde
a un toro de tanta fuerza,
y estemos los dos aparte
para lo que sucediere.

LISARDO. ¡El cielo el consuelo os pague
que me habéis dado! ¡Dejad
que mil veces os abrace
y otras tantas los pies bese!

CELIO. No son cumplimientos tales
necesarios entre amigos.

LISARDO. Pues ya que para animarme
a la empresa más honrosa
y venganza más notable
queréis partiros conmigo,
porque no penséis que salen
tan justos atrevimientos
de agravios menos bastantes,
leed esa carta, Celio,
que no es posible que basten
ni mis ojos ni mi lengua.

CELIO. ¿De quién es?

LISARDO. Es de mi padre.

(Lee CELIO:)

“Hijo, yo quedo a la muerte

de enfermedad incurable,
porque agravios en la honra
aciertan mal a curarse.
No te pensaba escribir,
por no desasosegarte,
pero viendo que ya muero
no fué posible excusarme.
Anoche, a cierto ruido,
aunque viejo y miserable,
me levanté, y vi que un hombre
mozo y de gallardo traje
salía del aposento
de Felipa.” No es bastante
este agravio a darle muerte;
negociemos que se case.

LISARDO. Pasad adelante, Celio.

CELIO. ¿Hay más?

LISARDO. Pasad adelante.

CELIO. “Huyóse, en fin, hice fuerza
para saberlo y buscarle,
y dijo que era su esposo,
aunque eran tan desiguales,
cuanto vi por una firma
de una cédula.”

LISARDO. No pases

de ese punto. ¿Quién será?

CELIO. Será algún hombre importante.

¡Pero sea quien quisiere!...

LISARDO. Lee más.

(Lea.)

CELIO. “Yo quise hablarle
luego que el día me diese
lugar.”

LISARDO. ¿Qué afrentas tan grandes!

CELIO. “Oí misa, y fuíle a hablar.

Recibíome con semblante
de hombre que engañar desea.

Díjeme mis calidades;
que, aunque es título, no creo
que me aventaja en la sangre.”

LISARDO. ¿Título dice?

CELIO. Esto dice.

LISARDO. Pues yo no acerté esa parte.

CELIO. Grave es el hombre.

LISARDO. ¡Terrible;
pero el agravio es más grave!

CELIO. ¿Cómo?

LISARDO. Adelante leed.

CELIO. “Y desprecióme de suerte
que, con deseos de honrarme,
una palabra le dije

que pudiera perdonarse
a las canas y a los años;
que éstos no agravian a nadie;
pero él, alzando la mano,
en mi rostro..."

LISARDO. No la bajas
desde tu lengua al papel.

CELIO. Pues ¿qué quieres?

LISARDO. Que le rasgues.

CELIO. Guardalle será mejor;
y pues con lágrimas hacen
tal sentimiento mis ojos,
no tengo indicio que darte
más notable de mi pena.
¡Carreño!

CARREÑO. ¡Señor!

CELIO. ¿No sabes
cómo con mucho secreto
Lisardo a Madrid se parte,
y vamos los dos con él?

CARREÑO. ¡Dé albricias!

CELIO. ¡Quedo, no hables!
Toda mi ropa apercibe.

CARREÑO. Iré contigo en el aire.

LISARDO. A media noche saldremos.

¡La vida me va en que calles!

CARREÑO. No lo sabrá mi camisa.

LISARDO. Pues Dios nos dé buen viaje.

CARREÑO. ¿A qué vamos?

LISARDO. A las bodas
de una mujer como un ángel.

CARREÑO. ¡Oh, pues llevas tu remedio!

LISARDO. ¿De qué suerte?

CARREÑO. Haréme rajas (1);
que no hay mejor bailarín
desde la Mancha a Getafe.

ACTO SEGUNDO (2)

(Salen FELICIANO y FELIPA.)

FELICIANO. ¿Cómo se puede templar
una tristeza tan justa?

FELIPA. Quisiera llamarla injusta.
pero no me atrevo a hablar.

FELICIANO. Lo que quedarme pudiera
por consuelo, que no aguardo,
era el saber de Lisardo,

y que él de mi mal supiera.

Días ha que le escribí,
y que no he visto respuesta.
¿Vida para un padre es ésta,
mayormente para mí?

He sospechado que es muerto,
que no querrá la Fortuna
que tenga esperanza alguna;
que hasta la muerte no hay puerto.

Tú quitándome el honor,
y el Marqués el de mi cara;
tu hermano, en quien todo para,
matándome de dolor.

No sé qué tengo de hacer,
¡oh vil, perezosa muerte!

FELIPA. Conozco que el trance es fuerte
en que te has venido a ver;

mas, si no eres poderoso
para vengar tus agravios,
haz lo que los hombres sabios
adonde es el mal forzoso:

remite a Dios tu venganza,
ten para el mundo prudencia,
porque la justa paciencia
todo cuanto quiere alcanza.

Y si éstos son flacos medios,
¡mátame, señor, a mí!

FELICIANO. El dolor tomé de ti,
no tomaré los remedios.

FELIPA. ¿Por qué, si el remedio es bue-
Que en la víbora también [no?
los antidotos se ven
contra su mismo veneno.

(CRIADO, entre.)

GERARDO. Aquí ha llegado un soldado
que viene de Portugal.

FELICIANO. Mejor dirás que a mi mal
algún consuelo ha llegado.
¿Viene solo?

GERARDO. Solo viene.

FELICIANO. Di que entre.

(CELIO, entre.)

CELIO. El cielo te guarde.

FELICIANO. Consuelo que llega tarde,
nombre de consuelo tiene;
pero cuando se anticipa,
remedio del mal se llama.
Bien seáis venido.

CELIO. ¿Esta dama

(1) Así el verso en las tres ediciones.

(2) En las tres ediciones: *Acto segundo de La venganza venturosa.*

es la señora Felipa?

FELICIANO. Esta es mi hija.

CELIO. Las manos
os suplico que me deis,
que un hermano que tenéis
y yo somos tan hermanos,
que vuestro lo puedo ser.

FELICIANO. Ya que nos queréis honrar,
teneros en su lugar
es lo que os puedo ofrecer.

CELIO. De vos puede recibir
honra y valor el honor.

FELIPA. Si habláis de vuestro valor,
muy bien lo podéis decir.

CELIO. Yo hablo del que tenéis.

FELIPA. Mirad que mi padre espera.

CELIO. Y yo esperara, si fuera
tal como vos merecéis.

FELIPA. No pensé que los famosos
soldados eso sabían.

CELIO. Estos pensamientos crían
para cuando están ociosos.

FELIPA. Mi padre os aguarda allí.

CELIO. Disculpa puedo tener.

FELICIANO. Si a mí me venís a ver,
haced más caso de mí.

CELIO. Es, señor, muy de soldados
ser corteses a las damas,
porque a volver por sus famas
son, como veis, obligados.

FELICIANO. [*Ap.*] Este debe de saber
que ésta ya no tiene honor.

CELIO. Traigo una carta, señor,
y con ella os vengo a ver,
de vuestro hijo Lisardo.

FELICIANO. ¿Cómo queda?

CELIO. Algo indispueto.

FELICIANO. ¡Tal el dolor le habrá puesto!
Leerla quiero.

CELIO. Aquí aguardo.

(*Lee el Viejo.*)

Las manos, Felipa hermosa,
vuelvo otra vez a besaros.

FELIPA. Yo también tengo que hablaros
de secreto en cierta cosa.

Retirémonos de aquí,
que el viejo está divertido.

FELICIANO. La letra lo ha enternecido;
¿qué hará lo demás en mí?

(*Lee:*)

“Padre y señor: vuestra carta

recibí con tanta pena,
que por no acortaros vida
no me dispuse a perdella.
Dos cosas se me ofrecían
forzosas a la respuesta,
que eran: consuelo y consejo,
y no sé ninguna dellas;
consuelo yo no le tengo
para que dárosle pueda;
consejo, sois vos mi padre,
mirad cuán impropio fuera.
Si algo me atrevo a deciros
es que pediré licencia
para veros de aquí a un mes,
¡de aquí a mil años os vea!
Allá trataré con vos
el remedio desta ofensa,
no digo la de Felipa,
puesto que ha sido tan fea,
que, en fin, señor, es mujer,
y no es la mujer primera
que ha manchado en su linaje
el paño de la nobleza:
la de vuestra cara digo;
mas ¿por qué digo la vuestra?

Mejor diré que la mía
ha recibido la afrenta.
El señor alférez Celio,
que ésta a vuestras manos lleva,
es mi hermano y vuestro hijo,
y a quien yo debo mil deudas.
Va a negocios a la corte;
suplícoos, señor, que tenga
vuestra casa por posada,
por dos causas: la primera,
porque le paguéis por mí
la obligación que me deja;
la otra, porque entre tanto
que voy sirva de defensa
de vuestra casa, si acaso
quisieren haceros fuerza.
Dios os guarde muchos años
con lo que el alma os desea,
del castillo de Lisboa,
esta humilde hechura vuestra.

FELICIANO. Yo, caballero, he leído.

CELIO. Enternecido estaréis.

FELICIANO. Es hijo de amor, sabéis
que está con el alma asido;
que aunque tiene su gobierno
sobre la más fuerte vida,
un viejo es carne manida,
y así está el amor más tierno.

Mi hijo me dice aquí
que en casa habéis de posar.

CELIO. Eso no habéis de mandar.

FELICIANO. Habéislo de hacer por mí,
que su alcaide habéis de ser
mientras que viene Lisardo,
que ya de aquí a un mes le aguar-
Hacedme aqueste placer. [do.

CELIO. Ahora bien, quiero servirlos;
vuestro hijo soy desde hoy.

FELICIANO. Y yo vuestro padre soy,
no tengo más qué deciros.

CELIO. Mientras que Lisardo viene,
en su lugar me tened.

FELICIANO. A todos hacéis merced.

CELIO. [Ap.] ¡Bellísimo talle tiene!

Ya temo de su hermosura
y mi tierna condición
algún mal de corazón;
pero todo lo asegura

la lealtad y amistad llana.

Lisardo escondido queda
para que ver no le pueda
ni su padre, ni su hermana;

porque, por mayor secreto
de su venganza, ha querido
que, sin saber que ha venido,
tenga su venganza efeto.

Con la carta me ha enviado
que en la posada escribió,
y quiere que quede yo
en su casa aposentado,

porque no le haga fuerza
este galán de su hermana,
que, a no haber sido liviana,
no sé qué deidad me esfuerza
a tenerla inclinación.

Ahora bien, voile a buscar.)

Licencia me podréis (1) dar
para que vuelva al mesón
donde la ropa dejé.

FELICIANO. Vayan con vos dos criados.

FELIPA. [Ap.] (Cortesés son los soldados;
¡oh, qué presto me cegué!,

que aunque al Marqués no le de-
ni me debe más que amor. [bo
éste me estaba mejor,

que es un gallardo mancebo;

mas ya perdí la esperanza.

Bien dicen que la mujer

es Sol en amanecer
y Luna en hacer mudanza.)

(Váyanse y entren LISARDO y CARREÑO.)

LISARDO. Quien fía de otros su honor,
mucho pienso que le obliga.

CARREÑO. Ya no sé lo que te diga,
de tanta merced, señor;
pero vive satisfecho
que mi humilde proceder
no falte de agradecer
las que debiere a tu pecho.

En materia de callar
no tengo qué te decir
más de que sabré morir
y no he de saber hablar;
cuanto toca al pantuflazo
que he de dar a ese señor
que te ha quitado el honor.
ya tengo sabroso el brazo.

Soy un duro montañés,
hasta el nombre guijarreño,
porque me llamo Carreño
de la cabeza a los pies.

Haréle a su señoría
tan lindo juego de manos,
que pueda a los cirujanos
servir para notomía.

LISARDO. Todo lo creo de ti,
que eres honrado soldado.

CARREÑO. El Alférez ha fiado
notables cosas de mí.

No hay potro en que yo cantase,
aunque el de los Vélez fuese,
si dos mil vueltas me diese.

LISARDO. Cuando a términos llegase
la muerte que se ha de hacer,
que la justicia la entienda,
no hayas miedo que te prenda,
porque habemos de correr

la misma noche la posta
todos tres a Portugal.

CARREÑO. Bien dices, porque es gran mal
hacer al diablo la costa.

Guárdate de que se escriba
tu historia de procesado,
que hay impresor de tirado
que a un hombre de aliento priva;
pues cuando suele llegar
aquello del confesante,
no hay paciencia de diamante
para poderlo escuchar;

(1) B: *podeys*.

a la segunda pregunta
dijo el dicho que valiera
más que boca no tuviera:
tales desdichas le junta;
pues cuando en un aposento
de dar sudores encierran
a un hombre y los pies le hierran,
¿adónde habrá sufrimiento,
o qué habrá que en él no esté?

Ratón hay, que es cosa extraña,
que vino a fundar a España
con los hijos de Noé;

y pulgas hay tan disformes,
que saltaron en Madrid
desde las hijas del Cid
en los robledos de Tormes;

pues chinches, no es esto engaño,
sino muy cierta opinión,
que fundaron a Chinchón
después del diluvio un año;

pues piojos, es profundo:
piojos hay, no te espantes,
que fueron de los gigantes
en el principio del mundo.

LISARDO. Pena me has dado.

CARREÑO. ¿Por qué?

LISARDO. Porque quien en eso mira
no hará cosa que la ira
le mande, aunque cerca esté;
el hombre considerado
nunca lo he visto valiente,
porque el fin hace prudente
al más loco y más airado.

CARREÑO. ¿Cómo eso tiene vencido
un hidalgo corazón?
¿No has oído la razón
de aquel capitán temido,
que tembló cuando le armaban,
y a quien se lo preguntó
desta suerte respondió:
que las carnes le temblaban
del estrecho en que querían
ponerlas el corazón?

LISARDO. Agrádame la razón
cuando las obras la fían.

(Sale CELIO.)

CELIO.

Si por acá se hubiera negociado
como yo por allá, Lisardo amigo,
nuestra ventura caminaba a prisa.

LISARDO.

Mas si vos por allá fuistes dichoso,
Celio, en hablar mi padre y dar la carta,
y está contento el viejo, presumiendo
que vendré con la prisa que le escribo,
acá se ha negociado de manera
que asegura el cuidado la esperanza
de cobrar el honor con la venganza.

CELIO.

La carta di, como quedó trazado;
enternecióse el lastimado viejo,
y mándame quedar en vuestra casa,
adonde huésped soy; hablé a Felipa...

LISARDO.

No la nombréis. ¡Oh, infame!...

CELIO.

Las palabras
sólo ofenden la boca que las dice;
vos sois su hermano, y ella está sin culpa,
pues engañarla un hombre la disculpa.

LISARDO.

Callo por vos; y, porque estéis contento
del buen suceso, estad un rato atento:
yo hice que Carreño me llamase
un paje de mi padre con secreto,
declaréle mi pecho en confianza
de que yo le he criado, y estoy cierto
de que sabrá callar, porque en mis cosas
hice experiencia de su honrada lengua;
dél supe, Celio, el título.

CELIO.

¿Qué nombre?

LISARDO.

Llamábase el Marqués de Lusiñano.

CELIO.

¿Extranjero?

LISARDO.

Sí, Celio.

CELIO.

¡Gran ventura!
digo que la venganza está segura.

LISARDO.

Preguntéle también cómo podría
en casa del Marqués entrar, y díjome:

que antes destos sucesos se trataban los de mi padre y sus criados.

CELIO.

Siempre

se busca esa ocasión.

LISARDO.

Y que sabía que este Marqués buscaba un secretario. Apenas pronunció tal nombre, cuando se me puso en la frente que podía servirle yo de aqueste o de otro oficio; no fué mal pensamiento, porque apenas solo quedé, cuando escribí seis cartas fingiendo nombres de diversos príncipes que todos abonaban mi persona, y con su calidad la de mi ingenio; fuime atrevido, y en su misma casa se las di, con un prólogo discreto; o fuese mi ventura, o su desdicha, o que se aficionase a mi persona, o que mi entendimiento le agradase, yo soy su secretario.

CELIO.

¿Cierto?

LISARDO.

Cierto.

CELIO.

¿Hay hombre tan dichoso? ¿Hay tal industria que cuenten las historias de Pirandro, de Pisistrato, Sísifo y Ulises? ¿Que hablastes al Marqués? ¿Que os atrevistes a darle cartas de favor fingidas? ¿Que os recibió el Marqués?

LISARDO.

Veréis agora

llevar la ropa, Alférez, a su casa, como a la mía llevarán la vuestra; allí sí que tendré lugar bastante de hacer mi hecho sin que sea sentido, ni poner a peligro vida y honra; vos, Celio, con mi padre y con mi hermana habéis de asegurar que estoy ausente; yo, en casa del Marqués, mi poco a poco iré llegando al punto que deseo, que como le acompañe alguna noche será la eterna de su triste vida.

CELIO.

No tengo qué deciros; sólo pienso

que se ha ofendido el cielo en tanto grado de las manos sacrílegas deste hombre, porque las puso sobre aquellas canas, que han cegado sus ojos a admitiros en su servicio por dos cartas solas, de señores apenas conocidos, de quien no hay tales nombres en el mundo.

LISARDO.

Carreño, Celio, ha de vivir conmigo, que vos tendréis allá bastantemente, en casa de mi padre, quien os sirva; yo voy a verle; ¡sabe Dios si veo un demonio en mirarle, y que quisiera pasarle a puñaladas dos mil veces!; mas ya vendrá ocasión.

CELIO.

Id con recato; pero advertid que no salgáis de día, que podrían acaso conoceros.

LISARDO.

No harán, que de Madrid salí sin bozo, y estoy como me veis; y aún es milagro que no tenga las canas de mi padre, después que puso aquél la mano en ellas. Veámonos de noche, si os parece, en las gradas de aqueste monasterio (1) y mirad por mi casa como amigo.

CELIO.

Fiad de mí.

LISARDO.

Como de mí conmigo.

(Vase LISARDO.)

CELIO. ¿Sabes tú ya la posada del Marqués?

CARREÑO. Pues con él fui, bien la sabré. ¿Qué hay de ti, que no me has contado nada?

CELIO. Si tuvieras más lugar, altas cosas te dijera.

CARREÑO. Pienso que Lisardo espera; después podremos hablar.

CELIO. Pero de paso, me di, ¿qué casa es la de Lisardo? Casi en decir me acobardo lo que ha pasado por mí.

(1) *M* y *Ma*: monasterio.

Casa de un hidalgo honrado
y no pobre, me parece;
buen adorno la guarnece,
sillas, pinturas y estrado.

Hay coche, que es grande honri-
del vivir deste lugar, [Illa
y lo que es el viejo, honrar
puede un gobierno en Castilla;
mas, de todo cuanto vi,
Felipa me pareció
lo mejor que he visto yo
desde que en Madrid nació.

CARREÑO. ¿Tienes seso?

CELIO. No te digo
que estoy muy enamorado,
mas que a Felipa he mirado
como a hermana de un amigo.

CARREÑO. Harto has dicho. ¡Plega a Dios
que de ese punto no pases!,
porque temo que te abrases,
si estáis tan cerca los dos.

Enamorarla no es justo,
siendo hermana de quien sabes;
que traición entre hombres graves
nunca la disculpa el gusto;
pues tratar de casamiento
para no serle traidor,
no da lugar el honor,
después de sabido el cuento;

aunque hay hombre que el casar
a lo poltrón han llamado
beber en jarro enpegado,
que mosca y paja ha de entrar:
puesto una vez en la boca,
todo cuanto viene tragan.

CELIO. No aconsejo que lo hagan,
si punto de honor les toca.

Yo, por lo menos, Carreño,
me defenderé de Amor.

CARREÑO. Mira el exemplo, señor,
que está cerca, y no es pequeño;
quien da la muerte a un marqués,
como la trata contigo,
mejor matará un amigo,
que el que es traidor no lo es.

El se va; queda con Dios,
que quiero llevar la ropa.

CELIO. Corra agora viento en popa
la venganza de los dos,
que después, en otra parte,
no me acordaré de Amor.

CARREÑO. Vuélvete a decir, señor,
que te guardes de casarte;

que si te casas, no es
honra, amor, gusto ni gala,
comprando el Marqués la cala,
comer el melón después.

(*Vanse. Entra el MARQUÉS y FLORA.*)

MARQUÉS. Estoy tan contento dél,
que pienso que ha de agradarte.

FLORA. Abonada de tu parte,
conozco las que hay en él.

MARQUÉS. Fuera de haber conocido
su gallardo entendimiento,
de su talle estoy contento,
y sé que es muy bien nacido,
que le abonan en extremo
cartas de grandes señores.

FLORA. Los secretarios mejores,
cosa que deste no temo,
son los más ejercitados,
que el ingenio y la prudencia
suelen ir, sin la experiencia,
en los papeles turbados;
ésta debe de tener,
pues tanta nobleza abona
las partes de su persona.

(*LISARDO, entre.*)

LISARDO. [*Ap.*] (Ya no tengo qué temer;
en un principio tan firme,
seguras mis cosas van.
Aquí mis dueños están.)

MARQUÉS. Ya viene, Flora, a servirme.

LISARDO. Deme vuestra señoría
sus pies.

MARQUÉS. A mi hermana hablad.

LISARDO. Dadme los vuestros, y honrad,
señora, la humildad mía.

FLORA. ¿Cómo os llamáis?

LISARDO. Es mi nombre
Felipe, a servicio vuestro.

FLORA. Si en la pluma sois tan diestro
como en galas gentilhombre,
no tendrá igual secretario
ningún señor desta corte.

LISARDO. Teniéndoo a vos por norte,
no temo viento contrario.

FLORA. Bien podrá de vos fiarse.

LISARDO. Con vuestro amparo y favor
podrá el Marqués, mi señor,
de mi servicio agradarse.

FLORA. No hay cosa que no prometa

vuestro estilo; estad seguro
que seréis yedra en el muro
de una persona discreta,
que sabrá bien conocer
vuestro buen entendimiento.

LISARDO. Tenerle tan corto siento
que eso pueda merecer;
pero lo que dél faltare
suplirá la voluntad,
pues tengo seguridad
de que la vuestra me ampare.

FLORA. Pues si vos ejercitáis
vuestro buen entendimiento,
y para servir contento
la voluntad que mostráis,
tendrá memoria el Marqués
igual a vuestros servicios,
y yo haré buenos oficios.

LISARDO. Bésoos mil veces los pies.

(Vase FLORA.)

Muy grande merced me ha he-
mi señora. [cho

MARQUÉS. Como vea
un buen ingenio, desea
mostrar amoroso pecho,
porque es grande estimación
la que hace de quien sabe.

LISARDO. Esa estima sólo cabe
donde hay tanta discreción.

MARQUÉS. Tiene gusto de leer;
después que en España está
bien habla, y escribe ya.

LISARDO. Nadie podrá conocer
que fuera della ha nacido.

MARQUÉS. Ahora bien, ya es necesario
que, como a mi secretario
y a un hombre tan bien nacido,
os comunique, Felipe,
de mi secreto el mayor,
porque a quien tuviere amor
deste mi amor participe.

LISARDO. Yo entro tan obligado,
señor, en vuestro servicio,
que antes de ejercer mi oficio
mil años me habéis pagado.
Decidme cualquier secreto,
sea de amor, o de honor,
que como hidalgo, señor,
debida lealtad prometo.

MARQUÉS. Yo sirvo en Madrid, Felipe,
una doncella gallarda,

por todo extremo discreta
y por todo extremo honrada.
No quiero cansarte agora
en referirte sus gracias;
por ser de tu mismo nombre,
tu mismo nombre me agrada.
No la he podido rendir
con obras, ni con palabras,
con haberme vuelto Ulises
mis enamoradas ansias.
Dísela de casamiento
y con cédula firmada
de cumplilla, que es mujer
de presunciones tan altas;
pero fué engañosamente,
y sólo para obligarla,
al fin de tantos deseos
que me mataban el alma.
Dióme su puerta una noche;
yo, con segura esperanza,
entretúveme en amores;
¡mal haya el hombre, mal haya,
que en las venturas de amor
tiene tiempo, y tiempo aguarda,
sabiendo que la ocasión
es aire por las espaldas!;
cuando ya quise perder
miedo y respeto a su cara,
que también, si verdad digo,
fué el miedo la mayor causa,
porque mil veces, queriendo
llegarme cerca, temblaba
de un frío impropio, pues era
tenerle en las mismas llamas,
llamó su padre a su gente;
salí huyendo, ¡qué desgracia!
pues perdiendo yo ocasión.
Felipa perdió la fama.
Gracioso niño es Amor,
pues cuando en la calle estaba
me abrasaba de animoso,
yo, que temblaba en su casa.
Vino a verme el noble viejo,
y no poco de mañana,
que durmiendo honor y ofensa
siempre madrugan al alba;
descompúsose conmigo,
porque dijo que mi hermana
podía servir su hija;
olvidéme de sus canas,
y puse la mano en ellas.

LISARDO. ¡Extraña cólera!

MARQUÉS. ¡Extraña!

LISARDO. ¿No te pesa?

MARQUÉS. Ya está hecho.

Yo te digo lo que pasa;
él fué libre, yo fuí loco;
como esas cosas se acaban;
ya no paseo de día
su calle, pero no falta
quien la visite por mí.

LISARDO. La historia, señor, me espanta.
¿Cómo ha llevado Felipa
el ver afrentar la cara
de su padre?

MARQUÉS. No la he visto,
que con cuidado la guarda;
pero, ya que algunos días
habrán causado templanza
al enojo de los dos,
esta noche pienso hablarla.

LISARDO. Pues ¿ella dará lugar?

MARQUÉS. Haremos a la ventana
las señas que yo solía.

LISARDO. Pienso que estará enojada.

MARQUÉS. No hay en eso qué temer,
que aunque tiene alguna causa,
satisfacciones y amores
rinden a la más airada;
yo creo que me le tiene,
mas, por si acaso en su casa
hubiere algún sentimiento,
que no les falta arrogancia,
porque el viejo está muy vano
del solar de la Montaña,
bien es que vayas conmigo;
prevén, Felipe, tus armas.

LISARDO. Estimo que de mí tengas
esa justa confianza:
bien mi amor te la merece.
Vamos a ver esa dama,
y fía tu vida y honra
deste brazo y desta espada,
que adonde voy vas seguro
como en un cuerpo de guarda.

MARQUÉS. Haz esto, en tanto que vuelvo,
por si fuere de importancia;
que dos hombres prevenidos
para cuatro o cinco bastan.

LISARDO. ¿Qué son cinco, ni cincuenta,
como yo contigo vaya?

MARQUÉS. Fiaré de ti mi vida.

LISARDO. Seguro puedes falla.

(Vase EL MARQUÉS.)

Próspera me sucede la Fortuna,

notablemente ayuda a mi deseo,
pues ya tan cerca mi venganza veo;
y sin temor, dificultad ninguna.

Escurece tus rayos, blanca Luna,
si el de mi espada en un tirano empleo,
cuyo delito temerario y feo,
por venganza, a los cielos importuna.

Un pobre hidalgo soy, la empresa es alta;
mas no merece caso tan piadoso
el fin que me amenaza y sobresalta;
ni yo merezco el nombre de alevoso,
que con la industria, si la fuerza falta,
se vence al enemigo poderoso.

(Entre CARREÑO.)

CARREÑO. ¿Ya tienes tu ropa aquí?

LISARDO. Más tengo de lo que piensas,
pues que todas mis ofensas
vengan los cielos por mí.

El Marqués de mí se fía;
toda su historia y suceso
me ha contado.

CARREÑO. ¡Extraño exceso
de amor!

LISARDO. Es ventura mía.

Esta noche quiere ir.
Carreño, a ver a mi hermana,
que piensa que a la ventana,
con señas, ha de salir;
si veo buena ocasión
y Celio estuviera en vela,
de la trazada cautela
llegará la ejecución.

Quédate aquí, y no te acuestes
hasta que vuelva.

CARREÑO. Señor,
ir allá será mejor.

LISARDO. Mejor es que en tanto aprestes
lo que fuere menester.

CARREÑO. Ahora bien, guíete el cielo.

LISARDO. El sabe mi justo celo.

(Vase.)

CARREÑO. Bien me queda qué temer;
pero con estar en vela
para poner tierra en medio
tendrá mi temor remedio.

(Sale FLORA.)

FLORA. Dile a Fabricio, Rosela,
que vaya tras el Marqués.

CARREÑO. [Ap.] (Esta es Flora, hermana bella del Marqués; huigamos della.)

FLORA. ¡Hola! ¿Quién sale? ¿Quién es?

CARREÑO. Criado, señora, soy de Felipe, el secretario.

FLORA. Esperad.

CARREÑO. ¿Soy necesario?

FLORA. Deseosa, amigo, estoy de saber quién es.

CARREÑO. Estimo como es razón el favor y, en fe de vuestro valor, a decir quién soy me animo: yo soy un hidalgo honrado...

FLORA. Por vuestro señor pregunto.

CARREÑO. No importa, todo anda junto; soy, como digo, un soldado...

FLORA. No quiero saber de vos, sino de Felipe.

CARREÑO. Bien, pero no es malo también que os dé cuenta de los dos; soy, como digo, un hidalgo, que me apellido Carreño...

FLORA. Decidme de vuestro dueño, que es lo que importa.

CARREÑO. Ya salgo.

FLORA. Si no lo quiero saber, ¿qué importa que lo digáis?

CARREÑO. Para que quién es sepáis, quién soy os doy a entender.

¿No conocen los discretos por la criatura al Criador, y se conoce mejor la causa por los efectos?

Pues conociéndome a mí, por criatura de mi amo, sabréis quién es; yo me llamo Carreño...

FLORA. ¡Ya lo entendí!

CARREÑO. Tengo nombre de valiente, que gente de rumbo y juncia lo que con erres pronuncia tiene por más excelente; sirvo porque no nací con dineros que gastar, que de servir a mandar no hay más distancia.

FLORA. Es así.

CARREÑO. Piensan estos caballeros que los sirven por quien son, pero la cierta razón es porque tienen dineros;

que el criado más leal, por el interés que espera sirve, que si no le hubiera, se fuera o sirviera mal.

Esto es lo que toca a mí; mas si secreto tenéis, quién es mi señor sabréis.

FLORA. Yo te lo prometo; di.

CARREÑO. Mi señor, señora, es hijo de un Grande de Portugal.

FLORA. ¿Legítimo, o natural?

CARREÑO. Pienso que no me lo dijo; pero sé que disfrazado, en la corte de Castilla quiere ver su maravilla. ¡Mirad qué noble criado!

Pero no le digáis nada, ya que me fío de vos; que me pasara, ¡por Dios!, hasta el recazo la espada. ¡Ah, lengua; Dios te perdone! ¿Qué has dicho?

FLORA. No tengas miedo. Dudarlo quiero, y no puedo; que no hay cosa que no abone su persona y gallardía.

CARREÑO. Servía allá, en Portugal, una señora, su igual; dióle unos celos un día, y por hacerle pesar andamos desta manera.

FLORA. ¿Notable pasión!

CARREÑO. Quisiera que tuviéramos lugar para contaros mil cosas. Pero mañana sabréis sus amores, y veréis mil historias prodigiosas.

FLORA. Pues ¿quiérela todavía?

CARREÑO. Tengo pensado que no.

FLORA. ¿Por qué al Marqués se inclinó?

CARREÑO. Espere su señoría, que me aprieta fuertemente (1). Diéronle un retrato allá, y juzgando que será para templar su accidente, vino con esta invención para servir al Marqués.

FLORA. Pues ¿cuyo el retrato es?

CARREÑO. ¿Cuyo? Vuestro, con perdón.

(1) B: firmemente.

FLORA. ¿Mío?
 CARREÑO. Si no me ha engañado.
 FLORA. No te vayas, que me importa hablarte.
 CARREÑO. El hablar reporta.
 FLORA. Entra, que tengo un cuidado que me has de satisfacer.
 CARREÑO. Ve, señora, que ya voy.
 FLORA. Llena de cuidado estoy; no me espanto, soy mujer.

(*Entrase.*)

CARREÑO. ¿Qué es esto? ¿Qué desatino, qué mentira y fingimiento ha sido aquesta? ¿Qué intento, qué pretendo, qué imagino?
 ¡Que pueda tanto mi humor que me obligue a tanto enredo!
 Pero satisfecho quedo;
 que cobré a Lisardo amor.
 Y ésta la venganza es que con menos sangre aguardo, si por dos partes Lisardo es cuñado del Marqués.

(*Vase, y sale el MARQUÉS, de noche, y LISARDO.*)

MARQUÉS. Esta es su puerta y ventana.
 LISARDO. ¡Y cómo si la sé yo!
 MARQUÉS. Aquí mil veces me habló.
 LISARDO. ¡Oh, falsa; oh, fingida hermana!
 MARQUÉS. Aquí su hermosura vi.
 LISARDO. Aquí mi deshonra veo.
 MARQUÉS. Aquí me trae un deseo.
 LISARDO. Aquí, mi venganza a mí.
 MARQUÉS. Aquí veré si hay amor.
 LISARDO. Aquí si hay honor veré.
 MARQUÉS. Si hay en las mujeres fe.
 LISARDO. Si hay en los hombres valor.
 MARQUÉS. A las señas han salido.
 LISARDO. ¿Qué tengo ya que esperar?
 MARQUÉS. Allí puedes aguardar.
 LISARDO. ¡Qué mal aguarda el vencido!

(*FELIPA en lo alto.*)

FELIPA. ¿Quién llama?
 MARQUÉS. ¿Quién puede ser, sino quien tanto os adora?
 FELIPA. ¿Es el Marqués?
 MARQUÉS. Sí, señora.
 FELIPA. ¿Qué queréis?
 MARQUÉS. Sólo querer.

FELIPA. ¿Es posible que llegáis a esta puerta ni a esta calle?
 MARQUÉS. Haced con amor que calle, y veréis que no os quejáis.
 FELIPA. Si tuviéades amor no estuviera yo quejosa, porque amor es una cosa que no consiente rigor.
 El que vos habéis usado con quien me dió el ser que soy, muestra cuán lejos estoy de vuestro amor y cuidado.
 Quien ama, quiere también hásta un perro de quien ama; quien bien nacido se llama y dice que quiere bien,
 ¿cómo en un padre, en un viejo, pone la mano cruel?
 Si habláis con amor, no es él el que os dió tan mal consejo.
 Ni por mujer, ni por dama, eternamente me habléis.
 MARQUÉS. Oíd, oíd, no os entréis, pues vuestro marido os llama.
 LISARDO. ¡Quién lo que dicen oyera! Mas basta verlos hablar. La espada quiero sacar; ahora es tiempo de que muera.
 FELIPA. ¿Vos os llamáis mi marido? ¿Vos?
 MARQUÉS. ¿Luego no lo soy yo?
 FELIPA. Digo mil veces que no.
 LISARDO. ¡Ay, honra, favor te pido!
 FELIPA. Con ser yo tan desigual que descalzar no os merezco, por señor os aborrezco, por marido os quiero mal.
 MARQUÉS. Templad la furia, ojos bellos.
 FELIPA. Quien afrentó tales canas, mejor por cosas más vanas me arrastrará los cabellos.
 ¿Mano había yo de dar a quien la puso en la cara de quien me engendró?

MARQUÉS. Repara...
 FELIPA. No tengo que reparar.
 LISARDO. Sí, llegaré; pero creo que no es ésta la ocasión.

(*Salc CELIO con dos criados, o tres, con rodela.*)

CELIO. Ya llegó la ejecución de nuestro mayor deseo.

Sin duda es éste el Marqués,
que está con Felipa hablando,
y el que aparte está esperando
pienso que Lisardo es.

Digan, hidalgos, ¿saben por, ventura,
cuya es aquesta casa?

MARQUÉS.

¡Vive el cielo,
Felipe, que ha salido della un hombre!

LISARDO.

Déjeme hablar con él vuseñoría.
¿Es eso con nosotros, caballero?

CELIO.

Con ellos, pues.

LISARDO.

Pues no se acerque tanto
a la persona que habla en esta reja;
que aunque traiga la escuadra que se mira,
tiene valor para que no le mire.

CELIO.

No cumplo yo con eso.

LISARDO.

Pues espere,
y hablaremos aparte los dos solos.

CELIO.

¿Es Lisardo?

LISARDO.

Yo soy. ¿Qué te parece?
¿Daremos muerte a este hombre?

CELIO.

Yo quisiera
que de una vez saliéramos de todo;
que quien pierde ocasión, todo lo pierde.

LISARDO.

Hagamos tribunal, y aquí se acuerde.

CELIO.

¿Quién entrará en consejo con nosotros?

LISARDO.

Entre el honor, la afrenta y la vergüenza,
que éstos son muy honrados consejeros.

CELIO.

¿Y quién será el fiscal?

LISARDO.

Justa venganza.

CELIO.

Pues éste solo a muerte le condena.
Apele a la del fin.

LISARDO.

No haremos nada
si lo llevas a tal chancillería,
con las mil y quinientas, que en los pleitos
pagará dos mil veces la esperanza
de que después se hará mejor venganza.

CELIO.

Pienso que si esta vez le damos muerte,
y le hallan en tu calle, donde saben
que a tu hermana servía, al pobre viejo
se la damos mayor, que en una cárcel
ha de acabar sus miserables días,
y tu hermana también perder la honra,
y entre mujeres viles estar presa.

LISARDO.

En llegando las cosas, Celio amigo,
a consideración, no haremos nada;
pero, pues es mejor que aquí no sea,
noches habrá que lejos desta casa
le pueda dar la muerte; mas agora
conviene que con él opinión gane
de que soy tan valiente como piensa (1).
Mete mano, y retira esos criados,
porque en viendo que huyes, huirán todos.

CELIO.

Acuerdo me parece de tu ingenio;
pensaremos mejor cómo salgamos
de caso tan difícil sin peligro.

(Acométenle todos.)

¡Meted mano, villanos!

LISARDO.

¡Fuera, perros!
¡Todos sois pocos! ¡Déjalos, que huyen:
que son unas gallinas, vive el cielo!
¡Habla entre tanto que los mato a palos!

(Tras ellos, LISARDO.)

(1) M y Ma: pienso.

MARQUÉS.

¡Qué notable valor! ¡Valiente mozo!
¡Que justa fué mi confianza digo,
que un buen criado es el mejor amigo!

(Sale LISARDO.)

LISARDO.

No los quise seguir, pero otro día
yo traeré galgos a esta calle, y ellos
podrán correr tras semejantes liebres.

MARQUÉS.

Darte quiero mis brazos.

LISARDO.

Tus pies beso.

MARQUÉS.

¡Oh, valiente Felipe!, desde agora
de aquesta voluntad las llaves tienes.
Manda mi casa, y mis estados manda.

LISARDO.

Agora soy tu esclavo más humilde.

MARQUÉS.

¿Quién eran esos hombres?

LISARDO.

El que aparte

me habló aquel rato dijo que era deudo
y galán de Felipa, a quien su padre
la tiene prometida en casamiento.
Yo respondí que no lo imaginase,
que Felipa era tuya, y sobre aquesto
vinimos a palabras de la marca,
y sacadas las hojas, ni parece
galán, ni deudo; y si ha de ser marido (1),
mucho tiene de ciervo, mal agüero,
porque es medroso, y en correr ligero.

MARQUÉS.

¿Deudo en su casa, y que casarle quiere?
¡Cosa que sea deste viejo industria
para vengarse del pasado agravio!
La gente se alborota; ven conmigo.

LISARDO.

No tienes qué temer; yo voy contigo.

(Vanse, y salgan FLORA, y ROSELA, criada suya.)

FLORA.

Todo lo que te he contado
de su lacayo lo sé;
que a darle crédito y fe
se dispuso mi cuidado.

Y es que como dél estoy
tan contenta, cuanto creo
es disculpar el deseo
por igualarle a quien soy.

Sólo una cosa, Rosela,
me ha dado pena.

ROSELA.

¿Cuál es?

FLORA.

Haber en esto después
algún engaño o cautela.

ROSELA.

¿Cómo?

FLORA.

Ser éste casado
por ventura en Portugal,
que de lo que es ser mi igual
no se recela el cuidado;
y también puede haber hecho
algún delito.

ROSELA.

¡Es verdad!

FLORA.

¡Qué ciega es la voluntad,
y qué loca en nuestro pecho!

Mas yo lo pienso saber.

ROSELA.

¿Cómo, señora?

FLORA.

El amor
es el mayor hablador,
esté en hombre o en mujer.

Finge, Rosela, que estás
deste mozo enamorada;
que no te encubrirá nada
si sólo un favor le das.

ROSELA.

Déjame con él, que creo
que fácilmente le engañe.

FLORA.

Porque de ti no se extrañe,
préndele bien el deseo.

Haz como buen pescador:
dale cuerda de una vez
hasta que se ahoga el pez.

(El MARQUÉS, alborotado.)

MARQUÉS.

¡Hermana Flora!

FLORA.

¡Señor!

MARQUÉS.

¡Mal en extremo nos fué!

FLORA.

¿Cómo?

MARQUÉS.

A no llevar conmigo
tan buen criado y amigo,
¡no en vano dél me fié!,
muerto me traen a tus brazos.

FLORA.

¡Santo Dios!

MARQUÉS.

Esto pasó;

(1) B: mirado.

porque estando hablando yo,
me hicieran dos mil pedazos;
y ese mozo valeroso,
a cuatro o cinco villanos
en los pies puso las manos.

FLORA. Vos habéis sido dichoso.

MARQUÉS. ¡Oh, cuánto me hubiera holgado
que pudiera ser que vieras
las cuchilladas más fieras
que de Aquiles se han contado!

Mucho su nota me agrada,
si hace en cualquiera suma
tales rasgos con la pluma
como en ellos con la espada.

No en balde mi corazón
desde que le vió le amaba.

FLORA. Era porque le esperaba
para tan buena ocasión.

Mas como me prometáis
secreto, os diré quién es.

MARQUÉS. Yo os lo prometo.

FLORA. Después
que en vuestro requiebro estáis,
este lacayo ignorante,
vencido del buen humor
o del vino, a su señor
pintó en forma semejante...

MARQUÉS. ¿Es acaso caballero?

FLORA. De un Grande de Portugal
es hijo.

MARQUÉS. ¡No creáis tal!

FLORA. Oíd la causa primero.

MARQUÉS. ¿Cómo?

FLORA. Por ver a Castilla
quiso venir disfrazado.

MARQUÉS. Pues ¿por qué ser mi criado?

FLORA. Si lo poco os maravilla,
quiero callar lo que es más.

MARQUÉS. Por cierto que su valor
es digno de un gran señor.

FLORA. Pues ¿por qué dudoso estás?

MARQUÉS. No lo dudo, y te prometo
que sea verdad o no,
que de aquí adelante yo
le trate (1) con más respeto.

FLORA. ¡Quedo, que viene!

MARQUÉS. Quisiera
que no entendiera que hablamos
de sus cabellos.

FLORA. Pues vamos

donde a solas te refiera
las cosas que me han contado.

(LISARDO, entre con CARREÑO.)

MARQUÉS. ¡Felipe!

LISARDO. ¡Señor!

MARQUÉS. ¿No es hora
de descansar?

LISARDO. El aurora
estoy, señor, enseñado
a ver primero en mi tierra.

MARQUÉS. Costumbres son de hombre noble.

LISARDO. Por allá lo fuera al doble.

MARQUÉS. Siempre a los buenos destierra.

LISARDO. Y siempre los que lo son
hacen iguales favores.

MARQUÉS. Criados hacen señores
dándoles buena opinión.

Esta cadena te lleva,
que anteayer me dió mi hermana,
para que salgas mañana
con alguna cosa nueva.

CARREÑO. ¡Aquesto sí que es medrar;
bien haya quien sirve a buenos!

LISARDO. Mil veces beso tus pies.
Haz cuenta que soy tu preso.

FLORA. Pues que vos le dais cadena,
darle estas memorias quiero;
que bien parece al cautivo
la memoria de su dueño.

LISARDO. En tantas obligaciones
falta el agradecimiento.

FLORA. ¡Dios os guarde!

LISARDO. Dad licencia
que os acompañe.

FLORA. No puedo
disimular la afición.
Entrad.

LISARDO. ¿Qué es aquesto, Cielos?

(Alce el paño y éntrese con ellos.)

CARREÑO. En una hora de servir
dan a Lisardo este premio...
Pero, quedo, que está aquí,
si no me engaña el deseo,
una ninfa del Parnaso.
Límpiome y póngome el cuello.

ROSELA. ¿Quieres cuarenta palabras?

CARREÑO. Y ciento a escuchar me atrevo,
porque solamente de obras
soy temeroso de cientos.

(1) B: traeré. M: trare.

ROSELA. ¿Eres desta tierra?
 CARREÑO. Soy
 no muy cerca ni muy lejos:
 ¿no tengo cara corita?
 ROSELA. Ella en cuidado me ha puesto.
 Pareces, ¡ay, Dios!...
 CARREÑO. ¿Llorando
 me dices lo que parezco?
 ROSELA. Estuve yo desposada
 en las Asturias de Oviedo
 con un hombre, a quien pareces
 por extremo en rostro y cuerpo.
 Téngote tanta afición
 desde que te vi, por esto,
 que me muero por hablarte,
 por abrazarte me muero.
 CARREÑO. No te mueras, ¡con el diablo!
 sino, pues yo le parezco,
 y estamos vivos los dos,
 ¡resucitemos el muerto!
 ROSELA. Pues ¿querrásme querer tú?
 CARREÑO. Conforme viere Carreño
 que tú le hicieras las obras.
 ROSELA. Pues infórmate primero
 de las cosas de tu gusto.
 CARREÑO. Oye el arancel que tengo
 en los mesones que pongo,
 en las posadas que duermo:
 Primeramente, jamás
 me has de pedir.
 ROSELA. ¿Qué?
 CARREÑO. Dineros,
 ni celos, otro que tal (1),
 que cansan mucho unos celos;
 ni dineros tendré yo,
 ni tú celos, y esto hecho
 no te has de llegar a mí
 jamás que yo esté suspenso;
 que sólo cuando te hablare
 tierno, has de hablarme a lo tierno;
 tú me has de labrar camisas
 y almidonar me los cuellos,
 y darme, de cuando en cuando,
 del Marqués algunos viejos,
 con otros manducativos
 como salchicha y torrezno.
 ROSELA. Y tú, ¿qué has de darme a mí?
 CARREÑO. ¿Yo a ti? ¡Rico terciopelo:
 el pelo cuando me afeite!
 ROSELA. ¿Y el terció?
 CARREÑO. En Flandes el terció;

piezas de raso, en el campo,
 y de comer, por lo menos
 capones de facistol,
 gallinas de hombres con miedo,
 y por postre, si lo pides,
 unos buñuelos de viento
 con sus nueces de ballesta;
 por ante, los de un coletó.
 ROSELA. Conozco tu buen humor;
 no nos desconcertaremos.
 mas quiero de espacio hablarte.
 CARREÑO. Corriente y moliente quedo
 a tu servicio, Rosela,
 como no pidas dineros.

ACTO TERCERO (1)

(Sale el MARQUÉS, vistiéndose; FABRICIO, y los demás criados, vendrá dando el paño con que se ha lavado, recibiránle en una salva, irán dándole la capa y la espada, y él dejando la ropa.)

MARQUÉS. ¿No está el secretario allí?
 FABRICIO. La epítima que has tomado
 después que andas con cuidado
 del pecho, esperaba aquí;
 que no han venido con ella
 con ser tarde.
 MARQUÉS. ¿El esperaba
 la epítima?
 FABRICIO. Triste estaba
 de que te fueses sin ella;
 que cosas de tu salud
 estima Felipe en mucho.
 MARQUÉS. De todos, Fabricio, escucho
 su nobleza y su virtud.
 Débole notable amor.
 FABRICIO. Debe de ser bien nacido.
 MARQUÉS. Mal puede estar escondido
 lo que es natural valor.
 FABRICIO. A lo menos, él lo está;
 que jamás sale de casa.
 MARQUÉS. ¿Siempre escondido?
 FABRICIO. Esto pasa;
 que todos lo notan ya.
 MARQUÉS. Sin duda, debe de ser
 quien dicen, pues que se esconde;
 a lo que igual corresponde
 su buen trato y proceder.
 Para no ser conocido,

(1) M y Ma: tale.

(1) En las tres ediciones: Acto tercero de La venganza venturosa.

debe de estar retirado.
¡No en balde amor le he cobrado,
si es altamente nacido!

(Sale LISARDO con una copa y una toalla.)

LISARDO. Hoy, que en mis manos está
la epítima que el Marqués
toma cada día, después
que este accidente le da,
pone mi venganza en ellas
el cielo, pues, sin mi daño,
y su sangre en este engaño
reciba la muerte dellas.

Yo he puesto un veneno fiero
en aquesta confacción (1)
que me incita la razón
a la venganza que espero,
porque cuanto me ha templado
el amor que ha puesto en mí...

MARQUÉS. ¿Es Felipe?

FABRICIO. Señor, sí.

LISARDO. Tanto el honor me ha incitado.

MARQUÉS. ¡Felipe!

LISARDO. ¡Señor!

MARQUÉS. ¿Con quién
tan enojado venías?

LISARDO. Si tomas todos los días,
y si es tu salud también
esta cordial bebida,
¿por qué se han de descuidar?

MARQUÉS. Por no saberla estimar
como tú estimas mi vida.

LISARDO. Fui a reñir al que las hace,
y en eso me he detenido.

MARQUÉS. ¿Fuera de casa has salido?

LISARDO. ¿Por qué no?

MARQUÉS. De tu amor nace;
que me dicen que te estás
con grande melancolía
retirado todo el día
y que no sales jamás

hasta que la noche sale.

LISARDO. En la cuestión que tuviste
cuando a ver quien sabes fuiste,
no porque nadie me iguale
ni en ánimo ni en valor,
dicen que herí dos o tres,
y ésta es la causa.

MARQUÉS. Bien es
que tengas algún temor;

mas si de casa no sales,
porque a tu gusto no son
los caballos, no es razón
que con los demás te iguales.

Anda, Felipe, en los míos,
y no en los de los criados;
que estarán bien empleados
en tus galas y en tus bríos.

Y porque no estés dudoso,
quiero darte mi alazán:
vaya un hombre tan galán
en caballo tan hermoso.

Mil escudos me costó.

LISARDO. ¡Tantas mercedes!

MARQUÉS. Advierte
que la bebida se vierte.

LISARDO. (Ap.) Verterla intentaba yo,
por no matar quien me obliga
con tanto amor. ¿Qué he de hacer?
¿Cómo la podré verter?

MARQUÉS. Y para que nadie diga
que no iguala lo demás
con el caballo, también
hoy mil escudos te den;
que aunque bien vestido estás,
quiero que compres, Felipe,
nuevas galas.

LISARDO. Ya, señor,
¿no es mucho que tu valor
a mi servicio anticipe?
(Ap.) ¿Este hombre he de matar?
¿Hay tan cruel confusión?

MARQUÉS. Tomaré la confacción (1),
que me comienza a apretar
el pecho con más rigor.
Muestra, porque de tu mano
espero que quede sano.

LISARDO. Aguarda un poco, señor.

MARQUÉS. ¿Para qué quieres que aguarde?

LISARDO. ¡Válame Dios! ¿Qué he de hacer?

MARQUÉS. ¿Qué miras?

LISARDO. No acierto a ver
que es esto.

MARQUÉS. Advierte que es tarde.

LISARDO. Parece que es araña
esto que ha caído aquí.

MARQUÉS. ¿Araña?

LISARDO. Pienso que sí.

MARQUÉS. No la veo.

FABRICIO. ¡Cosa extraña!

LISARDO. Del techo pudo caer.

(1) Ma: confección.

(1) Ma: confección.

MARQUÉS. ¡No la tomes, por mi vida!
¡Cosa que en esta bebida,
si no lo aciertas a ver,
me traieras hoy la muerte!

LISARDO. ¡No lo digas; que aun burlando
me queda el alma temblando!
Fabricio, ese vaso vierte.
Jamás traigan al Marqués
en plata aquesta bebida.

MARQUÉS. A ti te debo la vida.

FABRICIO. ¡Bien dices! Que mejor es
en un vidrio que se vea.

LISARDO. Vayan por otra.

MARQUÉS. No irán;
que en hacella tardarán,
y ya no hay para qué sea,
porque la imaginación
ha hecho bastante efeto.
Que te debo, te prometo,
la vida.

LISARDO. ¡Tienes razón!

MARQUÉS. Fuera voy; aguarda aquí,
que al instante volveré.

(Vase el MARQUÉS.)

LISARDO. ¿Qué amor, qué recelo fué
éste, con que atrás volví?
¿Yo puedo tener amor
a un hombre que me ha quitado
todo el bien que Dios me ha dado,
que es mi padre y es mi honor?
Perdí la ocasión. ¿Qué haré?
A fe que si me acordara
de aquella afrentada cara,
que de su mano lo fué,
que yo tuviera valor;
mas ¿quién hay que no mitigue
la furia, cuando le obligue
premio, regalo y amor?

(Sale CARREÑO.)

CARREÑO. Vengo a darte el parabién
de lo que tan admirados
me han contado los criados.
y de que medres tan bien.
Lo primero, de la araña
que advertiste en la bebida,
para asegurar su vida,
cosa que me desengaña
de que ya le quieres bien
y de vengarte no tratas,

pues que no sólo le matas (1),
mas le defiendes también.

Lo segundo, de que seas
tan dichoso en el servir,
pues ya le dejas vivir,
para que el engaño veas
de los grandes y señores,
pues para quien sirve mal
tienen mano liberal
de mercedes y favores.

A fe que si bien sirvieras
y su vida procuraras,
que ni dineros medraras
ni en tal caballo subieras.

Porque vienes a matalle
ha dado en favorecerte.

LISARDO. Hoy no le ha dado la muerte;
esto es serville y amalle.

CARREÑO. Cuántos mil años están
en casa de los señores,
quejosos, que a sus favores
apenas alcance dan;
porque, con buena intención,
les sirven toda la vida,
y otros, con alma fingida,
lentos de engaño y traición,
son los que el premio se llevan.
¿En qué estás tan divertido?

LISARDO. ¡Cielos! ¿Tan ingrato he sido
que no hay amor que me deban
las canas de aquella cara
a quien todo mi ser debo?
Mejor hizo el Cid mancebo
con una hazaña tan rara:
venganza del bofetón
que le dió a su padre el Conde,
porque el noble, así responde
a su justa obligación.

¡Ah, cielos! Si yo mirara
a Sancho de Benavides,
tuviera España dos Cides
y mi patria y nombre honrara.

¿Qué sirve la pretensión
de mi padre en el Consejo
del rey, si saben que deo
sin venganza un bofetón?

¡Ay de mí!

CARREÑO. Señor, ¿qué tienes?

LISARDO. ¡Déjame, que estoy sin mí!

(1) Así este verso en las tres ediciones. Acaso:
pues no sólo no le matas.

CARREÑO. Si pesadumbre te di,
perdona.
LISARDO. ¡A matarme vienes!

(*Vase.*)

CARREÑO. Por qué notable camino
voy sosegando la furia
desta venganza. En la injuria
pongo amor... ¡Qué desatino!

Pero no voy engañado,
harto bien ha sucedido,
pues es Lisardo querido,
y aunque enemigo obligado,
fingí que era hijo noble
de un Grande de Portugal;
Flora piensa que es su igual,
y le va queriendo al doble.

El Marqués, por obligalle,
le honra y le da dineros;
él, templando los aceros,
va difiriendo el matalle.

¡Notable quimera ha sido!
Pues no ha de parar en esto,
que pienso juntarlos presto
con este papel fingido.

Flora viene con Rosela,
de quien sé todo su amor;
que en hacerle gran señor
se ha fundado mi cautela.

De burlas lo comencé
y de veras me ha salido;
esta carta que he fingido
hace mi crédito y fe.

Haré como que al salir
por descuido se cayó.

(*Salen ROSELA y FLORA.*)

ROSELA. Todo lo que ayer contó
hoy me lo ha vuelto a decir.
Afírmase en que es tan bueno
como tu hermano.

FLORA. Mi amor,
Rosela, le hace mayor,
por más que su furia enfreno.
Estoy ya tan declarada,
que hasta mi hermano me entiende;
mas pienso que no se ofende,
por verme bien empleada.

¿No es Carreño aquél?

ROSELA. El es.

CARREÑO. ¡Oh, si le pudiese hallar!

FLORA. ¿Qué es lo que andas a buscar?

CARREÑO. Señora, beso tus pies.
Al secretario, mi amo,
busco para cierto efeto.

FLORA. ¿Es de amor?

CARREÑO. Soy muy discreto,
y con razón me lo llamo.
Porque sé cómo han de ser
cosas de amor en persona
grave.

FLORA. Escúchame.

CARREÑO. ¡Perdona,
que tengo mucho que hacer!

(*Deja caer la carta. [Vase.]*)

ROSELA. Es tan discreto, que aquí
la carta se le cayó
que la señora le dió.

FLORA. ¡Mas si fuera para mí!

ROSELA. Toma, que bien puede ser,
y que ésta fuese invención.

FLORA. ¿No lo dice la razón?

ROSELA. Ya la deseo saber.

FLORA. ¡Qué notable sobre escrito! (1)

ROSELA. ¿Cómo?

FLORA. Al Conde, mi señor.

ROSELA. Cuando creyese tu amor,
que es Felipe, le permito.
¿No dice más?

FLORA. El "Dios guarde".

ROSELA. Lee, que sin duda es él.
¡Ya he puesto mi amor en él!
¿Qué tiemblo, qué estoy cobarde?

(*En comenzando a leer, entre el MARQUÉS, mirándola.*)

MARQUÉS. Dirásle que venga aquí.
¿Papel mi hermana? ¿Qué es esto?
¡Suelta!

FLORA. ¿Tú tan descompuesto?
¿Qué es lo que piensas de mí?

MARQUÉS. ¿Espántaste de que sienta
que estás leyendo un papel?

FLORA. Sin ver lo que dice en él,
tu pensamiento me afrenta.
Advierte que es una carta
que al criado se cayó
del secretario.

MARQUÉS. Si yo,
si mi honor, Flora, se aparta

(1) B: sobrescrito.

un punto de tu valor,
quítame la vida el cielo.
No son celos, sino celo
de tu fama y de mi honor.

"Al Conde, mi señor", dice
el sobre escrito. ¿Si es él?

FLORA. Pregúntaselo al papel.

MARQUÉS. Esto no lo contradice.

(Lee.)

"Después que vuseñoría salió de Aveiro,
ha hecho el duque, mi señor, notables diligen-
cias para saber qué camino lleva. Algunos le
han dicho a Flandes; otros, a Castilla, con áni-
mo de ser religioso. Yo hago en guardar se-
creto lo que vuseñoría me mandó, y no diré
dónde está, aunque me den tormento. Vuse-
ñoría me diga si ha visto el dueño de aquel re-
trato, y si es el vivo tan hermoso, y con qué
salud ha llegado. Y mire cómo sirve al Mar-
qués, que si se sabe aquí será quitar la vida
a su padre. La de vuseñoría guarde Dios, como
sus criados deseamos.—Don Jorge."

FLORA.

El es, no hay que dudar.

MARQUÉS.

¿Este es Felipe?

FLORA.

Sí; es hijo del de Aveiro.

MARQUÉS.

Así parece;

Mas ¿qué retrato es éste que aquí dice?

FLORA.

Ya que es tan cierta la nobleza suya,
sabe que le ha traído mi retrato
de Portugal aquí.

MARQUÉS.

¡Válgame el cielo!

FLORA.

Yo te digo verdad.

MARQUÉS.

¿Que Amor ha sido,

Flora, quien a servirme le ha traído?

FLORA.

Ten cordura, y advierte que hasta agora
no me ha dicho palabra descompuesta
ni de su voluntad me ha dado parte.

MARQUÉS.

No me tengas por hombre que no sepa
aprovechar esta ocasión; que el cielo
le ha traído a mi casa.

FLORA.

El mismo viene.

MARQUÉS.

Pues retírate un poco, que ya tengo
celos de que te vea.

FLORA.

Mi honor mira

y mi remedio como, en fin, mi hermano,
no me quites el bien que Dios me ha hecho.

MARQUÉS.

Fía de mí.

FLORA.

Conozco tu buen pecho.

(Vase FLORA y ROSELA. Sale LISARDO.)

LISARDO. Pintaron, con gran razón
con el cabello en la frente
a la ocasión, pues, ausente,
no queda más ocasión.
Yo la perdí, porque son
la nobleza y la venganza
tan contrarias, que no alcanza
a sus extremos el medio,
ni mis agravios remedio,
ni mi remedio esperanza.

Apenas salí de aquí,
ni desta calle pasé,

cuando a mi padre encontré,
y sus canas blancas vi.

En un portal me escondí.

Pasó el viejo venerable
en acto tan miserable,
que pensé perder el seso
de ver que en este suceso
perdí ocasión tan notable.

Parece que me miró,
y aunque el rostro me tapé,
de vergüenza de que fué
quien su agravio perdonó.
la color se me mudó

de ver que su cara honrada
aun estaba colorada
del bofetón recibido,
y que por cobarde olvido
también lo estaba mi espada.

Volvióme resolución
de dar la muerte al Marqués
si me volviese después
el cabello la ocasión.
¡Déjame, vana afición
de un señor que hará mañana
con su condición liviana
mudanza como la luna,
que no hay segura fortuna
en la condición humana!

¡Mataréle...! ¡Ay, Dios! ¿Aquí
estaba el Marqués? ¡Señor,
¿cómo te sientes?

MARQUÉS. Mejor.

después que te debo a ti
la vida que cerca vi
de perder en aquel vaso.
¡Ello ha sido extraño caso!

LISARDO. ¡No hay animal tan cruel!

MARQUÉS. En viéndole, tiemblo dél.

LISARDO. Y yo no acierto a dar paso.

MARQUÉS. Entretenerme querría.

LISARDO. Mucho alivia la tristeza.

MARQUÉS. Un soto, cuya maleza
ciervos y conejos cría,
adorna una fuente fría,
parras y olmos a millares,
orillas de Manzanares.

Vamos, Felipe, los dos.

para ver si quiere Dios
que alivie tantos pesares.

LISARDO. Pues ¿qué es lo que te da pena?

MARQUÉS. Una hermana por casar,
y a mi estado no le dar
sola una esperanza buena
Felipa, de agravios llena,
haciendo a mi amor desdenes.

LISARDO. Pesares bastantes tienes.

MARQUÉS. ¿Cuál hombre los tiene iguales?
Porque no siente los males
quien no ha gozado los bienes.

Prevén arcabuces luego.

LISARDO. ¿Adónde irás?

MARQUÉS. Di que aguardo
en el camino del Pardo;
que voy de tristezas ciego.

(Vase EL MARQUÉS.)

LISARDO. Hoy sí que tendrán sosiego
mis tristezas; hoy tendré
ocasión, hoy mataré
a quien me ha muerto el honor;
porque con el que es traidor
no es obligación la fe.

Irá Carreño a avisar
a Celio, porque en el Soto
en algún lugar remoto
me pueda oculto esperar;
desde allí pienso tomar
el camino de Lisboa,
si la venganza se loa;
no hace mucho atrevimiento
quien tiene por popa el viento
y lleva el honor por proa.

(Vase. Sale FELIPA y CELIO.)

CELIO.

No desprecies mi justo pensamiento,
nacido de tus ojos celestiales.

FELIPA.

Desprecio tu amoroso atrevimiento,
porque son los sujetos desiguales.

CELIO.

Conozco el desigual merecimiento,
si de tus partes en mi amor te vales;
pero no soy tan falto de nobleza
que tú me excedas más que en tu belleza.

FELIPA.

Con ojos te he mirado que desees
hablarme en el Marqués, por atajarme.

CELIO.

¿En el Marqués? Felipa, no lo creas,
que todo mi cuidado es olvidarme;
si hablarme acaso en el Marqués desees,
¿de qué puede servir la ocasión darme?

FELIPA.

Pues si imaginas que le estimo y quiero,
¿qué esperas de mi amor?

CELIO.

Matarme espero.

FELIPA.

Si quieres conocer mi pensamiento,
la cédula y palabra que me ha dado,

como has visto, el Marqués de casamiento te dirá su valor, si le has dudado.

CELIO.

No fundo en el Marqués mi pensamiento, que tengo el pensamiento más honrado; bien sé que aun una mano no te debe, que es la esperanza que a tu amor me atreve; y esta verdad, que tengo por tan cierta, me obliga a que pretenda ser...

FELIPA.

Detente.

CELIO.

Marido digo.

FELIPA.

Estoy agora incierta de lo que hacer en mi suceso intente; que no cerró el Marqués tras sí la puerta cuando trató a mi padre libremente.

CELIO.

Cerróla, y tan de golpe, que sospecho que la ha de abrir Lisardo por su pecho.

FELIPA.

Venga Lisardo, y pídeme a Lisardo, que si él quiere, yo seré tu esposa; pero, entre tanto que a Lisardo aguardo, ni me esperes airada, ni animosa.

CELIO.

Mucho con tus desdenes me acobardo.

FELIPA.

Estoy de una jornada sospechosa, que si mi padre con la plaza sale, espero que el Marqués aun no me iguale.

CELIO.

¿Qué se puede igualar a mi fortuna, pues vine a dar la muerte a quien me mata, quedando ya sin esperanza alguna, pues por quererla bien tan mal me trata? Al ingrato Marqués quiere, importuna, y a mí por tanto amor se muestra ingrata; ¡oh efectos del amor, siempre distantes, dar fuerza a vidrios y ablandar diamantes!

Pues morirá el Marqués, que Amor me es a que a Lisardo solicite. [fuerza

(Sale CARREÑO.)

CARREÑO.

¿Es hora de hablarte, oírte y verte?

CELIO.

¡Ya, por fuerza, mi propio estado mi memoria ignora!; porque, si no es que la Fortuna tuerza el camino cruel que lleva agora, temo...

CARREÑO.

¿Qué temes?

CELIO.

Mi temprana muerte.

CARREÑO.

Mejor le va a Lisardo.

CELIO.

¿Cómo?

CARREÑO.

Advierte:

Lisardo es adorado de la hermana del Marqués su señor; pero, ¿qué digo?, más le adora el Marqués.

CELIO.

¡Oh, vida humana! ¿Quién se podrá librar de un falso amigo?

CARREÑO.

Ella, desde la noche a la mañana, le va siguiendo como yo le sigo, como la sombra al sol, y el necio hermano, con mil tesoros de su propia mano.

¿Qué caballos no tiene, qué vestidos, qué dineros, qué joyas! Finalmente, pienso que están entrambos reducidos, que desde aquí, si mi sospecha miente, al soto van entrambos divertidos de los agravios que ninguno siente, a matar dos conejos esta tarde; Lisardo no podrá, que es más cobarde.

Suplícote que vengas de secreto donde yo te llevare.

CELIO.

Pues no creas que va Lisardo al campo sin efeto;

yo seré causa que su muerte veas.
¿No me manda esconder?

CARREÑO.

Tú eres discreto;
allá podrás hacer lo que desees.

CELIO.

Pues sígueme, Carreño, que este día
no es la venganza suya, sino mía.

(Vanse. Sale el MARQUÉS y LISARDO. LISARDO traiga un arcabuz, que es del MARQUÉS.)

MARQUÉS. El sitio es harto agradable.

LISARDO. Notables son las riberas
del humilde Manzanares.

MARQUÉS. Parece una sala fresca
que la han regado en verano
para pasearse por ella.

LISARDO. Bien dices, porque las aguas
se embeben en las arenas.

MARQUÉS. Alabo aquesta frescura,
sauces y olmos, en que cuelgan
tantas amorosas parras,
y el suelo, fértil de yerba.

LISARDO. La caza es cosa notable.

(Aparte.)

MARQUÉS. ¿No es bueno que al campo venga
con resolución de darle,
antes de saber quién sea,
a este Felipe mi hermana?

(Aparte.)

LISARDO. ¡Cielos, la ocasión es ésta
de darle muerte al Marqués!

MARQUÉS. La ocasión pienso que es buena
para decirle mi intento,
y para que no me entienda
que por interés la doy,
quiero que Felipe crea
que sólo por secretario
le entrego la mejor prenda
de mi casa y de mi sangre;
que no es justo que me atreva
a preguntarle quién es,
porque no tome sospecha
que sé que es hijo del Duque
y se vaya de vergüenza.

LISARDO. Paréceme que aguardar
es locura manifiesta;

el arcabuz viene armado,
de plomo traigo onza y media:
todo el peso de mi honor,
que por vengar tanto pesa,
a onza y media se reduce,
como en el pecho la tenga;
¿qué aguardo, que no (1) da fuego
a la pólvora la piedra?
¡Jarabe de plomo ardiente,
purga bien cualquier ofensa!

MARQUÉS. Pensando estoy en su talle,
que no es posible que sea
menos que el hombre que dicen,
y en sus acciones (2) se muestra;
que si no fuera quien es
y esto fingimiento fuera,
él se hubiera encarecido.

LISARDO. Pensando estoy que sospecha
que le quiero dar la muerte,
que el alma es siempre profeta
de los venideros daños.

MARQUÉS. Nunca ha mostrado grandeza,
siempre ha mostrado humildad.

LISARDO. Que me teme es cosa cierta,
porque, en fin, para mirarme
aguarda que no le vea.

MARQUÉS. Ahora yo me atrevo a hablarle,
porque si la fama llega
de mi hermana a Portugal
y éste, disfrazado, intenta
servirme de secretario
y señora quiere hacerla
de los estados de Aveiro,
¿quién duda que lo agradezca?

LISARDO. Ahora bien, matarle quiero;
mas, para que no lo entienda,
haré que a otra parte tiro,
y daré presto la vuelta.

MARQUÉS. ¡Felipe!

LISARDO. ¿Señor?

MARQUÉS. ¿Qué haces?

LISARDO. Aquella tórtola bella
quería dejar viuda.

MARQUÉS. Mal descasirlas intentas
cuando te quiero casar.
¿Qué te turbas?

LISARDO. No pudieras
decirme cosa más fuerte
en ocasión como aquesta.

MARQUÉS. Baja, baja el arcabuz;

(1) B: mc.

(2) B: ocasiones.

pon la cox sobre la yerba,
o arrímala en aquel tronco,
no se dispare y te ofenda.

LISARDO. Y a ti pudiera ofenderte,
como eso no me dijeras,
que ha sido a buena ocasión.

MARQUÉS. Siempre es justo que se teman;
dicen que nunca se burla
persona que fué discreta
con mujeres y arcabuces,
porque a un descuido revientan.

LISARDO. Ya, señor, está arrimado.

MARQUÉS. Ahora quiero que sepas
que te caso.

LISARDO. ¿Tú, señor?

MARQUÉS. Yo, pues.

LISARDO. Fáltame respuesta
para mercedes tan grandes;
mas no es posible que tengas
criada en tan noble casa
que yo descalzar merezca.

MARQUÉS. No, pero tengo una hermana,
que mejor en ti se emplea
que en ningún título o grande.

LISARDO. ¿Qué dices?

MARQUÉS. Que me agradezcas,
Felipe, sólo este amor.

LISARDO. ¿Burlaste de mí?

MARQUÉS. No creas
que te hablara de mi hermana
si no te hablara de veras.

LISARDO. Pues, señor, ¿qué te ha movido
para humillar tu grandeza?

MARQUÉS. Sólo amor que te he cobrado;
no hay más de amor qué me debas.

LISARDO. Antes que de agradecido
bese mil veces la tierra
adonde los pies estampas,
te quiero decir que adviertas
que te soy muy desigual.

MARQUÉS. Amor, Felipe, no fuera
Amor si no hiciera iguales:
ésta es su mayor empresa.
A Amor llamaron compás,
que la primer punta puesta
en el punto indivisible,
con la otra alcanza y cerca,
sin quitarse de aquel punto,
toda la circunferencia;
otros le llamaron nieve,
que iguala las altas peñas
y los humildes caminos,
cuando descende a la tierra.

LISARDO. Señor, aunque soy hidalgo,
no tengo tan altas prendas
como tu estado requiere;
mira que no te arrepientas.
La profesión de mi padre
no son armas, sino letras:
Baldos tiene por espadas,
y Bártulos por banderas.
Mira, señor, que te aviso,
y mira que amor te ciega;
que no es bien dar a un hidalgo
lo que a mil príncipes niegas.

MARQUÉS. Yo tengo determinado,
y para que hacerse pueda,
Felipe, esta noche misma
haré que me dé licencia
luego el señor cardenal,
que como la causa sepa
bastará a la información
para que, sin que en la iglesia
las municiones se hagan,
Su Ilustrísima conceda
que esta noche os desposéis;
a esto vine, porque entiendas
lo que puede un grande amor;
mas, porque mi gente crea
que sólo vine a cazar,
aquella escopeta muestra:
mataré un par de conejos.

(Dale el arcabuz.)

LISARDO. Está de suerte suspensa
mi alma, que no responde.

MARQUÉS. Cuñado, no hay tal respuesta
como agradecer mi amor
cuando en tu reino te veas.

(Vase el MARQUÉS.)

LISARDO. ¡Basta!, que este hombre, con obras
tan peregrinas y nuevas,
de satisfacer mi honor
todos los pasos me cierra;
mas ¿qué más bien satisfecio?

(Sale CELIO, y CARREÑO, acechando.)

CELIO. ¿Es hora?

LISARDO. ¿Quién es?

CELIO. ¿Qué esperas?

LISARDO. ¡Oh, Celio; oh, Carreño amigo!
ya sin traición, ya sin guerra,
ya sin sangre, estoy vengado.

CELIO. ¿Qué dices?

LISARDO. Que te detengas, que te vuelvas a la villa.

CELIO. ¿Por qué quieres que me vuelva?

¿Qué ocasión puedes hallar que se compare con ésta?

Démosle muerte, ¿qué aguardas?

LISARDO. Celio, la venganza es hecha por camino muy seguro.

CELIO. ¿Cómo?

LISARDO. ¿Qué más, pues me entrega a su hermana en casamiento?

CELIO. ¿A su hermana?

LISARDO. Pues ¿qué ofensa no queda desagraviada?

CELIO. La de tu hermana bien queda, pues te casas con la suya, aunque no sé cómo crea tal disparate en un hombre que tiene alguna prudencia; pero cuanto al bofetón es bien, Lisardo, que entiendas que la cara de tu padre, aunque tú casado quedas, queda viuda de honor.

LISARDO. Mal dices, mal me aconsejas; con casarme con su hermana, eso también se remedia.

¡Vete, no te vea aquí!

CELIO. Paréceme que lo dejas de gallina; y, ¡vive Dios!, que, pues me sienta a su mesa tu padre, y no tiene hijo que ya por su honra vuelva, que lo he de ser dende hoy, y matarle donde pueda.

LISARDO. Quien tocara a mi cuñado, dos mil vidas que tuviera sabré yo quitarle.

CELIO. Ven, que sola una tengo; llega.

CARREÑO. ¡Señores!, ¿tales amigos han de hablar cosas como éstas?

LISARDO. Por loco te dejo, Celio.

CELIO. Si tú por loco me dejas, yo te dejo por ingrato.

(*Vase.*)

CARREÑO. Señor, no le hagas fuerza contra el quinto mandamiento, que anda a caza en esta selva y alguna liebre le ha dicho

que tenga la espada queda.

CELIO. Desesperado me voy.

CARREÑO. Echa por aquesta senda, y sabrás toda la historia.

CELIO. ¿Qué historia?

CARREÑO. Escucha.

CELIO. Comienza.

(*Vanse, y sale FELIPA, y FELICIANO, su padre.*)

FELIPA. Quiero darte el parabién, aunque a mí me le han de dar.

FELICIANO. Bien te puedes alegrar de que esta plaza me den, que más en Indias la quiero que en España, aunque tan graves para aquello que tú sabes, que en Indias, Felipa, espero, con estar en medio el mar y haber tanta tierra en medio, hallará mi mal remedio, tan imposible de hallar; tú de España me destierras, aunque no sé si deshacen cuidados que de honra nacen las distancias de las tierras; a tu hermano he escrito ya cómo me han dado esta Audiencia; bien sabe Dios que su ausencia notable pena me da; como él hubiera venido, yo tuviera más consuelo.

FELIPA. Que no ha venido recelo por verte tan ofendido.

FELICIANO. En Celio, su amigo, vi estos días gran pesar, que de no verle llegar presumo que vive así.

FELIPA. Otra ocasión ha tenido, de que es razón avisarte.

FELICIANO. ¿Querráte bien?

FELIPA. No soy parte para amor, ni para olvido; en esta locura ha dado: casarse conmigo intenta.

FELICIANO. Hasta que olvide mi afrenta, ¿cómo puedo darte estado?

En Indias te casaré, Felipa, con más hacienda; huye la ocasión, no entienda que su pensamiento sé; y, pues tienes escarmiento de lo que sabes. Felipa,

algo esta vez participa
de mi honor y entendimiento,
que si de mi provisión
algo pudo ser azar,
es de casarte tratar,
después de aquella ocasión.

(Sale CELIO.)

CELIO.

A pedirte, señor, licencia vengo;
desconfiado que vendrá Lisardo,
de quien ni carta ni memoria tengo
desde el día que sabes que le aguardo;
partirme luego a Portugal prevengo,
que al volver a mis cuidados tardo,
y un soldado en Madrid que no pretende.
rico y galán enfada, y pobre ofende.

Mas perdonad, que me olvidé de daros
parabién desta plaza, aunque era justo
que en España pudieran emplearos.

FELICIANO.

Yo tengo en ello, Celio, un gran disgusto,
y atrévome por él a suplicaros,
aunque esto sea contra vuestro gusto,
que no os partáis ni me pidáis licencia,
pues de mi hijo aquí suplís la ausencia.

CELIO. (1)

Ya no puedo tardar; esto os suplico.

(Sale CARREÑO.)

CARREÑO.

En tales ocasiones no hay recato;
¿quieres una palabra?

CELIO.

Ya te aplico
el oído, si no es de aquel ingrato.

CARREÑO.

Que será por tu bien te certifico.

CELIO.

Quejoso estoy de su fingido trato.

CARREÑO.

No te quejes, escucha.

CELIO.

¿Paz intentas?

CARREÑO.

Con Flora se ha casado.

CELIO.

¿Qué me cuentas?

CARREÑO.

Sacó del Ilustrísimo Quiroga
la licencia el Marqués, y en un instante
el lazo conyugal su cuello ahoga.

CELIO.

No lo digas tan recio aquí delante,
pues ya también la consejera toga
honra a su padre en Indias.

CARREÑO.

No te espante
que se arroje el Marqués a tal locura,
que es invención de quien su bien procura.

Apenas, pues, Lisardo se desposa
cuando, puesto de botas y de espuelas,
viene a ver su padre.

CELIO.

¡Extraña cosa!

¿Qué fin han de tener tantas cautelas?

(Sale PINABELO (1), criado.)

PINABELO.

¡Oh, alegre día; oh, nueva venturosa!

FELICIANO.

¿Qué es eso, Pinabelo?

PINABELO.

¿No recelas?

Que ha venido Lisardo.

FELICIANO.

¡Albricias pide!

CELIO.

Salir a verle gran placer me impide.

(1) En *M* y *Ma* este verso se atribuye a Feliciano.

(1) En las tres ediciones se cambia el nombre de *Pinelo* por *Pinabelo*.

(Sale LISARDO, de camino.)

LISARDO.

No será necesario, ¡oh, padre amado!...

FELICIANO.

¡Ay, hijo de mis ojos! ¡Quién tuviera cara para mirarte!

LISARDO.

Haber pensado que con ese dolor me recibiera, hubiera, padre, mi placer templado; pero el que ya sospecho que os espera, con la venganza que me ha dado el cielo, bien puede en tanto mal daros consuelo.

No me digáis, señor, palabras tristes, hasta que llegue la verdad que os digo. De los brazos de padre que me distes, pasar es justo a los de tal amigo. Llega, Celio; ¿qué huyes?, ¿qué resistes?

CELIO.

¿Que, en fin, tengo de hacer paces contigo?

LISARDO.

Tú, que en el alma por amor asistes, sabes que nunca he sido tu enemigo; déjame ver el fin de mi venganza. ¿En qué venganza tienes esperanza?

FELIPA.

¿Podréte yo abrazar?

LISARDO.

Déjame ahora, hasta que vea el fin de un grande intento.

FELICIANO.

Celio, mi provisión pienso que ignora (1).

LISARDO.

Ya la he sabido, y con igual contento te doy el parabién, que no desdora tu honrada provisión mi casamiento; que el haberme en Lisboa detenido, por esta causa, y no por otra ha sido.

De Portugal, señor, vengo casado.

FELICIANO.

¿Casado?

LISARDO.

Y bien casado, no te azores, porque es el casamiento muy honrado, y no cual suelen, siendo por amores; en casa de su hermano y mi cuñado dejo mi esposa, adonde mil señores y deudos suyos la acompañan; creo que verás satisfecho tu deseo.

Un coche está a la puerta: juntos vamos, que es razón que la honres y la veas.

FELICIANO.

No sé qué responder; todos estamos mudos.

LISARDO.

Hoy cumplirás lo que desees.

FELIPA.

Si primero, Lisardo, no quedamos los dos en paz, ¡la prenda en quien te empleas no me ha de ver a mí!

LISARDO.

Pues ven, Felipa, que nadie de mi bien más participa.

No digas nada, Celio, y tú, Carreño, ya sabes que la vida importa.

CARREÑO.

Alcanza tu pretensión, que tú sabrás el dueño de toda la invención de tu venganza.

LISARDO.

Es tanto el bien, que pienso que le sueño.

FELICIANO.

Hoy cumplirán los cielos mi esperanza.

FELIPA.

Confusa voy, que pienso que a la muerte me lleva este soldado desta suerte.

(Váyansc. Sale el MARQUÉS, y FLORA, muy gallarda, de desposada, y todos los criados delante de acompañamiento.)

MARQUÉS. Todos están admirados del casamiento improviso.

FLORA. Presto estarán avisados.

MARQUÉS. Son en el hombre reniso los bienes mal empleados.

Vínoseme a casa el bien,

(1) M y B: ignoras. Ma: nora.

FLORA. conocile y estiméle.
Dices, hermano, tan bien,
que a los que más el bien duele
son los que huyendo le ven;
aprovechar la ocasión
fué siempre consejo sabio.

MARQUÉS. Si tales los sabios son,
no me quejaré de agravio,
porque no fuera razón.
Alto casamiento has hecho.

FLORA. Presto me verás duquesa
de Aveiro.

MARQUÉS. Así lo sospecho,
que es viejo el duque; y me pesa
que no le advertí primero,
que, por ventura, el pesar
le hubiera dado la muerte;
bien te he sabido obligar,
que no hay más dichosa suerte
que el acertarse a casar.
¿Haste de acordar de mí
después que estés en Aveiro?

FLORA. ¿Pues eso dices así?
Mis Estados darte espero,
que no olvidarme de ti.
No habrá día sin que vengan
regalos de Portugal
que te alegren y entretengan.

MARQUÉS. Llevaré tu ausencia mal,
aunque ellos más precio tengan;
lo que me has de enviar es,
no regalos de la China,
oro y ámbar portugués,
que el buen amor no se inclina
eternamente a interés:
memorias me has de enviar,
Flora, si me quieres bien.

FLORA. No tendrás qué me culpar;
pero a Portugal también
me tienes de acompañar.

MARQUÉS. Esa palabra te doy.

FLORA. Don Felipe, ¿dónde está?

MARQUÉS. Flora, deseando estoy
que vuelva y que diga ya:
“el duque de Aveiro soy”.
Díjome que me quería
mostrar sus padres y hermanos;
yo apostaré que este día
muestra la genealogía
de mil reyes lusitanos.

FLORA. No estoy en mí, de placer.

FABRICIO. ¿De qué tratarán, Riselo?

RISELO. Del novio debe de ser.

FABRICIO. Que es algún señor recelo.

RISELO. Pues bien lo puedes creer;
que, a lo que tengo entendido
por un retrato de Flora,
de Portugal ha venido.

FABRICIO. Notablemente le adora.

RISELO. Amor bien pagado ha sido.

(Entra CARREÑO.)

CARREÑO. Don Felipe, por la gracia
de Dios marido de Flora,
sin ser rey de Dinamarca,
de Fez, ni de Trapisonda,
con su padre y con su hermana
a visitar a su esposa
viene, y te pide licencia.

MARQUÉS. En los días de las bodas,
agradables son las burlas;
todos andan de chacota.

FLORA. ¿Está don Felipe ahí?

CARREÑO. ¿Pues no les digo que agora,
con su padre y con su hermana,
vienen juntos por la novia?

FLORA. Entren, si es algún disfraz,
que hoy no sólo se perdona,
mas se agradece y estima.

CARREÑO. Bien dices: todo fué sombra;
pero hoy llega la verdad.

(Salen CELIO, LISARDO, FELIPA y FELICIANO, viejo;
LIDIO, GERARDO y RISELO, criados.)

FELICIANO. Dadnos vuestros pies, señora (1);
a mí, por padre.

FELIPA. Y a mí
por hermana de quien honra
el nombre de esposo vuestro.

MARQUÉS. ¿Qué es esto? ¡Oh, gente traidora;
oh, secretario fingido!
¿Quién eres?

LISARDO. ¿Qué te alborotas?
¿No te dije en aquel soto,
cuando supe de tu boca
que me dabas a tu hermana
con palabras amorosas,
que mirases lo que hacías,
siendo cosa tan notoria
la desigualdad de entrambos?
¿De qué te quejas agora?

MARQUÉS. ¿Pues no tengo de quejarme
deste engaño?

(1) En las tres ediciones: *señor*.

- LISARDO. Injusta cosa;
dije que era un pobre hidalgo.
- MARQUÉS. Es verdad.
- LISARDO. Luego fué toda
mi relación verdadera,
y no sé de qué te asombras,
que menos que soy me hice,
pues con ambición tan poca
hice a un letrado mi padre,
y traigo un oidor agora;
tú quisiste y porfiaste.
- FELICIANO. Si te quejas porque ignoras
la calidad de mi hijo,
también quiero que conozcas
que me ha traído engañado,
diciéndome que su esposa
traía de Portugal;
que a conocer tu carroza
o saber que aquí venía,
no hay oro en cuarenta flotas,
calidad en mil linajes
de Toledos ni Mendozas
para que viniera aquí,
que estimo en tanto mi honra
que, si puedo deshacer
el casamiento...
- CELIO. No pongas
enemistad entre hermanos,
pues toda afrenta y deshonra
cesa con que ya sois deudos.
- FELICIANO. Si no es que mi hijo corta
la mano que me ofendió.
- MARQUÉS. Feliciano, basta y sobra,
que a no mirar que el que ha he-
venganza tan rigurosa [cho
del agravio que sabéis
es Dios, que soberbios postra
y derribados ensalza,
aunque diera muerte a Flora,
tomara destos agravios
satisfacciones honrosas.
Dios me ha dado este castigo,
porque de su mano sola
pudiera ser tan prudente;
porque cartas sospechosas
y quimeras de criados
- no hicieran tan fuertes obras.
Si te agravié, vesme aquí
puesto a tus pies; padre, toma
venganza de mi locura,
que por Dios te juro agora
que no supe lo que hice.
- FELICIANO. Tu humildad, señor, te abona
para mayores agravios.
- LISARDO. Que no lo digas importa,
porque no es bien que se sepa.
- MARQUÉS. Pues porque entiendas que cobras
verdadero hijo en mí,
pues que ya Lisardo goza
en matrimonio a mi hermana,
y es todo una misma cosa,
por mujer quiero a Felipa.
- FELICIANO. Mi bendición te la otorga
con la voluntad del cielo.
- MARQUÉS. ¡Dichoso soy!
- FELIPA. ¡Yo dichosa!
- LISARDO. Celio, no te desconsueles,
que en casa queda Teodora,
no menos noble y discreta,
y por todo extremo hermosa.
- CELIO. Yo me huelgo de tu bien,
que es lo que mi amor reporta.
- CARREÑO. Y al dueño desta invención,
que fué el Sinón desta Troya.
¿no le dan alguna dueña?
¿No hay una mula con tocas?
- FLORA. A Rosela, que te quiere.
- CARREÑO. ¿En qué dinero la dotas?
Que estos son los arcaduces,
después que el casarse es noria.
- FLORA. En dos mil ducados.
- CARREÑO. ¡Lindo!
- CELIO. ¿Volveremos a Lisboa?
- LISARDO. No, Celio, que aquí se acaba
La venganza venturosa.
- FIN DE LA COMEDIA DE "LA VENGANZA VENTU-
ROSA", DE LOPE DE VEGA CARPIO. (1).

(1) Solamente en B.

LA VENTURA EN LA DESGRACIA

COMEDIA FAMOSA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA (1)

EL REY.
DON GONZALO.
MENDO.
LAÍN.
LA INFANTA.

ORDOÑO.
DON GARCÍA.
DON LOPE.
ESTOPIÑÁN.
DOÑA SANCHÁ.

DOÑA ELVIRA.
COSTANZA.
FORTÚN.
DON JUAN.
BERNARDINO.

JORNADA PRIMERA

(Sale EL REY en cuerpo, con una ballesta, y GONZALO.)

GONZALO. Poco en el jardín asisten
los pajarillos. Recelan
morir.

REY. Parece, si vuelan,
que de los vientos se visten.

Mas no gozaran los vientos
entre plumas de colores
si en lugar de pasadores
les tirara pensamientos.

Bien me atreviera a alcanzallos;
mas si dejo de seguillos
es porque en lugar de herillos
los ahogara al tocallos.

Adoro a Sancha, Gonzalo;
y el bien de gozalla estriba
en tu favor.

GONZALO. ¡Así viva
Tu Alteza como yo igualo
mi diligencia a tu amor!

Mas, señor, ¿no consideras
que a tu bella esposa esperas?

REY. Si me hiciera algún favor

Sancha, pusiese en la bola
del mundo seguro el pie.

GONZALO. ¿Luego has de romper la fe
al Rey de Aragón?

REY. ¿No es sola

GONZALO.
REY.

Sancha la que quiso el cielo
dar por milagro a la tierra?
¡Mira que la Infanta...!

Yerra

quien la corona del suelo
no le humilla.

GONZALO. ¿Cuando llega
la Infanta rindes despojos
a otro amor?

REY. ¡Qué bellos ojos!
Al Sol con su lumbré ciega.

GONZALO. ¡El Rey está divertido
con esta mujer que adora!

(Sale LAÍN.)

LAÍN. A. tener espacio, ahora
con la pompa que ha venido
tu esposa, decir pudiera;
pero entra ya en la ciudad.

REY. ¡Qué peregrina beldad!
¡Quién un favor mereciera
de mi Sancha!

LAÍN. ¿En el jardín
estás cuando ya la Infanta
llega con grandeza tanta
a ser tu esposa?

REY. ¡Si el fin
de mi amorosa pasión
llegara a ver tan dichoso
como es mi amor generoso!...

(Sale MENDO.)

MENDO. Culpando tu remisión,

(1) No figuran en esta lista: DON TELLO, TEOBALDO, BERMUDO, JIMÉN, OSORIO, un SEGADOR.

y aun ofendida también,
llega a palacio la Infanta;
de tu poco amor se espanta.

GONZALO. Mira que ya viene.
REY. ¿Quién?

MENDO. Tu esposa; y ya la recibe
la guarda.

REY. Mandélo yo,
porque Sancha mereció
todo este honor.

LAÍN. ¿Así vive
divertido un Rey?

GONZALO. Ya llega.

(Dentro, plaza, y sale la INFANTA; ORDOÑO, viejo,
y acompañamiento.)

INFANTA. Ya mi amor me ha dado aviso
que es el jardín paraíso,
pues que la salida os niega.

Aunque siendo Amor tan fiel
y ingrato vuestro rigor,
por desobediente, Amor
pudiese echaros de él.

Advertid que aunque gocéis
el bellissimo terreno,
de flores y frutos lleno,
es bien que solo os juzguéis.

Aunque en dorado arrebol
y entre lisonjera salva
lleva en las flores el alba
perlas que desata el sol.

Y aunque en el cristal rotpido,
manso entre una y otra orilla,
viéndose la tortolilla
piense que tiene marido,
tarde pudierais tener,
don Sancho, mi caro esposo,
ni descanso ni reposo
como os faltase mujer.

Y así, aunque no habéis salido
a recibirme, mi amor,
por daros el bien mayor
en la mujer, me ha traído.

REY. Seáis bien venida, señora.
Fuése cuando le apuntaba;
que a mi gusto el tiro estaba.

GONZALO. ¿En eso gastas ahora
el tiempo, cuando destruyen
tu opinión?

REY. ¡Pasó el cercado!

INFANTA. Sin duda que habéis pecado,
pues que los pájaros huyen.

A no ser tan inhumanos
vuestros intentos, señor,
yo sé muy bien que el Amor
os lo trujera a las manos;
que Amor, si bien lo miráis,
les pone redes y grillos;
mas dicen los pajarillos
huyendo que no me amáis.

REY. Pues si dellos lo sabéis,
no hay que preguntarme a mí.

INFANTA. ¿Luego vine en balde?

REY. Sí.

INFANTA. ¿Volveréme?

REY. Bien podéis.

INFANTA. A estar sin padre, lo hiciera
avergonzada y corrida
de ver vuestra fe rompida;
mas cuando mi padre espera
con nueva dichosa el fruto
del matrimonio en los dos,
don Sancho, no quiere Dios
que vista el alma de luto
el viejo Rey de Aragón
viéndome así despreciar.

De vos no me he de apartar
aunque me deis ocasión;
que despreciándome aquí
con el desdén que resisto,
dirá el mundo que lo ha visto
que estuvo el defecto en mí.

No le deis este pesar
a mi padre, que os estima
en mucho.

LAÍN. ¿A quién no lastima
el suceso?

REY. No hay lugar,
Infanta, en lo que pedís.

INFANTA. ¿Cómo excusaréis la guerra
si me afrentáis?

REY. En mi tierra
estoy.

INFANTA. ¿Que me despedís?

Pasen siquiera tres días
por honra del sacramento,
que luego me iré a un convento
a llorar desdichas mías.

REY. Esta es ya resolución.

INFANTA. Dadme a besar vuestra mano
siquiera.

REY. Es el ruego en vano.

ORDOÑO. ¡No saliera de Aragón
nuestra Infanta sin un fuerte
ejército a conocer

REY. vuestro injusto proceder!
¡Que a mí me has hablado advierte,
villano!

ORDOÑO. Noble nació,
Sancho el Bravo, y si advertís,
os toca lo que decís;
que no me encargara a mi
a vuestra esposa mi rey
cuando naciera villano.
Blanca, no le deis la mano
a don Sancho, pues la ley
rompe y el justo decoro
que a vuestra persona debe.

REY. ¿Que hay quien a Sancho se atre-
Luego ¿porque falta el toro [ve?
de Perilo en que te abraze,
faltará tormento igual?
¡Un escarmiento mortal
haré en tu vida!

INFANTA. No pase
vuestro rigor de los labios.

REY. ¡Quitadle un dardo a un villano,
si puede serlo, en mi mano;
que he de vengar mis agravios
yo mismo!

INFANTA. Dadle la vida
a Ordoño, que yo me iré.

REY. ¡Que estos disgustos me dé
Aragón! La paz, rompida
queda ya por mí; el poder
que di para desposarme,
pues quiero desobligarme,
podéis hacerlo romper.

Aragoneses: veremos
qué ejército apercibís,
con qué legiones medís
de la falda a los extremos
de Moncayo.

INFANTA. ¡Eterno lloro
causarán vuestras pasiones!

REY. Muestre Aragón sus pendones
con barras en campo de oro;
que saldrán a recebillos
mis leones en sus garras,
para que sirvan sus barras
de cimiento a mis castillos.

(Vase.)

ORDOÑO. Esto es hecho. Dar la vuelta
es lo que a Su Alteza importa.

INFANTA. ¡Que fué mi dicha tan corta!

GONZALO. Es condición muy resuelta
la del Rey.

ORDOÑO. Con sus vasallos
tenga esa resolución;
que agravios, en Aragón
sabemos...

GONZALO. ¿Qué?

ORDOÑO. Castigallos.

(Vanse y salen, de noche, DON GARCÍA, DON LOPE
y ESTOPIÑÁN.)

LOPE. Ya hemos llegado a Toledo,
y ya la calle dichosa
pisáis de tu prenda hermosa.

GARCÍA. Pues ¿en qué serviros puedo?

LOPE. ¡Bendito sea Dios, que habló!

ESTOP. Como por su imagen tiene
a Sancha, el milagro viene
a pelo: la habla cobró
en llegando a ver su templo.

GARCÍA. ¿Quién en deidades no espera?

ESTOP. Ponla una lengua de cera
para que sirva de ejemplo
a majaderos de amor,
que quieren sufrir callando.

LOPE. Desde Barcelona vengo
suplicando a don García
me cuente su historia.

GARCÍA. La porfía (1)
vuestra venció; ya prevengo
la memoria al triste cuento,
cuyo lastimoso estrago
vence al que escuchó en Cartago
la reina.

LOPE. Ya os oigo atento.

GARCÍA. Ya sabéis, don Lope amigo,
cómo, por los hechos claros
de mis mayores, me honraba
nuestro rey don Sancho el Bravo,
y que mi abuelo en Sevilla,
maestre de Santiago,
honró con su fama el mundo
sirviendo a Fernando el Santo.
Fué mi padre la privanza
de su hijo Alfonso el Sabio,
que agonizando en la cama
nos encomendó a don Sancho.
Mi padre, sirviendo al Rey,
acabó hecho pedazos
de más cuchillas moriscas,

(1) Así el verso en la edición. Acaso: *me lo
cuenta. La porfía.*

que lloró la envidia agravios;
 amparóme el Rey, servíle
 desde los quince a veinte años
 que abrí los ojos al mundo
 y los del alma al palacio;
 doña Sancha de Meneses,
 a quien los cielos guardaron
 porque viva su hermosura
 acreditando milagros,
 a quien si Alejandro viera
 no fuera tan Alejandro
 con Apeles, si es que el Sol
 puede humillarse a retratos,
 una tarde en el jardín
 florido, ejemplar de mayo,
 dando a Dafne envidia inútil,
 pude hablarla al pie de un lauro.
 Fué la vergüenza pintora,
 y los ojos, al mirarnos,
 pinceles que a las mejillas
 de casta púrpura honraron;
 rompió el silencio el Amor,
 que aunque lo entienden callando,
 divinamente se apura,
 entre sentimientos castos.
 Presentes cielos y flores,
 merecí gozar su mano,
 con fe de esposo jurada
 por la lealtad de un abrazo.
 Viónos el Rey, y cual suele
 flechar escondido el arco
 cauto el cazador que esparce
 los pajarillos del árbol,
 huyendo salí, medroso,
 y ella por unos sagrados
 mirtos de Venus se entró,
 temiendo al Rey, en su cuarto.
 Apenas pasó un instante,
 que no me dieron más plazo,
 cuando sus ojos me privan
 entre el destierro y mi llanto.
 Cumplí en Córdoba el destierro,
 donde jamás se enjugaron
 mis ojos, hasta que el cielo
 me trujo para más daños:
 llegué a Toledo una noche
 (cerca de la calle estamos
 donde pasó mi tragedia),
 pues no anduve muchos pasos.
 cuando, entre espadas y voces
 que hasta las piedras temblaron,
 "matadla, primos", escucho,
 "para que muera mi agravio".

Acerqueme al fiero estruendo
 diciendo: "¡Teneos, villanos!
 que, si es mujer, es bajeza
 venir a matarla tantos".
 Amparéme en la rodela,
 y alzando la espada y brazo
 vi a mi lado una mujer
 pidiendo favor, temblando:
 "Sosiega, mujer, no temas,
 que segura estás en tanto
 que gobierne el blanco acero",
 dije; y, esperando a cuatro
 que delanteros venían,
 hice lo que me enseñaron
 mi sangre y obligaciones;
 cansélos, y me dejaron;
 pero cargando una tropa
 de amigos, deudos, criados,
 como al jabalí de Escocia,
 me arrojan lanzas y dardos.
 Venció a la razón la furia,
 y como el espín armado
 de rabia y manchadas puntas
 pasa tronchando venablos,
 dije, arrojándome entre ellos:
 "Bien parece, toledanos,
 que no me habéis conocido;
 García soy, el desterrado".
 Apenas mi nombre dije,
 si bien no me respetaron,
 cuando, enamorando el cielo,
 aunque con ecos turbados:
 "Doña Sancha soy, García",
 dijo la dama, "que, avaros
 los planetas en tu ofensa,
 anoche me desposaron.
 Si han forzado mi albedrío,
 dígalo el presente caso,
 pues me matan por hallarme
 adorando en tu retrato.
 Tuya soy, querido esposo;
 para tus brazos me guardo,
 que no ha tocado los mios
 quien esperaba gozarlos".
 No más furioso le pintan
 a Polifemo burlado,
 cuando a la nave de Ulises
 iba arrojando peñascos,
 que yo, pues la roja espada
 figurando cielo el brazo,
 como Júpiter en Flegra,
 iba despidiendo rayos;
 pero, temiendo el peligro,

salí por la calle abajo,
a mis espaldas mi Sancha
y a mi frente los contrarios.
Dieron de una casa voces,
diciendo: "Para guardaros
la abrimos"; gané la entrada,
poniendo a mi esposa en salvo;
retiréme, y a una esquina,
que es el corazón presagio
de desdichas, esperé
lo que los cielos trazaron;
entró don Jaime de Luna.
con furia de desposado
ofendido, y dando voces
pasó atravesando patios:
"¡Muera doña Sancha, primos!
porque va depositado
mi honor en su misma vida,
y he de morir por cobrarlo".
Arrojéme entre los suyos,
pero con pasos más tardos,
que él iba seguro a priesa,
y yo, en peligro, despacio.
Rompió a un camarín la puerta,
que los infelices hados
mortales avisos dieron
que estaba Sancha en el cuarto;
entró, y hallóla postrada
a un oratorio abrazando
a una imagen de la Virgen;
mas, como iba ciego y bravo,
perdiendo a Dios el respeto,
de los cabellos dorados
cogió a Sancha, y con la diestra
un corto puñal sacando...

(Dentro.)

LOPE. ¡Plaza, plaza!

GARCÍA. ¡El Rey!

¿Qué es esto?
Mirad si es para contado
mi suceso, pues el Rey
quiere matarme al contarlo.
El Rey su palacio deja
de noche; ¿si con presagios
de mi muerte?

LOPE. Pues, García,
seguidme, y pondréos en salvo.

GARCÍA. Mientras pasa el Rey será,
porque he de morir amando
en la esfera de mi fuego.

(Vanse los dos.)

ESTOP. Yo estoy sin culpa, y le aguardo.

(Sale el REY, acompañamiento y luces, y DON GONZALO.)

REY. Poco es mi reino, si esperas
debidos premios, Gonzalo;
¿que Sancha se determina
a salir contigo?

GONZALO. Alcanzo
dicha feliz en la tuya.
De manera la engañaron
letra y firma contrahechas,
que me dió el porte en abrazos;
besó mil veces la firma,
diciendo: "Los cielos claros
verán que Sancha y García
se rinden a un mismo lazo.
Dirásle a mi caro esposo
que sólo a la noche aguardo,
porque en su tiniebla y sombras
siga al sol que voy buscando;
vendrás a las once, amigo,
con el posible recato,
porque a tu señor me lleves".

REY. ¡Ahora sí es rey don Sancho!
¿Hay fortuna más dichosa,
que sin escuadrón armado
gozó la mayor vitoria?
¿Y sabe su hermana el caso?

GONZALO. Fué necesario que Elvira
lo supiese y, como en años
es mayor, aconsejóla
sagaz en tu mismo engaño,
porque tu gusto procura.

REY. Pues premiarála mi mano
con dote igual a quien es.

(Vanse.)

ESTOP. ¿El Rey con tanto aparato,
y de noche? ¡Vive Dios,
que ya se me pudre el bazo
por saberlo! ¡Ah, gentilhombre,
que los hay del Rey en años!

GONZALO. ¿Qué mandáis?

ESTOP. Saber quisiera,
para quedar hombre sabio,
dónde va el Rey a estas horas.

GONZALO. A ser de unos desposados
padrino.

ESTOP. ¿Y los novios, quién?

GONZALO. Haré falta, si me tardo,
y no es bien que me detenga.

ESTOP. ¿Y podréis decirlo andando?

GONZALO. Muy bien, si venís conmigo.

ESTOP. Sois discreto, a fe de hidalgo,
y que os diera para guantes,
a no acercarse el verano.

(*Vanse. Salen DON GARCÍA y DON LOPE.*)

LOPE. Ya estáis seguro del Rey.

GARCÍA. ¡Quién pudiera estarlo tanto
que esta noche, sin peligro,
viese a mi Sancha!

LOPE. Acordaos
que dejasteis vuestra historia
partida y hecha pedazos,
como los sucesos de ella.

GARCÍA. Digo, pues, que alzando el brazo
don Jaime quiso escondelle
en el pecho, casi helado,
el temeroso puñal;
pero si mis pies volaron,
dígalo Amor: llegué a tiempo
que, metiendo cuerpo y manos,
puse treguas a la muerte,
aunque luego se quebraron
en la de Jaime, pues fiero,
pude envainarle el manchado
estoque, huyendo el alma
de quien la despide a saltos;
huyó doña Sancha, y yo,
perseguido y maltratado,
pude, dejando a Toledo,
pasar los términos anchos
del hondo mar; pasé a Italia,
donde en muy confuso caos
he estado tres años justos,
siendo tan injustos años.
No he sabido de mi esposa;
sólo he sabido que traigo
la vida en tanto peligro
como los que os he contado.
Si sois, don Lope, mi amigo,
ahora habéis de mostraros,
más que prudente en consejos,
en atrevimientos franco;
yo he de ver si Sancha vive,
si alojan selvas y campos,
para matarme, más hombres
que peina arenas el Tajo.

LOPE. Con ánimo de morir,
si importare, os acompaño;
que, fuera de vuestra causa,
otra me obliga a animaros.
En vuestra ausencia, García,
aunque ha seis meses que falto,

he solicitado a Elvira,
hermana de Sancha; vamos
a saber de vuestra esposa,
que ya es la causa de entrambos,
y bastan para mil hombres.
dos amantes agraviados.

(*Sale ESTOPIÑÁN.*)

ESTOP. ¿Tanta desdicha apereibes,
Fortuna, al hombre más bueno?
Como el otro con veneno,
tú con las desdichas vives.

GARCÍA. ¿Qué dices, Estopiñán?

ESTOP. Dice Estopiñán que ha visto
la muerte, y no al pie de un Cristo,
sino al entrar de un zaguán.

GARCÍA. ¿Tú la muerte?

ESTOP. Yo la muerte;
desesperada venía,
mas dijo que no era mía,
pero su título advierte
que es tuya; mira si estoy
con razón alborotado:
a doña Sancha han casado,
digo que se casa hoy,
ahora, de aquí a un momento,
que el Rey va a ser su padrino;
su esposo es don Bernardino,
primo del muerto. Oye atento:
por pagarle liberal
el Rey, dicen que le casa
con la moza; aquesto pasa.

GARCÍA. Bien dices, que era mortal
la imagen que viste. ¡Ah cielos!,
si de espadas me libráis,
¿por qué de amor me matáis?,
¿por qué me matáis de celos?
¿Mi esposa en otro poder?,
¿en otros brazos mi esposa?
Don Lope, ya vive ociosa
la espada; yo he de perder
la vida, y si mil tuviera.

LOPE. La que tienes perderás,
si te descubres.

GARCÍA. ¿Ya estás
medroso?

LOPE. ¡Detente, espera!

GARCÍA. Mira que vas a morir,
y no a cobrar a tu esposa.
Y si ahora se desposa,
después ¿qué podrá servir
el atrevimiento mío?

Déjame, que no es consejo
el que así turba el espejo
del valor; en vano fio
de cuerda prudencia ajena
mi atrevida ejecución,
que en amor la dilación
jamás para nada es buena.

Tan amigo de obras soy
que yo me aborrezco hablando,
pues estándolos matando
diré que a matarlos voy.

¿No basta que me condenes,
Rey, a morir, si a Toledo
piso?

LOPE. ¿Que tan poco puedo?

GARCÍA. ¿Sino que mi muerte ordenes
por tan extraños caminos?
¿Hay linaje de rigor
más fuerte? ¿Ayúdame, Amor,
y verás hechos divinos!

Verásme cómo abrazado
a un mármol del edificio,
hurto a Sansón el oficio,
ya ciego de enamorado.

¿Que no escarmiente el segundo,
habiendo muerto al primero!
Pues él será, si no muero,
ejemplo sangriento al mundo.

LOPE. Vamos, que oculto en mi casa...

GARCÍA. Don Lope, el alma se abrasa.

LOPE. Donde moriré contigo (1),
nos dará consejo Amor.

GARCÍA. Mira que agravios me incitan.

(*Vanse.*)

ESTOP. Ya que a su esposa le quitan,
pónganle esposas, señor.

Por tan imposible siento
que don Lope le sosiegue
como que un ladrón no juegue
y que juegue un avariento.

(*Salen SANCHÁ y ELVIRA, con mantos.*)

SANCHÁ. El estado (2)
más feliz que el alma espera,
hermana, la posesión
de mi pagada afición,
vuela con planta ligera.
Fiel criado de García,

verá el Rey con tanta infamia
mis bodas las de Hipodamia,
por más que honrallas porfía.

ESTOP. Hasta que un rato desfleme
mi señor, no me está a cuento
verle el rostro.

ELVIRA. Gente siento,
Sancha.

SANCHÁ. ¿Para que se extreme
la Fortuna en derribarme!
¿Si nos salen a buscar?
Elvira?

ELVIRA. Da que pensar
la gente y luces.

SANCHÁ. Guardarme
puede el cielo, pues me guía
una honesta voluntad.

ESTOP. ¿Por Dios que traen majestad!
Hurtando vienen al día

la luz. ¿Si es el desposado?
SANCHÁ. Hermana, ¿qué hemos de hacer?
Mira que nos han de ver.

ELVIRA. Tu recelo me ha turbado.

Allí está una casa abierta
donde encubrirnos podemos.

SANCHÁ. Elvira, el riesgo que vemos
me enseña mi dicha incierta.

ELVIRA. La mía, decir podrás
que será incierta y dudosa
si por la carta engañosa
al Rey engañada vas.

Si adoro al Rey, ¿quién me ha
que yo su engaño acredite, [hecho
para que a Sancha le quite
el bien que cabe en mi pecho?

¿Contra mi hermana y mi amor
traición más acreditada,
que dé yo misma la espada
para probar su rigor?

No ha de ser así; que pienso,
librando a Sancha del Rey,
cumplir de mi amor la ley.
Del alma es el fuego inmenso,

y sólo puede templarle
el Rey, a quien ciega adoro,
pues perdiéndole el decoro
pienso esta noche engañarle.

Criado de don García
fingido, llega y verás
cuando tú engañando estás
cómo hay quien te engañe un día.

(*Vase.*)

(1) Así esta redondilla. Falta el primer verso.

(2) Sólo quedan estas dos palabras de toda la redondilla.

ESTOP. Miren lo que el mundo encierra:
mi amo desesperado,
y contento el desposado,
todo en un palmo de tierra.

Es mundo; no hay que fiar,
que ha de hacer como quien es,
y sólo el que anda el revés
es quien lo puede alcanzar.

Si hurta para soletas
el sastre cojo, una vara,
aunque el mundo no se para
lo ha de alcanzar sin muletas.

Moja el mercader la seda
para que le pese más;
éste no se queda atrás,
ni aun el tejedor se queda.

También le alcanza volando
el albañil, no cayendo,
sino el invierno mintiendo
en lo que va trastejando;

porque aunque los techos clamen
por muchas bocas abiertas,
deja las más descubiertas
para que otra vez lo llamen.

También si el mundo se nota,
para sin freno el caballo,
y es porque pueda alcanzallo
cualquier logrero con gota.

Ya doy en legislador;
mas si el alma no me engaña
no hay mayor bulto en España,
aunque lo pinte el temor.

A mi abrigo se me viene
costeándome el estrecho;
que no es pequeño el del pecho.

(Sale DOÑA SANCHÁ.)

SANCHÁ. ¡No esperar más me conviene!
¿Dónde se ha quedado Elvira?
¡Sola me ha dejado, cielos!
pero acorta mis recelos
el bien a que el alma aspira.

Que pienso que viendo estoy
a quien me aguarda; ¿qué espero
sin llegar hablar primero?

¿Sois de don García?

ESTOP. Soy...

¡Válgame un santo gigante!
¿Apenas hemos venido
y ya nos han conocido?

SANCHÁ. ¡Que una mujer os espante,
y más sirviendo a García!

ESTOP. ¿Si no es que me habéis burlado?
Digo que soy su criado,
por el alma de mi tía.

SANCHÁ. Pues si lo que importa veis,
¿cómo más prisa no os dáis?
Sin duda, el riesgo ignoráis,
pues que tan poco teméis.

En vuestra prisa consiste
mi vida y la de García.

ESTOP. ¿Hay más nueva algarabía?

¿Así una mujer embiste
de noche, sin ver a quién?

¿Si por el pie me ha sacado?,
que, aunque lo calzo apretado,
mido un cordobán muy bien.

Buen olor; ¿si es ámbar gris?

Mejor, ello es alhucema.

¡Si como es la noche yema,
fuera clara!

SANCHÁ. ¿Qué decís?

ESTOP. Vamos ya, que no querría

llevarle a mi amo en duda
una mujer zapatuda;

mas ¿querrá la dicha mía

que con toledano pico
tenga de retrato el rostro,
que ángel pintado un mostro,
manaza grande y pie chico?

Que con esto y no pedir
sino fuere la licencia
para entrar, puedo en conciencia
llevarla. Bien podéis ir,

que ya mi señor ensaya
los brazos hecho un aspado.

SANCHÁ. ¿Sabrá la ley que he guardado?

ESTOP. Si es la de Moisés, no vaya.

(Vanse. Sale DOÑA ELVIRA.)

ELVIRA. De industria a Sancha he perdido
porque no se pierda aquí.
Engañese el Rey en mí,
ya que su engaño he sabido.

Que no pagara tan mal
mi amor, sin suplir mi falta,
pues ve que mi sangre esmalta
la corona a Portugal.

Volveráse Sancha luego
si ve que falta el criado,
y templará el desposado
su ardiente amoroso fuego.

Que cuando la halle el día,

será muy cierto y forzoso
que olvide, ausente, a García (1).

(Sale GONZALO.)

GONZALO. Serán las once; permita
mi pretendida esperanza
que halle en tanto mar bonanza.
Ya el cuidado resucita
mi bien. Doña Sancha es ésta,
que ya esperando me está.

ELVIRA. Un hombre viene; ¿será
el que aguardo? Ya se apresta
para recebillo el alma.

GONZALO. Si es ella, las gracias doy
a mi ventura; yo soy
el que merece la palma
de fiel criado. García,
si sois doña Sancha, espera
vuestra luz, que es propia esfera
de su amor.

ELVIRA. Pues llegue el día
que entre peligros tan claros
merezca pagar su amor,
y a vos, por tanto favor,
me deje el cielo premiaros.

GONZALO. Vamos, que sombras oscuras
de la noche...

ELVIRA. Si me viera
reina yo...; pero no fuera
de las mayores venturas.

(Vanse. El REY, DON BERNARDINO, DON JUAN, criado del REY; DON TELLO, viejo, padre de SANCHA; acompañamiento y luces.)

REY. El cielo, don Bernardino,
os haga a vos más dichoso
que a don Jaime.

BERNARD. Ya es forzoso,
pues quien a matarle vino
nos ha puesto en medio el mar,
temiendo vuestro rigor.

TELLO. Mucho os levanta el favor,
y yo os pienso derribar.
Mirad lo que hacéis, mancebo,
y buscad otra mujer.

BERNARD. Vuestra hija lo ha de ser;
que si al mismo Sol me atrevo,
por la calidad que tiene
mi sangre la mereció.

TELLO. No me meto en eso yo;
sé decir que no os conviene.

BERNARD. Sabrá que vos lo estorbáis
el Rey.

TELLO. Hablemos más paso.

BERNARD. Don Tello, cuando me caso.
¿por qué la casa turbáis?

TELLO. Porque me importa que vos
no seáis mi yerno.

BERNARD. Seré,
cuando más pesar os dé.

TELLO. ¡No lo seréis, juro a Dios.
porque ha de saber mi espada
mataros si me enojáis!

BERNARD. ¡Muy descomedido andáis!

TELLO. ¡Mentís!

REY. ¿Qué es eso?

TELLO. No es nada
si quiere don Bernardino.

BERNARD. ¡Vive Dios!

TELLO. Hablemos paso.

BERNARD. ¿Tal sufro cuando me caso?

TELLO. ¿Qué sufrir? ¡Mas imagino
que hombre que el Rey atropella
diciendo que ama a mi hija,
y que él por mujer la elija,
se casa para vendella!

BERNARD. Conmigo el Rey de Castilla
muy poco en mi ofensa acaba.

TELLO. Quien la mujer os alaba,
no está lejos de pedilla.

Sois mozo, y quiero advertiros
por lo que en el mundo pasa,
que pienso que el Rey os casa
para tener qué pedir.

En suma: ¡no se ha de hacer,
si os favorece el infierno,
porque no ha de ser mi yerno
quien prive por la mujer!

JUAN. Sí, señor; la llave tiene
de la casa de García
don Gonzalo.

REY. Tarde el día
cuanto mi bien se detiene.

Don Juan, ¿si habrá ya salido
doña Sancha?

JUAN. Cosa es cierta,
porque quien tu bien concierta,
con cuidado te ha servido.

TELLO. Ya os he dicho que finjáis
algún nuevo impedimento.

BERNARD. El Rey hace el casamiento
por más que vos lo impedáis;

(1) Falta el segundo verso de esta redondilla.
Acaso: en los brazos de su esposo.

TELLO. y después que esté casado,
quién soy os daré a entender.
Otros por tener mujer
que perder, no se han vengado.

Y vos, como aquí decís,
os casáis para vengaros;
mejor será no casaros,
y veréis cómo reñís.

(Sale COSTANZA, criada.)

COSTANZA. Si las desdichas han dado
lugar para que se cuenten,
ésta es la mejor de todas,
que habéis de llorarla siempre.
Doña Sancha, mi señora,
sin que sentirla pudiesen,
abriendo al jardín la puerta...
¡Albricias!

JUAN. De un Rey la[s] tienes.

REY. Habla, [Costanza], ¿qué dices?

TELLO. ¡Cielos! ¿Qué estrellas crueles
BERNARD. contrarias a mi fortuna
de vuestro cerco me ofenden?

COSTANZA. Digo, señor, que tu hija...

TELLO. ¿Qué ha hecho mi hija? ¿Fuése?

COSTANZA. Sí, señor.

TELLO. ¡Válgame Dios!

Segura estaba la liebre,
que si me la han levantado,
perros son del Rey, que puede
entrar en el soto ajeno,
aunque a su dueño le pese.

BERNARD. ¡Vive Dios que fué don Tello,
quien en salud se previene!

¡El ha escondido a su hija!

Haré que el Rey lo remedie.

Señor, don Tello no gusta
que yo mis bodas celebre
con su hija doña Sancha,
y hasta que yo me vengue
quiero encubrir los agravios
de su lengua; nadie tiene
a Sancha, si él no la encubre.

Vuestra Majestad le ordene
que a su presencia la traiga.

TELLO. Porque es en mi daño, mente.

(Aparte.)

¡Pluguiera a Dios que yo fuera,
aunque dejara en rehenes
mi vida. ¡Quiero esforzar,

por lo que a mi honor conviene,
su engaño, aunque yo peligre.

BERNARD. A mi voluntad se debe,
señor, que guardéis justicia
y que vuestro enojo prueben
los que en la presencia vuestra
os burlan para ofenderme.

REY. Bien nuestro engaño se entabla,
pues Bernardino lo siente
tanto, que a don Tello culpa.

JUAN. Mira, señor, si merece
don Gonzalo honrosos premios.

REY. Hará mi amor que le premie.
Mas disimular importa.

Don Tello, nadie se atreve
ni a la sombra de mis plantas,
como de cuerdo se precie.

Pues cuando don Bernardino
naciera en la humilde plebe,
y no de sangre tan clara,
bastaba que yo quisiese,
como su padrino, honrallo.

No perdéis cuando se mezcle
la ilustre sangre de Luna
con la sangre de Meneses,

aunque no me persuado
que quien respeta a los reyes
tanto como vos, se atreva
a lo que el crédito excede;
que no es posible que vos,
aunque el mundo lo sospeche,
la tengáis, que no es posible.

TELLO. Sí es posible.

BERNARD. ¡Que confiese
su mismo delito un hombre!

REY. ¿Quién tiene a Sancha?

TELLO. Quien puede.

REY. ¿Tenéisla vos?

TELLO. Yo la tengo.

REY. ¡Cielos, forzóse mi suerte!
Tello, pienso que el dolor
de ver vuestra hija ausente
os hace desvariar.

TELLO. Luego ¿los padres no pueden
guardar sus hijas? Ya he dicho
que soy quien a Sancha tiene.
No es tan liviana mi hija
para que su casa deje
sin que lo sepan sus padres.

REY. Don Juan, si es esto verdad,
¿a quién habrá que me queje
de tan infeliz suceso?

JUAN. Pues manda, señor, prenderle

porque dé a su hija.

REY. Escucha:
turbado el dolor me tiene.

BERNARD. Tello: perderé mil vidas
antes que la empresa deje.
Mi esposa me habéis de dar.

TELLO. Para entre los dos, ¿quién puede
dárosela? Yo no la tengo,
¡juro a Dios!

REY. Tello no quiere
nuestra amistad. Escuchadme:
¿sabéis de Sancha?

TELLO. ¿Qué quiere
saber Vuestra Majestad?
¿No basta saber que siempre
soy desdichado? Mi hija,
aunque la vida me cueste,
me pagará lo que ha hecho.
Ya vuelve el semblante alegre
el Rey. ¡Como ve que falta
por orden suya!...

REY. Si vuelve,
merezca perdón por mí.

TELLO. Y si vuelve diferente,
¿quién ha de pagarme el daño?
Pues mire el que el hecho emprende
que tengo brazo y espada
y soy Tello de Meneses.

JORNADA SEGUNDA

(Salen de moros, con máscaras en las manos, DON
LOPE y DON GARCÍA, y FORTÚN, criado.)

GARCÍA. Fortún, vuélveme a decir
la prevención que se ha hecho,
para que sosiegue el pecho.

FORTÚN. Todos hemos de morir
por servirte, y basta estar
en casa de mi señor
para negociar mejor
de lo que puedes pensar.

LOPE. Vuestro linaje y el mío
se han empeñado; ya están
a caballo, y perderán,
que de su valor lo fío,
las vidas, o vuestra esposa
no ha de tocar mano ajena.
Don Bermudo es quien lo ordena;
una escuadra valerosa
de valientes lleva armada;

otra don Alvaro lleva,
que en la más difícil prueba
han sabido honrar su espada.

En jinetes voladores
todos de máscara esperan
tiempo y lugar.

GARCÍA. Mal pudieran
con tan seguros favores
atreverse a darme enojos
de Jerjes las compañías.
¡Dejadme, tinieblas frías,
gozar los serenos ojos
de Sancha!

LOPE. Si el desposado
la lleva a su casa, está
seguro el hecho.

GARCÍA. ¿Y podrá
cuando se quede...?

LOPE. Ya he dado
orden que en saliendo el Rey,
a quien respeto se debe...

GARCÍA. ¿Qué bruto a su Rey se atreve,
cuando el respetallo es ley
natural?

LOPE. Saliendo, digo,
el Rey, acometeremos
en tropas, y que tendremos
próspera suerte, me obligo;
porque el pueblo ha de pensar
que es máscara, y ordenada
a honor de la desposada,
con que tendremos lugar
de sacarla fácilmente.

GARCÍA. ¿Y si las manos se han dado?
LOPE. Dejadme a mí el desposado,
aunque blasone valiente

de haber muerto en desafío
al Alcaide de Antequera.
GARCÍA. Ya veis si importa que muera.
LOPE. Poco ha de importalle el brío;
mas quiéroos pedir licencia
de robar también a Elvira:
mirad que el alma suspira
por su luz.

GARCÍA. ¡Fuera inclemencia,
don Lope, la que yo usara
con vos, si estorbo os pusiera;
¡pluguiera a Dios que trujera,
para que en algo os premiara,
doña Elvira un reino entero!

LOPE. Sólo el aviso aguardamos
para que los dos salgamos.

GARCÍA. Olvidar de industria quiero

el enojo que me da
Estopiñán.

LOPE. Por excusallo (1)
se quedó.

FORTÚN. Yo iré a buscarlo.

LOPE. No es menester; que él tendrá
más cuidado de venir
que su señor de esperar;
quedóse por avisar
lo que viese.

GARCÍA. Y a dormir,
que lo sabe hacer muy bien.

(*Salen al dosel ESTOPIÑÁN y SANCHÁ, cubierta con manto.*)

ESTOP. Espérate aquí tapada;
daré mi humana embajada.
¡Válgame el buey de Belén!
¿Estoy en Marruecos yo?

GARCÍA. Llega, no tengas temor,
Estopiñán.

ESTOP. ¡Oh, señor!
Pues ¿tan presto renegó,
sin dar parte a sus criados?

GARCÍA. De tu tardanza pudiera.

ESTOP. Ya vine, y saber quisiera
qué intentos desesperados
te han obligado a dejar
nuestra católica fe.

GARCÍA. ¿Yo?

ESTOP. ¿Qué amante hay que no esté
a pique de renegar?
El capítulo primero
dicen que es buscar mujeres;
pues en verdad que si quieres
comenzar, y aun sin dinero,
que no es pequeño milagro,
te daré yo una mozuela.

GARCÍA. ¡Necio! Si el Sol me desvela,
si a su hermosa luz consagro
el alma, ¿a ofrecirme vienes
nuevo amor?

ESTOP. Mira que está
a la puerta, y que podrá
escuchando tus desdenes
irse. La moza es gallarda,
tiene lindas pantorrillas,
y hará por ti maravillas.

SANCHÁ. Mucho en recibirme tarda
García.

GARCÍA. Callando estoy,
por no matarte. ¿Estás loco?
Si sabes que el cielo toco
y que en sus esferas voy,
¿por qué bajamente quieres
que mi pensamiento humille?
A quien es puedes decille
que son humildes mujeres
cuantas el mundo sustenta,
para que me agrade yo;
sólo mi amor penetró
la luz del sol que me alienta.
Voy a despedilla.

ESTOP.

GARCÍA. Digo.

LOPE. Escucha.

GARCÍA. ¿Qué le queréis? (1)
¿Tenéis ganas de matarme,
o que desespere aquí?

ESTOP. ¿Hay despedimiento?

GARCÍA. Sí.

ESTOP. Quien ha podido mandarme,
dice que os volváis.

SANCHÁ. ¿Por qué?

ESTOP. El lo dirá, si escucháis.

SANCHÁ. Sancha, buen premio lleváis.
Mas si en el traje se ve
mudanza, ¿de qué me espanto
que mude el alma también?

GARCÍA. ¿Yo más favor? ¿Yo más bien?
No podrán las yerbas tanto
de Tesalia y Colcos. Prueben
Circe y Calipso a mudarme.

SANCHÁ. Pues has podido olvidarme,
hechizos son que te mueven.
¿Hubo más fácil mudanza
de tan largo amor? ¡Ah, cielos!
¿Si comenzaré por celos
a malograr mi esperanza?
Infernal hechizo ha sido
que con tanta fuerza ha obrado,
pues que tan presto ha mudado
¡cielos! el alma y vestido.

GARCÍA. ¡Ea! ¿Cómo no avisáis?
Deudos y amigos, ¿qué hacéis,
cuando mi peligro veis,
en lo mucho que tardáis?
Mirad que me va la vida,
y aun la del alma me va;
que si pierdo el bien será

(1) Así el verso; sobra una sílaba. Tal vez: *A excusallo.*

(1) Faltan dos versos de esta redondilla.

la del alma aborrecida.

Pienso que me han de eclipsar
el bien si pasan las horas.

(Sale SANCHÁ.)

SANCHÁ. Dime qué mujer adoras;
que yo te la iré a buscar.

GARCÍA. Don Lope, alcanzar no puedo
qué yerba o flor virtuosa
muestra esta imagen hermosa.
¿Si es campo egipcio Toledo?

LOPE. Mira que es tu esposa bella;
obra la imaginación.

GARCÍA. Don Lope, las yerbas son,
que la han transformado en ella.

Cuando a los campos bajara
Venus, y Adonis herido
con desmayado sentido
piadosamente llorara,

si bien son fábulas griegas,
les diera crédito aquí
primero, que han hecho en mí
imaginaciones ciegas,

que me presentan en vano
la imagen que humilde adoro.

ESTOP. Basta, que el vestido moro
te quita el amor cristiano.

SANCHÁ. Por no querer conocerme
pienso que no me conoce.

LOPE. Así mi esperanza goce
el bien que puedo ofrecerme,
que es dueño de tu albedrío.

SANCHÁ. Perdiéndome lo verás.

GARCÍA. Vuelve al alma donde estás,
divino imposible mío,
que ¿quién ha de imaginar
que baje el Sol blandamente?,
pues un rayo de su frente...

LOPE. ¡Ea, llegaos a abrazar!

GARCÍA. Mucho de imposible tiene
este bien que gozo ahora;
que llegar al punto y hora
que tu boda se previene,
padrino el Rey, y tu casa
llena de guarda real,
y tú, con amor igual
al mismo amor que me abrasa,
¿dejar esposo y padrino
y buscarme sin saber
que vine?

SANCHÁ. Eso es ofender
mi honor, que al cielo encamino.

Porque me esperas, García,
como lo dice un papel
de tu mano, fuí cruel
a la ilustre compañía
que dejo ahora burlada.

¿Yo papel?

GARCÍA.

SANCHÁ.

Tu letra y firma
mi resolución confirma,
de mi amor acompañada.

Salí a buscar al criado
que me esperaba en tu nombre;
vi en el mismo puesto un hombre
tuyo, y quedó acreditado
mi amor; ¿son buenos testigos?

GARCÍA.

ESTOP.

¿Ya fuera el robo de Europa!

¿Pues si conmigo no topa,
la llevan por esos trigos!

GARCÍA.

¿Yo papel? Apenas tuve
lugar de pisar tu calle.

LOPE.

SANCHÁ.

¿Que tal ventura se halle!

¿Tan para perderme estuve?

También el papel decía
que en tu casa me esperabas.

LOPE.

GARCÍA.

¿Muy buen camino llevabas!

Ya que doña Sancha es mía,
mi boda he de celebrar
en mi casa.

LOPE.

Es imprudente
tu consejo.

GARCÍA.

El delincuente
más seguro suele estar
donde el riesgo está más llano.

SANCHÁ.

Yerma está la casa, y tiene
la llave el Rey.

GARCÍA.

Pues ya viene
el dueño, y fuera villano,
cuando la vuestra dejáis,
no ampararos en la mía.

¿De quién el papel sería?

¡Ah, celos! ¿Ya comenzáis?

Don Lope, Fortún prevenga
nuestros deudos, por si fueren
menester.

LOPE.

Todos os quieren
servir.

FORTÚN.

¡Plega a Dios que tenga
próspero fin la jornada!

(Vase.)

GARCÍA.

Veré quién turba mi honor,
don Lope.

LOPE.

Todo el favor

que puedo ofrece mi espada;
que quien, siendo un rey padrino
y tan noble el desposado,
robar a Sancha ha intentado,
que es gran persona imagino.

GARCÍA. Si de mis umbrales pasa,
aunque en la grandeza llegue
al Sol, yo le haré que riegue
con sangre el suelo a mi casa.

LOPE. Pues para encubrirnos más,
dejemos el traje moro.

SANCHA. La nueva invención ignoro.

LOPE. Después saberlo podrás.

GARCÍA. ¡Vamos, mi bien!

SANCHA. ¡Infinitas
gracias doy a Dios que os veo!

GARCÍA. Sois alma de mi deseo.

SANCHA. Vos, mi dueño.

ESTOP. ¡Andar, pavitas!

(Vanse todos. Salen DON GONZALO y DOÑA ELVIRA.)

GONZALO. En esta cuadra podrás
esperar a don García.

ELVIRA. ¿Sin luz?

GONZALO. ¿No ves que podría
venir a perderse más?

Si está condenado a muerte,
¿quieres que le acierte a ver
quien le procura ofender?

ELVIRA. Más quiero gozar la suerte
de hablarle sin verle aquí,
que verle con el temor
de perdelle.

GONZALO. Ese es amor.

(Aparte.)

ELVIRA. Muy bien he trazado así
lo que estar sin luz me importa.

GONZALO. Sancha, ya viene García.

ELVIRA. Hará poca falta el día.

GONZALO. Siente que la noche es corta
para bien tan esperado.

ELVIRA. En mi dicha corta fué.

GONZALO. ¡Qué bien a Sancha engañé!

ELVIRA. ¡Qué bien al Rey he engañado!

(Sale el REY.)

REY. Sancha, no quieren los cielos
que tan esperado bien
lo goce sin que me den
pensión de sombras y velos.

Debe el bien comunicarse
con imposibles de verse;
que humilde, vendrá a perderse,
y fácil, a no estimarse.

De Italia vengo medroso
de tu vida; que el amor
tiene la parte mayor
en ti.

ELVIRA. Menos cauteloso,
don Sancho, os quisiera ver.

REY. Gonzalo, yo soy perdido;
que Sancha me ha conocido.

GONZALO. ¡Porque yo venga a perder
lo que mi privanza espera!

ELVIRA. No desesperéis, señor;
por mi rey os tengo amor,
y sólo por vos viniera.

Elvira, como prudente
me aconseja, y mal podría
vencer ausente García
el amor de un rey presente.

El engaño del papel
me dijo, y creed, señor,
que he estimado a gran favor
la verdad del dueño dél.

REY. ¿Tenéisle acaso?

ELVIRA. No acaso
guardo vuestras prendas yo.
(Ap.) A Sancha se le olvidó
de contento.

REY. El alma abraso,
Sancha, en descubierto amor.
¡Deseos, resucitad!

ELVIRA. ¿Queréis el papel?

REY. Mostrad.

GONZALO. Yo lo guardaré, señor.

(Salen ESTOPIÑÁN y DOÑA SANCHA.)

ESTOP. Por tu riesgo solamente
no hay luz; pero si la quieres...

SANCHA. No importa.

ESTOP. Dice que esperes,
que ha sentido en casa gente,
y hasta que se asegure,
no es bien descansar contigo.
¡El miedo que va conmigo
no es menester que lo jure!

SANCHA. Cuando las almas se ven
con el fuego del amor,
no dan las sombras temor.

ELVIRA. No tiene el alma otro bien
sino a vos.

SANCHA. Estopiñán,

¿oíste una voz ahora?
 REY. Vos sois la reina y señora.
 ESTOP. ¿Cuando así estos miedos dan,
 llaman a Santa Polonia!
 ELVIRA. Que soy vuestra esclava os digo.
 ESTOP. ¡Ea!, ya ha dado conmigo
 la fantasma de Bolonia.
 REY. Dadme a besar una mano.
 ELVIRA. Hay que averiguar primero.
 SANCHÁ. Conocer las voces quiero,
 por más que me aflige en vano
 el temor. ¡Válgame Dios!
 ¿Esta no es la voz de Elvira?
 REY. Si a este bien el alma aspira
 y estamos solos los dos,
 ya es prueba de poca fe
 negarme el favor que os pido.
 SANCHÁ. ¡Basta!, que de Elvira he sido
 engañada bien se ve.
 Dejóme sola en la calle,
 por hurtarme el bien que espero.
 ¿Ha habido intento más fiero?
 ELVIRA. El bien no es razón negalle
 a quien lo ha de poseer;
 mas quien tiene tanto amor
 tampoco niega un favor
 por grande que venga a ser.
 REY. Si veis que el alma os concedo,
 ¿qué favor he de negar?
 ESTOP. Aquí no hay más que aguardar,
 ¡húmedo me tiene el miedo!
 Topar quisiera la puerta,
 por llamar a mi señor.
 SANCHÁ. ¡Que contra a mi mismo honor
 tan fiero engaño concierta
 Elvira! ¡Plega a los cielos,
 falsa hermana, que en tu daño
 pagues llorando este engaño
 con averiguados celos!
 ¡Plega a Dios que en mano y pe-
 donde tu galán se alivia. [cho,
 halle un arenal de Libia,
 de fieros áspides hecho.
 REY. Mirad que vuestro me pinto.
 SANCHÁ. ¡Plega a Dios que al velle el rostro
 te descubra el sol un mostro (1)
 mayor que el del Laberinto!
 ¡Plega a Dios que llegue a oídos,
 por amoroso trofeo,
 los suspiros de Tifeo.

que vierte fuego en suspiros!
 ¿Si es mi esposo a quien preten-
 que su voz no determino. [de?,
 ¿Si no es que al concierto vino
 quien en mi deshonra entiende
 con el fingido papel?
 ¿Hay más nueva confusión?
 REY. Notable resolución;
 vendréis a dar en cruel;
 mas con humildad espero
 venceros.

ELVIRA. Será excusado.
 ESTOP. ¿Si la puerta me han tapiado?

(Salen al dosel DON GARCÍA, y con él ESTOPIÑÁN.)

GARCÍA. ¡Desvíate, majadero!
 REY. Todo con amor se acaba.
 ESTOP. Como andamos a buscar
 la puerta, quise llamar
 y entendí que eras la aldaba.
 SANCHÁ. Donde hay celos, no hay temor.
 Más cerca quiero escuchar.
 Podré mi daño estorbar.
 ESTOP. Digo que hay dentro rumor [bre.
 y he escuchado voz de un hom-
 GARCÍA. ¿Voz de un hombre? ¿Y has oído
 a Sancha?
 REY. Como a rendido
 podéis.

(Túrbase ESTOPIÑÁN.)

GARCÍA. ¡Que una voz te asombre!
 Escucha.
 ELVIRA. Si el alma os di,
 es porque me deis de esposo
 la mano.
 GARCÍA. ¡Cielo piadoso!
 ¿Qué escucho?
 REY. Sancha, no vi
 en tan discreta hermosura
 tanto rigor.
 ELVIRA. Si negáis
 pensaré que me engañáis.
 REY. Mi bien, vuestro amor me apura
 tanto, que habéis de vencer...
 ELVIRA. A la envidia, siendo vos
 mi esposo...
 GARCÍA. ¡Válgame Dios!
 ¿Esto se puede creer?
 ¡Sancha de otro amor rendida!
 ¿Y hay hombre que a dar se atreve
 la mano a quien hoy me debe

(1) En la edición: *monstruo*. Compárese pági-
 na 234, columna b, línea 27.

la voluntad y la vida
 que en don Jaime no escarmien-
 Mas de suerte el mundo está [te?
 que no hay quien le guarde ya
 el respeto a un hombre ausente.

No fuera por más trofeo
 de quien le ha de hacer pedazos
 el gigante de cien brazos,
 si tuvo ciento Briateo,
 para cortalle cien veces
 la mano que le ha ofrecido.
 ¡Celos, vuestra furia os pido!

(*Vanse.*)

ESTOP. ¡Dale un pan como unas nueces!

ELVIRA. Pues mientras llega este día,
 contentaos con un abrazo.

REY. Importa alargar el plazo,
 y no por voluntad mía;
 que hay a quien mirar primero.

ELVIRA. Sé que tenéis que mirar.

REY. Sancha, que os llego a abrazar.

SANCHA. Será el abrazo postrero.

ELVIRA. Esperad, señor, que he visto
 luz en la sala. ¡Ay de mí!
 Bien y esperanza perdí.

(*Vase ELVIRA. Sale DON GARCÍA con espada desnuda
 y una hacha encendida, y está SANCHA junto al
 REY.*)

GARCÍA. ¿Así un agravio resisto?
 ¡Muere, villano!

REY. ¿A tu Rey?

GARCÍA. ¿Quién sino mi Rey hiciera
 que un agravio obedeciera
 ley de quien no guarda ley?

Mas quiero, Rey, avisaros
 de mis pensamientos fieros,
 que traje luz para veros
 y espada para mataros.

Mas quien la sustenta honrada,
 siempre a su Rey la humilló,
 aunque ahora os ofendió
 más la lumbré que la espada.

Que a un Rey que vive tan ciego,
 pues que la lumbré teméis,
 viene la antorcha que veis
 a ser espada de fuego.

REY. Bien haces, loco García,
 en darme nombre de rey,
 pues que no se empeñe es ley
 jamás la persona mía.

Sancho soy el Bravo, y sabes
 que este brazo se eterniza
 haciendo el pecho ceniza
 de las montañas más graves.

Y que si valor publicas
 y yo me llego a enojar,
 puedo despeñarte al mar
 mejor que el tebano a Licas.

Pero quien ciñe corona
 de española autoridad,
 mate con la majestad
 y turbe con la persona.

Rinde las armas; mi guarda
 llamad, que espero en la calle.

SANCHA. ¿Más que ha de mandar matalle?
 GARCÍA. Bien dices que me acobarda

la voz de mi Rey; que sola
 a la más alta montaña
 la humilla, cual tierna caña,
 pero es montaña española;

que saben guardar lealtad
 a su rey hasta los montes,
 si bien hay reyes Faetontes
 que despeñan la bondad.

Venga tu guarda, don Sancho.
 y quedará satisfecho
 tu rigor; que tengo el pecho
 ya para heridas muy ancho.

La espada rindo a tus pies,
 que como a su Rey se humilla;
 mas si ganó una cuchilla
 de tu guarda, es interés.

Noble la defensa, entonces
 verá el valor que publicas
 qué son en mis brazos ricas (1)
 montañas de acero y bronces;

verá tu guarda española,
 que no hay más que encarecer,
 cómo la llego a romper
 con una alabarda sola;

verás, a tajos y puntas,
 si tu venganza porfía,
 vivo el honor de García
 cuando tus guardas difuntas;

veráste sin guarda aquí,
 ni poderte defender,
 tanto, que habrás menester
 que yo te guarde de mí.

SANCHA. Señor, si tiene el amor
 disculpa, clemencia pide

(1) En la edición: *lisas*.

su yerro, aunque ciego, impide
vuestra clemencia y favor.

Mirad si os tiene respeto
que, viniendo tan feroz,
lo suspendió vuestra voz
para tenello sujeto;

no es vuestra hazaña el matallo
aunque le culpe la ley,
y no estima en poco al Rey
quien se confiesa vasallo.

No os conoció, de turbado.

GARCÍA. Ni aun a ti te he conocido:
a ti por lo que has subido,
y al Rey por lo que ha bajado.

SANCHA. Quizá te dará por mí
satisfacción mi inocencia,
que ahora está una sentencia
amenazándote aquí.

(*Salen DON GONZALO y la guarda.*)

GONZALO. La guarda está aquí, señor.

REY. ¡Prendedle!

GARCÍA. Mucho poder
tendrá quien me ha de prender.

SANCHA. Mira que estás sin valor,
y es flaca tu resistencia.

GARCÍA. Si me rindo he de morir,
y muero por no rendir
el valor.

[GUAR. I.ª] En tu presencia
¿se atreve nadie?...

REY. ¡Matadle,
hacedle pedazos, muera!

(*Salen DON LOPE y enmascarados. FORTÚN y DON ALVARO, todos con espadas desnudas, y pónense al lado de DON GARCÍA.*)

LOPE. ¡Muera el que ofenderle quiera!

REY. Dicen bien; ¡teneos, dejadle!

LOPE. ¡Válgame Dios! Deslumbrado
he venido; aquí está el Rey.
Moros, teneos.

GARCÍA. ¿Esa es ley
de noble vasallo honrado?

(*Toma GARCÍA su espada y pónese al lado del REY.*)

(*Ap.*) Ninguno la planta nueva,
porque he de intentar matallo.

ALVARO. Pues ve a buscar un caballo.

GARCÍA. Ya es tarde.

REY. ¡A cosa muy nueva,

don Lope, atribuyo el veros
contra vuestro Rey armado;
venís muy bien despachado,
mercedes pretendo haceros

por lo que me habéis servido
en el oficio y jornada!

¿Venirme a ver con armada
mano?

GARCÍA. ¿Pues aún no ha venido?

LOPE.

No he venido para veros,
señor, que esta noche misma
llegué a Toledo; mis obras
mis pensamientos publican.
En vuestro nombre corrí
la costa de Berbería,
general de seis galeras,
de española gente ricas;
salió una mañana el sol
sobre las playas moriscas,
humildes a los leones
que en el tafetán divisan,
con la palamenta floja
corrimos la costa limpia
hasta doblar una punta,
casi al expirar del día;
a reconocer llegamos,
y fué tanta nuestra dicha,
que diez galeras de Argel
para su suerte se animan;
como campos de amapolas
se descubren las crujías,
que entre dulzainas y voces
vibran venablos y picas;
embistieron, esperamos,
y antes que el sol en las tibias
ondas tocase, cantaron
nuestra vitoria sus ninfas;
esclavos, armas, bajeles,
que por escaparse lidian,
gané; volví a Barcelona,
como vuestro pliego avisa,
hallé a don García en ella,
y si amigos se apadrinan
en las empresas de amor,
mi atrevimiento lo diga;
mas contra la real persona,
primero el cielo permita
que a manos de mis amigos
muera sin honra en Castilla.
¿Qué moros enmascarados
son éstos?

REY.

LOPE.

¿Cómo podría,
viendo moros de la armada,

saberse nuestra venida?
Quise que cubriendo el rostro,
a caballo, en dos cuadrillas
de máscaras, nos guardasen
las personas.

REY. Acredita
vuestro valor la verdad;
y para que yo me sirva
de vos, Capitán, prended
a García.

LOPE. Causa es mía
la que os toca a vos; perdone
la amistad, que a tanto obliga
la lealtad de un rey.

SANCHA. Mirad
que va a morir.

REY. No entre el día
a verle; una torre oscura
sea su prisión.

GARCÍA. Pues la fías
de don Lope, te aseguro
que será la noche misma;
que, como le estimo en tanto,
no he de permitir que digas
para ofender su lealtad
que las prisiones me alivia.

(*Llévanle.*)

GUARDA 2.^a Señor, al estruendo y voces,
aunque daba el caso prisa,
pude olvidarme; sabrás
que ganando las esquinas
de la calle, a pie seis hombres
a reconocer venían
los que pasaban, y el uno,
que a nuestro lado se arrima,
cubriendo la voz y el rostro,
dijo: “¿Su Alteza, por dicha
entró en esta casa?”

REY. Y bien,
¿qué inferís?

GUARDA 2.^a Que sean espías
de la gente de Aragón
que va entrando por Castilla.

REY. ¡Soy don Sancho, salíos fuera!
Mi Sancha, bien merecida
tengo ya vuestra hermosura,
pues como a cosa divina
la gano a persecuciones.

SANCHA. ¿Vos a mí? ¿Cuándo?

REY. ¿Es enigma
de amor?

SANCHA. Engaño, a lo menos,

de quien me desacredita
con vos, que a saber quién soy
no ofendiérais a García.
¡Por quien soy, que no os entiendo!

REY.

(*Sale DON TELLO.*)

TELLO. ¿Quién, si no mi Rey, podía
honrarme tanto? ¿Es posible
que habéis hallado a mi hija?
¿Tanto cuidado, señor?
¡No merecen cosas más
que se canse un rey por ellas!
¡Mas, como las apadrina,
quiere que vivan honradas!
¡Miren si en vano seguía
los pasos al Rey! Mañana
pienso dejar concluida
su boda, y será en mi aldea,
y Vuestra Alteza se sirva
de no salir de la corte
para que no nos afija
la gente. Quiero a mis solas,
con mi pequeña familia,
celebrar su casamiento.
Sancha, vamos.

SANCHA. Doña Elvira
vino conmigo, señor.

TELLO. ¿Segura es la compañía!
¿Dónde está?

SANCHA. Salió a esa cuadra.

TELLO. Llámalas, pues.

(*Vanse.*)

REY. ¿Hay desdicha
que a mi desdicha se iguale?
¡Que de las manos le quitan
a un rey lo que estima en más!
Gonzalo, llama a García.

GONZALO. Iré en las alas del viento.

(*Vase.*)

REY. Vuelve con la misma prisa.
¿Hay semejante suceso?
¿Que la grandeza me impide
lograr mi gusto? El remedio
en nueva máquina estriba.
¡Engaños, acreditadme,
que si seguíis la avaricia,
avariento soy de amor!

(*Sale DON GARCÍA, DON LOPE y DON GONZALO.*)

GARCÍA. Cabeza tengo que rinda

REY. a tus pies, como te importe.
Don Tello es quien hoy os libra
de la muerte; ¿no le visteis?

GARCÍA. No, señor.

REY. Lleva a su hija;
vuestra vida me pidió,
y como es quien acredita
mi reino, pudo vencerme
su ruego; en saliendo el día
le iréis a rendir las gracias.

GARCÍA. Darélas infinitas.

REY. Mirad que no os excuséis,
porque será villanía
no agradecerle este bien,
demás que Tello os estima
tanto, que en su aldea mañana
que honréis las bodas querría
de Sancha y don Bernardino.

(Vase.)

GARCÍA. Apenas dejará limpia
la Puerta del Sol (1) las luces
que con su luz se acreditan,
cuando visite a don Tello.
Parece que desperdicia
sus desdichas la Fortuna,
pues atropelladas libran
su ejecución en las horas,
y aun le han de sobrar desdichas.

LOPE. ¿Ahora os acobardáis?

GARCÍA. ¿Qué griegos habrá que finjan
máquinas en tanto fuego?
¡Sancha, espera!

LOPE. ¡Aguarda, Elvira!

(Vanse. Salen ELVIRA y SANCHA.)

ELVIRA. ¡No ha sido grande el engaño!

SANCHA. Es muy dañoso el suceso.

ELVIRA. Que fué por tu bien confieso,
aunque fué el enredo extraño.

Al fin, del Rey te libré.

SANCHA. No pelagra mi honor;
aunque ya rindo al temor
el alma, presa se ve
de unas congojas mortales;
Sancho sujeto a la ley
de amor, y en efeto, Rey
con amor y fuerza iguales,
y preso mi esposo. Hermana,

¿si lo quiere el Rey matar?

ELVIRA. ¿Qué puedes tú remediar?

Será tu esperanza vana
de gozar tu amor, si hoy quedas
casada con Bernardino.

SANCHA. Habrá en la muerte camino
para que llorarne puedas
primero que llegue el necio
a lograr hoy su deseo;
mas ¿si es el que hablando veo
con mi padre?

ELVIRA. En un desprecio
mío conoce un amante
que no he de perseverar.

SANCHA. Yo no los pienso aguardar.

(Vase.)

ELVIRA. Pues vete, hermana, delante,
que yo el fresco de la huerta
quiero gozar por un rato.

(Salen DON GARCÍA y DON LOPE.)

LOPE. ¿Seréis a mi dicha ingrato,
cuando mi amor la concierto?

Seguid a Sancha, que va
sola, mientras hablo a Elvira.

GARCÍA. Ya Sancha a matarme aspira;
de otro amor prendada está.

(Vase.)

ELVIRA. ¿Este es Lope? ¿Habrá venido
de la jornada?

LOPE. Señora,
un pobre...

ELVIRA. Perdone ahora.

LOPE. ¿Sabéis qué limosna os pido?

ELVIRA. No hay de ninguna qué os dar.

LOPE. Vuestra persona promete
gran caudal.

ELVIRA. Pues ¿quién le mete
a un pobre en averiguar
si es rico el dueño de casa?
Otra vez llame primero,
que si es pobre majadero
y de los portales pasa...

LOPE. ¿Mataréisme?

ELVIRA. No, en verdad,
aunque es sin disculpa el yerro;
mas puede salir un perro
que os haga la caridad

(1) En la edición: las puertas.

en quitaros la salud.
 LOPE. Por vos fuera bien perdida,
 pues me curarais la herida.
 ELVIRA. No tengo tanta virtud.
 Hermano pobre, id con Dios.
 LOPE. ¿Tan presto me despedís?
 ELVIRA. Pues ¿qué me queréis? ¿Venís
 a que me pasee con vos?
 ¡Pesado sois en pedir!
 LOPE. Dadme limosna, y me iré.
 ELVIRA. Porque os vais os la daré.
 LOPE. Pues mirad que he de venir
 cada día a importunaros.
 ELVIRA. Yo no doy limosna a dos;
 viene primero que vos
 otro.
 LOPE. ¿Y no podéis cansaros
 y mudar de parecer,
 viendo mi necesidad?
 ELVIRA. Sí, que todo es caridad.
 LOPE. Déjeosla el cielo tener.
 ELVIRA. Quedaos, porque tenéis talle
 de entraros en mi aposento.
 LOPE. Anímame el bien que siento.
 ELVIRA. Pues sentidlo allá en la calle.
 LOPE. Si ésta es pobreza, jamás
 a buscar más bien me obligo.

(*Salen DON TELLO y DON BERNARDINO.*)

TELLO. ¿Queréis casaros conmigo?
 Porque ya no falta más.
 LOPE. Don Tello viene, y no es bien
 que sin avisar me vea. (*Vase.*)
 BERNARD. ¿Quién impide que no sea
 Sancha mi esposa?
 TELLO. No hay quién,
 sino ella.
 BERNARD. Haced por mí
 vos lo que el alma procura
 TELLO. ¿Y desposaráos el cura
 con sólo que yo os dé el "sí"?
 ¡Cuerpo de Dios! ¿No miráis
 que anoche se quedó fuera?
 BERNARD. Y honrada quedar pudiera.
 TELLO. ¿Mujer en duda buscáis?
 Mas quien habla como vos,
 que busca llevo a saber
 el deleite en la mujer,
 y no el servicio de Dios.
 Tener los dos no es razón
 por lo que el mundo señala
 hija en opinión de mala,

y vos no buena opinión.
 Quien pudo anoche tenella
 es el que puede casarse,
 que él puede con ella honrarse,
 vos afrentaros con ella.

(*Sale un CRIADO.*)

CRIADO. El Rey a la puerta está.
 TELLO. Con decir que lo excusara.
 yo quisiera que me honrara
 menos.
 BERNARD. Ahora podrá
 con real autoridad
 hacer que a Sancha me deis.
 TELLO. ¿El Rey? ¿Qué poco sabéis!
 Tarde os la diera, en verdad,
 aunque en su mano estuviera.
 Salgámosle a recibir,
 pues no se quiere servir
 de dejarnos.

(*Salen el REY y DON GONZALO.*)

REY. Mal pudiera
 mi voluntad excusarse
 de mirar por vuestro honor.
 TELLO. Yo lo estimo a gran favor.
 REY. Para que pueda guardarse
 más bien, os vengo a avisar
 cómo ha venido García.
 TELLO. No sé tal.
 REY. Pues ¿quién podía
 vuestra deshonra buscar,
 sino él? El fué el ladrón
 de vuestra hija.
 TELLO. ¿Tal pasa?
 REY. Yo le hallé en tu misma casa
 anoche; que si a ocasión
 más oportuna llegáis,
 dél os pudiérais vengar.
 TELLO. ¿Que un rey me quiera engañar!
 GONZALO. Don Tello, ¿de qué dudáis?
 En Toledo está García;
 este papel le envió
 a Sancha; por él salió.
 REY. Vuestra hija le tenía,
 y buscando algún indicio
 para poder conocer
 a quien os pudo ofender,
 hice de juez el oficio;
 halléle el papel, y vengo
 a que prevenido estéis.

TELLO. Muy gran cuidado tenéis,
menor es el que yo tengo;
mas huélgome de saber
que esté en Toledo García.

BERNARD. Será la venganza mía
cierta.

(*Salen GARCÍA, y SANCHÁ, deteniéndole.*)

GARCÍA. Déjame, mujer.

SANCHÁ. Oye la satisfacción
de una verdad clara y pura.

REY. Mirad cuán presto procura
pagar el hurto el ladrón.
¡Vive Dios, que he de vengaros,
por más piedad que mostréis!

TELLO. Obedecido seréis.

REY. ¿Tanto ha podido cegaros
un desatinado amor?

SANCHÁ. ¡Mi padre y el Rey, García!

REY. Pues ya os ha llegado el día
de mi justicia y rigor.

GARCÍA. ¿Porque con Sancha me ha vis-
pierde la prudencia el Rey? [to,

REY. ¡Bien presto sabréis que hay ley!

GARCÍA. ¿Cuándo a vuestra ley resisto?

REY. Y más a la que os condena
a morir.

GARCÍA. Seguro puerto.

BERNARD. Yo soy la parte del muerto
Jaime, y con tan justa pena
os pido que castiguéis
su delito, porque borre
nuestra ofensa.

REY. En una torre,
de quien alcaide seréis,
don Gonzalo, quede él preso
hasta que en mi tribunal,
guarda[n]do justicia igual,
quede concluso el proceso;
y, con pena de traidor,
mando que amigo o pariente
no le vea.

GONZALO. Es conveniente
que uséis de tanto rigor.

REY. Don Tello, ¿no gustáis vos
de esta prisión?

TELLO. Es tan justa,
que aun hasta mi hija gusta.

SANCHÁ. Mejor salud os dé Dios.

REY. Pues ponedle a buen recado.

TELLO. Don García es caballero,
señor, y pediros quiero,

tenedlo por acertado:

supuesto que han de impedille
que ni criado ni amigo
entre, que lleve consigo
alguien que pueda serville,
porque es riguroso trato,
aunque su delito es fiero,
que no tenga un caballero
alguien que le sirva un plato.

Mi hija gusto que vaya,
de caridad solamente.

REY. Es caridad imprudente.

TELLO. Para otra mayor se ensaya;
y en obras de caridad
sólo ha de mirarse el bien.
Sancha, servidle muy bien,
con mucha puntualidad.

SANCHÁ. Señor, es la obra tan pía,
que le he de servir con gusto.

REY. ¿Qué decís?

TELLO. El caso es justo,
por ser quien es don García.

REY. Aunque de hecho pudiera
estorballo, no es razón
que conozca mi pasión.

BERNARD. Jamás de vos entendiera...

TELLO. Mi hija le ha de servir.

REY. Mirad que es en ella bajeza.

TELLO. Téngalo a bien Vuestra Alteza;
porque, ¡vive Dios, que ha de ir!



JORNADA TERCERA

(*Salen DON TELLO, DOÑA ELVIRA y DON LOPE.*)

TELLO.

Sin duda presumís, señor don Lope,
que es tan poco el valor de aqueste pecho
que no pueda sufrir cualquier desgracia.

LOPE.

Digo, en suma, señor, que don García,
quedando, como veís, preso en la torre
por antojos del Rey, sin que le obligue
su ilustre sangre ni que fué su abuelo
don Pelayo Correa, el Gran Maestre
de Santiago, que ganó en Sevilla
más laureles y palmas que Alejandro
en el Oriente, estando, como he dicho,
aprisionado, pero muy contento
con la dichosa y dulce compañía

de vuestra hija, con calumnias falsas
don Gonzalo y don Juan, del Rey criados,
le acusaron ante él por el delito
de lesa majestad que conspiraban
sus deudos contra el Rey para matarle;
y lo que más el alma siente y llora
es que los dos traidores, vengativos,
del mismo crimen acusaron luego
a doña Sancha, que intentaba, dicen,
si el Rey entrase a verla...

TELLO.

¿Quién? ¿Mi hija
contra Su Majestad?

LOPE.

Que es testimonio
dice todo el lugar, lleno de lástima.
que al Rey le quería dar mortal veneno.

TELLO.

No puede ser, habiéndola engendrado
don Tello de Meneses. ¡Ah, traidores!
¿Qué os ha hecho mi sangre?

LOPE.

Al fin, don Sancho,
después que a muerte condenó sus vidas,
preso de la pasión y del enojo,
dejó ablandarse de piadosos ruegos
y templó la sentencia; mas de suerte
que han de llamar mil veces a la muerte.

TELLO.

¿Y es cómplice también don Bernardino
en la maldad de tan villanos hombres?

LOPE.

Es caballero, y no me persuado,
si bien se habrá de holgar que mano ajena
le vengue del agravio de García
en matar a su primo y en quitalle
a vuestra hija. En suma, desterrado
salió con pregón público, y con pena
de muerte que ninguno ni le ampare
ni dé sustento.

TELLO.

¡Oh, golpes de Fortuna!

LOPE.

Pues no es éste el mayor, que los traidores
no se contentan hasta verle muerto.

TELLO.

Pues ¿qué les mueve?

LOPE.

Envidia solamente
de ver que si volviese don García
a la gracia del Rey, ha de quitalles,
por justas causas, la privanza suya,
sin conocer que el bien que ahora tienen
se lo deben a él, pues fué tercero
para que al Rey sirviesen en Palacio.

TELLO.

¡Este premio se espera de hombres viles!

LOPE.

Esta es la causa porque el hecho emprendo,
cuando no por justicia por sus manos.
Salieron con el Rey a caza ahora,
donde piensan matar a don García,
pues va sin armas, desterrado y solo;
mas como la venganza en viles pechos
es un volcán ardiente, por la boca
reventó este secreto, a pesar suyo;
y yo, que en el amparo de García
me he desvelado, sin que el Rey entienda
que voy contra el pregón, con un criado
le envié una espada, con aviso y orden
que se la deje en medio del camino
en viéndole llegar; que de dos hombres
bien podrá defenderse, y aun de cuatro
si son traidores y de sangre baja;
y a vuestra hija, ¡gran dolor!, la llevan
a un castillo seis leguas de Toledo,
donde han trazado que de hambre muera.

TELLO.

Si es al castillo de Matanzas, fácil
será su muerte, a un tiempo con la mía.

LOPE.

¡Ah, rey don Sancho! ¿Qué furor te guía?

TELLO.

Dadme un caballo.

ELVIRA.

Señor,

¿adónde vas?

TELLO.

¡A morir!

LOPE.

Ved en qué os puedo servir.

TELLO.

En que aquí guardéis mi honor
tendré a merced muy crecida;
mientras a sus pies me arrojo
del Rey, templaré su enojo,
o no volveré con vida.

Lope, a mi Elvira os encargo,
que es del alma la mitad.
LOPE. Debéislo a nuestra amistad;
pero diferente cargo
me podéis encomendar.
ELVIRA. ¡Y es lo que más él desea!
TELLO. Bien sé, Lope, en quién se emplea.
LOPE. No me atreveré a guardar
a una mujer.
TELLO. Si de vos
guardáis a Elvira, yo sé,
Lope, que seguro iré.
LOPE. Mi amor sabe, ¡vive Dios!
Pues, señor, si sospecháis
que puedo el honor mancharos,
¿para qué queréis fiaros
de quien mal seguro estáis?
TELLO. Porque, si bien lo advertís,
mi confianza causó,
no el venir sin veros yo,
sino el saber que venís;
y así, no os parezca impropio
fiar de vos esta carga,
que a un noble jamás se encarga
prenda que la robe él propio.
Con esto os niego el venir
oculto para negar,
porque así sabréis guardar
prenda que os han de pedir.

(Vase.)

ELVIRA. [Ap.] Pienso que mi padre igno-
que ya me parece bien [ra
don Lope.
LOPE. [Ap.] ¡Cielos, que estén
las luces que el alma adora
donde contemplallas puedo
sin que me aflija el temor!
ELVIRA. Ya la fiereza y rigor
del Rey me ha causado miedo;
don Lope es bien que celebre
de Amor las venturas hoy;
llegó a buen tiempo, que estoy
muerta porque me requiebre.
¡Qué mesurados estamos!
¿Pues el que ha de ser marido
calla? ¿Si el tiempo ha venido
que las mujeres rogamus?
[A DON LOPE.] Señor don Lope.
LOPE. ¿Señora?
ELVIRA. Mucha gravedad tenéis;
según eso, ¿no queréis
limosna?

LOPE. No, por ahora.
ELVIRA. Pues ¿de qué sirve venir
sin pedilla?
LOPE. Hanme mandado
que guarde la que me han dado
y que no vuelva a pedir.
ELVIRA. ¿Que así la vergüenza os cuadre,
cuando yo me ofrezco a darla?
LOPE. Yo no me atrevo a tomarla
delante de vuestro padre.
ELVIRA. ¿Adónde mi padre está?
LOPE. En vuestra presencia.
ELVIRA. ¿Adónde?
¿Si alguna nube lo esconde?
LOPE. Ningún estorbo podrá.
ELVIRA. Sólo vos estáis aquí.
LOPE. Pues yo vuestro padre soy.
ELVIRA. Guardando respeto os voy.
LOPE. Por él, cuando no por mí.
Suele dar el que está ausente
poder a un amigo honrado
porque en el caso tratado
su persona represente;
vuestro padre me dejó
poder de mirar por vos,
doña Elvira, y sabe Dios
cuánto el amor lo sintió;
que como una mujer causa
los cuidados que prevengo
por vuestro padre, no tengo
lugar para hacer mi causa.
ELVIRA. Muy corto poder os dió
quien tanto quiso fiaros.
LOPE. Fué poder para guardaros,
pero para hablaros no;
y así, hija, os retirad
a vuestro cuarto, y no os vea
a la ventana.
ELVIRA. No crea
tal de mí vuesa merced (1).
LOPE. Sois mi hija, en cuyo espejo
la virtud se puede ver.

(Vase.)

ELVIRA. Tanto usa ya del poder,
que lo considero viejo.

(Sale TEOBALDO con un papel y una espada.)

TEOBALDO. ¡Plega a Dios que haya llegado

(1) Retirad y merced, sic.

a tiempo! Este es el lugar
de mi señor señalado,
pues por él ha de pasar
don García.

(Sale DON GARCÍA.)

GARCÍA. ¡Que ha dejado
de perseguirme un momento!
Aunque, si las penas cuento
que me da mi amor perdido,
hallo que milagro ha sido
tener vida en tal tormento.

TEOBALDO. ¡No tengo poca ventura!
El verá luego la espada,
con que su hecho asegura,
pues aunque haya gente armada,
buscar su ofensa es locura.

(Vase.)

GARCÍA. ¿Para qué a vivir aspiro,
¡cielos!, cuando me retiro
ya de mi prenda adorada?
¡Con un papel, una espada!
La enigma y el caso admiro.
A mí el sobre escrito dice.

(Léelo:)

“Aunque al dolor que te lleva,
llevar armas contradice,
porque en ti ha de hacerse prueba,
aqueste favor recibe.” (1) [do
¡Cielos, que aún no me han deja-
traidores!, que quien me ha dado
espada desto me avisa.

(Salen con máscaras DON GONZALO y DON JUAN y
otros dos.)

GONZALO. No es menester tanta prisa,
que junto el bien ha llegado.

(Pónense las máscaras.)

GARCÍA. Quiero agradecer el don
gozando de la ocasión.

(Ve gente.)

JUAN. Embistamos.

GARCÍA. Que la vida

bien parece defendida;
cuatro los traidores son.

Por mí la fiesta se ordena;
mas, si Dios quiere libramme,
ocasión y espada hay buena.
¡Ea!, yo pienso arrojarme,
que me da el espacio pena.

GONZALO.

GARCÍA. Quiero llegar, que podría
acabar la cortesía
lo que no pueden aceros.
¿Pasaremos, caballeros?
¿Sin alma?

GONZALO.

GARCÍA. Vivo querría.
JUAN. Pues ahora lo veremos.

(Metén mano.)

GARCÍA. Pues yo lo veré también.

GONZALO. Amigos, ¿qué pretendemos,
si ya no tenemos quién
ofenda al león que vemos?

(Mételos a cuchilladas y sale rindiendo a DON GON-
ZALO.)

GARCÍA. ¡Rinde la espada, enemigo!

GONZALO. Persona y espada están
sin fuerza; tu gusto sigo.

GARCÍA. ¿Eres tú el vil capitán
del fiero escuadrón?

GONZALO. Conmigo
venían a cierto efeto.

GARCÍA. ¿Luego encubres el secreto
de quien te puede matar?

GONZALO. Di que habré de confesar,
sin ponerme en tanto aprieto.

GARCÍA. Descúbrete, porque quiero
conocer a hombre tan fiero,
pues sin que razón le sobre
busca a un caminante pobre
para matarle.

GONZALO. Yo muero
de vergüenza y de temor.

GARCÍA. Don García, ¿adónde estás?
Cubre el rostro engañador
porque no me ofendan más
los reflejos de un traidor.
¿Tú me has afrentado?

GONZALO. Sí.

GARCÍA. ¿Por qué?

GONZALO. Porque me vencí
de la envidia, que me instiga;
ella y la ambición me obliga.

(1) Recibe, sic.

GARCÍA. ¿Que quieres mostralla en mí?

¿Qué te he hecho?

GONZALO. Mucho bien.

GARCÍA. Y tú, ¿qué me has hecho?

GONZALO. Mal.

GARCÍA. Pues, dime, ¿cómo no ven tus ojos que no es igual al firme amor el desdén?

¡Selvas de agradable estruendo, decidlo al Rey, mi señor!

¡Adiós! Caminad corriendo: decid que el mismo traidor confiesa que no le ofendo.

¡Vete, apresura el andar!

GONZALO. ¿Qué quieres hacer?

GARCÍA. No verte;

porque procuro olvidar tu nombre, por no ofenderte, si me acabo de enojar.

¡Honra los cielos te den, cuando a mí me hicieras mal!

Vete, y conoce también que te quiero hacer leal, a puro hacerte bien.

(*Vanse. Salen ORDOÑO, LAÍN, INFANTA y gente.*)

INFANTA. Ya os he dicho que mi padre por medianera me envía.

ORDOÑO. ¿Y si don Sancho porfía?

INFANTA. No habrá entonces qué me cuadre más que el rigor de la guerra.

ORDOÑO. Mil y quinientos infantes, para el intento importantes, nos siguen ya por la tierra de Sancho; a la deshilada, por diferentes caminos, de pobres y peregrinos viene entrando disfrazada la gente, aunque el limpio acero, para hazañas peregrinas, encubren las esclavinas.

INFANTA. Reducir a Sancho espero.

ORDOÑO. El vive tan descuidado de los contrarios que tiene, que dicen que se entretiene fatigando el monte y prado, siempre en la caza, y que apenas para la guerra que aguarda hay en sus castillos guarda, ni pendón en sus almenas.

INFANTA. Todo es arrogancia y brío; su descuido nos conviene.

(*Sale BERMUDO.*)

BERMUDO. Ya tus venturas previene el cielo.

INFANTA. Del cielo fío que ha de ampararme.

BERMUDO. Jimén.

Pelayo, Osorio y Fruela, que cada cual se desvela, con riesgo suyo, en tu bien, con el disfraz peregrino, al Rey don Sancho encontraron. ¿Iba solo?

INFANTA.

BERMUDO. Sí, y le hallaron atravesando el camino que va la sierra buscando, como ciervo, alguna fuente por matar la sed ardiente; y ellos le vienen guiando

adonde estás, porque piensa que a alguna fuente le guían.

ORDOÑO. Mal hacen los que se fían, olvidados de la ofensa.

INFANTA. Ordoño, ¿qué hemos de hacer?

ORDOÑO. Que nuestra dicha esperemos encubiertos.

INFANTA. Gozaremos, sin que se llegue a perder un soldado, el bien mayor que darnos la paz pudiera. Premios de mi mano espera, noble Bermudo.

BERMUDO. El que amor tiene a sus reyes, jamás puso la mira al favor, porque su favor mayor lo libra en servillos más.

Quedaréme, si te agrada, para avisallos también.

INFANTA. Forzoso es que salga bien, trazando Amor la emboscada.

(*Vanse y sale DON TELLO.*)

TELLO. ¿Que se me canse el caballo buscando al Rey! ¿Qué he de hacer? Pienso que me da a entender [cer?] que no me canse en buscarlo.

BERMUDO. ¡Suerte dichosa! Ya vienen los peregrinos soldados con el Rey; de acero armados, buena fuente le previenen.

TELLO. Pazca la yerba agostada

mientras cobra nuevo aliento;
y que yo a sentir me siento
la ocasión de mi jornada.

¡Ay, hija! ¿Quién os buscó
la muerte que ya esperáis?

(Salen JIMÉN y OSORIO, de peregrinos, con espadas
debajo, y el REY.)

REY. Parece que me guiáis
tan perdidos como yo.

JIMÉN. Al pie de esa montañuela
hay una fuente, señor.

REY. Volverme será mejor;
que en arrimando la espuela
al caballo, fácilmente
descubriré algún lugar.

BERMUDO. Ya no se podrá escapar.

OSORIO. Cerca estamos de la [fuente] (1),
y por aquesta maleza
sirve ya poco el caballo.

REY. Hice muy mal en dejallo.
Muy torpe anduve.

OSORIO. Su Alteza,
pues nosotros le guiamos,
nos siga.

REY. Ya mudé intento;
agradecido me siento.
Id con Dios.

OSORIO. No nos cansamos.
Para que el camino tuerza,
bien cerca la fuente está.
Beba y volverse podrá.

REY. Pues ¿he de beber por fuerza?

OSORIO. Yo pienso que sí.

REY. (Ap.) Y yo pienso
que en esta resolución
se encubre alguna traición.

BERMUDO. El Rey los mira suspenso,
y no prosigue el camino.

OSORIO. ¿Qué siente Su Alteza?

REY. Siento
que es peregrino el intento
de hablarme así un peregrino.

TELLO. Rumor en los olmos suena
de gente. ¡Quieran los cielos
que mis turbados desvelos,
para alivio de mi pena,
hallen quien del Rey me diga!

REY. ¿Y sois mi vasallo vos?

OSORIO. No, Sancho.

REY. ¡Válgame Dios!

El corazón se fatiga
con sospechas.

TELLO. ¡Dulce suerte!

Al Rey, mi señor, he hallado.
La caza le habrá cansado.

REY. El traje vuestro me advierte
que peregrinando vais
por algún voto ofrecido,
y es bien, ya que habéis venido
a Castilla, que volváis
acomodados mejor.

Si os da la pobreza pena,
de mi mano esta cadena
tomad, y no por favor,
sino para que el camino
su precio pueda aliviar.

OSORIO. Prenda nos habéis de dar
Don Sancho, a lo que imagino,
de más valor.

TELLO. No quisiera
quittalle el gusto que tiene
ahora el Rey.

REY. Hoy no viene,
para que darla pudiera,
conmigo prenda mejor.

OSORIO. Serálo vuestra persona.
REY. ¡Y será quien os abona,
como vos, también traidor!
¿Habiéndome conocido,
villanos, os atrevéis?
¿En qué riesgo me ponéis,
cielos!

OSORIO. Tan noble ha nacido
el que encubre este sayal,
que no estima, ¡vive Dios!,
por prenda menos que a vos.

(Metén mano, y el REY.)

REY. ¿Y quien no siendo mi igual
mide la espada conmigo
sin resabios de traidor?

TELLO. ¿Ha habido ocasión mejor
para el intento que sigo?
Valiéndole en este aprieto
su gracia he de merecer.

(Mete mano.)

JIMÉN. ¿Quién le ha podido valer,
en un lugar tan secreto?

BERMUDO. Rayos escupe la espada
del viejo.

OSORIO. ¡A la sierra, amigos!

(1) En la edición: *sierra*.

TELLO. Pocos son los enemigos
para ser traición pesada.

(*Llévalos.*)

REY. ¡Qué fiero los acuchilla!
¿Quién será mi valedor?
Merece, por tal favor,
la corona de Castilla.
Ya le huyen, y él, gallardo,
vuelve de valor vestido.
Ya le espero agradecido;
ya con los brazos le aguardo.

(*Sale DON TELLO.*)

TELLO. Nadie os procure ofender
aunque traiga un mundo entero,
si yo gobierno este acero.

(*Vuélvele el REY las espaldas.*)

REY. ¿Vos sois?

TELLO. Pues ¿quién puede ser
sino don Tello, señor,
el que os libre, aunque volviendo
el rostro me estáis diciendo
que no estimáis el favor?

A espalda vuelta, cual veis,
huyen de la muerte aquí,
y vos, por matarme a mí,
las espaldas me volvéis.

Las veces que el Rey libró
la venganza en sus enojos,
dió la muerte con los ojos,
mas con las espaldas no.

Cuando un agravio se olvida,
da por las espaldas muestras;
mas vos lo echáis a las vuestras
para quitarme la vida.

Volved vuestras soberanas
luces, que, aunque exhalen fuego,
yo podré temprarlas luego
con la nieve destas canas.

REY. Mirad si os pudo importar
favor tan sin esperanza,
que se llevó la venganza
y dejó el disimular.

Y para que conozcáis
la merced que os vengo a hacer,
mirad las que puede haber
en permitir que viváis.

TELLO. Pues, señor, sólo querría,
pues tantos bienes me hacéis,

que una palabra escuchéis
al desterrado García.

REY. El Rey, al que quiso bien,
ausente ha de castigallo;
porque si llega a escuchallo
lo ha de perdonar también.

Quien llega a la real presencia
con la licencia del Rey,
ya lleva, por justa ley,
el perdón en la licencia.

TELLO. No importan esos desvíos,
como os sepa yo agradar;
que le habéis de perdonar
a puros servicios míos.

(*Vanse. Sale DON GARCÍA.*)

GARCÍA. No sé si podrá en la Libia
abrasar tanto la arena;
parece que el fuego mismo
le presta su ardiente fuerza.
A la sombra desta torre,

(*Siéntase.*)

si la sombra no me niegan,
podré esperar que la hambre
vuelva al cuerpo en poca tierra.
Mas ¿quién me ha hecho tan po-
¿No tengo estados y rentas, [bre?
mayordomos, maestresalas?
¡Hola! Ponedme la mesa,
y traeráse la comida.
Bien podéis, que estoy de priesa.
¿Ya no veis que a sus horas
quiere comer su excelencia?
¿Qué hay para principio? ¡Frutas!
Que son vitorias muy buenas
de tus pasados. ¿No comes?
No; porque son fruta seca.
El Rey las estima en mucho
las veces que se las llevan.
Supiéronle un tiempo bien;
ya no las come; volvedlas.
Descubrí ese plato. Tiene
traiciones. ¡Jamás son buenas!
Saben mal y huelen mal;
¡pues en verdad que son frescas!
Dadme el postre. Aquí le tienes.
Descubridle. ¿Qué es? ¡Paciencia!
Daréismela en el camino,
¡que así un hombre se divierta!
Beber quisiera; no hay agua;
ahora la sed me aprieta.

Todo es arenal, no hay fuentes
ni arroyos trepando suenan.
Un hombre viene cantando;
parece que entona endechas.
No quiero quitarle el gusto;
cante, y después pedirélas.

(Sale un SEGADOR cantando.)

SEGADOR. Al mejor de los vasallos,
al espejo de Castilla,
el Rey, mal aconsejado,
con mal semblante le mira.
Traidores le quieren mal,
y con el Rey le malsinan;
él es fácil; falsos ellos.

GARCÍA. Mataránme si porfían.

SEGADOR. Su esposa, noble y honesta,
y más que los cielos linda,
porque de esposa le dió
la mano, también peligra.
Sola está en aquesta torre,
y hambre y sed la fatigan;
de suerte que hasta las aves
les pide el sustento a prisa.
Morirá, sin duda alguna.

GARCÍA. No muera, segador, viva;
denle la vida los cielos.

SEGADOR. Los cielos le den la vida.

GARCÍA. Traidores no han de ser parte,
por más que el peligro aflija
a que muera un ángel bello.
Señora inocente mía,
respondedme, si no estáis
en otra región más limpia
pisando alfombras de estrellas.

(SANCHÁ, a la torre.)

SANCHÁ. ¿Quién a llamarme se arrima?

GARCÍA. Señora, bien de mi alma.

SANCHÁ. Dueño y señor de mi vida,
aunque ya tengo tan poca
que no es la hacienda rica.
¿Que os vuelven a ver mis ojos!

GARCÍA. Decidme lo que os fatiga
en vuestra prisión, mi bien.

SANCHÁ. Con extraña tiranía
me roba el alma la sed.
¡Agua, señor!

GARCÍA. No se cría
en esta tierra desierta
agua, por nuestra desdicha;

que el sol y la arena forman
otro volcán (1) de Sicilia.

Segador, piedad te pido,
y un ángel te lo suplica;
morirá si agua le niegas
y el rigor del bando miras.

SANCHÁ. ¡Agua, don García!

SEGADOR. ¡Cielos!

¡Dichoso agosto! ¿Qué miras?
¿Vos sois don García?

GARCÍA. Soy,
a quien derribó la envidia.

SEGADOR. Por vos y por vuestra esposa
iré a la nevada Scitia
por el cristal de sus montes
cuando aquí el agua me impidan.
¡Por vos moriré mil veces!

(Vase.)

GARCÍA. Ya vuestro bien solicitan.
¡Ah, cielos! Sufrid un poco,
vuestro valor no se rinda.

Mas ¿qué rumor de caballos
suena? Dios mis pasos rija.

SANCHÁ. Entre esas rotas paredes
que con esta torre alindan
podréis tener, mientras pasan,
vuestra persona escondida.

GARCÍA. Para libraros, señora,
vuestro esposo es bien que viva.
¿Quién eran, si conocistes?

SANCHÁ. Por lo menos, los traidores,
que con voces y ecos tristes,
huyen los rojos ardores
del sol; venturoso fuistes
en que no os vieses.

GARCÍA. Segura
está con vos la ventura,
señora, de parte mía.

SANCHÁ. El Rey con ellos venía.

GARCÍA. ¿Qué intenta?

SANCHÁ. Sólo procura
ahora matar la sed.
El agua, cual ciervo herido,
busca.

GARCÍA. ¡Dios le hará merced!

(Sale el SEGADOR con un cantarillo.)

SEGADOR. ¡Pardiós que vengo molido!

(1) En la edición: *bulcan*.

Aquí está el agua; bebed
presto, que el peligro es tanto
que aun para llegar me espanto
cómo tuve atrevimiento...

GARCÍA. Amigo, tu buen intento
te ha de librar.

SEGADOR. Entre tanto
que bebéis, quiero escapar
del riesgo como una cebrá.
Pero quiéroos avisar
que si el cántaro se quiebra
que me lo habéis de pagar.

(Vase. Sube el cántaro con unas cintas.)

SANCHA. Anduve descomedida;
pero mi sed atrevida
en la vuestra no miró.

GARCÍA. Si miró; pero advirtió
que era la vuestra mi vida.
Bebed, señora.

SANCHA. ¡Dios mío,
tanto bien, tanto favor!...

(Sale el REY, DON GONZALO y DON JUAN.)

REY. ¡Cielos, ofrecedme un río
adonde temple el calor
del pecho!

GONZALO. ¡Fogoso estío,
no des lugar a que muera!

SANCHA. Tanto la sed persevera
del Rey y que agua no halle...

GARCÍA. ¡Cielos! ¡Quién pudiera dalle
al Rey la cántara entera!

(Baja el cántaro por la cinta, sin beber.)

SANCHA. Caballeros, perdonad,
y esta cántara tomad
para que la sed matéis.

REY. Amigos, ¿que el bien no veis?

GARCÍA. ¡Oh, inescrutable bondad
de Dios! ¡Eres Dios, en fin,
que desde el principio al fin
del mundo das orden cierta!
Llámesese aqueste destierro
desde hoy el de Rafidín.

(Bebe el REY.)

REY. ¿Quién este bien me envió?

SANCHA. La que aquí matar queréis;
pero si algo mereció,

os suplica perdonéis
a quien el agua me dió.

(Mírala el REY, y vase.)

¿Han bebido?

GONZALO. Y satisfecho
la ardiente sed.

SANCHA. Buen provecho
os haga.

JUAN. Pues ahora mide
con lo que la envidia pide
la furia de nuestro pecho.

GONZALO. Si es por esto, hecho está.

(Quiebra el cántaro.)

GARCÍA. ¡Jesús, qué hecho inhumano!

SANCHA. Perdí la esperanza ya
con la vida.

GARCÍA. ¡Cruel tirano!
¿Qué furia en tu pecho va?

SANCHA.

¡Oh, bárbaros tiranos,
indomables leones;
más que del campo de Masilla fiero,
en estos secos llanos,
como en Libia, escorpiones
os den la muerte que llorando espero.
Amigo verdadero
no le tengáis jamás. Búsqueos la muerte
con asechanza vil, con brazo fuerte.
Arsénico gustéis en la comida
y muerte en la bebida
si os concediere el cielo alegres bodas.
mientras se ordena el amoroso empleo.
Las muertes que os deseo,
todas se junten porque os maten todas.

(Vase.)

GARCÍA. Hale obligado la muerte
que espera, a echar maldiciones,
porque no es de corazones
nobles.

(Salen DON LOPE, DOÑA ELVIRA y DON [BERNARDINO.]) (1)

BERNARD. Tu delito advierte:
a ver a Sancha has venido,

(1) Bermudo en la edición.

LOPE. pues que le traes a su hermana.
Ya es tu pretensión tan vana
como en mí el delito ha sido
honrado.

GARCÍA. ¡Qué bueno estoy
para ver a mi enemigo!
¿Qué es esto, don Lope amigo?

LOPE. Gracias a los cielos doy
que os veo. Resuelto vengo
si el Rey a matarme aspira,
a que vea doña Elvira
a su hermana.

BERNARD. Yo os prevengo
de parte del Rey la muerte.

GARCÍA. Entradla a notificar
dentro; no demos lugar
por mi desdichada suerte (1)
a que no la hallemos viva.

BERNARD. ¿Su vida me importa a mí?

LOPE. ¡Estoy por matarle aquí!

GARCÍA. No es bien que ofensa reciba
quien reconoce ventaja.

ELVIRA. Allá lo veréis mejor.

GARCÍA. Que el que ofende superior
da muestras de sangre baja.

(*Vanse, y salen la INFANTA, ORDOÑO, OSORIO y JIMÉN, y el REY, preso.*)

INFANTA. ¡De buena gente os fiáis,
que os dejan en la ocasión!

REY. Si permite mi prisión
el cielo, ¿qué os admiráis
que me haya desamparado
mi gente? ¿Qué pretendéis?

INFANTA. Que aquí de esposo me deis
la mano, o que aprisionado
en tanto que pasa el día,
para que vais a Aragón,
tengáis por vuestra prisión
esta torre.

REY. Mal podría
el mundo obligarme a mí
si con violencia ha de ser.
Ya estoy en vuestro poder,
pues tan desgraciado fuí.

(*Salen DON TELLO y ESTOPIÑÁN.*)

ESTOP. Digo que los dos entraron
en la torre.

TELLO. Pues los dos,

con el ayuda de Dios,
pues siempre valor mostraron,
han de libertar al Rey
o a mi lado han de morir.

¿Hay en qué os pueda servir,
señor? Porque es justa ley
que en vuestra defensa muera.

REY. Ya es el escuadrón mayor,
don Tello.

TELLO. Pues ¿no hay favor?

REY. Si del cielo no se espera,
no le siento.

ESTOP. Pues yo sí.

Caballeros castellanos,
mirad que padece tuerto
vuestro noble Rey don Sancho.

INFANTA. ¿Qué dice este hombre? ¿Está lo-

ESTOP. ¿No responde algún enano? [co?

Si algún jayán os detiene
echaos de la torre abajo,
que estar de unos malandrines
preso vuestro Rey, ¡no es barro!

(*Salen DON GARCÍA, DON LOPE y [BERNARDINO.]*) (1)

GARCÍA. ¿Preso el Rey, cuando Castilla
vierte en su defensa rayos?

TELLO. ¡A ellos, claro García!

REY. No los ofendáis; dejadlos;
que están luchando en el pecho
obligaciones y agravios.

INFANTA. ¿Hay semejantes desdichas?

ORDOÑO. Hoy moriremos a brazos
del Rey.

OSORIO. Nuestro atrevimiento
nos trujo para matarnos.

(*Salen ELVIRA y SANCHÁ.*)

ELVIRA. ¡Padre y señor!

SANCHÁ. ¡Santo cielo!

En las rigurosas manos
del Rey hemos dado todos.

REY. Ya son manos para honraros.
García, el cielo ha dispuesto
del Rey el pecho más blando,
que tiene ya esposa el Rey.
Dadme vuestra hermosa mano,
ahora que estoy más libre
y menos apasionado.

INFANTA. ¡El alma y la mano os doy!

(1) En la edición: *muerte*.

(1) *Bermudo* en la edición.

GARCÍA. ¡Dadnos vuestros pies!

REY. Alzaos,
y recibid por esposa
a Sancha.

ESTOP. Deste milagro
he de pintar una tabla
de treinta varas de largo.

REY. Si Gonzalo os causó enojos,
mi causa es la de Gonzalo.

GARCÍA. Mis agravios le perdono.

LOPE. Basta haberlo el Rey mandado.

SANCHA. Obedecido seréis.

BERNARD. Y a mí, ¿tenéisme olvidado,
señor?

REY. Con mejor acuerdo,
he pretendido casaros:
será vuestra esposa Elvira.

LOPE. ¡Válgame Dios!

ESTOP. ¡Zapatazo!

TELLO. Señor, pienso que mi hija...

REY. ¿Habrás también casado?

ESTOP. Como lo cuenta.

TELLO. Presumo.

ESTOP. Llegas y dile tus pecados;
que es día de absolución.

LOPE. Pues tan liberal y franco
os mostráis, por mis servicios,
señor, este premio aguardo:
a doña Elvira os suplico.

ESTOP. Que se la deis de barato,
quiere decir.

REY. Si ella gustá,
justicia será casarlos.

ELVIRA. Señor, mire Vuestra Alteza...

ESTOP. Elvira tuerce los labios..
¡Vive Dios que dice nones!

LOPE. Iréme desesperado.

ESTOP. Al rollo de Ecija puedes,
que es propio para estos casos.

REY. ¿Y qué decís vos, Elvira?

ELVIRA. Señor, que el alma le he dado.

TELLO. ¿A quién, Elvira?

ELVIRA. A don Lope.

REY. Pues dadle también la mano.

ESTOP. ¡Miren la socarroncilla!

REY. ¿Y a Bernardino?, sepamos
con quien le hemos de casar,
que será justicia honrrallo.

ESTOP. Conmigo, que estoy buído;
mas será tan desgraciado
que se le ha de despintar.

REY. Doña Isabel de Velasco,
su prima, será su esposa,
que sirve ahora en palacio
a mi hermana.

BERNARD. Honrado quedo.

TELLO. Todos, señor, lo quedamos.

GARCÍA. Porque diga nuestra historia
que se vió por varios casos
la ventura en la desgracia
premiada por Sancho el Bravo.

LA VENTURA SIN BUSCALLA

COMEDIA FAMOSA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

DEDICADA

A LA SEÑORA DOÑA MARIA DE VERA Y TOBAR

SEÑORA DE SIERRABRAVA

Si pudiera ser entretenimiento para V. S., en la ausencia del señor don Juan Antonio de Vera, este libro, *Parte veinte de mis comedias*, quedárame por consuelo a mí del tiempo que no he de ver a su señoría, y del buen empleo del que gasté en estamparle; y ésta que he dedicado a su ilustre nombre tuviera tanta dicha en el efeto, como en el atrevimiento disculpa.

Pronóstico fué mío (que Amor es el astrólogo más cierto, y a quien ninguna ley prohíbe sus juicios) que había de poner en práctica la teórica de su embajador, que quien persuadía con tan vivas razones la inteligencia y autoridad de su oficio, inclinaria el ánimo de Su Majestad a servirse de tal entendimiento en la ejecución, como lo ha probado con evidencia esta embajada a Saboya.

En todas las repúblicas del mundo (igual decoro y utilidad que sus mayores cónsules) se eligieron siempre los hombres de mayor valor, entendimiento y letras para estos cargos: testigos, Roma y Grecia,

de quien en el mismo libro se hallarán tantos ejemplos que me excusan con V. S. de ajustar los méritos del señor don Juan a lo que él mismo escribe; pues hablando con su prima con sangre, y con su mujer por elección, fácilmente me concederá que se retrató a sí mismo. Aquí bien pudiera yo atreverme a mayor juicio, viéndome tan acertado en el primero; pero no quiero dar a V. S. sospechas de ausencia por aumentos de dignidades, que Amor no los admite, si ha de perder la vista, que como ve por los ojos de lo que ama, por ausente se llamó ciego entre las almas nobles. El título desta comedia es *La ventura sin buscalla*; pues no me viene bien a mí, que la he buscado, sea este nombre de V. S., a quien dió el cielo tantos dotes naturales, y dentro de su sangre su mismo dueño. Dios guarde a V. S. como deseo.

Su capellán,

Lope Félix de Vega Carpio.

FIGURAS DE LA COMEDIA:

DARÍO, *Rey de Hungría.*

OTAVIO.

LISARDA, *Infanta.*

ARNALDO.

CLARIDÁN.

CARLOS.

SERÓN, *gracioso.*

MÚSICOS.

CONRADO, *Rey de Polonia.*

UN EMBAJADOR.

LERÍN.

FINEO.

} *Labradores.*

SILVIO.

FILENA.

DIANA.

UN CRIADO.

[MATILDE.]

[CLARINDA.]

} *Labradores.*

ACTO PRIMERO

(Sale el REY DARÍO de Hungría, y OTAVIO, camarero.)

REY. Este es mi intento.

OTAVIO. Señor,
mira que es terrible intento.

REY. ¿Desmayas mi pensamiento,

siendo, Otavio, en tu favor?
OTAVIO. Conozco el bien que me haces;
pero imagino también,
en la grandeza del bien,
que, como el Sol, me deshaces.
REY. Otavio, no son los reyes
poderosos en las cosas
fáciles; en las forzosas,
estableciendo las leyes;

entonces se ve el poder
cuando alcanza lo imposible,
que todo lo que es posible
cualquiera lo puede hacer.

En sus *Éticas* se ve
que Aristóteles decía
que Dios hacer no podía
no haber sido lo que fué.

Sólo este imposible halló,
¿y tú le quieres poner
en ser lo que puedes ser
y que puedo hacerlo yo?

OTAVIO. Señor, al poder que tienes
no es lo posible imposible:
imposible es lo posible
cuando a ejecutarlo vienes
sin consultar la razón,
que es el alma de la ley,
cosa que pide en un rey
más respeto y atención.
Los jurisconsultos tienen
por difícil cualquier cosa
que es sólo al rey poderosa,
y es máxima en que convienen.

Pero a poder soberano
de los demás se remite
que con ninguno compete.

REY. También dijo el gran romano
que en las cosas grandes puso
la misma Naturaleza
dificultad.

OTAVIO. Su grandeza
en esa parte antepuso
al poder, mas no al saber.

REY. Dejemos filosofías,
que en tu bien que me desvías
disminuyes mi poder.

En quererte casar yo
con mi hermana ¿qué imposible
se halla, pues fué posible
cuanto quiso a quien amó?

Subirte de un vil estado
al que tienes y mereces,
hase visto tantas veces
que ya me tienen cansado
las historias que lo escriben
y las lenguas que lo cuentan,
que honrar los reyes intentan
a los que en su gracia viven.

Lo que me has de agradecer
es que, dándote a mi hermana,
se pueda en cosa tan llana
mi grande amor conocer;

que si dar la sangre es hoy
lo más que hace el más amigo,
el mundo será testigo
que en mi hermana te la doy.

OTAVIO. No hay respuesta, sino echarme
a tus pies, que si hasta aquí
tu voluntad resistí
era por indigno hallarme
de subir a tanto bien,
que si a la humildad le mido
en que sabes que he nacido
es imposible también;

mas si quieres levantarme
cuanto yo humillarme quiero,
y de un pobre caballero
a tu grandeza igualarme,
ya no es justo resistirme,
porque soy débil vapor
que el sol de tu resplandor
quiere a sus rayos subirme.

REY. Mi hermana viene; allí quiero
que te escondas.

OTAVIO. Yo, señor,
lo que espero en tu valor
en mi humildad desespero.

(*Vasc. Sale LISARDA, Infanta.*)

LISARDA. Dícenme que me ha llamado
Vuestra Alteza.

REY. Así es verdad,
porque tengo voluntad,
Lisarda, de darte estado;
y, como yo no le tengo,
el del matrimonio es justo
darte, Lisarda, a tu gusto.

LISARDA. A lo que me mandas vengo
con la obediencia debida,
que en lugar de padre estás.

REY. Con nada me obligarás
como siendo agradecida.

Mi amor se echará de ver,
Lisarda, y cuanto yo soy
en que marido te doy
antes de tener mujer;

y ojalá tu sucesión
sea, Lisarda, a mi gusto.

LISARDA. Siempre excedes de lo justo
por amorosa afición.

Mucho deslustra el poder,
y en ti se debe culpar
tener extremo en amar
y extremo en aborrecer.

Ama y aborrece un medio.
 REY. Es ésta mi condición,
 y dar medio a mi afición
 es negocio sin remedio;
 demás que llamarte a ti
 es muy razonable y justo.
 LISARDA. ¿De casarme tienes gusto?
 REY. Sí, hermana; Lisarda, sí.
 LISARDA. ¿Es mi primo el que te ha puesto
 en este intento?
 REY. El me escribe,
 y en esa esperanza vive.
 LISARDA. Justo pensamiento.
 REY. Honesto;
 pero no has de ser mujer
 de quien te aparte de mí,
 que quiero tenerte aquí
 por si me has de suceder.
 LISARDA. Dios te guarde muchos años;
 mas ¿cómo estaré casada,
 y contigo?
 REY. Si te agrada
 vivir en reinos extraños
 y no estar conmigo, es cosa
 de que tendré sentimiento.
 LISARDA. No entiendes mi pensamiento
 ni mi obediencia forzosa.
 Si ha de ser a quien des
 tu hermana por igual tuyo,
 ¿no ha de llevar lo que es suyo
 a donde sin ello estés?
 REY. No te casaré con rey,
 sino haré un rey que suceda
 en mi reino.
 LISARDA. ¿Que esto pueda
 Amor?
 REY. En amor no hay ley;
 y pues ya me he declarado,
 hazme gusto, pues tenerte
 conmigo, de aquesta suerte
 a casarte me ha obligado.
 Todo es amor que te tengo.
 LISARDA. ¿Y a qué príncipe me das?
 REY. No me entiendes; lejos vas
 cuando yo tan cerca vengo.
 ¿Quién tengo cerca de mí
 de quien me sirva mejor?
 ¿A quién tengo más amor?
 LISARDA. ¿Es Otavio?
 REY. Hermana, sí.
 LISARDA. ¿Otavio, aquel tu criado
 tan bajamente nacido?
 REY. Lo que Otavio me ha servido

a lo que ves me ha obligado.
 Sus partes no las juzgué
 por los padres, que no vi;
 sus muchas virtudes, sí,
 y éstas yo las ví y las sé.
 No he mirado el exterior
 que con la sangre se hereda,
 sino el alma, porque pueda
 hacer elección mejor.
 Es un alma la de Otavio
 a quien le viniera estrecho
 de cualquiera rey el pecho.
 LISARDA. Hácesme notable agravio,
 o pretendes, si lo fundo,
 en querer, como has querido,
 darme un alma por marido
 casarme en el otro mundo.
 Yo con el alma de Otavio
 ¿qué cosas puedo tratar?
 Tú si podrás estimar
 un consejero tan sabio,
 que las mujeres, señor,
 y más de mi calidad,
 no en vana curiosidad
 hemos fundado el honor.
 Será bueno para ti;
 será discreto y leal.
 REY. ¿Cómo respondes tan mal?
 LISARDA. ¿Qué tan mal te respondí? [da?
 ¿No has hecho a Otavio de na-
 ¿No era ayer...? ¡Quiero callar!
 REY. Dos cosas suelen ganar,
 que son la pluma y la espada,
 los imperios de la tierra;
 destas los reyes se hicieron
 que sus coronas tuvieron;
 pues mira si en paz y en guerra
 ha mostrado su valor
 y si merece reinar.
 LISARDA. Dame un poco de lugar
 para pensarlo, señor.
 REY. De buena gana, Lisarda.
 Ve con Dios; libertad tienes.
 LISARDA. El te guarde.

 (Vase, y sale OTAVIO.)

 OTAVIO. ¿Que a esto vienes!
 REY. Otavio, ¿qué te acobarda?
 Déjame a mí, que yo sé
 lo que me está bien o mal.
 OTAVIO. El ser yo tan desigual
 causa de ofenderla fué.

REY. Otavio, aqueste es mi gusto,
y el gusto en la majestad
no tiene desigualdad;
esto quiero, y esto es justo.

Si esto mando y esto quiero,
sirva en aquesta ocasión
la voluntad de razón.

OTAVIO. Que se ha de alterar espero
tu reino también.

REY. No hará,
que yo le pondré sosiego.

OTAVIO. Que no lo intentes te ruego,
si tu amor contento está
de que se haya conocido
al extremo que ha llegado;
advierete que el rey Conrado
es de Lisarda marido,
por última voluntad
expresa en el testamento
de tu padre.

REY. De su intento
apela mi libertad.

Mi padre, que tanto amor
tuvo a Lisarda, quería
darle una parte de Hungría,
que es del reino lo mejor;
pero yo no he de querer
que otro señor viva dentro;
que un reino, un alma y un centro,
como el cuerpo, ha de tener.

No ha de entrar aquí un criado,
ni ser de Lisarda esposo.

OTAVIO. Será el disgusto forzoso.

REY. ¡Ya estás, Otavio, pesado!

Mira que replicas mal;
y en los reyes hay extremos
que en los amigos bebemos
como en tazas de cristal;
no se ha de hallar en sus pechos
un átomo de disgusto.

OTAVIO. Digo que tu gusto es justo.

REY. Tratando yo tus provechos,
¿andas tú con desengaños?

OTAVIO. Perdona, si te ofendí.

REY. Que más te pesara a ti
si yo tratara tus daños.

OTAVIO. Dices bien.

REY. Esto es forzoso.

OTAVIO. No hay instrumento acordado
que quiera estar más templado
que el gusto de un poderoso.

CARLOS. Pésame de haber traído
un ignorante a la corte,
pues para cosa que importe
ni puedo, ni iré servido.

SERÓN. ¡Bestia!, ve compuesto y grave.
¿Dijete yo en mi lugar
que era bueno para andar
en esta confusa nave?

¿Y tú no echabas de ver
que era un pobre labrador?
CARLOS. Ponte el vestido mejor.

SERÓN. ¿Qué me tengo de poner,
si vivo sin libertad,
preso en la dura prisión
destas calzas y jubón?

CARLOS. No hay hombre en esta ciudad
que no me mire por ti;
¡y es muy lindo este cuidado
para venir embozado!

SERÓN. ¿Tengo yo la culpa?

CARLOS. ¡Sí!

SERÓN. ¿No tenías mil criados,
como señor del lugar,
enseñados a tratar
estos hatos bigarrados?
¿Con qué intento me sacabas
del arado y de los bueyes,
ya que a ver cortes de reyes,
Carlos, te determinabas?

CARLOS. Serón, aunque pobre vivo
a cualquier villano igual,
soy de la sangre real,
della mi origen recibo;
estoy en tu pobre aldea
desde el día en que nací,
contento de ver que allí
no hay otro que mejor sea;
oigo contar las grandezas
de la corte, y el deseo
me trujo donde ya veo
su hermosura y sus riquezas (1);
por venir más encubierto,
no quise traer criado
de los que andan a mi lado;
pero fué mi engaño cierto,
pues haciéndote vestir
en traje de cortesano,
me señalan con la mano
y los provoco a reír.

No te pares a las cosas
que vieres; pasa adelante.

(Vanse, y sale CARLOS, de camino, y su lacayo.)

(1) En las dos ediciones: *su riqueza*.

SERÓN. Que me pare no te espantes,
si son tan bellas y hermosas.

CARLOS. Que te paras a vestidos
que están en tiendas colgados,
a aparadores honrados
de mil joyas guarnecidos;
a tiendas de mercaderes,
de guanteros olorosos:
a ver los rostros hermosos
de bien vestidas mujeres,
que entre clavel y jazmín,
para dar al alma antojos,
van metiendo por los ojos
la virilla de un chapín,
sin otras cosas que callo,
o que te haga parar
el ver gallardo pisar,
un caballero a caballo
desempedrando la calle,
a la brida o la jineta,
como pudiera un poeta
en un romance pintalle,
disculpa tienes: mas, di,
¿por qué te has de detener
a las cosas de comer?

SERÓN. Porque dese humor nació;
¿qué guantero de ámbar fino
dará tal confortación
como el olor de un jamón
o de una bota de vino?
Páranse ninfas a ti,
viendo esas plumas doradas
y esas calcillas mirladas
de alfeñique y caniquí;
párate a ver sombreritos
por gravedad sustentados,
con bigotes engomados
y cogotes de coritos;
párate a mirar sin toca
un afeitado pescuezo,
que era de carbón de brezo,
agora cristal de roca;
párate a ver una bestia
que vale dos mil ducados,
y yo, a quien esos cuidados
no pueden causar molestia,
que en las cosas que sustentan,
que esfuerzan y que dan vida...

CARLOS. Los animales, comida
para el cuerpo sólo intentan;
mas para el alma, los hombres.

SERÓN. ¿Las almas comen?

CARLOS. ¿Pues no?

Sustento el cielo les dió
de más levantados nombres;
boca en los ojos y oídos,
gusto en el entendimiento;
que el alma, para sustento,
tiene interiores sentidos.

Mas esto no es para ti.

SERÓN. ¿Cuándo te piensas volver?

CARLOS. En acabando de ver
las grandezas que hay aquí.

SERÓN. Pues nunca nos volveremos,
que ellas infinitas son.

CARLOS. Damas vienen.

SERÓN. Con perdón,
si no hay mozas, nos iremos;
porque piensan muchas viejas,
que en su tiempo fueron locas,
que por quitarse las tocas
han de encubrir las crisnejas.

Búscalas por tu dinero
mozas, ¡ansí Dios te guarde!,
aunque nos vamos más tarde.

(Salen MATILDE y CLARINDA.)

CARLOS. Dad licencia a un forastero
que sepa vuestra posada.

MATILDE. No hay cosa allá que se alquile.

CLARINDA. El entendimiento afle
en piedra menos gastada,
y vuélvase por acá
cuando aprenda cortesía.

CARLOS. Esta por allá sabía.

MATILDE. Pues úsela por allá.

CARLOS. Advierta vuesa merced
que soy rico, aunque soy necio;
y porque de dar me precio
me suelen hacer merced.

CLARINDA. Bien lo pudiera excusar,
que bien se echaba de ver.

CARLOS. ¿Qué tan necio puede ser
el que es tan discreto en dar?

MATILDE. ¿Qué da?

CARLOS. Palabras y coces.

CLARINDA. Palabras no, coces sí.

SERÓN. Nunca más necio te vi.

CARLOS. Túrbome, ya me conoces.

SERÓN. ¿Quiérenme escuchar sancedes
dos mil palabras?

MATILDE. ¿A él?

SERÓN. A mí, que este moscatel
da coces por las paredes.

CLARINDA. ¿Cómo es su gracia?

SERÓN. Serón.

CLARINDA. ¿Y halo sido, por ventura?
 SERÓN. Sabiendo que eran basura,
 vine en aquesta ocasión.
 MATILDE. Lacayo, pique adelante.
 SERÓN. Señoras sotas, yo soy
 hombre que delante voy,
 pero honrado y importante.
 CLARINDA. ¡Oiganle que bufoniza,
 y es todo unto sin sal!
 SERÓN. ¿De qué se espanta la tal,
 si conmigo melindriza?
 MATILDE. Agradándome va el puerco;
 diga, hermano, ¿de dónde es?
 SERÓN. Del mundo, que anda al revés.
 MATILDE. ¿Y en qué entiende?
 SERÓN. Agora merco
 gente cecial a mi amo.
 MATILDE. ¿Qué, su dispensero es?
 SERÓN. Come pescado este mes.
 CLARINDA. Allí está colgado un ramo;
 vaya, y tomará refresco.
 CARLOS. Esto fué todo jugar,
 que la corte da lugar
 para el estilo burlesco;
 y si vos le dais a veras,
 mirad qué queréis de aquí.
 MATILDE. ¿Hay dinero?
 CARLOS. Reina, sí.
 MATILDE. ¿Adónde?
 CARLOS. En las faltriqueras,
 que no hay más cierta libranza,
 si la voluntad la aceta.
 MATILDE. ¿Concético a lo poeta?
 CARLOS. Haced de mí confianza,
 que sólo vengo a gastar
 lo que ahorro en una aldea.
 SERÓN. Señora, decid que sea,
 porque el volver al lugar,
 como deseo, consiste
 en que se acabe el dinero.
 MATILDE. Sois honrado caballero.
 y es necia quien se resiste
 a ese talle y cortesía.
 SERÓN. ¡Qué conocidas que son!
 CLARINDA. Entrad.
 CARLOS. ¡Gallarda ocasión!
 SERÓN. De pelar en agua fría;
 mas pregunta si hay criada,
 ¡así Dios te dé placer!
 CARLOS. Criada debe de haber.
 SERÓN. Y que no esté muy criada,
 que supuesto que mancebos
 no apeteecen gente moza,

un gato viejo retoza
 mejor con ratones nuevos;
 y en la corte, las mujeres,
 Carlos, como berzas son:
 que pasada la sazón
 de sus buenos pareceres,
 con afeites y invenciones
 que encubren sus perigallos
 venden unos ciertos tallos
 que dicen que son bretones.

(*Vanse, y sale el REY acompañado de CLARIDÁN, el CONDE ARNALDO, y OTAVIO, y un EMBAJADOR de Polonia.*)

REY.

Daréis al de Polonia por respuesta,
 Embajador, que siempre el testamento
 de mi padre me fué cosa molesta,
 y que no puedo hacer el casamiento
 de Lisarda, mi hermana, por su gusto,
 porque llevo contrario pensamiento.

EMBAJADOR.

Nuevas, y con razón, de tal disgusto
 no sé cómo las lleve al rey Conrado,
 pretensor del Imperio siempre augusto;
 ni sé dónde podrás hallar cuñado
 de tan alto valor en todo el mundo,
 habiendo de tomar Lisarda estado;
 en vida de tu padre Sigismundo
 se hizo este concierto y casamiento,
 con gusto tuyo y con amor profundo;
 después lo confirmó su testamento,
 y el llamarse Conrado esposo suyo
 no fué desigualdad, ni atrevimiento;
 tan llanamente tu respuesta arguyo,
 que me atrevo a pensar que te arrepientas,
 si das lugar a tanto rigor tuyo.

REY.

Si persuadirme vanamente intentas.
 la comisión, Embajador, excedes
 tomando a un rey de un testamento cuentas;
 yo sé mejor cuanto decirme puedes,
 y me burlo de vanas amenazas.

EMBAJADOR.

Ya sólo digo que con Dios te quedas.

REY.

Vendrá a tomarme ese tu rey las plazas
 que no le quiero dar, ni se las debo,

más que con armas, con fingidas trazas;
 pues vete, que antes que corone Febo
 los altos montes de la fuerte Hungría,
 en su esposo tendrá defensor nuevo.

EMBAJADOR.

Antes que llegue de su boda el día,
 sobre sus muros estará Conrado,
 que desde aquí por mí te desafía.

REY.*

Di que lo acepto, y parte acompañado
 de ese guante, Rutilio.

EMBAJADOR.

Desta injuria
 ninguno de los dos queda afrentado;
 el guante, al que está ausente no le injuria,
 ni a mí, por ser de rey, y yo vasallo
 de quien sabrá después templar tu furia;
 agora, aunque lo sea, sufro y callo,
 que a tus soldados fuertes, algún día
 hablaré con las armas a caballo.

REY.

Tú ni el rey tu señor saldréis de Hungría.

(Vase el EMBAJADOR, y sale LISARDA.)

LISARDA. ¿Qué es esto?

REY. Tu casamiento.

LISARDA. Pues ¿a voces?

REY. Sí, que ha dado
 en la pretensión Conrado
 de aquel necio testamento.

LISARDA. Pues ¿qué intentas?

REY. Lo que intento
 es que Otavio sea tu esposo.

LISARDA. ¿Otavio?

REY. Es ya tan forzoso,
 que en no lo queriendo hacer,
 fuerza te hará su mujer,
 y dejarasme quejoso.

Ya quedo desafiado
 con el de Polonia, y sé
 que el guante que le tiré
 a su embajador, airado
 querrá volverme Conrado,
 y que no excuso la guerra;
 pero mi gusto se encierra
 en que des la mano a Otavio,
 capitán que de su agravio

sabrá defender mi tierra.

¿Qué estás pensando, qué aguarda
 tu (1) pensamiento indeciso?

LISARDA. ¿Tengo de hablar de improvisó?

REY. Así me importa, Lisarda.

LISARDA. Lo primero, me acobarda
 el ver que casar me mandes
 en presencia de tus grandes
 con quien a alguno sirvió,
 siendo codiciada yo
 de Italia, de Francia y Flandes;

y lo segundo, que sea
 contigo tan desdichada
 que pretendas que casada
 con hombre tan vil me vea;
 si Conrado me desea,
 no será por las ciudades
 a que tú te persuades:
 sin ellas podrá querer.

REY. Siempre fué propio en mujer
 engañar con las verdades;

cuando Conrado me diga
 que se casará sin dote,
 para que no me alborote
 ni su gusto contradiga,
 dirá después que me obliga
 de mi padre el testamento,
 y por pleito a su contento
 hará en la Rota romana
 su pretensión justa y llana
 y injusto mi pensamiento;

Lisarda, en resolución
 da la mano a Otavio luego.

LISARDA. Que adviertas, señor, te ruego
 que te ciega tu afición,
 y que no es justa razón
 que des tu hermana a un villano.

REY. ¡Dale, Lisarda, la mano!

LISARDA. Digo qu' darla no quiero,
 si hay aquí algún caballero
 que me libre de un tirano.

REY. ¿Qué caballero ha de haber?

¿Esas afrentas me dices?

LISARDA. ¿Por qué no, si contradices
 a tu honor con tu poder?

REY. ¡Dale la mano!

LISARDA. ¡Ha de ser
 muerta!

REY. ¿Lisarda, repara
 que te la pondré en la cara!

(1) En las dos ediciones: *mi*.

LISARDA. ¡Mataréte yo!

REY. ¡Tú a mí?

(*Dala.*)

¡Toma!

LISARDA. ¿No hay un hombre aquí?

REY. ¡Mataréla!

ARNALDO. El furor para.

CLARIDÁN. El velo al rostro se echó,
y de vergüenza se fué.

(*Vase.*)

REY. Esa me debe, y yo sé
que mi mano se la dió;
la color que no vistió
su cara con la vergüenza,
del golpe a salir comienza.

OTAVIO. Esto has querido, señor,
para que con más rigor
la dura envidia me venza.

REY. Calla, Otavio, que podría
ser que hubiese para ti.

(*Vase.*)

CLARIDÁN. ¿Irás tras Lisarda?

ARNALDO. Sí.

OTAVIO. Yo, señores, no quería
que el Rey intentase tal;
bien sé que soy desigual,
y nunca tan atrevido
que haya este lugar vencido
a mi humildad natural;

yo sé muy bien lo que soy.

CLARIDÁN. El hecho ha sido inhumano.

ARNALDO. ¡Con qué pena, Claridano,
de la pobre Infanta estoy!

OTAVIO. Vamos, que palabra os doy
de mudar al Rey de intento.

ARNALDO. Impide su pensamiento,
que te va la vida, Otavio;
que es de dos reyes agravio,
y te dan por fundamento.

(*Vanse, y salen CARLOS, y SERÓN.*)

SERÓN. ¡Famosamente saliste!

CARLOS. Lo que he de empeñar se gaste.

SERÓN. ¿Para el camino dejaste,
o todo el *oremus* diste?

CARLOS. Una parte reservé.

SERÓN. ¡Taimada mujer!

CARLOS. ¡Notable!

SERÓN. ¡Brava burla!

CARLOS. ¡Irreparable!

Y desta manera fué:

en tomando los escudos,
las joyuelas y la seda...

SERÓN. ¡Diérasme tú la moneda,
que yo la diera cien nudos!

CARLOS. Su posada me enseñó,
la cual te describo así,
en lo poco que allí vi
y el tiempo me permitió:
sala primera entoldada
de unos damasquillos chinos
y con sus franjones finos
de alta cenefa adornada,
unas pespuntadas sillas
y un bufete; ésta pasé,
y luego a la cuadra entré
de las siete maravillas:

rasos nácares colgados,
estrado con borlas de oro
en largo tapete moro
con rapacejos dorados,

escritorios y bufetes
de ébano y marfil hacían
correspondencia, y tenían
pirámides, ramilletes

y redomillas de olor,
algunos bellos retratos
que no salieron ingratos
a la paga del pintor;

una perrilla salió
a halagarme, lisonjera;
que como el amo lo era,
sus lisonjas aprendió;

sentéme, y mandóme dar
colación.

SERÓN. Llevarla vi.

CARLOS. Vino oloroso bebí,
con dos confites de azahar;
pasóse en conversación
la tarde, la noche vino,
la luz la cena previno.

SERÓN. Ya lo vi desde el balcón.

CARLOS. Sentámonos a cenar;
llamaron luego, escondióme,
y cierta esclava llevóme...

SERÓN. ¿Tienes vergüenza?

CARLOS. A un pajar;
que me dijo que era un conde
y una escuadra de arcabuces;
vino por mí entre dos luces,
y hallóme la esclava...

SERÓN. ¿Dónde?

CARLOS. Sepultado entre la paja,
donde en mi vida pasé
tal noche; ésta el ángel fué,
que de una en otra tinaja
me sacó por la bodega
a una puertecilla falsa;
mas no comerá sin salsa,
llórelo la ninfa griega,
que esta joya le tomé
de un escritorio, al pasar.

SERÓN. Vengado te has del pajar.

CARLOS. ¡Ventura notable fué!

SERÓN. Yo me cansé de esperarte,
y esa gente vi venir;
pero procuré dormir
más seguro en otra parte.

Da, Carlos, gracias a Dios,
que sin peligro saliste;
El sabe si estuve triste.

CARLOS. Concierto fué de las dos
burlarse de un forastero.

SERÓN. Aquí, en la corte de Hungría,
hacen éstas cada día
mil burlas por el dinero.

CARLOS. Ya no puedo detenerme,
que estoy sin blanca, Serón.

SERÓN. ¡Bendita sea la ocasión
que tanto bien pudo hacerme!

CARLOS. Pon ese coche al instante,
y a nuestra tierra nos vamos
esta noche; prevengamos
lo que parezca importante.

SERÓN. Que mañana nos iremos.

CARLOS. Aquesta noche ha de ser.
¡No más corte!

SERÓN. Hasta poner
las mulas, presto podemos;
pero, por áspera tierra,
¿cómo sin regalo irás?

CARLOS. El irme della no más,
el mayor regalo encierra.

Ponte tu sayo villano,
y de lacayo en cochero
te transforma.

SERÓN. Callar quiero,
pues es replicarte en vano,
en dándote un apretón.

CARLOS. Bien haya mi santa aldea;
viva en corte quien desea
aparato y confusión;

más precio ver mis pastores,
mis labranzas, mis aradas

que sus calles ocupadas
de caballos y señores;

más precio ver mis zagalas,
salir al valle las fiestas
que sus damazas compuestas
de afeites y locas galas;

más precio matar dos liebres
y ver, sin tantas mohinas,
las mulas y las gallinas
convidarse en los pesebres;

más precio sentarme al fuego
de las cepas de mis viñas,
y echarle las secas piñas,
que se vuelven brasas luego;

más precio acostarme en pluma,
sin cuidado de escribir
cuando da el cielo en fingir
montes de nevada espuma;

más precio el ver que se ría
el alba de las estrellas,
viendo que viene tras ellas
con rayos de plata el día,

que todas cuantas grandezas
tiene la corte, Serón;
porque estas del alma son
las más preciosas riquezas.

SERÓN. Y yo más estimo el ver
la olla puesta al hogar,
lleno de mosto el lagar
y el barbecho de alcacer;

más precio traer mi carro
lleno de rojas espigas,
y que rebose, con migas,
de cándida leche un tarro;

más precio poner en sal
los tasajos de un cebón,
con toda la guarnición
de su menudo cabal;

más precio dormir en paja
y despertar con el día,
o en una bodega fría
a sombras de una tinaja,

que cuantas calcillas hay,
cadenitas, discreción,
zapatos de paletón
y el azulado cambray;

que es todo ese parecer,
cuando más lo consideres,
por agradar a mujeres,
y yo no he de ser mujer.

(Vanse, y sale el REY, ARNALDO, CLARIDÁN y guardas.)

REY.

Pues ¿cómo pudo irse, o de qué suerte?

OTAVIO.

Con temor de tu enojo.

REY.

¿Por qué parte?

OTAVIO.

Por donde los recelos de la muerte
la apartasen de verte y esperarte.

REY.

¿Que ha tomado por tema aborrecerte!

OTAVIO.

Disculpa tiene de poder culparte.

REY.

Sin duda que las bodas de Conrado
por secretos terceros ha tratado.

ARNALDO.

El estuvo en la corte de secreto,
que ya se ha murmurado; no me espanto
que surta de tu gusto adverso efeto.

REY.

¿Que los dos puedan atreverse a tanto!
Mas castigar su libertad prometo,
aunque toda mi sangre vuelva en llanto.
Pregónese, so pena de la vida,
no pueda ser guardada ni acogida.

CLARIDÁN.

Por toda la ciudad andan pregones

(Sale un criado.)

CRIADO.

Lucrecia, gran señor, tu ilustre tía,
dice que de la ofensa le perdones,
que arrojar a Lisarda no podía;
queda en su monasterio.

REY.

No la abones,
que ha sido el acogerla alevosía;
mas no es romper su inmunidad sacalla,
si es bien de un rey

OTAVIO.

¡Señor!

REY.

¡Otavio, calla!

Vamos al monasterio, que Lucrecia
mal podrá resistir tan justa furia;
si la verdad de mis agravios precia,
también querrá satisfacer mi injuria.

OTAVIO.

¡Líbreme Dios de pretensión tan necia!
Señor, Tu Majestad su honor injuria.

REY.

Otavio, calla, que el poder airado
no ha de ser resistido ni ayudado.

(Vanse, y sale CARLOS con gabán, y SERÓN de labrador, y un azote de cochero.)

CARLOS. ¿Está todo apercibido?

SERÓN. Ya sólo resta que partas;
pero mira que me dicen
que te ha buscado una daifa.

CARLOS. ¿De noche [y] a mi partida?

SERÓN. Pienso que es la necia hermana
de la dama de la burla.

CARLOS. Ya se acabaron las damas
de la corte para mí.

SERÓN. La joyuela que les falta,
de buscarte a tales horas
apostaré que es la causa.

CARLOS. ¿Es mucho que de barato
de mi inocente oro y plata
me dé este diamante?

SERÓN. No,

demás de ser corta paga
para pasar una noche
en un pajar, hasta el alba.

CARLOS. Saca el coche, que aquí espero
paseando estas ventanas,
que ya no tengo qué hacer
con huéspedada ni posada.

SERÓN. ¿Pagaste?

CARLOS. Pagué.

SERÓN. Yo voy.

CARLOS. ¡Ay, mis soledades santas,
selvas a quien hacen sombras
inaccesibles montañas;
río humilde, claras fuentes,
cuyas sosegadas aguas
no murmuran, que pretenden

no parecer cortesanas!,
ya voy a vuestro silencio,
que no tiene cosa mala
quien no dice lo que ve
y lo que le dicen calla.

(Sale LISARDA en hábito de pobre mujer.)

LISARDA. ¡Cielos: pues siempre os vestís
de tantas hermosas galas,
de noche estrellas, de día
nubes doradas y blancas,
sed hoy galanes conmigo
en peligro y pena tanta!
Mirad que los que lo son
las mujeres acompañan;
acompañadme, que voy
huyendo la mano airada
de un bárbaro hermano mío
que sin mi gusto me casa.
¡Ay, cielos, aquí está un hombre!

CARLOS. ¿Quién va?

LISARDA. Detened la espada,
que una pobre mujer soy
que va huyendo de su casa.

CARLOS. Siempre he sido a las mujeres
cortés, porque debo honrarlas,
si bien cortesanas burlas
hoy me han salido a la cara.

LISARDA. ¿Quién sois?

CARLOS. Caballero soy.

LISARDA. Mi defensa os toca.

CARLOS. Y tanta
os hiciera, que la vida
era poco aventurarla;
mas yo me voy a una aldea,
a las últimas montañas
deste reino, que, aunque noble,
tengo tan humilde patria.
¿Queréis dineros, vestidos,
o otra cosa?, que me aguarda
un coche para partirme.

LISARDA. Espérame una palabra;
¿cómo te llamas?

CARLOS. Yo, Carlos.

LISARDA. ¿Carlos dices que te llamas?

CARLOS. Carlos me llamo.

LISARDA. Tu nombre
alienta mis esperanzas;
no conozco tus virtudes,
pero sé que el nombre basta
para que en él me confíe
y, con justa confianza,

te pida, por ser mujer
perseguida y desdichada,
que me lleves a tu tierra.

CARLOS. ¿Que te lleve? ¡Cosa extraña!

LISARDA. ¿No tienes en qué te sirva?

CARLOS. Mi trato, amiga, es labranza,
y allá tengo labradoras
en las haciendas de casa.

LISARDA. Una de éstas seré yo,
que si aquí me desamparas,
luego me daré la muerte;
y donde fuere mi alma
llevará quejas de ti.

CARLOS. Lástima me das, y tanta,
que, aunque disparate sea
llevar tan inútil carga,
digo inútil porque apenas
me puede ser de importancia,
tantas leguas a mi tierra,
por verte desesperada
te quiero llevar conmigo,
pues no hay mujer en mi casa,
padre o madre, que me riñan.
Sube en ese coche.

LISARDA. Calla,
que podrá ser que algún día
tengas...

CARLOS. La razón acaba.

LISARDA. No importa.

CARLOS. Dime tu nombre.

LISARDA. ¿Mi nombre, dices?

CARLOS. Sí.

LISARDA. Laura.

CARLOS. Ven, Laura, y seas quien fueres,
pues eres mujer.

LISARDA. Repara
en que podría ser...

CARLOS. ¿Quién?

LISARDA. La ventura, sin buscalla.

ACTO SEGUNDO

(Salen el REY CONRADO de Polonia y ARNALDO y gente.)

CONRADO. ¿Su hermana me pide a mí,
cuando me la esconde y guarda
por darla a Otavio?

ARNALDO. Yo fui
testigo de que Lisarda
salió a valerse de ti.
Si ha llegado, no lo sé.

CONRADO. Conde Arnaldo, ni ella fué solicitada en tal caso por mí, ni me cuesta un paso, para que en mi tierra esté; y si está, no descubierta ni sabiendo dónde está; mas si temiendo ser muerta, o mal casada, que es ya para su desdicha puerta, se viene a valer de mí daré a Lisarda favor.

ARNALDO. Si no la tienes aquí, no se quejará, señor, el Rey mi señor de ti.

CONRADO. Favoreceré su intento como de propia mujer, y mal cumple el testamento de su padre en defender el tratado casamiento.

¿Quién es Otavio, y qué Otavio iguala a un rey como yo, y haciendo a Lisarda agravio?

ARNALDO. Amor, señor, le engañó: ignorancia del más sabio.

El reino siente también que a tal hombre se la den, y se huelga que la tengas, digo, que a tenerla vengas, pues tú la mereces bien.

CONRADO. Yo también he respondido que no se halla hasta agora; mas si esta pobre señora, que a tal estado ha venido, de mí se quiere valer, no dejaré de amparalla, porque quiero y debo honralla, cuando él no lo sabe hacer; y esto darás por respuesta, Arnaldo, y que si él se apresta, no me pienso yo dormir, que tengo para salir la gente en campaña puesta.

ARNALDO. En fin, ¿diré que no sabes de Lisarda?

CONRADO. Así es verdad; y que, a ser casos más graves, si de más autoridad alguno en el mundo sabes, no lo supiera negar por fuerza, ni por temor.

ARNALDO. Ni yo tengo qué dudar, Conrado, de tu valor, ni mi Rey qué sospechar.

Guárdete el cielo.

CONRADO. Esto es hecho.

¡Al arma, nobles vasallos! Poned las lanzas al pecho, las piernas a los caballos, que todo el mundo es estrecho.

¡Tiemble la bárbara Hungría, pues persigue una mujer que tiene nombre de mía, pues ella lo quiere ser, y puede serlo algún día!

Poned en una bandera un lobo que a una cordera quiere matar, y un león que con real corazón la ampara, libra y espera; salid al campo esta tarde, en largo y vistoso alarde, que quien ofende a mujer no puede dejar de ser o desdichado, o cobarde.

(*Vanse, y salen FILENA, y DIANA, labradora.*)

DIANA. Con razón estás celosa.

FILENA. ¡Pardiez, hermana Diana, que amaneció esta mañana como el mismo Sol hermosa!

DIANA. ¿De dónde ha traído aquí nuesamo aquesta mujer?

FILENA. Del cielo debe de ser, del infierno para mí.

¡Soncas que yo no tenía hartos duelos que llorar, sin que me venga a matar con esta...!

DIANA. ¡Tente!

FILENA. Quería vestilla el nombre pascual, si la lengua no me tienes.

DIANA. Esa es menester que enfrenes.

FILENA. A mí siempre me fué mal; que nunca Carlos me habló, después de aquel nuevo engaño, por agora cumple un año.

DIANA. ¿Te habló?

FILENA. En amor digo yo, que en lo demás de mandarme: "Haz aquesto, alcanza aquello", siempre muy tieso de cuello, bien sabe Carlos hablarme.

¡Ay de mí, questó morida! Non sé qué diabros me tengo,

pues cuando a olvidarme vengo,
si el primer amor se olvida,
me despierta este traidor
con traerme esta mujer,
que del rey lo puede ser
y un mármol mata de amor.

Abrásome de colera;
cuido que si mucho dura
me han de abrir la sepultura.
El viene.

DIANA.

FILENA. Aquí aparte espera.

(Sale CARLOS.)

CARLOS.

Un áspid truje dentro de mi pecho,
o entre las yerbas escondido acaso;
probé, ignorante, de veneno el vaso,
que ya pone mi vida en tal estrecho.

A la contraria espada fuí derecho,
y al vivo incendio con ligero paso,
donde apenas le digo que me abraso
a quien entre sus llamas me ha deshecho;
aliviase la pena cuando es dicha,
porque suele la queja socorrella,
y poderse quejar del mal es dicha;

mas ni tan poco bien me dió mi estrella,
que siendo por mi causa mi desdicha.
¿cómo puedo quejarme de tenella?

FILENA. ¿No ves cómo se lamenta?
¿No ves qué triste y qué solo,
desde que se muestra Apolo
hasta que en el mar se asienta?

Todas son señas de amor.

CARLOS. Laura hermosa, Laura bella;
Laura, de mi cielo estrella,
laurel dijera mejor,

a quien el rayo no ofende:
¿qué truje a mi casa en ti?;
pero entonces no te vi,
la ignorancia me defiende.

¡Ay, Laura, cuando salió
el alba y vi tu hermosura,
más que la luz clara y pura,
el corazón me faltó!

Allá se fué por despojos,
que aunque siempre el amor fiero
tuvo corazón de acero,
tuviste de imán los ojos.

¿Quién está aquí?

DIANA.

Yo y Filena.

CARLOS. Filena, ¿quién va a llevar

al campo de merendar
a la gente?

FILENA. Silvio, o Clena,
que yo estoy muy ocupada,
y Diana ha de cerner.

CARLOS. Hazme, Filena, un placer
de enviar a esa entonada
que truje de por allá,
que anda muy grave, y es cosa
para mí muy enojosa.

FILENA. Mejor en casa estará,
que los mozos, atrevidos,
quizá la pecilgarán.

CARLOS. No harán, Filena.

FILENA. ¿No harán?
¡Y con pecilgos torcidos!

CARLOS. Tú, Diana, di a Lerino
haga ensillar una yegua,
que he de ir de aquí media legua.

DIANA. No ha venido del molino.

CARLOS. Pues no faltará en qué ir.
Despacha a Laura, Filena.

FILENA. ¿No ves, si Carlos ordena
hacerla al campo salir?

¡Bueno va para mi mal!

DIANA. Anda, que quizá te engañas.

FILENA. Tú verás si aquestas mañas
no son con intento igual.

DIANA. Si ésta mujer suya fuera,
¿qué respeto le guardara?
¡Que amor en nada repara,
y en público la tuviera!

FILENA. ¿No había mozas acá?
¿Para qué la trujo aquí?

DIANA. Filena, en llegando ahí,
harta sospecha me da.

(Sale LISARDA vestida de labradora.)

LISARDA.

Altas montañas, donde el cielo llueve
blancas defensas contra el sol que os gasta,
Amor en sus principios me contrasta,
mi pecho sepultad en vuestra nieve.

¿Qué resistencia a su rigor se debe
en una voluntad sencilla y casta,
si la del santo honor apenas basta
cuando furioso a la razón se atreve?

Carlos me va mirando con vergüenza;
ya por lo menos que me quiere creo,
que de creerse amar amor [comienza]. (1)

(1) En las dos ediciones: *empieça*.

Incierto el bien y cierto el daño veo,
pues me dice el honor que huyendo venza,
y tiéneme los pasos el deseo.

FILENA. ¿También ella está quejosa?

DIANA. Calla, que es antojo.

FILENA. ¡Ay, cielos!

¿A quién no despiertan celos
de una mujer tan hermosa?

¿Sabes, Laura, como vas
al campo con la comida?

LISARDA. ¿Yo?

FILENA. Sí.

LISARDA. Si fueres servida,
no me lo mandes jamás.

FILENA. Laura, es gusto de señor.

Diana ocupada está
en las haciendas de acá.

No hay de qué tener pavor.

Ponte para el sol, si quieres,
un sombrerete galán
con randas de tafetán.

DIANA. Laura, palaciega eres.

Defiéndete de los mozos.

LISARDA. Ellos serán comedidos.

FILENA. Esos tus ojos polidos
cubre con blancos rebozos
de toca de argentería;
no vayas sin toca allá,
que a tu hermosura será
resistencia y bizarría.

Del oír suele nacer
cuanto mal suele venir;
la toca encubre el oír,
luego es honra en la mujer.

Después que han aborrecido
las tocas nuestras serranas,
anda a las palabras vanas
más descubierto el oído.

Con ella, Laura, irás bien,
y no te verán la cara.

LISARDA. Cuando la mujer repara
en los hombres que la ven,
la toca no quita el daño,
pues dentro el peligro veo;
que el oído del deseo
abre la puerta al engaño.

De mí no tengas temor,
aunque el consejo agradezco.

FILENA. Pues otro también te ofrezco
para materia de honor,
en que tu peligro está,
y es que si llegare a hablarte,

que dice que a cierta parte
del campo a su hacienda va,
no te fíes de su halago
y palabras lisonjeras,

que sus burlas y sus veras
serán de tu honor estrago.

Yo sé de su condición
¡malpecado estos enredos!,
que sólo de aquestos miedos
tengo mal de corazón.

No hay moza en casa, ni aun fue-
que no la intente vencer, [ra,
Laura, de buen parecer,
con su lengua lisonjera.

Y como está de su parte
el ser hermoso y galán,
cuantas vienen, tantas van:
señalar y echar aparte.

¡Pardiez que estoy por decirte
mi desdicha!, pero suebra
saber que si hoy te resqueibra,
mañana ha de despedirte.

No te fíes, tente en buenas,
que las buenas han de hacer
gran defensa, por tener
este nombre entre las buenas.

¡Qué no me dijo una fiesta
en el soto! ¡Sabe Dios
lo que pasamos los dos
en una y otra respuesta!

Creíle; bien lo pagué.
Seis meses ha que me mira
como si fuera mentira
lo que en el soto pasé.

LISARDA. No llores, ni con tus celos,
que bien sé que celos son,
pongas duda en la opinión
de que me honraron los cielos,
que yo sé que soy diamante
a esas burlas y a esas veras.

DIANA. ¡Cuántas blasonan de fieras
con un ánimo gigante,
que tienen en la ocasión
enana la resistencia!,
que es nuestra antigua dolencia
ser tiernas de corazón.

LISARDA. Dadme lo que he de llevar,
que yo sé lo que me importa.

FILENA. Ven, que la jornada es corta.

DIANA. La burra quiero sacar
en que la olla les lleves.

LISARDA. Carlos, avisos me han dado
de que ya llevo cuidado.

DIANA. Perderásme si te atreves.
¡Buen ensalmo le has contado!
Si él la llega a retozar,
mojicones le ha de dar
que venga en sangre bañado.

FILENA. ¡Ay, Diana! Estas modernas
que tan valientes las ves,
hablan, hablan, y después
se dejan caer de tiernas.

(Vanse, y sale SERÓN, SILVIO, FINEO, y músicos con azadones.)

SERÓN. ¡Voto al Sol, que ha de ser mía!
Eso no hay que replicar.

SILVIO. Desde que vino al lugar
no tengo paz ni alegría.

FINEO. Pues yo no soy tan grosero
que a Laura no haya mirado.

SERÓN. Yo tengo muy bien fundado
mi intento, y soy el primero.

SILVIO. Y yo ¿pensáis que no tengo
para quererla ocasión?

FINEO. De mi justa pretensión,
Silvio, satisfecho vengo.

SERÓN. Yo la truje de la corte
en el coche de mi amo,
y así el primero me llamo.

SILVIO. No hay cosa que en esto importe
como el tener su favor.

FINEO. Pues ¿qué favor has tenido?

SILVIO. Si no estoy favorecido,
que nunca me ayude Amor.

SERÓN. Si es por favor, con el mío
nadie se puede igualar.

FINEO. Del que yo puedo contar
bastantemente confío.

SERÓN. Pues si todos tres lo estamos,
pretendamos y callemos.

SILVIO. Todos tres ¿cómo podemos?

SERÓN. Nuestros favores digamos,
y al mayor demos lugar
sin que nadie tenga queja,
porque Laura no es oveja
que a cuartos se ha de llevar.

FINEO. Oíd lo que me pasó,
¡así Dios os dé ventura!
Una noche, y bien oscura,
Laura a la huerta bajó
y, llegando a un arroyuelo
que va corriendo sutil,
metió los pies, de marfil
y más hermosos del suelo.

Yo, subido en un lindero,
estuve atento mirando
el arroyo, que, jugando,
se mostraba lisonjero.

Sacó una blanca toalla,
no tanto como los pies,
y enjugándolos después
que el Sol pudiera envidialla,
hizo de la yerba un poyo.

SILVIO. ¿Que todo lo viste bien?

FINEO. ¿Pues no, si estaban también
dos lunas en el arroyo?

Durmió un poco, y despertó.
Volvióse en fin. Yo corriendo
fuí al arroyo, y conociendo
donde los pies se lavó,
al agua puse la boca,
y de beber satisfecho
traigo sus pies en el pecho.
¡Mirad si la causa es poca!

SERÓN. Mejor fueran de ternera
con su ajoqueso, a la fe.

SILVIO. Oíd mi favor.

SERÓN. ¿Qué fué?

FINEO. ¿Será como aqueste?

SILVIO. Espera.

Laura, en el soto, la fiesta
al amanecer salió,
y en el prado se sentó
más que sus flores compuesta.

Sacó luego unos papeles,
y, en habiéndoles leído,
un dulce sueño atrevido
bañó su rostro en claveles.

Durmióse, en fin, en saliendo
el sol, que daba en los ojos,
de envidia de los despojos
con que le estaba venciendo.

Yo, de presto, que tenía
un hacha, corté a dos olmos
los brazos, y de los colmos
de su esperanza y la mía
formé una breve cabaña,
y lo que ellos no cubrieron,
unos arroyos me dieron
de su juncia y espadaña.

Despertó pasada un hora
y, como cerca me vió,
me dijo: "Si fuera yo,
¡oh, Silvio!, una gran señora!..."

Yo entonces más me acerqué,
y el alma le respondió:
"Labradora os quiero yo,

que señora, ¿para qué?"

FINEO. ¿Habéis contado?

SILVIO. Esto ha sido
lo que esperanza me ha dado.

SERÓN. Dadme un oído prestado,
pues os he prestado oído.

FINEO. Comienza.

SERÓN. Laura divina
ayer cuidadosa entró..
FINEO. ¿Dónde?

SERÓN. En la cocina, y yo
tras ella entré en la cocina.
Estaba para señor
una bien compuesta olla
de una pierna y de una polla,
y un torrezno en su asador,

que de guardasol servía
a una perdiz, que en blancura
pudiera, con su hermosura,
competir el mismo día.

El tinajón de la gente,
con sus tasajos, estaba
a otra parte, y murmuraba
de mi amoroso accidente.

Las coles y berenjenas
que danzaban con la espuma,
y a Laura también, que, en suma,
era ocasión de mis penas.

Púseme a considerar
cuál estaba más hermosa:
la olla hirviendo amorosa
o Laura yendo a espumar;
pero venció la afición
de la olla, porque hacía
agradable melodía
mis tripas, danzando al son,

y al irla a tomar, en vano,
una berenjena yo,
Laura el cucharón volvió
y dióme un palo en la mano.

Aunque serena de cara,
y contento del favor,
huí con mayor temor
que su desdén me causara.

Diómele, y por no aguardalle
a que otro palo me diera,
fuí rodando la escalera
hasta parar en la calle.

¡Bravo furor!

SILVIO. Laura viene.

SERÓN. ¿Que Laura trae la comida?

SILVIO. Cantad algo a su venida.

Ya Tirsi la voz previene.

(Sale LISARDA con un sombrero, y rebozo, y una cesta.)

LISARDA. ¡Arre acá, pues! No me quiebres
la olla.

FINEO. Va de canción.

LISARDA. ¡Yo, pues, con la maldición!

FINEO. Razón es que la celebres.

(Cantan:)

Seáis bien venida,
zagala pulida;
seáis bien llegada,
pulida zagala.
Todos estos valles,
sotos y selva,
al veros en ellos,
Laura, se alegran.
Flores tienen ellas,
las fuentes risa.
Bien seáis venida,
zagala pulida;
bien seáis llegada,
pulida zagala,
seáis bien llegada.

LISARDA. A la fe que me debéis
el haber aporreado
la burra por ese prado.
Hoy temprano comeréis.

SILVIO. Bendiga Dios tu hermosura.

LISARDA. Tomad esa cesta allá,
y id por la olla, que está
en esa verde espesura.

FINEO. Dígale a satisfacción
cada zagal un resqueibro.

SILVIO. Yo soy un rústico enebro
y un pollino.

SERÓN. Y yo un león.

SILVIO. Zagala, yo estoy por ti
como huevos en sartén.

FINEO. Y yo, Laura...

SERÓN. Mirá bien
lo que dejáis para mí.

FINEO. Estoy como están las flores
que se alambican al fuego.

SERÓN. Y yo, a tanta hambre llego,
¡oh, Laura!, por tus amores,
que en la olla voy a dar
para ver si se me quita.

SILVIO. Vamos con relincho y grita.

SERÓN. A Laura pienso brindar.

(Vanse.)

LISARDA.

Por qué varios caminos la Fortuna
me ha traído al estado en que me veo,
cuando de mí no espera más trofeo
el Amor que me siga la fortuna.

Bajé desde los cercos de la cuna
a las profundas aguas de Leteo,
donde ni es poco bien, ni le deseo:
tal es mi mal sin esperanza alguna.

Carlos es bien nacido; mas ¿qué importa
si no puedo decirle el desengaño
ni el engaño en la pena me reporta?

Yo moriré por no decir mi daño,
porque no puede haber dicha más corta
que no poder valerse del engaño.

(Sale CARLOS.)

CARLOS. Ya no podéis excusar,
corazón, esta batalla;
animad los pies cobardes,
mirad que tocan al arma;
ya no es tiempo de temor,
no es fiera Laura, ¿qué aguarda
vuestro encogido silencio?
y vos no vais a enojarla
con decirle pesadumbres;
que no sé yo quién se enfada
que otra persona le diga:
"Señora, mi alma os ama".
Ahora bien, quiero ensayarme
a estudiar tiernas palabras
con qué decirle mi amor.
Laura... Bien entro por Laura,
que el nombre entenece mucho.
Laura, aquella noche amarga...
¡Qué mal dije amarga noche!
antes dulce, alegre y clara.
Laura, aquella dulce noche
que saliste de tu casa,
y yo te hallé, me dijiste
llorando... ¡Qué larga entrada!
y para resoluciones
no ha de haber entradas largas.
Laura, cuando yo te vi...
Ahora, ¿qué sirve estudiarlas,
si en viéndola he de turbarme?
Amor, que me dió esperanzas
para tan altas empresas,
también me dará palabras
con que decirle mi amor.
Laura bella.

LISARDA. Tu criada,
señor mío, has de decir.

(Ap.) ¡No en balde celosa estaba
Filena! ¡Amor, luz en vidrio,
qué presto enseñas el alma!

CARLOS. Laura, a Filena le dije
que te diese esta mañana
la comida desta gente
que en mis labranzas trabaja;
no fué, que ya tú lo sabes,
porque criados me faltan,
aunque retirado vivo
al pie destas sierras altas;
que soy pariente del rey,
cuyo padre, en la desgracia
del suyo, vivió en destierro,
y mi calidad es tanta
que la he querido encubrir
a sombra destas montañas,
que pienso que no pudieran
si acaso fueran más bajas.
El intento ha sido hablarte
y decirte que me mata
esa tu rara hermosura,
donde, si tú lo dudaras,
pudiera aquí, sin testigos,
entre aquestas verdes plantas,
quejarme de tu crueldad
deshaciendo las entrañas,
en crédito de mi pena,
más lágrimas que palabras.
Ya sabes quién soy, ya sabes...

LISARDA. Carlos, lo que dices basta.
Pobre mujer he nacido,
pero con extremo honrada.
De ti me amparé; no es justo
que mayor daño me hagas,
pues nunca los caballeros
a las mujeres agravian.
Tu criada soy también,
y que vivo en confianza
de tu valor.

CARLOS. Laura mía,
desde que te vi la cara
en el coche, porque en ella
salió más temprano el alba,
te di el alma y me perdí.
Luego, la poca distancia
del coche, daba ocasión
a más abrasarme el alma.
Callé, por respeto justo;
callé, no te dije nada.
Veniste, Laura, a mi aldea;
veniste, Laura, a mi casa.
Callé también, divirtiendo

mi pensamiento en la caza;
mas ¿qué importaban las selvas
si en el alma te llevaba?
En resolución: me muero,
tú me pierdes, tú me abrasas.
Serás mía, o pasaréme
mil almas con esta espada.

LISARDA. Carlos, Carlos, ya me han dicho
tus lisonjas. ¿Qué te cansas
en fingirme penas tuyas?
Si desta suerte me tratas,
poco viviré contigo.

CARLOS. Laura, ¿ansí me desengañas?

LISARDA. ¿No te duele a ti mi honor,
joya que tengo guardada
como reliquia en mi pecho,
y hanme de doler tus ansias?
Déjame pasar.

CARLOS. Detente;
mira que mi muerte causas.

LISARDA. Ya sé que estás muy enfermo;
pero ¿qué remedio aguardas
de quien no dará su honor
por todo el oro de Arabia,
los diamantes de la India
y las perlas de Cubagua?
Déjame, Carlos, volver.

CARLOS. Haréte fuerza.

LISARDA. ¿Eso pasa?
¿Piensas que soy yo Filena,
rústica y pobre serrana?
Mejor soy, Carlos, que tú.

CARLOS. Pues sólo un momento aguarda.

LISARDA. ¿Quién ha de aguardar y oír?

CARLOS. No seas, señora, ingrata.

LISARDA. ¿Señora? ¿Criada soy!

CARLOS. Laura, si eres mi criada
yo te llamo como dueño.

¡Ah, Laura; Carlos te llama!

LISARDA. ¿Qué mandas, señor? ¿Ya vuelvo!

CARLOS. Que con esa mano blanca
temples (1) de mi boca el fuego.

LISARDA. Si desatinos me mandas
vuélvome.

CARLOS. Yo iré tras ti.

LISARDA. Eso será si me alcanzas.

CARLOS. ¡Tenelda, agudos espinos,
verdes y intrincadas zarzas;
creced, arroyos, creced;
mirad que me lleva el alma!

(Vanse, y entren LERÍN y FILENA.)

LERÍN. ¿Adónde es ido señor?

FILENA. A la heredad, en la yegua;
que no quieren darle tregua
estas libranzas de amor.

LERÍN. A la he todo lo entiendo;
bien sé que por Laura muere.
De que digas que la quiere,
Filena amiga, me ofendo.

No es Carlos hombre que había
de traer esta mujer
en confianza, y hacer
con ella esa villanía.

Los villanos tenéis fama
de maliciosos.

FILENA. No sé.
Carlos a la corte fué
y de allá trujo esta dama,
que lo parece en su trato,
en su talle y discreción;
si la tiene o no afición
no lo sé; sé que es ingrato.

Tú, que eres su camarero,
su secreto y confianza,
sabrás el son a que él danza,
sabrás la muerte que espero.

¡Dome a Dios! Venas me vienen
de ahorcarme de una encina
según estó de mohina.

¡Tales mis rabias me tienen!

LERÍN. Si tú me hubieras creído,
con poner en mí los ojos
excusaras tus enojos.

FILENA. Ya he probado, y no he podido.

LERÍN. Pon los ojos con más pausa.

FILENA. Ya los procuro poner,
y no se quieren tener.
¡No sé qué diablo es la causa!

LERÍN. ¿Tan desigual te parezco
de don Carlos, mi señor?

FILENA. Debe de ser que el temor
es desigual que padezco.

LERÍN. Prueba no te canses; mira
lo que este mi amor merece.

FILENA. Ya lo miro, y me parece
que es todo burla y mentira.

(Sale CARLOS.)

CARLOS. ¡Que no la pude alcanzar!

LERÍN. Carlos viene.

CARLOS. ¡Hola!

LERÍN. Señor.

CARLOS. Yo traigo un cierto dolor.
Di que me quiero acostar.

(1) En las dos ediciones: *tiemples*.

FILENA. No le ha sucedido bien.
La mujer se ha defendido.

LERÍN. ¿Dónde has ido? ¿Qué has tenido?

CARLOS. Filena, ¿aquí estás también?
Di que venga a desnudarme
Laura.

FILENA. Laura, ¿para qué?

CARLOS. Con ella descansaré,
que ella sabrá consolarme.

FILENA. ¿Yo no estoy aquí?

CARLOS. Tú no,
que Laura es más cortesana.

FILENA. ¿Quieres que venga Diana?

CARLOS. A Laura te digo yo.

FILENA. Vendrá del campo cansada.

CARLOS. ¡Bestia! No repliques más.

FILENA. Yo voy.

CARLOS. Lerín, ¿aquí estás?

LERÍN. ¿Qué ticles? Todo te enfada.

CARLOS. En entrando Laura aquí,
por un lado te desvía.

(Sale LISARDA.)

LISARDA. ¿Qué me mandas?

CARLOS. Laura mía,
yo vengo a servirte a ti.

LISARDA. Déjame, señor, que estoy
sin aliento de correr.

CARLOS. Yo pensé que eras mujer.

LISARDA. Y yo pienso que lo soy.

CARLOS. ¿Cómo me dejaste así,
que estuve para matarme?

LISARDA. Mi honor me mandó guardarme
de tu amor, de mí y de ti.
De tu amor, por no vencerme;
de mí, porque soy mujer;
de ti, por no me poner
en ocasión de perderme.

CARLOS. Yo no digo que tu honor
se aventure; mas que digas
que me quieres; que me obligas
huyendo a mayor furor.
Entretén la pasión mía
como al enfermo sediento
dentro del mismo aposento
fingen una fuente fría.
Laura, no quiero beber;
déjame que escuche el son
del agua.

LISARDA. ¡Extraña pasión! (1)

(1) Falta el último verso de esta redondilla, en las dos ediciones.

(Sale FILENA.)

FILENA. Laura, ¿cómo allá dejaste
la cesta y platos?

LISARDA. No sé.
A Silvio se la dejé.

FILENA. Y la burra que llevaste,
¿no era volvella forzoso?

LISARDA. Salióme un lobo. ¿Qué quieres?
Ya sabes que las mujeres
es ganado temeroso.

FILENA. ¡La burra se comería!

LISARDA. Más vale que diese allá.

CARLOS. Salte allá, Filena, ya.
¡Qué cansada niñería!

FILENA. Ya se irán.

CARLOS. Acaba, pues.

FILENA. Pues yo voto al sol de Dios
que no han de hablarse los dos
sin que riñamos los tres.

CARLOS. ¡Ay, Laura! ¿Ves lo que paso
por ti?

LISARDA. ¿Yo qué culpa tengo?

CARLOS. Mira que a abrasarme vengo,
y que me yelo y me abraso.
Ya estás en amparo mío;
¿quién te puede defender?

LISARDA. Ser yo una pobre mujer,
que en ser quien eres confío.

CARLOS. Laura, yo soy tu señor.

LISARDA. Anda, Carlos, que no eres
después que engañarme quieres
con ese fingido amor.

CARLOS. ¿Fingido? ¡Quíteme Dios
la vida, si no te adoro!

FILENA. Más con celos me enamoro,
aunque están juntos los dos.
Laura.

CARLOS. ¿Qué quieres, Filena,
a Laura?

FILENA. Tengo (1) de hacer
lo que conviene hasta ver
en lo que para mi pena.
Di, Laura.

CARLOS. Allá fuera aguarda.

FILENA. ¿Dónde la burra quedó
que aquel lobo te comió,
porque vayan por la albarda?

CARLOS. Deja la bestia.

FILENA. No quiero.

LISARDA. Carlos, si esto he de pasar,

(1) En las dos ediciones: *No tengo*.

hoy me saldré del lugar.
Ven Filena.

(Vanse las dos.)

CARLOS. Ya, ¿qué espero?
Lerino (1).

(Sale LERÍN.)

LERÍN. Señor.

CARLOS. ¿Qué haré?

Esta mujer se resiste
por honrada. Ya lo oíste.

LERÍN. Ya lo oí. Pues esto fué,
cásala, que tú verás
que consigues lo que quieres;
que hay deste humor mil mujeres.

CARLOS. ¡Fuerte consejo me das!

LERÍN. ¿No es peor morir?

CARLOS. Es así
peor.

LERÍN. Pues yo la he mirado
con ojos, que en otro estado
no se ha de doler de ti.

CARLOS. ¿Con quién la podré casar
que después no sea celoso?

LERÍN. Bato es hombre malicioso,
y no te ha de dar lugar;
Silvio, discreto, y Fineo,
cuidadoso y advertido.

CARLOS. ¿Quién, en fin, te ha parecido
más conforme a mi deseo?

LERÍN. Paréceme que Serón,
que es hombre más descuidado
y indigno de ser amado;
y así te tendrá afición.

CARLOS. Cuádrame, y le quiero hablar.

LERÍN. Quitá el honor de por medio.

CARLOS. Pues voy, que está mi remedio
en que se quiera casar.

(Vanse, y sale LISARDA y DIANA, y quédase LERÍN.)

DIANA. Mientras entienda Filena
en las haciendas de casa,
como de celos se abrasa,
que ya conoces su pena,
que te guarde me ha mandado.

LISARDA. La mejor guarda soy yo
y la sangre que me dió
un padre noble y honrado.

Tuve un hermano, Diana,
que quiso casarme mal,
con un hombre desigual.
cuya violencia tirana
me arrojó donde me ves.
Lerín está aquí.

DIANA.

LISARDA. ¿Lerino?

LERÍN. Lo que tratáis imagino.

LISARDA. Bien dices; de Carlos es.

LERÍN. En lo poco que has servido,
Laura, a Carlos, como honrado
quiere ponerte en estado.
a tu honor agradecido.

Daráte dote bastante
con que honrada vivirás,
y yo sé zagal, que es más.

LISARDA. ¿Hay locura semejante?

LERÍN. El va en aquesta ocasión
a hablarle, y yo me quedé
a decírtelo.

LISARDA. ¿Y quién fué?

LERÍN. Chapado fué.

LISARDA. ¿Quién?

LERÍN. Serón.

DIANA. Júrote, Laura, que es hombre
tan bien acondicionado,
que no le hay en todo el prado
de más opinión y nombre.

LISARDA. Digo que tenéis razón;
que a quien tantos importuna
quiere arrastrar la Fortuna,
bien es que vaya en serón.

¿Está loco Carlos, di?

LERÍN. ¡Qué buen agradecimiento!

LISARDA. Por desigual casamiento,
responde que vine aquí,
y que por más desigual
me voy también, que mi suerte
no quiere darme la muerte,
que piensa que es menos mal.

(Vase.)

LERÍN. ¿Vas de veras?

DIANA. ¿Pues no?

LERÍN. ¿Serón no es hombre de bien?

DIANA. Y otros lo serán también.

LERÍN. Detenerla pienso yo,
que se quitará la vida
Carlos si Laura se va.

DIANA. Yo pienso que no se irá,
que está del anzuelo asida
aunque más encubre el fuego.

(1) Lerino (sic). Ocurre otras veces.

(Sale CARLOS.)

CARLOS. ¿Laura está aquí?
 DIANA. Señor, no.
 CARLOS. Apenas Serón lo oyó,
 cuando dijo: "Que sea luego".
 El luego es cosa que creo
 que me ha de costar la vida.
 LERÍN. Yo pienso que Laura es ida
 conociendo tu deseo.
 CARLOS. ¿Dónde?
 LERÍN. No lo sé, por Dios.
 Díjele tu pensamiento,
 y en oyendo casamiento
 se despidió de los dos.
 CARLOS. No lo creas; antes bien
 sospecho que no se enfada;
 no hay mujer que no le agrada
 ver que marido le den.

(Salen SERÓN y SILVIO.)

SILVIO. Tú has sido más venturoso.
 SERÓN. Yo muy venturoso he sido.
 DIANA. Señor, el novio ha venido.
 SILVIO. Del novio estoy envidioso.
 CARLOS. Púlete, y vístete luego,
 Serón, para tanto bien.
 DIANA. Yo te doy el parabién.
 SERÓN. Haz, señor, llamar el crego,
 que estoy para reventar
 de la dicha en que me veo.
 CARLOS. Salteador de mi deseo,
 Serón, te puedes llamar.
 Ven tú, Lerín, y hablaremos
 a Laura; ven tú, Diana.
 SERÓN. Amanezca yo mañana
 con Laura.
 CARLOS. Extraños extremos
 de fealdad y de hermosura
 junta mi desdicha aquí.
 SERÓN. ¿En fin, nació para mí
 Laura?

SILVIO. Aun no ha venido el cura.

(Vanse.)

¡Ah, Serón! ¡Cuál se te ve
 que eres dichoso en la cara!
 SERÓN. Algo mi temor repara;
 ya cuando casado esté,
 en las leyes del casado.
 SILVIO. ¿Quieres un buen arancel?

SERÓN. Di, veamos.

SILVIO. Oye en él
 lo que conviene a tu estado:
 Primeramente, has de ser
 hombre en tu casa, y muy hombre,
 que sólo ha de tener nombre
 tu mujer de tu mujer.

Ha de mandar en tu casa,
 pero no en tu libertad,
 que con esta potestad,
 a ser el marido pasa.

No la temas, aunque queme
 el mundo su condición,
 porque como monas son:
 que muerden al que las teme.

No la ocasiones a ser
 celosa, que las mujeres,
 pensando ajenos placeres
 buscan ajeno placer.

Sé astuto, y sepa de ti
 que la quieres lo que basta,
 que con esto será casta
 y la tendrás cierta así.

Jamás le des ocasión
 a que te pierda el respeto
 ni te conozca defeto
 ni en cuerpo ni en condición.

Salga poco, y sólo tenga
 de vestir lo que le dieres,
 y con honradas mujeres,
 pocas veces, se entretenga.

No seas por descuidado
 desdichado, ni dichoso
 por celoso, que un celoso
 cerca está de desdichado.

Esto en aquesta ocasión
 para lición llevarás,
 que yo diré lo demás
 a la segunda lición.

SERÓN. Todo a la letra lo haré.

SILVIO. Desde hoy tu maestro soy.

SERÓN. Vamos, que palabra os doy
 de estudiarlo [a] por b;

SERÓN. aunque si la b le quito,
 sospecho que mejor suena.

SILVIO. Pues la b ¿qué te da pena?

SERÓN. Lo que tiene de cabrito.

(Vanse, y sale LISARDA con un poco de ropa debajo
 del brazo.)

LISARDA. Con salir el triste día
 que dejé mi amada tierra

de un gran palacio de un rey,
donde me llamaron reina;
con dejar tantos criados,
tanto aparato y grandeza,
lo que conocí y traté
en mi tierna edad primera,
no tuve tal sentimiento
como agora el alma lleva
de verme salir de un monte
y de una pequeña aldea.
¡Cielos! ¿Qué dejo yo aquí,
que salgo con tanta pena?
¿Qué reino, casa y criados,
qué tesoros y riquezas?
¡Ay de mí! ¡Que más deja [ella!
quien deja el alma y que se va sin
¡Oh, Carlos, pluguiera a Dios
que mis ojos no te vieran,
para tanta desventura
como pienso que me cuestas!
No quiero ponerte culpa,
aunque tanto me desprecias,
que bien sé que me estimaras,
Carlos, si quién soy supieras.
Voime de ti, y a perder
la vida entre aquestas fieras,
porque alejarme de ti
ya no es posible que pueda.
Pues decirte lo que soy
no puede ser, aunque muera
despreciada y abatida.
La noche, ¡ay!, triste se acerca.
Aquí quiero recostarme
y aguardar que el alba venga
a asegurarme el camino
y el peligro de las fieras,
aunque a quien va tan ciega,
¿qué más tiene la luz que las ti-
[nieblas?

(Sale CARLOS y LERÍN con venablos.)

CARLOS. ¡Desdichada de mi casa!
Como Laura no parezca,
bien podéis todos pensar
que en el fuego que me quema,
desde el pavimento al techo
irá en humo a las estrellas.
Lerino, ¿cuándo le dió
su pobre ropa Filena?
LERÍN. No me pudiera avisar,
que los celos no le dejan
descubrir a la razón

para que lo justo vea.
CARLOS. Altas montañas de Hungría
cuyas verdes faldas besa
el cristalino Danubio
que vuestras campañas riega.
Desiertas, obscuras, tristes,
sácras al silencio selvas,
aves que habitáis sus plantas,
fieras que habitáis sus cuevas,
mirad que Laura bella
me lleva el alma y la memoria deja.
Tened lástima de mí,
si no queréis esconderla
para hacerla vuestra diosa
como en Aracinto a Delia.
Mis desprecios la cansaron.
¡Qué justa ha sido mi pena,
pues quise dar a un villano
lo que para reyes era!
¡Ah, cielos!, doleos de mí;
noche bordada de estrellas,
mostradme a Laura, y vosotras
esclareced sus tinieblas.
Mirad que Laura bella
me lleva el alma y la memoria deja.
¡Señor, señor!

LERÍN. ¿Qué me quieres
CARLOS. ¿No ves entre aquestas peñas
LERÍN. una mujer recostada
sobre un tapete de yerba?
CARLOS. ¡Ay, cielos! ¿Si es Laura?
LERÍN. Creo
que es Laura.

CARLOS. Detente.
LERÍN. Llego

CARLOS. Espera, porque pensemos
invención para volverla,
porque se ha de resistir.
LERÍN. Pues di que vienes tras ella
porque te hurtó una copa.

CARLOS. Bien dices; quiero prendella.
¡Despierta, fingida Laura;
traidora Laura, despierta!

LISARDA. ¡Ay, cielos, piedad os pido!
¿Si me mata alguna fiera?

CARLOS. ¿Qué es de mi copa de plata,
robadora de mi hacienda?

LISARDA. ¿Es Carlos?

CARLOS. Sí; Carlos soy.

LISARDA. ¿Yo copa de plata? Espera.
¿Es posible que de mí
has pensado tal bajeza?

CARLOS. Descoge luego esa ropa.

LISARDA. No hay cosa que en ella tenga.
¡Deja, deja!

CARLOS. ¿Cómo no?

LERÍN. Aquí hay un paño de seda.

CARLOS. Abre a ver.

LERÍN. ¡Qué ricas joyas!
Aunque la noche no quiera,
se ve por su luz que son
preciosas sus piedras.

CARLOS. Muestra.
¿Tú piedras preciosas, Laura?
¿Tú joyas desta manera?
¿Quién eres?

LISARDA. Noble mujer.
Tan ricos mis padres eran
que pudiera sacar más.
Si las dejé por la ofensa
de un desigual casamiento,
no es bien que culparme puedas,
pues no fué falta de amor
el dejarte, sino fuerza
de mi honor; que yo te amo,
mas aunque entre aquestas selvas
me mates, Carlos, no pienses
que harás a mi honor ofensa.

CARLOS. Laura, quien mira estas joyas
de tal valor y grandeza,
¿para qué busca testigos?
No es posible que no seas
tan bien nacida mujer
que ser mi esposa merezcas.
¿Quiéresme para tu esposo?

LISARDA. Sí, como tú me concedas
mi honor hasta que tengamos
la bendición de la iglesia.

CARLOS. Esa palabra te doy.
Ven, Laura, que cerca queda
en que a la villa volvamos.
Tú aguarda en aquesta selva
a la gente que viniere,
para que luego se vuelva.

LISARDA. Vamos, que confío de ti.

CARLOS. Laura, quien quisieres seas...

LISARDA. Algún día lo sabrás.

CARLOS. Sé que eres sola y honesta.

(Vanse.)

LERÍN. ¡Hola, aho, gente de Carlos!
¡Ah del prado! ¡Ah de la sierra!

(Sale SERÓN armado de un capote, y calzas graciosas, y los labradores con lanzas.)

SERÓN. Por aquí dan voces, Silvio.

Echa por esa fresneda.

SILVIO. ¿Quién va?

LERÍN. Lerino.

SERÓN. ¿Qué hay?

LERÍN. ¡Pardiez! Serón, buenas nuevas.

SERÓN. ¿Pareció mi mujer?

LERÍN. Sí.

SERÓN. ¡Albricias, montañas yermas;
pastores del prado, albricias;
fuentes, flores, alamedas,
Laura ha parecido ya,
ya pareció Laura bella!
¿Dónde está, amigo, mi esposa?
Carlos la lleva al aldea,
a las ancas de un caballo,
para casarse con ella,
porque sabe que es mujer
noble.

SILVIO. ¡Albricias, alameda,
montañas, flores y ríos!

SERÓN. ¿Carlos a Laura se lleva?

FINEO. ¡Muy bien se ha hecho, por Dios!
El es bien que la merezca;
que una perla tan preciosa
no se ha de dar a una bestia.

SERÓN. ¿Que, en fin, ya no es para mí,
ni me caso?

SILVIO. No, que huera
dar una liebre a un león;
y a un tigre, una tierna oveja.

SERÓN. Dadme todos parabién,
pastores de aquestas sierras.

FINEO. Pues ¿por qué, amigo Serón?

SERÓN. Porque en aquesta refriega
escapé de un gran peligro
que amenazó mi cabeza.

(Vanse.)

ACTO TERCERO

(Salen SILVIO, y FILENA.)

SILVIO. Que te dure el pensamiento
de amar a Carlos, Filena,
¿no es locura?

FILENA. No, que es buena
la causa de mi tormento.

Finalmente, a mi me agrada
ésta mi antigua locura;
que más parece cordura
locura tan bien fundada.

SILVIO. Pues Carlos ¿no se casó
y van pasando los años
de su boda y de tus daños?

FILENA. Mis daños adoro yo.
Pasen los años por mí
y los contentos por él;
que estimo el quejarme dél
más que el estimarte a ti.

SILVIO. Adora a Laura.

FILENA. Hace bien,
que es una hermosa señora,
y si por bella la adora
yo, por lo mismo, también.

SILVIO. Hijo tiene Carlos ya
que confirma tanto amor.

FILENA. Silvio, no hay mayor error
que amar quien amando está.

Si tú me quieres a mí,
que quiero a Carlos, ¿no entiendes
que con lo mismo te ofendes,
pues yo no te quiero a ti?

SILVIO. Carlos y Laura son éstos;
Dios los conserve en su estado,
que mi envidia aún no me ha dado
pensamientos descompuestos.

(Salen LISARDA, y CARLOS; ella en hábito de dama.)

CARLOS.

Es forzoso partirme, Laura mía,
a defender la tierra que me toca
de mil soldados que andarán perdidos,
después que se ha perdido la batalla,
que quiso mi desdicha que se diese
tan cerca de mi tierra.

LISARDA.

¿Que en efeto
es muerto el rey de Hungría?

CARLOS.

¿Pues tú lloras
la muerte de aquel príncipe soberbio?
Yo soy pariente suyo, y no le lloro.

LISARDA.

Críeme yo en la corte, y conóciale.

CARLOS.

¡Dichoso, Laura, yo que estoy tan lejos
de las discordias y desdichas grandes
que agora se aperciben en Hungría!
Si no es que el rey Conrado tenga oculta
a Lisarda, su hermana del rey muerto,

y agora, como rey y su heredero,
la manifieste y diga que es su esposa.
En más estimo, Laura, serlo tuyo,
en esta paz de mi pequeña aldea,
que todos cuantos cetros y coronas
la ambición de los hombres ha tenido.
¡Qué de muertes habrá, qué de traiciones!

LISARDA.

La pretensión del reino, que no tiene
heredero legítimo, faltando
Lisarda, que ha seis años, según dicen,
que salió de la corte de su hermano,
y se tiene por cierto que fué muerta,
por cuya causa, y en venganza suya,
airado le quitó la vida el cielo,
¿quién duda que ha de ser fatal incendio
de su reino afligido y miserable?

CARLOS.

Compitan, bella Laura, codiciosos
los húngaros agora, y en campaña
salgan con sus ejércitos civiles,
y yo, puesto que soy del Rey pariente,
mire a mi pobre mesa el hijo tuyo,
sentado entre los dos, y con el alba
salga a matar al campo dos conejos,
la pintada perdiz y la paloma;
vuelva a tus brazos como suele al nido
con dulce voz el pajarillo ausente,
que éste es mi reino, y pretensión tan alta,
que lo que no imagino eso me falta.
¡Silvio!

SILVIO.

¿Señor?

CARLOS.

Pregúntale a Lerino
si está ensillado ya, para que entrambos
vamos a ver la tierra del contorno;
no la molesten los soldados húngaros,
huyendo la fiera de Polonia.

SILVIO.

Ya voy.

CARLOS.

Y tú, Filena, pon al punto
la ropa que te dije esta mañana.

FILENA.

Cuidado tuve, y queda apercibida.

CARLOS.

¿Qué me mandas, esposa de mi vida?

LISARDA.

Que puesto, mi señor, que los soldados
os diesen ocasión y se atreviesen
a vuestras tierras y vasallos, sea
tanta vuestra cordura que los sufra,
que más importáis vos que vuestra hacienda.

CARLOS.

En todo mostraré lo que os adoro.
Guárdeos el cielo.

(Vase.)

LISARDA.

Y tan piadoso sea,
que libre y con salud venir os vea.

¿Cuándo estará cansada la Fortuna
de mis persecuciones? Y casada
no como reina, y reina que ninguna
se ve más combatida y deseada,
no hallando en mi flaqueza fuerza alguna
que resistiese el golpe de su espada,
poniendo al pecho de mi hermano el filo,
sin mudar el dolor, mudó de estilo.

El reino queda ya sin heredero,
yo soy reina legítima de Hungría,
casada con un pobre caballero,
aunque ya la mayor riqueza mía.
¿Diré quién soy? No sé. Pero ¿qué espero,
cuando con tanta rabia y osadía
el más indigno la corona emprende
y, viva yo, que ha de reinar pretende?

Luego que supe que murió mi hermano,
por bárbaro, arrogante y atrevido,
y que estaba su campo tan cercano
que el eco de las cajas fué sentido,
al conde Arnaldo he escrito de mi mano
que vivo, que aquí estoy, quién soy y he sido;
pero callando siempre el casamiento,
por el temor de su ambicioso intento.

Aquí traigo la carta, que escondida
de Carlos aguardé ocasión como ésta.

(Sale SERÓN.)

SERÓN.

¡Saliera yo contra la vil canalla
que discurre los montes fugitiva,
que yo sé bien, si me esperaran cuatro,
ni seis, ni diez, a disparar la honda!...

LISARDA.

¡Serón!

SERÓN.

¿Señora mía?

LISARDA.

¿Serás hombre?

SERÓN.

Que lo he sido hasta aquí jurar te puedo;
de aquí adelante haré lo que pudiere,
que nuestra vida nunca está de un modo,
ni en todos tiempos lo podemos todo.

LISARDA.

Ya sabes que, no lejos destos llanos,
los húngaros están desbaratados,
muerto su Rey.

SERÓN.

Ya sé que a nuestra costa
los aloja la tierra de nuestro amo,
y que a Belgrado llevan el Rey muerto.

LISARDA.

Tú me has de hacer un gusto.

SERÓN.

¿En qué te sirvo?

LISARDA.

Esta carta has de dar al conde Arnaldo,
con gran lealtad y con mayor secreto.

SERÓN.

De dársela en sus manos te prometo.

LISARDA.

Aprende, pues, Serón, la cortesía,
que le has de llamar siempre Señoría.

SERÓN.

¿Señoría?

LISARDA.

¿Pues esto no es muy fácil?

SERÓN.

¿Señoría?

LISARDA.

Depréndelo, y camina;
que si me traes respuesta, tu ventura,
y aun la mía, también está segura.

SERÓN.

Por el camino pienso todo el día
no dejar de la boca "Señoría".

(*Vanse, y salen el Conde Arnaldo y Otavio.*)

ARNALDO. Dejaré consejos viles,
y remitirlo he a la espada;
seré en el enojo Aquiles.
¡Qué oración tan estudiada,
qué conceptos tan sutiles!

Pero no me ha de hacer daño
retórica locución,
porque yo más acompaño
con la espada a Telamón
que a Ulises con el engaño.

Faltando el rey que tenía,
¿quién la corona de Hungría
merecerá como el Conde,
si el ejército responde
todo en una voz que es mía?

Consejos están muy lejos
de lo que al reino le importa;
donde no asisten los viejos,
si lo que es voto no corta,
votos hacen los consejos.

Corten espadas aquí,
y reine el que más pudiere,
que el campo me elije a mí.

OTAVIO. Quien a mí no me prefiere,
¿qué es lo que piensa de sí?

Cuando Lisarda vivía,
ya saben que me la daba
el Rey para darne a Hungría,
con cuyo voto se acaba
vuestro consejo y porfía.

Yo no he de ser arrogante
con palabras y amenazas,
que en pretensión semejante,
no los sobornos y trazas,
la justicia es importante;
y ésta ya todos sabéis
que sólo la tiene Otavio.

(*Sale CLARIDÁN.*)

CLARIDÁN. Cuando hacer imaginéis
a Claridán este agravio,
lo que merece veréis.

Si no estimáis vuestra vida
y vuestro amparo estimáis
otra espada preferida,
yo haré que me obedezcáis
con la que traigo ceñida;

que me llaméis heredero,
con sólo un acero espero,
en que he puesto mi valor;
porque no hay cetro mejor

que el que sale del acero.

ARNALDO. Cesen ya tantos blasones,
caballeros pretendientes,
que en tan altas ocasiones
para agraviados ausentes
no son armas las razones.

 Mi justicia está muy llana.

OTAVIO. ¿Y yo no tuve del Rey
por mujer la muerta hermana?

CLARIDÁN. Si el derecho, si la ley
las controversias allana,

¿qué teméis, pues que tenéis
la justicia que decís,
que lo juzguen estos seis,
pues del consejo salís
y el campo alterar queréis?

Y si estáis determinados
a perder con los Estados
la vida en la pretensión,
llevad al Rey, que es razón,
y honralde con sus pasados,
que después habrá lugar.

ARNALDO. Yo, que he de ser su heredero,
le quiero llevar y honrar.

OTAVIO. Yo, que su corona espero,
le pienso honrar y llevar.

CLARIDÁN. Pues llevémosle los tres,
que mi pretensión no es
de la de menos cuidado;
descanse el Rey en Belgrado,
y averigüese después.

(*Sale SERÓN con la carta.*)

SERÓN. ¿Dónde está su señoría?

ARNALDO. ¿A quién buscáis?

SERÓN. Busco al Conde.

ARNALDO. Yo soy.

SERÓN. Pues ésta le envía
cierta señora.

ARNALDO. ¿De dónde?

SERÓN. De los campos de Atelia.

ARNALDO. ¿Caen muy cerca de aquí?

SERÓN. Sí, señoría.

ARNALDO. ¿Y a mí
me escribe?

SERÓN. Sí, señoría.

ARNALDO. ¿Es queja?

SERÓN. No, señoría.

OTAVIO. Leed alto.

ARNALDO. Digo así:

(*Lee:*)

“Seis años ha que estoy en estos montes,

desde la noche que dejé a mi hermano;
no tiene más legítimo heredero;
si me queréis, seguid al mensajero.

Lisarda."

OTAVIO. ¿Hay suceso igual?
ARNALDO. Hombre, ¿qué traes aquí?
CLARIDÁN. El remedio universal.
OTAVIO. ¿Que vive?
ARNALDO. Dice que sí.
CLARIDÁN. ¡Tanto bien en tanto mal!
ARNALDO. ¿Viva está, serrano amigo?
SERÓN. Sí, señoría; en verdad,
de que vive soy testigo.
OTAVIO. ¿Está en campo, o en ciudad?
SERÓN. Vénganse todos conmigo,
que yo se la mostraré.
ARNALDO. Ponte, amigo, esta cadena.
CLARIDÁN. Y esta mía, que yo sé
que la quitas a mi pena. (1)
OTAVIO. También yo aquesta te doy.
SERÓN. No me pongan, señorías,
tan rico. ¡Turbado estoy!
ARNALDO. Una estatua merecías.
SERÓN. No importa, que ya lo soy.
CLARIDÁN. ¿Cómo te llamas?
SERÓN. Serón,
aunque hablando con perdón.
ARNALDO. ¿Sirvesla?
SERÓN. Sí, señoría.
OTAVIO. Pues alto al lugar nos guía.
SERÓN. Aquéllas las torres son.
¿Hanme de quitar aquesto?
CLARIDÁN. Ni aun la mitad te hemos puesto.
ARNALDO. ¿Por dónde, van a Atelía?
SERÓN. Por aquí van, señoría.
ARNALDO. ¡Guarda, y coche, gente presto!

(Vanse, y sale LISARDA, y FILENA, y DIANA.)

FILENA. En esto da Silvio agora,
y Diana en esto da;
tú, como señora ya,
nos puedes juzgar, señora.
LISARDA. ¿Qué dice Silvio?
DIANA. Que quiere
a Filena.
LISARDA. ¿Y tú?
DIANA. Que quiero
a Silvio, mi amor primero,

aunque él por Filena muere;
pero has de advertir que a mí
me quiere también Fineo.

LISARDA. Desconcertadas os veo.
DIANA. Pues eso nos trujo a ti.
LISARDA. Echad suertes, y podréis
quedar en paz, que mi hijo
las podrá sacar.
FILENA. ¡Bien dijo!
LISARDA. Con esto las dos tendréis
maridos, sin causa alguna
de queja en nuestros oídos,
que sabed que los maridos
son suertes de la Fortuna;
y mientras las escribís,
a ver a mi Félix voy.

(Vase.)

FILENA. Por no echar suertes estoy,
si tanto me perseguís.
¡Ay, Diana!, yo no he dado
de amarme a Silvio ocasión;
antes, con mucha pasión,
le tengo desengañado.
Háblale y vuélvele a ti,
que los hombres son mudables,
y como tierno le hables
dejará de amarme a mí.

(Vase.)

DIANA.

Amor desconcertado, ¿qué es tu intento?
De locos eres ya reloj sin cuerdas,
y no es razón que las potencias pierdas
que son de tu concierto el movimiento.

La vida que te sigue corre a tienta,
porque jamás con la razón concuerdas
y, aunque despertador, que nos recuerdas,
pocas veces al bien, sólo al tormento.

¡Qué a prisa que das horas de desvelos,
cuando se desconcierta el armonía
de las correspondencias de los cielos!

Ya te has hecho de sol, que en pardo día,
como te da con sombra de los celos,
jamás señalas hora de alegría.

(Sale SERÓN con un sombrero de plumas y muchas cadenas.)

SERÓN. ¿Está mi señora aquí?
DIANA. ¿Qué es esto, amigo Serón?

(1) Falta el último verso de esta quintilla en las dos ediciones.

SERÓN. ¡ Entra con la maldición,
que viene el mundo tras mí!
DIANA. ¿ Has muerto algunos soldados
de los que huyen estos días?
SERÓN. Vengo de las señorías,
donde fui por mis pecados.
Entra presto, y di que aquí
vienen los grandes.
DIANA. ¿ Qué grandes?
SERÓN. De Hungría, Polonia y Flandes,
y de Alemania.
DIANA. ¿ Aquí?
SERÓN. ¡ Sí!

(Sale ARNALDO, OTAVIO, y CLARIDÁN, y soldados
de acompañamiento.)

ARNALDO.
¿ Adónde está la Reina?
SERÓN.
Ya la llaman.
OTAVIO.
¿ Vive la Reina aquí?
SERÓN.
Sí, señoría.
CLARIDÁN.
No es malo este palacio. ¿ Y quién le habita?
SERÓN.
Un caballero pobre, pero noble,
cuya grandeza le enriquece al doble.

(Sale LISARDA, FILENA, DIANA, y SILVIO.)

LISARDA.
¿ El ejército aquí?
ARNALDO.
¡ Cielos!, ¿ si es ésta?
OTAVIO.
¿ Qué lo dudas?
CLARIDÁN.
¡ Señora de mis ojos!
ARNALDO.
¡ Señora y Reina mía!

FILENA.
¿ Qué es aquesto?

DIANA.
¿ Reina la llaman?
SERÓN.
Sí.
CLARIDÁN.
Dadnos a todos
esos pies muchas veces.
OTAVIO.
A los ojos
preguntad, ya que callan nuestras lenguas.

ARNALDO.
Bañados todos en piadoso llanto,
el alegría y el amor debido
al bien de haberos visto dice el alma.
¿ De dónde o cómo aquí? ¿ Tiéneos Conrado,
ese rey de Polonia, por ventura?

OTAVIO.
Señora, ¡ tanto tiempo tan oculta!

CLARIDÁN.
Señora, ¡ tanto tiempo tan ingrata
a quien de vuestro bien tan cuidadoso!

LISARDA.
El bien universal, vasallos, sólo
me descubriera, y no interés humano;
ni me tiene Conrado, ni me ha visto.

ARNALDO.
Señora, a la concordia del ejército
y al aliento común de los vasallos
importa que al instante mismo os vean;
pagaldes el amor con que os desean.

LISARDA.
Si es tan forzoso, vamos, que querría
llevar el cuerpo de mi muerto hermano
a Belgrado también.

ARNALDO.
¡ Ea, soldados!
¡ Toquen las cajas, suenen las trompetas!
¡ Reina tenéis, hagamos alegrías!

SERÓN.

¡Voto al Sol, que se van las señorías!

(Vanse.)

DIANA. ¿Qué os parece su desdén?

FILENA. Que no se acordó de Carlos.

SILVIO. Suele el estado mudarlos
a los que más quieren bien.

SERÓN. Pues ¿no fuera justa cosa
que ser su esposo dijera?

SILVIO. Al avestruz llaman fiera
y madrastra rigurosa,
porque los hijos desprecia.

SERÓN. Laura el suyo llevaría.

FILENA. ¡Que ésta era Reina de Hungría!
Callo, por serlo.

DIANA. No es necia;
pero ¿por qué la llamáis
Laura, pues Lisarda es?

SILVIO. Bien podrá ser que después
príncipe a Carlos veáis,
pues aunque dejarle quiera,
el hijo ha de suceder.

SERÓN. ¡No hay que fiar de mujer!

SILVIO. La más firme es más ligera.

SERÓN. Si en una balanza pones,
Silvio, seis años de amor,
y en otra un reino, el mayor
de todas estas naciones,
si la balanza es mujer,
el reino pesará más.

FILENA. ¡Buenos títulos nos das!

SERÓN. ¿Pues cuándo sabéis querer?

Y aun plega a Dios que no diga
Laura que el hijo es ajeno.

DIANA. ¡Vierte, víbora, el veneno!

SERÓN. ¿Quién hay que me contradiga?

FILENA. Las historias, las firmezas
de mil mujeres.

SERÓN. No sé;
esto que veo diré,
y otros dirán sus grandezas.

Yo he conocido un pastor
que cuatro hijuelos tenía
de cierta ninfa que había
solicitado su amor,

y en la primera pendencia
les dió diferente dueño.

SILVIO. Carlos viene.

SERÓN. Todo es sueño;
matáis de olvido, u de ausencia.

(Salen CARLOS y LERÍN.)

LERÍN. ¡La casa está alborotada!

CARLOS. ¿Qué es esto, pastores míos?

LERÍN. Todos callan.

CARLOS. ¿Qué tenemos?

LERÍN. Todos han enmudecido.

CARLOS. ¿Dónde está Laura, villanos?

¿Qué miráis? ¿No me habéis visto?

¿Qué os enmudece? ¿Qué es esto?

Guardo el oro y el vestido.

SERÓN. ¡Señor!...

CARLOS. ¿De qué estáis turbados?

SILVIO. Señor, a tu casa vino
el ejército del Rey.

CARLOS. Pues bien, ¿qué habrá sucedido?

¿Hanse llevado el ganado?

¿La carne salada? ¿El trigo?

¿Entraron en las bodegas?

Beban norabuena el vino.

De buen rey eran vasallos,

y ya que no le he servido

con las armas, como debo,

con esta hacienda le sirvo.

¿Es esto? ¿Dónde está Laura?

SILVIO. Señor, Claridano dijo,
el Conde Arnaldo y Otavio...

CARLOS. Di lo demás; dilo, Silvio.

SILVIO. Dijo que era mi señora
no Laura, que su apellido
era Lisarda, y que es Reina.

CARLOS. ¿Qué dices?

SILVIO. La verdad digo,
porque dicen que es la hermana
del Rey muerto, y que ella ha escri-
al campo, que la sacasen [to
destos montes.

CARLOS. ¿Y se ha ido?

SILVIO. En besándole la mano.

SERÓN. No podemos (1) resistirlo,
que era toda gente armada.

CARLOS. Caso entre nobles indigno
de la sangre y del honor,
de la banda y del oficio,
pues Laura, o Lisarda, o Reina,
¿no dijo que su marido
era Carlos, y que dél
tenía un hijo?

SILVIO. No quiso,
porque no fuese ocasión
de aventurar, por decirlo,

(1) Podimos (sic).

el reino a que la llevaban,
donde, por dicha, el más digno
será su esposo en llegando.

(Sale FINEO.)

FINEO. ¿Está aquí señor?

CARLOS. Sí, amigo.

FINEO. ¿Sabes ya cómo era reina
Laura?

CARLOS. Todo lo he sabido.

FINEO. ¿Sabes ya cómo en un coche,
a quien su escuadrón lucido
del Conde Arnaldo hizo escolta,
llevó a Belgrado el camino?
A no estar con la pasión,
que es justo, vieras los riscos
de los montes retumbando
entre cóncavos y pinos
con las trompetas y cajas,
diciendo todos a gritos
¡viva la Reina Lisarda!

CARLOS. ¡Calla, villano atrevido,
que el corazón me traspasas!
¡Oh, Laura, dulce bien mío!
¡Oh, Laura, mi amada esposa!
¿Es posible que has tenido
tan de piedra las entrañas
que esto has usado conmigo?
¿Es posible que me dejas,
sin que aquel hermoso niño
que nuestra sangre juntó
pudiese tanto contigo?
Cuando yo te quise, Laura,
Laura, cuando Carlos quiso
que fueses tú su mujer,
bastó el haberte querido
sin otro humano interés.
Tú eras pobre, yo era rico;
tú, perdida; yo, señor.
Agora que te ha subido
la Fortuna a gran lugar,
¿qué mucho que hubieras dicho:
“Vasallos, reinaos vosotros,
que Carlos es mi marido”?
No tiene el Arabia Félix
oro en su centro, ni el indio
oriental ricos diamantes,
esmeraldas ni jacintos,
no el Sur tan (1) preciosas perlas
en sus nácares nativos,
no el mundo tantas ciudades,

coronas y señoríos
porque te dejara yo.
¡Oh, Laura, tanto castigo
por haberte honrado tanto
sin haberte conocido!
Conmigo, ¿qué te faltaba?
No les dijeras con brío:
¡“Vasallos, reinaos vosotros,
que Carlos es mi marido”!
La flaqueza es de mujer.
¿Por qué escriben los antiguos
esas mentiras de Porcia,
esos sepulcros y nichos
de la gran reina de Caria,
ni dan el bárbaro Egipto
pirámides, ni honra Grecia
la señora de Zaquinto?
¡Fábulas deben de ser!
Maldiga el cielo los libros
que nos cuentan sus firmezas.
Pues espera, basilisco,
que en tu seguimiento voy.
Venid, amigos, conmigo.
Traed el niño también.
LERÍN. Señor, mira que te aviso
que te han de matar allá
si con algún artificio
no disimulas quién eres.
SERÓN. Señor, dice bien Lerino;
mira que sus pretendientes
son poderosos y altivos.
CARLOS. Tomaré vuestro consejo,
que a la razón le permito
lo que me niega el amor.
¡Poderoso desvarío!
¡Ay, Laura, qué ingratitud!
LERÍN. Un reino es grande enemigo.
CARLOS. ¿Qué importara si ella fuera
de mármol y no de vidrio,
pues les pudiera decir,
si fuera su amor el mío:
“Vasallos, reinaos vosotros,
que Carlos es mi marido”?

(Vanse. Sale CONRADO y su EMBAJADOR.)

CONRADO.

¿No quieres que me admire lo que dices?

EMBAJADOR.

Antes, señor, es justo que este caso
con más que admiraciones solenices.
Volvía yo del peligroso paso

(1) En las dos ediciones: *Surtan*.

donde se dió la próspera batalla,
tan digna de los cisnes del Parnaso
y con divinos versos celebralla,
pues no sólo venciste al rey de Hungría,
pero en la tierra para siempre calla,
cuando siento el estruendo en que venía,
entre una densa nube polvorosa,
la voladora Fama, que decía:

“¡Viva Lisarda, nuestra Reina hermosa!”,
que coronada de una y otra guarda
y de la soldadesca belicosa,
venía entre los nobles tan gallarda,
que daba a todos gloria y alegría.

CONRADO.

¿Que vive la bellísima Lisarda?

EMBAJADOR.

Dicen que un alto monte la tenía,
donde ha sido seis años labradora,
callando, porque a Otavio aborrecía.

Yo pienso que estará en Belgrado ahora,
adonde grandes fiestas le previenen,
locos de haber hallado a su señora.

CONRADO.

Con justa causa, pues que Reina tienen
de sangre de los reyes generosa,
cuando confusos y vencidos vienen.

¿Con quién dicen allá que se desposa?
¿Qué marido le dan? De mí, ¿qué tratan?

EMBAJADOR.

La empresa es alta, y la ambición, forzosa.

Tú verás que se abrasan y se matan,
sobre querer entre ellos merecella,
y que con esto el príncipe dilatan.

CONRADO.

Pues ¿ya no saben que Lisarda bella
es mi mujer, y que ese reino es mío?

EMBAJADOR.

Pienso que vive el mismo gusto en ella,
pero los grandes, con orgullo y brío,
querrán alzar la frente a la corona.

CONRADO.

Será, puesto que honroso, desvarío.

Acercaré mi ejército y persona
a Belgrado, de suerte que ellos vean
si quien ayer los vence hoy los perdona.

EMBAJADOR.

Algunos pienso ya que te desean.

CONRADO.

No se despida un mínimo soldado
hasta que mis banderas la posean.

EMBAJADOR.

¿Dónde mandas marchar?

CONRADO.

Marcha a Belgrado,
Y sepan esos bárbaros de Hungría
que Lisarda nació para Conrado,
y que no puede ser de otro si es mía.

(*Vanse, y salen* ARNALDO, OTAVIO y CLARIDÁN.)

ARNALDO. Con esto no hay replicar,
porfiar ni pretender.

OTAVIO. Pudiendo señor hacer,
¿le queréis ir a buscar?

CLARIDÁN. Si todos los pretendientes
fuéades una cabeza,
de Lisarda la belleza,
los rayos resplandecientes
de la corona de Hungría,
vinieran en ella bien;
mas ¿cómo queréis que den
a la vuestra y a la mía,
y a la de tantos, lo que es
forzoso que de uno sea?

OTAVIO. ¿Y es mejor que la posea,
por ambicioso interés,
el extranjero, que ufano
de acabarnos de vencer,
tuviese la espada ayer
y hoy tenga el cetro en la mano?

ARNALDO. Otavio, no hay qué tratar.
Tú deja la pretensión.

OTAVIO. Yo ¿por qué?

ARNALDO. Pues ¿qué razón
hallas tú para dejar

Claridano la que tiene,
otros y yo, que igualamos
tus méritos?

CLARIDÁN. Si dejamos,
porque a todos nos conviene
y a la paz común también,
que venga a reinar Conrado,
no es por ser el más amado,
sino que le está más bien.

Désele aviso a Lisarda;

OTAVIO. sepa que es ya su marido.
Ya viene.
ARNALDO. Ya lo ha sabido.
Nunca estuvo tan gallarda.

(Sale LISARDA vestida lo mejor que pueda, y acompañada de algunas personas con memoriales.)

MUJER. Vuestra Majestad, señora,
se duela de tantos daños.
LISARDA. ¿Qué queréis?
MUJER. Hará dos años
que mataron, por agora,
mi esposo, en Alba Real.
El contrario, poderoso,
se pasea. Ese piadoso
pecho remedie mi mal.
LISARDA. Yo haré que le den castigo.
SOLDADO. Yo he servido al Rey tu hermano;
perdí este pie y esta mano,
y aquí mis servicios digo.
No remitas mi papel
a quien de tantos se carga,
que un siglo el verlos alarga;
mira tú lo que hay en él,
y aunque me des dos escudos,
dámelos con esa mano.
LISARDA. ¿Sin manos estáis?
SOLDADO. ¿No es llano?
LISARDA. Los que las tienen son mudos.

(Sale un ESTUDIANTE.)

ESTUD. Señora, yo he pretendido,
y pretendo, por amor
vuestro y del Rey, mi señor,
a cuyo padre he servido,
ser del reino coronista.
Pienso que soy suficiente
en la opinión de la gente
que escribiendo se conquista.
Nunca he tenido persona
que me haya dado la mano;
ese valor soberano,
digno de mayor corona,
mande informarse de mí. (1)
LISARDA. Yo lo haré ver, que es razón.

(Salen CARLOS y SERÓN.)

SERÓN. Ahora puedes llegar.

CARLOS. Tiemblo.
SERÓN. ¿Qué sirve temblar?
CARLOS. ¿No es cosa extraña, Serón,
que a quien ayer como esposa
en mesa y cama tenía
tiemble en distancia de un día?
SERÓN. El verla tan poderosa
entre tanta guarda y gente
te pone, Carlos, temor.
CARLOS. Conozco que está el honor
en los ojos solamente.
Viendo a Lisarda en pobreza,
el respeto le perdí;
mira el que le tengo aquí
viéndola en tanta riqueza.
SERÓN. Llegá, acaba.
CARLOS. Tiemblo, y llevo.
Suplico a Tu Majestad
aparte me escuche.
LISARDA. Hablad.
CARLOS. ¿Sabes quién soy?
LISARDA. No lo niego.
CARLOS. ¿Podréte hablar como a Laura,
o como a Lisarda?
LISARDA. Creo
que habrás culpado el deseo
que esta corona restaura.
CARLOS. No, sino aquella ventura
que me vino sin buscalla,
pues fué, Lisarda, el ganalla
para mayor desventura.
¿Cómo me dejaste así,
y un hijo no te movió?
Pues qué, ¿no merecí yo
que me estimases a mí?
LISARDA. Pésame que de rodillas,
Carlos, hablándome estés;
pero importa, que después
igualaremos las sillas.
No me culpes, que esto ha sido
fuerza, engaño y discreción
hasta tomar posesión,
Carlos, de un reino perdido.
CARLOS. Débesme de asegurar
para hacerme matar luego.
Sólo una cosa te ruego
si me has de mandar matar:
que el hijo que Dios nos dió
no muera, y que de tu esposo
le guardes, pues es forzoso,
porque fuí su padre yo.
LISARDA. Carlos, no hables así,
que en moviéndome a piedad

(1) Así este verso suelto en las dos ediciones.

soltaré la majestad
y me abrazaré de ti,
que porque éstos no te maten
estoy aquí como ves,
sin arrojarme a tus pies,
sufriendo que se dilaten
los abrazos que te diera
si te hallara solo aquí.
¿Que no me engañas?

CARLOS.

LISARDA. ¿Yo a ti?

Harto bueno, Carlos, fuera,
habiendo estado en tus brazos
seis años como mujer.

CARLOS.

Pues algo, esposa, has de hacer,
ya que no sean abrazos,
que vengo muerto por ti.

LISARDA.

¿Qué he de hacer?

CARLOS.

Darme una mano.

LISARDA.

Ese es negocio muy llano
al despedirte de mí,
que, como a Reina, bien puedes,
como que me la has besado
por ir tan bien despachado.

CARLOS.

¿Cuándo, mi bien, me concedes
que te vuelva a ver?

LISARDA.

Aquí
siempre te has de pasear,
porque en habiendo lugar
te llamaré.

CARLOS.

¿Cierto?

LISARDA.

Sí;

mas ven, Carlos, disfrazado:
haz que algunas cosas vendas.

CARLOS.

Yo lo haré; pero ¿qué emprendes
de ti y de mí en tal estado?

LISARDA.

Ganar con mucho tesoro
el ejército, y tener
las fuerzas del reino, y ver
puesto en él un rey que adoro.

CARLOS.

¿Quién, señora?

LISARDA.

Tú, mi bien.

CARLOS.

Pues dame la mano agora.

LISARDA.

Toma, Carlos.

CARLOS.

¡Ay, señora!

LISARDA.

La mano, el alma también,
que eres mi esposo, y es ley;
mas suelta, no cause espanto,
que no se detiene tanto
quien besa la mano al rey.

Vete, que damos sospecha.

CARLOS.

¿Dónde?

LISARDA.

A esperar lo que digo.

CARLOS.

El ser desigual contigo

me tiene el alma deshecha.

LISARDA.

Tú eres mi esposo, mi bien,
mi rey, mi señor y amparo.
¿Quieres que hable más claro
aunque mil muertes nos den?

CARLOS.

No, señora. Queda a Dios.

LISARDA.

No te entenezcas.

CARLOS.

¿Qué ha sido?

LISARDA.

Aunque bien, nos han sentido
tiernos, Carlos, a los dos.

CARLOS.

Ven conmigo, y te diré
lo que la Reina me manda.

SERÓN.

Paréceme que se ablanda.

CARLOS.

No hay más lealtad ni más fe.

(Sale un EMBAJADOR.)

EMBAJADOR.

Por no darte, señora, pesadumbre,
que como a su mujer te ha respetado,
y como sol, de quien recibe lumbre,
no viene con ejército Conrado;
antes le deja en la desierta cumbre
de los ásperos montes de Belgrado,
y viene a darte el parabién.

LISARDA.

Ha hecho
cosa muy digna de su heroico pecho.
¿Dónde queda Su Alteza?

EMBAJADOR.

Está a la puerta;
tanto pudo el amor y confianza.

ARNALDO.

El la hallará, como su rey, abierta.
Manda, señora, que entre.

OTAVIO.

La esperanza
no será justo que le salga incierta.

CLARIDÁN.

Con esto la paz pública se alcanza.

LISARDA.

Decid que entre Su Alteza.

ARNALDO.

Y tu marido,
que te ha esperado, amado y merecido.

(Sale CONRADO.)

CONRADO.

Parecióme obligar a Vuestra Alteza con ponerme en sus manos, y dejando mi ejército, ofrecerme a su belleza. Gracias al cielo, que la estoy mirando. La condición del Rey y su aspereza le causaron la muerte, y porfiando a que le diese yo la que tenía un monte entre los términos de Hungría.

La guerra y la batalla he desviado, no sin testigos, pues están presentes, y como quien en nada está culpado, desestimé la guarda de mis gentes, y de nuestro concierto provocado, los anchos fosos y las altas puentes pasé para llegar donde no creo habrá mayor prisión que mi deseo.

LISARDA.

Sea, señor, Tu Alteza bien venido, que viene con segura confianza.

ARNALDO.

Danos, señor, los pies como marido de nuestra Reina, que hoy tu amparo alcanza.

CONRADO.

Los brazos, con el gusto que es debido a tanto amor y fe.

LISARDA.

Si mi esperanza he puesto en vos, ¡oh, Príncipe excelente!, veréis después que mi suceso os cuente.
¡Hola!

OTAVIO.

Señora.

LISARDA.

Todos salgan fuera.

CLARIDÁN.

Dejémoslos hablar, que están seguros.

CONRADO.

¿Tengo de quién temer la envidia fiera?
¿No estoy seguro, Reina, en vuestros muros?

LISARDA.

Oíd, señor, y nunca el cielo quiera

que os vendiesen los húngaros perjuros. Este es negocio mío; estadme atento.

CONRADO.

Aun no se moverá mi pensamiento.

LISARDA.

Huyendo, Príncipe invicto, de las manos de mi hermano, que para quitarme a vos me casaba con Otavio, saliendo de un monasterio en hábito vil y bajo, porque su guarda venía a derribarlo y buscarlo, di en manos de un caballero, señor de pocos vasallos, pero de muchas virtudes, que una noche, caminando iba en un coche a su tierra, puesta entre los montes altos, que dividen como línea los húngaros y polacos. Llegué a su tierra, en la cual tomando traje villano, le serví como criada, mi valor disimulando. Puso los ojos en mí, y con lágrimas y engaños solicitaba su gusto vanamente porfiando. Hallóme un día unas joyas en un tafetán acaso, y por ellas, no por mí, que era noble imaginando, trató casarse conmigo. O lo quisieron los hados, o el verme yo perseguida, sola, triste y sin amparo, condescendí con su gusto; quedamos, al fin, casados, y de Carlos tengo un hijo que agora cumple seis años. Murió mi hermano en la guerra, y viendo muerto a mi hermano, y que yo heredaba el reino, descubríme a mis vasallos. Con ellos vine a tomar la posesión de Belgrado, sin decir que era casada, por poder asegurarlos. Mi esposo vino tras mí, y aquí me pidió llorando tuviese lástima dél,

que tiernamente le amo.
Es Carlos deudo del rey
por su padre, el Conde Flavio,
de quien fué tercero hijo,
que no heredó sus estados.
Es, por la madre, español,
de aquel apellido claro
de los antiguos Manriques;
es gentilhombre, es soldado,
es discreto, es mi marido,
perdonadme, si le alabo.
No permitáis, gran señor,
que, casada con don Carlos
y teniendo un hijo dél,
paséis por tan feo agravio;
antes mostraréis quién sois,
una mujer ayudando,
y un hombre, que le tendréis,
no como rey, como esclavo.

CONRADO. Lisarda, si otro en el mundo
pretendiera conquistaros
siendo vos libre, mil vidas
me quitaran en el campo;
que el amor que os he tenido
y los años que he esperado
bien os darán a entender
lo que hiciera en este caso.
Pero siendo vos casada
con un hombre como Carlos,
y teniendo dél un hijo,
hoy veréis que soy Conrado
en las obras y en el nombre
en daros favor y amparo
hasta que por rey le admitan.
como es razón, sus vasallos.
Pésame que os he perdido;
pero si los cielos santos,
sin buscarla, aquella noche
dieron esta dicha a Carlos,
venid conmigo, que yo
haré, mi campo acercando,
que la nobleza de Hungría
hoy bese a Carlos la mano.

LISARDA. Dadme esos pies dos mil veces.
Sois rey, en fin.

CONRADO. Reina, paso,
no entiendan éstos agora
lo que entre los dos tratamos.
A Carlos haced buscar.

LISARDA. No está lejos.

CONRADO. Si los hados
dan dicha a quien no la busca,
¿de qué sirve importunarlos?

(Vanse. Sale CARLOS y SERÓN con unas cajas y los ferreruelos asidos al cuello.)

CARLOS. Mira que hemos de fingir
que vendemos peines.

SERÓN. Mira
que puede aquesta mentira
condenarnos a morir.

CARLOS. No es esto en lo que consiste
el peligro.

SERÓN. Pues ¿en qué?

CARLOS. En que Lisarda no esté
de mi casamiento triste,
por serle tan desigual.

SERÓN. Calla, señor, que te adora.

CARLOS. Temo que se mude agora
con la autoridad real.

Pregona, amigo Serón,
porque te oigan en palacio.

SERÓN. ¡Mercan peines!

CARLOS. Ve de espacio
cuando llegues al balcón.

(Sale una GUARDA.)

GUARDA. Amigo, la Reina os llama.

CARLOS. ¿A mí, señor?

GUARDA. A vos, pues.

SERÓN. ¡Mercan peines!

CARLOS. Y después
moza de moza de ama.

SERÓN. Dios va trazando que reines.

GUARDA. Subid, pues.

CARLOS. Ya voy, señor.
Temblando voy de temor.
Ven conmigo.

SERÓN. ¡Mercan peines!

(Soldados con arcabuces, ARNALDO, OTAVIO, CLARIDÁN, y CONRADO.)

ARNALDO. ¿Para qué, señor, has hecho
que tus banderas y armas
entren en Belgrado así,
pues ella misma te llama?
Los grandes no se resisten
ni te ponen asechanzas
y los plebeyos te abren
las casas y las entrañas.

CONRADO. No os alborotéis, señores,
que hoy ha sido de importancia
traer para mi persona
aquesta gente de guarda.
Bien sé que me obedecéis,

ya que me quiere Lisarda;
mas no quiero que me quiera,
y agora sabréis la causa.

(Salen FILENA, DIANA, y SILVIO.)

FILENA. Hoy dicen que han de casarse.

SILVIO. ¿Quién ha de mirar, Diana,
a Carlos en tal desdicha?

DIANA. Aquí está Conrado, calla.

FILENA. ¿Qué gente es ésta?

DIANA. No sé.

FILENA. ¿Has visto a Carlos?

SILVIO. Andaba
cerca de perder el seso.

DIANA. ¡Qué lástima!

FILENA. ¡Qué desgracia!

CONRADO. Conde Arnaldo, Duque Otavio
y los demás que acompañan
la nobleza deste reino:
oíd atentos.

OTAVIO. ¿Qué mandas?

CONRADO. Lisarda tiene marido;
ya está casada Lisarda.

CLARIDÁN. ¿No eres tú, Rey de Polonia?

CONRADO. No, amigos; que en las montañas
adonde estuvo escondida
se casó, y está casada
y ya tiene sucesión.
No os lo dijo, porque estaba
de vosotros temerosa.

Ya que con fuerzas se halla,
y con el amparo mío,
esto que os digo os declara:
Carlos, de sangre de reyes,
y de lo mejor de España,
es su esposo; veisle ahí.
no hay que replicar palabra.
Ese es el Príncipe Félix.
Nadie se atreva a enojarla,
que le quitaré la vida.

(Córrase una cortina, y estén en tres sillas, sentados, CARLOS, coronado, y LISARDA: él con una espada desnuda, y el niño entre los dos.)

FILENA. ¡Todos tiemblan!

DIANA. ¡Todos callan!

ARNALDO. Señor, quando a cosas justas
sus vasallos el rey llama,
excusado es el rigor,
las armas son excusadas.
Todos besamos sus pies.

FILENA. Y tus pobres aldeanas,
con lágrimas de contento.

CARLOS. Nobles, conquistad mi gracia
con amarme, que hoy a todos
os haré mercedes tantas,
que quede pobre, aunque rey.

TODOS. ¡Viva Carlos y Lisarda!

CARLOS. Aquí, senado, da fin
La ventura sin buscalla.

VENTURA Y ATREVIMIENTO

COMEDIA FAMOSA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES:

El CONDE ENRIQUE.

El REY DE NAVARRA.

DON NUÑO.

DON LUIS.

RAMIRO, *lacayo*.

DON FÉLIX, *caballero*.

BELARDO, *escudero*.

DOÑA LEONOR, *Infanta*.

DOÑA VIOLANTE, *dama*.

* MÚSICOS.

DOS CRIADOS.

JORNADA PRIMERA

(*Salen VIOLANTE y el REY.*)

REY. Amor es necesidad,
carece de toda ley.

VIOLANTE. Ya sé que le pintan rey
del alma y la libertad;
resistir la voluntad

puede a todo su rigor,
si tiene el dueño valor;
que no admité el señorío
del cielo del albedrío
las impresiones de Amor.

REY. ¿Fáltame valor a mí?

VIOLANTE. ¿Cómo le puede faltar
a Vuestra Alteza, ni estar
sujeto?

REY. Libre nací;
mas si porque ya te di,
Violante, mi voluntad
sujetó mi libertad
la fuerza de tu hermosura,
¿qué resistencia segura
podrá hacer la libertad?

La razón de que te vales
más tu ingratitud advierte.

VIOLANTE. No hay cosa que Amor acierte
mejor que prendas iguales.

REY. Antes porque desiguales
suele concertar Amor,
es tan grande su valor;
ni eres tú mi desigual,
que quien me trata tan mal

ya tiene imperio mayor.

El reino de la belleza
es celestial luz, del cielo
sucesión; luego es el suelo
más alta naturaleza.

VIOLANTE. Permítame Vuestra Alteza
licencia, que Enrique viene.

REY. Quien tanta en desprecio tiene,
mejor es que me la dé.

(*Vase. Sale ENRIQUE, galán, y RAMIRO, lacayo.*)

RAMIRO. El Rey te ha visto, y se fué;
con Violante se entretiene.

ENRIQUE. ¡Basta!, que soy sospechoso
para Su Alteza por ti.

VIOLANTE. Lo que sabe el Rey de mí
fué siempre a mi honor forzoso;
no ha llegado a estar celoso,
que aún no sabe que te quiero.

ENRIQUE. De tan noble caballero,
aunque su sangre, no creas,
Violante, que celos veas;
y cuando hubiera nacido
tu igual, fuéра injusto olvido
el que en sus prendas empleas;
por no tener elección
digna de vuestra belleza,
o es común naturaleza
poner en vuestra opinión
los hombres sin perfección;
aborreces quien merece
amor, y a quien no te ofrece
tan agradecido el gusto
muestras amor.

VIOLANTE. Mi disgusto
tu sola arrogancia crece.

Eres hombre de la guerra:
no hay quien amores aplique
para las armas, Enrique;
gran valor tu pecho encierra,
bien sé que el cielo no yerra,

mas no sé cómo reparte
esto de Venus y Marte
su celestial influencia,
pues en tanta diferencia
con Amor términos parte.

¿Qué caballero naciera
con tantas obligaciones
que con tan bajas razones
a una mujer respondiera?
Que imperfección considera
tu arrogancia, Enrique, en mí
por dejar a un rey por ti,
y rey de tanto valor.

ENRIQUE. Violante, menos rigor;
perdona, si te ofendí.

VIOLANTE. ¿Cuál hombre ha dicho a mujer
que quiere a quien no le quiere?

ENRIQUE. Espera, escucha.

VIOLANTE. ¿Que espere?
Ya, ni esperar, ni querer;
y advierte que puede ser
que troquemos pensamientos;
si te ofenden sus intentos,
¿por qué alabas mi elección,
amando, como es razón,
del Rey los merecimientos?

(Vase.)

RAMIRO. Justamente ha castigado
Violante tu desamor.
¡Oh, qué mal haces, señor,
en vivir tan confiado!

Del agravio y la mujer
nació la primer venganza.

ENRIQUE. Ramiro, si no me alcanza,
¿qué tengo yo que temer?

RAMIRO. Pues ¿no quieres a Violante?

ENRIQUE. Si me la has visto escribir,
ha sido para encubrir
otro amor, más arrogante;
y aunque a su merecimiento
debo yo satisfacción,
vuela a más alta región
mi atrevido pensamiento;
ha muchos días que estoy

tan loco, que en este engaño
hallo deleite a mi daño
y alegre a la muerte voy;
tan altamente ha subido
al cielo mi atrevimiento,
que en mi propio entendimiento
muchas veces me he perdido;

y aunque no puedo creer
verme en tan alto lugar,
tal vez me quiero hallar
para volverme a perder.

¿No has visto una mariposa
dando tornos a una vela,
que por abrasar[se] anhela
en aquella luz hermosa,

y después de muchas vueltas,
con ansias enamoradas,
deja las alas pintadas
en sus cenizas revueltas?

Pues de esa suerte a la llama
de una hermosura divina
mi amor secreto camina,
sin que se sepa mi dama.

RAMIRO. Admirables mariposas
tiene Amor, mas es error
presumir que por amor
sigue sus rayos hermosos (1);
que no es amor que sostiene
cuando abrasarse porfía,
sino pensar que es el día
y a salir por ellos viene.

Pero ¿no podré saber
quién es la luz de quien eres
mariposa?

ENRIQUE. Si no infieres
mi amor, de dejarme arder
donde la muerte deseo,
poco entendimiento alcanzas.

RAMIRO. Si fuesen tus esperanzas
dignas de tan alto empleo
que te ha de costar la vida,
osaré decir, señor,
que fué la Infanta Leonor
la luz que mira atrevida;

y si esto, Enrique, es así,
no permita tu humildad
presumir que es claridad
lo que es fuego para ti;
que eres pobre caballero,
aunque con algún jirón
de su sangre, y no es razón

(1) mariposas, hermosos, sic.

que se quiera un escudero
hacer Faetón del Sol.

ENRIQUE. Ya no puedo, aunque quisiera,
volverme atrás, que me espera
difunto el mar español;

y así, quiero que presumas
que sólo tendré sosiego
cubriendo mi loco fuego
blanco sepulcro de espumas.

¡Dichoso aquel pensamiento
que halló su abrasado abismo
en el centro del Sol mismo,
qué no en la región del viento!

Mátame, pues me enloquece;
no me dé vida Violante.

RAMIRO. Resolución semejante
todo consejo aborrece.

Ya que el Rey te levantaba,
por servicios de la guerra,
de la tierra, que aun la tierra
parece que te faltaba;

ya qué fiaba de ti
tantas materias de Estado,
por hombre marcial, que ha dado
tan buena cuenta de sí;

ya que Navarra tenía
de ti tal satisfacción
que la furia de Aragón
con tu valor resistía,

¿sales con tal desatino
como querer a Leonor?

ENRIQUE. Siendo secreto mi amor,
¿qué ofende al valor divino
de Leonor, aunque sea hermana
del Rey? Pues lo ha de saber
quien me viere padecer,
y no otra persona humana,
¿diraslo tú?

RAMIRO. No, señor.

ENRIQUE. Ni yo tampoco, Ramiro;
que ha dos años que suspiro
por este imposible amor,
y tú, siempre presumido
que es por Violante.

RAMIRO. Es así.

ENRIQUE. Pues déjame estar a mí,
por quien quisiere, perdido.

(Vase RAMIRO, y sale el REY solo.)

REY.

Enrique.

ENRIQUE.

¡Gran señor!

REY.

Tengo un cuidado
que me importa tratar contigo a solas,
que anda tal vez el mar de un alto estado,
creciente de aguas y soberbias olas.

ENRIQUE.

Aquí, señor, me tienes obligado
a tu servicio.

REY.

En estas cartas solas
estriba cuanta pena tener puedo.

ENRIQUE.

En confianza, de Efestión (1) excedo.

REY.

Francia, Castilla y Portugal me escriben
pidiéndome a Leonor, que Aragón quiere;
todos de su valor seguros viven,
y cada cual sus méritos refiere;
ya parece que alegres se apérciben,
de su grandeza la razón se infiere;
mas, aunque fueran méritos mayores,
¿cómo puedo tener cuatro Leonores?

Pienso que me podrá tu entendimiento
aconsejar mejor en pena tanta;
bien sé (2) que de los cuatro el pensamiento
nació de la hermosura de la Infanta,
todos tienen igual merecimiento,
y que ninguno al otro se adelanta;
la razón del Estado solamente
se ha de mirar en la ocasión presente.

ENRIQUE.

(Ap.) (¿A quién pudicra suceder, ¡ah, cie-
mayor desdicha? Pero ¿qué he perdido? [los!,
¿Era mía Leonor? Pues ¿qué recelos
pueden quitarme el bien que no he tenido?
Aconsejad mi muerte, injustos celos;
vos, desdichado cuanto bien nacido
amor, decid al Rey, para mi muerte,
quien mereció a Leonor.) Señor, advierte...

REY.

Si lo has pensado bien, dime a quién puedo,
de todos cuatro, dar mi hermana amada.

ENRIQUE.

Aunque era justo, en parecer tan nuevo,

(1) En la edición: *festión*.

(2) En la edición: *que bien sé*.

señor, más tiempo, el de Aragón me agrada;
por más vecino, su elección apruebo,
y porque a entrambos la desnuda espada
cubra oliva pacífica, dejando
la guerra antigua, y la amistad firmando.

De la parte que más se le avecina,
siempre recibe el corazón más daño;
don Pedro hacerte guerra determina,
más fácil de temer que reino extraño,
y por la parte que Aragón confina
por Navarra nos muestra el desengaño
el daño recibido.

REY.

Bien quisiera
que tu consejo ejecución tuviera,
que con Francia y Castilla no he tenido
disgusto, y Portugal está muy lejos:
mas, siendo el de Aragón aborrecido
de Leonor, son inútiles consejos.

ENRIQUE.

Si la hubieran las paces persuadido
y ver pudiera como en dos espejos
el provecho y el daño, estoy seguro
que honrara ya de Zaragoza el muro.

REY.

Es imposible, Enrique; ya tú sabes
que lo que las mujeres aprehenden
cerrando el alma con eternas llaves
a todo el mundo, bárbaras defienden.

ENRIQUE.

Si ella escuchara las razones graves
que tu valor y el bien público ofenden,
yo sé que fuerza la verdad le hiciera
y que su entendimiento se rindiera.

REY.

Persuádela tú, si estás. Enrique,
tan cierto de rendir su entendimiento;
que si haces que al de Aragón se aplique,
yo premiaré tu vitorioso intento.

ENRIQUE.

Si quieres tú que yo se lo suplique,
será el premio servirte.

REY.

Voy contento,
con la esperanza sola que me has dado.

(Vase.)

ENRIQUE.

Y yo de que me dejas tu cuidado.

Esperanza por nacer,
¿de quién os podéis quejar?
Lo que no pude ganar,
¿cómo lo puedo perder?
Si nunca tuvisteis (1) ser,
¿de qué podéis presumir
que os han quitado el vivir?
¿Quién, esperanza, os mató?
Que lo que nunca nació
es imposible morir.

¿Sabe Leonor que le amáis?
No lo sabe, ni es posible;
pues si era el premio imposible,
¿de qué desdicha os quejáis?
Si no nacéis, ¿qué esperáis?
¿Qué queréis, si nunca fuisteis? (2)
¿Respondéis que en mí vivis-
[teis? (2)

Pues sufrid estas mudanzas,
que si hay limbo de esperanzas,
allá iréis, pues no nacisteis (2).

Nunca tuve atrevimiento,
y vos lo tenéis conmigo:
digno sois de gran castigo;
mas no sois cuerpo, sois viento.
¡Ay, cielos!, mi muerte intento,
que voy a hablar a Leonor,
teniéndola tanto amor,
para que quiera su igual:
pues ¿a quién seré leal,
si a mí mismo soy traidor?

Yo ¿qué esperanza tenía?
Ninguna, aunque quiero bien
sin remedio; pues ¿a quién
puede ofender mi osadía?
Si nunca Leonor fué mía,
¿qué fortuna, qué mudanza
de que se case me alcanza?
¿Qué espero, ni deséspero,
si fué mi amor el primero
que nació sin esperanza?

(Sale la Infanta LEONOR sola.)

LEONOR. ¿Que Enrique me quiere hablar?
¿A qué causa, a o qué efeto?

(1) En la edición: *tuvistis*.

(2) En la edición: *fuistis, vivistis y nacistis*, respectivamente.

ENRIQUE. Para serviros, señora,
licencia de hablaros tengo.

LEONOR. ¿Qué me queréis?

ENRIQUE. (Ap.) ¡Quién pudiera
responderos lo que os quiero!
Mucho os quiero, pues me envía
Su Altéza (¡que mal comienzo!)
a deciros, gran señora,
que admitáis en vuestro pecho
de los cuatro que os pretenden,
o acetéis el casamiento
del señor rey de Aragón,
y que replicando en esto
solicite que entendáis
las causas que le movieron.
Esto, sin prólogo, ha sido [tiendo
lo que os quiero. (Ap.) Mas no en-
que lo que os quiero sabéis.

LEONOR. Bien entiendo su deseo.
De las guerras de Aragón
dice que soy causa, y puedo
aseguraros que el Rey
puede hallar mejores medios;
que no está bien a su honor
rendirse con flaco esfuerzo
a la porfía de un hombre
que tanto pesar le ha hecho.
Yo no tengo inclinación
a don Pedro, que don Pedro
tiene fama de hombre airado.
áspero, fuerte y soberbio;
y no he de ser general
de su ejército, ni espero
fama y laurel por la guerra.
Soy una mujer que intento
acertar en una cosa
donde, si por dicha yerro,
ese día fué mi muerte.

ENRIQUE. De tan raro entendimiento
es tan justa prevención.

LEONOR. Tengo tan cerca el suceso
de doña Blanca, que estoy
el mismo rigor temiendo.

ENRIQUE. No seréis tan desdichada;
que vuestros merecimientos
correrán mejor fortuna.

LEONOR. Yo tengo, Enrique, el ejemplo.

ENRIQUE. Cierto que considerando,
señora, en casos como éstos
que no se le da a los ojos
parte, siendo los primeros
que han de juzgar en el gusto,
por gran desdicha lo tengo

llegar a la ejecución
el casarse desde lejos.
Vase ya perdiendo el uso
de casarse con sus deudos
las señoras de Navarra,
y así muchas casas vemos
sin valor, como la mía:
que pudiera el Rey, sospecho,
daros conocido esposo:
pues pienso que soy tan bueno,
que con mis pobres lugares
y vuestra dote, no creo
que lo pasáramos mal.

LEONOR. ¿Qué es esto, Enrique, qué es esto?
¿Habéis perdido el juicio?

ENRIQUE. Días ha que no le tengo,
por vuestra hermosura y gracia.
Rompió el Amor el silencio,
forzado de la ocasión,
porque ha dos años que muero
en la luz de vuestros ojos
abrasado y satisfecho.
Habló Amor, señora, en mí:
que le pintan niño y ciego,
y nunca fué discreción
fiar de niños secretos.
Dije lo que no pensaba:
pensé que ya estaba muerto,
y no temí más castigo
que mi propio atrevimiento.
¡Qué lágrimas me debéis,
qué suspiros!

LEONOR. ¡Basta, necio!

ENRIQUE. Sí; mas no me negaréis
que ha sido el amor discreto.

LEONOR. ¿Hay semejante locura?

ENRIQUE. Bien decís, señora: hablemos
del casamiento.

LEONOR. Ya digo
que no me agrada don Pedro.

ENRIQUE. ¡Ay, Dios! ¿Si os agradará...?

LEONOR. ¿Otra locura? No pienso
que sabéis que habláis conmigo.

ENRIQUE. La boca pongo en el suelo,
y os pido perdón mil veces,
con palabra y juramento
de no hablar más en mi amor.

LEONOR. Mirad que no es de hombres cuer-
en tantas desigualdades [dos
tan grandes atrevimientos.
Persuadid a don García
que el de Francia tan opuesto
está como el de Aragón

a los confines del reino,
y que, finalmente, yo
al de Aragón no apetezco.

ENRIQUE. Persuadios vos, señora,
a que os adoro y os pierdo
y me ha de costar la vida.

LEONOR. Enrique, ¿y el juramento?

ENRIQUE. ¿Qué pleito homenaje os hice,
y más si inclinada os veo
a Francia, con que me dais
celos?

LEONOR. ¿Qué lenguaje es celos?

ENRIQUE. Diréos mil desatinos.

LEONOR. Y yo los haré tan presto,
que os haré quitar la vida.

ENRIQUE. Ya vuestros ojos lo han hecho.
Mirad que no puede ser
un hombre dos veces muerto
si no es que vuelve a vivir;
pero pues yo fui tan necio
que os dije mi loco amor
después de tanto silencio,
no me hagáis matar, que yo
a destierro me condeno
de vuestra vista, en castigo.
Dadme la mano, que quiero
irme a Aragón a servir,
dejando al hermano vuestro,
al rey don Pedro, que es justo,
para no morir de celos,
servir al que aborrecéis,
para que juntos estemos.
¡Dios os haga venturosa!

(Vase.)

LEONOR. ¿Hay tan notable suceso?
La mano lleva en los ojos
tan valiente caballero.
¡Lloró de amor! Gran pasión
debe de ser, pues que ha hecho
tan cobarde a un hombre en quien
toda su defensa ha puesto
Navarra, y el Rey envía
para que me dé consejo.
Aunque no sé qué es amor,
le perdono, presumiendo
la necedad a que obliga,
que, si no, tengo por cierto
que se lo dijera al Rey.
El se parte. Bien ha hecho.
Viva en Aragón, y sirva
un loco a un hombre soberbio.

(Sale VIOLANTE.)

VIOLANTE.

Entrando en este punto
a ver a Vuestra Alteza, Leonor bella,
con el color difunto,
Enrique de Navarra me atropella
y, luego detenido,
despierta del dolor, cobra el sentido.
Pregúntole qué tiene.
Dice que al Rey le cansan sus servicios,
que a los indignos viene
a dar sin causa honor, cargos y oficios,
y que él, desesperado,
parte a Aragón, quejoso y mal premiado.

En tales ocasiones,
rompen, Leonor, la cárcel los secretos;
hablan los corazones,
y siguen a la causa los efectos;
que no hay silencio humano
para dolor que se resiste en vano.

Yo adoro a Enrique; advierte
que moriré; por él al Rey suplica,
darás vida a mi muerte,
le mande detener, y si replica
tú misma se lo manda.

LEONOR.

¿Qué quiere Amor, que con terceros anda?

VIOLANTE.

Las partes generosas
de Enrique en guerra y paz, la gallardía,
las hazañas famosas
obligaran a amar, señora mía,
las piedras y las fieras.

LEONOR.

¿Tan presto, Amor, te vales de terceras?

VIOLANTE.

El Rey un deudo pierde
que no le tiene igual la corte; un hombre
que cuando dél se acuerde,
llorará la memoria de su nombre.

LEONOR. (Ap.)

De golpe se entra, ¡ay, cielos!,
pues busca Amor la puerta de los celos.

VIOLANTE.

¿Qué vasallo en la guerra
le ha servido como él? ¿Por quién segura

hoy tiene el Rey su tierra?
 ¿Hallará tales hombres por ventura?
 ¿No escuchas mis razones?

LEONOR.

¡Basta!, que Amor se vale de invenciones.
 Violante, estoy diciendo
 que amor es gran pasión; y de la tuya
 también me estoy riendo;
 que no le importa al Rey que Enrique huya
 de su servicio agora.

VIOLANTE.

A mí me importa, si no al Rey, señora.
 Este bien te suplico.

LEONOR.

Vete, que viene el Rey.

VIOLANTE.

Voy confiada.

(Vasc.)

LEONOR.

Amor, yo no (1) replico;
 digo qué quiero amar si soy amada;
 mas no me entréis por celos,
 que todo el fuego cubriréis de hielos (2).

(Sale el REY solo.)

REY. O ya le habrá persuadido.
 o estaré desengañado.
 ¡Oh, hermana!

LEONOR. ¡Señor!

REY. ¿Ha estado
 Enrique con vos?

LEONOR. Ya es ido
 a Aragón.

REY. ¿Cómo a Aragón?
 ¿Va por albricias acaso
 de que con su rey os caso?

LEONOR. No casáis, que no es razón.
 El se va por mal premiado,
 no porque vos me casáis;
 y pues que sabéis que estáis
 de Enrique tan obligado,
 detenedle, que no es justo
 que así le dejéis partir

y a otro rey vaya a servir
 tal hombre con tal disgusto.

¿Quién tenéis en paz y guerra
 como Enrique? ¿A quién debéis
 el sosiego que tenéis?

¿Quién defiende vuestra tierra
 como Enrique? ¿Quién ha hon-
 vuestra Corte? Su valor. [rudo
 ¿No es justo el premio, señor?

REY. Si Enrique no está premiado
 no tengo la culpa yo,
 que ya la ocasión espero,
 pues como buen caballero
 en guerra y paz me sirvió.

Pero ¿él no os dijo nada
 acerca del casamiento
 de Aragón?

LEONOR. Dijo, y su intento
 volvió atrás viéndome airada.

REY. (Ap.) Más debe de haber aquí
 de lo que dice Leonor.

LEONOR. (Ap.) El Rey sospecha mi amor,
 y sólo hay celos en mí.

REY. Pues ¿cómo sin más licencia
 se va Enrique así a servir
 a otro rey, y tú al partir
 intercedes sin prudencia
 porque le mande volver?

LEONOR. No te cause confusión,
 qué no fué por mi ocasión.

REY. La ocasión quiero saber.

LEONOR. Violante ha venido aquí,
 y llorando su partida,
 me ha pedido que te pida
 que le detengas por mí.

Prometile, que es razón,
 hacerle merced.

REY. Sí haré.

LEONOR. Pues ésta que sabes fué
 la ocasión.

(Vasc.)

REY.

Justa ocasión.

¿Que amaba a Enrique la cruel Violante?
 ¡No en vano despreciaba el amor mío;
 que si una vez le rinde el albedrío,
 ¿qué amor contra el Amor será bastante?

Labra un diamante fino a otro diamante.
 Yo, amante, en vano deshaceré porfío
 amante que se funda en desvarío,
 pues perdido el amor, será constante.

(1) En la edición: yo no te.

(2) En la edición: celos.

Amaba tu hermosura en confianza
de mi valor; tú en parte diferente
con Enrique me quitas la esperanza.

Pero si cuando al Sol se ve al Poniente
cubre todas las cosas de mudanza,
mudarás Violante, Enrique ausente.

(Sale RAMIRO.)

RAMIRO. Aquí pienso qué ha de estar.
Con el Rey he dado.

REY. Espera.

RAMIRO. ¿Aquí, señor, o acá fuera?

REY. Llega; bien puedes llegar.

Yo te he visto, y no me engaño,
con Enrique.

RAMIRO. Sirvo a Enrique,
porque la guerra me aplique
de mi valor desengaño.

REY. Imitarás su valor.

RAMIRO. En su casa me he criado.

REY. ¿Eres su deudo?

RAMIRO. No he dado
en presumido, señor.

Mas dicen que una mañana,
abriendo su noble puerta,
me hallaron en una espuerta,
como perro, envuelto en lana,
y si contraen los padrinos
parentesco, bien podrán
los que en tales coches van
en casa de sus vecinos.

Una nave que el mar pasa,
¿no toma el puerto qué acierta?
Pues mi nave fué la espuerta,
que tomó puerto en su casa.

El marido de mi madre
Ramiro tuvo por nombre;
mas, como era tan buen hombre,
nunca quiso ser mi padre.

Y así, por hacerle tiro,
muchos, viéndole venir,
luego daban en decir...

REY. ¿Qué os paráis?

RAMIRO. Topa, Ramiro.

REY. ¡Buen humor!

RAMIRO. Así nació.

REY. Sin duda, su deudo eres,
y disimularlo quíeres.

RAMIRO. Como te digo salí,
porque cierto cuatro picos
destos de sol, fa, mi, re
dicen algunos que fué

autor de mis villancicos.

Que pudiendo yo servir
de bufete de nogal,
como si fuera cristal,
me obligan a traslucir.

REY. Sin duda que tú serías
algo de su sangre y casa.

RAMIRO. Como eso en el mundo pasa,
que por eso hay hijos pías
que salen con sus remiendos.

REY. ¿Hidalgo, en fin, te engendró?

RAMIRO. Si la espuerta no mintió,
padres tuve reverendos.

¿Pero qué importa a Tu Alteza
mi nacimiento?

REY. Ramiro,
con diversos ojos miro
tu buena naturaleza.

Querría yo hablar contigo
cosas secretas.

RAMIRO. Señor,
de hombres de poco valor
que no os fiéis mucho os digo.

Mi bajeza os lo asegura;
que, pues detrás de una puerta
me hallaron en una espuerta,
debía de ser basura.

REY. Tu buen gusto me ha obligado,
y pues, por desconfiarme,
quieres, Ramiro, engañarme,
yo me doy por engañado.

Oye y calla, y ten firmeza
después de oír y callar.

RAMIRO. ¿Podréme yo pasear
al lado de Vuestra Alteza?

REY. Podrás.

RAMIRO. Pues va de paseo.

REY. ¿Cómo anda Enrique estos días
con Violante?

RAMIRO. ¿Eso querías?

REY. Saber sus cosas deseo.

RAMIRO. Algún principio de amor
te debe de dar cuidado.

REY. Curiosidad me ha obligado;
que esto no ofende al valor.

RAMIRO. Ni al amor, señor, tampoco;
que Hércules fué también hombre;
que hoy nos espanta su nombre,
y estuvo de amores loco.

Ni puede ser de provecho,
ni tenerse por honrado
quien no ha sido enamorado
y alguna copla no ha hecho.

REY. Los que las hacen son locos.
 RAMIRO. No son, señor, muy de cuerdos;
 unos dicen que son cuerdos,
 otros dicen que son locos.
 En fin, ¿tú quieres...?

REY. No sé.

RAMIRO. En vuestra facilidad
 conozco la voluntad.

REY. Ya te he dicho lo que fué.

RAMIRO. Amores deshacen sueños,
 porque sin éstos pesares,
 nunca están familiares
 los grandes con los pequeños.

Hablará el enamorado
 con el perro de su dama:
 todo lo intenta quien ama
 por aliviar su cuidado.

Mil amantes moscateles
 dan músicas soberanas
 a cántaros en ventanas
 y a macetas de claveles.

Toda la noche en sarao
 estuvo un galán cortés
 con un gato, que después
 le respondió *marramao*.

Una vez me enamoré
 de un dómine caniquí;
 a verla de noche fuí,
 y a mi parecer la hablé.

Sentí gente en el balcón,
 y era qué habían cerrado
 y, por descuido, quedado
 un mono como un lechón.

Comencéle a requebrar;
 pensé que me ceceaba;
 trepo la reja, y buscaba
 para hablarla lugar.

Llegamos a éstar parejos,
 y yo, alargando el hocico,
 la boca a la suya aplico,
 entre barbas y pellejos.

El, encajando en mis labios
 esto que llaman envés,
 tal me perfumó, que un mes
 me quedaron los resabios.

REY. En fin, yo comienzo en ti
 a sufrir ya como amante.
 ¿Quiérele mucho Violante
 a tu señor?

RAMIRO. Señor, sí.

REY. ¿Escríbele?

RAMIRO. Cada día;
 mas yo os prometo, señor,

que si ella le tiene amor,
 más que le abrasa, le enfría.

REY. ¿Cómo?

RAMIRO. No la puede ver.

REY. ¿A Violante?

RAMIRO. Hay ocasión.

REY. ¿Qué ocasión?

RAMIRO. Cierta afición
 de una principal mujer.

REY. ¿Cuál puede ser que no pueda
 ser criada de Violante?

RAMIRO. Habláis como noble amante;
 mas permitid que la exceda.

REY. ¿Y habla con ella?

RAMIRO. No puede,
 qué en sangre y valor le excede.

REY. Ya conozco su valor (1).

¡Hola!

(Sale DON NUÑO y DON LUIS.)

LUIS. ¡Señor!

RAMIRO. El Rey llama.

REY. Ramiro, vete, y después
 me verás.

RAMIRO. Beso tus pies.

REY. ¡Buen agravio, hermana y dama!

RAMIRO. Mal hablé, lengua; que en ti
 está tanto bien o mal.
 Castigo merezco igual.
 En fin, hombre bajo fuí;
 que puesto donde autorice
 su villano nacimiento,
 con el desvanecimiento
 no sabe lo que se dice.

(Vase.)

LUIS.

¿Qué manda Vuestra Alteza?

REY.

Dadme luego
 recado de escribir. ¡Ya determinan,
 celos, contrarios del común sosiego,
 a ejecutar las cosas que imaginan.

(Sale ENRIQUE.)

ENRIQUE.

¡Con qué temor a despedirme llevo!

(1) Falta el primer verso de esta redondilla.

Bien dicen que los que aman desatinan.
Mas ¿cómo puede amarse sin locura
tan alta perfección, tanta hermosura?
Señor.

REY.

¡Oh. Enrique!

ENRIQUE.

Habiendo imaginado
que en ciertas pretensiones de tu gusto,
sin ser en un átomo culpado (1)
ni haber dado ocasión, te doy disgusto,
a partirme a Aragón determinado,
Me pareció, señor, que no era justo
me fuese sin licencia tuya, y creó
que ha sido hablarte al alma y al deseo.

No quiera el cielo que un pequeño indicio
de deslealtad de mí Navarra entienda,
habiendo sido en guerra y paz mi oficio
serviros con la sangre y con la hacienda.
Nobles quedan; señor, en tu servicio;
cualquiera que el ejército pretenda
te servirá mejor, aunque sospecho
que sabes hasta el alma de mi pecho.

NUÑO.

Supuesto que no sea por su culpa,
no le aconsejo que en el reino quede;
que es difícil con reyes la disculpa.

ENRIQUE.

De mis palabras ya Tu Alteza infiere
la causa que me anima y que me culpa
de aqueste atrevimiento, con que intento
dejar mi casa y propio nacimiento.

Nunca la patria fué menos ingrata.
Historias viven hoy de Roma y Grecia;
mas lo que aquí la natural maltrata,
tal vez la tierra extraña estima y precia.
El alma en mis palabras se retrata;
que la verdad retóricas desprecia.
Dame, señor, los pies y tu licencia,
que yo sé que te sirvo con mi ausencia.

REY.

Enrique, el pagar y oír
servicios por justas leyes,
es condición de los reyes,
no hacer por fuerza servir.
Si te parece vivir
en Aragón, no hay razón
para vencer tu opinión;

que es tanta tu libertad,
que en tu misma voluntad
siempre estás en Aragón.

Y yo, por lo menos, hallo,
pues tiene premio el servir,
que un rey puede despedir,
no despedirse el vasallo.
Las demás cosas que callo,
y tú entiendes, en efeto,
no te han hecho más discreto;
que dar un hombre a entender
que su rey le ha menester,
ya fué perderle el respeto.

El más fuerte, el más sutil,
no hace falta al rey ninguno.
porque donde falta uno
están aguardando mil.
Cualquiera secreto vil
de lo que has imaginado
te culpa y te ha engañado,
y quien adquiere la culpa,
se da sin tiempo disculpa
y muestra que está culpado.

¿Vas a tratar lo que sabes
con Aragón, y a Aragón
te vas sin darme razón
de cosas que son tan graves?
Vete, pues, para que alabes
la tierra ajena, pues fuiste
tan soberbio que perdiste,
con la propia, al Rey y a ti;
que ni me haces falta a mí
ni a la tierra que naciste.

(Vase.)

ENRIQUE.

Caballeros, sin razón
se va Su Alteza enojado.

NUÑO.

¿Qué causa el Rey os ha dado
para que os vais a Aragón?

ENRIQUE.

Cosas que yo entiendo son.
¡Adiós, patria!, que algún día
verás si yo te servía;
que un vasallo como yo
no se va porque ofendió,
mas porque ofender quería.

(Vase.)

LUIS.

Cuando el natural amor
a amar al Rey no obligara,
hoy, don Nuño, me forzara
haber visto su valor.

(1) Así este verso.

¡Con qué discreto rigor
 castigó su atrevimiento!
 NUÑO. Que no le prendiese sienta.
 LUIS. ¿No ves que fuera estimalle?
 Mostró el Rey en desprecialle
 su divino entendimiento.
 NUÑO. Cosa grave e importante
 debe de ser la ocasión.
 LUIS. Celos de Violante son.
 pues ama el Rey a Violante
 cuanto ella a Enrique.
 NUÑO. Es bastante
 la ocasión.
 LUIS. Vamos a ver
 si el Rey ha escrito.
 NUÑO. En mujer
 hará mudanza la ausencia,
 pues faltando su presencia
 al Rey tiené de querer.

(Vase. Sale ENRIQUE, y RAMIRO con una carta.)

ENRIQUE. Ramiro, no puedo más.
 RAMIRO. Pésame, ya que te ausentas,
 que camines con disgusto.
 ENRIQUE. Llevo una mortal tristeza.
 RAMIRO. Si es de amor, ¿por qué razón?
 ¿Tuviste tú lo que dejas?
 ¿Fué tuyo jamás?
 ENRIQUE. Confieso
 que nace de amor mi pena.
 Mas las palabras de un rey
 aún parecen que me suenan
 hasta agora en los oídos.
 RAMIRO. Cuentan que un sabio de Grecia
 hizo un libro de venenos,
 y después de varias yerbas,
 conficiones y animales,
 basiliscos y otras fieras,
 puso palabras de rey.
 ENRIQUE. Bien hizo, porque con ellas
 se da más violenta muerte.
 RAMIRO. ¿Cómo dan muerte violenta
 siendo los reyes hermosos
 y de condición tan tierna?
 ENRIQUE. ¿No matan los rayos? (1)
 RAMIRO. Sí.
 ENRIQUE. Pues en el cielo se engendran.
 ¡Mira si es hermoso el cielo!
 RAMIRO. No dirás cosa como ésta
 si la estudias dos mil años.

ENRIQUE. ¡Oh!, qué contentos que quedan,
 Ramiro, mis enemigos.
 RAMIRO. ¡Lo que dirán en tu ausencia!
 Allí quedan capitanes
 que dirán que tus empresas
 fueron siempre de cobarde.
 ENRIQUE. No creas que el Rey lo crea,
 que tiene ingenio divino.
 RAMIRO. ¡Ah, señor!, poco aprovecha
 cuando hay quien informe mal.
 ENRIQUE. Gente parece que suena...
 RAMIRO. ¡Y aun por Dios que es invención!
 ENRIQUE. ¿Cómo?
 RAMIRO. Con máscaras negras
 vienen todos.
 ENRIQUE. No lo entiendo;
 pero lo que fuere, sea.

(Salen DON LUIS, DON NUÑO y gente, todos con máscaras.)

LUIS. Por aquí dicen que van.
 RAMIRO. Saca la espada, que llegan.
 NUÑO. ¡Muera Enrique!
 LUIS. ¡Muera Enrique!
 ENRIQUE. Si lo manda Leonor, sea.
 RAMIRO. No sea, ¡cuerpo de tal!,
 que la vida siempre es buena.
 ENRIQUE. Si sabéis quién soy, villanos,
 ¿para qué decís que muera?
 NUÑO. ¡Muerto soy!

(Huyen todos, y síguelos RAMIRO.)

ENRIQUE. Sigue, Ramiro;
 esos cobardes, y entiendan
 que ya Enrique de Navarra
 comienza a hacelles ofensa.
 Mas ¿qué digo? ¿Estoy en mí?
 ¡Oh, cuánto el ánimo altera
 la defensa natural!
 Pero también es bajeza
 que mande Leonor matarme
 porque yo le adore y quiera;
 mas no fué por adoralla,
 que mi arrogancia y soberbia
 le dió ocasión; justamente
 me manda matar.

(Sale RAMIRO, con la espada desnuda.)

RAMIRO. Ya quedan
 dos muertos y dos heridos
 a curarse las cabezas.

(1) En la edición: reyes.

ENRIQUE. ¿Conociste a alguno?

RAMIRO. ¡Y cómo!

A don Nuño de la Cueva,
a quien por ver si tenía
dinero en la faldriquera
metí la mano, y hallé
aquesta cédula.

(*Saca un papel.*)

ENRIQUE. Muestra.

(*Lee:*)

“Don Nuño (1), en viendo este papel saldréis con alguna gente al camino de Aragón, y no volváis a Pamplona sin dar la muerte a don Enrique de Navarra.—*El Rey.*”

Bien haya el día, Ramiro,
que naciste norabuena
en mi casa.

RAMIRO. No me honres.

Dios me ayude con mi espuerta.

ENRIQUE. Pesábame que Leonor
de suerte me aborreciera
que me mandaba matar.
Huélgome, en fin, de que sea
el Rey, pues voy a servir
al de Aragón.

RAMIRO. Gente suena.

¿Tenemos otra invención?

(*Sale BELARDO, escudero, como de camino, con un papel.*)

BELARDO. Si van lejos, no pretenda
Leonor que me ha de matar
el mal paso de una bestia
por donde las melecinas,
que ¡vive Dios, que me vuelva!

ENRIQUE. ¿No es Belardo este escudero?

RAMIRO. El mismo.

ENRIQUE. ¿Qué furia es ésa,
Belardo?

BELARDO. ¡Oh, famoso Enrique!
Echarme a esos pies quisiera
a no venir tan fajado.

ENRIQUE. Ya los brazos os esperan.

BELARDO. Un demonio de un rocín
más largo que una cuaresma,
más flaco que galgo enfermo,

más gruñidor que una deuda,
silla de costillas vivas.
tan mal hablado en ausencia
que mata más que un doctor,
me ha traído en busca vuestra
con un papel de la Infanta,
como si éste el tiempo fuera
que andaban los escuderos
y las damas por las selvas.
¿Qué decís?

ENRIQUE.

BELARDO.

Que le leáis,
y que me deis la respuesta
y otro rocín, si tenéis,
que hasta Pamplona me vuelva,
porque si en aqueste voy,
él me mata o me despeña.

(*Lee ENRIQUE.*)

“Enrique: Yo he quedado con tanto sentimiento de vuestra ausencia, y de ser la causa della, que os suplico volváis a Pamplona, donde me holgaré mucho de volveros a ver.—*La Infanta.*”

¿Hay semejante fortuna?

¿Que mi atrevimiento sea
tan dichoso y desdichado!

¿Cómo es posible que vuelva,
si el Rey me manda matar?

¿Qué cosa tan indiscreta
fué el partirme de Navarra
y el pedir al Rey licencia!

RAMIRO. ¿Qué habéis traído, Belardo,
que hace el Conde mil quimeras?

BELARDO. Soy desgraciado en papeles,
y para ser estafeta
no estaba desaminado.

ENRIQUE. ¡Ahora bien: volver es fuerza!
Pero ¿cómo puede ser?
Mejor es que me entretenga
algún tiempo en Aragón,

y que disfrazado vuelva
a ver a Leonor. ¡Ah, cielos!

BELARDO. ¿Cuánto va que por la pena
no ha de prestarme el rocín?

ENRIQUE. Haced, amorosas letras,
estampa el alma, que ya
los labios serán la imprenta.
Tomad, amigo Belardo,
por el porte esta cadena,
y perdonad, que estoy pobre.

BELARDO. El no dar fuera pobreza.
¡Milagro es que me den algo!

(1) En la edición: *Don Juan.*

ENRIQUE. Vamos, que en aquella venta responderé.

RAMIRO. Quede, digo parta.

BELARDO. ¿Cómo? ¿Sin respuesta?

RAMIRO. La cadena digo.

BELARDO. Bien; mas no quiero yo que sea, aunque se vaya a Aragón, puerto seco de mi hacienda.

RAMIRO. Pues digo que ha de partir.

BELARDO. Partiréle la cabeza.

ENRIQUE. ¿Qué es eso?

RAMIRO. Estoyle diciendo que parta, y no quiere.

ENRIQUE. Deja que escriba al alma que adoro las lágrimas de mi ausencia.

JORNADA SEGUNDA

(Sale la INFANTA y BELARDO, escudero.)

LEONOR. Es extremada la traza: que luego que un pensamiento agrada al entendimiento, con la voluntad le abraza.

BELARDO. Esta cadena me dió aquel noble caballero, que quitarme su escudero diestramente pretendió; que no fué pequeña hazaña el sacarla de su Argel.

LEONOR. Yo he leído el papel.

BELARDO. No hay mejor hombre en España.

LEONOR. Lo que habéis de hacer, Belardo, es callar, como discreto.

BELARDO. Bien sabe el mismo secreto de la suerte que le guardo. No pone un rico avariento más llaves a su tesoro.

LEONOR. Pues haced cuenta que es oro mi amoroso pensamiento, y que yo le guardo en vos. Descansad, y me veréis después.

BELARDO. Que os crié sabéis.

LEONOR. Dios os guarde.

BELARDO. Guárdeos Dios

(Vase.)

LEONOR. El Conde me avisa aquí el modo que ha de tener para que me vuelva a ver fiando su vida en mí. Pero de mi amor arguya, si en mi lealtad la confía, que cuando me va la mía sabré volver por la suya.

(Salen el REY, DON NUÑO y acompañamiento.)

REY. No he sabido encareceros el gusto de veros vivo.

NUÑO. Ni yo puedo el que recibo, gran señor, del bien de veros.

REY. Basta, Leonor, que vivió Nuño entre tantas heridas.

NUÑO. Porque tuviese dos vidas con que os sirva a los dos yo.

LEONOR. Sea, Nuño, para bien que por muerto os han tenido.

NUÑO. Quedé en la campaña herido, y lo fué don Luis también; aunque, con poca amistad, me desamparó y dejó.

LEONOR. El dice que muerto os vió.

NUÑO. No sé si dice verdad, aunque estuve sin sentido, y así pudieron sin él, señor, sacarme el papel, por donde Enrique ha sabido vuestro intento. Al fin, llegué a una aldea, donde he estado, y entre villanos hallado lo que en un noble no hallé.

REY. ¿Qué tan mal lo hizo con vos?

NUÑO. Lo que os he dicho es verdad.

REY. Mal trato.

LEONOR. Falsa amistad.

REY. ¡Que así os tratase a los dos Enrique, y tan libremente se metiese en Aragón! Yo vengaré su traición antes que mayor la intente.

El me ha de dar luego a Enrique aunque rompamos las paces.

LEONOR. Pídesele al rey; bien haces; mas temo que te replique que vive en su protección y que a su sagrado viene.

REY. No importa. Dármele tiene, o he de ir por él a Aragón.

LEONOR. Quien tuvo tan mal respeto

REY. merece tanto rigor.
 ¿Luego ya sabes, Leonor,
 lo que en público y secreto
 pasó Enrique con Violante?

LEONOR. Ella fué causa, ¡ay de mí!,
 de que yo tratase aquí
 desatino semejante.

REY. ¿Qué dices?

LEONOR. Que he recibido
 una carta de Aragón,
 en que a su rey, con traición,
 le ha dicho Enrique y fingido
 que me das a Portugal,
 en desprecio de su honor,
 y el rey, con justo furor,
 le nombró por general
 de la guerra que comienza.

REY. ¿Por general contra mí?

LEONOR. ¿Dónde está la carta?

LEONOR. Aquí;
 pero porque no te venza
 la razón a mayor furia,
 no será bien que la leas.

REY. ¿Qué poco, Leonor, deseas
 la venganza de mi injuria.
 Que cualquiera letra fuera
 un veneno contra el Conde.
 ¿Desta manera responde?
 ¿Quién sino Enrique pudiera
 a la sangre que es traidora
 contra su patria y su rey
 tomar las armas?

NUÑO. Si es ley
 justa que yo tome agora
 la espada en satisfacción
 del agravio recibido,
 licencia, señor, te pido
 para entrar en Aragón.
 Yo os sacaré los soldados
 que prevenidos tenías,
 y verás en pocos días
 dos traidores castigados.
 Hazme este justo favor.

LEONOR. Honrar a Nuño te toca,
 pues la razón te provoca.

REY. A mí me toca, Leonor.

LEONOR. No viniendo el rey, ¿por qué
 has de ir contra tu vasallo?

REY. Bien dices; a castigallo
 vaya Nuño.

NUÑO. Pues yo iré,
 y tú verás qué venganza
 hago en el Conde traidor.

REY. ¡Ay, Nuño!, que sea mayor
 que tu propia confianza.

LEONOR. La que tu pecho desea
 verás en menos espacio.

(Sale MENDO, criado.)

MENDO. A la puerta de Palacio,
 el Conde Enrique se apea.
 Creciendo en toda la gente
 la común admiración,
 ignorando la ocasión,
 dicen atrevidamente
 que le enviaste a llamar.

REY. ¡Yo a llamar! ¿Dónde ha nacido
 un hombre tan atrevido?

NUÑO. ¡Hoy, Nuño, le has de matar!

NUÑO. Impedía tu presencia
 el no prevenir la espada;
 mas ya está determinada
 su muerte, con tu licencia.

LEONOR. (Ap.) Temblando estoy que no
 la traza de Enrique bien [salga
 y que la muerte le den,
 sin que la suerte le valga
 esta vez su atrevimiento.

MENDO. Ya el Conde a la puerta está.

REY. ¿Qué haré, Leonor? ¿Entrará?

LEONOR. Para un acto tan sangriento,
 no es bien que yo esté delante;
 mas, ya que delante estoy,
 de parecer, Nuño, soy
 que escucharle es importante;
 porque a ninguno hizo daño
 escuchar al enemigo,
 que en pie se queda el castigo
 y en su fuerza el desengaño.
 Causa tendrá, y bien fundada,
 tan notable atrevimiento.

REY. Es prudente advertimiento;
 detén, don Nuño, la espada.

(Sale ENRIQUE DE NAVARRA, solo, de camino.)

ENRIQUE.

Dame los pies, y escucha, si enojado
 te tiene, gran señor, mi atrevimiento,
 la causa porque intento
 venir a verte, estando tan airado;
 de mí mal informado...
 ¿Huyes, señor? ¡Desdicha en sangre noble!
 ¿Por dicha pensarás que es trato doble
 el venir desta suerte?

Pues, señor, el peligro de la muerte
que me amenaza ya tu injusta ira,
¿no me pudiera detener? ¿Pues mira
cómo no me detiene!
Luego trata verdad quien sólo viene
solicitado de mi amor a darte
de lo que importa parte
a tu real servicio,
que no es de mi lealtad pequeño indicio.
¿Aún no volvéis la cara? Señor, ¿basta!
Adiós, que no contrasta
la injuria; adiós, me vuelvo.
¿Oh, siempre amparo generoso mío!
Oídme vos, que a daros me resuelvo
cuenta de mi lealtad.

LEONOR.

Es desvarío:
que, callando mi hermano,
buscas piedad en vano.
Hoy tengo de pedirle que te quite
la vida.

ENRIQUE.

Tal crueldad no se permite
donde hay tanta inocencia,
que no volviera a verte si pensara
que en ti piedad no hallara.
Muestra, ilustre Leonor, en tu clemencia
lo que me has prometido;
que no hubiera venido
si presumiera engaño en tu nobleza.

LEONOR.

Ten, Enrique, firmeza
en lo que está tratado,
que yo te quiero ya como mi dueño.

ENRIQUE.

Pues oye tú, señora, mi cuidado,
y verás que te adoro.

LEONOR.

El Rey está enojado;
pero dime qué fué tu pensamiento.

ENRIQUE.

Oye, ilustre Leonor; oye mi intento,
pues el Rey, mi señor, está con ira.

LEONOR.

Di, que te escucha, aunque no te mira.

ENRIQUE. Con licencia de García,

mi propio rey y señor
de Pamplona de Navarra
partí, señora, a Aragón;
pocas leguas de la raya,
en los olmos a quien dió
hojas un arroyo humilde,
y ellos sombra, ardiendo el sol,
un escuadrón de embozados
para matarme salió;
mal dije, si con el miedo
me pareció un escuadrón.
Defendíme, que es derecho
divino y humano, y yo
quedé como disculpado,
de mi fortuna deudor;
en llegando a Zaragoza
di a su rey admiración
con mi venida y mis quejas,
porque sabe bien quién soy;
halléle de tantas lleno,
que para poder mejor
resistir a sus razones
apenas hallé razón.
Dice que el Rey le ha quebrado
la palabra, y que en rigor
debiera desafalle,
y que habéis hecho los dos
contra las firmadas paces
cosa digna de quien sois:
él, en quebrar la palabra,
y tú, en no estimar su amor.
Solicité el persuadille,
pero no me aproveché:
que no hay razón que presida
adonde reina el furor;
fué de manera el que tuvo;
que, como a este tiempo vió
un retrato tuyo, a quien
daba un dosel guarnición,
con la espada hizo pedazos,
más que prudente, feroz,
tela, dosel, lienzo y silla,
y en su rostro se vengó:
sacrilegio que debiera
castigar el cielo, autor
de tu divina hermosura,
si celos desprecios son.
Formó un ejército luego,
con tal furor, que tembló
al eco de sus trompetas,
por Jaca, el francés león;
cubrióse el Coso de gente,
las banderas de color

entoldaban las ventanas,
fiesta del aire veloz.
El más humilde soldado
coronaba el morrión
de plumas y guarnecía
de oro el acero español,
en las cumbres de Moncayo
retumbaba el claro son
de las cajas, y volvía
su nieve en agua el temor;
nombróme por general,
pero apenas me nombró
cuando me vi como arroyo
que puso el cierzo en prisión;
consultando en mi lealtad,
la sangre me respondió:
"Contra tu Rey y tu patria
Enrique, serás (1) traidor,
pues si en Aragón te quedas,
al Rey diciendo de no,
te ha de tener por espía
o por hombre sin valor;
irte a Castilla a servir
a su rey es discreción,
que si vuelves a Navarra
será el peligro mayor".
Respondí: "Máteme el Rey,
y sepa el mundo que voy
a morir por ser leal
y que mi amor me mató".
Con esto, cuando al ocase
iba el padre de Faetón,
y la temerosa noche
llamaba al sueño, sin voz;
cuando reinaban las sombras,
que huyeron su resplandor,
salgo, de Ramiro solo (2),
de quien satisfecho estoy,
con tal silencio, que apenas
si el caballo lo sintió,
lastimó su planta herrada
a la más humilde flor,
de suerte que las arenas
aun no darán relación,
por donde estaban mojadas,
de que por allí pasó.
Con esto vengo a morir,
ilustrísima Leonor,
a los pies del Rey airado,

con siniestra relación.
No pido perdón, que sólo
vengo a volver por mi honor;
porque donde no hay ofensa
no se ha de pedir perdón.

LEONOR. Pues el Rey, Enrique, ha oído
el memorial que le has dado
y no responde, enojado,
notable tu culpa ha sido.

REY. Sí respondo, persuadido
que el Conde trata verdad,
pues ha sido más lealtad
el venir por no ofenderme
que fué el irse por tenerme
poco amor y voluntad;

si le llevó presunción,
Leonor, humildad le vuelve,
pues a cumplir se resuelve
con su justa obligación:
yo le concedo perdón
por mi parte, pues si fuera
desleal, tomar pudiera
las armas que el rey le dió;
pues si pudo y las dejó,
con fe obliga, y premio espera.

Resta que tú se le des,
pues yo estoy desengañado;
que de Nuño, aunque agraviado,
haré las paces después.
Esta la respuesta, es
deste memorial, Leonor;
no lo mires con rigor,
antes su amor favorece,
que pues mi perdón merece,
bien merece tu favor.

(De rodillas, ENRIQUE al REY.)

ENRIQUE. ¡ Señor, aquí me tenéis
para que me deis castigo!
De nuevo a servir me obligo
las mercedes que me hacéis;
no me iré, si no queréis,
eternamente a Aragón.

LEONOR. Mi hermano te dió perdón,
que yo no te perdonara.
[Ap.] ¡ Ay, Enrique, quién pensara
tal dicha en tal ocasión!

ENRIQUE. No se pudo imaginar
menos de su pecho noble.

LEONOR. Fuera, Enrique, trato doble,
no venirte a disculpar.

ENRIQUE. No pude yo imaginar

(1) En la edición: *seré*.

(2) No hace sentido; parece que faltan, al menos, dos versos.

para venir, otra cosa
más justa ni más forzosa.

LEONOR. Levántate, que ya tienes
mi gracia, Enrique, pues vienes
con alma tan amorosa.

Quiero estar agradecida,
pues el Rey me lo ha mandado.

ENRIQUE. Partime desconfiado.

LEONOR. Fué muy necia tu partida.

ENRIQUE. Vos, señora, sois mi vida.

LEONOR. Y yo vivo ya por ti.

REY. Nuño, no hay venganza aquí;
el Conde se defendió.

NUÑO. Si tu perdón mereció,
¿qué agravio ha quedado en mí?

LEONOR. [Ap.] Esta noche, por la puerta
del jardín te quiero hablar.

REY. Hoy la mano le has de dar
de amistad segura y cierta;
pero quiero que se advierta
que, debajo de amistad,
has de saber si es verdad
que quiere a Violante bella:
no encubra el venir por ella
con disfrazada lealtad;
sigue sus pasos, secreto,
de noche.

NUÑO. Tú me verás
hecho un lince.

REY. Y tú tendrás
el premio que te prometo.

ENRIQUE. ¿Iré al jardín, en efeto?

REY. ¡Conde!

ENRIQUE. Señor.

REY. Dad la mano
a Nuño.

ENRIQUE. A todo me allano
por vuestro gusto.

REY. Venid
conmigo.

ENRIQUE. De mí os servid.

NUÑO. Por la mano, Conde, os gano.

(Vase el REY, DON NUÑO y ENRIQUE. Sale VIOLANTE sola.)

VIOLANTE. Sola deseaba hallarte.

LEONOR. Pues, Violante, ¿qué me quieres?

VIOLANTE. Presumo que ya lo infieres
de mi temor, sin hablarte.

LEONOR. Será la venida parte,
de Enrique, a tratar de asiento
tu casamiento.

VIOLANTE. Eso intento,

que el ver que por mí ha venido
me ha obligado, aunque he tenido
de su ausencia sentimiento.

Está en tus manos hacer
que sin el Rey esto sea,
porque lo que el Rey desea,
señora, no puede ser. [ver,

LEONOR. (Ap.) (Si a Enrique he de hablar y
de alguien tengo de fiarme.
¿Quién mejor podrá guiarme
que Violante, si la engaño?
¡Y será suceso extraño
querer casarse y casarme!)

Dices bien, Violante; hoy quiero
hablar al Conde; no des
lugar al Rey.

VIOLANTE. A tus pies
pido esta merced, y espero
que me has de casar primero
que el Rey sepa nuestro intento.

LEONOR. Trataré su casamiento
de Enrique; tú lo verás.
¿Quieres más?

VIOLANTE. No quiero más.

LEONOR. Diciendo verdades, miento.

(Vanse. Sale ENRIQUE y RAMIRO, de noche.)

RAMIRO. Para atreverte a esta puerta,
muy temprano me parece.

ENRIQUE. El que se tarda, Ramiro,
no ha de decir que se atreve.

RAMIRO. Mejor fuera asegurar
al Rey.

ENRIQUE. No fuera atreverme
asegurarme de nada;
la Infanta me favorece:
yo pienso que mi ventura,
como es mujer, también tiene
un poco de aquel planeta
que a Marte adoró valiente.

RAMIRO. Ahora bien, tú te confías
en tus venturas.

ENRIQUE. Detente,
que en el balcón hacen señas.

(Salen al balcón, de noche, LEONOR y VIOLANTE.)

VIOLANTE. Señora, Enrique parece.

LEONOR. Pues apártate, no escuches.

VIOLANTE. Siendo fuerza obedecerte,
aquí me retiro. ¡Ay, Dios,
quién lo oyera! Di que llegue.

LEONOR. ¿Quién es?

ENRIQUE. Yo, señora mía,
si permites que me acerque
al sol de tus bellos ojos,
que pueden hacerme fénix.
¡Lucióse mi fingimiento!

LEONOR. Fué la invención excelente.

ENRIQUE. Con ella, señora, pude
venir atrevido a verte;
mas, dime, ¿de qué nació
gustar de favorecerme,
después de tantos desprecios?

LEONOR. Amor, que por hijos tiene
los celos, trocaron nombre,
si amor de celos procede;
Violante me dió la causa,
pues por verla yo quererte
tuve envidia, imaginando,
Enrique, lo que mereces.
No la has de ver ni hablar más.

ENRIQUE. Si la hablara, que me dejes
por vil caballero.

VIOLANTE. ¡Ay, Dios!

¿Oyes, señora?

LEONOR. ¿Qué quieres?

VIOLANTE. ¿Qué dice Enrique de mí?

LEONOR. Que hará por ti lo que debe
a tu valor.

VIOLANTE. ¡Dios te guarde,
que tanto me favoreces!

LEONOR. Retírate.

VIOLANTE. Ya me aparto.

LEONOR. Conde, esta necia pretende
casarse con vos.

ENRIQUE. ¿Y vos
qué decís?

LEONOR. Que no lo sueñe.

VIOLANTE. ¿Qué dice ahora, señora?

LEONOR. Que, como yo lo concierte,
en todo ha de hacer mi gusto.

VIOLANTE. ¡El cielo tu vida aumente!

LEONOR. Basta, que Violante, Enrique,
los engaños me agradece.

ENRIQUE. No es poco bien en amor.

LEONOR. Si esto es bien, tendrá mil bienes.
Vos habéis de aborrecerla.

ENRIQUE. Desde ahora la aborrecen
todos mis cinco sentidos.

VIOLANTE. ¿Qué dice el Conde?

LEONOR. Que puedes
estar segura.

VIOLANTE. ¿De qué?

LEONOR. (Ap.) De aborrecerte y quererme.

(Sale Nuño solo, ambozado, de noche.)

NUÑO.

Este es Enrique.

RAMIRO.

¡Todo va perdido!

Temí los rayos cuando vi los truenos.
El Rey es éste.

LEONOR.

¡Ay, Dios, qué gran ruido!

RAMIRO.

Treinta soldados, de pistolas llenos,
ocupan el terrero y el sonido
me parece de ciento, poco menos;
muera el Conde por ángeles sin alas;
denme a mí calenturas, y no balas.

(Vase.)

ENRIQUE.

¡Gran gente es ésta! ¿Qué he de hacer, se-
ñora?

LEONOR.

¿Quién sabe como vos lo que conviene?

ENRIQUE.

Dejar el puesto me conviene agora.

NUÑO.

Enrique huyó; ¡mirad qué valor tiene!

(Vanse tras ENRIQUE.)

VIOLANTE.

Señora, ¿qué es aquesto?

LEONOR.

El Conde agora,
Violante, que por ti de Aragón viene,
¡valiente general su rey hacía!
¡quién pensara jamás tal cobardía!,
apenas vió a la gente en el terrero,
cuando de miedo huyó.

VIOLANTE.

¿De miedo el Conde?

LEONOR.

Así lo pienso, y temerosa infero
que mal a lo que debe corresponde.

(Sale ENRIQUE otra vez, solo.)

ENRIQUE.

No cumple con la ley de caballero
quien, pudiendo morir, la vida esconde;
ya vuelvo arrepentido, que no es tarde;
que no hay respeto para ser cobarde.

Ceñir quiero la espada y pasearme,
fingiéndome que ahora llego; ¡buen intento!

(Sale NUÑO, MENDO y gente.)

MENDO.

Huyó de suerte que no quise cansarme (1)
y se cansara de seguille el viento,
según llevaba el vuelo.

NUÑO.

Es muy ligero
el miedo de la muerte.

VIOLANTE.

Señora, Enrique es éste.

LEONOR.

¡Qué contento
me ha dado su venida!
No fué temor el miedo de su huída (2),
sino guardar respeto
con prudencia a mi honor y su secreto.

MENDO.

Oye, ¿quién es este hombre
que en el terrero a lo galán pasea?

ENRIQUE.

Ahora quiero yo que Leonor vea
si hay valor en Enrique.

NUÑO.

Este el Conde parece;
no hay sombra que no aplique,
si de celos amor se desvanece
y la imaginación. Hablarle quiero.
¿Es Enrique?

ENRIQUE.

¿Es don Nuño?
Perdonad, Nuño, si la espada empuño,

que con la escuridad no os conocía.
¿Ha mucho que aquí estáis?

ENRIQUE.

Ahora llego;
pero ya me volvía.

NUÑO.

Oídmeme aquí ahora lo que os ruego.

ENRIQUE.

Si hay en qué os sirva, aquí tenéis el Conde.

NUÑO.

Vuestro valor responde.

ENRIQUE.

Yo soy amigo vuestro.

NUÑO.

Yo lo creo.

ENRIQUE.

Siempre fué de serviros mi deseo.

NUÑO.

A vos, como caballero
de tal sangre y tal valor,
Enrique, preguntar quiero
dos dudas que en el honor
del que lo fué considero:

la primera, si el morir
por él es obligación,
y la segunda, decir
si puede haber ocasión
que obligue a huir.

ENRIQUE.

¿Qué es huir?

NUÑO.

Huir urgente en un puesto,
y dejarle con bajeza
para huir descompuesto.

ENRIQUE.

Nuño, quien tiene nobleza,
¿para qué se informa desto?

Yo hasta ahora que escuché
qué es huir de vuestra boca,
ni lo supe ni pensé;
que sólo el saberlo toca
al que huyó donde yo sé.

Pero puedo presumir,
Nuño, de esa información
que no se debe admitir
disculpa ni hay ocasión
que a un noble obligue a huir.

Satisfacción no ha llegado
a poderlo defender;

(1) Así el verso; sobra una sílaba. Acaso: *De suerte huyó que no quise cansarme.*

(2) En la edición: *su ida.*

pero queda disculpado
si cuando pudo volver
cumplió con la ley de honrado.

NUÑO. Mirad que os contradecís,
porque bien sabéis si huís
del mismo puesto en que estáis.

ENRIQUE. ¿Qué es huir? Ocasión dais
a que os diga que mentís.

NUÑO. Quien a mí me lo dijera,
aunque el Rey me perdonara,
dos mil vidas que tuviera,
cuerpo a cuerpo le quitara
y entre mis pies la pusiera.

Y cuantos están aquí
os vieron huir.

ENRIQUE. Así
el mentís les cabrá a menos.

NUÑO. Quien miente, miente entre buenos,
y esto no me toca a mí.

Y aunque el verme acompañado
me haga sufiros necio,
y oiros tan mal hablado,
volverá, por mi desprecio,
sola la que traigo al lado.

Hidalgos, hoy a mi honor
importa que solo quede.

ENRIQUE. Hidalgos, será traidor
quien se fuere, que no puede
dejar nadie a su señor.

Ya estoy esperando aquí.

NUÑO. Matadle, pues ha de ser
castigar un loco ansí.

ENRIQUE. Bien pudiérades saber
que sois pocos para mí.

(Vase ENRIQUE, acuchillándolos.)

LEONOR. Bien haya, Violante, el hombre
que así vuelve por su honor
sin que un escuadrón le asombre.

VIOLANTE. Con razón le tengo amor
y él tiene tal fama y nombre.

(Sale RAMIRO solo.)

RAMIRO. A ver vuelvo en qué ha parado
Enrique. ¡Ah, cielos, quién fuera
valiente!

VIOLANTE. Allí viene un hombre.

RAMIRO. Leonor ocupa la reja.
Ella me dirá del Conde.

LEONOR. Hombre, ¿sois de la pendencia?

RAMIRO. Pacífico soy, señora.

Benévolo fué el planeta
que de no hacer mal a nadie
me dió la naturaleza.
Criado del Conde soy.
Ramiro soy.

LEONOR. ¡Oh, si hubieras

llegado, para ayudalle!

RAMIRO. Soy San Telmo en la tormenta;
pero si llegara yo...

LEONOR. ¡Oh, buen Ramiro! ¿Qué hicieras?

RAMIRO. Corrieran sangre las calles...
¡Miento, que yo las corriera!

(Vanse VIOLANTE y LEONOR, y sale ENRIQUE envu-
nando la espada.)

ENRIQUE. Pregúntanme qué es huir,
y ellos me dan [la] respuesta;
que saben hablar los pies.

¿Qué es esto? ¿Un hombre tan cer-
de las rejas de Leonor? [ca
¡Vive Dios que habla o requiebra!
Aun queda toro en la plaza;
no es acabada la fiesta.
¿Quién va?

RAMIRO. El diablo me ha traído.

ENRIQUE. ¿No responde?

RAMIRO. Bien pudiera;
pero soy un gran señor
y no quiero que se sepa.

ENRIQUE. (Ap.) ¿Si es el Rey, que por Vio-
a tales horas pasea [lante
las ventanas del terrero?

RAMIRO. Hidalgo, no se detenga,
sino váyase.

ENRIQUE. En la voz
conozco que no es Su Alteza.
Pues ¡vive Dios!, que he de ver
quién es. ¡Quienquiera que sea,
se desarreboce luego!

RAMIRO. Los médicos me aconsejan
que ande de noche así.

ENRIQUE. ¿Así? Pues, ¡tome!

(Dale un cintarazo.)

RAMIRO. ¡Espera!

¡Cuerpo de Dios! ¿Es mi amo?

ENRIQUE. ¿Es Ramiro?

RAMIRO. ¡Linda flema
después de haberme pegado!

ENRIQUE. ¿Qué haces aquí?

RAMIRO. Tu pendencia
me trujo, Conde, a ayudarte;
que hablando a cierta mozuela

seis casas de aquí, la oí;
llamóme desde la reja
Leonor.

ENRIQUE. ¿Con ella has hablado?

RAMIRO. Agora hablaba con ella,
y como ya el alba sale,
fuése porque no la vieran
darla flores y jazmines.

ENRIQUE. Para mi tormento y pena.
Mucho tengo que decirte;
vamos a casa, que llega
mi desdicha a que de Nuño
se rompan las paces hechas.

RAMIRO. ¿Habéis reñido?

ENRIQUE. Y me huyó,
que es peor, y vivo queda;
y no hay mayor enemigo,
que después de una pendencia,
el que con vergüenza (1) sale,
pues siempre vive con ella.

(Vanse. Sale el REY y DON NUÑO.)

NUÑO.

Yo te he dicho verdad; que no es mi intento
sobre las amistades con el Conde
poner en la venganza el pensamiento.

REY.

Pues ¿cómo dices que le viste o dónde
huyó primero, si después le viste,
y con tanta arrogancia te responde?

¿Y hombre que a tantos desta suerte embiste,
primero huyó? ¿No sé cómo lo crea!
¡Así el suceso a la verdad responde!

Mas comoquiera que el suceso sea,
¿las paces que yo firmo quiebra el Conde
y en el terrero a lo galán pasea?

¡Hola! Llamad a Enrique.

NUÑO.

Aunque replique
que yo le di ocasión, servir tu dama
hará que tu secreto se publique,

que poco importa buena o mala fama
después que la perdí por tu respeto.

REY.

La honra en hombre noble no se infama.

Yo he de sacar del Conde algún indicio
del amor de Violante, o podré poco.

¡Así me quitan celos el juicio!

Y de suerte con ellos me provoco,
que venir contra mí tuviera en menos
por el rey de Aragón, qué verme loco.

Hallé en Violante como en dos venenos
en tus divinos ojos rigurosos,
cuando sus cielos presumí serenos.
¿Qué harán los míos si te ven celosos?

(Sale ENRIQUE.)

ENRIQUE. ¿Qué me manda Vuestra Alteza?

REY. Nuño, despejad la sala.

(Vase NUÑO.)

ENRIQUE. Ya Nuño te habrá informado,
y podrá ser que le valga
su primera información.
Dirá que sirvo una dama,
y que me halló en el terrero,
como los que pleitos tratan,
que hablando con los jüeces,
la parte contraria infaman,
pensando que su justicia
le quitan con infamarla.
Mas los jüeces discretos
mucho se enojan y cansan:
que la verdad no consiste,
señor, en malas palabras.

REY. Enrique, si te previenes
para conmigo de tantas,
¿qué me queda que decirte?

ENRIQUE. Romper las paces juradas
no fué perderte el respeto,
que de Nuño fué la causa.

REY. Quien primero se disculpa,
no será sin culpa.

ENRIQUE. No hagas
ese argumento conmigo.

REY. que mis servicios agravias.
(Ap.) (Yo tengo de averiguar
con industria si éste anda
de favores con Violante.)

Cuando Nuño se engañara,
Conde, en decir que has huído,
¿Cómo pudo gente tanta?

Debió de ser la ocasión
tan fuerte, que te obligaba
por el secreto, y advierte,
por un ejemplo, la causa:
yo quiero bien a Violante.

ENRIQUE. (Ap.) (Ya entiendo lo que dudaba;

(1) En la edición: *vengança*.

por esto el Rey me aborrece,
y ¡vive Dios!, que se engaña.)
Yo, señor, nunca he sabido
que a doña Violante amabas.

REY. (Ap.) (Miente el Conde, que él me
que se ausentó de Navarra [dijo
para no darme disgusto.

¡Oh, qué memoria tan rara
han de tener los que mienten!
Pero ¿cómo fueran tantas
las mentiras si tuvieran
memorias de las que pasan?)
Vuelto al ejemplo, en efeto,
haz cuenta tú que la hablas
por el terrero una noche,
que yo también vengo a hablalla,
conoces que soy el Rey;
por esto, y por no infamarla,
¿no es fuerza, Conde, que huyas?
¿Puedes tú sacar la espada
conmigo? ¿Qué me respondes?

ENRIQUE. Cogerme quiere a palabras.

REY. ¿Qué dices?

ENRIQUE. Que yo no huyera;
pero que a tus pies me echara,
y la muerte o el perdón
te pidiera en confianza
de tu valor, porque un noble
no ha de huir.

REY. (Ap.) Este me engaña;
es discreto y es muy hombre.

ENRIQUE. (Ap.) Fuertes desdichas me aguar-
que desengañar al Rey [dan;
de que no sirvo a su dama
es imposible.

REY. Ahora bien,
Conde, lo pasado basta.
Quien estaba en el terrero
cuando tantas cuchilladas
dió a Nuño, pudo estar antes.
Pienso que es mucha arrogancia
no excusar estos indicios;
la pendencia comenzada
no pase adelante, Conde;
guardad, Enrique, las armas
para las que de Aragón
vos decís que me amenazan.

(Vasc.)

ENRIQUE. ¡Ah, cielos! ¿Cuál hombre estuvo
en tal confusión? ¿Qué aguardan
nris locos atrevimientos,

si la ventura me falta?
Pero que viva o que muera,
Leonor, no he de hacer mudanza,
que vivo podré ser tuyo,
y muerto, amante en el alma.

JORNADA TERCERA

(Salen DON NUÑO y DON LUIS.)

LUIS. Esto me han dicho de vos.

NUÑO. No será en todo verdad;
que el Rey sabe la amistad
que profesamos los dos.

LUIS. Decir al Rey y a la Infanta
que yo fuí con vos traidor,
ni es amistad ni valor.
y debiéndome vos tanta.

dijisteis (1), Nuño, también
que por ser cobarde yo
el conde Enrique os hirió,
y fuera bien hablar bien;
que yo hice lo que pude
cumpliendo mi obligación,
y no hay fuerte corazón
que en buena fortuna ayude.

Enrique es hombre valiente,
y que la tiene tan buena,
que a estar la campaña llena
de escuadras de armada gente,
lo mismo hubiera importado:
y si en ella os dejé yo,
no fué porque él me obligó,
mas por estar obligado

a guardar secreto al Rey.

NUÑO. Mirad, don Luis, que no es justo
darme agora ese disgusto.
ni entre amigos justa ley.

Si al Rey guardasteis (2) secreto
cuando os fuisteis (2), bien hicis-
[teis (2);
pero ¿por qué no volvisteis (2)
después?

LUIS. ¿Después? ¿A qué efeto?

NUÑO. A saber si muerto o vivo
quedaba en el campo yo.

LUIS. Ese agravio no igualó
con el que de vos recibo.

(1) En la edición: *dixistis*.

(2) En la edición: *guardastis, fuistis, hicistis y bolbistis*, respectivamente.

Que infamar un caballero
por toda la corte, es cosa
que a satisfacción forzosa
obliga un pobre escudero,
cuanto y más a quien yo soy,
y a traer aquesta llave;
todo palacio lo sabe,
que por vos sin honra estoy;
que no hay menina ni dama
que no me mire con risa.

NUÑO. Es que la culpa os avisa
de que el delito os infama.

¿Y es bueno venir quejoso
de lo que lo estoy de vos?

LUIS. A no estar aquí, ¡por Dios!...

NUÑO. Bien. Sois vos muy animoso.

Por no dar al Rey disgusto
no os he buscado y aun muerto,
que dejar en un desierto
a un muerto es caso injusto.

Que el Conde como valiente
me huyó esperando y no huyendo,
que el que huye va diciendo
que es cobarde, vil, y miente.

(Salen LEONOR y VIOLANTE.)

LEONOR. ¿Qué es esto?

LUIS. ¡A qué tiempo vino!

NUÑO. No creo que os ha pesado.

LEONOR. El Rey, Nuño, os ha llamado.

LUIS. ¡Qué crueldad, qué desatino!

NUÑO. Voy a ver lo que Su Alteza
me manda.

(Vase.)

LUIS. Yo, por mi honor,
aunque por tenerle amor
me quite el Rey la cabeza.

Pero mejor es matalle
esta noche con secreto;
ponerlo quiero en efeto;
que bien sé que han de culpalle
desta muerte al conde Enrique.
Muera Nuño, que es gran mengua
dejar una infame lengua
que mi deshonor publique.

(Vase.)

VIOLANTE. Aseguro a Vuestra Alteza
que gasta Enrique el terrero,
y más galán caballero

ni de mayor gentileza
no es posible imaginable.

LEONOR. ¿Quién duda que en el balcón
estuvo en contemplación
vuesa merced de su talle?

VIOLANTE. Miréle como a marido. (1)

LEONOR. Y no lo has mirado en vano
si yo la ocasión he sido.

Dale este papel, Violante,
al Conde, que en dos razones
están las resoluciones
de amor tan firme y constante.

Hoy sabrá Enrique, por él,
lo que ha de hacer; queda adiós,
porque esto importa a las dos.

(Vase la INFANTA, y sale RAMIRO.)

VIOLANTE. ¡Oh, venturoso papel!

¡Pondré tu sello en mi boca!

RAMIRO. En efeto, ¿puedo entrar?

VIOLANTE. ¡Ramiro!

RAMIRO. Dame a besar
la tierra que pisas; toca
la plata de esos chapines
que gastan dos azucenas,
entre cintas de almas llenas
que están cogiendo jazmines.

VIOLANTE. ¡Ay, Ramiro lisonjero!,
de tu dueño imitador,
¿cómo queda tu señor?

RAMIRO. Hecho un propio majadero
destos en que envuelven hilo
dando vueltas y revueltas
a esperanzas que andan sueltas
y suenan del mismo estilo.

VIOLANTE. ¿Dice que me quiere bien?

RAMIRO. ¡Pesia tal! Está perdido
por quien le quita el sentido,
que bien sabe Amor por quién.

VIOLANTE. Bien pago su voluntad;
dale este papel, Ramiro,
que me dió la Infanta.

RAMIRO. Admiro
vuestra ilustre necedad
en dilatar estas cosas.

VIOLANTE. No está en mi mano, ¿qué quieres?

(Vase.)

(1) Falta el verso siguiente. Termina con éste la página, y el reclamo dice: y ma-; acaso: y marido de tu mano, según sugiere una nota manuscrita de letra del siglo XIX, puesta al margen inferior de la página.

RAMIRO. Yo he visto pocas mujeres
que dejen de ser celosas;
no sé cómo ésta no entiende
el engaño de Leonor;
pero el desigual amor
que le entienda le defiende,
porque no puede pensar
que se humille a hablar el Conde.

(Sale ENRIQUE.)

ENRIQUE. ¿Aquí has entrado?

RAMIRO. Pues ¿dónde
no tiene, Enrique, lugar
esto que llaman bufete?

ENRIQUE. ¿Quién estaba aquí?

RAMIRO. Violante,
que, en sus engaños constante,
ser tu mujer se promete;
y aqueste papel me ha dado.

ENRIQUE. ¡Rásgale, necio!

RAMIRO. Señor,
es de Leonor.

ENRIQUE. ¿De Leonor?

RAMIRO. De Leonor o de leonado,
y por el atrevimiento
y desacato al papel
me has de dar...

ENRIQUE. Daré por él
el alma.

RAMIRO. ¡Gracioso cuento!
Ni infierno ni cielo soy,
aunque purgatorio he sido;
truécame el alma a un vestido.

ENRIQUE. Con botones te lo doy.

RAMIRO. ¿De seda, o de oro?

ENRIQUE. De oro
y de diamantes quisiera.

RAMIRO. ¿Quién te lo quita?

ENRIQUE. Oye, espera.

(Lee:)

"Dueño del alma que adoro:

Esta noche os quiero hablar,
llave tenéis del jardín.

Yo, tu dueño." ¡Serafín!

Quiero las letras besar,
y ruego al alma que salga
a la boca.

RAMIRO. ¿Es calentura?

ENRIQUE. Porque tan alta escritura
se imprima en ella.

RAMIRO. ¡Que valga

un papel en ocasión
tanto que a la boca llegue,
y que pasado se entregue
a tan baja oposición!

ENRIQUE. Entrar donde me asegura
su amor, es atrevimiento;
pero sin él, yo no siento
que tenga el amor ventura;
¡iré, divina hermosura,
a gozar tanto favor!

RAMIRO. Será necedad, señor.

ENRIQUE. No será, porque acompaña
el valor a toda hazaña,
y a toda infamia el temor.

(Vanse. Sale DON NUÑO y MENDO, como de noche.)

NUÑO.

Sabiendo, Mendo, el Rey que es imposible
durar las amistades con el Conde,
de celoso y terrible,
que lo siga de noche me responde;
porque este amor, que pienso que es secreto,
no quiere que a otro pecho esté sujeto.

MENDO.

Si le da pesadumbre Enrique, y teme
que le quiere Violante,
¿para qué sufre que le abrase y quemé
teniéndole delante?
Destiérrele del reino.

NUÑO.

Por la guerra
que tiene (1) de Aragón no le destierra.
Y porque no está cierto
que le quiere Violante ni él la quiere.

MENDO.

¡Celoso desconcierto!
Pero ¿dónde me mandas que te espere?

NUÑO.

En esa esquina, Mendo, y advertido
a mi voz el oído;
que hasta que salga el alba coronada
de cándidos jazmines,
alegre triunfo de la noche helada,
a quien sirven las aves de clarines,
no has de dejar de este jardín la puerta.

(1) Tiene, sic. Más sentido haría: teme.

MENDO.

Los ladrones de Colcos en la [huerta] (1)
de las manzanas de oro
no tuvieron cuidado como el mío.

NUÑO.

Advierte, Mendo, que el del Rey te fío (2).

(Sale DON LUIS solo, de noche.)

LUIS.

Siguiendo vengo a Nuño, por quien vivo
con dolor excesivo;

que he de tomar venganza con su muerte
de todas las afrentas que me ha hecho.
Al jardín ha llegado, y yo, de suerte
que he de pasarle el pecho,
aunque me cueste patria, hacienda y vida;
que no hay vida, la opinión perdida.

(Salen ENRIQUE y RAMIRO, de noche, embosados.)

ENRIQUE. Ven, Ramiro, poco a poco,
y advierte que estés atento.

RAMIRO. Ve delante, que ya voy.

ENRIQUE. La puerta es ésta; yo llego.

RAMIRO. Pon quedo en ella la llave.

ENRIQUE. Con la obscuridad no acierto.

RAMIRO. ¡Vive Dios, que hay gente aquí!
El entra; a peligro quedo
de que me maten; pues voyme,
porque a muchos, ¡tierra en medio!

(Vase.)

ENRIQUE. ¿Oyes, Ramiro? Ya entró

(Esto le dice a DON NUÑO, pensando que es RAMIRO.)

la llave, que tuve miedo
que una por otra me daban;
turbado Amor, todo es yerros.
Yo me entro; quédate aquí.

(Entrase.)

NUÑO. No eran en vano los celos
del Rey. ¿Hay mayor maldad?
¿Hay mayor atrevimiento?
¡Mendo, Mendo!

MENDO. ¿Qué me quieres?

NUÑO. Llama al Rey; ¡imita al viento!
El lo ha de ver con sus ojos.

MENDO. Pues ¿no me dirás qué es esto?

NUÑO. No, Mendo; porque me importa
que no lo sepas primero
que el Rey.

MENDO. Yo voy.

(Vase.)

NUÑO. De Violante
con justa causa me quejo;
venga el Rey, y véalo el Rey. [to?
Mendo, ¿aquí te estás? ¿Qué es es-

(A DON LUIS le dice, pensando que es MENDO.)

¿Por qué no vas a llamarle?
Que te enojaste sospecho
porque no te he confiado
este secreto; pues, ¡necio!
¿será bien que tú lo sepas
primero que el Rey?

LUIS. ¿Qué espero,
que no le quito la vida?

(Dale con la daga, y cae.)

NUÑO. ¡Ah, traidor! ¿Por qué me has
LUIS. ¿Así se enfrenta el honor [muerto?
de los nobles caballeros?
Quien le quita y no se guarda,
no espere mejor suceso.

(Vase. Sale el REY y MENDO.)

MENDO. ¡Ventura ha sido encontrar
con Vuestra Alteza!

REY. Los celos
ya, Mendo, me habían traído.

¿Dónde está Nuño? ¿Qué es esto?
MENDO. Tente, señor, que es un hombre.

REY. ¿Hombre en el suelo? Recelo
que no sin causa me llama [to.
Nuño, si es que a Enrique ha muer-
MENDO. ¿Cómo muerto a Enrique? ¡Si es
Nuño el muerto!

REY. ¿Muerto? ¡Ah, cielos!
¿No me dijiste que Nuño
me llamaba?

MENDO. En este puesto
me dijo que te llamase,
encubriéndome un secreto
que habías de ver tú sólo.

REY. ¡Secreto! ¿Qué dices, Mendo?
¡Vive Dios!, que estaba el Conde

(1) En la edición: guerra.

(2) Falta el verso anterior.

con Violante hablando, y luego
que debió de ver que Nuño,
que le venía siguiendo,
me lo había de decir,
le ha muerto a traición; no creo
que ha nacido de los hombres
un bárbaro tan sangriento.
¡Nuño muerto, y a traición!
¡Hola! Retirad el cuerpo,
que haré tan cruel venganza
que espante al mundo el ejemplo;
y tú, Violante cruel,
que haciendo de un rey desprecio
diste causa a tal desdicha,
¡hoy verás que también puedo
ser rey de mi voluntad!

(Sale ENRIQUE.)

ENRIQUE. Apenas mis pensamientos
comencé a decir a quien
fué la dulce causa dellos,
que en un mármol de una fuente
me aguardaba, y el silencio
de la noche interrumpía
con amorosos requiebros,
cuando siento tantas voces,
que, por un jazmín subiendo,
desde una tapia me arrojo
y a saber la causa vengo.
Gente hay aquí. ¡cielo santo!
¿Si es Ramiro, muerto o preso?
Pues ¡ánimo, corazón!,
que, fuera del Rey, no temo
a todo el poder del mundo.
¿Puedo pasar, caballeros?
¿Es el Conde?

REY. El Conde soy,
que jamás mi nombre niego.

REY. Yo soy el Rey.

ENRIQUE. Pues, señor,
¿a tales horas? ¿Qué es esto?
REY. ¡Qué buen descuido, traidor,
habiendo a don Nuño muerto!

ENRIQUE. ¿Nuño es muerto?

REY. ¿Disimulas?

ENRIQUE. Pésame, por ser tu deudo
y mi amigo, aunque de enojos
pasados tendrás recelos,
como se ve en tus palabras;
nunca fuí traidor, ni vengo
de traidores; si hay alguno
que te ha dicho lisonjero
que yo le he muerto...

REY. ¡No hables!

ENRIQUE. ¿No he de hablar, si airado y ciego
de siniestra información
me llamas traidor?

REY. Si veo
muerto a Nuño, y tú a su lado,
¿no es justo mi sentimiento?
Y siendo tú su enemigo
es indicio verdadero,
no siniestra información.
Muestra la espada.

ENRIQUE. Estoy cierto
que conoces su valor
y servicios que te ha hecho
y, pues la pides, advierte
que va limpia como quedo
de la sangre de don Nuño.

REY. ¡Qué buena disculpa, Mendo!
Como si no hubiera dagas.

ENRIQUE. ¿Mendo estaba aquí?

MENDO. No creo
que me ha engañado el amor,
con ser don Nuño mi dueño.
Su Alteza halló el cuerpo aquí.
REY. ¡Llevalle luego!

ENRIQUE. Voy preso.
sin culpa.

REY. Sábelo Dios,
que sabe humillar soberbios.
Ya revuelves a Navarra,
como a Aragón has revuelto.

ENRIQUE. Eres mi Rey, no respondo.

(Llevan a ENRIQUE, y sale DON LUIS y un CAPITÁN.)

REY. ¿En qué pararon mis celos!
¿No puedo volver en mí!

CAPITÁN. Con justa causa, señor,
la venganza y el dolor
hacen este efeto en ti.

REY. ¡Don Luis!

LUIS. De ver tu cuidado,
todos, señor, le tenemos.

REY. A tales ansias y extremos
me tiene Nuño obligado.

LUIS. ¿Pruébese que Enrique ha sido?
REY. Por un criado envié,
que se sospecha que fué
del conde Enrique insistido.

(Sale RAMIRO.)

RAMIRO. Mi inocencia está a tus pies. (1)

(1) Falta el verso anterior.

LUIS. Señor, este mismo es;
que yo le conozco, y vi
el que a Enrique acompañaba
cuando a Aragón se partió.

RAMIRO. ¿Qué importa que fuese yo
cuando en su servicio estaba,
si agora no le servía?

REY. ¿Niegas lo que saben todos?

RAMIRO. Bien sé yo que de mil modos
hará la desdicha mía
testimonios contra mí.

REY. Si te lo mandó matar,
¿de qué te sirve negar?

RAMIRO. ¿Eso se reprueba?

LUIS. Si.

RAMIRO. Harto más talle tenéis
de haber muerto a Nuño vos;
¡ah, testigos, plega a Dios
que alguna vez lo paguéis!

LUIS. ¿Yo, villano? Si Su Alteza
no estuviera aquí...

REY. Ahora bien,
luego tormento le den.

RAMIRO. ¿Tormento?

REY. Si tu bajeza
a sufrirlo no se atreve,
di la verdad.

LUIS. Di verdad,

Ramiro.

RAMIRO. ¿Hay mayor maldad?
¿No me diréis lo que os mueve
a perseguirme? Yo creo
que debéis de ser culpado,
que andáis desasosegado
y muy solícito os veo;
que hay muchos que por discul-
a sus locos desatinos, [pa
sus inocentes vecinos
juran que tienen la culpa.

REY. Ya se sabe que le has muerto.

LUIS. ¡Y cómo que ya se sabe!

RAMIRO. Señor, en caso tan grave,
que des tormento te advierto
a don Luis también conmigo.

REY. Llevad este hombre.

CAPITÁN. Camina.

RAMIRO. Apelo.

CAPITÁN. Ya desatina.

Di verdad.

RAMIRO. Que apelo digo.

(Vase el CAPITÁN y RAMIRO, y sale DON FÉLIX, em-
bajador de Aragón.)

FÉLIX.

Aunque tan ocupado y lastimado
esté, señor, Tu Alteza, como es justo,
la fuerza deste caso me ha obligado.

REY.

Quisiera, embajador, en tal disgusto
excusar esta plática propuesta,
por diferilla a tiempo de más gusto.

FÉLIX.

Pienso, señor, que no será molesta,
pues el rey de Aragón sólo se espanta
de que a sus cartas no le deis resmpuesta;
que ya hubiera enviado por la Infanta,
si supiera su gusto.

REY.

¡Bueno es esto!

¿En tanta enemistad, en guerra tanta
está cuando esto trata descompuesto?
¿Hacerme guerra y nombra al conde Enrique
por general, a tal rigor dispuesto.
y quiere que con ella le publique?

FÉLIX.

¿Quién lo dice, señor?

REY.

El mismo Conde.

FÉLIX.

Pues perdone su ausencia que replique.
Si él nunca estuvo en Aragón, ¿adónde
le hizo general mi rey, o cuándo
hacerte guerra o paces corresponde?

REY.

¡Qué de traiciones se le van juntando!
Traed de la torre aquí
al conde Enrique.

FÉLIX. Señor,

desafiar a un traidor
por mi rey me toca a mí.

REY. Antes no quiero que estéis
presente.

FÉLIX. El cielo te guarde.

¡A no estar preso el cobarde!...

REY. Presto el castigo veréis.

(Sale ENRIQUE y el CAPITÁN.)

ENRIQUE. ¿Qué es, señor, lo que me quie-
[res?

REY. ¡Ah, Conde, que en ser traidor
al que lo ha sido mayor
en toda maldad prefieres!
¿No dices que el de Aragón
te hizo su general,
y que por serme leal
dejaste tanto escuadrón
como a Navarra venía?
Su embajador ha llegado,
y dice que no has estado
en Aragón.

ENRIQUE. Sí diría.

REY. Pues, di, ¿cómo ha sido engaño?

ENRIQUE. Tuve ocasión.

REY. ¿Qué ocasión?

ENRIQUE. No puedo dar la razón.

REY. ¿Por qué?

ENRIQUE. Porque es mayor daño.

REY. ¡Eso es locura!

ENRIQUE. Es desdicha.

REY. ¿Cómo?

ENRIQUE. El no poder hablar.

REY. Pues ¿a un rey se ha de engañar?

ENRIQUE. Ese engaño fué mi dicha.

REY. Enrique, ¡tú has de morir!

No por esto, por la muerte
de Nuño.

ENRIQUE. Tu engaño advierte.

REY. Pues ¿qué me puedes decir
contra tanta información?

ENRIQUE. Que pudiera dar testigo
que en aquel tiempo conmigo
estuvo en conversación.

REY. Di quién es.

ENRIQUE. No puedo hablar.

REY. (*Ap.*) ¡Vive el cielo, que es Vio-
¡Brava fineza! Constante [lante!
quiere morir y callar.)

Llevadle, que voy a ver
si puedo hacer que el testigo
hable en su abono conmigo,
que aun esto no ha de querer.

(*Vase.*)

ENRIQUE. No hayas miedo que replique,
si mil tormentos me dan.

(*Sale LEONOR sola.*)

LEONOR. Deteneos, Capitán;
dejadme hablar con Enrique.

ENRIQUE. Señora, ¡tanto favor!

LEONOR. ¡Ay, Enrique!, de tal suerte

las sospechas de la muerte
al alma impiden temor
que me la da su rigor;
y así, me he determinado
que le digas que has estado
conmigo, y máteme a mí,
que pues yo la causa fuí,
bastante ocasión le he dado.

ENRIQUE. Yo, señora, a vuestro amor
tal respeto guardar debo,
que aun a pensar no me atrevo
que me habéis tenido amor;
máteme el Rey, y el rigor
muestre en mí su gran poder:
la vida quiero perder
para no quedar con miedo
que algún tiempo decir puedo
lo que pude merecer.

Yo no me quiero fiar
de mí mismo, aunque no es poco,
que si el bien me vuelve loco,
¿qué loco supo callar?
Muerto, no podré pensar
en que este bien merecí,
ni diré, Leonor, que os vi
dando perlas a una fuente,
cuya envidiosa corriente
ya murmuraba de mí.

Las razones amorosas,
las promesas y la fe
de quien depósito fué
el alma en prendas dichosas,
y lo que saben dos rosas
a mi amor enternecidas,
que mis penas merecidas
no han de ser imaginadas,
que sólo fueron ganadas
para llorarlas perdidas.

CAPITÁN. Señora, advierte que vienen
el Rey y el embajador.

LEONOR. ¡Ay, mi Enrique!

ENRIQUE. ¡Adiós, Leonor!

LEONOR. Mi vida tus ojos tienen.

ENRIQUE. Tus lágrimas la entretienen.

CAPITÁN. ¡Presto, señor!

ENRIQUE. ¡Ay, engaños
de amor! Prestos son los daños,
y eternos son los tormentos,
porque de amor los contentos
vuelven instantes los años.

(*Vanse ENRIQUE y el CAPITÁN, y sale el REY y
DON FÉLIX.*)

REY. No es enojo, sino gusto;
mi hermana habéis de llevar.

FÉLIX. Quiero primero avisar
y prevenir lo que es justo.

REY. ¿Sabes cómo has de partir?

LEONOR. Andas agora enojado.

REY. Lo que está determinado
no se puede diferir;
que trae don Félix poder
para casarse contigo.

LEONOR. Quiero hablarte, y sin testigo.

REY. ¿Cómo, si eres su mujer?
Que, aunque del rey de Aragón
embajador, es tu esposo.

LEONOR. ¿Mi esposo?

REY. Siendo forzoso,
no hay que poner dilación.

LEONOR. Luego ¿el rey de Aragón es
mi esposo?

REY. Por justas leyes.

LEONOR. Pues hablaré con dos reyes,
y responderéis después.
Famoso rey de Navarra,
cuya invencible corona
los leones de Castilla
y lises de Francia adornan;
gallardo rey de Aragón,
a quien las cabezas moras
blancas cruces, rojas barras
por tantas hazañas bordan:
conozco el atrevimiento
de hablaros furiosa y loca,
que no pudiera tenerle
menos que estando furiosa.
Habéis de oírme los dos,
sin que alguno me interrompa;
que tiempo al furor le queda
para que después responda.
Don Enrique de Navarra,
que el Conde valiente nombran
franceses y castellanos
por sus hazañas heroicas,
vino, por orden del Rey,
a decirme que le importa
que en Aragón me casase;
oíle una tarde a solas,
dijo del Rey la embajada,
y en razones amorosas
mil pensamientos turbados
sacó del alma a la boca;
enojéme desabrida,
afligíme vergonzosa;
castigúele con palabras,

mejor fuera con las obras;
él, corrido de haber sido
tan atrevido, con honra
de caballero me dijo
que su ausencia era forzosa,
y llorando tiernamente
se fué con tales congojas,
que en mil imaginaciones
me puso, quedando sola.
En esta ocasión llegó
Violante, una dama hermosa
que sirve el Rey, y me dijo,
llorando, que al Conde adora;
sus méritos me encarece,
y me ruega que interponga
mis fuerzas a detenerle,
pues el Rey no se lo estorba;
póneme en mucho cuidado,
y comienzo a estar celosa
antes de tenerle amor,
y así su amor me provoca
de uno en otro pensamiento,
ya celosa, ya envidiosa,
que no sé si enamorada,
que el amor más se reporta;
envío a llamar al Conde,
el Conde a Navarra torna,
valiéndose de mentiras,
de amor disculpa notoria;
escuché sus pensamientos,
que nuestras desdichas todas
nos entran por los oídos
a conquistar la memoria;
dile lugar una noche,
honestamente amorosa,
a que en un jardín me hablase,
que fué deste engaño Troya;
ya digo que el pensamiento
aun no es justo que se ponga
en átomos de mi honor,
que el Sol con ellos es sombra.
Estando los dos hablando,
a las voces lastimosas
de (1) Nuño herido, alterado
Enrique las armas toma,
salta una pared poniendo
los pies en las ramas toscas
de unas yedras (2), presumiendo
que es alguna gente ociosa
que a su criado Ramiro

(1) En la edición, por errata: *don*.

(2) En la edición: *piedras*.

acuchillaban en tropa,
y cuando llega halla al Rey,
que le prende y le aprisiona;
que está inocente es [sin] duda,
si bien la culpa no es poca,
que confieso, aunque mi amor
hoy por su defensa informa.
Ya, rey de Aragón, sabéis
de mi desdicha la historia;
si así me queréis llevar,
la partida se disponga,
que yo, a mi muerte dispuesta
antes de admitir sus bodas,
no hay pena que por Enrique
no tenga por dulce gloria;
que, viva y muerta, soy suya,
pues no hay razón que conozca
ni más de un amor con alma,
ni más de un dueño con honra.

REY. ¿Tengo yo de responder?

FÉLIX. Eso a mí me toca agora,
que como traigo el poder,
soy rey de Aragón, señora,
y vos, en fin, mi mujer;
mas, como soy rey fingido,
así también lo habéis sido,
y por el mismo poder
digo que no quiero ser,
ni seré, vuestro marido.

Antes es bien que publique
al Rey que os dé en casamiento,
pues es justo, al conde Enrique,
porque a tal atrevimiento
tanta ventura se aplique;

que es justo que su cordura
esto quiera y esto mande,
y es bien que, firme y segura,
a atrevimiento tan grande
suceda tan gran ventura.

REY. Llamadme al Conde; hoy me
piadoso con tanto amor. [muestro]

LEONOR. ¿Qué embajador sois tan diestro!

FÉLIX. Ya no soy embajador,
que soy abogado vuestro.

(Sale el CONDE ENRIQUE, el CAPITÁN, RAMIRO y DON
LUIS.)

CAPITÁN. ¿También vos queréis entrar?

RAMIRO. Si es día de jubileo,
dejad que lo gane a todos.

LUIS. Aquí está el Conde.

ENRIQUE. No pienso
darte más satisfacción.

REY. Ya estoy, Conde, satisfecho
de la muerte de don Nuño,
que es probada, sin saberlo,
muy a costa de mi honor,
la coartada (1) del derecho.
Pero, ya que libre estáis
desta causa, que deseo
averiguar, dime, Conde,
¿quién sospechas que lo ha hecho?

ENRIQUE. Señor, Ramiro me dijo
que esta noche en el terrero
vió a don Luis.

RAMIRO. Así es verdad,
rebozado y descompuesto;
y en verle andar tan agudo
para que me den tormento
acabé de confirmar
que a costa de mi pescuezo
quiere defender su vida.

LUIS. ¡Mientes, infame!

RAMIRO. No miento,
y tú mientes.

LUIS. ¿Esto sufres
que diga un vil escudero?
¡Pues sufre que yo le mate!

(Saca la daga para darle.)

REY. ¡Tente, villano! ¿Qué es esto?
Muestra la daga.

LUIS. Señor,
aquí está a servicio vuestro.

REY. ¿Sangre no es ésta que miro?
¿Cómo estuviste tan ciego,
que no limpiaste la daga?

LUIS. Porque me ha cegado el cielo.
Confieso que le maté;
pero que me dió, confieso,
ocasión.

REY. ¡No a ser traidor!
¡Llevadle!

RAMIRO. Denle tormento.
¡Confiesa, perro!

LUIS. ¿Estas cosas
permities?

RAMIRO. ¡Confiesa, perro!
¿A mí no me perseguías?
Pues ahora ¿qué te debo?
¡Bien lo mereces!

REY. ¡Llevadle!
Tú, Félix, al rey don Pedro,

(1) En la edición: *quartada*.

FÉLIX. tu señor, dirás la historia
ENRIQUE. deste notable suceso,
REY. y que no puedo excusar
a tan noble caballero
como el Conde dar mi hermana.
Eso es justo.
Tus pies beso.
Condestable de Navarra
sois desde hoy.

(Sale VIOLANTE.)

VIOLANTE. Ya no me quejo.

porque conozco que es justo
dejar por lo más lo menos.
RAMIRO. ¿Y yo no soy nada aquí?
REY. ¿Qué quieres?
RAMIRO. Dame, te ruego,
un cuarto no más al mes
de cada galán mancebo
que presumiere de lindo.
ENRIQUE. Y aquí, senado discreto,
acaban del conde Enrique
ventura y atrevimiento.

FIN

COMEDIA FAMOSA
DE
VER Y NO CREER
DE
LOPE DE VEGA CARPIO

LAS PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA:

CELIA, *dama*.
FABIO, *Duque*.
LEONORA, *dama*.
FELICIANO, *galán*.
ENRIQUE, *Conde*.
INFANTA LUCINDA.

LAURENCIA, *criada de la*
INFANTA.
REY, *padre de* LUCINDA.
GRANDE PRIMERO.
GRANDE SEGUNDO.
Muchos SOLDADOS.

CLASCANO, *lacayo del*
CONDE ENRIQUE.
Un PAJE.
MÚSICOS.
ORTENCIO y FULGENCIO,
criados (1).

ACTO PRIMERO

*(Sale CELIA, *dama*.)

Tras el invierno proceloso y frío,
sale ufana (2) la alegre primavera,
y al agostado y caluroso estío,
templado, agradable otoño espera.
El tiempo lo dispone a su albedrío;
todo lo muda así la edad ligera;
y para hacer en mí mayor mudanza,
ni mengua el mal ni crece mi esperanza.

(Sale el DUQUE FABIO.)

Ni mengua el mal ni crece mi esperanza,
ni se muda de amor la ardiente llama
que la gloria, aquel pecho amado, alcanza;
es fuego del amor que al alma inflama;
no me mates, cruel desconfianza,
que al verdadero bien mudanza inflama;
que si Lucinda es pena a mis enojos,
fuego mis quejas son, mares mis ojos.

(1) En el manuscrito los personajes tienen el siguiente reparto: *Celia, dama, Isabelica*.—*Duque* Fabio, *Pérez*.—*Leonora, dama, Isabel*.—*Feliciano, Carabaja*.—*Conde Enrrique*, *Bernardo*.—*Lucinda, Infanta, Mariana*.—*Laurencia, La señora Catalina*.—*Rey, Diego*.—*Clascano, Garabito*.—*Paje, Primo*. La comedia está dividida en jornadas.

(2) *Ms.: sale la ufana*.

(Sale LEONORA, *dama*.)

Fuego mis quejas son, mares mis ojos,
y en su golfo, de vientos combatida,
nave soy que, siguiendo mis antojos,
por sus ondas celosas voy perdida,
de la dulce ocasión de mis enojos,
en cuanto desdichada, aborrecida;
que, pues a quien me adora así aborrezco,
del cielo es el castigo que padezco.

(Sale FELICIANO, *galán*.)

Del cielo es el castigo que padezco,
del infierno la pena que me mata,
pues, adorando un sol que no merezco,
sigo, cual tornasol, su luz ingrata,
y aunque [al] (1) resplandor el alma ofrezco,
con tal desdén y gloria la maltrata,
que, muerta por sus rayos y gozosa,
ciego muere por ver su luz hermosa.

FABIO.

¡Celia hermosa!

FELICIANO.

¡Bellísima Leonora!

No en balde, del jardín las flores bellas
hurtan varios colores al aurora
viendo que vos os retratáis en ellas.

(1) *Ms.: el*.

LEONORA.

¡Retórico venís!

CELIA.

Quien os adora
¿podrá, Duque, contaros las querellas
de un alma triste, amando desdeñada
y en sus mayores glorias desdichada?

¿Podrán mis ojos tristes, podrá el alma,
un corazón en lágrimas deshecho,
el fuego ardiente desta dulce calma
los hielos encender de vuestro pecho?
¿Prometeréme yo gloriosa palma
desta empresa de amor mal satisfecho?
¿Moverán nos jamás tiernos suspiros? (1)

FABIO.

No sé, divina Celia, qué deciros.

Sabe Dios que me pesa no adoraros,
y sabe que no puedo yo quereros;
sé que es divina gloria contemplaros;
sé también que no puedo mereceros,
que tienen justa causa de invidiaros
del cielo los clarísimos luceros;
pero la voluntad, que Amor reparte...

CELIA.

Tenéis, Fabio, cautiva en otra parte.

¡Ay de quien llega a tanto desengaño!

FELICIANO.

¡Ay de quien llega a tanta desventura!
¿Posible es que los cielos, ¡caso extraño!,
juntén con tal crueldad tanta hermosura?

LEONORA.

Consolaos, Feliciano, con mi daño,
que iguales son la vuestra y mi ventura.

FELICIANO.

No son mis males, no, para consuelos,
¡que es rabia amor si le atormentan celos!

(Aquí se miran los unos a los otros.) (2)*

CELIA.

¡Leonora!

FABIO.

¡Feliciano!

FELICIANO.

¡Duque amigo!

LEONORA.

Celia bella, ¿tan triste?

CELIA.

Son desdenes.

FABIO.

¿Sois mi señora vos?

CELIA.

Vos, mi enemigo,
avaro tesorero de mis bienes.

LEONORA.

En vano yo también el viento sigo.

FELICIANO.

¿Cómo yo firme estoy en los vaivenes?

FABIO.

Yo adoro un mármol.

FELICIANO.

Yo amo una sireña.

FABIO.

Pues lloremos a cuatro (1) nuestra pena.

(Pónense a hablar a una parte los cuatro, y sale la
INFANTA LUCINDA y el CONDE ENRIQUE.) (2)

CONDE.

No es querer, sino matar;
no es matar, sino fingir,
hacerme desesperar,
que prometer sin cumplir.
*es por rodeo negar.

¿Hasta cuándo, bella Infanta,
durará desdicha tanta,
pues, cual Tántalo, me toca,
sin que me llegue a la boca,
aquel dulce a la garganta?*

¿Cuándo mis altos antojos
gozarán (3) glorias dispuestas
a dar fin a mis enojos?

INFANTA. ¡Sabe Dios lo que les (4) cuestas

(1) Así el verso en el Ms.; acaso: os moverán jamás, etc.

(2) Aquí comienza la comedia en la edición: Salen Celia, Leonora, Fabio y Feliciano, etc.

(1) Ms.: a un tiempo.

(2) Ms.: Pónense a hablar en una parte del tablado todos quatro y por la otra salen el Conde Henrique y Lucinda infanta.

(3) Ed.: hallaron.

(4) Ed.: le.

de lágrimas a mis ojos!

No digas, Enrique mío,
tan notable desvarío,
si sabes que tuyas son,
como las del corazón,
las llaves de mi albedrío.

CONDE.

Deja (1) al tiempo aquesta haza-
gran trazador de ocasiones. [ña,
El mismo me desengaña
que es menos las aflicciones
mudar, que no una montaña.

Si por el suelo poner
suele montes y vencer
la más altiva arrogancia,
¿qué será de la constancia
del pecho de una mujer?
¡Temo!

INFANTA.

Pensamientos vanos
no temas su ligereza,
que si hace los montes llanos,
son ellos, con mi firmeza,
inconstantes y livianos.

¡Ay, Enrique! Yo quisiera
que, como quiero, pudiera (2)
darte...

CONDE.

La ocasión presente,
que te lo (3) ruega esta fuente
bulliciosa y placentera.

*estos mirtos, estas flores,
destos álamos la sombra,
que para hurtos de amores
pinta el sol la verde alfombra
de cambiantes de colores.

Mira los olmos y yedras,
que con amorosas medras
unos con otros se enlazan,
que aquí, de amores se abrazan
hasta las heladas piedras.*

Todo, mi Lucinda, hermosa,
todo lo rinde Amor, ciego,
en esta (4) estancia dichosa.
¡Basta, que ya doy al fuego
más vueltas que mariposa!

INFANTA.

CONDE.

Tome (5) ejemplo tu tibieza
en lo que Naturaleza
nos enseña.

CELIA.

LEONORA.

¿Quién?

Lucinda.

FELICIANO. Ya nos han visto.

FABIO.

¡Que rinda

el Conde tanta belleza!

INFANTA.

¡Ay, mi bien! ¿Quién está aquí?

CONDE.

Sólo son desdichas mías.

¡En triste punto nací!

INFANTA.

Hoy tendrán fin mis porfías.

CONDE.

¿Qué dices?

INFANTA.

Digo que sí.

(Aquí los cuatro se acercan a la INFANTA.) (1)

CELIA.

Con razón brotan las plantas
flores tan bellas y tantas.

LEONORA.

Y de varios ramilletes
borda la tierra tapetes
para tus hermosas plantas.

FELICIANO.

Y las sonoras (2) aves,
viendo tu claro arrebol,
acordando voces suaves,
reciben al (3) nuevo sol
con tonos dulces y graves.

FABIO.

Si su melodía encanta,
hermosa y divina Infanta,
cantando glorias de Amor,
no falta algún ruiñeñor (4)
que tristes endechas canta.

*Pero viendo tu belleza
que da al mundo tanta gloria,
templa alegre su tristeza,
que se muda la memoria
si no la naturaleza.*

INFANTA.

De suerte lo habéis pintado,
que os prometo me ha pesado
no causarlo, porque fuera
ver aquí a la primavera
un gusto no imaginado.

CELIA.

Prima del alma, Leonora,
¿en qué la siesta se pasa?

FABIO.

Sólo en servirte, señora.

Un corazón que se abrasa
¿podrá decir que te adora?

*Da licencia a mis querellas,
que con desdén atropellas,
para decir mis enojos;
que, si llegan a tus ojos,
subirán a las estrellas.*

INFANTA.

¡Basta, Duque!

FABIO.

Y basta tanto

(1) Ms.: *decía*.

(2) Ms.: Este verso, escrito sobre otro ilegible.

(3) Ed.: *y se lo*.

(4) Ms.: *instancia*.

(5) Ed.: *toma*.

(1) Ms.: Falta esta acotación.

(2) Ed.: *cantadoras*.

(3) Ms.: *reciben el*.

(4) Ed.: *Rey señor*.

esa razón homicida,
ese "basta" que me espanto,
que basta a quitar la vida
y no a dar fin a mi llanto.

CELIA. ¿Hay más celos?

LEONORA. ¿Hay más pena?

CONDE. Furia y cólera refrena;
escucha.

LEONORA. ¡No hay qué escuchar! (1)

Mas, pues te vine (2) a rogar,
mi liviandad me condena;
bien tu desdén merecí.

CELIA. ¿Quieres pasear la floresta?

INFANTA. No, prima; vamos de aquí,
que me hallo un poco indispueta
y corre viento.

CELIA. Es así. (3)

INFANTA. Ven a este mismo jardín
esta noche, y tendrán fin,
dulce Enrique (4), tus cuidados.

CONDE. ¡Tormentos bien empleados,
si es el premio un serafín!

Mas, aunque estoy tan ufano
con tal bien, tal galardón,
que lo temo y dudo es llano.

INFANTA. En prueba y confirmación,
te quiero dar una mano.
¡Ay!

(Hace como que cae, y le da la mano.) (5)

LEONORA. ¡Cayó!

CELIA. ¡Jesús!

FABIO. ¡No fuera
yo quien la mano le diera!

CONDE. De resplandor circuído
jurara que había caído
el mismo Sol de su esfera.

Cayendo, me levantaste.

INFANTA. Mayor fué la dicha mía,
pues en ocasión te hallaste
que cuando al (6) suelo venía,
en palmas me sustentaste.

LEONORA. Celia amiga, mis recelos
han declarado los cielos.

CELIA. Toma consuelo en mi mal.

LEONORA. Es el mío sin igual;
que, tras desengaño, es celos (1).

(Vanse todos, sino FABIO y FELICIANO.)

FELICIANO. ¿Qué te parecc?

FABIO. Que son

mis desdichas de tal suerte,
con esta grave aflicción,
que sólo puede la muerte
dar vida a mi corazón. (2)

FELICIANO. *Si al Conde favoreció,
no es bien que te vuelvas loco.
¿Qué hizo, en qué te ofendió?

FABIO. Darle la mano, ¿fué poco?

FELICIANO. ¿Fué mucho, si tropezó?

FABIO. Temo, amigo Feliciano,

que para que tome pie
quiso alargarle la mano
al fin, que el dársela fué
para darme a mí de mano.

Teme, en esta triste calma,
con mil recelos, el alma;
que, con donaire y aviso,
con su mano misma quiso
darle de su amor la palma;

dar fin a sus tristes penas,
a sus congojas y males,
del alma vistos apenas,
cuando glorias celestiales
le da y rinde a manos llenas.

Esto a darme muerte basta;
esto mi vida contrasta,
y ver que, con pecho humano,
el Conde le da mano
y a mí que me diga "basta".*

(Vanse, y salen la INFANTA, y LAURENCIA, criada.)

LAURENCIA. Resuelta estás.

INFANTA. En querer.

LAURENCIA. ¿Y qué pretendes?

INFANTA. Pagar.

LAURENCIA. ¿Con qué?

INFANTA. Con agradecer.

LAURENCIA. ¿A quién?

INFANTA. A quien sabe amar;
a Enrique, ¿quién (3) ha de ser?

(1) Ed.: Que he de escuchar?

(2) Ed.: se vino.

(3) Ms.: Falta esta redondilla.

(4) Ms.: Conde amigo.

(5) Ms.: Falta esta acotación.

(6) Ed.: el.

(1) Ms.: Faltan esta redondilla y la anterior.

(2) Ms.: Este verso y los dos anteriores:

que en esta grave afliccion
solo acabara la muerte
las penas del corazon.

(3) Ms.: a quien.

*¡Ay, mi Laurencia querida!
¡Ay, Laurencia!, estoy perdida
con tal gusto y gloria tanta.
que sólo mi ser levanta
lo que tengo de rendida.*

Estoy, amiga, muriendo,
cuando vivo en dulce calma;
mil tormentos padeciendo
está entre glorias el alma,
y estoy tal que no me entiendo (1).

¿No te lo dicen mis ojos?
Llorando dulces enojos,
¿quieres que más lo publique?,
¿no dicen que al Conde Enrique
el alma rendí en despojos?

*Pues no son, amiga, engaños.
Verdades son, ¡ay de mí!,
que, esta noche, desengaños
y el premio le prometí
de esperanzas de tres años.*

No soy de bronce, Laurencia.
¿Qué te admiras?

LAURENCIA. Tu prudencia
hoy, señora, te ha faltado.

INFANTA. Es que el (2) amor me ha sobrado;
esto se ha de hacer.

LAURENCIA. ¡Paciencia!
Pero, en (3) fin...

INFANTA. Ya miré el fin.

LAURENCIA. ¿Y es (4) bien?

INFANTA. Que le quiero hablar.

LAURENCIA. ¿Adónde?

INFANTA. Por el jardín.

¿Parécete mal lugar
el amparo de un jazmín?

LAURENCIA. No te acabo de entender,
señora.

INFANTA. En vano ha de ser
ponerme al deseo (5) rienda.

LAURENCIA. Pues ¿qué pretendes?

INFANTA. Que entienda
que esposa suya he de ser (6).

LAURENCIA. ¡Gallarda resolución!

Pero, en fin, mira tu honor,

(1) Ed.:

[INFANTA.] y estoy...

LAUR. Tal que no te entiendo.

(2) Ed.: En el.

(3) Ed.: al.

(4) Ed.: Y al.

(5) Ed.: desecho.

(6) Ed.: Eurique que soy mujer.

que no es razón...

INFANTA. ¿Y es razón

que entre las manos de Amor
reviente mi corazón?

LAURENCIA. No es razón, disculpa tiene (1);
ahora bien, por Dios te ruego
que no te aflijas, y fía
de mi lealtad.

INFANTA. ¡Dame luego
tus brazos, Laurencia mía,
pues me dan vida y sosiego! (2)

*El Conde, esta noche oscura,
clara para mi ventura,
en el jardín ha de entrar;
por centinela has de estar
para que yo esté segura.

Quiero decirle mi mal,
porque entienda que es mi bien,
y que Amor me tiene tal,
que para mí no hay más bien
como tenerme mortal.

Entre mudas soledades
quiero decirle verdades,
porque es la noche la capa
con que Amor su rostro tapa
para decir libertades.

Quiero, pues él ha querido* (3)
darme el alma, enternecido,
concedelle (4) el bien que espero;
y, en fin (5), pues tanto le quiero,
quiero hacerle mi marido.

¿Quieres más?

LAURENCIA. Ni esto quisiera;
mas, pues tan determinada,
señora, estás, bueno fuera
ir al jardín, que estrellada
la noche ya nos espera.

INFANTA. Darte quiero el corazón.

LAURENCIA. Con todo, en esta ocasión,
temo...

INFANTA. ¿Qué puedes temer?

LAURENCIA. Que me tiene de vencer.

(1) Este verso suelto y la quintilla anterior fal-
tan en el Ms.

(2) A continuación, en la Ed., siguen estos tres
versos:

LAURENCIA. Pero, en fin ¿qué le dirás
al Conde?

INFANTA. Si en eso das
daróme que sospechar.

(3) Ed.: quiero que pues ha querido.

(4) Ed.: concederle.

(5) Ed.: y al fin.

INFANTA. ¿Quién?

LAURENCIA. Alguna tentación (1).

(*Vanse. Salen LEONORA y CELIA.*) (2)

CELIA. *¡Ay, amiga!, cuántos daños causa [en] el mundo el Amor; todo es mal, todo es rigor, mentiras todo y engaños.

Si los que habemos trazado no[s] salen, Leonora, bien, hoy del más fiero desdén las dos habemos triunfado; que, a quien venturas le niega, trazas el cielo concede, y el Amor todo lo puede, que es ciego, y las almas ciega:

y estalo tanto la mía, que a lo que ves me arrojé, pues siempre del Amor fué grande amiga la osadía.*

Por tu consejo escribí al Duque Fabio el papel, y pienso, amiga, con él darte al Conde Enrique a ti;

que si lo llega a saber, por fuerza te ha de adorar.

LEONORA. ¡Basta!, que me quieres dar (3) lo que (4) imposible ha de ser.

*Y cuando tan venturosa fuera que a Enrique alcanzara, que sólo esto me bastara, Celia, para ser dichosa;

aunque es pensamiento vano pensar tener tanta dicha, ¿puede haber tan gran desdicha como amarme Feliciano?

Mil veces le he despedido y (5) tantas desengañado; ninguna cosa ha bastado; todo, Celia, lo ha sufrido.

¡No sé qué hacer, por mi vida!, que no hay enfado mayor entre todos los de amor que sin querer ser querida.

CELIA. No haces bien, pues tu beldad da ocasión a su porfía.

LEONORA. Dí tú que es desdicha mía

y en él fina necedad; que un galán, cuando es discreto, si persevera ofendido, a unos desdenes rendido y a una crueldad sujeto, no ha de ser con tal tesón que enfade en vez de obligar, porque entonces no es amar. ¿Pues qué?

CELIA. Tema y sinrazón.

LEONORA. locura, con que mil necios han dado en ser porfiados; de puro cansar, [cansados] (1), y no de oír menosprecios.*

CELIA. ¡Qué brava estás! Pero escucha: ¿y si Enrique respondiera? (2)

LEONORA. Si yo lo que he dicho fuera, tuviera razón (3) y mucha; pero nunca desengaños

me dió sin darme esperanzas. CELIA. Esas mismas confianzas entretuve algunos años;

*mas como creció el amor al paso que ellas menguaron, mis tormentos procuraron otro remedio mejor.

y, al fin, amiga, le hallé en tu amparo y discreción.

LEONORA. Con menos lisonjas son tuyas mi amistad y fe.

Mas, dime, ¿cuál estará con la carta de la Infanta el Duque, y en gloria tanta qué de locuras dirá?

¡Goce el bien felices años, pues en tu mano le tienes!

CELIA. ¿Qué he de esperar de los bienes que se fundan en engaños?*

mas, ¡ay cielos, gran ventura!

LEONORA. ¿Cómo?

CELIA. ¡Viene Feliciano!

LEONORA. ¿Piensas tú que está en mi mano no hacer alguna locura?

Mas vete, que he de vengarme. ¿Con qué?

CELIA. Con dale un buen rato.

LEONORA. Adiós.

(*Vase CELIA.*)

(1) Faltan esta quintilla y la anterior en el Ms.

(2) Ms.: *Vanse las dos. Salen Celia y Leonora.*

(3) Ms.: *Basta que me quieras dar.*

(4) Ed.: *la que.*

(5) Ms.: *Después de y, tachado otra.*

(1) Ms.: *cansar.*

(2) Ms.: *Si Enrique esso respondiera.*

(3) Ed.: *tuviera ventura.*

LEONORA. ¡Que este mentecato
haya dado en adorarme! (1)

(Sale FELICIANO.)

FELICIANO. Pues que tratáis mis despojos
con tan injusto rigor (2),
viene a quejarse mi amor
a las niñas de esos (3) ojos.

*Y niñas juzgarlo pueden,
pues tanta [es] vuestra crueldad,
que a mi fe y vuestra beldad
vuestros rigores exceden.*

LEONORA. Es el amor, Feliciano,
una inclinación secreta,
con que el alma está sujeta
a seguir su gusto vano;
y como de las estrellas
depende esta inclinación,
si yo no os tengo afición,
quejaos, Feliciano, a ellas. (4)

*Porque sus influjos fieros
permiten, por más rigor,
que agradezca vuestro amor,
mas no que pueda quereros;
pero mi naturaleza
he de forzar para amaros,
con que hagáis...

FELICIANO. Para adoraros,
un altar a esa belleza;
ya, simulacro tan bello,
por víctima más querida
sacrificaré mi vida.

LEONORA. ¡Bien sabéis encarecello!* (5)

FELICIANO. Haré por vos imposibles
que espante el imaginallos;
porque, en fin, por alcanzallos (6)
mi amor los hará posibles.

*Haré...

LEONORA. ¡Paso, no hagáis tanto,
que ya parece que os veo
prometer, como otro Orfeo,
bajar al reino del llanto!
¡Quejas son promesas locas!

(1) Falta esta redondilla en el Ms.

(2) Ms.:

*Pues que mis despojos (sic)
tratais con tanto rigor.*

(3) Ms.: de sus.

(4) Ms.: dellas.

(5) Ms.: encarecerlo.

(6) Ms.: imaginarlos y alcanzarlos, respectiva-
mente.

FELICIANO. Si en las que os he de servir
mi amor habéis de medir,
paréceme que son pocas.*

LEONORA. Ahora bien, haced que Fabio
adore a Celia (1), que es justo;
decídselo (2) por mi gusto,
pues sois su amigo, y sois sabio;
porque os prometo que el día
que el Duque a Celia querrá,
en ese mismo tendrá
dulce fin vuestra (3) porfía.
Y adiós.

FELICIANO. ¿Cómo no me mata,
pues tan súbito (4) ha venido,
tanto bien?

LEONORA. El ha bebido
veneno en taza de plata.

(Vase LEONORA, y sale el DUQUE FABIO leyendo un
papel.) (5)

FABIO. Papel blanco, ¡cielo mío!,
pues en ti esas letras bellas
no son letras, sino estrellas
que influyen en mi albedrío.

*Caracteres con que Amor
hechiza mi voluntad,
cautivó una libertad
enterneciendo un rigor.

Ya desdenes no recelo
con este fuerte conjuro;
con tal carta de seguro
y tan favorable cielo,
victoria, Amor; no temáis;
embestid, fiel corazón,
que llevando este guión
cualquier gloria aseguráis.

¡Mi papel! El alma loca,
cuando vuelve a contemplaros,
quisiera, para adoraros,
cifrase toda en la boca.

Pero, ya que en su despecho
no lo ha permitido Dios,
pues sois su epítima vos,
poneros quiero en el pecho.*

FELICIANO. ¡Duque amigo!

FABIO. Estoy corrido

(1) Ms.: quiera a Celia pues.

(2) Ms.: decírselo.

(3) Ms.: nuestra.

(4) Ms.: subido.

(5) Ms.: Al principio del soneto, sale el duque
Fabio leyendo un papel. El aludido soneto falta en el
Ms. y en la Ed.

de haberme así (1) descuidado;
mas no importa.

FELICIANO. ¡Estáis turbado!

FABIO. Vengo un poco divertido.

FELICIANO. ¿Es de amores el papel?

FABIO. Es, amigo, de una fea.

FELICIANO. ¡Ventura!

FABIO. No sé cuál sea.

FELICIANO. Ser discreta y no cruel.
Pero será de la Infanta,
pues tanto le celebráis.

FABIO. ¡Basta!, que de mí os burláis;
no cabe en mí dicha tanta,
que es para mí mármol frío
con entrañas de diamante.

FELICIANO. Ya no es, Fabio, el ser constante
amor, sino (2) desvarío;

dejadla estar (3), pues desdenes
da por premio (4) a vuestro amor;
querer a Celia es mejor,
y os dará colmados bienes;

Celia es un sol en su cielo (5)
que, con luz clara y divina,
a que la adoren inclina
todos los hombres del suelo (6),
y pésame, ¡vive Dios!,
que siendo della querido
y entre tantos escogido,
seáis el ingrato vos.

FABIO. Yo sé (7), Feliciano, bien
que es (8) Celia un cielo, es un sol
que es divino su arrebol,
y que es un ángel también;
sé que quisiera querella,
y razón fuera adoralla;
sé que es posible alcanzalla,
imposible merecilla (9);
sé en la obligación que quedo
a su amor sencillo y llano;
sé, en fin, que no está en mi mano
y que querella (10) no puedo.

La Infanta, amigo, Lucinda (11).

gloria de su padre el cielo,
cuya hermosura en el suelo
con los querubines linda (1),
está, pues, para que aplique (2)
a mis penas dulce fin.

FELICIANO. Al salirse del jardín
dió la mano al Conde Enrique.

FABIO. No, sino a mí.

FELICIANO. ¿Cómo es eso?

FABIO. Esta noche, ¡oh claro día,
mira si en tanta alegría
es razón que pierda el seso!;
mira, amigo, ¿cómo puedo
querer a Celia jamás?
En el papel lo verás.

FELICIANO. Muestra, a ver.

FABIO. Léele quedo.

(Lee FELICIANO:)

“Vuestras pasiones públicas siento de suerte
en secreto que si le guardáis con el recato (3)
de no hablarme jamás de día, podréis lograr
las noches por el jardín, en el cual ésta os es-
pero (4), en confianza de que vuestra nobleza
no romperá las leyes de mi gusto.—*La Infanta.*”

¡Breve, en suma, y compendioso!

FABIO. Viene en él mi bien cifrado.

FELICIANO. ¡Basta!, que soy desdichado
el día que vos dichoso;

mi amor (5), amigo, os rogaba
que a Celia quisieseis bien,
porque haciéndolo, también
a mi Leonora alcanzaba;

*y veo que no es posible,
porque es segura verdad,
que forzar la voluntad
es el mayor imposible.

¡Gozad los dulces despojos
del Amor, felices años,
libre de enredos y engaños,
de locos celos y enojos!*

Mientras (6) con lágrimas quiero
a mi Leonora ablandar.

FABIO. No os vais, ¡tened!

FELICIANO. No hay lugar.

(1) Ms.: *ansí.*

(2) Ms.: *y no.*

(3) Ms.: *dexalda ya.*

(4) Ms.: Por errata: *promisa.*

(5) Ms.: *es un cielo.*

(6) Ms.: *del cielo.*

(7) Ms.: *ya sse.*

(8) Ms.: *Falta es.*

(9) Ms.: *Falta esta redondilla.*

(10) Ms.: *quererla.*

(11) Ed.: Dice así el verso:

La Infanta (amigo?) Lucinda.

(1) Ms.: *Falta esta redondilla.*

(2) Ms.: *La Infanta para que aplique.*

(3) Ms.: *la cautela.*

(4) Ed.: *espera.*

(5) Ed.: *honor.*

(6) Ed.: *mas ya.*

FABIO. ¿Sois mi amigo?

FELICIANO. Y verdadero.

FABIO. Pues no haya (1) más, por agora, porque os juro, en gloria tanta, que en siendo mía la Infanta, ha de ser vuestra Leonora (2).

Que le diremos (3) conviene por el secreto.

FELICIANO. Tus pies, por tan precioso interés, me has de dar.

FABIO. Quedo. El Rey viene.

(Sale el REY, padre de LUCINDA, y LUCINDA, el CONDE ENRIQUE y dos GRANDES.) (4)

GRANDE 1.º

Puesto que aborrecido y desdeñado de mi señora Infanta, Felisardo, con todos los bohemios de su reino, marchando al (5) tardo son de roncadas cajas, pisa ya victorioso nuestras tierras, y que es casi imposible resistirle (6), digo, excelso señor, que fuera justo que la mano le diese y la palabra, la Infanta serenísima, de esposa.

GRANDE 2.º

Dice el Duque muy bien.

REY.

No me parece que esté puesto en razón darle de miedo lo que cuando rogado (7) negar quise, pues con facilidad puede juntarse un numeroso ejército valiente que contraste sus fuerzas y arrogancia.

INFANTA.

Si a los hombres les falta esfuerzo y ánimo por defender su Rey, por defenderme,

(1) Ms.: Enmendado, con tinta diferente, aya, sobre aiga.

(2) Ed.:

que he de dexar a la Infanta porque gozeys a Leonora.

(3) Ed.: que le diremos.

(4) Ms.: Sale el Rey, Henrique, Infanta y dos grandes.

(5) Ed.: manchando el.

(6) Ms.: resistirle.

(7) Ed.: rogando.

en lanza trocaré la breve aguja (1) y, cual (2) otra Semíramis famosa (3), haré que de temor sus tafetanes tremolen, no del viento a quien azoten (4) y haré...

CONDE.

Que afrentado me avergüence, que nos corramos todos; si la sangre en la vejez helada no da esfuerzo al noble (5) corazón, si quita el brío, disminuye las fuerzas y da entrada al pálido temor, ¿de qué me espanto del Marqués, ni del Duque, en lo que dicen, pues, siendo viejos, es razón que teman? ¿Qué famoso (6) Anibal, qué gran Pompeyo (7), qué Scipión (8), qué César, qué Alejandro, para que se le dé de puro miedo la más hermosa prenda que han criado para su honor los soberanos cielos? Caudillos tienes tú, señor invicto, que oscurezcan los Césares romanos y humillen su arrogancia.

REY.

El uno dellos sois vos, famoso Conde, en cuyos hombros quiero cargar el peso de esta empresa; salid y acaudillad mi gente toda, que el peligro consiste en la tardanza.

CONDE.

Dame a besar tus pies, por merced tanta.

REY.

Tomad mis brazos.

CONDE.

Porque dellos pueda tomar valor heroico y dicha grande.

*FABIO.

Cuando faltara Enrique, en quien se emplea este cargo, también hay otros nobles que pudieran salir para castigo

(1) Ms.: abuja.

(2) Ms.: a qual.

(3) Ed.: muy famosa.

(4) Ms.: azotan.

(5) Ms.: noble, de letra y tinta distintas, sobre Conde, tachado.

(6) Ms.: famoso, escrito sobre magno.

(7) Ms.: Pompeio.

(8) Ed.: Cipion.

de Felisardo, loco y arrogante.
 Tu Majestad perdone, que la sangre
 que [en] mi pecho se esconde, tan honrada
 de aquellos que la suya derramaron,
 con (1) tan justa razón en tu servicio,
 revienta por salir a la venganza.

CONDE.

La espada es en la guerra la que mata.

FABIO.

¡Yo sé decir y hacer!

REY.

Aquesto baste.

Luego os podéis partir.

CONDE.

En este punto
 voy a servirte.

FABIO.

Rabio de coraje,
 Feliciano, y de celos, que la Infanta* (2)
 jamás aparta aquellos dulces (3) ojos
 del Conde.

FELICIANO.

¡Vive Dios, que no lo (4) entiendo!

FABIO.

De que tenga este cargo estoy corrido,
 estoy rabiando y (5) pierdo la paciencia.

FELICIANO.

Nada te está tan bien como su ausencia.

(*Vanse todos, sino el CONDE y la INFANTA.*) (6)

INFANTA. Mal que das bien en presencia,
 bien que mil males ofreces,
 sol hermoso que amaneces
 al ocaso de tu ausencia;
 *gloria apenas alcanzada
 perdida, por ganar penas,

(1) Ms.: son.

(2) Ed.:

*Yo rabio de coraje, Feliciano,
 y de celos, por ver como la Infanta.*

(3) Ms.: bellos.

(4) Ed.: la.

(5) Ed.: Falta y.

(6) Ms.: *Vanse todos y queda la Infanta y el Conde.*

que las glorias goza apenas
 un alma tan desdichada. [yera

¡Ay, mi Enrique! ¿Quién cre-
 que así la Fortuna [avara] (1)
 de tus brazos me pasara
 a los de la Muerte fiera?

¿Quién creyera que fingías
 cuando tierno me adorabas?

¡El bien que solicitabas,
 para dejarle querías!*

Por seguir, mi vida, a Marte (2),
 me dejas sin ella a mí;
 ¿adónde vas? Vuelve en ti.

CONDE.

¡A perderte por ganarte!

No muevas, mi bien, el labio
 en ofensa de mi honor,
 que por ti me manda Amor
 salga a vengar un agravio;

pues desde que de esos (3) cielos
 tengo dulce posesión,
 furias en el alma son
 de Felisardo los celos;

*y pues con el pensamiento
 puedo gozarte o quererte.
 he de vengar en su muerte
 mi agravio y su atrevimiento!*

vuelve tus ojos serenos,
 que su muerte y mi ventura
 nacieron de su (4) hermosura.

INFANTA.

De mi desdicha, a lo menos,
 pues me apartan de tus bra-
 volviendo mis ojos ríos. [zos (5),

CONDE.

Sirvan de darte los míos,
 dulce bien, tiernos abrazos;
 y pues es trance forzoso,
 ten paciencia.

INFANTA.

¡Triste suerte!

Pero pasaré (6) la muerte
 por no tenerte celoso.

Vete, pues.

CONDE.

¡Divinos ojos!,

serenad, que no es razón
 que me cubra el corazón
 ese nublado de enojos.

¡Ah, mi gloria!

INFANTA.

¡Amarga calma!

(1) Ms.: *aiudara.*

(2) Ed.: *por seguir mi vida a amarte.*

(3) Ms.: *dende que dessos.*

(4) Ms.: *su, sobre una, tachado.*

(5) Ms.: *pues te apartan de mis braços.*

(6) Ms.: *pero tracare.*

En fin, ¿te vas? (1)
 CONDE. Sí, mi bien;
 si puede partirse quien
 deja en tus manos el alma.
 INFANTA. ¿Tú lloras?
 CONDE. Sí, y (2) no me impidas
 que forme de llanto un mar,
 que hartó (3) tengo que llorar
 si pierdo en una dos vidas,
 si pierdo el cielo y la gloria
 de tu divina hermosura.
 INFANTA. El te conceda ventura,
 y Marte fiero vitoria (4).
 CONDE. Pues tanto en todo lo imitas,
 tus brazos pudieran (5) más.

(Aquí se abrazan.) (6)

INFANTA. Estos bienes que me das
 son los mismos que me quitas.
 *¿Quién sino la ausencia fiero
 romper pudiera estos lazos?

CONDE. ¿Y quién tan dulces abrazos,
 mi Lucinda, mereciera?

Pero el Rey, señora mía,
 me aguarda.

INFANTA. ¡Triste de mí!
 ¡Adiós, vida que perdí!

CONDE. ¡Adiós. bien del alma mía!

(Vanse todos. Sale el DUQUE FABIO, de noche.) (7)

FABIO. Noche lóbrega y oscura,
 el alma en verte se alegra,
 pues entre tu sombra negra
 verá al sol de su hermosura.

Mis suspiros se hacen salva,
 y te ruega mi deseo
 que encubra (8) tu manto feo
 la luz hermosa del alba;
 porque, en pago, el alma mía
 hará que su hermoso sol
 te preste el claro arrebol,
 dando invidia al mismo día.*

(1) Ms.: Falta ¡ah mi gloria!; dice sólo: *amar-
ga calma, al fin te bas.*

(2) Ms.: Falta y.

(3) Ed.: *que bien.*

(4) Ms.: *victoria.*

(5) Ed.: *pudieron.*

(6) Ms.: *abraçanse.*

(7) Ed.: *Vanse y sale el Duque Fabio sólo, en
hábito de ir de noche.* El Ms. indica como personaje
Duque; la Ed., Fabio.

(8) Ms.: *eneumbra.*

Las doce creo que han dado,
 y no hay nadie (1) en el balcón;
 ¡qué bien vela el corazón,
 si le entretiene un cuidado!

Reconocer quiero el puesto,
 por ver si nadie (1) querrá
 turbar la gloria que está
 a darme el cielo dispuesto.

(Vase. Sale CELIA a un balcón.)

CELIA. *Con enredo tan extraño
 gozo, guardando mi honor,
 fingidas glorias de amor,
 que son las tuyas engaño.*

En la Infanta transformada,
 tengo al Duque de engañar,
 que mal se puede mudar
 un alma determinada,
 pues cuando quién (2) soy supie-
 en obligación me queda. [ra,

(Sale otra vez el DUQUE FABIO.)

FABIO. No hay cosa que impedir pueda
 mis glorias, ¡oh, noche fiero,
 para mí la más hermosa
 que han bordado las estrellas!

CELIA. Pasos siento.

FABIO. ¡Oh, luces bellas,
 nortes de un alma dichosa!,
 ¿Cómo amanecéis (3) tan tarde?
 ¿Si es Fabio?

CELIA. ¿Si es mi lucero
 la que siento? Llegar quiero,
 que no hay amante cobarde.
 ¡Ce! (4)

CELIA. ¿Quién es?

FABIO. ¡Mi suerte alabo!

CELIA. ¿Sois el Duque?

FABIO. Soy, señora,
 un alma que vive agora;
 el Duque soy, vuestro esclavo.
 ¿Sois la Infanta?

CELIA. Sí, mi bien.

FABIO. ¿Quién tan grande le alcanzó?
 Y pues que no me mató,
 es bien sobre todo bien.

*Así como sois vos bella
 sobre toda la belleza.

(1) Ms.: *naide.*

(2) Ms.: Falta *quien...*

(3) Ms.: *como amante.*

(4) Ms.: Falta *cé.*

(Sale el CONDE ENRIQUE.)

CONDE. Será mi naturaleza
o fuerza de alguna estrella.*
Apenas me he despedido
de los que me acompañaban
y mis glorias limitaban,
cuando a mi centro he venido.
*Pretendo a la Infanta hablar,
que si ayer la noche oscura
favoreció mi ventura,
me dará agora lugar.*
Mas ¿quién está en el balcón?
¿Quién habla a Lucinda? ¿Cie-
este tormento de celos [los (1),
faltaba a (2) mi corazón!
¿Hay sospecha más liviana?
De mí mismo estoy corrido;
¡tal bajeza he presumido
de una diosa soberana! (3)
Mas quiero acercarme un poco.
CELIA. Si os adoro, ¿en qué dudáis?
FABIO. Esas glorias que me dais
me vuelven, señora, loco.
CONDE. ¿Qué glorias? ¡Mal haya,
tanta obscuridad! [amén (4),
FABIO. No os creo,
pues negáis a mi deseo,
mis ojos, tan dulce bien;
y sin feliz (5) posesión.
¿quién puede tener contento?
CONDE. ¿Qué me aprietas, pensamiento:
qué me dices, corazón?
FABIO. ¡Ay, Lucinda!
CONDE. ¿Cómo es eso?
¿No dijo Lucinda? ¡Cielos,
agora sí que de celos
rabia el alma! ¡Pierdo el seso!
¿Estoy dormido, o despierto,
o sueña mi fantasía?
CELIA. Como no me habléis de día,
seré vuestra.
CONDE. ¡Yo soy muerto!
*¡Ah, falsa!
FABIO. ¿Quién gloria tanta

pudo jamás alcanzar,
ni quien la pudiera dar,
sino vos, divina Infanta?

Guardaré las condiciones
que manda vuestro papel.

CONDE. ¡El sello echaste con él
a sus infames traiciones.*

FABIO. ¿Cúya sois?

CELIA. Del Duque Fabio.

FABIO. ¿Y de Enrique?

CELIA. Celos necios.

CONDE. ¿De su boca estos desprecios,
y que no venga mi agravio!

*Pues ¿en qué reparo muera?

¿No lo he visto con mis ojos?

¡Verdad es, no son antojos,
y ojalá aquesto fuera!*

FABIO. Este sí esperé (1) de vos.

CONDE. Y de mi funesto fin.

CELIA. Pues entrad en el jardín.

CONDE. ¡Mataréle, vive Dios! (2)

(Vase el DUQUE FABIO, y el CONDE quiere darle
con la daga y quédase suspenso.) (3)

*¡Amargo desengaño,
con antojos de celos vi mi da-
ño!* (4)

Loco estoy, ¡viven los cielos!,
que lo vi y (5) estoy dudando
si es verdad; pero ¿en qué dudo,
si no es el día tan claro?

¡Ah, falsa Lucinda bella,
dueño fementido, ingrato!

¿Aquestas son tus firmezas,
y son éstos los regalos
que al partirme me dijiste,
bañada en amargo llanto?

*¿Pero quién creyera, ¡cielos!,
de mi Lucinda este trato?

¡Lucinda, cielo, Lucinda!,
vuestro virginal retrato,
aquella rara hermosura,
aquel divino milagro,
ésta, pues, amarga suerte,
por vuestra ofensa [y] mi agravio,

(1) Ms.:

*Siento hablar y en el balcón
de que me habla Lucinda cielos (sic).*

(2) Ms.: Falta a.

(3) Ms.: Falta esta redondilla.

(4) Ed.: amor.

(5) Ms.: y si infeliz.

(1) Ed.: espero.

(2) Ms.: ¡Perdido soy, vive Dios!

(3) Ms.: Va a darle al que se entra y queda solo.

(4) Ed.:

*Mas reportarme es mejor
pues que ya he visto mi daño.*

(5) Ms.: y lo.

¿a otros brazos concede
lo que los míos gozaron?
¡Venganza, cielos piadosos!
Mas ya veo que enlutados
miráis la triste tragedia
de mi muerte y fin amargo.
¡Ay, Lucinda! Si esto han hecho
tus pensamientos livianos
en media noche de ausencia,
¿qué hicieras en muchos años?
¡Amargo desengaño,
con antojos de celos vi mi daño!*

¡Yo otra noche tan dichoso,
y ésta tan desventurado,
muero en ésta; en la pasada
gocé tus divinos brazos! (1)
*¡Plega a Dios, yedra lasciva,
pues te abrazas con otro árbol,
que te ma[r]chite su sombra,
que a los dos divida el rayo
de celos, aunque me quemó,
de tu crueldad justo pago;
pues ya tus brazos en mí
cuerdas son, que me han atado
al potro de mi tormento,
a cuyo son, loco, canto,
verdades de mis desdichas,
mentiras de tus engaños,
tu mudanza, mi firmeza,
mi lealtad, tu pecho falso,
mi sencillez, tus embustes,
tu condición y mi hado!*

¡Plega (2) a Dios, ingrata bella,
que al salir el Sol dorado
descubra ese Marte hermoso
entre tus lascivos brazos!
¡Hállete tu padre en ellos,
y, todo junto, el palacio
os mire como metidos
dentro en la red de Vulcano. (3)
¡Plega (4) a Dios...! Pero ¿qué
Ruego al cielo soberano [digo?
que, mientras gustes, le goces
sin temores ni cuidados.
*Nadie os revele el secreto
si lo es él comunicado,
y, si es posible, no os vea[n]
ni los hombres ni los astros;

la obscura noche os encubra,
mientras voy, aunque agraviado,
mi Lucinda, ¡a defenderte
o a morir desesperado!*

¡Amargo desengaño;
con antojos de celos vi mi daño!

ACTO SEGUNDO

(Sale la INFANTA LUCINDA.) (1)

INFANTA.

Culpando la inclemencia
de los cielos airados y mi suerte
en esta larga ausencia,
por remedio quisiera el de la muerte;
que, ausente de mi cielo,
no pide el alma triste otro consuelo.

*Dulces bienes perdidos
causan amargos y presentes males,
dan muerte a los sentidos
de la ausencia las penas inmortales,
que de pasadas glorias
son verdugos del alma las memorias.*

¡Ay, Conde, dueño mío,
luz del alma, que ya en tinieblas llora,
cárcel de mi albedrío,
que no puede tenerle (2) quien te adora!,
¿cuándo otra vez mis brazos
gozarán tus dulcísimos abrazos?

*¿Cuándo podré, dichosa,
escuchar de tu boca los favores,
y en el jardín, gozosa,
dar invidia a las fuentes y a las flores
que en esta ausencia riego
con lágrimas del alma que son fuego?*

(Sale el DUQUE FABIO.) (3)

FABIO.

Dichosa suerte mía,
benigno cielo, próspera fortuna,
venturosa porfía
con que subí a los cuernos (4) de la Luna:
en tan felice (5) extremo,

(1) Ms.: Sale la INFANTA con una banda azul.

(2) Ms.: Falta tenerle.

(3) Ms.: Sale el DUQUE FABIO, también con banda azul.

(4) Ms.: a la esfera.

(5) Ms.: en tan infeliz.

(1) Este verso y los tres anteriores no están en el Ms.

(2) Ed.: plegue.

(3) Ms.: dentro de una red de Vulcano.

(4) Ed.: plegue.

bienes, no envidio ni desdicha temo. (1)

¡Ay, mi Lucinda bella,
hermoso y cierto norte de mis ojos;
piadosa a mi querella,
te goza el alma, que te di en despojos.
Mira si glorias medra,
pues eras de su tronco dulce yedra (2);

*Mas ¿no es Lucinda hermosa
la que miro? Dichoso yo mil veces,
¡oh, suerte venturosa!,
que tanta junta gloria al alma ofreces.
Que en ver tu hermoso cielo
todo es luz, todo bien, todo consuelo.

¡Ah, quién osara hablarla!
Pero ¿quién no osará obedecerla?
Que aunque puede adorarla,
no puede ni podrá el alma ofenderla,
porque su vida propia,
así como del Sol natural copia,*
mándame injustamente
que no la hable de día; mas ¿qué espero
si la ocasión presente
me ofrece su copete? Llegar quiero.

INFANTA.

¿Quién está (3) aquí?

FABIO.

Señora,
quien humilde os respeta y os adora.
Temeroso me atrevo,
cobarde aspiro a tan heroica empresa;
que sólo el paso nuevo
a lo que me concede esa belleza;
y fuera caso injusto
las leyes exceder (4) de vuestro gusto.

Y aunque mi gloria mengua
lo que mandáis con áspera sentencia,
pondré un freno a la (5) lengua,
para que muda esté en vuestra presencia,
porque sólo pretendo...

INFANTA.

Sabed, Fabio, de mí, que no os entiendo.

FABIO.

A vos sí el alma mía
os entiende (6), y en fe desto os prometo

que cese mi porfía
en hablaros. (1)

INFANTA.

Haréis como discreto.

FABIO.

Si yo lo hubiera sido,
antes, señora, hubiera (2) obedecido.

INFANTA.

Cuerdo se desengaña.

FABIO.

Loco me aventuré. ¡Qué necio he sido!
¡Oh, cuánto el gusto engaña
a la razón!

INFANTA.

Habrás arrepentido
de sus locos (3) antojos.

FABIO.

¡Ay, mi Lucinda!

INFANTA.

¡Ay, Conde de mis ojos!

(Sale el REY y los dos GRANDES.)

GRANDE I.º

No puede tardar mucho.

REY.

Hija querida.

INFANTA.

Padre y señor.

REY.

Hoy entra victorioso (4)
el Conde Enrique.

INFANTA.

Estoy agradecida
a su heroico valor.

FABIO.

Y yo, envidioso. (5)

(1) Ms.: no invidio glorias, ni desdichas temo.

(2) Ms.: Falta esta sextilla.

(3) Ms.: Quién habla.

(4) Ed.: conceder.

(5) Ms.: en la.

(6) Ed.: ya os entiende.

(1) Ed.: en amaros.

(2) Ed.: le hubiera.

(3) Ms.: vanos.

(4) Ed.: victorioso.

(5) Ms.: invidioso.

GRANDE 1.º

Ha sido grande hazaña.

GRANDE 2.º

Esclarecida.

FABIO.

Su nombre con el tuyo hizo famoso;
que a la (1) inmortalidad, señor, te llama
en el sagrado templo de la Fama.

GRANDE 2.º

Las cajas he sentido.

REY.

Aquí aguardamos.

INFANTA.

¡Alma dichosa, templá la alegría! (2)

GRANDE 1.º

Es ley tu gusto, y ésa obedecemos. (3)

INFANTA.

No celebro la gloria deste día
como merece si no hago extremos.

FABIO.

Dichoso yo, dichosa el alma mía (4),
pues el contento de Lucinda hermosa
es estar libre para ser mi esposa.

(Sale con un alarde de soldados, y, tras ellos,
CLASCANO, y el CONDE ENRIQUE, con bastón de
general.) (5)

CONDE.

Dame, excelso señor, tu invicta mano. (6)

REY.

Alzad, famoso capitán valiente,
en la guerra marcial Héctor troyano,
así como en la paz Catón prudente.
Africano Cipión, César romano,
alzad.

CONDE.

Este lugar es más decente
a mi humildad.

REY.

Amigo, alzad del suelo.

CONDE.

Súbeme (1) a la grandeza de tu cielo.

Vuestra Alteza (¡ah, cruel!) este servicio
con aceptalle (2), ensalce y engrandezca.

INFANTA.

Vuestro valor en él ha dado indicio
de que no hay galardón que no merezca,
y así, el premiaros (3) tomo por oficio.

CONDE.

Temo que mi humildad se desvanezca.
¡La banda azul, cual la de Fabio! ¡Cielos,
que siempre llegue a ver rabiosos celos!

REY.

*La batalla contad.

CONDE.

Fué de esta suerte,
(¡la de mi corazón mejor pudiera!):
Formando un escuadrón vistoso y fuerte,
en campo raso, junto una ribera,
do[n]de [guijas] (4) de plata perlas vierte
del claro arroyo el agua placentera,
al enemigo hallé, donde aguardaba
la batalla, que Febo dilatara.

Mandé poner en orden a mi gente;
formóse en cuadro el escuadrón famoso
que miraba al contrario frente a frente,
con ánimo invencible y valeroso;
pero apenas por el balcón de Oriente
sacó su roja frente el Sol hermoso,
para ver dende allí nuestra porfía,
cuando le hizo temblar la artillería.

Revueltos los ejércitos feroces,
no sé, excelso señor, cómo contarte
las infinitas muertes, [tan] (5) atroces
que enternecieran al sangriento Marte.
Aquí crece el temor, allí las voces,
y tanto de una como de otra parte
con el furor crecieron las heridas,

(1) Ed.: que la.

(2) Ms.: el alegría.

(3) Ms.: Tu gusto es ley, y aquesa obedecemos.

(4) Ms.: Falta: dichoso yo.

(5) Ms.: Sale el CONDE ENRIQUE con bastón de ge-
neral, y CLASCANO, soldado, y un alarde de soldados.

(6) Ms.: Dadme, invicto señor, tu invicta mano.

(1) Ed.: Súbeme.

(2) Ms.: aceptarle.

(3) Ms., por errata: premediaros.

(4) Ms.: gijas, enmendado sobre jigas.

(5) Ms.: como.

naciendo muertes y muriendo vidas.

En esto, en un melado que dejaba
en la veloz carrera atrás al viento,
y por boca y narices arrojaba,
en vez de blanca espuma, humor sangriento
con que el hermoso pecho matizaba,
vuelto en cólera ciega su contento,
a mis ojos se ofrece Felisardo,
rey poderoso y capitán gallardo;

blandiendo viene la sangrienta espada
con pecho airado y mano vengativa;
era un bosque de plumas la celada,
entre las cuales, por empresa altiva,
la pena de Trión lleva pintada,
subiendo la gran rueda monte arriba,
con un rótulo de oro que decía:
"Con mi pena se aumenta mi porfía."

Colérico, impaciente y arrogante,
a cuantos topa priva de la vida,
sin que el acero fuerte, malla o ante
a su espada resistan homicida.
Quise oponerme a su furor delante,
pero los suyos, con infame huída,
la esperanza fraudaron de mi gloria,
rindiéndonos del todo la vitoria.

Con esto y otras dos que ellos perdieron,
les echamos de toda Hungría (1);
catorce mil britanos (2) perecieron;
hicímosle dejar la artillería;
banderas veinte y seis, que noblecieron
los despojos que, humilde, el alma mía
viene a postrarlos (3) a esos pies reales:
dones a tal grandeza desiguales.*

REY.

El premio justo a tal valor prometo (4).
Id, Conde, a descansar, que después quiero
despacio hablaros.

INFANTA.

Corazón inquieto,
encubre la alegría (5).

FABIO.

Mi lucero,
celos me da tu luz.

(1) Ms.: Así este verso.

(2) Ms.: britanos escrito primero Vritanos y enmendada una B sobre la V.

(3) Ms.: Por errata: *prosprarlos*.

(4) Ed.: *Mucho veros me he holgado a fe os prometo*.

(5) Ms.: *el alegría*.

CONDE.

Estoy sujeto
a tu gusto.

REY.

Sois noble (1) caballero;
pues que defender supo mi corona,
he de premiar con ella su persona.

(*Vanse todos, sino CLASCANO y el CONDE.*)

CLASCANO. Si de quien soy satisfecho,
y a mi humor (2) aficionado,
me hiciste por mi provecho
de un maltrapillo soldado
secretario de tu pecho,
no me encubras la ocasión,
si no es la antigua pasión,
de tus celosos enojos,
del capote de tus ojos
y pena del corazón.
¿Tan triste estás?

CONDE. ¡Ay de mí!

CLASCANO. ¿Qué tienes, señor?

CONDE. No sé.

CLASCANO. ¿Qué viste?

CONDE. Mi muerte vi.

CLASCANO. Ningún cuidado te dé,
pues sabes que la vencí;
que en la batalla pasada
la dejó tan afrentada
mi brazo fuerte y feroz,
que trocar quiso su (3) hoz
por (4) los filos desta espada.

CONDE. ¡Banda azul el Duque Fabio!
¡Banda azul la Infanta! ¡Cielos!
Pasóse el mal de que rabio
del purgatorio de celos
al infierno del agravio.

*O nunca a la guerra fuera,
o ya que fuí no volviera,
o ya que volví cegara
por no ver mi afrenta clara,
del alma guerra más fiera.

O nunca de aquellos ojos,
lunas en hacer mudanzas,
gozara bellos despojos,
o nunca del ciego engaño,
para el alma dulce daño,

(1) Ed.: *sois grande*.

(2) Ed.: *amor*.

(3) Ed.: *la*.

(4) Ms.: *con*.

me sacara la razón,
pues menores penas son
que sufrir un desengaño.*

Desengañado y corrido
estoy. ¿Qué tengo de hacer,
que pierde el alma el sentido? (1)

CLASCANO. No hay cosa como beber
un vaso de agua de olvido,
o de Tesalia (2) procura
las verbas, y los (3) conjura
para que sanes mejor.

CONDE. Es enfermedad amor
que con yerbas no se cura,
y con agravios y celos
es peste del corazón.

CLASCANO. Quizá (4), señor, tus recelos
son no más que tu opinión.

CONDE. ¡Oh, qué graciosos consuelos!
Si lo vi, si lo miré,
si agora claro se ve
en sus bandas y colores,
¿serán necios mis temores,
o será firme su fe?

*¿No lo tengo de creer,
si lo vi con estos ojos?

CLASCANO. Sí, mas suele acontecer
que con celosos antojos
ven lo que no puede ser.
Mira...

CONDE. De haberlo mirado,
amigo, nació (5) mi mal,
nació el serlo desdichado
este tormento inmortal
y este celoso cuidado;
nació en mi pecho una furia
de los celos y la injuria,
hija cruel que atormenta
el alma con esta afrenta
que más su lealtad (6) injuria.

CLASCANO. Que estás sin juicio, de amor,
me parece.

CONDE. ¿Hay más dolor?
¡Vete, que viene la Infanta!* (7)

Mas ¿qué haré en desdicha tanta?

CLASCANO. Callar y fingir, señor.

(Vase. Sale la INFANTA, y LAURENCIA, criada.) (1)

INFANTA. Ten cuidado y ten prudencia,
y avisa si alguno viene.

LAURENCIA. ¿Cuándo en servirte no tiene
siempre cuidado Laurencia? (2)

INFANTA. Si la ingrata y desdeñosa
Dafne, a tu dichosa frente,
para tenerme celosa,
una corona excelente
teje de su rama hermosa (3),
yo, que amante Clicie soy
y en tal ocasión estoy
que puedo verte y gozarte (4),
¿qué corona podré darte
si mis brazos no te doy?

Libertador de mi vida
para cautivar me el alma,
vencedor de una vencida
que toda su gloria y palma
consiste en estar rendida... (5)
Pero ¿qué es esto? ¿Tú estás
triste, mi bien? Mas ¿querrás
darme aquesta pena fiera
porque de gozo no muera
con los bienes que me das?

¡Ea! Cesen embarazos.

CONDE. (Ap.) ¡Que esto se pueda fingir!

INFANTA. Darte quiero mil abrazos;
que es muerte fiera el vivir
si me privas de tus brazos (6).

CONDE. ¡Ay, celos!

INFANTA. ¿De qué suspiras?
A darme la muerte aspiras
por mil modos diferentes;
que estos suspiros ardientes

y así Clascano concluyo.

CLASCANO. Que con el clavo de Fabio
sacó de su pecho el tuyo
que en esto el clavo al amor
se parece.

CONDE. Ay mas rigor
calla que viene la Infanta.

(1) Ms.: Vase Clascano y sale la Infanta y Laurencia y quedase Laurencia.

(2) Así esta redondilla, intercalada entre las décimas. En el Ms. los dos primeros versos los dice el Conde; los dos últimos faltan.

(3) Ed.: que teje su rama hermosa.

(4) Ms.: alabarte.

(5) Ms.: Faltan este verso y los cuatro anteriores.

(6) Ms.: Faltan este verso y los cuatro anteriores.

(1) Ms.: que pierdo el alma y sentido.

(2) Ed.: Tezabía.

(3) Ed.: y la.

(4) Ed.: guisa.

(5) Ms.: amigo nació claro mi mal.

(6) Ms.: lealtar.

(7) A continuación de o será firme su fe, hay en la Ed. los siguientes versos:

Esto a Lucinda atribuyo
en descuento de mi agravio

balas son que al alma tiras;
y en (1) el mar de mi cuidado
donde navega mi amor,
vientos son que han levantado
la borrasca de un temor
que aun me (2) ahoga imaginado:
temo ¡ay, triste! que me dejas.

CONDE. ¿Es posible que estas quejas
salgan de un pecho fingido?
Mas si lo he visto y oído,
¿para qué, Amor, me aconsejas?

INFANTA. ¿Qué te suspende, qué dices?
Verdad mis sospechas son,
y mis dichas, infelices.

CONDE. ¡Cómo encubre su traición,
con qué (3) dorados matices!
Yo, señora, estoy de suerte
que el bien de gozarte y verte
esa divina belleza
aumentan más mi tristeza
con el miedo de perderte;

que como ya el alma alcanza
la mayor gloria del suelo
y no hay segura privanza...

INFANTA. Por esa razón recelo,
Enrique, alguna mudanza,
pues ninguna (4) como yo
tan altas glorias gozó (5);
y aunque es segura verdad,
mudarse (6) tu lealtad,
pero mi firmeza no.

El alma pierdo y sentido
si esta razón considero.

CONDE. Su llanto me ha enternecido.
¿Qué pudiera verdadero,
si me (7) enloquece fingido?

INFANTA. Tú, Enrique, tú te (8) mudaste;
ingrato, tú me olvidaste.
¿Qué dulces lotos (9) comiste?
¿Qué encantamientos oíste?
¿Por qué sirenas (10) pasaste?
¿Estas las lágrimas son
que al partirte derramabas,
falso y fingido Sinón?

(1) Ms.: Falta en.

(2) Ed.: que me.

(3) Ed.: con los.

(4) Ed.: ninguno.

(5) Ed.: tan altos bienes oyó.

(6) Ms.: mudança.

(7) Ms.: dime.

(8) Ms.: tu que.

(9) Ed.: otos.

(10) Ed.: serenas; Ms.: siarenas.

¡Para matarme engañabas
mi sencillo corazón!
Vuelve los ojos, cruel,
y mírate dentro dél:
verás tu vivo traslado,
que el amor te ha retratado
con su divino pincel.

¡Triste de mí!

(Desmáyase.)

CONDE. ¡Amargo punto!
¡Las rosas vuelve azucenas!
¡Todo el mal me viene junto!

(Sale LAURENCIA.)

LAURENCIA. ¿Qué es esto, Enrique?

CONDE. ¡Mis penas!
Mira su rostro difunto.

LAURENCIA. ¡Id por agua, presto, presto!

CONDE. ¡Aquí Fortuna echó el resto!

(Vase el CONDE y déjala en brazos de LAURENCIA,
y sale el DUQUE FABIO.) (1)

LAURENCIA. ¡Señora, señora mía!

FABIO. ¡Tardo y perezoso día,
corre veloz! Mas ¿qué es esto? (2)
Di, Laurencia.

LAURENCIA. De repente
*la acaba la muerte [fiera] (3)
con tan terrible accidente.

FABIO. ¡Trae presto, porque no muera,
cristal de esa helada fuente!* (4)

LAURENCIA. Pues tenedla mientras voy.

(Vase.) (5)

FABIO. Las lágrimas que te doy,
dulce bien, prenda querida (6),
sirvan de darte la vida
cuando yo sin ella estoy.

Mas, en tanta desventura
gozar tus bellos despojos
de día, ha sido ventura;

(1) Ms.: Vase y sale Fabio.

(2) Ed.: corre cielos mas que es esto.

(3) Ms.: fuera.

(4) Ed.:

la mata la muerte acerua
con tan terrible accidente.
Ve por alguna conserua
ve por damas ve por gente.

FABIO.

(5) Ms.: Vase y dexala desmayada en los brazos
de Fabio.

(6) Ms.: dulce vien de el alma prenda querida.

pero cerrados tus ojos
es el día noche obscura.

(Sale CELIA por una parte, y el CONDE ENRIQUE por otra, con un vaso de agua, y no acaban de salir.) (1)

INFANTA. ¡Ay, mi bien!

CONDE. ¡Ay, fiero mal!

CELIA. ¡Ay, celos! ¡Furia infernal!
¡La Infanta en brazos de Fabio!

CONDE. ¡Dos veces ver un agravio!
¿Quién vió desventura igual?

INFANTA. ¡Ay, mi vida! ¿Quién creyera
que entre tus brazos la muerte
a dárme la se atreviera?
¡Que adonde hallé dulce suerte
hallase pena tan fiera!

CONDE. Quien esto ve, ¿qué porfía?

INFANTA. No quisiera el alma mía
apartarse destos lazos,
pues gozar puede (2) tus brazos
con esta ocasión de día.

CELIA. ¿Qué escucho? ¡Qué dolor fiero
me traspasa el corazón!

CONDE. ¡Rabio, cielos, desespero!

CELIA. Mi engaño dió la ocasión
para su amor verdadero.
¡Basta, que lo que fingí
hallo verdadero aquí!

CONDE. ¿Posible es que me olvidó?
El Amor dice que no,
pero mis ojos, que sí.

FABIO. ¡Dulce gloria de mis ojos!
¿Posible es que he merecido
gozar tan altos despojos?

(Aquí vuelve del todo del desmayo.) (3)

INFANTA. ¡Cielos, estoy sin sentidos!
¿Es verdad, o son antojos?
¿En qué laberinto estoy?

CONDE. Conmigo luchando voy
en este confuso abismo,
y tal estoy, que a mí mismo
apenas crédito doy.

FABIO. Señora, pues ha trazado
el Amor esta ocasión,
pues el tiempo nos ha dado
tiempo y lugar, y pues son
mis ansias vuestro cuidado,

si, como en la noche obscura,
de ojos nos asegura
estar solos y en tal calma,
permitid que pueda el alma
contemplar tanta hermosura.

CONDE. ¡Agora sí que veré
del todo mi desengaño!

CELIA. ¡Cielos! ¿Qué es lo que escuché?
Aquí descubre mi engaño;
mas yo se lo estorbaré.

INFANTA. ¿En brazos del Duque Fabio?
¡Loca estoy!

FABIO. ¡Notable agravio
hacéis callando a mi amor!

INFANTA. ¡Que en (1) ofensa de mi honor,
sin saber, moviese el labio
de aquesta suerte! (2)

(Aquí sale del todo CELIA.)

CELIA. ¡Señora!

INFANTA. ¡Oh, Celia, prima querida!

CELIA. ¿Cómo estás?

INFANTA. No ha media hora
que pensé perder la vida,
y aun estoy muriendo agora.

CELIA. Siento el haberme tardado.

CONDE. ¡Basta, que yo me he quedado
con mi mal de corazón!

FABIO. ¡Qué mal logré esta ocasión!
¿Hay hombre tan (3) desdichado?

(Sale LAURENCIA con una caja de conserva, y sale del todo el CONDE.)

LAURENCIA. Esta es conserva extremada
para tu desmayo.

CONDE. El agua
está aquí.

INFANTA. No quiero nada,
porque si es mi pecho fragua
crecerá mi llama airada (4).

CONDE. Dichosa ha sido mi suerte,
pues con salud vuelvo a verte.

INFANTA. ¡Buen modo de remediarme
ha sido, Enrique, dejarme
en los brazos de la muerte.

CONDE. Da a veces la muerte vida;
yo lo sé, pues la deseo.

INFANTA. ¡Turbada estoy y corrida!

(1) Ms.: Sale Celia y Enrique el uno por una parte y el otro por la otra.

(2) Ed.: pueden.

(3) Ms.: Aquí vuelve en sí la ynfanta.

(1) Ed. y Ms.: quen.

(2) Ed.: Amarga suerte.

(3) Ms.: más.

(4) Ms.: creciera su llama ayrada.

CONDE. ¡Ah, fugitivo Teseo!
 INFANTA. ¡Ah, bella ingrata querida!
 CELIA. Ven, Celia, que estoy mortal.
 CELIA. ¿Quién vió confusión igual?
 CONDE. ¡Oh, vaso! ¡A ser de veneno
 yo os bebiera, y fuerais bueno
 para rematar mi mal!

(*Vanse todos, sino FABIO.*)

FABIO. ¡Cuán presto pasa un contento;
 sólo es del bien un asomo:
 viene con los pies de plomo,
 vase con alas de viento! (1)

*¡Cuán poco (2) dura de amor
 la dulce y sabrosa calma,
 si prueba el acedo el alma
 de su celoso rigor!

Del bien del amor gocé,
 mas tan desdichado fuí
 que apenas su bien perdí
 cuando sus celos probé.

Confieso que me ha dejado
 celoso Enrique. ¿Qué haré?
 Pero es ofender la fe
 de quien sus brazos me ha dado.

Perdona, Lucinda mía,
 si se ofende tu hermosura,
 que el Amor es calentura,
 y así, el alma desvaría.*

(*Vase. Salen LEONORA y FELICIANO.*)

LEONORA. Esto es amor.

FELICIANO. Di fingir.

LEONORA. ¿Eso dices?

FELICIANO. Con verdad.

LEONORA. ¿Qué te ofende?

FELICIANO. Tu crueldad.

LEONORA. ¿Y qué pretendes?

FELICIANO. Morir.

LEONORA. ¿Resuelto estás?

FELICIANO. En quererte
 pues tú lo estás en matarme;
 que así tengo de vengarme,
 si amarte yo es ofenderte.

LEONORA. ¿No te digo, Feliciano,
 que agradezco tu afición?

FELICIANO. Como esas palabras son
 las que lleva el aire vano.

*¿De qué sirve que lo digas,
 si no lo quieres hacer?

Pero sirve de querer
 sólo aumentar mis fatigas.*

LEONORA. Si mi amor te causa pena,
 yo excusaré darte enojos.

FELICIANO. Vuelve a mirarte en mis ojos,
 fingida y dulce sirena.

Como me ves tan rendido,
 me tratas desta manera.

LEONORA. Yo, Feliciano, quisiera
 verte más agradecido.

(*Sale un PAJE.*)

PAJE. El Rey, Feliciano, os llama.

FELICIANO. Luego voy. Leonora mía,
 aquí da (1) fin mi alegría
 y empieza a crecer mi llama.

Perdóname aquesta ausencia,
 pues ves que no está en mi mano.

(*Vase.*)

LEONORA. Ruego al cielo soberano
 no te vuelva a mi presencia.

*¡Qué finja tener amor
 [a] quien me cansa y enfada,
 y que el alma lastimada
 tenga yo de otro dolor!*

¿Hay enredo más (2) extraño?
 Pero Celia viene. ¡Amiga!

(*Sale CELIA.*)

CELIA. ¡Ay de mí!

LEONORA. ¿Qué te fatiga?

CELIA. ¡Ay, Leonora; mucho daño!
 Pero sabráslo después.
 Dime ahora, ¿qué has pasado
 con Feliciano?

LEONORA. Cuidado
 es éste de tu interés.

Dile a entender que vencida
 de los ruegos y amistad
 de la Infanta, a su lealtad
 quedaba el alma rendida (3).

La banda al Duque envié,
 puse a la Infanta las flores,
 y con bandas y colores
 nuestro engaño disfracé.

Piensa, en fin, Fabio que soy
 secretaria de Lucinda.

CELIA. ¿Quién habrá que no se rinda

(1) Ms.: Falta esta redondilla.

(2) Ms.: *canpo*, antes de *quan poco*, por *errata*.

(1) Ms.: *dió*.

(2) Ms.: *tan*.

(3) Ms.: *estánta mi alma rendida*.

a tu ingenio? Pero estoy...
 LEONORA. ¿Qué te tiene deste modo?
 CELIA. No ha dos horas, ¡caso extraño!,
 que pensé que nuestro engaño
 se descubriera del todo.
 LEONORA. ¡Calla, que Enrique está aquí!
 CELIA. Y tu contento también.
 LEONORA. ¿No es galán?
 CELIA. Quiéresle (1) bien.
 LEONORA. Y tanto, que estoy sin mí.

(Sale [el CONDE] ENRIQUE.)

CONDE. *Aunque mi suerte dichosa
 fué en la pasada vitoria,
 en contemplar tanta gloria
 ha sido más venturosa.
 Pero en tan alta ocasión,
 si dos soles llego a ver,
 con razón he de temer
 la desdicha de Faetón.* (2)
 LEONORA. En fin, sois Marte galán.
 Vos seáis muy bien venido.
 CONDE. Hasta agora no lo he sido.
 ¿si en vos mis bienes están?
 CELIA. (Ap.) ¡Buena ocasión!
 LEONORA. ¡Extremada!
 CONDE. Si muestro a Leonora amor
 me vengaré del rigor
 de la Infanta.
 CELIA. (Ap.) Esto me agrada.
 LEONORA. Pues vete.
 CONDE. Con dalle (3) celos
 bravo picón le daré.
 LEONORA. Si no me quiere, ¿qué haré?
 CELIA. Pide favor a los celos,
 pues te ofrece su copete
 esta ocasión. Perdonad,
 Enrique, mi cortedad,
 que me aguarda en el retrete
 la Infanta.
 CONDE. Infinito siento
 que así os vais.
 CELIA. Amiga, adiós.

(Vase.)

(1) Ed.: parece bien; dícelo Leonora.
 (2) De estas dos redondillas, la primera falta en
 la Ed., y la segunda dice así:

No puedo en tal ocasión
 que dos soles llego a ver
 poder dejar de temer
 la desdicha de Faetón.

(3) Ms.: darle.

CONDE. Como me deje con vos,
 mis glorias van en aumento.
 LEONORA. ¿Glorias yo, Enrique? ¡Oh, qué
 Advertid que soy Leonora. [bien!
 CONDE. Y que mi alma os adora
 habéis (1) de advertir también.
 LEONORA. *¿Tan presto tanta mudanza?
 CONDE. ¿Tan presto os ha parecido?
 LEONORA. Tenía ya en vuestro olvido
 sepultada mi esperanza.*
 LEONORA. ¡Nunca pensé que pudiera
 alcanzar tanto favor!
 CONDE. Ni yo jamás que el amor
 tantos bienes me ofreciera (2);
 sonme testigos los cielos
 que os adoro.

(Sale la INFANTA.) (3)

INFANTA. ¡Trance fuerte!
 ¡Iba buscando mi suerte (4),
 y tropiezo con mis celos!
 *¿Hay mujer más desdichada?
 ¿Hay hombre más desleal?
 ¿Quién vió amor tan inmortal
 y quién fe tan mal pagada?
 Los dos hablan, ¡no hay dudar!
 Celos, ¿en qué me resisto?
 Pero, pues nadie me ha visto,
 dende aquí quiero escuchar.*
 LEONORA. Que lo neguéis no es razón.
 CONDE. Son ya pasiones pasadas,
 que en esta guerra, a lanzadas
 salieron del corazón.
 INFANTA. ¡Rayos traspasan el mío!
 ¡Ah, falso!
 CONDE. ¿De qué teméis,
 si vos, mi vida, tenéis
 las llaves de mi albedrío?
 INFANTA. ¿Esta es (5) la melancolía,
 y son éstos los enojos?
 CONDE. Por estos (6) serenos ojos,
 dulce bien del alma mía,

(1) Ms.: teneis.

(2) Ms.:

Ni yo pensé que el amor
 tanta gloria me ofreciera.

(3) Ms.: Sale la INFANTA, y no acaba de salir.

(4) Ms.:

Triste suerte
 iba buscando la muerte.

(5) Ms.: vuestra es.

(6) Ms.: esos.

que no tratéis de la Infanta.

LEONORA. Trato por si gusto os doy.

CONDE. Sólo, mi bien, vuestro soy.

INFANTA. ¿Quién vió jamás maldad tanta?
 *¡De celos rabio; estoy loca!
 ¡Trance duro, amarga calma!
 ¿Cómo me tendrá en el alma
 quien no me tiene en su boca?*

¡Perdida soy! (1)

LEONORA. Esto os pido,
 si queréis que el alma os rinda.

CONDE. Para siempre está Lucinda
 ya sepultada en mi olvido;
 ¿queréis más? (Ap.) ¡Qué bien
 [la engaño! (2)

LEONORA. Tengo mil justos recelos.

INFANTA. ¡De la enfermedad de celos
 es la muerte el desengaño!
 *¡Ya llego, no hay que esperar!
 ¡Aquí pruebo sus dolores!
 Mas, por dármelos mayores,
 no los acaba de dar;
 que aunque es mi pena crecida
 y su dolor bravo y fuerte,
 por darme siempre la muerte
 no rematan con la vida.*

CONDE. Pues os vais, daldes licencia
 a mil (3) ardientes suspiros
 para que puedan seguirlos.

INFANTA. ¡Que esto pasa (4) en mi presencia!

CONDE. Porque cuando os olvidéis
 deste esclavo tan rendido,
 del sueño de vuestro olvido
 a su son os despertéis.

LEONORA. A quien despierta el Amor,
 que es reloj del corazón,
 en vano será otro son,
 y vano vuestro temor.

CONDE. *Creed que en [el] alma os llevo,
 que sin ella me dejáis;
 también creed... Y si os vais,
 [a] acompañaros me atrevo.*

(Vanse. Sale del todo la INFANTA.)

INFANTA. ¡Amor, celos, desengaño,
 varia fortuna, mudanzas,
 imposibles esperanzas,
 loca razón, ciego engaño!

(1) Ms.: Perdida estoy.

(2) Ed.: queréis mas bien la engañé.

(3) Ms.: a mis.

(4) Ms.: questo pase.

*¡Víboras sois de mi pecho,
 furias que le atormentáis!,
 y si con fuego abrasáis,
 queda en cenizas deshecho.
 ¿Que me muero? ¡Loca estoy!
 ¿Qué digo? ¡Triste de mí!
 Mas, si yo la causa fuí,
 ¡yo misma mi muerte soy!*

(Sale LAURENCIA.)

LAURENCIA. Porque muestres tu alegría,
 una saya nacarada,
 de diamantes matizada
 que presten su luz al día,
 con que saldrás tan hermosa
 en este sarao, señora,
 que des envidia a la aurora,
 te vengo a vestir, gozosa.

INFANTA. A quien tiene negra suerte,
 negras galas le has de dar;
 que ha sido mi suerte azar,
 y si encuentro. el de la muerte (1),
 ¡ay, Laurencia!

LAURENCIA. No te entiendo.
 ¿Qué dices?

INFANTA. ¡Que estoy mortal!

LAURENCIA. ¿De qué mal?

INFANTA. No sé qué mal;
 sólo sé (2) que estoy muriendo.
 No me pidas que publique
 la ocasión de mis enojos.

LAURENCIA. Serena esos claros ojos,
 ¡por vida del Conde Enrique!

INFANTA. ¡No le (3) nombres; cierra el la-

LAURENCIA. ¿Luego tienes desto celos? [bio!]

INFANTA. ¡Ay, que le han hecho los cielos
 instrumento de mi agravio!
 *¡Enrique, Laurencia mía,
 Enrique, hechizo del alma,
 a quien le rendí la palma
 y el premio de su porfía!
 ¡Enrique, bien de mi vida,
 gloria de mi pensamiento,
 es para el alm tormento,
 y de mi vida homocida!*

¡Aborrezco hasta su nombre,
 hasta el alma, vida y trato,
 que es mudable, falso (4), ingrato,

(1) Ms.: Faltan esta redondilla y las dos anteriores.

(2) Ed.: no lo sé.

(3) Ed.: lo.

(4) Ms.: Por errata, Fabio, en vez de falso.

es cruel, y al fin es hombre!
 LAURENCIA. ¿Son celos?
 INFANTA. Desdichas di,
 y venturas de Leonora.
 LAURENCIA. Pues ¿cómo?
 INFANTA. Enrique la adora
 para aborrecerme a mí.
 LAURENCIA. ¿Tú lo sabes?
 INFANTA. Yo lo sé.
 LAURENCIA. Pues ¿quién descubrió su engaño?
 INFANTA. Desde aquí, mi desengaño
 y su traición escuché:
 de quererme arrepentido,
 vi que a Leonora juraba
 que mi amor, ¡ay, triste!, estaba
 sepultado ya en su olvido;
 ¡mira si tengo razón,
 mira si soy desdichada!
 LAURENCIA. ¡Ruego al cielo que una espada
 le traspase el corazón,
 y que en su sangre deshecho...!
 INFANTA. Detén la lengua atrevida,
 que el alma siente la herida:
 ¡mira si vive en mi pecho! (1)
 LAURENCIA. Pues ¿vengarte no es mejor?
 INFANTA. Sí; mas quisiera que fuese
 de suerte que yo sintiese,
 Laurencia, todo el dolor;
 que mi estrella me condena
 a querelle de tal suerte,
 que me diera fiera muerte
 su dolor, más que mi pena.
 LAURENCIA. Si te da celos con celos,
 venga, señora, tu agravio;
 pues para esto el Duque Fabio
 te ofrecen los altos cielos.
 Finge que le quieres bien.
 INFANTA. Mal conociste mi fe,
 que ni fingida (2) podré
 a Enrique mostrar desdén.
 LAURENCIA. Pues no hay remedio mayor (3),
 que son los celos acero
 que de un pecho (4) helado y fiero
 sacan centellas de amor.
 INFANTA. ¿Y querráme?
 LAURENCIA. Desta suerte.
 INFANTA. ¿Que le cobraré?
 LAURENCIA. Sin duda.

INFANTA. ¿Sabré fingir?
 LAURENCIA. Con mi ayuda.
 INFANTA. Casi me arrojo a creerte.
 LAURENCIA. ¡Muera del dolor que mueres!
 INFANTA. Pues ven. (1)
 LAURENCIA. ¡Buen suceso espera!
 INFANTA. Para que Enrique me quiera
 haré cuanto tú quisieres.

(Vanse. Sale FABIO y FELICIANO.) (2)

FELICIANO.

Contáisme cosas que parecen sueños.
 ¿De día en vuestros brazos?

FABIO.

Feliciano,
 digo que entre mis brazos, y de día,
 la tuve desmayada, y que me dijo
 mil ternezas.

FELICIANO.

¡Por Dios, que sois dichoso!

FABIO.

*Pues por el mismo os juro que aunque veo
 que llevo sus colores y sus bandas,
 que ella lleva mis prendas y que escribe
 cada día mil cartas y papeles
 que Leonora me envía, y aunque veo
 que las más noches gozo su hermosura,
 estos gustos felices y estas glorias
 enfriaba, por Dios, ver que de día
 no la podía hablar, precepto injusto.
 Mas nada me habéis dicho de Leonora,
 que la Infanta me dice que ya os quiere.

FELICIANO.

Bien lo puede decir, mas no lo creo.

FABIO.

Pues ¿cómo, qué teméis?

FELICIANO.

Que no me engañe.* (3)

(1) Ms.: Vamos.

(2) Ms.: Vase la Infanta. Salen el Duque Fabio
 y Feliciano.

(3) Ed.: Este verso:

FABIO.

Pues como que os parece.

FELICIANO.

No os engañe.

(1) Ms.: Falta esta redondilla y la anterior.

(2) Ms.: que ni fingiendo.

(3) Ms.: mejor.

(4) Ed.: de un pecho ya.

FABIO.

¿De quién?

FELICIANO.

De Enrique.

FABIO.

Ya al sarao salen
el Rey, Lucinda, caballeros, damas.

FELICIANO.

¿Viene Enrique?

FABIO.

También.

FELICIANO.

¡Muero de celos!

(Salen el REY, LUCINDA, LEONORA, CELIA, ENRI-
QUE y demás MÚSICOS.) (1)

REY.

Vitoria (2) de que Amor ha procedido,
que la celebren damas con saraos
es, Conde, gran razón.

CONDE.

Prosperes el cielo
nestóreos años tu corona invicta.

FABIO.

¡Que me rinda (3) de noche sus despojos,
y que le (4) hable de día no permita!
¡Vive Dios, que me atreva!...

FELICIANO.

Mirad, Duque,
si son necios mis celos, ¡vive el cielo!,
que delante Leonora se arrodilla
Enrique.

INFANTA.

¿Hay tal maldad? ¡Ah, pecho ingrato!
¿En público, y delante de mis ojos,
a los pies de Leonora arrodillado?
¡Haré locuras (1), celos; vengaréme!
Con Fabio quiero hablar. ¡Duque!

(1) Ms.: Salen al sarao, el Rey, la Infanta, Celia,
Leonora, Henrique y los demás que pudieren.

(2) Ms.: victoria.

(3) Ed.: rinde.

(4) Ms.: la.

FABIO.

¡Señora!

¿Su fin han alcanzado mis deseos? (2)
No puedo pedir más. ¡Cierta es mi dicha,
que podré hablaros, dulces ojos bellos!

INFANTA.

¿No os llegáis?

FABIO.

Temeroso me atrevía.

CELIA.

¿La Infanta con el Duque? ¡Justos cielos,
matadme de una vez, no me deis celos!

FELICIANO.

¡Ah, fingida Leonora!

CONDE.

¡Infanta ingrata!

¿En un sarao, en público le hablas?
¡Mi (3) corazón se abrasa!

LEONORA.

No, no. Enrique,
no miréis a la Infanta (4). ¿Tenéis celos
de que hable con el Duque?

CONDE.

Tenéis gracias
vos, a lo menos, que me vuelven (5) loco.

REY.

Empiécese a danzar, y el Conde Enrique
dé principio a la fiesta.

CONDE.

Yo obedezco (6).

INFANTA.

Dudo de una verdad encarecida (7).

(1) Ed.: haré un exceso.

(2) Ed.: su fin han alcanzado es a mis celos.

(3) Ms.: el.

(4) Ms.: a Lucinda.

(5) Ed.: bolueys.

(6) Ms.:

empieze a dançar el duque Fabio
y de principio a la fiesta.

HEN.

Obedezco.

(7) Ed.: en que resida.

FABIO.

Mi amor, por ser tan grande, es verdadero.

CONDE.

¡Qué risueña que está! ¡Viven los cielos
que nada se le da que le dé celos!

(*Danzan ENRIQUE con LEONORA y FABIO con la INFANTA.*) (1)

REY.

La danza se acabó; vamos, que es tarde.

FABIO.

¡Trasponerse mi sol!

INFANTA.

¡Ah, falso Enrique! (2)

Vamos, padre y señor.

LEONORA.

Siento el partirme;
pero en el alma vais.

CONDE.

Nunca te vean
mis ojos ruego a Dios, que un infierno
de celos rabio. ¡Vive el alto cielo
que he de matar a Fabio!

CELIA.

Feliciano.

FELICIANO.

¿En qué os sirvo?

CELIA.

Los dos nos consolemos;
que en desdichas y amar somos extremos.

(*Vanse todos, y al entrar le tira ENRIQUE de la capa
al DUQUE FABIO.*) (3)

CONDE. Fabio, escuchad.

FABIO. ¿Qué queréis?

CONDE. (Ap.) ¡Mataréle, vive Dios! (4)

(1) Ms.: *Salen a dançar y en acabando alçase el Rey.*

(2) Ms.:

REY. *Con tu licencia retirarme quiero.*
[INFANTA.] *En bano disimulo, o falso Enrique.*

(3) Ms.: *Vanse i así como quiere entrar Fabio tirare (sic) a Henrique de la capa.*

(4) Ms.: Falta este verso.

Solos estamos los dos.

Solo y aquí me tenéis.

FABIO.

CONDE.

Duque, para ser amigo,
muy fingido habéis andado;
necio por disimulado,
cobarde para enemigo.

Y es sobra de atrevimiento
a Lucinda pretender;
que ninguno ha de tener
adonde yo el pensamiento.

*Yo la adoro, y es razón,
puesto que sólo soy yo
quien la defendió y compró
con sangre del corazón.*

FABIO.

Enrique, los caballeros
nobles no ofenden hablando;
las razones, desnudando
y envainando los aceros.

Y así, si mi lengua airada
se moviera en vuestra mengua (1),
cuanto dijere mi lengua
hará bueno aquesta (2) espada.

(*Meten mano, y sale la INFANTA.*)

INFANTA.

¿Qué es esto?

CONDE.

¡Si no llegara!

FABIO.

Agradécele tu vida.

INFANTA.

Turbada estoy y corrida.
¡Tal desvergüenza en mi cara? (3)

Agradeced que prenderos
no mando. Salíos de aquí.

FABIO.

Para (4) respetarte a ti
reportamos los aceros,
que si no...

CONDE.

Vieras tu muerte.

FABIO.

Hablas, Enrique, en sagrado.

(*Vase.*)

CONDE.

Y también en campo armado
hablo, Duque, desta suerte (5).

(*Hace como quien se va, y detiènele la INFANTA.*) (6)

INFANTA.

Detente,

CONDE.

Suelta, señora.

(1) Ms.: *se mobiere en nuestra mengua.*

(2) Ms.: *hará bueno aquí la.*

(3) Ms.: *de una libertad tan clara.*

(4) Ms.: *por.*

(5) Ms.:

HEN.

*Al campo te aguardo armado
veras si ablo de otra suerte.*

(6) Ms.: *Vanse y la Infanta detiene a Henrique.*

INFANTA. ¿Dónde vas, fiero homicida?
 CONDE. Voy a quitarle la vida
 que tú quieres darle agora.
 No me tengas, que sospecho
 que más crecerá mi furia
 si en ti contemplo mi injuria
 y a Fabio dentro en (1) tu pecho.
 INFANTA. *¿Qué enredos y qué quimeras
 son éstas? Mas ya te entiendo,
 que te olvido vas fingiendo
 para olvidarme de veras.*
 ¿Yo en mi pecho al Duque Fa-
 ¡Bien fundaste tu traición! [bio?
 CONDE. Mejor dirás la razón
 para vengar este agravio.
 ¿Tú le hablaste?
 INFANTA. Si le hablé
 ¿tú no hablaste con Leonora,
 a quien ya tu amor adora,
 el ídolo de tu fe?
 *por quien vivo sepultada
 en tu olvido? Y no te asombre,
 que hasta de nombrar mi nombre
 vi que tu boca se enfada.
 Ya he descubierto tu engaño,
 ¡véngume el cielo de ti!,
 que con estos ojos vi,
 por mi mal, mi desengaño.*
 Pienso que para olvidarme
 solamente me has querido.
 CONDE. ¡Ah, cocodrillo fingido,
 que lloras para matarme!
 *Y yo ¿qué vi con mis ojos
 y con mis manos toqué?
 ¿Qué es, ¡falsa!, lo que escuché?
 ¡Verdad es, no son antojos!*
 ¡Ojalá, pues, que mi agravio (2)
 fuera antojos o recelos;
 pero ya pasan de celos
 las posesiones de Fabio.
 Yo vi...
 INFANTA. ¿Qué viste, traidor?
 CONDE. Eres reina, y yo vasallo;
 y así, señora, lo callo,
 por el tuyo y por mi honor.

(Vase.)

INFANTA. Espera, ¡ay, triste calma!
 ¡Que siendo la que he sido,

ejemplo de lealtad y de firmeza,
 tras de robarme el alma,
 ingrato y atrevido
 atropelle mi honor y mi grandeza!
 ¡Que recele bajeza
 de mi constante pecho,
 mirándole abrasado,
 y amando desdeñado,
 el corazón en lágrimas deshecho!
 ¡Venganza, justos cielos! [celos!
 que esto es traición con máscara de
 *¡Plegue a Dios, fermentido,
 fingido y falso Eneas, [pada!,
 que atraviere tu pecho infame es-
 que yo no he deservido
 aunque mi fin desees,
 para morir, primero que vengada;
 y aunque soy desdichada,
 no ha de faltar un rayo
 del fuego de mi pecho
 con que quede deshecho
 tu corazón en fúnebre desmayo;
 que vengarán los cielos
 esta traición con máscara de celos.*

ACTO TERCERO

(Salen CELIA y LEONORA.)

LEONORA. Lee el papel ¿qué te suspen-
 CELIA. Ver, amiga, por mi daño, [de? (1)
 que aunque Amor es todo engaño,
 de tanto engaño se ofende,
 lo mismo que me da vida
 me da triste y fiera muerte.
 LEONORA. Harálo mayor tu suerte.
 Mira bien.
 CELIA. ¡Que estoy perdida!
 LEONORA. Deja, Celia, esas quimeras;
 no atormentes tu memoria.
 CELIA. ¡Ay!, que es fingida mi gloria,
 y mis penas, verdaderas.
 LEONORA. ¿Has logrado tus deseos,
 y agora con eso sales?
 ¿Tú no alcanzaste...?
 CELIA. Mil males..
 ¡Mira qué ricos trofeos!
 LEONORA. Si te dió mano de esposo

(1) Ms.: Falta en.

(2) Ms.: y oxala que mi agravio.

(1) Ed.: Falta te.

Fabio, ¿qué puedes temer?,
pues cuando llegue a saber
tu engaño, será forzoso
cumplirte lo prometido.

CELIA. Animas mi pensamiento;
pero el celoso tormento
es quien me quita el sentido (1).

LEONORA. Acaba ya de leer
el papel.

CELIA. ¡Ay, mi Leonora!
Aquí dice que me adora.
Yo sé que no puede ser.
Tómale tú, por tu vida,
que yo no me atrevo a más.

LEONORA. En gracioso extremo das.

CELIA. El alma tengo perdida.

LEONORA. Yo leo, pues. Dice así (2).

(Sale la INFANTA, y no acaba de salir.) (3)

INFANTA. ¿Qué es esto? ¡Suerte cruel!
¿No es Leonora, y no es papel
lo que está leyendo? ¡Sí!
*Pues ya en él mis penas leo,
de un ingrato las mudanzas,
mis frágiles esperanzas
en su blanco, en blanco veo;*
que esta pena, este cuidado,
me declaran que es de Enrique.

LEONORA. No sé cómo signifique
el contento que me ha dado.

INFANTA. ¡Papel, fuego, rayo, infierno,
que me abrasas, que me matas!

LEONORA. Confieso que para ingratas
es hechizo un papel tierno,
pues ¿quién podrá resistir
a una amorosa razón?

INFANTA. ¿Y quién tendrá corazón
que tanto pueda sufrir?
¿Qué más aguardo, qué espero?
¿Cúyo es el papel?

(Aquí acaba de salir, y toma el papel.) (4)

LEONORA. Señora,
mira que...

INFANTA. Suelta, Leonora.

(1) Ms.: Faltan esta redondilla y las cuatro anteriores.

(2) Ms.: *ansí*.

(3) Ms.: *Lehen baxo las dos. Sale la Infanta.*

(4) Ms.: Falta esta acotación.

CELIA. ¡Perdida soy, desespero!

LEONORA. Advierte...

INFANTA. ¿De qué te alteras?

LEONORA. ¡Buenos mis enredos (1) van!

CELIA. Cuando fueras su galán,
no sé que hacer más pudieras.
Ese es ya mucho rigor.

INFANTA. Reina me han hecho los cielos,
y así más que un galán celos,
tengo celos de su honor (2).

CELIA. Yo sé que es celar, y sé
que es vana curiosidad.
Ven, Leonora.

(Vanse las dos.)

INFANTA. ¿Hay tal maldad?
Mas yo lo castigaré.
Salid vos, tercero astuto,
que con melifluas (3) razones
rendís fuertes corazones
cubriendo el mío de luto.

(Aquí lee la carta.)

Infanta... ¡Válgame Dios!
Y aquí dice Fabio... ¡Cielo!,
alguna traición recelo,
pues me han dejado los dos.

(Aquí vuelve a leer:)

“Infanta, pues fué mi suerte
tan alta como dichosa,
que en la noche tenebrosa,
y será la de mi muerte,
con mil amorosos lazos
para no temer mudanzas
alcanzan mis esperanzas
la posesión de tus brazos,
si ellos me rinden mil palmas,
dulces glorias, tu favor,
aunque bastaba el menor
para enriquecer mil almas,
no permitas...” ¡Que permitan
los cielos esta traición!
¡Injustos los cielos son,
y ellos el honor me quitan!
¡Loca estoy, triste de mí!

(1) Ms.: *negocios*.

(2) Ms.: Falta esta redondilla.

(3) Ms.: *fingidas*.

(Sale el Rey firmando unas cartas, y FELICIANO.) (1)

FELICIANO. Esta es para el escocés,
y estotra (2) para el inglés.
REY. Su triste viudez sentí,
que era la reina Leonida
un ángel en carne (3) humana.
FELICIANO. Esta escribes (4) a su hermana.
INFANTA. ¡Ah, Celia! ¡Prima fingida!
REY. Toma, y despáchalas luego.
FELICIANO. Voy a servirte, señor.

(Vase.)

INFANTA. ¡Que para abrasar mi honor
baste de un papel el fuego!
¿Qué enigma de esfinge (5) es és-
para quitarme la vida? [ta
REY. Lucinda, hija querida,
¡tú voces? ¿Tú descompuesta?
¿Nace (6) del papel tu pena?
INFANTA. ¿Qué le diré?
REY. Muestra a ver.
INFANTA. Mira bien...
REY. Esto ha de ser,
ya esconderle te condena.
¿Qué dudas?
INFANTA. Corta (7) es mi dicha.
REY. Que soy padre considera;
no temas.

(Aquí le toma el papel, y lee.)

INFANTA. Nada temiera
a no temer mi desdicha;
que no teme mi lealtad
estos aparentes daños,
que tras las nubes de engaños
saldrá el sol de la verdad.
*No des a sospechas vanas
crédito tan fácilmente,
que desdice, al ser prudente,
al conceto desas canas.*
REY. ¿Qué es esto, cielo cruel?
¿Qué es esto, fortuna airada?
¿Afrenta dais tan pesada

(1) Ms.: Sale el Rey, y Feliciano, secretario, firmando el Rey unas cartas.

(2) Ms.: essotra.

(3) Ms.: en forma.

(4) Ed.: Y aquesta escribe.

(5) Ed.: de fingir.

(6) Ed.: nunca es.

(7) Ed.: cierta.

con tan liviano papel?

¡Ah, falsa!

INFANTA. Por disculparme,
oye, señor.
REY. Es en vano.
INFANTA. Sabe que llegó a mi mano
solamente... (1)
REY. Por matarme.
INFANTA. *¡Mira...
REY. ¡Ya miré mi agravio!
INFANTA. ¿Quién vió desventura tanta?
REY. Esto ¿no dice: a la Infanta,
y esta firma: el Duque Fabio?
Y ¿qué pudo merecer
de tu honor la posesión?
INFANTA. ¡Advierte que esto es traición!
REY. ¡Advierto que eres mujer! *
INFANTA. Soy tu hija.
REY. Eres liviana.
INFANTA. Escúchame.
REY. No hay disculpa
a tan manifiesta culpa.
INFANTA. ¿Por qué es mi suerte inhumana?

(Vase.)

REY.

*¿A cuál hombre jamás ha sucedido
tan impensado daño, tal desdicha?
¿Es posible? ¡Mi honor! ¡Mi honor perdido!
¿Qué he de hacer? ¡Vengar[é]me! Mas ¿qué
matar al ofensor, siquiera viva [importa
la ofensa y mi deshonor? Fabio es noble
y tiene de mi sangre algunas venas,
que a mi remedio algún remedio ofrece.*

(Sale FABIO.) (2)

FABIO.

Señor.

REY.

Fabio, pues ¿cómo tantos días
sin verme?

FABIO.

En tu servicio el alma emplea
las horas (3) y momentos de su vida.

REY.

(Ap.) Mejor dirás, ¡villano!, en mi honra.

(1) Ms.: solamente lo dice el Rey.

(2) Ed.: Sale el Duque Fabio, galán.

(3) Ed.: honras.

Venís a tiempo, Duque, en que deseo hablaros.

FABIO.

Tendré a dicha que se ofrezca en qué servirte pueda mi persona.

REY.

Pues para que acortemos de proemios: (1) yo, Fabio, como veis, estoy ya viejo; mis esperanzas y de todo el reino cifran muy pocos años en Lucinda.

Y como ha dado en despreciar los reyes comarcanos, me pone en gran cuidado qué sucesión tendrá mi sangre ilustre, qué rey daré a mis húngaros famosos. Quisiera yo que un Grande de mi reino, virtuoso, valiente, ilustre y claro, llenase mi deseo (2) dando a Hungría felice sucesión y eterna gloria;

*Y como yo conozco vuestras partes, fío de vuestro ingenio este consejo.

FABIO.

Sólo al tuyo, señor excelso, puede rendirse aquel de Sócrates famoso (3) a quien la antigüedad llama [el] oráculo, pues lo que ni el de Apolo dar pudiera mejor respuesta, modo tan conforme al provecho común de todo el reino.*

(Ap.) Quiero entablar mi pretensión dichosa. Reyes puedes hacer, que es virtud grande levantar los humildes hasta el cielo.

de tu grandeza, hecho heroico y claro de tu mano suprema y poderosa.

REY.

¡Cómo descubre bien su infame pecho!

FABIO.

Cierta es mi dicha (4).

REY.

Mi deshonra es cierta. Enrique, Fabio, es noble y virtuoso.

FABIO.

(Ap.) ¿Es virtuoso y noble el Conde Enrique? ¿Qué es esto? ¡Cielos!

REY.

Pues tu sangre iguala a la mejor; y a los heroicos hechos de sus pasados dar envidia pueden los de su fuerte brazo y (1) mano invicta. *Tiene el Conde valor.

FABIO.

Tiene ventura, y yo [de] desdichados soy ejemplo.* (2)

REY.

(Ap.) El se ha turbado; extraña y alta prueba de su delito.

FABIO.

¡Amarga y triste suerte! (3)

Luchando estoy con mil dificultades. [alma ¿Qué he de hacer?, que entre dudas muere el

REY.

¿Qué respondéis?

FABIO.

Señor, que el Conde Enrique es hombre que merece que sus sienes dichosamente ciñan la corona universal del mundo; mas la Infanta, única prenda tuya, en (4) quien los cielos mostraron su poder...

REY.

Es bien que sea vuestra esposa.

FABIO.

Señor.

REY.

Son vuestras partes Duque, las que pedía (5) mi deseo.

FABIO.

Dame a besar tus pies.

(1) Ms.: de razones.

(2) Ed.: mi desecho.

(3) Ed.: Desde y como yo conozco, hasta todo el reino, sólo hay los dos versos siguientes:

solo en cuyo señor excelso puede rendirse aquel de Sócrates famoso.

(4) Ms.: cierta es mi gloria.

(1) Ed.: Falta y.

(2) Ed.: Reduce este verso y el anterior a uno solo:

FABIO. Tiene ventura y yo soy desdichado.

(3) Ms.: amarga y triste pena.

(4) Ed.: a.

(5) Ed.: pide.

REY.

Tomad mis brazos.

FABIO.

Súbesme (1) a la grandeza de tu cielo.

(Salen ENRIQUE y CLASCANO.)

CONDE.

*Con el ausencia, madre del olvido,
tengo de hallar, Clascano, a penas tantas
remedio igual.

CLASCANO.

Es pensamiento digno
de tu valor y generoso pecho
no hay hechizo, no hay mágico que tenga
para olvidar virtud como el ausencia;
yo fío que en dos horas no te acuerdes
de ti mismo.

CONDE.

Bien dices, que es la Infanta
yo mismo, si es el alma que me rige.*
Dame, señor, tus pies.

REY.

Amigo Enrique,
defensor de mi reino; claro espejo
en quien la lealtad misma se mira.
(Ap.) ¡Ah! ¡Quién pudiera darte mi corona!

CONDE.

Tanta merced, señor, bien me asegura
lo que a pedirte vengo.

REY.

De mi pecho
tienes las llaves, pide.

CONDE.

Mis vasallos
necesitan, señor, de mi presencia,
y como yo he seguido tantos años
la corte...

REY.

Si pretendes ausentarte,
Enrique, no es posible.

CONDE.

Eso venía,
señor, a suplicarte.

(1) Ed.: súbeme.

REY.

Dos razones
me obligan a no hacer lo que me pides:
la primera es perderte, y la segunda
el casamiento de la Infanta.

CONDE.

(Ap.) ¡Cielos! (1)
¿Qué es lo que escucho? ¿Que la (2) Infanta
[casas?

REY.

Para premiar las partes y servicios
del Duque Fabio, sangre propia mía,
se la di por mujer.

CONDE.

Goce mil años
vuesalencia (3) la prenda más hermosa
que ha visto el Sol en cuanto dora y mira;
que a tal valor, tal premio le esperaba.

FABIO.

Para premiar el vuestro, yo quisiera
tener del universo la corona (4),
para rendirla a vuestra frente.

CONDE.

(Ap.) Celos
el alma abrasan.

REY.

Vamos; vos, Enrique,
tenéis de honrar la corte; no es posible
poderos ausentar..

CONDE.

Siempre mi vida
a tus manos, señor, tienes rendida.

(Vanse todos, sino CLASCANO y ENRIQUE.)

CONDE. Tiempo, Clascano, ha llegado (5)
en que la fortuna varia
ni puede ser más voltaria
ni hacerme más desdichado.

*Por mudable, viene a ser
en mis desdichas tan firme,
que ni más puede abatirme

(1) Ms.: ay triste.

(2) Ms.: que a la.

(3) Ms.: su esclensia.

(4) Ms.: tener del mundo universal corona.

(5) Ms.: amigo tiempo a llegado.

ni tengo más que perder.

Perdí a Lucinda, perdí
la gloria de mi deseo,
que en tanta pena me veo
por la gloria en que me vi.

Perdí aquel sol, la esperanza
de gozar su luz serena;
pero fué luna, y si llena
mengüó con tanta mudanza.

Perdí mi gusto, mi bien,
y todo con tanto exceso,
que tras de perder el seso
el alma pierdo también.*

Muero de envidia celosa.
Clascano (1), estoy sin sentido.

CLASCANO. Que sientas haber perdido
un reino es muy justa cosa.

*Y cuando el Rey intentara
casarte a ti con la Infanta,
a sentir desdicha tanta
con mis ojos te ayudara;

pero a risa me provoca
ver tu queja o sinrazón,
pues te viene esta ocasión,
señor, a pedir de boca.

No procede de firmeza
ese daño, ese rigor,
que es la mudanza mayor
mudar la naturaleza.*

CONDE. Siento ver que me condena
a muerte, pues si gusté
glorias tantas, sólo fué
para darme ahora más pena.

Fué echar aceite a mi fuego,
y en la noche tenebrosa
mostrarme la luz hermosa
para dejarme más ciego.

¡Ay, Lucinda!

CLASCANO. ¡Bueno estás!

CONDE. ¡Que así tengo de perderte!

¡Que en el jardín no he de verte!

CLASCANO. Del lobo, un pelo, y no más.

No sé en qué fundas tu agravio.

CONDE. En que la perdí, y es bella.

CLASCANO. ¡Alto! Cásate con ella
y da que reír a Fabio.

Mira qué te está mejor.

CONDE. Quejarme de su mudanza.

CLASCANO. Eso aumenta tu esperanza.

CONDE. Eso aumenta mi dolor.

CLASCANO. Mañana te ha de querer

si hoy pudo aborrecerte.

CONDE. Es desdichada mi suerte.

CLASCANO. También la suerte es mujer. (1)

CONDE. En vano son tus consuelos;
vanos tus remedios son
si está enfermo el corazón
de amor, agravios y celos.

Ya no los puedo sufrir.

CLASCANO. Sosiégate y ten cordura.

CONDE. He de hacer...

CLASCANO. Una locura.

CONDE. Calla, y déjame morir.

*¡Plega a Dios, mudable ingrata,
que no logres tu esperanza;
castigue Amor tu mudanza
con el rigor que me mata!

¡Plega a Dios que no le goces,
pues para sus enemigos
tienen los cielos castigos,
lágrimas ven, y oyen voces.*

(Vanse. Sale la INFANTA sola y al jardín.)

INFANTA.

Líquidas fuentes puras,
espejos destos álamos sombríos,
arroyo que murmuras
risueño mis llorados desvaríos;
tiernas y hermosas flores,
verde jardín, alegres ruisseñores:

De mis glorias felices,
testigos habéis sido, y de mis bienes;
pues ¿cómo en infelices (2)
desdichas se han trocado, y en desdenes?
Mas ¿por qué el colmo os pido (3),
si mudanzas de amor nacen de olvido?

¿Quién en tanto contento
temiera esta tristeza, esta mudanza,
y que al ligero viento
diera Enrique su amor y mi esperanza?
Pero ¿qué mucho ha sido,
si mudanzas de amor nacen de olvido? (4)

El sitio de esta fuente
convida a que descansen mis cuidados,
y el son de su corriente
sueño da a los sentidos fatigados;
no tiene ingrato dueño
la que sola se rinde al dulce sueño.

(1) Ms.: Faltan ésta y las cinco redondillas anteriores.

(2) Ms.: Faltan este verso y el anterior.

(3) Ms.: Falta este verso.

(4) Ms.: Falta esta sextilla.

(1) Ms.: amigo.

(*Echase a dormir la INFANTA, y sale el CONDE ENRIQUE.*)

CONDE.

Verde jardín hermoso,
árboles que subiendo a las estrellas
el (1) cielo luminoso
presumen escalar las cimas bellas,
cuyos locos intentos
simbolizan soberbios pensamientos.

*También junté arrogante
montes de amor, con que subí a los cielos,
pero en el mismo instante
llovieron sobre mí rayos de celos,
quedando sumergido
en el infierno de un ingrato olvido.

Furtiva enamorada
que, con dulces arrullos, tus amores
de tu amante obligada
gozas entre estos árboles y flores,
Narcisos de amor locos;
pero, con tanto amor, hay cuerdos pocos.

Más ardientes deseos,
pico más dulce, tierno y regalado,
en tan altos empleos
gozó mi amor, y de tan alto estado
en un punto he caído
en el infierno de un ingrato olvido.

Quejosa Filomena,
testigo y centinela en mi contento,
si en la noche serena
mis glorias esparciste por el viento,
ya tu endechoso canto
acompañe mi voz y amargo llanto.

Lloremos mis desdichas,
lloremos de Lucinda la mudanza,
que, perdidas mis dichas,
¿de qué sirve el amor y la esperanza,
si nadie la ha tenido
en el infierno de un ingrato olvido?*

En esta fuente clara,
de Lucinda gocé los dulces brazos.
¡Cielos! ¿Quién tal pensara?
¡Que a verla me lleváis, inciertos pasos!
Pero ¿qué devaneo
a los ojos le forma mi deseo?

*No son, no son antojos,
aunque eclipsen la luz serena y pura,
y de aquellas mejillas
las rosas que parecen maravillas.* (2)

(1) Ms.: *al.*

(2) Ms.: Faltan dos versos de esta sextilla.

Exenta de cuidados
entregó regalona al sueño leve
los miembros delicados,
envidia de la pura y blanca nieve,
vertiendo por el viento
ámbar su boca por el blando aliento. (1)

¡Ay, bello paraíso!
¡Ay, gloria del amor, y quién llegara
agora de improvviso
a gozar los despojos de su cara!
¿Qué es esto, Amor? ¡Teneos,
que tengo honor, si vos tenéis deseos!

Refrenaldes la furia,
que dijera mejor naturaleza.
Contemplad vuestra injuria;
mas diréis que contemplo su belleza;
que son los dulces labios
locos de amor para olvidar agravios. (2)

*Allí el Amor me llama;
aquí me fuerza honor, y de los celos
miro la ardiente llama
si allí toda la gloria de los cielos;
que si a gozarla llego,
vengo a ser mariposa en este fuego.*

¿Qué he de hacer, desengaños
amargos, pero amigos verdaderos;
queréis que huya mis daños (3)
dejando estos engaños lisonjeros,
aunque el amor replique?

INFANTA.

(*Dice esto soñando.*) (4)

Detente, ingrato; escucha, falso Enrique.
Siente mi amarga pena,
no cierres a mis quejas tus oídos.

CONDE.

¡Ay, hermosa sirena,
que encantas dulcemente mis sentidos!
¡Que no hay sera de agravios (5)
que resista el hechizo desos labios!
*¿Quién podrá desta calma
apartarse, aumentando sus cuidados,
si en ella goza el alma
bienes de Amor, mas ya bienes soñados?

(1) Ms.: Falta esta sextilla.

(2) Ms.: *los hechos de amor para olvidar agravios.*
Sobra *los.*

(3) Ms.: Faltan este verso y el anterior.

(4) Ms.: *Sueña la Infanta y dice.*

(5) Ed.: *que no ahí sera de agravios.* Ms.: *que no hay sera de agravios.*

Que mis hados injustos
dan penas ciertas y soñados gustos.*

INFANTA.

Ya que dejas mis brazos,
ya que dejas un alma que te adora,
por los tiernos abrazos,
por los dulces amores de Leonora,
te ruego...

CONDE.

No me mates,
que si apuras mi amor, sube quilates.

¿Quién, prenda destos ojos,
olvidarte podrá? Saben los cielos
que si te he dado enojos,
rigor ha sido y fuerza de unos celos;
que con su ardiente llama
crece la de mi amor, que al (1) alma inflama.

¿Yo a Leonora? Ofendido
adoro tu rigor y tu hermosura,
aunque haya merecido
Fabio tan (2) alto bien, tanta ventura;
que agravios no son parte
para que deje el alma de adorarte.

INFANTA.

¿Yo ofenderte, y con Fabio?
¡Haces notable ofensa a mi firmeza;
quéjome deste agravio
a los cielos!

CONDE.

No aumentes tu belleza
con los rojos colores,
que si vida me dan, matan de amores.
Loco estoy.

INFANTA.

No, no, Enrique;
ya conozco tu engaño y tu mudanza.

CONDE.

¿Quieres que signifique
la gloria que mi pecho en verte alcanza?
Mas no podrán razones.

INFANTA.

Ni amarte como yo mil corazones.

CONDE.

¡Ay, Lucinda querida!

INFANTA.

¡Ay, adorado ingrato!

CONDE.

Amor lo sabe,
que dice que eres vida
del alma que te doy, prenda suave. (1)

INFANTA.

Y así en cambio mis brazos (2)
te da mi amor, con mil estrechos lazos (3).

(*Abrázale con sueños.*) (4)

CONDE. Glorias de mi alma iguales (5),
cielo que el pecho enriqueces,
herinoso sol que amaneces
a la noche de mis males.

(*Aquí despierta la INFANTA.*)

*Dulces prendas celestiales,
que os merezco, miro y toco;
de gozo me vuelvo loco.*

INFANTA. ¿Qué es esto, cielos! ¡Ay, triste!

CONDE. ¿Tan presto te arrepentiste
del bien que en sueños me dabas?
¡Pero, en efecto, soñabas,
y los sueños, sueños son!

INFANTA. ¡Suelta, ingrato!

CONDE. No es razón
que así permitas que muera.
¡Detente, Dafne ligera!

INFANTA. Ligera sí, Dafne no;
que a no ser ligera yo
no me dieras...

CONDE. Alma y vida
te he dado, prenda querida,
y a la luz de aquellos ojos
mi libertad en despojos
humilde rendí.

INFANTA. ¡Ah, traidor!

CONDE. Cese ya tanto rigor.
¡Oye, mira, escucha, advierte!

INFANTA. Que son tus brazos mi muerte
oigo, advierto, escucho y miro.

CONDE. Sí a más que a ser tuyo aspiro,
que es el mayor bien del alma,
que juzga a gloriosa palma

(1) Ed.: prenda suave lo dice la Infanta.

(2) Ed.: abrazos.

(3) Ed.: brazos.

(4) Ms.: Abrasale (sic) y despierta alborotada la Infanta.

(5) Ms.: gloria que al pecho regalas.

(1) Ed.: el.

(2) Ed.: tu.

rendirse a tanta belleza;
 si en mí no es naturaleza,
 *lo que en otros elección,
 que adorar el corazón
 ese rostro celestial
 es ya deuda natural
 debida a tanta hermosura;
 si pretendo más ventura
 que la gloria de tus brazos,
 cuyos dulcísimos lazos
 han atado mi albedrío;
 si de otro, mi bien, confío
 que de tu cielo divino,
 cuyo velo cristalino
 engasta dos soles bellos;
 si desos rizos cabellos
 no cuelgan mis esperanzas;
 si jamás hizo mudanzas
 ni te ha ofendido jamás
 mi amor, que ofendiendo estás
 al tiempo que más te adora;
 si yo he querido a Leonora,
 y si querido la hubiera,
 corrido de arrepentido
 muera a manos de tu olvido,*
 alcánceme tu rigor,
 ¡que es la desdicha mayor
 que pueden darme los cielos!

(Sale LEONORA, y no acaba de salir.)

LEONORA. ¿Hay en el mundo más celos,
 *o tiene el infierno pena
 como ésta, a que me condena
 un desengaño a la vista?
 ¿Qué pecho habrá que resista*
 tantos males, tantos daños?

CONDE. Mira, mi bien.

INFANTA. Tus engaños.

CONDE. Mejor dijeras mis penas,
 aunque están de gloria llenas
 por tal causa padecidas.

INFANTA. Suelta.

CONDE. Quítame mil vidas,
 y no me quites tus brazos.

INFANTA. Harélos antes pedazos.
 Primero me mataré.

CONDE. ¿Así se paga mi fe?

INFANTA. ¿Y así se paga mi amor?

CONDE. ¡Sabe el cielo mi dolor!

INFANTA. ¿Sabe el cielo mi tormento!

(Aquí escapa de ENRIQUE y hace como que se va,
 y ENRIQUE la detiene.)

CONDE. Detente.

INFANTA. Es asir al viento.

CONDE. Mira un pecho que te adora.

INFANTA. No quiero ver a Leonora.
 ¡Muere, pues me matan celos!

(Vase.)

CONDE. ¡Oh, maldíganla los cielos,
 aunque a su sol enamora.

(Sale aquí LEONORA del todo.)

LEONORA. A tan justa petición,
 ¿quién no responderá amén?
 Y está muy puesto en razón,
 que pues yo te quiero (1) bien
 me alcance esta maldición.

¡Falso, traidor, fermentido!

¿a tanto amor y a fe tanta
 esto es haber prometido:
 Para siempre está la Infanta
 ya sepultada en mi olvido?

*¿Son las pasiones pasadas
 que en esta guerra, a lanzadas
 salieron del corazón?

Pero ¡ha sido tu traición!
 ¡Fueron mentiras doradas!*

Agravios son, no son celos,
 que los dudosos recelos
 aun se pudieran sufrir.

CONDE. Oye.

LEONORA. ¿Querrásme decir
 que me maldigan los cielos?

(Sale la INFANTA, y no acaba de salir.) (2)

INFANTA. Persuadida y adorada
 me he visto, si desdeñada,
 y así vuelvo agradecida;
 cuanto menos ofendida,
 tanto más enamorada.

*¿De qué sirve resistirme,
 si quiere el alma entregarse,
 si está cerca de rendirse?
 ¿Para qué quiere apartarse,
 si luego ha de arrepentirse?*

Mas ¿qué miro? ¿Hay tal mal-
 Lo que te digo es verdad. [dad?
 LEONORA. Y es también, Conde, tormento
 querer que el entendimiento

(1) Ms.: quise.

(2) Ms.: Sale otra vez la Infanta.

INFANTA. quiera y no la voluntad.
¡Que nunca dé paso yo
que el de mi muerte no sea!
¿Quién a tanto mal llegó?

LEONORA. De mí es justo que lo crea;
mas de tu nobleza, no (1).

CONDE. Si el amor tiene disculpa
de cualquiera loco error,
aunque tu lengua me culpa,
en cuanto tuve de amor,
me quita él mismo de culpa.

Celoso, fingí quererte,
para ver si desta suerte
pudiera hermosura tanta
borrar del alma la (2) Infanta,
que no ha de poder la muerte.

*[Te] b[u]squé por instrumento
de mi venganza, agraviado;
de unos celos loco intento,
que un celoso y desdichado
cuanto pretende es tormento.

No te quejes ofendida;
de mi amor la queja olvida,
pues son mayores mis daños
si a ti te da desengaños
y a mí me quita la vida.

Sufre, pues sufro, la muerte,
o ejecuta tu rigor
en mi pecho; pero advierte
que no hay venganza mayor
que verme de aquesta suerte.*

Y advierte... (3)

LEONORA. ¿Qué he de advertir?
¿Qué tienes más que decir,
ni más penas que me dar?
Ya, ni más debo escuchar
ni menos puedo sentir.

INFANTA. ¡Pedilde albricias al alma (4)
desta gloria, triunfo y palma,
*alegres y hermosas flores!

LEONORA. Ya, pues con tantos dolores
el corazón se desalma,
y pues fuiste fementido,
para olvidarte no pido
remedios, que es caso llano
que he de hallar en Feliciano
todo el río de mi olvido.*

Yo pido a los altos cielos,

porque en desventura tanta
basta para mis consuelos,
¡que no goces a la Infanta,
que mueras de eternos celos! (1)

(Vase LEONORA.)

CONDE. ¿Celos, y agora? ¡Oh, qué bien!
Cuando penas me combaten
con importuno vaivén,
no hayas miedo que me maten;
que ya me ha muerto un desdén,
si ha despreciado mis brazos,
rompiendo amorosos lazos,
Lucinda ingrata y querida.

(Aquí sale la INFANTA del todo, y va para abrazar
al CONDE.) (2)

INFANTA. Vuelve agora arrepentida
a darte dos mil abrazos. [rias,
Desde (3) aquí escuché mis glo-
vi los triunfos y vitorias (4)
que rindes a mi firmeza.

CONDE. Di (5), Lucinda, a tu belleza,
digna de eternas memorias.

INFANTA. Pues mío puedo llamarte,
dame tus brazos.

CONDE. Detente.

INFANTA. ¿Tan presto quieres vengarte?

CONDE. El honor no lo consiente;
si el amor quiere adorarte,
*si ciego tras sus antojos
corazón y alma, en despojos,
quiso rendirte a porfía,
ya llegas a sangre fría
cuando abre el alma los ojos;
ya con antojos de celos
crece, mirado mi agravio,
que contemplan mis recelos
en este jardín a Fabio
cuando se enlutan los cielos.*
Paréceme...

INFANTA. Cierra el labio,
que es hacer notable agravio
a tu valor (6) y mi honor
si te parece; que amor
jamás tuvo al Duque Fabio.

(1) Ms.: Falta esta quintilla y la anterior.

(2) Ms.: a la.

(3) Ms.: advierte.

(4) Ed.: Pide albricias luego alma.

(1) Ms.: Falta esta quintilla.

(2) Ms.: Sale del todo Lucinda y (sic) la Infanta.

(3) Ms.: desde.

(4) Ms.: victorias.

(5) Ed.: Vi.

(6) Ed.: dolor.

CONDE. Si la noche que me fuí,
que te hablaba Fabio oí,
si en el jardín le vi entrar,
¿es delito sospechar
lo que con mis ojos vi?

INFANTA. Enrique, tus celos son;
y mucho hubieras perdido
conmigo en esta ocasión,
más de un papel he sabido (1)
que te engañó una traición.
*Y pues satisfecha estoy
de ti, palabra te doy
de sacarte deste engaño.
Mas ¿qué mayor desengaño
que ser tuya y ser quien soy?*

CONDE. Mayor no lo puede haber
si le mido con tu ser;
mas lo que vi considero.

INFANTA. Es el amor hechicero
ver, Enrique, y *no creer*.
De mil aparentes velos,
fantasmas forma a los ojos
que el temor sube a los cielos,
y este (2) engaño, estos antojos,
juzgan por verdad los celos.
¿Viste alguna?

CONDE. Eso sería.

INFANTA. Pues, dueño del alma mía,
ven esta noche.

CONDE. ¡Ay, honor!

INFANTA. Verás quién entra.

CONDE. Mi amor
de remedios desconfía.
¿Cómo, si el Rey te ha casado
con Fabio, podré venir?
El mismo me lo ha contado.

INFANTA. Es imposible.

CONDE. Vivir;
yo a lo menos.

INFANTA. ¡Cielo airado!
¿Por qué encubres desengaños
permitiendo a los engaños
que con disfraz de verdades
atropellen calidades?

CONDE. ¿Qué dices?

INFANTA. Siento mis daños.
*No que el Rey quiera casarme,
pero que tú presumieses
que a tal pudiera obligarme,
eso siento, pues mil veces

(1) *Ed.: ha no auer antes sabido.*(2) *Ms.: que este.*

sabré, primero, matarme.
Ha culpado mi lealtad,
de dos fingidas mujeres (1);
mas no le[s] temas, pues eres
quien reina en mi voluntad.*

CONDE. ¿Quién te puede (2) a ti ofender?

INFANTA. Ven, si lo quieres saber (3),
porque confirmes mejor
que es todo engaños amor,
y así *ver y no creer*.

(Vanse. Sale LEONORA y FELICIANO.)

LEONORA. Eres cruel.

FELICIANO. Tú, mudable.

LEONORA. ¡Ay, Feliciano! No puedo
ya dejar de confesarte...

FELICIANO. Por esos ojos serenos,
que no pases adelante,
pues que sabes que me has muerto.

(Sale CELIA.)

CELIA. ¿Qué es esto, amiga Leonora?
Nunca pensó el alma menos
que hallar a los dos aquí.

LEONORA. Vienes, Celia a muy buen tiempo.

FELICIANO. La Infanta viene.

LEONORA. ¡Ay de mí!
Vamos, Feliciano, luego,
que, aunque por puntos la tope,
tengo por azar su encuentro.

(Vanse FELICIANO y LEONORA, y queda CELIA y sale la INFANTA y LAURENCIA.)

INFANTA. Déjame, Laurencia, sola.

LAURENCIA. Sólo tu gusto obedezco (4).

(Vase.)

CELIA. Señora.

INFANTA. Prima querida.

CELIA. ¿Cómo estás?

INFANTA. Traigo un contento
que revienta por los ojos
porque no cabe en el pecho.

CELIA. ¿De tu gusto la ocasión

(1) *Ms.: Falta el verso anterior.*(2) *Ms.: te pudo.*(3) *Ms.: Oye si lo as de saber.*(4) *Ms.: Faltan este verso que dice el Conde antes de hacer mutis con la Infanta, los quince anteriores y las correspondientes acotaciones.*

saber, señora, no puedo?
 INFANTA. Es de un casamiento, Celia.
 CELIA. ¿Casamiento?
 INFANTA. Casamiento.
 CELIA. ¿Cásaste tú?
 INFANTA. Yo me caso.
 CELIA. Por muchos años y buenos.
 INFANTA. Muchos no sé si serán;
 buenos, yo te lo prometo;
 porque casarse, y con gusto,
 no han hecho tal bien los cielos.
 CELIA. Pues ¿quién pudo merecerte?
 INFANTA. Celia, un Grande de mi reino.
 CELIA. ¿Será Enrique?
 INFANTA. No es Enrique.
 CELIA. Pues nadie en tu pensamiento
 tuvo jamás tanta parte.
 (Ap.) Alguna desdicha temo.
 INFANTA. Que a Enrique quise y me quiso
 yo, prima, te lo confieso;
 mas nunca aspiró (1) este amor
 a más que (2) entretenimiento.
 *Sirvióme públicamente,
 mas otro causó el incendio
 de mi pecho, que el amor
 arde mejor en secreto.*
 ¿No viste penar a Fabio?
 ¿No me viste a mí riendo
 de sus continuas pasiones
 y encarecidos extremos?
 *Y viéndome un hielo entonces
 ¿quién pensara que era el tiempo
 en que se abrasaba el alma
 en la fragua de mi pecho!
 En secreto padecía
 sin declarárselo, viendo
 que era la luz de dos ojos,
 porque fuera caso feo,
 siendo mi prima, quitarte
 tu bien para darte celos.
 Tú escribiste aquel papel,
 Celia, no sé con qué intento;
 llegó a manos de mi padre,
 que, viendo mi honor deshecho,
 sin que disculpas bastaran
 ordenó este casamiento.
 Yo, pues, viéndome obligada
 a mi honor y amor, ardiendo
 en su punto mis pasiones,
 imposible tu remedio,

(1) Ms.: *espiró*.

(2) Ms.: *a más de*.

dije que seré su esposa;
 y así, vine a darte luego
 los brazos, el alma y vida
 por la traición que me has hecho.*
 CELIA. ¿Que casas con Fabio?
 INFANTA. Digo
 que a medida del deseo
 son sus prendas. ¿Quieres más?
 CELIA. ¿Qué más desdichas espero,
 si mi honor corre a tu cuenta,
 si son dorados los yerros,
 disculpadas las traiciones
 que por el amor se han hecho?
 *Si cuando casan los reyes
 hacen mercedes, no puedo
 dejar de alcanzar, señora,
 ésta que te estoy pidiendo.
 Fabio, ¿dueño de mi vida!,
 el que puso por el suelo
 el alcázar de mi amor
 con balas de pensamientos,
 a tu belleza rendido,
 ingrato a mi amor atento,
 que heladas ingratitudes
 encienden de amor el fuego,
 con ellos pudo obligarme
 a que atrevida, fingiendo
 que eras tú, pues te adoraba,
 lograra yo mis deseos.
 Una noche, en fin, tan noche
 que pudo su manto negro
 servir de nube al engaño
 y al alma de triste agüero,* (1)
 entre unos mirtos floridos,
 adonde (2) un manso arroyuelo,
 *murmuraba bullicioso
 nuestros engaños riendo,*
 con este Fabio que nombras (3)
 en el jardín le rindieron
 mi ciego amor y mis brazos
 mil amorosos trofeos,
 y esta noche concertamos
 que volviese al mismo puesto.
 Mira, pues...

(1) Ed.: Este verso y los siete anteriores del Ms. quedan reducidos a los cuatro siguientes:

*Suplicote me perdones
 porque una noche fingiendo
 que eres tú pues te adoraba
 para lograr mis deseos.*

(2) Ed.: *junto de*.

(3) Ms.: *con el que te dixes agora*.

INFANTA. No digas más,
que ya sé todo el enredo;
*ya tu traición he sabido
y tus engaños, que hicieron
que el sentido se engañase
que yerra (1) y se engaña menos.*
Yo quisiera remediallo,
Celia, pero ¿cómo puedo,
si el Rey ha visto en la carta
que es Fabio de mi honor dueño?

CELIA. Si se engañaron sus ojos,
un desengaño tracemos
que tu honor limpio restaure
y se desengañen ellos.

INFANTA. ¿Harás lo que te dijere?

CELIA. Seré tu esclava a lo menos.

INFANTA. Pues haz que acuda esta noche,
y lo demás trataremos.

(*Vanse. Salen ENRIQUE, galán; CLASCANO, ORTENCIO y FULGENCIO, criados.*)

CONDE. Adórote, noche oscura,
con quien el alma se alegra;
que aspira en tu sombra negra
al blanco de su ventura.

CLASCANO. *¡Oh, qué tierno corazón
que tienes!

CONDE. No soy cruel;
si es verdad lo del papel,
¿no está clara la traición?
Y cuando verdad no fuera,
¿qué pierdo yo en ir allá?

CLASCANO. Del todo tu amor está
rendido, mas considera
que si tu alma porfía
en no creer lo que ve,
que ha menester mucha fe,
y yo mayor cortesía.*
Dame el colete, Clascano,
que ya se enlutan los cielos.

CLASCANO. ¡Gracias a Dios que tus celos
se han acabado.

CONDE. Es muy llano. (2)
¿Nunca se engañan los ojos?

CLASCANO. Muchas veces, y lo fundo,
pues cuanto ves en el mundo
son embelecos y antojos.
Y mira...

CONDE. No más, Clascano;

ya lo vi, las burlas deja.

CLASCANO. Pues nadie, señor, se queja,
no me detengas la mano.

CONDE. Dame, Fulgencio, la espada.

FULGENCIO. Es tiesa, pero ligera.

CONDE. La negra me das, espera.

FULGENCIO. ¿Cuál quieres, pues?

CONDE. La dorada.
Cubridme de galas y oro;
muestre el alma su contento.

CLASCANO. Retratas tu pensamiento.

CONDE. Y él retrata el bien que adoro.

CLASCANO. En las plumas hay diamante
que vale dos mil ducados.

CONDE. Di que te los den contados.

CLASCANO. La fama tus hechos cante (1).

CONDE. ¿Qué hora es?

ORTENCIO. Las once son.

CONDE. Pues dame el broquel, que es tarde.

ORTENCIO. *¿Iremos?

CONDE. No.

ORTENCIO. Dios te guarde.* (2)

CLASCANO. Quédense.

ORTENCIO. ¡Lindo lebrón!

(*Vanse todos. Salen CELIA y LEONORA al jardín, de noche.*)

CELIA. *Estos arroyos y plantas,
árboles y flores bellas,
son los testigos, Leonora,
de mis glorias y mis penas.
Aquí gocé bienes dulces,
mas temo que no se vuelva
en rejalar el almíbar,
tanto contento en tristeza.
¡Poco duran los engaños,
que no hay en el mundo fuerza
como la de la verdad!* (3)

LEONORA. Deja, Celia (4) esas quimeras.

CELIA. ¡Ay, Leonora! Aunque la Infanta
es mi prima y me prometa
que restaurará mi honor,
*que confíe y que no tema,

(1) *Ms.*: Falta esta redondilla y las cuatro anteriores.

(2) *Ed.*: Dice este verso:

ORTENCIO. ¿Iremos ya?

FULGENCIO. Dios te guarde.

(3) *Ed.*: Dice este verso:

CELIA. En este jardín le aguardo.

(4) *Ms.*: dera amiga.

(1) *Ms.*: hierra.

(2) *Ms.*: Falta esta redondilla.

temo, y tema mi desdicha,
porque no quiero que sepa
de la suerte que ha de ser.

LEONORA.

¡Gran duda!

CELIA.

¡Terrible prueba!

Sólo me dijo que hiciese
que Fabio, esta noche mesma,
viniese al puesto en que estoy.

LEONORA.

Luego ¿vendrá?

CELIA.

Aquí le espera
el alma; mas fingir tengo
la Infanta.

LEONORA.

Desa manera
proseguirás el engaño.

CELIA.

¡Claro está!

LEONORA.

No sé si aciertas.

CELIA.

¿Qué he de hacer, si estoy perdida?
Y así, pues mi compañera
fuiste en todo, aquí te traigo
para consolarme.* (1)

LEONORA.

Espera.

CELIA.

¿Qué sientes?

LEONORA.

Siento ruido.

CELIA.

Temo que el Duque no sea.

LEONORA.

Pues yo me voy.

CELIA.

Vete, amiga.

¿Dónde estarás?

LEONORA.

A la puerta.

(Vase. Sale el DUQUE FABIO.)

FABIO.

*¡Cielo benigno!, a mi suerte
haz ojos de las estrellas
para contemplar mis dichas,
por ver mis glorias inmensas.
Pero, invidioso, mirando
de Lucinda la belleza,
se ha puesto negro rebozo,
no han osado salir ellas.*

CELIA.

¿Es el Duque?

FABIO.

¡Bella Infanta,
hermosa y divina prenda!,
*de una alma que os ha alcanzado,

(1) Ed.: Sólo hay los versos siguientes:

[CELIA.]

Yo temo.

LEONORA.

Terrible prueba.

CELIA.

*Solo me dijo la Infanta
que a Fabio esta noche negra
trujese al puesto en que estoy.*

LEONORA.

Luego ¿vendrá?

CELIA.

*Aquí le espera
el alma y fingir intento
ser la Infanta amiga.*

puesto que mil no os merezcan.*
el Duque soy, vuestro esclavo,
*quien a tantas glorias llega,
que, pues no me vuelven loco,
no debo de conocerlas;
mas con lo que alcanza el alma
sé que sois...

CELIA.

Fabio, muy vuestra.

FABIO.

Con sol, quería decir.*

CELIA.

Mirad que estamos a ciegas.

FABIO.

Pues permitid que mis ojos
os vean; daldes licencia,
pues me ha dado el Rey palabra
que seréis mía.

CELIA.

Quisiera

poder decir el contento,
mi bien, que me da esa nueva;
*mas en tales ocasiones
quien menos habla es la lengua.
Ya lo supe de mi padre
antes, y así, donde quiera
licencia os doy que me habléis.

FABIO.

Dejad que bese la tierra
que pisan tan bellas plantas.

CELIA.

No permitáis que se ofendan
mis brazos.

FABIO.

Lazos serán

con que atéis alma tan vuestra.*
Vamos tras de (1) aquellas murtas,
que tengo que (2) daros cuenta
de infinitas cosas. (3)

FABIO.

Vamos.

mi bien.

CELIA.

No sé si lo crea.

(Vanse los dos. Sale el CONDE ENRIQUE y CLAS-
CANO.)

CONDE.

¿Caíste?

CLASCANO.

No ha sido nada;
sólo me quebré una pierna
y un brazo, que las costillas
creo que quedan enteras.

CONDE.

*No será tanto, borracho;
míralo bien; no lo creas.

CLASCANO.

Basta, que por mis desdichas
volvimos a nuestro tema.

CONDE.

Habla paso.

CLASCANO.

¿Cómo paso?

(1) Ed.: tras aquellas.

(2) Ed.: Tengo de.

(3) Ed.: de mil niñerías.

Pues, si embrazo la rodela
y empuño la del perrillo,
¿qué importará que nos sientan?*

CONDE. En este puesto me dijo
que aguardando me estuviera
*la Infanta. (1) ¡Plantas hermosas,
besasteis las suyas bellas,
visteis sus alegres soles
entre esta triste tiniebla!
¡Decildo, arroyos parleros,
dad al alma alegres nuevas!
¡Ay, amigo, no está aquí!
¿Qué he de hacer?

CLASCANO. ¡Cosa que sea
que te haya dado mamola!*

CONDE. ¡Oh, maldiga Dios tu lengua!

CLASCANO. *Mira, pues, en qué pararon
las lágrimas y las quejas.
¡Esto sí quisiera yo
que vieras y no creyeras!*

Vente tras mí hasta la fuente (2)
del mármol, que es la postrera
del jardín.

CLASCANO. ¡Qué fe que tienes! (3)

CONDE. Sin duda que allí me espera. (4)

(Vase. Salen el REY, la INFANTA, LEONORA, FELICIANO y dos PAJES con dos hachas encendidas.) (5)

INFANTA. ¿Quedarás desengañado?

LEONORA. ¡Cielos! ¿Qué desdicha es ésta?

REY. ¡Yo haré un castigo que iguale
su maldad y su insolencia!

INFANTA. *Con el enojo, señor,
te olvidas de la promesa;
palabra de perdonalles
me diste.

REY. Pues cumplirléla,
que no hay cosa que me pidas,
Infanta, que no conceda.
a tu honor agradecido,
obligado de tus prendas.

(1) Ed.:

la Infanta.

CLASCANO. Cosa que Celia
que te haya dado mamola.

(2) Ms.: Lleguémonos a la fuente.

(3) Ed.: que fue? que tienes?

(4) Ed.: no dudes que allá me espera. Dícelo CLASCANO.

(5) Ms.: Vanse dentro el jardín. Sale el Rey, la Infanta, Celia, Feliciano y dos pajes con achas encendidas, y Laurencia.

LEONORA. ¡Qué ruido! ¿Si es el Duque?

FELICIANO. Oíd. ¿Qué voces son éstas?*

(Dicen dentro, a voces:)

CONDE. Aspid que para matarme
te escondiste (1) entre la yerba.
¡hoy has de morir!

CELIA. ¡Ay, triste!

FABIO. ¡Suéltame, señora!

CLASCANO. ¡Muera!

LEONORA. ¡Qué ruido! (Ap.) ¿Si es el Du-
[que éste?

REY. ¿Qué cuchilladas son éstas? (2)

(Salen riendo el CONDE ENRIQUE y el DUQUE FABIO, y CELIA deteniéndolos, y queda dentro CLASCANO.)

CONDE. ¡Déjame, falsa enemiga;
déjame, ingrata, que muera,
*pues me matan desengaños
y averiguadas sospechas!

FABIO. ¡Hoy ha de acabar, Enrique,
a mis manos tu soberbia!*

REY. ¿Qué es esto?

FELICIANO. ¡Ténganse todos!

REY. ¿Qué locura, o desvergüenza,
es la que intentáis los dos?

CONDE. Señor... (Ap.) ¿Qué desdicha es
[ésta?

¡El Rey viene con la Infanta!

¡Oh, malhayan mis sospechas,
que a tal punto me han traído!

*Pero ¿quién no lo creyera
si lo viera como yo?*

FABIO. ¿Qué es esto, enemiga Celia?
¿no eres la Infanta?

CELIA. No soy,
sino la misma firmeza.

REY. *¿Qué respondéis?

CONDE. Yo, señor,* (3)

vi que escalaba la huerta
un hombre, salté tras él,
halléle hablando con Celia;
fué fuerza reñir los dos,
hallásteme en la pendencia;
si en esto yo te (4) ofendí,

(1) Ms.: te escondes.

(2) Ms.: Falta este verso; el anterior le dijo ya LEONORA.

(3) Ms.: si con esto tc.

(4) Ed.:

CONDE. Yo señor
yendo rondando.

CELIA. aquí tienes mi cabeza.
Para disculpar mis culpas,
la lengua de Amor (1) quisiera.

REY. Yo sé todo lo que pasa,
tus enredos y quimeras;
dale de esposa la mano
a Fabio.

FABIO. Señor, espera.

REY. ¡No hay qué esperar!

FABIO. ¿Que la Infanta?...
REY. Es espejo de limpieza;
si te engañaron, ¿qué quieres?

FABIO. No es razón que engaños puedan
hacer que atrás tu palabra... (2)

REY. ¡Cortaréte la cabeza!

FABIO. Si es tu gusto, no replico;
vuestro soy.

CELIA. Y yo muy vuestra. (3)

REY. Tú, Enrique, dale la mano
a la Infanta, que es la prenda
con que premio tus hazañas.

CONDE. Es hecho de tu grandeza;
tu mano pido corrido.

INFANTA. En amorosas quimeras,
ver, Enrique, y *no creer*.

CONDE. Sólo creo tu firmeza.

(1) *Ms.: de amor la lengua.*

(2) *Ed.: hazer que de atras tu palabra.*

(3) *Ms.:*

REY. Duque, guarda tu cabeza.

CELIA. Yo soy vuestra.

FABIO. Si es tu gusto
no replico buestro soy.

INFANTA. A Feliciano y Leonora
casaré, con tu licencia.

REY. Dense las manos los dos.

(Sale CLASCANO, todo alborotado y la espada desnuda.)

CLASCANO. ¡Ah, lacayo infausto! ¡Espera,
pues no te valdrán los pies
contra mis manos horrendas!

CONDE. ¡Clascano!

CLASCANO. Señor.

CONDE. ¿Qué es esto?

CLASCANO. ¡Aquí es ello, aquí me quemán! (1)

REY. ¿Quién es éste?

CONDE. Mi criado,
que aún le queda la pendencia
en los cascós.

CLASCANO. Pues ¿no hay nada
para mí?

LAURENCIA. Aquí está Laurencia,
que te espera con los brazos
abiertos.

CLASCANO. ¡Oh, ninfa bella!
Y aquí tienes un Roldán
loco por tanta belleza.

CONDE. Y de *Ver y no creer*
da fin también (2) la comedia.

(1) *Ms.: Faltan este verso y los cinco anteriores.*

(2) *Ms.: da fin aquí.* Este verso y los nueve anteriores faltan en el fol. 64, recto, en que termina la comedia, pero están, tachadas, en la última hoja, recto, donde van las licencias de representación.

LA VILLANA DE GETAFE

COMEDIA FAMOSA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

DIRIGIDA

A DON FRANCISCO LOPEZ DE AGUILAR

Júntanse a concilio poético ciertos que hablan siempre en versos, y deben de saber hacerlos, aunque quien esto sabe, pocas veces habla en ellos, que cuando los dueños andan a buscar quien se los oiga, no pienso que arguye buena opinión, que anda (1) siempre fuera de la persona, y muchas leguas de la propia conversación. Y en esta junta, o digamos Ateniense Liceo, llegó un soneto mío al rayo de aquel generoso caballero, tan desdichado como ilustre, que decía así:

“Venerable a los montes laurel fuera
Júpiter servador, tu sacra encina,
si tu mano feroz la sierpe trina
en su tronante origen suspendiera.

Cuando el temor humano considera
tal vez inmoble la piedad divina,
teme la majestad, porque imagina
preciso el orden de la eterna esfera.

¿Por qué de un árbol siempre duro hiciste
defensa al cielo, ¡oh tú!, que su horizonte
bañado en esplendor trémulo viste?

¡Ay, decreto fatal!, en todo un monte
blanco a las flechas de sus iras fuiste,
y siendo Endimión, mueres Faetonte.”

Aunque éste no sea su propio lugar, y más parezca carta de defensa que dedicatoria de una fábula, en tanta amistad, en tanto amor, y escribiendo a ingenio tan conocidamente docto, no cae fuera de su lugar satisfacer brevemente a las objeciones propuestas, aunque si en esto he de mirar, teniendo tanto escrito, corta fuera mi vida, puesto que la igualara el cielo con la de aquellos hombres en cuyo siglo había menos poetas, pero más sabios.

A Júpiter llamaron *servator*, consagrándole la encina por el primero sustento del mundo. *Jovis arbore*, y *saera Jovi*, dijo Ovidio; *amica Jovi*, Valerio Flaco; y Claudiano y Alciato en una emblema: *Grata Jovi est quercus qui nos servat fovetque*. Pero si no está la dificultad en esto, y les enfada haber llamado al rayo de Júpiter sierpe trina, porque usan tanto de sierpe de cristal para las aguas, debe de ser este elemento más común por la tierra, con que le mezclan

como junta de dos ceras los astrólogos, que el fuego elemental no todos le alcanzan de vista, por fácil que nos le enseñen los *Metheoros* de Aristóteles; llamarla *trina*, siendo de tres puntas, ¿qué dificultad tienen? *Trisulei fulminis*, dijo Séneca de los antiguos; y Policiano, de los modernos: *Trifidum fulmen*; y por la misma razón Baptista Pío de Neptuno: *Trifido tridenti*; y Claudiano: *Cuspis trifida*; y Ovidio en la muerte de Faetón por el rayo:

“*Naiades Hesperia fumantia flamma
corpora dant tumulo.*”

Pero no les parecerá que es lo mismo que *trino*, de quien usaron César, Cicerón y Suetonio.

Si Endimión fué cazador, ¿por qué se contentan, por calumnia, de que haya sido astrólogo? Valerio le llama: *Lathmius venator*; Reusnerio: *Errantem sylvis Endimiona*; Ovidio: *Lathmius Endimion*, y aquellos versos:

“*Lathmius æstiva residet venator in umbra,
dignus amore Dec.*”

Natal Comite, en su *Mitheología* (1), da la culpa de los amores de la luna, porque: *ad lunæ lumen venatur*, de donde le nació para su astrología el observarla, y decir Pausanias que tuvo de la misma diosa cincuenta hijos, habiéndolo él sido de Ethleo, y de Calices. Finalmente, no olvidaron esta opinión después de todos Fausto Sabeo, Vespasiano Estroza, y el Sanazaro, y todo el soneto junto se entiende así: D. Miguel de Guzmán era cazador, andaba por los montes, no se hizo hijo del Sol, aunque pudiera, siéndolo del duque de Medina Sidonia, pues ¿cómo le mata Júpiter con su rayo, si fué sólo Endimión por las selvas, y no por el cielo Faetonte? V. M. no se canse en su defensa, sino reciba en su servicio y protección esta fábula mientras sale a luz con su nombre la Filomena, con más digno estilo de su alto ingenio, aunque también desigual a sus merecimientos y mis deseos. Dios guarde a V. M.

Su capellán,

Lope de Vega Carpio.

(1) *Ma: ande.*

(1) *Ma: Methcologia.*

FIGURAS DE LA COMEDIA

DOÑA ANA.
INÉS, *labradora*.
PASCUALA, *labradora*.
BARTOLOMÉ, *labrador*.
HERNANDO, *labrador*.
DON FÉLIX, *caballero*.
LOPE, *su criado*.
DOÑA BEATRIZ.

RAMÍREZ, *escudero*.
RUIZ y ZAMORA, *cam-
nantes*.
SALGADO, *estudiante*.
PEDRO, *estudiante*.
MARTÍNEZ, *estudiante*.
DON PEDRO, *caballero*.
FABRICIO, *criado*.

LEONELO, *criado*.
LUCIO, *criado*.
JULIA, *criada*.
URBANO, *viejo*.
FULGENCIO, *viejo*.
DOÑA ELENA, *dama*.
CABRERA y RIBAS, *cria-
dos*.

(REPRESENTÓLA VALDÉS.)

ACTO PRIMERO

(Sale DOÑA ANA, *dama*; DON FÉLIX, y LOPE, *lacayo*.)

ANA. ¿A Sevilla vas, en fin?
FÉLIX. En fin, a Sevilla voy,
sólo a procurar mi fin.
LOPE. Mientras con la yegua estoy,
di que me tenga el rocín.
ANA. ¿Ya te vendrán a llamar,
y ahora acabas de entrar?
¿Qué hay, Lope?
LOPE. Dejé a la puerta,
por verte...
ANA. ¡Hallárame muerta!
LOPE. El caminante ajuar:
maleta, portamanteo,
rocín, fieltro y guardasol.
FÉLIX. Que nos ha de ofender creo,
si aquí dejamos el sol;
más que el calor, el deseo
los ojos han de llover:
el fieltro puedes llevar.
ANA. ¡Buen modo de encarecer!
LOPE. Si tanto piensas llorar,
fieltro será menester.
ANA. Si aquí te partes llorando,
¿qué harás cuando estés ausente?
FÉLIX. Morir, doña Ana, pensando
quien queda en Madrid presente
tu gusto solicitando.
¡Ay de quien se va a Sevilla
a negocios de un indiano,
adonde por maravilla
vendrá una carta a mi mano!
Ni tú querrás escribilla,
y yo, triste, en dolor tanto,
con soledades del gusto
que con matrimonio santo
pensé gozar, como es justo,

cansaré el cielo con llanto.

Yo aseguro que en partiendo,
de don Pedro los servicios
solicitando, escribiendo
y dando de amor indicios,
le dan lo que yo pretendo;
que como el que ya murió
no puede volver por sí
contra aquel que le ofendió,
no podré volver por mí,
que ausente y muerto soy yo.

ANA. Don Félix, si a tu partida
no muestro más sentimiento,
es porque estoy ofendida;
y hace mal tu pensamiento,
si allá me llevas la vida.

Sin imaginar que en mí
hay potencias, ni sentidos,
todo lo llevas en ti:
ojos, manos, gusto, oídos;
sombra soy, no soy quien fuí.

La voluntad en mi amor,
la memoria en tu deseo,
que ausente será mejor,
que el sol que en partirte veo
crece la sombra al temor;
pues ya de mi entendimiento
¿qué te puedo yo decir?
Dirás que es falso argumento,
si apenas para sentir
me ha de quedar sentimiento.

Deja de don Pedro celos,
que en tanto que por tu parte
aseguras mis recelos,
no han hecho para olvidarte
talle ni ingenio los cielos.

Cúmpleme ausente la fe
que de ser mío me has dado.
FÉLIX. Como parto volveré,
pues ya voy asegurado

de que firme te hallaré.

Daré priesa, por volver,
doña Ana, a casar contigo,
a lo que llevo que hacer.

ANA. ¿Cumplíraslo?

FÉLIX. En lo que digo,

¿qué duda puedes poner,
sin ofender tu valor?

¡Mil años te guarde el cielo!

ANA. No agravies, Félix, mi amor;
y pues de ausencia el consuelo
y la obligación mayor

es escribir el ausente
al que deja, lo que siente,
no venga a Madrid correo
sin nuevas de tu deseo
y que tu salud me cuente.

FÉLIX. Tú lo verás.

ANA. Dios te guarde.

FÉLIX. Partamos, Lope, que es tarde.

ANA. Lope.

LOPE. Señora.

ANA. Oye.

LOPE. Di.

ANA. Don Félix parte de aquí;
yo quedo, y quedo cobarde.

Hazme un bien.

LOPE. Pide segura.

ANA. De acordarle mi deseo;
y si vieres por ventura
que trata de nuevo empleo,
ciego de alguna hermosura,
ríñele, estorba, desví
que no se llegue a mi ofensa;
que te prometo aquel día
que llegues...

LOPE. Detente y piensa,
señora, la lealtad mía.

Soy hidalgo, aunque lacayo,
y puedo, en lo que es firmeza,
ser peñasco de Moncayo.

ANA. Lope, una limpia belleza
del más firme ausente es rayo.

Dícenme que hay en Sevilla
hermosuras con tal brío
que exceden las de Castilla;
¡pues la ocasión de aquel río
y de aquella verde orilla!

¡Ay, Lope! Si en algún barco
les juntare la ocasión,
detén al Amor el arco.

LOPE. Tú verás mi obligación,
si camino o si me embarco.

¡Vive Dios!, que si le emprende
ojo negro sevillano,
que desde lejos enciende,
sombrerillo o blanca mano,
después moneda de duende

que se convierte en carbón,
que le he dar un jabón
con que a tus obligaciones
pida humilde mil perdones;
y dame ahora perdón,

que es tarde, y queremos ir
a Las Ventas a dormir,
y entrar mañana en Toledo,
supuesto que tengo miedo
que no ha de poder salir
o en Getafe ha de quedarse.

ANA. Lope, bien suelen pagarse
las buenas obras.

LOPE. Señora,
bástales por premio ahora
tan justamente emplearse.

(Vase.)

ANA.

No hay cosa de temor que no se nombre
con el nombre de ausencia justamente;
la ausencia es noche, porque, el Sol ausente,
hace que el mundo su tiniebla asombre;

la ausencia es muerte, porque muerto un hom-
mortales ojos no le ven presente; [bre,
la ausencia es deslealtad, pues que consiente
que se disfamen la opinión y el nombre.

Pues con un enemigo tan extraño,
justamente a la muerte se apercibe
quien, antes de venir, conoce el daño.

¡Oh, mal que en el principio el fin recibe!,
pues antes de llegar el desengaño
es desdichado quien ausente vive.

(Vase. Sale INÉS y PASCUALA, labradora.)

PASCUALA. No levantéis la cabeza.
por vuestros ojos, Inés;
goce el suelo esa belleza:
contaréis a vuestros pies
y no a mí vuestra tristeza,
que a fe que es lo que mostráis
de vuestro dolor testigo.

¿Qué teméis, en qué pensáis?
Porque, si verdad os digo,
zagala, no me agradáis.

Si en Getafe no tenéis

quien esa belleza rara
no trate como queréis,
¿para qué os laváis la cara
con lágrimas que vertéis?

Si a cualquiera que os desea
le decís que de otra sea,
yo lo que diga pensando,
que de la corte llorando
vais y venís a la aldea.

Pero, aunque callar importe,
deciros será mejor,
sin que el temor me reporte,
que con cuidados de amor
vais y venís a la corte.

Si obliga a que no lo crea
conocer quien os desea,
¿qué tengo yo de pensar,
si en el campo y el lugar
andáis triste, y no sois fea?

Yo conozco quien os ama,
pero no os veo contenta
cuando os mira, cuando os llama;
otra ocasión os alienta
si no me miente la fama.

Vos lloráis, vos suspiráis;
bien puede ser que tengáis
otros dolores secretos;
pero con estos efectos,
doime a Dios si vos no amáis.

INÉS.

Pascuala querida,
las obligaciones
de habernos criado
amigas conformes
desde la maestra,
puntos y labores,
juntando meriendas
y los corazones
con las voluntades,
en años mayores,
me piden que diga
que las ocasiones
causan mis tristezas,
penas y dolores.
De Getafe, aldea
tan grande que acoge
a dos mil vecinos,
iba yo a la corte.
En estas dos leguas
cantaba canciones,
y los pasajeros
me pagaban porte.
Requiebro oía,
pero sus razones

menos me movían
que si fuera un monte.
Jamás de Madrid
saqué pretensiones
que no las dejase
en su puente o bosque;
mas pasando un día,
ya tú me conoces,
libre como un ave,
dura como un bronce,
una cierta calle,
no lejos de adonde
al santo flechado
hacen una torre,
estaba en su puerta
un hidalgo noble;
sombbrero bajo,
cuya falda entonces
de dosel servía
a los dos bigotes;
el cuello, parejo,
haciendo arreboles;
de blanco y azul
los puños disformes,
que de servilletas
sirven cuando come;
lienzo de narices,
nuevas invenciones;
el rostro y las manos
en que se los pone
parecen tres caras
con cuellos conformes;
una cuera desto....
no sé si lo nombre,
que da mal de madre,
y entre los olores
no tiene vergüenza,
pues porque la doblen
anda siempre en cueros
con agua de olores;
su calza a lo nuevo,
su zapato doble,
romo como macho,
porque tire coces;
la espada a lo bravo,
que los valentones
de las apariencias
quieren que se asombren;
chamelote de aguas
era su capote,
aforrado en felpa
con tres guarniciones;
mas si seda de aguas

quiere que le adorne.
sepa que mis ojos
ya son chamelotes.
Iba descuidada,
y, al pasar, asióme
de aquestos corales,
Dios se lo perdone,
que por no quebrallos
me fuí tras el hombre
el zaguán adentro.

PASCUALA.

¿Pues bien?

INÉS.

Pellizcóme;

y a lo que me dijo
respondíle ¡oxte!,
como acá lo dicen
nuestros labradores.
A la fe Pascuala
que estos bellacones,
cansados de pavos,
ruedas de colores,
con varios perfumes
y puntas de Londres,
gustan de la fruta
que nace en los montes:
cantuesos, tomillos,
mastranzo y treboles.
¡Oh, qué diestro era
en decir amores
y mirar con alma
y ojos socarrones!
Si verdad te digo,
midióme de golpe
la boca, aunque daba
suspiros (1) y voces.
Bajó en este tiempo
cierto gentilhomme:
“¿Qué es esto, don Félix?”
le dijo, y dejóme.
Salí, mas ¿qué digo?,
quedéme, y partióse;
que traje a Getafe
todas sus faciones.
Idas y venidas
he hecho a la corte,
hasta que mis padres
vieron mi desorden;
no quieren que vaya,
y, cual ves, me ponen
a que labre redes
en sus bastidores
y con mis tristezas

cubra corazones,
y es el de don Félix,
que el alma me rompe.
No puedo olvidalle.
No quieren que torne
donde pueda velle.
Moriré de amores.
¡Veis aquí, Pascuala,
porque ejemplo tomes,
las tristezas mías
y imaginaciones
en que pasa el alma
los días y noches,
rica de deseos,
de esperanzas pobre!

PASCUALA.

Hame pesado en el alma,
Inés, de tu loco amor,
y que con ese rigor
tengas el discurso en calma;
pero no tengas cuidado,
que, pues ya no le has de ver,
presto vendrás a tener
el corazón sosegado,
y más si pones en medio
amor en otro lugar.

INÉS.

Era el remedio olvidar,
y olvidóseme el remedio.

PASCUALA.

Ansí dice la canción;
pero yo sé quién te adora,
en quien si pones ahora
tu cuidado y afición,
no habrá más Félix en ti;
y, en fin, es amor igual;
que esotro te estaba mal.

INÉS.

¿Dices por Hernando?

PASCUALA.

Sí;

que es mozo, aunque labrador,
que no le dará ventaja
el día que no trabaja
al cortesano mejor.

Media de punto, zapato
de cordobán, de telilla
jubón, cuello con vainilla
a quien no es el rostro ingrato;
grigüesco (1) y sayo de raja,
sombbrero y cordón de seda;
pues gracias ¿quién hay que pueda
llevar a Hernando ventaja
en saltar, correr, danzar,
llevar un carro enramado
por Santiago el Verde al prado?

(1) *Ma*: *suspiros*.

(1) *M*: *grigüesco*.

INÉS. Entra, Pascuala, a sacar
los bastidores y redes,
y hagamos nuestra labor;
que no he de tener amor,
y desengañarte puedes,
de que mozo del lugar
no me agrade eternamente.
PASCUALA. ¡Entro, que un amor ausente
no es difícil de olvidar!

(Vase.)

INÉS.

Sube tal vez alguna débil parra
por el tronco del álamo frondoso
hasta su extremo, sin hallar reposo,
y está loca en sus brazos de bizarra.
Tal vez del gavilán la veloz garra
vence la cuerva, y sube el caudaloso
arroyo al monte, y en su extremo hermoso
desestima la margen de pizarra.
Llega a ser mar el más humilde río
cuando por sus riberas le concede
que tome de sus aguas señorío;
luego podré, si el de mi llanto excede,
igualar esos brazos, Félix mío;
pues cuanto quiere Amor, todo lo puede.

(Saca PASCUALA dos bastidores de red.)

PASCUALA. Aquí las redes están.
INÉS. A la puerta de la calle
labraremos.
PASCUALA. De buen talle
vienen de la corte y van
pasajeros por aquí.
INÉS. De Getafe es uso hacer
labor a la puerta, y ver
los que pasan.
PASCUALA. Es así.
Gente en el mesón se apea.

(Salen DON FÉLIX y LOPE.)

FÉLIX. Pues ¿de Madrid le sacabas
desherrado? ¿En qué pensabas?
LOPE. ¿Qué quieres? Disculpa sea
que en Madrid muy pocos son
los que no andan siempre herrados.
FÉLIX. ¿Quién fía de sus criados?
LOPE. Aguárdame en un mesón
viendo ese coche que encierra
gente de toldo y valor,

que allí he visto un pecador.
FÉLIX. ¿Qué es pecador?
LOPE. El que hierra.
FÉLIX. ¿Hay banco allí?
LOPE. ¿No le (1) ves?
FÉLIX. Parte, que allí enfrente veo,
para engañar el deseo,
dos labradoras o tres.
Suelen en este lugar
mozas, como un oro, hacer
redes a la puerta y ver
a veces más que labrar,
y si éstas son como aquella
que en la corte me agradó,
en herrar Lope no erró
si me entretengo con ella.
Dios guarde a vuestras mercedes.
INÉS. ¡Ay, Pascuala!
PASCUALA. ¿Qué te ha dado?
INÉS. Este es aquél mi cuidado.
FÉLIX. Si en el paso labráis redes,
de la gente que camina
almas cogeréis en ellas.
INÉS. A las cortesanas bellas,
si tales nos imagina,
puede su mercé decir
razones tan cortesanas,
que esto de almas (2), las villanas
no lo podemos sufrir.
FÉLIX. ¡Vive el cielo que es Inés,
la labradora aseada,
bien vestida y bien tocada
que me dió cuidado un mes!
¿Hay tal dicha, hay tal ventura?
Bella Inés, alza la cara
con esa belleza clara
como fuente limpia y pura.
Don Félix soy, que ahora llego
por la posta en mi cuidado.
INÉS. ¡Ay!
PASCUALA. ¿Qué es eso?
INÉS. Heme picado.
PASCUALA. Turbada estás.
INÉS. No lo niego.
FÉLIX. Levanta el rostro a mirarme,
no pagues tan mal mi amor.
INÉS. Ya me ha costado, señor,
querer miraros picarme.
FÉLIX. ¿Sangre os cuesta? Pues ¡por
que vengo yo tan picado [Dios!

(1) Ma: lo.

(2) Ms.: alma.

que por lo que os he costado
me pienso sangrar por vos.

Pero suplicoos que honréis
aqueste lienzo con ella.

INÉS. No quiero manchalle della,
que es villana, como veis,
y vos noble caballero.

(Sale HERNANDO, labrador, con espada debajo el brazo, capa y sombrero.)

HERNANDO. Labrando están, y aun parlando,
si no es red que están labrando
en que caiga el forastero.

¡Que tuviese Inés su casa
enfrente deste mesón!

¡Bravo talle! ¡Celos son!

¡Todo me hiela y abrasa!

FÉLIX. No estéis, mis ojos, cobarde
adonde es honesto el fin.

(Sale LOPE.)

LOPE. Ya queda herrado el rocín,
aunque me parece tarde.

Hoy a Las Ventas has de ir;
pero con estas villanas,
a la de "Las Dos Hermanas"
que llegas puedes decir.

¡No estás mal entretenido!

FÉLIX. ¡Quedo, bárbaro, que es ésta
Inés.

LOPE. ¿Aquella compuesta
del botinillo pulido? (1)

¿La que dió en la devoción
de pasar por nuestra puerta?

FÉLIX. La cama y cena concierta.

LOPE. Cama y cena, ¿a qué intención?

FÉLIX. A que no saldré de aquí
sin ver lo que me quería
cuando no pasaba día
que le pasase sin mí.

LOPE. ¿Ves aquí por lo que yo
truje (2) el rocín desherrado?
Dos leguas no has caminado
y apenas se te perdió

Madrid de vista, ¿y ya olvidas
a doña Ana?

FÉLIX. Es pensamiento
dirigido a casamiento.
Pero, necio, no me pidas

cuenta de mi gusto a mí.

LOPE. ¿Luego aquí quieres parar?

FÉLIX. No he de salir del lugar.

INÉS. Quita esas redes de aquí.

PASCUALA. Razón es, que ya anochece,
y he visto a Hernando acechando.

INÉS. Pues desengáñese Hernando
de que otro amor me enloquee.

¿Don Félix?

FÉLIX. ¡Mi labradora!

INÉS. ¿A qué venís?

FÉLIX. Sólo a ver

los ojos de una mujer
con que la corte enamora.

INÉS. ¿Mentís?

FÉLIX. Yo digo verdad.

INÉS. Pues mañana lo veré.

FÉLIX. Aquí, señora, estaré
más años que en la ciudad
de Troya el príncipe griego.

INÉS. Allí enfrente un labrador
murmura de nuestro amor.
Que os vais al mesón os ruego,

que yo os enviaré a decir
por dónde hallarme podéis.

FÉLIX. Como palabra me déis
de que os dejaréis servir,
conoceréis mi firmeza.

INÉS. Adiós.

FÉLIX. Lope, a la posada.

LOPE. ¿Qué tenemos de jornada?

FÉLIX. La cena y cama adereza,
que está muy lejos Sevilla.

LOPE. Harto más Madrid está.

FÉLIX. Lope, el alma se me va
por aquella chinelilla.

Duerma doña Ana, pues es
negocio de casamiento,
mientras vela el pensamiento
en los donaires de Inés.

LOPE. Por mí, duerma norabuena;
tu gusto debo seguir,
y, ansí, voy a prevenir,
como mandas, cama y cena;
pero si Inés lleva el fin
a no más de entretenerte,
¡vive Dios que he de ponerte
los zapatos del rocín!

(Vase DON FÉLIX y LOPE.)

HERNANDO.

¿Podrá un quejoso hablarte, desdén mío?

(1) M: pulido.

(2) Ma: traxe.

INÉS.

¿Y qué puede quererme a mí un quejoso?

HERNANDO.

Decirte que mi amor es desvarío.

INÉS.

Hernando, un desvarío es peligroso,
y quien a los peligros se aventura,
más tiene que de cuerdo de animoso.

HERNANDO.

¿Parécete peligro tu hermosura?

INÉS.

Paréceme peligro aventurarte
donde el perderte es cosa tan segura,
porque primero que yo pueda amarte
volarán por el aire los delfines,
y en vez de estrellas en la etérea (1) parte
verás paredes altas de jazmines
y el Sol todo de yedra revestido,
tanto que sus facciones determines.

HERNANDO.

Pues primero en las aguas harán nido
los ruiñeños que en las selvas suelen,
y el fénix nunca visto y siempre oído,
y antes verás que tras los sacres vuelen
contra razón las temerosas garzas
que al aire la región segunda impelen,
y antes verás las intrincadas zarzas,
en vez de espinas, fértiles de fruta
cuando la vista a tu cercado esparzas,
y antes verás, cuando de sombra enluta
la noche el rostro, el Sol como en Oriente
la tierra estéril y la mar enjuta,
que yo te olvide ni olvidarte intente
por mayores agravios que me hagas.

INÉS.

La noche baja, y viene ya mi gente;
o quiere, o aborrece, si te pagas
de entretenerte así.

HERNANDO.

¡Detente! Advierte,
porque de mi verdad te satisfagas.
Deténla tú, Pascuala.

PASCUALA.

¿De qué suerte?
Paciencia, Hernando; en el lugar hay mozas.

(*Vanse las dos.*)

HERNANDO.

¿Así te vas? Pues tú verás mi muerte,
y tú también, que de mi mal te gozas.

Halla el herido ciervo de la hierba
de la flecha veloz, en cristal puro
de clara fuente, alivio, y por lo oscuro
del monte llama a su amorosa cierva.

El unicornio cándido preserva
todo animal del áspid fiero y duro:
en verdes brazos de álamo seguro
el ruiñeño su pájaro reserva.

La medicina, a enfermedades graves
con que este ser mortal nos pone asedios,
halla reparos dulces y suaves.

A todos dió Naturaleza medios,
¡y yo sólo entre fieras, hombres y aves,
para afrenta nací de sus remedios!

(*Sale BARTOLOMÉ, labrador.*)

BARTOLOMÉ.

¡Qué cierto que es hallarte en esta puerta!

HERNANDO.

No vienes tú, Bartolomé, sin causa;
aquí la hallaras no ha un momento abierta.

BARTOLOMÉ.

Aunque Pascuala mis cuidados causa,
me trujo (1) el tuyo, con deseo de verte.
Música fué mi amor; paró en la pausa.

HERNANDO.

Inés, que de mi vida y de mi muerte
tiene el imperio, aquí me habló tan fiera
que no dárme la debo agradecerte;
si no te hubiera visto, me la diera.

BARTOLOMÉ.

Inés, Hernando, porque en esto acorte
lo que, si no la amaras, te dijera,
llena de pensamientos de la corte,
los principios humildes tiene en tanto,
sin que nacer tan cerca la reporte.

(1) *M: eterna.*

(1) *Ma: traxo.*

que ya se arroja [al] (1) cortesano manto
y se atreven sus pies a los chapines.
Pero si quieres remediar tu llanto,
como a pedir a Inés te determines
por mujer a su padre, no hayas miedo
que te la niegue, por tan justos fines.

(Ruido dentro.)

HERNANDO.

¿Qué es aquesto?

BARTOLOMÉ.

Los carros de Toledo,
que, preñados de gente, aquí la paren.

HERNANDO.

Ni el mesón ni la gente sufrir puedo.

(Salen SALGADO y PEDRO, de estudiantes.)

SALGADO.

No he venido en mi vida más cansado.

PEDRO.

¡La gente que ha embarcado el carretero!

SALGADO.

Esos benditos Padres me han molido.

PEDRO.

A mí, una vieja, que en mis tristes lomos
cargó cien años.

SALGADO.

No lo piensa ella,
que a la fe que se enrubia y arrebola.

PEDRO.

Disfrácese, ¡pardiez!, cuanto quisiere,
que como una cadena, que es de alquimia
en que huele a la herrumbre se conoce,
así también en el olor las viejas.

SALGADO.

Pues ¿a qué huelen?

PEDRO.

A corral de ovejas.

SALGADO.

El estudiante a la mozueta mira.

(1) M y Ma: el.

PEDRO.

Dad al diablo esa gente de sotana,
que con tener de asiento el sustantivo
responden a cualquiera vocativo.

HERNANDO.

Tu consejo me agrada, y determino
pedírsela a su padre; pero quiero
darle otro tiento aquesta noche.

BARTOLOMÉ.

Vuelve.

Quizá saldrá a la puerta a ver los carros,
y más si alguno dellos tañe y canta;
que yo quiero también acompañarte.

HERNANDO.

Sí hará, como Pascuala salga a hablarte.

(Vanse los dos.)

PEDRO.

Parece que la moza y aquel domine
se conciertan.

SALGADO.

Sí harán.

PEDRO.

Digo cantando.

Ya salen a la puerta. Hagamos hora
mientras el bellacón del carretero
da cebada al ganado y se hace un cuero.

(Sale MARTÍNEZ, estudiante, de camino, con sota-
nilla; DOÑA BEATRIZ; y él venga templando una
guitarra.)

MARTÍNEZ.

¡Por mi vida, que canta como un ángel!

BEATRIZ.

¿Búrlase de la voz?

MARTÍNEZ.

Fuera yo necio.

Díganos, por su vida, un tonecillo.

BEATRIZ.

¿Sabe, por dicha, "En esta larga ausencia"?

MARTÍNEZ.

¿Quién no sabe ese tono en todo el mundo?

(Cantando.)

En esta larga ausencia...

(Salen (1) RUIZ y ZAMORA, caminantes.)

RUIZ.

¡Ah, mis señores!,
cese el cantar, que no ha de haber responso,
sino cosas alegres.

BEATRIZ.

¿Querrá un baile?

RUIZ.

Yo sé bailar, si hubiere quién.

MARTÍNEZ.

Ya entiendo.

Allí viene una bella labradora
convidada del son.

(Sale INÉS.)

BEATRIZ.

¡Ah, reina mía!

Aquí hay quien cante, si a bailar ayuda.

INÉS.

Mis bailes son a uso del aldea.

RUIZ.

Pues eso pido, y a su gusto sea.

INÉS.

¡Oh, si saliese aquel mi amor dormido!

(Salen DON FÉLIX y LOPE.)

FÉLIX.

¡Baile y fiesta, por Dios!

LOPE.

Dichoso has sido,
que a Inés, tu labradora, aquí la veo.

FÉLIX.

¡Oh, bella Inés! ¡Oh, fin de mi deseo!

INÉS.

Ya pensé que estuvieras acostado.

FÉLIX.

¡Mal sabes lo que vela un desdichado!

INÉS.

Por verte vine con aqueste achaque,
querido Félix mío, que has querido
perseguir mi inocencia hasta buscarme
en el sagrado de mi pobre aldea;
mas porque aquesta gente ver desea
cómo bailan las mozas de Getafe,
retírate a mirarme tan turbada
como quien se confiesa enamorada.

FÉLIX.

¡Ay, bella Inés! Si de tu hermosa boca
merezco yo favores tan notables,
para matarme basta que me hables,
y basta para hacer que aquí me quede
a servirte, a quererte, a acompañarte,
que me des esa luz para mirarte.
Ponte las castañuelas, y el donaire
desos hermosos pies dé envidia (1) al aire;
que mientras bailas tú sin divertirme,
en tus mudanzas estaré yo firme.

INÉS. ¿Qué es lo que queréis bailar?

MARTÍNEZ. Lo que vos sepáis, señora.

BEATRIZ. ¿Vacas?

INÉS. Aunque labradora,
dama, no las sé bailar.

BEATRIZ. ¿Folías?

INÉS. Comunes son.

BEATRIZ. ¿Canario?

INÉS. Soy toledana.

BEATRIZ. ¿Villano?

INÉS. No soy villana
en ingenio y condición.

BEATRIZ. ¿Conde Claros?

INÉS. Puede dar
gusto a quien tuviere amores,
si es verdad que con amores
no podía reposar.

BEATRIZ. ¿Zarabanda?

INÉS. Está muy vieja.

BEATRIZ. ¿Chacona?

INÉS. Sátira es.

BEATRIZ. ¿Rey don Alonso?

INÉS. ¿No ves
que es juntar corona y reja?

Aquello del ¡ay, ay, ay!
tiene un no sé qué, a mi modo,

(1) M: *salgan*.

(1) M: *invidia*.

pues se queja el mundo todo
de las cosas que en él hay;

no me ha parecido a mí
como esa dulce canción,

más a propósito son

de los que en la corte oí;

quéjansé los pretensores

y quéjansen los soldados,

quéjansen los agraviados

y quéjansen los señores,

los criados también dellos

forman mil quejas secretas,

los pobres y los poetas

las barbas y los cabellos;

todo se queja, y así

viene bien el ¡ay, ay, ay!

BEATRIZ. ¡Pues vaya con su cambray!

INÉS. ¿Bailáis vos?

RUIZ. Señora, sí.

(Cantan y bailan.)

Una dama me mandó
que sirviese y no cansase,
que sirviendo alcanzaría
todo lo que desease.

¡Ay, ay, ay!

Una señora me pide
sobre su amor cien ducados;
¿qué haré yo, ¡triste de mí!,
que los busco y nos los hallo?

¡Ay, ay, ay!

Celoso estoy de una dama,
y no puedo sosegar
de dolores de una pierna:
¿de cuál me debo quejar?

¡Ay, ay, ay!

Para San Juan debo a un hom-
dineros en cantidad: [bre

¿qué haré yo, que cada día
me parece el de San Juan?

¡Ay, ay, ay!

Quise entrar en cierta casa,
donde era su dueño honrado;
cogiéronme entre las puertas
y hanme dado muchos palos.

¡Ay, ay, ay!

(Sale el CARRETERO.)

CARRETERO. ¿Qué borrachería es ésta,
uncidos los carros ya?

BEATRIZ. ¿Está uncido?

CARRETERO. Uncido está.

BEATRIZ. ¡Desbaratóse la fiesta!

CARRETERO. ¡Ea! ¡Suban con el diablo,
que hay dos mil atolladeros!

SALGADO. Vamos.

INÉS. ¡Adiós, caballeros!

MARTÍNEZ. ¡Lo que usáis este vocablo!

CARRETERO. Mucha priesa y mucho "vos",

y en habiendo guitarruncia

todo cristiano echa juncia;

pues ¡voto al agua de Dios

que si desunzo las mulas!...

PEDRO. ¡Acabad, que sois de hueso!

CARRETERO. ¡Ceja, mozo! ¿No ves eso?

¡Ver adónde va a reculas! (1)

¡Ea, pues, háganse atrás!

¡Tente, mula de un bellaco!

LOPE. ¿Es vuestra?

CARRETERO. ¡Si el cordel saco!...

(Vanse todos los de los carros.)

FÉLIX. Espera, Inés. ¿Dónde vas?

INÉS. No me puedo detener,
que ya preguntan por mí.

FÉLIX. Luego ¿no he de hablarte?

INÉS. Sí.

FÉLIX. Pues, mi bien, ¿cómo ha de ser?

INÉS. A las espaldas, señor,
de mi casa hay una vieja
tapia, por quien me aconseja
que os hable esta noche Amor.

Detrás, en unos reparos (2)
pondré los pies.

FÉLIX. ¡Oye, aguarda!

INÉS. Yo sacaré por la barda
la cabeza para hablaros.

(Vase.)

LOPE. ¿Eso te agrada?

FÉLIX. ¿Pues no?

Lo que es melindres y amores
de cortesanos favores,
¿a cuál discreto agradó?

Pero el amor de una aldea,
¿no es cosa del cielo, Lope?

(1) M: a arreculas.

(2) Ma: raparos.

LOPE. Como en algo no se tope
que de hierro o tranca sea...
FÉLIX. ¿Cuál será la tapia vieja
por donde me quiere hablar?
LOPE. ¡Que en esto gustes de andar!
¿Cuál diablo te lo aconseja?
FÉLIX. ¿Tú no me darás el pie?
LOPE. ¿Eres tú representante?
FÉLIX. ¡Ay, Dios, quién fuera gigante!
Ponte a gatas.
LOPE. ¿Para qué?
FÉLIX. Para que subido en ti
pueda alcanzar a tocalla.
LOPE. Basta hablalla.
FÉLIX. ¿Cómo hablalla?
LOPE. Dos hombres vienen aquí.

(Salen HERNANDO y BARTOLOMÉ, con tapadores de tinajas y espadas desnudas.)

HERNANDO. Con mirar, Bartolomé,
las paredes desa casa,
toda el alma se me abrasa.
FÉLIX. Villanos son; dame el pie.
LOPE. ¡Gracia tienes!
FÉLIX. ¿De qué modo?
LOPE. Hay labrador getafeño
que con el grueso de un leño
nos medirá el cuerpo todo;
¡pues qué, si de una pedrada
rompe un rayo a una carreta!
BARTOL. Aquí hay gente.
LOPE. No te meta
el diablo en esta celada;
mira que esta labradora
te ha dado aqueste lugar,
por dicha, para vengar
su pasado agravio agora.
FÉLIX. ¿Qué le hice?
LOPE. Pellizcalla,
y la fruta del zaguán.
FÉLIX. Pues aquestos no se van,
Lope, yo tengo de hablalla.
LOPE. Industria lo puede hacer.
FÉLIX. Pues ¿cómo?
LOPE. Espérate aquí.
¿Son del lugar?
HERNANDO. Señor, sí.
LOPE. Hacedme, ¡por Dios!, placer,
de que vamos a buscar
una bolsa que ha perdido
mi dueño, que me ha querido,
de puro enojo, matar;

tiene docientos dueados,
con que vamos a Sevilla,
que no será maravilla
entre seis ojos honrados:
arrójenlos por ahí,
daré a los dos un doblón.
HERNANDO. Aunque por otra ocasión
andábamos por aquí,
de lástima ayudaremos
a buscarla.
LOPE. Pues partamos
adonde nos apeamos;
desde allí comenzaremos.
BARTOL. Vamos, vamos.
LOPE. ¡Oh, quién fuera
en esta ocasión zahorí!

(Vase LOPE y los dos labradores.)

FÉLIX. El se los lleva de aquí.
(INÉS, en lo alto.)
INÉS. ¿Es Félix?
FÉLIX. Yo soy.
INÉS. Espera.
FÉLIX. No me mandes esperar,
que estoy ya desesperado.
INÉS. Agradezco tu cuidado.
FÉLIX. Agradecer es pagar.
INÉS. ¿Con qué puedo yo pagarte?
FÉLIX. Con abrirme.
INÉS. Bien te abriera,
Félix, si tu igual naciera;
pero no puedo igualarte.
FÉLIX. Pues ¿seré el primero yo
que se haya casado así?
INÉS. Mi fe me dice que sí,
y mi ventura, que no.
FÉLIX. Mis ojos, si me igualaras,
¿en casarme yo qué hiciera?
Esta es prueba verdadera
de amor; abre, ¿en qué reparas?
Seré tu marido, Inés;
treinta palabras te doy.
INÉS. ¿Como quién?
FÉLIX. Como quien soy.
INÉS. ¿Y negarás las después?
FÉLIX. Si las quebrare...
INÉS. No jures,
que yo te quisiera abrir;
pero es decir que a morir
esta noche te aventuras.

FÉLIX. ¿Cómo?

INÉS. Hay un mastín aquí
que te podrá hacer pedazos.

FÉLIX. Esta espada y estos brazos
¿para qué son?

INÉS. Es así;
mas mi honor, si le hallan muer-
¿con qué podré remediallo? [to,
Demás que ya canta el gallo,
y está el de casa despierto;
y cuando acá se (1) madruga,
el alba llorando está
sus perlas, no como allá,
después que el sol las enjuga.

Ten hoy paciencia, mi bien,
que también es triste caso
que sus glorias tan de paso
Amor y el tiempo te den;

aguarda en esta posada,
yo te enviaré de comer.

FÉLIX. ¿Paciencia quieres poner
en un alma enamorada?

INÉS. ¿Pídote yo que sean siete
los años que (2) has de servirme,
o que un día esperes firme
lo que mi amor te promete?

Vete, mis ojos, vete;
mira que amanece.

FÉLIX. ¡Ay, hermosa labradora!,
déjame mirar mejor
ese rostro al resplandor
de la ya vecina aurora;
no me despidáis, señora,
que yo me iré cuando sea hora.

INÉS. Puesto que tu ruego acete (3)
y dilate mi partida,
¿para qué quieres, mi vida,
que el perderte me inquiete?
Vete, mis ojos, vete;
mira que amanece.

FÉLIX. ¡Ay!, que esa voz me enamora
y tiene el sentido en calma;
tened compasión de un alma
que a vuestros umbrales llora;
no me despidáis, señora,
que yo me iré cuando sea hora.

INÉS. Gente es aquélla. ¡Adiós!

FÉLIX. ¡Ay,
que el seso me hacéis perder!

(Salen LOPE y los dos labradores.)

LOPE. Perdióse por ir a ver
el baile del ¡ay, ay, ay!;
que nos fuera harto mejor
estarnos en la posada.

HERNANDO. Ya debe de estar guardada.

BARTOL. Allí está vuestro señor.

LOPE. Debe de estar ahorcado.
Id con Dios, que sale el día
por Madrid, y no querría
que me viese acompañado.
¡Oh, qué palos me ha de dar!

HERNANDO. El cielo, amigo, os consuele,
que en el corazón me duele
que no se pudiese hallar;
pero con la luz del día
la podréis (1) buscar mejor.
¿Qué hará Inés?

BARTOL. Dormir.

HERNANDO. ¡Qué amor!

Mas duerma, que ha de ser mía.

LOPE. No dirás que no has tenido
de entrar y salir lugar.

FÉLIX. Si yo no he podido entrar,
¿cómo puedo haber salido?

LOPE. ¡Chufetas, por no decillo!
Ahora bien, quírote oler
más de cerca, por saber
si es verdad lo del tomillo.

FÉLIX. ¡Hazte allá, bestia!

LOPE. Harto bien
me pagas la industria sola
con que he dado esta mamola
a dos hombres tan de bien!

FÉLIX. Parte luego en el rocín
a Madrid. ¿Cómo no sales?

LOPE. ¿A qué?

FÉLIX. Compra unos corales,
una sarta, un faldellín,
chinelas y zapatillas,
como a mis hermanas sueles,
ellos oro en los caireles
y ellas plata en las virillas,
y vuelve a comer aquí.

LOPE. ¿Y en Getafe vivirás?

FÉLIX. Con no preguntarme más
sabrás lo demás de mí.

(Vanse. Sale DON PEDRO, de camino; FABRICIO y LEONEL, criadas.)

(1) Ma: y quando aqueste.

(2) M: Por errata: los años que me.

(3) M y Ma: acepte.

(1) Ma: podcys.

FABRICIO.

¿Quieres desayunarte, o pasaremos?

DON PEDRO.

¿Diráse misa aquí tan de mañana?

LEONELO.

¡Hartos clérigos hay! Misa hallaremos.

FABRICIO.

Yo pensé que la oyeras con doña Ana.

LEONELO.

Veniste de Sevilla haciendo extremos,
enamorado desta cortesana;
vesla en Madrid, es bella, y te resuelves
a no casarte, y por la posta vuelves.

DON PEDRO.

Leonelo, si hallo luego desta dama
fama en Madrid que quiere a un caballero,
que don Félix sospecho que se llama,
¿no sabes tú que buena fama quiero? (1)

LEONELO.

Pues mira tú cómo mintió la fama,
porque a Sevilla llegará primero.

DON PEDRO.

¿Fuése a Sevilla?

LEONELO.

Sí.

DON PEDRO.

Pues ¡bueno fuera
que eso a Madrid, sin causa, me volviera!

FABRICIO.

Quédate aquí en Getafe algunos días,
hasta que con disculpas volver puedas.

DON PEDRO.

Mejor es acudir a cosas mías;
que ausente el dueño, quiebranse las ruedas;
en Sevilla a don Félix pondré espías,
y sabré si las manos están quedas.

LEONELO.

Ya han traído las postas.

DON PEDRO.

Sube y pica,
que la virtud es la mujer más rica.

(Vanse, y salen DOÑA ANA y RAMÍREZ, escudero.)

RAMÍREZ. Pues yo digo que le vi.

¿De qué sirve porfiar?

ANA. ¿Tú a Lope en este lugar?

RAMÍREZ. En el mismo.

ANA. ¿A Lope?

RAMÍREZ. Sí.

ANA. ¡Loco estás!

RAMÍREZ. Y, por más señas,
compraba unas chinelillas,
con calzas y zapatillas
harto angostas y pequeñas.

ANA. ¿Chinelas de mujer?

RAMÍREZ. Sí.

ANA. Pues ¿ayer no se partió
don Félix?

RAMÍREZ. Esto vi yo.

ANA. ¿Si se quedó Lope aquí?

RAMÍREZ. Claro está; mas no te dé
celos dama cortesana,
que eran las calzas de lana,
y de media vara el pie.

ANA. Será de Lope el presente,
si por dicha fregoniza.

RAMÍREZ. La lana desautoriza
el ser de tu amado ausente.

(Sale (1) LOPE.)

Pero vesle aquí.

LOPE. En una hora
vine, en otra volveré.

ANA. ¡Tente, perro!

¿A mí, por qué?

LOPE. ¿No me conoces?

Señora...

ANA. ¿Cómo en Madrid?

LOPE. Por la posta

he venido en un rocín,
¡oh espíritu de Merlín,
oh jinete de la costa!,
desde Getafe a comprar
bizcochos, calabazate,
almíbar y piñonate,
alcorzas y agua de azahar,
que dió del caballo ayer

(1) Ma: *adquiere*.

(1) M: *salga*.

mi señor tan gran caída,
que no costarle la vida
milagro debe de ser;

apenas sentí el rumor,
cuando dije, aunque sin seso:
"¡La Virgen del Buen Suceso
vaya contigo, señor!"

Ella quiso que viniese,
puesto que está en el lugar,
sin poderse rodear
más que si de bronce fuese;

Allí, una buena mujer
que concierta quebraduras
le ha hecho ciertas unturas,
y también le puso ayer
una estopada famosa
con incienso y agua ardiente,
de que aliviado se siente,
y ya, en efeto, reposa.

No estéis, señora, afligida,
que, según esta mujer,
que lo debe de entender,
debe de ser carne huída.

no hay hueso alguno quebrado,
que este maldito accidente
sólo en la carne lo siente.

¡No lloréis!

ANA. Harto he llorado.

LOPE. ¿Para quién son las chinelas?

ANA. Para mi daifa, señora,
LOPE. que también yo tengo ahora
mi cierto dolor de muelas.

¿Caso que hayas sospechado
en don Félix mi señor
alguna infamia en su honor?

ANA. Las calzas me la han quitado.

Ven conmigo, y llevarás
conservas y agua de olor,
y una carta a tu señor.

LOPE. ¡Para que no caiga más!

ANA. Cayó, Lope, mi esperanza.

LOPE. [Ap.] Tragóla su señoría.

Dulce llevo. ¡Lindo día!

¡Oh, cuál me pongo la panza!

(Vase. Salen (1) DON FÉLIX y INÉS.)

INÉS. Engáñasme, cortesano.

FÉLIX. ¿Cómo engañarte, mi bien?

INÉS. Pues, dime. ¿de qué manera
podré yo ser tu mujer?

FÉLIX. Yo voy ahora a Sevilla;
cuando vuelva, te traeré
galas de corte.

INÉS. ¿Qué dices?

FÉLIX. La verdad te digo, Inés;
traeré un coche de camino.

INÉS. ¿Coche?

FÉLIX. Para ti también.

INÉS. ¿Para mí? ¡Válgame Dios!
Y que en la corte andaré
coche acá, coche acullá.

FÉLIX. Luego que pongas los pies
en él, te has de llamar...

INÉS. ¿Cómo?

FÉLIX. Aguarda, lo pensaré:
doña Beatriz.

INÉS. No me agrada
doña Beatriz.

FÉLIX. ¿No? ¿Por qué?

INÉS. Porque tiene el "triz" un eco
de vidrio, y me quebraré

FÉLIX. ¿Doña Anastasia?

INÉS. Es de Papa.

FÉLIX. ¿Doña Costanza?

INÉS. No sé
si nombre que entra con costa
es bueno para mujer.

FÉLIX. ¿Doña Jimena?

INÉS. Si fuera
el Cid, me estuviera bien.

FÉLIX. ¿Doña Manuela?

INÉS. Es largo;
parece que estoy en pie.

FÉLIX. ¿Doña Teresa?

INÉS. Es antiguo.

FÉLIX. ¿Doña Casilda?

INÉS. Con él
se llama bien una esclava.

FÉLIX. ¿Doña Tecla?

INÉS. ¿Para qué?

Que no has de ser tú organista,
ni tan libre que [tú] des
en poner en mí los dedos.

FÉLIX. ¿Doña Esperanza?

INÉS. Es hacer
de posesión esperanza,
si tu mujer he de ser.

FÉLIX. ¿Doña Escolástica es bueno?

INÉS. ¿Tengo yo de pretender
alguna cátedra, Félix?

FÉLIX. ¿Doña Brianda?

INÉS. Andar bien
y con brío pide el nombre.

(1) M: *salgan*.

FÉLIX. Dile tú; nómbrate, pues.
INÉS. ¡Ah, cómo te guardas de uno
adonde más de una vez
te vi pasear la calle,
y aun entrar dentro!

FÉLIX. ¿Yo, quién?
INÉS. ¿No hay doña Anas en el mundo?
FÉLIX. Pues esa señora es
mi prima.
INÉS. Por partes de Eva.
FÉLIX. ¡Maliciosa estás!
INÉS. Sí haré.
FÉLIX. Ahora bien, con cualquier nombre
llevada a Madrid, diré
que eres hija de un indiano,
y que en Cádiz me casé.
INÉS. ¿Que he de creerte? ¡Estoy loca!

(Sale LOPE.)

LOPE. ¡A qué buen tiempo llegué!
No sé si alabe la espuela,
o el rocín.

INÉS. ¿Es Lope?
FÉLIX. El es.
INÉS. Pues a la noche te espero.
FÉLIX. ¿Huyes dél?
INÉS. No huyo dél,
pero vienen forasteros.

(Vase.)

FÉLIX. En fin, ¿que no te han de ver
mis ojos hasta la noche!
LOPE. Dame tus benditos pies,
ermitaño de Getafe.
FÉLIX. ¿Compraste, Lope?
LOPE. Gasté
treinta escudos de oro enteros.
FÉLIX. ¡Gastaras cuarenta y seis!
¿Dónde queda?
LOPE. En la posada.
Pero a doña Ana encontré,
y aquesta carta me dió.
FÉLIX. ¿Tus cosas?
LOPE. No pudo ser
de otra manera, señor.
FÉLIX. La carta quiero leer.

[(Lee:)]

“Dios sabe lo que he llorado vuestra caída, y
que fuese tan peligrosa. En la Virgen del Buen
Suceso he mandado decir cien misas, y Lope os

lleva cuatro cajas de perada, dos de alcorzas,
dos de azahar y una redoma extremada; si el
mal pasare adelante fingiré una novena a Illes-
cas, e iré a veros. Dios os me guarde y levante
desa cama con bien.”

¿Esta carta es para mí?
LOPE. Sí, señor; ¿ya no lo ves?
FÉLIX. Pues ¿yo he caído y estoy
en la cama?
LOPE. Todo fué
por encubrir mi venida.
FÉLIX. ¿Y si me viniese a ver?
LOPE. Remedio habrá para todo.
FÉLIX. ¿Dónde está el regalo?
LOPE. Ven,
y verás tanta dulzura,
entre cortado papel,
hecha un árbol que te eleve.
FÉLIX. Todo lo presento a Inés.
LOPE. Menos lo que yo he comido,
que de azúcar, dulce y miel
vengo hecho un monasterio;
y aún habrá un (1) torno después.



ACTO SEGUNDO

(Salen PASCUALA y INÉS.)

PASCUALA. Ya no tengo a maravilla
que no te alegres jamás.
INÉS. Diez y seis meses, y más,
ha que partió de Sevilla.
PASCUALA. ¿Llévate más que descos?
INÉS. Bien pensaba el cortesano
engañarme; pero en vano
gasta el ingenio en rodeos.
Yo he visto lágrimas tales
en estas puertas, fingidas,
que estaban enternecidas
las piedras de sus umbrales.
Aunque es verdad que le adoro
hasta llegar a morir,
no me puedo arrepentir
de haber guardado el decoro
como le debo a mi honor,
pues todo debió de ser,
como se ha echado de ver,
Pascuala, fingido amor.

(1) M: Falta un.

Estuvo Félix aquí
ocho días conquistando
mi pecho y ocasionando
que murmurasen de mí;
como vió que en el lugar
le miraban con cuidado,
partióse desesperado;
fué sin quererme hablar.
¡No me costó poco a mí,
que seis meses me pasé
de enfermedad, y tal fué,
que por dos veces me vi
a las puertas de la muerte!

PASCUALA. ¿Y no te ha escrito?

INÉS. Jamás.

PASCUALA. ¿Y ahora qué tal estás?

INÉS. Estoy de la misma suerte,
y aun sospecho que peor.

PASCUALA. Pues ¿qué quieres?

INÉS. Estoy loca,
y más firme que una roca.

PASCUALA. ¡Extraña fuerza de amor!

(Sale LUCIO, criado.)

LUCIO.

(Esta sospecho que ha de ser la casa.)
¿No me sabrán decir vuestras mercedes
dónde el maestro de las postas vive?

INÉS.

En esta casa de las tapias nuevas.
Mas diga, caballero, ¿es de la corte?

LUCIO.

No, señora, que vengo de Sevilla,
aunque sirviendo estoy a un cortesano.

INÉS.

¿Cómo se llama?

LUCIO.

Llámase don Félix
del Carpio.

INÉS.

¡Ay, Dios! Y diga, gentilhomme,
¿viene bueno ese hidalgo?

LUCIO.

¿Conocéisle?

INÉS.

Sé que es un hombre rico.

LUCIO.

Pues ahora
lo será mucho más, porque se casa
con doña Ana de tal, que no sé el nombre;
mas sé que el dote es veinte mil ducados.

INÉS.

En fin, ¿él viene bueno?

LUCIO.

Y tan gallardo,
que en el camino le echan bendiciones.
Hemos venido en mulas, que traemos
un coche muy galán para la novia,
y querría tomar agora (1) postas
para entrar con más pompa.

INÉS.

Dios le guarde
y haga felices sus dichosas bodas.

LUCIO.

Quedad con El, que estoy de prisa.

(Vase.)

INÉS.

¡Ay cielos,
que aun hay, amando, mayor mal que celos!

PASCUALA. Lástima tengo de ti.

INÉS. ¡Mira qué fin ha tenido
tanto amor y tanto olvido!,
éste en él, y el otro en mí.

Pues toma resolución,
como pertinaz amante,
que lleve el alma adelante
esta loca presunción:

yo voy a la corte.

PASCUALA. ¿A qué?

INÉS. A estar donde verle pueda,
aunque Amor no me conceda
que una esperanza me dé.

PASCUALA. ¿Estás loca?

INÉS. Y lo confieso.
Di que no sabes de mí.

PASCUALA. Escucha.

INÉS. Cuando perdí
a don Félix, perdí el seso.

Voy a dar fin a mi vida.

PASCUALA. ¿Hay locura tan extraña?

(1) M: aora.

¡Mira, Inés, que Amor te engaña;
mira, Inés, que vas perdida!

Acabóse; no hay pensar
en vencer tu obstinación:
donde falta la razón,
no halla el consejo lugar.

(Vase INÉS; sale HERNANDO.)

HERNANDO. ¡Notable prisa me di
para alcanzarte a la puerta!

PASCUALA. ¡Hernando!

HERNANDO. Desde la güerta,
Pascuala hermosa, corrí
en mi propio pensamiento.
¿Has visto mi bella ingrata?
PASCUALA. Si la he visto, y sé que trata,
con un loco atrevimiento,
su perdición y la tuya.

HERNANDO. ¿Cómo?

PASCUALA. A Madrid quiere ir.

HERNANDO. ¿A qué, Pascuala?

PASCUALA. A seguir
aquella locura suya.

HERNANDO. Pues ¿vino aquel caballero
con quien entonces me dió
tales celos?

PASCUALA. Confesó
quererle como primero,
y va a la corte tras él,
que ya viene de Sevilla;
si pudieses reducilla
a que se olvidase dél,
pues que ya se va a casar,
y que al lugar se volviese,
para que después no fuese
la fábula del lugar,
harías un justo oficio,
digno de un hombre de bien.

HERNANDO. Ella en amor, yo en desdén,
vamos perdiendo el juicio.

¿Hay tal mujer, hay engaño
de amor con tal desacuerdo,
que yo por ella me pierdo,
y ella por un hombre extraño?

Pascuala, ¿quién mete a Inés
en estas caballerías?

Si aquél la quiso ocho días,
correspondiérale un mes;

pero burla de dos años...
Mas yo ¿cómo tengo en poco
mi locura, si soy loco
entre mayores engaños?

Iré a la corte, Pascuala,
si no puedo reducilla,
antes que llegue a la villa,
a querer a quien la iguala;
y allá también viviré,
si ella se quedare allá.

PASCUALA. Un loco tras otro va.

HERNANDO. Dirásle a Bartolomé
que donde don Félix vive,
allí pregunte por mí.

PASCUALA. ¡Lástima tengo de ti!

HERNANDO. Con los perdidos me escribe.
Mas desengáñate, Inés,
que si a Félix, sin querella,
sigue hasta morir, yo a ella,
más de mil siglos después.

(Vanse. Salen DOÑA ANA y LOPE.)

ANA. Los brazos te doy mil veces.

LOPE. Bien lo merece mi amor.

ANA. ¿Cómo viene tu señor,
cuya estrella me parece?

LOPE. Si hay estrellas de azabache,
bien lo puedo parecer;
basta que mi amo ayer
por su aurora me despache,
porque viene como un sol.

ANA. ¿Qué vida que habéis tenido?

LOPE. De unos cartujos ha sido,
a fe de hidalgo español.

ANA. ¡Sí, sí; tales nuevas tengo!
Así en Sevilla se pasa.

¿Piensas que no sé la casa?

LOPE. Yo, como del yermo vengo;
¿no me ves la devoción?

ANA. ¿Cómo os fué de la belleza,
aseo, brío, limpieza
y agradable condición?

Que una mujer sevillana
vierte mil perlas de sí.

LOPE. Todas esas cosas vi.

ANA. ¿Adónde?

LOPE. En el Aduana
y allá, en la Contratación.

ANA. Este no dirá verdad
si le queman.

LOPE. Mi lealtad
merece satisfacción.

Nuestra vida pasa así:
levantarnos a las ocho,
tomar en vino un bizcocho,
oír misa, y desde allí,

a Gradas, a negociar;
y en tocando a mediodía,
comer con poca alegría,
dar gracias, y levantar.

A la tarde, a la Tahona,
y luego, en mil estaciones,
rosarios y devociones.

ANA. ¡Oh, qué bendita persona!

LOPE. Hasta que, ya al acostar,
cantábamos la doctrina.

ANA. Bien Córdoba te refina;
lucido se te ha el pasar
que debe de haber habido
de mujeres, ya en las tiendas,
ya en los barcos, ya en meriendas.
¿Cuál de todas, Lope, ha sido
la que más tiempo duró?
¿Despidióse tierno? ¿Si
lloraron? ¿Hablóte en mí?
¿Qué maldiciones me echó?
¿Prometió venir acá?
¿Cuándo la escribe?

LOPE. ¡Qué celos
tan ociosos!

ANA. Pedirélos
del sol que es mi dueño ya.

LOPE. Ahora bien; ¿qué le diré?

ANA. Que sea muy bien venido,
y que le suplico y pido
que me véa.

LOPE. Yo lo haré.

ANA. Pues dale muchos recados.
Mañana te sacarán
un vestido.

LOPE. Sea galán,
así viváis bien casados,
que esta negra quitación
no alcanza cosa de seda.

(Vase LOPE. Sale RAMÍREZ, escudero.)

RAMÍREZ. ¿Hay cosa que verse pueda
con más gusto?

ANA. ¿Qué ocasión
os tiene con tanta risa?

RAMÍREZ. Una hermosa labradora
que se ha entrado en casa ahora
buscando con mucha prisa
una perdida pollina,
que, si sus lágrimas vieses,
aseguro que dijese
que era fiesta peregrina.

ANA. Ve por ella, que me da

lástima cualquier mujer.

RAMÍREZ. Voy volando.

(Vase.)

ANA. Y mi placer
dándome voces está.

En fin, querida esperanza,
tomaréis la posesión;
que de amor la ejecución
perseverando se alcanza.

Bien merece amor constante
tales sucesos del cielo.

(Sale INÉS y RAMÍREZ.)

INÉS. ¿Cómo puedo hallar consuelo
en desdicha semejante?

¿Piensan estos cortesanos
que es de burla, en un camino
haber perdido el pollino
que era mis pies y mis manos?

ANA. ¿Qué es esto, buena mujer?

INÉS. ¿Es vuesarced la señora?

ANA. Yo soy.

INÉS. Pues esté en buen hora,
que en mala la vengo a ver.

¿No habrá visto por acá
el jumento que perdí?

ANA. No, hermana.

INÉS. ¿No ha entrado aquí?
Pues diz que ha llegado ya.

ANA. Ved lo que en el mundo pasa.
INÉS. Era un pollino andaluz
que era destos ojos luz
y el espejo de mi casa.

ANA. ¡Qué extraña simplicidad!

INÉS. ¡Qué de lágrimas me cuesta!
El debe de andar de fiesta
como yo de soledad.

A fe que si yo creyera
que era falso, que le echara
trabas con que le obligara
a que jamás se me fuera.

ANA. ¿A qué veniste con él?

¿Trujiste (1) leña?

INÉS. Y aun fuego,
pues cuando a abrasarme llego
no vive memoria en él.

Pero sabed que venía
de Sayago a este lugar

(1) Ma: traxiste.

a buscar un amo, y dar principio a la vida mía,
 que aunque tosca y sayaguesa tengo pergeño de honrada.

ANA. Si quieres ser mi criada, casa es ésta que profesa remediar los que lo son.

INÉS. ¡Pardiez!, por ver si al pollino puedo hallar, me determino.

ANA. Desta simple condición se han de tener las criadas. ¿Qué os he de dar?

INÉS. Lo que es mío.

ANA. ¿Fías de mí?

INÉS. De vos fio prendas por mi mal halladas. Pero ¿qué estado tenéis?

ANA. De casarme trato ahora.

INÉS. Mejor, dichosa señora, de vuesto novio gocéis que yo gocé mi pollino. ¿Cómo se llama?

ANA. Es su nombre don Félix.

INÉS. ¿Es gentilhomme?

ANA. Lo que es talle peregrino.

INÉS. ¿Ha mucho que le queréis?

ANA. Habrá tres años.

INÉS. Yo había casi dos que conocía el jumento que sabéis; pero yo lloro perdido lo que vos tenéis ganado.

ANA. ¿Tu nombre?

INÉS. Gila.

ANA. El cuidado del novio recién venido no me permite lugar. ¡Julia!

(Sale JULIA.)

JULIA. Señora.

ANA. Yo ahora recibo esta labradora porque te pueda ayudar, que bien será menester. Ensénala.

(Vase DOÑA ANA.)

INÉS. Yo, só boba, si no es fregado y escoba, no hay más qué darme a entender.

JULIA. Vos seáis muy bien venida.

INÉS. Por imposible lo tengo. que, al fin, a la corte vengo, donde no estuve en mi vida.

JULIA. De veras me lo diréis cuando sepáis qué es servir.

INÉS. Ya sé que vengo a morir, más de lo que vos sabéis. ¿Es bien acondicionada esta señora?

JULIA. Con gusto; pero dándole disgusto, fiera, tigre, áspid pisada; todo el día se le va en sus aguas y en sus galas. en perfumar cuadras, salas y cuanto en la casa está. Si don Félix escribía, nos daba a todos barato, ya el jubón viejo, el zapato mas si el correo venía sin cartas, ¡fuego de Dios! ¿Tanto le quiere?

INÉS. Le adora.

JULIA. Descansará esta señora, que ya se casan los dos.

JULIA. Si no fuera porque tengo en casa un poco de amor, no sufriera su rigor.

INÉS. Pues yo por lo mismo vengo.

JULIA. Entrad, que os quiero enseñar en lo que habéis de servir.

(Vase.)

INÉS. ¿Cómo eso sabré sufrir?

¿Cómo eso sabré esperar, que ya estoy adonde espero?

¡Amor, ayúdame aquí: algún remedio me di de la desdicha en que muero!

Cerca el casamiento anda de venirse a ejecutar; ¡pues téngole de estorbar, o morir en la demanda!

(Vase. Sale DON FÉLIX y LUCIO.)

FÉLIX. ¿No conozco a Madrid!

LUCIO. Va por instantes poblándose de ricos edificios.

[FÉLIX.]

Ya sus enanas casas son gigantes;
¡qué portadas, qué ricos frontispicios!
¿Adónde se hallan tantos materiales
y tanta cantidad destos oficios?

LUCIO.

Del Turco dicen que para obras tales
da término de solos quince días,
en que levantan máquinas reales.

FÉLIX.

Serán encantamentos, fantasías.

LUCIO.

No, sino haciendo que diez mil esclavos
[trabajen] (1) juntos con diez mil porfías,
buscando en las naciones los más bravos
y juntando, primero que comience,
desde las piedras los menores clavos.

FÉLIX.

Esta famosa máquina que vence
mil antiguas ciudades, aunque alguna
apenas a sufrillo se convence,
ni tiene para mí falta ninguna,
si no es hallar aquel don Pedro en ella,
sombra del claro sol de mi fortuna;
es pretendiente de doña Ana bella,
y aunque no soy celoso, me ha pesado
que trate, donde estoy presente, della.

LUCIO.

Si está tu casamiento concertado
y ella te quiere a ti, señor, ¿qué importa?
Tú serás escogido, y él llamado.

(Sale LOPE.)

LOPE.

Aquí está el sastre con la capa corta,
y el platero también.

FÉLIX.

¿Trae el platero
el cabestrillo?

LOPE.

El nombre me reporta;
no sé cuál cortesano caballero
puso a las cadenillas ese nombre.

(1) En las dos ediciones: *trabajassen*.

Pero ya me olvidaba del cochero;
aquí a la puerta me habló ahora un hombre
que te quiere servir en este oficio.
Es mocetón de fuerza y gentilhombre.

FÉLIX.

Es (1) el más importante en mi servicio;
llámale acá.

LOPE.

Buen hombre, entrad contento,
que ocuparéis aquí vuestro ejercicio.

(Sale (2) HERNANDO, de cochero.)

HERNANDO.

Sabiendo vuestro noble casamiento
y el coche que trujistes (3) de Sevilla,
de mi persona os hago ofrecimiento;
sabré serviros en aquesta villa,
que sé todas sus calles y rodeos,
y de algunos lugares de Castilla.

FÉLIX.

Yo quiero agradecer vuestros deseos,
y con satisfacción de vuestro talle,
que pudiera ocupar otros empleos,
daréos cuatro caballos con que calle
el que mejor tiró real carroza.

HERNANDO.

Vos lo veréis, andando por la calle.
¿Sois casado?

HERNANDO.

A Dios gracias, aún se goza
mi libertad de serlo, si bien ando
en seguimiento de una hermosa moza.

FÉLIX.

Pues yo las pierdo así, porque en casando
no hay libertad; entréguesele luego,
Lope, que voy ahora procurando
ver mi esposa, galán.

HERNANDO.

[Ap.] Ya entablo el juego,
que estoy en casa del que Inés adora.
Veré la causa que me tiene ciego.

(1) En las dos ediciones: *ese es*.

(2) *M: entra*.

(3) *Ma: traxistes*.

LOPE.

Ya estáis en casa, y quiero desde agora que seamos amigos, y mostraros en aqueste lugar cierta señora.

HERNANDO.

Lope, si yo merezco acompañaros, ninguna pesadumbre os alborote, que ya entiendo mohadas y reparos.

LOPE.

Ya entiendo lo que son gente de azote: soberbios, atrevidos y ligeros, desde cuando Faetón anduvo al trote;

Andan en almohadas caballeros ellos y los que empiedran solamente.

HERNANDO.

Sí, pero los lacayos y escuderos es gente deportante y diligente.

LOPE.

(Bellaco me parece aqueste payo; aun no le tocan, y la espuela siente.)

Yo me precio de hidalgo, y de lacayo, ayo del haca soy.

HERNANDO.

Dejemos esto, y háceme (1) dar en esta boda un sayo.

LOPE.

Vos os veréis como un sultán compuesto, de cocheril vaquero ajironado, que caigan mil en la cochera presto.

HERNANDO.

Bebamos la amistad.

LOPE.

Aquí hay recado. Sangre diz que les daba Catilina; ¿no era mejor un tinto, en blanco armado? ¡Brindis!

HERNANDO.

¿A qué salud?

LOPE.

De Celestina.

(Salen DON PEDRO y URBANO, padre de DOÑA ANA.)

DON PEDRO.

No me atreviera, a no ser justas quejas, a daros la de agravio tan notable, pues vine de Sevilla habrá dos años, y en vez de llevar premio llevo engaños; vuelvo otra vez, y veo que don Félix viene a casarse, y que me habéis burlado. ¿Esto hacen caballeros, esto es justo conmigo, Urbano?

URBANO.

Cuando yo escribía, señor don Pedro, que casar quería con vos mi hija, estaba satisfecho de la obediencia de su noble pecho, y por eso os llamé; pero aun apenas vuestro nombre escuchó, cuando en las venas tal ponzoña infundí, que fué ventura no abrille con mi voz la sepultura; ella le adora, y yo lo supe tarde; si el camino dos veces os enoja, una joya os daré, que me ha costado dos mil ducados.

DON PEDRO.

No soy yo de aquellos que con vil interés pueden vencellos; dalda a don Félix, que vendrá empeñado en los cuatro caballos que ha comprado y la caja del coche, que ha traído por las ventas y aldeas más ruido que le diera a Sevilla en las riberas del Betis una escuadra de galeras.

URBANO.

Pues no es bien que quedemos enemigos.

DON PEDRO.

¿Cómo será posible ser amigos?

(Sale un CRIADO, y luego DON FÉLIX.)

CRIADO.

Don Félix está aquí.

FÉLIX.

¡Dadme las manos!

URBANO.

Seáis, hijo, mil veces bien venido. En despachando aqueste caballero, hablaros, hijo, y abrazaros quiero.

(1) Ma: y hazme.

DON PEDRO.

A mí ya no tenéis que despacharme,
que desde aquí me doy por despachado,
y aun pudiera decir por despedido.

(*Vase.*)

FÉLIX.

¿Qué es lo que dice aqueste caballero?

URBANO.

No es nada; ya se fué, ya es acabado.
¡Hola! Dile a doña Ana que ha llegado
su esposo ya.

(*Sale DOÑA ANA.*)

ANA.

¡Ya el alma me decía,
con su contento, que mi luz venía!

FÉLIX.

Bien merezco esos brazos, por ausente.

ANA.

Mejor diréis que porque estáis presente.

URBANO.

Hijos, para ternuras y regalos
de desposados no están bien las canas
presentes; yo me voy hacia palacio,
adonde tengo un pleito; hablad de espacio.

(*Vase.*)

FÉLIX.

¡Discreto viejo se mostró tu padre!
No hay cosa en los ingenios que me cuadre
como es el no estorbar.

ANA.

Es gallardía,
prudencia y amistad y cortesía.

Mas sentaos, mi bien, aquí,
que tengo muy bien que hablaros.

FÉLIX. Pedidme cuenta de mí,
que la misma puedo daros
que cuando partí de aquí.

ANA. No es posible que vengáis
tan mío como partistes.

FÉLIX. Mucho en esto os engaños,
pues entonces me perdistes

como agora (1) me ganáis.

ANA. Cuando se pasaba el mes,
y los dos, sin escribirme,
no era buen compás de pies.

FÉLIX. Yo estuve en ausencia firme
a todo humano interés.

ANA. ¿Y los bríos sevillanos?

¿Con quién os entretuvistes?

FÉLIX. Vencieron los castellanos.

ANA. Ya sé que no les dijistes:
¡afuera consejos vanos!

FÉLIX. Ausencia pone temor,
que toda su diligencia
es desesperar a Amor.

ANA. ¡Ay, no me tratéis de ausencia,
que despertáis mi dolor!

FÉLIX. Ya son esos celos vanos.
Dadme esas manos.

ANA. También
es justo que queden llanos,
y hasta averiguarlos bien
no me toquen vuestras manos.

FÉLIX. Yo os aconsejo mejor,
creyendo mi desengaño.

ANA. Yo os lo agradezco, señor;
mas ¿dónde hay mayor engaño
que en los consejos de Amor?

¿Salud tenéis?

FÉLIX. Si estas manos
me la dan (2).

ANA. Tengo recelos,
y si sanáis (3) son tiranos;
que bien sabéis que en los celos
los que matan son los sanos.

FÉLIX. ¿Qué mal me tratáis!

ANA. Soy cuerda
en que no me merezcáis
hasta que estos celos pierda;
que, como no confesáis,
quíeroos dar tratos de cuerda.

FÉLIX. Pues si tantos me habéis dado,
señora, y no he confesado,
que me traigan agua haced,
que me ha dado el amor sed,
y vuestros celos cuidado.

ANA. ¡Hola! Traigan agua aquí,

(*Sale INÉS.*)

al señor don Félix.

(1) *M: aora.*

(2) *Ma: me dan.*

(3) *Ma: sancys.*

INÉS. Yo
estoy sola aquí, ¡ay de mí!
ANA. ¿Y Julia?
INÉS. Señora, no.
ANA. ¿Irán por el agua?
INÉS. Sí.
ANA. ¡Ve presto!
INÉS. ¡Ay, cuánta pudieran

dar mis desdichados ojos,
que nunca a don Félix vieran!
Pero, a vengar mis enojos,
agua no, que llamas dieran.

¡Esto quiso mi deseo
venir a ver! Pues, Amor,
paciencia, que ya lo veo;
desengañad el temor,
que ya mis desdichas creo.

ANA. ¿No vas?

INÉS. Estaba pensando
si será en vidrio o en oro.
ANA. ¡En... presto, y venir volando!
INÉS. De las lágrimas que lloro,
ya se va el agua formando;
¡no sé qué ha de ser de mí!

(Vase.)

ANA. Al fin, con agua, ¿queréis
confesar?

FÉLIX. Señora, sí;
porque más fuego saquéis,
si es fragua el amor en mí;
que el no haberos ofendido
es lo que más cierto ha sido;
no me deis tormento acá:
basta que por vos allá
tantos meses lo he sufrido.

(Sale LOPE.)

LOPE.

Baja, ¡por vida tuya!, que a la puerta
su padre de doña Ana, mi señora,
con don Pedro ha tenido pesadumbre.

FÉLIX.

¿Está ahora con él?

LOPE.

No sé si es ido.

ANA.

¡No vais, por vida mía, que es un loco!

FÉLIX.

Guardá ese juramento para cosas
que no toquen, señora, a vuestro padre.

LOPE.

Por fuerza quiere que le case Urbano.

FÉLIX.

¿Tan engañado de Sevilla viene?

(Vase.)

LOPE.

Yo pienso que el amor la culpa tiene.

(INÉS, dentro.)

ANA.

¡Hola, Julia!

INÉS.

Señora.

ANA.

Dile a Julia
que deje el agua; ya se fué don Félix.

INÉS.

No tengo yo la culpa, si he tardado;
que a Julia le he pedido una toalla,
y abriendo un cofre se tardó en buscalla.

ANA. Espaciosa me pareces.

INÉS. Pues harta prisa me di
por ver el bien que mereces;
mas ¿cómo se fué de aquí?

ANA. Porque vendrá muchas veces.
Llama ese viejo escudero,
que enviar a mi bien quiero
contigo en un azafate,
unas camisas...

INÉS. [Ap.] ¿Que trate
Amor mi causa! ¿Qué espero?

ANA. El te enseñará la casa,
y tú darás el recado
a don Félix.

INÉS. [Ap.] ¡Lo que pasa
por un amor mal pagado,
y lo que un agravio abrasa!
¡Ea, pues! ¡Animo, cielos! (1)
A Félix vamos a ver:

(1) M: celos.

o son penas, o consuelos;
mas ¿qué gloria puede haber
adonde intervienen celos?

(*Vanse. Salen DON FÉLIX y LOPE.*)

FÉLIX. Cuando llegué, ya eran idos.
LOPE. ¡Vive el cielo, que me holgara
que le hablaras!

FÉLIX. Sí le hablara.
LOPE. ¡Pesar de los mal nacidos!

Donde tú tratas casarte
intentan...; mas no fué tuya
la injuria, señor.

FÉLIX. ¿Pues cúya?

LOPE. Ese no puede agraviarte;
y así es de Lope.

FÉLIX. ¿De ti?

LOPE. Oye, señor, pues es mía:
al lacayo que traía
desafío desde aquí;
quiero escribir un papel,
que esta noche salga al Prado
en cueros.

FÉLIX. ¡Bien lo has pensado,
que tú lo estarás con él!

¡Que don Pedro me persiga
en Sevilla y en Madrid!

LOPE. Querrá, con algún ardid,
que Urbano otro intento siga.

Dirá de tus cosas mal.

FÉLIX. Ya, ¿qué mal me puede hacer?
Ella ha de ser mi mujer.

LOPE. ¿Y él, por ventura, es tu igual?

¿No eres tú Carpio, sobrino
del famoso don Miguel
del Carpio, que hoy cuentan dél
un valor casi divino?

¿Qué puede decir de ti,
que mañana te darán
un hábito?

(*Sale LUCIO.*)

LUCIO. Afuera están
preguntándome por ti,
de mi señora doña Ana
dos criados.

FÉLIX. Entren luego.

(*Salgan INÉS y RAMÍREZ.*)

INÉS. Al último punto llego
de mi desdicha inhumana.

RAMÍREZ. Dale tú, Inés, el recado
que mi señora te dió.

INÉS. ¡Pardiez, Ramírez, que yo
le tengo mal estudiado!

Y perdonadme, señor,
que ha poco que sirvo en casa,
si es poco lo que se pasa
adonde hay celos y amor.

Vine a servir a Madrid,
desde el valle de Lozoya,
y temo que en esta Troya...

FÉLIX. Pues ¿de qué os turbáis, decid?

INÉS. He de perderme, si Dios
no pone remedio en mí.

FÉLIX. ¿Adónde este rostro vi?

Di, Lope, ¿dónde los dos

hemos visto a esta mujer?

LOPE. Ya sé que en Inés reparas.

FÉLIX. ¿Puede dos iguales caras
la Naturaleza hacer?

Tengo para mí que es ella.
¿Cómo os llamáis?

INÉS. Yo, señor,
Gila.

FÉLIX. El habla es el mayor
testigo o retrato en ella.
¡Ramírez!

RAMÍREZ. Señor.

FÉLIX. ¿Quién es,
y de dónde, esta criada?

RAMÍREZ. No está la pobre enseñada,
no ha que está en Madrid un mes;

De Sayago la trajeron
a mi señora doña Ana,
que por rústica villana
en casa la recibieron;

porque, en gracioso lenguaje,
muestra buen entendimiento.

FÉLIX. Ello fué mi pensamiento.

INÉS. Pudiera venir un paje

que diera aqueste recado
sin vergüenza y con destreza,
y enviaron mi simpleza.

FÉLIX. ¡No he visto mayor traslado!

LOPE. No hay más de ser más villana.

FÉLIX. Decidme, buena mujer,

¿cómo venistes a ser
de mi señora doña Ana?

INÉS. Si yo buena mujer fuera,
no anduviera por acá,
que mejor me estaba allá,
por pobre mujer que fuera;
mas este negro de Amor,

que también anda en Sayago,
como en Roma [o] en Cartago (1).
tuvo la culpa, señor;

andábase un hidalgo,
hablando (2) con remenencia,
a caza de mi inocencia,
ya por la posta, ya al trote.
y con bravas correrías,
como en la corte se usa;
mas enténdile la musa,
y fué las manos vacías:

aunque, si digo verdad,
quedé con más picaduras
que unas botas. ¡Qué locuras,
qué enredos, qué necedad!

Fué tal mi desesperanza,
que determiné dejar
mi tierra y venir al mar
de confusión y mudanza;

traía un negro pollino,
aunque era pardo, señor,
en posesión andador
y en esperanza mohino;
porque, viendo el alcacel,
no aguardara la cebada
si se la dieran tostada;
así pegaba con él;

éste, al fin, se me perdió,
y llorando, una mañana
a mi señora doña Ana
mi inocencia preguntó

si del pollino sabía;
cayóla en gracia a la fe,
y en su casa me quedé,
donde veré cada día,

para que el dolor reporte
que de su agravio sentí,
el pollino que perdí.
entre mil que hay en la corte.

FÉLIX. ¡Extremada es la mujer!

RAMÍREZ. Ella no ha dado el recado;
mas, supliendo el que no ha dado,
que no debe de saber,

sabed, señor, que os envía
estas camisas ahora,
y estos cuellos, mi señora,
que puesto que es niñería,
por ser labor de su mano
se atreve, aunque echa de ver
que es necedad ofrecer

ropa blanca a un sevillano.

FÉLIX. Bésoos mil veces los pies,
amigo, por el favor.

INÉS. Las manos fuera mejor,
pues la labor dellas es.

¡Cuáles son los cortesanos,
destos de querer besar!
Palabra no se ha de hablar
sin besar, o pies, o manos:
por esto en Madrid se haría
la fuente de Lavapiés.
que lavárselos bien es,
besándolos cada día.

FÉLIX. ¡Lope!

LOPE. Señor.

FÉLIX. Al cochero

llama.

LOPE. ¡Hola, Hernando!

(Sale HERNANDO.)

HERNANDO. ¿Señor?

FÉLIX. Soy a mi esposa deudor.
pagarle el presente quiero;
pon, Hernando, esta criada
en el coche, y a mi esposa
le presenta, aunque era cosa
que ya estaba presentada.

Dile que esto le he traído
de Sevilla.

INÉS. Pues ¿a mí
me traéis en coche?

FÉLIX. Sí.

INÉS. La palabra habéis cumplido;
ya no tengo que quejarme.

FÉLIX. Dale, Lope, diez doblones
a los dos.

LOPE. Voy.

INÉS. ¡Qué ocasiones
de perderme y de acabarme!

LOPE. Venid vos por el dinero.

RAMÍREZ. ¡Vivas mil años, señor!

(Vanse todos; quedan HERNANDO y INÉS.)

HERNANDO. Venid al coche.

INÉS. Mejor
os iréis solo, cochero.

HERNANDO. Esa voz he conocido.

INÉS. Id con Dios.

HERNANDO. ¿Qué es esto, Inés?

INÉS. ¡Qué sé yo! Desdicha es
de un pensamiento atrevido.

HERNANDO. No me atrevo a darte culpa
del nuevo traje en que estás,
pues en el mío dirás

(1) En las dos ediciones: *Quartago*.

(2) *Ma: andando*.

que hallaste, Inés, la disculpa.

Parece que adiviné
que habías de ser señora
a quien yo llevase ahora
en el coche que busqué;

¡qué honroso oficio aprendí,
pues vino mi coche a ser
el del Sol, viniendo a ver
que le llevo todo en ti!

Mas ayer oí cantar
que despeñado, un mancebo,
por lo mismo que me atrevo,
cayó abrasado en el mar.

Tú, pues eres sol, mejor
podrás guiar los caballos,
que yo podré despeñalos
con este mi ciego amor;

pero ven, que estás corrida
de que te haya hallado aquí
y de que hay amor en ti
de que estés agradecida.

Los dos vamos a servir
a una casa; sea en buenhora:
tú al señor, yo a la señora,
tú a esperar y yo a morir;

allí nos hemos de ver,
aunque te pese. ¿Qué escondes
el rostro? ¿No me respondes?
¿Qué tengo de responder?

INÉS.

(Vase.)

HERNANDO.

Pidió Faetón al Sol el carro de oro,
venció al importunado padre el ruego,
dióle las riendas y, corriendo, luego
vino a parar sobre el Atlante moro;

Allí, vertiendo de uno y otro poro,
en cambio de sudor, llamas de fuego,
cayó sobre el Herídano, que, ciego,
le dió sepulcro en lamentable coro.

No menos yo, por más ardiente polo
el carro deste sol a llevar pruebo;

¡ingrata!, más que Dafne con Apolo,

hoy a mayor hazaña el alma atrevo,
pues si aquél se perdió con un Sol solo,
yo con dos soles que en tus ojos llevo.

(Vase. Salen DOÑA ANA y URBANO.)

URBANO.

¡Está don Pedro en esto porfiado!

ANA.

Holguéme que don Félix no le hallase.

URBANO.

Pero diré mejor enamorado,
aunque no temas que adelante pase.

ANA.

¿No le has dicho que estaba concertado
primero que pedirme imaginase?

URBANO.

Entre vosotros sí, mas no conmigo,
porque es toda la culpa que le digo.

ANA.

Pues bien, ¿qué hemos de hacer? ¿Puedo par-
para don Félix, y con él casarme? [tirme

URBANO.

Todo es cansarme, y todo referirme
su sangre, de que yo debiera honrarme.

ANA.

Pues, en eso, ¿qué tiene que decirme?
Cuantos nacieron pueden envidiarme,
que es don Félix del Carpio la nobleza
del mundo, y celestial su gentileza.

(Sale JULIA.)

JULIA.

De un coche que puede al Sol
servir de rica litera,
dentro terciopelo verde,
con mil doradas tachuelas
sobre molinillos (1) de oro,
y cerradas las cubiertas;
las cortinas de damasco,
con sus franjas de oro y seda,
que están llamando las manos
a quitallas y a ponellas;
con cuatro caballos blancos,
y las guarniciones negras,
rizas las clines en lazos
de cintas rojas, se apean,
¿quién dirás?, Gila (2) y Ramírez,
que tu esposo te presenta
en cambio de las canisas
joya de tanta riqueza.

(Salgan HERNANDO, INÉS y RAMÍREZ.)

HERNANDO. Dadme, señora, los pies.

ANA. ¡Buen cochero!

(1) M: molinillo.

(2) En las dos ediciones: Julia.

HERNANDO. Será buena
la voluntad de serviros;
pero, si no lo es, la muestra
el coche que mi señor
presenta a vuestra belleza
bien sé que es digno de vos.

ANA. Cuando la persona vuestra
no me obligara, bastara
el ser de mi esposo prenda.
¿Venís con él de Sevilla?

HERNANDO. No, señora; aunque eso fuera
para mí mucha ventura.

RAMÍREZ. Dile, Gila, cómo queda,
si no te turbas también.

INÉS. A la he, señora nuestra,
que el coche me ha mareado,
como soy en ellos nueva.
No traigo más que decir.
¿Quién me trajo de las eras
a pasar de trillo a coche?

ANA. ¿Ramírez!

RAMÍREZ. Señora.

ANA. Lleva
a este buen hombre contigo,
y enséñale la cochera.
Mirad que he de regalaros.
¿Cómo os llamáis?

HERNANDO. No quisiera
irme. Yo, señora, Hernando.

ANA. Hernando, la vez primera
habéis de ir mañana a Atocha.

HERNANDO. Vos veréis mi diligencia.

URBANO. ¿Qué loca estás!

ANA. ¿No es razón?

¿Qué mujer habrá que pueda
llegar a mayor ventura?

INÉS. (Mis enredos aquí entran,
que yo he fingido un papel
con tal industria y tal fuerza,
que pienso que el casamiento
desbarata y desconcierta.)

Oye aparte.

ANA. ¿Qué me quieres?

INÉS. Un señor, no sé quién era,
 viniendo ahora en el coche
me dió este papel.

ANA. Enseña.

(Sale URBANO.) (1)

Pero mi padre ha venido.

Ya no es tiempo que yo lea
papel de nadie, señor,
que no sea en tu presencia;
dice aquélla que un hidalgo
se lo dió en el coche.

URBANO. Espera,
que le quiero yo leer,
pues es tan clara la letra.

“La lástima que os tengo, señora doña Ana,
me ha obligado a escribiros, que este caballero
con quien os casáis es morisco, y ansimismo lo
es su criado; ya se les hace la información para
echallos de España. Su abuelo (1) de don Félix
se llamaba Zulema, y el de Lope, lacayo, Aram-
bel Muley, que eso del Carpio es fingido, por-
que con los dineros que ganó su padre a hacer
melcochas en el Andalucía ha comprado la ca-
ballería con que os engaña.”

ANA. ¿No leas más!

URBANO. ¿Hay maldad
como aquésta?

ANA. Si no reina
invidia en quien te escribió,
en obligación le quedas.

¿No puede ser esto invidia?

INÉS. Tú por invidia la tengas,
que yo pensé que sabías
de don Félix la flaqueza,
porque es público en la corte.

ANA. ¿Tú lo has oído?

INÉS. Y apenas
puse los pies en tu casa,
cuando me dijeron della
el desatino que hacías.

ANA. Que Lope morisco sea,
aun lo parece en la cara;
mas don Félix...

INÉS. Si te ciega

Amor...

URBANO. Ahora bien, doña Ana:
séalo o no, no quisiera
marido con esta fama;
don Pedro es noble y te ruega,
mudemos de pensamiento.

(Sale RAMÍREZ.)

RAMÍREZ. Ya Hernando, señora, queda
albergando los caballos.

(1) Así esta acotación en *Ma*; en *M*: *Entre Ur-
bano*.

(1) *M*: *aguelo*.

JULIA. ¡Calla, que hay mil cosas nuevas!

RAMÍREZ. ¿Cómo?

JULIA. Don Félix y Lope
son moriscos.

RAMÍREZ. ¿Qué me cuentas?

JULIA. De España quieren echалlos;
la información está hecha.

RAMÍREZ. De Lope siempre temía,
Julia, que morisco era:
cara tiene de quemado.

JULIA. De don Félix fué Zulema
abuelo (1), y del bellacón
de Lope, ¡maldita sea
el ánimo que le quiso!,
Muley Arambel.

RAMÍREZ. Pues quedas
desengañada, aquí estoy,
que canas sin tiempo llegan.
También hay rocines blancos.

ANA. ¿Es don Félix?

URBANO. Ten prudencia.

(Salgan DON FÉLIX y LOPE.)

FÉLIX. Sólo haber en vuestro nombre
hecho este coche en Sevilla...

ANA. ¿Que éste es morisco?

RAMÍREZ. En Castilla
no hay moro tan gentil hombre.

FÉLIX. Puede disculpar, señora,
la bajeza del presente.
¿No me habláis?

ANA. Cierta accidente
me acaba de dar ahora,
de que no me siento buena.

FÉLIX. ¿Qué es esto, señor? (2)

URBANO. No sé.

ANA. Mas de espacio le miré,
no en balde la fama suena.

Morisco me ha parecido,
y aun en el habla (3) también.

FÉLIX. ¿Habláis conmigo, o con quién?

URBANO. Un poco estoy desabrido.

No estoy para negociar.

FÉLIX. Pues, señora, ¿qué es aquesto?

URBANO. El tiene de moro el gesto,
y aun lo parece en hablar.

Perdonad, señor. que voy
a mis negocios.

(Vase.)

FÉLIX. Señora,

¿desdenes conmigo agora
que vuestro marido soy?

ANA. ¿Mi marido? ¿Cómo o cuándo,
qué clérigo nos casó?
Entrate Julia.

(Vase DOÑA ANA, y JULIA.)

FÉLIX. Si yo,
Lope, estuviera soñando,
¿pensara este desatino?

LOPE. ¡Hola, Ramírez, detente!

RAMÍREZ. ¿Qué quieres, impertinente?

LOPE. Mira que don Félix vino
desde Sevilla a casarse
por cartas, y no es razón
que don Pedro...

RAMÍREZ. Esta ocasión
a nadie debe imputarse.

De don Félix los abuelos
y los tuyos son culpados.

LOPE. ¿No escuchas estos criados?

FÉLIX. ¿Mis abuelos (1). o los celos
de don Pedro?

RAMÍREZ. ¿Pues es bien,

don Félix o calabaza,
que ande tu honor en la plaza
y que por moro te den,

y te hagan información
para que de España salgas,
y con sangres tan hidalgas
quieres mezclar tu nación

y la secta (2) de Zulema,
y el Lope cuyos abuelos
vivían de hacer buñuelos
en cuyo aceite se quema,

con Julia, que es como el Sol?

¡Váyanse perros a Argel,

y, pues Muley Arambel,
el melcochero español

fué abuelo suyo, lacayo,
aquí jamás los pies meta,

que voy por una escopeta,
y quisiera por un rayo!

(Vase.)

LOPE. ¿Qué es esto?

FÉLIX. Estoy sin sentido.

(1) M: aguelo.

(2) Ma: señora.

(3) M: hablar.

(1) M: aguelos.

(2) Ma.: secta.

LOPE. ¿Tú Zulema, y yo Arambel,
y que nos vamos a Argel?

FÉLIX. Traición de don Pedro ha sido.

LOPE. La puerta nos han cerrado.

FÉLIX. Llama, que será razón
que demos satisfacción.
pues que nos han engañado.

(RAMÍREZ, en lo alto.)

LOPE. ¡Ah de casa!

RAMÍREZ. ¿Quién va allá?

FÉLIX. Abre, engañado escudero.

RAMÍREZ. Señor Zulema, no quiero;
que no entran moros acá.

FÉLIX. Dile a tu señor que oyendo
sabrás engaño tan sutil.

RAMÍREZ. He de colgar un pernil
para que vayan huyendo.

LOPE. ¿Vos sabéis con quién habláis?

RAMÍREZ. ¿Y no saben quién son ellos?

FÉLIX. ¿Yo Zulema?

LOPE. ¿Yo Arambel?

RAMÍREZ. ¿Más que lesuelto un lebre
a que se muerda con ellos?

LOPE. ¡Hola, escudero! Yo he sido
el que el tocino inventé;
yo los puercos engendré;
mía la invención ha sido.

FÉLIX. El se fué; torna a llamar.

LOPE. ¡Ah de casa! ¿Qué es aquesto?
¿Cómo la invidia tan presto
a tantos pudo engañar?

(Sale INÉS, en lo alto.)

INÉS. ¿Qué bellaquería es ésta?
¿Aquí llaman? ¿No hay justicia?

FÉLIX. Gila, mira que es malicia,
y si mil vidas me cuesta,
lo tengo de averiguar;
que este don Pedro ha trazado,
como me vió ya casado,
hacerme aqueste pesar.

Yo soy Carpio de Castilla,
y de mi linaje hay hombre
que hoy se acuerda de su nombre
el castillo de Sevilla.

Di a doña Ana, que esta red
es una necia porfía.

INÉS. Si supiera algarabía
hablara a vuesa merced,
a quien suplico se vaya

de Madrid, que estos hidalgos
no van a caza con galgos,
que es su origen de Vizcaya,
y son Alderetes finos;
fuera de que en esta casa,
sólo don Pedro se casa.

FÉLIX. Haré dos mil desatinos.
¡Gila, Gila!

LOPE. Ya se fué.

INÉS. Si no dejan la perrera
haré que salga allá fuera
quien mucho azote les dé.

¿Cuál el perrazo venía
con su carlanca de cuello
a gozar un ángel bello
y a manchar tanta hidalguía!

Y el alano del lacayo,
haciéndose braco humilde
con la desollada tilde
que le cubre el color bayo.

Váyanse luego de aquí
o pondréles una maza.

(Vase.)

FÉLIX. ¡Rompe esas puertas!

LOPE. No es traza
discreta infamarte así.

FÉLIX. ¿Pues téngome de quedar
con ser Zulema de Argel?

LOPE. ¿Y yo Muley Arambel?

(Salgan DON PEDRO y LEONELO.)

DON PEDRO. Dile que le quiero hablar.

LEONELO. Don Félix está a la puerta.

FÉLIX. ¿No es éste don Pedro?

LEONELO. Sí.

FÉLIX. Quisiera estar más en mí
en traición tan descubierta,
para sólo preguntaros
qué demonio os engañó
a decir aquí que yo
soy morisco, por casaros.

No suelen los caballeros
con tan malas intenciones
intentar sus pretensiones;

(Va a meter mano.)

si no...

DON PEDRO. Tened los aceros;
mirad que os han engañado.

FÉLIX. Urbano me ha dicho aquí
que soy morisco.

DON PEDRO. ¿Y que fuí
de quien ha sido informado?

FÉLIX. A mí no me han dicho quién

DON PEDRO. Pues es muy buen desatino
ser en mi agravio adivino,
y esto trataremos bien
en el campo, en que os aguardo.

FÉLIX. Camina, que voy tras vos.

LEONELO. ¿Qué habemos de hacer los dos
señor hablador gallardo?

LOPE. Lo mismo, seor bravonel;
que ha de decirme en el suelo
de qué sabe que mi abuelo
era Muley Arambel.

LEONELO. ¿Yo he dicho tal?

LOPE. En Madrid
han hecho este falso estruendo.
Pues ¡vive Dios! que diciendo
de un estornudo del Cid.

ACTO TERCERO

(Salen HERNANDO y BARTOLOMÉ.)

BARTOL. Mucho me huelgo de verte.

HERNANDO. ¿Y el hábito, no te agrada?

BARTOL. En efeto, ¿eres cochero?

HERNANDO. Faetón soy de aquesta casa,
donde llevo al sol de Inés,
aunque ya, por mi desgracia
y el engaño de don Félix,
no estoy en la de doña Ana.

BARTOL. ¿Qué, en efeto, fué mentira?

HERNANDO. Era su nobleza tanta,
que presto honrará los pechos
de la cruz de Calatrava.
Salió al campo con don Pedro;
hirióle, mas no fué nada
porque llegó la justicia.

BARTOL. ¿Era el don Pedro la causa
del testimonio?

HERNANDO. Yo creo
que fué del demonio traza,
que presto tendrá la verde
o roja de Calatrava,
por servicios de sus padres,
y con papeles que bastan
para mayores empresas.

BARTOL. Pues ¿de qué son tus desgracias?

HERNANDO. De que con aquel enojo,
don Félix casarse trata
en otra parte, y sospecho
que más que amor es venganza.
Hay aquí una doña Elena,
rica, de buen talle y gracia,
hija de Fulgencio sola,
con quien don Félix se casa.
Con esto, de ningún modo
tienen licencia mis ansias
de entrar para ver a Inés.

BARTOL. En mil laberintos andas;
pero ya tu cobardía
es muerte de tu esperanza.
Entra, no estés a la puerta
ni mires por las ventanas;
que tú no has tenido culpa
en sus disgustos.

HERNANDO. Repara
en que está doña Ana.

BARTOL. Llega,
no te acobardes de hablalla,
que si ella ha tenido amor
a don Félix, no se pasa
tan presto que no se alegre
de verte.

HERNANDO. Afuera me aguarda.

(Sale DOÑA ANA.)

ANA. Hernando, seas bien venido.
¿Cómo nos olvidas tanto?
De tu ingratitud me espanto.

HERNANDO. Nunca, señora, lo he sido,
sino que este desatino
del testimonio pasado,
para verte me ha quitado
atreimiento y camino.

ANA. ¿Cómo a don Félix le va?
¿Quiérele mucho, está buena
la señora doña Elena?

HERNANDO. Bien le quiere, y buena está.

ANA. ¿Cómo va de casamiento?

HERNANDO. Eso está muy adelante.

ANA. ¿Fué la probanza importante?

HERNANDO. Con mucho enojo le sienta
de los que le han levantado,
aunque ha cobrado su honor.

ANA. ¿Y está acaso tu señor
como primero engañado?

HERNANDO. La culpa te pone a ti
por don Pedro.

ANA. Dios lo sabe.

¿Y Lope, está ya muy grave?
¿Qué dicen los dos de mí?

HERNANDO. A todos nos ha mandado
que nadie tome en la boca
tu nombre.

ANA. Vuélvome loca.
En fin, ¿está enamorado
de doña Elena?

HERNANDO. El lo dice;
pero yo traigo (1) en los ojos
que no es amor.

ANA. Pues ¿qué?

HERNANDO. Enojos.

ANA. ¿Tan grande ofensa le hice;
pero ya es mucha venganza.
¿Va Elena en el coche ya?

HERNANDO. En él muchas veces va.

ANA. ¡Ay de mi loca esperanza!

HERNANDO. Hoy me ha mandado llamar,
que a la feria quiere ir.

ANA. Ya no lo puedo sufrir;
muriendo estoy por llorar.

Vete, Hernando, que no quiero
que te halle mi padre aquí.

HERNANDO. Perdona si te ofendí.

ANA. Vete con Dios. ¡Rabio y muero!
Julia.

(Vase HERNANDO, y sale INÉS.)

INÉS. ¿Qué mandas, señora? (2)

ANA. Maldiga Dios tu papel,
pues que vengo a estar por él
en tanta desdicha agora (3).

INÉS. Y yo, ¿qué habré negociado
si se casa con Elena?

ANA. ¿Qué dices?

INÉS. Que de tu pena
tengo el pecho lastimado,
y que echándome a pensar,
aunque ruda labradora,
en tus desdichas, señora,
un remedio vine a hallar;
mas es muy dificultoso.

ANA. Di, aunque me cueste la vida.

INÉS. Pues oye, si eres servida,
un pensamiento ingenioso.

Cuando en mi tierra vivía,
donde Elena hacienda tiene,

supe esta historia, que viene
a ser parte de la mía.

Un hermano de Fulgencio,
padre de Elena, que fué
a las Indias...

ANA. Ya lo sé.

INÉS. Pues hasme de dar silencio.

Llevó solo un rapacillo,
primo de Elena, que ya es
grande. O sea el interés,
que nunca me maravillo,

o la sangre, han concertado
los hermanos que los primos
se casen.

ANA. Mucho ha que oímos
que está entre los dos tratado.

INÉS. Esperándole estuvieron.

ANA. Es verdad; pero han sabido
que es muerto o preso, que ha sido
la causa porque le dieron
a don Félix la palabra
de casarle con Elena.

INÉS. Oye, pues, que en tela ajena
tal vez el ingenio labra.

Una vez me disfracé
de hombre en mi tierra, y decían
que mis bríos parecían
de hombre, del cabello al pie.

Yo quiero, en hombre trocada,
fingir que soy el sobrino
de Fulgencio, y de camino,
bota y espuela calzada,
dar por la posta en su casa.

ANA. ¿Y allá dentro qué has de hacer?

INÉS. Pedírsela por mujer,
y tú verás que se abrasa
en dos días de mi amor,
y que a don Félix descaso,
y que vuelve a todo paso
a pretender tu favor.

ANA. Estoy mirándote atenta;
demonio debes de ser.

INÉS. No soy; pero soy mujer,
que más que el demonio inventa.

ANA. Pues ¿dónde hallarás vestidos?

INÉS. Yo los buscaré, y criados.

ANA. ¿Qué has menester?

INÉS. Mil ducados,
porque los recién venidos
de Indias tienen aquí
opinión de miserables,
y es menester que me entables,
porque el dar vence.

(1) *M: trayo.*

(2) En las dos ediciones: *Julia que mandas se-ñora*, atribuido el verso entero a Inés.

(3) *M: aora.*

ANA.

Es así.

Un sátiro vi muy feo
 en una tabla pintado,
 del estudio de un letrado,
 y en medio de un huerto hibleo
 una dama muy hermosa,
 a quien unas joyas daba,
 por quien ella le abrazaba,
 blanda, tierna y amorosa.

Conquista tú, gasta, luego
 los mil te pondré en la mano.

INÉS.

Ve por ellos.

ANA.

Hoy, tirano,
 te ha de confundir mi fuego.

[Vase DOÑA ANA.]

INÉS.

Esta, con su desvarío,
 piensa que en mi fingimiento
 su vano remedio intento,
 y voy procurando el mío.

En que no se case fundo
 mi invidia; de celos muero;
 yo desconcerté el primero,
 lo mismo haré del segundo.

Con la industria es cosa llana
 que Félix queda excluido,
 porque no ha de ser marido
 de Elena, ni de doña Ana.

(Vase, y sale DON FÉLIX y LOPE.)

FÉLIX.

Todo me sucede bien:
 Madrid se ha desengañado.

LOPE.

Ahora (1) estás más honrado
 y más vengado también.

FÉLIX.

¿Que haya lenguas en el mundo
 que un testimonio levanten?

LOPE.

De que estas cosas te espanten
 me espanto.

FÉLIX.

En mi honor lo fundo.

LOPE.

Pues ¿úsase cosa tanto
 como testimonios ya?

FÉLIX.

Lleno este lugar está.

LOPE.

De lo que sufren me espanto.

FÉLIX.

¿No se puede remediar?

LOPE.

Es oficio de demonios.

FÉLIX.

Mas levantar testimonios
 es a veces levantar;
 que aunque padecen con ellos
 mientras no son conocidos,
 muchos que estaban caídos

LOPE.

se han levantado por ellos.

No escucharás en corrillos
 de hombres, que mirar podrían
 sus cosas, que al vulgo fían
 vinagres, quita pelillos.

sino Fulano es un tal,
 y una tal por cual Fulana,
 pues en casa de Zutana
 no se bate el cobre mal,
 y mil nuevas mentirosas
 contra el honor de mil gentes.

FÉLIX.

Son lenguas impertinentes,
 y son vidas siempre ociosas.

No hay ley más santa en la tierra
 que castigar los ociosos.
 Yo muero.

LOPE.

Tus generosos
 padres, ya en paz, y ya en guerra,
 bastantemente has probado;
 pero yo, ¡triste de mí!,
 que me he de quedar aquí
 por pobre y por desdichado,
 conquie Muley Arambel
 fué mi abuelo melcochero,
 ¿qué humano remedio espero
 si me pasasen a Argel?

FÉLIX.

Pues, necio, si levantaron
 el testimonio a los dos,
 lo que yo, gracias a Dios,
 pruebo, por los dos probaron.

LOPE.

No tienes ya qué temer.
 Ya si este moro de España
 Azarque fuera, el de Ocaña;
 Zayde, el de Zocodover;
 Tarfe, el de Vivataubín;
 Albayaldos, el de Olías,
 tuvieran las dichas mías
 menos de bajeza, en fin;

FÉLIX.

¡pero Muley Arambel!...
 ¡Quedo, que Fulgencio es éste!

LOPE.

Hijo soy de un arcipreste
 muy católico y fiel.

(Sale FULGENCIO, viejo.)

FULGENCIO.

Perdonad si tan presto no he salido,
 en cartas y en papeles ocupado,
 don Félix, mi señor, si sois servido.

FÉLIX.

El señor seréis vos, y yo el criado.
 Vengo con la respuesta de Leonido,

(1) M: aora.

que me ha dicho que estáis determinado a honrarme en vuestra casa tan contento, que me ha de enloquecer mi pensamiento.

Dadme esas manos como a hijo vuestro.

FULGENCIO.

Señor don Félix, yo he ganado tanto, que si ahora en palabras no lo muestro, es porque no podré deciros cuánto.

Hoy se confirma el parentesco nuestro, y aun hoy puedo decir que me levanto al más alto lugar que la Fortuna pudiera darme en ocasión ninguna.

No he dado parte desto a doña Elena, si bien ha conocido que lo trato: con que ya de su primo está sin pena: que Amor es con los muertos siempre ingrato. Y pues del vuestro ya no vive ajena, venceré fácilmente su recato con pintar vuestros méritos, si puedo.

FÉLIX.

Para tantas mercedes, corto quedo.

En fin, señor, haremos escrituras luego que le digáis vuestro deseo.

FULGENCIO.

Puesto que las palabras son seguras siempre en las firmas, la firmeza creo.

FÉLIX.

Hoy pueden envidiarse mis venturas, pues en la posesión cierta que veo del bien que gozaré seguro y firme, yo voy, si lo mandáis, a prevenirme.

FULGENCIO.

El cielo os guarde y haga tan dichoso como deseo.

FÉLIX.

Vuestro mismo aumento le pedís en mi bien.

LOPE.

Ya que es forzoso, te doy el parabién del casamiento.

FÉLIX.

Lope, yo sé que ha sido un hecho honroso y digno de mi noble pensamiento.

LOPE.

Como no te arrepientas...

FÉLIX.

No lo creas.

LOPE.

Líbrete el cielo que a doña Ana veas.

(*Vase. Salga DOÑA ELENA y FULGENCIO.*)

ELENA. Aguardando a que se fuese don Félix, no entraba a hablarte.

FULGENCIO. Yo, Elena, quería buscarte.

Pero más cuidado es ése.

¿Quién duda que habrás oído esto que habemos tratado?

ELENA. Sospecho que me has casado.

FULGENCIO. ¿Sabes quién es tu marido?

ELENA. Si me culpas de que fui

cuidadosa en escuchar,

¿cómo lo puedo ignorar?

FULGENCIO. ¿Y podré decille si?

ELENA. Yo no sé qué me convenga

para mi remedio más

de aquello que tú me das.

FULGENCIO. ¿Quién hay que las partes tenga

deste ilustre caballero

de los de su calidad?

ELENA. ¿Y tiene ya libertad del casamiento primero?

FULGENCIO. Justamente aborreció

don Félix esta mujer.

ELENA. Celos debieron de ser.

FULGENCIO. Elena, lo que sé yo

es que él probó su nobleza

de hecho y notorio solar.

(*Sale MENDOZA, criado.*)

MENDOZA. A los dos vengo a buscar,

haciendo mi ligereza

de otro Mercurio los pies.

FULGENCIO. Sosiega un poco el aliento.

¿Son de tristeza, o contento?

MENDOZA. ¡Dame albricias!

ELENA. Di lo que es.

MENDOZA. De dos postas ya se apean

en la puerta del zaguán

un caballero galán,

en cuyo rostro se emplean

las galas famosamente,

y otros en forma de pajes,

en menos bizarros trajes,

y todos (1) lucida gente;

(1) *Ma: todo.*

mucha pluma, brava espuela,
dorada cadena y banda.
bota y calceta con randa,
lindos forros, todo es tela;
y, si no lo entendí mal,
viene diciendo, señor,
que es tu sobrino.

FULGENCIO. En rigor,
la nueva mudanza es tal;
mas de ver a mi sobrino,
que era muerto en mi opinión,
a tal tiempo y ocasión,
y cuando don Félix vino
a que palabra le diese
de darle a Elena, y la he dado.
puesto que estoy disculpado,
no te espantes que me pese;
pero ¿qué se puede hacer?

(*Salga INÉS, de camino y botas, espuelas y dos criados: CABRERA y RIBAS.*)

MENDOZA. Ya llega.

INÉS. Esos pies te pido.

FULGENCIO. ¡Seas, don Juan. bien venido!

INÉS. Pues os he llegado a ver,
tras tanta fortuna y mar,
bien os merezco ese nombre.

FULGENCIO. ¡Qué gallardo y gentilhombre!
Elena, llégale a hablar.

INÉS. ¿Es mi prima?

ELENA. ¡Primo mío!

¡Jesús, qué grande venís!

INÉS. Llego al cielo, bien decís.

¡Lindo talle!

MENDOZA. ¡Hermoso brío!

FULGENCIO. La pena de su venida
su presencia me ha quitado;
ya sea muy bien llegado,
aunque me cueste la vida.

Yo, hijo, como te vi
niño, no te conociera,
si en otro lugar te viera.

INÉS. Pues yo a vos, mi señor, sí;
aunque bien sé que os dejé
con menos canas.

FULGENCIO. La edad
vuela.

INÉS. Si digo verdad,
cuando mi padre se fué
no puse con tantas veras
en mi prima la memoria,
que saben poco de historia
nuestras edades primeras;

y así, por todo el camino
mil ideas fabriqué,
pero con ninguna hallé
donaire tan peregrino.
¡Está hermosa! Dios la guarde.
Muchos años la gocéis.

FULGENCIO. ¿Cómo venís?

INÉS. Ya lo veis.

FULGENCIO. ¡Que te viniese esta tarde
don Félix a persuadir!
¿Y mi hermano?

INÉS. Bueno queda.

FULGENCIO. ¿Cartas?

INÉS. ¿Quién habrá que pueda
criados viejos sufrir?

Con las ropas las dejaron.
en un baúl, en Sevilla.

FULGENCIO. Descuidos, no es maravilla.

INÉS. Mucho, señor, me enojaron.
porque quedaron allí
los regalos de mi prima:

cosas de valor y estima.

RIBAS. Esa culpa estuvo en ti.
porque queriendo tomar
la posta fuera imposible
traerlas.

CABRERA. Será posible
esta semana llegar,
porque al hombre prometí
buenas albricias.

INÉS. ¡Por Dios,
que hagáis, Gonzalo, los dos
diligencia!

CABRERA. Haráse así.

FULGENCIO. ¡Qué malas nuevas me dieron.
sobrino, de vos!

INÉS. Señor,
en las alas de mi amor
mis deseos me trujeron (1);
en gran peligro me vi.

ELENA. De unas naves extranjeras
nos contaron mil quimeras.

INÉS. Entre pichelingues di;
llegaron diciendo: "Amaina,
amaina, español"; mas luego
ni en los tiros quedó fuego,
ni espada quedó en la vaina;
hago de un cabo trinchea
en un punto, y desde allí
tiro, y vuelven sobre mí
balas que no habrá quien crea

(1) *Ma: traxeron.*

que me pudiese librar
sin milagro de otra suerte;
mas libróme de la muerte
una alteración del mar,
que nos dividió de modo
que, siendo en mitad del día,
agua y cielo parecía
que lo barajaba todo.

Bien saben esos criados
si cumplí la obligación
de tu sobrino.

FULGENCIO. Ellos son
de ti justamente honrados.

Quiero volver a abrazarte.
ELENA. Pues que mi primo ha venido,
que con don Félix ha sido
la razón de disculparte,
ve luego a buscalte, y di
que no se trate el concierto.

FULGENCIO. Que lo ha de sentir te advierto,
y se ha de quejar de mí.

Don Juan.

INÉS. Señor.

FULGENCIO. ¿Es sin duda
que te vienes a casar?

INÉS. Si enemigos en el mar,
si vientos en la Bermuda,
si deseos de tu aumento,
si ser tu sangre merece
mi prima, y lo que engrandece
tu hacienda mi casamiento,
y que es de mi padre el gusto,
¿cómo lo puedes dudar?

FULGENCIO. Ahora bien, yo voy a hablar
a don Félix.

ELENA. Eso es justo.

FULGENCIO. Apercibe, en tanto, Elena,
adonde tu primo esté.
Hijo, luego volveré.

(Vase.)

INÉS. Id, señor en hora buena.
¿Prima de mi corazón,
volvedme a abrazar! No creo
que en tanta gloria me veo.

ELENA. Pagáis mi justa afición,
que añadió después que os vi,
primo, ese talle y valor
a la sangre nuevo amor.

INÉS. ¿Soy vuestro marido?

ELENA. Sí.

INÉS. Pues ¿por qué me llamáis primo?

ELENA. Usase entre los señores,
y caen muy bien los amores
sobre un primo.

INÉS. Yo lo estimo;
mas, como no sé de corte,
y a ella vengo cual veís,
bien será que me enseñéis
lo que a serviros me importe.

Soy ignorante, en razón
de que aún las espuelas llevo;
esto acá se llama nuevo,
y en las Indias chapetón;
y así, os ruega mi rudeza
perdonéis.

ELENA. Confieso, Amor,
la fuerza de tu rigor.
¿Hay tal bien, hay tal belleza?

Amé a don Félix, y ahora
ya le aborrezco y desamo.

INÉS. Cayendo viene al reclamo
esta moscatel señora:
ya don Félix se tripula
jaque deste casamiento.

CABRERA. ¿Vamos bien?

INÉS. A mi contento.

CABRERA. Pues negocia y disimula.

(Sale HERNANDO.)

HERNANDO. El coche te aguarda ya,
si a la feria quieres ir.

ELENA. Más te quisiera decir
que le volvieras allá;
mas, por no ser descortés
con don Félix, vamos luego.

INÉS. Que me deis licencia os ruego,
si día de feria es,
que os las quiero dar.

ELENA. Por veros
ir en el coche conmigo,
las aceto (1).

HERNANDO. ¿Ce!, ¿a quién digo?

INÉS. Si se suele a los cocheros
dar ferias también, buen hombre,
al volver os las daré.

HERNANDO. No es eso, ¡por Dios!

INÉS. Pues ¿qué?

HERNANDO. Tocar, a ver si sois hombre.

INÉS. ¿Habéis bebido?

HERNANDO. Bebí;
pero por los ojos fué,

(1) M: *acepto*.

que no ha un hora que os hablé,
y como mujer os vi.

INÉS. Callad, que si aquí se entiende
vuestra falta, no querrán
ir con vos.

ELENA. ¿Venís, don Juan? [de.

INÉS. Voy, prima. [Ap.] (Todo me ofen-
¿Que viniese Hernando aquí
a traer el coche! ¡Ay, cielo!
Pero ¿de qué me recelo?
Ingenio ha de haber en mí
para salir bien de todo.)

HERNANDO. Sospecho que dice bien,
que lo que mis ojos ven
debe de ser de otro modo;
que no puede ser posible
que sea Inés, pues me habló
ahora en casa, y beber yo
no me parece imposible.
¿Pues mis ojos dónde están?
Pero más quiero entender
que he bebido que creer
que ésta es Inés y es don Juan.

(Vanse, y sale FULGENCIO y DON FÉLIX.)

FULGENCIO.

Bástame por castigo mi vergüenza.

FÉLIX.

De que vos la tengáis estoy corrido.

FULGENCIO.

Mi sobrino dijeron que era muerto;
mortales somos, túvelo por cierto:
los peligros del mar y los cosarios
me hicieron fácil la fingida nueva;
él llega (1) como veis, y a Elena pide;
desde las Indias por Elena viene,
pasando mil trabajos y fortunas,
que no repara en que a su padre deja;
que sus cien mil ducados no estimara
en lo que vuestro honor y entendimiento.

FÉLIX.

Yo os confieso, Fulgencio, que lo siento;
mas ¿qué se puede hacer, siendo tan justo?
Sólo os pido una cosa, por mi gusto:
que os sirváis de aquel coche, que no quiero
que ande de boda en boda, ya que ha sido
tan desdichado como fué el romano

por el caballo que llamó Seyano:
quizá que topa en él.

FULGENCIO.

¿Qué pareciera
que, siendo conocido, se sirviera
Elena dél?, creedme que lo estimo;
pero también le pesará a su primo.
Quedemos muy amigos, que os prometo
que os quiero como a hijo.

FÉLIX.

El nombre aceto,
y decid que me tenga esa señora
en lugar de su primo desde ahora,
pues su primo me quita el de marido.

FULGENCIO.

El trueco es justo, y vos tan cortesano
cuanto fué menester para el suceso,
que me ha llegado hasta perder el seso.
Quedad con Dios.

(Vase.)

FÉLIX.

El cielo os guarde. Creo
que éstos han conocido mi deseo;
que, ya que la venganza se resfría,
me pesara de ver a Elena mía,
que ya vuelve el amor de aquella ingrata,
y estoy más abrasado con su agravio;
pues replicar no quise al desconcierto,
que la dejé de su remedio falto,
como quien vuelve atrás para dar salto.

(Sale (1) LOPE.)

LOPE.

Si alguna vez me has dicho injustamente
que he tomado más vino de lo justo,
cosa que amigos y saludes pueden,
y alguno dió al beber esta disculpa,
ahora justamente, señor mío,
me lo puedes decir, con esas nuevas.

FÉLIX.

Si son de que se casa doña Elena
con su primo, que de Indias ha venido,
ni lo son para mí, ni tú has bebido.

LOPE.

Aunque serlo pudieran, son más graves.

(1) En las dos ediciones: *llegar*.

(1) *M: salga.*

FÉLIX.

¿De qué manera?

LOPE.

Andando por la feria
con otros seis de aquestos, ya me entiendes,
de quien murmuran siempre los caballos,
que, en fin, a sus espaldas van tosiendo...

FÉLIX.

¿Lacayos?

LOPE.

Si, señor; vi que en tu coche
iba la bella Elena con su primo.
Reparé en él, porque me dijo Hernando:
"Ese mozo es sobrino de Fulgencio",
y veo que es..., ¿dirélo?

FÉLIX.

¿Qué lo dudas?

LOPE.

Gila, la sayaguesa de doña Ana.

FÉLIX.

¡Qué bien se habrá bebido esta mañana!

LOPE.

¿No se lo dije yo? Pues, ¡vive el cielo,
que es Gila, o que es el diablo aquel mozuelo!

FÉLIX.

Anda, bárbaro, vete. Y cuando fuera
posible, que tal cosa ser pudiera,
¿había más de verla en cas de Urbano?

LOPE.

Pues ¿quién ha de ir allá?

FÉLIX.

Tú, Lope hermano.

LOPE.

Yo, señor, ¿a qué efeto?

FÉLIX.

A que me muero.
Verdad te digo, que es mi amor primero,
y todas estas locas valentías
han sido sólo entretener los días,
porque las noches todas a esa puerta
me ha visto el alba, cuando el Sol despierta.

LOPE.

Que te adora doña Ana, y que ese día
que le dijese yo que tú la quieres
me daría la ropa y la basquiña,
la toca, y aun los mismos alfileres:
eso es muy cierto, pero no querría
que dijese después que culpa tengo
y que fuí bachiller en ir a prisa;
que se han de ejecutar con mucho espacio
los pareceres de quien ama.

FÉLIX.

Lope,
si te dijere tal, ¡Dios me destruya!

LOPE.

Pues mira que ha de ser la culpa tuya.

FÉLIX.

Digo que es mía.

LOPE.

Voy.

FÉLIX.

Pues yo te espero.

LOPE.

¡Ya no hay Elena!

FÉLIX.

¡Por doña Ana muero!

(Vanse, y salen DOÑA ANA, y INÉS, en su hábito de villana.)

ANA. ¿Sin seso estoy, de escucharte!

INÉS. Pues todo ha pasado así.

ANA. Ya crédito quiero darte.

INÉS. Quinientos escudos di.

ANA. ¿De ferias?

INÉS. Para empeñarte

estos en la platería,
y aun le dije que esto hacía
con vergüenza, hasta llegar
mis joyas, que por la mar
todas las Indias traía.

ANA. ¿Qué les diste a los criados?

INÉS. Docientos, y di al cochero
ciento.

ANA. Gasta, bien me agradas,
que con oro comprar quiero
fortunas tan desdichadas.

INÉS. ¡Pues cuál queda la bobilla!
 ANA. ¿Enamorada?
 INÉS. ¡Hasta el alma!
 ANA. Por única maravilla,
 Gila, te han de dar la palma
 las montañas de Castilla.
 INÉS. Pues en el coche pasaron
 lindas cosas.
 ANA. ¿De qué modo?
 INÉS. Los pies, sin lenguas, hablaron:
 allá lo imagina todo.
 ANA. ¡Que esto los montes criaron!
 ¡No fueras hombre!
 INÉS. ¿Yo?
 ANA. Sí,
 que me perdiera por ti.
 INÉS. Ya no me faltaba más
 sino que tú, como estás,
 te enamoraras de mí.
 Paso por mil que me ven
 persecución desigual:
 pero es milagro también,
 que otros por quererías mal,
 y yo por quererme bien.
 ANA. En fin, ¿ya don Félix queda
 despedido, y tú casado?
 (Sale LOPE.)
 LOPE. ¿Habrá por donde entrar pueda
 un caballo descartado
 que vió gualdrapa de seda?
 INÉS. ¿Es Lope?
 LOPE. ¿Es Gila? Ahora digo
 que es peligroso beber
 salud de ningún amigo.
 (¡Qué notable parecer!
 De lo dicho me desdigo.)
 ANA. Lope, ¿es hora que nos veas?
 LOPE. El no saber castellano
 fué causa, si lo deseas,
 por no te hablar africano,
 para que vuelvas o creas
 que de Muley Arambel
 a esta parte no he podido
 venir tan presto de Argel.
 ANA. ¿Tu dueño andará perdido?
 LOPE. ¡Sí, por Dios! Y yo con él.
 ANA. ¿Cuándo fué la boda?
 LOPE. Anoche.
 ANA. Gila, ¿qué es esto?
 INÉS. Tú mientes
 que hoy iba Elena en un coche

con su primo.
 LOPE. ¿Que esto sientes?
 Pues sabe que todo es noche.
 Y ¿de qué sirve engañarte?
 Félix me manda que venga,
 como que no es de su parte,
 a que en vuestras bodas tenga
 otra vez industria el arte;
 yo soy hombre sin rodeos:
 hame mandado un vestido
 si te digo sus deseos
 sin que entiendas que ha tenido
 tu amor tan altos trofeos.
 ¡No lo entiendas, por tu vida!,
 y hágase este casamiento.
 ANA. Lope, estoy muy ofendida.
 LOPE. Pues sabe que es fingimiento.
 ANA. Pues, Lope, estoy muy perdida.
 LOPE. Entra, y escribe un papel;
 di que venga ese cuitado,
 que entre esa puerta cruel
 diez noches se le han pasado
 durmiendo sobre el broquel.
 ¡Ea! ¿Qué dudas?
 ANA. Ahora
 conozco lo que te debo,
 Gila amiga.
 LOPE. Ven, señora.
 ANA. ¡Qué nueva a mi padre llevo!
 Vamos.
 LOPE. [Don] (1) Félix te adora.

(Vanse.)

INÉS.

Yo he negociado desdichas,
 con mi ingenio mis pesares;
 de donde estaba el remedio,
 mayores peligros salen;
 o, como dijo muy bien,
 en ocasión semejante,
 aquel ilustre poeta
 en el ingenio y la sangre:
 Aquí verán mis males
 que en vano corre el que sin dicha nace.
 Nace de pequeña fuente
 el humilde Manzanares,
 llega el verano sediento,
 las secas arenas lame;
 tal yo, de humildes principios
 quise al cielo levantarme

(1) En las dos ediciones: *donde*.

de un caballero que tiene
los suyos tan desiguales,
porque vean mis males
que en vano corre el que sin dicha nace.

(Sale HERNANDO.)

HERNANDO. No he podido antes de ahora,
para poder informarme,
dejar el coche. ¡Ay!, ¿qué veo?
¿No estaba Inés con dos pajes
en la forma de su primo
de Elena? Puedo engañarme;
mas ¿cómo será que pueda
la Naturaleza errarse?
Mis enamorados ojos
estos tornasoles hacen,
que con frenesí de amor
sueña el alma disparates.
Inés, pues me trajo el cielo
a ocasión que pueda hablarte,
vuelve esos esquivos ojos.

INÉS. ¡Déjame, bestia, elefante,
rinoceronte, león, tigre!

HERNANDO. Oye...

INÉS. ¿Quieres que te mate?

HERNANDO. ¡Ojalá!

INÉS. ¡Déjame aquí!

HERNANDO. ¡Inés!

INÉS. Daré voces tales
que la casa se alborote.
Diré que fuerza me haces.

HERNANDO. No más, Inés; yo me voy;
mas mira que has de acordarte
cuando el cielo te castigue.

(Vase HERNANDO.)

INÉS. Ya me castiga, pues hace
que mi don Félix se case: [nace.
que en vano corre el que sin dicha

(Sale DON FÉLIX.)

FÉLIX. Gila, mi amor atropella
los agravios que tú sabes,
y porque estos testimonios
antes fueron para honrarme,
rendido como ves,
a vuestra casa me traen
para que tú y cuantos sirven
a doña Ana bella, a este ángel,
le pidan que me perdone.

INÉS. ¡Perro!, ¿qué dices? Ya es tarde

para escuchar tus injurias,
para sufrir tus maldades.
No soy Gila, que Inés soy,
la villana de Getafe.

¡Tus bodas voy a impedir!
¿Hay desdicha semejante?
¡Inés, Inés!

FÉLIX.

INÉS. ¿Qué me quieres?

FÉLIX. Pues yo no puedo casarme
contigo, yo te prometo
de hacer que luego te cases.
INÉS. ¿Con quién?

FÉLIX. Hernando el cochero,
es hombre de bien, y darte
quiero con él mil escudos.

INÉS. ¡Fuego del cielo te abrase!
¿Yo cochero? ¡Qué bien cumples
tus palabras desiguales!
¡Qué bien las obligaciones
en que te he puesto, tan grandes!
El coche me prometiste;
¿quién dirá que es engañarme
que, prometiéndome coche,
con el cochero me pagues?

FÉLIX. ¡Pues justicia habrá, don Félix!
Oye, Inés, que es disparate
tratar de justicia aquí;
no me estorbes que me case,
pues no es posible contigo.

INÉS. ¿Topa en el ser desiguales?

FÉLIX. En eso y en tu pobreza.

INÉS. ¿No sabes tú que es mi padre
hidalgo, aunque labrador?

FÉLIX. Es verdad.

INÉS. Pues, cuando trates
de dote, ¿quién te ha de dar
el dote que puedo darte?

FÉLIX. ¿Tú?

INÉS. Yo.

FÉLIX. ¿Cómo?

INÉS. ¿De cuarenta
mil ducados es bastante?

FÉLIX. ¿De cuarenta mil ducados?
¡Loca estás!

INÉS. Lleg a informarte
del sobrino de Fulgencio,
que viene de Indias, que trae
para mí dote.

FÉLIX. ¿De quién?

INÉS. De dos tíos, capitanes,
que tengo en Lima.

FÉLIX. ¿Quién son?

INÉS. Son hermanos de mi madre,

y don Juan trae el dinero.
Si yo quisiera engañarte,
no había de ser con cosas
que tienen prueba tan fácil.
Ves allí viene Fulgencio;
haz que vaya a preguntalle
a su sobrino si son
los cuarenta mil cabales.

FÉLIX. Con cuarenta mil escudos
muy bien puede perdonarse,
pues eres limpia, el jirón
que te ha dado el villanaje.
Si es verdad, soy tu marido.
INÉS. Pues con él quiero dejarte,
que yo sé que verdad digo.

(Vase.)

FÉLIX. No es posible que me engañe.
¡Vive Dios!, que si es así
que tan grande dote trae,
que el hombre más bien nacido
puede con ella casarse.

(Sale (1) FULGENCIO.)

FULGENCIO.

A darle cuenta de mis cosas vengo
a Urbano, que es mi amigo, y es muy justo.
Don Félix está aquí.

FÉLIX.

Que hablaros tengo.

FULGENCIO.

Huélgome que volváis con tanto gusto
al amistad de Urbano.

FÉLIX.

No estoy sano,
señor Fulgencio, bien de aquel disgusto.

No vengo, cual pensáis, a ver a Urbano,
ni menos a su hija; a vos os quiero.

FULGENCIO.

¿En qué os sirvo?

FÉLIX.

Sabed que al nuevo indiano,
a ese recién venido caballero,

le habéis de preguntar si trae de Lima
de cierto capitán algún dinero.

FULGENCIO.

¿Hay otra cosa?

FÉLIX.

No.

FULGENCIO.

Pues con su prima
debe de estar; si importa, iremos luego.

FÉLIX.

Importa cuanto la verdad se estima.

FULGENCIO.

Yo voy a hablalle.

(Vase.)

FÉLIX.

Aquesto sólo os ruego.
Si esto no es burla, es la mayor ventura
que ha sucedido por amante ciego.

(Vase, y sale DOÑA ANA, y URBANO, su padre.)

URBANO.

Digo que se haga luego la escritura.

LOPE.

Aquí está mi señor.

ANA.

Hablarle puedes.

URBANO.

Sí haré, pues de su amor estás segura.

ANA.

Era razón, porque también lo quedas.

URBANO.

Don Félix, cuanto ayer me vi corrido,
que no osaba salir destas paredes,
hoy me siento animoso, agradecido
a la merced que a nuestra casa has hecho.

FÉLIX.

A besaros las manos he venido.

(1) M: *salga*.

URBANO.

Ya estoy de vuestra sangre satisfecho;
y así, os doy a mi hija nuevamente.

FÉLIX.

Digna es, ¡por Dios!, de otro más noble pecho;
y así, en otro mejor, más justamente
la podéis emplear; yo estoy casado.

URBANO.

Hija, ¿qué es esto?

ANA.

¿Luego Lope miente?

LOPE.

¿Que le hablase, señor, no me has rogado,
y un vestido me dabas porque hiciese
mudar el casamiento concertado?

FÉLIX.

No era razón que un ángel se le diese
a un nieto de Zulema. El cielo os guarde.

ANA.

¡Que esta venganza entre los dos se hiciese!
¡Yo haré, alcahuete vil; yo haré, cobarde,
que te corten las piernas!

LOPE.

¡Vive el cielo,
que me engañó don Félix esta tarde,
y que no he de servirle!

URBANO.

¡Es buen consuelo
de mi vejez estas deshonras!

ANA.

Mira
que yo te hablé con limpio y puro celo,
y que los dos trazaron la mentira
para tomar venganza de su afrenta.

URBANO.

En paces quiero resolver la ira;
la virtud de don Pedro me contenta.
Yo no he de andar al paso de tu gusto.
¡loca, desvergonzada, vil exenta!
¡Con él te has de casar!

ANA.

Digo que es justo,
y que a don Pedro no merezco.

URBANO.

Acabo
con que no me has de dar otro disgusto,
que aun no mereces un infame esclavo.

ANA.

Tienes razón, no puedo responderte;
don Félix se vengó.

URBANO.

La industria alabo.

ANA.

La invidia ha sido causa de mi muerte.

(Salen FULGENCIO y ELENA.)

FULGENCIO. Fuí para contar a Urbano
mi buena suerte, y hallé
en su casa a Félix.

ELENA. Fué
quererse vengar en vano
de los agravios de Amor;
él quiere casarse aquí.

FULGENCIO. Pesóle de verme allí.

ELENA. Tengo por cierto, señor,
que con doña Ana se casa.

FULGENCIO. Yo me huelgo.

ELENA. Ello es sin duda,
que Amor los agravios muda
en más amor.

FULGENCIO. ¿Está en casa
mi sobrino y tu marido?

ELENA. Ahora de fuera viene.
¡Mira qué talle que tiene!

(Salga INÉS, de hombre.)

INÉS. ¡Fortuna, favor te pido
para este engaño segundo!

FULGENCIO. ¡Sobrino!

INÉS. ¡Señor!

ELENA. ¡Esposo!

INÉS. ¡Prima!

ELENA. ¿Cómo estáis?

INÉS. Celoso
de aquesta cifra del mundo.

ELENA. ¿Qué te parece Madrid,
ya que en velle te inquietas?
INÉS. Que lo que a las alcahuetas
le ha sucedido advertid:

que no ganan de comer
hasta haberlas azotado,

que habiéndolas afrentado
las han dado a conocer;
no menos Madrid ha sido,
pues el haberse aumentado
nace de haberse dejado,
porque sea más conocido.
¡Lindas calles!

FULGENCIO. Que te admires
es justo; casas de fama
se labran.

INÉS. Si el vulgo llama
ángeles los albañires,
de los que tiene, y muy bien,
Madrid se puede alabar,
pues que por todo el lugar
tantos ángeles se ven.

ELENA. ¡Por las damas lo dirás!

INÉS. ¿Celos? (1)

FULGENCIO. Así que dinero
traes de cierto caballero.

INÉS. Una encomienda no más,
mas es bizarra, a la fe:
son cuarenta mil ducados,
¡oh, son pesos ensayados!

FULGENCIO. ¿Para quién y para qué?

INÉS. Para un hidalgo bien pobre
de Getafe.

FULGENCIO. ¿Y quién, don Juan,
los envía?

INÉS. Un capitán;
aunque para dote sobre
con aquella calidad,
a esto vienen dirigidos.

FULGENCIO. Muchos hombres bien nacidos
cegará la cantidad.

(Sale (2) un CRIADO.)

CRIADO. Don Félix te busca.

FULGENCIO. A ti,
sobrino, sospecho yo.
Háblale.

INÉS. Tío, eso no;
que no es bien que me halle aquí.
¿A quien casarse intentó
con mi prima he de mirar?
Ni aun él con ella ha de hablar.
Dile que aseguro yo
los cuarenta mil ducados
para la Contratación,
y que le daré razón,

y cuando fueran doblados
si es él quien los ha de haber.

FULGENCIO. Ello fué verdad, en fin.

INÉS. Vamos, prima, a ese jardín.

ELENA. Soy tu prima y tu mujer.

(Vanse, y sale DON FÉLIX.)

FÉLIX. El cuidado me ha traído
a saber si fué verdad.

FULGENCIO. Toda aquella cantidad
confiesa haber recibido.
Queda en la Contratación,
y hame espantado saber
que es dote de una mujer
y de humilde condición,
cuyo padre es labrador
de Getafe.

FÉLIX. Así es verdad;
mas con limpia calidad
y muy hidalgo señor.
Hacedme placer que vea
a don Juan.

FULGENCIO. Fuera salió.

FÉLIX. Mas, pues ya estoy cierto yo
de que el dinero lo sea,
agravio os hago en negaros
que esta hacienda es para mí
y este dote.

FULGENCIO. ¿Cierto?

FÉLIX. Sí.

FULGENCIO. El parabién quiero daros
del dote y el casamiento.

FÉLIX. Y, pues ya lo habéis sabido,
por hoy vuestra casa os pido,
donde con mucho contento
me tengo de desposar,
porque seáis vos y Elena
mis padrinos.

FULGENCIO. Norabuena,
que es también asegurar
los celos de mi sobrino.
A hablarlos voy.

FÉLIX. ¿Quién casó
más altamente que yo?
¡De contento desatino!
Inés es limpia, ¡oh Fortuna!,
que la diferencia es
el llamalla doña Inés,
que no cuesta cosa alguna.
¿Quién pensara que por ella
me viniera tanto bien?

(1) Ma: celosos.

(2) M: salga.

(*Salen* (1) LOPE y HERNANDO.)

LOPE. Yo te abonaré también,
y estarás muy bien con ella.

HERNANDO. Llega, y dile que me dé
licencia.

LOPE. Hablarte querría
Hernando.

FÉLIX. Y hálleme (2) en día
que hasta el alma le daré.

HERNANDO. Pues si tan contento estás
pide a doña Ana, señor,
a Gila, a quien tengo amor.
Y si esta mujer me das,
como Lope me ha contado
que lo has tratado con ella,
yo te serviré por ella
mil años de esclavo herrado.

FÉLIX. Picaro, Gila no es
Gila; doña Inés se llama,
muy hidalga y noble dama.

HERNANDO. Ya sé que se llama Inés.

FÉLIX. Esa señora lo es mía,
y así se ha de obedecer
como mi propia mujer.

HERNANDO. Señor, yo no lo sabía.
Perdona.

FÉLIX. Págale luego
y despídele.

LOPE. Señor,
yo fui causa de su error.
Que le perdones te ruego;
que la tuvo en la opinión
que todos hemos estado.

FÉLIX. Pues con ella estoy casado.

HERNANDO. ¿Esto es verdad, o invención?

FÉLIX. Lope, en casa de doña Ana
lleva el coche sin hacer
ruido que dé a entender
lo que yo diré mañana,
y tráeme en casa de Elena
a doña Inés.

LOPE. Voy volando.
¿Irás Hernando?

FÉLIX. Vaya Hernando.

LOPE. Hernando, no tengas pena,
que éste es enredo.

HERNANDO. Yo sé
quién es Inés.

LOPE. Y yo, y todo.

FÉLIX. Yo voy para hacer de modo
que Inés prevenida esté.

Quedemos hoy desposados,
que es mejor mientras más presto,
pues se aseguran con esto
los cuarenta mil ducados.

(*Vanse, y salga* DOÑA ELENA y FULGENCIO.)

ELENA. Mucho me huelgo que traiga,
que estaba dello ignorante,
mi primo el dote a don Félix.

FULGENCIO. El goza el dote más grande
que hombre de su calidad.

ELENA. Debe de ser importante
para suplir en la novia
la humildad de su linaje,
y heme holgado con extremo
que en nuestra casa se case,
porque asegure mi primo
estos cecillos que trae.

FULGENCIO. ¿Dónde está don Juan?

ELENA. Ahora
ha salido a pasearse,
que lo trae loco Madrid,
tan lleno de novedades.

(*Sale un* CRIADO.)

CRIADO. Aquí está doña Ana.

ELENA. ¿Quién?

CRIADO. La hija de Urbano.

ELENA. ¿Sabe
que se casa ya don Félix?

CRIADO. Triste viene.

(*Sale* DOÑA ANA, con manto y ESCUDERO.)

ANA. No te espantes
que venga en esta ocasión,
doña Elena, a visitarte.

ELENA. En cualquiera honras, señora,
esta casa, y sin que hables
conozco a lo que has venido.

ANA. Sólo a ver un disparate;
que la novia de don Félix,
oye, por tu vida, aparte,
es mi criada.

ELENA. ¿Qué dices?
Invención será notable.

ANA. Tú verás en lo que para,
que me ha rogado que calle,
porque todo aqueste enredo
dice que es para vengarme,
y en extremo lo deseo.

(1) *M: salgan.*

(2) *Ma: hálleme.*

(Salen RAMÓN (1), URBANO y DON PEDRO.)

RAMÓN. Don Pedro viene, y tu padre.
 URBANO. Todos somos conocidos.
 FULGENCIO. No' os agradezco el honrarme.
 señores, pues es don Félix
 quien a aquesta casa os trae.
 DON PEDRO. Señor Fulgencio, el ser vuestra
 ha sido la mayor parte.
 URBANO. Y el desear que esta noche
 se hagan las amistades
 de don Pedro y de don Félix,
 para que también se trate
 otra boda que sabréis.
 FULGENCIO. Téngolo a dicha notable.

(Sale (2) LOPE.)

LOPE. Los novios piden licencia.
 FULGENCIO. Ellos la tienen.
 ANA. ¡Que engañe
 una ruda sayaguesa
 hombre que suele alabarse
 que en la corte no hay ingenio
 que con el suyo se iguale!
 Pues hoy le dará a don Pedro
 la mano para burlalle,
 por venganza de su agravio.
 ELENA. ¡Que en aquestas cosas falte
 mi primo!...
 FULGENCIO. Búsquenle luego.
 ELENA. ¡Hola! Vayan a llamarle.

(Sale DON FÉLIX y INÉS, de dama; HERNANDO y
 CRIADOS.)

FÉLIX. Muy agradecido estoy
 de que hayas venido a honrarme.
 FULGENCIO. Vos lo merecéis, don Félix.
 ANA. Buena viene.
 ELENA. Hermosa y grave.
 Pero dime, ¿aquesto es burla?
 ANA. ¡Y cómo!
 URBANO. Adelante pase
 mi señora doña Inés.
 ELENA. Antes que pase adelante,
 otra boda se ha de hacer
 que por la mano le gane.
 FULGENCIO. ¿De quién?
 ELENA. Del señor don Pedro,
 con licencia de mi padre.

(1) M: *salgan*; Ramón, sic. en las tres ediciones;
 es, seguramente, una errata por RAMÍREZ.

(2) M: *salga*.

URBANO. Así concertado viene.
 Dense las manos.
 FÉLIX. Vengarse
 debe de querer doña Ana,
 pero ya se venga tarde.
 Cumplió el cielo mi deseo.
 URBANO. Y el mío, como se abracen
 don Pedro y don Félix.
 DON PEDRO. Yo
 lo deseo.
 FÉLIX. El cielo os guarde.
 Y, pues ya será razón
 que de mis bodas se trate,
 sabed que aquesta señora
 no es Gila, que son disfraces
 con que su paciencia supo
 obligarme y conquistarme.
 Es hija de un hombre hidalgo
 de Getafe, a quien le trae
 don Juan cuarenta mil pesos
 de dote con que se case;
 dos años ha que con ella
 estoy casado; esto baste
 para saber que la debo
 obligaciones tan grandes.
 Así la mano le doy.
 INÉS. Mi paciencia fué bastante
 a conquistar tanto bien.
 HERNANDO. Y de fortunas iguales
 te da el parabién Hernando.
 INÉS. Hernando, quiero casarte
 con Julia, si mi señora
 doña Ana quiere.
 HERNANDO. Es honrarme.
 ANA. Yo gusto mucho, y le doy
 mil escudos. Mas no tardes
 tanto, Inés, en esta boda,
 que ya es bien que te declares.
 (Sale un CRIADO.)
 CRIADO. Dos acémilas, señor,
 con reposteros, plumajes,
 un papagayo, una mona
 y otras cosas semejantes
 llegan de Sevilla ahora.
 FÉLIX. Yo apostaré que me traen
 los cuarenta mil ducados.
 CRIADO. Esta carta me dió un paje.
 FULGENCIO. Muestra a ver. Don Juan se firma.
 ELENA. ¿Don Juan?
 INÉS. Aquí se deshace
 todo mi enredo.

FULGENCIO. Así dice.
INÉS. Bien puedo ya declararme.

[(Lee FULGENCIO.)]

“Por haber llegado de la mar indispuerto, no partí con la brevedad que deseo y fuera justo. Quedo en Sevilla, y a fin deste seré en Madrid. Esa es mi ropa, y algunos regalos para mi prima.—*Don Juan.*”

FULGENCIO. ¿Qué es esto? ¿Cómo en Sevilla don Juan?

ANA. Porque no te canses quiero yo decir lo que es.

FULGENCIO. ¡Por Dios, que me desengañes!

ANA. Es que en forma de sobrino tuyo, ha venido a engañarte la señora doña Inés, que don Félix, arrogante, por codicia del dinero, con demostraciones tales se ha desposado con ella; que ha sido engaño notable.

FULGENCIO. Descúbrete.

ELENA. Estoy corrida.
¡Que pudiese enamorarme una mujer desta suerte!

FÉLIX. ¡Inés!

INÉS. Don Félix.

FULGENCIO. Ya es tarde

para enojaros, don Félix.
FÉLIX. ¿Desta suerte me engañaste, traidora Inés? ¡Vive el cielo, corrido estoy!

INÉS. Que repares no en el dote, en la virtud con que he sabido ganarte es discreción, pues ya es hecho.
FÉLIX. ¡Buen consejo!

ANA. Ya el tomarle es el último remedio.

LOPE. Señor.

FÉLIX. ¿Qué hay, Lope?

LOPE. Ya sabes

que te he servido diez años, y que es razón que me pagues. Líbrame algún dinerillo en Sevilla, de mis gajes, para la Contratación, por no aguardar a que saques los cuarenta mil ducados.

FÉLIX. Dejemos burlas aparte, que yo he sido muy dichoso en que mi fortuna hallase mujer de tan raro ingenio, de tal hermosura y talle.

LOPE. Pues háganse las tres bodas.

HERNANDO. Y cuatro conmigo.

INÉS. Acabe con ellas, senado ilustre.
La villana de Getafe.

FREY LOPE DE VEGA CARPIO

DON ANTONIO.
DON PEDRO, *su padre*.
JULIO, *criado*.
LEÓN, *criado*.
DOÑA ANA, *hermana de*
DON ANTONIO.
FRANCISCO, *negro*.
ANTÓN, *negro*.
TIZNADO, *negro*.
SALUSCIA, *vieja*.

UN ESCUDERO.
MAURICIO.
POZCAYA.
UN ARRÁEZ.
EL CAPITÁN VALDIVIA.
DOÑA LEONOR, *su mujer*.
DON JUAN.
FINARDO, *caballero*.
EL DUQUE DE ALBA.

DOROTEA, *esclava*.
UNA NEGRA.
LOPE, *lacayo*.
MIRABEL, *músico*.
HERNANDO.
HORACIO.
RAMOS.
UN ALGUACIL.
EL ASISTENTE (1).

(Salen DON ANTONIO vestido de juego de caños, y LOPE, lacayo, de librea.)

ANTONIO. ¡ Buenas suertes !
LOPE. Tuyas son.
ANTONIO. Ser primeras maravilla (2).
LOPE. Hoy has dejado a Sevilla (3)
 en eterna admiración.
 Conozca el rey los vasallos
 que tiene en Andalucía.
ANTONIO. ¡ Brava fiesta !
LOPE. ¡ Bizarría !
ANTONIO. ¿ Quién pasea los caballos ?
LOPE. Hernandillo y Antoñuelo.
ANTONIO. Haz, por tu vida, llamar (4)
 quien me venga a desnudar.
LOPE. Mil años te guarde el cielo.

que hoy quisiera que llevaras
toda una negra por higa;
mas diérate gran fatiga
si al cuello te la colgaras;
aunque una dama sospecho,
y morena de color
(pues los que tienen amor (5)
llevan su dama en el pecho),
era la mejor de todas,
aquí, para entre los dos (6).
ANTONIO. ; Buen azabache. por Dios (7),
a mis galas acomodas!
Toma esa caña en barato
del donaire de la higa.

(Dale la caña.) (8)

LOPE. Pues ¿qué quieres que te diga,
si eres a ti mismo ingrato,
pues hoy no pagas al cielo
la belleza que te dió?

ANTONIO. ¿Estoy muy galán?

LOPE. ¿Pues no?

(1) *V: Hablan en ella las personas siguientes: Don Antonio galán / Doña Ana su hermitana / D. Pedro su padre / Anton negro / Francisco negro / El Capitán Baldinúa / Doña Leonor su mujer / D. Juan galán / Tiznado negro / Vna negra y Leon criado / El Duque de Alua / D. Fernando caballero / Lope lacayo / Dorotea esclava / Iulio criado.*

(2) *V*: Es primera maravilla.

(3) *V: Siuilla*. Ocorre diversas veces.

(4) *V*: *Has Lope aprisa llamar.*

(5) *V*: que es las que tienen amor.

(6) *V: yo le xos vi, sic.*

(7) *V*: Por Dios que eché buenos cabos.

(8) Falta en M .

ANTONIO. Calla, Lope, que recelo (9)
que me pides la librea.

LOPE. No te debes de engañar:
pedir y lisonjear,
de cualquier suerte que sea.
una misma cosa son.

ANTONIO. ¿Qué dirán de nuestras fiestas,
si es que se ha llegado en éstas
a la mayor perfección,
los señores castellanos
que con el rey han venido?

LOPE. Que las libreas han sido
de príncipes sevillanos (10).

ANTONIO. ¡Bestia! ¿Qué tienen que ver
las manos y las libreas?

LOPE. Tú divertirme deseas
de lo que yo he menester,
y yo traigo a la memoria
lo que quiero que me des.

ANTONIO. De eso tratemos después.
que es como el fin de la historia,
que aun (11) agora estoy vestido,
y no has andado tan bien
que es justo que te la den.

LOPE. Pues ¿qué lacayo ha tenido
tan espantoso tesón (12)
en el lado de su amo?
¡Ves aquí por qué desamo
tu enfadosa condición!
¿Entraste al toro jamás,
que no le diese, a tu lado,
dos cuchilladas?

ANTONIO. Ni osado
mirarle.

LOPE. ¡Gracioso estás!
Cuando te hirieron el bayo,
¿no di al toro tantas coces,
que el mismo rey dijo a voces:
“¿De quién es (13) aquel lacayo?”,
y el Duque de Alba le dijo:
“Del hijo de un caballero,
mi huésped”. “Pues verle quiero”,
dijo el rey, “porque es buen hijo,
y me agrada el verle dar
pantufrazos a los toros”,
y el Duque dijo: “Entre moros
le he visto yo pelear,
y es el mozo como un rayo”?

ANTONIO. ¿Tú has bebido?

LOPE. Y tú con nieve (14);
cuando hace lo que debe
un valeroso lacayo,
tanta alabanza merece
como el amo.

(Dentro.) (15)

¡Guarda, el toro!

ANTONIO. Avisa, Lope, a ese [moro] (16).
que el ruido me parece
de toro que se soltó;
no le mate algún caballo.

LOPE. ¿Cómo tengo de avisallo?

ANTONIO. ¿Ves cómo te digo yo
que eres un gallina?

LOPE. Advierte
que entra en el patio de casa.

ANTONIO. ¡Bestia, por la calle pasa!

(Dentro.)

¡Guarda, el toro!

LOPE. Haré una suerte.

(Vase. Entre DOÑA LEONOR, con manto, huyendo.) (17)

LEONOR. ¡Favorecedme, señores!

ANTONIO. ¡Señora mía! ¿Qué es esto?

LEONOR. ¡Abrid esa cuadra presto!

ANTONIO. No marchitéis tantas flores
como el cielo puso en vos,
que si el toro entrare aquí
no os hará mal junto a mí.

LEONOR. ¡Poneos delante, por Dios!

ANTONIO. Ya le espero con la espada;
mas con tal ángel detrás,
vos a mí me guardáis más
que de mí seréis guardada.
No viene; mas ya recelo
por lo que debe de ser,
si le es posible saber
que me hace espaldas el cielo.
Por verle diera un tesoro,
aunque no acierto a guardaros,
pues por volver a miraros
no veo si viene el toro.

(9) V: Callalo, porque rezelo.

(10) V: sinillanos.

(11) V: que aunque.

(12) V: rexon.

(13) V: cuyo es.

(14) M: Y tu conuene.

(15) V: Dentro mucha grita de guarda el toro.

(16) En las dos ediciones: moço.

(17) V: Vase Lope, y entra doña Leonor con manto, huyendo del toro. con los chapines en las manos.

(Estando así, entra el CAPITÁN VALDIVIA, la espada desnuda.)

VALDIVIA. ¿Entró una mujer aquí?

ANTONIO. ¿Por qué lo queréis saber?

VALDIVIA. Porque es mi propia mujer.

ANTONIO. Pues defendella (18) por mí, que yo con esto he cumplido.

VALDIVIA. Y ella lo pudo excusar; que bien se pudiera (19) estar al lado de su marido.

LEONOR. Si veo un toro furioso por una calle venir, ¿he de esperar, o he de huir?

(Sale LOPE.)

LOPE. ¡Vive Dios que era famoso, y que le pegué al pasar una gentil cuchillada! ¡Mira cuál traigo la espada!

ANTONIO. Bien la puedes envainar.

LOPE. Porque no se entrara el toro, que, por ti, pena me dió.

ANTONIO. Antes el toro se entró de una mujer como un oro. Sube a mi hermana, y dirás que me envíe colación.

LOPE. Voy.
(Vase.)

LEONOR. De vuestra condición, ¿qué se puede decir más? ¿Qué obligación me ha de dar fuerzas para resistir, siendo en la mujer huir como en el hombre esperar?

Con la espada es un villano el hombre que viene huyendo, mas no la mujer corriendo los chapines en la mano.

VALDIVIA. Cuando me matara a mí pudiérais vos temer, no de mi lado correr y para entraros aquí.

LEONOR. ¿Por qué me hicistes bajar tan presto de la ventana?

(Salen LOPE y dos pajes, LEÓN, y JULIO, con una sal-villa de agua, paños de manos y colación.) (20)

LOPE. A esta dama, que tu hermana

(18) V: defendella.

(19) V: podía.

(20) V: Entra Lope y dos pajes, Leon y Julio, con una salvilla de aguamanos, y paños, y colación, y un barro con agua.

vió descolorida entrar, envía un búcaro de agua y unos confites de azahar.

VALDIVIA. ¿Qué bien que sabes trazar; qué bien que tu ingenio fragua un embuste, una quimera!

LEONOR. ¿Dirás que el toro fingí para que me entrase aquí?

LOPE. También dijo que os dijera que subáis, señora, allá, y en su estrado descanséis.

ANTONIO. Muy bien, señora, podéis, que sola mi hermana está.

LEONOR. Yo la besara las manos a no ser tarde.

ANTONIO. No importa; coche hay en casa.

VALDIVIA. (Ap.) Reporta. estos cumplimientos vanos, que aunque es gente principal no quiero sus amistades.

LEONOR. Siempre tú me persuades a cosas que me están mal.

¿Hame de comer a mí un caballero vestido de juego de cañas?

VALDIVIA. ¿Pido cosa injusta, Leonor?

LEONOR. Sí.

VALDIVIA. Pues haz lo que tú quisieres.

ANTONIO. ¿No tomáis la colación?

LEONOR. El agua, sí; que es razón ser medrosas las mujeres; y querría sosegar la sangre.

ANTONIO. Decir podría que no lo queda la mía.

VALDIVIA. ¿Más que te quieres quedar en esta casa esta noche?

LEONOR. Ya me voy, que estoy helada.

ANTONIO. Si el esperar no os enfada, ya vendrá, señora, el coche; que está mi padre en la fiesta.

VALDIVIA. Yo os lo agradezco, señor; basta el pasado favor.

ANTONIO. Mi casa, señor, es ésta, si aquí me queréis mandar, en ella os debo servir (21).

VALDIVIA. De aquí no habéis de salir.

ANTONIO. Yo os tengo de acompañar. ¡Hola! ¡Una capa!

(21) M: Dice esto verso Valdivia.

VALDIVIA. ¡Eso no!

ANTONIO. Mucha merced recibiera.

VALDIVIA. Haráos mal desa manera.

(*Vanse marido y mujer.*) (22)

LOPE. ¿Fuése?

ANTONIO. [¡El alma me llevó!] (23)

LOPE. Amargo estaba de ver
que habías de enamorarte.

ANTONIO. ¡Pasóme de parte a parte!

LOPE. Tal suele el principio ser
de las comedias, señor.
Luego verás que el galán
se enamora, y que le dan
en hora y media favor.

ANTONIO. No me espanto yo que allá
en breve tiempo suceda
para que escribirse pueda,
pues aquí viéndose está,
no la fábula y mentira;
¿qué más breves pueden ser
que lo que acabas de ver?

LOPE. Muévesme a risa y a ira;
a risa, de ver cuán presto
te enamoras cada día;
a ira, de la osadía
con que a decirlo te (24) has puesto.

ANTONIO. Dame ese barro, León;
beberé para este fuego;
tú, Lope, síguela luego (25),
que me lleva el corazón.

LOPE. ¿Que la siga?

ANTONIO. Y te prometo
la librea.

LOPE. Voy volando.

ANTONIO. ¡Ay, que me quedo abrasando!

LOPE. Dile entre tanto un soneto.

(*Vase.*)

ANTONIO. ¿Sabes, Julio, tú por dónde
puso aquel ángel la boca?

JULIO. Todo el barro en torno toca,
pues ya la señal se esconde;
que con eso acertarás.

(*Toma el barro.*) (26)

ANTONIO. Aquí pienso que sería.

(22) *V: Vase el Capitan y doña Leonor su muger.*

(23) *En las dos ediciones: Y el alma me lleva.*

(24) *V: me.*

(25) *V: tu la puedes seguir luego.*

(26) *M: Falta esta acotación.*

¡Ay, boca dichosa mía,
en qué puro cielo estás!

A las reliquias que en distancia poca
dejó la boca de mayor dulzura
pondré, abrasada, la que ya procura
saber si en esta tierra el cielo toca.

Alma, de amores de aquel ángel, loca;
ya lo mortal (27) del cuerpo os asegura
el barro que tiñó su grana pura,
presa en las perlas de su dulce boca.

Amor, ya que te doy laurel y palma,
¡oh, si mi boca aqueste barro fuera,
y el agua el alma que me deja en calma,
porque mis labios en los suyos viera,
y ella, en el agua, me bebiera el alma;
que si fuego me dió, fuego le diera!

(*Beba con el barro.*) (28)

LEÓN. ¿De cuántos años de amor
dijeras más?

ANTONIO. Yo'he bebido
gustoso; mas no he sentido
templanza.

JULIO. Advierte, señor,
que viene tu padre ya.

ANTONIO. Julio, este barro me guarda
como a los ojos. Ya tarda
Lope.

LEÓN. Ya, señor, vendrá.
No te fatigues tan presto
por una mujer casada.

ANTONIO. Conozco (29) el alma turbada;
en tanto temor me ha puesto,
que aquí no valdrá decoro (30).

LEÓN. El oro es lindo alcahuete.

ANTONIO. Pero buen fin me promete
amor que comienza en toro.

(*Vanse. Salgan caballeros con acompañamiento, Don
PEDRO, viejo, padre de Don ANTONIO, y el DU-
QUE DE ALBA.*)

PEDRO.

Parecerán a Vucelencia fiestas
de caballeros mozos.

DUQUE.

Por mi vida
que nunca yo las vi mejores que éstas,

(27) *V: ya el amor tal.*

(28) *M: Falta esta acotación.*

(29) *V: con esso.*

(30) *V: que aquí no baldran fauores.*

ni escuadra en Alemania más lucida.
Las damas, por extremo bien compuestas,
y dama (31) toda la ciudad vestida
de arcos triunfales, de lucidos versos (32)
y de mil jeroglíficos diversos.

Esa Puerta Real, y el lienzo todo
que hasta la de Triana corre el muro.
está adornado por gallardo modo (33).

PEDRO.

El sol que entró lo deja todo oscuro.

DUQUE.

Antes la luz del César le acomodo
para bañarla en resplandor tan puro.
¡Qué bien llena de dones, cualquier villa,
se mira del contorno de Sevilla!

Gandul, Cazalla y Alanís le ofrecen
pan regalado y vino generoso
con las demás aldeas que enriquecen
de sustento a Sevilla.

PEDRO.

Era famoso
el pintor que las hizo.

DUQUE.

Bien merecen
ser ninfas deste río caudaloso,
pues su belleza en forma están pintadas (34)
de frutas y de olivas coronadas.

De espacio miró el rey y todos vimos
este vistoso lienzo, y la elegancia
de los versos.

PEDRO.

De espigas y racimos
fertiliza su copia la abundancia.
Hoy a Su Majestad la fiesta hicimos
que nos ha parecido de importancia.

DUQUE.

El presente le diera maravilla
a no ser de las manos de Sevilla.

PEDRO.

Desde que la ganó Fernando el Santo
no ha tenido, señor, más alegría.

(31) *V: y de damasco.*

(32) *V: de oros, de discreciones y de versos.*

(33) *V: Falta este verso.*

(34) *V: pues creó (sic, en vez de creó) su belleza en formas tan pintadas.*

DUQUE.

El juego de hoy nos ha causado espanto.
Don Antonio ha mostrado valentía.

PEDRO.

No merece, señor, que le honréis tanto.
Mas ya esta casa es vuestra, que no es mía,
que pues un Duque de Alba posa en ella,
ya no es mucho que salgan rayos della.

DUQUE.

Mañana quiero que beséis las manos
los dos al rey, que ya le tengo hablado
para el hábito.

PEDRO.

¡Cielos soberanos,
aumentad la salud, vida y estado
deste Alejandro, que húngaros, germanos
y flamencos, en mar, en tierra (35) armado
llaman Marte español.

DUQUE.

El cielo os guarde,
y perdonad, que volveremos tarde.

(*Vase.*) (36)

PEDRO.

Cuando no hubiera tenido
mi casa más honra que ésta,
queda en la más alta puesta,
y en el más noble apellido.

Toledo la honra, y puedo
decir para (37) maravilla
que no es casa de Sevilla,
sino casa de Toledo.

Ya mis armas quito della;
éstas tengo en cualquier parte;
mas ya es la esfera de Marte
si está el Duque de Alba en ella;
que es tan valiente (38) español,
que no de Dafne imprudente (39),
mas (40) del laurel de su frente
está enamorado el Sol.

(*Sale DON ANTONIO, ya desnudo (41), y JULIO con él.*)

ANTONIO.

¿El Duque ha venido ya?

(35) *V: en mar y tierra.*

(36) *V: Vase el Duque y todo el acompañamiento, y queda don Pedro solo.*

(37) *V: dezir para mayor.*

(38) *V: gallardo.*

(39) *V: tan discreto y tan valiente.*

(40) *V: que.*

(41) *V: Sale don Antonio vestido de negro.*

JULIO. Tu padre vino con él;
mas dice don Manüel
que a palacio volverá.

PEDRO. ¿Es Antonio?

ANTONIO. Sí, señor.

PEDRO. Ven acá; dame esos brazos
con los más tiernos abrazos
que puede (42) darte mi amor.
Hay has honrado mi casa.
Hoy has andado muy hombre.

ANTONIO. Quien lo estaba de tu nombre
a ningún extremo pasa;
mas basta tu aprobación
para que yo esté contento.

PEDRO. De mí es tenerla del viento,
por mi forzosa afición (43);
mas bien lo puedes estar:
del Duque de Alba la tienes.
Galán fuiste y galán vienes;
Dios te me deje gozar.
No estuviera más contento
cuando hoy te viera casado.
A Sevilla has admirado.

ANTONIO. Amor te obliga.

PEDRO. Esto siento.
¡Qué lindas suertes hiciste,
y qué gentil cuchillada
que al toro de la lanzada
por el cerviguillo diste!
Ahora bien, esto es de padre.
Dios te guarde.

ANTONIO. Y de mi vida
ponga en la tuya.

PEDRO. ¡Qué herida!
¡Ah, si hoy (44) te viera tu madre!
Oye, que, con el contento,
de lo mejor me olvidé:
el Duque de Alba, a quien dé
el cielo inmortal aumento,
me dice que al rey habló,
y que el hábito tendrás.

ANTONIO. ¡Para que le sirva más!

PEDRO. ¡Qué tengo que (45) esperar yo,
sino morirme ese día?
Antonio.

ANTONIO. Señor.

PEDRO. Desde hoy (46),

más que bien contigo estoy.
ANTONIO. Tu vida es, señor, la mía.

(Vase DON PEDRO.)

Tarda Lope, y camina mi deseo,
que es como el tiempo, que callando pasa;
mucho tarda en saber sólo una casa (47),
si no es que de ir al cielo fué rodeo.

En la ribera de la mar me veo
puesto. ¡Qué playa tan desierta y rasa!
El agua temo, y el amor me abrasa.
¿Qué haré sin Norte, que pasar deseo?
¿En qué tardan, peón, tus pasos viles
para saber la casa de una dama?
Mas ¿guárdanla caballos, hay arfiles?
¡Qué mal se entabla el juego de quien ama;
que en no siendo las tretas muy sutiles
la vida cuesta el mate (48) de la fama!

(Sale LOPE.)

LOPE. ¡Válgate Dios, por mujer
y por celoso del diablo!

ANTONIO. ¿Perdióse?

LOPE. En este vocablo
lo puedes echar de ver.

ANTONIO. ¡Maldígate Dios, borracho!
¿Qué habías de hacer, sino eso?

LOPE. ¿Parécete mucho exceso?

ANTONIO. ¡Yo tengo gentil despacho!
¡Muerto soy!

LOPE. ¿Quién te mató?

ANTONIO. Tu descuido.

LOPE. No lo ha sido,
porque la casa he sabido.

ANTONIO. Buen Lope, ¿es muy lejos?

LOPE. No;
pero ¿topa tu remedio
en ser cerca?

ANTONIO. Sí, también,
porque si se acerca el bien,
también se acerca el remedio.
¿Es casa grande?

LOPE. Bien cabe
en ella tu pensamiento,
aunque es encerrar (49) el viento.

ANTONIO. ¡Basta, que este necio sabe
al paraíso en el suelo!

LOPE. La vía láctea (50) fuí

(42) V: pueda.

(43) M: aflicción.

(44) V: Falta hoy.

(45) V: que tengo de.

(46) V: Antonio—mi señor—Oy..

(47) M: sola una cosa.

(48) V: la vida cuesta el alma.

(49) V: aunque sin serrar.

(50) V: la vía, la estrella.

siguiendo hasta que la vi
entrar...

ANTONIO. Di presto ¿en el cielo?

LOPE. ¿Soy amante yo, que tengo
licencia para locuras?

ANTONIO. ¿Hay escaleras?

LOPE. Y oscuras (51).

ANTONIO. ¿Patio grande?

LOPE. Luego vengo.

ANTONIO. ¿Búrlaste?

LOPE. En efeto, viene
a llamarse...

ANTONIO. ¿Qué?

LOPE. Leonor.

ANTONIO. Los ecos tiene de amor.
León por principio tiene (52).
Pero el dulce fin alivia
el principio riguroso.

LOPE. Ese habrá de ser su esposo.

ANTONIO. ¿Quién?

LOPE. El Capitán Valdivia.

ANTONIO. ¿Que soldado es su marido? (53)

LOPE. Pienso que el hombre es indiano.

ANTONIO. Mi remedio está en tu mano.

LOPE. ¡Nunca yo hubiera nacido!

ANTONIO. ¿Puede dejar de tener
criadas?

LOPE. ¿Qué, enamorarme?

ANTONIO. Eso puede remediarme,
y el irla esta noche a ver.

Guíame, Lope, que adoro
este ángel.

LOPE. Negociarás,
si en plato de plata das (54)
ciertos corazones de oro.

ANTONIO. Ya tócase en eso, Lope.
que a venderme estoy dispuesto.

LOPE. A lo menos topa en esto
que más de un marido tope.

(Vanse. Sale Doña LEONOR, y DOROTEA, esclavilla.)

DOROTEA. ¿En efeto, no te holgaste?

LEONOR. Holguéme, holgué, Dorotea;
pero no hay gusto que sea
sin tragedia y sin contraste.
Traíame el Capitán
de la mano, al tiempo cuando

viene el vulgo voces dando:
“¡Guarda, el toro!”, y tantas dan,
que, en soltándome la mía,
para moverla a la espada,
me entré, perdida y turbada
en una casa que había
en la calle principal,
donde estaba un caballero
mozo acaso, cuadrillero
del juego.

DOROTEA. ¿Hay suceso igual?

LEONOR. Sus (55) caballos paseaban,
y él desnudarse quería.
Como que el toro venía,
gritos en la calle daban.
Púsome detrás de sí,
y esperó con la (56) espada;
mas fué diversa la entrada:
que entró el Capitán allí.

Pesóle de verme puesta
al reparo de un mancebo.

DOROTEA. No es para sus celos nuevo.
Mas ¿qué le diste en respuesta?

LEONOR. Que el miedo la culpa tuvo;
mas él con gran desatino,
me riñó todo el camino,
y, muy enojado, estuvo
diciéndome que había muerto
indios, cocodrilos, fieras (57)
en las playas y riberas
del nuevo mar descubierto,
y que supiera mejor
de un torillo defenderme.

DOROTEA. Hablan celos, y amor duerme;
pero nunca duerme Amor.

LEONOR. Lo que del mozo sentí
es que, de verme admirado,
más que yo estaba turbado:
yo del toro, y él de mí.

DOROTEA. ¿Tenía buen talle?

LEONOR. Estaba
en traje que parecía
bien contenta (58) bazarria,
y esto pienso que le daba
al Capitán más enojos,
porque en la plaza esta tarde.
lo bueno, ¡así Dios me guarde!,
puso en su talle los ojos.

(51) V: oscuras.

(52) V: Leonor por princio (sic) tiene.

(53) V: Que es soldado su marido?

(54) V: sin platos de platadas.

(55) V: scis.

(56) V: su.

(57) V: ocho cocodrilos fieros.

(58) V: bien con mucha.

DOROTEA. No sé qué sienta de ti;
pero quieres bien tu esposo.

LEONOR. Quiérole, y aun es forzoso,
por lo que me importa a mí.
Es Valdivia principal,
es honrado caballero;
con justa razón le quiero
y le debo ser leal,
sin otras causas contrarias
a mi honor.

(Sale VALDIVIA, DON JUAN y FINARDO, amigos.) (59)

VALDIVIA. No me canséis (60).

FINARDO. ¿Pues es bien que os acostéis
en noche de luminarias?

VALDIVIA. Por hoy me basta la fiesta;
los dos os podéis holgar.

JUAN. Si no vais, no hay qué tratar.

VALDIVIA. Quedito; Leonor es ésta.

LEONOR. No hay quedito; que ya oí
que las fiestas vais a ver.

VALDIVIA. Con tu licencia ha de ser,
porque no saldré de aquí
menos que con gusto tuyo.

LEONOR. Con amigos tan leales,
seguros y principales,
el mío, Valdivia, es tuyo.
Vete a holgar, y vuelve presto.

VALDIVIA. Tus manos beso, mi bien,
por besártelas también
de veras más que por esto.
Ponte en aquease balcón,
verás algo de la fiesta.

LEONOR. Sin verte, no (61); sola ésta
es fiesta de mi afición.

VALDIVIA. Dios te guarde.

LEONOR. Para ti.

VALDIVIA. ¿Veis aquí dónde ya voy?

JUAN. Huélgome, a fe de quien soy.

VALDIVIA. Más por los dos que por mí.
¿Dónde iremos?

FINARDO. A la calle
de las Armas lo primero.

(Vanse los tres, y quedan DOROTEA, y LEONOR.)

DOROTEA. ¿En efeto, el caballero

(59) V: Sale el Capitan Baldiuvia, y don Juan, y don Fernando sus amigos. Cambia el personaje FINARDO, de M, en DON FERNANDO.

(60) V: No me conocéis?

(61) V: Sin verte veo.

tenía extremado talle?

LEONOR. ¿Agora te acuerdas de eso?

DOROTEA. ¿Quiéresme hacer un placer,
aunque te ha de parecer
para tu recato, exceso?

LEONOR. ¿Cómo?

DOROTEA. Que, sin que lo sientan
ni criados ni criadas,
vamos a ver disfrazadas
lo que de las fiestas cuentan;
que el Capitán no vendrá
más de dos horas después.

LEONOR. ¿Estás loca?

DOROTEA. ¿Y esto es
locura?

LEONOR. ¡Déjame ya,
que me sacas de juicio!

DOROTEA. ¿No te has de holgar como todas?

LEONOR. ¿Fueron prisión estas bodas?

LEONOR. Con el vino hablas de vicio.
Vete en buen hora, mulata;
no despiertes a quien duerme.

DOROTEA. Esta merced has de hacerme.

LEONOR. Si algún cuidado te mata,
toma el rebocíño tú,
y vete a ver esas luces.

DOROTEA. Señora...

LEONOR. ¡Haréme mil cruces!

¿Yo disfrazada? ¡Jesús!

DOROTEA. Pues ¿hante (62) de conocer?

LEONOR. Calla, que estás embobada.

LEONOR. ¡Déjame, perra!

DOROTEA. ¡Que en nada
sepas jamás ser mujer!

LEONOR. Pues ¿podría yo salir
y volver sin conocerme?

DOROTEA. ¿Pues no?

LEONOR. No sabré atreverme.

DOROTEA. Solamente puedes ir
hasta el cabo de la calle,
y luego te volverás.

LEONOR. Hasta la calle no más,
¡y aun plegue a Dios que lo calle!

DOROTEA. Sí hará, que eres tú su espejo.

LEONOR. Dame otra ropa peor,
y ven; que no hubiera error,
si no hubiera mal consejo.

(Vanse. Salen DOÑA ANA, hermana de DON ANTONIO,
y un ESCUDERO.)

ANA. Aunque atrevimiento ha sido

(62) V: pues antes.

a una mujer de mi estado,
la noche ocasión me ha dado (63).
 ESCUDERO. Justa disculpa has tenido,
que no ha quedado en Sevilla
dama que por calles varias
no vaya a sus luminarias.
 ANA. ¡Qué hermosa ha estado la orilla
del Betis, con las que han puesto
tantas naves extranjeras!
 ESCUDERO. No le han visto sus riberas
tan adornado y compuesto.
 ANA. Parece que las estrellas,
que las (64) ondas retrataban,
como en compctencia andaban,
deseando ser más bellas:
otro cielo parecía
el agua, y otra ciudad
las naves.
 ESCUDERO. Su claridad
a la del cielo excedía,
y el hallarse las galeras
en esta ocasión también
lo fué para que más bien
pareciesen (65) sus riberas.
 ANA. ¡Notable es la confusión
de la gente!
 ESCUDERO. Es tan notable,
que no hay lengua que no se ha-
todas diferentes son. [ble (66):
¡Hoy sí que ha sido Sevilla
Babilonia!
 ANA. Gente viene.

(Salen VALDIVIA, DON JUAN, y FINARDO.)

VALDIVIA. El río, lo mejor tiene.
 JUAN. Ganóla al muro la orilla.
 FINARDO. ¡Brava dama!
 VALDIVIA. Si licencia
puede aquesta noche dar
de hablar honesto, y hablar
como en la misma prescncia
de padre, hermano o marido,
vuesa merced no se enoje
de que un requiebro le arrojc.
 ANA. Venga, y venga comedido;
aunque, si digo verdad,
¿cómo ya lo puede ser,
si es necesidad?

VALDIVIA. Con mujer
todo ha de ser necesidad;
pero ya la he dicho yo,
¿cuándo dicen que es forzosa?
 ANA. Cuando un hombre se desposa.
 VALDIVIA. Estoy por decir que no;
¡oh, pesia la libertad,
que se pierde y no se gana!
 ANA. Paréceme que mañana
me diréis la necesidad.
 VALDIVIA. No estoy tan mal enseñado
a requiebros que os la diga. [ga?
 ESCUDERO. ¿Qué es lo que a escuchar te obli-
 ANA. No más de haber comenzado.
Reniega tú de mujer
que una palabra escuchó.
 VALDIVIA. ¡Vive Dios, que me obligó
su extremado parecer!;
y que, a no tener temor
de ofender mi Leonor bella,
hablara un rato con ella
desto que llaman amor.
¡Pesia tal! Pues sois mancebos,
¿por qué no la requebráis?
 JUAN. Porque donde vos estáis
somos estudiantes nuevos.
 VALDIVIA. Señora, si un capitán
entre bárbaros criado,
de verter su sangre honrado
por los reyes que aquí están,
os puede servir con oro
que ayer estaba en la mina,
o con la plata más fina
del antártico tesoro,
mandadme, sin que penséis (67)
que perderéis vuestro honor.
 ANA. Yo os lo agradezco, señor,
que lo que sois parecéis;
pero mi (68) necesidad
no se extiende a vuestra plata.
porque pienso yo que trata
cosas de más calidad;
la noche, las luces della,
las fiestas, la encamisada
me sacó de mi posada,
mas no a quedarme sin ella.
Voy (69), con licencia...
 VALDIVIA. ¿De quién?
 ANA. Del reloj.

(63) V: Falta este verso y los dos anteriores.

(64) M: *quales*.

(65) V: *guarneciesscn*.

(66) V: *que se hable*.

(67) V: *mandad, desid, no penseis*.

(68) V: *pero si*.

(69) M: *voime*.

VALDIVIA. ¿Luego soy yo?
ANA. No por cierto, que vos no,
que habláis cortesano y bien,
y con vos me detuviera,
si fuéades castellano,
que probar mi ingenio humano
con los divinos quisiera;
quizá por esto salí,
y he sido tan desdichada
que me vuelvo a mi posada
sin que se acuerden de mí.

VALDIVIA. Caballeros han venido
con el rey harto gallardos,
mas no son sayales pardos
los que habréis visto y oído;
en verdad que hablan también
en esta lengua que hablamos.

ANA. Siempre novedad buscamos.

VALDIVIA. Tenéis buen gusto, hacéis bien.

ANA. Ya me voy.

VALDIVIA. Y yo con vos,
que sola a peligro vais.

ANA. Con el término obligáis.

VALDIVIA. ¿Irán más?

ANA. Vengan los dos.

JUAN. Bien podéis creer, señora,
que con los tres vais segura.

VALDIVIA. ¡No he visto tanta hermosura!

FINARDO. ¿Y Leonor?

VALDIVIA. Perdone agora.

(Vanse. Salen con grande grito negros, y negras con
adufes, guitarras y sonajas, cantando los dos.
Cantan:)

Aquisá que no saperiro (70),
aquisá.

Aquisá señol Cupilo.,
aquisá, aquisá. (71)

TIZNADO. ¡Voto Andioso (72) verrarero,
que sa Sinvilla la reina
de cuantas civilidades (73)
turolo mundo rodea! (74)
¡Mal años para Madrillos,
para Curdoba (75) e Tuledas,
Valadulid en Castillas (76),
y en Capalonas, Valencias. (77)

(70) V: se ha periro.

(71) V: aquí ça todas las veces.

(72) V: a Dios.

(73) V: scuivilidades.

(74) V: toro lo mundo rodeas.

(75) V: Corduba.

(76) V: Castilia.

(77) V: y en Capalona Valensia.

¿No mira tú cuánta nave,
cuánto del barco y galera
cubrimo Guadalquivir
de mil luminarias yena? (78)
¿No mira (79) como Triana
satura yena de hoguera,
que parece que a Sinviya (80)
queremo mear pajuela?
¿No mira Antón lo castio (81)
donde lo siñolo (82) quema
a beyacos luteranos?
ANTÓN. ¡Vivan Dios, que manlegra! (83)
¡Agora, putan judío
que está en la Castiya, tiembra
de vel el fogo que hacemo
que para sun culo piensa!
¡Beyaco nunca han quemado!
¡Ah, cabeza de bayeta!,
que creemo a pie juntiya
cuanto mandamo la Iglesia.
Toca, toca guitarrita,
Francisquiyo de Tejera,
que ha venido el rey Filipo.
¡Alegramo, nenglo y nengla! (84)

(Salen Doña LEONOR, y DON ANTONIO tras ella.)

ANTONIO. Pues vais sola, mi señora,
¿en qué os ofende quien llega
a defenderos no más?

LEONOR. No quiero vuestra defensa;
perdióseme (85) cierta esclava,
pero bien sabré sin ella
ir a mi casa, que ha días
que falto de la maestra. (86)

(78) V: lenas.

(79) M: mera.

(80) V: que a te via.

(81) M: tatiyo.

(82) V: donde lo sinó lo.

(83) V: Viuan Dios que me asegra.

(84) V: agarran puto Iudio
que hasta la custiya tiembra
de ver el fogo que hazimo
que para su culo pinsa (sic)
beyaco nuncuan quemado
a cabeça de boyera
que enc emouzi (sic) juntixa
quanto mandamo la Iglesia.
Toca, toca gitarrilla
Francisquio de Tercera
que ha venido el rey Filipo
alegramo neglo y negla.

(85) V: perdióse mi.

(86) M: maesa.

ANTONIO. ¡Ay, luz de mis ciegos ojos!
Ya mariposas que vuelan
a abrasarse en esas luces:
vos sois, vos, mi bien, aquella
que hoy entró huyendo del toro
en mi casa. ¡Ay, Dios!, si fuera
tan solamente en mi casa.

LEONOR. ¿Pues dónde?

ANTONIO. ¡En mi alma!

LEONOR. Tenga,
tégase vuesa merced,
que a quien tanto honor profesa
como yo, no es cosa justa
decille palabras tiernas.
¿Ya no vió la calidad
de mi marido?

FRANCISCO. ¡Hola, nengla! (87)
¿A qué aguarda, que non baila?

(Tocan y bailan.)

NEGRA. A que toca la pandera.
CANTAN: Aquisá que no saperiro,
aquisá,
aquisá señol Cupilo,
aquisá, aquisá;
aquisá como entre flore.

TODOS. Aquisá.

NEGRA. Aquisá dormido amore.

TODOS. Aquisá.

NEGRA. Aquisá dentro en Siviya.

TODOS. Aquisá.

NEGRA. Aquisá quien mata y mira.

TODOS. Aquisá.

NEGRA. En la porta de Triana.

TODOS. Aquisá.

NEGRA. Aquisá quien mata y sana.

TODOS. Aquisá.

NEGRA. La nengla como una flore. (88)

TODOS. Aquisá.

NEGRA. Que non si pone colore. (89)

TODOS. Aquisá.

NEGRA. La cara tiene di plata. (90)

TODOS. Aquisá.

NEGRA. Aunque calza paragata. (91)

TODOS. Aquisá.

NEGRA. Dama pone solimane.

TODOS. Aquisá.

NEGRA. No la quiere lo galane.
TODOS. Aquisá.
NEGRA. Negla tiene fresicura.
TODOS. Aquisá.
NEGRA. No así male que aunque cura. (92)
TODOS. Aquisá.
NEGRA. Aquiso que no saperiro.
TODOS. Aquisá.
NEGRA. Aquisá señol Cupililo (93),
aquisá, aquisá.

ANTONIO. Parece que más atenta
estáis a un baile, en efeto,
de bárbaros que a mis quejas (94),
tiernos y dulces requiebros.
Mirad, señora, que haber
permitido el alto cielo
que a mi casa y a mis brazos
os entráades huyendo,
es para que no dudéis
de que ha sido (95) su concierto
el que me obliga a adoraros,
el que me fuerza a quereros.

LEONOR. No digáis eso, señor,
que no es posible que el cielo
concierte (96) las voluntades
para tan malos deseos.
Casada soy, ¿qué queréis?
Voluntad ya no la tengo,
de mi marido soy toda.
A estar por casar, yo creo (97)
que me obligara ese talle.
Más digo de lo que quiero,
por lo que me importunáis.

ANTONIO. Señora mía, bien veo
que os canso y que os importuno;
mas ¿qué he de hacer, si me mue-
[ro?

LEONOR. ¿En dos horas? ¡Brava cosa!

ANTONIO. ¡En dos horas, y aun en menos!
¿En un instante no mata
un rayo a un hombre, pues vemos
que le tiene hecho ceniza
antes de acabarse el trueno?
Pues ¿por qué, si del amor
es más que rayo (98) el incendio,
no me ha podido abrasar?

(92) V: no ase mali aunque cura.

(93) V: Cupido.

(94) V: Falta este verso.

(95) V: de que si de.

(96) V: concierto a.

(97) V: que a no serlo yo os ofrezco.

(98) V: es mas que el rayo.

(87) V: negla.

(88) V: la negla comuna flore.

(89) V: que no si poni colore.

(90) V: de prata.

(91) V: alparagata.

FRANCISCO. Canta, negla.
 NEGRA. Toca, negro.
 Aquisá lo rey Filipo.
 TODOS. Aquisá.
 NEGRA. Démosle cazione flito.
 TODOS. Aquisá.
 NEGRA. Y su camarón con lima.
 TODOS. Aquisá.
 NEGRA. Guisemos casolan prima.
 TODOS. Aquisá.
 NEGRA. Y su cervina con haba.
 TODOS. Aquisá.
 NEGRA. Lo duque de Almadraba.
 TODOS. Aquisá.
 NEGRA. Lo fresco atune envialla.
 TODOS. Aquisá.
 NEGRA. Y para por la mañana.
 TODOS. Aquisá.
 NEGRA. Hacemo unan poleada.
 TODOS. Aquisá.
 NEGRA. Y piñone cada día.
 TODOS. Aquisá.
 NEGRA. De la culunfuturía.
 TODOS. Aquisá.
 NEGRA. [Aquisá, señol Cupilo.]
 TODOS. [Aquisá.]
 NEGRA. Aquisá que no saperiro.
 TODOS. Aquisá, aquisá. (99)

(Salen VALDIVIA, DON JUAN, y FINARDO.)

VALDIVIA. ¡Bizarra mujer, por Dios!
 JUAN. ¡Es de lo bueno de España!
 FINARDO. ¿Que ésta es hija de don Pedro?
 JUAN. Y de don Antonio hermana;
 darála su padre en dote
 treinta mil escudos.
 VALDIVIA. Basta
 para llevar esa cruz
 que del matrimonio llaman.
 JUAN. Vos os podéis ya quedar (100).

(99) V: Dicen así estos versos:
*Aquí ça lo re Filipo.
 Demosle cazione flito.
 Y su camalon con lima.
 Y su corbina con ama.
 Lo duque del almadrana.
 Lo fresco antune embialla.
 Y para por la mallana.
 Hazemo una polea.
 Y piñone cada dia.
 De la colun que e quelido.
 Aquí ça señor Cupido.
 Aquí ça que no sa periro.*

(100) V: y vos ya os podeis quedar.

LEONOR. pues llegáis (101) a vuestra casa.
 ¡Ay, señor, que el Capitán
 es éste!
 ANTONIO. ¡Extraña desgracia!
 VALDIVIA. ¡Quedo! ¿No es Leonor aquélla,
 con un rebociño? ¡Para,
 para! ¿Qué es esto, Leonor?
 LEONOR. Desde la ventana estaba
 mirando este negro baile;
 cayóseme una arracada,
 llamé, no me respondieron:
 bajé a la puerta a buscalla.
 hanla cogido estos negros,
 y es canalla tan bellaca
 que no me la quieren dar.
 VALDIVIA. ¡Ah, negros, los de la danza!
 ¿Qué es del diamante que aquí
 se le cayó a aquella dama,
 en una arracada de oro?
 FRANCISCO. ¿Qué diamante, o qué diamanta?
 VALDIVIA. ¡El arracada les digo!
 NEGRA. ¿Arracala, sinora horala?
 ¿E esamos (102) puyas?
 JUAN. ¡Ah, negros,
 venga luego el arracada,
 o la danza de panderos
 se les volverá de espadas!
 ANTONIO. ¿Qué hago, que no me voy?
 VALDIVIA. Entrate, Leonor, en casa,
 que bien excusar pudieras
 bajar de noche a buscarla. (103)
 LEONOR. Por no te dar pesadumbre.
 VALDIVIA. Más en esto me la dabas.
 ¿Qué hacía aquel hombre aquí?
 LEONOR. Cuando yo bajé, pasaba. (104)
 VALDIVIA. Entrate ya.
 LEONOR. No te enojés.
 VALDIVIA. ¡Ea, negros! ¿En qué tardan?
 FRANCISCO. Si a lo neglo o a la negla
 algún biyaco o biyaca
 dice que samos ladrones,
 ni habemos visto arrancalas.
 ¡Voto al hijo de mi abuelo,
 que mente como tacaña! (105)

(101) V: pues llegais ya.

(102) V: escamos.

(103) V: buscalla.

(104) V: quando passó yo baxaua.

(105) V: algun biaco o biaca
 dice que somos ladrones
 no auemos visto arracadas
 voto al hijo de mi aguebo
 que mente como tacaño.

FINARDO. ¡Sacude!

JUAN. ¡Córtale un brazo!

TIZNADO. ¡Para esamputa branca,
que no hablara desansorte (106)
si trujéramo sipalas!

VALDIVIA. ¡Dejaldos (107), por vida mía!,
que otra cosa más pesada
me da pesadumbre aquí.

JUAN. Si es el de la pluma y capa,
yo le echaré (108) de la calle.

VALDIVIA. Esta noche es reservada,
por confusa; no es razón,
que acaso otra cosa aguarda.
yo me entro a acostar.

JUAN. Adiós.

VALDIVIA. El mismo con los dos vaya. (109)

JUAN. ¿Queréis que le conozcamos?

FINARDO. Si a quien le tocaba calla,
¿quién os mete en eso a vos?
Venid, que hoy la feria es franca.

(Vanse.) (110)

ANTONIO. ¡Ah cielos, en qué me vi!
¡Qué tristes principios daba
a la historia de mi amor,
si aquella industria no halla
un ingenio de mujer!

(Sale LOPE.)

LOPE. ¿Quién va?

ANTONIO. ¿Quién es?

LOPE. Quien no acaba
de conocer que eres loco.
¿Qué haces en aquesta (111) casa?
¿Qué quieres en esta puerta?
qué pides a esta ventana?
¿Hoy no viste esta mujer? (112)

ANTONIO. Sí, Lope.

LOPE. Pues ¿qué te matas?
¿Quieres que esta noche sea
tuya, viendo que la guarda
el propio honor, que a las luces
vence diamantes, montañas,
mares, alcabuces, picas,
pertrechos, fuegos y espadas?

(106) V: para essan putan branca
que nos abrara desa sorte.

(107) V: dexadlos.

(108) V: yo le echo.

(109) V: El mismo vaya con vos.

(110) V: Vanse todos y queda d. Antonio y Lope.

(111) M: esta.

(112) V: oy no vistes tu muger.

ANTONIO. Ido me hubiera, ¡por Dios!
Mas, ¡ay!, que sola, sin guar-
[das (113).
sin peligros y sin manto (114),
en la calle de las Armas
la hallé luego que te fuiste,
y me oyó tiernas palabras;
vine a su casa con ella.
y cuando en la (115) puerta estaba
vino el marido, y me vió.
¿Hubo industria?

LOPE.

ANTONIO. ¡Y qué gallarda!

Dijo que bajado había
a buscar una arracada
que estando viendo unos negros
con panderos y sonajas
se le cayó de la oreja.
LOPE. ¿Qué mucho, si te escuchaba?
Las arracadas, señor,
se hicieron para ser guardas
de los oídos, que es puerta
que llaman torno del alma;
que no pienses que se hicieron
de diamantes por más gala,
mas porque fuesen más duras.

ANTONIO. Mira, buen Lope (116), si hablan;
mira si el hombre la riñe.

LOPE. Quien ama mujer casada,
nunca la escuche de noche.
Vamos de aquí.

ANTONIO. ¿Por qué causa?

LOPE. Porque pensará que riñen,
y oirá tan dulces palabras
que le pese, como a todos
los que escuchan y se engañan.
ANTONIO. Aun eso quisiera oír.
LOPE. Un discreto confesaba
tres cosas.

ANTONIO. ¿Y cuáles son?

LOPE. No burlarse con espadas,
no ver comer a señor,
ni escuchar dos que se aman.

ACTO SEGUNDO

(Salen DOÑA LEONOR, y DOROTEA.)

DOROTEA. Más fiestas se han publicado.
LEONOR. No lo serán para mí,

(113) V: guarda.

(114) M: montes.

(115) V: y quando a su.

(116) V: mira buelue por si.

que desde que a verlas fuí,
tantos disgustos me han dado.

DOROTEA. Mientras Felipe Segundo,
su grandeza y majestad
ocupe (117) esta gran ciudad,
puerta del mar y del mundo,
no las dejará de haber. (118)

LEONOR. A sus fiestas y a sus lumbres
igualan (119) mis pesadumbres,
y así (120) no las pienso ver.
Quien tiene dicha las vea.

DOROTEA. ¿Desto te entristeces?

LEONOR. Sí,
que desde que te perdí
me he perdido, Dorotea.

DOROTEA. ¿Qué dices?

LEONOR. Que el Capitán
me mata a celos.

DOROTEA. ¿De quién?

LEONOR. De los aires que me ven
y el aliento que me dan.
¡Mira qué culpa he tenido
de que un caballero loco
pase, teniéndole en poco,
por esta calle atrevido!

DOROTEA. ¿Luego tiene celos dél?

LEONOR. Conmigo no se declara,
mas bien sé yo dónde para
todo el enojo cruel;
que cuando un cuerdo marido.
como el Capitán lo es,
pierde el compás de los pies
y habla con otro sentido;
cuando en la cama suspira
y en la mesa está pensando,
con el cuchillo tocando
en los manteles que (121) mira
cabizbajo y mal contento,
o son celos, o no hay gusto.

DOROTEA. Cualquiera enojo y (122) disgusto
será de ese pensamiento,
porque mi señor te adora.

LEONOR. ¿Qué he (123) hecho a aqueste mo-
que contra la ley del cielo [zuelo
me sirve y me quiere agora?
Yo soy casada, y soy noble;

(117) *V: ocupa.*
(118) *V: hazer.*
(119) *V: iguala en.*
(120) *V: assi.*
(121) *V: en los manteles y.*
(122) *V: cualquiera enojo a.*
(123) *V: Que a.*

será dar pasos atrás,
que mientras me siga más
pienso resistirme al doble.
¿No ve que puede costalle
la vida?

DOROTEA. Los pocos años
le disculpan.

LEONOR. Son engaños;
porque si él pasa mi calle,
en el caballo de día,
y la noche arrodelado;
si atrevido y deslenguado
requiebra mi celosía,
cansaráse el Capitán
y costarále la vida.

(Sale HERNANDO, esclavo.)

HERNANDO. Una mujer atrevida,
pienso que destas que van
acompañando en Sevilla,
o sea dueña alquilada,
te quiere ver, porfiada.

LEONOR. Entre, que no es maravilla;
y tú, Hernando (124), entra a
[avisarme
luego que Valdivia venga.

HERNANDO. ¡A fe que ella te entretenga!

LEONOR. Vendrá a pedirme y cansarme. (125)

(Sale SALUSCIA, con manto, y sombrero.)

SALUSCIA. Dios aumente tu hermosura,
y esos años dos mil años.

LEONOR. (Estas todas son engaños.)

SALUSCIA. ¡Qué limpieza, qué frescura!

¡Bendiga tu casa el cielo!

Mas ¿cómo no lo será,
si en ella una esclava está
que es la limpieza del suelo?

¡Por la mi fe, Dorotea,
que a la reina servir puedes!
¿Qué escritorio a estas paredes
igual a su taracea? (126)

¡Qué ladrillos como grana,
y qué lustre de azulejos!
¡Parecen unos espejos!

DOROTEA. (La dueñaza (127) es trujamana.)

LEONOR. Siéntese, madre, y dirá
a lo que viene.

(124) *M: y tu hermano.*
(125) *V: cantarme.*
(126) *V: tu ataracea.*
(127) *V: esta dueña.*

SALUSCIA. ¡Qué boca
de grana! El cristal de roca
venciendo en el alma está.
Poco ganaré yo aquí
con mis polvillos de dientes.

LEONOR. Ya te digo que te sientes.

SALUSCIA. Siéntate tú junto a mí;
esto del cansancio es tacha
de nuestra edad enfadosa.
¡Válgate Dios, y qué hermosa! (128)
¡Bendígate Dios, muchacha!
¡Jesús, qué lustre y qué tez! (129)
¿Qué te pones?

LEONOR. Madre, el río
me afeita.

SALUSCIA. Un resplandor mío
creo que te di una vez.
Ya no me conocerás:
pasa el tiempo, ¡mal pecado!
A fe que es tu padre honrado
que me conociera más.
¡Lo que has crecido! Ayer ibas
con la (130) almohadilla...

(Hace que llora.) (131)

LEONOR. No llore.

DOROTEA. Todo es vino.

SALUSCIA. ¡Dios mejore...!

DOROTEA. Las viñas y las olivas.

SALUSCIA. ¡La bellacona mulata,
cómo se ríe de mí!

DOROTEA. ¿Yo, madre?

SALUSCIA. ¡Que no la vi!
¿Y no se acuerda la ingrata
de aquel ungüento (132) famoso
que la sarna le quitó?
Pues ¡a fe que lo hice yo!

DOROTEA. ¿Ungüento? ¡Cuento donoso!
Mire, madre, que sería
para ser bruja.

SALUSCIA. ¡No llegues
a mis años, porque niegues! (133)

LEONOR. Diga presto, madre mía,
lo que quiere, porque temo
que no venga mi marido.

SALUSCIA. Aquí una pobre ha parido.
que lo es, hija, con extremo;

(128) V: *Iesus y como eres hermosa.*(129) V: *Valgame Dios y que tez.*(130) V: *con el.*

(131) M: Falta esta acotación.

(132) M: *unguente*; V: *inguyente.*(133) V: *a mis manos; porque nieguas.*

tiene padrino, y querría
que tú lo fueses con él.

LEONOR. Habla al Capitán, que dé
pende la libertad mía.
¿Qué traes aquí? (134)

SALUSCIA. No sé,
como eso tendrás acá...
Esto de comer me da,
como ya la edad se fué...
El gran Turco viene aquí,
en extremo preparado
y en mil aguas destilado.

LEONOR. Nunca tan claro le (135) vi.

SALUSCIA. Aqueste se ha de poner
encima de la color.

LEONOR. ¿Nueva invención?

SALUSCIA. La mejor.

LEONOR. ¡Mil cosas tienes que ver!

SALUSCIA. Estos papelillos son
secretos para mil cosas,
que somos siempre achacosas.

DOROTEA. ¿Hay, madre, algún diaquilón
que quite el color mulato?

SALUSCIA. ¡Fueras tú la que debías,
que te pusiera en dos días
la cara como un retrato!;
mas dime, hija, ¿no irás
al bateo? (136)

LEONOR. Pues ¿quién es
el caballero?

SALUSCIA. Después
sus calidades sabrás,
que es el más lindo mancebo,
más hermoso y bien hablado,
más limpio y más estimado;
porque es, finalmente, el cebo
adonde pican agora
las damas desta ciudad,
aunque cierta voluntad
le tiene enfermillo agora (137):
anda descoloridillo
y sin gusto, de un desdén:
quiere y no le quieren bien.

LEONOR. Pues mucho me maravillo
que, si es tan lindo, no sea
querido quien lo es de todas.

SALUSCIA. Ha topado el pobre en bodas;
mas yo pienso que pasea

(134) V: *que traes aí?*(135) V: *lo.*(136) V: *al batigo.*(137) V: *le tiene enfermo, señora.*

por esta calle mil veces.
 LEONOR. ¿Es su nombre?
 SALUSCIA. Don Antonio.
 DOROTEA. ¡Oh, vieja!, al mismo demonio
 en los embustes pareces.
 LEONOR. Miremos el (138) azafate;
 deja, madre, de hablar desto.
 SALUSCIA. ¡Descolorida te has puesto! [te?
 ¿No quieres que dél te (139) tra-
 LEONOR. ¿Qué hay en este papelillo?
 SALUSCIA. La oración de Santa Marta.
 LEONOR. ¿Y esto qué es?
 SALUSCIA. Es cierta carta
 de aquel descoloridillo.
 Toma, y mira lo que aquí
 te (140) dice aquel desdichado,
 que queda desesperado,
 muerto de amores por ti.

(Levántase.) (141)

LEONOR. ¡Vieja, o demonio, quisiera,
 como el (142) papel, mil pedazos
 hacerte entre aquestos brazos!
 ¡Sal de aquí, sal presto fuera;
 sal, que si saco un cuchillo
 del estuche!...

DOROTEA. A mí me deja,
 que yo cortaré a la vieja
 de la boca el colodrillo.

(Dale con el cuchillo.) (143)

SALUSCIA. ¡Hija, piedad! ¡Ay de mí!

(Vase.)

LEONOR. ¿Herístela?
 DOROTEA. A tu servicio.
 LEONOR. ¡Por tu vida!...
 DOROTEA. Un beneficio
 de oreja a oreja le di.
 Pero a fe que me ha pesado
 que hayas rasgado el papel.
 LEONOR. Aquí están las partes dél.
 DOROTEA. Y las del dueño engañado,
 te pudiera decir yo.

LEONOR. ¿Quieres que te dé yo a ti
 lo que tú a la vieja?
 DOROTEA. Sí;
 pero que te enojés, no;
 pasaba yo la otra tarde
 por casa deste (144) galán,
 y un lacayo a lo truhán,
 entre discreto y cobarde,
 con tal ansia me llamó (145),
 que, en fin, arriba subí,
 donde ese mozuelo vi.

LEONOR. ¡El demonio te engañó!
 DOROTEA. En una cama acostado,
 bordada de fina tela (146),
 con valona o arandela,
 el rostrico perfilado;
 una almilla de color
 de nácar, de oro bordada;
 la cabeza en la almohada,
 todo enfermito de amor;
 los puños de la camisa
 levantados para dar
 muñecas de blanco azahar...

LEONOR. Calla, que mueves (147) a risa.

DOROTEA. Los bigotes muy alzados,
 montante a la cabecera,
 y una jacerina y cuera;
 bravos retratos colgados,
 mucho olor, escritoritos
 con mil curiosos juguetes
 entre muchos ramilletes...

LEONOR. Harásme reír a gritos.

DOROTEA. Háblome tierno, y habló
 en tu amor (148) de tal manera
 que una piedra enterneciera;
 lloró, en efeto.

LEONOR. ¿Lloró?

DOROTEA. Yo te juro que le vi
 los ojos, no te alborotes,
 dar perlas a los bigotes.

LEONOR. ¿Por mí?

DOROTEA. ¡No, sino por mí!

LEONOR. Si se te hiciere (149) camino,
 Dorotea, le dirás
 a ese necio...

DOROTEA. ¡Bien!

LEONOR. Que más

(138) V: miremos al.

(139) M: Falta te.

(140) V: Falta te en este verso, y que en el si-
 guiente.

(141) V: Toma el papel, rompelo y leuantanse.

(142) V: como al.

(143) M: Falta esta acotación y la siguiente.

(144) V: por casa de esse.

(145) M: y con tal labia me habló.

(146) V: de damasco y verde tela.

(147) V: calla que me mueue.

(148) V: en tu honor.

(149) V: si te haze.

no siga tal desatino,
y que es mal hecho inquietar
a mujeres como yo.

DOROTEA. El dios machín (150) la pegó;
ya se quiere declarar.

LEONOR. Dile que es un imposible
el disparate que emprende.

DOROTEA. El, a lo menos, no entiende
que intenta cosa posible,
sino que aquel picarón
de Lopillo, su estafeta,
le anima, esfuerza e inquieta (151)
a seguir su pretensión;
y yo, que no miro mal
a este mismo descarado,
me alegro de tu cuidado.

(Sale VALDIVIA.) (152)

VALDIVIA. ¡No he visto descuido igual!

DOROTEA. Señor viene.

LEONOR. ¿Qué hay, señor?

VALDIVIA. De Cádiz aquesta carta, [parta
que me ha de obligar que (153)
luego al instante, Leonor.

LEONOR. ¿Cómo?

VALDIVIA. Escribeme mi tío
que (154) cuanto nos ha llegado
tiene Ricardo embargado.

LEONOR. ¿Por dónde iréis?

VALDIVIA. Por el río,
por caminar esta noche.
¡Hernando, Hernando!

(Sale HERNANDO.)

HERNANDO. Señor.

VALDIVIA. Y aun es para mí mejor
el barco que el mejor coche.
A Cádiz voy; luego al punto
pon recado y fleta (155) un barco.

LEONOR. No sale flecha del arco
como vos.

VALDIVIA. Si tengo junto
el crédito y el dinero
de la suerte que sabéis,
¿qué he de hacer?

LEONOR. Muy bien haréis. (156)
¿Cuándo en Sevilla os espero?

VALDIVIA. Dentro de dos o tres días.

LEONOR. Ropa os quiero aderezar.

VALDIVIA. Tú no tienes que aguardar.

HERNANDO. Yo voy.

(Vase.)

VALDIVIA. ¡Ay, desdichas mías!

LEONOR. ¿Qué camisas hay lavadas,
mulata, del Capitán?

DOROTEA. Cinco o seis; pero no están
más de dos aderezadas.

(Vanse los dos.)

LEONOR. Ven presto.

VALDIVIA. De otra manera
pensé yo que se tomara
mi ausencia, aunque imaginara
que de sola una (157) hora fuera.
¿Por la ropa tan ligera
y sin otro sentimiento?
O lo causa el que yo siento
de los celos de estos días,
o las ignorancias mías
fabrican torres de viento.
No sé qué sombras cansadas
de noche mis ojos ven,
que no me parecen bien,
arrimadas y embozadas;
si de mi sol son causadas,
eclipsaréle de modo
que lo deje a oscuras todo;
mas ¿qué me da pesadumbre,
pues sin ensuciar su lumbre
suele pasar por el lodo?

Nace de mi grande amor
aquesta necia sospecha;
él es arco y ella es flecha,
y el blanco mi propio honor.
Casta y honesta Leonor,
este mozo es arrogante;
luego no es bien que me espante;
mas justos son mis desvelos,
que en aventuras de celos
siempre el temor es gigante.

Salgo de mi casa, y veo
a don Antonio en mi calle,

(156) V: Muy bien hazeis.

(157) V: vn.

(150) V: machin.

(151) V: y inquieta.

(152) V: Entra el Capitan Baldivia con una carta
en la mano.

(153) V: me ha de obligar a que.

(154) V: Falta que.

(155) V: pon recado y suelta.

mozo de gallardo talle
y de esta ciudad trofeo (158);
Una y mil calles rodeo,
vuelvo, y hállele a mi puerta;
vengo de noche a hora incierta,
y allí rebozado está;
luego ocasión se le da
y mi deshonra concierto.

Pero ¿cómo puede ser
que el amor le dé ocasión
sabiendo la (159) condición
de tan principal mujer?
Amor, ¿qué habemos de hacer,
tener ánimo, y partir?
Decid, ¿opdrémonos ir?
Podemos; pues, ¡alto!, al barco;
mas si con celos me embarco,
¿qué barco me ha de sufrir?

Pues, Leonor, resolución.
Mirad que soy caballero
y soldado, y que prefiero
a vuestro amor mi opinión.
No os guardo, porque no son
guardas con vos menester;
la que se ha de defender
vos sois. Yo callo, en efeto,
que nunca dijo el discreto
sus celos a su mujer.

(Vase. Salen DON ANTONIO con una ropa, y una banda, y LOPE.)

LOPE. ¿Qué romano o qué gentil
a sus dioses ofreciera
sangre como tú, ni diera
tal precio a cosa tan vil?

ANTONIO. Estas finezas no son
de amante noble y honrado.
¡Bestia!, el haberme sangrado
no ha sido sin ocasión.

Amor es un mal de ojo
que entra por ellos al pecho;
la sangre altera, y sospecho
con más rigor que el enojo.

Luego no me negarás
que es justo sacarla luego,
porque su desasosiego
no corrompa la (160) demás.

Y si de alguna caída
se sangra aquel que cayó,

¿quién la ha dado como yo?
LOPE. Una historia muy sabida
en un librillo léi,
de Faustina, enamorada
de un gladiator, cuya espada
fué del Amor flecha allí.

Súpolo el emperador;
matóle, y dióle a beber
su sangre, que suele ser
contra el veneno de amor.

Si esto a ti te sucediera,
con su sangre te curaras
y la tuya no sacarás
porque dices que se altera.
¡Ah mocedad, oh embeleco
de la vida! ¿Hay desatino
como éste? Mas imagino
que de cerebro tan seco
no puede agora salir
secreto menos cruel.

(MIRABEL, músico.) (161)

Aquí llega Mirabel;
con él te puedes reír.

MIRABEL. Dícenme que estás sangrado.

ANTONIO. Caí, Mirabel, ayer.

LOPE. No en la cuenta, porque, a ser,
la sangre hubiera guardado.

MIRABEL. ¡Galán estás!

LOPE. Las sangrías
adaman a los amantes.

ANTONIO. ¿Qué hay de nuevo que me cantes?

MIRABEL. Tonos y letrillas mías.

(Canta:)

Mal conocéis el amor,
Leonor,
mal conocéis el amor.

ANTONIO. Doite un abrazo.

MIRABEL. ¿Por qué?

ANTONIO. Por la letra.

LOPE. Hasle tocado
en la vena del cuidado.

MIRABEL. ¿Es Leonor?

ANTONIO. El tuyo fué.

(Canta:)

MIRABEL. Mal conoces el (162) rapaz
que es blando y es porfiado,

(158) V: Orfeo.

(159) V: sabiendo su.

(160) V: lo.

(161) V: Sale Julio y Mirabel músico.

(162) V: al.

es terrible y regalado,
y es rendido y pertinaz.
En las guerras pone paz,
y en las paces es traidor.

Mal conocéis el amor,
Leonor,
mal conocéis el amor.

(Sale JULIO.)

JULIO. Una cierta no sé quién,
con un manto y sombrerillo,
el semblante de membrillo
y el pisar de palafrén,
te quiere hablar en secreto.

ANTONIO. Mirabel, adiós, adiós,
y veámonos los dos. (163)

MIRABEL. Venirte a servir prometo.
Pero ¿no hay algún argén?

ANTONIO. Dale diez escudos, Lope.

LOPE. Repárelos.

MIRABEL. Cuando tope.

LOPE. Siete y llevar.

MIRABEL. Hago bien.

(Vase MIRABEL, y sale DOROTEA.)

DOROTEA. ¿Está don Antonio aquí?

ANTONIO. Aquí estoy, perla.

DOROTEA. No vengo
para gracias.

ANTONIO. Ni yo tengo
gracias, que desgracias sí.

DOROTEA. ¿Usan los que se hanpreciado
de nobles y caballeros
enviar tales terceros
en casa de un hombre honrado?

¿Dónde halló vuesamerced
aquella vieja en cecina,
retrato de Celestina?

ANTONIO. Oyeme, y hazme merced
de templar la justa pena
con que vienes a reñirme,
que estoy cerca de morirme,
y pienso que de la vena
la sangre se me ha soltado.
¡Lope, Lope!

LOPE. ¿Qué hay, señor?

ANTONIO. La alteración del rigor
con que esta señora ha entrado
pienso que la causa fué
de soltarse la sangría.

LOPE. ¿A esto vienes? ¡A fe mía
que no es lo que yo pensé!

¡Ay del pobre caballero!

ANTONIO. Atame la venda bien.

LOPE. ¿Desmáyaste?

ANTONIO. ¡Qué desdén!

LOPE. Siéntate, pues.

ANTONIO. ¡Yo me muero!

DOROTEA. Nunca yo viniera acá,

¡Ah, señor mío!

ANTONIO. ¡Ay, Leonor!

LOPE. ¿Qué mujercilla mejor
fingiera un desmayo allá?

ANTONIO. Los ángeles como vos,
¿matan hombres deste modo?

DOROTEA. Yo tuve culpa de todo,
y me ha pesado por Dios;
mas pudiendo remediar
con deciros que mi amo
no está en Sevilla.

ANTONIO. Si os llamo (164)
mi vida, ¿en qué puedo (165) errar?

Veisme aquí para serviros.

¿Cuándo se fué?

DOROTEA. No ha media hora;
y díjome mi señora
que esto viniera a reñiros.

ANTONIO. A deciros, sospeché.

DOROTEA. Y desta noche, a la calle...

ANTONIO. Lope, ¿qué tengo que dalle
a esta perla?

LOPE. ¡Yo qué sé!

ANTONIO. Voy a abrir mis escritorios.
¡Loco de contento voy!

(Vase.)

LOPE. ¿Y cómo en su gracia estoy?

DOROTEA. Ya tenemos locutorios.

LOPE. Pues ¿ayer no me decía
que era yo su perrigalgo? (166)

DOROTEA. ¿Sabe qué ha de hacer, hidalgo?
Amainar volatería,
que es conmigo moscatel.

LOPE. Y tú, mosca en leche, amores.

DOROTEA. Tengo yo muchos colores
para frisarme con él.

LOPE. ¿Su ánima de bayeta
no sabe que soy Narciso
de lacayos?

(164) V: a quien llamo.

(165) V: pudo.

(166) V: so perigalgo.

(163) V: y veámonos despues.

DOROTEA. Ya le aviso
que conmigo no se meta.
Calle, y déjese de voces.
LOPE. ¿Tú, conmigo melindrosa?
DOROTEA. Que (167) soy mula cosquillosa,
y le daré cuatro coces.
LOPE. Entra, que te quiere dar
mi amo alguna cadena.
DOROTEA. No la quiero.
LOPE. Antes es buena
para llevarte a cazar.
DOROTEA. ¡Oiga, en lo vivo me dió!
LOPE. ¡Oiga ella!
DOROTEA. ¡Oiga él!
¡Nunca liebres como él
corren galgas como yo!

(*Vanse. Salen caballeros, DON PEDRO y el DUQUE DE ALBA.*) (168)

DUQUE.
¿Venís contento?

PEDRO.
Con merced tan grande,
¿cómo puedo, señor, no estar contento?
Mil veces esos pies vuelvo a besaros.

DUQUE.
Quisiera que con vos, señor don Pedro,
viniera don Antonio, vuestro hijo,
porque juntos besárades las manos
como vos lo habéis hecho agora solo
al rey, pues (169) su persona le agradara (170),
y a quién ha hecho esta merced supiera.

PEDRO.
Anda indispuerto todos estos días,
y pienso que sangrado, a cuya causa
no vino (171) a acompañarme.

DUQUE.
Pues ¿qué tiene?

PEDRO.
Achaques de las fiestas habrán sido.

(167) *V: Yo.*
(168) *V: Salen caalleros los que pudieren y detrás el Duque de Alua y don Pedro.*
(169) *V: al rey que.*
(170) *M: agradaa.*
(171) *V: no viene.*

DUQUE.
Los bríos de la edad tal vez se cansan.
No hay cosa que al trabajo no se rinda.
¿Daréisle estado agora?

PEDRO.
Eso deseo;
mientras que duran las informaciones,
que, por ser aquí cerca, serán fáciles,
trataré los conciertos de sus bodas,
que ya tengo los ojos inclinados
a cierta hermana de un amigo mío,
con partes singulares de hermosura,
nobleza, discreción y alguna hacienda.

DUQUE.
No le daréis menos honrada prenda.
Metan luces.

PEDRO.
Ya tienen prevenido
todo lo necesario.

DUQUE.
El cielo os guarde.
No me aguardéis después, que vendré tarde.

(*Vase.*) (172)

PEDRO.
Julio, Julio, ¿está aquí don Antonio?

JULIO.
Fuera salió con Lope.

PEDRO.
Pues ¿de noche
sale sangrado, y guárdase de día?

JULIO.
Bríos son de la edad.

PEDRO.
Llegue a la mía. (173)
(*DON ANTONIO y LOPE, con broqueles.*) (174)

ANTONIO.
¡Ay, calle, que, en entrando en ti, consuelas

(172) *V: Vanse todos los caalleros delante, y el Duque detras, y sale Iulio criado.*
(173) *V: Gran osadia.*
(174) *V: Vanse, y sale don Antonio y Lope con espadas y broqueles.*

mi perdida esperanza! ¡Ay, calle hermosa,
que hueles a jazmines de Valencia,
a azahares blancos y a mosquetas bellas!

LOPE.

Si fuera calle de Madrid, tú olieras
azahar, que olello por azar tuvieras.
De una calle que llaman de Santiago
hay una enigma.

ANTONIO.

¿De qué modo?

LOPE.

Dicen
que es de día jardín; de noche, infierno.

ANTONIO.

¿Por qué?

LOPE.

Porque, de día, los guanteros
con ámbar y polvillos la perfuman,
con liquidámbar y otras mil conservas,
y de noche, de rejas y ventanas,
que el campo, de allí a un año, vuelve en (175)
[yerbas.

(*Asómase a la ventana* DOROTEA.) (176)

DOROTEA.

¿Es don Antonio?

ANTONIO.

¡Ay, Lope; que han abierto
una ventana de aquel cielo!

LOPE.

Llega.

ANTONIO.

¿Es Dorotea?

DOROTEA.

Soy esclava tuya. (177)

ANTONIO.

¿Qué hace aquella reina de belleza?

DOROTEA.

Quiere acostarse.

ANTONIO.

¡Ay, Dios!

DOROTEA.

Toma consuelo,
de que se acuesta (178) sola.

ANTONIO.

Más quisiera
que fuera yo su esposo y compañía.
¿Quiéresme hacer un bien, y ponme luego (179)
mil hierros, mil cadenas, mil prisiones?

DOROTEA.

Antes tú con las tuyas me los pones.

ANTONIO.

Déjame entrar donde escondido vea
cómo aquel ángel bello se desnuda.

DOROTEA.

Si tú fueses tan cuerdo que, escondido,
estuvieses callando, hasme obligado
de suerte con tu amor y con tus dádivas,
que en su propio aposento te pusiera.

ANTONIO.

¡Plega a Dios que si yo, si mis deseos,
si mis pies, si mis manos, si mi boca
se moviere jamás, que nunca tenga
ventura en cosa que la mano ponga.

DOROTEA.

Pues yo quito el aldaba de la puerta.

ANTONIO.

Entra, Lope.

LOPE.

¿Qué haces?

ANTONIO.

Ya está abierta.
¿Agora es tiempo de mirar en eso?

LOPE.

El cielo te dé próspero suceso.

(*Vanse, y salen* LEONOR *con* UN ESCUDERO.)

LEONOR. Aunque he de dormir sin ga-
ya es hora de recoger. [na (180),

(178) V: acueste.

(179) V:

que fuera yo su esposo, compañera
quieres hazerme un bien y ponme luego.

(180) V: Aora que he de dormir sin gana.

(175) V: Falta en.

(176) V: Asomase Dorotea y diga.

(177) V: Soy tu esclava.

ESCUDERO. No vengo más que a saber lo que has de comer mañana.
LEONOR. Nunca solas las mujeres nos solemos regalar.
ESCUDERO. Fresco vendrá de la mar, si de este (181) regalo quieres, y en casa hay una perdiz.
LEONOR. Comprad lo que gusto os diere, y (182) id con Dios.
ESCUDERO. El te prospere.

(Vase.)

LEONOR. Echad, ¡hola!, ese tapiz.
La ocasión de desnudarme sólo me incita a pensar cosas, que darlas (183) lugar bastaban (184) para matarme.
¡Válgate Dios por mozuelo si le puedo echar de mí!
Cuando yo te hablé y te vi, pacífico estaba el cielo.
Bien me pareces, confieso, para mí, que me agradara de tu talle y de tu cara, no siendo en mi honor exceso.
Si yo casada no fuera, diera lugar a tu amor; pero, casada, mi honor dice que te deje afuera.
Perdona, y no estés enfermo de imposibles, pues te basta decir una mujer casta que hablando en ti no me duermo.
¿De qué sirven las sangrías que Dorotea me cuenta?
No pongas sangre a mi cuenta, que no son heridas mías.
Lástima tengo de ti; pero ¿qué se puede (185) hacer?
¡Por allí siento toser! [ahí?
¡Hola! ¡Ay, Dios! ¿Quién está

(Sale DON ANTONIO.)

ANTONIO. ¿Quién puede ser sino yo, el que es digno de la muerte?
LEONOR. ¡Jesús!

ANTONIO. Mi señora, advierte que Amor me enseñó y forzó. Ya estoy aquí.
LEONOR. ¡Yo soy muerta!
ANTONIO. Vesme aquí, echado a tus pies.
LEONOR. Cierta mi deshonra es, y mi desventura es cierta. [aquí?
¡Hombre! ¿Quién te puso (186) ¿Eres, por dicha, hechicero?
ANTONIO. Un hombre soy que te quiero y que me muero por ti.
LEONOR. Mi mulata me ha vendido. ¡Oh, esclavos!, quien os desea en lo que yo estoy se vea.
ANTONIO. Confieso que esclavo ha sido; pero ese esclavo soy yo, que lo soy de tu hermosura.
LEONOR. ¿Quién hay que viva segura? ¡Hombre, tu amor me mató!
ANTONIO. De ser esclavo no huyo; tú sola mi dueño eres; tuyo soy, tú no me quieres; esclavo soy, pero ¿cuyo?
Ya estoy aquí, ya me ha dado Fortuna aqueste lugar; sé querer y sé callar sirviendo a quien me ha comprado.
¿A quién Amor no obligó? Pues si tanto amor no pagas, aunque más favor me hagas eso no lo diré yo.
Ten piedad, dulce bien mío, de este (187) esclavo que te adora; amor me mandó, señora, hacer este desvario.
Esto fué causa que yo lo pierda por emprendello, para no faltar a aquello que cuyo soy me mandó.
¿Qué miras? Pues claramente se ve mi verdad en mí: tuyo soy y tuyo fuí, y lo seré eternamente.
Mi dueño es el rostro tuyo, y es con él tanta mi fe, que nadie (187 bis) le ve y me ve que no diga que soy suyo.
LEONOR. ¡Ah, mi señor don Antonio! ¿Me han vendido mis criados?

(181) V: deste.
(182) V: Falta y.
(183) V: darla.
(184) V: bastaua.
(185) M: te puedo.

(186) V: te ha puesto.
(187) V: deste.
(187 bis) V: que nayde.

De vuestros justos cuidados
no quiero más testimonio
que ver si me obedecéis,
porque tratar de enojarme
ya veo yo que es cansarme
para que vos descanséis.

No ha mucho que me habéis vis-
no estaréis muy a la muerte; [to;
ni me doy, por no ser fuerte,
ni a vuestro amor me resisto;
ni os despido, ni os recibo;
ya estáis aquí, presto es;
Amor lo ha de hacer después,
corra el tiempo fugitivo.

No me forcéis a disgusto,
que bien me sabré matar.
Vos sois el que me ha de honrar;
vos quien procure mi gusto.

Salid de casa esta vez,
que yo saldré a la ventana
muy rendida y cortesana,
donde el amor sea juez

de la causa de los dos (188),
y si hablando me vencéis,
como es razón, entraréis,
que os quiero yo abrir a vos.

Ni es justo que a tal mujer
fuerce un hombre por engaño.
ANTONIO. Bien sé que intento mi daño;
mas tengo de obedecer.

Mi amor es pura verdad,
yo os amo; si es vuestro gusto
cso solamente, es justo;
señora, con Dios quedad.

Piérdase tal ocasión;
¡todo se pierda, esto es hecho!
LEONOR. Obligado habéis mi pecho
a más que honesta afición.

(Vase DON ANTONIO.)

Dorotea, Dorotea.

(Sale DOROTEA.)

DOROTEA. Ya sé que me has de reñir,
y, desde perra, decir
hasta la cosa más fea.

¿Qué quieres? Yo vi llorar,
yo desmayar, yo razones;
yo soy mujer.

(188) V: Falta este verso.

LEONOR. Tú me pones
a donde me han de matar.
¿Abriste?

DOROTEA. Ya quedan fuera
don Antonio y su lacayo.

LEONOR. Toda me pierdo y desmayo.
mi propia sombra me altera.

Ya no te quiero reñir;
ya no me quiero quejar;
mas tengo que remediar,
que tengo que resistir.

¿Qué hombre es éste, qué haré

DOROTEA. ¿Agora, después que es ido? [yo?

LEONOR. La voluntad ha rendido;
pero la persona no.

DOROTEA. Rendida la voluntad,
que es del alma la potencia
quizá de más excelencia,
pues manda la libertad,
del cuerpo no hay que hacer caso.

LEONOR. Hablarle quiero en la reja.

DOROTEA. El en la calle se queja.

LEONOR. Pues abre los marcos paso. (189)

DOROTEA. Esa es buena resistencia.

LEONOR. ¿Mi obstinación contradices?

DOROTEA. Esto me huele (190) a perdices.
Somos mujeres, paciencia.

(DON ANTONIO, y LOPE, en la calle.) (191)

LOPE. ¿Quién, sino tú, pudo hacer
cosa tan desatinada?

ANTONIO. Desnuda, Lope, la espada.
¡Mátame! (192)

LOPE. Pudiera ser.

¿Vióse tan gran cobardía:
solo en su aposento, y todos
dando ocasión de mil modos
a tu amorosa porfía,

y tú, gallina, salir
porque ella te lo mandó?

ANTONIO. ¿Puede yo forzarla?

LOPE. No;
pero intentarlo, o morir.

¿Querías que te rogase?
Advierte que las mujeres
resisten a sus placeres

(189) V: Pues ha verlo luego passo.

(190) V: huele.

(191) V: Vanse. Salen a la calle don Antonio
y Lope.

(192) V: y matame.

cuanto lo posible (193) pase;
pero, en fin, no son de piedra.
ANTONIO. Es verdadero mi amor,
que con su loco furor
estas calles desempiedra.
Muera, padezca, suspire,
mi amor es honra, es verdad,
es llaneza, es voluntad.
LOPE. Es el rollo que te estire.
¡Cuerpo de tal, con el hombre!

(A la ventana, LEONOR.)

LEONOR. ¡Ah, caballero!
ANTONIO. ¿Quién es?
LEONOR. Quien os quiere hablar después,
aunque el después os asombre.
ANTONIO. Quien antes su bien perdió,
¿qué tiene ya que esperar?
Hacedme abrir.
LEONOR. No hay tratar
de abrir; la ocasión pasó.
Llegad cerca, y hablaremos,
que no es poco.
ANTONIO. ¡Muerto soy!

(Llégase (194). Salen VALDIVIA y HERNANDO.)

VALDIVIA. No pensaron vernos hoy.
HERNANDO. Presto negociado tenemos.
VALDIVIA. Si tan presto no saliera,
esta jornada excusara;
que a Sevilla, en fin, llegara
el propio, y nuevas me diera
de que se desembargó
mi hacienda en Cádiz.
HERNANDO. ¿Qué es esto?
VALDIVIA. ¿Gente, Hernando, en este puesto?
HERNANDO. Detente, que pienso yo
que algún requiebro será
desta mulata habladora.
VALDIVIA. Sospecho que es su señora
la que a la ventana está.
HERNANDO. No lo creas.
VALDIVIA. Ya me han visto,
y la ventana han cerrado.
¿Quién será aqueste embozado?
¿Cómo mi infamia resisto?
ANTONIO. Lope, ¿quién es esta gente?
LOPE. No lo sé, por Dios, señor.

(193) V: quanto lo imposible.

(194) M: Falta esta acotación.

ANTONIO. ¿Volverá a salir Leonor
luego que de aquí se ausente?
LOPE. Téngolo por cosa cierta,
que la he sentido picada;
que la mulata es taimada
y está acechando a la puerta.
VALDIVIA. Fingirme justicia quiero,
por no deslustrar (195) mi honor,
para conocer mejor,
Hernando, este caballero.
¡Ténganse al rey!
ANTONIO. Nadie (196) aquí
le deja de obedecer,
y más quien lo sabe hacer
con la sangre que hay en mí.
VALDIVIA. Alguacil de Corte soy.
Vengo con Su Majestad.
Las armas manifestad.
ANTONIO. Rendidas al rey las doy;
pero donde el rey está
es corte, y así no hay queda.
VALDIVIA. Sí; pero el andar se veda
sin que se sepa quién va.
ANTONIO. Don Antonio Altamirano
soy. ¿Queréis más?
VALDIVIA. No, señor;
pero sería mejor
el recogeros temprano;
que esta casa donde habláis
tiene dueño, que, ¡por Dios!,
que es tan bueno como vos.
ANTONIO. Yo pienso que os engaáis,
porque acaso me paré (197)
a hablar (198) con cierta mulata;
porque en la calle me mata
otra cosa que yo sé. (199)
VALDIVIA. Idos, señor, a acostar,
y mirad si tenéis gusto
que os acompañe.
ANTONIO. No es justo;
yo os tengo de acompañar.

(Vase DON ANTONIO, y LOPE.)

VALDIVIA. Id con Dios.
ANTONIO. Adiós.
VALDIVIA. Adiós.
¡Maldiga Dios mi paciencia!

(195) V: dislustrar.

(196) V: naide.

(197) V: porque a caso me parece.

(198) V: hablar.

(199) V: otra cosa que se ofrece.

HERNANDO. Pues ¿queda otra diligencia
si no es mataros los dos?

VALDIVIA. Llama a esa puerta, ¡ay de mí!
¿Qué procuro informaciones
cuando delante me pones
lo que con mis ojos vi?
¡Honra! ¿Qué es esto? ¿Qué
[quieres?

¿A qué aguardas? ¿Ya no ves
lo que puedes ver después?
¿Esta fe guardan mujeres?
¿Esto en el mundo se usa?
¿Esto es honra? ¿Esto es lealtad,
que con decir voluntad
hallan la sombra y la excusa?
¿Esto, Leonor, te debía
mi pura fe, mi amor, tal
que al ser del alma inmortal (200)
juró que vencer tenía? [primero
¡Ah, Dios! ¿Quién fué aquel
que el honor del hombre puso
en la mujer, y dispuso
que le limpiase el acero?
No sé si te quiero mal,
porque las cosas que veo,
queriéndote bien, no creo.
que no hay desatino igual.
¿Llamaste?

HERNANDO. Ya en la ventana
mi señora respondió.

VALDIVIA. ¡Abre, Leonor, que soy yo!

LEONOR. Esa diligencia es vana.
Vete con Dios, caballero,
y agradece que no pasa
algún dueño (200 bis) desta casa
mientras a su dueño espero;
que si él estuviera aquí,
respetaras (201) de otra suerte
las puertas.

VALDIVIA. ¿Qué bien me advierte
de lo que agora temí!
¿Si lo finge por saber
que soy yo? Pero no hará.
Amor de su parte está.
¿Cómo éso vendré a creer?
¿Por dicha este mozo (202) loco
la sigue como atrevido?
Necio por celoso he sido

teniendo a Leonor en poco.
¡Ah, mi bien! Yo soy; mirad
que me vuelvo del camino.
Llegué a Coria, y allí vino
un propio. Oíd, esperad.
No cerréis. (203)

LEONOR. ¡Ay, Dios! ¿Quién es?

VALDIVIA. Vuestro esposo, mi Leonor.

LEONOR. ¡Jesús! ¿Que vos sois, señor?
Abre, Constanza. ¡Hola, Inés!
Dorotea. ¿dónde estás? (204)

VALDIVIA. Las tres leguas he corrido
por tierra.

LEONOR. ¡Dichosa he sido,
y en la resistencia más!

(*Entranse, y queda VALDIVIA solo.*)

VALDIVIA.

En duda de mis celos, honra grave,
mejor es inclinarme a mi sosiego;
si los celos son lince, Amor es ciego,
y no quiere buscar lo que no sabe.
Si voy seguro al puerto con mi nave,
¿quién me vuelve a la mar cuando ya llego?;
pero ¡ay de mí!, que si en el alma hay fuego,
¿qué importa que los ojos tengan llave?
No son de hombre discreto (205) estos oficios,
aunque con el temor el honor lucha;
que averiguar los celos por indicios,
o sea con razón, pequeña o mucha,
es como quien escucha por resquicios:
que le pesa después de lo que escucha.

(*Vase. Salen DON JUAN y FINARDO.*)

FINARDO.

¿Que vos venís con ese pensamiento
en casa de don Pedro?

JUAN.

Aquí le aguardo;
que desde aquella noche, arder me siento
por doña Ana bellísima, Finardo.
Trató Leonardo aqueste casamiento.

FINARDO.

¿Y qué le respondieron a Leonardo?

(203) *V*: no creéis?

(204) *M*: estais.

(205) *V*: no son de hombre cuerdo.

(200) *V*: que al ser del mayor mortal.

(200 bis) En las dos ediciones: *dueño*, sic; seguramente por *deudo*.

(201) *V*: *respetarais*.

(202) *V*: *moquelo*.

JUAN.

Que don Pedro, su padre, quería verme.

FINARDO.

Y ella, por dicha, ¿a vuestro intento duerme?

JUAN.

No sé, mas sé que todos estos días, desde la noche que a su casa fuimos del Capitán Valdivia, y las porfías de su discreto proceder vencimos, mudo le ha dicho las razones mías. (206)

FINARDO.

¿Luego decir podremos (207) que venimos a casaros Baldivia y yo?

JUAN.

Sospecho que muy presto se hará, si no está hecho. Don Pedro es éste.

(Sale DON PEDRO.)

PEDRO.

Dile cuando venga que tengo que le hablar.

JUAN.

Dadme esas manos.

PEDRO.

¿Es el señor don Juan?

JUAN.

Y el que desea honrarse de serviros.

PEDRO.

Informado de vuestras partes he deseado veros, que tengo tanto amor a esta muchacha, que quiero contentar también los ojos como están de la fama los oídos.

JUAN.

Yo soy esto que veis; pero sospecho que lo que falta en esto, suplir pueden la voluntad de padres (208) que he tenido.

(206) V: mudole a dicha las passiones mías.

(207) V: podemos.

(208) V: la voluntad del padre.

PEDRO.

Así es verdad, y que os volváis os pido, porque mañana, en Gradas, o en la Lonja (209), os hablaré muy (210) claro, y sin lisonja.

JUAN.

¿Qué hora? (211)

PEDRO.

Entre diez y once.

JUAN.

Allí espero. (212)

FINARDO.

¿Hasle agradado?

JUAN.

Temo que no agrado, porque el temer y amar corren parejas.

FINARDO.

Satisfecho presumo que le dejás.

(Vanse los dos.)

PEDRO.

Corren los días, y el que ya los pasa, si es cuerdo, el fin que ha de llegar (213) pre-mira las prendas que en su casa tiene; [viene; que es bien, partiendo, concertar la casa.

Rómpe-se la coluna, mas la basa en pie se queda, y aumentarse viene el edificio que el honor contiene, si no es que el tiempo hasta el cimiento abrasa.

Dos hijos tengo, que me dan enojos hasta que su remedio se concierte, porque son de mis ojos los despojos.

Esto el partir y la razón me advierte, porque como los hijos son los ojos, conviene concertallos con la muerte.

(Sale JULIO.)

JULIO.

Señor, aquí está un criado de un indiano, que a buscarte viene con cierto papel.

(209) V: y me aguardeis mañana alla en la lonja.

(210) V: donde os hablare.

(211) V: A que hora?

(212) V: Alla os espero.

(213) V: llevar.

PEDRO. No es hora ya de cansarme.
Di que te le dé, y se vuelva.

JULIO. Voy.
(*Vase.*)

PEDRO. No hay cosa que me canse
como negocios de hacienda.
Yo todo lo dejo aparte.
El remedio de mis hijos
y mi sucesión se trate.

(*Sale JULIO.*) (214)

JULIO. Este es, señor, el papel.

PEDRO. Muestra.
(*Lec entre sí.*) (215)

ANTONIO. ¿Aquí estaba (216) mi padre?

LOPE. Leyendo un papel está;
mira los gestos que hace.

ANTONIO. Será cosa de dineros;
que su avaricia es notable.

PEDRO. ¿Antonio está en casa? ¡Hola!
¿Está Antonio en casa, pajes?

ANTONIO. ¿No me ves en tu presencia?

PEDRO. No es posible que tú andes
en pasos de hombre (217) de bien.
¿Quieres, por dicha, matarme?
Sí querrás, y lo peor
habrá de ser que te maten.
Mira, mira este papel.

ANTONIO. ¿Qué papel?

PEDRO. Escucha aparte,
y verás a (218) qué me obligan
tus locas temeridades.

(*Lee:*) (219)

“Cuando un hijodalgo, y tan honrado como
yo, llega a esto, bien creeréis lo que le obli-
ga; don Antonio solicita una mujer virtuosa,
que lo es mía; mandalde que no lo haga, que,
¡por vida del rey!, que le he de disparar un
arcabuz (220).—*El Capitán Valdivia.*”

¿Qué te parece?

(214) *Entra Iulio con el papel, don Antonio y Lope.*

(215) *M: Falta esta acotación.*

(216) *V: Aquí esta.*

(217) *V: hombres.*

(218) *V: Falta a.*

(219) *M: Falta esta acotación.*

(220) *V: que le dispare vn alcabuz.*

ANTONIO. Señor,
este (221) es un loco arrogante
que tiene celos del viento.

PEDRO. Hijo, mira lo que haces,
que estas palabras y avisos
no son de pecho cobarde,
sino de quien tiene honra,
y para no deshonorarse
te previene desta suerte.
Por mi vida, que no pases
por su calle, que en sabiendo
que has pasado por su calle,
no has de estar más en Sevilla.
Muy bueno ha sido cansarme
en procurarte una cruz
que ese lado izquierdo esmalte,
y juntamente con ella
tan altamente casarte,
como concertado queda,
para que tú, cuando sabes
los pasos que doy por ti,
los des en hazañas tales.
Este Capitán Valdivia,
¿quién es?

ANTONIO. No puedo informarte
más de que es loco y celoso.

PEDRO. Pues bien dices; eso baste;
que de celos y locura
¿quién habrá que no se guarde?
El avisa, en que no muestra
que es loco, y con avisarte
ha cumplido con su honor.

ANTONIO. ¡Qué bien sus locuras sabes!

PEDRO. ¡Entre (222) allá, desvergonzado,
y el alcahuetejo (223) infame
del lacayo de Castilla!

LOPE. Yo, señor, no soy notante (224)
de sus (225) paseos y gustos.

PEDRO. Ahora bien; él almohace
los caballos noramala,
y ande allá con sus iguales.
El rece, y sepa que es hombre,
y que no hay hombre tan grande
que el polvo de un pistolete
a dos (226) pasos no le alcance.

ANTONIO. ¡Perdido soy!

(*Vase.*)

(221) *V: esse.*

(222) *V: Entra.*

(223) *V: y el alcaguetexo.*

(224) *V: Yo, señor, soy inorante.*

(225) *V: de los.*

(226) *V: a los.*

LOPE. Esto es hecho,
que ya Valdivia lo sabe.
ANTONIO. Agora adoro a Leonor.
LOPE. ¿A Leonor?
ANTONIO. ¡Aunque me maten!

ACTO TERCERO

(*Salen DON PEDRO, y DOÑA ANA, su hija.*)

PEDRO. En día de tanto gusto,
y que, ya el hábito puesto,
Ana, tu hermano ha dispuesto
mi vida a su aumento justo,
y más habiendo salido
tales las informaciones
que sus calificaciones
de tan nuevo honor (227) han sido,
no habiendo cosa que pueda
darme cuidado o pesar
para poder descansar,
sólo el casarte me queda.
Es don Juan un caballero,
Ana, de mucho valor,
a quien pintara mejor;
pero detenerme quiero,
porque si este casamiento
no se hace, no es razón
que un padre, sin discreción,
despierte tu pensamiento.
ANA. Como siempre el blanco justo
a que yo debo mirar
es pensar que te he de dar
con obedecerte gusto,
este, señor, ha de ser
mi cuidado y pensamiento.

(*Sale DON ANTONIO, muy galán, con hábito de Santiago, y LOPE, con vestido nuevo.*) (228)

LOPE. Contento estás.
ANTONIO. ¿Qué contento
mayor pudiera tener,
que haberme favorecido
desde su reja Leonor?
LOPE. Que tú merezcas favor

con hábito tan lucido,
no es mucho, pero que a mí
tantos favores me den
de lo que a ti te está bien,
por ir delante de ti,
esto se ha de agradecer,
¡vive Dios!, que el de Santiago
ha (229) dado carta de pago
a toda (230) tu envidia ayer.
ANTONIO. Mi padre está aquí. ¿Señor?
PEDRO. ¡Oh, Antonio, Dios te me guarde!
¿Qué habrás tenido esta tarde
de cumplimiento y favor?
Bizarro estás: logre el cielo
tus años, y muchos viva
aquel Alba, donde estriba
cuanto bien tengo en el suelo.
Toledos somos desde hoy,
ya no, hijo, Altamiranos,
con hechura de las manos
del Duque.

ANTONIO. Su esclavo soy.
PEDRO. ¡Qué bien que te honra el pecho,
Antonio, esa roja espada,
de ti no menos honrada,
pues tan bien has (231) satisfecho
a la deuda en que te pone!
¿Qué brava vuelta habrás dado
a Sevilla, y qué mirado!,
Dios a tu madre perdone,
que éste fuera su gran día.
Mil bendiciones te doy.
ANA. Yo, que como parte soy
de (232) tu sangre y tu alegría,
tanta tengo de tu bien. (233)
Parabién te doy, Antonio.
ANTONIO. Ana, ¿qué más testimonio (234)
del bien que tu parabién?
Todo este aumento es tuyo.
PEDRO. Vete, Antonio a descansar.
ANTONIO. Dios te guarde.
LOPE. ¿Podré dar
a la (235) amistad lo que es suyo
en tanto que te desnudas
para ver a tu Leonor?

(227) V: nueva honra.
(228) V: Sale D. Antonio muy galan con un abito de Santiago en los pechos, y Lope de librea.

(229) V: ya ha.
(230) M: todo.
(231) M: pues tambien ha.
(232) V: Falta de.
(233) V: participo de tu bien.
(234) V: Ana que mas parabien. Falta el verso siguiente.
(235) V: al.

Que los amigos, señor,
en tus pruebas ponen dudas,
si no vamos a probar [ques.

ANTONIO.

Que a mi placer te provoques
no puede darme pesar; [so,

mas guarda un poco del (237) se-
si (238) esta noche has de ir con-
LOPE. Que haré lo posible digo [migo
para que no haya exceso.

No hayas (239) miedo tú que to-
lo blanco, a fe de andaluz, [que
que, por ser roja la cruz,
dicen que ha de ser aloque.

(Vanse los dos.)

PEDRO. ¿No va tu hermano galán?

ANA. Nunca tan galán le vi.

PEDRO. ¿Quisieras el novio así?

(Sale JULIO.)

JULIO. Un indiano Capitán,
hombre de buena persona,
te busca.

PEDRO. Di que entre.

(Sale (240) VALDIVIA.)

VALDIVIA. El cielo
te guarde, y te dé en el suelo
lo que tu nobleza abona.

PEDRO. Seáis, señor bien venido.

VALDIVIA. Aparte os quisiera hablar.

PEDRO. Aquí os podéis retirar.

(Retíranse a hablar en secreto.) (241)

ANA. Este hombre he conocido,
porque, sin duda, es aquél
que la noche que salí
cuando a ver las luces fui
estuve hablando con él.

Con mil honestos amores
me acompañó muy cortés,

que en ausencias (242) son mayo-
en que yo pensé después, [res.

Pero nunca más le (243) vi;
sin duda que él lo ha sabido
que se trata de marido,
y no me pesara a mí;

porque me agradó su talle
y su mucha discreción
gozando de la ocasión
de hallarme sola en la calle.

Si él viene a pedirme a mí,
perdone don Juan, que yo
diré a todo el mundo no
y sólo a mi gusto sí.

(Vase.)

VALDIVIA. Y, como os (244) digo, señor,
en Flandes serví estos años
con tan justos desengaños
de mi heredado valor.

Mas viendo que el pretender
es en la corte morir,
sin manos para subir,
pues no lo son merecer,
porque en Flandes con la espada
se sube un muro, y en corte,
como es de papel sin corte,
ni sube ni puede nada,

di al olvido memoriales.
y en Indias, tras mil desdichas,
pasé por agua mis dichas,
a la tierra (245) desiguales,
porque si serví, medré,
y en menos tiempo volví
donde en un templo que vi
de paz, la espada colgué.

Este fué de una señora
con quien yo vivo casado,
honrada si soy honrado,
que la adoro y que me adora.

Hijos no tengo, aunque creo
que hay sospechas deste bien;
mas la envidia, que también
sigue el bien en que me veo,
ha interrumpido (246) esta paz
con dar este caballero,

(236) V: Falta y.

(237) V: de.

(238) V: que.

(239) V: no has.

(240) V: entra.

(241) M: Falta esta acotación.

(242) V: ausencia.

(243) V: lo.

(244) V: Falta os.

(245) V: a las tierras.

(246) V: ha interrumpido.

vuestro hijo, en ser tan fiero,
atrevido y pertinaz

en solicitar su honor,
y el que guardar solicito,
que tras haberos escrito,
como habéis visto, señor,
y que pienso que le habéis
reñido, como es razón,
a costa de mi opinión
me ha obligado a lo que veis.

No quise otra vez fiar
cosa que tanto me importa
de un papel o razón corta;
antes os quise obligar
con que viendo mi persona
por ella me hagáis merced,
y así, este aviso tened
por último.

PEDRO. (*Ap.*) (¿A quién perdona
la Fortuna sólo un día?
¿Cuál (247) hombre alegre amane-
que sin mudanza anochece [ce
del bien que tener solía?])

En notable obligación,
señor Capitán, os quedo;
encarecerla no puedo
con igual demostración.

Vuestra persona y valor
también por su parte obliga
a que enternecido os diga
estas palabras de amor.

¡Pluguiera (248) a Dios que a
entrárades a pedirme, [doña Ana
y a honrarme sin persuadirme
a cosa tan cierta y llana (249),
como el valor y nobleza

que tan lisamente abona
vuestra gallarda persona;
mas pues ya la suerte empieza
a trocarme en tal disgusto
el hábito de Santiago,
que fuera más justo pago
de vuestro servicio justo

que no de la liviandad
de Antonio, yo, a quien me toca,
sabré enfrenalle la boca,
quitarle la libertad.

Y si él os diere más pena,

(247) *V*: que el.

(248) *V*: plubiera.

(249) *V*: Trocados este verso y el anterior; en
éste falta *a*.

haced en mí lo que en él.

VALDIVIA. Importa mirar por él,
y que a una sangre tan buena
corespondan las costumbres.(250)

Yo no he de sufrir, señor,
burlas con mi propio honor.

PEDRO. Haced cuenta que en las lumbres
de mis ojos queda puesto.

VALDIVIA. Mi honor pongo en vuestras manos
que de mancebos livianos
suele ser tan descompuesto,
con esta medio envainada,
que ayer casi la saqué,
para lo que hacer pensé.
Vuelvo a sosegar la espada
templada, que no querría (251),
si (252) mi afrenta satisfago,
que la roja de Santiago
fuese blanco de la mía.

PEDRO. ¿Vuestro nombre?

VALDIVIA. El Capitán
Valdivia.

PEDRO. Quejaos de mí
si él os enojare aquí.

BALDIVIA. Más a vos os culparán
si sus livianos placeres
yo con la espada corrijo,
porque vos no hallaréis hijo,
y yo hallaré mil mujeres;
que si yo me satisfago,
lo que no permita Dios,
de la sangre de los dos
haré una cruz de Santiago.

(*Vase.*)

PEDRO.

¿Esto es ser padre, esto es tener contento,
con gustos de los hijos, que se pagan,
no a siete, no, sino cien mil por ciento? (253)

(DON ANTONIO, y LOPE, de noche.)

¡Antonio, Antonio!

(250) *V*:

y que una sangre tan buena
corresponda a las costumbres.

(251) *V*: templo de que no queria.

(252) *V*: si a.

(253) *V*: no asiente, no, sino es de mil por ciento.

ANTONIO.

Diles (254) que nos hagan
la cena presto.

LOPE.

Ya se te adereza. (255)

PEDRO.

¿Qué bienes puede haber que satisfagan,
si del placer es sombra la tristeza?
Yo te prometo que sin sombra (256) tanta
el mismo Sol perdiera la belleza.

Tu sinrazón, tu liviandad me espanta,
habiéndote reñido una locura.

¿Qué Circe es ésta que tu gusto encanta?

Si la edad es disculpa ¿por ventura
es la insigne Sevilla alguna aldea?

¿No hay otro entendimiento ni hermosura,
si amar es fuerza (257), cuando fuerza sea?

¿Es bien solicitar una casada
que la defensa de su honor desea?

Pues ¿cómo aquel papel tuviste en nada,
escrito con tan justo atrevimiento
que por la pluma lo escribió la espada?

Ahora bien; no respondas, que no intento
satisfacción aquí. Ponte unas botas;
no has de estar en Sevilla ni un momento.

¿Así mis blancas canas alborotas?
Ya me muestran (258) tu sangre ajenas manos
por las señales de Santiago rotas.

¿Qué bien no desharán mozos livianos?
Andaos a procurarles casamientos
mientras procuran casamientos vanos.

ANTONIO.

Señor...

PEDRO.

Ya no sé yo tus pensamientos.
¡Ea, cázate (259) luego, presto, a prisa!
Años, siglos, se me hacen los momentos.

Ya no aquel hombre por papel me avisa:
en persona ha venido, ¿qué pretendes?,
pues no es aviso para echarlo en risa.

Voy a sacar dinero.

(Vase.)

(254) *V: dizes.*

(255) *V: ya se te acerca.* Atribuido, como el verso anterior, a LOPE.

(256) *V: que a su sombra.*

(257) *V: si amores fuerzan.*

(258) *V: muestra.*

(259) *M: en calçarte.*

LOPE.

Ya lo entiendes.

ANTONIO.

¿Que Valdivia le habló?

LOPE.

¿Pues no lo escuchas?

Paciencia, y barajar.

ANTONIO.

¿Ansí me enciendes!

LOPE.

Agora con amor y temor luchas,
que no es tiempo de cuentos, que es un necio
quien se quiere mojar por pescar truchas;

Mujeres hay, señor, de todo precio;
los límites se gozan los maridos,
que no es justo a su honor hacer desprecio;
vistamos catorcenos mal tundidos,
que dar la vida por un gusto loco
no es para cuerdos, si de amor vencidos.

ANTONIO.

La vida, y aun el alma, tengo en poco.

LOPE.

¿Estás en ti? ¿Qué dices?

ANTONIO.

Que me pierdo
cuando en las cosas (260) de aquel ángel toco.

LOPE.

¿Sabes lo que decía, si me acuerdo,
uno destos que llaman los sutiles,
aunque en esto, ¡por Dios!, que andaba cuerdo,
con la experiencia de sus gustos viles?:

que eran ángeles todas las mujeres
del modo que lo son los albañiles;

fabrican un andamio cual tú (261) quieres
fundar (262) en mil palillos de esperanzas
y en tres o cuatro tablas de placeres,

descompone un suceso las balanzas
del peso, en mal secreto fabricado
y en criados, amigos de mudanzas,

o porque su marido fué avisado,
cae el andamio y viene por el viento
el ángel albañil descalabrado.

(260) *V: casas.*

(261) *V: te.*

(262) *V: fundado.*

ANTONIO.

Dame espada y broquel.

LOPE.

¿Qué pensamiento
te lleva así?

ANTONIO.

No más de despedirme.

LOPE.

Oyeme una palabra.

ANTONIO.

Estoy atento.

LOPE.

¡Mira, señor, que no hay andamio firme!

(*Vanse. Salen DOÑA LEONOR y DOROTEA.*)

LEONOR. ¡Loca de contento vengo!

DOROTEA. ¿No es por extremo galán?

LEONOR. No aborrezco al Capitán,
por gentilhomme le tengo;
mas, como Antonio ha salido
con la roja cruz al pecho,
ventaja notable ha hecho...

DOROTEA. Di que a cuantos han nacido.

LEONOR. Y a los que están por nacer.

DOROTEA. ¡Qué buena vienes!

LEONOR. Perdida,
que tener sola una vida
es no tener qué perder;
pospuesto (263) cualquier temor
soy de don Antonio ya.

DOROTEA. Y esta negra ¿qué dirá?
Que Lope mata de amor,
es pícaro y de buen talle;
mas, si es de tu causa efeto,
¿cómo no será discreto?

LEONOR. Randas pasan por la calle.
Llama luego, Dorotea,
a aquel cajero.

DOROTEA. ¡Ah, buen hombre!

(*LOPE, disfrazado de cajero.*)

LOPE. ¿A quién no obliga ese (264) nom-

LEONOR. ¿Qué traéis que nuevo sea? [bre?

LOPE.

Las randas de un corazón,
con las puntas de mil flechas
labradas de unas sospechas
que ya desventuras son.

LEONOR. ¿Es Lope?

LOPE. ¿Pues no me ves?

Para entrar me puse así.

LEONOR. ¿Qué hay de mi Antonio?

LOPE. ¡Ay de mí!

LEONOR. ¿Es muerto?

LOPE. Lo mismo es.

LEONOR. ¿Cómo?

LOPE. Ausencia.

LEONOR. ¿Cierto?

LOPE. Cierto.

LEONOR. Más es que muerte el ausencia.

DOROTEA. Sí, porque busca paciencia,
que no ha menester el muerto.

LOPE. Su padre, de aquí le envía,
de tu marido avisado.

LEONOR. Causa le ha dado cuidado,
pero ya la causa es mía;

dile, Lope, a Don Antonio
que ya me parecc tarde
para mostrarse cobarde,
y que es muy vil testimonio
de la cruz que trae al pecho;
que para qué me ha scrvido,
solicitado y perdido
con las locuras que ha hecho.

Ya no hay que volver atrás,
que estos celos de Valdivia
han sido, si estaba tibia,
para declararme más.

Dile, Lope, que le adoro,
y que, pues (265) yo soy mujer
y me aventuro a perder
lo que es el mayor tesoro,
tenga valor de quien es
y que en Triana me aguarde,
o a los barcos esta tarde,
donde hablaremos después;

que quiero (266) que aquí escon-
de noche me venga a ver, [dido
y este engaño vendrá a ser
de toda sospecha olvido.

Harto te he dicho.

(*Vase.*)

LOPE.

Oye.

(263) *V: pues puesto.*

(264) *V: este.*

(265) *V: y pues que.*

(266) *V: si quiere.*

DOROTEA. Fuése.
 LOPE. ¡Toda la runfla tendió! (267).
 DOROTEA. ¿Cómo estamos él y yo?
 LOPE. ¿Cómo? Tuyo, aunque me pese.
 Me quedaré con mi amo,
 y escondido vendré a verte.
 DOROTEA. ¿Y no tiene a mucha suerte
 que le rica bien, hermano? (268)
 LOPE. ¿En romance (269) gerigonza?
 Te quiero más que de plata,
 si te vendieses, mulata,
 que eres de a (270) doblón la onza;
 júntense estos mentecatos,
 que ya tanto lo desean,
 que no hayas miedo que sean
 sus convites con más platos;
 mas si me coge en la (271) tram-
 y su mancebo he de ser, [pa
 no piense que ha de tener
 trato con los de la hampa;
 que, ¡por el agua de Dios,
 que la cosa sobre un cerro
 con agujetas de perro!
 DOROTEA. Perros seremos los dos
 en lealtad, que no desdice,
 y en cetera. (272)
 LOPE. Pues, hermosa,
 ¿qué es ecetera?
 DOROTEA. Una cosa
 que dice lo que no dice.

(*Vanse, y salen dos bravos: POZGAYA (273) y RAMOS.*)

POZGAYA.

¡Famosa está Sevilla, mi seor Ramos!

RAMOS.

No hay estos viernes de entre Pascua y Pascua
 desde la gran Toledo hasta la China,
 ni desde Tetuán a Trapisona.

POZGAYA.

¿Qué le parece cuál está Triana,
 y ese abundoso río que los propios
 llaman Gualdaquivir, y los poetas
 padre de las olivas, claro Betis?

(267) *V: rufla; M: rendio.*

(268) *V: que le vea? diga ermano.*

(269) *V: en romance o.*

(270) *V: Falta a.*

(271) *V: mas si me cogen en.*

(272) *V: etcetera.*

(273) *M: En la lista de personajes: POZCAYA.*

Mire cómo le empiedran tantos barcos,
 y vestido de rústicas coronas
 de verdes hojas de cortados árboles,
 cortan sus aguas con los remos de haya.

RAMOS.

Paréceme a Sevilla, seó Pozgaya;
 mas dígame, por Dios, ¿vendrá su ninfa
 con la que prometió para nobiscum?
 Porque me pareció mujer de tolo.

POZGAYA.

Vendrá cuarenta veces, porque es hembra
 que se desvela en dalle gusto allhombre;
 mas tiene cierto bravo de Castilla
 un poco de cellera contra todos.

RAMOS.

¿Eso me dice? Pues sacallo ellanima,
 ¡pesar de la bayeta de su vida!

POZGAYA.

Ya le tengo mandado los bigotes
 a la misma, seor Ramos.

RAMOS.

Pues perezca,
 y por todo sin Roma, a la mañana
 por agua nos iremos a la Habana. (274)

(*Salen DOÑA LEONOR, y DON ANTONIO, y LOPE, y
 DOROTEA, y un ARRÁEZ de un barco.*)

ANTONIO.

Para la vuelta le tened a punto;
 pero advertid que le tengáis vacío.

ARRÁEZ.

No entrará en él el sol.

ANTONIO.

Eso deseo,
 Y tomad este escudo.

ARRÁEZ.

No de valde
 os honra a vos la (275) roja cruz del pecho.
 ¡Por un Tusón la desechéis (276) mañana!

(*Vase.*)

(274) *V: Falta esta escena.*

(275) *V: os honra a vos esa.*

(276) *V: dexeis.*

LEONOR.

¿En efeto, quedamos, señor mío...?

ANTONIO.

En que me quede en casa de don Sancho
y le diga a mi padre que me parto;
desde allí, disfrazado, cada noche
vendré a veros, a hablaros y (277) serviros.

LEONOR.

En casa de Finardo, su vecino,
todas las noches a jugar se pasa,
y hay conversación hasta las doce;
en este tiempo, Antonio, Dorotea
os abrirá la puerta.

(Sale LOPE y DOROTEA.) (278)

ANTONIO.

¿Que es posible
que escuche (279) yo, mi bien, palabras tales
de esa boca divina?

LOPE.

Y ella, diga,
¿no me dirá con esa boca humana:
“a tal hora entraréis, Lope del ánima (280),
que ya os aguardo” (281), como a don Gaiferos
captiva (282) le esperó Jimena Gómez,
sospecho que en San Pedro de Cardaña?

DOROTEA.

¿Digole yo que no, mi tigre arcana? (283)
¿No sabe que los mozos son danzantes
cuando los amos son tamborileros?
Dígale que se parte a su Lucía (284),
y escóndase.

LOPE.

Sí haré, mulata mía.

(Vanse. Salen VALDIVIA, FINARDO y DON JUAN.)

FINARDO.

El parabién os doy del casamiento.

JUAN.

Agora solamente la palabra
me dió don Pedro, aunque con mucho gusto.

VALDIVIA.

(Ap.) Desde que vi salir del barco a tierra
estas (285) mujeres vengo cuidadoso.

FINARDO.

Vos casáis altamente.

JUAN.

Así lo pienso;
y desde que aquí estuvo el duque de Alba
por huésped de don Pedro, que abonase (286)
tanto sus cosas que tendrán las mías
para la corte en él un grande amparo.

VALDIVIA.

(Ap.) La basquiña es, sin duda, y aunque fue-
las señas diferentes, y el cuidado [ran
con que se tapan, y según (287) bastaba
para mis celos ver a don Antonio,
que no quiero más claro testimonio.

FINARDO.

¿Qué tiene el Capitán, que no nos habla?

JUAN.

¡Ah, Capitán! Un día tan alegre
¿sacáis vuestras tristezas a Triana?
¿Qué es esto? ¿En qué pensáis?

VALDIVIA.

En tales días
suelen matarme las tristezas mías.

FINARDO.

Volved los ojos a ese claro río,
no río ya, sino ciudad famosa:
veréis más ninfas que en su centro frío
la Boecia describe fabulosa.

VALDIVIA.

Ya los ojos al Betis claro envío,
y por su tabla de cristal lustrosa
un barco sigo, donde un árbol prueba
encubrir otra vez a Adán y a Eva. (288)

(285) V: estas dos.

(286) V: por guesped de don Pedro, fauorece.

(287) V: y se van.

(288) V: a encubrir; y Eva.

(277) V: y a.

(278) M: Falta esta acotación.

(279) V: que escucho.

(280) V: alma.

(281) V: que yo os aguardaré.

(282) V: cautiuo.

(283) V: ircano.

(284) V: diga ella que se parte a selucia.

JUAN.

¿Es cosa que en cuidado agora (289) os pone?

VALDIVIA

Amor también se atreve a los casados.

FINARDO.

Cuando de barcos tantos se corone,
nunca al Betis traigáis esos (290) cuidados.

VALDIVIA.

Su confusión me dice que perdone,
que por más que mis ojos desvelados
la van siguiendo, más se desaparece.

FINARDO.

Seguidla (291) en otro barco, si os parece.

VALDIVIA.

No importa, que ya sé donde hace (292) puer-
y allá, si quiere Dios, nos hallaremos. [to.

JUAN.

Que alguno va (293) con ella será cierto.

VALDIVIA

De eso (294) estaba. ¡por Dios!, haciendo ex-
[tremos.

FINARDO.

¡Hola! ¡Arráez, a costa!

VALDIVIA.

¡Yo soy muerto!

JUAN.

Donde es la vela (295) Amor, celos son remos.

FINARDO.

Entrad, que ya pasamos a Sevilla.

VALDIVIA.

¡Fuego me ha dado el agua de su orilla!

(Vanse, y sale DOÑA LEONOR, y DOROTEA.)

LEONOR.

Toma ese manto, que vengo,
de haberle visto, turbada.

DOROTEA.

No te vió, no importa nada.

LEONOR.

Más amor que temor tengo.

Yo sé que si a mí (296) me vie-
luego me llegara a hablar; [ra,
si esta noche va a jugar,
será en mi bien la primera;

ten a Hernando prevenido,
por lo que toca a la puerta,
y al aviso (297) el alma abierta
al bien que al Amor le pido.

¡Ay, Dorotea!, ¿hay belleza(298),
hay talle ni discreción (299)
como las de Antonio?

DOROTEA.

Son

monstruos en Naturaleza.

¡Qué bien habla, qué cortés,
qué galán, qué cuerdo en todo!

LEONOR.

¡Ay, que me pierdo de un modo
que con mil disculpas es!

Conozco mi loco error,
mas dóile de dos la una
a la más cuerda, si alguna
lo ha sido teniendo amor.

¡Ah, Dios, cuánto daño viene
de escuchar! Escuché, oí,
muerta soy, ¡yo me perdí!

DOROTEA.

Disculpa dorada (300) tiene
cualquiera yerro de amor.

(Sale HERNANDO.)

HERNANDO. Mi señor viene a cenar.

DOROTEA. ¿Cuándo se le suele dar
tan temprano a su señor?

LEONOR.

Pon recaudo, Dorotea,
y advierte en lo que te digo.

(Sale VALDIVIA.)

VALDIVIA. ¡Señora!

LEONOR.

Nunca conmigo
hay quien en el campo os vea.

Hacéis bien, que más contento,
otras cosas os darán.

(Vase.)

(289) V: Falta *agora*.

(290) V: *traigáis vuestros*.

(291) V: *seguidla*.

(292) V: *donde es el*.

(293) V: *que alguno irá*.

(294) V: *deso*.

(295) V: *donde es bagel*.

(296) V: *yo se que si el*.

(297) V: *ya le auisc*.

(298) V: *Ay Dorotea belleza*.

(299) V: *descricion*.

(300) V: *disculpas agora*.

VALDIVIA. ¿Celos, mi bien, cuando están mis gustos en tanto aumento?

Fuése tu señora airada.

¿Qué hay, mulata?

DOROTEA. Con razón,

de tu poca estimación
mi señora está enojada;

nunca tú con ella vas,
nunca le das este gusto.

VALDIVIA. De que hubiera sido justo
no pongas duda jamás.

Vete adentro, Dorotea,
y adereza de cenar,
mientras me voy a jugar,
que otro tiempo habrá que sea
para paces destos celos
más conveniente (301) y mejor.

DOROTEA. El tenerte tanto amor,
celos causa.

(Vase.)

VALDIVIA. ¡Ah, santos cielos!

¡Qué lindo disimular! (302)

¡Qué lindo engañar con quejas,
cuando sin honra (303) me dejas!;
aunque la (304) pienso cobrar.

La misma basquiña es,
¿qué lo dudo? Yo lo vi.
Hernando, ¿tú estás aquí?

HERNANDO. ¿Mandas algo?

VALDIVIA. Que me des
esos brazos.

HERNANDO. ¡Yo, señor!

VALDIVIA. Hoy, Hernando, libre quedas.

HERNANDO. ¿Por qué, señor?

VALDIVIA. Porque puedas
hacerme un favor.

HERNANDO. ¿Favor?

VALDIVIA. Por la fe de caballero,
de darte aquí libertad.

HERNANDO. No quiere mi voluntad
ser libre de lo que quiero.

VALDIVIA. Hijo, tú me has de poner
en la tapia del corral
una escalera.

HERNANDO. ¿Qué mal
te puede a ti suceder,

que a tal cuidado te obligue?

VALDIVIA. En ti mi remedio está.

HERNANDO. Señor, quien pena te da,
razón es que se castigue.

VALDIVIA. Si me descubres, Hernando,
¡vive Dios, que te he de dar (305)
de estocadas!

HERNANDO. Ve a jugar,
aunque no estarás jugando,
y déjame hacer a mí.

VALDIVIA. Voy en tu lealtad fiado;
¡págame haberte criado,
que está mi remedio en ti!

(Vase.)

HERNANDO. Aunque soy pobre cautivo,
soy bien nacido y leal;
este hombre es principal,
él me crió, con (306) él vivo:
sucédame mal o bien,
que le sirva es justo. (307)

(Sale LEONOR.)

LEONOR. Hernando,
¿fuése el Capitán?

HERNANDO. Jugando
está aquí cerca.

LEONOR. ¿Con quién?

HERNANDO. Sospecho (308) que con don
de don Antonio cuñado. [Juan,

LEONOR. ¿Cuñado?

HERNANDO. Ya está tratado. (309)

LEONOR. Mientras viene el Capitán
recógete, ¡por tu vida!,
que tengo un poco que hacer.

HERNANDO. ¿Es bañarte?

LEONOR. Puede ser.

HERNANDO. Tú serás de mí servida.

LEONOR. Ven mañana a mi aposento,
que te he de dar un vestido.

HERNANDO. Hoy ando (310) favorecido,
mas no por eso contento.

(Vase.)

(305) V: que te darc.

(306) V: y con.

(307) V: que yo le sirua es muy justo.

(308) V: entiendo.

(309) V: Faltan este verso y el anterior.

(310) V: oy entro.

(301) V: conuiniente. M: conuiente, sic.

(302) Falta este verso en M.

(303) V: quando sin honor.

(304) V: le.

LEONOR. ¡Dorotea! ¡Ah, Dorotea! (311)

(Sale DOROTEA.)

DOROTEA. ¿Para qué voces me das?

LEONOR. Turbada estoy.

DOROTEA. Sí estarás.

LEONOR. ¿Quién hay que mi intento crea?

DOROTEA. Luego que señor salió,
a don Antonio metí.

LEONOR. ¿Ya está don Antonio aquí?

DOROTEA. ¿Luego no quisieras?

LEONOR. No.

DOROTEA. ¿Pues no quedó en el concierto?

LEONOR. Confieso mi grande amor;
pero véncelo el temor,
que ya el honor está muerto.
¿Vino Lope?

DOROTEA. Y muy galán,
de pluma, espada y broquel.

LEONOR. Habla tú sola con él.

DOROTEA. ¿Qué temes?

LEONOR. Lo que dirán,
si este mancebo se alaba
de mi desdicha (312) en Sevilla.

DOROTEA. Entra, que no es maravilla
que en ti comienza ni acaba. (313)

LEONOR. Toda resistencia es poca
con amor determinado;
algún hechizo me ha dado. [loca.
Perdone Amor, que (314) estoy

(Vanse. Sale HERNANDO con una escalera.)

HERNANDO. La lealtad y la crianza
me han vencido y obligado.
Ya me parece que es tiempo...
Aquí la escalera traigo,
y esta espadilla también,
para ayudar a mi amo,
aunque confieso que estoy
(perdona (315) Leonor) turbado.
Arrimarla quiero aquí.

(Asómase en lo alto VALDIVIA.)

VALDIVIA. ¡Hernando! ¿Qué digo? ¡Hernan-
HERNANDO. Señor, ¿eres tú? [do!

VALDIVIA. Yo soy.

HERNANDO. Pues baja.

VALDIVIA. ¡Y cómo, pues hago
tanta baja del honor,
que tuve un tiempo tan alto!
La escalera de mi horca
me han puesto mis desengaños;
mas, ¡ay!, que todos la suben,
yo solamente la bajo (316);
otros suben a su honor
por escaleras y pasos,
que al honor siempre se sube,
y yo, por librarle (317), bajo;
pero no es mucho, si el mío
estaba depositado
en infierno de mujer,
que yo le cobre bajando.

HERNANDO. Baja, pues.

VALDIVIA. ¿Está ya dentro?

HERNANDO. Don Antonio y un criado
están ya dentro (318), señor.

VALDIVIA. ¡Guárdame esa puerta, Hernando!

(Vase.)

HERNANDO. ¡Pobre señora! Ya estoy
arrepentido.

(Dentro.)

VALDIVIA. ¡Villanos!
¡Así se limpia el honor!

(Herido DON ANTONIO.) (319)

ANTONIO. ¡Muerto soy!

VALDIVIA. ¡Yo sin agravio!

ANTONIO. ¡Favor, cielos! ¡Confesión!

VALDIVIA. La roja cruz de Santiago,

(Entrase cayendo, y sale VALDIVIA con la daga llena
de sangre, y su mujer por otra puerta.) (320)

como yo se lo había dicho,
sirvió a la espada de blanco.

(Entra tras la mujer.)

(311) V: Falta ha (sic) Dorotea.

(312) V: de mi deshonra.

(313) V: y acaba.

(314) V: Falta que.

(315) V: por doña.

(316) V: abaxo.

(317) V: cobrarle.

(318) V: estan a dentro.

(319) V: Sale don Antonio huyendo.

(320) M: Falta esta acotación.

LEONOR. ¡Valdivia, yo no te pido la vida!

VALDIVIA. Y aun fuera en vano.

LEONOR. El alma sola deseo.

VALDIVIA. ¡Pídela a Dios!

LEONOR. ¡Ay, tirano!

VALDIVIA. Entra, Hernando, a ver si muere.

HERNANDO. ¿Echaré el cuerpo en su estrado?

VALDIVIA. Sí, mas no podrás tú solo; aguarda, iremos entrambos.

(*Vanse. Salen LOPE y DOROTEA.*)

LOPE. ¡Ya los debí de haber muerto!

DOROTEA. ¡Ay, Lope, que estoy temblando!

LOPE. ¿Dónde nos esconderemos?

Que este Valdivia es un diablo, y como allá sucedió en Córdoba, al Veinticuatro (321), querrá matar las criadas, hasta los perros y gatos; y, si ha de matar los perros, escóndete.

DOROTEA. Pues, ¡lacayo!, también matará las monas.

LOPE. Ya suenan.

DOROTEA. ¡Triste! ¿Qué aguardo?

¡Voime a esconder!

LOPE. ¿Yo qué haré, que no sé la casa, y dando (322) de la ceniza en el fuego, vendré a caer en sus manos?

¡El sale! Aquí está un bufete: quiero meterme debajo.

(*Métese debajo de una mesa cubierta, y salen VALDIVIA y HERNANDO.*) (323)

VALDIVIA. ¿Cerraste?

HERNANDO. La llave es ésta.

VALDIVIA. Dame tinta.

HERNANDO. Voy volando.

(*Vase.*)

LOPE. ¡Santantón (324), cierra sus ojos!

(321) *V: en Cordoua el Veinticuatro. M: en Cordoua al veinte y quatro.*

(322) *V: ando.*

(323) *M: Falta la primera parte de la acotación.*

(324) *V: San Anton.*

VALDIVIA. Aun pienso que deste asalto (325) no he salido con la honra.

(*Trae recado de escribir HERNANDO.*)

HERNANDO. Aquí hay tinta y papel.

VALDIVIA. ¡Paso!

HERNANDO. Escribe, que yo te juro que a no habérsese escapado el lacayo por las tapias, que de un revés y dos tajos...

(*Escriba, dando puñadas.*) (326)

Pero no, que dos mojadas (327) le diera, al uso (328) del Rastro. ¡Enfadado me tenía el ver al (329) bellaconazo pasear por Dorotea, dando pecho, haciendo el bravo, el gallina!...

(*Cierre el papel, y dando muy recio sobre el bufete.*)

VALDIVIA. Toma, Hernando, este papel y esta llave, y a don Pedro Altamirano se le darás de mi parte.

HERNANDO. Voy.

VALDIVIA. Yo te quedo aguardando.

HERNANDO. ¿Adónde?

VALDIVIA. En la Madalena.

HERNANDO. ¡Que se me fuese el lacayo!

(*Vanse. Sale DOROTEA llena de harina.*)

DOROTEA. Desde una cesta de harina estuve atenta mirando cómo se han ido. ¡Ay de mí! Y el aposento cerrado, y donde Leonor y Antonio yacen, por tan triste caso. ¡Ay, cielos! ¿Si han muerto a Lope?

LOPE. ¡Dorotea!

DOROTEA. ¡Ay, cielo santo!

LOPE. ¡Cé! ¿Qué digo?

DOROTEA. ¿Dónde estás?

LOPE. Aquí estoy embufetado.

(325) *V: deste caso.*

(326) *V: Escriue dando golpes en la mesa.*

(327) *M: mohadas.*

(328) *V: a uso.*

(329) *V: el ver el.*

DOROTEA. ¿Aquí te metiste?

LOPE. Sí;
donde, escribiendo, tu amo
daba puñadas de ira,
de que me ha descalabrado.

DOROTEA. Sal fuera, ¡triste de ti!,
que pareces papagayo.

LOPE. Tanto temor he tenido,
que el bufete he perfumado;
mucho es que por el olor
no me sacase de (330) rastro.
A Monserrate he de ir.

DOROTEA. Pues dame, Lope, la mano (331),
que yo prometí lo mismo.

LOPE. Vamos juntos.

DOROTEA. Juntos vamos.

(*Danse las manos, y váyanse, y salgan DON PEDRO,
HORACIO, MAURICIO, y LEONELO, deudos suyos.*)

PEDRO.

No quise hacer aqueste casamiento
sin dar, como es razón, a todos parte.

HORACIO.

Ya os he dicho, don Pedro, lo que siento,
y que es noble don Juan por cualquier parte.

PEDRO.

Esa razón tomé por fundamento.

MAURICIO.

En galas y armas es Narciso y Marte.

LEONELO.

Yo os aseguro que doña Ana tiene
cuanto vos deseáis que le conviene.

Yo conocí sus padres (332) de ese mozo,
y sus inclinaciones he sabido
deste rapaz hasta salirle el bozo.

PEDRO.

Mis deudos sois; mi honor el vuestro ha sido.

HORACIO.

Destas bodas ya tengo el mismo gozo
que si fueran, don Pedro, de Leonido;
juntad luego estos años y estas galas,
y los Altamiranos y Zabalas.

¿Cuándo os hemos de dar mil parabienes
casando a don Antonio?

PEDRO.

Ese deseo
no me deja decir tan altos bienes
como tuviera deste rico empleo.

MAURICIO.

Pues dícenme que estado le previenes.

PEDRO.

Oblígame el peligro en que me veo.

(Sale JULIO.)

JULIO.

Este papel me ha dado aquel criado
del Capitán Valdivia.

PEDRO.

¿Otro recado?

Muestra (333).

LEONELO.

Yo pienso que casarle intenta
con doña Inés de Atienza.

HORACIO.

Yo, Leonelo,
con doña Elvira Salazar de Armenta. (334)

MAURICIO.

Muy ricas son las dos.

PEDRO.

¡Válgame el cielo!

LEONELO.

¿Qué es esto?

PEDRO.

A voces quiero daros cuenta,
parientes, de mi eterno desconsuelo:
¡muerto es mi hijo!

HORACIO.

¿Quién?

PEDRO.

Mi hijo Antonio,
que este triste papel es testimonio.

(330) V: no me sacasen del.

(331) V: pues damelo por la mano.

(332) V: los padres.

(333) V: amuestra.

(334) V: Vermenta.

Servía a una mujer casada (335), ¡ay, triste!, del Capitán (336) Valdivia, que me ha escrito dos veces que le (337) guarde.

MAURICIO.

Pues ¿qué hiciste?

PEDRO.

Echarle (338) de Sevilla solicito, engañóme y quedóse; ¿quién resiste tanto dolor, si a la razón permito que me saque de mí? Leed, parientes, tragedia igual, pues os halláis presentes.

(Lea LEONELO el papel.)

“Yo te escribí que don Antonio, tu hijo, solicitaba mi mujer, suplicándote que le refrenases, y no lo haciendo, te vine a hablar a tu casa y te avisé de que procuraba entrar (339) en la mía; no lo has hecho, ni como padre, ni como viejo; yo le (340) he hallado con doña Leonor, y los he muerto juntos (341) en mi aposento. En mi aposento quedan; ésa es la llave, y con esto Dios os guarde.—*El Capitán Valdivia.*” (342)

PEDRO.

¡Qué voces no daré! ¿De qué manera reprimiré mi mal?

MAURICIO.

¡Ea, señores!

¡El Capitán, y todo el mundo, muera!

PEDRO.

Venid a ver mis últimos dolores.

¿Dióte la llave?

JULIO.

¡Nunca me la diera!

PEDRO.

Muestra.

LEONELO.

Del arcabuz (343) son las mejores.

PEDRO.

El hombre me avisó, ¿de qué me quejo?

MAURICIO.

No (344) es tiempo de piedad, ni de consejo.

(*Vanse. Salen DOROTEA y LOPE, vestidos de peregrinos.*)

DOROTEA. ¿Animo te ha parecido?

LOPE. Pues ¿no lo es grande volver donde acabamos de ver lo que nos ha sucedido?

DOROTEA. Tengo ropa que llevar; que, aunque peregrina (345) voy, quiero ir como quien soy.

LOPE. Pues ¿cómo la has de sacar?

Que yo, Dorotea, en ver el bufete estoy temblando.

DOROTEA. Valdivia estará buscando el alma de su mujer;

no temas, que retraído quedaba en la Madalena.

LOPE. ¡Ruido notable suena!

¿Si la justicia ha venido?

¡Plegue a Dios que antes de ir a Monserrate a rezar no nos vengan a buscar!

DOROTEA. ¿Pues qué nos han de decir?

LOPE. De decir, no, que (346) no son gente que habla (347) tan bien; pero temo que nos den a cada cual su jubón.

DOROTEA. No vea a Valdivia yo, y venga lo que viniere.

LOPE. Su padre éste.

DOROTEA. ¿Qué quiere?

LOPE. Verle, y ver quién le mató.

(*Salen DON PEDRO, HORACIO, MAURICIO y LEONELO.*)

PEDRO.

Abrid aquea cuadra miserable, depósito de un mozo (348) mal logrado.

(335) *M: muger repetido; falta casada.*

(336) *V: con el Capitan.*

(337) *V: que se.*

(338) *V: echele.*

(339) *V: y te avisé que entraua a hablar.*

(340) *V: lo.*

(341) *V: Falta juntos.*

(342) *M: Termina en llave.*

(343) *V: alcabuz.*

(344) *V: ni.*

(345) *V: pelegrina; en la acotación anterior: pelegrinos.*

(346) *M: porque.*

(347) *V: hablan.*

(348) *V: deposito de un hijo.*

HORACIO.

No hay piedra que no lllore y que no hable.

MAURICIO.

Pienso que al mismo Sol le ha lastimado.

(*Descubren un tafetán, y vese DON ANTONIO, y Doña LEONOR muertos en un estrado.*) (349)

LEONELO.

¡Por Dios, que es espectáculo notable!
¡De suerte su dolor me ha procurado,
que voy a dar al Capitán la muerte!

(*Vase.*)

PEDRO.

¡Leonelo, espera; espera, primo; advierte...!

HORACIO.

Déjale ir, que no es honrado y noble
quien no le va a matar.

PEDRO.

¡Horacio, Horacio!

HORACIO.

¡Fuera ser yo con este pecho innoble!... (350)

MAURICIO.

Es oficio de amigo y de pariente.
¿Esto puedes sufrir?

PEDRO.

Yo siento al doble
el doloroso fin deste accidente;
mas veo que no ofende aquel que (351) avisa.

HORACIO.

¡De espacio estás!

PEDRO.

Para morir de prisa.

No saquéis las espadas, tiempo queda;
pero sacaldas, ¡muera el homicida!,

(349) *V*: Corren una cortina y vease a don Antonio y a doña Leonor muertos sobre un estrado.

(350) *V*: Fuera a ser yo; falta lo demás del verso.

(351) *V*: ofende quien.

que luego que mirarle muerto pueda,
yo sé que entonces cobraré la vida.

(*Sacan las espadas y vanse.*) (352)

LOPE.

A darle muerte van.

DOROTEA.

¡Dios les conceda

vitoria!

LOPE.

No es razón que a Dios lo (353) pidas.

DOROTEA.

Pues ¿de qué quieres, Lope, que yo trate?

LOPE.

De calabaza, alforja y Monserrate.

(*Vanse. Salen el ASISTENTE, criados y alabardas y DON JUAN.*)

ALGUACIL. A la torre se ha subido.

ASISTENTE. Eso de torre, ¿qué importa?
Haced fuego en esa puerta;
si no, es mejor que se rompa.

ALGUACIL. Dicen que tira ladrillos,
que no le tienen de costa
más que el alargar (354) la mano.

JUAN. Vueseñoría se ponga
a esta parte, porque yo,
a quien tanta parte toca,
porque ya como cuñado
del muerto el lugar me nombra,
con esta espada y rodela
tengo de subir, si arroja
rayos del cielo Valdivia.

ASISTENTE. Es hazaña peligrosa,
que un hombre desesperado
a todo mal se acomoda.

(*VALDIVIA, en lo alto, con dos ladrillos.*)

VALDIVIA. ¡Afuera de abajo, hidalgos;
que si alguno destos topa,
no se han de escapar, por Dios,
ni sombreros ni coronas!

(352) *M*: Falta esta acotación.

(353) *V*: le.

(354) *M*: arrojar.

ASISTENTE. Señor Capitán Valdivia,
¿cuánto ha que esta vara sola,
por ser del rey, no merece
mejores palabras y obras?
Por capitán general
de Sevilla y desta costa,
cuando no por ser quien soy,
merezco que me respondan
los soldados como vos
con respeto (355).

VALDIVIA. Que me oiga
suplico a vueseñoría.

ASISTENTE. A ser la distancia poca.
Bajad sobre mi palabra,
¡por vida del rey!, que sobra
decir por vida del rey,
que, aunque la tierra se rompa,
os guarde vuestra justicia.

(Dentro:) ¡Al arma! (356)

ASISTENTE. ¡Extraña cosa!
¿Qué gente es ésta?

JUAN. Los deudos
de don Antonio.

ASISTENTE. ¡Si hay horca
para el vulgo, habrá cuchillo
para quien se descomponga,
si tuviese dos mil cruces
y otras tantas, si es Mendoza,
Guzmán, Toledo o Manrique!

(Salgan todos con armas, y DOROTEA, y LOPE.)

FINARDO. Donde su voz interponga,
señor, vuestra señoría,
a nadie (357) el hablar le toca.

ASISTENTE. ¿Qué es esto, señor don Pedro?

PEDRO. Voces injustas y odiosas
a mi honor y a mis oídos.

ASISTENTE. Pues ¿qué haremos?

PEDRO. Que si tomas
mi parecer, baje aquí
Valdivia.

ASISTENTE. ¿A qué?

PEDRO. A cierta cosa.

ASISTENTE. Bajad, Valdivia.

VALDIVIA. Yo bajo,
con vuestra palabra sola
y a decir (358) lo que veréis.

(Sale DOÑA ANA y el ESCUDERO.) (359)

ASISTENTE. ¡Valor tiene!

PEDRO. El mundo asombra.
¿Aquí estás, Ana?

ANA. ¿No quieres
que con tan justa congoja
perdiese el (360) autoridad?

PEDRO. Ana, la furia reporta:
ya está don Antonio muerto (361).

(Sale VALDIVIA.)

VALDIVIA. Con la sangre generosa
que heredé de mis abuelos (362),
y aquel honor que se compra
en Flandes con mil heridas,
de que yo sé que me abonan,
más que la fe de papeles,
la Infantería española,
vengo a sustentar aquí
que fué Leonor alevosa,
y que, de mi honor guiado
para conseguir vitoria
tan justa como es la mía,
ya por papel, ya en persona,
previne a don Pedro el caso
que de don Antonio llora;
yo le avisé, yo le quise
guardar su hijo; responda
si es todo aquesto verdad.
PEDRO. Verdad es.

VALDIVIA. Pues digo agora
que a quien mal le ha parecido
que haya cobrado mi honra,
miento, y lo sustentaré.

PEDRO. No será, Valdivia, a solas,
que yo he de estar a tu lado;
porque hazaña tan honrosa (363),
al mismo padre del muerto
obliga a envidiar tu gloria.

JUAN. ¿Eso haces?

PEDRO. Esto hago;
y para que correspondan
las obras a las palabras,
don Juan, escucha, y perdona:
doy al Capitán Baldivia
mi hija doña Ana.

(359) M: Falta esta acotación.

(360) V: la.

(361) V: A continuación: Valdivia sale, como si
fuera verso.

(362) V: aguelos.

(363) V: eroica.

(355) V: Falta este medio verso.

(356) V: Repetido al arma.

(357) V: a naide.

(358) V: y a de ser; dos versos antes: ya baxo,

ASISTENTE. Es cosa
digna de tal caballero.

PEDRO. Desta manera se cobra
un hijo muerto, parientes.

JUAN. Pues ¿cómo a mí me despojas
de lo que me has prometido,
y a un hombre que aún tiene ro-
la espada de sangre tuya [ja (364)
das tu hija?

PEDRO. Esto me importa.
Dale, doña Ana, la mano.

ASISTENTE. ¿Qué antigua o moderna historia
cuenta (365) escribe ni celebra
hazaña tan valerosa?

PEDRO. Doyle treinta (366) mil ducados

(364) *V: que tiñe roja.*
(365) *M: cuerda.*
(366) *V: Por errata: trita.*

de (367) dote.

VALDIVIA. A esos pies se postra
un esclavo.

LOPE. Agora es tiempo
de que a Lope reconozcas:
criado soy de Valdivia.

VALDIVIA. ¿Es Dorotea tu esposa?

DOROTEA. Sí, señor.

PEDRO. Yo me he vencido
para que quede en memoria
con una hazaña tan alta,
tuya en acabarla toda,
mía en comenzarla aquí:
La vitoria de (368) la honra.

FIN

(367) *V: en.*
(368) *V: por.*

COMEDIA FAMOSA

DE LA

VIUDA, CASADA Y DONCELLA

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES:

CLAVELA.
LEONORA, *criada*.
ALBANO, *viejo*.
LIBERIO, *caballero*.
FELICIANO y LAURENCIO,
hermanos.

CELIO, *criado*.
TANCREDO, *criado*.
OTAVIA.
LUPERCIO, *capitán*.
UN ALFÉREZ.
UN PILOTO.

HAQUELME.
BUACÓN.
TARIFE.
HABRÉN.
FÁTIMA.
ARDIN.

ACTO PRIMERO (1)

(*Salen CLAVELA leyendo en un papel, y LEONORA, criada.*)

CLAVELA. "Todo, en efeto, soy vuestro.
Feliciano."

LEONORA. ¿Y se nombró?

CLAVELA. Así fué concierto nuestro.

LEONORA. Quien papel de amor firmó,
no estaba en amores diestro.

CLAVELA. ¿Por qué no se ha de firmar?

LEONORA. Porque viniéndose a hallar (2)
no se sepa quién lo escribe.

CLAVELA. La ley de Amor lo prohíbe,
pero no la del casar.

Cuando dos están dispuestos
sólo a tenerse afición,
van con tales presupuestos;
que, en efeto, (3) entonces son
los papeles poco honestos;

pero cuando sólo es
por otro honrado interés,
cuantos papeles escribo
son cédulas de recibo
para ejecutar después.

LEONORA. Términos (4) ejecutorios

en amor son excusados,
y peligros muy notorios,
que anden papeles firmados
por audiencias y escritorios.

Cuando se escriba (5) muy llano,
el verle en público duele;
que el papel más cortesano,
necio muchas veces suele
parecer en otra mano;

quien lenguas teme y jueces,
si es discreto, y que se aparta
deste error a que te ofreces,
para firmar una carta
antes la lee seis veces;

yo con éstos me acomodo,
y sigo su estilo y modo,
que nunca he visto medrar
quien responde sin pensar
y es hombre que firma a todo.

CLAVELA. Ya me parece que lecs
la cátedra (6) de escribir;
pero, cuando más te emplees
en quererme persuadir,
sé que lo contrario crees.

No puede hacer ningún hombre,
que su amor lícito nombre,
cosa más justa y fiel
que enviar en su papel
escrito su propio (7) nombre;

(1) *Ba: Comedia famosa. Donzella, Viuda, y Casada. De Vn Ingenio desta Corte. Está dividida en jornadas.*

(2) *B: Porque viesse a hallar, sic. Ba: Porque si se viene a hallar.*

(3) *Ba: Siempre efeto.*

(4) *M y B: Tenemos.*

(5) *Ba: escribe.*

(6) *M y B: catreda. Ba: cathreda.*

(7) *Ba: Siempre proprio.*

que, fuera de que enternece,
como retrato parece,
y, al fin, quien firma asegura
de que lo honesto procura
y pide lo que merece.

Pero, hablando claro aquí,
yo entiendo tu intento vano,
porque te parece a ti
que en firmarse Feliciano
toma posesión de mí;

aquí está la envidia (8) tuya,
este fué tu desvarío;
mas desta firma se arguya
que en sólo firmarse mío
me vienc a ganar por suya.

Esto ha de ser, no otra cosa.

LEONORA. No dices bien envidiosa,
mas celosa de tu bien,
y deja un poco el desdén,
pues te precias de amorosa;
que todo aqueste misterio
consiste en tu bien, que es llano
de tu padre el vituperio
si, queriendo a Feliciano,
has despreciado a Liberio.

CLAVELA. ¡No lo nombres!

LEONORA. Pues ¿su nombre
te ofende?

CLAVELA. Una cosa entiende,
aunque ser contra él te asombre:
que también el nombre ofende
cuando se aborrece el hombre.

LEONORA. ¿Y si pierde Feliciano
el pleito, y tu padre Albano
te da a Liberio por fuerza?

CLAVELA. Amor entonces me esfuerza
matarme con propia mano.

LEONORA. Que ya no es tiempo de Roma.
Por fábula y disparate
en este tiempo se toma
haber Julia que se mate
ni Porcia que brasas coma.

Que son, como el mundo está,
los Brutos muy brutos ya
y las Porcias muy escasas
de boca para las brasas
que tan ciego Amor les da.

Quiere a Liberio, señora,
y tus padres obedece.

CLAVELA. Ya estás muy necia, Leonora.

(Salen ALBANO, viejo, y LIBERIO, caballero.)

ALBANO. Si el perderos me entristece,
el alma os lo dice agora (9);
que harto es verla por los ojos,
desta pena humedecidos.

LIBERIO. Si Amor sólo fuera antojos,
y el perderle a los sentidos
diera solamente enojos,
fuera consuelo de amor
la esperanza del rigor
de quien me ha tratado así (10);
pero también pierdo aquí
parte alguna de mi honor.

ALBANO. Esa a ninguno deshonra
no habiendo en esto malicia,
que antes la sentencia os honra,
pues los pleitos dan justicia,
pero no quitan la honra.

Mi hija, si ya es mi hija,
confiesa que da la mano,
aunque a sus padres aflija,
a (11) este indigno Feliciano,
en su relación prolaja.

Quiérello por su marido;
hoy hacc un año que ha sido
el pleito matrimonial
en la Audiencia Arzobispal,
de todas partes reñido.

Porfiaste, porfié;
pudo más su grande amor,
que amor en efeto fué;
luego no perdéis honor
de que la mano le dé.

Ya creo que le he perdido,
pues picrdo tal yerno en vos.

LIBERIO. Yo he perdido hasta el sentido.
No fué voluntad de Dios
que yo fuese su marido.

Pero, pues Clavela agora
se ofrece a los ojos tristes
de quien la pierde y la adora,
y ya por fuerza le distes
a quien de yerno os mejora,
antes que se la entreguéis,
suplicoos que me dejéis
darle esta nueva primero.

(9) Ba: el alma lo dice aora.

(10) Ba: Siempre así.

(11) M y B: Falta a.

(8) Ba: Siempre invidia.

ALBANO. Llegad, que a esta parte espero;
licencia os doy que la habléis.

CLAVELA. ¿Qué vendrán los dos tratando?

LEONORA. Que te cases con Liberio.

CLAVELA. Quiere hablar, y está dudando.
Sin duda tiene misterio
irse mi padre apartando.

LIBERIO. Clavela hermosa y discreta,
¿qué albricias me quieres dar?

CLAVELA. Pues ¿hay de qué las prometa?
que suele a veces estar
la pena en el bien secreta,
y es traza del enemigo
dar por regalo castigo.

LIBERIO. Acabado el pleito nuestro,
no soy enemigo vuestro,
sino verdadero amigo.

CLAVELA. ¿Luego el pleito se acabó?

LIBERIO. Señora, sí.

CLAVELA. ¿Y quién ha sido
el que ha vencido? Hablad.

LIBERIO. Yo.

CLAVELA. ¿Luego ya sois mi marido?

LIBERIO. Sí, señora; digo, no.

CLAVELA. Ya estaba fuera de mí.

LIBERIO. Pues vuelvo a decir que sí.

CLAVELA. ¿Es sin duda?

LIBERIO. No, señora.

CLAVELA. Pues ¿cómo vencéis ahora?

LIBERIO. Porque vencido, vencí.
Deseaba yo agradaros,
que ésta fué toda mi gloria.
Ganaros era enfadaros;
luego vencido, es vitoria (12)
perderos por no cansaros.
Perdí y vencí, porque fuí
el que os agradé, y perdí,
que si os ganara, perdiera,
pues tanto disgusto os diera,
que es lo que no pretendí.
Ya sois de aquel Feliciano
que vos amáis justamente,
y pues ya ser vuestro es llano,
acertastes llanamente
en darle palabra y mano,
que es honrado caballero,
y más que yo bien nacido;
que no soy yo tan grosero
que compre un amor fingido
por mi riqueza y dinero.

(12) Ba: Siempre victoria.

Amalde (13), que es hombre gra-
en cuyo mérito cabe [ve,
todo el lustre y (14) hidalguía,
que a quien vos sois se desvía
y que todo el mundo sabe.

Y aunque han sido extrañas
[pruebas,
que por hombre me tengáis,
de Roma, Grecia o (15) de Tebas,
quiero yo que me debáis
haberos dado estas nuevas;

que, aunque os he dado disgusto
con éste mi pleito injusto
y en nada os pude agradar,
ya no me podréis (16) negar
que me debéis este gusto;

que yo puedo, de mi intento,
ya la esperanza perdida,
con este buen pensamiento,
pues hice cosa en mi vida
en que os diese algún contento.

Y aun a quien ha pretendido
casarse, y es desechado,
venganza ordinaria ha sido,
que ya con otra ha casado,
su dama entienda su olvido.

Yo le hago voto al cielo
de no casarme jamás
si no es con vos, que recelo
que pueden los tiempos más
y las mudanzas del suelo.

Y bien creeréis que os prefiero
a (17) muchas que hoy desespero,
que alguna codicia doy,
porque en los tiempos de hoy
se estima mucho el dinero.

Y aunque no lo habéis queri-
es porque sólo de amor [do (18),
fuera el dinero mentido,
que es grave competidor
y no puede ser vencido.

Con tanto, me voy, señora,
donde lllore mis desdichas,
que pues que mueren ahora (19)
con vos mi pasadas dichas,
justamente el alma llora.

(13) Ba: amalde.

(14) Ba: e.

(15) Ba: u.

(16) B y Ba: podeys.

(17) M y B: Falta a.

(18) Ba: y quando no haveys querido.

(19) Ba: Siempre ahora.

De luto me vestiré,
pues hoy murió (20) para mí,
Clavela, y mi mujer fué.
Ruego al cielo desde aquí
que muy larga vida os dé.

Que os regale noche y día,
que mucho me pesaría
de que no os tratase bien,
siendo vos la vida en quien
muere y vive el alma mía.

(Vase.)

LEONORA. ¿No te mueve a compasión
ver que se parte llorando?

CLAVELA. No, que de su llanto al son
está mi alma cantando
de mi amor la perfección. (21)

ALBANO. ¿Fuése Liberio?

CLAVELA. Ya es ido.

ALBANO. ¿Sin despedirse de mí?

LEONORA. Iba un poco enternecido.

CLAVELA. Tuvo vergüenza de ti.

ALBANO. Y la que tú no has tenido.

¿Sabes ya tu casamiento?

CLAVELA. Sí, señor.

ALBANO. Pues en mi casa
no tendrás este contento;
donde quisieres te casa.
Bástame el pesar que siento.

CLAVELA. Señor...

ALBANO. No repliques nada,
que esto he dicho a Feliciano.

CLAVELA. Yo he de hacer lo que te agrada.

ALBANO. No casada por mi mano,
no pienso verte casada.

(Vase.)

LEONORA. El se fué.

CLAVELA. Yo me quedé,
aunque tristeza he fingido,
alegre de que se fué.
Ya es mi padre mi marido;
basta que Dios me le dé.

LEONORA. Contenta estás.

CLAVELA. En extremo.

(Salen FELICIANO, LAURENCIO, hermano suyo; y CELIO, criado.)

FELICIANO. Entra, pues, que a nadie temo.

LAURENCIO. Clavela está aquí y Leonora.

CLAVELA. Feliciano.

FELICIANO. Mi señora.

CLAVELA. Llegasteis a vela y remo.

A gran tiempo habéis venido.

FELICIANO. Por este mar de mi amor
a mi esperanza, he (22) tendido
a los vientos del favor
las velas de mi sentido.

¿Ya sabéis todo el suceso?

CLAVELA. Sé que soy vuestra mujer,
y que por tal me confieso.

FELICIANO. Y yo sé que he de perder,
de puro contento el seso.

Vuestro padre me ha mandado
que os saque de aquí, enojado;
yo, que eso sólo deseo,
apenas el punto veo
que esté con vos desposado.

Un coche he traído aquí;
vos, con Laurencio, mi hermano,
iréis a su casa así.

CLAVELA. Donde mande Feliciano,
que es hoy el que manda en mí,
pasaré con rostro igual
el regalo o (23) el desdén
un siglo, un tiempo inmortal,
que sin vos no quiero bien
ni con vos temo algún mal.

FELICIANO. Justamente le debéis
al corazón que os adora
esa merced que le hacéis,
y, si es posible, señora,
mi infinito amor crecéis.

Aunque pobre caballero,
regalaros tanto espero,
que vuestro padre agraviado
más me quiera ya casado
que me aborreció soltero,
que en casamiento a disgusto
del padre alcanza perdón
hacer el yerno lo justo,
cumplir con su obligación
y dar a su esposa gusto.

LAURENCIO. Celio, ¿llega el coche?

CELIO. Ya
sonando a la puerta está
el carro de Proserpina.

(20) En las tres ediciones: *pues hoy muero.*

(21) *Ba*: Siempre *perfección*.

(22) *M* y *B*: Falta *he*.

(23) *Ba*: *u*.

FELICIANO. Alza el estribo y cortina.
y tú esa mano me da.
LAURENCIO. ¿No es mejor que yo la (24) lle-
FELICIANO. Déjame asir esta nieve. [ve?
CELIO. Dadme vos ese carbón.
LEONORA. ¿Más que busca un bofetón?
CELIO. Toca.
LEONORA. Llegue.
CELIO. Acaba.
LEONORA. Pruebe.

(*Vanse, y salen LIBERIO, y TANCREDO, criado suyo.*)

TANCREDO.

Mal parece en extremo
que haga un hombre noble
esas (25) locuras en las calles públicas.

LIBERIO.

Donde es público el daño
no lo será la pena;
mayores son las tuyas, aunque vienen
en forma de consejos.
Perdí mi amada esposa,
perdí, Tancredo amigo,
mi querida Clavela.
¿Qué digo que perdí? ¡Perdí la vida,
y traigo el alma en punto
que puede ser perdello (26) todo junto!
Si se queja el cautivo
que ha perdido su patria;
si el que jugó, porque perdió su hacienda;
si el mercader se queja
del mar inexorable,
y si el enfermo del dolor se queja,
también he yo perdido
patria, hacienda y tesoro,
con dolores padezco,
también estoy doliente:
mercader, jugador y enfermo he sido.
Déjame de mil modos
contra todos quejarme como todos.
¡Oh, engañados jueces;
oh, fingidos testigos;
oh, sentencia, contraria a mi justicia;
oh, falso Feliciano;
oh, enemiga Clavela!...
Pero ¿cómo blasfemo de dos ángeles?

¡Oh, Feliciano ilustre;
oh, Clavela divina;
oh, jucces piadosos;
oh, testigos fieles;
oh, sentencia, justísima, debida!
¡Todos, todos sois justos,
y yo también en padecer disgustos!

TANCREDO.

A compasión me mueves;
mas mira, por tu vida,
que es de los sabios el mudar consejo.
Vuelve tú por ti mismo;
conoce que te afliges,
porque es imposible, siendo ajeno,
que el entendimiento
que busca lo imposible
muy cerca está de loco.

LIBERIO.

Pues ¿hay algún remedio
para mi mal, Tancredo, en todo el mundo?

TANCREDO.

Y aun muchos juntos vienen;
falta a la muerte; los demás le tienen.

LIBERIO.

Di presto, que me muero;
di presto, que ya expiran
la vida y la esperanza; que ésta sola
tiene asida la vida,
aunque a pesar del alma.

TANCREDO.

Mujer te ha de curar.

LIBERIO.

¿Es hechicera?
¿Quiéresme dar hechizos?
¿Quiéresme dar acaso
este libre albedrío
que Dios me dió tan mío?

TANCREDO.

De ninguna manera tal intento,
porque yo jamás creo
que se sujete a hechizos el deseo.
Si curan los contrarios,
como es cosa ordinaria,
en el antor, Liberio, es de otra suerte:
con lo mismo se cura.

(24) *M y B:* Falta la.

(25) *Ba:* estas.

(26) *Ba:* perderlo.

LIBERIO.

¿Querrás decir que ame?
¡Oh, temerario loco! ¿Cómo puedo
bajar de un ángel único
a una mujer humana?

TANCREDO.

Déjate de locuras.
Aquí una hermana vive
del dichoso contrario de tu gloria.

LIBERIO.

¿De Feliciano?

TANCREDO.

El propio.

LIBERIO.

Pues espera, que no es remedio impropio.

TANCREDO.

¿Cómo impropio? Es hermosa
por todo extremo Otavia (27).

LIBERIO.

Parece que me vengo si la sirvo,
y amor todo es venganza.
¿Pero cómo no vive
en cas de Feliciano esta señora?

TANCREDO.

Porque en cas de un soltero
no hay tanto encerramiento
como pide su estado.

LIBERIO.

¿Si está agora en la boda?

TANCREDO.

No puede ser, que están los dos reñidos
sobre pleitos de hacienda,
que el dinero no hay sangre que no ofenda.
Llegar puedes a hablarla,
que a la ventana sale,
con achaque de darle aquesta nueva.

LIBERIO.

Sí; pero no; ya hice voto (28)
de no casarme al cielo.

TANCREDO.

¿Delante de qué imagen?

LIBERIO.

De Clavela.

TANCREDO.

Pues bien puede ser quebrarlo (29)
que es imagen del mundo;
Para el templo de idólatras
ya no valen los votos.

LIBERIO.

Yo cumpliré el que hice a su hermosura.

TANCREDO.

Sí; pero también piensa
que no admite los votos en su ofensa.

(Sale OTAVIA, en alto.)

OTAVIA. ¡Ah, caballero!

LIBERIO. Señora.

OTAVIA. Llegad a esta celosía,
si en ley desa cortesía
es justo atreverme agora.

TANCREDO. La misma ocasión te llama.

LIBERIO. Yo lo tengo a buena suerte.

OTAVIA. Como no hay lugar tan fuerte
que no se rompa, la fama
desde este balcón he oído,
no sé si es nueva o novela,
que esta noche, de Clavela
es Feliciano marido,
y, pues en esta ciudad
son conocidos, espero
saber, pues sois caballero,
del suceso la verdad.

LIBERIO. Ansí, mi señora Otavia,
yo lo estuviera con vos.

OTAVIA. ¿Que es verdad?

LIBERIO. Verdad, ¡por Dios!,
si el deseo no os agravia;
que es hacer comparación
de vuestra sangre a la mía
y de la noche y el día,
la luz y la confusión.

OTAVIA. Pues ¿quién es vuesa merced?

LIBERIO. Liberio soy.

OTAVIA. Sois muy noble.

(27) *Ba.*: Siempre *Octavia*.(28) Así el verso en las tres ediciones. Tal vez
sobra *ya*.(29) Así el verso en las tres ediciones. Acaso:
pues bien puedes quebrarlo.

LIBERIO. Agora me estimo al doble,
pues vos me hacéis tal merced.

OTAVIA. A quien sois se debe todo.

LIBERIO. Y del alma habrá hermosura.

OTAVIA. Yo lo tuviera a ventura.

LIBERIO. Yo mi bien del mismo modo.
(Ap.) No va muy malo hasta

TANCREDO. ¿Y el voto? [aquí.]

LIBERIO. No le he quebrado.
Tancredo, no estoy casado;
no seas (30) fiscal contra mí.

OTAVIA. ¿Oís, Liberio?

LIBERIO. ¿Señora?

OTAVIA. ¿No amábades a Clavela?

LIBERIO. Un tiempo, señora, améla;
pero aborrézcola agora.

TANCREDO. Prosigue, y ni aun la nombres.

LIBERIO. Ya estoy de todo olvidado.

TANCREDO. Este desprecio abrasado
es ordinario en los hombres.

OTAVIA. Pues ¿el pleito ¿quién le ha-

LIBERIO. Cuando amaba le traté; [cía? (31)]
pero por vos le dejé,
adorada Otavia mía;
que nunca aquesta sentencia
hoy se diera contra mí,
si no fuera porque os vi,
que fué quien dió la licencia.

OTAVIA. ¿Vos a mí, dónde?

LIBERIO. En San Juan,
el domingo, en el sermón,
siendo de mi corazón
vuestros ojos piedra imán.

OTAVIA. Estuviera agradecida
si os hubiera visto a vos.

LIBERIO. Tancredo, ¡mal me haga Dios,
si la vi en toda mi vida!

TANCREDO. ¡Pues qué tierna está la boba!

LIBERIO. No sé qué humor las gobierna,
que (32) cualquier palabra tierna
el alma y vida le[s] roba.
Desde que la mujer nace,
pensando está el casamiento,
y en el aborrecimiento
desde el punto que le hace.
¿Qué haré de aquesta mujer?

TANCREDO. Casarte.

LIBERIO. ¿Y el voto?

TANCREDO. El voto,

decirle a un padre devoto
que te le pueda absolver;
donde no, Roma está ahí.

LIBERIO. Mejor dijeras Clavela.

TANCREDO. Mientras te duele esa muela,
no pienso creer en ti (33).

LIBERIO. ¿Estará ya desposada?

TANCREDO. Para lo que Otavia piensa,
es extremada esa ofensa.

LIBERIO. Pues luego ¿dáseme nada?

TANCREDO. Mira que aquesta es posible,
y que esotra no lo es.

LIBERIO. Y, Tancredo, ¿tú no ves (34)
la gloria de lo imposible?

TANCREDO. La noche nos ha cubierto;
hachas y gente ha pasado.

LIBERIO. Si él la pasa desvelado,
yo la pasaré despierto;
pero será desigual
su descanso de mi llama,
que él la pasará en la cama,
y yo midiendo un portal.
¡Un bravo susto me ha dado!
Dile que se quede adiós.

TANCREDO. ¿Yo, señor?

LIBERIO. Tú, por los dos.

TANCREDO. ¡Gentil galardón le has dado!

LIBERIO. ¿Qué le debo, majadero?
Por un rato me entretuvo,
mientras de por medio estuvo
toda esa pared de acero.
¿Resulta pleito de aquí?
Ya tengo que le pasar.

TANCREDO. Ya, Otavia, os podéis entrar.

OTAVIA. ¿Fuése ya Liberio?

TANCREDO. Sí.

OTAVIA. ¿Cómo no se despidió?

TANCREDO. Por la gente que pasaba.

LIBERIO. Déjala pues; necio, acaba.

TANCREDO. ¿Mándasle que vuelva, o no?

OTAVIA. Dile que esta noche vuelva.

TANCREDO. Adiós, mi señora.

OTAVIA. Adiós.

LIBERIO. ¿Enamoráisos los dos,
o aguardas que se resuelva?
No fuera Clavela así,
¡ah Dios! Mas, como en belleza
excede a Naturaleza,
también en ser contra mí.
¡Tan desesperado estoy,

(30) *Ba: scays.*

(31) *Ba: quien lo haria.*

(32) *M y B: quando.*

(33) *Ba: Faltan este verso y los tres anteriores.*

(34) *M y B: y Tancredo tu no lo ves.*

que no sé dónde me vaya!
Vamos, Tancredo, a la playa.

TANCREDO. ¿Qué playa? Acostarme (35) voy.

LIBERIO. ¡Tente!, no me dejes solo;
vámonos a casa a armar,
que en su puerta me ha de hallar
desde su ventana Apolo.

TANCREDO. Ya, señor, no te aconsejo,
que sé de experiencia y fama
que seguir a un hombre que ama
es pedir gusto a un espejo.

(*Vanse, y salen de la mano CLAVELA y FELICIANO,
LAURENCIO, CELIO, LEONORA.*)

FELICIANO. Cesen las fiestas, Laurencio;
váyanse esos embozados.

LAURENCIO. Todos están sosegados,
y puerta y casa en silencio.

FELICIANO. Para el que ama, ¿qué más fiesta
que su propia soledad?

CLAVELA. En ecos, mi voluntad
os da la misma respuesta.

FELICIANO. Fiesta que impide el deseo,
¿cuál necio fiesta la llama?

CELIO. A la fiesta de la cama,
Leonora, espera el torneo.

¿No tienes alguna envidia?

LEONORA. ¿Yo, de qué?

CELIO. De ver los dos
tan a servicio de Dios.

LEONORA. Más me alegra que fastidia.

CELIO. ¿Posible es que has de pasar
esta noche en confusión
de aquesta imaginación,
pudiéndola tú gozar?

LEONORA. ¿Quieres dejarme, demonio,
o daré voces aquí?

CELIO. ¿Tan malo soy, ¡pesa a mí!,
para el santo matrimonio?

LEONORA. ¿No adviertes que nos oirán?

CELIO. ¡En eso estarán, por Dios!
Que no se acuerdan los dos
de la casa donde están.

FELICIANO. Ve, Laurencio, a prevenir
que se sosiegue la gente.

LAURENCIO. Voy a cerrar.

(*Vase LAURENCIO.*)

(35) *Ba: a acostarme.*

LEONORA. ¡Celio, tente!

Creo que nos han de oír.

CELIO. ¿Quieres ver cuán embebidos
mi amo y Clavela están,
y cómo no nos oirán
más que cuando están dormidos?

Pues ¿cuánto va que, si quicre,
le quito la espada y capa
sin que lo sienta?

LEONORA. Ya escapa
de loco y da en majadero.

Celio, vete enhorabuena.

CELIO. Yo voy, ponte aquí delante,
porque veas que un amante
ni tiene gloria ni pena.

LEONORA. Quitándole está la espada;
ya le saca de la hebilla
la belicosa cuchilla
y la guarnición dorada.

¿Hay tal estar transformado?

¡La capa también le quita!

CELIO. ¿Ves cómo un amante imita
un hombre en mármol labrado?

Dame esos brazos agora,
y esta noche nos casemos.

(*Ruido dentro de espadas.*)

(*Dentro:*) ¡Aunque te pesce, entraremos!

LAURENCIO. ¡Fuera!

FELICIANO. ¿Qué es esto, señora?

CLAVELA. ¡Espadas son, ay de mí!

FELICIANO. Pues ¿cómo no tengo espada?

CLAVELA. ¿No está esa puerta cerrada?

FELICIANO. ¿Y mi espada?

CELIO. Vesla aquí.

CLAVELA. ¡No salgáis, por vida mía!

FELICIANO. ¡Fuera, soltadme!

CLAVELA. ¡Traidor!

¿Armas diste a tu señor?

CELIO. ¿Por qué no, si las pedía?

CLAVELA. ¡Corre a ver en lo que para!

(*Vanse, y queda CLAVELA y LEONORA.*)

LEONORA. ¿Si es tu padre?

CLAVELA. Pues ¿qué quiere,
si no es que por verme muere
en una infamia tan clara,
pues desposada estoy ya?

LEONORA. ¿Liberio fué, por ventura?

CLAVELA. Pues Liberio, ¿qué procura
con quien ya casada está?

LEONORA. Por dicha vino embozado,
y, sobre entrar o no entrar,
quiso tu casa alterar,
como hombre desesperado.

(Sale LAURENCIO.)

LAURENCIO. ¡En triste punto se han hecho
tus bodas, Clavela triste!

CLAVELA. De sangre y luto me viste
la voz que arrojas del pecho.
¿Qué ha sucedido?

LAURENCIO. Venía
con un escuadrón de amigos,
de su inorancia (36) testigos,
Liberio a tu casa y mía,
y, sobre entrar o no entrar,
para mí metieron mano,
cuando llega Feliciano...

CLAVELA. ¿Es muerto?

LAURENCIO. Déjame hablar.

CLAVELA. ¡No quiero! ¿Es muerto?

LAURENCIO. Mató,
ciego de cólera, Alberto (37),
de Liberio hermano.

CLAVELA. ¿Es cierto?

LAURENCIO. Cierto, pues lo he visto yo.

CLAVELA. Del mal, lo menos, Laurencio;
en parte me has consolado.
¿Y va huyendo?

LAURENCIO. Estoy helado;
del muerto no diferencio.

LEONORA. ¡Señora!

CLAVELA. No me gobiernes,
que mejor es que te apartes.

LEONORA. ¡Triste boda!

LAURENCIO. Como en martes.

CLAVELA. ¡Más trágica fuera en viernes!

(Vanse, y sale CELIO y FELICIANO.)

CELIO. Envaina, señor, la espada.

FELICIANO. No temas; ve a lo que digo.

CELIO. Aquí vive don Rodrigo,
y está su puerta cerrada.

FELICIANO. Llama en casa de don Juan.

CELIO. Créeme, y caballos toma.

FELICIANO. Acá no hay tierra de Roma.

CELIO. Sí; mas sus deudos ¿qué harán?

FELICIANO. Bien dices; quiero tomallos,
y embarcarme a Italia luego.
¿Aquí no vive don Diego?
Llama, y pide esos caballos.

CELIO. Abierto he visto el portal.
Entra.

FELICIANO. ¡Que ponga la espuela
antes que goce a Clavela,
no puede ser mayor mal!

(Vanse, y sale OTAVIA en hábito de hombre.)

OTAVIA. A las bodas de mi hermano,
con disfrazado vestido,
curiosamente he venido,
y habrá de salirme en vano;
que no me atrevo a llegar,
tanta es la gente y las voces.
¡Cuánto, oh noche, desconoces;
cuánto sabes disfrazar!

Con razón, noche gallarda,
llamaron santo a tu manto;
porque si el silencio es santo,
nadie como tú le guarda.

Pero ¿qué será de mí?
Esta máquina de gente...

(Salen ALBANO y CLAVELA.)

ALBANO. Tu padre tienes presente,
aunque tu enemigo fui;
ven a mi casa, por sola
y por mujer desdichada.

OTAVIA. ¿No es ésta la desposada?

ALBANO. Traed esas hachas, ¡hola!

CLAVELA. Conozco, padre y señor,
que el casarme a tu disgusto
ha sido castigo al susto
de mi amor y de mi error;
mas, ya que de mi marido
desamparada he quedado,
no es justo hallarte enojado,
cuando remedio te pido.

ALBANO. ¡Tú quedas buena, por cierto,
casada sin ver con quién!
Y tu marido también,
sin mujer, y un hombre muerto.

¿Ves cómo quien no obedece
a los padres, Dios permite
que aquello el tiempo les quite
que el mismo tiempo le ofrece?

¿De qué te sirvió tu amor
y el ansia por Feliciano,

(36) Ba: ignorancia.

(37) Ba: a Alberto.

que aún no le has dado la mano cuando conoces tu error?

No te quiero afligir más; soy padre, y mándame el cielo que hoy asista a tu consuelo y no te falte jamás.

Entra en tu primera casa, donde naciste y viviste, casada y viuda triste.

(*Vanse, y salen LIBERIO, TANCREDO.*)

LIBERIO. ¿Qué gente?

OTAVIA. Un hombre que pasa.

LIBERIO. ¡A propósito! ¡En verdad vos respondéis a concierto, habiendo en la calle un muerto, y alterada la ciudad!

Desembozaos.

OTAVIA. No podré.

LIBERIO. Pues confesaos agresor.

OTAVIA. Oíd aparte, señor.

LIBERIO. Todo el mundo a punto esté.

OTAVIA. Bien podéis llegar seguro.

LIBERIO. ¿Quién sois?

OTAVIA. Soy una mujer, que por veniros a ver todo mi honor aventuro.

LIBERIO. ¿Otavia?

OTAVIA. La misma soy.

LIBERIO. ¿Sabéis lo que ha sucedido?

OTAVIA. En este punto he venido, y en vuestras manos estoy.

Pensé veros sin que fuera vista de vos; mas, pues ya mi honor en tal punto está que otro remedio no espera, disponer podéis de mí como caballero honrado.

LIBERIO. Si hasta aquí no lo he mostrado hoy lo verá el mundo aquí (38).

(38) En las tres ediciones:

[OTAVIA.] *Disponer podeys de mí como cauallero honrado.*

LIBERIO. *Si hasta aquí no lo he mostrado.*

OTAVIA. *Triste de mí que os he amado oy lo verá el mundo aquí.*

El verso *triste de mí que os he amado* corresponde a la última redondilla de esta escena, siendo el penúltimo de la columna *a* del folio 198 de *M*. Es una errata por trasposición de línea, pues coincide el final de las redondillas con el de la columna *b* del

Vuestro hermano Feliciano a mi hermano Alberto ha muerto.

OTAVIA. ¿Que decís? (39)

LIBERIO. Matóme a Alberto, bienquisto y honrado hermano; y aunque le di la ocasión queriendo en su casa entrar, no quiero, Otavia, tomar de vos la satisfacción; que aunque estáis en mi poder de noche, y acompañado, ningún caballero honrado toma venganza en mujer.

Que vengáis conmigo pido, porque sepa Feliciano que, habiendo muerto mi hermano, vuelvo por su honor perdido.

A vuestra casa volved; Tancredo, esa gente lleva.

TANCREDO. ¿Qué hay de nuevo?

LIBERIO. Cosa es nueva.

OTAVIA. Honra me hacéis, y merced;

y esa gallarda hidalguía y condición generosa casi me tiene quejosa de tan nueva cortesía.

Mi honor está en vuestra mano, el vuestro es mi amparo fuerte, si no es culpa, en esta muerte, ser yo sangre de mi hermano; y si dárme la queréis, tanto os quiero que os ofrezco mi vida, si ya merezco que al punto me la quitéis.

Y mirad lo que Amor puede, pues no me ha dado lugar de poder imaginar lo que a mi hermano sucede.

LIBERIO. Venid, Otavia, conmigo...

OTAVIA. ¡Triste de mí, que os he amado!

LIBERIO. Que habéis mi enojo templado, cuando sois más mi enemigo.

(*Vanse, y salen caja, bandera, soldados y LUPERCIO, capitán.*)

mismo folio, habiendo después solamente la acotación que sigue y el endecasílabo primero de la escena siguiente, con el que termina la plana.

Copió *B* esta errata de *M*, y a su vez *Ba* de *B*. En *M* y *B* dice *amada* por *amado*.

(39) *Ba*: que dizes.

LUPERCIO.

Para la embarcación, todos cobardes,
y para alojamientos, animosos;
pasen delante, no se quede nadie,
que al que cogiere en esas cobardías
le colgaré de aquel peñol de entena,
y ¡por vida del rey, que no sean tratos
sino para escarmiento de los otros!

ALFÉREZ.

No es esta gente la que te merece,
famoso Capitán, esas razones,
que todos van contentos con extremo,
sólo en saber que al rey Felipe sirven,
que van a Italia, a Nápoles la bella,
y que al virrey dignísimo acompañan,
gloria de los Girones andaluces.

SOLDADO.

¿De qué sirven ahora esas quimeras:
si van, no van, si alojan, si se embarcan?
Aquí van, ¡voto a cribas!, seis manchegos
que bebieran el mar, si fuera vino,
y se comieran entre seis diez bueyes.

OTRO.

No hay hombre aquí que tema, seor Alférez,
mil galeotas de famosos turcos;
que a seis urcas de bravos rocheleses
bastan ducientos (40) hombres de mi tierra,
que sorbérseles pueden como píldoras.
Si vamos cabizbajos, Dios lo sabe,
y otro naon, como dicen en Lisboa.

OTRO.

Declárese todo hombre, y sepa el mundo
que pedimos socorro.

LUPERCIO.

Razón tienen;
sin duda le tendrán para embarcarse.

(Sale CELIO, y FELICIANO, en hábito peregrino.)

¿Qué gente es ésta?

ALFÉREZ.

Son dos peregrinos.

CELIO.

El Capitán es éste; llega y háblale.

FELICIANO.

Pues a tal ocasión llegado habemos,
oíd, señor Alférez, dos palabras.

ALFÉREZ.

Al Capitán, señor, podéis decirlas.

LUPERCIO.

¿Qué quiere, Alférez, esa buena gente?

FELICIANO.

Aquí, señor, podéis aparte oírme.

LUPERCIO.

¿Es acaso pasaje?

FELICIANO.

Más importa;
y, pues sois caballero, oídme (41) atento.

LUPERCIO.

Que vos lo sois me ha dado el pensamiento.

FELICIANO. En la famosa ciudad
que Turia sus muros bate
nací caballero pobre,
puesto que de ilustre sangre;
Feliciano es mi apellido,
perdone Dios a mis padres,
que se enterró con el suyo
la dicha de su linaje;
criéme en los ejercicios
de mi edad y sangre iguales,
hasta los años que tengo,
en Valencia y otras partes,
que antes de cumplir catorce
había pasado a Flandes,
desde Namur a Enchusén,
y desde Dunquerque a Marle;
volví a mi patria después,
cansado de mil combates,
donde con gusto excesivo
descansé de mi viaje;
la calle de los Mascones
tenía entonces un ángel,
vila una tarde en su reja,
temprano fué, que no tarde,
pues vi el Sol en el oriente,
que el Sol de mañana sale
con divino resplandor

(40) B y Ba: dosientos.

(41) Ba: oid.

de rayos piramidales;
 si la libertad perdí,
 no fué, Capitán, de balde,
 que acá me quedó la suya:
 mira qué hermoso rescate.
 Creció el amor, vila, habléla,
 servíla, y porquc no canse
 tus oídos con mi historia,
 llegué a concertar casarme;
 tenía el padre a este tiempo
 con otro a cuyo linaje
 llevaba yo la ventaja
 que él pudo en oro llevarme,
 concertado, y aun firmado,
 lo que los tristes amantes
 en cédulas y papeles
 firmaron en varias partes.
 Vino a parar en un pleito
 que trece meses cabales
 duró, remedio de todos;
 pero venció amor constante.
 Mi suegro, Albano, corrido,
 no quiso que me casase
 en su casa, que fué sólo
 de mi mal causa bastante;
 llevé a Clavela a la mía,
 y no acabé de tomarle
 la hermosa mano de esposa,
 premio de penas tan grandes,
 cuando siento que por fuerza
 Liberio mis puertas abre,
 contrario del amor mío,
 que vino a ver desposarme;
 tomo mi espada, y apenas
 he llegado a los umbrales,
 cuando con las hachas veo
 brillar los aceros, y antes;
 mas, puesto en medio de todos,
 quiere mi suerte que pase
 de una estocada de puño
 al mejor de los cobardes:
 maté un hermano a Liberio;
 y con este pobre traje,
 adonde ves he corrido,
 más que pisadas, pcsares.
 Para soldado soy bueno;
 pues hoy a Italia te partes,
 pues no lo fuí para esposo,
 medroso de muerte o cárcel.
 Tu amparo, si es justo, pido;
 que estriba en este pasaje
 la salvación de una vida,
 por desdichada, notable.

LUPERCIO.

Caballero, si, puesto en la desdicha,
 el hombre muestra el corazón que tiene,
 en la presente no es razón que os falte;
 mi compañía, alojamiento y mesa,
 y esta mano que os doy, no ha de faltaros.

FELICIANO.

Dejadme echar a vuestros pies mil veces.

LUPERCIO.

Va, pues habéis llegado a tan buen tiempo,
 os podéis embarcar y estar seguro.
 ; Marche esa gente, Alférez!

CELIO.

; Qué le has dicho?

FELICIANO.

Todo el fuego.

CELIO.

; Todo?

FELICIANO.

Todo entero.

CELIO.

; Por qué, señor?

FELICIANO.

Porque era caballero. (42)

(Vanse, y salen LIBERIO, TANCREDO y gente.)

TANCREDO. Sin duda se han embarcado.
 ; Qué tienes ya que esperar?

LIBERIO. A muy bien tiempo he llegado,
 porque el viento de la mar
 lleve a Italia mi cuidado;
 pero no piense el traidor
 escapar de mi rigor.

TANCREDO. No le verás en tu vida.

LIBERIO. Bien puedo (43) ser homicida,
 si quisiere, de su honor;

(42) Ba: Faltan los versos del romance desde *pero venció amor constante*, y todos estos endecasílabos. Los resume en los dos siguientes:

LUPERCIO. *Embarquémonos que allá
 me contareys lo restante.*

(43) M y B: *bien puede*; Ba:

*Bien pude ser homicida
 si quiera (sic) de su honor.*

mas tan infame venganza,
mi virtud no la consiente.

TANCREDO. Con más honrada esperanza
deja a tus ojos presente
cuanto bien ausente alcanza.

LIBERIO. ¿Cómo?

TANCREDO. Que deja a Clavela.

LIBERIO. Tancredo, por esa vela
que le lleva por la mar
hoy diera a Clavela.

TANCREDO. Hablar...
¿Esa es vela, o es novela?
Estoy por tener por cierto
que de la muerte de Alberto
por extremo te has holgado.

LIBERIO. Tancredo, en lo cierto has dado,
si fuera yo mismo muerto.
¿Cielos!, que no la gozó.
¿Hase visto igual ventura?

TANCREDO. ¿Cuitado del que murió!

LIBERIO. Que un hombre en la sepultura,
de la cama le sacó.
¿Alegraos, sentidos míos,
que Clavela está en Valencia.

TANCREDO. ¿Aquí haces desvaríos?

LIBERIO. Déme Amor esta licencia,
que los muertos ya están fríos.
¿Hay tal cosa, hay tal suceso?
¿Que al tiempo del acostarse
llegase a hacer tal exceso
que eso pudiese estorbarse!
¿Pierdo de contento el seso!
Mira por cuánto, Tancredo,
no gozó mi bien.

TANCREDO. No estuvo
de verse en la cama un dedo.

LIBERIO. ¿Quién piensas que le detuvo?

TANCREDO. Su desventura.

LIBERIO. Mi miedo. (44)
Pero a Valencia volvamos,
que quiero entrar muy galán
porque a Clavela veamos,
que ya sus ojos darán
más lugar que les pidamos.

TANCREDO. ¿Galán, y el hermano muerto?

LIBERIO. No me acordaba de Alberto.
¿Mira, amigo, cuál estoy!

TANCREDO. ¿Matáronle ayer, y hoy
te pintas de oro cubierto!

LIBERIO. Bien dices; forzoso es.

(44) B: ni miedo; Ba: el miedo.

TANCREDO. Galas te pondrás después.

LIBERIO. Pica, Tancredo a Valencia;
que a hermano muerto en penden-
bástale luto de un mes. [cia

TANCREDO. ¿Harto bien pagar procuras
su sangre, en ese desprecio!

LIBERIO. Quisiera enterrarle a oscuras. (45)

TANCREDO. ¿Por qué?

LIBERIO. Porque fué un gran necio
en meterse en mis locuras.

ACTO SEGUNDO

(Ruido de una nave que se pierde; digan dentro.)

PILOTO. ¿Amura, amura! ¿Zaborda!
¿Amaina, amaina! ¿Detén,
que se ve el arena gorda!

FELICIANO. ¿Todo es contrario a mi bien,
oh mar, a mis quejas sorda!

PILOTO. ¿Vivir, vivir!

OTRO. ¿Ya es en vano!

PILOTO. ¿Iza, compañeros, iza!

OTRO. ¿Dónde pondremos la mano,
que no hay braza, traza o triza?

FELICIANO. ¿Triste de ti, Feliciano!

PILOTO. ¿Ni filaciga parece,
cabo, amarra, ni atadura!

OTRO. ¿Hasta el timón desfallece;
rompió la escota y la mura!

FELICIANO. ¿Aquí la nave perece!

PILOTO. ¿Alijar, alijar!

OTRO. ¿Echa
todas esas cajas!

PILOTO. ¿Van! (46)

OTRO. La hacienda ¿de qué aprovecha?

FELICIANO. ¿Oh, qué espantoso huracán! (47)
¿Esta es fortuna deshecha! (48)
Celio, a esa tabla te abraza.

CELIO. De ti, señor, tengo pena.

FELICIANO. Ya el mar nos tiene en su plaza.

CELIO. ¿Huye la piadosa arena,
y el agua nos amenaza!

PILOTO. ¿Virgen de Loreto!

OTRO. ¿Espera
para que contigo muera!

(45) Ba: oscuras.

(46) En las tres ediciones: ya van.

(47) En las tres ediciones: o que espantoso Bracon.

(48) M: deflecha; B y Ba: de flecha.

(Sale FELICIANO, mojado, asido a una tabla; CELIO, de la misma suerte.)

FELICIANO. ¡Milagro ha sido llegar
con vida, espantoso mar,
a ver tu playa y ribera!

CELIO. ¡Vuestro santo templo ocupe
ora y cera, Virgen pura
de Atocha y de Guadalupe!

FELICIANO. ¡Oh, tabla de mi ventura,
qué bien abrazarte supe!

CELIO. ¡Oh, tabla que ya sin habla
tu piedad mi vida entabla,
conmigo, si puedo, irás,
y allá en mi tierra serás
deste milagro la tabla!

FELICIANO. ¿Si se habrá Celio perdido?

CELIO. ¿Si se perdió Feliciano?

FELICIANO. No pudo ser socorrido.

CELIO. Fuera socorrerle en vano.
y pensamiento atrevido.

FELICIANO. Sorbido le habrá la mar.

CELIO. Ya la mar le tendrá dentro.
Más piedad fuera acabar,
¡oh mar!, en tu duro centro
que verme en este lugar.

¿Qué he de hacer, ¡triste de mí!,
sin mi Feliciano aquí,
que ésta es isla despoblada?

FELICIANO. Muerte en el peligro amada,
¿quién hay que se arroje así?

Pero este lugar incierto
ha de ser mi sepultura,
de fieras o de hambre (49) muerto;
porque no es playa segura,
cala, ensenada ni puerto.

¿Qué bulto es aquél oculto?

CELIO. Allí, ¡ay Dios!, he visto un bulto
cubierto de arena y agua.
¿Si es monstruo (50) que el mar
[desagua?

Que ser hombre dificulto.

FELICIANO. Hombre parece. ¿Eres hombre?

CELIO. Hombre soy; llega esos brazos,
que no hay en mí qué te asombre.

FELICIANO. ¡Daréte dos mil abrazos,
por albricias de ese nombre!

¿Eres de aquesta tormenta?

CELIO. Destos soy.

FELICIANO. ¡Celio!

CELIO. ¡Señor!

FELICIANO. Cese el mal que me atormenta.

CELIO. Tras la nube, el resplendor;
ya no hay tormenta que sienta.
¡Señor mío!

FELICIANO. ¡Celio amado!

CELIO. ¡Agora rómpase el cielo,
caiga del eje dorado,
anegue su furia al suelo,
o vuelva a verte abrasado,
que ya contigo la muerte
será la más dulce suerte!

FELICIANO. ¿Qué tierra es ésta?

CELIO. No sé;

toda desierta se ve,
riscosa, intratable y fuerte;
no ha llegado planta humana
a pisar la espuma cana
desta playa, de ovas llena,
ni hay estampa en el arena.

FELICIANO. En fin, nuestra inuerte es llana.

CELIO. Salimos, señor, del mar
para morir en la tierra.

FELICIANO. En ella quiero acabar:
tierra soy, tierra me entierra:
lo que me dió me ha de dar.

¡Ay cielo, cuánto me cuesta
Clavela, si aquí se acaba
vida tan triste y molesta! (51)

CELIO. ¡Qué oculta la muerte estaba
de la sombra de la fiesta!

Por tu mal la conociste;
aunque ella poco ha ganado,
pues no sabiendo la triste
nuevas de tu triste estado,
ni el duro fin que tuviste,
sin remedio ha de vivir
siendo doncella y casada.

FELICIANO. ¿No es mujer?

CELIO. Oí decir
que lo era.

FELICIANO. No importa nada;
no se dejará morir.

CELIO. Pues ¿qué presumes, señor,
de aquel famoso valor?

FELICIANO. Que no hay Penélope ya,
y que a gran peligro está,
Celio querido, mi honor.

CELIO. De tan principal mujer
debes tener confianza.

(49) Ba: u de hombre.

(50) M y B: monstruo.

(51) Ba: modesta.

FELICIANO. Confianza he de tener
por lo que de noble alcanza,
no por la parte del ser.
Celio, todo hombre casado
muestre que está confiado,
que es de importancia a su honor;
pero en el alma interior
viva con mayor cuidado.

No porque resulte daño
del honrado desengaño
que una mujer noble alcanza,
mas porque la confianza
es vispera del engaño.

CELIO. ¡Buenos estamos, señor,
para no sentir la pena!
Hambre, cansancio y dolor,
cubiertos de agua y de arena,
y disputando de honor.

Di todo lo que quisieres,
ya te alegres o te alteres,
si honra te quitan o dan;
más quisiera ahora un pan
que cuatrocientas mujeres;
que, según agua me obliga
y el estómago me enagua (52)
y la hambre me fatiga,
le hiciera sopas en agua
dentro de aquesta barriga.

Pensemos lo que ha de ser
de nosotros sin comer,
ya que mujer no te nombre;
porque con hambre no hay hombre
que vaya a buscar mujer.

Estáse agora Clavela
comiendo el gentil capón
que Leonora mata y pela,
y el oloroso jamón
cocido en vino y canela;

duerme como niño en cuna,
desde las nueve a la una
de la noche y la mañana;
hace a la tarde ventana,
sale de noche a la luna;

vase a holgar, viene del Grao
más reluciente, a porfía,
que una espada de Bilbao;
anda el paseo de día,
y a media noche el sarao;
y acá de hambre muriendo,
medio pescado (53) y medio hombre,

te me estás desvaneciendo
si hay mujer en obra o nombre.
¡Al diablo las (54) encomiendo!

Deja aquesos aforismos,
cojamos destos marismos (55),
que si es mujer imperfecta,
tampoco hay cosa perfecta (56)
dentro de nosotros mismos.

Si en Valencia la pendencia
de Liberio deslenguado
nos condena a tanta ausencia,
cree que habemos quedado
a la luna de Valencia.

FELICIANO. ¿Hablas de veras?

CELIO. No, a fe,
que ya de Clavela sé
que es un ángel en el suelo,
y que la ha criado el cielo
para un ejemplo de fe.

¡Ay de mí, que un barco sale
de una galeota a tierra!

FELICIANO. No poco el monte nos vale
para escapar de su guerra,
que no hay Jerez que le iguale.

CELIO. ¡Moros son!

FELICIANO. ¿Qué miedo tienes?

CELIO. ¡Huye!

FELICIANO. ¿Que a pensar no vienes
que el cautiverio es mejor
que el morir de hambre?

CELIO. ¡Señor,
moros son! ¿Qué te detienes?

FELICIANO. Por agua vienen aquí.
¿No es mejor que nos cautiven,
si hemos de morir así?

CELIO. Ya el tirarnos aperciben.
¡Hoy me han de matar por ti!

(Salen HAQUELME, BUACÓN, TARIFE, HABRÉN; MO-
ROS con escopetas.)

HAQUELME. Es agua muy dulce y clara;
haced hinchir (57) a esa gente.

BUACÓN. Haquelme, un poco repara.

TARIFE. Gente es.

HABRÉN. ¡Dispara!

FELICIANO. ¡Detente,
la mano y la cuerda para!

(52) Ba: me anega.

(53) Ba: medio pez.

(54) Ba: al diablo se la.

(55) M: morismas; B y Ba: morismos.

(56) Ba: imperfecta, perfecta.

(57) Ba: hinchar.

Dos cristianos arrojados
de una tormenta del mar,
a tus pies están postrados.
CELIO. Mejor pudiera acertar
cuando dijera pescados.
HAQUELME. ¿Dónde era vuestro camino?
FELICIANO. A Italia, en buena ocasión,
pero en desdichado sino (58),
cuando el español Girón
de Osuna a regirla vino.
HAQUELME. Conozco su gran valor.
FELICIANO. Es un gallardo andaluz,
de España y del mundo honor.
HAQUELME. Gran vasallo de vuestra Cruz. (59)
FELICIANO. Y su antiguo defensor.
HAQUELME. Desde la Sierra Nevada
está el Africa enseñada
a temer esos Girones.
FELICIANO. Son españoles leones;
de reyes sangre heredada.
HAQUELME. ¿De dónde sois?
FELICIANO. De Valencia.
HAQUELME. ¿Sois caballeros?
FELICIANO. Yo soy
caballero.
HAQUELME. En tu presencia
se ve.
CELIO. ¿Qué has hecho?
FELICIANO. Ya estoy
confesando mi inocencia.
CELIO. ¿Con qué te has de rescatar?
HAQUELME. ¿Qué estado tienes?
FELICIANO. (Ya quiero
lo que he dicho remediar.)
No soy, señor, caballero
de sangre y noble solar.
HAQUELME. ¿Pues cómo?
FELICIANO. Es uso cristiano,
dándole grado a un doctor,
darle este nombre.
HAQUELME. ¿Y es llano
que así es noble?
FELICIANO. Sí, señor,
puesto que fuese villano,
que le dan armas y espuela;
pero no es la calidad
la que tu pecho recela,
que no decirte verdad

fuera bajeza y cautela. (60)
HAQUELME. ¿Luego tú médico eres?
FELICIANO. Sí soy.
CELIO. ¿Qué has dicho, señor? (61)
HAQUELME. ¡Alá, socorrerme quieres!
CELIO. Tú has hecho un notable error.
FELICIANO. Celio, vive, si pudieres.
HAQUELME. ¡Dame esos brazos, cristiano!
FELICIANO. Tus pies, señor, besaré.
HAQUELME. Di tu nombre.
FELICIANO. Feliciano.
HAQUELME. ¿Sabes curar?
FELICIANO. Muy bien sé.
HAQUELME. Toma éste, pues, a esta mano;
toma, alivia (61 bis) el rigor
del fuego que el alma siente.
CELIO. ¿Conoces que has hecho error?
FELICIANO. Este pulso es accidente...
HAQUELME. ¿De qué, cristiano?
FELICIANO. De amor.
HAQUELME. ¡Echarme quiero a tus pies!
Médico, sin duda, es.
CELIO. Y agora la borla toma,
graduado por Mahoma,
porque es milagro al revés.
HAQUELME. Muestra ese alquizelguazén (62);
cúbrole, y (63) y parte. Tarife.
para que a comer les den.
TARIFE. Conserva trae el esquite.
HAQUELME. ¿Bizcocho blanco?
TARIFE. También.
(Vase TARIFE.)
HAQUELME. Arrópale bien.
CELIO. ¿Y a mí?
¿No hay un trapo por ahí,
que soy mozo del doctor?
HAQUELME. Cubrilde (64) también.
CELIO. ¡Señor!
FELICIANO. ¿Qué quieres?
CELIO. Voy bien así.
FELICIANO. Como pudieres te tapa,
Celio amigo, y disimula.
CELIO. Que, al fin, ser doctor te escapa;

(60) En las tres ediciones: *fuera cautela y bajeza*.

(61) En las tres ediciones:
CELIO. *Que has dicho señor?*

FELICIANO. *Si soy.*

(61 bis) En las tres ediciones: *toma Ali viva*.

(62) *B y Ba: alquizel guazel.*

(63) *Ba: cubreles.*

(64) *Ba: cubridle.*

(58) En las tres ediciones: *signo*.

(59) Así en *M* y *B*; *Ba*: *vassallo de vuestra cruz*; acaso el verso primitivo fuese: *gran vasallo de la Cruz*.

ya más parezco tu mula.

FELICIANO. ¿En qué, Celio?

CELIO. En la gualdrapa.

(Sale TARIFE.)

TARIFE. Aquí hay conserva.

HABRÉN. Tomad.

CELIO. La caja de haya o (65) de pino
puedo comerme en verdad.

TARIFE. ¿Cómo?

CELIO. ¿Habrá un trago de vino,
hermano, por caridad?

TARIFE. ¿Vino o qué?

CELIO. Bien me reserva
mi ley deste desatino.
Beber agua es comer yerba.

FELICIANO. El vino para el tocino,
y el agua para conserva.

CELIO. Mi sed a Valencia apela.
¡Quién echara pimpinela
a (66) un poco de malvasía!
¡Quiera Dios que algún día
haga un brindis a Clavela!

HAQUELME. Cristiano, ya que has comido,
mientras mi gente hace el agua
que a esta isla me han traído,
bañando mis ojos agua,
dame por un rato oído.

FELICIANO. Ya deseo complacerte,
y quiera el cielo que acierte
a procurar tu salud.

HAQUELME. Más fío de tu virtud
y de tus letras; advierte:
Haquelme es mi propio nombre,
y de mi nobleza toda;
Alcaide de Tremecén,
señor de diez galeotas,
con ellas discurro el mar,
y por mi nombre en sus costas
enciende Valencia fuegos
y Málaga sé alborota.
Casado soy cuatro veces,
porque, legítimas, solas
nuestro Alcorán nos permite
cuatro mujeres hermosas.
Tengo, amigo, treinta esclavas,
griegas, turcas y españolas,
y una entre todas tan bella,
como entre espinas la rosa;

compréla en Fez a su padre,
con sólo el manto y la toca,
por cuarenta meticales,
¡qué precio para tal joya!,
porque la vi en unas fiestas,
con una ludada roja
atravesada la frente
y una encarnada marlota.
La puerta de Bebeceba,
por el infante, famosa,
de Portugal don Fernando,
que así del mismo se nombra,
guardaba un moro fecí,
que trataba de hacer bodas
con ella secretamente;
vióla salir, y estorbóla.
Volvimos al Mesuar,
que es adonde el rey negocia,
donde propuesta la causa,
le volvieron ciertas joyas,
dándome a mí por sentencia,
que aun saber esto te importa,
a Lela (67) Fátima, aquella
que el alma por cielo adora.
Cuando el moro vió que luego
a sus jervillas se postra
un dromedario cubierto
de una mequinesa alfombra,
así dijo en voces altas:
“Llevarla puedes agora,
pero no la has de gozar,
ya que Ardaín no la goza;
y plega a Alá que le falte
la salud que aquí le sobra,
de suerte que en tu poder
viva, enferma, vida corta”.
Cristiano, agora me escucha,
que desde la misma hora
está enferma de tal suerte
que nunca un punto reposa;
dicen que el moro es caziz,
y que con hechizos obra
esta desventura mía,
de algunas yerbas que toma.
Mas tú, médico cristiano,
has de alcanzar esta gloria;
que no me trujo sin causa
por estas islas Mahoma.

FELICIANO. Maravillado he quedado,
noble Alcaide, de tu historia;
pero ella tendrá salud

(65) Ba: u; ocurre diversas veces.

(66) Ba: o.

(67) En las tres ediciones: halle la.

o no habrá ciencia en Bolonia.
Allí leí de Galeno
y de Avicena las obras,
y de Hipócrates y Rasis
con una cátedra honrosa.
Yo haré que el moro caziz
vea su infamia notoria.

HAQUELME. Dame esos brazos mil veces.

FELICIANO. A Tremecén luego torna,
que he de buscar unas yerbas.

HAQUELME. Iré de Tesalia a Rodas.

FELICIANO. Pues, Celio, ¿qué te parece?

CELIO. ¿Cómo has de curar la mora?

FELICIANO. Encomendándola a Dios
cuando la mano le ponga.
Ya soy doctor confirmado.

CELIO. ¿Por dónde tienes la borla?

FELICIANO. Por la gran casa de Meca
y el zancarrón de Mahoma.

(*Vanse, y salen LEONORA y CLAVELA.*)

CLAVELA. Es esa mucha locura.

LEONORA. Si tu gran recogimiento
su amoroso atrevimiento
tiene por descompostura,
el que da disculpa a amor
merece ser más culpado;
nunca ha sido enamorado
quien juzga a (68) amor por error.

CLAVELA. Al estado que me tiene
la ausencia de Feliciano
ofende Liberio en vano
y quien de su parte viene.

Hoy, en premio del papel
que de su parte has traído,
que tan odioso me ha sido
como su memoria dél,

te irás, Leonora, de casa,
que no has de quedar aquí.

LEONORA. Señora, en tratarme así
no entiendes bien lo que pasa;
que cuando a mí me le dieron,
por carta de Feliciano,
osé tomarle en la mano,
que deste ardid se valieron.

¡Mal haya el papel, amén,
y mal fuego el dueño abraze,
y a mí cuando te enojase,
aunque mil mundos me den!

Conozco que es liberal,

y tus criadas obliga,
mas no quiero que se diga
de mi lealtad cosa igual;
que si él es muy gentil hombre
y tiene hacienda y valor,
para él será lo mejor.

CLAVELA. No hables más de ese (69) hombre.

LEONORA. Las vecinas son, señora,
las que le nombran y alaban,
que dicen, y nunca acaban
de engrandecerle, señora.

CLAVELA. ¿Quieres callar?

LEONORA. En mi vida
dije yo que era galán;
que otros en Valencia están
de gracia más recebida,

sino que el no haber gozado
de Feliciano te ha hecho
esa aspereza en el pecho.

¡Buena en verdad te ha dejado!

Perderás la mocedad
esperando su venida,

siendo un caballo la vida
por donde corre la edad.

Vendrá muy viejo después,
y tú estarás que el espejo
no sepa darte consejo,
cuál es la cara o los pies.

¡Ay, mocedad engañada!

CLAVELA. Vieja o moza, hasta la muerte
le he de querer desta suerte.

(*Sale ALBANO con una carta.*)

ALBANO. Albricias, Clavela amada.

CLAVELA. Buenas sean. ¿De qué son?

ALBANO. Cartas son de un capitán
con quien ya tus ojos van;
digo cartas, relación
que a Valencia se ha enviado,
donde quedaba un pariente
deste capitán ausente
y de tu bien desterrado.

Pasaba a caballo agora,
y en la puerta me la dió.

CLAVELA. ¿Qué; aún no la (70) has leído?

ALBANO. No.

CLAVELA. ¡Oh papel, que el alma adora!

Lee, padre y mi señor.

ALBANO. "Relación de los que han muerto

(69) Ba: aquesse.

(70) Ba: Falta la.

en el naval desconcierto
de la nao llamada Flor.”

CLAVELA. ¡Desdichada yo! ¿Qué es eso?

ALBANO. No sé; sospecha me ha dado
algún caso desastrado.

CLAVELA. Lee, señor.

ALBANO. ¡Oh, mal suceso!

(*Lea:*)

“Caballeros y soldados
que se ahogaron y perdieron,
los que aquí se siguen fueron,
porque estaban alistados:

Guillermo Fidardo, Antonio,
Pedro Enríquez Lomelín,
Sancho Ordóñez, don Martín,
Lope de Zúñiga, Andronio,
don Juan Camargo Rosano,
el alférez Claramonte,

don Nicolás de Biamonte,
Fuentes de Oca, Landriano,
Nuño de Lara, Andrés Gil,
Luis Palafox, Tello, Castro,
Lucas de Martos Barbastro,
Ribalta, Oraceo, Gentil,

Tomás de Melo, Ricardo,
Palabeano, Terrazas,
los dos alféreces (71) Plazas,
Tadeo, Claro y Leonardo,
Santángelo, Feliciano...”

CLAVELA. ¡Desventurada de mí!

¡Con el ángel vino ahí,
pero no le dió la mano!

¡Muerto es mi bien, muerta soy;
la mar me quitó mi bien,
y yo seré mar también
de las lágrimas que doy!

¡Jesús, Feliciano muerto!
¡No habrá consuelo en el mundo
para dolor tan profundo!
En fin, ¿es cierto?

ALBANO. ¡Y qué cierto!

Sin sentido me he quedado.

CLAVELA. ¿Cómo estaré yo, señor,
que vos ya tenéis valor,
desde el ser de hombre heredado?

Muerto, Feliciano mío,
¿adónde os iré a buscar,
a mí, que también soy mar
que por los ojos envió?

¿Qué he de hacer?

ALBANO. Hija, detente.

Leonora, llévala luego.

CLAVELA. ¿Adónde tendré sosiego,
mi bien de este mundo ausente?

¿Quién me puede aconsejar
que no me quite la vida?

ALBANO. Quien de ti la tiene asida
y se la puedes quitar.

CLAVELA. ¡Déjame que me maltrate,
ya que matar no me dejas!

LEONORA. No la dejes.

ALBANO. Justas quejas;
mas no es justo que se mate.

En parte, ventura ha sido,
porque, muerto Feliciano,
tiene el remedio en la mano
y a Liberio por marido.

(*Vanse, y salen FELICIANO, esclavo, y HAQUELME*)

HAQUELME. ¿Hate parecido bien?

FELICIANO. Un ángel me ha parecido
del infierno de Cupido.

HAQUELME. Y de su gloria también.

FELICIANO. Digo que te dió Mahoma
gran bien en esta mujer;
puede en Troya Elena ser,
puede ser Lucrecia en Roma.

HAQUELME. ¿Fueron muy hermosas?

FELICIANO. Mucho.

HAQUELME. ¿En forma te lo parece?

FELICIANO. ¡Qué engaños Amor te ofrece,
cuando, ¡oh (72) Haquelme!, te es-
[cucho!

Galeno, que fué tan dino (73)
de alabanzas inmortales,
hace entre los animales
al hombre sólo divino.

Yo le daré la salud
que agora ves (74) que le falta.

HAQUELME. ¡Oh, español! Tu ciencia es alta
y divina tu virtud.

FELICIANO. Deja hacer a Feliciano.

HAQUELME. En tu mano está mi bien.

FELICIANO. Aristóteles también
llama instrumento a la mano.

Esa aguda calentura
que tuvo con sudor frío
menguando entonces el brío

(72) *Ba:* Falta o.

(73) En las tres ediciones: *digno*.

(74) *Ba:* pues ahora ves.

(71) *M* y *B:* Terrasas / los dos alférez Plazas;
Ba: y los dos alférez Plazas.

de su divina hermosura,
muerde le pronosticaba.
De Hipócrates fué aforismo
que cesando el sudor mismo
el mismo calor se acaba.

Ya todo aquello cesó,
y hay falta de alegría,
porque esta melancolía
del mismo mal procedió.

No hay tanto conocimiento
de yerbas allá en España,
que algunos piensan que daña
su falso conocimiento.

Levinio, un grave dotor,
trata esta materia bien;
Virgilio dice también
que es ciencia de mucho honor.

Yo me espanto que no haya
curado (75) su enfermedad
la morisca autoridad,
que tiene la nuestra a raya;
que lo que es la Medicina
moros la supieron bien.

HAQUELME. Si eran de España también
a España ese loor se inclina.

FELICIANO. ¿Díceslo por Avicena?

HAQUELME. ¿Luego español no se llama?

FELICIANO. Que es de Córdoba fué fama,
pero está de engaños llena;
que era bárbaro persiano,
y natural de Batora.

HAQUELME. Trata, por tu vida, agora
lo que importa, Feliciano.

FELICIANO. Esa sangre de narices
que a Lela (76) Fátima dió,
de mucho le aprovechó;
no hay por qué te escandalices,
que acudiendo el [natural] (77),
Hipócrates lo confirma.

HAQUELME. Si estará alegre me afirma.

FELICIANO. Fué epítima cordial
la que allí le receté. (78)

HAQUELME. ¿Quién duda que está mejor,
y que me ves, dotor (79),
dar a tus palabras fe?

(Sale FÁTIMA.)

¿Vos en pie, vos levantada,
vos al jardín, vida mía;
vos ya sin melancolía,
vos ya sin color turbada?

¡Ah, cristiano de los cielos!

FÁTIMA. Harto obligada le estoy.

HAQUELME. Desviad, mi bien, desde hoy
del rostro hermoso los velos.

Dadnos parte de ese sol
donde Alá su luz reparte.

FÁTIMA. Antes quiero hablar aparte
a ese médico español,
que le quiero descubrir
algo de mi mal secreto.

HAQUELME. Tenga la cura el efeto
que a Alá le puedo pedir,
y él os guarde, hermosa Le-
[la (79 bis).

(Váyase HAQUELME.)

FELICIANO. ¿Qué vida o remedio espero?
¿Cómo, cielos, no me muerdo
tantas leguas de Clavela?

FÁTIMA. ¿Qué estás hablando entre ti?
¿Adivinas ya mi mal?

FELICIANO. Ya yo le (80) sé.

FÁTIMA. Estoy mortal
desde el punto que te vi.

FELICIANO. Eso ignoraba, por Dios.
Qué, ¿os he parecido bien?

FÁTIMA. Bien en extremo, y tan bien...
¿Hay quien nos oiga a los dos?(81)

FELICIANO. No hay nadie en todo el jardín.

FÁTIMA. Pues tan bien me has parecido,
que todo el mal que he tenido
hoy hace en tus ojos fin.

Sabe, cristiano, que estoy [ma,
de ausencia (82) de un moro enfer-
sólo en ver que coma y duerma
cuando de otro moro soy;

pero con verte y hablarte,
hoy, que estuve un rato atenta,
ya de mi mal te doy cuenta,
que me duele en otra parte.

Tengo mal de corazón;
sosiégate con la mano.

FELICIANO. (Este amor, aunque es liviano,
ha de ser mi redención.

Yo he de engañar o morir;

(75) *M*: curando.

(76) En las tres ediciones: *a ti la*.

(77) En las tres ediciones: *que acudiendo el nutrio*.

(78) *M* y *B*: rescaté.

(79) Así este verso en las tres ediciones.

(79 bis) En las tres ediciones: *Tela*.

(80) *Ba*: lo.

(81) *M*: Falta *a*; *Ba*: *hay quien os oyga a los dos*.

(82) En las tres ediciones: *en ausencia*.

que si el alma no me engaña,
para ir de Africa a España
de puente me ha de servir.)

Si yo (83) entendiera, mi bien,
que a tanta gloria venía,
no llorara el triste día
que me trujo a Tremecén
este Alcaide, tu enemigo;
mas también, Fátima, advierte
que será tu amor mi muerte,
de mi error, justo castigo.

Poderte yo aquí gozar
siendo el moro tan celoso,
es caso dificultoso,
puesto que a verte ha de entrar;
que ya ves con cuántos ojos
guardan aquí las mujeres.

FÁTIMA. Pues ¿qué es lo que de mí quieres,
descanso de mis enojos?

FELICIANO. Irme a mi tierra quisiera
y llevarte allá conmigo.

FÁTIMA. Si me burlas enemigo,
que soy noble considera;
que por salir del tirano
que aquí me tiene cautiva,
no hay tierra donde no viva:
mares y montes allano.

Si es verdad que a eso te atreves,
aunque infames mi flaqueza,
yo te daré gran riqueza
que con tu cautiva lleves.

Sácame, por Dios, de aquí;
sea yo esclava en libre tierra. (84)

(Sale TARIFE.)

TARIFE. ¡Oh, cuánto el Alcaide yerra
en fiarse deste así.

Y ha sido costumbre nueva
para sus celos y enojos;
que aun fiarla de sus ojos
no quiere Amor que se atreva.

¿Qué hablan los dos a solas?
Las dos manos se han asido.
Días ha que he conocido
estas tretas españolas.

¡Por Dios, que se han abrazado!
A hablar al Alcaide voy.

FELICIANO. ¡Oh, qué desdichado soy!

FÁTIMA. Pues ¿en qué eres desdichado?

FELICIANO. Tarife nos vió abrazar,
y a toda priesa corrió.

FÁTIMA. ¿Y eso no lo sabré yo,
si yo quiero, remediar?

Cuando me hables otra vez,
alaba al Alcaide mucho.

FELICIANO. Ya con su temor te escucho,
que es riguroso (85) juez.

Imposible me parece
que puedas salir de aquí.

FÁTIMA. A mujer que quiere así,
ningún peligro se ofrece.

Yo haré el Alcaide ausentar
fabricando un largo enredo
con un moro, de quien puedo
la vida y honra fiar.

Ausente, en una fragata
a media noche saldremos,
donde, al mar velas y remos,
corren las aguas de plata.

Y por no dar más sospecha,
me voy.

FELICIANO. El cielo te guarde.

FÁTIMA. Español, no seas cobarde.
De la ocasión te aprovecha.

FELICIANO. Trazando va mi ventura
darme algún alegre bien.

(Vase FÁTIMA y sale CELIO.)

CELIO. ¿Cómo le va en Tremecén,
señor que todo lo cura?
¿Qué habemos de hacer aquí?
Fuera mejor ser isleños
que no tener tales dueños.

FELICIANO. ¿Cómo vienes, Celio, así?
¿Ese es hábito de moro,
o de cristiano?

CELIO. No sé;
el primero que me hallé
en las ajenas que moro.
No voy mal vestido así.
Podrá ser que la Fortuna
no me dé pena ninguna
no siendo el mismo que fuí.

FELICIANO. ¿Luego el hábito podría
mudar las mismas estrellas?

CELIO. Adonde adoran en ellas
harto imposible sería.

FELICIANO. Calla, Celio, que muy presto
nos veremos en España.

(83) Ba: Falta yo.

(84) Ba: sea yo esclava en tu tierra.

(85) Ba: riguroso.

CELIO. El pronóstico le (86) engaña.
 FELICIANO. Yo digo verdad en esto.
 CELIO. ¿Hay día crítico aquí
 para nuestra enfermedad?
 FELICIANO. De un gusto la voluntad,
 que pierde (87) el seso por mí.
 CELIO. Que estas moras son ligeras
 de las plantas de los pies.
 ¿Hase (88) resbalado? ¿Ves
 alguna de sus quimeras?
 FELICIANO. ¡Por Mahoma (89), Celio amigo,
 que ha de ir conmigo a España!
 CELIO. ¡Brava cura!
 FELICIANO. ¡Ciencia extraña!
 CELIO. ¿Fátima a España contigo?
 FELICIANO. Calla, y contarte he el caso,
 y verás por qué misterio
 al umbral del cautiverio
 hoy he dado el primer paso.
 CELIO. ¿Que he de ir contigo?
 FELICIANO. Sí.
 CELIO. Pues busca, ¡por vida tuya!,
 para que así se atribuya,
 otra galga para mí.

(*Vanse, y salen HAQUELME y TARIFE.*)

HAQUELME.

¿Que le abrazaba? (90)

TARIFE.

Yo lo vi, y lo afirmo.

HAQUELME.

¿No ves que a mí me dijo Lela Fátima
 que descubrirle quiso un mal secreto?

TARIFE.

Ese secreto, mal era del alma.

HAQUELME.

Ese secreto, mal era del cuerpo;
 ¿no ves que la licencia de los médicos
 es libre de sospechas peligrosas?

TARIFE.

Donde está la ocasión está el peligro.

HAQUELME.

El peligro es su mal, y él el remedio.

TARIFE.

Ser mujer es peligro, noble Alcaide,
 y el remedio es quitar las ocasiones.

HAQUELME.

Procúrole la vida con mi esclavo.

TARIFE.

Mas tu esclavo procura tu deshonor.

HAQUELME.

¿De ayer venido, una maldad tan grande?
 Apenas una vez tocó su pulso.

TARIFE.

Las desdichas no vienen muy de espacio,
 porque se remediarian de esa suerte;
 desdicha es la que viene de improviso,
 y eso del pulso ha sido todo el daño,
 que no está más una mujer segura
 del tiempo que algún hombre no la toca.

HAQUELME.

Luego, por ese miedo, no haya médicos,
 o, por decir mejor, mujer no haya.

TARIFE.

Los médicos son buenos, siendo honestos,
 con canas y vergüenza, ciencia y años,
 y con buena opinión entre la gente.

HAQUELME.

Júntalos, ¡por tu vida!, que yo me entro
 en este pabellón, porque mis ojos
 juzguen tu engaño, o mi (91) desdicha juzguen.

TARIFE.

Entra, y verás que la verdad te digo.

HAQUELME.

¡Gran luz del alma es siempre el buen amigo!

(*Salen FÁTIMA, y ARDÍN, moro.*)

FÁTIMA. Ya estás de todo advertido.

ARDÍN. ¿Mandas otra cosa?

FÁTIMA. No;

(91) Ba: o tu.

(86) Ba: te.

(87) Ba: pierda.

(88) M y B: ha se; Ba: ha si.

(89) Ba: en verdad.

(90) Ba: abrasaba.

esto sólo, Ardín, te pido.
 ARDÍN. Pues a Haquelme diré yo todo ese cuento fingido.
 FÁTIMA. Parte.
 ARDÍN. Voy.
 FÁTIMA. Con esta orden, cuando las estrellas borden el azul manto del cielo saldré deste infame suelo, lleno de engaño y desorden; y hubieranme sucedido a medida del deseo, si (92) hubiera mi bien venido, que desde esta cuadra veo al necio Alcaide escondido.
 Sin duda que determina, como oculto se (93) imagina, saber si mi amor lo es; y descúbrele los pies la franja de la cortina.
 (Sale FELICIANO.)
 FELICIANO. (No se va trazando mal, aquí está Fátima ahora; vengo a buen tiempo.)
 FÁTIMA. ¿Y qué tal?
 FELICIANO. Dame esos pies, mi señora.
 FÁTIMA. ¡Oh, esclavo honrado y leal!
 HAQUELME. ¡A buen tiempo me escondí! ¡Qué bien veré desde aquí si los dos me han engañado!
 FÁTIMA. ¿Has la bebida ordenado?
 FELICIANO. Hermosa Fátima, sí; de jacintos y coral, de perlas, ámbar y oro, que a un enfermo ya mortal a su primero decoro vuelve el aliento vital.
 FÁTIMA. ¡Quiérote dar mil abrazos!
 FELICIANO. Señora, aparta los brazos, que aunque fuera gran favor, la lealtad de mi señor me junta con fuertes lazos.
 FÁTIMA. Bien dices; el alegría del servicio que me has hecho es quien el favor te hacía, que está el Alcaide en mi (94) pe- y es dueño del alma mía. [cho

HAQUELME. ¡Ah, desvergonzado Ardín, falso, fingido y malsín! Envidia de este cristiano te hizo, como villano, procurar su amargo fin.
 ¡Oye la Fátima casta! ¡Oh, bien nacido español!, que ser español te basta.
 FELICIANO. Cuando al escondido sol la dura noche contrasta, tomarás esta bebida donde ninguno te vea, porque te importa la vida.
 FÁTIMA. ¿Ni mi Alcaide?
 FELICIANO. No, aunque él sea y aunque él mismo te lo pida.
 FÁTIMA. Serviráme de consuelo, que, como sabes, le adoro.
 FELICIANO. Bien lo merece su celo, porque este gallardo moro honra el africano suelo.
 HAQUELME. ¿Hase visto tal lealtad en cautivo, ni en mujer?
 FELICIANO. Señora, con Dios quedad, que tengo mucho que hacer.
 FÁTIMA. ¿Vas fuera?
 FELICIANO. A ver la ciudad.
 FÁTIMA. Si a mi Alcaide vieres, di que sin él estoy sin mí.
 FELICIANO. Yo haré que te venga a ver.

(Vase, y sale HAQUELME.)

HAQUELME. Y no será menester, porque está, Fátima, aquí.
 FÁTIMA. ¡Alcaide mío!
 HAQUELME. ¡Mi bien!, no sólo serlo quisiera del Peñón y Tremecén, mas que Fez me obedeciera, Marruecos y Argel también, y que Cañ y Azamor me tuvieran por señor, los Montes Claros y Ulete, Tarulante y Taflete, y cuanto ve el Mar Mayor. para ponerlo a tus pies.
 FÁTIMA. ¿Desde cuándo, señor mío, deseo tan alto es?
 HAQUELME. Por verte con ese brío diera mayor interés.
 ¿Qué quería Ardín allí?
 FÁTIMA. Venía a buscarte aquí,

(92) En las tres ediciones: *ni*.

(93) *M* y *B*: *te*; *Ba*: *le*.

(94) *Ba*: *tu*.

y después venía el doctor (95),
que en este punto, señor,
se fué y apartó de mí.

HAQUELME. ¿No es muy noble este cristia-

FÁTIMA. Adonde está tu nobleza, [no?
cualquiera noble es villano.

HAQUELME. Verte sin tanta tristeza
debo a su discreta mano.

(ARDÍN sale.)

ARDÍN. Otra vez vine a buscarte.

HAQUELME. ¿Qué es lo quieres, Ardín?

ARDÍN. A solas quisiera hablarte.

HAQUELME. Dilo a Fátima, que, en fin,
tiene en mis secretos parte.

ARDÍN. Cuando de la mar salí,
una nave arragozesa
con poca defensa vi.

HAQUELME. No fuera mala esa empresa
para ofrecértela a ti.

ARDÍN. Trujo (96) trigo, y lleva seda,
que donde de paz ha estado
hay quien contártelo pueda.

FÁTIMA. ¿Seda lleva?

HAQUELME. Ese (97) cuidado,
Fátima, a mi cargo queda.
¡Por Alá que has de vestir
la seda y grana que lleva!

FÁTIMA. Antes lo quiero impedir.

HAQUELME. Deja que los remos mueva,
y ponte a verme partir.

FÁTIMA. ¿Así te vas?

HAQUELME. Queda adiós.

ARDÍN. ¿Hícelo bien?

FÁTIMA. ¡Con extremo! (98)
No nos vemos más los dos.

(Vanse, y sale FELICIANO.)

FELICIANO. ¿Pártese ya?

FÁTIMA. En el aire.

FELICIANO. ¡Oh, viento, ayudadle vos!

Ya Celio, con la barquilla,
aguardando está a la orilla,
con sus moros en gran suma,
y el mar volviéndose espuma
para argentar tu jervilla.

(95) *Ba: doctor*, diversas veces.

(96) *Ba: traxo*; ocurre varias veces.

(97) *Ba: este*.

(98) Así este verso en las tres ediciones. Acaso:
Con donaire.

FÁTIMA. Pues ¿con qué los ha engañado?

FELICIANO. Dice que tú le (99) has mandado
que esta noche a punto estén,
que has de ir desde Tremecén
por el río al mar salado;

que importa a (100) la medicina
que te aplico el ver del mar
la playa, arena y marina.

FÁTIMA. ¿Y allá podréme embarcar?

FELICIANO. Ese remedio imagina.

Sal una vez por el río,
que esa barca ha de ser nave
que nos lleve, en Dios confío.

FÁTIMA. No será el peso muy grave,
si no pesa el amor mío;

joyas de grande valor,
cuantas el Alcaide tiene,
ofrece a tus pies mi amor.

FELICIANO. Todo a propósito viene.

(Sale HAQUELME.)

HAQUELME. Todo esto puede el honor.

Hablé a Tarife enojado,
y tales señas me ha dado,
que otra vez aquí he venido.

FELICIANO. ¡Mi bien, que pierdo el sentido,
de alegre y de enamorado!

Vuelve esos ojos contenta,
sosegando el corazón,
que corre entre amor tormenta.

HAQUELME. De amor es esta razón.

¡Cierta es, Tarife, mi afrenta!

¿Desta manera se cura
de Fátima la locura?

¡Oh, fiero español doctor!
Pero ¿quién no tiene amor
a tan divina hermosura?

FELICIANO. Tú verás, Fátima hermosa,
presto en tierra santa el Sol
sobre esa encarnada rosa.

HAQUELME. ¿Qué no sabe un español?

¿Hizo Alá tan mala cosa?

FELICIANO. [*Ap.*] (¡El Alcaide nos ha oído,
el negocio está perdido!

Mas yo lo emendaré todo.)

Pues, Fátima, ¿deste modo
habéis cobrado el sentido?

HAQUELME. ¿Qué es esto?

FELICIANO. Casi sin vida,

(99) *Ba: lo*.

(100) *Ba: Falta a*.

Alcaide famoso y fuerte,
la ha tenido tu partida;
mas ya va huyendo la muerte.

HAQUELME. ¿Aprovechó la bebida?

FELICIANO. Cuando da aquesta tristeza,
es en España costumbre
hacer alguna extrañeza
con truenos, con agua o lumbre,
a los pies, o a la cabeza;
faltando todo esto (101) aquí,
para remedio escogí
decir a Fátima amores,
porque saliesen colores
adonde faltar las vi:

con aqueste sobresalto
tan extraño en su vergüenza,
el rostro, de color falto,
a cobrar color comienza,
que de claveles (102) esmalto;

que en esta melancolía
un súbito desatino
remueve la fantasía;
¡qué bien Galeno divino
este (103) entimema decía;
qué bien le siguió Platón,
y Aristóteles también!

HAQUELME. Deja tanta confusión,
y decidme vos, mi bien,
¿cómo estáis del corazón?

FÁTIMA. Cierto que he estado afligida;
no entendí que me costara
tal pena vuestra partida.

HAQUELME. Nunca yo lo imaginara,
antes perdiera la vida.
¡Y que el astuto español,
con ese súbito engaño...!

FELICIANO. Volvió a nuestro cielo el sol;
sobre su nube di un baño
de colorado arrebol.

FÁTIMA. Hízome estar vergonzosa.

HAQUELME. Pues vamos, Fátima hermosa,
donde un rato descanséis,
que algo marchitado habéis
del rostro la sangre y rosa.

FÁTIMA. Vamos; mas no habéis de iros.

HAQUELME. Gustaré de obedeceros.

(Los dos se vayan.)

FELICIANO. En vano he dado suspiros,
¡cielos altos!, por no veros,
que estaba del alma tiros;
pero, como estáis tan altos,
llegaron de fuerza faltos.

(Sale CELIO.)

CELIO. Acá te vengo avisar
que estaba gente del mar
con notables sobresaltos.

Volveránse a la ciudad.

FELICIANO. Vuelvan, que ya está perdida
mi esperanza y libertad.

CELIO. Si estaba a mujer asida,
soltó con facilidad.

FELICIANO. No es eso.

CELIO. Pues ¿qué es, señor?

FELICIANO. Ibase, Celio, este galgo
de Tremecén, y el amor
le hizo sospechar algo
de lo que suele el honor...

Pero allá lo sabrás (104) todo.

CELIO. ¿Ha de faltar otro modo?

FELICIANO. Si se va deste jardín
a Tremecén, ¡triste fin
a mi suceso acomodo!;
que está lejos la ciudad,
y habrá más dificultad.

¡Oh, qué de joyas traía!

CELIO. ¡Dios me deje ver el día
del oro y la libertad!

FELICIANO. ¡De la libertad primero!

CELIO. ¿No sabes qué considero?

FELICIANO. ¡Da consuelo a mi dolor!

CELIO. Que veniste acá doctor (105),
y que has de volver platero.

ACTO TERCERO

(Salen FELICIANO, CELIO, y FÁTIMA, en hábito de esclavo con sus hierros.)

FELICIANO. Este es, Fátima, Alicante,
y allí queda Cartagena;
mira la costa adelante
Almería, un tiempo llena
del africano arrogante;

(101) Ba: Faltando todo hasta.

(102) B y Ba: laureles; errata debida a que en M, la c de claveles está casi por completo borrada.

(103) Ba: esta.

(104) Ba: sabrá.

(105) Ba: doctor.

luego Málaga y Marbella,
y el Estrecho (105 bis) junto a ella,
que por Cádiz mira enfrente
el Cabo de San Vicente,
punta de España la bella;

mira cómo puestos van
Tánger, Melilla y Gúnera,
Ones, Tremecén y Orán,
y cómo a la Formentera,
Bujía y Argel lo están;

Mallorca y Menorca mira,
y Ebiza (106) que áspera admira,
en cuyo diamante ves
a Denia, la del Marqués,
que a tan alta fama aspira;

Oliva Sotima es ésa,
a Monvicdro (107) y Oropesa,
los Alfaques y Tortosa,
y a Barcelona famosa,
de Cataluña princesa;

Palamós sigue el mar libre,
tras la insigne Barcelona,
con Perpiñán y Colibre,
y por Salsas y Carmona
se va caminando al Tibre.

¡Da gracias a Dios, que ha sido
de que lleguemos servido
a tierra de libertad!

FÁTIMA. No tendrá mi voluntad
ese divino apellido;

y no poca muestra he dado
con los hierros de mi cara
y el hábito disfrazado,
que si ser libre buscara,
mejor lo fuera en mi Estado (108):

como hombre, como cautivo,
hoy en tu servicio vivo:
no quiero más libertad.

FELICIANO. Ya sé que de tu (109) lealtad
esas mercedes recibo,

Fátima, de aqueste engaño
para sacarte hasta el mar
de (110) Tremecén.

FÁTIMA. ¡Es extraño!
que un celoso suele estar
siempre velando su daño.

CELIO. Antes no es dificultoso

engañar al que es celoso;
que él propio, como cobarde,
siempre avisa que se guarde
el que le engaña animoso.

FÁTIMA. Has dicho discretamente,
porque el hombre confiado
suele coger de repente,
y del celoso el cuidado
avisa discretamente.

El Alcaide, al fin, se queda
donde jamás verme pueda.

FELICIANO. ¿Si habrá vuelto a Tremecén?

CELIO. Cuando las nuevas le den,
¿qué habrá que no le suceda?

FÁTIMA. Y más cuando menos eche
más de treinta mil ducados,
y el blasonar no aproveche.

CELIO. Vengarase en los criados
y en cualquiera que sospeche.

FELICIANO. ¡Por qué caminos tan varios
da el cielo, Celio, a los hombres
los favores necesarios,
sacando, porque te asombres,
bien del mal de los contrarios!

Yo, que era pobre (111), perdí
mi patria para volver
como ves que vengo aquí.

¡Esto sabe el cielo hacer!

FÁTIMA. ¡Y traerme esclava aquí!

CELIO. De otra suerte lo estimaras,
si a lo que vas entendieras.

FÁTIMA. ¿Qué dijiste?

FELICIANO. Celio, escucha:
la priesa de ver es mucha
de Valencia las riberas,

y el haber yo muerto a Alberto
hace que desta mujer
tema el daño, en viendo cierto
que Clavela lo ha de ser,
por el pasado concierto.

Es mejor desengañalla,
para que allá no dé voces.

CELIO. ¡Mataréla, si no calla!

FELICIANO. Ahora estamos feroces,
y blandos para engañalla (112).

CELIO. Tal en el mundo acontece.
¿Qué quieres que agora tema?
Si este daño nos ofrece,
¿he de andar Alá y zalema

(105 bis) *M y B: y el es hecho.*

(106) En las tres ediciones: *Ebiza*, sic.

(107) *Ba: Morbiedro.*

(108) *Ba: mejor lo fuera en mi edad.*

(109) *Ba: mi.*

(110) En las tres ediciones: *desde*.

(111) *Ba: yo que era hombre.*

(112) *Ba: desengañarla y engañarla*, respectivamente.

donde a mi Rey se obedece?

Ande Mayo en Catarrocha
tirando a la negra tocha
por la famosa Albufera,
y ella coma (113) en su galera
el alcuzcuz y haba cocha.

¡Vive Dios, que si en Valencia
habla palabra que valga,
que la ahogue, sin clemencia!

FELICIANO. ¿Y no es mejor que me valga
del desengaño en presencia?

Yo se lo quiero decir,
para que secretamente
me pueda a mi casa ir,
a ver en su mismo oriente
el sol que adoro salir.

Sepa toda mi cautela,
sepa que adoro a Clavela,
y que es Clavela mi esposa.
Escucha, Fátima hermosa.

FÁTIMA. Algo el alma me revela.

FELICIANO. ¿Quiéresme dar por un breve
rato, Fátima, el oído?

FÁTIMA. La lengua, cristiano, mueve,
que no te niega el sentido
quien toda el alma te debe.

FELICIANO. Bella Fátima fezi,
mora generosa y noble,
a un hombre que lo es escucha,
que te ha engañado como hombre:
no soy el doctor fingido,
si no es que Amor me doctore,
al cabo de tantos años,
de mis tormentos enormes;
ilustre nací en Valencia,
y de los padres mejores
que desde su gran conquista
trujo don Jaime a sus torres;
amé una dama, servila,
caséme, y aquella noche,
antes de gozar sus gustos,
comenzaron mis dolores;
maté un hombre en mis umbrales,
hermano de otro que entonces
envidiaba mi ventura,
que no hay placer que no estorbe;
salí huyendo con un paje,
que es Celio, a quien ya conoces,
donde hallé pasaje a Italia,
vestido en hábito pobre,
porque iba entonces a ella

el mejor de los Girones,
aunque hice mal en hablarle
y recebir sus favores;
embarquéme por soldado,
con un tercio de españoles,
alistando Celio y yo,
con dos pagas, nuestros nombres;
corrí fortuna tan fuerte,
que mil veces los penoles
de las cruzadas entenas
bebieron agua salobre;
como enamorado iba,
los sentidos exteriores,
llenos de jarcias de amor,
formaban mil confusiones,
que dentro de la cabeza
traía, entre llanto y voces,
cuanto los árboles tienen
desde el tiro hasta los bordes:
nacamentos amarillos,
flámulas de mil colores,
tricas, trocas, caflechares,
escotas amuras dobles;
entendimiento y memoria
en quimeras y visiones,
las portañolas del alma
llenas de vasos de bronce,
del bauprés hasta la popa
discurriendo los temores,
en la jareta restaba
mis esperanzas disformes:
en esto vi que arrojaban
en el mar cajas y cofres,
que llevaba la carlinga (114)
más agua que Tajo y Tormes;
vi que los vientos contrarios,
con fieras grupadas, rompen
el edificio embreado
y que ya el mar se le sorbe;
asime a una tabla, y fuí,
sin saber cómo ni dónde,
llamando a la Virgen pura
y a nuestro patrón San Jorge;
llegué a un pedazo de tierra,
para que en mi ejemplo notes
que corre fortuna en mar
quien en la tierra la corre,
y estando allí descansando
en la maleza de un bosque,
donde temor de las peñas
me hacía rinoceronte,

(113) B y Ba: como.

(114) Ba: carunga.

a Celio vi junto a mí,
como están dos caracoles
cuando en cáscaras pintadas
deslizan los cuerpos torpes;
no le hubc dado mis brazos,
cuando llega al pie del monte
tu Alcaide, a quien fui traidor,
si éstas se llaman traiciones.
Yo vuelvo agora a Valencia,
donde te ruego que tomes
mi casamiento y suceso
como el tiempo lo dispone,
que de no desampararte
te prometo, a fe de noble,
y más si quieren los cielos
que allá cristiana te tornes.

FÁTIMA. ¿Que eres casado?
FELICIANO. Sí soy.
FÁTIMA. ¿Que me has engañado?
FELICIANO. Sí.
FÁTIMA. ¿Que eres noble?
FELICIANO. Pasa así.
FÁTIMA. ¿Tienes alma?
FELICIANO. Vivo estoy.
FÁTIMA. ¡Tanto mal!
FELICIANO. Fué por mi bien.
FÁTIMA. ¿Qué he de hacer?
FELICIANO. Tomar consuelo.
FÁTIMA. ¿Quién me le (115) ha de dar?
FELICIANO. El cielo.
FÁTIMA. ¿Y tú, enemigo?
FELICIANO. También.
FÁTIMA. ¿Que he de ir contigo?
FELICIANO. A Valencia.
FÁTIMA. ¿Y allá qué he de hacer?
FELICIANO. Sufrir.
FÁTIMA. ¿Hasta cuándo?
FELICIANO. Hasta morir.
FÁTIMA. ¿No hay más remedio?
FELICIANO. Paciencia.
FÁTIMA. ¿No eres noble?
FELICIANO. Caballero.
FÁTIMA. ¿El noble engaña?
FELICIANO. En la fuerza.
FÁTIMA. ¡Quiérome matar!
FELICIANO. Es fuerza.
FÁTIMA. Dame mis joyas.
FELICIANO. No quiero.
FÁTIMA. Celio, ¿qué he de hacer?
CELIO. Callar.

(115) Ba: lo.

FÁTIMA. ¿Cómo podré?
CELIO. Con la boca.
FÁTIMA. ¡Mataréme!
CELIO. Serás loca.
FÁTIMA. ¡Loca estoy!
CELIO. Echate al mar.
FÁTIMA. Ahora bien, yo iré contigo.
FELICIANO. ¿Callarás?
FÁTIMA. Eso prometo.
Conozco que eres discreto
y que te adoro, enemigo.
Seguiré tu ley así,
y tú bien podrás hacer
que yo sea tu mujer.
CELIO. ¡Oye lo que dice!
FELICIANO. Di. (116)
CELIO. ¡Que te cases!
FELICIANO. ¿Y Clavela?
FÁTIMA. Dos mujeres ¿muchas son?
CELIO. ¿No escuchas esta canción?
FELICIANO. Responde.
CELIO. Responderéla:
Hermana, en esta tierra
no se casan como allá,
que hay Inquisición que da
los docientos (117), y destierra;
no le faltará marido,
vuelta a nuestra ley.
FÁTIMA. Pues quiero
ser su amiga.
FELICIANO. Eso (118) yo espero,
que no te agravie mi olvido.
FÁTIMA. Vamos, Celio, porque pises
del mar las blancas arenas.
¿Qué nos sirve ser sirenas,
si son los hombres Ulises?

(Vanse, y salen CLAVELA, en hábito de viuda; LEO-
NORA y ALBANO.)

ALBANO. Responde "sí", ¡por tu vida!;
que ya es mucho sentimiento,
y este justo casamiento
ese injusto luto impida;
deja ya las blancas tocas,
mortaja triste de vivos,
y esos (119) llantos excesivos
con que a las piedras provocas;
que es disparate llorar

(116) Ba: que?

(117) Ba: doscientos.

(118) Ba: esto.

(119) Ba: estos.

tanto tiempo por un muerto,
pues hoy la muerte de Alberto
lastima a todo el lugar;

ya Liberio perdonó
al hermano de tu esposo,
por sólo este "sí" dichoso
que vengo a pedirte yo.

Laurencio está libre ya,
y aquesto mismo te pide.

CLAVELA. ¿Cómo quieres que me olvide
de lo que en el alma está?

¡Ese es terrible dolor!

LEONORA. Señora, mira que el cielo
castigó tu injusto celo
por aquel pasado error.

Desobedecer así
al padre es injusta cosa.

CLAVELA. ¿Es su obediencia forzosa?

ALBANO. Clavela, haz esto por mí:
mira que está tu remedio
y el mío en casarte agora.

Vuelve a rogalle (120), Leonora.

CLAVELA. ¡Qué dos extremos sin medio:
olvidar mi muerto bien
y amar mi presente mal!

LEONORA. ¡Que a un hombre tan principal
tratas con tanto desdén!

¿No miras su gran riqueza?

¿No miras su grande amor,
su talle, gracia y valor,
su condición y nobleza?

En vida de Feliciano
hiciste bien; pero agora
¿qué quieres hacer, señora?

(Sale un PAJE.)

PAJE. Aquí ha llegado tu hermano.

(LAURENCIO, de luto.)

ALBANO. Entre, y sillas nos llegad.

LAURENCIO. Desde la cárcel aquí,
como estaba, prometí
verte. Los brazos me dad.

ALBANO. Dadme vos a mí las manos.

CLAVELA. Sea, señor, para bien
la libertad.

LAURENCIO. Y también,
pues es razón, entre hermanos,
lo sea, Clavela hermosa,

vuestro nuevo casamiento.

ALBANO. Sentaos, hijo.

LAURENCIO. Ya me siento.

CLAVELA. ¿Casamiento, nueva cosa?

Señor cuñado, ¿pues vos
eso me habéis de decir?

LAURENCIO. Yo os lo vengo a persuadir
con mucho gusto, ¡por Dios!,
que Liberio ha procedido
conmigo de tal manera,
que cuando quien es no fuera,
os le diera por marido.

Bajóse de la querella
por muertos y vivos ya.

ALBANO. En obligación le está
Clavela, y vos después della;
y mirad si honrado ha sido,
pues le mató Feliciano
a Liberio tal hermano,
y da por él tal marido.

Hija, dura cosa es
que estimes un muerto en tanto,
que basta de un mes el llanto,
y dicen que sobra un mes.

No debes de ser mujer,
pues no te habiendo (121) gozado
apenas te has consolado,
si hoy bastaba para ayer.

LAURENCIO. Hermana, nunca los muertos
quieren llantos excesivos,
que les pesa que los vivos
hagan tales desconciertos;
yo fuí de tu esposo hermano,
y pues que te cases ruego,
bien creerás que tu sosiego
no es ofensa a Feliciano;

mejor es que estés casada,
que a menos peligro estás,
que en este estado tendrás
la envidia a tus pies echada;

que si a esta vida tu esposo
agora volver pudiera,
esto mismo te pidiera,
porque es honrado y forzoso.

De tu padre es este gusto,
y de los hijos, prudencia
mostrar al padre obediencia
en lo que es honesto y justo;

haz esto por ti y por él,
y por mí, Clavela hermosa.

(120) Ba: rogarle.

(121) Ba: haviéndote.

CLAVELA. Si ha de ser cosa forzosa casarme, no sea con él.

LAURENCIO. Pues ¿con quién será mejor?

CLAVELA. Contigo, pues que tu hermano no me gozó, como es llano.

ALBANO. ¡Mirad qué invención de amor!

CLAVELA. Con esto yo pensaré que vive mi Feliciano, pues es su sangre su (122) hermanito y está en su sangre su fe; [no, pasará, desta manera, mi alma de un muerto a un vivo.

ALBANO. Más pena de oír recibo tan espantosa quimera.

¿Qué dices desto, Laurencio?

LAURENCIO. Que se ha burlado Clavela, porque con esta novela ponga a mis ruegos silencio.

ALBANO. Ya, pues mi mucha blandura no es parte para ablandarte, y parece que rogarte antes te vuelve más dura,

¡por Dios, que te he de quitar la vida en este aposento, o has de hacer mi pensamiento!

CLAVELA. ¡Señor!

ALBANO. ¡No hay que replicar!

¿Soy padre, o qué soy?

LAURENCIO. Señora, mira que a tu padre indinas. (123)

¿Qué es lo que hacer imaginas, no le obedeciendo agora?

CLAVELA. Meterme en un monasterio.

ALBANO. No quiero sino casarte.

CLAVELA. Pues mátame.

ALBANO. ¿Ya es matarte, ¡villana!, el darte a Liberio?

LAURENCIO. Señora, por Dios que mires que yerras en lo que haces, que mal tu honor satisfaces porque llores y suspires.

Dame, Clavela este "sí"; ¡mira que muero por él!

ALBANO. Y cástate ya (124) con él, por Dios, por él y por mí.

LAURENCIO. ¡Ea, señora! ¿Qué dudas?

CLAVELA. ¡No me apretéis desa suerte!

ALBANO. ¡Acaba, ya mármol fuerte, que a ningún aire te mudas!

(122) Ba: mi.

(123) En las tres ediciones: indignas.

(124) M y B: Y ya casarte.

CLAVELA. ¿Qué he de hacer? Digo que sí, porque forzada y rogada no es mujer, es piedra helada la que no se rinde así.

ALBANO. ¡Dame esos brazos, mi bien!

LAURENCIO. Y a mí, Clavela, pues creo que conocéis mi deseo.

LEONORA. Y a mí, señora, también.

ALBANO. ¡Ea, vaya fuera el luto! (125)

Ve tú avisar a Liberio.

LAURENCIO. ¡Qué albricias!

ALBANO. ¿Por qué misterio (126) dió tu dureza este fruto?

Luego te viste de bodas, y huélguese aquesta casa.

LEONORA. ¡Ea, Clavela se casa; vengan las vecinas todas!

ALBANO. Cifrese aquí la hermosura de Valencia, y tú preside, que es con quien decillo (127) mide gracia, donaire y ventura.

No estés triste, dame un día que me aumente otros diez años.

CLAVELA. ¡No acaba. esposo, mis daños tu muerte, sino la mía!

(Vanse, y salen LIBERIO y TANCREDO.)

TANCREDO. ¿Para leerle siquiera no tomarás el papel?

¿Hay algún veneno en él?

LIBERIO. Como veneno me altera.

¿Ves que trato de casarme, y cuán cerca dello estoy, y de ligero que voy no pesa el seso un adarme, y dasme papel de Otavia hermana (128) de aquel cruel

(125) En las tres ediciones:

Ea vaya fuera el llanto.

(126) M y B:

LAURENCIO. *Que albricias.*CLAVELA. *Porque emisferio.*ALBANO. *Porque misterio dió tu dureza este fruto.*

Ba:

LAURENCIO. *¡Qué albricias!*CLAVELA. *Por qué misterio?*ALBANO. *Por qué misterio dió tu dureza este fruto?*(127) B y Ba: *dezille.*(128) M y B: *en mano.*

que con ser muerto por él
tanto Clavela me agravía?

¡Déjame, Tancredo, y vete.

TANCREDO. ¡Ea!, para entre los dos.

LIBERIO. Mira que dice, ¡por Dios!,
que es Tancredo alcagüete. (129)

TANCREDO. Como eso seré por ti
lee tú, y veráslo aquí.

LIBERIO. ¿Qué quiere aquesta (130) mujer?

TANCREDO. Algo debe de querer
¿Es carta escrita de mano
enferma de pestilencia,
que entra la misma (131) dolencia
por la vista al que está sano?

Lee, que no has de enfermar
del amor que tiene Otavia.

LIBERIO. ¡No que fuera mal de rabia,
que es aborrecido amar!

Aunque el mismo mal me mata,
pues aborrecido adoro
quien a tanto amor y oro
tan de una manera trata.

Léele, ¡por tu vida!

TANCREDO. Di
de Clavela.

LIBERIO. Muestra (132) acá.

TANCREDO. Quita la nema.

LIBERIO. Ya está.

TANCREDO. Pues comienza.

LIBERIO. Dice así:

(Carta.)

“Desde el primero día, que me engañaste,
te he querido, Liberio; porque el amor de las
mujeres asienta mejor sobre el engaño de los
hombres que sobre la buena correspondencia.
Cuando fuí a ver a mi hermano, casado con
la mujer que agora procuras, me debiste los
pasos de aquel atrevimiento, y agora, que tú
mismo eres el desposado, me deberás los de
mi muerte.”

LIBERIO. ¿Matarse quiere?

TANCREDO. Sin duda.

LIBERIO. ¿Créslo tú?

TANCREDO. ¡No, por Dios!

LIBERIO. No solamente los dos,
ni todo el mundo que acuda;

que cuando alguna mujer
dice que se ha de matar,
come de puro pesar,
y duerme para comer.

LIBERIO. Yo pienso que ella imagina
que ya la imagino yo
como Lucrecia se vió
al descubrir la cortina.

Mas que se mate o no mate,
yo estoy tal, si está más terca
Clavela, que voy muy cerca
de hacer algún disparate.

TANCREDO. ¿No es éste Laurencio?

LIBERIO. El mismo.

(Sale LAURENCIO.)

LAURENCIO. Es rogar una mujer
querer un ángel hacer
de una furia del abismo.

LIBERIO. ¿Cómo, Laurencio?

LAURENCIO. ¡Oh, Liberio!

Más dura está que solía.
Ya está monja en la Zaidía.

LIBERIO. ¿Cómo? ¿Fuése al monasterio?

LAURENCIO. Venció la importunación (133),
y a este paso la dureza.

LIBERIO. Villana naturaleza;
indómita condición.

¡Oh, muerto el más venturoso
que dejó moza mujer,
¿tal firmeza puede ser
que engendre una hora de esposo?

¿Quién dice que las mujeres
son fáciles? ¡Vive Dios
que nos matemos los dos,
Clavela! Pues ¿tú lo eres?

No escriba el mundo los siete
que alaba tanto la fama (134),
los que tan famosos llama,
que no olvidarlos promete.

Plinio ¿por qué no se espanta
con sus piedras monstruosas,
Roma con sus castas diosas,
de que tuvo copia tanta?
Vengan todos a Valencia:
verán en una mujer
milagros, fama, poder
y castidad en ausencia.

LAURENCIO. Acabada esa oración,

(129) Ba: *alcahuete*.

(130) M: *aquí esta*.

(131) B y Ba: *misma*.

(132) En las tres ediciones: *mustrale*.

(133) M: *impornacion*.

(134) Ba y B: Falta este verso.

¿podréte hablar? (134 bis)

LIBERIO. ¿Qué me quieres?

LAURENCIO. Milagros, fama y mujeres,
todos de tu parte son.

Ya ha dado Clavela el sí.
¿Vaste? ¡Espera!

(Vase LIBERIO.)

TANCREDO. Harto responde.

LAURENCIO. Pues ¿dónde va?

TANCREDO. No sé dónde.

Bien se ha vengado de ti (135).

Apenas oyó que había
dado el sí, cuando volvió
las espaldas.

LAURENCIO. Respondió
que responder no podía.

Sin duda que parte allá.

Las albricias he perdido
sólo por andar fingido.

TANCREDO. Muy bien empleado está.

LAURENCIO. Voy a vestirme de fiesta.
No entiendan que me ha pesado,
que es Liberio mi cuñado
aunque no me dió respuesta.

(Vanse, y salen FELICIANO y CELIO, galanes, y FÁTIMA, de esclavo.)

FELICIANO.

Por mi fe que venimos muy galanes.

CELIO.

Apenas se acabaron los vestidos.

FELICIANO.

¿Qué haremos entre tanto que la noche
nos da lugar para cruzar la puerta
de mi dulce Clavela, de mi esposa.

FÁTIMA.

¿Aun eso (136) agora quieres que te sufra?

FELICIANO.

Como eso sufrirás agora, Fátima,
en viendo la hermosura de Clavela.
Fátima, vive el cielo que hasta agora
a ninguna de entrambas he ofendido
el amor que se debe a un amor sólo.

(134 bis) Ba: *podré hablarte?*

(135) En las tres ediciones: *sí*.

(136) Ba: *esto*.

Cristiano soy en esto, y tan cristiano,
que algunas veces me has encarecido
lo que mi ley me debe en esta parte.

CELIO.

Fátima, mi señor por el camino,
y amor también, que del camino nace,
que el camino y la cárcel, como dicen,
la mayor amistad y amor engendran,
me ha dicho que, pues él tiene a Clavela
y no puede acudir al amor tuyo,
contigo partirá dinero y joyas,
que bien serán catorce mil escudos,
y esos te dan en dote con un hombre
nacido entre Aragón y Cataluña,
que soy yo, por tu vida, y tan hidalgo
como en tu ley lo fuiste. ¿Qué respondes?

FÁTIMA.

Ya después que ese perro de tu amo,
tan avariento de su amor conmigo
me ha mostrado su pecho cauteloso,
determiné pedirle yo lo mismo;
que, como allá decís los españoles,
al mal pagador, siquiera en pajas.

CELIO.

¿Luego paja soy yo?

FÁTIMA.

Si tu amo es noble,
¿no está claro que es limpio trigo,
y tú, que sirves de crecer la parva,
la paja que debajo rompe el trillo?

CELIO.

Salga comparativa, poco a poco,
que aun no conoces el amor que tengo
después que me han tocado las narices
los floridos azahares de Valencia.

FÁTIMA.

Tu buen amor, y tu donaire, Celio,
señor te hacen de mis brazos: tómalos.

CELIO.

Y a mí, por ti, de recibillos (137): dácalos.

FELICIANO.

¡Por Dios que estáis de fiesta echando esdrújulos!

(137) Ba: *recibirlos*.

CELIO.

¿Quién no ha de enloquecer, amo querido,
amo del alma, viéndose en su tierra
con quince mil ducados y esta moza?
¿Así no fueras galga!

FÁTIMA.

Mientes, Celio,
que ya estoy aprendiendo los artículos.

FELICIANO.

La noche se ha cerrado; que en mi vida
he visto día tan prolijo y largo.
Si agora Josué batalla hiciera,
creyera yo que el Sol se había parado.
Echa por esa calle a los Mascones,
y Fátima de hoy más se llame Fátimo,
sin apartarse un punto de nosotros.

CELIO.

Desde agora eres mía.

FÁTIMA.

Y yo te sigo.

CELIO.

Casarse quiere Fátima conmigo.

(*Vanse, y salen ALBANO, dos PAJES con hachas.*)

ALBANO. En ese patio poned
esas dos hachas, que ya
todo apercebido está,
y lo que os aviso haced.

PAJE 1.º Fijadas quedan aquí.

ALBANO. La luz en noche de fiesta
lo que pasa manifiesta.

Bien quedan las dos así.

La música no ha venido.

¿No hicistes más diligencia?

PAJE 1.º A la usanza de Valencia,
salterio y flauta han traído.

ALBANO. ¿Era el que dije el salterio?

PAJE 1.º El mismo.

ALBANO. Pues toque al punto
que venga el escuadrón junto
que hoy acompaña a Liberio.

PAJE 1.º Sin duda el viejo caduca.

¿Qué chirimías les tiene?

Pues ¿qué colación previene?

PAJE 2.º Alguna entisán con ruca.

Pero Liberio es galán,
y han de rodar canelones.

PAJE 1.º ¿Cuánto te dió?

PAJE 2.º Tres doblones.

PAJE 1.º ¿Quién es padrino?

PAJE 2.º Don Juan.

Ya viene todo el ruido;

di que toquen el salterio,

que ya es venido Liberio. (138)

(*Sale todo el acompañamiento, y LIBERIO, galán, con LAURENCIO.*)

ALBANO. Seáis, Liberio, bien venido.

LIBERIO. ¿Dónde está, señor (139), mi es-

ALBANO. Ya os aguarda; entrad. [posa?

LIBERIO. ¿Qué día!

¿No esperaba el alma mía

verse en hora tan dichosa!

(*Vanse, y salen FELICIANO, CELIO y FÁTIMA.*)

FELICIANO. De poner la planta en ella
un nuevo aliento he cobrado.

CELIO. Sin duda el aire te ha dado
de tu esposa, airosa y bella.

FÁTIMA. ¿Ya vas tomando el humor?

FELICIANO. Que no me mate alegría
de verme en vos, calle mía,
como en ausencia el dolor.

¿No te parece que entramos
a un jardín lleno de flores?

FÁTIMA. A la calle dice amores,

¿con buena luna llegamos!

FELICIANO. ¡Oh, rejas que de mi llama
sois testigos y mis quejas!

FÁTIMA. Si eso dices a las rejas,
¿qué has de decir a la dama?

FELICIANO. Esperad. ¿Qué hay a la puerta?

CELIO. Dos hachas están aquí.

FELICIANO. ¿Hachas, Celio?

CELIO. Señor, sí.

FELICIANO. ¡Ay, Celio, Clavela es muerta!

CELIO. ¡Desmáyate, por tu vida!

FELICIANO. ¿Pues hachas y ausente yo?

CELIO. Quizá de aquí se mudó,
o la casa se me olvida.

FELICIANO. Es de su padre y su abuelo;
¿cómo se pudo mudar?

CELIO. ¿No puede su padre estar,
como su abuelo, en el cielo,
y haberse después vendido,
o haberse esta noche muerto?

(138) Ba: Falta esta escena.

(139) Ba: Falta señor.

FELICIANO. Entra y sabráslo de cierto.
 CELIO. Voy.
 FÁTIMA. ¿Si saben que has venido?
 FELICIANO. Viniendo yo de secreto,
 nadie lo pudo saber,
 ni era justo fiesta hacer;
 que a un desterrado, ¿a qué efeto?
 Y sin duda fiestas son,
 que hallé (140) en el patio gente.

(Sale CELIO.)

CELIO. ¡Jesús!
 FELICIANO. ¿Qué es esto? ¡Detente!
 FÁTIMA. ¿Has visto alguna visión?
 CELIO. Di por mil veces Jesús.
 FELICIANO. ¿De qué pierdes los estribos?
 CELIO. Más valiera estar cautivos
 en Fez, Marruecos o en Sus.
 FELICIANO. ¿Quieres darme algún picón?
 CELIO. A fe que te ha de picar.
 FELICIANO. Pues acaba ya de hablar,
 o sácame el corazón.
 CELIO. Clavela está ya casada,
 que han pensado que eres muerto,
 con el hermano de Alberto,
 a quien diste la estocada.
 FELICIANO. ¿Ha muchos días?
 CELIO. Agora
 se acaban de desposar.
 FELICIANO. ¿Y deso me he de picar?
 Mirad lo que el necio llora.
 ¿Hay hombre más venturoso?
 CELIO. ¿Y si el otro está acostado?
 FELICIANO. No seas, Celio, pesado
 ni te precies de enfadoso,
 que si acostado estuviera
 ya no hubiera hachas aquí.
 CELIO. Bien has dicho.
 FELICIANO. En la luz di
 como mariposa al fuego.
 FÁTIMA. Agora acabo de ver,
 cristiano, tu dicha y nombre,
 pues casi un dedo de un hombre
 veniste (141) hallar tu mujer.
 FELICIANO. ¡Ay, Fátima, en estos puntos
 tienes al honor gran miedo;
 no me quites ese dedo,
 que vendrán a quedar juntos.
 FÁTIMA. ¿Por qué no les escribías

que eras vivo en Tremecén?
 FELICIANO. Por darles el parabién
 al cabo de algunos días.
 ¡Oh, cuánto el descuido trueca!
 Que voluntad de mujer
 como jardín viene a ser (142):
 que sin la lluvia se seca.
 Entremos dentro embozados,
 hasta ver en lo que para.
 CELIO. Mas si un poco se tardara,
 él los hallaba acostados.

(Vanse, y salen todos, y el PADRE y desposados.)

LIBERIO.

Hanme favorecido con extremo,
 y más en irse que en acompañarme.

PADRINO.

Mi parabién, Liberio, es el postrero,
 aunque, pues tanto estimo el agradaros,
 en entrando quisiera haberle dado,
 para dejaros con Clavela solo,
 que es la fiesta mayor que puede hacerse.
 El cielo os guarde, y vos veáis, Albano,
 dichosos nietos de tan buenos hijos.

LIBERIO.

De mi parte, señor, los pies os beso.

(Salen, embozados, FELICIANO, CELIO y FÁTIMA.)

CLAVELA.

Yo de la mía.

ALBANO.

Y yo por las (143) de entrambos.

LAURENCIO.

Solo he quedado; plega a Dios, Liberio,
 que os gocéis muchos años con Clavela.

FELICIANO.

Despidiéndose della está Laurencio.

CELIO.

Pues qué, ¿vanse acostar?

FELICIANO.

¿Luego eso dudas?

(140) Ba: que allí hay.

(141) Ba: veniste a.

(142) Ba: a hacer.

(143) En las tres ediciones: y yo por los.

LIBERIO.

En el mismo lugar del muerto hermano.
Laurencio, os tengo.

LAURENCIO.

Y yo también del mío.

FELICIANO.

¿Que este traidor los junte desta suerte?

CELIO.

¿Por qué es traidor, sabiendo que eres muerto?

FELICIANO.

¿Qué importa, si era este hombre mi contrario?
Y cuando fuera amigo, fué mal hecho;
otro lo concertara, no mi hermano.

CELIO.

Díjome un paje que pidió Clavela
su libertad antes que la entregase,
y que la dió forzándola su padre
y una daga poniéndola a los pechos.

FELICIANO.

Bien se ve en ella, Celio, y la tristeza
con que apenas del suelo alza los ojos.
No ha visto el suelo tales tres (144) engaños.
Clavela piensa que Liberio agora
la ha de gozar, y que en sus brazos duerme,
y ha de dormir en los dichosos míos.
Liberio piensa que a Clavela tiene
segura entre sus brazos esta noche,
y ha de tener los brazos de esta espada
si por ventura en algo me replica.
Albano, pues que ya me piensa muerto,
su aborrecido yerno será vivo.

FÁTIMA.

Paso, que acaban ya los cumplimientos.

LIBERIO.

Aún no han salido todos de la sala.
Tres hombres hay aquí. Tancredo, llega
y diles que se vayan, que ya es hora.
Di que me aguarda un siglo de deseos.

TANCREDO.

¡Ah, caballeros; esto es acabado;
cesó la fiesta, y el padrino es ido.

Las damas están ya en sus casas todas,
y los novios querrían acostarse.

FELICIANO.

Pues si se quieren acostar, acuéstense.

TANCREDO.

¡Gentil razón y cortesano término!
¿Habéis de ver la desposada en carnes?

FELICIANO.

Podría ser, que aquí lo piensa alguno.

TANCREDO.

Ya se acabó la fiesta, y los rebozos,
los donaires, son buenos entre muchos;
pero parecen mal estando solos.

FELICIANO.

Yo he respondido.

TANCREDO.

Basta, que han dado
en que no han de salirse de la sala.

LAURENCIO.

¡Gentil término es ése!

LIBERIO.

Ven, Laurencio;

acuérdate que hice yo otro tanto,
y que un hermano me costó la fiesta,
y a ti también el muerto Feliciano.
Si quieres que yo mate alguno déstos,
traza debe de ser, para que otro
después venga a gozar de mi Clavela
si, huyendo yo, también el mar me sorbe.

LAURENCIO.

Palabra doy de no decilla mala,
sino rogalles (145) que se vayan luego.

LIBERIO.

Desa (146) manera, parte. Mi Clavela,
¿por qué no alzáis aqueese hermoso rostro?

LAURENCIO.

Caballeros, bastaba haberme visto
venir, como en persona a hablaros vengo,
para saliros luego de la sala,

(145) Ba: decirla, y rogarles, respectivamente.

(146) Ba: de essa.

(144) Ba: Falta tales.

que esta casa es ajena, y no parece término hidalgo que a tal hora y solos queráis acompañar los novios tanto. Suplicoos que os salgáis.

FELICIANO.

Señor hidalgo, el que trazó tan bien el casamiento, [tos, el que es tan buen (147) hermano de los muertos; qué bien honráis (148) los enemigos vivos! Yo estoy donde ni él ni el desposado ni todo el mundo junto podrá echarme, porque, en fin, a pesar de mala sangre y de hermanos fingidos, pienso agora volver por el difunto Feliciano.

LAURENCIO.

Caballero, si sois pariente suyo, mirad que yo he tenido aquí buen celo; que muerto ya mi hermano, no era justo que Clavela tuviese mal suceso; yo vuelvo por su honor y por el mío, y a no haber dado al novio la palabra de no alterar su casa...

FELICIANO.

Paso, paso, que si eso hacéis os costará la vida.

LAURENCIO.

¿Hase visto negocio semejante?

LIBERIO.

¿Qué es eso?

LAURENCIO.

Un hombre bárbaro, un demonio que allí se quiere estar.

LIBERIO.

¿Cómo?

LAURENCIO.

Por fuerza.

LIBERIO.

Ese hombre es echadizo. Entrad, Clavela, cerrarán (149) esta cuadra de la cámara, y dormirá en la sala norabuena.

ALBANO.

Pues cómo, ¿ha de sufrirse esto en mi casa? ¿En mi casa esta fuerza?

LIBERIO.

Padre mío, por Dios os ruego que tengáis la cólera, no se venguen de mí mis enemigos.

ALBANO.

Pues cómo, ¿ha de quedarse dentro un hombre? ¿Somos hombres aquí? Dame una espada.

LIBERIO.

Padre mío, teneos. Mi Clavela, conmigo entrad.

FELICIANO.

Detente.

LIBERIO.

Hombre, ¿quién eres, que así estorbar mi casamiento quieres?

FELICIANO. Feliciano.

LIBERIO. ¿Quién es?

FELICIANO. Yo;

[yo] soy Feliciano.

ALBANO. ¡Ay, cielo!

FELICIANO. Vivo estoy, que muerto no.

CLAVELA. Toda me ha cubierto un yelo.

LIBERIO. ¡Ved a qué tiempo llegó!

LAURENCIO. ¡Hermano mío!

FELICIANO. ¡Desvía!

Dadme vos, Clavela mía, esos brazos.

CLAVELA. ¿Es mi bien?

FELICIANO. Soy. ¡mi vida! el mismo.

LIBERIO. ¿A quién

tanto mal venir podía?

ALBANO. ¡No se tardara dos horas!

¿No eras muerto, Feliciano?

FELICIANO. ¡Mi bien! ¿De contento lloras?

LAURENCIO. ¡Dame esos brazos, hermano!

FELICIANO. ¡Quita esas manos traidoras!

LAURENCIO. Tú te informarás mejor, y conocerás mi amor.

LIBERIO. Tancredo, dame un cordel.

¿Pudo a tiempo más cruel llegar este hombre?

TANCREDO. Señor...

LIBERIO. ¿Qué es lo que quieres?

TANCREDO. No hagais extremos.

(147) *Ba: tambien.*

(148) En las tres ediciones: *honras.*

(149) En las tres ediciones: *y cerraran.*

LIBERIO. ¡Vete de ahí!

FELICIANO. Mi amor, Clavela, me pagas;
que cuanto pasé por ti
es bien que me satisfagas.
Liberio, a tu hermano he muerto,
pero sabido (150) el concierto
y que es tu esperanza vana,
te quiero dar a mi hermana,
si en esto a servirte acierto.

LIBERIO. Bien creerás que todo el cielo
me ha perseguido este día;
pero agradezco tu celo;
no nació para ser mía
la mejor mujer del suelo.
Habráme de consolar
el emparentar (151) contigo.
¡Que agora vino a llegar!
¡Ah, duro tiempo enemigo,
bien lo pudiste estorbar!
¿No había rayos, no había true-
agua faltó? [nos,

ALBANO. Feliciano,
no echo a Liberio menos,
pues ya, muerto vivo, gana
hijo de padres tan buenos.
Quiero abrazarte.

FELICIANO. Señor,
después que mi larga historia
vengas a saber mejor,
tendrás por mayor vitoria
la que juzgaste menor.
Traigo treinta mil ducados,
a un moro alarbe quitados.
Llégate, Fátima, aquí.

CLAVELA. ¿Es mujer?

FELICIANO. Señora, sí.
Serenaos, ojos airados.
que casada viene ya.
y aquí su marido está.

CLAVELA. ¡Pesárame de otro modo!

LIBERIO. ¡Allá lo gozara todo,
y nunca viniera acá!
¿No hubo dónde cayese,
no hubo una calentura
que un hora le detuviese!

ALBANO. Mucho estimo tu ventura.

LIBERIO. No hay cosa que no me pese.
Goza mil años tu hacienda,
que también la tuya es mía,
que no por ella se entienda
que he recibido (152) alegría,
sino por hallar tal prenda.
Mas, dime, ¿aquel pobre paje
que era de honrado linaje,
en qué paró?

FELICIANO. Allá quedó.

LEONORA. ¿Que se ahogó Celio?

FELICIANO. ¿Pues no?
Perdióse entero el pasaje. (153)

LEONORA. Habíame prometido
que sería mi marido.

FELICIANO. De Fátima lo era ya.

LEONORA. Pues muy bien ahogado está,
y que antes hubiera sido.

CELIO. Poquito deso (154), Leonora,
que vivo estoy, Celio soy.

FÁTIMA. Y yo su mujer, señora.

LAURENCIO. Hermano, aquí solo estoy.
¿No me abrazarás agora?

FELICIANO. Doyte mis brazos.

ALBANO. Bien sella
su vida.

FELICIANO. Y la historia bella
aquí puede fin tener,
pues se ha visto una mujer
viuda, casada y doncella.

FIN DE LA COMEDIA DE LA "VIUDA, CASADA
Y DONCELLA".

(150) Ba: sabiendo.
(151) M y B: aparentar.

(152) Ba: recibido.
(153) En las tres ediciones: patage.
(154) Ba: de esso.

YA ANDA LA DE MAZAGATOS

COMEDIA FAMOSA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

PERSONAS :

DON MANRIQUE.
EL REY DON PEDRO.
PASCUAL, villano.
DON JUAN.
DON ALVARO, viejo.
NUÑO, viejo.

GUTIERRE.
TRONERA.
LORENZO.
UN ALCALDE VILLANO.
LAÍN.
FELICIANO.

ELVIRA, villana.
DOÑA ELVIRA.
TERESA.
VILLANOS.
MÚSICA (1).

PRIMERA JORNADA

(Salen DOÑA ELVIRA, con luz, y DON MANRIQUE.)

DOÑA ELV. ¿Ya te vas, Manrique?

MANRIQUE. Sí.

DOÑA ELV. Poco cariño (2) a mi amor.

(1) A: Dn. Manrique; D.^a Elbira; Dn. Albaro, viejo; Dn. Juan; Feliciano, criado; Elbira, billana; Teresa, billana; / Pascual, billano; Nuno, biejo, billano; Perote (tachado, y al lado, con letra y tinta distintas: Tronera), lacaió; Guticrre; Laín; Lorenzo; el Rey Dn. Pedro; un alcalde billano; criados.

D: Manrique; Rcy; Pasqual; Dn. Juan; Dn. Alvaro, viejo; Nuño, viejo; Gutierre; Tronera; Lorenzo; Alcalde; Laín; Feliciano; Elvira; Theresa; 2 villanos; Musica.

En B hay el siguiente Repartimiento: Manrique—1.^o; Rey—2.^o; Pasqual—3.^o; Dn. Juan—Sobres[alien]te; Dn. Albaro, viejo—2.^o Barba; Nuño, viejo—1.^o Barba; Gutierre—Huerta; Tronera—Garrido; Lorenzo—Gonzalez; Alcalde—Coronado; Laín—Paco; Feliciano—Moncín; Elvira—1.^a Dama; D.^a Elvira—2.^a; Teresa—Ibañez; Villano 1.^o—Alfonso; [Villano] 2.^o—Correa; Musica—Mendez.

En C hay este otro: Dn. Manrique—Juan Ramos; El Rey Dn. Pedro—Viz[en]te Galban; Pasqual, villano—Tomás Ramos; Dn. Juan—Robles; Dn. Alvaro, viejo—Viz[en]te Ramos; Nuño, viejo—Ruano; Gutierre—Huerta; Tronera, gracioso—Garrido; Lorenzo—Gonzalez; Un Alcalde villano—Coronado; Laín—Paco; Feliciano—Moncín; Elvira, dama—María del Rosario; D.^a Elvira, 2.^a dama—Paca M[a]r[tine]z; Teresa, graciosa—Ibañez; Villano 1.^o—Alfonso; Villano 2.^o—Correa; Musica—Mendez.

(2) A: Entre cariño y a mi amor, tachado te debo.

MANRIQUE. Más detenerme es (3) error, Doña Elvira.

DOÑA ELV. ¿Por qué?, di.

¡Tanto deseo al venir, tanto afán al suspirar, sólo han venido a parar en la prisa del partir!

¡Qué bien hace la mujer que se mantiene constante en no dar crédito a amante, por más que llegue a querer!, que a su daño le provoca permitiros la ocasión, falsos en el corazón, pero finos en la boca.

Sin duda que de otra dama el ansia te está llamando.

MANRIQUE. ¿Cuando el alma te está amando, así tu labio me infama?

DOÑA ELV. Mucho (4) temo que tirano pagues lo que te he querido.

MANRIQUE. ¿De que seré tu marido no te di palabra y mano?

Pues ¿por qué injustos recelos tienes de mi fino trato?

DOÑA ELV. Creo (5) que has de ser ingrato.

MANRIQUE. Esos son mentales celos.

DOÑA ELV. A mi pasión interpreta

(3) A: Entre detencrme y es, tachado no puedo.

(4) A: Entre mucho y temo, tachado siento.

(5) A: Antes de creo, tachado temo.

tu cuidado lo enojada.
 MANRIQUE. No por más desconfiada
 pretendas ser más discreta;
 tus sospechas satisfago:
 ya (6) sabes que está en Ayllón
 el Rey, y en esta ocasión
 a las sierras de Buitrago
 ha de ir a caza; conviene
 hallarme, Elvira, con él;
 conmigo será cruel
 tu amor, si más me detiene,
 pues la posta he de correr
 saliendo el sol: no porfies,
 ni de mi fe desconfíes.
 DoÑA ELV. No te espantes: soy mujer.
 MANRIQUE. Haz mayor estimación
 de mi amor y tu recato.
 DoÑA ELV. Tienes opinión de ingrato.
 MANRIQUE. ¿Y una vulgar opinión
 puede más que tu experiencia?
 DoÑA ELV. Es Amor desconfiado.
 MANRIQUE. Correspondido y pagado,
 más es tema que prudencia;
 ya sabes que es mi enemigo
 tu hermano, y posible fuera
 que gusto no recibiera
 en que te cases conmigo.
 DoÑA ELV. Pídemelo a mi padre.
 MANRIQUE. Ha sido
 mi opuesto; yo dispondré
 otro medio en que podré
 lograr...

(Dentro, DON ALVARO.)

[ALVARO.] ¿Quién hace aquel ruido?

(Dentro, DON JUAN.) (7)

[JUAN.] Hacia el cuarto es de mi herma-
 DoÑA ELV. ¡Mi padre y mi hermano son, [na.
 Manrique!

MANRIQUE. ¡Qué confusión!

[ALVARO.] ¡Sígueme!

DoÑA ELV. ¡Suerte tirana!

Esconderte es mejor medio.

MANRIQUE. ¿Yo me había de esconder?

Diré que eres mi mujer.

DoÑA ELV. Hasta que halles otro medio

(6) A: Antes de ya, tachado el rey.

(7) A: Falta esta acotación.

más conveniente a mi honor,
 es arriesgarme.

MANRIQUE. Eso intento;
 retírate a tu aposento,
 porque el paso mi valor
 le buscará.

DoÑA ELV. ¡Triste suerte!

(Vase, y salen DON ALVARO y DON JUAN.)

MANRIQUE. Mato la luz.

ALVARO. ¡Feliciano,
 trae luces!

MANRIQUE. ¡Hado tirano!

JUAN. ¡Primero hallará su muerte
 quien intentó (8), poco sabio,
 de aquesta casa (9) el baldón!

(Írán los tres a tienta, hasta que, con los versos,
 encontrará DON JUAN a MANRIQUE, y le asirá de
 un escudo de la capa.)

ALVARO. ¡Nadie mancha mi opinión,
 y si intentaron mi agravio,
 sabrá mi acero...!

MANRIQUE. ¡Qué airada
 es mi estrella!

JUAN. ¿Quién va, digo?

MANRIQUE. ¿Qué haré?

JUAN. ¡Ya hallé a (10) mi enemigo!
 ¿No responde?

(Tira DON JUAN del escudo de la capa de MANRIQUE,
 y se queda con él.) (11)

MANRIQUE. ¡Con la espada
 la respuesta dar intento!

JUAN. ¡Villano, te hará pedazos
 mi valor!

ALVARO. ¡Si no, mis brazos
 guardan furor más violento.

MANRIQUE. La puerta hallé; no es temor
 el que cuerdo me retira,

(Vase MANRIQUE, y riñen DON JUAN y DON ALVARO.)

(8) A: yntente; entre yntente y poco, tachado el
 desonor.

(9) A: Entre casa y el, tachado traidor.

(10) A: Falta a.

(11) A: Tira del escudo de la capa Dn. Juan y
 se queda con el y riñen. Manrique alla la puerta y
 riñen Dn. Juan y Dn. Alvaro.

sino mirar que de Elvira
no se atropellé el honor. (12)

JUAN. ¡Pero ya le hallé!

ALVARO. Este (13) fué
el que don Juan encontró.
¡La muerte le daré yo!

JUAN. ¡Hoy mi honor satisfaré!

(Salen FELICIANO y DOÑA ELVIRA, con luces, por distintas puertas.)

FELICIANO. ¿Qué es esto?

DOÑA ELV. (14) Pues ¿quién se atreve...?

ALVARO. ¡Vil afrenta (15) de mis años!

JUAN. ¡Fiera causa de mis daños!

ALVARO. ¿Por dónde se fué el (16) aleve?

JUAN. ¡Seguiréle! (17)

ALVARO. ¿Ya no ves
que es en vano?

DOÑA ELV. ¡Muerta estoy!

JUAN. ¡A vengar mi afrenta voy!

ALVARO. Le calzan alas los pies
a quien tan ligero escapa,
y se hace ave, sombra o sueño.

JUAN. No deja indicio pequeño
el escudo de la capa
que le arranqué.

ALVARO. Pues ¿qué importa,
si no pudo la fiereza
arrancarle la cabeza?

DOÑA ELV. Señor, el dolor reporta,
que de todo lo que pasa
ignorante, salí al ruido.

ALVARO. Es el último estallido
que da el honor de esta casa.

¡Ay (18), don Juan! No se pu-

[blique
nuestra afrenta, el labio (19) calle
porque la venganza (20) halle
la ocasión.

JUAN. ¿Si es don Manrique?
el que encontré?

ALVARO. No, no ha sido

(12) A: Este y los tres versos anteriores, escritos al margen, verticalmente.

(13) A: Antes de *este*, tachado *testigo*.

(14) A: Antes de *pues*, tachado *ermano señor*.

(15) A: Entre *de* y *mis*, tachado *mi honor*.

(16) A: Entre *el* y *aleve*, tachado *traidor*.

(17) A: *seguirle*; B, C, E: *seguirle*; D: *seguirle*.

(18) A: *oi*.

(19) A: *elabio*.

(20) A: Entre *venganza* y *alle*, tachado *calle*.

Manrique, y es ilusión
pensar que estando en Ayllón
con el Rey, haya venido
a Segovia; y luego, siendo
mi enemigo capital,
es fuerza que quiera mal
a Elvira.

JUAN. Yo no lo entiendo.

ALVARO. Vamos al remedio. Elvira,
la vida y el ser te he dado,
amor mi enojo ha templado,
ya es pasión lo que antes ira:
¿quién era aquel hombre? ¡Mira
a quien las rosas entregas
de tus años!

DOÑA ELV. ¿Qué me ruegas,
ni adviertes? ¿Pude yo ver
hombre alguno?

ALVARO. Eres mujer,
y obstinadamente niegas.

JUAN. No teme su enfermedad
quien al médico la encubre;
quien al padre no descubre
su flaqueza y liviandad,
ama su propia (21) maldad.
pues el mismo honor desprecia;
no eres Porcia, ni Lucrecia.

DOÑA ELV. Soy mujer pundonorosa,
y si piensas otra cosa,
te engañas y...

ALVARO. ¡Calla, necia!
¡Retírate!

DOÑA ELV. [Ap.] En vano aliento,
viendo mi muerte tan clara.
¡Quién a (22) Manrique avisara!

ALVARO. Llevarla a Burgos intento.

JUAN. Pague allí su atrevimiento, (23)
siendo monja, tal hermana. (24)
Mancha de mujer liviana, (25)
con sangre se ha de lavar.

ALVARO. Para enseñarme a llorar
va saliendo la mañana.

Don Juan, de aqueste secreto,
que con tanto dolor sabes,

(21) B: *propria*.

(22) A: Después de *a*, tachado *Fadri*.

(23) B: Entre este verso y el anterior, tachado
siendo monja tal ermana.

(24) A: *siendo monja con mi hermana*; C, D, E:
en un claustro tal hermana, escrito en un claustro
encima de *siendo monja*, tachado.

(25) A: Atribuido primero este verso: D. *Alb*,
tachado después.

JUAN. los dos tenemos las llaves.
Pues guárdelas el respeto
para que tengan efeto (26)
ALVARO. Argos del honor seamos;
las venganzas que intentamos.
de esa capa, el fiero escudo
contra mi honor fiscal mudo (27).
guarda.

JUAN. Sí haré.
ALVARO. ¿Vamos?
JUAN. Vamos.

(Vanse, y salen ELVIRA, villana, y TERESA.) (28)

TERESA. Elvira, tu primavera,
aun más que el abril florida,
pues la envidia de tus ojos
parece que la marchita,
no es razón que con los años
aje la pompa más linda:
cásate, pues, en la aldea;
dé los garzones que miras
el más bizarro es Pascual.

ELVIRA. Es verdad, y su porfía
no me cansa.

TERESA. Siendo así,
¿qué melindre (29) te retira?
No aguarden tus juveniles
años a pasar la línea
de la vejez, que el Amor
con los viejos no hace liga,
que hace la guerra con mozos.

ELVIRA. Discreta estar solicitas
con la ociosidad, Teresa.

(Sale PASCUAL.)

(26) B, C, D, E: efecto.

(27) A: que deriba nuestro muro. B: contra mi honor fiscal mudo, escrito en una tirita de papel, pegada sobre el verso primitivo; al margen, tachado, contra mi honor fiscal mudo.

(28) B: Selva larga a la izq[ui]erd]a del foro casa con puerta y ventana que suben Dama y 2.^a, con sus tapias, y salen Elv[ir]a y Teresa de villanas. Tachado entre líneas: Casa pobre. Vanse y salen Elvira villana y Theresa. C: Selva larga a la izq[ui]erd]a con puerta y ventana, tapias al foro, tabladillo en la ventana. Salen Elvira villana y Teresa. Tachado: Casa pobre. D: Selva larga con puerta y ventana a la izq[ui]erd]a y tapias. Salen, etc. Tachado: Casa pobre. E: Tachado: con bal casa pobre; a continuación: Selva larga con balcon a la yzq[ui]erd]a en el foro que suben dos mug[er]es.

(29) A: melinde.

[PASCUAL.] ¡Qué bien, dulce prenda mía,
me avisaron esas flores
del prado que tú salías!
¡Qué bien la nieve del monte,
a tus rayos derretida,
convirtiéndose en arroyos,
lo publicó con su risa!
Sólo las peñas callaron,
y de ti saber querría
si se lo has mandado (30) tú;
porque eres tan parecida (31)
a las peñas, que querrás
que, mudas, no me lo digan.
ELVIRA. Pascual, la desconfianza,
por más que sea entendida,
no sé que sea discreta;
en la aldea no se estilan
requiebros de cortesanos,
es la frase más sencilla;
tus cariños ya he (32) escuchado;
la libertad, aunque es mía,
es razón que con el gusto
de mi padre la dirija.

PASCUAL. Si llego a verme tu esposo,
¿quién (33) no envidiará mis di-
Teresa, ¿deste contento [chas?
no aplaudes el alegría?

TERESA. No sabes lo que me debes.

PASCUAL. Es verdad.

ELVIRA. ¿Te determinas
a pedirme?

PASCUAL. Con vergüenza
llegaré, aunque mi porfía
no sé si disgustará
a Nuño.

TERESA. Venir se mira
hacia aquí.

PASCUAL. Si la Fortuna
ampara las osadías,
también (34) osado he de ser.

(Dentro, Nuño.)

[NUÑO.] Bras, compón la jumentilla
y parte al monte por leña,

(30) A: Escrito primero *si se los aman*; después, enmendado, poniendo la *a* de *as* sobre la *s* de *los*, y la *s* sobre la *a* de *aman*.

(31) A: Entre este verso y el anterior: *porque en señas entendida*, tachado.

(32) A: Falta *he*.

(33) A: Antes de *quien*, tachado *dulze*.

(34) A: Antes de *también*, tachado *si la osa*.

que la ociosidad no cría
buenas costumbres jamás.

(Sale.)

PASCUAL. Señor, así eterno vivas,
que me oigas y me disculpes;
la ansia que el amor publica
fuego es del alma, y así
a la boca se encamina:
ya conoces los ganados
que en las dehesas vecinas
el tapete verde nievan
cuando a pacer se encaminan,
lo copioso de las cabras
que a Guadarrama se empinan,
que a veces juzgan los ojos
que son peñas movedizas;
las ovejas, que en el monte,
cuando el sol su luz declina, (35)
parecen pellas de nieve (36)
que del monte se derriban; (37)
el campo lleno de vacas,
también verás que publica
opulencia: todo es nada
para ofrecer a la vista
de Elvira; sin ella soy
pobre; con ella, la India
corto tesoro será;
hazme su esposo, ¡así vivas
la edad del fénix, que siempre
al tiempo se immortaliza!

NUÑO. No desdeño la elección,
Pascual; yo te daré a Elvira
después que el agosto en parvas
coja las rubias espigas.
¿Qué dices, hija? (38)

ELVIRA. Señor...

TERESA. Tiene vergüenza la niña,
y haciendo pucheros dice
que sí.

PASCUAL. ¡Quién logró tal dicha!

(Dentro, MANRIQUE.)

[MANRI.] ¡Válgame el cielo!

(Dentro, TRONERA.)

[TRONERA.] ¿Caíste?

¡Postillón para caídas,
detente!

NUÑO. Postas son éstas;
que, como en Ayllón habita
el Rey, los más días pasan
señores.

TERESA. Y se encamina,
el que cayó, hacia esta parte.

PASCUAL. Teresa, saca una silla.

(Salen TRONERA y MANRIQUE.)

TRONERA. ¿Te has hecho, di, mucho mal?

MANRIQUE. No, Tronera.

TRONERA. ¡Con tal prisa
vienes! Y, si yo tu mal
he de sentir, imagina
que de lo poco me pesa.

NUÑO. Un jarro (39) de agua le sirvan.
Id por él. Señor, sentaos,

(Vanse ELVIRA y TERESA.)

que hallaréis (40) fina acogida,
si no decente a quien sois.
¿Traen el agua?

TRONERA. ¿Hay tal mohina?

Traigan vino, que es mejor.

¡Bien haya una jumentilla
que camina a paso lento,
con su mano de tardía,
como si fuera reloj,

que nunca mover se mira!

¿Cómo se llama esta aldea?

PASCUAL. Mazagatos.

TRONERA. ¡Tal no diga!

¿Mazagatos? Con perdón,
ya no extraño la caída;
aquí se inventaron chatos,
zurdos, calvos, suegras, tías. (41)
¡Raro nombre de lugar!

(35) A: Entre de y clina, tachado riba.

(36) A: Antes de parecen, tachado dejan. Entre este verso y el anterior, tachado copos de nieve de niebe (sic) que pazen.

(37) B: Atajados este verso y los siete anteriores, que faltan en C, D y E.

(38) B: Al margen: 2 sillars; D: 2 sillars prev[enida]s.

(39) A: y D: garro.

(40) A: allaris. Al margen: B, C, D y E: Vanse Elvira y Theresa.

(41) A: Escritos al margen este verso y el anterior; en la columna, tachados estos dos:
calbos, zurdos y gorristas
y aun los suegros y las suegras.

MANRIQUE. Otra villa tengo mía
cerca de aquí.

TRONERA. Sí, señor;
que se ha de llamar la Anguilla.

NUÑO. ¿La Anguilla? Deme los pies,
señor conde, useñoría,
que no le había conocido.

MANRIQUE. Levantad.

TRONERA. No habrá en Castilla
quien, al oír tus estados...

MANRIQUE. ¿Qué, Tronera?

TRONERA. No se ría.
Son lugares de vizconde. (42)

(Sale ELVIRA, con un vaso de agua en una salva,
y TERESA.) (43)

ELVIRA. Ya está aquí el agua.

NUÑO. Camina,
dásela.

TRONERA. No, no la bebas,
que a una cuartana te obligas.

MANRIQUE. Mostrad, que el polvo y calor
a beberla me convidan.
Pero, ¿qué miro? Tus ojos
son estrellas desprendidas
del cielo; pero mal dije, (44)
soles son que rayos tiran.
¿Qué honestidad, qué decoro!
¿En selva tan escondida
puede haber tal perfección?
Pero en bruto corcho hila
una abeja hebras de oro,
en sus entrañas retira
la Tierra (45) metal precioso,
el Sol sus luces registra
entre nubes inconstantes,
la perla más peregrina
produce la concha, el campo
la hermosura nos cultiva
en bellas flores, los riscos
entre peñascos animan
la dureza del diamante,
con que la admiración mía

(42) A: Al margen, verticalmente, este verso y los tres anteriores; entre el tercero y el cuarto, tachado lugares estados son de bisconde.

(43) A: Con una salva y un baso de agua Elbira y Teresa. C: Sale Elbira con un vaso de agua en una salvilla, y Teresa.

(44) A: digue; B y D: dige; C y E: dije.

(45) A: Entre tierra y metal, tachado el mayor tesoro el laroma (sic) fino.

en vano es, cuando en ti hallo
en tu cielo luces vivas,
ya con estrellas y sol. (46)
Labradoras péregrinas (47)
tenéis cerca (48) de la corte;
no ha sido mi suerte esquivar
en caer en esta parte,
cuando he logrado tal dicha.
Los caballos, ¿desherrados
estarán?

NUÑO. No (49) os dé fatiga,
que cerca está el herrador.

MANRIQUE. Llevadlos. (50)

ELVIRA. Pues ¿no convida
a su mercé el agua?

MANRIQUE. Sí.

NUÑO. Hija, dile señoría.

(Vase.)

ELVIRA. Acabe ya de beber.

MANRIQUE. Dos cristales me convidan,
y ambos están en tus manos;
pero a la sed que tu vista
ha puesto en mi corazón
el agua es materia tibia;
cuajado cristal tus manos
ostentan, bella homicida,
que la nieve de tu cuello
por carámbanos destila;
deja que lleguen mis labios
a templar su hidropesía. (51)

ELVIRA. ¿Qué hace, señor? ¿Está loco?

PASCUAL. Mucho la bajeza humilla.
¿Que esto vea!

TRONERA. El labrador,
señor, las pulgas le pican
de tus palabras. Detente. (52)

MANRIQUE. ¿Por qué?

TRONERA. Porque está que brinca.

ELVIRA. Quito el agua, pues no bebe.

MANRIQUE. Dame la copa, enemiga,
aunque he bebido en tus ojos

(46) B: Atajados este verso y los quince anteriores, que faltan en C, D y E.

(47) A: Entre este verso y el anterior, tachado en tu cabeza luzida; antes de labradoras, tachado labran de oro.

(48) A: serca.

(49) A: Antes de no, tachado sin tanto.

(50) A: Lleballos.

(51) C, D y E: Atajados este verso y el anterior. A: dexe.

(52) A: Falta detente.

más fucgo que el que respira
todo el Etna. (53)

(Bebe.)

ELVIRA. ¡Gran pachorra
gasta!

TRONERA. ¿Y de eso se admira?
A la una empieza a comer,
y no acaba la comida
hasta las seis de la tarde.
[Ap.] Señor, mira que te atisba
este labrador, y es gente
que se crió a la malicia.

MANRIQUE. Id, zagal, a ver si herrados
están los caballos.

TRONERA. Chinas,
¡qué cara puso!

MANRIQUE. ¿No vais?

PASCUAL. No, señor; el (54) otro día
reñí con él.

MANRIQUE. Bien está.

TRONERA. ¡Diestro es! ¡Qué brava salida
dió!

MANRIQUE. Entretenle.

TRONERA. Norabuena.

MANRIQUE. Serrana, oye.

ELVIRA. Esté quedita
la mano, y no me pellizque, (55)
porque no soy bien sufrida.

TRONERA. Dígame (56) usted: ¿este país,
si es que un hombre se dedica
a la siembra, prenden bien
los ajos y alcamonías?

PASCUAL. Y allá, entre los cortesanos,
en la siembra que ejercitan, (57)
¿qué fruto dan los bufones,
y alcahuetes (58) sabandijas
no excusadas? [Ap.] ¡Vive Dios,
que ya es mucha demasía
la que gasta el cortesano!

TRONERA. [A MANRIQUE.] El payo salta ha-
[cia arriba.

(53) A: Egna.

(54) B, C, D y E: que el. A: Antes de no, tachado reñí.

(55) C: la mano scor cortesano, en una tirita de papel pegada sobre los versos. D y E: scor cortesano escrito sobre no me pellizque, tachado.

(56) C, D y E: diga usted. B: tachado me.

(57) C: ya que mi paciencia irrita, escrito sobre una tirita de papel. D y E: Escrito sobre en la siembra que ejercitan, tachado.

(58) C: habladores. D y E: habladores sobre alcahuetes, tachado.

MANRIQUE. A quien tanta gracia tiene,
bien el que la solicita
dar a entender puede que,
si tu donaire le anima,
sabrás desde cortesano
pasar a labrar tus iras,
si es que a siembra de esperanzas
Amor coge (59) las fatigas.

ELVIRA. Caballero cortesano,
esas retóricas finas
en la aldea se malogran;
id con Dios, que estas campiñas
dan a esperanzas rigores,
y por halagos, las iras;
por favores, los desdenes,
y la espalda a las porfías.

MANRIQUE. No te vayas.

TERESA. ¡Oiga el hombre,
que en ello está!

MANRIQUE. ¿No apadrinas
tú mi amor? Ruega por mí.

TERESA. ¡A linda puerta se arrima!

TRONERA. Señor, que son montaraces,
y los requiebros que estilan
son a coces y bocados.

PASCUAL. ¿Cómo, Elvira, te descuidas?
Ve, que han salido los gansos,
¿no los oyes? No la impida
su señoría.

MANRIQUE. [A TRONERA.] El villano
celoso está.

TRONERA. Es una avispa;
está que salta a la cara.

(Sale NUÑO.)

[NUÑO.] Ya las postas prevenidas
y herradas están; marchad.

MANRIQUE. ¡Y aun dejaré aquí la vida!

NUÑO. El postillón os espera.

MANRIQUE. Decidme: ¿son vuestras hijas?

NUÑO. Elvira es hija, señor,
y Teresa es mi sobrina.

MANRIQUE. ¡Son hermosas! Y, decid,
¿está ya casada Elvira?

NUÑO. No, señor; pero ya está
en la aldea prometida
a un zagal.

MANRIQUE. Pues para el dote
aquesta cadena sirva.

(59) A: coven.

PASCUAL. ¿Quién trujo a este cortesano
a la aldea? ¡Ay, ansias mías!

MANRIQUE. ¿No la tomáis?

NUÑO. No, señor;
llévela vueseñoría,
que no le habemos servido
en nada, y a ser me obliga
descortés; las aldeanas
los sayuelos (60) o basquiñas
no guarnecen con el oro;
eso en la corte se estila.

MANRIQUE. Si aquí me habéis hospedado,
¿no es justo que agradecida
vuestra piedad de mí quede?

NUÑO. El oro que la fatiga
no ha ganado, honra no da;
y yo, señor, la codicia
nunca la puse en el oro.

MANRIQUE. Bien está.

TRONERA. [A MANRIQUE.] ¿Qué le porfías?

MANRIQUE. Tronera, ¡Elvira se llama!

TRONERA. Tú has nacido para Elviras.
¿Ya la primera voló?

MANRIQUE. Un noble nunca se olvida.

TRONERA. ¿Y quieres a ésta?

MANRIQUE. Es hermosa.

TRONERA. Señores, mi amo es Macías.
[Ap.] (Vámonos presto de aquí;
¡te pasmas!)

MANRIQUE. Atento mira
si son bajas las paredes
de esta casa.

TRONERA. Sí, bajitas
son.

MANRIQUE. A robarla vendré.
Quedad con Dios.

NUÑO. Siglos viva
su señoría.

MANRIQUE. ¡Ay, amor,
muerto voy!

TRONERA. ¡Qué bobería!

(Vanse.)

NUÑO. Elvira, a la sierra voy.

(Vase.)

ELVIRA. Con la cena prevenida
aguardo.

(60) A: sayales. B: sayuelos enmendado sobre sayales.

TERESA. Pues yo me voy (61)
a casa.

(Vase.)

PASCUAL. ¡Tente, enemiga!

(Detiene PASCUAL a ELVIRA.)

ELVIRA. ¿Qué quieres, Pascual?

PASCUAL. Decir

que a tu condición altiva
tanto amoroso requiebro,
que ha abrasado (62) el alma mía,
te habrá dejado (63) gustosa,
y a ti (64) llegará corrida
la atención de mi humildad.
¡Oh, malhaya mi desdicha!
¿Qué tósigo, o qué veneno
el cortesano traía
en las voces lisonjeras
que alabaron tus dos niñas?
¡Nunca las hubiera visto,
o ya que a tu luz aspira
fueran rayos que le hubieran
hecho a mis ojos ceniza! (65)
Infierno de Amor, los celos
bien se llaman, bien se explican;
mas no matan de una vez,
que consuelo ser podía,
antes para más dolor (66)
el amante que suspira,
si a su ardor muere mil veces,
otras tantas resucita
para volver a morir. (67)
Pascual, sin duda deliras, (68)
del amor al frenesí,
o sin duda que te olvidas
de que soy yo con quien hablas;
poco mi constancia estimas.
Si ese pesar te causó

(61) Sigue medio verso tachado:
pasa que esta p.

(62) A: que abrasado.

(63) A: degado.

(64) A: ya a ti.

(65) B: fueran rayos que (le huuieran, tachado)
a mis ojos / (no vviera, añadido) hecho (a mis ojos,
tachado) ceniza.

(66) A: Este verso al margen; a continuación,
tachado: *pues para morir de nuevo.*

(67) B: Atajados este verso y los doce anteriores,
que faltan en C, D y E.

(68) B: Tachado *deliras* y sustituido por *declinas*.
C, D y E: *declinas*.

el cortesano que explica
con preámbulos de corte
amantes cortesanas,
te pudiera consolar
ver que la constancia mía
dió a sus vanas presunciones
la respuesta con las (69) iras;
pero, pues que neciamente
de ser quien soy desconfías,
no me veas, no me hables.

PASCUAL. ¡Necio estuve, Elvira mía!

(Sale DOÑA ELVIRA, de camino, apresurada.)

DOÑA ELV. Labradores, si piedad
merece una adversa suerte,
huyendo voy de la muerte,
escondedme y amparad
mi inocencia en esta aldea.

ELVIRA. ¡Lindo rostro tiene, a fe!
Sígueme, y yo te pondré
donde un lince no te vea.

DOÑA ELV. ¿Dónde me llevas, amiga?
¡Turbada estoy, hado injusto!

PASCUAL. Señora, templad el susto.

ELVIRA. Sin miedo mis pasos siga. (70)

(Vanse las dos.)

PASCUAL. No hay hermosa con ventura,
por ésta podrán decir,
pues huye, debiendo huir
la muerte de su hermosura;
llenas están las ciudades
de celos, muertes y agravios;
más dichosos y más sabios
nos hacen las soledades.

(Salen DON JUAN y FELICIANO.)

JUAN. ¿Entró una mujer aquí,
en hábito cortesano?

PASCUAL. No, señor. (71)

JUAN. ¡Dilo, villano! (72)

(69) A: la respuesta de mis iras; tachado de mis,
y escrito después con las.

(70) A: Este verso y los tres anteriores, escritos
al margen, verticalmente. B: Escritos los cuatro versos
en una tira de papel, pegada al margen, verticalmente.

(71) A continuación, este verso, tachado: Dn.
Juan.—que dire si no la bi/solo.

(72) C: Al margen: Vozes 4.º y 5.º dra.

PASCUAL. ¿Qué diré, si no la vi?

Sólo el conde don Manrique
por aquí pasó a su aldea.

JUAN. Ya mi desdicha desea
que este villano se explique.

¿Cuándo, di?

PASCUAL. Habrá media hora, (73)
y habló con una mujer
de buen talle y parecer;
no miento en esto.

JUAN. ¡Ah, traidora!

Sin duda que el Conde ha si-
quien anoche me agravió. [do (74)
¡Que mientras que salí yo (75)
a la iglesia hayas tenido

tal descuido en la posada!
Sin duda vino siguiendo (76)
el coche. ¡En ira me enciendo!
¿Hay suerte más desdichada?

FELICIANO. El sueño y la confianza,
mientras las mulas comían,
me rindió.

JUAN. ¿Por dónde irían,
porque tomara venganza,
y cuántas leguas está
el lugar del Conde?

PASCUAL. Una.

JUAN. ¿Qué haremos, si la Fortuna
tantas desdichas me da?

Vamos. ¡Que airados los cielos
en mí empleen su poder!

(Vanse.)

PASCUAL. Así libré a la mujer
y me vengué de mis celos.

(Selva corta. Vase y salen DON GUTIERRE y LAÍN, con
venablos.) (77)

(73) C: Al margen: relampagos y truenos pre-
venidos.

(74) A: Este verso, al margen, a continuación
de traidora.

(75) B: Al margen: Coxa atruen.

(76) A: sigiendo.

(77) A: Vanse y salen (Lorenzo, tachado) Gu-
tierre y un montero con venablos. C: Selva, tem-
pestad de truenos y salen Dn. Gutierre y Laín con ve-
nablos. E: Selva corta y obscuro; y más adelante
selva, truenos y relámpagos y salen, etc. A: En esta
escena, el copista atribuyó primero los versos res-
pectivos a Lorenzo y Un montero, tachando después
y poniendo Gutierre y Laín.

(Dentro:) ¡To, to!

GUTIERRE. En el monte empinado
de jaras y azules flores,
sabuesos y cazadores
se han perdido y intrincado,
y en el último horizonte
el sol se va sepultando.

LAÍN. Mucho el Rey se fué empeñando
en la maleza del monte.

GUTIERRE. Las nubes rotas con truenos
no dejan ver los halcones
en esferas y regiones
de cielos y aires serenos;
a un mismo tiempo una garza
vió en las nubes un neblí,
también siguió (78) a un jabalí
un lebrele entre una zarza.

LAÍN. ¿Cuál siguió (78) el Rey?

GUTIERRE. Aunque en vano,
tras los halcones iría,
perdiéndolos con el día.

LAÍN. Allí descubro a un villano.
¡Ah, buen hombre!

(Sale Nuño.)

[Nuño.] Solamente
es Dios bueno. ¿Qué queréis?

GUTIERRE. Decidnos si visto habéis
venir de ese monte gente.

NUÑO. No vi a nadie.

LAÍN. Pesadumbre
la tempestad amenaza.

GUTIERRE. Vamos, ¡malhaya la caza!,
otra vez hasta la cumbre.

(Vanse.)

NUÑO. Cortesanos no enseñados
a sentir jamás fatiga,
el pasatiempo os obliga,
y hoy, porque os sentís mojados
decís mal de aquesta tierra;
huélgome (79) de vuestro mal;
a la guerra, ¡pese a tal!,
id noramala a la guerra.

Otro llega en un caballo,
que parece que desea
recogerse en nuestra aldea;
a una encina quiere atallo,

y a mí viene. Su severa (80)
presencia (81) me maravilla.

(Sale el REY.)

[REY.] ¡Que venga un rey de Castilla
perdido de esta manera!

Sucesos del monte son,
a la guerra parecidos.
Los rayos del sol, vestidos
de tiniebla y confusión;

la noche nos amenaza
con agua y oscuridades.
Al fin, al fin, soledades,
sólo agradáis en la caza;

después cansáis. Labrador,
¿hay por aquí algún lugar
para poder descansar
esta noche?

NUÑO. Mi señor,
¿veis aquella luz?

REY. Sí veo.

NUÑO. Lugar es donde mi casa,
mientras que la lluvia pasa, (82)
os dará pobre acogida.

REY. El favor estimo.

NUÑO. Andad,
y el cansancio reparad.

REY. ¡Os lo estimo, por mi vida!

(Vanse, y salen DOÑA ELVIRA, de aldeana, y ELVIRA.) (83)

ELVIRA. En ese traje me alegras.
¡Qué linda y gallarda moza!
También el sol se reboza
en nubes pardas y negras,
y cuando la sombra oscura
nos impide la luz nuestra
el sol disfrazado muestra
vislumbres de su hermosura;
nube es y sombra villana
el traje de labradora,
y en él descubres, señora,
gracia y beldad cortesana.

(80) A: Después de *mi*, tachado *se*; después de *biene*, tachado *este tiene*.

(81) A: Después de *presenzia*, *me*, escrito sobre *que*, tachado.

(82) Falta el último verso de esta redondilla en los cinco manuscritos.

(83) B, C, D y E: Añaden *La casa pobre*.

(78) A: *sigio*.

(79) A: *quielgome*.

DOÑA ELV. ¡Pluguiera (84) a Dios que el
que me sirve de disfraz [vestido
me diera el sosiego y paz
que en los campos ha nacido,
y, ya que el traje he mudado,
también desdichas mudara! *

ELVIRA. No por eso se excusara
tu temor y tu cuidado;
que también acá los cielos
llueven penas, disfavores, (85)
desdichas, olvido, amores,
mudanzas, envidia y celos;
y, pues ves mi voluntad,
dime, ¿tu nombre cuál es?

DOÑA ELV. Ahora he de ser Inés,
y (86) Elvira fuí en la ciudad.

ELVIRA. Huélgome (87) dé parecerte,
una fortuna nos mira:
también yo me llamo Elvira.
¡Dete el cielo mejor suerte!

(Salen el REY y NUÑO.)

NUÑO. Señor, vuestra autoridad
a mis obras no excediera.
si rica esta casa fuera
como lo es mi voluntad;
ya, señor, estáis aquí;
paciencia habéis de tener,
porque el hombre ha de saber
de bien y mal.

REY. Es así.

NUÑO. Elvira, un huésped tenemos.

ELVIRA. Y una huéspeda también.

NUÑO. Pues ¡buen ánimo! Prevén
algo que cenar les demos.

ELVIRA. Inés nos lleva ventajas.

NUÑO. Y el huésped (88) es caballero.
Enciende, Elvira, primero
luz, y que echen unas rajas
en la chimenea.

ELVIRA. Voy
a servirte.

(Vanse las dos.)

NUÑO. Ten (89) cuidado

(84) A: *Plubiera*.

(85) A: Después de *dis*, tachado *frazadas*.

(86) B: *si* escrito encima de *y*, tachado; C, D,
E: *si*.

(87) A: *guelgome*.

(88) A: *guesped*; *guespeda*; ocurre otras veces.

(89) A: Falta *ten*.

Sentaos, que por esos cerros
tras de pájaros y perros,
por fuerza os habréis cansado;
y, ya que solos estamos,
aunque sea murmurar,
¿de qué nos sirve cazar
jabalíes, garzas, gamos?

¿No le estuviera mejor
al Rey gastar sus tesoros
en talar y matar moros
que andarse tras un azor?

Por correr un avechucho
¿es razón traer cansados
los monteros y criados,
como vos?

REY. No lo estoy mucho.

Mas, decid, ¿no ha de tener
alivio el rey en la tierra?
Es parecida a la guerra
la caza, y puede aprender
ardides y sufrimiento
en los trabajos. Si fuérais
vos el rey, ¿no la tuviérais
por digno entretenimiento? (90)

NUÑO. ¡Pardiez!, que soldado he sido,
mas nunca fuí cazador.

La cena viene, señor;
a penitencia os convido:

bien sé yo que en el tinelo
con más gusto se cenara
de lo que al rey le sobrara;
pero no lo quiere el cielo,
con agua y oscuridad.

REY. Esta quietud no es mal plato,
que el espléndido aparato
cansa a veces.

(Sacan la mesa villanos, y sale ELVIRA, con luz, y
DOÑA ELVIRA.)

NUÑO. Es verdad,
que la vida del aldea
algunos la han envidiado.
¡Qué mal os habéis sentado!;
que, por ruin que el huésped sea,
le toca el mejor lugar,
cuanto y más al que es hidalgo.
ELVIRA. Empezad a comer algo,
que aun el Rey puede cenar
en mesa de un labrador,

(90) B: Atajados este verso y los quince ante-
riores; suprimidos en C, D y E.

REY. si es (91) limpia y está con gana.
 ¡Buena gracia de villana!
 ¿Visteis al Rey?

NUÑO. No, señor.

ELVIRA. Yo nunca a la corte fui.

NUÑO. No haberle visto me pesa. (92)
 Pon esa luz en la mesa.

ELVIRA. Yo estaré alumbrando así.

REY. Y aun sin (93) esa luz pudieras
 con tus ojos alumbrar,
 como la luz singular
 de las celestes esferas;
 dando su vida en despojos.
 la vela compite en vano
 en la cera con tu mano
 y en la llama con tus ojos. (94)

ELVIRA. Mejor cenaréis callando,
 como el refrán se os acuerde;
 ¿no veis que "bocado pierde
 la oveja que está balando"?

REY. Contemplar una hermosa
 es comida dulce y grata.

ELVIRA. Que hay un animal que mata
 con (95) los ojos cuenta el cura,
 mas quien por los ojos coma
 nunca en mi vida lo vi.

REY. El cuerpo no, el alma sí,
 fuerzas y espíritu toma
 por los ojos.

ELVIRA. No me agrada,
 que la misma razón hallo
 si estando hambriento el caballo
 dan al amo la cebada.

NUÑO. Dejad las bachillerías
 de la corte en nuestra cena:
 comé y callad norabuena,
 no gastéis astrologías.

ELVIRA. Bebed la leche sabrosa (96)
 de la oveja, humilde y franca,
 que forma nata más blanca
 que la nieve.

REY. Mas no hermosa
 como la nieve del pecho
 tuyo.

ELVIRA. ¡Otra más! ¡Arré allá! (97)

NUÑO. ¡Ah, huésped!, comed (98) y callá,
 porque os haga buen provecho.

DOÑA ELV. [Ap.] Este es el Rey, y admira-
 está de la buena cara [do
 de Elvira. Veré en qué para
 cazador y aficionado,
 y en ambas cosas perdido. (99)

REY. [Ap.] Esta es hermosa también;
 la hermosura y el desdén
 el sosiego (100) han divertido
 del alma (101), con atención.
 Refrenemos los antojos.
 ¿Qué tienen aquellos ojos,
 que rayos del alma son?

NUÑO. ¿Qué hará el Rey ahora?

DOÑA ELV. Viendo
 hermosura labradora;
 que el rey también se enamora,
 como los hombres.

NUÑO. Y entiendo
 que con más facilidad;
 que el humano poderío
 dará a sus deseos brío.

REY. (Ap.) En mí diccs la verdad.

NUÑO. El huésped tiene más gana
 de dormir que de comer.

REY. ¡Qué peregrina mujer,
 qué extravagante villana!

NUÑO. La mesa levanta, Elvira.
 El sueño, señor, os llama
 a limpia, aunque pobre cama.

DOÑA ELV. [Ap.] ¡Qué tiernamente la mira!

REY. La noche es breve, y aquí
 la acabaré de pasar.

NUÑO. Pues no quiero porfiar.

REY. Un fénix, un cielo vi,
 un mar en hermosa calma,
 un sol en humana esfera,
 de cuya luz reverbera

(97) B: *tuio*. / Elvi.—No ai pullas acá, escrito en una tirita de papel, pegada sobre los primitivos versos; C: *como tu pues satisfecho/dirá*. Elvi.—No ay pullas acá. D y E: Tachados los primitivos versos y escritos encima los mismos de C.

(98) A: *come* (comé).

(99) B: *está de la buena cara / de Elvira; veré en que para / que el* (enmendado sobre al) (*valo*, tachado) *amor (es inclinado*, tachado) *le ha avasallado / si en valor no le han rendido*, escritos en una tirita de papel pegada sobre los versos primitivos; C, D y E siguen a B.

(100) A: *sosigio*.

(101) A: Después de *alma*, tachado *mas que ylu-*
sión.

(91) A: *si el*.

(92) A: Escrito este verso a continuación de *rey es el que al rey no bio*, tachado.

(93) A: *y aun si en*.

(94) A: A continuación, tachado: *la vela alunbra y se abrasa*. Este verso y los tres anteriores, atajados en B, C, D y E.

(95) A: *por*.

(96) A: *bebed la leche suave*; B: *sabrosa* a continuación de *suave*, tachado.

gloria y tormento en el alma.
 ELVIRA. ¡Ah!, buenas noches, señor.
 REY. Bien dices, si el sol se va.
 ELVIRA. Descansado dormirá
 como un rey.
 REY. ¡Quiéralo Amor!
 NUÑO. Zagalas (102). a retirar,
 que se madruga a la aurora;
 buenas noches. Voy ahora
 las puertas a registrar.
 Luz no os dejo, que decir
 suele el refrán labrador
 que no es menester, señor,
 luz para hablar ni dormir. (103)

(Vansc.)

REY. ¡Qué bien el día he gastado,
 pues en la caza me he visto
 perdido, y una serrana
 esta noche me ha rendido!
 ¡No he visto igual hermosura!
 Pero, si no me ha mentido
 el oído, pasos sueñan; (104)
 rendirme al sueño imagino,
 si es que la imaginación
 deja en calma los sentidos.

(Salen TRONERA y MANRIQUE.)

TRONERA. Ya estás dentro. ¿Qué pretendes?
 MANRIQUE. Tronera, yo solicito
 ver si puedo hablar a Elvira.

(102) C: zagales.

(103) A: Este verso y los tres anteriores, escritos al margen verticalmente. B: Escritos sobre una tira de papel, pegada al margen, y tachados después. C, D y E: Faltan.

(104) B: En una larga tira de papel, pegada encima de los versos primitivos:

*apagar la luz clijo
 para averiguar mejor
 la causa; ¡si Amor propicio
 dispusiera que otra vez
 volviese Elvira a este sitio/
 mas ¡ay!, que en vano lo espero,
 que su natural csquivo
 sabrá negarme cruel
 el dar a mi mal alivio
 para que más me atormente.
 Rendirme al sueño imagino,
 si es que acaso el pensamiento
 deja en calma los sentidos.*

(Se sienta el Rey en una silla, figurando que se duerme, y salen poco a poco Manrique y Tronera.)

TRONERA. Ya estás dentro, ¿qué pretendes?

TRONERA. ¿A estas horas? (105) ¡Desvarío!
 que desde que anocheció
 roncando (106) estará, imagino;
 que se recogen aquí
 con las gallinas, y, al mismo
 tenor, cuando el gallo canta
 se levantan.

MANRIQUE. Determino (107)
 robarla.

TRONERA. ¡Qué disparate!
 Pues ¿a aquesto (108) me has traído?
 Si nos sienten los villanos, [do?
 hemos de volver ahitos
 de palos y de pedradas. (109)

MANRIQUE. No seas cobarde.

TRONERA. Es preciso;
 que no quisiera, señor,
 como dice el estribillo,
 que ande la de Mazagatos.

MANRIQUE. Sin luz la casa examino. (110)

TRONERA. Peor que peor.

MANRIQUE. ¿Tienes miedo?

TRONERA. Yo no puedo más conmigo.

MANRIQUE. ¿Tiemblas?

TRONERA. Sí (111), que por ahora
 hace un año, señor mío,
 que me dieron las cuartanas,
 y ahora me retoña el frío. (112)

MANRI. Tronera, yo solicito
 ver si puedo hablar a Elvira.

TRONERA. ¿A estas horas? ¡Desvarío!,
 que desde que anocheció
 estará dando ronquidos,
 porque se acuestan aquí

En C, D y E, así estos versos; atajados, como en B, que su natural csquivo, y los tres siguientes.

(105) A: Después de horas, tachado ymagino.

(106) A: Después de roncando, tachado está señor mío. B, C, D y E: estará dando ronquidos.

(107) A y B: Antes de determino, tachado solizito.

(108) A: Falta a.

(109) B: En tira de papel, pegada al margen:

*Y si quatro brincos dimos
 para saltar las paredes
 del corral, temo, ¡por Cristo!,
 que nos hagan los villanos
 que los saltamos de un brinco,
 y que sea de cabeza.*

Copiados en C, D y E.

(110) A: egsamino.

(111) A: Después de sí, tachado por este tiempo.

(112) B: En una tira de papel, pegada sobre los versos primitivos:

REY. De la luna al devíl rayo
 que franquean los resquicios,

REY. Dos bultos miro; villanos
serán, que de Elvira finos
vienen a galantearla.

MANRIQUE. ¡Viven los cielos divinos,
que he de templar esta llama
en sus soles atractivos.

TRONERA. ¡Ah, quién una chimenea
tuviera, porque tirito.

MANRIQUE. Sígueme.

TRONERA. Te han de sentir,
si es que me llevas.

MANRIQUE. ¿Qué miro?
¿No ves un bulto?...

TRONERA. Esto es hecho.

MANRIQUE. ¿Que se acerca?

TRONERA. ¡Jesucristo!

MANRIQUE. Sin duda que es el villano,
que, celoso y atrevido,
rondar la casa pretende.

TRONERA. Dios de aqueste laberinto
me saque.

REY. Reconocerlos
quiero. ¿Quién va?

MANRIQUE. Aqueso mismo
solicito saber yo.

TRONERA. Yo, ni saberlo ni oírlo.
Volvámonos, que no sabes
lo malo que es ser sentidos.

REY. Vuélvanse, u digan quién son.

MANRIQUE. Hombres como yo, salimos
por la punta de la espada.

(Saca la espada y deja caer la capa, y el REY hace
lo mismo.) (113)

REY. A quien tan desvanecido
habla, sabré escarmentar. (114)

TRONERA. ¡Quién estuviera cautivo!

REY. Bien riñe.

MANRIQUE. Valor ostenta.

TRONERA. ¡Que sea yo tan mezquino
que para echar a correr
no tenga ánimo, Dios mío!

*dos bultos miro: criados
serán, pues, ¿quién a este sitio
llegar pudiera, a no ser
de la casa? Con sigilo
a observarlo me dispongo.*

Copiados en C, D y E.

(113) A: aroja la capa; aroja el Rey la capa.

(114) A: Después de quien, tachado tiene tanto
brío; antes de abla, tachado escarmentarle sobre.
B: castigar, tachado, y encima, escarmentar.

REY. ¡Mataréle, vive (115) el cielo!

MANRIQUE. Castigarle solicito.

REY. No es de villano este aliento.

MANRIQUE. No es de un rústico este brío.

(Dentro, Nuño.)

NUÑO. ¿Quién alborota mi casa?

TRONERA. Señor, si no eres judío,
no esperes, que los villanos
vienen con chuzos y picos.

REY. Gente viene.

MANRIQUE. Así es verdad.

REY. La capa hallé, idos.

(Truecan las capas.)

MANRIQUE. Idos.
Esta es mi capa, Tronera.

TRONERA. ¡Carambola!

MANRIQUE. Ya es preciso
volvernos.

TRONERA. Vamos a prisa,
que mi tronera imagino
que ha hecho la ida por bajo. (116)

REY. La capa troqué; un abismo
tengo (117) en el pecho al mirar
de este rústico lo altivo;
y así me voy, por no ser
de esta gente conocido. (118)

(Vase. Dentro, Nuño.)

NUÑO. ¡Hola, Pascual; hola, Antón!

TRONERA. ¡Que vienen a sacudirnos!

MANRIQUE. Vamos.

TRONERA. Vamos con el diablo.

MANRIQUE. La capa del que ha reñido
llevo por la mía, y tiene
guarnición de plata. (119)

(115) A: Después de bibe, tachado Dios.

(116) A: abaxo.

(117) A: Antes de tengo, tachado, llebo. B: Ta-
chados este verso y el anterior y sustituidos por:

*en que de dudas vacilo,
santos cielos, al mirar.*

C, D y E siguen a B.

(118) A: Escritos al margen, verticalmente, este
verso y el anterior. A: desta.

(119) B: En una tira de papel, pegada sobre los
versos primitivos:

MANRRI. Si el tacto no me ha mentado,
parece que no es mi capa

TRONERA. ¡Lindo!
 ¡Yo la esperaba de felpa!
 MANRIQUE. ¡Ay de mí, que voy sin juicio,
 envidioso del villano!
 TRONERA. ¡Bueno vas!
 MANRIQUE. ¡Rayos respiro!
 TRONERA. Si de ésta escapo, yo ofrezco
 no volver acá en un siglo. (120)

(Vanse. Saldrá NUÑO, con espada antigua en la mano,
 y dos VILLANOS, con palos, y, por otra puerta, EL-
 VIRA, con un chuzo, y DOÑA ELVIRA y TERESA, con
 luccs.)

NUÑO. De esta (121) manera sabré
 poner paz al que atrevido
 en mi casa...
 ELVIRA. De esta (121) suerte
 sabré hacer..., pero ¿qué miro?
 DOÑA ELV. ¿Qué es esto, Elvira?
 VILLANO 1.º ¡Pardiós
 que si el garrote derribo...!
 TERESA. Tente, salvaje.
 ELVIRA. Señor.
 NUÑO. ¿Todos os habéis vestido?
 ELVIRA. Si oíste el rumor, ¿qué extrañas?
 DOÑA ELV. El susto salir me hizo
 con Elvira.
 TERESA. A mí también.
 VILLANO 2.º Yo sentí andar con cuchillos.
 ELVIRA. ¿Y el cortesano, señor?
 NUÑO. No debe de haber tenido
 buena posada, y se fué. (122)

*esta, (con, tachado) la del que ha reñido
 conmigo, sin duda es.
 ¡Otro nuevo acaso!*

TRONERA. ¡Lindo!
 Yo la esperaba de felpa.
 MANRI. ¡Ay de mí!, que voy sin juicio.
 ¿Quién, ¡cielos!, será este hombre?

C, D y E siguen a B.

(120) A: Vanse. Aquí, con *Finis*, terminaba la
 Primera jornada. El copista se arrepintió, sin duda,
 de este corte, y en otras dos hojas copió los versos
 que van a continuación, en el texto.

(121) A: desta.

(122) B: Termina aquí el fol. 16; arrancado o
 perdido el siguiente, completaron el final con los si-
 guientes versos, escritos en una tira de papel, pega-
 da al margen inferior:

ELVIRA. El es hombre de capricho;
 pues ¿no cerraste las puertas?
 NUÑO. Como tan quietos vivimos,
 la tranca sólo le puse,
 y supuesto que él se ha ido,
 volvámonos a acostar.

ELVIRA. El es hombre de capricho.
 Pues ¿no cerraste las puertas?
 NUÑO. Como tan quietos vivimos,
 con la tranca la dejé.
 TERESA. ¿Quién haría tanto ruido,
 que parece que reñían?
 NUÑO. Le daría algún delirio
 al cortesano, o quizás
 burlarnos así ha querido.
 DOÑA ELV. Sin duda que el Rey se fué
 por no ser (123), esto imagino,
 conocido.
 VILLANO 2.º Yo me vuelvo
 a roncar.
 VILLANO 1.º Vamos.
 NUÑO. ¡Qué lindo
 descanso, cuando del alba
 el gallo está dando aviso!
 Gilote saque las vacas;
 Antón llève el jumentillo
 con el pan, a los pastores;
 y Teresa, lo preciso
 prevenga para la gente.
 Y pues que el huésped (124) no qui-
 que durmiéramos, prevén [so
 unas migas, que hace frío,
 y porque yo he de comerlas,
 echarás un torreonillo. (125)
 TERESA. Voy a hacer lo que me mandas.
 V. 1.º Y 2.º Y nosotros.
 NUÑO. Andad, hijos.
 Vamos, señoras; y ¿a qué.
 Elvira, sacó tu brío
 ese chuzo?

ELVIRA. ¡En qué de dudas vacilo!
 D.ª ELVIRA. ¡En qué de penas me anego!
 NUÑO. ¡En qué cuidados me miro!
 ELVIRA. Pero ¡cautela!...
 D.ª ELVIRA. ¡Esperanza!...
 NUÑO. ¡Recelo!...
 LOS TRES. En tal laberinto...
 ELVIRA. Mi advertencia dejará
 los riesgos desvanecidos.
 D.ª ELVIRA. Yo confío, con el tiempo,
 rccobrar mi honor altivo.
 NUÑO. Yo, más prudente, veré
 a qué huéspedes admito.

Así termina la Primera jornada en B.

C, D y E siguen a B.

(123) A: Antes de esto, tachado de alguno bistr.

(124) A: guesped.

(125) A: Después de este verso, tachados otros
 dos:

*y sacas de la tinaja
 reservada dos cuartillos.*

ELVIRA. Si aguardara
el huésped (126) lo hubieras visto.
DOÑA ELV. Más sosegada y mejor
es esta vida.
NUÑO. Esos bríos
hijos son de aquesta niève.
ELVIRA. Vamos, Inés.
DOÑA ELV. Ya (127) te sigo.
ELVIRA. Sólo quiero preguntarte,
señor...
NUÑO. ¿Qué me quieres? Dilo.
ELVIRA. Si quedas aficionado
a traerte compasivo
otro huésped esta noche.
NUÑO. No, Elvira; y aunque me has visto
tan réportado, no juzgues (128)
que no me ha dado fastidio
y recelo, que oí espadas.
ELVIRA. Y yo también...
NUÑO. Atrevidos
hay en la aldea también.
Soy villano, y no me olvido
de las malicias, Elvira.
ELVIRA. No te entiendo.
NUÑO. ¿Qué delirio!
¿Qué has de entender tú, rapaza?
Yo he tenido este descuido; (129)
si cerrara bien las puertas
no hubiera estos desvaríos.

~~~~~

## SEGUNDA JORNADA (130)

(Salen el REY, GUTIERRE, LAÍN y CRIADOS.)

REY. Gutierre, la montería

(126) A: *guesped.*

(127) A: Antes de ya, tachado, vamos.

(128) A: *jusgues.*

(129) A: Después de este verso:

*no supe zerrar las puertas,*  
tachado; después del siguiente:

*no hubiera abido este ruido.*

(130) A: Cambia el título de la comedia: *Segunda jornada de la ystoria de Mazagatos.*

E: En la hoja 1, V. de esta *Segunda jornada:*  
*Teatro.*

X.<sup>a</sup> 1.<sup>a</sup>

*Salon corto, obscuro y claro al abiso.*

*Selba larga, a la izq.<sup>a</sup> casa con puerta y ventana*  
*encima, con tabladillo y al foro tapia.*

*Selba corta y truenos al abiso.*

*Casa pobre, obscuro y claro al abiso.*

X.<sup>a</sup> 2.<sup>a</sup>

prevenid, que entretenerme (131)  
intento en la caza, y luego,  
que un cuidado me divierte, (132)  
haced todos diligencias,  
si es posible, en conocerme  
el dueño de aquesta capa.  
¡Curiosos celos me mueven! (133)  
Si tan malas noches (134) pásas  
Tu Majestad, no es deleite  
la caza, sino fatiga  
del hombre.

LAÍN.

REY.

De todo tiene.

¡Vive Dios que me engañé  
anoche cuando, imprudente,  
imaginé que villano  
era el que, ciego, pretende  
conocerme, pues la capa  
lo dice; qué (135) darle muerte  
no pudiera, y el valor  
que mostró, ya dió a entenderme  
que es cortesano. No sé (136)  
qué hiciera por conocerle.

GUTIERRE. Parece que cuidadoso  
señor, a este sitio vuelves,  
habiendo toda la noche

*Selba corta.*

*Selba larga con la casa, tapias, etc.*

*Selba corta y obscurecer al abisso un tramo.*

*Selba larga con la casa, tapias, etc.; obscurecer*  
*del todo, y aclarar un tramo al abiso.*

*Selba corta y acabar de aclarar al abiso.*

X.<sup>a</sup> 3.<sup>a</sup>

*Selba corta.*

*Selba larga con la casa y tapias, etc.*

*Selba corta.*

*Plaza de lugar larga.*

*Sala de casa de Nuño, con puerta y reja a la izq.<sup>a</sup>*

(131) A: A continuación de éste, tachados dos  
versos:

*yntento en la caza y luego*  
*que un cuidado me atormente.*

B, C, D y E: Estos dos primeros versos dicen:  
GUTIERRE. Ya toda la montería

*dispuesta está.*

REY.

*Entretenerme.*

(132) A: Antes de que, tachado, por; después  
de me, tachado, muebe.

(133) A: Escritos este verso y los siete anteriores  
al margen, en vez de los siguientes, tachados:

*Hagan luego diligencia,*  
*si es posible conozirme,*  
*el dueño de aquesta capa*  
*curiosos celos me mueben.*

(134) A: *noche.*

(135) A: Antes de que, tachado, que conozierle.

(136) A: Después de se, tachado, que.

en ese monte eminente  
tenido la montería  
asustada de no haberte  
podido hallar, gran señor.  
No es susto para dos veces,  
y no te hemos de dejar.  
REY. Es curiosidad alegre (137)  
de la inclinación real,  
y suceden accidentes  
raras veces sucedidos,  
y más si la noche viene,  
y en una casa (138) pajiza  
es un ángel (139) nuestro huésped,  
como a mí me ha sucedido  
en ese rústico albergue;  
y pues tú, Gutierre, has sido  
en el arte nuevo Apeles  
de la pintura, un retrato  
has de hacer.

GUTIERRE. Pronto me tienes.

REY. Esa aldea es Mazagatos;  
los humos que dejan verse,  
son de sus humildes casas;  
las torres y chapiteles  
bien se divisan, y en ella,  
por hija, un villano tiene  
a un ángel; llámase Elvira,  
y en sus labios los claveles  
la primavera copió  
para coronar su frente.  
Esta me has de retratar.

GUTIERRE. Luego voy por los pinceles  
y colores, y te ofrezco  
hacer (140) un cuadro elocuente  
de este monté y de esta casa,  
y como yo la bosqueje  
aire y medidas del rostro  
me bastará.

REY. De ella aprende  
beldad la Naturaleza.  
¿No vas?

GUTIERRE. Voy a obedecerte.

(Vase, y salen DON ALVARO y DON JUAN.) (141)

(137) A: Después de *curiosida* (sic), tachado, *des me mueben*; *alegre* a continuación, y *es*, puesto delante, fuera de la caja de la escritura. El verso primitivo decía: *curiosidades me mueben*.

(138) A: *eaza*.

(139) A: *ajel*.

(140) A: *a azer*.

(141) A: Vase Gutierre y salen Dn. Alvaro y Dn. Juan.

LAÍN. Don Alvaro con don Juan,  
su hijo, aquí llegan.

ALVARO. Déme  
los pies Vuestra Majestad.

REY. Alzad; no estéis de esa suerte.  
¿Venís de Segovia?

JUAN. Sí,  
señor.

REY. ¿Qué hay de nuevo?

ALVARO. (Ap.) Aleves  
desdichas; nada sabemos.

REY. Reparo que más alegres  
me soléis hablar los dos.  
¿Qué tenéis? (142)

ALVARO. Dolor tan fuerte,  
que al mayor tormento iguala,  
la mayor desdicha excede.  
Tengo, señor, una hija  
cuya deshonra pretende  
ese Conde, ese vasallo.

LAÍN. Señor.

REY. ¿Qué dices?

LAÍN. Si quieres  
tirar a un gamo que baja,  
o temiendo tus lebreles  
o buscando esos arroyos,  
entre esos lentiscos, puedes  
sin fatigarte tirarle.

REY. Luego vuelvo a que me cuentes  
ese suceso; don Juan,  
toma aquesa capa; denme  
un venablo, y aquí todos  
en este puesto se queden.

(Dale LAÍN un venablo al REY, y se va.)

ALVARO. ¿Aun para quejarme al Rey  
quieren los hados crueles  
que tiempo y lugar me falte!  
¿Qué desdichado fui siempre!  
¿Es posible que don Pedro  
por tirar a un gamo deje  
de escuchar nuestros agravios?  
¿Es cruel (143) y no los siente!  
JUAN. He reparado en la capa  
y se me antoja o parece  
la que llevaba el traidor  
de nuestra honra, pues tiene

(142) A: *tenis*.

(143) B: *es cruel*, tachado, y encima, *pero es*  
*mozo*. C, D y E: *pero es mozo*.



el indicio en el escudo  
que falta.

ALVARO. Mira si viene  
con el otro, pues contigo  
siempre le traes.

(Saca el escudo.)

JUAN. ¿Cuándo suelen  
mentir agravios que matan  
honor y vida? ¡El es!

(Miran la capa.)

ALVARO. Denme  
los cielos, don Juan (144) pruden-  
el Rey es quien nos ofende. [cia;  
Quien justiciero le llama,  
no le ha conocido, miente,  
porque no ha de hacer ofensas  
el que castiga prudente.

JUAN. Con orden suya robaron  
a mi ingrata hermana.

(Salen el REY, LAÍN y CRIADOS.)

REY. Fuése  
espantado del ruido  
de los perros y la gente.  
Proseguid (145). Alvaro, pues,  
el suceso por que (146) vierten  
diluvios de agua los ojos  
sobre la barba de nieve.  
Decid ya.

ALVARO. ¿Qué he de decir,  
lo que tú, señor, entiendes  
mejor que yo? Mis desdichas  
la voz helada detienen;  
considera tú la causa,  
considera tú si deben  
llorar mis ojos abismos  
que mi edad cansada aneguen. (147)

REY. ¿Cómo puedo saber yo  
tus pesares o placeres  
si tú no los comunicas?

ALVARO. ¡Ah, señor, señor! Los reyes  
no deben disimular;  
toda el alma es bien que muestren,  
porque engañar y fingir

es vileza, es una especie  
de traición, y ésta no cabe  
en los hombres eminentes. (148)  
¿Qué es lo que decís?

REY.

ALVARO. Si causa  
de aquestas lágrimas eres;  
no disimules mi agravio,  
no lo encubras, no lo niegues.  
Don Juan, ¿qué dice tu padre?  
JUAN. Dice, señor, lo que siente.  
Lastímale lo que ve  
y llora lo que padece  
como padre y como honrado.

REY.

JUAN. No te admire que se queje  
viendo el autor de su agravio,  
viendo el ladrón de sus bienes.  
REY. También tú, don Juan, me hablas  
tan ciega y confusamente,  
que ni tus quejas penetro  
ni sé qué he de responderte.  
¿Qué decís? Habladme claro.  
ALVARO. No quieras que me avergüencen  
mis palabras publicando  
mi deshonra.

REY.

REY. ¿Cómo pueden  
consolarse o remediarse  
los agravios si no quieren  
manifestarlos sus dueños?  
ALVARO. Y (149) si son reos los jueces,  
vanas serán las querellas;  
seguro está el delincuente.  
REY. Cada vez te entiendo menos.  
JUAN. Si cuando el vasallo duerme  
entra el príncipe en su casa  
a robar su honra, y pretende  
encubrirse (150) y cuando le hallan  
solo de noche, sin gente,  
se defiende a cuchilladas... (151)  
REY. No me digas más; detente.  
¿Luego esta capa conoces?  
JUAN. Testigo fué que presente

(148) B: En una tira de papel, pegada sobre los  
versos primitivos:

*el disímulo, señor,  
en hombres vulgares puede  
caber, pero no es posible  
en los hombres eminentes.*

REY.

*¿Qué es lo que decís?*

C, D y E siguen a B.

(149) A: Falta y.

(150) A: encubriese.

(151) A: se defiende a cuchilladas, tachado, y  
escrito otra vez.

(144) A: Don Juan, escrito sobre tanta, tachado

(145) A: proseguid.

(146) A: por quien.

(147) A: anegen.

a mis desdichas se halló.

REY. ¿Luego tú celas y quieres a Elvira?

ALVARO. ¡Mira si sabe el nombre de aquella aleve!

JUAN. ¿No te parece que es justo que la quiera y que la cele?

REY. ¿Y acuchillar a tu Rey?

JUAN. Si pudiera conocerte no te perdiera el respeto.

REY. Pues tu padre, ¿por qué siente que Elvira me agrada a mí?

ALVARO. Porque soy Alvaro Pérez de Guzmán, y eres casado.

REY. ¿A qué propósito viene mi estado y tu calidad? (152)

¿Qué os importa que festeje a una villana?

ALVARO. Señor, no afrentes, no menosprecies su sangre de esa manera, ya que mi deshonor (153) quíeres.

REY. Cuando pienso que os entiendo, más confusiones se ofrecen. Desalumbrados venís; despropósitos me ofenden.

ALVARO. Si llevándola a ser monja quiso el cielo que saliese del coche sin verla yo, si la encubres, si la tienes escondida, ¿cómo dices que despropósitos pueden ofenderte? ¡Rey, mi hija!

JUAN. ¡Rey, mi hermana!

REY. ¡Qué imprudentes!

¿Os ha faltado el juicio? Callad, callad, que me ofende el sufrimiento que tengo. Atrevidos a los reyes no han de hablar los que deliran, sino los que razón tienen. Venid, dejadlos por locos. (154)

(152) A: Escrito este verso inmediatamente a continuación del anterior.

(153) B: *desdicha*, enmendado sobre *desonrra*. C, D y E: *desdicha*.

(154) B: En vez de este verso y los seis anteriores, en una tira de papel, pegada sobre los primitivos:

*¿Vosotros os atreveis  
a creher tan facilmente  
que yo oculte a vuestra hija?  
Agradeced el que temple  
mis justas iras, el veros*

(Vase el REY y CRIADOS.)

ALVARO. ¡Muerto estoy! ¡Cielos, valedme!

JUAN. ¡Qué injusticia y tiranía!

ALVARO. ¿Qué Dionisio, qué Diomedes, qué Nerón hicieran tal? (155)

JUAN. Callemos, como prudentes.

ALVARO. ¡El Rey a mi honor ultraja!

JUAN. ¡El Rey mi sangre aborrece! (156)

(Vanse, y salen MANRIQUE y TRONERA y LORENZO.)

TRONERA. ¿Es posible que haya hombre de entendimiento y prudencia, que tenga ánimo de ver aun de lejos esta aldea?

MANRIQUE. ¿Qué quieres, si a mi albedrío la razón no se sujeta?

TRONERA. Señor, ¿es ésta villana alguna Circe (157) hechicera? ¿No te acordarás que anoche nos vimos tan entre puertas que si los villanos salen pan de perro nos recetan; que refiste con un hombre?

MANRIQUE. No lo acuerdes, cesa, cesa; que ése es el áspid torcido que a mi corazón rodea. La capa (158), ¡ah, celos!, que hallé mayor confusión me deja, y aunque la he visto otra vez, no penetro de quién sea.

TRONERA. No hiciste mal baratillo cuando tu capa le dejás, pues sin (159) un escudo va, y dos escudos te llevas. El tu capa se llevó

*con pesares tan crueles,  
que no es mucho que el juicio  
y el discurso os enagene,  
para que olvideis el modo  
con que ha de hablarse a los reyes.  
Venid: vosotros quedaos...*

Continúa con los mismos versos de A hasta *no lo acuerdes, zesa, zesa*. C, D y E siguen a B.

(155) A: *yziera*.

(156) B, C, D y E: Añaden estos versos:

D. ALVAR. *Pues de los cielos espero  
que mis desdichas remedien.*

D. JUAN. *Pues hasta entonces suframos  
de nuestro honor los baibenes.*

(157) A: *sirze*.

(158) A: Después de *capa*, tachado, *quelle*.

(159) B, C, D y E: *con*.

con bordadura de seda,  
y la que tú te trujiste  
bordada es de plata y nueva. (160)  
¿Sabes lo que he imaginado?  
Si vienes a la querencia  
y haces lo que a la oración  
en algunas almonedas,  
que dejan (161) gato por liebre.

MANRIQUE. Deja las burlas, Tronera.

TRONERA. Dejo las burlas, y hablo,  
si puedo, contigo en veras.

¿Supiste de doña Elvira  
aquella noche que dejas,  
como el otro el escarpín,  
tú de la capa una (162) pierna?

MANRIQUE. Supe que el padre y hermano,  
recelosos de su ofensa,  
en un coche la sacaron (163)  
a media noche, y la dejan  
dentro de un (164) convento, el cual  
no me han dicho.

TRONERA. Y en la ausencia  
tú con otra Elvira quieres  
divertirte.

MANRIQUE. Más es tema  
de mi cuidado que amor.

TRONERA. ¡El puto que te creyera! (165)

MANRIQUE. Negarte que un ángel es  
de hermosura, injusto fuera. (166)

TRONERA. ¿Angeles en Mazagatos?  
Fuera dar el olmo peras.  
¡Tú, con la pasión deliras!

MANRIQUE. Ya que nos vemos tan cerca,  
lo que te he dicho has de hacer.  
Dádivas su desdén venzan  
ya que no pueden suspiros.

TRONERA. Dádivas ablandan peñas,  
dice el adagio, mas (167) yo  
niego aquesa consecuência,  
porque a villanas las rinde

(160) B: Tachados este verso y los tres anteriores.

(161) A y B: *benden* escrito sobre *dexan*, tachado. C, D y E: *venden*.

(162) A: Después de *una*, tachado, *prenda*.

(163) A: Después de este verso, en la línea siguiente, tachado: y según l.

(164) A: *Dentro de un*, enmendado sobre *en un*.

(165) C, D y E: *No dudo yo que así sea*, escrito sobre el verso primitivo, tachado.

(166) A: Escrito este verso seguido a continuación del anterior. En la línea siguiente, tachado: *de erno*; en la línea siguiente: *en su amor ynjusto fuera*.

(167) A: Antes de *mas*, tachado, *mas dize*.

sin la voluntad la fuerza.  
Cortesanas y aldeanas  
las comparo yo, y no es tema...

MANRIQUE. ¿A qué?

TRONERA. A los perros y gatos.

MANRIQUE. ¿Cómo?

TRONERA. De aquesta manera.

Al perrillo llama el amo,  
y arrastrando por la tierra,  
amoroso y juguetón,  
le halaga, lame, hace fiestas. (168)  
Coge al gato más lozano,  
que al aire la cola encrespa,  
y si le pasan la mano,  
él, que no entiende la lengua,  
le tira una manotada  
y media mano le lleva,  
pongo (169) la comparación;  
ya que regalar deseas  
regala allá, en la ciudad,  
que hallarás quien lo agradezca  
como gente racional, (170)  
no a villana, que aunque vea  
el más cumplido regalo,  
sólo dará en recompensa,  
con un respingo, una cox,  
filigrana de las bestias.

MANRIQUE. Pues disfrazados venís (171)  
de labradores, Tronera,  
quédate tú con Lorenzo,  
que yo, cerca de la aldea  
os espero, y a la mira  
estaré.

(Vase.)

TRONERA. Y en tanto, reza  
y encomiéndate al dios niño, (172)  
amigo Lorenzo.

LORENZO. Ostenta  
con la cautela el valor.

TRONERA. Con villanos no hay cautelas.  
porque las malicias son  
conceptos de su rudeza.  
Espías somos los dos.

(168) A: *fiesta*.

(169) A: *poco*.

(170) A: Escrito este verso al margen, verticalmente; a continuación del anterior, tachado: *ya que no en*.

(171) A y B: *venís*, enmendado sobre *venimos*.

(172) B, C, D y E: *porque yo salga con bien*. En B, tachado el verso primitivo.



LORENZO. Pues vete, que yo en aquesta parte te aguardo.

TRONERA. Ya voy con más miedo que vergüenza.

(Vase, y sale DOÑA ELVIRA.)

DOÑA ELV. ¿Cuándo, Amor, ha de encontrar una mujer en su pena el alivio que procura?  
¿No bastan airadas flechas, sino que de mi fortuna se haya cansado la rueda?  
¿Cómo encontrará ocasión de avisar, airada estrella, a don Manrique mi mal, para que, amante, pudiera (173) llevarme donde...? ¿Qué mi-  
[ro? (174)

Un villano aquí se acerca, y, si no reparo mal, no parece de esta aldea. Pero llamarle deseo:  
¡Labrador!

LORENZO. ¿Qué queréis? (175)

DOÑA ELV. Llega.  
¿Conoces acaso al Conde don Manrique?

LORENZO. Sí; una legua está de aquí su lugar,

(173) B, C, D y E: Atajados este verso y los seis anteriores.

(174) B, C y E: Sobre *llevarme donde*, enmendado:

*como yo avisar pudiera a Dn. Manrique.*

D, como A.

(175) B: En una tira de papel, pegada sobre los versos primitivos:

D.<sup>a</sup> ELVI. Llega.

*y dime de donde eres.*

LOREN. Soy de esa cercana aldea que llaman la Anguilla.

D.<sup>a</sup> ELVI. El Conde don Manrique, ¡fuerte pena!, ¿no es su dueño?

LOREN. Sí, señora.

D.<sup>a</sup> ELVI. Y ¿le conoces?

LOREN. ¿No es fuerza conocerle?

D.<sup>a</sup> ELVI. Amor alienta: (ap.)  
*En ese supuesto quiero que hagas por mí una fineza.*

Siguen los versos como en A, hasta Señora. C, D y E, como B.

y es mi señor, cosa es cierta que he de conocerle.

DOÑA ELV. Pues

¿harás por mí una fineza?

LORENZO. Su merced mande.

DOÑA ELV. Pues dile

que su Elvira está violenta en esta casa y lugar;  
que fino y amante venga, que, muerta de amor, sin él nada es gloria y todo es pena; testigos de esta verdad mis tiernas lágrimas sean.  
¿Sabrás decirlo?

LORENZO. Señora, vos veréis mi diligencia. En la Anguilla quedó el Conde. Vóyselo a decir.

DOÑA ELV. Pues vuel. ¿Quién del pensamiento ahora las alas darte pudiera!

LORENZO. Yo diré que venga al punto.

DOÑA ELV. Pues de la casa las señas lleva.

LORENZO. Muy bien la conozco. Buenas albricias me esperan. ¡Adiós, señora!

(Al irse, sale GUTIERRE, con tabla de colores y pinceles.) (176)

GUTIERRE. Esperad.

La casa ha de ser aquésta. y allí una mujer está.

LORENZO. ¿Qué mandáis?

GUTIERRE. ¿Sois de esta tierra?

LORENZO. Sí soy.

GUTIERRE. ¿Sabréisme decir aquella mujer quién sea?

LORENZO. El sol que este valle abrasa y que flores da a la selva. Llámase Elvira, y es dueño de esta casa.

(Vase.)

GUTIERRE. Id norabuena.

Ea, pincel, ella es. Prevenid para esta empresa la destreza y valentía.

(176) A: Aze que se ba y sale Gutierre con tablilla y pinzeles.

Señora, vuestra belleza  
a una osadía da causa,  
y pues la Naturaleza  
asombro os hizo y milagro,  
dad licencia, dad licencia (177)  
para que un bosquejo vuestro  
del mundo admiración sea.

DOÑA ELV. Pues decid quién os ha dado (178)  
a esa osadía licencia.

GUTIERRE. ¿Quién la diré? De la Corte  
un Conde es, y no se acuerda  
de su nombre la memoria.

DOÑA ELV. ¡Cielos, si mi amante fuera!...  
¿Llámase Manrique?

GUTIERRE. Sí;  
el mismo es. (179)

DOÑA ELV. Una sospecha  
me ha dado: ¿si a estotra Elvira  
el Conde acaso desea,  
de su hermosura inclinado?  
Mas, desconfianza necia:  
Manrique en su vida habrá  
visto a Elvira en esta aldea;  
¿qué desconfiados son  
los amantes en ausencia!  
Permitir que me retrate  
no será objeción (180) pequeña,  
mas si es para el Conde (181), y  
de él enviado, ¿qué me deja [viene  
de escrúpulo?; antes así  
le diré que a verme venga,  
por si el villano se olvida.  
Si retratarme desear,  
empieza el retrato, que  
te permito la licencia.

GUTIERRE. Pues que mejor luz dará  
apartados de la puerta,  
venid, señora.

DOÑA ELV. Ya voy.  
¡Ay, Conde, lo que me cuestas!

(Vanse, y sale ELVIRA.) (182)

ELVIRA. Fuertes sospechas me dan  
la suspensión y tristeza

de esta Elvira u ésta Inés.  
De alguna pasión violenta  
su corazón adolece;  
ella suspira y se queja.  
Mas ¿por qué lo extraño yo,  
si en aquesta pobre esfera  
también Amor se introduce?;  
que es como el Sol, que no deja  
de registrar cuando sale  
desde la altiva eminencia  
hasta la humilde cabaña,  
ya sea risco, ya sea (183) selva.  
Yo también amo y deseo,  
y mi padre, con sospechas  
anda después que hospedó  
confusión extraña y nueva, (184)  
al cortesano que en paga  
del albergue y de la cena,  
sin despedirse, nos dió, (185)  
con mala noche, pendencia.

(Sale TRONERA.)

TRONERA. Como el podenco que está  
agazapado en la espera,  
habrá dos horas que estoy,  
y pues la campaña escueta  
está, y el conejo atisbo,  
antes que en la madriguera  
sé meta, le echo la garra.  
Señora Elvira, o coneja, (186)  
a este pobre cazador  
sin hurones ni escopetas,  
que viene a cazar favores,  
préstele un rato la oreja.

ELVIRA. ¿Quién eres, hombre?

TRONERA. Yo soy  
un enviado a tu belleza  
de parte de don Manrique,  
que está por ti dado a suegras.  
En esta caja te envía  
unas joyas y cadena  
de oro; no hay sino tomarlo,  
y lo que viniere (187) venga.  
Madurativo es, Elvira,

(177) A: *dal lisenzia.*

(178) A: *os ado.*

(179) B, C, D y E: A continuación de letra de C, al margen: *esta cautela / me valga, pues ella misma / me dió luz.*

(180) A: *ojeption.*

(181) A: Después de *Conde*, tachado, *como*.

(182) A: *Vanse y sale Elvira por otra puerta.*  
B, C, D y E: *Selva corta.*

(183) A: *ya se selba.*

(184) A: Este verso inmediatamente a continuación del anterior.

(185) A: En la línea siguiente, tachado: *mal u noches, y; noches*, enmendado sobre *uozes*.

(186) C: Tachados este verso y los seis anteriores; atajados en D y E.

(187) A: *viniera.*

y aunque estés como una pie-  
[dra (188),  
no importa, que el refrán dice  
"dávivas ablandan peñas".

ELVIRA. Haga un verdugo en tu cuello  
cabriolas.

TRONERA. Danza es aquesa  
de partir nueces.

ELVIRA. Traidor,  
¿cómo inadvertido llegas  
a ofrecer a mi decoro  
lo que a mi decoro afrenta?  
Y para que te escarmiente,  
le has de llevar la respuesta  
de esta (189) manera a tu amo.  
¡Labradores de esta aldea,  
asido tengo a un ladrón!

(Agárrale.)

TRONERA. ¡Pesia el alma de mi abuela! (190)  
¡Suéltame, Elvira, por Dios!

ELVIRA. La que de honrada se precia,  
de un alcahuete (191) ha de ser  
alguacil.

TRONERA. ¡Yo la hice buena!

ELVIRA. ¡Labradores, acudid,  
porque librarse (192) no pueda  
aqueste ladrón.

(Salen el ALCALDE y PASCUAL, villanos.)

LOS DOS. ¿Qué es esto?

ELVIRA. Luego al instante se prenda  
aquéste, que lleva hurtadas  
unas joyas y cadena  
de oro.

ALCALDE. Agarradle (193), amigos.  
¡Suelta, ladrón!

PASCUAL. ¡Suelta, suelta!

(188) A: *pie*dra sobre *pe*ña, tachado; los dos  
versos siguientes, escritos al margen, inmediatamente  
a continuación de éste, en sustitución de otros  
dos, tachados:

*te ablandaras al instante  
que el oro ablandara piedras.*

C, D y E: Tachado *madurativo* es *elvira*, y sus-  
tituido por *el oro es un gran metal*.

(189) A: Antes *desta*, tachado, *aora ver*.

(190) A: *aguela*.

(191) A: *alcahuete*. C, D y E: *insolente* sobre  
*alcahuete*, tachado.

(192) A: *librase*.

(193) A: *agarraldo*.

TRONERA. ¡Así soltarais vosotros!

ALCALDE. ¡Qué rica es! A la trena  
le llevad (194), porque en el cepo  
de cabeza se le meta.

TRONERA. Alcalde de Bércebú,  
¿te he descorchado colmenas?  
Di, sayonazo cruel,  
¿me has hallado en tu bodega,  
en tus cabras o rastros?

ALCALDE. ¡Calla, don hurta cadenas;  
que soy Alcalde este año,  
y porque el aldea tenga  
un buen día, he de ahorcarte!

ELVIRA. Si hemos de dar la sentencia,  
digo que antes de ahorcalles  
le den tormento.

PASCUAL. Así sea,  
porque ducientos azotes  
lleve para ir a galeras.

TODOS. ¿Qué os parece?

TRONERA. ¡Voto a Cristo (195),  
que apelo a mil y quinientas!  
¿Estamos en Berbería?

PASCUAL. Vaya el truhán.

ALCALDE. Venga el bestia.

(Sale MANRIQUE.)

MANRIQUE. ¿Qué es aquesto?

ALCALDE. Un ladronazo.

MANRIQUE. ¿Qué lleva hurtado?

PASCUAL. Unas prendas  
de oro.

TRONERA. Señor, saca[d]me  
de estas montaraces bestias.

MANRIQUE. En su busca vengo yo,  
y, pues me ha hurtado estas pren-  
yo sabré darle el castigo. [das,

ALCALDE. En vuestro poder se entregan  
las alhajas.

MANRIQUE. Id con Dios.

ELVIRA. Quiero irme de la presencia  
de este Conde, que Pascual  
celoso está. (196)

(194) A: Después de *llebad*, tachado, y de *ca-*  
*beza*.

(195) A: El rasgo final de la *o* de *Cristo*, aun-  
que no lo es, parece una *s*, que copiaron B, C, D y  
E, poniendo *Cristos*.

(196) A: Inmediatamente a continuación: *Pas-*  
*duda fiera*, montando la última *a* sobre la *v* de *Vase*.  
Es un olvido, rectificado, del copista, que puso *Pas-*  
*cual* como personaje al frente del verso siguiente.



(Vase.)

PASCUAL.                        ¡Duda fiera!  
¿Traer las joyas el criado;  
Elvira que de él se queja,  
y venir el Conde luego?  
¡No me atormentéis, sospechas!

(Vase.)

ALCALDE. ¡Vaya con Dios el lacayo,  
que se ha librado de buena!

(Vase.)

TRONERA. Del poder de un fiero Herodes  
he librado la cabeza.

MANRIQUE. ¿Qué ha sido esto?

TRONERA. ¿Qué ha de ser?  
Llegar a esa machihembra  
a ofrecerle tu regalo,  
y cuando que lo agradeza  
entendí, a gritos y voces  
decir con gentil friolera (197):  
“¡ahorquen aqueste ladrón!”,  
y ellos, sin gastar pereza,  
si tardas, en mí ejecutan  
horca, azotes y galeras.

MANRIQUE. ¿Tan ingrata es? ¡ay de mí!

TRONERA. Pues tú, ¿para qué te quejas?  
Quéjome yo, pues aun no (198)  
me ha salido el susto fuera.

(Sale LORENZO.)

LORENZO. Deme albricias, usiría.

MANRIQUE. ¿Qué habrá de que yo las deba?

LORENZO. Para tí me dió un recado  
con hermosura que eleva  
tu Elvira, diciendo: "Al Conde  
le dirás lo que me cuesta,  
de disgustos y pesares;  
que, amante, acuda a mis pe-  
[nas (199),  
que, muerta de amor, sin él  
nada es gloria y todo es pena".  
Aquesta noche te aguarda,

(197) A: Escrito este verso inmediatamente a continuación del anterior. En la línea siguiente, tachado: *agarrandome*.

(198) *A: anno.*

(199) A: En la línea siguiente, tachado, a dar alibio.

y me hizo tomar las señas  
de la casa.

MANRIQUE. ¿Eso es verdad?

LORENZO. Señor, pues ¿si no lo fuera, te lo había de decir?

MANRIQUE. Toma esta sortija.

LORENZO. Venga.

TRONERA. Vean ustedes aquello:  
 éste con sortija queda (200),  
 y yo he sido el estafermo  
 de puñadas y de afrentas.

MANRIQUE. Fuentes de aquesos peñascos,  
flores de esta amena selva,  
aves que cantáis amores,  
árboles de esta (201) maleza,  
pues mudos testigos fuisteis  
de lo que Elvira me cuesta,  
sedlo también de mi dicha,  
dándome la enhorabuena.

TRONERA. ¡Loco estás!

MANRIQUE. ¿No lo he de estar (202),  
si un bien no esperado llega?  
Tú, Lorenzo, los caballos  
tendrás detrás de esa huerta.

LORENZO. Voy al punto.

(Vase.)

TRONERA. ¡Hombre dichoso!:  
llámase Lorenzo, es fuerza,  
fué santo de la parvilla. (203)  
Mi nombre es de mala estrella,  
porque (204) en ningún calendario  
he leído a San Tronera.

MANRIQUE. ¡ Oh, si la hora llegara  
de ver a Elvira !

TRONERA.                               ¿Hay tal tema?  
¡Por no verla yo, tornara  
me diera dolor de muelas!

MANRIQUE. Vámonos, pues, acercando, (205)  
que va las luces se ausentan. (206)

(200) *A*: Siguen dos versos tachados:

y yo a pique de aorcado  
con tanta lengua les.

(201) *A: desta.*

(202) A: Primero escrito: *Troner. No lo e de ser.*

(203) *A*: Fue enmendando *co*; el verso siguiente escrito inmediatamente a continuación de éste.

(204) A: Antes de *porque*, tachado y así.

(205) *B, C, D y E: acercando, tachado y sustituido por a hacer hora.*

(206) A: Escrito este verso al margen, verticalmente.

TRONERA. Sí, que ya en el mar (207), señor,  
se zambulló de cabeza  
el sol.

MANRIQUE. Y deja a la noche  
por virreinas las estrellas. (208)  
Esta la casa ha de ser.

TRONERA. Ya a mí me tiemblan las piernas.  
Llega tú, que yo aquí aguardo;  
mas con Elvira está alerta,  
no te haga otra burla a ti  
en que por ladrón te prendan.

(Llega MANRIQUE al lado izquierdo, donde habrá una  
ventana encima de la puerta, y sale DOÑA ELVIRA  
a la ventana.) (209)

DOÑA ELV. Poderoso Amor, que igualas  
lo que humilde y grande ha sido,  
ya que la noche has traído  
con el batir de las alas,  
trae al Conde, pues inquietas  
mi rendida voluntad,

(207) A: *mar*, enmendado sobre *mal*.

(208) B: Después de este verso, escritos en una  
tira de papel, pegada sobre los versos primitivos:

Vamonos pues acercando.  
TRONER. Ya a mí me tiemblan las piernas,  
tú irás y yo aguardaré;  
mas con Elvira está alerta,  
no te haga otra burla a ti  
en que por ladrón te prendan.  
MANRR. Amor, de tu influjo aguardo  
que sea mi dicha cierta.

(Vanse y sale GUTIERRE con el retrato.)

GUTIERR. Pues (concluido, tachado) ya concluí el [retrato,  
a impulsos de mi destreza,  
aunque vencer fué preciso  
escrupulosas sospechas  
de la villana, y el rey  
tan cerca de aquí se encuentra,  
porque de mí fue conozca  
quánto en servirle se empeña,  
a entregársele contento  
voy con toda diligencia.

(Vase.)

C, D y E: siguen a B, con la siguiente variante:  
Tronera vente conmigo, sobre vamonos pues acer-  
cando.

(209) A: Retirase Tronera al lado derecho y  
Manrique llega al lado izquierdo donde abra una ven-  
tana debaxo (sic) de la puerta, y sale doña Elvira a  
la ventana. B: encima sobre debaxo, tachado.

y denle velocidad  
las plumas de tus saetas. (210)

MANRIQUE. ¿Es Elvira?

DOÑA ELV. ¿Es mi Manrique?

MANRIQUE. Tan otro de gloria estoy,  
que no sé, Elvira, quién soy;  
el alma misma sé explique:  
ella, que contigo está,  
mejor te respondería  
si a la voz y lengua mía  
su movimiento le (211) da;  
manda, divina mujer,  
al alma que dé la vida  
a mi lengua suspendida  
porque pueda responder. (212)

DOÑA ELV. ¡Ay, Conde!, y qué soledad  
esas razones me hicieron,  
después que tus ojos fueron  
prisión de mi libertad;  
que, ausente de tanta gloria,  
mis lágrimas me anegaran,  
si mis penas no templaran  
la esperanza y la memoria.

Y en mi pena repetida  
han unido sin mudanza  
la memoria y la esperanza  
los extremos de mi vida:

una, promesas me da;  
otra, glorias me acordó;  
una, del bien que pasó;  
otra, del bien que vendrá.

MANRIQUE. Cómo engañan los sentidos  
el pensamiento veloz:  
los ecos de aquesta voz  
me suenan en los oídos

los de doña Elvira, y fué  
que como el nombre repito,  
y su agravio solicito,  
temí, y de ella me acordé.

(210) B: Entre este verso y el siguiente, escritos  
en una tira de papel, pegada sobre los primitivos:

Salen Manrique y Tronera.

MANRR. Ya a la casa hemos llegado,  
y si el deseo no miente,  
que ay en la ventana gente  
me parece.

TRONERA. Yo he cegado  
y nada veo señor.

D<sup>a</sup> ELVIR. Gente parece que siento

MANRR. Llegar poco a poco intento;  
¡cumple mi esperanza, Amor!

C, D y E: Siguen a B.

(211) A: le enmendado sobre *no*.

(212) B, C, D y E: Falta esta redondilla.

Antojos de quien amó;  
errores de quien olvida.

(Sale PASCUAL.)

PASCUAL. ¿Este es amor? ¿Esta es vida?

¿Yo temores? ¿Celos yo?

TRONERA. Yo temo esta serranía,  
y del Conde, me avergüenzo.  
Voy a llamar a Lorenzo  
para tener compañía.

(Entrase TRONERA, y se pone PASCUAL en donde estaba.)

MANRIQUE. Mi Elvira, tuyo he de ser,  
y te adoro de manera,  
que eterna vida quisiera  
para amar y agradecer;  
que, debiendo ser igual  
el amor y bien que siento,  
el noble agradecimiento  
no cabe en vida mortal (213)  
un amor tan exquisito.

DOÑA ELV. Mi don Manrique, quien debe  
sentir que la vida es breve  
para amor tan infinito,  
yo soy, y si pueden algo  
mis deseos, que en su centro  
hoy están... Pero acá dentro  
suena gente. Luego salgo.

(Retírase, y llega MANRIQUE a PASCUAL.) (214)

MANRIQUE. Tronera, ¿habrá quien posea  
tan feliz gloria en su dama?  
No llega el bien de quien ama  
al gusto de quien desea.

PASCUAL. ¡Cielos!, ¿qué escucha?

MANRIQUE. ¡Mi Elvira!

PASCUAL. En celoso abismo (215) ardo.  
¿Si aquesto escucho, qué aguardo?  
El pecho se enciende en ira.

(Sale DOÑA ELVIRA.)

DOÑA ELV. Mi señor y dueño mío  
a quien mi fe veneró  
y a quien gustosa dejó  
toda el alma mi albedrío,

(213) B: Atajada esta redondilla. C, D y E: Falta.

(214) A: Llega a hablar con Pascual por Tronera.

(215) A: abismo, sobre incendio tachado.

en el tálamo dichoso  
¿cuándo se verán premiados  
mis amorosos cuidados?  
¿Cuándo, di, serás mi esposo?

MANRIQUE. (Ap.) ¿Su esposo? ¡Qué cobar-  
Amor le da esta esperanza. [día!  
Mas quién no engaña, no alcanza;  
por aquí vendrá a ser mía.) (216)

Siendo tú la luz que adora  
el alma, que tuya es ya,  
mientras no llega, será  
eternidad cada hora.

Deja, mi Elvira, esta casa,  
vente conmigo a otra (217) aldea,  
donde (218) el alma te desea  
y el corazón, que se abrasa,

harán libre rendimiento  
al amor y a la ventura,  
a tu divina hermosura,  
a tu gran merecimiento. (219)

PASCUAL. Apenas puedo escuchar  
las palabras, ¡ay de mí!

DOÑA ELV. Ese dulcísimo sí  
nuevo aliento me ha de dar. (220)

Manrique, espera, ya voy,  
porque contigo tendré,  
no más amor, no más fe,  
porque en eso fénix soy;  
pero tendré más ventura (221),  
más valor, más alegría.  
Ya voy.

(Quítase.)

MANRIQUE. Harán noche el día  
los rayos de tu hermosura.

(216) C, D y E: Esta redondilla y la anterior, han sido substituidas por otras dos, escritas en una tira de papel, pegada sobre los versos primitivos:

*Da a mi corazón reposo,  
pues que posible no fuera  
que de otra suerte te oyera.  
¿Cuando, di, serás mi esposo?*

MAN. *¿Su esposo? ¡Qué altanería!  
Mas quiero disimular  
y su esperanza alentar  
con amorosa porfía.*

(217) A y B: a otra, escrito sobre mi tachado.

(218) A: don por descuido del copista.

(219) B: Atajada esta redondilla, que falta en C, D y E.

(220) A: Antes de nuebo, tachado que; me a escrito sobre el renglón.

(221) A: amor por descuido del copista. B: tachado amor y substituido por ventura al margen.



Tronera, ni mi esperanza,  
ni mi amor, ni mi deseo,  
con la gloria que poseo  
se igualarán. Más alcanza  
el alma que ha deseado:  
conmigo Elvira se va;  
guarda estas joyas, que allá

(Dale una caja con joyas.) (222)

en el pecho donde he entrado  
brillarán como una estrella.  
Parte, Tronera, a traer  
mi caballo, que ha de ser  
toro de Europa (223) más bella.

PASCUAL. Palabras que abismos son  
de veneno y de pesar,  
¿cómo llegan sin matar  
del oído al corazón?

No desmayéis, esperanza,  
ánimo, y en mal tan fuerte  
prevengamos con la muerte  
la defensa o la venganza.

(Vase, y sale ELVIRA a la ventana.)

ELVIRA. Celoso he visto a Pascual,  
cuando a mi amor corresponde,  
de los antojos del Conde,  
venido aquí por mi mal;  
quiérole satisfacer;  
que entre los campos y flores  
nacen sencillos amores,  
y celos no han de nacer.

MANRIQUE. ¿Oyes, Elvira?

ELVIRA. ¿Quién llama?

MANRIQUE. Quien en esta noche espera  
rayos de luz verdadera  
de los ojos de quien ama.

Manrique soy, que aguardan-  
el alba de tu hermosura, [do (224)  
én la noche más oscura  
al sol estoy esperando. [zas?

ELVIRA. ¿Cómo es posible? ¿Qué alcan-  
[Discurso] (225) si loco estás,  
pues tan fácilmente das

(222) A: Dale la caja de joyas.

(223) A: Uropa.

(224) A y B: aguardando, enmendado sobre espe-  
rando.

(225) A: Discurso copiado por los otros cuatro:  
es, sin duda, error del copista por discurro.

crédito a tus esperanzas.

¿Vencer quieres con promesas  
los pensamientos honrados  
de la Dafne de estos prados,  
Diana de estas dehesas? (226)

Pudieras, escarmentado,  
no volver jamás aquí,  
con la respuesta que di  
al loco de tu criado.

(Vase.)

MANRIQUE. ¿Vive Dios, que burla ha sido  
el favor que me mostró,  
la palabra que me dió  
y el amor que me ha fingido!

(Sale PASCUAL.)

PASCUAL. Esperad todos ahí,  
porque impidamos mi muerte.

MANRIQUE. ¡Ah, villana! ¿De esta suerte  
has hecho burla de mí?

¿Esto es amar a villanas?  
¿Esto es dar crédito y fe  
a rústicas?

PASCUAL. Burla fué,  
¡por las luces soberanas!,  
de Elvira discreta y bella.  
Consoládome han los cielos,  
pues quedamos yo sin celos,  
él sin joyas y sin ella.  
Péro a la mira (227) estaré  
con la gente que he traído,  
por si acaso es atrevido,  
y a Nuño le avisaré.

(Vase.)

MANRIQUE. ¿Qué es esto, Amor y esperanza,  
burla nos hizo a los dos?  
¡Robaréla, vive Dios,  
que no es fuerza la venganza!

(Doña ELVIRA, a la ventana.)

Doña ELV. No he podido descender (228),  
que esta gente está despierta.

(226) B y D: Atajada esta redondilla, que falta  
en C y E.

(227) B: vista enmendado sobre mira. C, D y E:  
vista.

(228) A: dezender.

¿Si está Manrique a la puerta?  
Conde, señor.

MANRIQUE. Vil mujer,  
que de villana te precias,  
¿pensabas que yo deseo  
tus favores y que creo  
palabras falsas y necias?  
¿Yo esposo de una villana?  
¡Rabiando de enojo estoy!

DoÑA ELV. ¡Qué desdichada que soy!

MANRIQUE. Quitate de esa ventana.

DoÑA ELV. ¿Cómo? ¿Así pagas mi amor,  
Conde, señor?

MANRIQUE. Déjame.

DoÑA ELV. Mal premio das a mi fe.

MANRIQUE. Eres vil.

DoÑA ELV. Eres traidor.  
¡Muerta estoy! ¡Burlada fui!  
¡Ya son deshonor los celos!  
¡Montes, fieras, hombres, cie-  
tened lástima de mí! [los (229),

(Vase. Sale TRONERA.)

TRONERA. Mira, señor, que amanece.

MANRIQUE. ¿Qué importa que salga el día,  
si en el pecho y alma mía  
ninguna luz resplandece?

TRONERA. ¿Qué tenemos?

MANRIQUE. Burla fué.

La villana me engañó.

TRONERA. Bien lo adivinaba yo.

¿Dístele las joyas?

MANRIQUE. ¿Qué?

TRONERA. Las joyas.

MANRIQUE. ¿Burlas también  
cuando desespéro y rabio,  
cuando tengo por agravio  
un desprecio y un desdén?

TRONERA. Como no te haya engañado  
en las joyas, bien está.

MANRIQUE. ¡Necio (230) estás!

TRONERA. ¡En lo que da  
un amante desdeñado!

MANRIQUE. Villano, ¿si tú las tienes,  
qué porfías?

TRONERA. ¿Yo, señor?

El está loco de amor.

¡Lo que pueden los desdenes!

Si joyas tengo, señor,  
plegue a Dios que todo un día  
camine yo en compañía  
de un necio preguntador.

MANRIQUE. ¿Niegas, viéndome con ira,  
si mi mano te las dió?

TRONERA. Pues ¿quieres que pague yo  
todas las burlas de Elvira?

¿Hay tan fiero disparate?

MANRIQUE. ¡Me apuras!

TRONERA. Es testimonio.

Señor, me lleve el demonio. (231)

MANRIQUE. ¡Vive el cielo que te mate!

(Salen NUÑO, PASCUAL y VILLANOS, con palos.)

NUÑO. ¿Por la puerta del corral  
me has hecho salir (232) tan tarde?

PASCUAL. Señor (233), el valor alarde  
ha de hacer.

NUÑO. ¿Por qué (234), Pascual?

PASCUAL. ¿En la puerta de tu casa  
no ves gente?

NUÑO. Bien se mira.

PASCUAL. Nos quieren robar a Elvira.

NUÑO. ¿Qué (235) dices?

PASCUAL. Que aquesto pasa.

Yo lo oí, y he prevenido  
los zagales del lugar.

VILLANOS. (236) Y no se la han de llevar.

TRONERA. ¡Ah, señor, que siento ruido!

¡Ira de Dios, qué cuadrilla;  
viene a darnos malos ratos!

MANRIQUE. ¿Qué gente?

PASCUAL. De Mazagatos.

¿Quién lo pregunta?

TRONERA. La Anguilla. (237)

NUÑO. Esta no es jurisdicción  
suya.

MANRIQUE. Yo la puedo hacer.

PASCUAL. ¿Y cómo?

MANRIQUE. Con el poder,  
villanos.

(231) C, D y E: Tachado este verso y la mitad  
del anterior, y sustituidos por:

*Caso es sentado  
señor que nada me has dado.*

(232) A: Después de salir, tachado Pascual.

(233) A: Después de Señor, tachado rezalde.

(234) A: Porque, escrito sobre de quien tachado.

(235) A: Antes de que, tachado aquesto pas.

(236) A: zagales.

(237) A: Angilla.

(229) B, C, D y E: Tachado este verso; sustituido  
por *que pena sagrados cielos.*

(230) A: Antes de necio, tachado, en lo que.

(Saca la espada, y los VILLANOS los retiran a MANRIQUE y TRONERA, que saldrán por la otra puerta.) (238)

PASCUAL. ¡Ah, tu traición  
castigaré!

TRONERA. ¡Qué mal rato!

Retírate.

MANRIQUE. Fuerza es;  
que yo volveré después.

TRONERA. Vamos, que tocan rebato.

NUÑO. Dejadlos si se retiran.

MANRIQUE. ¿Cómo mi rencor mitigo?

Yo os daré el justo castigo.

TRONERA. ¡Fuego, los palos que tiran  
y piedras! (239) ¡Ah, perros, ga-

MANRIQUE. A los caballos, Tronera. [tos!

TRONERA. Vamos presto. ¡Guarda, fuera!

*Ya anda la de Mazagatos.*

(Vanse, y salen el REY, DON JUAN y DON ALVARO.)

REY. Don Álvaro, los (240) monarcas  
preciados de justicieros,  
a quejas de sus vasallos,  
no vencidos, sino atentos  
y piadosos han de estar;  
la potencia y el imperio  
no deben ser tiranía;  
la Justicia, con un peso  
se pinta por la igualdad,  
y un ojo solo en un cetro  
pintó el egipcio, mostrando  
que uno ha de ser en el reino  
el cuidado y el amor  
con los vasallos; por eso,  
aunque estáis de mí quejosos (241),  
y aunque la causa no entiendo  
de las quejas, quiero oíllas,  
no con ánimo severo  
de rey a quien ofendéis,  
sino de amigo, que espero,  
oyéndoos atentamente,  
como rey satisfaceros.

ALVARO. Don Pedro, Rey de Castilla,

(238) A: Saca la espada con los villanos. Meten a Manrique y a Tronera y salen por la otra puerta retirándose Manrique y Tronera.

(239) A: *Pidras* (sic), escrito sobre *pedradas* tachado.

(240) Después de los, tachado *vasallos*.

(241) B: Atajados este verso y los nueve anteriores; faltan en C, D y E.

no te espantes, si me quejo,  
porque un agravio en la honra  
se pasa mal en silencio:  
robada tienes mi hija,  
sin atención ni respeto  
a la grandeza de rey,  
a la dignidad y celo  
de monarca, a los servicios  
de mi padre y mis abuelos. (242)  
No es, don Alvaro, verdad;  
algún engaño hay en esto.  
¿Qué motivo habéis tenido  
para el libre atrevimiento  
de pensar y de decir  
tal acción de mí?

ALVARO. Si puedo  
referillo con el llanto  
que produce (243) el sentimiento,  
diré cuál es: una noche,  
embozado, un caballero  
entró al cuarto de mi hija;  
queriendo reconocerlo  
don Juan, quitó de su capa  
un escudo; después de esto (244),  
yendo a Burgos, la robaron  
de nuestro coche.

REY. ¿Y por esos  
indicios me habéis culpado (245)  
solamente?

JUAN. Si te vemos  
la misma capa después,  
y el escudo confiriendo  
con ella está, ¿no ha de ser  
el delincuente su dueño?  
¿No es bastante información?

REY. Don Juan, no; mas yo prometo,  
estad atentos, yo juro  
por mi vida, por los cielos,  
por cuanto puede jurar  
un rey cristiano; así el tiempo  
los términos me dilate  
de la vida y de mis reinos,  
así del Andalucía  
el africano soberbio  
huya vencido, y el Betis [so (246)  
que al mar de España da cen-  
lo pague en árabe sangre,

(242) A: *aguelos*.

(243) A: *prudese*.

(244) A: *desto*.

(245) B: *Tachado me habeis culpado* y al margen *lo sospechasteis*. C, D y E: *lo sospechasteis*.

(246) A: *senso*.



y no en cristales tan bellos (247),  
que no soy yo el que pensáis,  
ni aun mi mismo pensamiento  
os ha ofendido, ni he visto  
jamás vuestra hija.

ALVARO. Creo

a Tu Majestad, señor.

REY. En un extraño suceso  
perdí mi capa, y hallé  
la que decís (248), y deseo  
saber quién su dueño ha sido;  
haced diligencias luego  
para saber quién os hace  
tal agravio, y yo os prometo  
que seré con él Trajano;  
pero os aviso y advierto  
que un rey da satisfacción  
solamente por sí mismo,  
no a vasallos atrevidos.

ALVARO. Los pies mil veces os beso.

REY. ¿De quién podéis presumir  
que os ha ofendido, supuesto  
que yo no soy?

JUAN. Solamente  
de don Manrique.

REY. Sabedlo,  
porque en mí hallaréis justicia  
como rey y amigo vuestro.

(Vase.)

ALVARO. ¡Vivas los años del fénix,  
ya que en singular extremo  
es un fénix tu justicia!

JUAN. ¡Viva más que vive el tiempo!  
¡Animo, señor! Hagamos  
con recato y con secreto  
diligencias con Manrique  
por saber si es él; no erremos  
esta venganza.

(Sale GUTIERRE.)

ALVARO. Gutierre,  
noble amigo y compañero,  
a buen tiempo habéis llegado.

GUTIERRE. ¿Qué hay, don Alvaro, de nuevo  
en que yo os pueda servir?

(247) B: Atajados este verso y los cinco anteriores. C, D y E: faltan.

(248) C, D y E: Tachado *la que decís* y sustituido por *esta que veis*.

ALVARO. Es larga historia.

GUTIERRE. Yo vengo  
de retratar una dama  
que con ardientes afectos  
quiere el Rey; daré el retrato,  
y ya salgo, aunque deseo  
que veáis la valentía  
del pincel y atrevimientos  
del Arte, competidora  
de Naturaleza, y temo  
que lo sepa el Rey.

ALVARO. Yo juro  
de guardar siempre silencio.

GUTIERRE. Pues mirad esta hermosura,  
trasladada del sujeto;  
reparad, mirad los ojos:  
dos lenguas que están diciendo:  
“O soy mudo original,  
o retrato que habla”.

ALVARO. ¡Cielos!  
¿Qué desdichas son las mías?  
¿Qué rigores son los vuestros?

GUTIERRE. Mirad alegre este rostro,  
tan apacible y atento  
que parece que nos oye  
y nos responde risueño.

ALVARO. ¿Hanse engañado mis ojos,  
o es retrato verdadero  
de aquella alevé?

JUAN. Señor,  
no se engañan, que antes vieron  
más agravios; suyo es  
el retrato.

ALVARO. ¿Con qué intento  
el Rey ofendernos (249) quiere?

JUAN. Con ánimo de ofendernos,  
con intención de agraviarnos.

GUTIERRE. ¡El Rey sale!

ALVARO. Yo te ruego  
me digas dónde la dama  
está del retrato.

GUTIERRE. A eso  
responder no puedo yo,  
el Rey lo sabe; el secreto  
habéis jurado guardar:  
callad, que yo no pretendo  
que con vosotros me vea.

(Retírase.)

(249) B, C, D y E: Tachado *ofendernos*, sustituido por *engañarnos*.

ALVARO. ¡Muerto estoy!  
 JUAN. ¡Sin alma aliento!

(Sale el REY.)

REY. ¿Todavía aquí os estáis?  
 ALVARO. Rey don Pedro, el Justiciero,  
 que aqueste nombre te dan  
 por justo, sabio y discreto,  
 perdona mis demasías,  
 por agraviado y por viejo:  
 a la tirana justicia  
 pone Dios leyes y freno;  
 Roma, Troya, y aun España,  
 te pueden servir de ejemplo,  
 cuyos reyes acabaron  
 su majestad y su imperio  
 por violar honras ajenas;  
 son eternos escarmientos  
 Paris, Tarquino y Rodrigo  
 en los anales del tiempo;  
 tú, que justicia nos finges,  
 robando honores ajenos,  
 y a verdaderos agravios  
 pones falsos juramentos.  
 ¿por qué no temes castigo  
 de aquel Tribunal supremo  
 donde son iguales siempre  
 los grandes y los pequeños?  
 ¿Las hijas de tus vasallos  
 han de ser por ti desprecio  
 y fábula de las gentes?  
 Al Rey de reyes apelo.

REY. ¿Qué es esto? ¿Otra vez porfían  
 tus locuras, ¡iras vierto!,  
 cuando ya mis desengaños  
 te dejaron satisfecho?

JUAN. Permítenos que mi hermana  
 pueda entrarse en un convento,  
 gran señor, y no te enojen  
 de mi padre los consejos.

REY. ¡Vive el cielo, que están locos!  
 ¡Ah de mi guarda!

ALVARO. ¡No puedo  
 decir que he visto el retrato!

(Salen LAÍN (250) y SOLDADOS.)

LAÍN. Señor, ¿qué mandas?

REY. Que luego.

(250) A: Tachado 1º soldado y sustituido por Laín.

a esos atrevidos pongan  
 en una jaula.

JUAN. ¿Hay desprecio  
 mayor?

ALVARO. Vamos.

REY. Mas dejadlos;  
 su propia ignominia quiero  
 que los castigue. (251)

(Sale GUTIERRE.)

[GUTIE.] Señor,  
 ya trasladé el rostro bello

(251) B: Sobre las tres últimas páginas, hasta el fin de esta jornada, hay pegadas sendas tiras de papel, cubriendo por completo los versos primitivos, sustituyendo los treinta y ocho anteriores a éste, por los siguientes:

*que estímulos de la honrra  
 dan a mis canas aliento;  
 vivo seguro, señor,  
 que aqueste monte es el centro  
 donde asiste el que me causa  
 los pesares que padezco;  
 por esta razón, señor,  
 de este sitio no me muevo,  
 que si ya sé el ofensor  
 que me agravia, fuera yerro  
 el buscarle en otra parte,  
 pues solo aquí hallarle puedo.  
 No os repetiré mis quejas,  
 gran señor, pues no pretendo  
 porque yo ofendido esté,  
 que lo esté vuestro respeto;  
 pero mi continuo llanto  
 hablará por mí; espero  
 que él os moverá, señor,  
 a que me deis el consuelo.*

REY. ¿Qué es esto? ¿Otra vez porfían  
 tus errados desaciertos,  
 cuando ya mis desengaños  
 te dejaron satisfecho?

D. JUAN. Solo a poner aspiramos  
 a mi hermana en un convento,  
 gran señor, y así, os pedimos  
 deis vuestro consentimiento.

REY. ¡Viven mis iras! ¡Alcves!  
 ¡Ha de mi guardia!

D. ALVAR. ¡No puedo  
 decir que he visto el retrato!

LAÍN. Señor ¿qué mandas?

REY. Que luego  
 a los dos en una torre  
 los pongan.

D. ALVAR. ¡Sagrados ciclos,  
 favor!

D. JUAN. ¡Vamos!

REY. Mas dejadlos;  
 su propia ignorancia quiero  
 que los castigue.

C, D y E: Siguen a B.

de la hermosa labradora  
que vive en tu pensamiento.

ALVARO. ¿Labradora dijo?

GUTIERRE. Mira  
si a su semejanza puedo (252)  
haber mejor trasladado  
la perfección.

(Dale el retrato.)

REY. ¡Quita, necio!,  
que no es ésta la que digo;  
ésta, si mal no me acuerdo,  
se llama Inés, y es su prima.

GUTIERRE. Engañáronme. (253)

REY. ¡No acierto  
a reprimir el enojo!  
Toma el retrato, y atento  
mañana te enseñaré  
la luz de aquese bosquejo,  
venid; vosotros quedaos (254),  
que de castigaros dejo,  
porque este desprecio ahora  
pueda serviros de escarmiento. (255)

(Vanse.)

ALVARO. Don Juan.

JUAN. Señor. ¡Ay de mí!

ALVARO. ¿Qué es aquesto, qué es aquesto?  
¿El Rey desprecia el retrato,  
diciendo que no es su dueño?

JUAN. Después, ¡a nuestra lealtad,  
de locos nos da el desprecio! (256)

ALVARO. ¡Que nos prendan manda, y dice  
que (257) nos dejen!

JUAN. No comprendo  
el enigma de este (258) encanto.

ALVARO. Pues esperemos que el tiempo  
lo diga.

(252) B, C, D y E: si a tal original puedo.

(253) B, C, D y E: Me informaron mal.

(254) B, C, D y E: Venid y advertid vosotros.

(255) B, C, D y E: Sustituyen este verso y el anterior, por los siguientes:

por desmentir lo que dicen  
que no hay piedad en mi pecho.  
Pero os aviso también  
que otra vez obreis más cuerdos,  
acordándoos sois vasallos  
y que soy el rey don Pedro.

(256) B, C, D y E: Faltan este verso y el anterior.

(257) A: Antes de que, tachado y luego.

(258) A: deste.

JUAN. Fuerza ha de ser.

ALVARO. Y hasta entonces ¡dadme, cielos,  
paciencia para esperarlo  
y ánimo para saberlo! (259)

### TERCERA JORNADA

(Salen MANRIQUE, y TRONERA, y LORENZO, y otros,  
de moros.) (260)

MANRIQUE. Amigos, esto ha de ser.

TODOS. A tu obediencia resueltos  
venimos.

TRONERA. Yo no.

MANRIQUE. ¿Por qué?

TRONERA. Porque vengo echado a perros.

MANRIQUE. Esta no es pasión, que es rabia,  
ira, furia y dolor fiero.

TRONERA. En el Argel de tu amor  
has renegado, ¿y resuelto  
quieres que reniegue yo,  
siendo tan cristiano viejo?

MANRIQUE. Hoy se casa aquella fiera  
con ese rústico, y quiero,  
antes que de mí se burle,  
burlar su honor con desprecios.

TRONERA. Pero vestidos de moros,  
que no es buen disfraz entiendo,  
y (261) nadie lo ha de creer,  
que en Andalucía ellos  
y nosotros en Castilla  
la Vieja estamos muy lejos.

(259) B, C, D y E: Sustituidos este verso y los dos anteriores, por:

Los dos Y hasta entonces, dadnos, cielos,  
D. Juan. Paciencia para esperarlo.  
D. Alvar. Y ánimo para saberlo.

A: Termina con: *Finis*. En el fol. 36, v. de B, hay,  
de letra distinta, el siguiente:

Repartim[ien]to de esta comedia en el año de 1733:  
Manrique.—Garcés; El Rey.—Joaquín; Pascual.—  
Quirante; Dn Juan.—Matías Orozco; Don Gutierre.—  
El Sobresaliente; Latn.—Palomino; Lorenzo.—Ramí-  
rez; Nuño.—Molina; Don Alvaro.—Plasencia; Trone-  
ra.—Zerquera; Eluira, villana.—S[eñor]a Juana Oroz-  
co; D<sup>a</sup> Eluira.—S[eñor]a Vallejo; Teresa.—S[eñor]a  
Rita Orozco; 4<sup>a</sup>, 5<sup>a</sup> y 6<sup>a</sup>.—Música; Un Alcalde.—Ri-  
uas; Feliciano y Un villano.—Juan de Castro.

(260) B, C, D y E: Añaden: Selva.

(261) A: Antes de nadie, tachado que; sobrepues-  
to y.



MANRIQUE. Para no ser conocidos  
no tomé el disfraz, que es (262)  
que nos han de conocer; [cierto  
sólo quise hacer desprecio  
de su esposo, y porque el susto,  
descuidados del suceso,  
los ponga en más confusión.

(Grita dentro como de fiesta, y música de villanos.)

TRONERA. Ya de la boda el estruendo  
se escucha; embestir, sinior (263)  
que por Maxoma estar perro;  
empezar la zambra todos.

TODOS. ¿Y cómo es?

TRONERA. Estar atentos:  
Li, li, li, li.

TODOS. Li, li, li...

MANRIQUE. ¿Qué haces, borracho?

TRONERA. Comenzo  
la zambra.

MANRIQUE. Conmigo todos  
venid.

TODOS. Vamos.

TRONERA. Dar ejemplo  
con cimitarra e marlota  
a estos cristianillos tengo.

(Vanse (264) y salen DOÑA ELVIRA y ELVIRA.)

ELVIRA. ¡Lágrimas noches y días!  
Inés, muy poco te debo;  
yo quisiera que mi casa  
tuviese dorados techos  
donde tú te aposentases  
con más gusto, y si el remedio  
de tus desdichas pudiera  
yo remediar, te prometo  
que lo hiciera como amiga,  
porque te estimo y te quiero;  
y pues hoy es de mis bodas  
el día, no el desconsuelo  
me des de que tu tristeza  
agüe todos mis deseos.

DOÑA ELV. ¡Ay, Elvira!, no presumas  
que no te estimo el afecto;  
que en amor seas dichosa  
será mi mayor contento;  
lloro que Elvira también

soy yo, y un ingrato dueño,  
no apreciando mis favores,  
vuelve la espalda a mis ruegos;  
de mi padre perseguida  
y mi hermano vengo huyendo,  
y no sé en qué han de parar  
de mi vida los sucesos.

ELVIRA. Tiempo vendrá en que mejores  
y alivies pesar tan fiero.

(Grita.)

Ya mi padre y los zagales,  
con Pascual, vienen; el cielo  
de tu cara se (265) divierta  
para que al verle sereno  
tengan risa y alegría  
trancos, flores y arroyuelos.

(Salen VILLANOS y VILLANAS, cantando y bailando (266), y PASCUAL y NUÑO.)

MÚSICA. De Pascual y Elvira  
la unión celebremos,  
él galán Adonis  
y ella hermosa Venus,  
y a su boda todos  
cantemos, bailemos.

PASCUAL. Estos campos que desean  
rubias coronas de espigas,  
ya que vieron mis fatigas,  
quiero que mis glorias vean,  
y esa fuente en que me vi  
llorando celos a prisa  
pague (267) en mis bodas con risa  
las lágrimas que le di.

DOÑA ELV. Gozad la dichosa unión  
de dos almas, como es justo,  
con más dicha, con más gusto  
que tiene mi corazón.

NUÑO. Y jamás lleguéis a ver,  
en paz de amor singular,  
ni la cara del pesar  
ni la espalda del placer.

ELVIRA. ¡Plegue a Dios que te veamos,  
Inés, con más alegría  
solemnizando otro día  
a la sombra de estos ramos,

(265) A: Antes de dibierta, tachado serene.

(266) A: Salen los labradores y labradoras cantando y baylando y Pascual y Nuño.

(267) B: Tachado pague, y sustituido por trueque.  
C, D y E: trueque.

(262) A: ques.

(263) B, C, D y E: sonior; ocurre varias veces.

(264) A: Entranse.

y los pájaros que en ellos  
cantan mi dicha y la suya  
celebren también la tuya  
en lazos de tus cabellos!

MÚSICA. De Pascual y Elvira  
la unión celebremos, etc.

(Sale TERESA.)

TERESA. ¡Vuestra dicha ha sido poca,  
que moros vienen con priesa!

PASCUAL. Hace mil burlas Teresa.

NUÑO. ¿Qué dices, necia? ¿Estás loca?

TERESA. De miedo estarlo podía.

NUÑO. Teresa, las burlas deja.  
¿Cuándo en Castilla la Vieja  
moros vimos?

TERESA. Este día.

PASCUAL. Verdad dice. ¡Caso extraño!  
¡Zagales, piedras cojamos  
porque defender podamos (268)  
a Elvira!

TODO. ¿Moros? ¡Mal año!

(Retíranse los VILLANOS, y salen MANRIQUE, TRONERA y los demás, y cogerán a ELVIRA.)

MANRIQUE. La hermosa novia robad;  
venganzas y amores son  
las que dan al corazón  
más aliento y más crueldad.

TRONERA. ¡Hamete, li, li, li, li!  
¡Cristianillos, morir todos!

ELVIRA. ¡Por qué caminos y modos  
burlas, Fortuna, de mí! (269)

¡Padre, esposo! ¡Ay, desdicha-

MANRIQUE. Ponedla en el andaluz. [da!

TRONERA. ¡Alá, Mahoma, alcuzcuz  
venid (270) a darle a Granada!

(Llévanla los moros.)

PASCUAL. ¿Qué desdicha es ésta, cielos?  
¿Es posible que el amor  
tiene tormento mayor  
que el desprecio y que los celos?

TERESA. A Elvira sólo se llevan;  
no hacen caso de nosotras.

(268) B: Tachado cojamos y podamos; sustituidos por tomemos y podemos. C, D y E: tomemos y podemos.

(269) B: Atajada esta redondilla. C, D y E: Falta.

(270) Los cinco manuscritos: venir.

DOÑA ELV. ¡Ay de mí, que ya son otras  
las desdichas que me prueban!

Manrique es el falso moro  
que a Elvira ha robado. ¡Cielos,  
dadme muerte con los celos!,  
pues al París cruel adoro.

Los villanos de la aldea  
de don Manrique habrán sido,  
y yo al Conde he conocido;  
llamad gente a voces, ¡ea!;

id tras ellos y quitad  
a Elvira de su poder.

NUÑO. Yo los quise conocer;  
Inés ha dicho verdad.

PASCUAL. El ladrón de aquella joya  
era él un moro, sin duda;  
¡amigos, dadnos ayuda,  
viva Grecia y muera Troya!  
¡A Elvira nos han robado  
los villanos de la Anguilla! (271)

NUÑO. ¿Moros andan en Castilla?  
¡Venga a morir el honrado!

(Vanse.)

DOÑA ELV. Yo tengo la culpa, yo,  
pues sin decoro y recato  
he querido a un hombre ingrato  
que entre moros se crió.  
¡Qué desdichada es mi suerte,  
pues en tan (272) grandes desvelos  
hoy han venido los celos  
a publicarme la muerte! (273)  
Ya là gente del lugar  
a seguirlos (274) impaciente,  
airada sale y valiente;  
temo que los han de hallar;  
pero ¿por qué inadvertida  
prevengo el mal de un traidor?  
Mas, ¡ay!, que no quiere Amor  
pierda el ingrato la vida. (275)

(Vase, y salen MANRIQUE y los demás, que traen a ELVIRA.) (276)

MANRIQUE. No viertas, Elvira mía,

(271) A: Angilla.

(272) A: pues entran.

(273) C, D y E: Atajada esta redondilla.

(274) A: seguirlos.

(275) A: Tachado un verso anterior: que al ingrato den la muerte.

(276) A: Vase y sale Manrique con Elvira y demás moros. B, C, D y E: Añaden: Selva.

ELVIRA. el tesoro de tus perlas;  
no estás en poder de moros:  
Manrique es el que te lleva.  
¿Qué me consuelas, ¡tirano!,  
al ver que menos sintiera  
verme entre bárbaros viles  
que verme en tus manos fieras?  
¿Un caballero ha de usar  
de traiciones ni de ofensas  
contra una humilde mujer?  
¿No sabes, no consideras  
que donde no hay voluntad  
inútil gusto es la fuerza?  
¿Qué blasón has añadido  
a la sangre de tus venas,  
si con lo mismo que vences  
es con lo que más te afrentas?  
Mira que la voluntad  
no ha de rendir tu soberbia,  
porque antes hecha pedazos  
mi casto honor defendiera;  
desengaños te publico,  
y así vuélveme a mi aldea;  
una mujer te lo pide,  
una razón te lo ruega.

MANRIQUE. Elvira, en vano te cansas,  
que con lo mismo que templas  
es con lo que más enciendes  
el ardor que me atormenta;  
tus desdenes a mi amor  
no han apagado la hoguera (277),  
que más fuerte han encendido  
de mi corazón el Etna. (278)  
¿Por un rústico villano  
a tu fortuna atropellas,  
cuando quiero colocarte  
al solio de mi grandeza?  
Enternézcante mis ansias.

ELVIRA. No aguardes que me enternezca,  
he nacido labradora,  
es mi corazón de peña;  
restitúyeme a mi padre,  
deja que a mi Pascual vea  
con el sayal tosco y pardo,  
de mi amor preciosa tela.  
¿No te corres de quererme?  
¿Qué fruto sacar esperas  
de una mujer que a tus ojos  
te aborrece y te desdenea?

MANRIQUE. Amor también es tirano,

(277) A: ogera.

(278) A: Egna.

y la monarquía bella  
de la hermosura conquista,  
o con la paz, o la guerra:  
si no te vence el halago,  
te vencerá la violencia.

ELVIRA. ¡Soy diamante!

MANRIQUE. Buril soy  
que te labrará a ternezas.

ELVIRA. ¡Mal le labrará tu engaño  
sin la sangre de mis venas! (279)

(Sale TRONERA.)

[TRONERA.] ¡Sinior visir, qué alcanzar  
dos mil cristianillos!

MANRIQUE. ¡Bestia!,  
¿qué es lo que hablas?

TRONERA. ¿Eres moro,  
y no me entiendes la lengua?  
Decir, sinior, que vilianos  
como bodencos se acercan,  
arremetendo torbantes  
con pecos, con esgobetas,  
y decir: “¡Morilio, aguarda,  
que el peliejo de colebras  
querer quitar, si a Elvirilia  
no volver a la aldegüela!”

MANRIQUE. ¿Te burlas, villano?

TRONERA. ¡A Dios  
pluguiera que burla fuera! (280)  
Huyamos, que Mazagatos  
quiere mazarnos las testas;  
más de mil palurdos vienen  
con chuzos, palos y piedras,  
diciendo: “¡Mueran los moros!  
¡Viva Castilla la Vieja!”

MANRIQUE. Amigos, a resistirlos  
y a escarmentar su soberbia.

ELVIRA. ¡Parece que compasivos  
los cielos mostrarse intentan!

TRONERA. Formemos un escuadrón;  
vaya Hamete en la derecha,  
y Muza Hernández delante,  
y Alí Pérez (281) a la izquierda,  
que yo iré en la retaguardia;  
señor, mira que ya llegan.

MANRIQUE. Dejadlos llegar.

(279) B, C, D y E: Atajados este verso y los tres anteriores.

(280) A: plubiera. B: tachados este verso y los nueve anteriores que faltan en C, D y E.

(281) A: Peres.



(Salen NUÑO, PASCUAL y todos los VILLANOS.) (282)

NUÑO. ¡Ah, perros!

¡Viva Castilla la Vieja!

¡No quede ninguno vivo!

TRONERA. ¡Temed que los perros muerdan!

MANRIQUE. Rústicos, ¿adónde vais?

PASCUAL. A librar a Elvira bella.

¡Dejad aquesa cautiva!

MANRIQUE. ¿Conocéisme?

NUÑO. Bien se muestra  
que sois moros.

ELVIRA. ¡Ay, Pascual,  
librame!

PASCUAL. Sí haré.

MANRIQUE. ¡Tenedla,  
no la dejéis que se escape!

NUÑO. Moro, la cautiva deja,  
o vuestra africana sangre  
teñirá en nácar la tierra.

MANRIQUE. ¿No veis que el conde Manrique  
os habla?

NUÑO. ¡Andad norabuena!

Es caballero y cristiano  
el Conde; ¡tu aleve lengua  
no oscurezca sus blasones!

MANRIQUE. ¡Ya el sufrimiento es baja!

PASCUAL. Moro, entréganos a Elvira,  
si volver a Africa (283) intentas;  
porque, si no, ¡has de morir!

MANRIQUE. ¡No os la he de dar!

NUÑO. Pues ¡perezcan  
los enemigos de Dios!

PASCUAL. ¡Amigos, al arma!

TODOS. ¡Guerra!

NUÑO. Diciendo: ¡Mueran los moros!

¡Viva Castilla la Vieja!

TRONERA. ¡Cáscaras!

TODOS. ¡Mueran los moros!

¡Viva Castilla la Vieja!

(Acometen unos con otros, y los de MANRIQUE  
se (284) retiran.)

TRONERA. ¡Qué zurra que anda, señores!  
¿Quién me metió en esta gresca,  
abogado de los moros,  
sino el zancarrón de Meca?  
¿No puede haber quien hallara

para meterse una cueva? (285)  
Los moros van de vencida,  
que cada villano lleva  
un Santiago en cada palo,  
un San Jorge en cada piedra. (286)

(Salen VILLANOS.)

VILLANO I.º Aquí se ha quedado un moro.

TRONERA. Sí, que bautizarse intenta (287),  
y a voces dice, cristianos,  
que de Mahoma reniega.

VILLANO I.º Aguarda, ¿no eres tú el que  
las joyas robadas llevas  
del Conde?

TRONERA. ¡Qué testimonio!

VILLANO I.º ¡Agárrale! (288)

TRONERA. ¡Eso es culebra!

Primero os he de enseñar...

TODOS. ¿Qué, cobarde?

TRONERA. Las soletas;  
ya anda la de Mazagatos,  
se dijo por esto.

TODOS. ¡Espera!

(Vanse, y sale MANRIQUE, herido.) (289)

MANRIQUE. ¡Ah, Fortuna desdichada!,  
¿cómo tu inconstante rueda,  
cuando a la altura me sube,  
al abismo me despeña?  
Rotos los que acaudillé  
están, y yo herido, apenas;  
y lo que más siento es  
que en la confusión se queda  
perdida Elvira, y si el Rey  
mi delito a saber llega,  
mi cabeza se aventura;  
que aunque la vulgar idea (290)  
le da el nombre de cruel,  
justificada sentencia,  
mejor será retirarme  
y ponerme en la presencia  
del Rey, porque de esta suerte  
la malicia desvanezca.

(285) C, D y E: Faltan este verso y los tres anteriores.

(286) B: Atajados este verso y los siete anteriores.

(287) A: yententa.

(288) A: agarrale, añadido, con letra de B.

(289) B añade: cayendo y levantando, con tinta diferente. C, D y E: cayendo y levantando.

(290) A y B: Antes de idea, tachado sentencia.

(282) B, C, D y E: Añaden Con sus chuzos.

(283) A: Afria.

(284) A: Acometen en los dos campos y retirando-  
se sienpre Manrique y los suyos.

¡Ah, villana, bien Amor  
de mi osadía se venga!

(Vase, y sale ELVIRA.)

ELVIRA. Con la confusión logré  
librarme, y perdí la senda (291)  
del camino que llevaba;  
no acierto por dónde pueda  
cobrar la aldea.

(Dentro:) ¡Seguidlos! (292)

ELVIRA. ¡Ay de mí!, el rumor se acerca,  
y no sé si es de la gente  
de mi padre o la que lleva  
mi enemigo; de estas (293) ramas  
podré mirar encubierta  
qué gente es la que ha llegado.

(Retírase, y salen NUÑO y PASCUAL.) (294)

PASCUAL. Deja, señor, que en defensa  
de mi Elvira siga al Conde.

NUÑO. ¿No miras que está deshecha  
su gente, y que, fugitivos,  
habrán dado ya la vuelta  
a la Anguilla? (295)

PASCUAL. ¿Y es consuelo  
el ver que a Elvira se llevan?

ELVIRA. Mi padre y mi esposo son.

PASCUAL. ¡Amigos, seguidlos (296), mueran!

TODOS. Todos hemos de seguirte.

NUÑO. Repórtate.

PASCUAL. ¿Me aconsejas  
que pierda el honor? ¡Ay, cielos!  
Elvira, escucha mis quejas. (297)  
¿Dónde estás, mi bien?

(Sale ELVIRA.)

ELVIRA. Aquí.

PASCUAL. ¡Ay, esposa!

ELVIRA. ¡Ay, dulce prenda!

NUÑO. ¡Hija de mi corazón!

TODOS. ¡Viva Elvira!

ELVIRA. ¡El traidor muera!

Seguidle (298), que huyendo va.

TODOS. Dices bien.

NUÑO. Tened prudencia.

(291) A: escaparme y perdida la senda.

(292) A: seguidlos.

(293) A: destas.

(294) A: Salen Nuño, Pascual y villanos.

(295) A: Anguilla.

(296) A: seguidlos.

(297) A: mi quejas.

(298) A: seguidle.

que es un señor poderoso.  
Tú, Pascual, parte a dar cuenta  
de su loco arrojo al Rey;  
su justicia España tiembla,  
con razón vas a quejarte;  
Elvira conmigo queda,  
yo te la sabré guardar.

PASCUAL. Mira que...

NUÑO. No te detengas;  
parte a Segovia, esto importa;  
viejo soy, tengo experiencia:  
el primer informe siempre  
con la verdad aprovecha;  
como anciano te aconsejo,  
y como padre pudiera  
mandártelo: escoge ahora,  
para hacerlo, lo que quieras.  
Obedecerte me toca.  
Adiós, Elvira.

ELVIRA. La vuelta  
no la dilates.

PASCUAL. Contigo  
alma y corazón se quedan.

(Sacan a TRONERA los VILLANOS.) (299)

VILLANO I.º Este moro hemos cogido.

PASCUAL. ¿Dónde?

TRONERA. En una chimenea.

NUÑO. Criado es del Conde: vaya  
a la prisión.

TRONERA. Considera  
que ya estoy arrepentido,  
y bautizarme quisiera.

VILLANO I.º ¡Venga el alcahuete! (300)

TRONERA. ¡Mientes!

Yo he negociado en concien-  
[cia. (301)

pues voy preso a Mazagatos,  
que es peor que estar en gale-  
[ras. (302)

(Llévanle.) (303)

NUÑO. Pascual, adiós.

PASCUAL. El te guarde.

(Vase.)

(299) A: Sacan preso a Tronera.

(300) C, D y E: Tachado alcahuete y a continua-  
ción: el moro ingerto.

(301) A: conenzia.

(302) B, C, D y E: que es peor que yr a galeras.  
A: Este verso y los nueve anteriores escritos al mar-  
gen.

(303) A: Falta esta acotación.

NUÑO. ¡Ea, hijos!, dad la vuelta  
a Mazagatos.

TODOS. Sí haremos.

NUÑO. Y pues quedó la soberbia  
del africano fingido  
castigada, a decir vuelva,  
en aplauso del lugar,  
la victoria que os celebra:  
¡Mueran los moros traidores!  
¡Viva Castilla la Vieja!

TODOS. ¡Mueran los moros (304) traidores!  
¡Viva Castilla la Vieja! (305)

(Vanse, y salen DON ALVARO y DON JUAN.)

ALVARO.

Cada vez que a Palacio, don Juan, vengo,  
nuevos pesares, nuevas penas tengo;  
porque el Rey, enojado y persuadido  
de que nuestro dolor locura ha sido,  
con ceño nos atiende y con enfado. [do (306)  
¿Hasta cuándo, ¡ay de mí!, el rigor del ha-  
ha de ostentar tan fieros desconsuelos?  
¡Doleos de mi vejez, piadosos (307) cielos!

JUAN.

Las mudanzas, señor, de las fortunas,  
ya a la dicha intratables, ya oportunas,  
aunque vengan de mano airada y fiera,  
siempre el varón constante las tolera;

(304) A: Después de *moros*, tachado *finjidos*.

(305) B: Sobre el fol. 44, r. y v., han sido pegas-  
das sendas tiras de papel, cubriendo toda la página, en  
las que además de los versos de A, se ha añadido la  
siguiente escena, olvidada por el copista de A:

(Salen Gutierre, Laín y Otros, de caza.)

LAÍN.

¿Con qué fin, Don Gutierre, habrá dispuesto  
la montería el Rey en este puesto,  
si ya otra vez en él se vió perdido,  
causándonos pesar?

GUTIERRE.

Yo he comprendido  
que en el lugar tomar descanso quiere;  
y que es por la villana bien se infiere;  
pero no es bien publique su cuidado,  
supuesto que de mí se ha confiado.

C, D y E siguen a B.

(306) B, C, D y E: Sustituídos este verso y los  
cinco anteriores por:

Llamado de mi honor, siguiendo vengo  
al Rey, por si en mis penas ¡ay Dios! tengo  
el alibio que tanto he deseado.

¿Hasta quando, destino siempre airado.

(307) B, C, D y E: Doleos de mis canas, santos.

si vuestro deshonor quiso la suerte,  
ella misma el consuelo nos advierte,  
pues al que no eligió el fatal desvelo,  
el mismo mal le sirve de consuelo.

ALVARO.

¡Que de Elvira, tu hermana, no haya indicio!

JUAN.

No (308) ha quedado resquicio  
que la cautela no haya imaginado  
y, por violencia o dádiva, intentado.

ALVARO.

Pensar que el Rey la guarda aqueso indicia.

JUAN.

¿Cómo ha de haber justicia  
con quien la ha de observar y no la tiene?

ALVARO.

Calla, don Juan.

JUAN.

¿Por qué?

ALVARO.

Porque el Rey viene;  
y quisiera no verle, ¡ansias crueles!

JUAN.

Ocúltennos, señor, estos canceles. (309)

(308) A: Antes de *no*, tachado *ya sabes*.

(309) B, C, D y E sustituyen este verso y los seis  
anteriores por:

que no haya mi cautela examinado.

GUTIERRE.

¿Quando veré, don Alvaro, templado  
el dolor que os oprime injusto y fiero?

D. ALVAR.

Poco me oprime, puesto que no muero.

D. JUAN.

Pensar que el Rey la oculta, no es malicia.

D. ALVAR.

¿Cómo ha de haber justicia  
si el Rey la debe hacer y no la tiene?

D. JUAN.

Callad, señor.

D. ALVAR.

¿Por qué?

D. JUAN.

Porque el Rey viene  
y quisieran no verle mis cuidados.

D. ALVAR.

A este lado esperemos retirados.



(Salen el REY, PASCUAL y LAÍN y GUTIERRE, y CRIADOS.) (310)

REY.

¿Qué dices, labrador?

PASCUAL.

La verdad digo.

REY.

Examinaré el Conde mi castigo.

PASCUAL.

Señor, para excusaros los rigores,  
a ti acudimos; somos labradores,  
cada cual se entretiene en su labranza, (311)  
y en esta confianza,  
los poderosos, porque nada sobre,  
no es bien que inquieten y hagan mal al pobre.

REY.

Seguro puedes ir. (312)

(310) A: Sale el Rey, y Pascual, y acompañamiento.

(311) B, C, D y E sustituyen este verso y los dos anteriores, por:

PASQUAL.

A Segovia partía diligente  
a pedirnos justicia solamente,  
y tan dichoso soy y afortunado,  
señor, que en Mazagatos os he hallado.

REY.

¿Elvira y Nuño quedan en su casa?

PASQUAL.

No, señor, que advirtiéndolo que pasa,  
del Conde don Manrique temerosos,  
a una heredad se fueron presurosos  
donde no sea fácil el hallarlos.

REY.

Al punto, labrador, haz que a llamarlos  
vayan, que yo me encargo en su defensa  
y a hacer justicia de tan grave ofensa.

PASQUAL.

Así lo haré, señor; de estos rigores  
a ti acudimos. Somos labradores;  
nos mantiene del campo la labranza.

(312) B, C, D y E intercalan a continuación:

REY.

A la casa de Nuño tu me guía.

PASQUAL.

No está de aquí distante.

REY.

Yo, en el día,

os guardaré justicia.

PASCUAL.

A tu persona  
sirvale todo el mundo de corona. (313)

(Vase.)

REY.

Gutierre.

GUTIERRE.

Gran señor.

REY.

No lo creyera,  
si a esta gente sencilla fe no diera.

GUTIERRE.

Señor, no será tanto el desacierto.

REY.

Tú le disculpas noble, pero es cierto.

(313) B, C, D y E intercalan a continuación:

(Vase con Pascual.)

LAÍN.

Seguir es fuerza al Rey.

GUTIER.

Su justo enojo  
ha excitado del conde el cruel arrojo.

(Vanse y salen don Alvaro y don Juan.)

D. JUAN.

El Rey entra en la villa.

D. ALVAR.

Ya lo he visto.

D. JUAN.

Fuerza es que le sigamos.

D. ALVAR.

Mal resisto  
el dolor que me aflige riguroso.

D. JUAN.

El cielo, amado padre, es piadoso,  
y ha de facilitarnos el consuelo.

D. ALVAR.

El solo templar puede mi desvelo.

D. JUAN.

Pues, señor, otra vez a hablarle vamos,  
que en favor nuestro la razón llevamos.

(Se descubre la casa de Nuño, y salen el Rey, Gutierre, y Laín. A la izquierda una reja, y más arriba una puerta.)

C, D y E sustituyen entra en la villa, tachado, por se ha retirado.

GUTIERRE.

Don Manrique. Señor, templa tu enojo.

REY.

No sé si he de poder.

GUTIERRE.

¡Tiemblo su arrojo!

*(Sale MANRIQUE.) (314)*

[MANRIQUE.]

Dame, señor, tus plantas (¡qué desvelo!),  
si merezco (315) tal dicha.

REY.

Alzad (316) del suelo.

¿Tanto olvido (317) tenéis con mi presencia,  
que olvidáis la asistencia  
que a los reyes profesa el leal vasallo?

MANRIQUE.

Señor, a tu razón disculpa no hallo.

REY.

Mejor entretenido os considero,  
pues tanto os olvidáis.

ALVARO.

Al verle, muero; (318)  
que el corazón me avisa, como sabio,  
que el Conde es el autor de nuestro agravio.*(314) B, C, D y E:**(Sale Manrique y dice los dos primeros versos al bastidor.)*

MANRI.

*Supe que aquí está el Rey y a hablarle vengo,  
pues, por si sabe el lance, así prevengo  
que de mi boca escuche ¡suerte fiera!  
la información primera.**(Sale.)**(315) A: mereszco.**(316) A: Alza. (Alzá.)**(317) A: Después de olvido, tachado tal retiro.**(318) B, C, D y E:**(Al bastidor D. Alvaro y D. Juan.)*

D. JUAN.

*El Rey con don Manrique aquí se mira.*

D. ALVAR.

*Su presencia ha excitado en mí la ira.*

REY.

Decid, ¿cuál es la causa que os destierra?

MANRIQUE.

Señor, como es imagen de la guerra  
de la caza el gustoso afán, contento  
encuentro en ella del divertimiento,  
todo el ocio apacible que me inflama;  
a veces, con los perros, de la cama  
da gusto ver saltar al conejuelo,  
y después, con anhelo, (319)  
en la montaña el jabalí se acosa  
y a la sangrienta osa,  
y cuando aquesto cansa y da pensiones,  
en el aire conquisto con halcones  
el vuelo de la garza infatigable, (320)  
que es confusión notable  
ver cómo se presentan la batalla;  
y estas delicias mi afición las halla  
en las historias griegas y romanas.

REY.

Yo pienso que también de las troyanas,  
pues hecho Paris que el honor no mira,  
habéis robado a Elvira.

MANRIQUE.

*(El Rey lo sabe ya, murió mi fama.  
No conviene negar.)* Señor, quien ama,  
errores suele hacer; yo te confieso  
que, de un tirano amor rendido y preso  
de la beldad que admira,  
a su padre ofendí robando a Elvira.

ALVARO.

Ya averiguamos que es autor el Conde  
de nuestro deshonor, pues le responde  
confesando el delito.

JUAN.

Y culpamos al Rey.

ALVARO.

Viva infinito  
un Rey que nos sufrió con bondad mucha.  
El caso irá diciendo; escucha, escucha.*(319) A: Escrito este verso inmediatamente a continuación del anterior. C, D y E: Atajado este verso y los tres anteriores.**(320) A: Tachado un verso anterior: el buelo ynfatigable de la garza.*

MANRIQUE.

A los reyes señor, no ha de negarse  
la más secreta culpa,  
y más cuando el amor halla disculpa;  
que si a Elvira robé, con honra queda,  
sin que el agravio pueda  
formar quejas, y más que fuí llamado  
de su amor y obligado.

ALVARO.

Aquello siento. ¿En qué mujer se halla  
tan poca estimación?

JUAN.

Escucha y calla.

REY.

¿Con honra queda?

MANRIQUE.

Sí, señor.

REY.

¿De modo  
que casados estáis?

MANRIQUE.

No, señor.

REY.

¿Cuándo  
os pensáis desposar?

MANRIQUE.

¿Qué es lo que dices?

ALVARO.

Parece que se altera. (321)

REY.

Padrino de la boda ser quisiera.

MANRIQUE.

¿Qué dices, gran señor?

REY.

Que os caséis luego.

MANRIQUE.

¿Con tal desigualdad?

(321) A: Después de altera, tachado y que lo  
duda.

ALVARO. (322)

¡Respiro fuego!

REY.

¿No sabéis que me nombro el justiciero?  
Pues ¿cómo un caballero  
cuando su rey le manda lo que es justo,  
quiere darle disgusto?

MANRIQUE.

Señor, no intento tal, ¡pena tirana!  
pero el unir mi sangre a una villana  
es ultrajar la sangre de tus venas,  
pues pariente me llamas.

(Salen DON ALVARO y DON JUAN.)

ALVARO.

Te condenas  
en lo mismo que dices, y es Elvira  
tan buena como tú.

JUAN.

¡Reviento de ira!  
Después de hacer agravios, ¿tus traiciones  
intentan ultrajar tantos blasones?

MANRIQUE.

No sé con quién habláis.

REY.

No más, Manrique.

ALVARO.

Señor, mirad que yo...

REY.

¡Nadie replique!  
¡Hola!

LAÍN.

Señor, ¿qué mandas?

REY.

Prendé al Conde;  
tenedle en esa cuadra oscura, donde (323)  
le dé un hora a su vida solamente.

(322) A: Dn Alon.

(323) A: Después de este verso, tachado otro:  
De Da Elvira ará burla imprudente. B: Tachado te-  
nedle en esa quadra al imprudente y sustituido por en  
esa sala le guardad en donde. C, D y E: en esa sala  
le guardad en donde.



MANRIQUE.

¡Que el Rey, que me estimaba, así me afrente!

GUTIERRE.

Venid, Conde.

MANRIQUE.

Ya voy, ¡desdicha fiera!  
¡Logro será que un infelice muera!

(*Llévanlo.*)

ALVARO.

Don Juan.

JUAN.

Señor.

ALVARO.

El Rey está indignado;  
confuso estoy, y absorto.

JUAN.

¡Estoy helado!

REY. Salió el sol de la verdad;  
no darán al sentimiento  
las canas atrevimiento  
de hablarme con libertad.  
Don Alvaro, mi piedad  
os trató como a su amigo;  
no tengo a Elvira conmigo,  
bien lo veis con la experiencia,  
y quiero que mi inocencia  
sólo sirva de testigo.

A los reyes llamó Homero  
espejos de la justicia,  
y no cabe la malicia  
entre el cristal y el acero;  
mirad otra vez primero  
de quién estáis agraviados,  
porque inocentes culpados  
se darán por ofendidos,  
y es fuerza que estéis corridos  
cuando os veis desengañados; (324)  
siendo fuente, siendo origen  
los príncipes y los reyes  
de la justicia y las leyes  
que en paz a los hombres rigen,  
no se ha de pensar que afiigen  
a sus vasallos.

ALVARO. (325) Así es.  
Deja que bese tus pies

y tu justicia publique.

REY. Casárase don Manrique,  
y aun ha de morir después.

(*Vanse, y sale MANRIQUE, y en la cortina habrá una reja.*)

MANRIQUE. De confusiones y dudas,  
¡cielos!, tengo absorta el alma;  
diversas contradicciones  
me asustan y sobresaltan.  
Que el Rey la noticia tenga  
del alboroto (326), y la causa,  
que ocasioné en Mazagatos,  
no me admira, no me extraña;  
pero me extraña y me admira  
ver que don Alvaro trata,  
y don Juan, con tal desprecio  
mi persona, la demanda  
tomando, que no les toca,  
de aquella astuta villana;  
si fuera por doña Elvira  
su disgusto no extrañara.  
¡Oh, quién de estas tropelías  
que el pensamiento me asaltan  
pudiera salir! Si acaso  
por esta reja encontrara  
a quien decir... Mas don Juan  
y su padre, en la antesala  
están del Rey; yo los llamo.  
¡Ah, don Alvaro!

(*Dentro, DON ALVARO.*)

[ALVARO.] ¿Quién llama?

MANRIQUE. Don Manrique.

ALVARO. ¿Qué me quieres?

MANRIQUE. Que me oigas una palabra.  
(De él me he de valer, diciendo  
que tengo a su hija dada  
la palabra de ser suyo;  
que si con ella me casa,  
el Rey templará su onajo,  
y yo restauro su fama  
pagando lo que la debo.)

(*Salen DON ALVARO y DON JUAN.*)

ALVARO. ¿Qué quieres?

MANRIQUE. Que (327), perdonada

(324) B: Atajados este verso y los nueve anteriores. C, D y E: Faltan.

(325) A: Dn Juan y Dn Alb.

(326) A: Antes de alboroto, tachado lo que a es- uira.

(327) Antes de que tachado perdonada.

mi desatención, consiga  
don Alvaro, pues que tanta  
es la igualdad de los dos,  
la dulce prenda, la blanca  
mano de tu hija, pues  
tanto tiempo mi esperanza  
ha deseado ser suyo.  
Esto, postrado a tus plantas,  
humilde pido.

ALVARO. ¿Qué dices?

Tuya es Elvira.

JUAN. Mi hermana,

¿de quién mejor admitida?

¿En quién mejor empleada?

MANRIQUE. ¡Soy dichoso!

ALVARO. Al Rey diremos  
elección tan acertada.

Retírate, porque viene.

MANRIQUE. ¡Halle puerto mi esperanza!

(Sale el REY.)

[REY.] ¡Don Alvaro!

ALVARO. Si pretendes  
el sosiego de (328) mis canas,  
tu enojo puedes templar,  
que ya Manrique se casa  
con doña Elvira, mi hija;  
arrepentido se halla,  
y yo, por lo que te debo,  
por él intercedo.

REY. Basta,  
que aunque es verdad que enojado  
osadías tan extrañas  
me tienen, por ti lo haré.

ALVARO. Don Juan, a Manrique llama.

JUAN. ¡Don Manrique!

(Sale MANRIQUE.)

[MANRI.] Ya, señor (329)  
invictísimo, postrada

(328) A: Antes de *mis*, tachado *mi casa*.

(329) B: En una tira de papel, pegada sobre los  
versos primitivos:

(Vase D. Juan.)

D. ALVAR. De esa suerte, gran señor,  
mi perdido honor restauras.

REY. A vasallos como vos,  
deve atender el monarca  
obrando siempre en justicia.

D. ALVARO. Deja que tus reales plantas  
bese humilde.

mi humildad tu mano besa.

REY. Ahora (330) estarás en mi gracia.

ALVARO. Señor, mi yerno es Manrique, (331)  
y pues le hacéis honras tantas,  
sed su padrino.

REY. Sí haré.

¿Cuándo es la boda?

ALVARO. Mañana.

MANRIQUE. Señor, ¿cuándo podré ver  
a mi Elvira soberana?

JUAN. Cuando tú quieras.

MANRIQUE. Ahora.

¿Dónde la tienes?

ALVARO. ¿Qué hablas?

MANRIQUE. ¿Luego en Segovia no está? (332)

ALVARO. Mira tú dónde la guardas.

MANRIQUE. Pues ¿yo qué sé de tu hija?

JUAN. ¿Tú no robaste a mi hermana?

REY. ¡Ahora salimos con esto!

MANRIQUE. Caballeros de tu fama,  
por ponerme a mí a un desaire,  
no han de hacer estas mudanzas,  
si no es que quieres vengarte  
de la enemistad pasada.

ALVARO. Tú te quieres eximir,  
don Manrique, y doble andas,  
pues por vengarte de mí  
quieres a Elvira negarla.

MANRIQUE. Pues ¿sé yo dónde la tienes?

REY. Ni os entendéis, ni os alcanza  
a entender humano juicio,  
y ya a (333) atrevimientos pasan,  
Conde, tus palabras.

MANRIQUE. ¡Cielos!,  
sacadme de dudas tantas.

REY. ¿Te quieres casar?

MANRIQUE. Señor, (334)  
si a mi Elvira me restauran,  
sí quiero.

REY. Pues dadle a Elvira,  
don Alvaro.

ALVARO. Que te engaña,  
señor, porque él la ha robado  
más ha de un mes. (335)

(330) A: Antes de *aora*, tachado *desde oi*.

(331) A: Señor mi yerno es *Fadrique*. Después de  
este verso, otro tachado: *y le abeis de honrrar*.

(332) B: Tachado *Segovia* y escrito encima: *en tu  
poder. C, D y E: tu poder*.

(333) A: Falta *a*.

(334) A: Escrito este medio verso inmediatamen-  
te a continuación del medio verso anterior.

(335) B: Tachado *más ha de un mes*, y sustituido  
por *de mi poder. C, D y E: de mi poder*.

REY. Ya me falta  
la paciencia, y de esta suerte  
sabré la verdad más clara.  
A la prisión vuelva el Conde,  
por ver si el castigo aclará  
esta enigma que no entiendo. (336)  
MANRIQUE. Ya obedezco. ¡ Suerte (337) ingrata,  
acábame de sacar  
de tropelías tan raras.  
(*Llévanle.*) (338)

REY. Id a hacer las diligencias  
vosotros, por ver si hallarla  
podéis, que de aquesa suerte  
tendréis más justificadas  
vuestras razones.

ALVARO. Sí haremos.

JUAN. Señor, en cosa tan ardua,  
aconsejémonos bien.

ALVARO. Don Juan, con discreción hablas.  
(*Vanse.*)

REY. Este delirio (339) de entrambos  
me tiene sin mí.

(*Sacan los VILLANOS a TRONERA.*)

VILLANO I.º ¿No andas?

TRONERA. Estoy cansado, y no puedo.

REY. ¿Qué ruido es ése?

VILLANO I.º A tus plantas  
aqueste moro traemos,  
que en la reñida batalla  
de Mazagatos cogimos.

VILLANO 2.º Llegue el moro.

TRONERA. Tú y tu alma  
sois los moros. Gran señor,  
estos villanos me tratan  
como a esclavo, y porque veas  
que tengo sangre cristiana,  
aquesta es mi filiación,  
y en mi linaje de fama  
se verá que no soy moro,  
que tengo abuelos de casta,  
y, con tu licencia (340), leo,  
señor.

REY. Adelante pasa.

(*Saca un papel.*)

TRONERA. Adán engendró a Caín  
cuando comió la manzana,  
y Caín a no sé quién,  
no sé quién a doña Urraca,  
doña Urraca al Tamorlán,  
el Tamorlán a Pedro Arias,  
Pedro Arias a Julio César,  
Julio César a Cleopatra,  
Cleopatra engendró al Sofí (341),  
el Sofí a Mari Castaña,  
Mari Castaña a Tintillo  
y Tintillo a Mari Blanca  
la de la Puerta del Sol,  
el Sol a una calabaza,  
de que se hizo mi Tronera.  
Aquesta es mi generacia.

REY. Basta, pues.

TRONERA. Si aquesto es poco, (342)  
diré más.

VILLANO I.º ¡Qué bien lo garla!

REY. Retíradle con el Conde  
que preso está en esa cuadra, (343)  
que criado suyo es éste.

GUTIERRE. Llévadle luego.

TRONERA. Palabras  
bien habladas son aquésas.  
¿Moro yo, cuando es tan rancia  
mi estirpe? (344) ¡Eso no, eso no!  
San Martín y Rivadavia  
son testigos de que soy  
rancio enemigo del agua.

(*Llévanle, y sale DOÑA ELVIRA, de villana, cubierto  
el rostro.*)

DOÑA ELV. Oye, señor poderoso,  
a una mujer agraviada  
que de dos injurias pide  
satisfacción y venganza,  
y aunque a los reyes, señor,  
osadía es reparada  
hablar con embozo, os pido  
me deis la licencia. (345)

REY. Habla. (346)

(341) *A: sofir. B, C, D y E: sophi.*

(342) *A: Escrito este medio verso inmediatamente  
a continuación del medio anterior.*

(343) *B, C, D y E: sala.*

(344) *A: esterpie.*

(345) *A: lisenzia; este verso y los tres anteriores,  
escritos al margen.*

(346) *B, C, D y E: Añaden:*

*me concedais esta gracia;  
que el respeto y el rubor*

(336) *A: Después de esta, tachado que no en-  
tiendo.*

(337) *A: Después de suerte, tachado ayrada.*

(338) *A: Lleban al Conde.*

(339) *A: Después de delirio, tachado o enigma.*

(340) *A: lisenzia.*



Doña ELV. Querida fui, por mi mal,  
de don Manrique de Lara,  
si querida ha de llamarse  
una mujer desgraciada.  
Idolatró mis paredes,  
solicitó mis ventanas  
con ojos y con deseos,  
con amor y confianza.  
Mas ¿para qué te suspendo  
con retórica tan vana?,  
pues que las quejas no piden  
artificiosas palabras. (347)  
Prometiendo ser mi esposo,  
rindió el difícil alcázar  
donde mi honor defendía  
los tesoros de su fama,  
y después que mi opinión  
discurrió el mundo en las alas, (348)  
dice que no le merezco,  
que son sus promesas falsas,  
que mi esposo no ha de ser,  
que mi sangre no le iguala.  
Gran señor, hazme justicia,  
que nobleza tengo tanta  
como vergüenza al decirlo,  
pues que me cubro la cara.

REY. ¿Fuisteis la robada vos  
de la aldea desgraciada?

Doña ELV. No, señor; Elvira ha sido,  
aquella hermosa serrana.

REY. ¿Otro delito? ¿Qué es esto?  
Llamad al Conde. ¿Qué hazañas  
de español contra caudillos  
de la nación africana! (349)

*quando llego disfamada  
a vuestros, pies, me disculpa  
de que os encubra la cara,  
pues no sufre la presencia  
del sol denegridas manchas,  
y vos sois sol de justicia.  
Esto os pido humilde.*

(347) B, C, D y E: Atajados este verso y los siete anteriores.

(348) C, D y E: En una tira de papel, pegada sobre éste y los cuatro versos anteriores:

*logró en fin que me inclinara  
a quererle y admitirle  
la promesa, mas su ingrata  
falsedad ya me abandona,  
y así lloro despreciada.*

(349) B: Escritos en una tira de papel, intercala a continuación de este verso, los siguientes:

*Tú, muger, en esta parte  
cubierta así, y retirada,*

LAÍN. Aquí está el Conde.

*(Sacan al CONDE.)*

REY. No deben  
tu soberbia y arrogancia  
hallar, Conde, mi (350) piedad;  
tus sinrazones son tantas,  
que en mi sangre y parentesco,  
en mi amor y en la privanza  
que te animó a cometellas,  
apenas disculpas hallan.  
¿De modo que esta mujer,  
cuando en su tálamo estaba, (351)  
robaste atrevidamente?  
¿Qué crueldad tan inhumana!

MANRIQUE. Ya, señor, ¿no lo sabías,  
y con severas palabras  
me recibiste enojado?  
¿No confesé mi ignorancia?  
¿No te merecí el perdón?

REY. O te engañas, o me engañas.

MANRIQUE. Advierte también, señor,  
que a esta mujer, que robada  
fué de mi ardiente deseo,  
no toqué una mano, y basta  
para testigo ella misma,  
aunque una noche, en su casa,  
con un gabán guarnecido  
o bordadura de plata, (352)  
hallé un hombre, que quizá  
esta hermosura gozaba, (353)  
y no es bien que tú me obligues  
a ser su esposo.

REY. ¿Una capa  
no perdiste entonces?

MANRIQUE. Sí.

REY. Conde, Conde, ¿más probanza?

*espera hasta ver en qué  
estas confusiones paran.*

Doña ELVIRA. ¡Cielos!, doleos de mí  
en tal tropel de desgracias.

C, D y E siguen a B.

(350) B, C, D y E: en mí.

(351) C, D y E: Tachado este verso y sustituido por: *quando descuidada estaba.*

(352) B: En una tira de papel, pegada sobre este verso y el anterior:

*por un acaso, señor,  
truje trocada la capa  
y allé.*

C, D y E siguen a B.

(353) C, D y E: Tachado sete verso y sustituido por: *ella engañosa ocultaba.*

Y engañar a esta mujer,  
prima de Elvira, o hermana,  
con palabra de ser suyo,  
¿ha sido empresa bizarra?

MANRIQUE. ¿Yo, señor?, ¡viven los cielos!,  
que estos villanos levantan  
esa quimera, y no sé  
quién es tal mujer.

(Salen ELVIRA, NUÑO, PASCUAL y TERESA.)

NUÑO. Si hallan  
estos míseros rendidos  
puerto en tus invictas plantas,  
permíteles que las besen.

REY. ¿Qué queréis?

NUÑO. Que perdonada  
la osadía del lugar,  
pues que ninguno dió causa,  
mandéis que no nos envíen  
juez pesquisidor.

ELVIRA. De tantas  
muertes como sucedieron  
el Conde, presente se halla,  
él tuvo la culpa; pague, (354)  
gran señor, con su garganta.

TERESA. Esa es razón y justicia.

DOÑA ELV. ¿A Elvira Manrique ama?

MANRIQUE. ¡Cielos! ¡Si aquesta es Elvira!  
¿Quién será aquesta tapada?  
¡Yo he de perder el sentido! (355)

REY. Contra ti (356) piden venganza  
muchos, Conde; preveníos,  
que soy Rey, y debo darla.

NUÑO. ¡El Rey es el cortesano  
que me alborotó la casa!  
Señor, pues os hospedé,  
debéis pagar la posada,  
que os fuisteis sin despediros,  
dando mala noche.

REY. Basta. (357)  
(Vase.)

(354) A: *el* antepuesto al verso; antes de *page* (sic), tachado *que*.

(355) A: Escritos al margen este verso y los tres anteriores.

(356) B: Tachado *tú* y sustituido por *vos*. C, D y E siguen a B.

(357) A: Este verso y los cinco anteriores, escritos al margen, enmendando a los tachados siguientes:

*este es el que pedigueño le;  
señor, pues mi quiesped fuisteis;  
vuestra hermo; Nuño.  
Quien dixera que era el  
rey. Elvira.*

MANRIQUE. ¿Qué nuevas desdichas son  
las que perturban y agravian  
mis esperanzas? ¡Villano,  
la verdad al Rey declara!  
NUÑO. El Rey guardará justicia.

(Vase.)

PASCUAL. Ya mi celosa venganza  
se trueca, Elvira, en piedad.

MANRIQUE. Tú, tan bella como ingrata,  
si de mí te querellaste,  
di verdad, ¿para qué callas?

ELVIRA. El Rey guardará justicia.

(Vase.)

MANRIQUE. ¡Oh condición sin mudanza!  
Intercede, tú, Teresa,  
con tu prima; ve a rogarla.

TERESA. El Rey guardará justicia.

(Vase.)

MANRIQUE. ¡Ah, vengativas villanas!

(Sale TRONERA.)

TRONERA. Todos estamos acá,  
señor mío, y si no tratas  
de disculparme, yo creo  
me ha de dar mal de garganta.

MANRIQUE. Dime tú, tirana, di,  
¿por qué mi desdicha quieres,  
si no he sabido (358) quién eres,  
ni jamás tu rostro vi?  
Nubes cubren tu luz clara,  
como al sol en el invierno, (359)  
no esté en tu lengua un infierno  
pues que está un cielo en tu ca-  
[ra. (360)]

DOÑA ELV. Veneno de honras ajenas,  
inconstante más que el Sol,  
falso Paris español,  
robador de dos Elenas,  
¿en mí ves tus sinrazones,  
mis propias flechas me tiras,  
o soy espejo en que miras  
tus malas inclinaciones?

(358) A: *si no e sabido*, enmendado sobre *si no sa-  
bía de*.

(359) A y B: *ybierno*.

(360) B: Atajada esta redondilla. C, D y E:  
Falta.

MANRIQUE. Tu voz dulce y sónica  
dudas y glorias me ofrece,  
como el Sol cuando amanece,  
que nos da la luz dudosa.

Ya piadosa y ya feroz,  
tus quejas son homicidas,  
y, por quitarme más vidas,  
me da mil vidas tu voz.

(Descúbrese.)

DOÑA ELV. ¿Conocéisme?

MANRIQUE. ¡Dueño amado!,  
mirándote ya no puedo  
tener a mi muerte miedo.  
¿Cómo (361) de mí te has quejado?

DOÑA ELV. Cuando (362) a llamarte envié,  
que yo estaba (363) en Mazagatos,  
y tú, con aleves tratos,  
menospreciaste mi fe.

MANRIQUE. Pues ¿cómo fuiste a parar  
a esa aldea?

DOÑA ELV. Es que mi hermano  
quiso llevarme, tirano,  
a un convento, y avisar (364)  
no pude en trance tan fuerte  
de la violencia.

MANRIQUE. Soy tuyo,  
y a mi ser me restituyo.

DOÑA ELV. ¿Serás mío?

MANRIQUE. ¡Hasta la muerte!  
Cubre el sol que me ha cegado,  
que vuelve el Rey, y con ira,  
y trae con él a la Elvira  
aldeana.

DOÑA ELV. ¡Qué cuidado!

TRONERA. La postrer difinición  
de este embolismo ha llegado.

(Salen todos.)

ALVARO. Señor, si le dan la muerte  
antes que le dé la mano  
a mi hija, mal se enmiendan  
mi deshonor y mi agravio.

REY. No será así. Don Manrique,  
vos tenéis hoy cuatro cargos

de que dar satisfacción  
a todos los agraviados:  
robasteis a esta mujer,  
y porque la han desposado  
con su igual, es mi sentencia  
que la Anguilla y Mazagatos,  
vuestras villas, tuyas sean. (365)  
y del haber ocultado  
a doña Elvira.

MANRIQUE. Eso niego.

REY. Vos me lo habéis confesado.

MANRIQUE. De esta Elvira hablaba yo;  
los nombres me equivocaron.

REY. ¿No es aquesta labradora?  
¿Qué decís?

MANRIQUE. Que si mi mano  
restaura el honor que pide,  
suyo soy. (366)

ALVARO. ¡Perjuro, falso!

¿Cómo te quieres casar  
con una villana, cuando  
confesaste ser esposo  
de mi hija, y por agravio  
recibes su casamiento?

DOÑA ELV. Estás, señor, engañado.

(Descúbrese.)

ALVARO. Mis oprimidos alientos,  
con tu vista han respirado.

JUAN. ¡Elvira!, ¿qué dicha es ésta?

DOÑA ELV. ¡Dame los (367) brazos, hermano!

REY. Ahora que doña Elvira  
tiene honor con tal estado,  
por las muertes que causaste  
has de morir.

MANRIQUE. Ahora aguardo  
con más ánimo la muerte, (368)  
pues esta dicha he logrado. (369)

DOÑA ELV. Señor, si pueden mis ruegos,  
si puede mi tierno llanto...

(365) B: En una tira de papel, sustituye este verso y el anterior por:

que la Anguilla, así lo mando,  
vuestra villa, suya sea.

Tacha, por haberlos escrito en dicha tira, desde el verso con su igual hasta vos me lo habéis. C, D y E si guen a B.

(366) A: Tachado dale la mano.

(367) A: los, los.

(368) A: A continuación, un verso tachado: dandomela esta mano.

(369) A: Escrito este verso inmediatamente a continuación del anterior.

(361) C, D y E: Sobre como, tachado por qué.

(362) C, D y E: Sobre cuando, tachado porque.

(363) C, D y E: Sobre que yo estaba, tachado estando ya.

(364) A: Después de este verso, tachado Troner. Rara idea.



ALVARO. Premia, señor, mis servicios,  
pues son muchos, perdonando  
al Conde, que ya es mi hijo.

ELVIRA. Si contigo valen algo  
dos labradoras humildes  
que una noche te hospedaron,  
a tus plantas te pedimos  
su perdón.

REY. Los soberanos  
ojos de Elvira me mueven:  
ya que resisto sus rayos,  
la gracia está concedida.

TODOS. ¡Viva el Rey don Pedro, el sabio  
y valiente justiciero!

MANRIQUE. Tu hechura soy.

REY. Lo que encargo  
es que destriquéis las capas,

pues ya sabemos entrambos  
lo que es vuestro y lo que es  
[mío. (370)]

TRONERA. Y este Tronera, que es calvo  
de los palos y pedradas  
que le dieron estos payos,  
¿justicia no ha de pedir?

REY. Te quedarás en Palacio,  
que gusto que me entretengas.

TRONERA. Señor, si es para el verano,  
te gustará mi friolera.

TODOS. Y si no merece aplauso,  
halle perdón, a lo menos,  
*Ya anda la de Mazagatos.*

---

(370) A: Escritos al margen éste y los tres ver-  
sos anteriores.

# LOS YERROS POR AMOR

COMEDIA FAMOSA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES:

DON LOPE OSSORIO.  
DON JUAN DE TOLEDO.  
DOÑA ANGELA, *dama*.  
DOÑA LEONOR, *dama*.  
VIOLANTE, *dama*.

INÉS, *criada*.  
MONZÓN, *lacayo*.  
DON FERNANDO, *de barba*.  
OTAVIO, *capitán*.  
EL PRÍNCIPE FILIBERTO.

DON LUIS DE CÓRDOBA.  
[BRISARTE.]  
LEONARDO.  
SOLDADOS.

## JORNADA PRIMERA

(*Salen DON LOPE OSSORIO y el CAPITÁN OTAVIO, de camino.*)

CAPITÁN.

El verdadero amor no mira en puntos.

LOPE.

Anoche, Capitán, llegamos juntos de Sevilla a Madrid, y hoy prevenida tenéis, y por la posta, la partida: no debe de agradaros la posada.

CAPITÁN.

La posada, don Lope, es tan honrada como casa que es vuestra, y yo he tenido a gran ventura haberos conocido.

LOPE.

Quien no para en Madrid ni aun una hora, ni la corte, ni hacerme cortesía le pueden obligar, bien claro muestra que es la ocasión amor.

CAPITÁN.

La amistad vuestra a deciros la causa me obligara, si amor de alguna prenda me llevara.

(*Sale MONZÓN.*)

MONZÓN.

Poned cojin y maleta, que ya salgo.

LOPE.

¿Qué hay, Monzón?

MONZÓN.

Que ha llegado un postillón, con su azote y su corneta, que puede ser estafeta del infierno, si de allá hay correspondencia acá, que sí habrá de amor y celos. Por no sufrir sus desvelos, Otavio a Malta se va.

LOPE.

MONZÓN.

No será por no agradalle Madrid, si anoche llegó.

CAPITÁN.

A don Lope he dicho yo lo que me obliga a dejalle: una moza de buen talle, no menos que hermana mía, me obliga a descortesía, si lo es en tanta amistad.

MONZÓN.

¿Moza y sola? Caminad, y no os detengáis un día.

No paréis hasta llegar. Que aquí estéis me maravillo, que muralla con portillo es fácil de derribar.

(*Sale el POSTILLÓN.*)

POSTILLÓN. ¿Habemos de caminar?

CAPITÁN. Adiós, don Lope, que es tarde.

LOPE.

Mil años el cielo os guarde.

CAPITÁN.

Con Malta yo no os convido,

ni aun es bien que en tanto olvido  
vuestras memorias aguarde.

LOPE. No dejaré de escribir,  
mientras vos me respondáis.

CAPITÁN. Adiós.

POSTILLÓN. ¡De espacio estáis!

MONZÓN. ¿Aun no se ha de despedir?

LOPE. Quiéroos, Capitán, servir  
con una famosa espada.  
Baja, Monzón, la dorada.

CAPITÁN. Por prenda vuestra la aceto.

LOPE. Que me enternezco os prometo.

CAPITÁN. Yo llevo el alma turbada.

(Vanse, y queda DON LOPE.)

LOPE. Ahora, mi pensamiento,  
que estamos solos, es bien  
entrar en cuenta también  
con vos y con mi tormento;  
justísimo sentimiento  
de negarme un padre airado  
la causa de mi cuidado  
me sacó deste lugar;  
ausente pensé olvidar,  
y vuelvo a verme olvidado.

Como virtud y nobleza  
no tienen estimación,  
y una avarienta ambición  
sólo aspira a más riqueza,  
fué la mi honesta pobreza  
veneno para el oído;  
yo, desechado y corrido,  
puse en manos del ausencia  
mi remedio, que en presencia  
mal se solicita olvido;

mas, no pudiendo vivir  
sin ver, Angela divina,  
tus ojos, donde me inclina  
su llama, vuelvo a morir;  
que si tengo de sufrir  
tantas penas sin mirallos,  
aunque no pueda gozallos,  
pues es forzoso perderme,  
más quiero morir, y verme  
que vivir y deseallos.

(Sale MONZÓN.)

MONZÓN. ¡Buenas nuevas!

LOPE. ¿Cómo así?

MONZÓN. ¿No hay albricias?

LOPE. ¿Para qué?

¿Quieres que pena te dé,  
si no hay otra cosa en mí?

MONZÓN. En partiendo el Capitán,  
cayó la bendita Inés  
en nuestra casa de pies.

LOPE. ¿Esos cuidados le dan?

MONZÓN. ¡Qué propia desconfianza  
de Amor!

LOPE. No es lo que solía,  
porque un desengaño enfría  
la más ardiente esperanza.

(Sale INÉS, criada.)

INÉS. ¿Podré entrar?

LOPE. Mala señal  
entrar pidiendo licencia.

INÉS. ¿No quieres que un mes de ausen-  
me obligue a temor igual? [cia

LOPE. Quien después, Inés, de un mes  
un ausente recibió  
sin brazos, presumo yo  
que en años convierte el mes.

INÉS. No ha sido falta de amor,  
sino venir temerosa  
de una desdicha forzosa.

MONZÓN. No se engaña mi señor,  
que siempre la voluntad  
del dueño, alegre o airado,  
se ve escrita en el criado.

INÉS. Yo confieso que es verdad;  
pero también puede ser  
que nuevas que suelen dar  
traigan escrito el pesar  
en el papel del placer.

Este doña Angela envía,  
y como presumo yo  
que no es de gusto, me dió  
pena, entre tanta alegría;

que no era justo abrazaros  
para daros un papel,  
si vienen penas en él.

LOPE. ¿Qué desengaños tan claros!  
¡Muestra!

INÉS. Estad cierto de mí  
que, más que letras, costó  
lágrimas.

LOPE. No quiero yo  
más desengaño que a ti.

(Lee:)

“Después que de aquí te fuiste,  
mis desdichas han llegado



a que mi padre ha tratado casarme..." ¡Ah, qué bien dijiste!

Quien estas nuevas traía ,  
para matarme después,  
gran traición hiciera, Inés,  
si me mostrara alegría.

(Lee:)

"... Un andaluz caballero  
vino a vistas y me vió,  
de suerte que pienso yo  
que entendió lo que te quiero;  
hicieron las escrituras..."

No leo más, por no aguardar  
a vengarme con rasgar  
tal copia de desventuras.

¡Oh, cómo fué mocedad  
venir a Madrid!

MONZÓN. ¿Qué has hecho?

LOPE. Rompo un papel que mi pecho  
rompió con tanta crueldad.

INÉS. Mal has hecho, que venía  
al fin alguna esperanza.

LOPE. En tanta desconfianza  
será esperanza muy fría.

A lo que ves le remito  
la respuesta: sólo, Inés,  
ésta quiero que le des.

INÉS. ¿No respondes por escrito?

LOPE. Pues ¿no te digo que es ésta?

INÉS. Piénsalo bien, que es cruel.

LOPE. Rasgar, Inés, un papel  
es la más breve respuesta.

Dile que, si ella se casa,  
que yo no me vengaré  
en casarme, porque sé  
lo que quien se venga pasa;

poco seso le gobierna  
si quien, el amor pasado,  
se halla vengado y casado  
con una mujer eterna.

Yo, para confirmación  
desta verdad, determino  
irme a Malta.

MONZÓN. ¡Desatino!

LOPE. Así tendremos, Monzon,  
los dos diferente cruz:  
yo tendré la de san Juan,  
y ella, la de aquel galán  
y caballero andaluz;  
y dile que es necedad  
el remedio que procura,

porque quien firma escritura  
ya rindió la voluntad.

(Vase.)

INÉS. ¡Brava determinación!

MONZÓN. ¿Qué ha de hacer en tal mudanza?

¿Quieres que tenga esperanza  
y el otro la posesión?

Fuera en Angela mal trato  
hacer al otro escritura  
y en la sucesión futura  
cometer estelionato.

Pero ¿tú tienes también  
causa que me la haya dado  
de ir a Malta?

INÉS. Su criado

dice que me quiere bien;

es bravo de Andalucía  
y desto[s] de presunción  
de treta de conclusión;  
mas no gasto valentía,

que quiero más tu donaire  
y el ceño con que te enojas  
que cuantas desnudas hojas  
dan círculos por el aire.

MONZÓN. Cuando no más, voy a Malta  
por una cruz.

INÉS. No las dan  
a tales hombres.

MONZÓN. Sí harán,  
cuando una pierna les falta.

INÉS. Sí, pero daráte enojo  
el traella con tres pies.

MONZÓN. Traeréla con treta, Inés,  
tapándola medio ojo.

(Vanse. Salen DON JUAN DE TOLEDO y LEONARDO.)

JUAN. No habréis oído jamás  
pensamiento como el mío.

LEONARDO. Si nace de amor, yo os fío  
que es lo que la inquieta más.

JUAN. Tiene Amor muchas maneras  
de inquietar honras y vidas.

LEONARDO. Tiene las glorias fingidas  
y las penas verdaderas.

JUAN. Como os he visto servir  
a Leonor, de Angela hermana,  
con amistad limpia y llana,  
sin engañar, sin fingir,  
quise tenerla con vos,  
y, aunque poco os he tratado,

estoy de vos confiado.

LEONARDO. Podéis estarlo, ¡por Dios!,  
si sabéis, don Juan, quien soy.

JUAN. Tengo mil satisfacciones.  
Oíd, en breves razones,  
la confusión en que estoy:

Don Fernando, tan noble caballero  
como sabéis, se precia de pariente  
de mi tío, don Juan Portocarrero;

yo, que con mayorazgo suficiente  
a no envidiar los títulos de España,  
vivía en mi lugar seguramente.

tenía el no casarme por hazaña,  
cuando, de tantos deudos persuadido,  
oigo esta vez en mi memoria extraña.

En fin, del casamiento doy oído,  
y escriben a la corte a don Fernando,  
caballero tan rico y bien nacido,

el cual, mi hacienda y sangre consultando,  
como a la sangre se añadió la hacienda,  
por ventura, lo menos estimando,

a doña Angela, en fin, su mayor prenda,  
me prometió, con prendas tan seguras,  
que el venir por la posta me encomienda;

con esto, yo, por no casarme a oscuras,  
alegre parto a verla, cuidadoso,  
sin vistas, de no hacer las escrituras;

llego a Madrid galán, rico y airoso,  
visítola turbado, y, en fin, veo  
buen talle, cuerdo ingenio, rostro hermoso:

dieron los ojos crédito al deseo;  
enamorado, los conciertos firmo,  
y en esperanza breve el bien poseo;

pero, entre tanto, en presumir me afirmo  
mirándome doña Angela a disgusto,  
cuyo desdén con el hablar confirmo.

Parecióme temer, como era justo,  
alguna novedad en mi suceso.

pues no era honestidad hablar sin gusto;  
mi amor crecía con notable exceso,  
al paso del desdén que me mostraba;  
celos temí, la necedad confieso;

mas, cuando en esta confusión estaba,  
de mi posada una mujer me advierte  
que esta señora un caballero amaba,

en cuyo amor, por dicha, se divierte,  
sabiendo que su padre no quería  
que se casasen de ninguna suerte;

que éste su casamiento pretendía,  
y con ser caballero tan notorio  
como es la luz en la mitad del día,

trocó en desprecio el justo desposorio,

tan noble como pobre; y aun me acuerdo  
que le llamó al galán don Lope Osorio.

Con estos celos, el sentido pierdo;  
confuso y triste, dos peligros miro,  
loco en la pena, en el silencio cuerdo.

¿Deshonro esta mujer, si me retiro?

Pues casarme celoso no es cordura;  
temo nota en mi honor, de amor suspiro;  
dadme remedio a tanta desventura.

LEONARDO. Conozco la confusión,  
don Juan, en que Amor os tiene,  
y que a vuestro honor conviene  
debida satisfacción.

Todo lo que os han contado  
es verdad; pero no hubiera

quien se casara, si fuera  
agravio un amor honrado;

si don Lope la pidió  
a su padre, claro está  
que satisfacción os da  
que honestamente la amó;

pero, de consejo mío,  
sabad primero mejor  
si está libre vuestro honor  
de algún loco desvarío  
a que Amor suele obligar.

JUAN. ¿Cómo lo puedo saber?

LEONARDO. Hoy me han contado que ayer  
llegó don Lope al lugar,  
y que mañana se parte  
a Malta, por el desprecio  
de su padre.

JUAN. El fué muy necio.

LEONARDO. La industria, don Juan, y el arte  
remedia grandes sucesos:  
buscalde, y decid que vos  
vais a Malta.

JUAN. ¡Bien, por Dios!

LEONARDO. Celos son de Amor excesos;  
algo habéis de aventurar;  
de aquí a Zaragoza iréis  
con él, donde dél sabréis,  
don Juan, si os podéis casar,  
y os lo dirá en el camino.

JUAN. ¿Y en llegando...?

LEONARDO. Fingiréis  
algún mal con que os quedéis,  
y si hubiere desatino  
de amor que toque al honor,  
no os casaréis, y si fuere  
casto amor y no excediere  
de lo que es honesto amor,

os podréis casar, con ver  
que lo sabéis de su boca,  
pues a vuestro honor le toca  
juzgar lo que habéis de hacer.

Quedaréis, si os asegura,  
desengañado y casado,  
o libre y enamorado,  
que con el tiempo se cura.

JUAN. ¡ Brava industria ! Mas, ¡ ay, cie-

LEONARDO. ¿ Qué teméis ? [los !...

JUAN. Saber mi mal,  
porque es cosa natural  
a quien averigua celos.

(*Vanse.*) Entra DON LOPE, y MONZÓN con una ca-  
dena.)

LOPE. A mi determinación  
corresponden los sucesos.

MONZÓN. ¡ Este ha sido peregrino !

LOPE. Muestra la cadena.

MONZÓN. Creo  
que debe de ser retrato.  
Al limpiar el aposento  
donde el Capitán durmió,  
entró Julia, [y] previniendo  
quitar la ropa a la cama,  
halló esta cadena.

LOPE. Pienso  
que cuanto cuidado fué  
haberla (1) de noche puesto  
debajo de la almohada  
para guardarla durmiendo,  
tanto en haberla dejado  
fué el descuido.

MONZÓN. Irá tan lejos,  
que no ha querido volver,  
habiéndola echado menos.  
¡ Bien te pagó la posada !

LOPE. Antes no, pues que tan presto  
estaré con él en Malta...  
¡ Bella mujer !

MONZÓN. ¡ En extremo !

LOPE. No es su dama.

MONZÓN. ¿ Cómo ?

LOPE. Dice  
en estas letras del cerco :  
"Violante".

MONZÓN. Pues es su hermana,  
que así la llamó, me acuerdo.  
¡ Con razón celoso estaba !

LOPE. ¡ Grande hermosura !

MONZÓN. Sospecho  
que la sirves desde aquí.

LOPE. Sí, pues desde aquí la quiero.  
Gente siento.

MONZÓN. Tres tapadas.

(*Salen con mantos* DOÑA ANGELA, DOÑA LEONOR y  
INÉS.)

LEONOR. ¿ No llamas, di ?

ANGELA. No, que tengo  
paciencia para esperar,  
cuando lo que busco veo.

MONZÓN. ¿ Usase en la corte entrar  
hasta el último aposento  
de una casa sin licencia  
del dueño ?

ANGELA. ¿ Quién es el dueño ?

MONZÓN. Don Lope Osorio, el galán.

ANGELA. ¿ Sois vos quien le sirve ?

MONZÓN. Y puedo  
servir a vuesa merced,  
si gusta.

ANGELA. Tengo cochero.

MONZÓN. Paso a la segunda parte :  
reina, mucho atrevimiento  
fué entrarse con sobrevaina  
donde estamos descubiertos.  
¿ Búscame a mí ?

LEONOR. ¿ Para qué,  
si hay, de donde ahora vengo,  
mozos de silla y caballos ?

MONZÓN. ¿ Desprecios ? ¡ Bravo elemento !  
Paso a la tercera parte,  
y aun lo parece : aquí llego,  
para deshacer agravio,  
a ver si es cara o si es gesto.  
¡ Esto soy !

INÉS.

MONZÓN. ¡ Ay ! ¿ Bofetada  
a un hombre de mi despejo ?

INÉS. ¿ Quién le mete en descubrir  
lo que yo traigo en secreto ?

MONZÓN. No, por lo menos, la mano.

LOPE. Señoras damas, yo entiendo  
que han errado, por las señas,  
la casa, o el pensamiento.  
Si algún forastero buscan,  
ayer vine yo, y me vuelvo ;  
forastero soy del alma.

Digan lo que quieren presto,  
que muchas leguas de aquí  
me espera el hermoso dueño  
deste retrato que adoro :  
cielo el ángel y oro el templo.

(1) y averla.



No dirán que las engaño,  
 pues todo mi sentimiento  
 he dicho en cuatro razones.

ANGELA. ¿Y está esa dama muy lejos?

LOPE. Está en Malta, adonde voy.

INÉS. Vos sois el hombre primero  
 que fué por mujer a Malta,  
 porque es isla, o monasterio  
 de frailes, que no se casan.

LOPE. Entre un desdén y un deseo,  
 voy a olvidar un agravio  
 y a buscar un pensamiento.

ANGELA. Dejadme ver el retrato.

LOPE. Perdonad, porque no quiero  
 fiarle a quien no conozco.

ANGELA. Bien decís, pues vais huyendo  
 de una mujer que os adora.

LOPE. ¡Angel[a] hermos[a]! (2), ¿qué  
 [es esto?

ANGELA. Saber que os vais, y querer,  
 en esta desdicha, veros,  
 de que estoy arrepentida,  
 pues que con tanto desprecio  
 vais a ver a quien decís  
 que de ese retrato es dueño.

LOPE. Angela, con la fineza  
 de vuestra venida tengo  
 bastante satisfacción,  
 mas no bastante remedio;  
 yo no he de quedar aquí  
 a ver vuestro casamiento,  
 y aunque importa a vuestro honor,  
 porque es el vulgo muy necio,  
 ya sabéis que os he querido  
 con amor limpio y honesto:  
 mis papeles, mis palabras  
 aún no han llegado a requiebros.  
 No voy a Malta por ver  
 de aqueste retrato el dueño,  
 que era muy largo el viaje  
 para tan corto deseo:  
 aquí durmió un capitán,  
 con quien vine, y a quien pienso  
 volverle, que por descuido  
 me le ha dejado, partiendo.  
 Con esto no puedo dar,  
 Angela, lo que es ajeno;  
 casaos, pues por mi desdicha,  
 siendo quien sois, no os merezco;  
 que no diré yo lo mismo,

pues que la cruz que pretendo  
 será para no casarme,  
 y será para mi entierro.

ANGELA. A tal determinación  
 no tengo qué responderos.  
 Hablá a mi hermana.

LOPE. ¡Ay, Leonor,  
 qué venganza dan tus celos!

LEONOR. ¿Qué venganza puede ser  
 la que me das, si te pierdo?

LOPE. Verte, aunque fuera casado,  
 tuviera a piedad del cielo.

LEONOR. Nuestro padre, como sabes,  
 vive en Madrid pretendiendo  
 un cargo para Sicilia.

Si le tuviere, te ruego  
 que, pues tan cerca has de estar,  
 vengas a verme, que es cierto  
 llevarme mi padre a mí;

pues, con este casamiento,  
 en España ha de dejar.  
 con su marido y sus deudos,  
 a doña Angela, mi hermana.

LOPE. Ir a Sicilia prometo  
 luego que me den la cruz.

LEONOR. Pues con ella no te quiero.

ANGELA. Ya, don Lope, que te vas,  
 sólo una cosa te ruego,  
 que merezco en cortesía.

LOPE. Tú sabes mis pensamientos.  
 Como quedarme no sea...

ANGELA. De eso te aseguro el miedo,  
 que tampoco quiero yo  
 tenerle de mis deseos;  
 que aquesta noche me hables  
 dadas las diez, no es exceso.

LOPE. Yo lo haré, si es gusto tuyo.

ANGELA. Aliviaré mi tormento  
 con despedirme de ti.

(Sale MONZÓN.)

MONZÓN. Advierte que un forastero  
 está a la puerta llamando,  
 y debe de ser, sospecho,  
 recado del Capitán.

LOPE. Angela, adiós. Yo prometo  
 verte esta noche.

MONZÓN. Al salir  
 tapaos bien.

ANGELA. Guárdete el cielo.

(2) *Angel hermoso.*

JUAN.

¿Es aquel caballero?

CRiado.

El mismo.

JUAN.

Llego.

Bien parece, señor, que esto es partirse; pues vienen tiernamente a despedirse tantas damas de vos.

LOPE.

Son deudas mías; si no es que amor llamáis las cortesías.

JUAN.

Muchas deudas tenéis.

LOPE.

Todas las pago, con irme, en que les doy cartas de pago.

JUAN.

Ahora veo, aunque era tan notorio, que érades el galán don Lope Osorio, de la (3) casa de Astorga, conocida en cuanto el Sol da luz.

LOPE.

Por vuestra vida que dejemos de hablar en cumplimientos, tan cansados donde hay entendimientos; que vuestra gala es tal que, en competencia, aun me obligara a hacer la misma ausencia. Pienso que el Capitán Otavio ha sido por quien a visitarme habéis venido. ¿Venís de Barcelona?

JUAN.

No conozco al Capitán; por otro me tuvistes.

LOPE.

Yo me engañé. Decidme, ¿a qué venistes?

JUAN.

Yo soy un caballero de Granada. Supe que vais a Malta en mi posada, y, por llevar tan buena compañía,

a suplicaros que llevéis la mía vengo, con gran deseo de servirlos; que voy a Malta yo.

LOPE.

Puedo deciros que sucederme cosa no pudiera que para mí de tanto gusto fuera. Que llevo soledad de un bien perdido, y en vos, si no me engaño, he conocido que llevo mi consuelo.

JUAN.

Dios os guarde. ¿Y cuándo partiremos?

LOPE.

Esta tarde me fuera, a no haber dado la palabra de hablar aquesta noche cierta dama de quien siento en el alma despedirme; mas soy de suerte en mis palabras firme, que la debo guardar.

JUAN.

Si ella merece, por fe de amor, correspondencia justa, no verla en la partida es cosa injusta, ni dejarla esperar desesperada. La bella aurora cándida y dorada, propicia a los principios del camino, nos le dará. Mejor irá que vino: mi buena suerte (4) mereció, don Lope, que en tal viaje tal amigo tope. Yo os quiero acompañar, que aun ser podía importaros allí mi compañía, que no perderá honor esa señora si a Madrid llevo de Granada ahora; ni sé calles ni casas, ni aunque fuera natural de Madrid la conociera, por serlo en mí el silencio y el recato.

LOPE.

No me quiero mostrar con vos ingrato; amor os he cobrado y, en efeto, es bueno para amigo el que es discreto. Partiremos en viendo en nieve y grana bañarse el resplandor de la mañana; y si queréis venir a acompañarme, aquí podéis hasta las once hallarme.

(3) *della.*

(4) *que merecí.*

Y no me pesa de llevar conmigo  
adonde os dije tan seguro amigo,  
que hay cierto novio mozo y de buen talle  
que podría también rondar la calle,  
y aunque Monzón se precia de la hoja  
y la ejecuta bien cuando se enoja,  
suélele divertir una criada.

JUAN.

Pues yo podré sustituir su espada,  
aunque tenga valor tan diferente.

MONZÓN.

Quien sirve con lealtad, ése es valiente;  
y nunca yo me vi tan divertido  
que un Roldán a tu lado no haya sido,  
ni has menester, si yo contigo salgo,  
más hombre, ¡vive Dios!

JUAN.

Señor hidalgo,  
así lo creo yo.

MONZÓN.

Me maravillo  
que tema mi señor novio o novillo,  
y más cuando nos vamos.

JUAN.

Mal comienzo.  
Ya de mi pensamiento me avergüenzo.

LOPE.

¿Vuestro nombre?

JUAN.

Ricardo.

LOPE.

Pues, Ricardo,  
hasta las once, como digo, aguardo.

JUAN.

Mudéme el nombre, y ojalá pudiera  
mudar el alma.

MONZÓN.

Vuesasté perdone.

JUAN.

Antes yo gusto que el valor se abone.  
Seamos muy amigos.

MONZÓN.

Hoja y mano  
están a su servicio.

JUAN.

¡Amor tirano,  
ya comienzan los celos sus efetos:  
morir muy necios y nacer discretos!

(*Vanse y salen DOÑA ANGELA y DOÑA LEONOR.*)

ANGELA. Si alguna cosa, Leonor,  
puede en el mundo imitar  
las inconstancias del mar,  
es la condición de amor.  
Con qué notable rigor  
viste a don Lope tratarme,  
con qué violencia dejarme,  
con qué libertad perderme,  
con qué celos ofenderme  
y con qué crueldad matarme.

Esto dicen que es querer,  
y lo que quiere olvidar,  
que quien lo puede dejar  
cerca está de aborrecer.  
No sé qué tengo de hacer,  
a mi disgusto casada.

LEONOR. El casarte enamorada  
no estorba el querer después,  
cuando la persona es  
digna de ser estimada.

Mil veces ha sucedido,  
y así, olvidando se van  
los requiebros del galán  
en los brazos del marido.

ANGELA. ¡Ay, Dios, qué costoso olvido,  
aguardar, Leonor, al trato!

LEONOR. Pues no se da más barato.

ANGELA. No sé si más pena siento  
del rigor del casamiento,  
o ver a don Lope ingrato.

(*Sale INÉS.*)

INÉS. Cuando la suerte cruel  
corre con fortuna igual,  
más se ha de temer que el mal  
a los que vienen con él.

ANGELA. ¿Pues puede haberle mayor  
en tanta desdicha mía?

INÉS. El cargo que pretendía  
don Fernando, mi señor,  
para Sicilia, ha salido,  
y le dan el parabién.

LEONOR. Y a doña Angela también,  
pues queda con su marido;  
que yo habré de ser, Inés,



la que le he de acompañar.  
 ANGELA. ¿Qué buena suerte es quedar,  
 si con mi disgusto es?  
 ¡Pluguiera a Dios que yo fuera  
 con mi padre, y tú quedaras  
 con don Juan!  
 LEONOR. ¿En qué reparas?  
 ANGELA. En que, por dicha, pudiera,  
 pues en Italia ha de estar  
 don Lope, verle algún día.

(*Salen DON FERNANDO y DON JUAN.*)

JUAN. Yo, a lo menos, no os daría  
 parabién de mi pesar.  
 FERNANDO. Sí daréis, que es vuestro aumento  
 este cargo que me han dado.  
 JUAN. Vos habéis el cargo honrado  
 con vuestro merecimiento.  
 FERNANDO. En mi mocedad, don Juan,  
 me dieron tales gobiernos  
 las galeras de Sicilia,  
 que honré mi espada con ellos.  
 El marqués de Santa Cruz  
 ha informado de mis hechos  
 de suerte que me ha premiado  
 con este cargo el Consejo.  
 A Sicilia voy, en fin,  
 consolado de que os dejo  
 con doña Angela casado,  
 guarda, esposo, padre y dueño.  
 A Córdoba llevaréis,  
 don Juan, vuestra esposa, luego  
 que me parta a Barcelona  
 con Leonor, que a Leonor llevo  
 para templar el dolor  
 que de vuestra ausencia siento.  
 Aquí están, don Juan, mis hijas;  
 hablad, que yo estoy tan tierno  
 por Angela y tan cobarde,  
 que las espaldas le vuelvo.  
 JUAN. Con temor de que se aumente  
 la pena que ya tendréis,  
 os ruego que me acetéis  
 en lugar de un padre ausente.  
 Grande amor jamás consiente  
 que, libre, el entendimiento  
 diga bien su sentimiento.  
 Vuestros ojos me han turbado;  
 tanta confusión me ha dado  
 pensar en mi pensamiento.  
 Con esto podréis estar  
 satisfecha que os adoro,

y que por vuestro decoro  
 apenas acierto a hablar.  
 Busco mi propio pesar,  
 mi buena o mi mala suerte,  
 quiero que acierte y no acierte  
 la sospecha que recibo,  
 y en estas enigmas vivo  
 entre la vida y la muerte.  
 ANGELA. ¿Qué quiso en tal confusión  
 decir este hombre?  
 LEONOR. No sé.  
 ANGELA. ¡Cosa que advertido esté  
 de mi amor, o su afición!  
 LEONOR. No te dió poca ocasión  
 de sospechar advertido,  
 que alguna causa ha tenido.  
 ANGELA. ¡Discreto debe de ser,  
 si antes de ser su mujer  
 presume de ser marido!  
 Parece que tarde es ya.  
 INÉS. Como esperas, te parece  
 tarde.  
 ANGELA. ¿Luego no amanece?  
 LEONOR. ¿Cómo si al principio está  
 la noche?  
 ANGELA. ¡Ay, Dios! ¿Si vendrá  
 don Lope? ¡A esperarle voy!  
 LEONOR. Alegre de ver estoy  
 que doña Angela se case.  
 ANGELA. Por más desdichas que pase,  
 tuya he sido y tuya soy.

(*Salen DON LOPE, DON JUAN y MONZÓN, de noche.*)

LOPE. Conozco vuestra amistad,  
 Ricardo, en acompañarme  
 donde puede haber peligro.  
 JUAN. Ninguno será tan grande  
 que no le venza mi amor.  
 LOPE. Esta, Ricardo, es la calle.  
 En esta esquina os poned.  
 MONZÓN. Si son verdad los refranes,  
 “ni casa en esquina” dice  
 el castellano lenguaje...  
 JUAN. Peligrosas son, ¡por Dios!  
 MONZÓN. “Ni moza marina”, añade:  
 mas eso a mí me parece  
 que fué por el consonante.  
 JUAN. El discurso que decís  
 muestra en razones iguales  
 que algún trasecanton os dieron.  
 Pero hablad, y no os aguarden,  
 que yo guardaré esa esquina

LOPE. porque no os ofenda nadie.  
Advertid, Ricardo, bien  
que no ha de pasar la calle  
este don Juan novio en jerga,  
si más escopetas trae  
que se forjan en Milán.

JUAN. Hablad, don Lope, y dejadme,  
que no es tan loco ese novio  
que a estas horas se levante.  
Como yo vengo, vendrá.  
Los novios no son galanes  
¡Ah, de arriba!

LOPE. ¡Ah, de arriba!

MONZÓN. Hicieron señas.  
¡Qué damas tan puntuales!

ANGELA. ¿Es don Lope?

LOPE. El mismo soy.

ANGELA. ¿Hay alguien que os acompañe?

LOPE. Monzón viene aquí, señora.

ANGELA. Aquí está Inés.

INÉS. No me trates  
de ausencia, que ya me muero.

MONZÓN. Si tú de amor, yo de hambre.  
¿Tienes algo que me dar?

INÉS. ¡Qué lindas quejas de amante!

MONZÓN. No he cenado, por andar  
buscando matalotaje.  
¿No ha quedado alguna cosa?

INÉS. Los señores, ya tú sabes  
que apenas dejan los huesos  
la noche que cenan aves.  
Lo que hubo para nosotros  
fué muy líquido.

MONZÓN. ¿Cenastes  
guisados?

INÉS. Sí, por tus ojos.

MONZÓN. Antes fué por tu gaznate. (5)

ANGELA. En fin, cruel, ¿que no quieres  
detenerte?

LOPE. Persuades  
un mármol. Es imposible  
esperar a que te cases.

JUAN. ¡Quién oyera lo que dicen!  
¡Cielos, apenas el aire  
trae de la voz el eco,  
y no me atrevo a acercarme!  
¡Ah, qué bien me hiciste, esquina!  
Al principio se hace fácil  
cualquiera cosa al amor,  
y cuando llega un amante  
a disculpar un agravio,  
o está loco, o es infame.

(Sale LEONARDO, de noche.)

LEONARDO. Con estas bodas, no pienso  
que saldrá Leonor a hablarme.  
Todos andan de alboroto.  
Aquí hay un hombre.

JUAN. No pase  
la calle vuesa merced.  
¡Cielos, que yo mismo guarde  
las espaldas a mi agravio!

LEONARDO. Ese no es cortés lenguaje  
para un hombre como yo,  
porque no será bastante  
él ni el mundo a detenerme.

JUAN. Antes que la espada saque,  
me escuche.

LEONARDO. ¿Qué es lo que quiere?

JUAN. Demos la vuelta a la calle,  
por honra de ciertas damas.

LEONARDO. Camine.

JUAN. Vaya delante.

(Vanse.)

ANGELA. ¡Qué poco pueden con vos  
lágrimas!

LOPE. Que no se cansen  
vuestros ojos les suplico,  
porque de tales diamantes  
no es digno el suelo, que en oro  
del Sol pueden engastarse.

ANGELA. En vuestro pecho quisiera;  
mas no es posible que engaste  
unos diamantes en otros  
ni la porfía ni el arte.  
¡Vos oiréis decir de mí!

(Sale DON JUAN, con la espada desnuda.)

JUAN. ¡Ya mi fortuna inconstante  
se ha declarado conmigo!  
¿Qué haré? Ya es fuerza llamarle.  
¡Ce, ce!

LOPE. Un amigo me llama.  
Entraos, Angela, que es tarde,  
que mañana yo os veré.

MONZÓN. ¡Adiós, Inés!

INÉS. No me hables,  
que me desmayo de oírte.

ANGELA. ¡Adiós, don Lope!

LOPE. ¡Adiós, ángel!

JUAN. ¿Qué es esto, Ricardo amigo?  
Que nos vamos de la calle,  
que he muerto un hombre por vos.

(5) tus gaznates.

LOPE. ¡Oh, qué desdicha!  
 MONZÓN. ¡Notable!  
 JUAN. ¡Mayor fué, que era mi amigo,  
 y me conoció!  
 LOPE. Dejalde,  
 pues que nos vamos.  
 JUAN. ¡Ya es fuerza,  
 y será fuerza ausentarme,  
 que, intentándolo de burlas,  
 a ser de veras me sale!

(Vanse.)

## JORNADA SEGUNDA

(Salen DON JUAN, DON LOPE y MONZÓN.)

JUAN. Una novela de amor  
 parece lo que ha pasado.  
 LOPE. Mar y tierra se han juntado,  
 Ricardo, a hacernos favor.  
 MONZÓN. La mar, de tormentas llena,  
 tan pacífica ha dormido,  
 que parece que has venido  
 en carros sobre su arena.  
 Y ahora no entiendo mal,  
 viendo sus olas quietas,  
 lo que dicen los poetas:  
 que son sus aguas cristal.  
 JUAN. ¡Qué bien nos ha recibido  
 el gran Maestre de Malta!  
 MONZÓN. Ya lo blanco sólo os falta.  
 LOPE. Ni la quiero ni la pido,  
 después, Ricardo, que vi  
 su hermana del Capitán,  
 por quien licencia me dan  
 las memorias que perdí.  
 JUAN. No creo yo que ese agravio  
 pueda caber en tu pecho.  
 LOPE. Estos milagros ha hecho  
 Violante, hermana de Otavio.  
 MONZÓN. Por grande que el amor sea,  
 Ricardo, si es sólo amor  
 donde es el mayor favor  
 que ella mira y él pasea,  
 con mirar a otra mujer  
 se olvida; que no hay memoria  
 donde fué breve la gloria  
 y limitado el placer.  
 Si éste fuera amor de brazos,  
 años pasaran, por Dios,  
 primero que de los dos  
 se deshicieran los lazos.

JUAN. ¿Que con tanta honestidad  
 sirvió don Lope esa dama?  
 MONZÓN. ¿Dijo otra cosa la fama  
 que una limpia voluntad?  
 JUAN. Yo no sé.  
 MONZÓN. La inclinación  
 y mala naturaleza  
 de gente cuya cabeza  
 esté la imaginación  
 de su misma liviandad,  
 trasladan los testimonios,  
 que temblarán los demonios  
 de hablar con tal libertad.  
 JUAN. Como yo le acompañé,  
 Monzón, cuando se partió,  
 más imaginaba yo  
 de lo que dices que fué.  
 LOPE. Pues no fué nada, ¡por Dios!  
 Limpiamente la serví.  
 A su padre la pedí  
 por voluntad de los dos;  
 es rico y soy pobre...  
 JUAN. Basta,  
 que a mí no hay por qué me dar  
 satisfacción.  
 LOPE. Por honrar  
 una mujer noble y casta.  
 Ya sólo a Violante quiero,  
 gallarda, hermosa, discreta.  
 Oye, Monzón.  
 MONZÓN. ¿Qué te aprieta  
 este amigo majadero?  
 Que por los varios caminos  
 de la tierra y de la mar  
 todo ha sido preguntar  
 amores y desatinos:  
 si suspirabas de amor,  
 si a doña Angela querías,  
 queriendo con mil porfías  
 averiguar su favor.  
 LOPE. Hay hombres, Monzón, así;  
 son tiernos de condición.  
 Ya sabes la obligación,  
 mató aquel hombre por mí.  
 Y admírame que dé en necio  
 viéndole preguntador.  
 JUAN. Ya parece, amigo honor,  
 que tenéis el justo precio.  
 Ya basta la información;  
 poca fué la voluntad,  
 pues con tanta brevedad  
 se mudó la inclinación.  
 Hoy me partiré, dejando



mi pensamiento celoso.  
A Sicilia era forzoso  
que se fuese don Fernando;  
sus hijas ha de llevar,  
pues que ninguna casó;  
allí le hallaré o, si no.  
allí le pienso esperar.

No más don Lope. Los cielos  
quieren que de Angela sea.  
Ya no hay sospecha que crea;  
bastan dos meses de celos.

LOPE.

MONZÓN.

¿Fuése Ricardo?  
Advirtió  
que me hablabas en secreto;  
fuése, que ningún discreto  
miró, estorbó ni escuchó.

Hay hombres que están mirando  
lo que el otro está leyendo,  
y otros que, papeles viendo  
de aquel que están visitando,  
luego los van a tomar  
y se los quieren leer,  
y lo que el otro esconder  
quieren ellos publicar.

LOPE.

Este no lo hizo así:  
viéndonos hablar, se fué.  
En fin, al Maestre hablé;  
vió las cartas que le di  
del marqués de Astorga, el de  
su suegro, ahora virrey [Alba,  
de Nápoles, y del rey  
de España, a quien hizo salva  
con un notable ademán,  
y entendiendo mi nobleza,  
hiciera toda una pieza  
de Holanda cruz de San Juan.

Esta no pienso tomar  
hasta ver si va adelante  
la voluntad de Violante,  
Monzón, a quien has de hablar  
por el orden que te he dado.

MONZÓN.

De tu amor me maravillo;  
que ya del blanco martillo  
pensé que volviera honrado.

LOPE.

Vete, que ya sale aquí,  
antes que vuelva su hermano.  
Mi remedio está en tu mano.  
quise, olvidé, llegué y vi;  
quiero, deseo, vengué  
mi agravio. ¡Viva Violante!

(Sale VIOLANTE.)

VIOLANTE. No hay amor, firme diamante.

que a tus rigores lo esté.

Notable mudanza has hecho  
en mi esquivia condición.

MONZÓN.

¿Podrá reclinar Monzón  
en tu chapín boca y pecho?

¿Podrá imprimir la roseta  
de tu zapato en los labios?

VIOLANTE.

Tanta humildad son agravios  
de mi amor.

MONZÓN.

No eres discreta.

Después que estamos aquí,  
a don Lope has abrasado,  
y del fuego que le has dado  
resultan rayos en mí.

Sólo diferencio dél  
en este amoroso empleo,  
que él te quiere con deseo,  
y yo te quiero sin él.

Lo que es la cruz, ya voló  
al desierto de San Juan;  
que ya por su cruz le dan  
los ojos con que te vió.

La cadena que tu hermano  
dejó en Madrid, fué cadena  
para su primera pena,  
pero no olvidada en vano.

De imagen para la mar  
tu retrato le ha servido.  
Desde España te ha querido.

VIOLANTE.

Sólo de oírla nombrar  
me alegra el alma, Monzón.  
¡Ay Dios, quién se viera en ella!

MONZÓN.

¿Cómo puede para vella  
haber mejor ocasión?

VIOLANTE.

¿Quien vino a Malta, no vino  
a casarse?

MONZÓN.

Bien se infiere,  
pues el hábito no quiere,  
que el casamiento previno.

Tu retrato fué ocasión,  
y el hábito la cubierta.

VIOLANTE.

Estoy de su amor incierta,  
y no me falta razón,

que alguna noche escuché  
que Ricardo preguntaba  
si de Angela se acordaba.

MONZÓN.

Yo te diré lo que fué.

Es, bellísima Violante,  
Madrid, la corte de España,  
puerto (6) en alto para un novio,  
de mucha dicha y poca agua;

dicha digo, porque ha visto  
 la más parte de sus damas  
 bachiller entremetido  
 entre la carne y la Holanda ;  
 por la otra parte, en un llano,  
 al salir del sol, descansa,  
 fértil de viñas y huertas,  
 rico de abundantes cazas,  
 lugar que, como amanece  
 en otras partes el alba  
 y se ven aguas y flores,  
 en él amanecen casas.  
 Estas crecen ya de suerte  
 que para edificios faltan  
 los árboles a las sierras,  
 las piedras a las montañas.  
 En fin, de casas, y nuevas,  
 hay la cosecha, que basta  
 para entretener el mundo :  
 tantos vienen, tantos hablan.  
 En éste un alegre día  
 que las fiestas celebraban  
 al Santo de muchas cruces,  
 entramos a ver la plaza  
 en ocasión que Filipe  
 Cuarto, a quien el Magno llaman,  
 con la divina Isabel,  
 a ver las fiestas entraba ;  
 llevándonos el deseo  
 hasta el rigor de la guarda,  
 vimos al cuarto planeta  
 en un coche que envidiaba  
 los que, conduciendo al Sol,  
 pisan luz y aspiran (7) ámbar :  
 en una silla, a la Luna,  
 planeta hermoso de Francia,  
 presidiendo a la belleza,  
 fénix de mejor Arabia ;  
 con ellos, tres serafines :  
 Carlos, Fernando y la Infanta ;  
 sol de nieve en rayos de oro,  
 rosa entre el cristal y nácar.  
 Ibamos a reparar  
 en las bellísimas damas,  
 cuando vemos en un coche,  
 huyendo las alabardas,  
 dos mujeres, que pudieran  
 dejarlas y respetarlas ;  
 miró la mayor don Lope,  
 que doña Angela se llama,  
 y ella le miró también

hasta salir de la plaza ;  
 vimos la casa, que fué  
 la puerta de sus ventanas,  
 y desde ellas a las nuestras  
 le informaron dos criadas.  
 Hijas son de un gran soldado  
 que sirvió mozo en Italia  
 al segundo y al tercero  
 Filipo, reyes de España,  
 y que con un cargo honroso  
 vuelve a Sicilia, en que aguarda  
 casallas, si por ventura  
 ya no las tiene casadas.  
 Mucho te dijera aquí  
 de los que honraron la plaza ;  
 mas como no los conoces,  
 ya parece que te cansas.  
 Dió fin la fiesta, y la noche  
 se abrió de estrellas y hachas ;  
 que hasta las luces del cielo  
 al sol del mundo acompañan.  
 Seguimos los dos la nuestra,  
 y desde saber su casa  
 hasta pedirla a su padre  
 corrimos fortunas varias.  
 No quiso yerno tan noble ;  
 que debió de ser la causa  
 tenerla ya prometida.  
 Don Lope, con estas ansias,  
 a tu retrato pidió  
 favor caminando a Malta,  
 más por verte que por honra,  
 que la de Osorio le basta.

VIOLANTE. Conozco tu discreción  
 en que verdad me has tratado,  
 porque, de haberme engañado,  
 pudiera inferir traición.

Antes que a don Lope viese,  
 mi hermano me enamoró,  
 porque nunca imaginó  
 que conocerle pudiese.

El camino de Sevilla  
 hasta Madrid, me contaba  
 (que yo, ignorante, escuchaba  
 con aplauso y maravilla)

cómo su casa le dió,  
 y que la posada y cena  
 le pagó con la cadena  
 que al partir se le olvidó.

Bien es verdad que decía  
 que estaba bien empleada.  
 En darle aquí su posada  
 se ve que amor le tenía.

MONZÓN.

(7) *espiran*.

Está tan agradecido,  
que su mujer has de ser.

VIOLANTE. Provócame a responder;  
pero ya te he respondido.  
¿Qué es esto, Monzón?

MONZÓN. No sé.  
Espadas son; ¡entra presto!

VIOLANTE. ¡En qué confusión me han puesto!

MONZÓN. ¡Cosa que don Lope esté  
en aquella confusión!

(Sale DON LOPE, la espada desnuda; OTAVIO; dete-  
niendo algunos soldados al capitán BRISARTE, ale-  
mán, del hábito de San Juan.)

CAPITÁN. ¡Ténganse, digo!

BRISARTE. En agravio  
no pidáis respeto, Otavio.

MONZÓN. Señor, aquí está Monzón.

CAPITÁN. Don Lope, entraos en mi casa,  
que os han de matar aquí.

LOPE. ¿Tú no me retiras?

CAPITÁN. Sí.

LOPE. Entra, y sabrás lo que pasa.

MONZÓN. ¿Qué le has hecho?

LOPE. Cierta afrenta,  
y aun agradezca que vive.

MONZÓN. ¡Vive Cristo, que derribe  
destos pícaros cincuenta!

BRISARTE. ¿Que huya le dais lugar?

CAPITÁN. Eso no se ha de decir,  
porque no es, Brisarte, huir  
un honrado retirar  
cuando la ventaja es tanta.

BRISARTE. ¿Y solo no basto yo?  
¡Sal, español, o si no  
rompe, derriba, quebranta!

CAPITÁN. ¡Quedo!, que mi casa es ésta;  
señores tudescos, ¡quedo!

BRISARTE. Si no se esconde por miedo,  
como huyendo manifiesta,  
salga cuerpo a cuerpo aquí,  
que yo no me he de quedar  
con un mentís.

CAPITÁN. Para honrar  
a quien vos tratáis así,  
en el campo os le pondré,  
si la palabra me dais  
de ir solo.

BRISARTE. ¿En eso dudáis?  
¡Solo y sin espada iré!  
¿No sabe la Religión,  
y sus galeras no saben [ben,  
que no hay otro hombre que ala-

de cuantas naciones son?

CAPITÁN. Entro por él.

[BRISARTE.] ¿A Brisarte,  
perro español?

(Salen DON LOPE y MONZÓN.)

LOPE. Sin que entréis,  
aquí a don Lope tenéis.

MONZÓN. Y a Monzón, segunda parte.

LOPE. Hacer de mi rey desprecio,  
Brisarte, os he desmentido.

MONZÓN. ¿No hay un tudesco traído  
para Monzón?

LOPE. ¡Calla, necio!

BRISARTE. Lo que he dicho de tu rey  
es que nunca fué soldado,  
que murió siempre ocupado  
en las cosas de su ley,  
y otras palabras así,  
cuando tú me desmentiste.

LOPE. ¿Tú sabes lo que dijiste  
cuando yo te desmentí?  
David fué un grande soldado,  
y su hijo Salomón  
pacífico, y no hay razón,  
ni de guerra, ni de Estado,  
para que un rey desampare  
su reino, cuando no tiene  
necesidad y conviene  
que la religión ampare.

Dime dónde está un marqués  
Espínola, un don Gonzalo  
de Córdoba, que le iguale  
a su abuelo y a Cortés;  
un duque de Feria, y Alba,  
un marqués de Santa Cruz,  
que no hay Argel que a la luz  
de su farol no haga salva.

¿Qué necesidad tenía  
de vestir el fuerte acero  
el gran Felipe tercero,  
si con el suyo vencía?

BRISARTE. Ahora bien, vamos a ver  
quién puede más de los dos.

LOPE. Por mi rey, después de Dios,  
morir espero, o vencer.

BRISARTE. Obras abrevian razones.

MONZÓN. ¿No hay uno que yo destripe?  
¡España, viva Felipe!  
¡Hoy mato treinta finflones!

(Vanse, y salen DOÑA ANGELA, LEONOR y INÉS.)



ANGELA. Dejo el coche para ver  
si mis tristezas alegran  
las claras ondas del mar,  
y aumentan más mis tristezas.  
¿Cómo no se muda Amor  
mudando cielos y tierra?  
¿Cómo no quedan atrás,  
en el camino, las penas?  
Debe de ser que el Amor,  
como vive en las potencias,  
camina con quien camina,  
navega con quien navega.  
¡Ay, mar de Italia,  
pues a Malta llegas,  
esmalta de mi llanto sus riberas!

Dile a don Lope que estoy  
en Sicilia; si se acuerda  
de las palabras de España;  
lleva estas lágrimas tiernas.  
Dile que el esposo mío  
mató un hombre, porque sepa  
que fué (8) con él y conmigo  
piadosa la muerte fiera.

LEONOR. Cuando está don Lope Osorio  
adonde de España apenas  
se acuerda, por no acordarse  
de tus bodas y tus quejas,  
y con la cruz de San Juan,  
por dicha, en la mar soberbia  
con las galeras de Malta  
sigue el rayo de Bicerta,  
¿por cosa tan imposible  
en Mesina te lamentas?

INÉS. A fe que sé yo un galán  
que no es de menores prendas,  
aunque perdone don Lope,  
si esto es hablar en ausencia,  
que pudiera...

ANGELA. No prosigas,  
que venís las dos tan necias  
que, por no hablaros, hablaba  
con el mar. ¡Ay, Dios, qué cerca  
viene rompiendo sus ondas  
una famosa galera!  
Ramos y velas, Leonor,  
montes de sal atropellan  
los forzados con los remos,  
y los vientos con las velas.  
¡Ay, Dios, que ya llega al puerto!

LEONOR. No sin causa la deseas,  
porque las cruces de Malta

(8) *que él fué con él.*

sus flámulas atraviesan.

INÉS. Sí; pero ¿no es grande engaño  
presumir que viene en ella  
don Lope?

ANGELA. Pudiera ser,  
si mi fortuna quisiera;  
pero para consolarme  
basta que me traiga nuevas.  
Lleguemos a las orillas.

LEONOR. Detente, que ya se acerca;  
ya salta gente en la barca,  
ya viene la barca a tierra.

INÉS. Ya, señora, los esclavos  
sacan a la blanca arena  
los caballeros, en hombros.

ANGELA. ¡Ay, Dios! ¡Si don Lope fuera  
el que viene hacia nosotras! (9)

(Sale DON JUAN y TELLO.)

JUAN. Esta es Mesina la bella,  
cuyos edificios altos  
el mar con sus ondas besa.

TELLO. No se mira en él ciudad  
de su hermosura y grandeza,  
de cuantas baña en Europa.

JUAN. Haz, Tello, que saquen fuera  
la ropa con esa chusma.

ANGELA. Lleguemos a hablarle.

LEONOR. Llega.

ANGELA. ¡Ah, caballero!, escuchad  
por cortesía. (¿Qué es esto  
que ven mis ojos?)

JUAN. ¡Qué presto  
quiere Amor que sea verdad  
su propia imaginación!

ANGELA. ¡Ay, Leonor, éste es don Juan!

LEONOR. ¡Don Juan!

JUAN. Mirándome están.  
¿Qué estoy dudando? Ellas son.  
¡Angela!, ¿qué dicha mía,  
si no lo sois, me ha guiado  
donde el fin de mi cuidado  
en vuestros ojos tenía?  
Neciamente desconfía  
quien ama, pues llego a ver  
tanto bien, que viene a ser  
más que pude (10) imaginar.

ANGELA. [Ap.] ¿Puede ser más mi pesar?

LEONOR. [Ap.] ¿Puede ser más mi placer?

(9) *nosotros.*(10) *puede.*

ANGELA. Seáis, señor, bien venido.  
 LEONOR. ¡Señor don Juan!  
 JUAN. ¡Mi Leonor!  
 INÉS. ¿Y a Inés no le dais, señor,  
 los brazos?  
 JUAN. Hubiera sido,  
 Inés, descortés olvido.  
 ¿Hay tal dicha, hay tanto bien?  
 ANGELA. [Ap.] ¡Que mis desdichas estén  
 ahora como en España!  
 ¡Qué fortuna tan extraña!  
 JUAN. Angela, ¿tanto desdén?  
 ANGELA. No es desdén; la novedad  
 me ha detenido, señor.  
 LEONOR. Tomar el coche es mejor,  
 y entraros en la ciudad.  
 JUAN. Aún no creo que es verdad  
 la ventura que he tenido.  
 LEONOR. Toda mi ventura ha sido.  
 ANGELA. Ya sin esperanza quedo.  
 LEONOR. Alégrate.  
 ANGELA. ¿Cómo puedo,  
 que voy perdiendo el sentido?

(Vanse, y salen VIOLANTE y FABRICIO, criado.)

FABRICIO.  
 No tuvo, de otra suerte,  
 seguridad su vida.  
 VIOLANTE.  
 Su partida,  
 Fabricio, fué mi muerte.  
 FABRICIO.  
 ¿Tu muerte?  
 VIOLANTE.  
 Si don Lope fué mi vida  
 y se partió de Malta,  
 ¿cómo puede vivir a quien le falta?

FABRICIO.  
 Del capitán Brisarte,  
 muerto con tal valor en desafío,  
 fuera en cualquiera parte  
 de Europa, su venganza desvarío;  
 pero en estas naciones  
 no hay más razón que no escuchar razones.

VIOLANTE.  
 No sé si haber [nacido] (11)

en esta isla libre y belicosa,  
 o amor tan merecido  
 de prenda tan ilustre y generosa  
 me infunde un alma osada,  
 a perderme por él determinada.  
 Vamos los dos, Fabricio,  
 pues mi hermano salió con las galeras  
 al bélico ejercicio  
 con que corre las bárbaras riberas,  
 a Sicilia entre tanto.

FABRICIO.  
 ¿Qué dices?  
 VIOLANTE.  
 Que te duelas de mi llanto.  
 No niegues, que no es justo,  
 a mis obligaciones lo que debes.

FABRICIO.  
 A un caso tan injusto,  
 ¿contra el honor del Capitán te atreves?

VIOLANTE.  
 Nunca des a quien ama  
 consejo.  
 FABRICIO.  
 Es justo, si su honor infama.

VIOLANTE.  
 No haré, porque me ha dado  
 la palabra don Lope, y es mi esposo.

FABRICIO.  
 Tu hermano es gran soldado;  
 si vuelve a Malta, ¿no ha de ser forzoso  
 saber por dónde has ido?

VIOLANTE.  
 No lo será, mudando yo vestido.  
 En Malta, como sabcs,  
 hay mil esclavas turcas, bien nacidas  
 y de personas graves,  
 que conforme a quien son andan vestidas  
 cuando son de rescate,  
 y no sirven en tanto que se trate.  
 En turca disfrazada,  
 con dos hierros fingidos, voy segura.

FABRICIO.  
 Pues, ¿noble, has de ir herrada? (12)

(11) aver Ricardo.

(12) errada.

VIOLANTE.

¿Tengo de hacer probanza por ventura?  
Mi honor, mi amor, mi vida,  
consisten en salir desconocida.

Yo no quiero remedio;  
Fabricio, loca estoy; no ha (13) de estorbarme  
tan poca mar en medio:

¡o ver mi bien, o tengo de matarme!  
¡Suya soy de una suerte,  
en bien, en mal, en pena, en vida o muerte!

(*Vanse, y salen DON LOPE y MONZÓN.*)

LOPE. A lo que el valor emprende,  
Fortuna ayuda también.

MONZÓN. Todo le sucede bien  
a quien la verdad defiende.

LOPE. Esta es la mejor ciudad  
desta isla.

MONZÓN. ¡Con razón  
la alaban!

LOPE. ¡Qué bellas son  
las calles! ¡Qué majestad!

MONZÓN. ¡Bravo palacio!

LOPE. ¡Extremado!

MONZÓN. Pero, para entre los dos,  
trocárale, ¡vive Dios!,  
por un álamo del Prado.

LOPE. Yo, por un rincón de Malta  
adonde el alma dejé.

MONZÓN. ¡Extraño suceso fué!

LOPE. ¡Todo en Violante me falta!

MONZÓN. ¿Tanto la quisiste?

LOPE. Sí.

MONZÓN. Que lo merece te juro.

LOPE. Aunque dejarla procuro,  
no puedo, que viene en mí.

MONZÓN. En fin, ¿Angela expiró?

LOPE. Apenas della me acuerdo.

MONZÓN. Fuiste, en olvidarla, cuerdo,  
que, en efeto, se casó.

Pero, dime, ¿cómo, adónde  
se fué tu amigo Ricardo?  
Para verlo sólo aguardo  
que el mar de Malta le esconde;  
porque aquellos alemanes  
le debieron de matar  
por cosa tuya, y vengar  
su furia.

LOPE. ¡Qué capitanes!  
¡Pobre Ricardo! Por mí

pagó lo que no debía.  
¡No sé cómo de aquel día  
con vida, Monzón, salí!

MONZÓN. ¡Qué bien sacaste la espada!  
¡Qué linda cosa es saber  
lo que un hombre debe hacer  
en una ocasión honrada!

Cuando vi que el tudescón  
cuchilladas te tiraba,  
dije: “¡De esta vez le clava  
cerrando de conclusión!”

¡Bien haya don Luis Pacheco!  
¡Mal año, cómo te entraste!  
¡Tan furioso te arrojaste,  
que sonó en España el eco!

Pero alábame tú a mí,  
que también será razón.

LOPE. ¡Bravo anduviste, Monzón!

MONZÓN. ¡Bravas monzonadas di!

Que, como se defendía  
el valor del rey de España,  
me pareció que en campaña,  
armado en blanco, venía;

y aun dije, con un suspiro  
transformado en libertad:  
“¡Mire Vuestra Majestad  
las cuchilladas que tiro!”

LOPE. ¡Quedo!

MONZÓN. ¿Cómo?

LOPE. Viene aquí  
el príncipe Filiberto.

MONZÓN. Pues hálble, que estoy cierto  
del valor que vive en ti.

(*Sale acompañamiento, y el PRÍNCIPE FILIBERTO, con  
la Gran Cruz, y DON LUIS DE CÓRDOBA.*)

FILIBERTO.

¿Partió el marqués de Santa Cruz?

LUIS.

Hoy parte.

FILIBERTO.

Su cuidado, valor y diligencia  
está esperando el mar, que en esta parte  
con tan justa razón siente su ausencia.

LOPE.

Dad los ilustres pies, cristiano Marte,  
a un soldado español.

FILIBERTO.

Vuestra presencia  
dice vuestro valor.



LOPE.

Si alguno tengo,  
procede (14) de la casa de quien vengo.  
Del gran Maestre en esta carta lea  
Vuestra Alteza la causa porque escribe.

FILIBERTO.

Basta que yo vuestra persona vea.

MONZÓN.

¡ Con qué alegre semblante le recibe!  
¡ Qué bien la sangre de su abuelo emplea.  
qué bien la imagen de su madre vive  
en su modestia y ojos retratada!  
Lloró España su muerte acelerada.

FILIBERTO. Por cierto con gran razón,  
el gran Maestre encarece  
quien poner reyes merece  
en tan justa obligación;  
no sólo a quien acompaña  
su sangre, que tanto estima,  
pero a toda España anima  
defensa de toda España.

¡ Salir bien de esta ocasión  
fué valor, fué gentileza!

MONZÓN. Señor, ¿ quiere Vuestra Alteza  
que se lo cuente Monzón?

FILIBERTO. ¿ Quién es Monzón?

LOPE. Un soldado  
que viene en mi compañía.

FILIBERTO. ¡ Buen nombre!

MONZÓN. No le podía  
tener más propio y honrado.

FILIBERTO. ¡ Notable debéis de ser!

LOPE. Es un honrado soldado.

MONZÓN. ¡ Vive cribas, que a su lado  
el rey me pudiera ver!

Y aun ahora estoy...

FILIBERTO. Teneos.  
Premiar a don Lope es justo,  
y comienzo por mi gusto  
para mayores empleos:  
gentilhombre sois, desde hoy,  
de mi cámara.

LOPE. Esos pies  
me dad mil veces.

FILIBERTO. No es  
la obligación en que estoy  
para esto sólo; adelante

conoceréis mi afición.

MONZÓN. ¿ Y qué le dan a Monzón?

¿ No hay algún cargo importante?

FILIBERTO. Una ventaja: soldado  
de diez escudos.

MONZÓN. ¡ Famosa!

¡ Vivas más que una celosa,  
fea y necia, a un mal casado!

(Vanse, y salen FABRICIO y VIOLANTE, de esclava, con  
hierros en la cara.)

FABRICIO. Volvamos a la posada,  
así te guarden los cielos,  
que alborotas a Mesina  
con la cara y con los hierros.

VIOLANTE. ¿ Cómo he de saber, Fabricio,  
lo que amorosa pretendo,  
si me encierro en la posada?

FABRICIO. Confieso, Violante, el miedo,  
que como yo sé quién eres,  
que todos lo saben pienso.

VIOLANTE. Pues advierte que es engaño  
y que es injusto recelo,  
que aunque reparan en mí,  
no entienden mi pensamiento;  
que me hierra Amor el rostro  
porque no acierten el pecho;  
así sabré de don Lope,  
y ellos no sabrán el dueño,  
ni habrá quien diga a mi hermano  
mi amoroso atrevimiento.  
¡ Qué bravas damas!

FABRICIO. ¡ Notables!

VIOLANTE. En el traje diferencio  
las de esta ciudad.

(Salen ANGELA, LEONOR y INÉS.)

ANGELA. Mi padre  
prosigue en el casamiento.

LEONOR. Y tiene mucha razón,  
porque es don Juan de Toledo  
muy rico, noble y galán.

ANGELA. Todo, Leonor, lo confieso,  
y que de cualquiera dama  
es digno tal caballero;  
pero yo no puedo más.

LEONOR. Pues ya no podrá ser menos,  
si a su casa le ha traído  
a título de su yerno.

INÉS. ¡ Ay, señora, qué esclavilla  
tan linda! ¡ Malhaya el dueño  
que pudo manchar tal cara

ANGELA. con dos lunares tan necios!  
Cierto que tienes razón.  
¡Ah, hidalgo!, ¿pónese en precio esta esclava?

FABRICIO. No, señora;  
hasta ahora no la vendo,  
porque es turca de rescate.

ANGELA. Su nobleza escrita veo  
en su rostro. ¿De dónde es?

FABRICIO. De Constantinopla, creo,  
aunque la traigo de Malta.

ANGELA. Parece que el mar y el cielo  
mis pensamientos ayudan:  
todo es Malta, cuanto encuentro.  
¿Cómo es vuestro nombre, turca?

VIOLANTE. Fátima, al servicio vuestro.

ANGELA. ¿Estuvistes mucho en Malta?

VIOLANTE. Año y medio.

ANGELA. En año y medio  
muchos habréis conocido,  
con hábitos y sin ellos.

VIOLANTE. Como vos sois española,  
de los españoles puedo  
deciros los más notables,  
si alguno os importa dellos.

ANGELA. Nombradme algunos.

VIOLANTE. Don Juan  
Guerra de la Vega, Tello  
de Silva, don Luis de Aponte,  
don Sancho de Montenegro,  
con la Cruz Blanca, y sin ella  
don Lope Ossorio... (15)

ANGELA. Teneos,  
porque este don Lope Ossorio  
es el que me importa.

VIOLANTE. [Ap.] ¡Ay, cielos!

ANGELA. ¿Que a don Lope conocistes?

VIOLANTE. Vile en casa de mi dueño  
acudir algunos días  
a conversación y juego.  
¿Es vuestro hermano, por dicha?

ANGELA. No, Fátima; que, de serlo,  
tuviera menos cuidado.

VIOLANTE. ¿Vuestro marido?

ANGELA. En deseo;  
con él traté de casarme,  
no logré mi casamiento  
por cierto competidor.

VIOLANTE. Que sois Angela sospecho,  
de quien me habló su criado,  
que andábamos de requiebro.

ANGELA. La misma soy.

VIOLANTE. [Ap.] ¡Ay de mí!

ANGELA. ¿Cómo está mi ingrato dueño?

VIOLANTE. No está en Malta.

ANGELA. ¿Cómo no?

VIOLANTE. Por un extraño suceso  
dicen que vino a Sicilia.

ANGELA. ¿Aquí? No.

VIOLANTE. Pues será cierto  
el haber pasado a España.

[ANGELA.] [Ap.] Hoy las esperanzas pierdo.

VIOLANTE. [Ap.] Aquí me puedes vender,  
Fabricio.

FABRICIO. Contenta os veo,  
señora, de aquesta esclava;  
estoy por ponerla en precio.

ANGELA. Venid conmigo a mi casa,  
y un escritorio que tengo  
llenad (16) de joyas y escudos,

FABRICIO. Con trecientos me contento.

ANGELA. Pues, Fátima, ya eres mía.

VIOLANTE. Por ser española quiero  
serviros, que esa nación  
fué causa de aquestos hierros.

LEONOR. ¡Dicha notable has tenido!

ANGELA. Con esta esclava consuelo  
las memorias de don Lope.

INÉS. Fátima, pues ya tenemos  
un dueño las dos, abraza  
a Inés.

VIOLANTE. Ser tu amiga espero.

FABRICIO. [Ap.] ¿Qué has hecho, Violante?

VIOLANTE. Calla,  
que desta manera puedo,  
o dar remedio a mi honor,  
o dar descanso a mis celos.

### JORNADA TERCERA

(Salen el CAPITÁN OTAVIO; FULGENCIO y LIENO,  
soldados.)

CAPITÁN. Notable temeridad;  
pero ya el castigo tarda  
para tan grave maldad.  
¿Así el decoro se guarda  
a la sagrada amistad?  
¡Llevarme mi hermana así,  
en pago del alma y casa  
que a un huésped traidor le di!

(15) Vacila entre *Osorio* y *Ossorio*.

(16) robad.

FULGENCIO. Otavio, a Sicilia pasa,  
que en ella a don Lope vi;  
no me engañé, aquesto es cierto,  
y preguntando en el puerto  
de Mesina lo que hacía,  
me dijeron que servía  
al príncipe Filiberto;  
y aun, si no me informé mal,  
priva con él y le ha hecho  
capitán de la Real.

CAPITÁN. Encubre, Fulgencio, el pecho  
aquel alma desleal.

LISENO. No se burlará contigo,  
que eres muy fuerte enemigo.

CAPITÁN. ¡Que don Lope en la campaña  
defendiese un rey de España  
y deshonorase un amigo!...

Vamos, que es justo que pida  
ventaja tan conocida,  
que yo le quiero volver  
la espalda; pero ¡ha de ser  
cuando le quite la vida!

(*Vanse. Salen ANGELA y VIOLANTE.*)

ANGELA. Gusto, Fátima, de darte,  
por tu buen (17) entendimiento,  
parte de mi pensamiento.

VIOLANTE. No me alcanza poca parte.

ANGELA. Aborrezco este don Juan  
con quien mi padre me casa.

VIOLANTE. Amor, con ausencia pasa:  
este remedio le dan;  
y yo sé que se decía  
que vuestro don Lope amaba  
una Violante que estaba  
en la casa en que vivía,  
hermana de un capitán.

ANGELA. Todo a más amor me obliga.

VIOLANTE. No sé remedio qué os diga,  
sino querer a don Juan.

Dejad las vanas memorias  
de ese Ossorio, ya olvidado  
de vos, que un amor pasado  
yerra en revolver historias,  
que hizo sin dificultad  
lo que por fuerza ha de ser;  
porque querer es querer  
inclinarse la voluntad.

ANGELA. No puedo, por más que intento.

VIOLANTE. Eso es tema, y no es amor,

y admírame tal rigor  
con tan buen entendimiento.

Anoche víspera fué  
de vuestro Baptista santo,  
y, con celebrarle tanto  
vuestro amor y vuestra fe,  
no quisistes ir al mar  
con don Juan.

ANGELA. Por no le ver  
dejé, Fátima, perder  
lo que me pudo alegrar.

VIOLANTE. Pero, ¡ay, Dios!, que viene aquí.  
Mostralde, señora, amor.

(*Sale DON JUAN.*)

JUAN. En fin, Angela, ¿el rigor  
todo ha de ser contra mí?  
Pienso que fuí la ocasión  
de no salir a gozar  
la mayor fiesta que el mar  
hizo al divino Patrón  
de la cruz de Filiberto.

ANGELA. A Fátima le decía  
la causa.

VIOLANTE. Y yo la sabía,  
y que vos no sois es cierto.

JUAN. Pues oíd en relación  
lo que no quisistes ver,  
que yo os quiero entretener.

ANGELA. ¡Qué cansada discreción!

VIOLANTE. ¿Por qué le tratas así,  
si has de ser suya?

ANGELA. No sé.

JUAN. En la fiesta os hablaré,  
para no hablaros en mí:  
A las espaldas del Sol  
salió la noche enlutada,  
que por parecer mujer,  
le salió de las espaldas.  
La víspera de la Voz  
cuya cabeza cortada  
fué triunfo de la verdad,  
donde muchas veces falta,  
en el puerto de Mesina,  
a la real capitana,  
digna de su mismo nombre,  
de las galeras de España,  
acompañaban, señora,  
estas lucidas escuadras:  
las galeras de Sicilia,  
las de Florencia y de Malta,  
las de Nápoles famosas,



las de Venecia y del Papa;  
 una milla el mar adentro  
 se previenen, coronadas  
 como de estrellas la noche,  
 de luminarias las jarcias;  
 boga de espacio la chusma,  
 y en música concertada  
 parece el mar instrumento,  
 teclas parecen las palas;  
 las penas de las entenas,  
 con ruedas de fuego enlazan:  
 retrato del mundo, en quien  
 una comienza, otra acaba  
 en el espolón y popa,  
 en garceses y arrumbadas,  
 los relámpagos imitan,  
 truenos y rayos disparan;  
 la fuerte mosquetería  
 y arcabucería entraba,  
 como si esperara entonces  
 pelear con otra armada;  
 entre estas escaramuzas,  
 la artillería jugaba  
 sobre su palabra sola,  
 que no eran tantos las balas.  
 Así entraron en el puerto  
 a la real capitana,  
 llevando el cuerno derecho  
 la bella escuadra de Malta,  
 la de Sicilia el izquierdo;  
 la de Nápoles llevaba  
 a la de Malta el derecho,  
 y Florencia, la vanguardia;  
 al diestro lado, Venecia,  
 y la patrona del Papa,  
 venerada por su dueño,  
 llevaba la retaguardia;  
 la patrona real seguía,  
 de Filiberto, a la escuadra,  
 con tal música que al son  
 iban danzando las aguas.  
 La ciudad y la marina  
 coronaban luminarias,  
 que tiene el lienzo de enfrente  
 más de cuatrocientas casas;  
 a vista de mar se miran  
 con tal igualdad labradas,  
 que parecen todas una,  
 desde la mar que las baña:  
 entre balcones de piedra  
 las hachas ardiendo, pasan  
 la luz al agua, de suerte  
 que en su cristal las retrata.

Baluartes y castillos,  
 con innumerable salva  
 saludaron la Real,  
 única fénix del agua:  
 madrugó, por ver la fiesta,  
 más que otros días el alba,  
 que dándole priesa el sol  
 anticipó la mañana.  
 Aparecen las galeras  
 en media luna formada  
 de una selva que vestía  
 seda de colores varias;  
 la Real con un tendal  
 de brocado que enlazaban  
 cordones de seda y oro,  
 de las entenas colgadas  
 flámulas y gallardetes  
 que el manso viento encrespaba,  
 por imitar a las ondas,  
 que su amistad murmuraban;  
 todos de damasco y oro,  
 bordados escudos y armas  
 del cuarto Felipe agosto  
 y de las flores de Francia.  
 Por todas las ballesteras  
 banderas, que no dejaba  
 mirar el viento en las ondas,  
 codicioso de inquietarlas;  
 de los forzados también  
 rojo damasco adornaba  
 bonetes y camisolos,  
 camisa y calzón de Holanda.  
 Era la tienda pajiza  
 y en la arena de la playa,  
 otra, en que un altar había,  
 donde, con música extraña,  
 se celebró el sacrificio  
 de la nueva ley de Gracia;  
 cuando el sacerdote, en fin,  
 el Pan divino levanta,  
 un escuadrón de mil hombres  
 que junto a palacio estaba,  
 galeras y artillería  
 de la tierra y mar disparan;  
 los corazones suspenden  
 tanto, que en la Forma blanca  
 con los ojos de la Fe  
 parece que se miraba  
 Dios en el último día  
 que está juzgando las almas.

(Sale DON FERNANDO.)

FERNANDO. Decidle que estimaré

la merced que quiere hacerme.  
 VIOLANTE. Tu padre viene.  
 ANGELA. A perderme,  
 Fátima, que ya lo sé.  
 FERNANDO. Dije al Príncipe que había  
 a doña Angela casado,  
 y tal placer ha mostrado,  
 que me dicen que te envía  
 el parabién. Está atenta  
 a lo que has de responder.  
 ANGELA. ¿Qué atención he de tener,  
 si todo mi muerte intenta?

(Salen DON LOPE y MANZÓN.)

LOPE. ¿Qué lejos debe de estar,  
 Monzón, de que yo soy quien  
 viene a dar el parabién!  
 MONZÓN. Pienso que te has de turbar.  
 LOPE. Cuando yo a Fernando vi,  
 al salir de la Real,  
 donde con descuido igual  
 este verano asistí,  
 apenas pude (18) creer  
 que aquí sus hijas tenía,  
 aunque en ceniza tan fría  
 no hay fuego que pu[e]da arder;  
 porque cuando me mandaba  
 el Príncipe mi señor  
 darla el parabién, Amor  
 de su olvido se vengaba  
 con ponerme la hermosura  
 de mi Violante delante.  
 MONZÓN. ¿Tanto quieres a Violante?  
 LOPE. Así Dios me dé ventura,  
 que me estoy muriendo ausente.  
 MONZÓN. No prosigas; aquí están.  
 FERNANDO. Ya ha llegado el Capitán.  
 LOPE. ¿Hasta el novio está presente!  
 FERNANDO. ¿No es éste don Lope Ossorio?  
 ANGELA. ¡Ay, Dios! ¿Don Lope no es éste?  
 JUAN. Loco estoy, o al parabién  
 el mismo don Lope viene.  
 VIOLANTE. ¿Daré crédito a mis ojos?  
 ¿Tanto los deseos pueden?  
 ¿Este no es don Lope?

MONZÓN. Todos  
 mirándose se suspenden.  
 LOPE. ¿Aquél no es Ricardo?  
 MONZÓN. Sí.  
 LOPE. ¡Ricardo!

JUAN. (Llegó mi muerte.)  
 ¡Don Lope!  
 LOPE. ¿Qué es esto, amigo?  
 ¡Tú en Sicilia! No me niegues  
 tus brazos, que imaginé  
 que te mataron.  
 JUAN. Advierte  
 que no me llames Ricardo,  
 pues sabes que me conviene  
 mudar el nombre.  
 LOPE. ¿Pues cómo?  
 JUAN. Don Juan de Toledo.  
 LOPE. ¿Y eres  
 tú, por dicha el desposado?  
 JUAN. ¿No lo ves?  
 LOPE. Pues ¿de qué suerte,  
 si en Madrid me acompañabas,  
 ahora casarte quieres?  
 JUAN. Pues ¿supe yo casa o calle  
 ni quien esta dama fuese?  
 Aquí lo habemos tratado;  
 y si tú, por dicha, tienes  
 algo que te importe aquí,  
 a tiempo llegas, que puedes,  
 con decirme la verdad,  
 desengañarme (19) y ponerte  
 en el lugar en que estoy.  
 LOPE. No, por Dios; ni agradecerme  
 debes esta cortesía;  
 pero, porque no sospechen  
 algo de vernos hablar,  
 dame licencia que llegue  
 a decir a lo que vengo.  
 JUAN. No sé, don Lope, qué tienes,  
 que todos están turbados.  
 LOPE. Es la novedad de verme.  
 El Príncipe mi señor,  
 a daros el parabién  
 me envía, que ya soy quien  
 puede dárosle mejor;  
 tiempo fué que tanto amor  
 no me diera esta licencia;  
 ya me ha curado el ausencia,  
 que en otro tiempo no creo  
 que hallara voz el deseo,  
 ni el sufrimiento paciencia.  
 ¿Dónde hallaste este don Juan,  
 sombra que se anda tras mí?  
 ¿Hallástele acaso aquí  
 y desde allá te le (20) dan?

(19) desengañarte.

(20) la.

(18) puede.

¡Por mi vida que es galán!  
Que serás dichosa espero.  
Goces tan gran caballero,  
que, aunque él se me quiere dar,  
a los dos puedo jurar  
que no eres tú lo que quiero.

ANGELA. Conozco, ingrato, que tienes  
puesto que estás engañado,  
razón de haberte quejado,  
no de agravios ni desdenes;  
pero ¿de qué hallarme vienes  
en esta triste ocasión?  
Pero también no es razón  
que me desprecies así;  
que me has de querer a mí  
o he de matarte a traición.

LOPE. Yo he dicho a lo que venía.  
Señores, ¿qué me mandáis?

FERNANDO. Que a Su Alteza le digáis...  
Pero necedad sería  
daros razones a vos.  
¡Oh, don Juan! Acompañemos  
al señor don Lope.

LOPE. ¿Extremos  
conmigo? Eso no, ¡por Dios!,  
Vuestras mercedes se queden.

JUAN. Entre amigos, no es razón.  
En mi necia confusión  
se ve lo que celos pueden.

(Vanse.)

ANGELA. No hablas, Monzón. ¿Qué es es-  
MONZÓN. Señora, hablar y servir, [to?  
como a sus lacayos dicen  
las fregonas de Madrid.

ANGELA. En él más merced me hicieras.

MONZÓN. ¿Merced? Bien sabes que allí  
fuí tu esclavo, y lo he de ser.

ANGELA. ¿Buenos de Malta venís?

MONZÓN. Señora, como mi amo  
salió tan fuera de sí  
que no ha parado hasta Malta,  
solicitamos vivir.

Deparólo Amor un ángel  
que fuera blanco marfil;  
si tuviera cola, fénix;  
y con alas, serafín:  
una Violante compuesta  
de violetas por abril;  
una mano como un preste,  
y tal, que sin perejil  
pudiera comerla un sastre.

cuanto más un albañil.

ANGELA. ¿Buena moza?

MONZÓN. De azul y oro.

ANGELA. ¿Discreta?

MONZÓN. Como un pasquín.

ANGELA. ¿Gallarda?

MONZÓN. Como una pava.

ANGELA. ¿Y quiérela?

MONZÓN. ¡Pese a mí!

ANGELA. ¿Mucho?

MONZÓN. No sé yo si tiene  
Amor vara de medir,  
pero...

ANGELA. ¿Qué pero, villano?

¡Demonio, déjame aquí!

MONZÓN. ¡San Blas, no vuelvo a esta casa!

(Vase.)

ANGELA. Fátima, ¿qué sientes, di,  
de mis desdichas?

VIOLANTE. Señora.  
mucho tengo que sentir.

ANGELA. ¿De qué estás triste?

VIOLANTE. De verte.

ANGELA. Este es don Lope.

VIOLANTE. Ya vi  
a don Lope.

ANGELA. ¿No es el mismo  
que viste?

VIOLANTE. Señora, sí.

ANGELA. ¿Quién es aquesta Violante,  
o violencia para mí?

VIOLANTE. Una mujer principal;  
y no me mandes decir  
lo que pesarte podría.

ANGELA. Temo que la tiene aquí.

Parte luego a su posada;  
di que le vas a servir.

Llevarásle algún regalo,

y, como lince sutil,

mira si aquesta Violante,

por quien me ha olvidado así

le viene a ver o la tiene

o, si no, Fátima, di

tales cosas a don Lope

que crea que soy quien fuí.

VIOLANTE. Fía de mi amor tus celos.

ANGELA. Mi remedio pongo en ti.

(Vanse. Salen DON LOPE y MONZÓN.)

LOPE. ¿Quién pudiera imaginar  
desatino semejante?



MONZÓN. Della me quise vengar,  
y el jarabe de Violante  
fué comenzalla a purgar.

LOPE. Hurtaste mi pensamiento;  
que sólo venganza intento,  
fuera de tener amor  
a un ángel de igual valor  
y mayor merecimiento.

Yo quiero a Malta escribir  
para pedir a Violante  
a su hermano.

MONZÓN. Si el pedir  
a Violante es importante  
para vengarte y vivir,  
yo seré el embajador.  
Dame una carta, señor,  
que las albricias son ciertas.

LOPE. Mira quién abre esas puertas.

(Sale VIOLANTE.)

VIOLANTE. Ríndase el miedo al Amor.

MONZÓN. Una esclava viene aquí.

VIOLANTE. ¿Puede haber atrevimiento  
en mujer como el que intento?  
Pero es alma Amor en mí.

Para ser un capitán,  
y de la Real de España,  
poca gente os acompaña,  
don Lope Ossorio, el galán.

Con grande miedo venía  
de hallar aquí mil soldados.

MONZÓN. En cierta casa alojados  
gozan del mar todavía.

Es un palacio real  
de madera, lienzo y cuerda,  
donde hay chinche que se acuerda  
de la Batalla Naval.

Bien veis al galán Ossorio,  
pues al río de la mar  
nos salimos a espulgar.

VIOLANTE. ¡Brava cosa!

MONZÓN. Es purgatorio.

LOPE. Déjala decir, Monzón,  
a qué viene o quién la envía.

MONZÓN. ¿No ves que la respondía  
a la tácita objeción?

VIOLANTE. Doña Angela, mi señora,  
un regalo y mil suspiros  
os envía, y a serviros  
quiere que me quede ahora  
mientras que no os embarcáis.

LOPE. Monzón, ¿qué es esto que veo?

Ojos, decid al deseo  
si es verdad lo que miráis.

MONZÓN. Espera, yo apostaré  
que se te antoja a Violante.

LOPE. La misma tengo delante.  
¡Violante!

VIOLANTE. ¿Qué? ¡Téngase!

¿No ve que Fátima soy,  
esclava de don Fernando,  
y que aquí me dejó cuando  
se fué a España?

LOPE. ¡Loco estoy!

MONZÓN. No he visto cosa en mi vida  
de su original copiada  
tan vivamente pintada.

VIOLANTE. ¿Ya de los hierros se olvida?

LOPE. Ese rostro, esa belleza,  
Fátima, no es el herrado,  
porque en hacer tu trazado  
se erró la Naturaleza;  
imitó con tal destreza  
una de otra, y tan igual,  
que yo, en diferencia tal,  
aunque fuera lince en ver,  
no pudiera conocer  
cuál es el original.

¿Qué es esto que estoy mirando  
en dos iguales mujeres?

¿Es posible que tú eres  
esclava de don Fernando?

¿Que Naturaleza, herrando  
tu rostro, tanto acertó?

Pero diga quien te herró  
que puso, o fué tu fortuna,  
dos lunares a la Luna  
y que el Sol se lo sufrió.

VIOLANTE. Muy bien habrá negociado  
mi señora en mi venida.

MONZÓN. De verla tan parecida  
turbado estoy y admirado.

VIOLANTE. ¿Luego don Lope no quiere  
a mi señora?

MONZÓN. Si adora  
su ausente, que a tu señora  
aborrece, bien se infiere.

¡A lindo tiempo veniste  
a consolar su tristeza!,  
que aquella ausente belleza,  
Fátima, le tiene triste.

VIOLANTE. ¿De qué suerte piensa hallar  
don Lope consuelo en mí?  
Porque yo he venido aquí  
a servir, no a consolar.

Enseñame el aposento,  
la ropa y lo que he de hacer.

MONZÓN. ¿No sabrás entretener  
su amoroso pensamiento?

VIOLANTE. Luego ¿cuando quieren bien  
los hombres y están ausentes,  
con mujeres diferentes  
se entretienen?

MONZÓN. Sí, también;  
pero han de ser parecidas  
a la que quieren.

VIOLANTE. ¿Así  
como esa Violante a mí?

MONZÓN. De esa suerte son queridas.  
Vamos, y advierte que aquí  
estamos mal alojados.

VIOLANTE. Sois ajedrez los soldados;  
no hay casa firme.

MONZÓN. Es así.  
Dígoles porque podría  
faltar cama, y así creo,  
por lo que limpia te veo,  
que habré de partir la mía.

VIOLANTE. ¿Luego tienes tú también  
a quien me parezca yo?

MONZÓN. ¿Pues no?

VIOLANTE. ¿A quién?

MONZÓN. A mujer, no;  
que a mí me pareces bien.

(Vanse.)

LOPE.

Por varios casos la fortuna intenta  
a extremos tales conducir mi vida,  
que cuando más la imaginé perdida  
más esperanzas, favorable, alienta.

La fama de aquel fénix que aposenta,  
gloria inmortal, de resplandor vestida,  
de mis obligaciones defendida,  
mi nombre ensalza y mi valor aumenta.

Ya capitán de la Real de España,  
en cuanto en este mar descubre Apolo  
se muestra a mis precetos obediente.

Mas ¿qué me importa tan ilustre hazaña,  
si un niño ciego, desarmado y solo  
triunfa de mi valor, y muero ausente?

(Sale MONZÓN.)

MONZÓN. Cuando a Fátima, señor,  
enseñaba la posada,  
un soldado, no mal puesto,

y mal contento de cara,  
me dió este papel.

LOPE. ¿De quién?

MONZÓN. Ni me lo dijo, ni aguarda  
respuesta.

LOPE. Veré lo que es.

MONZÓN. No me agrada la arrogancia.

(Lee DON LOPE:)

“Señor don Lope Ossorio: Un caballero agraviado de vuestra merced y de Monzón, su criado, le aguarda en la playa con otro amigo, en confianza de su valor, con sola la espada y daga.”

MONZÓN. Ello es poco y mal hablado.

LOPE. ¿Agraviado? Imaginaba,  
si no trujera mi nombre,  
que erró el soldado la casa.

MONZÓN. ¿Y cómo me mete a mí  
para que contigo vaya?  
Pero bien hace, sabiendo  
que soy sombra de tus armas.

LOPE. Estoy pensando, Monzón,  
que no es posible que haya  
hombre agraviado de mí,  
si Ricardo no se agravia.

MONZÓN. Bien dices; Ricardo es,  
y la ocasión es tu esclava,  
que había visto en Tarragona.

(Sale DON JUAN.)

JUAN. ¡Qué poco a la puerta llama  
quien viene a pedir albricias,  
y donde hay amistad tanta!  
¿Quién es?

LOPE.

JUAN. Ricardo.

LOPE. Teneos.

JUAN. Con tal nueva, ¿por qué causa?

LOPE. ¿No es vuestro aqueste papel?

JUAN. ¿Qué papel? Yo no aguardara  
con esta nueva a papel,  
pudiendo en persona darla;  
y cáusame admiración  
que previniendo la espada  
me recibáis, mereciendo  
vuestros brazos.

LOPE. ¡Cosa extraña!

Es mala costumbre mía  
el poner así la capa.  
Pero ¿qué nueva decís?

JUAN. Que tiene cartas de España don Fernando, en que le avisan dos personas de importancia que Su Majestad, atento a vuestra sangre y la hazaña que sabéis, merced os hace de una cruz de Calatrava, con una ayuda de costa de ocho mil escudos, paga debida a vuestro valor.

LOPE. Aunque los brazos no igualan esta merced, sean albricias mientras que Monzón os vaya a llevar dos arcabuces de Milán, cosa extremada, y un peto fuerte que, a prueba de mosquete, no le pasa. Cosas de soldado, en fin.

JUAN. Todas podéis excusallas; que ya las armas no son para un hombre que se casa.

MONZÓN. ¡Oigame vuesa merced!

JUAN. Pues ¿con disgusto (21) me hablas, Monzón en esta ocasión?

MONZÓN. Hanme enfadado esas cartas. ¿No supo Su Majestad que mató Monzón en Malta treinta o cuarenta finflones? Pues ¿cómo no me da nada?

JUAN. El príncipe Filiberto os ha dado una ventaja, y vos iréis a Madrid. Alentad vuestra esperanza, que en España siempre premian a las letras y a las armas.

LOPE. Yo tengo que hacer, Ricardo; cierta persona me aguarda.

JUAN. ¡Qué albricias llevara yo, si con Leonor os casara, confirmando el amistad casados con dos hermanas.

(Salen FULGENCIO y el CAPITÁN.)

CAPITÁN.

Tarda, Fulgencio, el Capitán.

FULGENCIO.

No tarda, si adivina la ofensa que te ha hecho y la culpa que tiene le acobarda.

(21) *disgustos.*

CAPITÁN.

Estoy de la disculpa satisfecho, que por lo que es valor no habrá faltado, que en las galeras que en el puerto vemos el Príncipe está ahora.

FULGENCIO.

¡Hermosa vista!

CAPITÁN.

No lo será si la ocasión perdemos.

FULGENCIO.

No habrá valor que la razón resista.

MONZÓN. Dos hombres he visto allí.

LOPE. Es de manera la gente que sale de la ciudad que a ver al Príncipe viene, que tengo por imposible hallarlos, si no es que lleguen como quien ya nos conocen y nos digan lo que quieren.

MONZÓN. A doña Angela y su hermana vi salir del coche.

LOPE. Advierte que éstos se van acercando.

MONZÓN. ¡Por Dios, don Lope, que es éste Otavio, tu gran amigo!

LOPE. ¿Hay más venturosa suerte? Capitán, ¿vos en mi casa? ¡Dadme los brazos!

CAPITÁN. Detente, ¡desleal, ingrato amigo!, que en vez de brazos mereces que este acero te reciba.

LOPE. Yo no respondo que mientes hasta saber de qué engaño esas palabras proceden, que no es posible que un hombre cuerdo hablase desta suerte a un amigo como yo, cuando ese amigo no fuese un hombre de mi valor; y si cuando tú la tienes desnuda, envaino la espada, es porque sabes que puede estar cubierta por grande después que defendiendo reyes, y porque quiero que veas que los pechos inocentes tienen su verdad por armas, y ella misma se defiende.

CAPITÁN. ¡Saca la espada, cobarde!



MONZÓN. ¿Cómo sufres que te afrente?  
¡Vive Dios!

LOPE. Advierte, Otavio,  
que me obligas a que quiebre  
con tus palabras el lazo  
de la amistad que me debes;  
pero si es fuerza sacarla,  
ésta es mi espada.

CAPITÁN. No pienses  
engañarme con las tuyas.

(*Salen DON JUAN y DON FERNANDO.*)

JUAN. Pues ¿para qué me detienes  
viendo reñir a don Lope?

FERNANDO. Yo no quiero detenerte,  
sino ponerme a tu lado.

CAPITÁN. ¿No ves cómo eres aleve  
en la gente que has traído?

FERNANDO. Ossorio gallardo, ¡tente!,  
que el Príncipe desembarca,  
y desatinados vienen  
soldados y capitanes  
a dar a este hombre mil muertes.

LOPE. Pues pondréme yo delante  
y no podrán ofenderle,  
aunque con él mis espaldas  
en mayor peligro queden.

(*Vanse, las espadas desnudas, y salen el PRÍNCIPE FILIBERTO, con bastón; LEONOR, ANGELA y INÉS.*)

FILIBERTO. ¡No le matéis, apartaos!

MONZÓN. Si tan gran cruz le defiende,  
seguro está de enemigos.

CAPITÁN. ¡Qué desdichas me suceden!

FILIBERTO. ¿Qué es esto, don Lope?

LOPE. Amparo  
un amigo que pretende  
quitarme la v[i]da a mí.

FILIBERTO. ¿Por qué?

LOPE. No sé.

FILIBERTO. Pues ¿quién eres?

CAPITÁN. Un caballero de Malta  
que fuí de don Lope huésped  
en Madrid, corte de España.  
Vino él a Malta, y paguele  
en la misma cortesía.  
Mató un capitán y fuése,  
robándome lo mejor  
de mi casa.

FILIBERTO. Agravio es ése,  
Ossorio, indigno de un hombre  
como vos.

LOPE. Bien lo encareces;

porque es, señor, un retrato  
de cierta hermana que tiene,  
que nunca me le ha pedido.  
CAPITÁN. ¿Retrato? ¿Aun ahora quieres  
hacer engaño a Su Alteza  
tan injusto?

LOPE. ¿De qué suerte?

CAPITÁN. ¿Tienes mi hermana contigo  
y dices que no me queje  
del retrato?

LOPE. ¿Yo tu hermana?

CAPITÁN. Tú la tienes, no lo niegues.

ANGELA. ¿Oyes aquello, Leonor?

LEONOR. ¿Cómo había de quererte  
teniendo su dama en casa?

INÉS. ¿Y Monzón? ¿Piensas que viene  
sin su poquito de dama  
para terceros papeles?

FILIBERTO. Pues, don Lope, ¿a un caballero?

LOPE. Señor...

FILIBERTO. No neguéis.

CAPITÁN. Ni puede.

LOPE. ¡Por vida de Vuestra Alteza,  
que en mi casa solamente  
hay una esclavilla turca  
que viene por tiempo breve  
a servirme, y que lo es  
de Angela, que está presente!

ANGELA. Sí, señor; yo la he enviado  
a que a don Lope sirviese.

FILIBERTO. Traigan esa esclava aquí.

MONZÓN. Yo voy por ella.

LOPE. No pienses  
que ella sabe cosa alguna.

FILIBERTO. Pues de que venga no os pese.

LOPE. ¿Cómo me puede pesar,  
si estoy, señor, inocente?

CAPITÁN. ¿Pues cómo falta Violante,  
que habló con Monzón mil veces,  
desde que tú te embarcaste?

LOPE. ¿Qué sé yo?

INÉS. Fátima viene.

(*Salen VIOLANTE y MONZÓN.*)

MONZÓN. Esta, señor, es la esclava.

VIOLANTE. ¿Qué es, señor, lo que me quieres?

CAPITÁN. Esta, señor, es mi hermana.

FILIBERTO. Pues, don Lope, ¿a mí me mientes?  
¿Mi vida juras?

LOPE. ¡Señor,  
ésta es turca, aunque parece  
a Violante!

- CAPITÁN.                   ¿Quién te ha herrado,  
loca mujer, de esta suerte?
- ANGELA.       Señor, este hombre está loco.  
¡Bueno es que hacer intente  
su hermana una esclava mía  
que le compré habrá dos meses  
a un hombre de Malta aquí!
- CAPITÁN.       Señor, todos te pretenden  
engañar; ésta es mi hermana.
- VIOLANTE.   Dice verdad. ¡No te alteres!  
Pero don Lope no sabe  
quién soy, ni culparle pueden,  
que yo vine disfrazada  
a seguirle, hablarle y verle.  
Si dicen que por amores
- LOPE.       los yerros perdón merecen,  
los míos, que son fingidos,  
mayores disculpas tienen.  
Quien tanto ha errado por mí,  
bien es que en casarse acierte,  
pues Angela está casada.
- FILIBERTO.   ¿Sabéis ya las dos mercedes  
que os hizo Su Majestad?
- LOPE.       Sí, señor, y que proceden  
de habérselas vos pedido.
- JUAN.       Lo demás, claro se ofrece,  
que no habemos de cansaros,  
sino dar humildemente  
fin, que *yerros por amores*  
perdonan discretos siempre.

# ALLÁ DARÁS RAYO

COMEDIA FAMOSA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

REPRESENTÓLA MANUEL VALLEJO.

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES:

CARLOS.  
ENRIQUE, Rey.  
CONDESTABLE.

CORVINO.  
REINA MARÍA.  
ISABELA.

MARGARITA.  
GRANDE.  
OTAVIO.

## ACTO PRIMERO

(Sale el CONDE CARLOS, galán, de camino, y CORVINO, su criado, también galán.)

CORVINO. Alégrate, que hoy verás  
a la señora Isabela.

CARLOS. La memoria se consuela  
en la distancia no más,  
pues de Nápoles estoy  
dos leguas.

CORVINO. Siempre amor crece  
en la ausencia que padece,  
y, así, el parabién te doy  
de los gustos que te esperan  
en los ojos y en los brazos,  
ya en vergonzosos abrazos,  
ya en ternezas que ponderan  
los quilates del amor.

CARLOS. En él las mayores palmas  
son enlazarse dos almas  
que las dividió el rigor  
de la ausencia. Ya parece (1)  
que Isabela me apercibe  
los brazos y me recibe (2)  
con el alma que me ofrece  
por los ojos, que, anegados  
en la púrpura y la nieve

CORVINO.

del rostro, donde amor bebe (3),  
esperanzas y cuidados.

Ahora, sin duda alguna,  
será tu esposa, que el Rey,  
por razón y justa ley,  
pues te ayuda la Fortuna,  
viento en popa en la privanza  
de la Reina, que le llevas  
después de las varias pruebas  
de deseos y esperanza,  
no te la puede negar,  
puesto que su prima sea.

CARLOS.

Como la fuente desea  
precipitándose al mar  
en abismos cristalinos,  
llegue por pizarras toscas,  
siendo en fugitivas roscas  
lisonja de los caminos,  
así yo lograr deseo  
las finezas de mi amor;  
fuente que con más rigor  
precipitada la veo,  
que en cuatro meses de ausencia,  
siglos de penas han sido  
los que el alma ha padecido.

CORVINO.

Yo quiero, con tu licencia,  
adelantarme a pedir

(1) *parece* siempre.

(2) *recibe*.

(3) Al margen, en apostilla manuscrita, letra contemporánea de la edición, como todas las siguientes: *son fuentes*, indicando que debe ir al comienzo del verso, en vez de *del rostro*.



las albricias de que llegas  
con salud; que en tales nuevas  
tal vez suele amor salir  
de límite.

CARLOS. Dices bien;  
adelántate (4), y procura  
retratarme en su hermosura  
y animarme en su desdén;  
enamórala contando  
las mercedes y favores,  
gustos, halagos y honores  
que me hace la Reina, dando  
envidia a los que conmigo  
la acompañan, que tal vez  
Amor en las almas es  
de las lisonjas amigo.

Y dila que a el Rey le pida  
por la nueva venturosa  
de que llegó con su esposa,  
dél tan amada y querida,  
nuestro casamiento.

CORVINO. Ha sido  
peregrino pensamiento,  
pues viendo su casamiento  
por tu ocasión concluído,  
forzosamente ha de hacer  
con Isabela otro tanto.

CARLOS. Encarécele (5) mi llanto.

CORVINO. ¿Eso lo he de encarecer,  
siendo barbado? ¿Qué dices?

CARLOS. Que eres loco, y no has amado.

CORVINO. Llorar, señor, un barbado,  
aunque más lo solemnices,  
es de vergüenza, es bajeza.

CARLOS. Amor los defetos dora;  
que, al fin, cuando un hombre llora,  
grande amor o gran flaqueza.

CORVINO. Flaqueza: dices muy bien.

CARLOS. La fortaleza en amor  
es la flaqueza mayor;  
lágrimas causa un desdén,  
lágrimas una esperanza,  
lágrimas una alegría,  
un favor, una porfía,  
un rigor, una mudanza,  
y lágrimas unos celos,  
que son las nubes de Amor.

CORVINO. Siendo así, digo, señor,  
que Amor es un llora-duelos;  
yo me voy.

CARLOS. Si haces, Corvino,  
que Isabela del Rey gane  
la palabra y que se allane  
mi amoroso desatino,  
tuya mi vida ha de ser.

CORVINO. ¿Tu vida, señor, me das,  
cuando enamorado estás,  
para darme en qué entender?

Yo la doy por recebida (6),  
que es la vida de un amante  
al infierno semejante,  
y dicen que no hay tal vida.

CARLOS. La Reina sale.

CORVINO. Será  
tu esposa Isabela hermosa.

(Vase CORVINO.)

CARLOS. ¿Como ella sea mi esposa,  
no quiero más premio ya!

(Sale la REINA MARÍA, bizarra, de camino.)

REINA. ¿Carlos?

CARLOS. Señora. (6 bis.)

REINA. ¿No es hora  
de caminar?

CARLOS. Sólo esperan  
las carrozas de caballos  
a que salga Vuestra Alteza.

REINA. Fué ayer la jornada larga.

CARLOS. Amor, a ver que desean,  
hace infinitas las horas  
y hace imposibles las leguas. (7)

REINA. Aunque a Enrique ver deseo,  
Amor no me da tal priesa,  
Carlos, que me descomponga  
cuando dél estoy tan cerca.

CARLOS. Pues yo sé que el Rey, señora,  
los límites de la tierra,  
en estas dos leguas mide,  
que tan prolijas y eternas  
las hace el deseo.

REINA. Basta,  
que con lisonjas ajenas  
sabe enamorar el Rey.

CARLOS. Todas son verdades éstas  
en sus deseos léidas.

REINA. Del Rey estoy satisfecha

(4) adelantase.

(5) encarecerle.

(6) rescebida.

(6 bis) Señora mía.

(7) leguas, con tilde, abrevitaura de u, sobre la e.

- en vos, porque admiro en vos su decoro y su prudencia, porque da a entender la suya en fiarse de la vuestra; muy obligada os estoy en esta jornada.
- CARLOS. Empresa y blasón mío es serviros; premio mis deseos tengan en vuestro ingenio divino.
- REINA. Allá en Sicilia se premia con obras, que las palabras hacen poco, y mucho pesan; y así, porque conozcáis cuán pagada y cuán contenta estoy de vuestra virtud, quiero que este premio sea conforme a vuestro valor, medido a vuestra nobleza, y así, el ducado de Fox ha de ser la recompensa de vuestros servicios.
- CARLOS. ¿Cómo, si es de Fox digna duquesa Margarita, vuestra hermana?
- REINA. Pues si mi hermana no fuera duquesa de Fox, ¿que hacía en daros título y renta yo del ducado? El ducado, para que mi amor se entienda, es vuestro.
- CARLOS. Pues ¿qué ha de hacer Margarita?
- REINA. ¿Qué? Ser vuestra; que si es el título suyo, el título os doy con ella.
- CARLOS. Mis cortos merecimientos mirad.
- REINA. No hay quien más merezca que la virtud vuestra, en quien reinos, imperios comienza; cuanto más que conde sois de Gaeta, y de Gaeta a Nápoles han salido, y a Francia, más de dos reinas. Es verdad; pero...
- CARLOS. ¿Dudáis?
- REINA. Tengo miedo no se ofenda el Rey mi señor.
- CARLOS. ¿De qué?
- REINA. De que su cuñado sea un pobre vasallo suyo.
- REINA. Amor las leyes dispensa;
- yo salgo al enojo, duque. [za?
- CARLOS. [Ap.] ¿Hay tal rigor, hay tal fuer-
- (Sale MARGARITA, de camino, bizarra.)
- MARGAR. Ya, hermana, están aguardando las carrozas y literas.
- REINA. Pues vamos. Dale la mano a Carlos.
- MARGAR. ¿Cómo, si lleva la tuya?
- REINA. No te la da como escudero, que hay fuerza en ella para un ducado; puesto que Fox tanto pesa, dale la mano de esposa al duque Carlos.
- MARGAR. Celebra a un tiempo Amor, en mis glorias, mi ventura y mi obediencia.
- REINA. ¿Estás contenta con él?
- MARGAR. Si el rey del mundo me dieras por dueño, no lo estimara tanto.
- CARLOS. [Ap.] ¿Hay mayor violencia, sin pensar? ¡Cielos!, ¿qué es esto? En mi muerte se conciertan las (8) dos; pero, si en estado, en dignidad y en grandeza me aumentan y me levantan, desatinos son mis quejas; la Isabela perdona que olvidarse una Isabela puede por tal Margarita.
- REINA. Para que esto efeto tenga sin disgustos, por ahora importa que no se sepa. ¿Haréislo así?
- CARLOS. Sí, señora; siendo en los favores piedra, en las vigilancias Argos, como en las fortunas César.
- MARGAR. Yo lo prometo también.
- CARLOS. Pues en vuestra mano bella este contrato se jure.
- (Besa la mano a MARGARITA.)
- MARGAR. ¿Cómo?
- CARLOS. Así.
- REINA. ¿Su mano besas?
- (8) los.

CARLOS. Firmo el contrato, y los labios  
sirven, señora, de letras.

REINA. Pues mira lo que has firmado,  
porque cuando te arrepientas  
y lo niegues, habrá firma  
que te obligue y te desmienta.

CARLOS. ¿Yo arrepentirme, señora?  
Vivirá esta firma eterna  
en el papel de la mano,  
donde queda el alma impresa,  
que es lámina de alabastro,  
y no ha de poder romperla  
el tiempo con sus edades,  
la Fortuna con sus vueltas.

(Sale el CONDESTABLE, bizarro, de camino, y dos  
GRANDES.)

CONDEST. Ya los caminos y campos,  
dándole al Sol primaveras  
y emulación a las flores,  
que más hermosas revientan  
las prisiones de esmeraldas  
en que abril las tuvo presas,  
viendo que les hace el arte  
generosa competencia  
de títulos y de grandes  
con admiración se pueblan:  
tan varias son y tan ricas  
las colores y libreas,  
y sólo Tu Alteza aguardan.

REINA. Pues por mí no se detengan  
más; dadme, Carlos, la mano.

CARLOS. No es mía.

REINA. Aunque no lo sea,  
que para aquesta (9) ocasión  
su dueño dará licencia.

CONDEST. (Ap.) Ya esto pasa de favor  
y sobra de desvergüenza,  
donde hay príncipes tan grandes.  
Yo hablara cuando no fuera  
la duquesa Margarita  
tirano de mis potencias.

(Todos, dentro:)

¡Plaza!

CARLOS. Llegad las carrozas.

MARGAR. Ya Italia, hermana, se alegra  
con tu vista.

REINA. Y se entristecen  
los que la mano me prestan.

(Entranse llevando de la mano CARLOS a la REINA,  
y salen CORVINO e ISABELA.)

CORVINO.

Colgaré en tu presencia,  
como a imagen divina a quien consagro  
las horas desta ausencia  
en memoria, señora, del milagro,  
por gloriosos trofeos,  
un lienzo de esperanzas y deseos.

ISABELA.

¿Más lisonjero vienes?

CORVINO.

Verdadero, dirás.

ISABELA.

Luego ¿verdades,  
Corvino, me previenes?

CORVINO.

La ausencia, aliento da a las voluntades;  
y así, ignorante ha sido  
quien dice que la ausencia causa olvido.

ISABELA.

Su Alteza, ¿cómo viene?  
¿Hermosa como el Sol? Aunque en su hermana  
divino puesto tiene,  
porque si es celestial, es soberana;  
que en competencias bellas  
con amagos del Sol burlan estrellas.

CORVINO.

Sólo decirte puedo  
que somos de la Reina la privanza;  
¿privanza?, corto quedo:  
somos su corazón y su esperanza;  
y así, Carlos confía  
el polo ser de aquesta monarquía;  
un momento, un instante  
no se halla sin el Conde.

ISABELA.

Yo lo creo.

CORVINO.

Y en honra semejante,  
ya parece, señora, que te veo  
su mayor camarera,  
como tu amor premiar sus partes quiera;  
y así, a ti te suplico  
en su nombre, Isabela, que al Rey pidas,

(9) para que esta.



pues su amor te publico,  
que en vínculo (10) inmortal junte dos vidas  
que tanto se desean,  
donde el mayor amor premiado vean.

Esto, en albricias, pide  
a Su Alteza, Isabela soberana;  
mide su amor y mide  
un imposible que la ausencia allana.

ISABELA.

Corvino, el seso pierdo  
de ver que, siendo loco, andas tan cuerdo.

CORVINO.

Si los locos las dicen,  
diciendo estoy verdades.

ISABELA.

¡Si ya viene!

(Salen ENRIQUE, Rey, de bodas, bizarro, y OTAVIO  
con él.)

REY.

Luego a la guarda avisen.

OTAVIO.

¡Insignes aparatos le previene  
Nápoles a Su Alteza!

REY.

Publica la lealtad en la riqueza.  
¡Isabela!

ISABELA. ¡Gran señor!

REY. ¡Qué hazañas!

ISABELA. Gustos prevengo  
para este día.

REY. Es el día,  
en mí, de mayor contento;  
porque, como fatigada  
de los asombros del sueño  
espera la noche el Sol  
que en dorados pavimentos  
de jazmines y de rosas  
salga a ser vida del tiempo,  
así yo, en la confusión  
de mis gloriosos deseos,  
espero a la Reina.

CORVINO. Ya,

(10) vínculos.

a pesar de impedimentos (11),  
la traemos.

REY. ¿Quién sois vos,  
que decís que la traemos?

CORVINO. Soy...

REY. ¡Alzad!

CORVINO. Soy, gran señor,  
en poblados y en desiertos,  
el maná del conde Carlos.

REY. ¿Maná?

CORVINO. Maná.

REY. ¡No os entiendo!

CORVINO. Soy criado que en su casa,  
sin tener oficio, tengo  
todos los oficios.

REY. ¿Cómo?

CORVINO. Como en todo me entrometo,  
siendo hablador mentiroso  
y siendo enfadoso eterno,  
soy arrendajo del Conde,  
vistiéndome al modo mismo (12)  
que él se viste: si él se pone  
una torre por sombrero,  
yo torre con chapitel;  
si él cuatro varas de peto,  
yo también con cuatro varas  
soy el enfado del pueblo;  
con los que no me conocen  
me finjo (13), señor, su deudo,  
digo necedades, río,  
tercio la capa, hablo recio  
y enamoro a lo señor,  
con deidad y sin dinero,  
porque dinero y camisa  
en todo el año los veo.

REY. Y, al fin, ¿de qué le servís?

CORVINO. Las valonas aderezo. (13 bis.)

REY. ¡Ilustre entretenimiento!

¡Humor tenéis!

CORVINO. Soy benigno.

REY. ¿Cómo os llamáis?

CORVINO. Nombre tengo  
del pescado que con habas  
da en sus récipes (14) Galeno:  
Corvino, señor, me llamo.

REY. ¿Viene el conde Carlos bueno?

CORVINO. Viene culto y superior,

(11) impedimentos.

(12) mismo.

(13) fingo.

(13 bis) Falta el verso siguiente.

(14) repecpes.

mal contentadizo: efetos  
de las mercedes que goza  
de Su Alteza, en quien el cielo  
hizo un depósito hermoso  
de las gracias.

REY. Agradezco  
tu alabanza.

CORVINO. De esos pies  
tierra es mi boca.

REY. ¡No es necio!

OTAVIO. Estímale en mucho el Conde,  
por sus donaires.

REY. (*Ap.*) Deseo  
por él hacerle mercedes:  
libralle en el tesorero  
mil escudos, y haced vos  
que se los den al momento.  
[*A CORVINO.*] Id con Otavio.

OTAVIO. Venid.

CORVINO. ¿Dónde me lleváis?

OTAVIO. Os llevo  
a un desafío.

CORVINO. Mi espada  
riñe poco y corta menos.  
(¡Esta es famosa ocasión  
para vuestro casamiento!)

(*Vanse.*)

REY. Isabela, ¿no me pides  
albricias de mis empleos?  
Poco celebras mis gustos.  
Pide mercedes, que soy  
rey que en el tálamo espero  
hoy la mayor hermosura;  
desata los labios puestos  
en la cárcel del temor  
y en la prisión del silencio.

ISABELA. ¿Hasme de hacer la merced  
que pidiere?

REY. El premio de  
en tus labios.

ISABELA. Pues, señor,  
el más generoso premio  
que de esas heroicas manos  
en esta ocasión deseo  
es el conde Carlos.

REY. ¿Carlos?  
Es libre, y darle no puedo  
sin su voluntad, que en ella  
no tiene poder el cetro.

ISABELA. Fuera sin su voluntad,  
en mi honestidad defeto,

porque él también lo suplica.  
Siendo así, yo lo concedo.

(*Sale OTAVIO.*)

ISABELA. ¡Dadme esos pies!

OTAVIO. Vuestra Alteza  
salga a los vidrios y espejos  
de esos balcones a ver  
el grave acompañamiento.

REY. Juntas serán esta noche  
las bodas.

ISABELA. Besar te quiero  
la mano.

REY. Es mi amigo el Conde,  
y no quiero darle celos. (15)

(*Vase el REY y OTAVIO.*)

ISABELA. Es tan tirano conmigo  
Amor, que este bien no creo,  
aunque en las manos lo veo,  
cuando lo alcanzo y consigo;  
porque, como es enemigo  
de todo agradecimiento,  
se endurece en el tormento  
y en el desprecio se anima,  
porque es un egipcio enigma (16)  
confuso en su entendimiento.

Es un desconcierto hermoso  
que en el concierto perece,  
y una duda que se ofrece  
en el tiempo más dichoso,  
a un enemigo forzoso,  
a la libertad sonoro  
un apacible rigor,  
y es un mortal accidente  
que cuando el alma lo siente  
lo hace Dios y lo hace Amor.

(*[Sale CORVINO.]*)

CORVINO. ¿Qué tenemos?

ISABELA. No sabré

(15) En la edición dice:

REY. Juntas serán esta noche,  
es mi amigo el Conde,  
nuestros desposorios.

ISA. Besar te quiero  
la mano.

REY. Es mi amigo  
el Co[n]de. (*Vase el Rey y Otavio*)

(16) enigma.

decirte el bien que prevengo,  
 porque un espíritu tengo  
 que se admira y no se ve;  
 tengo un premio de una fe  
 que muere en la posesión,  
 una razón sin razón  
 que puede y no puede en mí;  
 que es darme a entender así  
 que inciertas mis glorias son.

CORVINO. ¿Dióte el "sí" el Rey?

ISABELA. No me atrevo

a decillo, por saber  
 que en los labios ha de ser  
 incierto el placer que apruebo;  
 porque como en mí es tan nuevo  
 lo que deseo alcanzar,  
 pienso que no he de llegar  
 a efeto de conseguillo,  
 y así no quiero decillo,  
 por no tener que llorar.

CORVINO. ¡Sofística estás!

ISABELA. Estoy,  
 siendo de Carlos esposa,  
 tan confusa y temerosa,  
 porque desdichada soy.

CORVINO. ¿Cómo el alma no te doy (17)  
 en albricias?

ISABELA. Suyas es ya  
 la mía.

CORVINO. Sabida está  
 del Rey la grandeza así,  
 que es santo un rey que da un "sí"  
 y que mil escudos da.

(Ruido de trompetas y cajas.)

Mas esto es decir, señora,  
 la Reina entra en Palacio.

(Sale la REINA MARÍA, y MARGARITA, su hermana,  
 con vestidos diferentes, enteros, y el CONDESTABLE,  
 y CARLOS, de la mano de la REINA, y los GRANDES,  
 y por otra puerta, el REY, y OTAVIO y acompañamiento.)

REY. Mi amor no permite espacio  
 cuando os desea y adora,  
 que si el pincel me enamora,  
 que mudo espíritu tiene,  
 y en vos con mil almas viene  
 el divino original,

el efeto celestial  
 la adoración os previene;  
 y así reverencia en vos  
 soberana omnipotencia,  
 pues con mayor providencia  
 quiso engrandeceros Dios.  
 que hay tal distancia en los dos,  
 llegando a considerar,  
 que no sólo es fuerza amaros;  
 mas tanta excelencia os doy,  
 que, sin ser gentil, estoy  
 casi a pique de adoraros.

REINA. Estimo de Vuestra Alteza  
 las mercedes y el favor,  
 debidas a vuestro amor  
 mucho más que a mi belleza;  
 que si la Naturaleza  
 decís que me ha engrandecido,  
 en vos tan valiente ha sido  
 que ha quedado, aunque gloriosa,  
 de haberos hecho envidiosa:  
 tanto la habéis excedido.

REY. Mas, dejando aparte agora (18)  
 belleza tan conocida,  
 a Nápoles bien venida  
 seáis a ser su señora,  
 que en el alma que os adora  
 antes de llegar reináis;  
 y vos, Duquesa, seáis  
 muy bien venida también,  
 que así os vuelvo el parabién  
 de la gloria que me dais.

MARGAR. Criada de Vuestra Alteza  
 es Margarita.

REINA. A esos pies  
 publique, señor, lo que es  
 su humildad y su llaneza.

REY. Altar de tanta belleza  
 es mi pecho: el pecho honrad.

REINA. A Carlos, señor, premiad,  
 que a las dos nos ha servido.

REY. Carlos, seáis bien venido.

CARLOS. Dadme esos pies.

REY. Levantad.

Vuestra camarera es  
 mi prima Isabela.

REINA. Así  
 mis brazos merece aquí.

ISABELA. Y estoy honrada en los pies.

REY. Vos, Condestable, después  
 me ved.

(17) dio.

(18) Atribuido este verso a la REINA.



CONDEST.                    Vuestra hechura soy.  
REY.                        Descansad.

(Va a tomar la REINA la mano de CARLOS para entrar y éntrase.)

REINA.                    ¿Vamos?  
REY.                        Yo estoy

aquí, que agora ser quiero,  
señora, vuestro escudero.

REINA.                    El alma en la mano os doy.

CARLOS.                  Vuestra señoría me dé  
su mano a besar.

CORVINO.                La mano  
ya es tuya, pierde el temor,  
llega al cuello con los brazos,  
atrévete a su hermosura,  
profana el vestido intacto.  
¡Ya es tuya! (19) ¡Qué tibio espo-  
qué necio, qué mentecato! [so,  
Quítale el miedo, Isabela;  
llega al Conde. ¡Con qué espacio  
te mueves! Anda, que Amor  
tiene más largos los pasos.  
¿Hay tan necia mirladura?  
¿Sois alabastro, sois mármol?  
¡Vive Dios, que he de juntar  
el mármol y el alabastro!  
¡Tente, loco!

CARLOS.                  El loco y necio  
CORVINO.                eres tú, cuando te ha dado  
en un instante el Amor  
lo que deseabas tanto,  
y te acobardas y tiembblas  
en la ocasión de gozarlo!  
Habla tú, que Carlos viene  
a el tálamo tan turbado,  
que tiene sin alma el pecho  
y sin palabras los labios.

ISABELA.                Ya, Carlos, pues quiere Amor  
que yo deshaga este encanto,  
perdiendo, siendo mujer,  
mi encogimiento y recato,  
el Rey me dió el "sí", y me dijo  
que esta noche desposarnos  
quería, admirando al reino  
con la boda de los cuatro;  
y así, ya puedes perder  
los temores que causaron  
tus confusos pensamientos,  
en dulce y glorioso lazo

CARLOS.                  gozar las horas conmigo.  
Yo soy, señora, el que gano  
en ello; mas por agora  
te advierto y te desengaña  
que no me puedo casar.

ISABELA.                ¿Qué dices, qué dices, Carlos?

CARLOS.                  Que estoy deste parecer.

ISABELA.                ¿Pues conmigo tal agravio?

CARLOS.                  Ese nombre no le des,  
porque te estoy adorando;  
el alma es tuya, mas esto  
con amor perfeto y casto,  
y en esta conformidad  
las potencias te consagro,  
pero casarme no puedo.

ISABELA.                ¡Muerta soy!

(Sale MARGARITA.)

MARGAR.                Amor tirano,  
¡ya a darme celos comienzas!  
Mas eso tienes de ingrato.  
A Carlos buscando vengo,  
que son divinos milagros  
las napolitanas.

CARLOS.                  Cesen  
las lágrimas, cese el llanto  
de estrellas.

ISABELA.                No son estrellas,  
pues con ellas no me abraso.

MARGAR.                Con la condesa Isabela  
está hablando. Amor, ¡ya al campo  
de confusiones y celos  
me sacas! Quiero apartarlos.  
Carlos.

CARLOS.                  Señora.

MARGAR.                La Reina  
te está aguardando en su cuarto.

(Vase.)

CORVINO.                Perdóname, y ten paciencia.

ISABELA.                ¿Paciencia me pides, falso,  
en tan grandes sinrazones  
y en tan alevosos tratos?  
Corrida estoy, que un desprecio  
puede en las mujeres tanto  
que suele abrazar imperios  
y suele acabar estados.  
Y tú, ¡bárbaro enemigo,  
fiera ocasión de este engaño!,  
¿qué dices desto?

CORVINO.                Isabela,

ISABELA. que Carlos está borracho,  
si éste no ha sido picón.  
Si es picón, pica en más alto.  
¡Ah, celos!, demonios sois,  
pues discurrís (20), temerarios,  
tan brevemente y tan presto,  
por lo divino y lo sacro,  
que los reyes son de Dios  
imágenes (21) y retratos.  
CORVINO. ¡Vive Dios, que en cuatro meses,  
señora que ausente ha estado,  
que han sido tuyas las horas.  
han sido tuyos los ratos!  
Isabela era su gloria,  
Isabela su vocablo;  
tanto, que un día a un monsiur  
en su cuarto estornudando (22),  
por decir “¡Jesús!”, le dijo:  
“¡Isabela!”; y retirados  
y hoy, últimamente, me hizo  
venir con este recado,  
y así, que es, señora, pienso  
picón.  
ISABELA. Corvino, en los casos  
de tanta importancia son  
los picones excusados.  
Mudado ha de parecer  
Carlos bien dice, y ya alcanzo  
la ocasión, que con cien ojos  
son siempre los celos Argos.  
¡Daré voces, quejaréme  
al Rey!

(Sale el REY.)

REY. ¡Tú voces, tú llanto!  
¿Qué es esto, Isabela?  
ISABELA. Ofensas.  
REY. ¿De quién?  
ISABELA. Basta que las nombre  
para conocer el hombre,  
aunque tú dél no las piensas.  
REY. ¿Quién puede ofenderte a ti  
que a mí no me ofenda?  
ISABELA. Quien  
sabe que le quieres bien.  
REY. ¿Es Carlos?  
ISABELA. Gran señor, sí.

REY. Pues ¿qué ha hecho?  
ISABELA. Me ha tratado  
con desprecio y con rigor,  
desestimando mi amor  
y despreciando mi estado;  
pues habiéndome él pedido  
que yo a Vuestra Alteza hablase  
y el casamiento tratase,  
ahora me ha respondido  
que está de otro parecer  
y no se quiere casar.  
REY. ¿Y eso te obliga a llorar?  
ISABELA. Es desprecio y soy (23) mujer.  
REY. Pasa al cuarto de Su Alteza,  
que yo a Carlos hablaré,  
y la novedad sabré.  
Y vos despejad la pieza.

(Vanse ISABELA y CORVINO.)

Los reinos soberanos,  
sin gustos son tiranos,  
que donde falta el gusto  
es todo bien injusto.  
Y si el gusto del hombre  
es la honesta mujer, desde hoy me nombre  
Nápoles venturoso,  
pues llego a ser esposo  
de la prenda que a gusto Dios me envía  
para ser mi gloriosa monarquía.

(Sale el CONDESTABLE.)

CONDESTABLE.

De ver vuestra presencia  
el día da licencia.

REY.

¿Cuándo se os ha negado,  
cuándo no se os ha dado,  
gran Condestable, abierta  
de mi cámara a vos la entrada y puerta?  
Para vos en palacio  
no hay reservado espacio,  
y así, será excusada  
la licencia jamás para la entrada.  
¿Cómo,ónde, os ha ido?

CONDESTABLE.

Honras he recebido de Su Alteza.

(23) scr.

(20) *descurrís*.

(21) *imágenes*; ocurre varias veces.

(22) *esternudando*.

REY.

Es María la misma cortesía.

CONDESTABLE.

En los reyes, a veces,  
mucho importa. señor, no ser corteses,  
que suele la llaneza  
profanar la grandeza  
del decoro real, dando ocasiones  
y principios así a mormuraciones.  
La llaneza es ganancia,  
y hace en nuestra arrogancia  
bárbara antipatía,  
y así, señor, sería  
razón de estado agora  
proponella a la Reina, mi señora,  
que autoridad profese,  
sin que persona exprese,  
porque el pueblo, de ver llaneza tanta,  
mormura alguna vez, si otra se espanta.

REY.

No os entiendo.

CONDESTABLE.

Su Alteza  
con tan grande llaneza  
a Carlos engrandece,  
que a algunos mal parece.

REY.

Como yo a Carlos precio,  
la Reina le honra así. Enemigo o necio  
venís agora Conde.

CONDESTABLE.

A mi amor corresponde  
y al decoro real lo que aquí os digo.

REY.

Conde, a Carlos dejad, que es vuestro amigo.  
A tan leal vasallo  
debe la Reina honrallo  
con fe tan verdadera,  
que, cuando no lo hiciera,  
con ella me enojara,  
y honralle desta suerte le mandara.  
Carlos es la persona  
que más mi imperio abona;  
lo mismo que soy yo, en el reino es Carlos,  
y así, a los que hablan dél, podéis culparlos.

CONDEST. Basta.

REY. Id a advertillo

porque no vuelva a oïllo  
segunda vez, que quiero  
castigarlo severo.

CONDEST. Yo voy.

(Vase el CONDESTABLE.)

REY.

¡Qué necia envidia!  
Ser afable la Reina les fastidia.  
¡Oh, pueblo, que no perdonas  
virtud (24) con lengua infernal,  
turba[n]do el poder real  
profanando las coronas.  
¡Qué presto, lince, pregonas  
en la Reina deshombres  
los que en Carlos son favores;  
pero si pueblo no fueras,  
la virtud no aborrecieras  
ni animaras los traidores.

(Entra CARLOS y la REINA MARÍA y MARGARITA.)

CARLOS.

¿Habíala de dejar  
con la palabra en la boca,  
siendo presumida y loca?  
No des, señora, lugar  
a que puedan sospechar  
nuestros conciertos.

REY.

¿Qué es esto?

REINA.

¿No basta haberme yo puesto  
en medio? Enojada estoy,  
Margarita.

MARGAR.

Piedra soy,  
si el amor me ha descompuesto.

REY.

Si en mí bajeza no fuera,  
en la Reina imaginara  
defeto; pero excusara,  
y a mi amor agravio hiciera;  
mas estar desta manera  
hablando con Carlos, ¡cielos!,  
causa es de justos recelos.  
Aquí pienso que hay cautela,  
pues despreciar a Isabela  
no es sin causa, ¡oh, viles celos!,  
¿eso habéis de presumir  
de tan ilustre señora?  
¡Mentis mil veces!

REINA.

Agora,

Carlos, te puedes salir,  
porque podrá el Rey venir.

REY.

El Rey podrá venir, dijo.



No tiene Amor punto fijo,  
 en todo puede acabar,  
 más es locura pensar  
 que es verdad lo que colijo;  
 porque un rey ha de entender  
 que es rey poder soberano,  
 y que a un rey un hombre humano  
 no le ha de osar ofender,  
 y pensar que no es mujer  
 una reina que en belleza  
 en majestad y en grandeza  
 el cielo la engrandeció,  
 y poderoso le dió  
 distinta naturaleza.

REINA. Dame la mano por ella.

(Vase CARLOS, y dale la mano.)

REY. La mano le dió y se fué;  
 ¡que el Condestable me dé  
 cuidado en mujer tan bella!  
 Pero es bajeza ofendella;  
 castigar fuera razón  
 tan vil imaginación,  
 que la culpa del intento  
 está en el consentimiento  
 origen de la aprensión. (25)

Salirme quiero, y pensar  
 que no la he visto.

REINA. Señor,  
 aunque huyas, sabrá mi amor,  
 para prenderos, velar.

REY. Quíseos con Carlos dejar  
 para que le hagáis favores;  
 que tiene el reino traidores  
 que los envidia.

REINA. ¿Que ya  
 la envidia (26) severa va  
 hecha lenguas y rigores?  
 Sicilia (27) con más llaneza  
 procede (28), señor. Si aquí  
 se ofende el decoro así  
 y la suprema grandeza,  
 perdóneme Vuestra Alteza,  
 y más no me vea (29), pues  
 hay quien, necio y descortés,  
 con inadvertencia loca,

(25) *aprension.*

(26) *la embidia tan.*

(27) *Sicilia. Ocurre otras veces.*

(28) *se procede.*

(29) *sea.*

ose en él poner la boca  
 cuando la pone en mis pies.

Y perdonad si os provoco,  
 señor, respondiendo así,  
 que yo en Sicilia nací;  
 sé de Nápoles muy pocò.

REY. El poder soberbio y loco  
 enfrena la majestad  
 con tan grande potestad.

REINA. El poder, si lo ha de ser,  
 siempre ha de tener poder  
 sin perder su autoridad.

REY. Esa, con Carlos, os ruego  
 y (30) mando que atropelléis;  
 que, sobre [el] que vos tenéis,  
 nuevo poder os entrego.  
 Honralde agora de nuevo (31),  
 que yo esta noche también  
 le honro con vos, porque estén  
 siendo de su honor testigos,  
 rabiando los enemigos. (32)

(Sale CARLOS.)

CARLOS. Ya el arzobispo esperando  
 está.

REINA. Voyme a prevenir,  
 gran señor, para salir.

REY. Carlos, id acompañando  
 a Su Alteza, así triunfando  
 déstos. (33)

REINA. Hasta aquí ha podido  
 ser lo que vos; mas venido,  
 señor. donde estáis los dos,  
 vos solamente sois vos,  
 y vuela a ser lo que ha sido.

(Vase.)

REY. Satisfecho me ha dejado.  
 Carlos, honesto venís.  
 Decid, ¿cómo no os vestís  
 siendo también desposado?  
 Ya en vuestro nombre le he dado  
 el sí a Isabela.

CARLOS. Señor,  
 murió en la ausencia mi amor.

REY. La ilustre correspondencia

(30) *yo.*

(31) *Así este verso, asonante.*

(32) *Falta un verso de esta décima.*

(33) *estos.*

antes viene a ser mayor. (34)

¿En Isabela dudáis?

¿No es Isabela mi prima?

CARLOS. El acto me desanima,  
puesto que vos me animáis.

REY. Basta; mas pues no os casáis,  
porque quejas no me den,  
todos con vos bien estén,  
prudente en privanza igual.  
Carlos, ved (35) que os quieren mal,  
y ved (35) que yo os quiero bien.

(Vase.)

CARLOS. ¿Qué es esto? Apenas, envidia,  
a Nápoles he llegado,  
cuando, bramando, has mostrado  
que mi suerte le fastidia;  
pero en los bárbaros lid[i]a  
no en el Rey, que es polo en quien  
hoy mis fortunas se ven,  
pues me dice con fe igual:  
“Carlos, ved que os quieren mal,  
y ved que yo os quiero bien”.

Isabela ha andado aquí.

Isabela al Rey incita;  
al Rey temo; Margarita  
perdone si esto es así.  
A esta privanza subí  
por ella, y pagar es bien,  
pues es la ocasión por quien  
dice el Rey con ira igual: [mal,  
“Carlos, ved (35) que os quieren  
y ved que yo os quiero bien”.

Mas si ella lo solicita, (36)  
¿qué he de hacer? Darle al Rey

[gusto,  
que el poder más sabio y justo  
del pensamiento se irrita.  
Perdóneme Margarita  
y la Reina, pues fué quien  
dió principio a este desdén.  
Triunfe el Rey con ansia igual,  
pues todos me quieren mal  
y él sólo me quiere bien.

~~~~~

(34) Falta un verso de esta décima, consonante en *encia*.

(35) *veo*.

(36) Manuscrito este verso al margen.

ACTO SEGUNDO

(Sale el REY ENRIQUE, puesta la mano sobre el hombro de CARLOS, y él con memoriales; CONDESTABLE, OTAVIO y GRANDES.)

REY. Que os canséis tanto no quiero.

CARLOS. Este es el descanso mío.

REY. Aunque a Nápoles os fío,
a Nápoles os prefiero.

Idos, Conde, a recoger,
que estos se consultarán
después, que los que aquí están
os irán a entretener.

CARLOS. ¿Quién, gran señor, mereció
las glorias que me habéis hecho?

REY. Vos sólo, porque sospecho. (37)

CARLOS. ¿Tanto favor?

REY. Aún no os muestro
mi amor.

CARLOS. Mi lealtad os fío.

REY. Carlos, sed amigo mío,
pues yo soy amigo vuestro.

(Entranse TODOS acompañando a CARLOS.)

Celos, villanos andáis,
pues a un Rey os atrevéis;
mucho de infierno tenéis,
pues la memoria abrasáis.

¿Cómo verdad os fingís,
si sois imaginación? (38)

¿Cómo os creen, si mentís?

Y, si no tenéis razón,

¿qué ley os dió tanta fuerza?

Mas sois, celos rigurosos,
mentiras de poderosos
que se han de creer por fuerza.

Carlos en sus ojos dice
que es leal, sabio y modesto,
y en él defeto habéis puesto
porque en él me escandalice;
mas llamar quiero desvelos
los míos, que en los casados
es bien que sean cuidados
los que, en los amantes, celos.

Mas despreciar a Isabela,
a alguna sospecha incita;
mas ¿si quiere a Margarita,
y ella este amor le desvela?

Puede ser, que el trato suele

(37) Falta el último verso de esta redondilla.

(38) Manuscrito este verso al margen.

tales milagros hacer,
que amor que hace aborrecer
tiene amor que le desvele.

¡Oh, si fuera así y si hallara
en tan bárbaros desvelos
en Margarita consuelos
con que el alma descansara!

¡Qué poca paciencia tiene
el honor! Luego he de hacer
esta experiencia y saber
la verdad. Mas Carlos viene.

(Entra CARLOS con los memoriales.) (39)

CARLOS. Vuestra Alteza me perdone,
que aunque me manda que viva
con sosiego, el bien común
me desvela y me da prisa.
Lleno estoy de memoriales
y de quejas infinitas,
que es la esperanza en la Corte
un infierno de por vida.
Vuestra Alteza los despache.
En este pide justicia
madama.

REY. Si de vos fuera,
luego, por causas precisas,
se ejecutara.

CARLOS. ¿De mí?

REY. De vos.

CARLOS. Traiciones y envidias
podrán culpar mi lealtad
con engaños y mentiras.
¿Tan presto el favor es odio?
¿Tan presto el amor es ira?
Mas subirme Vuestra Alteza
al sol que en su solio (40) pisa
y ahora que en él me tiene,
¿al centro me precipita?
Hechura soy de esos pies;
ellos me alzan y derriban,
mostrando que es la privanza
tan débil o quebradiza.
Aquí mi cabeza ofrezco
si son delitos las dichas
y pecados las mercedes;
pero si es por culpas mías,
¡vive Dios, que no es la luz
del sol más pura y más limpia

que mi lealtad y mi fe,
y que...

REY. ¡Basta!

CARLOS. Al cielo imitan
los reyes, y el (41) cielo consta
de imágenes cristalinas,
dando a entender que han de ser
ellos desta forma misma,
y así, transparente y claro,
a Vuestra Alteza quería
en esta ocasión.

REY. ¡Villano!,
ya que queréis que os lo diga:
Vos os atrevéis al Sol;
vos amáis a Margarita;
vos casaros pretendéis
con ella; vos han codicia
y ambición; ser mi cuñado
solicitáis vos, si animan
favores a intentos locos
y halagos a demasías,
castigos a ser leales
y cuerdos a sinjusticias.
(Ap.) ¡Oh, celos, bien dijo un sabio
que érades la fantasía
de la razón! Si confiesa
que la sirve y que la estima,
me da vida, y si lo niega,
mis sospechas acredita.

CARLOS. El Rey está airado. Aquí,
aunque la Reina lo diga,
me importa negar, que el Rey
es la máquina en que estriba
mi esperanza.

REY. En el silencio
y en la púrpura esparcida
en vuestro rostro, conozco
la intención y la malicia.

CARLOS. Señor, si algún envidioso
defeto en mi honor ha puesto,
y, ingrato, me ha descompuesto
con Vuestra Alteza, es forzoso
dar mi descargo, y así,
en esta ocasión, no hablando,
antes haciendo y obrando,
quiero responder por mí.

Y esto, señor, ha de ser
dando a Isabela la mano,
que es el término más llano
con que os puedo responder.

Porque responder que yo

(39) Manuscrito, al margen: *Va a entrarse.*

(40) *sus olios.*

(41) *los reyes y al.*

en tan loco pensamiento
no tuve jamás intento
y que la envidia mintió,
era dejar la sospecha
siempre viva en la intención,
y con tal resolución
queda vencida y deshecha.

Así mi honor se acredita
y la traición se desvela,
respondiendo en Isabela
que no quiero a Margarita.

REY. Yo he sido mal informado,
y aunque os reprendí ofendido,
quisiera haberos oído
que la habíades amado.

Mira lo que amor ha hecho
en mí, pues es cosa clara
que si culpado os hallara
quedara más satisfecho.

Aunque también lo he quedado
viendo que a Isabela amáis,
que así me desengañáis
de mi enojo su cuidado.

Hoy Isabela ha de ser
vuestra esposa; deste gusto
todo es dudar y temer. (42)

CARLOS. Vuestra hechura soy del modo
que veo.

REY. ¡Basta!

CARLOS. Vuestro soy.

REY. Celos, satisfecho voy,
aunque no lo voy del todo.

(Vase.)

CARLOS.

Dijo Aristarco bien que el rey Sol era,
pues en la lumbre que en sus rayos crece
a un tiempo los diamantes endurece,
a un tiempo ablanda la engrumada cera.

Ya da espanto y temor con voz severa,
ya con blanda piedad clemencia ofrece;
que lo que pierde aquél, éste merece,
y así el loco en sus rayos persevera.

No hay en el rey y el Sol cosa constante:
el fuerte se enternece en sus consejos,
el manso se endurece en su semblante.

¡Dichoso aquel que, huyendo sus reflejos,
cera no quiere ser, ni ser diamante,
y a los reyes y al Sol mira de lejos!

(42) Falta un verso de esta redondilla.

(Sale CORVINO.)

CORVINO. Dos horas ha que te busco
abriendo y cerrando puertas,
que después que eres privado
alma pareces en pena.
Ahora memoriales miras
de un necio que al Rey se queja,
de un enfadoso que pide,
o un soldado que blasfema.
¡Miren qué papeles llenos
de halagos y de terneza
de una niña de quince años,
entre blanca o entre negra:
blanca en manos, blanca en cara.
blanca en dientes, negra en cejas,
negra en cabellos y en ojos,
que no hay belleza perfeta
cuando las niñas no son
espíritus de Guinea,
que unos ojos dominicos
van predicando belleza!
Ciertas nuevas te traía;
mas, porque no te diviertas,
me voy, adiós.

CARLOS. ¡Loco! Aguarda.

CORVINO. Aguarde tu mucha flema
un bellaco que hace en carro
jornada de ochenta leguas
o un triste que está sufriendo
la eternidad de una suegra.

CARLOS. Aguarda.

CORVINO. No he de decillas
si los papeles no dejas.

CARLOS. Yo los dejaré si son
de Isabela.

CORVINO. De Isabela
son.

CARLOS. Pues dejo los cuidados;
pero quiero que me adviertas
si son buenas o son malas.

CORVINO. Son entre malas y buenas;
que suele a veces la envidia
estimar lo que desprecia.
Isabela, al fin, señor,
sentida de tus ofensas,
para vengarse de ti
se casa.

CARLOS. ¡Venganza necia!,
que la venganza ha de ser
sin daño del que se venga;
y así, se castiga cuando
vengarse, Corvino, piensa,

porque es casarse sin gusto
castigo en cárcel perpetua.
¿Son ésas las nuevas?

CORVINO. Pues
siendo las bodas tan ciertas,
ni son nuevas para dichas,
y más cuando son tan frescas
que vienen bullendo (43) sangre.

CARLOS. Por el mismo filo intenta
vengarse de mí.

CORVINO. Por Dios,
que hechos los contratos quedan
con el Condestable ya,
y que aguardan la licencia
del Rey. Isabela dice
que se ha de casar sin ella
cuando se la niegue el Rey.

CARLOS. ¿Qué dices?

CORVINO. Que no hay prudencia
en mujer desestimada,
y si el daño no remedia,
te has de quedar, como dicen,
a la luna de Valencia.

CARLOS. ¿Cómo puede ser si el Rey
tiene su palabra puesta
y me la da por esposa?

CORVINO. ¿Qué importa que el Rey la tenga,
si en la voluntad consiste,
y ésta es monarquía exenta? (44)

¡Vive Dios que los vi juntos
diciéndose mil ternezas
como tórtolas amantes!

CARLOS. Será mía aunque no quiera.

CORVINO. Ya, señor, *tarde piache*.

Bien le picó.

CARLOS. ¿Hablas de veras?

CORVINO. Tan de veras, que esta noche
han de estar las bodas hechas.

CARLOS. ¡Calla, infame!

CORVINO. ¡Que me ha muerto!
Belcebú que dé otras nuevas.

(Vase.)

CARLOS. Bien dices; que nuevas tales
darlas demonios pudieran.
¡Oh, celos!, partos infame[s]
de la envidia y la sospecha,
con quien no hay prudencia sabia
ni hay robusta fortaleza.

Isabela se ha vengado
de mis desprecios, que llegan
los desengaños a ser
luz del alma y sus potencias;
pues a Isabela he perdido,
todo con ella se pierda:
acábase la privanza,
los memoriales perezcan,

(Rompe los memoriales.)

y así, en confusos pedazos,
lisonjas del viento sean.

(Sale la REINA.)

REINA. Carlos, ¿qué es esto?

CARLOS. Señora.

REINA. ¿Vos descompuesto y así?

CARLOS. Sale la razón de sí,
y pude, sin ella, ahora,
como ves descomponerme
dándole a la novedad
licencia (45) esta soledad,
que es la que pudo atreverme.

REINA. Y estos papeles ¿qué son?

CARLOS. Papeles que mis crueles
ansias pagaron, papeles,
sin dar ellos la ocasión.

REINA. ¿Es disgusto con Su Alteza?

CARLOS. ¿Pues quién, señora, podría (46)
turbar la prudencia mía
sino sólo su grandeza?

REINA. ¿Y ha sido el enojo injusto?

CARLOS. Es tan pesado y tan grave,
que a Vuestra Alteza le cabe
también parte del disgusto.

REINA. ¿A mí?

CARLOS. A Vuestra Alteza, pues
Margarita es la ocasión
de tan grave confusión.

REINA. ¿Qué decís?

CARLOS. Que ocasión es

Margarita del disgusto
que el Rey conmigo ha tenido.
Pues ¿lo ha sabido?

REINA.

CARLOS. Ha sabido,
señora, mi intento injusto,
y sus razones podían
hacer mucho más en mí.

(43) bulliendo.

(44) essenta.

(45) licencia a.

(46) podrá.

REINA. ¿Qué dijisteis?
CARLOS. Respondí
que lisonjeros mentían
y envidiosos que en mi honor
habían defetos puesto,
pero no ha parado en esto
su disgusto y su rigor,
porque me manda casar
con Isabela, forzado;
mirad si desesperado
y si confuso he de estar,
pues mi muerte solicitan
cuando inocente padezco,
y me dan lo que aborrezco,
y lo que adoro me quitan.

(Sale el REY ENRIQUE, y vase a entrar la REINA, y detiéndose.)

REY. Ya no lo puedo sufrir.
Si es engaño saber quiero.
Señora.

REINA. Señor.

CARLOS. No espero
de esta confusión salir.

REY. Carlos, ¿vos estáis aquí?

REINA. Trujo un pliego.

REY. ¿Tal escucho?
Señora, estimalde en mucho,
que en él me estimáis a mí.

REINA. ¿Pues si tanto le estimáis,
como lo casáis por fuerza?,
que el gusto jamás se fuerza,
y dice que le forzáis.

REY. ¿Yo le fuerzo, yo? El a mí
a Isabela me ha pedido,
y yo se la he prometido.

REINA. ¿Qué decís? ¿Es esto así,
Carlos?

CARLOS. Sí, señora.

REINA. Pues
¿cómo decís que os forzaba
y que a disgusto os casaba
Su Alteza?

CARLOS. Señora...

REINA. No es (47),

Carlos, negar la verdad
acción para merecer,
porque el mentir suele ser
puerta a toda falsedad;
y quien mintiendo confirma,

perjuro, su poca fe,
aunque en alabastro esté
negará su misma firma.

Pero a firma cautelosa
de fementido escribano,
habrá mano, y será mano (48)
vengativa y poderosa.

Voyme. Disculpad, señor,
disgusto que es tan forzoso,
que hallo a Carlos mentiroso;
mirad no le halléis traidor.

(Vase.)

REY. Carlos, ¿qué es esto?

CARLOS. Señor,

sentido de la mudanza
de Isabela que, en venganza
de mi desprecio y rigor,

en secreto se ha casado
con el Condestable, aquí
engañé a Su Alteza así,
celoso y desesperado,
encubriendo mis desvelos,
porque en persona que alcanza
su favor y tu privanza
es bajeza tener (49) celos.

REY. ¿Qué son celos?

CARLOS. Son, señor,
una sospecha admitida,
y una quimera nacida
de la imprudencia de amor.

Son un mal que causa bien,
y son siempre, mal seguros,
unos espíritus puros
que animan y no se ven.

REY. Y cuando viéndose están
sin quimeras ni desvelos,
¿qué serán?

CARLOS. No serán celos:
agravios, señor, serán.

REY. Y entonces, ¿qué debe hacer,
si el agraviado es discreto?

CARLOS. Vengarse.

REY. ¿Cómo?

CARLOS. En secreto.

REY. Admito ese parecer;
tanta pesadumbre dan
unos viles pensamientos.

(48) *avrà maestro y será maestro; enmendado manuscrito mano.*

(49) *es baxeza aver.*

(47) *No se.*

CARLOS. Los infernales tormentos,
glorias llamarse podrán
a su rigor comparados,
y si en celos padecieran (50),
mayor infierno tuvieran
en ellos los condenados.

REY. Notable ponderación.
¿Y en ma[ri]dos? (51)

CARLOS. Más forzosos.

REY. Los reyes somos dichosos
en no saber lo que son;
que como en todo los cielos
nos privilegian (52), el nombre
de rey dice que no hay hombre
que se atreva a darnos celos.

CARLOS. ¡Ah, señor!, si Vuestra Alteza
como hombre experimentara
sus rigores, disculpara
mis yerros en su fiereza.

REY. Carlos, si me diera a mí
el cielo tan vil castigo,
y me ofendiera un amigo,
como vos lo sois aquí
del Condestable, ya hubiera
hecho un grave desatino,
porque en vos los imagino
como si en mí los sintiera;
porque vuestros desconsuelos
tanto en mí los transformáis,
que en vuestros celos me dais
ocasión de tener celos,
y con ellos, ¡vive Dios
que mate!

CARLOS. Señor, ¿qué es esto?

REY. Los celos me han descompuesto
que he considerado en vos.
Mirad, Carlos, lo que es ser
buen amigo, pues así
vuestros disgustos a mí
me pueden descomponer.
Y del ejemplo presente
seguro podéis estar
que lo sabrá remediar
el que así por vos lo siente.
Al Condestable llamad,
que yo desistir le haré
de Isabela.

CARLOS. El bronce os dé,
burlando la eternidad,

vida inmortal. Hágaos Dios,
rey de opuestos paralelos,
no sepáis lo que son celos.

REY. No podré, viviendo vos;
que siento los que sentís.

CARLOS. Mis celos son desvaríos;
se acaban hoy.

REY. Y los míos
se acaban si vos morís.

(Vase CARLOS, y sale la REINA MARÍA y MARGARITA,
con una carta en la mano la REINA.)

REINA. Esto mi hermano me escribe.

(Lee MARGARITA:)

MARGAR. "A Margarita, casada
tengo en Portugal". Amor
sólo es el rey de las almas;
no hay otro rey que las fuerce.

REINA. Piensa que Carlos se casa
con Isabela, y podrás,
contenta y desengañada,
hacer el gusto del rey.

MARGAR. ¿Eso dices cuando agravía
Carlos tu grandeza y pone
en contingencia mi fama?
Será Carlos mi marido;
cumpliráme la palabra,
aunque Italia se convoque
y aunque se alborote Francia.

REINA. ¿Estás loca?

MARGAR. Loca estoy.

REY. Temeroso, en cuanto tratan
imagino que me ofenden.
¿Es carta, señora?

REINA. Es carta
del rey.

REY. ¿Qué escribe?

REINA. Que tiene
a Margarita en España
casada, y que en Portugal
es reina.

REY. Y a mí me encarga
que las galeras prevenga,
porque ha de ser la jornada
esta primavera. Al fin,
es tan discreta y gallarda
como cuerda Margarita,
que aunque disgustado estaba
por siniestra información,
con sus virtudes y gracias

(50) *padescieran*.

(51) *mados*, con tilde sobre la *a*.

(52) *previlegian*.

ya he quedado satisfecho.
 REINA. ¿Y fué el enojo con causa?
 REY. ¿Qué más causa que decirme
 que en deshonor y en infamia
 de Nápoles y Sicilia (53)
 en secreto se casaba
 con un escudero nuestro,
 cuyo padre fué en mi casa,
 si en mis doseles pintura
 en mis mármoles (54) estatua,
 y a quien yo, por la humildad,
 al cielo de mi privanza
 levanté de entre mis pies,
 si no ha sido darle alas
 para que caiga del cielo
 antes que en la cuenta caiga?
 Carlos, me dicen, señora,
 que, hecho Luzbel, se levanta
 a su (55) amo, yo, y no piensa
 que hay Miguel que con la espada
 de la justicia divina,
 que en los reyes desenvaina
 diciendo “¿Quién como el rey?”,
 su soberbia y su arrogancia
 no derribe y atropelle,
 porque si mi enojo pasa
 a ejecución, daré espanto
 con su castigo a la Italia,
 aunque en Vuestra Alteza así
 tenga tal ángel de guarda.
 Si pensamientos han sido,
 sólo pensamientos bastan
 para ser digno de pena;
 que si los reyes retratan
 a Dios con los pensamientos,
 también los reyes se agravian.
 Entiéndame Vuestra Alteza,
 que en las majestades sacras,
 como causas superiores
 son (56) superiores las faltas.
 REINA. Quien de Margarita tiene
 tal pensamiento, se engaña,
 que es Margarita prudente
 y es Margarita mi hermana.
 MARGAR. Esto es cerrarme los labios
 y robarme las palabras;
 mas no han de poder con esto
 sacarme a Carlos del alma,

(53) Cecilia.
 (54) marmores.
 (55) a ser.
 (56) sin.

porque mi esposo ha de ser.
 REY. Esta noche, al fin, sin falta,
 Carlos se ha de desposar
 con Isabela, y a honrarlas (57)
 habéis de asistir las dos.
 MARGAR. Lo que Vuestra Alteza manda
 se hará, puesto que inocente
 está Carlos, si es venganza
 el casalle sin su gusto.
 REY. Carlos es sólo el que gana.
 Isabela es la que pierde,
 que la virtud y la fama
 son dotes de la hermosura,
 que muere si éstos le faltan.
 REINA. Mucho merece Isabela.
 REY. Bañada en púrpura y nácar
 mis temores acredita,
 que Amor en los rostros habla.
 REINA. ¿Qué me manda (58) Vuestra Al-
 [teza?
 REY. Si Amor en todo es monarca,
 Amor manda que me quiera.
 REINA. Yo soy vuestra humilde esclava.

(*Entranse las dos.*)

REY. ¡Cuán diferentes que son
 las obras de las palabras!

(*Sale el CONDESTABLE.*)

CONDESTABLE.

Carlos dijo, señor, que Vuestra Alteza
 me mandaba llamar.

REY.

Yo os he llamado.

Alzad, y cubrid, Conde, la cabeza,
 que os honro así teniéndome enojado,
 que puesto que os disculpa la belleza,
 con quien nunca fué Amor considerado,
 fuera bien declararme vuestro intento,
 antes [que] del favor, [d]el casamiento.

CONDESTABLE.

No entiendo a Vuestra Alteza.

REY.

Yo he sabido

que tratáis de casaros.

(57) honrarlos.
 (58) mande.

CONDESTABLE.

¿Yo casarme?

Engaño, gran señor, o envidia ha sido.

REY.

¿A qué intento [podrían] (59) engañarme?

CONDESTABLE.

Tal pensamiento agora no he tenido; libre estoy, no pretendo sujetarme, demás que la Infanta Margarita más soberano esposo solicita.

REY.

¿Quién vió igual confusión? Todo es cautela deste Carlos ingrato, que en mi agravio, en mi daño y ofensa se desvela, que es ciego Amor espíritu del labio. ¿Luego vos no os casáis con Isabela?

CONDESTABLE.

¿Con Isabela yo?

REY.

El honor más sabio le pintaron en forma de serpiente, diciendo que ha de ser mudo y prudente.

CONDESTABLE.

¿Yo a Isabela, señor? No he imaginado aún en ella atrever el pensamiento; ¿Yo con ella concierto efetuado? ¿Yo con ella tratado casamiento? Carlos, que aspira a superior cuidado juntando al Sol pirámides de viento, será el esposo de Isabela bella, mas ya casarse no querrá con ella.

REY.

¿Por qué ocasión?

CONDESTABLE.

Infunden los favores de los reyes mayores esperanzas, y así debe aspirar a otros amores; que dan atrevimiento las privanzas.

REY.

Enemigos cobardes y traidores, ¿cuando es digno de eternas alabanzas a Carlos descomponen? Condestable, Carlos es otro yo; nadie en él hable. Este sabe en mi agravio alguna cosa;

pues tanto hablaré Carlos algún día que (60) será esta advertencia provechosa.

CONDESTABLE.

¿Su Alteza sabe bien de quién se fía? No lo sabe.

REY.

¿Qué necia, qué enfadosa es siempre, Condestable, esta porfía! Carlos sólo en mi reino verdad trata; el áspid, alimento que me mata.

CONDESTABLE.

Muchos tratan verdad.

REY.

¡Basta! Conmigo Carlos ha de ir al cuarto de Isabela (61), y venid vos también, a ser testigo de su gloria.

CONDESTABLE.

¿En qué [modo] se desvela honrando a este traidor, que es su enemigo!

REY.

Prudente es el honor que se recela. Conde, ¿no sois mi amigo?

CONDESTABLE.

Esclavo vuestro.

REY.

Pues no culpéis aqueste amor que nuestro.

(Entrese, dándole la mano al CONDE el REY, y sale ISABELA y CORVINO.)

CORVINO. Dije, al fin, que te casabas con el Condestable, y luego vertió por los labios llamas y por los ojos infiernos.

ISABELA. Pues ¿a qué efeto, villano, hiciste tan loco enredo?

CORVINO. A efeto de que estas bodas tuviesen próspero efeto.

ISABELA. ¿Yo casarme con el Conde? Primero verás los vientos hechos montes de cristal, y en los abismos los cielos.

CORVINO. ¡Basta, leona!

ISABELA. Casarme

(59) podrán.

(60) que me.

(61) Carlos al cuarto de Isabela ha de yr.

no puedo con él, que han puesto impedimento (62) en mi gusto.

CORVINO. ¿Ya buscas impedimentos?

ISABELA. Que no me case me mandan.

CORVINO. ¿Quién tiene en Carlos imperio que te lo puede mandar?

ISABELA. El lo sabe.

CORVINO. Viles celos son los que dan en villanos, pues son pesados y necios y no perdonan injurias. Por delito tan pequeño grande castigo es el tuyo.

ISABELA. ¡Ay, Corvino, que reviento por dar voces que en los labios despedazadas las tengo: Carlos es ingrato, Carlos es traidor, Carlos...

(Entre CARLOS.)

CARLOS. Los ecos de Carlos, Condesa hermosa, al peñasco de mi pecho llegaron, y hiriendo en él a vuestras plantas han vuelto. Aquí está Carlos, aquí tenéis al esclavo vuestro, honradme en vuestras prisiones, señalad (63) con vuestros hierros, dadme esa mano divina de jazmín...

(Sale MARGARITA.)

MARGAR. ¡Cielos! ¿Qué veo?

Dale Isabela la mano, y deja que firme a besos contratos que siendo llanos se pongan después a pleito. Llegas a la mano los labios, ¿qué te acobardas? Impresos, si es lámina de alabastro, queden en ella.

CARLOS. Hoy me pierdo si en tan grave confusión no vengo a perder el seso.

CORVINO. Es Carlos un mentecato, y tan corto, que sospecho que aun poniéndola en su boca ha de fruncilla (64), temiendo,

si es la mano de jazmín, algún áspid encubierto esté en ella. Tú, señora, con tu raro entendimiento, pierde el enfado a este tonto, quita a este cobarde el miedo.

MARGAR. Yo lo haré si el recaballa y el besalla estriba en ello. Dame, Isabela, la mano, porque como no está hecho Carlos a excesos iguales, pensará que éste es exceso.

(Toma la mano MARGARITA a ISABELA.)

Llega y mira lo que firmas, porque aquí juntas te ofrezco en dos manos, dos contratos; firma en una con respeto; no te atrevas a las dos, considerando primero, Carlos, la mano que tomas, porque será atrevimiento tomar dos, siendo una sola la que mereces en premio, que siendo así, ha de quedar una desechada, [y] (65) pienso que una mano desechada, ofendida del desprecio, se sabrá vengar, y basta ser de mujer para sello.

ISABELA. Yo no se la quiero dar.

CARLOS. Ni yo recebilla (66) quiero.

MARGAR. Pues, siendo así, entre los dos el contrato está deshecho.

CORVINO. ¡Válgate el diablo por hombre!

¿Eres galán recoleto?

¿Eres monja en lo mirlado?

Llégate, que ya no hay cuello.

(Entra [el REY y] la REINA y el CONDESTABLE, GRANDES y OTAVIO.)

REINA. Despósate con valona.

REY. Si con esto no sosiego, ten lástima, Amor, de mí. Sed de este dichoso empleo todos testigos.

OTAVIO. Señor, fruncidos y rost[r]ituertos están los novios.

(62) *impedimiento; impedimentos.*

(63) *señaladme.*

(64) *frunzillar.*

(65) *una desechada que.*

(66) *recebilla.*

REY. No son mis temores y recelos sin causa. ¿No os dais las manos?

CORVINO. Este es Rey en cura injerto. (67)

REY. Carlos ¿no das a Isabela la mano?

MARGAR. Ya se lo ruego, y se encoge y acobarda.

ISABELA. Yo, gran señor, me resuelvo en no casarme; y forzada será infierno el casamiento.

CARLOS. Yo digo, señor, lo mismo.

REY. Basta. Si aquí no me vengo no soy Rey. Callar importa, pues el daño he descubierto.

MARGAR. Carlos mi enojo ha temido.

REY. Yo voluntades no fuerzo, y así, en vuestras voluntades aquí replicar no quiero.

CONDEST. Mira, señor, si de Carlos son las traiciones y enredos.

REY. Nada de Carlos me digas, Conde, que no he de creello.

ISABELA. ¡Ah, quién pudiera dar voces!

REINA. Mal hicistes en traernos Carlos, aquí para tales locuras y desaciertos.

CARLOS. ¿Quién vió mayor confusión?

CONDEST. Corazón, ¿qué sentís desto?

REY. Hoy he de acabar con todo, si no me acaban los celos.

(Vanse.)

ACTO TERCERO

(Entra el CONDESTABLE y ISABELA.)

CONDEST. Suele de dos discordancias amor formarse mejor, porque es instrumento Amor de imposibles consonancias, pues vemos, tal vez, hacer en dos almas diferentes cláusulas tan excelentes que aun no las sabe entender; y así, nuestras esperanzas conseguirán fin dichoso, porque Amor es más glorioso cuando comienza en venganzas.

ISABELA. Engendre en dos ofendidos,

(67) *enxerto.*

si en la venganza es mayor, tal conformidad Amor y tal paz en los sentidos, que con eternos desvelos, puesto que es venganza ingrata, ¡el que de celos me mata muera de envidia y de celos!

CONDEST. En esta conformidad, las manos las prendas sean del vínculo que desean el alma y la voluntad.

ISABELA. Lazos serán que apartarlos pueda la muerte no más.

CONDEST. Con la mano que me das, ¡muera Carlos!

ISABELA. ¡Muera Carlos!

CONDEST. Sepa lo que pasa el Rey, que hay grandes que le sigan.

ISABELA. A estos desprecios obligan.

CONDEST. Y a esto la razón y ley. Aquí está la camarera.

([Vase el CONDESTABLE.] Sale la REINA vistiéndose; madama JULIA, CRIADOS.)

REINA. ¿Cómo no me habéis corrido la cortina?

ISABELA. Causa ha sido pensar que no se vistiera hoy Vuestra Alteza tan presto.

REINA. Fuerza ha sido estar vestida, que mi hermana y su partida en tal cuidado me han puesto. Dejadme con la Condesa, que por hacer que me asista quiero que sola me vista.

ISABELA. Merced por castigo es ésa.

REINA. ¿Qué hay de vuestro casamiento?

ISABELA. Ya no trato de casarme.

REINA. Las sortijas. ¿Por qué?

ISABELA. Hallarme pudo Amor con nuevo intento.

REINA. El espejo. Pues ¿por qué, mereciendo Carlos tanto?

ISABELA. Y aun por eso.

REINA. Yo me espanto que Carlos disgusto os dé, que, después de ser en todo el más galán caballero y cortés, el que más quiero. Y aun por eso.

ISABELA. De ese modo, antes habías de ser

su esposa con mayor gusto.
Los guantes.

ISABELA. Puede el disgusto
de Vuestra Alteza temer.

REINA. ¿Mi disgusto?

ISABELA. Sí, señora.

REINA. ¿Cómo? Dadme aquel papel.
De no casaros con él
me advertid la causa agora.

ISABELA. Margarita me mandó,
en nombre de Vuestra Alteza,
con extraño y extrañeza,
que no me casara.

REINA. ¿Yo
pude tal cosa mandar?

ISABELA. Esto lo que pasa es.

REINA. Si eso es así, con él, pues,
agora os mando casar.

ISABELA. ¿Yo casarme?

REINA. Esto ha de ser,
no tenéis que replicarme.

ISABELA. Ya es imposible casarme.

REINA. ¿Por qué?

ISABELA. Porque soy mujer...

REINA. ¿De quién?

ISABELA. Señora...

REINA. ¡Acabad!

ISABELA. Del Condestable.

REINA. ¿Tan presto?

ISABELA. Sí, señora.

REINA. Pues en esto,
sin poner dificultad
no ha de haber réplica, y hoy
vuestro marido ha de ser
Carlos, o en mí habéis de ver
lo que puedo y lo que soy;
mira[d] que me sé enfadar,
y mirad que me tenéis
desabrida.

ISABELA. ¿Yo?

REINA. No deis
a que me enoje lugar,
que ya sé que os sirve el Conde
dos años.

ISABELA. Siendo eso así,
¿por qué me mandáis aquí
que a quien tan mal corresponde
en dos años, desta suerte,
dé la mano?

REINA. Esto ha de ser,
no tenéis que responder.

ISABELA. ¡Ley dura, mandato fuerte!

REINA. Mandando fuerte en los dos

sea, o sea dura ley,
sedlo, o, ¡por vida del Rey,
que me he de enojar con vos!
¡Basta!

ISABELA. ¡Mirad cómo quedo!

ISABELA. ¡Que la voluntad se obliga!

REINA. ¿No vais?

ISABELA. Voy. (¡De esta enemiga
me pienso vengar, si puedo!)

([Vase.])

REINA. Es tan fuerte prevención
excusar a Margarita
del rigor a que se incita,
puesto que tiene razón,
pues con palabra y con mano
de esposos, y a un alma asido,
y yo la culpa he tenido,
pues sin saber que el villano
era de Isabela esposo,
a Margarita le di,
engrandeciéndole (68) así;
y así, el remedio es forzoso,
porque vaya Margarita
a ser reina en Portugal.

(Sale JULIA.)

JULIA. Con Su Alteza, el Cardenal
la partida (69) solicita,
de la Infanta mi señora,
a Portugal.

REINA. Tiene en él
un fiscal. Este papel
da a Carlos.

JULIA. Yo voy.

(Vase. Sale MARGARITA.)

REINA. Agora
no te podrás excusar
en la partida, pues ves
el mar, zafir (70) de tus pies,
al sol y a los vientos dar
flámulas (71) y banderolas
que, [al ser miradas] (72) de lejos,

(68) engrandeciendola.

(69) la partion.

(70) safir.

(71) framulas.

(72) Dice así el verso: que CTERMINADA de lexos;
la t puede ser también r o s alta, por estar machaca-
do el tipo. Es errata de bulto difícil de suplir. Acaso
pudiera interpretarse examinadas. Compárese nota 77.

como en lucientes espejos
se retratan en las olas;
y al fin, de leños poblada,
hacerte hasta España esfera,
pasadizos de madera
en esta feliz jornada.

MARGAR. ¿Cómo otro esposo me das,
si ya un esposo me diste?
El yerro (73) basta que hiciste,
sin que en él añadas más;
segundo esposo no quiero,
si en Carlos me diste esposo.

REINA. Esto ha de ser, y es forzoso.

MARGAR. Consideraras primero
lo que hacías, porque ya
de la forma de los labios
pasó a mayores agravios.

REINA. ¿Estás loca?

MARGAR. Amor lo está.

REINA. ¿Qué dices?

MARGAR. Que en la ocasión
es Amor necio y villano,
y que por dalle la mano
se atrevió a la posesión;
y sí, por tu causa, así
burlada, Carlos me deja,
de ti, señora, te queja
y no te quejes de mí.

(Vase.)

REINA.

¿A quién le ha sucedido
caso tan impensado y nunca oído?
¡Oh, fementido Conde!,
¿así a mi voluntad se corresponde?
Mi honor está perdido,
y yo la causa de perderle he sido.

Ya es fuerza que el respeto
se niegue a la grandeza y al secreto.
Vengaréme de Carlos
y de mi hermana vil; ¡voy a matarlos!
¡Oh, honor, aliento puro,
que aun en la majestad no estáis seguro!

(Vase. Sale CARLOS, con memoriales. y CORVINO, con un papel.)

CORVINO. Madama Julia me dió
ésta, señor, para ti.

CARLOS. Corvino, ¡no estoy en mí!

CORVINO. Ni en mí tampoco estoy yo,
porque después que cambió
en sí tan nueva mudanza
el compás de esta privanza,
tus amigos y criados
andamos de ti privados,
y es sabueso el que te alcanza.

CARLOS. Llégame esa escribanía,
que estos despachos deseo.
aunque cansado me veo.

CORVINO. Matar se quiere vusía
con tanta papelería.

CARLOS. Dejadme solo, y echad
el marco.

CORVINO. Tal soledad
aquí apetecerle pudo
un ermitaño barbudo,
si es yermo la majestad.

(Vase.)

CARLOS. ¡En qué laberinto, Amor,
bárbaro, inadvertido,
sin pensallo me has metido
con crueldad y con rigor!
¿En Isabela mejor
no estaba mi pensamiento,
si no con mayor aumento,
con mayor paz y quietud?
Pues ¿cómo en mi ingratitud
dejas al mundo escarmiento?
¿Cómo quieres que le dé,
con potestad infinita,
ambicioso, a Margarita
lo que de Isabela fué?
Y ya que, sin ley ni fe,
mi lealtad has descompuesto,
y así entre las dos me has puesto,
¡redímeme de las dos,
o deja, Amor, de ser dios,
pues puedes tan poco en esto!

La Reina me escribirá
amenazas por su hermana,
que es majestad soberana,
y más si enojada está.

(Lee:)

Para casarme me da
con Isabela licencia.
Ayer, con loca imprudencia,
mandó que no lo tratase,

y agora manda que (74) case,
con rigor y con violencia. [sión,
¿Qué es esto? ¿Hay tal confu-
hay tal desdicha, hay tal pena?
Mas, seguir lo que me ordena
es precisa obligación.
Estos los abonos son
de mi lealtad. Isabela
será mía, y si hay cautela
en lo escrito, por lo escrito
me absolverán del delito
que me aflige y me desvela.

Mi grave melancolía
se hace en perezoso sueño,
de los espíritus dueño
con inmortal tiranía.
¿Qué grosero es, si porfía!
Engañarle un poco quiero:
si eres la imagen así
de la muerte, muerto en ti
triunfaré de lo que muero. (75)

(*Duérmese. Sale el REY, con una llave en la mano.*)

REY. Resuelto ya en la venganza,
lo que fué imaginación
es digna resolución
que con la muerte se alcanza,
o como la confianza
y la fe son obras muertas,
ya en Carlos sospechas ciertas
me hacen dudar y temer,
y experiencias vengo a hacer
abriendo y cerrando puertas.

¿Desdichado del marido
que anda acreditando celos!,
que el agravio en los desvelos
es culpado y no es creído.
Este es Carlos. ¿Si me ha oído?
¿Carlos! No; durmiendo está.
¿Famosa ocasión me da (76)
en la pena que pretendo!
Pero matalle durmiendo,
civil castigo será,

que la venganza es gloriosa
cuando mira al ofensor
el castigo y el rigor
en la ejecución honrosa,
que en la muerte rigurosa,
no sabiendo por qué muere,

la venganza no se adquiere;
que como tan vil delito
nace del torpe apetito,
de pura venganza quiere.

¿Cuán diferentes cuidados
oprimen nuestros sentidos!;
mas para agravios dormidos
hay castigos desvelados.
Memoriales consultados
son éstos. Mas ¡ay de mí!,
flores son, pues hallo aquí
un áspid fiero y [cruel], (77)
que es de la Reina el papel,
y así mata y dice así...

Pero cordura será
no leelle, porque el sabio,
cuando más busca al agravio,
de encontrarlo huyendo va;
mas leello es fuerza ya.

(*Léelo.*)

"Licencia de mí tenéis,
Carlos, para que os caséis
con Isabela, y así,
sin acordaros de mí,
tan digna elección haréis;
que aunque en lámina firmasteis,
la firma [a] borrar me allano,
advirtiendo que la mano
a la Reina le besasteis;
que, pues así me engañasteis,
a mi honor y a mi sosiego
importa que os caséis luego;
mirad que me enojaré
sino lo hacéis, y que haré
castigo lo que hoy es ruego.

La Reina. ¿Quién ha llegado
a desengaño tan cierto?
¿Quién no mata y quién no ha
el agravio averiguado? [muerto
Aquí el honor ha apurado
el sufrimiento mayor;
mas si en tan fiero rigor
me descompongo, es perder
el honor, que puede ser
secreto y prudente honor.

Con recato y con secreto
me he de vengar de los dos;
y comencemos (78) en vos,

(74) *que me.*

(75) Falta un verso de esta décima.

(76) *das.*

(77) *civil.*

(78) *comencemos.*

papel, el sangriento efeto,
que en romperos me prometo
el castigo que he de dar;
roto lo quiero dejar,
para darle así a entender
que quien le pudo romper
también lo pudo matar;
y en ser la firma encubierta
escribir lo que no advierte (79)
ya escrito. Porque despierte,
echaré el golpe a la puerta.
¡Despierta, Carlos, despierta!
Así las dejaré abiertas. (80)

(*Vase.*)

CARLOS. Señor, ya voy; aquí están,
luego se despacharán;
aquí yo. ¡Oh, cuidado eterno
de la afición y el gobierno,
qué breve sosiego os dan!
¡Aun no queréis permitir
que en sueños repose y viva!
Pero quien ama y quien priva,
¿cómo ha de poder dormir?
La puerta cerrar y abrir
parece que oí; sería
rumor en la fantasía;
mas no, porque no esparcidos,
ni por el suelo caídos,
los memoriales tenía.
Llave poderosa pudo
entrar; roto está el papel
de la Reina, y puesto en él
un mote extraño, aunque agudo.
La Reina entró, ¿qué lo dudo?,
y en el papel se desdice,
pues lo rompe y pues me dice:
"Quien lo rompió de este modo,
Carlos, romperá con todo".
¿Hay hombre más infelice, (81)
y hay más varios pareceres
de mujer? Si no ha de ser
Margarita mi mujer,
¿qué me persigues, qué quieres?
¡Oh, rigor en las mujeres,
jamás de hombre[s] entendido,
mar vengativo y fingido,
siempre tormentos y calmas

donde se anegan las almas
y se derrota el sentido!

(*Rompe el papel. Entra el REY, y dale con los pedazos.*)

REY. ¡Carlos!
CARLOS. ¡Gran señor!
REY. ¿Qué es esto?
CARLOS. Acciones de Amor, crueles. (82)
[REY.] ¿Es memorial?
CARLOS. No, señor.
REY. Celos serán, o desprecios
de Isabela, que tan necios
son los efetos de Amor.
CARLOS. Causa es Isabela bella;
pero no es suyo el papel,
antes me manda por él...
REY. ¿Qué?
CARLOS. Que me case con ella.
REY. Pues ¿quién os puede mandar
a vos? ¿Tenéis otra dama?
CARLOS. Otra, forzado.
REY. ¿Y os ama?
CARLOS. Y yo no la quiero amar,
porque agradecido estoy
a Isabela.
REY. ¡Gran fineza!
CARLOS. Aliento de Vuestra Alteza
y hechuras de tus pies soy,
y así, os suplico me deis
licencia de retirarme
a Gaeta.
REY. ¡Eso es matarme!
No quiero que os retiréis.
CARLOS. Señor, con vuestra licencia,
en Nápoles no he de estar
dos horas.
REY. Yo os doy lugar,
siendo así, a mayor ausencia,
pues quiero que a Margarita
hasta España acompañéis.
CARLOS. ¡Señor!
REY. Luego os prevendréis.
(Tanto el agravio me incita,
que si aquí más se detiene,
pienso que he de hacer en él
lo que hice en el papel.)
A Otavio, que se previene
ya en mis galeras, llamad,
porque también la acompaña;
y en enviaros a España

(79) *adviertes.*

(80) *Sobra este verso, o el anterior.*

(81) *infeliz.*

(82) *Faltan dos versos de esta redondilla.*

CARLOS. no os hago poca amistad.
Id a preveniros.
Voy
a obedeceros en todo.
(Viéndole hablar deste modo,
confuso y dudoso estoy.)

[(Vase.)]

REY. Con causa he notado en él
clara inocencia de Abel. (83)

[(Salen ISABELA y MARGARITA.)]

ISABELA. Que, al fin, me manda casar
por fuerza.
MARGAR. Pues ¿qué le mueve?
ISABELA. Margarita, no se atreve
el alma a hablar, por no hablar
en cosas que se veneran
por divinas, siendo [humanas] (84)
tanto, que entre las hermanas
la digna quietud alteran.

Y no me preguntes más.
MARGAR. Harto me has dado a entender.
¡Basta! La Reina es mujer;
¡rabiando voy!

REY. ¿Dónde vas,
Margarita?

MARGAR. Como es hoy
mi partida, no sosiego.

REY. Y ha de ser, señora, luego.

MARGAR. Siempre prevenida estoy;
mas suplico a Vuestra Alteza
me haga, por la despedida,
una merced.

REY. Mientras pueda,
mi majestad, mi grandeza
son tuyas.

MARGAR. Pues todas hoy
las ilustras con hacerme
este favor.

REY. Ya es ponerme
en el cuidado en que estoy.
Di lo que mandas.

MARGAR. Señor,
pues [que] la jornada es corta,
vaya Carlos, que me importa,
conmigo.

(83) Faltan dos versos de esta redondilla, y dos acotaciones.

(84) hermanas.

REY. Suyo el favor.
ISABELA. No sé yo si mi señora
la Reina lo ha de llevar
con gusto, porque casar
con Carlos me mandó agora.
(Ansí pretendo acabar
con Carlos.)

REY. [Ap.] Prudente y sabio
he averiguado mi agravio,
que en secreto he de vengar.

(Sale CARLOS y OTAVIO.)

CARLOS. Ya, [gran señor,] está aquí
Otavio; yo prevenido
para partirme.

REY. Servido
siempre, Carlos, de vos fui
con tal cuidado.

CARLOS. Señor,
son estas causas forzosas,
porque a vos y a vuestras cosas
tengo un entrañable amor,
que sabe mi voluntad. (85)

MARGAR. ¿Cuándo ha de ser la partida?
REY. Luego.

MARGAR. Pues partamos luego.
REY. Llevaréis, Otavio, un pliego...
CARLOS. Isabela de mi vida,
de ti la envidia me aparta.

ISABELA. Di vil ambición, ¡cruel!

CARLOS. ¿Yo ambición?

REY. Y dentro dél
una carta, y esta carta
la habéis de abrir en el mar,
y haced lo que os ordenare,
sin que en cosa se repare,
que yo lo sabré pagar;
mirad que de vos me fío.

OTAVIO. En mí un esclavo tenéis.

REY. Venid, porque os despachéis.
Carlos es amigo mío,
y con vos lo envío; ansí,
regalalle afable y fiel,
que lo que hicieres por él
lo hacéis, Otavio, por mí.

(Vase el REY.)

ISABELA. (¡Que sea a mi amor ingrato

(85) Faltan tres versos para completar la redondilla.

y que Carlos traidor sea
conmigo!) ¿Vais a que os vea
el Rey?

CARLOS. De serviros trato.

MARGAR. ¿No os despedís de Isabela?

CARLOS. Ya cesaron mis engaños.

MARGAR. Pues ¿cómo amor de dos años
en una hora se consuela?

CARLOS. Porque un desprecio es valiente
en un pecho generoso,
un eclipse riguroso
turbó el sol en nuestro Oriente,
que aunque hermoso y soberano
siempre mi alma alumbró,
el rigor le escureció
con la sombra de una mano.

ISABELA. Sin duda es mano real
la que tal sombra ha infundido.

MARGAR. Mano poderosa ha sido,
cuando [es] Carlos desleal:
papel fué y contrato llano
que con labios se firmó,
y al fin, mano que se dió
y que agora da de mano.

(Vase.)

ISABELA. El Condestable es mi dueño;
si Carlos contigo va,
queda con el Conde acá
el alma en dichoso empeño. (86)

Hasta que la noche,
con negros asombros,
nos dé lisonjera
sepulcro oloroso;
y porque conozcas
la quietud que compro,
debiéndose a ti
tan felices logros,
es el Condestable
el dueño que adoro;
en él, con el alma
me enternesco (87) y gozo.
Paloma en el prado,
tórtola en el olmo,

(86) Esta redondilla va inmediatamente después de los versos hexasílabos; la anteponeamos porque así hace mejor sentido. Los versos hexasílabos es indudable que han sufrido, al ser impresos, un largo corte.

(87) enternesco.

que el Amor podía
castigarle él solo.

CARLOS. Justo castigo me das,
y que es el mayor advierte;
pero, si casada estás,
verás dar al Conde muerte.
y a mí morir me verás.

ISABELA. Si no me matas primero,
no podrás matarlo a él,
porque ya le considero
en mi pecho.

CARLOS. ¡Ah, ingrata, infiel!

ISABELA. Que te goces, Carlos, quiero
con la prenda a quien conoces
superior grandeza.

CARLOS. Yo
no quiero que [ansí] te goces
con él.

ISABELA. ¡Qué locura!

CARLOS. ¡No!

ISABELA. Carlos, vete o daré voces.

(Sale la REINA.)

REINA. ¿Qué es esto, Isabela?

ISABELA. (Aquí
disimular es forzoso.)

REINA. ¿Tú descompuesta, y tú ansí?

ISABELA. Estoy con Carlos, mi esposo,
que luego te obedecí.

CARLOS. Y yo con mi esposa estoy.

REINA. ¿Con vuestra esposa, villano?

CARLOS. Noble soy, y vuestro soy.

REINA. ¡Traidor, con fuerza de mano
se vengan agravios hoy!

ISABELA. ¿No me mandó Vuestra Alteza
que me casara con él?

REINA. Sí, mas no con tal presteza.

CARLOS. Y yo, por vuestro papel,
soy dueño de su belleza.

[REINA.] ¡Sois traidor, (88)
sois alevoso!

(Sale el REY ENRIQUE.)

REY. ¿Qué es esto?

REINA. Estos villanos, señor,
que en contingencia me han puesto
de un desconcierto.

ISABELA. El rigor

(88) Así este verso, atribuido a MARGARITA. Fal-
tan cuatro sílabas.

de Su Alteza porque estaba hablando a mi esposo aquí.
CARLOS. Y yo, señor, porque hablaba a mi esposa.
REINA. ¡Honor se acaba! (89)
ISABELA. Celos llevo, aunque los doy.
CARLOS. De celos voy abrasado.
¡muerto estoy!

(Vanse.)

REINA. ¡Perdida estoy!
REY. Solos habemos quedado.
REINA. Pues ¿qué dices?
REY. ¡Piedra soy!
REINA. Magno y poderoso Enrique, que sois, por prudente y sabio, si eternidad de los bronce, almas de los alabastros: justicia vengo a pedir, a vuestros pies soberanos, y venganza juntamente, pues son vuestros los agravios; y porque Carlos y yo somos, señor, los culpados, la justicia que aquí os pido ha de ser de mí y de Carlos.
REY. ¿Qué decís?

REINA. Verdades digo, y vos sois el agraviado.
REY. ¿Vos y Carlos me ofendéis?
REINA. Oíd el caso.

REY. ¡Es el caso, no para oílo prudente, sino para castigallo!
REINA. Agradecida, señor, al espíritu gallardo de Carlos y a los servicios que en todo el discurso largo del camino me hizo, quise satisfacello pagando con voluntad sus deseos y con obras los regalos; y así, un día, estando él de mi intención descuidado, hallándole (90) solo...

REY. [Ap.] ¡Ah, cielos... ya se va precipitando!

REINA. Hallándolo solo, al fin,

(89) *El honor se acaba.* Falta un verso de esta quintilla.

(90) *hablandole.*

le di, señor, por premiallo, el alma y la mano...
REY. [Ap.] ¡Eché el sello y perdió el recato!
REINA. De la infanta Margarita. (91)
REY. ¡Honor ya resucitado, ved lo que ha valido en vos vencersos y reportaros! Y agora, con el placer me importa hacer otro tanto, que de resistir desvelos está el sufrimiento flaco.
REINA. Dióle la mano de esposa Margarita, y el contrato del casamiento, el perjurio osó firmar en su mano, dejando los labios, que eran de su Isabela holocausto, (92) letras de rosas impresas sobre sus jazmines blancos; con esta siguridad, las visitas a su cuarto permití, donde, atrevido, de las manos pasó el falso a los brazos; ved qué intenta, cuando Amor llega a los brazos. Y pues yo la culpa tengo, siendo la ocasión del daño, su misma pena merezco; y así, puedes castigarnos a los dos, pues en los dos sólo consiste este agravio.
REY. Dos mil veces te perdono, sin celos ni sobresaltos, los disgustos que me distes por las nuevas que me has dado. (Mas quiero disimular); no me quejo yo de Carlos: de vos, señora, me quejo, pues a mí y a vuestro hermano (93) tan grande ofensa habéis hecho, abriendo a civiles (94) bandos Nápoles y Portugal, ¡soberbio y sangriento paso!
REINA. Yo forzado le casé.
REY. ¡Y que me lo haya negado

(91) A continuación de este verso:

REY. ¿De quien?

REINA. De mi hermana.

(92) *olocausto.*

(93) *vuestra hermana.*

(94) *civiles.*

REINA. tantas veces!
Fué concierto
entre los tres el negarlo.

REY. ¿Esto es lealtad, esto es fe?
¡Oh, vil; oh, vasallo ingrato,
vive Dios, que te he de dar
con el alma tiernos brazos!

(*Salgan todos.*) (95)

¡Ah de mi guarda!

CRIADO. ¿Señor?

REY. ¡Traedme aquí preso a Carlos!

(*Sale el CONDESTABLE.*)

CONDEST. ¿Voces, señor?

REY. Condestable,
ya quedo desengañado.

(*Sale ISABELA, y CARLOS y CORVINO.*)

ISABELA. ¿Carlos preso? ¡Amor me venga!

CORVINO. Morir intento a su lado,
con mi señor, si esto es justo.
Ya está aquí Carlos.

REY. ¡Villano,
fementido, lisonjero!
(Mejor dijera vasallo
leal, discreto y prudente.)
Ya la Reina me ha contado
vuestras traiciones y culpas.

CARLOS. ¿Qué es esto?

REY. ¿Vos mi cuñado?

CARLOS. ¿Yo? Su Alteza lo propuso,
vuestros disgustos y agravios,
cuando, obligado y por fuerza,
di a Margarita la mano,
donde con decoro puse
en su presencia los labios,
sin haber, señor, jamás
el pensamiento pasado
al menor atrevimiento,
que con amor limpio y casto
la he servido, su hermosura
y su deidad venerando.

[REY.] ¿Qué dices?

CARLOS. Lo que es verdad.

REY. ¿No hubo más?

CARLOS. Imaginarlo
sólo, a mi lealtad ofende.
La verdad os he contado.

(*Sale MARGARITA.*)

MARGAR. Dicen que me esperan ya,
y así, a despedirme salgo
de Vuestra[s] Alteza[s].

REY. Preso
vaya el Conde.

CONDEST. ¿Yo?

REY. ¡Llevaldo!

MARGAR. ¿Por qué le prende?

REY. Señora,
por cometer en palacio
crímenes (96) que vos sabéis;
testimonio fué excusando
las bodas con Isabela.

MARGAR. ¿Qué decís?

REY. Lo que ha pasado.

MARGAR. ¡Engañada fui!

REY. Yo doy
por glorioso vuestro engaño.

MARGAR. Carlos, vamos, pues ya es hora.

REY. Ya no puede acompañaros
Carlos.

MARGAR. ¿Por qué?

REY. Porque agora
con Isabela le caso.

ISABELA. ¿Cómo, si es el Condestable
mi dueño ya?

CARLOS. Bien casados
os haga Amor mereciendo
lo que me ha costado tanto.
(Esto han podido los celos,
¡dignamente me he vengado!)

MARGAR. ¿Yo me parto a Portugal,
aunque Carlos me ha besado
la mano como a su esposa?

REINA. Fué besarla entonces daros
la obediencia como reina.

MARGAR. ¡Fué fuerza!

REY. Si fué forzado,
besarla [ha] (97) segunda vez,
la escritura cha[n]celando,
vuestra mano; Carlos, llega,
llega y bésale la mano
a la reina Margarita.

CARLOS. ¡Vuestra Alteza largos años
se goce!

MARGAR. Carlos, con vos.

CARLOS. ¡Soltad!

(95) Con letra redonda, como si fuera un verso.

(96) crimines.

(97) besarala.

MARGAR. A firma de labios
fuerza de mano, y así
será imposible soltaros.
CORVINO. ¡Ratonera fué de golpe!
REY. ¡Castigaré el desacato!
MARGAR. ¡Carlos es mío!
REINA. ¿Qué es esto?
MARGAR. Esto es ganar por la mano.
CARLOS. ¿Yo, señora?
CORVINO. ¡Come y calla!

(Sale OTAVIO.)

OTAVIO. Dame esos pies.
REY. ¿Qué hay, Otavio?
OTAVIO. De una falúa francesa,
del fin del salado campo,
este pliego recibí.
REINA. ¿Qué es esto, Isabela?
REY. Del rey es. Dice tu hermano:
“la jornada por ahora
se suspenda, que no trato (98)

(98) trata.

de casar ya a Margarita”.
Esto solamente aguardo
para darte aquí con ella
tiernos y amorosos lazos,
y el Ducado de Calabria;
que a ser otro yo os levanto
porque sea la amistad
más conforme.

[CONDEST.] Avergonzado,

REY. Carlos, os pido perdón.
Ved cómo son temerarios
a veces los pensamientos;
y así, para castigarlos,
de Nápoles os destierro.

CARLOS. Yo quedo necio y casado.
ISABELA. Casada y sin Carlos quedo.
MARGAR. Por mi diligencia gano
a Carlos.

CORVINO. Parece fin
de comedia; ése le damos
a la nuestra, los defectos
y las faltas perdonando.

AMOR CON VISTA

COMEDIA

PERSONAS DEL PRIMER ACTO

EL CONDE OTAVIO. EL CONDE FABRICIO, *padre de Fénis.*
Tomé, *criado suyo.*
CELIA. FLORA, *criada.*
LISENA. CÉSAR.
FÉNIS, *damas.* [ALBANO, *criado suyo.*] (1)

ACTO PRIMERO

(CELIA y LISENA, *damas.*)

CELIA. Escribióme que partía;
ya no es posible tardar.
LISENA. ¿Lo que tanto ha de durar
sientes esperar un día?
CELIA. No es la pena (2) que resisto
Amor en todo rigor,
porque nadie tiene amor
a las cosas que no ha visto.
Engéndrase amor del ver.
[LISENA.] También del imaginar,
y quien se piensa casar
ya sabe que ha de querer.
CELIA. Deseos de ver me dan
si a la verdad corresponde
cómo me han pintado al Conde
tan gentilhomme y galán.
LISENA. ¿Quién duda que será así,
y que no te han engañado?
CELIA. Sin (3) los ojos me he casado;
quejosos están de mí,
que por no tener enojos
con lo que se ha de querer,
les da el alma su poder

(1) La hoja 2, en cuyo r se encuentran estas *personas*, se halla rota e incompleta en su mitad. Los *personajes* tienen el siguiente reparto:

El Conde Otavio.—Autor; Tomé, *criado suyo.*—Vobadilla; Celia.—M[ar]ía (tachado: *de Calderón*; y enmendado encima): Vitoria; Lisena.—Autora; Fénis, *damas.*—M[ar]ía Ca[lderón].

(2) Tachado: *rencor el*; y corregido, encima: *la pena.*

(3) Antes de *sin*, tachado *nezia*.

en causa propia a los ojos;

que ellos los primeros son,
en tanto que el bien se alcanza,
los que van con la esperanza
a tomar la posesión (4);

mas (5) cuando no me contente,
yo te aseguro de ser
sólo en mudarme mujer,
y no suya eternamente.

LISENA. La dicha, Celia, no estriba
de una mujer en que sea
lindo el hombre en quien se emplea
para que contenta viva;
un discreto entendimiento
y una (6) dulce condición
partes principales son
de un dichoso casamiento;
ruega que las tenga el dueño
que esperas, para que seas
dichosa si en él te empleas.

CELIA. En esta jornada empeño
no más que haberlo tratado;
aquí el Conde ha de venir
y en ese cuarto vivir
que le tengo aderezado;
suplíquele que viniese
solo y secreto.

LISENA. Y es justo,
porque no siendo a tu gusto,
como se vino se fuese;
que a los que te han deseado
en Nápoles, no has de dar
ocasión de murmurar,
Celia, el no haberte casado.

Y aun tuviera por mejor
que no viviera en tu casa,
que si después no se casa,
no queda tan bien tu honor.

CELIA. Si él viene aquí disfrazado,

(4) Esta redondilla y la anterior, escritas al margen, verticalmente.

(5) Antes de *mas*, tachado *pero*.

(6) Después de *una*, tachado *amor*.

LISENA. ¿quién ha de saber quién es?
La pretensión del Marqués,
que dos años te ha mirado.

(FLORA.)

FLORA. No pido albricias, pues ya
sabrás que el Conde ha venido,
con decir que albricias pido.

CELIA. ¿Venido?

FLORA. A la puerta está.

CELIA. Confieso que me he turbado.
¿Mucha gente?

FLORA. Sólo un hombre.

CELIA. Y él, ¿qué traza?

FLORA. Gentilhombre
y a lo virote emplumado.
¿Ha de subir luego aquí,
o (7) en su cuarto se ha de entrar?

CELIA. Eso le has de preguntar,
Flora, al Conde, que no a mí.

(El CONDE OTAVIO, TOMÉ, criado.)

OTAVIO. Aunque atrevimiento sea,
que claro está que lo es.
turbado pido los pies
que toda un alma desea.

Mal dije en haber pensado
que turbado y necio estoy,
si en entrambas cosas doy
indicios de desposado;

porque en el concierto nuestro
es (8) atrevimiento injusto,
no sabiendo vuestro gusto,
presumir de ser tan vuestro;

mas, como breve ocasión
no da lugar al consejo,
cuanto callo y siento dejo,
Celia, a vuestra discreción;

que el estar necio y turbado
justa disculpa ha tenido:
de mí (9), por recién venido,
y de vos, por desposado.

Con esto quiero rendirme,
que no es razón perdonarme,
ni a mí, por necio, alargarme,
ni a vos, por turbado, oírme.

CELIA. Entrambas cosas creyera

trasladábadas de mí,
si lo que habéis dicho aquí
esas dos faltas tuviera.

Vos seáis muy bien venido,
que con este desengaño
no podrá llamarse a engaño
ni la vista ni el oído.

Hable vuestra señoría
a mi prima.

OTAVIO. Deslumbrado
del sol podré, disculpado,
deciros que no la vía.

No tengo qué os ofrecer:
pedid de mi voluntad
a mi dueño la mitad,
que la di en llegando a ver.

LISENA. Quitársela no es razón
a quien tan bien la merece;
lo que la mía os ofrece
es deuda y obligación;
que, en fin, ya sabéis mi nombre,
y, como menos turbada,
pues no soy la desposada,
digo que sois gentilhombre. (10)

OTAVIO. Bésoos las manos, que ya
con ese crédito puedo
perder a mi dueño el miedo,
que atenta mirando está
las faltas que vos no veis,
como no soy para vos.

CELIA. Si os habláis así los dos,
que me turbe excusaréis;
pero, si no estáis cansado,
entrad donde estéis mejor.

OTAVIO. En viendo vuestro valor,
descansé de mi cuidado.

(Con reverencia se entren los tres.)

TOMÉ. Detenga vuesa merced
el (11) chapín, por cortesía,
si merece mi osadía
locutorio por la red;
y aunque no me ha preguntado
quién soy, ni a lo que he venido,
puesto que habrá presumido
que soy del Conde criado,
si el Conde se ha de llamar
viniendo aquí de secreto,
sepa que es el mismo efeto

(7) Antes de *o*, tachado *en*.

(8) Antes de *es*, tachado *q[ue]*.

(9) Antes de *por*, tachado *necio*; de *mí*, antes de *necio*, fuera de la caja de la escritura.

(10) Atajada esta redondilla.

(11) Antes de *el*, tachado *aq*.

esto en que la quiero hablar.

FLORA. Atenta a la cara estoy,
más que al libre razonado.

TOMÉ. ¿Si la tengo de criado?
Pensó (12) bien, el mismo soy.

FLORA. ¿Qué (13) me quiere, finalmente?

TOMÉ. Esta ropa que he (14) traído,
¿tiene lugar conocido
donde (15) estar seguramente,
o ha de alojarse en posada?

FLORA. Si sabe que ésta ha de ser
la que el Conde ha de tener,
¿no es la pregunta excusada?
Aposento se le ha hecho
que el rey le puede ocupar.

TOMÉ. ¿Y al alma qué le han de dar?

FLORA. Daránle de Celia el pecho.

TOMÉ. ¿Hallaré yo quien me dé
algún aposento a mí?

FLORA. Para que le sirva, sí,
y cerca del Conde esté.

TOMÉ. ¿Y para la voluntad?

FLORA. ¿Tan presto quiere aposento?

TOMÉ. Soy frágil, y luego intento
no padecer soledad.

FLORA. ¿El nombre?

TOMÉ. Tomé.

FLORA. ¿Buen nombre!

TOMÉ. ¿El suyo?

FLORA. Flora.

TOMÉ. Convienes,
Flor, con el nombre que tienes.

FLORA. ¿Es burla?

TOMÉ. ¡Dichoso el hombre
que (16) tuviera en su jardín...!

FLORA. No lo digas; estas llaves (17)
son del cuarto.

TOMÉ. ¿Qué suaves
ojos! ¡Hoy serás mi fin!

FLORA. Pon la ropa en él, y adiós;
y mira que desde aquí
corre esa hacienda por ti.

TOMÉ. ¿Cuándo hablaremos los dos?

FLORA. Advierte (18) lo que te digo,

(12) Antes de *penso*, tachado *el*.
 (13) Antes de *que*, tachado *finalm.*
 (14) Antes de *he*, tachado *tra*.
 (15) Después de *donde*, tachado *la ponga y asiente*.
 (16) Antes de *que*, tachado *no lo di*.
 (17) Tachado este verso completo, y luego vuelto a escribir.
 (18) Antes de *advierde*, tachado *está bien en q[ue]*.

y (19) deja burlas.

TOMÉ. Si haré.

(FLORA *se entre y OTAVIO sale.*)

OTAVIO. ¡Contento vengo, Tomé!

TOMÉ. Del que tienes soy testigo,
después que vi la Condesa.

OTAVIO. ¿No te ha parecido hermosa?

TOMÉ. Cual suele salir la rosa
de su verde cárcel presa,
o la azucena esmaltada
de rayos de oro en marfil.

OTAVIO. ¡Por mi vida que es gentil
y digna de ser amada!

TOMÉ. ¿Cómo te va de deseo?

OTAVIO. Aunque he visto su valor,
en la cartilla de Amor
las primeras letras leo;
quiérola, no hay que tratar,
es buena para mujer;
y aunque es acabar de ver
comenzar a desear,
no me ha sucedido así.

TOMÉ. Tanto habrás imaginado, [do.(20)
que es menos lo que has halla-
Las llaves me han dado aquí
del aposento en que estés.

OTAVIO. Pienso que será excusado,
que Celia a entender me ha dado
que su pensamiento es
que nos desposemos luego.

TOMÉ. ¿Tan bien le pareces?

OTAVIO. Tanto,
que de permitir me espanto
que un hora tenga sosiego.
En obedecerla estoy;
que, aunque (21) no estoy muy per-
para amores de marido [dido,
bastantes indicios doy;
pero, al fin, el yugo es grave.

TOMÉ. Agora debes de estar
como quien mira a la mar
cuando ha de entrar en la nave.
Yo imagino el casamiento,
como si ella se secase

(19) Antes de *y*, tachado *dexa*.
 (20) Corregido este verso: *q[ue] es*, fuera de la caja de la escritura y antes de *el* tachado; a continuación, *menos*; después *lo* tachado, sobre el renglón; *habrás hallado* tachado, y sustituido *por lo q[ue]* *as hallado*.
 (21) Antes de *aunq[ue]*, tachado *aun*.

y en las arenas dejase
los hijos de su elemento;
que como allí se verían
tantas formas de pescados,
se verían los cuidados
que los casamientos crían:
enojos, impertinencias,
gastos, hijos, condiciones,
celos, iras y aun traiciones,
si se descuidan ausencias;
pero, como se verían
también perlas y corales
y otros diversos metales
que o se pierden o se crían,
así se miran también,
acertado un casamiento,
la honra, el gusto, el contento,
y el fin para el sumo bien.

(FÉNIS, dama, huyendo.)

FÉNIS. Si le corre obligación
a un hombre, por hombre, el ser
amparo de una mujer,
aquí tenéis la ocasión;
caballero pareéis:
confirmaldo en ampararme.

OTAVIO. No acierto a determinarme,
tal confusión me ponéis.

FÉNIS. ¡Mirad que me han de matar,
si no me escondéis!

OTAVIO. Tomé,
¿qué haré?

TOMÉ. ¡Qué lindo "Qué haré"!
Conmigo podéis entrar,
que aquí hay aposento y llave
donde segura estaréis.

FÉNIS. ¡Alma y vida me daréis!

(Entreense.)

OTAVIO. ¡La mujer es bella y grave!
Algún suceso habrá sido
entre honor y amor causado;
ejemplos de desdichado
en vísperas de marido,
¡mal principio, triste agüero,
desdichas son prevenidas!

(El CONDE FABRICIO, viejo, con la espada desnuda.)

FABRICIO. ¡Quitaréle dos mil vidas!

¿Habéis visto (22), caballero,
una mujer por aquí?

OTAVIO. En este punto llegó
una silla en que se entró,
si es la mujer que yo vi;
y no la sigáis, que lleva
cuatro valientes soldados.

FABRICIO. ¿Qué se cansan mis cuidados?
Aquí la traición se prueba:
todo estaba prevenido,
silla y soldados de guarda.
¿Qué es lo que mi honor aguarda?
Traición de Leonardo ha sido
¡A su casa voy, ah, cielos!

([Váyase.])

OTAVIO. ¡Qué bien despachado va,
si es marido! Sí será,
que hablaba en trai[ción y] celos.

(Entre CÉSAR y ALBANO, criado.)

CÉSAR. ¡Qué tarde me has avisado!

ALBANO. Por detener a Fabricio.

CÉSAR. Fué de poco seso indicio
el haberla amenazado.

ALBANO. ¿Qué llamas amenazar?
¡Y aun ejecutar su muerte!

CÉSAR. ¡Que pudo salir de suerte
que no la viese pasar,
estando esperando enfrente!

ALBANO. Ya te he dicho cuanto pasa.

CÉSAR. ¿Si se entró en alguna casa?

OTAVIO. Este es galán o pariente. (23)

ALBANO. De Celia a la puerta está
un gallardo (24) forastero.

CÉSAR. ¿Habéis visto, caballero,
un hombre mayor que va
desnuda la espada?

OTAVIO. Aquí,
sin color, me preguntó
por una mujer, y yo
que la vi le respondí
entrar en una bordada
silla que dos turcos llevan;
pero es error que se atrevan
bríos de la edad pasada
a un caballero que allí

(22) Después de *visto*, tachado *por*.

(23) Después de este verso, tachado otro: *allí he visto un forastero*.

(24) Después de *gallardo*, tachado *caballero*.

ella Leonardo llamó,
por cuyos brazos entró
adonde os digo.

CÉSAR. ; Ay de mí!

OTAVIO. Porque lleva seis soldados,
y aun españoles parecen.

CÉSAR. ; Aquí, con mi honor, fenecen
mis amorosos cuidados!

De los dos concierto ha sido;
no tuve celos en vano.

OTAVIO. Aquel caballero anciano
¿es su padre, o su marido?

CÉSAR. Su padre, que locamente,
por amenazarla, dió
la causa que la obligó
a que su deshonra intente.

OTAVIO. ¿Quién es?

CÉSAR. El conde Fabricio.

OTAVIO. ¿Que es mujer tan principal?
Y este Leonardo, ¿es su igual?

CÉSAR. Llevársela ¿no es indicio?

Vos (25) ¿quién sois?

OTAVIO. Un (26) caballero
milanés, que en este punto
llegó a Nápoles.

CÉSAR. Pregunto,
haciendo salva primero
al secreto y cortesía:
¿sois el conde Otavio?

OTAVIO. Soy
quien comienza desde hoy
esta empresa, ajena o mía.

CÉSAR. El daros satisfacción
me toca de aquesta dama,
por mi honor y por su fama;
pero no en esta ocasión.

Dadme licencia que luego
os vuelva a ver.

OTAVIO. Id con Dios.

(*Váyanse y entre [Tomé].*) (27)

Tomé. Aguardaba que estos dos
se fuesen; muriendo llego
de risa, por una parte,
y por otra de pesar.

OTAVIO. No te acabaste de entrar,
tanto que aun pudo toparle,
cuando el padre desda dama

que nos ha pedido ayuda
vino, la espada desnuda,
para defender su fama.

Díjele que la llevó
en una silla un galán,
y que seis soldados van
en su escolta, y lo creyó,
diciendo: "Traición ha sido
de Leonardo", y fuése airado
tras esto; el más agraviado,
si pensó ser su marido,

y, como viste, gallardo,
vino, y de la misma suerte
fuego por los ojos vierte
en busca del tal Leonardo,
que, seguro de su ofensa,
no sabrá qué responder.

¿Qué has hecho desta mujer?

Y ella, ¿qué dice, o qué piensa?

Porque, ¡vive Dios!, que ha sido
defenderla necio error,
porque son cosas de honor
donde hay padre y hay marido.

Tomé. Señor, si tan cierto sabes
que es aquesta noble dama
hija del conde Fabricio,
¿por qué te pesa de darla
favor en esta ocasión?

Que un padre injusto la casa
contra su gusto. ¿Es delito
huir la desnuda espada
de un hombre que con la ira
cerca estuvo de matarla?

Y a ti, porque la defiendas
¿puede resultarte infamia?

OTAVIO. Nunca te he visto tan necio.
¿Parécete que es ganancia
dar a Celia pesadumbre
por esconderla (28) en su casa,
y a su padre y su galán
para que se ofendan causa?

¿Qué bien dicen que ninguno
sabe, cuando se levanta,
en qué ha de acabar el día!
Porque, ¿quién imaginara
lo que nos ha sucedido?

Tomé. Señor, tú puedes dejarla
por los respetos que dices,
puesto que es cosa inhumana;
pero yo, si dos mil vidas
me cuesta, no he de entregarla

(25) Antes de *vos*, tachado *el*.

(26) Después de *un*, tachado *criado*.

(27) *Tomé*, escrito de otras letra y tinta.

(28) Después de *esconder*, tachado *en su casa*.

OTAVIO. al tirano que la fuerza.
¡Necio!, ¿qué furor te engaña?
¿No es locura que a su padre
escondas, sin irte nada,
una mujer principal? (29)

TOMÉ. Yo sé que me disculpas
si la hablaras o la vieras.

OTAVIO. Si la viera o si la hablara,
la aconsejara su honor.

TOMÉ. ¡Ah, señor!, que en nuestras almas
tiene gran jurisdicción
la hermosura en la desgracia;
aquel mero mixto imperio
que tiene una (30) hermosa cara
bañado en líquido aljófar (31)
sobre dos rosas de nácar,
¿a qué bárbaro no rinde
de la más desierta Arabia?
¿A qué fiera donde el Nilo
las siete bocas desagua?
Parece que a las mujeres
dió Naturaleza sabia
horca y cuchillo en los ojos,
y más si lloran con gracia.
Si vieras tú, como yo,
dos estrellas animadas
llover perlas en claveles,
por dos caminos de plata;
si vieras, entre suspiros,
que con una mano blanca
limpiaba soles un lienzo,
que el dolor bañaba en agua;
si vieras unos cabellos
que descompuestos bajaban
a servir de celosías,
porque dos niñas se bañan (32),
y que entre aquestos efetos
formaba tiernas palabras
el instrumento más dulce
de las acciones humanas,
diciendo: “¡Ay, padre cruel!,
¿por qué me fuerzas y casas
con un hombre que aborrezco?”,
¿qué dijeras, qué intentarás?

(29) Después de este verso, tachado otro: *si la vieras o la hablaras*.

(30) Antes de *una*, tachado *de er*; que tiene al comienzo del verso, fuera de la caja de la escritura.

(31) Antes de *bañada*, tachado *que*; después de *en*, tachado *perlas*.

(32) Añadido *por q[ue]* al comienzo del verso, fuera de la caja de la escritura; la *q* enmendada sobre una *a*; *niñas*, enmendado sobre *niños*; antes de *se bañan*, tachado *q[ue]* *ansi bañan*.

No es hombre quien esto sufre,
áspid de la Scitia helada
anima su ingrato pecho,
pues que la deuda no paga
a las mujeres debida
desde las primeras fajas,
desde la primera cuna,
y aun antes que el hombre salga
a la luz del sol, que allí
como víbora las mata
con achaques, con antojos,
y aun con la vida.

OTAVIO. No hagas
en su defensa, Tomé,
conmigo oración tan larga;
no tienen hombre en el mundo
que como yo satisfaga
la deuda a los nueve meses;
pero, en la presente causa,
¿qué puedo yo hacer por ella?

TOMÉ. Sólo hablarla y consolarla,
ya que se valió de ti;
que ella te dará la traza,
como tú la favorezcas.

OTAVIO. ¿Adónde está?

TOMÉ. En esta sala.

OTAVIO. ¿Viéronla entrar?

TOMÉ. Fué ventura,
que en corredor ni ventana
no estaba persona entonces.

OTAVIO. Abre, y pon luego la aldaba.

(Salga FÉNIS.)

FÉNIS.

Si donde la belleza
del exterior ornato y compostura
confirma la nobleza
y las obligaciones asegura
de un noble caballero,
de vuestros pies favorecerme quiero.

OTAVIO.

Tened, tened, señora.

FÉNIS.

No juzguéis mi desgracia a culpa mía,
pues oyéndome agora
culparéis de un tirano la porfía,
cuyo (33) acero desnudo,

(33) Antes de *cuyo*, tachado *q[ue]* *el*.

si no fuera por vos, matarme pudo.

Pensaréis que ha nacido
de ser liviana yo la inobediencia
de (34) que estará ofendido;
pues sabed que es valor mi resistencia
y una virtud causada
del mismo honor a que nací obligada.

Es el conde Fabricio
mi padre, de alta sangre y de alto nombre;
mas como el buen juicio
y la virtud hagan perfecto al hombre,
entre gente que sabe
no hay alto nacimiento que se alabe.

Dos nobles caballeros
me han pretendido, en sangre y renta iguales,
pero satisfaceros

puedo segura yo que, con ser tales,
ninguno me ha inclinado
a ser oído, cuanto más amado;

César llaman al uno,
Leonardo al otro; el César, con el nombre,
no sufre igual ninguno
en el valor, en rico y gentilhombre;
pero no le ha valido
para ser a Leonardo preferido:

pidiéndome arrogante,
mi padre concertó mi casamiento;
Leonardo, al mismo instante,
le declaró también su pensamiento,
con que, dudoso el viejo,
si no la voluntad, mudó consejo;

César, en esto airado,
por quitar a Leonardo la esperanza,
libre y desatinado,
dijo, mintiendo, ¡extraña confianza!,
entre algunos señores
que tenía de mí falsos favores,
y Leonardo (35) presente
a la conversación de cierto día,
se alabó libremente
de que por prendas de mi amor tenía
lo que puede la boca
permitir de licencia al que la toca. (36)

La honestidad consiste

en resistir los labios una dama,
que si no los resiste,
para su infamia abrió los de la fama;
porque quien los entrega (37)
confiesa, mas con la lengua niega, (38)

Melindre no os parezca
que mis labios sintiesen sus agravios,
que no es bien que merezca
la puerta del amor, que son los labios,
quien, antes de tenellos,
tan necio se alabó de merecellos.

Esta loca mentira
me dijo, visitándome, Leonardo
para moverme a ira,
y desde entonces esta afrenta guardo
de suerte en mi sentido
que le aborrezco cuando no le olvido. (39)

Mi padre, que debiera,
por la misma razón, tenerle en poco,
en darme persevera
a un hombre para mí tan necio y loco;
que hoy quiere, hoy dice (40), hoy jura
que tengo de firmalle la escritura.

Nuestros deudos se juntan,
aunque él estaba ausente y recatado;
luego por mí preguntan,
yo salgo, y miro con el rostro airado
a mi padre, al notario,
cual bravo con la espada a su contrario;

tomo la pluma, escribo,
al tiempo de otorgalla, que no quiero
ni admito ni recibo
a César por marido, y con severo
rostro en la escrita suma,
a espaldas vueltas arrojé la pluma.

No suele así cometa
pasar resplandeciendo por el viento,
y por senda imperfecta
correr para morir fuego violento,
que yo partí encendida
de los agravios de que estoy corrida;
en leyendo lo escrito
saca mi padre contra mí la espada,
la puerta solicito,
todos le tienen, y salí turbada,

(34) Antes de *de*, tachado con *q[ue]*.

(35) Antes de *Leonardo*, tachado *presente*.

(36) Después de *ésta*, tachada otra sextilla:

*Esta necia mentira
me dixo visitandome Leonardo,
y moviendome a ira;
y desde entonzes, esta afrenta guardo
de suerte en mi sentido,
que le aborrezco quando no le olvido.*

(37) Decía este verso: *q[ue]* quien la boca entrega; por, añadido antes de *q[ue]*; los, enmendado sobre la; boca, tachado.

(38) Antes de *confiesa*, tachado *nec*; después de *la*, tachado *boca niega*.

(39) Esta sextilla es la misma, retocada, que antes tachó Lope. (Nota 36.)

(40) Escrito *dize*, sobre *loco* tachado.

donde me hubiera muerto,
si no fuérades vos mi dulce puerto.
a cuyos pies os ruego
que mientras pasa del rigor la furia
no permitáis que, ciego,
intente hacerme tan notable injuria;
que, como el alma os muestra,
mientras tuviere vida seré vuestra.

TOMÉ. ¡Vive Dios, que me ha cogido!

Gusto de señora tienes,
que yo esperaba un romance,
y en verso grave procedes.

OTAVIO. Vuestra pena y la ocasión
me la ha [da]do de tal suerte,
aunque otro intento tenía
antes, señora, que os viese,
que determino, y es justo,
ser desde agora obediente
a cuanto vos me mandéis,
puesto que la causa es fuerte;
que no sé qué he visto en vos,
de aquello que no se entiende,
que me ha mandado serviros,
aunque la vida me cueste.
Yo soy en aquesta casa,
desde esta mañana, güésped,
que a tratar un casamiento
y que en su nombre concierte
por embajador me envía
cierto amigo que pretende
a Celia desde Milán:
así porque no (41) tuviese
más (42) segura voluntad,
en cuantos amigos tiene,
como porque yo venía
a negocios diferentes
a Nápoles con el Duque (43),
aquel Girón excelente,
que de Sicilia ha venido
habrá (44), señora, diez meses,
donde sucedió al marqués
de Villena, su pariente,
aquel Pacheco famoso,
que de tan nobles maestros
de Calatrava y Santiago,

honor de España, deciende. (45)
Esto quiso que tratase
con esta dama, de suerte
que hoy la he visto, y es señora
que el conde Otavio merece,
que aqueste es el apellido
deste caballero ausente,
soldado de buena fama
en Asti como en Verceli,
entre el Alpe y Apenino
caudaloso el Pó deciende,
donde tiene algunas villas
que le adoran y obedecen.
No perderá Celia nada
cuando efetuado quede,
aunque no me ha parecido,
por algunos accidentes;
en este cuarto que veis,
y que con vos se ennoblece,
aunque no lo imaginaba,
me mandó que me aposente;
porfié, no aprovechó;
obedecí y acetéle;
mi nombre es Carlos; si acaso
en mi persona os parece
que hay algo noble, eso soy,
y para ser vuestro siempre.
Mirad agora qué traza
dais en el rigor presente,
que estoy tal de haberos visto,
que me obliga a que os confiese
que me pesará en el alma,
con envidia de que llegue (46)
otro alguno a mereceros.
Si a Celia queréis que os lleve,
ella hará las amistades
con vuestro padre y parientes;
si queréis estar aquí
el tiempo que os pareciere,
aposentos hay y llaves
que os aseguren y cierren.
Esto será con secreto,
porque Tomé solamente
ha de acudir a serviros.
Y Tomé dice que puede
entregarle esta alcaldía,
porque desde Adán deciende
por línea recta de alcaldes,
y la guardará fielmente,

TOMÉ.

(41) Antes de *no*, tachado *yo*.
(42) Antes de *mas*, tachado *m yo*.
(43) Inmediatamente a continuación de este verso,
de letra de Lope, aunque con tinta más pálida: *aquel*
Toledo exzelente; del verso siguiente no hay tachado
más que *gir*, de *Girón*.
(44) Antes de *habrá*, tachado *debe*.

(45) Este verso y los ocho anteriores están medio
atajados.
(46) *Llege*.

porque fué un agüelo suyo
alcaide de Los Donceles;
que llevarla a Celia agora
es notable inconveniente,
que no vive sin envidia
la hermosura en las mujeres.
¡Ea!, pues, vusiñoría
escoja aposento y entre;
que un güésped en casa honrada
convidar pudo otro güésped,
y sálgase fuera Carlos,
que sólo se le concede
que pueda ver esta dama
los miércoles y los viernes.

OTAVIO. Señora, Tomé es un loco;
aquí no hay cosa que os fuerce
si no es vuestra voluntad.

FÉNIS. Esa basta.

OTAVIO. Si lo fuese.

FÉNIS. No sé lo que puede ser.

OTAVIO. ¿Cómo es vuestro nombre?

FÉNIS. Fénis.

(*Entrese.*)

OTAVIO. ¡Qué bien parecen las cosas
que con los nombres convienen!

TOMÉ. ¿Qué quieres concetear
deste pájaro celeste (47),
si lo es de hermosura y gracia,
y traer en cultos fuelles
los céfiros orientales,
con que sus llamas enciende,
y que en canelas y aromas
la (48) purpúrea pluma envuelve
para volver a nacer?

OTAVIO. ¡Ay, Tomé!

TOMÉ. Pues bien, ¿qué tienes?

No hay borrico que suspire,
en viendo los alcaceres,
como tú por cualquier hembra.

OTAVIO. Mucho esta Fénis ofende.

No he visto cosa...

TOMÉ. ¡No más!

OTAVIO. Loco me deja.

TOMÉ. ¡Detente!

OTAVIO. ¿Qué haré de Celia?

TOMÉ. Casarte.

OTAVIO. ¿Cómo casarme?

TOMÉ. O volverte.

OTAVIO. ¡Hay tal mudanza!

TOMÉ. ¿Qué dices?

OTAVIO. ¡Qué confusión!

TOMÉ. Ya no puedes
hacer otra cosa.

OTAVIO. Calla,
que el hombre que más entiende,
adonde amanece sabe,
pero no donde anochece. (49)

(*¡Váyanse.*) *Entren* LEONARDO, FABRICIO y CÉSAR.)

LEONARDO.

Yo no soy hombre a quien hablar se puede
con esa libertad.

FABRICIO.

No lo es la mía,
cuando el agravio a la prudencia excede.

LEONARDO.

Para mí lo será vuestra porfía,
si en ese loco engaño persevera.

CÉSAR.

Aquí la fe no estriba en cortesía,
y, hablando cuerdamente, no quisiera
que el Conde en esto hubiera anticipado
lo que deciros yo mejor pudiera.

FABRICIO.

De vos también me llamaré agraviado,
César, aunque conozco que es respeto
a las muestras del tiempo que ha pasado;
que llegando a poner en justo efeto
lo que debo a quien soy, no ciño espada
para que [a] ajena mano esté sujeto.

CÉSAR.

Yo no respeto vuestra edad pasada,
mas digo que me toca por la mía,
como parte en su honor más agraviada.

LEONARDO.

De alguno de los dos saber querría
en qué se funda engaño tan notable
para satisfacer vuestra porfía.

CÉSAR.

Deme licencia el Conde que yo hable.

(47) Este verso escrito encima de otro tachado
si a Fenis su fuego enciende.

(48) Antes de la, tachado a nazer.

(49) Tachado cheze y vuelto a escribir.

FABRICIO.

Decid, pues todo tiene un mismo intento
y un mismo sentimiento irreparable. (50)

CÉSAR.

Yo le pedí, Leonardo, en casamiento
al Conde a Fénis, y con más ventura
que vos, sin oponer merecimiento,
el gusto de su parte me asegura,
y para que quedase concluído,
hoy hemos firmado la escritura;
no vino en esto Fénis y, sentido,
el Conde amenazóla con la espada,
del desprecio de entrambos ofendido;
la casa, en detenerle alborotada,
no vió salir a Fénis, que a sentilla,
no hubiera sido Troya desdichada,
pues fué caballo griego cierta silla,
incendio injusto que su casa espera,
si no puede el peligro reducilla;
no vino sola, puesto que pudiera,
que con soldados españoles vino,
que fuera mayor mal si se supiera;
la causa de intentar un desatino
Fénis, como éste, inobediente al Conde (51),
aunque no es en el mundo peregrino,
dicen que sois, y que por vos se esconde,
conociendo los turcos y criados,
y que la voz común señala adónde;
ahora no os admire que, agraviados,
vengamos a pediros, como es justo,
si obliga a caballeros tan honrados,
excuséis la ocasión deste disgusto
restituyendo a Fénis, que, en efeto,
no os está bien un caso tan injusto,
y basta para un hombre tan discreto.

LEONARDO. Aunque reportado y sabio
fundastes vuestra razón,
de la injusta presunción
debo formar justo agravio.
Es verdad que yo he servido
a Fénis, tan desdichado,
que para ser despreciado
apenas dicha he tenido;
también lo es que la pedí,
y que el Conde se excusó,
si de Fénis entendió

(50) *Inreparable*, sic.

(51) Antes de *como*, tachado *Fe*; antepuesto a la tachadura, añadido *Fénis*; después de *este*, tachado *Fénis*.

cuán desestimado fui;

pues si César es testigo
de aqueste aborrecimiento,
¿cómo tanto atrevimiento
pudiera intentar conmigo?

¿Yo silla, yo turcos, yo
españoles, yo soldados?

¿De un hombre estáis agraviados
a quien siempre aborreció?

¿De tanto desprecio mío
tanta ventura se infiere?

Digo que si un hombre hubiere
que afirme tal desvarío,

quiero quedar por infame.

FABRICIO. ¿Y si hay un hombre que os vió?

LEONARDO. ¿A mí?

FABRICIO. Sí.

LEONARDO. Si fuere yo,
que lo que he dicho me llame.

FABRICIO. Venid conmigo.

LEONARDO. Yo iré;
pero no ha de haber traición,
que con esa condición
solo y sin armas saldré.

FABRICIO. ¿Será de Celia segura
la casa?

LEONARDO. Ninguna habrá
como ella.

FABRICIO. Pues allí está.

LEONARDO. Mi inocencia me asegura.

FABRICIO. Necia disculpa.

CÉSAR. Fingida;
pero no le ha de valer,
que a Fénis ha de volver,
o le ha de costar la vida.

([Váyanse.] FÉNIS y el CONDE OTAVIO.)

FÉNIS. ¿Qué crédito os puedo dar,
Carlos, en tiempo tan breve?

OTAVIO. El que a sí misma se debe
la que me pudo matar.

FÉNIS. ¿En dos horas puede amar
un hombre con tal rigor?

OTAVIO. En años diréis mejor,
y esta verdad asegura
que al hacer vuestra hermosura
el cielo, nació mi amor;

y antes es muy cierta cosa,
porque si el cielo sabía,
como es cierto, que os había
de hacer, Fénis, tan hermosa,
mi voluntad amorosa

que es tan antigua recelo,
y deste breve desvelo
puedo decir con verdad
que es amor y voluntad
desde que lo supo el cielo.

Luego viene a ser mi amor,
cuando pensó fabricaros
el cielo, para obligaros
a la antigüedad mayor;
mirad si debéis favor
a quien ha tanto que os ama
y su dulce dueño os llama,
pues desde el tiempo que fuistes,
vos para Fénis nacistes,
y yo para vuestra llama.

Cuantos siglos han pasado
desde que pensaba haceros
tiene mi amor en quereros (52)
y me debéis de cuidado;
y así, cuantos han amado,
lo han aprendido de mí,
que el primer amante fui;
pues cuando el cielo pensó
haceros, amaba yo,
pues antes que fuese os vi;

de suerte que me han debido
su principio los amores,
y vos los mismos favores
que si os hubiera servido,
porque si yo hubiera sido,
esto que os digo os dijera
en (53) cualquier tiempo que os
pues es cierto, de los dos, [viera,
que o (54) no naciéades vos,
o que yo luego os quisiera.

FÉNIS. Si como en burlas habláis
con esas vanas quimeras
hablara el alma de veras,
que vos decís que me dais,
no dudéis, si lo dudáis,
que estuviera agradecida;
pero (55) siéntome ofendida
de que finjáis voluntad,
que el amar con libertad
no es de voluntad rendida.

Buscar sutiles (56) caminos
de decir altos concetos

(52) Antes de *quereros*, tachado *tengo yo para*;
tiene mi amor en escrito bajo lo tachado.

(53) Antes de *en*, tachado *q[ue]*.

(54) Antes de *o*, tachado *o na*.

(55) Después de *pero*, tachado *estoy*.

(56) Después de *sutiles*, tachado *com*.

bien puede ser de discretos,
pero no de amantes finos;
obligar con desatinos,
en las obras suele estar,
no en el estilo de hablar;
que el más bajo entendimiento
sabe hallar un pensamiento
sutil, si quiere engañar.

Carlos, yo estoy en estado
que podré hablaros y veros,
pero no podré quereros,
aunque me habéis obligado;
no por ajeno cuidado,
sino por desdicha mía;
sólo deciros querría
que ya con llana amistad
obliga mi voluntad
vuestra mucha cortesía.

Discreto sois, bien me veis
en las desdichas que estoy;
soy quien vos sabéis que soy,
pues ya mis padres sabéis,
y no porque me amparéis
os (57) digo, testigo es Dios,
ni por saber de los dos,
lo que hacer el tiempo quiere:
que si algún hombre quisiere
en el mundo, seréis vos.

(Entre TOMÉ.)

TOMÉ. ¡Que no le basta al Amor
ser ciego, sino que quiera
hacerse sordo también!

FÉNIS. ¡Ay, triste, si viene Celia!

TOMÉ. ¿No habéis oído los golpes
con que nos quiebran la puerta
padre y marido de Fénis?

OTAVIO. Retírate como puedas,
y abre tú.

TOMÉ. Voy.

FÉNIS. ¡Cielo santo!,
no os parezca inobediencia.

(Entrese. Entren LEONARDO, FABRICIO y CÉSAR.)

TOMÉ. Entrad, que aquí está don Carlos.
FABRICIO. ¡Por Dios, señor, que me pesa
de inquietaros!

OTAVIO. Escribía
ciertas cartas.

(57) Antes de *os*, tachado *es*.

FABRICIO. Hablad, César.
 CÉSAR. Mejor es que vos digáis
 lo que a la puerta de Celia
 os dijo el señor don Carlos.
 FABRICIO. Señor don Carlos, quisiera
 excusaros este enojo,
 pero por mi honor es fuerza (58):
 ¿hoy no os pregunté si visteis
 una mujer a esta puerta?
 OTAVIO. Es verdad, y respondí
 que dos turcos de librea,
 con (59) seis soldados de escolta,
 en una silla la llevan;
 y vos dijistes entonces:
 "¡Traición de Leonardo es ésta!"
 CÉSAR. Lo mismo a mí me dijistes.
 LEONARDO. ¡Buena manera de prueba
 para saber que soy yo
 dueño de tan loca empresa!
 Decid, caballero noble:
 ¿Iba yo entonces con ella?
 OTAVIO. Yo no os he visto en mi vida.
 LEONARDO. Pues ¿es razón que se infiera
 que, aborreciéndome Fénis,
 autor (60) deste insulto sea
 y que digáis que la tengo?
 ¿No era cosa más discreta
 buscarla entre religiosas,
 donde estará con decencia,
 como se ha de presumir
 de una señora que deja,
 por altiva o por su gusto,
 el casamiento de César?
 CÉSAR. Dice (61) bien; mucho se ha erra-
 que si luego se siguiera [do;
 fuera el reducirla fácil.
 FABRICIO. Hija indiscreta, ¿qué intentas?
 ¿Por qué me quitas la vida?

(Vase.)

CÉSAR. Y a mí el alma, que me llevas
 en el desdén con que huyes
 y en el dolor que me dejas.
 Tengo yo de ser Apolo,
 para pedir que te vuelvan,
 Fénis, los dioses laurel,
 o, como Anaxarte, piedra.

(58) Después de *pero*, tachado *siendo onor*; el *por* siguiente enmendado sobre *nor*.

(59) Antes de *con*, tachado *en una*.

(60) Antes de *autor*, tachado *de*.

(61) Primero *dizen*, tachada después la *n*.

Arrepentido de amarte,
 buscar quisiera las yerbas
 de los montes de Tesalia
 para olvidar tu belleza. (62)

(Vase.)

LEONARDO. Yo, caballero, no soy
 quien de Fénis se lamenta;
 mas soy quien en (63) tal fortuna
 de mi enemigo se venga.
 Mirad el estado mío
 por aquella ingrata bella;
 que me alegro de que falte,
 para que César la pierda.

(Vase.)

OTAVIO. Extraño suceso.
 TOMÉ. Extraño.
 si las fábulas le cuentan.
 OTAVIO. ¿Dónde está escondida Fénis?
 TOMÉ. Ese pabellón de tela
 que está en el cuarto aposento
 es del sol de su belleza,
 el ocaso en que se ha puesto
 y la nube que le cerca.
 OTAVIO. La noche baja, Tomé,
 y a Fénis no se le acuerda
 cómo ha de pasar la noche.
 TOMÉ. Si aquí nos bajan la cena,
 de criados y criadas
 será imposible esconderla,
 y si por ventura subes,
 señor, a cenar con Celia,
 ¿qué le daremos a Fénis?
 OTAVIO. ¿De la cena se te acuerda,
 y no de toda una noche?
 TOMÉ. Eso no te cause pena;
 conmigo podrá dormir.
 OTAVIO. ¡Qué burlas, Tomé, tan necias
 para tantas confusiones
 como esta noche me esperan!
 Nunca la vieran mis ojos,
 nunca, Tomé, te dijera
 que la metieras aquí.
 TOMÉ. ¿Quiéresla bien, bien de veras?
 OTAVIO. ¿Verá nadie su hermosura
 sin que por ella se pierda?
 Yo aseguro que en el mundo

(62) Atajados este verso y los siete anteriores.

(63) Antes de *en*, tachado *ta*.

TOMÉ. sucedió cosa como ésta en término de dos horas, pues, casándome con Celia, en su misma casa tengo por quien el dejarla es fuerza. Ten ánimo (64), que a la parte del corredor que a esa güerta mira, he visto un camarín, cifra sutil de Venecia; de (65) la mitad de tu cama haré a Fénis en que pueda pasar esta noche y (66) cuantas no sepan sus padres della: cerraráse por de dentro, que aldaba tiene la puerta, para que (67), de ti segura, si (68) no de sí misma, duerma; puesto que, siendo quien es, aunque sin llave estuviera, yo (69) sé que la respetaras, por no infamar tu nobleza; pero en duda, porque Amor, cuando todos duermen, vela, quitémosle la ocasión.

OTAVIO. Entro a despedirme della para ver a Celia. ¡Ay, cielos! ¿Quién pensara que estuviera la dulce gloria de Fénis en el infierno de Celia?

~~~~~

## ACTO SEGUNDO

### PERSONAS DEL SEGUNDO ACTO

|           |                       |
|-----------|-----------------------|
| OTAVIO.   | FLORA.                |
| TOMÉ.     | EL VIRREY DE NÁPOLES. |
| CÉSAR.    | JULIO. (70)           |
| LEONARDO. | ALBANO.               |
| CELIA.    | FÉNIS.                |
| LISENA.   |                       |

(CELIA y LISENA.)

LISENA. Con razón tu dicha alabas, pues a la fama responde.

CELIA. ¿No es galán, Lisena, el Conde?

LISENA. Como tú le imaginabas; que a tus melindres no hubiera con menos gracia y valor satisfacción.

CELIA. Fué temor que menos gallardo fuera; así suelen engañar los casamientos ausentes.

LISENA. No es poco que te contentes.

CELIA. No pudiera imaginar mayor dicha que he tenido, puesto que el temor no cesa.

LISENA. Cortés estuvo en la mesa, gracioso y entretenido.

CELIA. Sí, pero no me miró como quien tiene deseo; que no le enamoro creo, y que vengo a estarlo yo.

Si tuviera bien impresa mi voluntad, con mirar (71) más había de cenar en mis ojos que en la mesa.

No le veo con cuidado de enamorado, Lisena, que más estuvo en la cena inquieto que enamorado.

¿Y cuál hombre con amor se despidiera tan presto?

LISENA. El que le tienes te ha puesto ese excusado temor, que el irse fué cortesía por no parecer cansado; ni ha de estar enamorado y tan perdido en un día.

Ayer te vió, ¿qué le quieres?

CELIA. Que esa disculpa le des, Lisena, es justo, después que somos propias mujeres, pero no cuando nos miran; que es bien que atentos estén (72) mientras, esperando el bien (73), con la esperanza suspiran. (74)

No es tan cortés el amor.

LISENA. El irse presto lo es.

CELIA. No le quiero tan cortés,

(64) Antes de *animo*, tachado *amigo*.

(65) Antes de *de*, tachado *ella*.

(66) Después de *y*, tachado *muchas*.

(67) Después de *que*, tachado *segura y libre*.

(68) Antes de *sí*, tachado *de sus pensamientos*.

(69) Antes de *yo*, tachado *y*.

(70) Indica como actor encargado de este papel a Jerónimo.

(71) Antes de *con*, tachado otro verso: *mi affi- cion en tal lugar*; sobre la línea, *mi voluntad*.

(72) Después de *que*, tachado *han de parecer ga- lanes*; sobre la línea, *es bien que atentos estén*.

(73) Este verso, sobre otro tachado: *que bien fin- gen ademanes*.

(74) Antes de *suspiran*, tachado *quando mirando*; sobre la línea, *con la esperanza*.



más necio fuera mejor.

Luego que el Conde llegó  
más atento me miraba,  
para volverse cenaba,  
según la prisa se dió.

¿Y cuál hombre no me hubiera  
esta mañana enviado,  
por cumplimiento, un recado,  
cuando por amor no fuera?

LISENA. ¿A un hombre cansado quieres  
poner culpa?

CELIA. Si lo está,  
de mí disculpa tendrá.

LISENA. ¡Brava en los principios eres!  
No comiences por celosa,  
que desenamoran celos.

(FLORA *salga.*)

FLORA. No han hecho dama los cielos  
en casarse más dichosa.

CELIA. ¿Qué hay, Flora? ¿Está levan-  
el Conde? [tado]

FLORA. Cuando llamé,  
agua le daba Tomé.  
Entré (75) y dile tu recado.

Recibió los buenos días  
con mucho gusto y placer,  
que sabe muy bien hacer  
amorosas cortesías.

Dije (76) que le suplicabas  
de tu gente se sirviese,  
que de que solo estuviese  
con notable pena estabas.

Respondióme que no había  
de servirle, hasta casarse,  
ninguno, por no obligarse  
después a descortesía.

Tomó el almuerzo Tomé;  
con tanto me despedí.

CELIA. ¿No te preguntó por mí?

FLORA. Eso muy despacio fué,  
y con un grande recado  
del deseo que tenía  
de verte.

CELIA. ¡Y dormido había  
hasta las diez descuidado!

FLORA. Pues, cansado, ¿qué ha de hacer?

CELIA. ¿Cómo no ha subido aquí?

FLORA. Por darte lugar así

que te puedas componer;  
y fuera estilo grosero  
usar desa libertad;  
merece tu voluntad,  
que es un galán caballero  
bien hablado y entendido.

CELIA. ¿Júzgasle tú enamorado?

FLORA. Si al espejo te has mirado,  
ociosa pregunta ha sido.

Las joyas que te ha de dar  
dijo que estaba esperando.

CELIA. Amor le pido, que cuando  
se ama es la mayor amar.

FLORA. Eso yo te lo aseguro,  
y que se muere por ti.

CELIA. ¡Que yo trate de esto así!  
Que me desconozco os juro.

LISENA. En lo justo no hay recato;  
Licencia tiene quien ama.

FLORA. Como enfrente de su cama  
está puesto tu retrato,  
díjele yo si quisiera  
tener el original,  
y dijo que dicha igual  
pedir al cielo pudiera.

CELIA. Toma, Flora, aquel vestido  
que hice para la entrada  
del Virrey, que ser amada  
deseo.

FLORA. Los pies te pido,  
y cree que lo serás.

LISENA. Perdida, Celia, te veo.

CELIA. Como es honesto el deseo,  
se atreven los ojos más.

([*Váyanse.*] CONDE OTAVIO y TOMÉ.)

OTAVIO.

Mala noche he pasado.  
Conté las horas, no conté las penas.

TOMÉ.

¿De un hora enamorado?

OTAVIO.

¿Qué importa, si la sangre de las venas  
me abrasa aquel veneno?

TOMÉ.

Nunca duermo mejor que cuando ceno.

Cenó Fénis muy poco,  
o fuese por melindre o por cuidado;

(75) Antes de *entre*, tachado *dile*.

(76) Primero, *díxele*; tachado después, *le*.

pero yo, como (77) un loco,  
dejé un capón muy tierno y bien asado  
en pura notomía,  
que así lloraba, aunque cantar quería.

Cerró la puerta luego,  
y trató de acostarse.

OTAVIO.

¡Caso extraño  
y laberinto ciego,  
que Fénis, sin temer humano engaño,  
en su casa amanezca  
y entre dos extranjeros anochezca!  
¡Y yo, que no pensaba  
verla en mi vida, esté (78) como me veo!

TOMÉ.

Cuando ya se acostaba,  
hacia la puerta me llevó el deseo,  
permitiendo la llave  
entrar la vista a su persona grave.

Iban los alfileres  
quitando los marfiles de las manos,  
que son en las mujeres  
fácil prisión de sus adornos vanos,  
porque (79) en los rostros bellos  
no hay hermosura como estar sin ellos.

Quitó luego las joyas,  
ropa y jubón; al fin, quedó en manteo  
que abrasara mil Troyas,  
a no enfrenar respetos el deseo;  
que luego manifiesta  
honra y valor una mujer honesta.

Bajó de los chapines  
Fénis al suelo dos pequeñas basas  
de ramos de jazmines,  
aun con estar a solas, tan escasas,  
que apenas pude verlas;  
mas vi la honestidad vertiendo perlas,  
porque, con el manteo,  
hizo una rueda al desatar las cintas,  
y un muro a mi deseo.

OTAVIO.

Agrádame el recato con que pintas  
esta hermosura honesta.

TOMÉ.

En fin, no sé cuál de las dos se acuesta,

o Fénis en la holanda,  
o la holanda en su nieve. Pero apenas  
que se sosiegue (80) manda  
aquella blanca imagen de azucenas  
el fugitivo sueño,  
cuando su pena se rebela al dueño.

“¡Ay!, dijo Fénis triste,  
¿adónde estás, sin padres y sin honra?  
¿Por dónde me trujiste,  
Fortuna, a padecer tanta deshonra?  
Quitárasme la vida  
con darme muerte adonde fuí nacida.

Que aqueste caballero,  
en sabiendo mis padres este engaño,  
ha de ser lo primero  
matarle a él, y tengo de su daño  
más pena que del mío.”

Aquí dos tiernas lágrimas le envió  
que, por la misma llave,  
presumieron los ojos que saldrían,  
y que a su pecho grave  
entre las alas de un suspiro irían.  
Calló, quizá pensando  
que la estabas entonces escuchando.

OTAVIO.

Ella se ha levantado.  
¿Cerraste bien la puerta?

TOMÉ.

No imagines  
descuido en mi cuidado.

OTAVIO.

Hacia esta cuadra suenan los chapines.  
¡Por Dios que sale hermosa!  
Tal suele el nácar descubrir la rosa.

(FÉNIS.)

FÉNIS. Buenos días, si es que yo  
buenos os lo puedo dar.

OTAVIO. Vos lo podéis comenzar,  
pues con vos el Sol salió (81),  
y a quien a oscuras (82) vivía,  
mirad si darlos podéis,  
pues hasta agora no habéis  
traído a la Tierra el día.

(80) Antes de *sosiege* (sic), tachado *sieg*.

(81) Después de este verso, tachado otro incompleto: *no os pregunto*.

(82) *Y a quien ascuras*.

(77) Enmendado como sobre *comí v*.

(78) Antes de *esté*, tachado *por su*.

(79) Antes de *porque*, tachado *q[ue] quando*.

Ya que os habéis levantado,  
parece que habéis traído  
flores en los pies, que ha sido  
volver esta sala en prado.

Daba (83) en aquestos cristales  
el Sol, y, en viéndoos salir,  
fuése, porque a competir  
no tiene rayos iguales.

Preguntaros cómo habéis  
dormido, no será justo,  
que si el sueño sig[u]e al gusto,  
muchos disgustos tenéis,  
y tal el sueño habrá sido;  
pues yo os prometo que yo  
no he dormido.

FÉNIS. ¿Por qué no?

OTAVIO. Porque vos no habéis querido.

FÉNIS. ¿Yo os quito el sueño?

OTAVIO. Pues ¿quién?

FÉNIS. Pues ya me dais ocasión (84),  
hablaros (85) claro es razón.  
Escuchad. (86)

OTAVIO. Decís muy bien.

FÉNIS. ¿Podré yo (87) fiarme agora  
de un hombre que me ha engañado?

OTAVIO. ¿Yo a vos?

FÉNIS. Sí, que os he escuchado  
cuanto habéis (88) hablado a Flora.

Que érades Carlos fingistes  
siendo vos el Conde Otavio.

OTAVIO. ¿Eso tenéis por agravio?

FÉNIS. Mintiendo, agravio me hicistes;  
pero esto no importa nada.

Mas de venir a casaros  
con Celia, no hay disculparos  
de (89) haberme dado posada,  
que soy mujer principal  
y tan buena como vos,  
y posar juntos los dos,  
si os está bien, me está mal,  
porque cuando hubiera sido  
mi desdicha hallarme aquí,  
era gran disculpa en mí

que estaba con mi marido;

peró pues no puede ser,  
y a tanto peligro estoy,  
que (90) vuestra mujer no soy  
y que vos tenéis mujer,  
mire Tomé si parece  
gente en casa, y yo me iré.

OTAVIO. ¿Queréisme escuchar?

FÉNIS. Sí haré,  
que el ser quien sois lo merece.

OTAVIO. Que soy el Conde es verdad,  
y que a Celia vine a ver;  
pero no que es mi mujer,  
que hay mucha dificultad;

porque, en duda, si contenta  
del ver. al ejecutar  
es jornada por la mar  
que suele correr tormenta. (91)

Porque vine disfrazado  
os dije que Carlos fuí,  
y si ayer a Celia vi,  
¿cómo puedo estar casado?

Cuando de verla bajé,  
os vi a vos, y aunque traía  
la imagen que visto había,  
vuestra mano entonces fué  
como pincel de pintor  
que lo que otro pintó mal  
borra con destreza igual  
para pintarlo mejor.

Vos, sobre aquello borrado,  
pintastes una figura  
que de la misma hermosura  
fué peregrino traslado.

Mirad lo que me debéis,  
pues de lo que entonces vi,  
no ha quedado más en mí  
del lienzo en que vos pintéis. (92)

Luego mudé pensamiento,  
y aquella imaginación  
no mudó la ejecución,  
sino sólo el casamiento.

En la misma casa ha sido  
donde me vengo a casar,  
ni vos podéis excusar  
el ser yo vuestro marido,  
si esto se viene a saber.  
De suerte que no hay engaño

(83) Antes de *daba*, tachado *pregun.*

(84) *Fén*, enmendado sobre *Ota*. Antes de *pues*  
tachado *yo*; *ya*, escrito encima de *vos*, tachado.

(85) Antes de *claro*, tachado *será razón*.

(86) *Escuchad*, fuera de la caja de la escritura, an-  
tes de *mas claro*, tachado.

(87) *Podré yo*, escrito encima de *que no me puedo*,  
tachado.

(88) *Quanto haueis*, escrito encima de *q[ue] vo-*  
*erades*.

(89) Antes de *de*, tachado *no por q[ue] soy*.

(90) Antes de *que*, tachado *de*.

(91) Escrita esta redondilla al margen, vertical-  
mente, con la indicación de *ojo*.

(92) Escrita esta redondilla al margen, vertical-  
mente, con la indicación de *ojo*.



si al llegar el desengaño  
digo que sois mi mujer.

FÉNIS. El remedio está dudoso,  
Conde, y el peligro cierto;  
que después de descubierto  
es mi deshonor forzoso,  
si vos, por la obligación  
de Celia, habéis de dejarme,  
y así es mejor no engañarme,  
que será baja traición.  
Yo me puedo agora ir.

OTAVIO. Mira si hay gente, Tomé.  
Fénis (93), Fénis, si esta fe,  
si este amor llamáis fingir,  
¿cuál ha sido verdadero?

FÉNIS. Dejadme.

OTAVIO. Señora, oíd:  
que os han de ver advertid.  
Mirad que soy caballero  
que sabe su obligación.

FÉNIS. Y yo las que tengo sé. (94)

OTAVIO. ¡Tenla, deténla, Tomé!

TOMÉ. Temo que dais ocasión  
para que os sientan en casa.  
¿Dónde te vas a perder?

FÉNIS. Tomé, ¿qué tengo de hacer  
si el Conde Otavio se casa?

TOMÉ. No casará. ¡vive el cielo!

OTAVIO. ¡Júralo, Tomé, por mí!

FÉNIS. Ayer a entrambos os vi,  
¿Qué os debo?

TOMÉ. Un honesto celo,  
una piedad, un amor,  
una estimación nacida  
de un alma, Fénis, rendida  
a la fe de tu valor.  
No pag[u]es mal la posada  
del alma y del camarín,  
la cena y cama, que, en fin,  
estás por noble obligada.  
¿Qué güésped, por vil que sea,  
Fénis, se va sin pagar?

FÉNIS. Tomé, ¿quieresme dejar?

TOMÉ. ¿Quieres que Celia te vea?  
¡Mira aquel (95) hombre, por  
[Dios,  
que está en los güesos por ti!

FÉNIS. No pienso quedarme aquí  
si no me matáis los dos.

TOMÉ. ¡Plega a Dios, si se casare  
mi amo, si no es contigo,  
que me mate el más amigo  
de quien el alma fiare!  
¡Mira qué de veras juro!

(Lllaman.)

OTAVIO. Que llaman, Tomé.

TOMÉ. Señora,  
éntrate siquiera agora,  
que por tu honor lo procuro.

FÉNIS. Más peligro es hoy (96) tu en-  
que mis desdichas ayer. [gaño

(Entrese.)

TOMÉ. Voy a abrir.

OTAVIO. ¿Quién puede ser  
que no pretenda mi daño?

(CÉSAR, entre.)

CÉSAR. Desde ayer me prometí  
serviros, aficionado  
a vuestro ingenio y agrado  
y a lo que hicistes por mí;  
y hoy, que de cierto he sabido  
que sois persona tan grave,  
que ya en Nápoles se sabe,  
Conde, a lo que habéis venido,  
de que os doy el parabién,  
vengo a ofreceros persona,  
casa y vida.

OTAVIO. Si me abona  
lo que vos decís tan bien  
y que ya sabéis de mí,  
el no me haber descubierto  
me perdonad, que al concierto  
vine disfrazado así.  
Ya me dicen que tenéis  
a Fénis.

CÉSAR. Engaño ha sido,  
que Fénis no ha parecido.

OTAVIO. ¿Qué decís?

CÉSAR. Que no penséis  
que soy (97) tan dichoso yo;  
y pues que me habéis hablado

(93) Antes de *Fénis*, tachado *señora*.

(94) Añadido y antes de *yo*; después de *que*, tachado *me tocan sé*.

(95) Antes de *aq[ue]l*, tachado *qual esta*.

(96) Escrito *es oy* encima de *son*, tachado.

(97) *Que soy*, escrito fuera de la caja de escritura, antes de *q[ue]* *soy*, tachado; después de *tan*, tachado *venturoso*.

en cosa que me ha costado  
la vida que me llevó,  
quiero descansar un poco  
con un hombre tan discreto;  
que quien ama está sujeto  
a hablar siempre como loco  
en la tema que porfía.

OTAVIO. Desde ayer, que un ángel vi,  
os juro que estoy ansí,  
y que sólo hablar quería  
en materias amorosas.

CÉSAR. Tenéis razón de querer  
tan bien nacida mujer  
y de partes tan hermosas.

OTAVIO. Perdido estoy, como vos.

CÉSAR. Sí; pero más bien pagado.  
Oíd, Conde, mi cuidado,  
pues queremos bien los dos (98):

Hija del Conde Fabricio,  
Otavio, es la bella Fénis,  
que, sin conceptos del nombre,  
serlo de hermosura puede.  
Si vos la hubiéradis visto,  
fuera alabanza más breve,  
porque ninguno la vió  
que el alma no le rindiese.  
De lo que conozco en vos,  
era mujer propiamente  
para vuestro entendimiento,  
porque divino le tiene.  
Si la hubiéradis tratado,  
dijéradis claramente  
por qué los siglos pasados  
las sibilas encarecen;  
que es menester que a Lucano  
versos (99) *Argentaria* enmiende,  
ni que las letras latinas  
a Carmenta se debiesen;  
que es menester que coronen  
filosóficos laureles  
a Telesila, y que Aspasia  
dulce retórica enseñe. (100)  
Quien oye a Fénis, escucha (101)

el libro más elocuente;  
quien la ve, mira un jardín (102)  
de azucenas y claveles. (103)  
Que estoy loco por su amor,  
dirá (104), Conde, quien me oyere;  
pero cuerdo en su alabanza,  
que a toda alabanza excede.  
Si soy dichoso en casarme,  
y pasan estos desdenes,  
vos veréis que no os engaño,  
que aun (105) de vos pienso va-  
[lerme

para que me honréis con Celia  
si el cielo quiere que lleg[u]e  
el día de nuestras bodas  
y que los enojos cesen,  
de lo que os diré, nacidos,  
que no porque me aborrece. (106)  
Hijo del príncipe Arnaldo,  
que hoy en Nápoles mantiene  
la mayor casa, es Leonardo,  
aquel mozuelo insolente  
que ayer conmigo venía,  
y los dos, con poca suerte  
de agradar sus bellos ojos,  
habemos servido a Fénis.  
No es mejor que yo Leonardo,  
que pienso que cuando herede  
al almirante, mi tío,  
puesto que no lo desee,  
no habrá en Nápoles señor  
que (107) me iguale; finalmente,  
las diligencias de entrambos,  
como entre (108) amantes sucede,  
hicieron (109) que, con la envidia,  
locos nuestros gastos fuesen.  
Las justas y los torneos,  
cuyo espectáculo vence  
romanos anfiteatros,  
naves y fieras silvestres,  
con aplausos generales  
y con versos excelentes (110)  
ocuparon muchos días

(98) Este verso escrito al margen, verticalmente. Desde César entre, hasta el verso anterior a éste, tachados en bloque.

(99) Antes de *versos*, tachado *los*; *Argentaria*, escrito después en un espacio dejado previamente por Lope, que parece indicar que por no recordar en el momento el nombre, le buscó y puso más tarde.

(100) Después de este verso, tachado otro: *hablar con ella es abrir*.

(101) Este verso y los cuatro anteriores, escritos al margen, verticalmente.

(102) *Quien la vee (es ver, tachado) mira*, escrito encima de *verla es mirar*, tachado.

(103) Atajados este verso y los once anteriores.

(104) Antes de *dirá*, tachado *será*.

(105) Después de *aun*, tachado *q[ue]*.

(106) Atajados este verso y los nueve anteriores.

(107) Antes de *q[ue]*, tachado *mas rico*.

(108) Entre *en* y *tre*, tachado *competencia*.

(109) Antes de *hicieron*, tachado *dieron*.

(110) Escritos este verso y los tres anteriores al margen, verticalmente.

las plumas y los pinceles.  
 Sólo quiero referiros  
 una entrada que merece  
 por pensamiento y grandeza,  
 que Nápoles la celebre (111):  
 Movíase por sí misma,  
 sin que instrumento se viese,  
 una máquina, retrato  
 de toda la Arabia feliz;  
 iba esmaltada de flores  
 y de árboles diferentes,  
 de los que aromas producen,  
 y, para que olor tuviesen,  
 en fuego secreto el ámbar  
 espiraba (112) al aire ambiente  
 olor (113) divino, formando  
 una primavera alegre.  
 De aquesta máquina en medio  
 se miraba un monte fértil,  
 más que los güertos de Adonis,  
 más que de Tesalia el Tempe.  
 En la cumbre, un fénis de oro,  
 en vez de llamas, en nieve,  
 y un Sol, que (114) luciente en  
 solicitaba encenderle. [alto,  
 La letra de aquesta empresa  
 sólo decía: "No puede",  
 con siete letras tan grandes,  
 que eran a todos patentes.  
 Leonardo, con justa envidia,  
 quiso también disponerse  
 a vencer esta invención  
 para la fiesta siguiente.  
 Sacó la misma provincia,  
 y las mirras y laureles,  
 canales y inciensos hizo,  
 de plata las hojas verdes;  
 puso el fénis en el monte  
 entre mil llamas ardiente,  
 y haciendo un Sol de cristal  
 que el fuego en secreto ardiese,  
 la letra de esta arrogancia  
 era "Yo haré que se queme",  
 fiando en árboles de oro  
 que la nieve deshiciesen.  
 A este tiempo la pedimos  
 juntos (115), y yo, por valerme  
 de la industria y la venganza,

- (111) Atajados este verso y los once anteriores.  
 (112) Antes de *espiraba*, tachado *al viento*.  
 (113) Antes de *olor*, tachado *ol espiraba*.  
 (114) Después de *que*, tachado *en alto mostraba*.  
 (115) Antes de *juntos*, tachado *jus*.

de que arrogante dijese  
 que su sol abrasaría  
 lo que yo pintaba en nieve,  
 en una conversación,  
 porque Leonardo me oyese,  
 dije que el (116) Conde Fabricio,  
 Otavio, me daba a Fénis;  
 y para desconfiarle  
 y que no la pretendiese,  
 me alabé de dos favores  
 que a los marfiles se atreven  
 de sus manos, y a las rosas  
 de sus labios, neciamente.  
 Súpolo Fénis, y es dama  
 tan belicosa y tan fuerte  
 de condición, y en su honor  
 una deidad tan celeste,  
 que, al firmar las escrituras,  
 deudos y amigos presentes,  
 puso la pluma, ¡ay de mí!,  
 en la tinta de mi muerte.  
 Para firmar la sentencia  
 en que dice que no quiere,  
 al tomar Fénis la pluma  
 tres dedos fueron jueces,  
 que tres varas de marfil  
 quiere Amor que me sentencien.  
 Lo demás, ya lo sabéis.  
 Dichoso vos muchas veces,  
 pues os casáis donde os aman;  
 no yo, donde me aborrecen.  
 OTAVIO. Pésame de vuestro mal.  
 TOMÉ. Señor, mi señora viene.  
 CÉSAR. Voyme, y gozalda los años  
 que vuestro valor merece.

(Vase. Entren CELIA, LISENA y FLORA.)

CELIA.

Pues ya vusñoría no desea  
 verme, justo será que yo le vea.

OTAVIO.

Señora, ¿tal exceso?

CELIA.

No es exceso,  
 siendo mi dueño vos.

OTAVIO.

Aquí confieso

(116) Antes de *el*, tachado *estaba*.



que erraron mi ignorante (117) cortesía y mi encogida y necia (118) cobardía. Fuera deso, he tenido una cansada visita, aunque la doy por disculpada, por ser quejas, señora, de un (119) amante; sobrino pienso que es del almirante.

CELIA.

El marido de Fénis, una necia que cuanto ve (120) desprecia.

OTAVIO.

¿Una que dicen que se fué temiendo la espada de su padre?

CELIA.

Estando haciendo las escrituras, dijo, en vez de firma, con que su loca presunción confirma, que a César no quería, y es un hombre rico, noble, galán y gentilhombre.

OTAVIO.

Tal me lo ha parecido.

CELIA.

Es una loca, que entiende que a sus méritos es poca la majestad de un rey.

OTAVIO.

Vusiñoría se siente, aunque es su casa, que no es mía.

CELIA.

Quien eso dice cuando el alma enseño, señal (121) es que no quiere ser su dueño.

(*Siéntense.*)

OTAVIO. La casa, señora mía, es donde yo vi (122) mi bien, aunque temiendo el desdén del bien que no conocía. Ayer fué el dichoso día que en aquesta casa hallé

(117) *Ynorante.*

(118) Antes de *cobardía*, tachado *cortesi*.

(119) Tachado *de un* y vuelto a escribir *encima*.

(120) Después de *ve*, tachado *necia*.

(121) *Señal*, escrito primero *señalar*, y tachado después *ar*.

(122) *Vi* sobre el renglón.

el bien que nunca pensé; que no pude imaginar que tal grandeza de amar cupiera en tan breve fe.

Y tanta gloria me da ver que rendí su desdén, que no tengo yo más bien que el que en esta casa está; aquí dentro vive ya mi dueño, mi amada esposa, tan entendida y (123) hermosa, que me pesa de tener sola un alma que ofrecer a su deidad amorosa.

Mucho el veros me suspende; pero si me atrevo a hablar desta suerte, es por pensar que hablo con quien me entiende; temo (124) que desto se ofende, pero tanta discreción disculpará la ocasión, que a no estar nadie presente, trasladara tiernamente a la lengua el corazón.

CELIA.

Bésoos las manos, Otavio, por la merced que me hacéis; a quien sois correspondéis, y con ser noble, a ser sabio. No tengo yo por agravio que no habléis más tiernamente, que si os detiene esta gente, tiempo queda a los casados para decir sus cuidados con afecto diferente.

Gustosa (125) estoy de que aquí hallásedes vuestro bien, pues hallé yo en vos también el mayor bien para mí. Yo sola dichosa fui en que en mi casa tengáis, Conde, el bien que deseáis, que siendo vos mi marido, el mayor que al cielo pido con daros a vos me dais.

Mas mirad que no os mudéis dese firme pensamiento.

OTAVIO.

Quien sabe mi sentimiento, siente lo que no sabéis. Como el alma no me veis,

(123) Después de *y*, tachado *dich*.

(124) Antes de *temo*, tachado *no se si*.

(125) Antes de *gustosa*, tachado *con*.

lo que no entendéis juzgáis.  
 CELIA. ¿De qué tema os enojáis?  
 OTAVIO. Vos no tenéis que temer;  
 que (126) quien es ya mi mujer  
 no duda lo que dudáis.  
 TOMÉ. Señor, el Duque.  
 OTAVIO. ¿Qué duque?  
 TOMÉ. El Virrey.  
 CELIA. Pues no me vea.  
 Abre, Flora, el camarín;  
 abre, que esconderme es fuerza.  
 FLORA. Dame la llave, Tomé.  
 TOMÉ. Espera.  
 FLORA. ¡Qué linda flemma! (127)  
 TOMÉ. Ya la busco, no me turbes.  
 FLORA. De la carroza se apea. (128)  
 TOMÉ. ¡Vive (129) Dios, que la tenía  
 en la faltriquera izquierda!  
 Pienso que se me ha caído.  
 FLORA. ¿Hay tan gran (130) descuido?  
 [Muestra.  
 TOMÉ. ¿Qué quieres? ¡Que no la hallo!  
 FLORA. No la busques, que ya entra.

(El VIRREY y CRIADOS.)

TOMÉ. ¡Qué bien he librado a Fénis  
 de que no la viese Celia!  
 Todo se pierde si doy  
 la llave.  
 OTAVIO. Vuestra excelencia  
 nos dé sus pies a los dos.  
 VIRREY. A daros la norabuena,  
 señora Celia, he venido;  
 y para que el Conde sepa  
 que, aunque viene disfrazado,  
 no se esconde la grandeza.  
 OTAVIO. Aquí tenéis un esclavo. (131)  
 CELIA. Sillas. ¡Hola!

(*Siéntense el VIRREY, el CONDE, y CELIA en m[edi]o.*)

Si supiera  
 que tal merced merecía,  
 me amaneciera en la puerta.

(126) Antes de *que*, tachado *por*.

(127) Después de éste, tachado otro verso: *abre que de la carroza*.

(128) Después de éste, tachado otro verso: *aquí pienso que la busq puse* (sic).

(129) Antes de *vive*, tachado *no*.

(130) Antes de *gran*, tachado *ra*.

(131) Escrito este verso inmediatamente a continuación del anterior.

OTAVIO. Yo estaba bien descuidado  
 desta merced que, a saberla,  
 fuera a hacer mi obligación.  
 VIRREY. De quien a Milán gobierna  
 tuve carta esta mañana,  
 en que me avisa por ella  
 cómo a Nápoles venís  
 para casaros con Celia.  
 Tanta amistad el marqués  
 con vuestro padre profesa,  
 y por lo que vos con él  
 habéis andado en la guerra  
 de España contra Saboya,  
 que me ha mandado que os tenga  
 prevenida la posada,  
 y así, os suplico que sea  
 la mía, para serviros.  
 CELIA. Puesto que el Conde merezca  
 esa merced, no es razón (132)  
 que vos permitáis su ausencia,  
 que, aunque es pobre aquesta casa,  
 es suya, y ya vive en ella,  
 ni es bien que vuestro favor  
 a mí me desfavorezca.  
 VIRREY. Si ha sido descortesía,  
 perdonad, que si supiera  
 que ya estaba en ese estado  
 lo que tanto amor concierta,  
 no le ofreciera mi casa;  
 mas no sirviéndose della,  
 algo tengo de hacer yo  
 que al Conde obligarle pueda,  
 y que, volviendo a Milán,  
 el marqués me lo agradezca.  
 OTAVIO. Girón gallardo (133), por quien  
 el turco de Italia tiembla,  
 y dos canales de Europa  
 de Filipe las banderas;  
 como honrar a sus vasallos  
 fué siempre condición vuestra  
 a mí por la misma causa,  
 que no porque lo merezca;  
 Celia y yo reconocemos  
 esta merced, que con ella  
 dará blasón a sus armas  
 la antigüedad que profesa.  
 VIRREY. Por lo menos, yo he de ser  
 padrino, y es bien que sepa  
 cuándo será el desposorio.

(132) Después de éste, tachado otro verso: *que yo de verle carez*.

(133) Encima de *Jiron gallardo*, sin tachar, escrito *Toledo ylustre*.

CELIA. Esta noche.  
 VIRREY. ¿Tan apriesa?  
 OTAVIO. Esta noche, no, señor,  
 hasta que mi ropa venga  
 y las joyas que he traído.  
 CELIA. Galas y joyas no sean  
 estorbo; yo tengo (134) joyas.  
 TOMÉ. ¡Qué bravamente le aprieta!

(Salga por delante dellos FÉNIS, cubierta con el  
 manto, y éntrese por la otra puerta.)

VIRREY. ¿Qué es esto?  
 CELIA. ¿Mujer aquí?  
 ¡Hola! ¿Qué mujer es ésta?  
 LISENA. De aquella cuadra salió.  
 VIRREY. Agora creo (135) que es cierta  
 la boda, que hay rebozadas.  
 TOMÉ. ¡Qué locura! Voy tras ella.

(Levántese.)

VIRREY. Y yo, señores, me voy,  
 suplicando[o]s se me advierta  
 la noche que esto ha de ser.  
 OTAVIO. Dios guarde a vuestra excelencia.

(Cumplimientos al salir, y váyase el VIRREY.)

CELIA. ¡No sé por dónde comience,  
 Otavio, tan justa (136) queja!  
 ¿Vos mujeres en mi casa?  
 Quien viene a casarse en ella,  
 ¿de tal calidad las trae  
 que con tanta desvergüenza  
 salen delante del Duque,  
 sólo por hacerme afrenta?  
 OTAVIO. Sosegad, señora, el pecho,  
 que ésta es una amiga vuestra;  
 mejor dijera enemiga,  
 pues infamaros desea.  
 Entróse aquí libremente,  
 sin que le diesen licencia,  
 porque avisarme quería  
 de algunas cosas secretas;  
 como llamastes, no quise  
 que os diese el hallarla pena,  
 y escondiéndola Tomé,  
 fué tan libre y tan resuelta,

que salió como la vistes.  
 CELIA. Pues ¿qué os dijo que pudiera  
 ser en mi ofensa?

OTAVIO. No importa.  
 CELIA. Decildo, si es en mi ofensa.  
 OTAVIO. ¡Qué diré, que estoy sin alma!  
 CELIA. No lo calléis.  
 OTAVIO. ¡Bien quisiera!

Díjome que era galán  
 vuestro el Duque, y si suspensa  
 tuve la imaginación  
 desta su visita incierta,  
 fué por haber confirmado  
 lo que me dijo con ella.  
 CELIA. ¿Hay tal maldad? ¿Tú conoces  
 aquesta mujer, Lisena?  
 LISENA. Una doña Angela suele  
 verte en misa algunas fiestas  
 y murmurar de tus galas.  
 FLORA. Y ten por cierto que es ella,  
 que yo la he (137) visto envidiosa  
 burlar de que vas compuesta,  
 con otras amigas suyas.  
 CELIA. Otavio, si por la puerta  
 de mi casa entró el Virrey,  
 ¡fuego del cielo me encienda!  
 ¿Hay tal traición, por quitarme,  
 de envidia y de celos muerta,  
 que no me case? Pues no,  
 no ha de ser de esa manera.  
 Pluma y papel, Flora, ¡presto!  
 Yo la diré en pocas letras  
 quién es ella y quién soy yo.  
 OTAVIO. No es razón; escucha.  
 CELIA. ¡Suelta!

(Vanse todas. OTAVIO, solo.)

OTAVIO.

No hay cosa que no alcance  
 con la industria remedio;  
 pero aunque, estando en medio  
 de tan perdido lance,  
 salga Celia sin celos,  
 si pierdo a Fénis, ¿qué me importa?, ¡ay cielos!  
 El Virrey, que en su vida  
 vió a Celia, ha remediado,  
 con haberle culpado,  
 que Fénis atrevida  
 resolución tomase:

(134) Después de *tengo*, tachado *gua*.  
 (135) El LISENA anterior, enmendado sobre CEL;  
 creo escrito sobre el renglón.  
 (136) Después de *justa*, tachado *mente*.

(137) Después de *la*, tachado *enc*.



que delante de todos me dejase.

¿De qué mujer se cuenta  
mayor atrevimiento?

Tratar mi casamiento  
causa (138) le dió violenta:  
causa le dió violenta:

creyó que me casaba  
y que a peligro de su honor quedaba;

porque, si no se fuera (139)

cuando yo no podía  
resistirla, temía

que después no pudiera.

¡Ay, Fénis, cómo has hecho

de nieve el nido en mi abrasado pecho!

¿Adónde vas? No creas

que con Celia me case,

por más que me obligase;

que quiero yo que veas,

aunque era amor de un día,

que fué verdad del alma, Fénis mía.

(TOMÉ, *entre*.)

TOMÉ. ¿Con ese descuido estás?

OTAVIO. ¿Descuido te ha parecido  
estar muerto, estar perdido,  
y estar ausente, que es más?

¿Cuéntame, Tomé, sin vida!

¿Por (140) dónde Fénis se fué?

TOMÉ. Yo la seguí y la rog[u]é,  
señor, que fuese servida  
de oír la satisfacción  
de la boda que ha creído,  
y (141) a todo me ha respondido  
que palabras de hombres son,  
y que haber salido así  
fué temor que no pudiera  
después.

OTAVIO. Si ella a mí me oyera,  
como te escuchaba a ti,  
yo la volviera, Tomé.

TOMÉ. Pues no va lejos de aquí.

OTAVIO. Pues (142) ¿puedo alcanzarla?

TOMÉ. Sí;  
pero volverla no sé,

aunque a forzarla te atrevas.

OTAVIO. Cierra, y donde fué me guía.

TOMÉ. Ven por aquí.

OTAVIO. ¡Fénis mía,  
mira que el alma me llevas!

(FÉNIS, *con manto*.)

FÉNIS. Ya no tiene mi fortuna  
más desdichas que me dar,  
ni más tormentos el mar,  
que levantaron los vientos  
de mis locos pensamientos  
cuando mi casa dejé,  
y tan necia me olvidé  
de tantas obligaciones,  
por escuchar las razones  
de un hombre que me ha burlado;  
pero quédese casado,  
y no en peligro mi honor;  
principios tuve de amor,  
amor que yo no sabía:  
tanta novedad me hacía  
el verme rendir a un hombre  
que apenas supe su nombre;  
mas mudó mi pensamiento  
su talle, su entendimiento,  
pero no para aguardar,  
Fénis, a verle casar,  
y que el Virrey le apadrine;  
que no hay amor que me incline  
para que pierda mi honor.  
Deteniéndome va Amor,  
¡qué pasos tan perezosos!  
pero hay hombres cautelosos,  
aunque si el Conde lo fuera  
la puerta anoche rompiera,  
o por lo menos llamara.  
¡Ay, Dios, quién imaginara  
la desdicha en que me veo!  
Irme y volverme deseo.  
Pero un hombre viene aquí;  
Leonardo es éste, ¡ay de mí!  
¡Que me ha conocido creo!

(LEONARDO y JULIO.)

LEONARDO. No hay sacarlos a los dos,  
Julio, de que a Fénis tengo.

JULIO. De hablar con Fabricio vengo,  
y está quejoso de vos;  
creo que quiere quejarse  
al Virrey.

LEONARDO. ¿Por qué razón,  
donde sola mi afición

(138) Antes de *causa*, tachado  *fue*.

(139) Después de éste, tachado otro verso incompleto: *delante del virre*.

(140) Antes de *por*, tachado  *no van*.

(141) Antes de *y*, tachado  *pero*.

(142) Antes de *pues*, tachado  *podre*.

puede, Julio, averiguarse?

Fénis no me quiso a mí,  
siempre de mí se burló;  
pues ¿cómo la tengo yo?

JULIO. Ellos lo dicen así.

LEONARDO. ¡Qué buen talle de mujer!

JULIO. A lo español va tapada.

LEONARDO. El aire español me agrada.  
Dama, ¿no podremos ver  
el cielo donde esa estrella  
tuvo dichoso lugar,  
que me holgaré de embarcar  
mis pensamientos con ella?  
¿No habláis, no me respondéis?  
¡Qué aspereza, qué rigor!

(CÉSAR y ALBANO.)

ALBANO. Matarle será mejor,  
si esa sospecha tenéis.

CÉSAR. Verme y burlarse de mí  
es señal que a Fénis tiene.

JULIO. Leonardo. (143)

LEONARDO. ¿Qué?

JULIO. César viene. (144)

CÉSAR. ¿No es éste Leonardo?

ALBANO. Sí.

CÉSAR. ¡Vive Dios, que esa mujer  
es Fénis!

ALBANO. ¡Dichoso has sido  
en hallarla!

CÉSAR. El ha querido,  
como debe de saber  
que al Virrey se han de quejar,  
ponerla en parte segura;  
pues en vano lo procura,  
que hoy se la pienso quitar.  
¡Ah, caballero!

LEONARDO. ¿Quién es?

CÉSAR. César soy, que cobrar quiere  
esa dama que traéis,  
antes que el Virrey lo intente;  
que en los pleitos del honor,  
las armas son los jueces.

LEONARDO. Yo no conozco esta dama;  
si ella descubrirse quiere,  
os podrá satisfacer  
de lo que a Fénis parece;  
tapada la hallé, y sin darme

lugar a que la requiebre,  
porque no he visto en mi vida  
por señas tantos desdenes.  
Esto no es satisfacción,  
que en lo demás, cuando fuere  
necesario, estoy aquí.

CÉSAR. Como la dama que viene  
con vos se descubra el rostro,  
yo me iré, no siendo Fénis.

LEONARDO. Eso es dar satisfacción,  
porque yo sé claramente  
que no es Fénis, y no quiero,  
cuando esta dama quisiese,  
que porque (145) vos lo queréis  
se (146) descubra, que no puede  
ser con mi honor descubrirse.

(Salgan el CONDE OTAVIO y TOMÉ.)

TOMÉ. Aquélla es Fénis.

OTAVIO. ¡Detente!

César y Leonardo son  
los que en su poder la tienen.

TOMÉ. Espera, que dos a dos  
parece que reñir quieren.

CÉSAR. Para mí fuera bastante  
que un hombre noble dijese  
que no es Fénis, si lo es; -  
pero mi amor no consiente  
que (147) deje en dudas los ojos,  
que desengañarse pueden.

LEONARDO. Ya he dicho que es honra mía,  
que nadie por fuerza piense  
que le doy satisfacción.

TOMÉ. Estos riñen, no te alteres;  
estate escondido aquí.

CÉSAR. Pues, cuando a mí se me diese  
satisfacción, ¿no soy hombre,  
Leonardo, que la merece?

LEONARDO. De mí no, que soy mejor  
que vos.

CÉSAR. Quien lo dice, ¡miente!

LEONARDO. Con la espada no hay agravio;  
decid que los dos nos dejen.

(Acuchillándose dos a dos se entren.)

TOMÉ. Llega, que es buena ocasión.

OTAVIO. El Amor me favorece.

¡Fénis mía!

(143) Antes de *Leonardo*, tachado en *que*.

(144) Después de este verso, tachado otro incompleto: *hermosa ocasión pe*.

(145) Entre *por* y *que*, tachado *fuerza*.

(146) Antes de *se*, tachado *rendir a*.

(147) Después de *que*, tachado *no de gusto*.

FÉNIS. ¡Traidor (148) Conde!

OTAVIO. Oye, escucha.

FÉNIS. ¿Qué me quieres?

OTAVIO. Que vuelvas a darme vida, que si conmigo no vuelves serás de mi muerte causa; mira que si aquestos vienen te has de ver en más peligro, pues ¡primero que te (149) lleven me han de quitar dos mil vidas!

FÉNIS. Pues cuando volver pudiese acabar con mi afición tan loca y tan neciamente, ¿para qué quieres que vea tus bodas, y tan alegres que hay novios enamorados y que hay padrinos virreyes? Yo fuera por convidada, a ser hábito decente el que me dan mis desdichas.

OTAVIO. ¡Si Celia mi mujer fuere, que Dios me quite la vida!

FÉNIS. Pues, ya ¿qué has de hacer?

OTAVIO. Quererte.

TOMÉ. Fénis, el Conde te adora; advierte que si no vuelves, le han de hacer aquí pedazos, y que ya se junta gente. Fénis, vuelve al camarín a ser cristal tra[n]sparente. a ser búcaro dorado, a ser de barro celeste; mira que todos los vidrios, de llorar por verte ausente, Fénis, están llenos de agua. ¿Qué (150) hará el Conde, si te No seas mujer ingrata, [pierde? tu buena dicha agradece, pues casarás con un hombre a quien visitan virreyes, a quien adora su patria por el hijo más valiente (151) que ha honrado a Italia en mil si- [glos, aunque los Césares entren. (152) ¡Ea!, Fénis celestial, Fénis de coral y nieve,

Fénis linda, Fénis joya, y si diamante no siempre, mira un pobre caballero que tu rigor enmudece, y como cielo nublado, está entre llueve y no llueve.

FÉNIS. ¿Qué, en fin, he de ser tan necia? No hay cosa, Tomé, más débil que, rogada, la mujer.

TOMÉ. Antes (153) no hay cosa más fuerte como una vez diga nones.

OTAVIO. Ven conmigo, hermosa Fénis. que tú serás mi mujer, y yo tuyo eternamente.

~~~~~

ACTO TERCERO

PERSONAS DEL TERCERO ACTO

OTAVIO.	TOMÉ.
EL VIRREY.	UN CAPITÁN.
JULIO.	FÉNIS.
CÉSAR.	LISENA.
ALBANO.	FLORA.
FABRICIO.	CELIA.

(Entren ALBANO y CÉSAR.)

CÉSAR. Dichas de las armas son.

ALBANO. Por imposible he tenido no salir ninguno herido entre tanta confusión.

CÉSAR. Mas no saldremos de presos.

CÉSAR. Todo fué desdicha mía.

ALBANO. En las cuestiones (154) de día son menores los sucesos.

CÉSAR. Volví neciamente a ver la dama.

ALBANO. ¿En aquel lugar os había de esperar?

CÉSAR. Amor no sabe tener la rienda a ningún deseo, porque la imaginación es la misma ejecución.

ALBANO. En vos el ejemplo veo.

CÉSAR. Del bien que espera y no alcanza, por engañar al temor, va siempre siguiendo Amor los pasos de la esperanza.

Loco estoy. Yo pienso, Albano,

(153) Antes de *antes*, tachado *ven conmigo*.
 (154) *Quistiones*.

(148) Antes de *traydor*, tachado *hon*.
 (149) Escrito *te* sobre *le*, tachado
 (150) Antes de *q[ue]*, tachado *pue*.
 (151) Después de este verso, tachado otro: *q[ue]*
ha producido Milán.
 (152) Atajados éste y los quince versos anteriores.

que me ha de acabar la vida
Fénis, (155) si bien ofendida
tanto, de su ingrata mano

¡con qué crueldad escribió,
cuando la escritura hacía
Fénis, que me aborrecía
cuando la adoraba yo!

No corre cometa ardiente
como la mano cruel
discurrió por el papel
atrevida y diligente.

No sé qué rigor tan ciego
a (156) tanta furia la mueve,
que de una mano de nieve
saliesen letras de fuego.

ALBANO. Vuestra locura mayor
es pensar que una mujer
que a vos no os supo querer
que a Leonardo tenga amor.

Cuanto a mí, sé claramente
que algún deudo la escondió.
CÉSAR. Otavio nos engañó
atrevido e imprudente.

Pero ¿quién se ha entrado aquí?

(JULIO.)

JULIO. Yo soy, no os alborotéis,
puesto que causa tenéis
para que lo estéis de mí.

Este papel os ha escrito
Leonardo.

CÉSAR. Mostrad.

JULIO. Tomad,
que por antigua amistad,
César, su honor solicito.

(Vase.)

CÉSAR. Vos hacéis lo que decís.
¿Papel a mí? ¿Qué será?

ALBANO. Desafío. Claro está.
¿Ya os olvidáis del mentís?

(Lee CÉSAR.)

“Porque la gente no impida mi satisfacción,
os aguardo en la playa, donde está una barca,
en que los dos pasaremos a Pausilipo, y con

espada y daga, solos, acabaremos en el cam-
po lo que se comenzó en la calle.—*Leonardo.*”

CÉSAR. Notable satisfacción
de sí mismo.

ALBANO. Dame pena
pensar que aquéste os ordena,
César, alguna traición. [ro; (157)

CÉSAR. No hará, que es buen caballe-
pero aunque serlo promete,
tengo a prueba de mosquete
un peto fuerte de acero; (158)

el pecho me ha de guardar, (159)
que el pecho basta cubrir,
porque quien (160) no piensa huir
no ha menester espaldar.

En mi recámara entremos.

ALBANO. ¿Iré con vos a la mar?

CÉSAR. No me habéis de acompañar;
mirad que ocasión daremos
a que se pierda el honor.

ALBANO. Yo os dejaré.

CÉSAR. ¿Fénis mía,
¿si ha de llegar algún día
en que agradezcas mi amor?

(Vanse. Entren TOMÉ y FLORA.)

TOMÉ. Los cofres llegaron ya.

FLORA. Ya lo vi todo, Tomé,
y aun más de lo que pensé.

TOMÉ. No te entiendo.

FLORA. Claro está.

TOMÉ. Declárate más conmigo.

FLORA. No me puedo declarar.
Pero di, ¿qué me has de dar?

TOMÉ. Seré liberal contigo.

No te daré yo diamantes,
pero algunas niñerías
de vidro, al fin, como mías,
pero son muy semejantes.
¿No has visto (161) retrato?

FLORA. Sí.

TOMÉ. ¿No tienen estimación,
aunque los vivos no son?,
pues los vidros son así,
porque, en la luz semejantes,

(157) Después de este verso, otro tachado: *pero en duda de mi suerte.*

(158) Después de éste, otro verso tachado: *y en duda me ha de guardar.*

(159) Antes de *guardar*, tachado *cubrir*.

(160) Primero *quienes*, tachado después *es*.

(161) Después de *visto*, tachado *vn*.

(155) Antes de *Fénis*, tachado *q[ue] me*.

(156) Antes de *a*, tachado *mi*.

ya que no en naturaleza,
imitando su belleza
son retratos de diamantes.

¿Pero cómo estoy contigo?
FLORA. Si cosas falsas me das,
¿qué puedes esperar más
de lo que has hecho conmigo?

TOMÉ. Y vosotras, ¿qué nos dais
que no sea falso también?

FLORA. Si nos enseñáis, ¿de quién
bárbaramente os quejáis?

TOMÉ. Falsedad es vuestro nombre.

FLORA. Voyme, que tengo que hacer.
No hay cosa mala en mujer
que no la aprenda del hombre.

TOMÉ. Dame siquiera una mano;
Mas dirás, Flora gentil:
no doy por vidrio marfil.

FLORA. ¿Lisonjas conmigo, hermano?

(Vase. Entre OTAVIO.)

OTAVIO. ¡Qué cansado que has estado!
Fénis, ya puedes salir.

(FÉNIS, salga.)

FÉNIS. No sé si ha sido el venir,
Conde, a esta casa acertado.

Tomé, ¿vióme alguno?

TOMÉ. ¿Quién?

Todo estuvo prevenido.

OTAVIO. Fénis, mi ropa ha venido.
Pon esas manos, mi bien,
en las joyas que traía
para Celia, que han de ser
para quien es mi mujer,
que eres tú sola, luz mía,
y créeme que quisiera
que cuanto el Sol celestial
cría en la India Oriental
en esos cofres viniera.

Pobreza fué para ti,
Pero, Fénis, tu belleza
no ha menester más riqueza
que el alma que tiene en sí.

FÉNIS. Estoy, Conde, divertida
de verte tan empeñado
en la palabra que has dado.

OTAVIO. No la cumpliré en mi vida

FÉNIS. Pues ¿cómo piensas vencer
este imposible?

OTAVIO. Al amor

no hay dificultad mayor
que llegarla a proponer.

Y aunque de Celia es verdad
que las quejas considero,
al Conde, tu padre, quiero
pedirte con libertad.

Toma esas joyas en fe,
señora, de que eres mía,
que mañana será el día
que desengañada esté.

FÉNIS. Verélas por ser tu gusto.

OTAVIO. Parte a dárselas, Tomé.

TOMÉ. Un aparador seré,
y vendráme el nombre al justo.

Una cintura verás
de sirenas, que recelo
que el más alto paralelo
del Sol no relumbra más.

Vienen cinco apretadores
con esmaltes carmesíes,
de diamantes, de rubíes,
en clavellinas y flores.

Viene también un collar
tan brillante, rico y bello,
que sólo en tu hermoso cuello
o en el del Sol puede estar.

Vienen también arracadas
de tanta varia invención,
que exceden la estimación,
siendo en gran precio estimadas,
y tienen tanta eminencia,
que pueden estar (162) seguras
que no hay orejas tan duras
que no les diesen audiencia.

Otras joyas y cadenas,
con bandas y con sortijas,
para que a tu gusto elijas,
todas de diamantes llenas.

Pensarás que son enredos
y encarecimientos vanos:
harán dos Indias tus manos
y rayos del Sol tus dedos;
pues, rosetas, con que des
lazadas a los zapatos,
aunque a diez puntos ingratos,
competirán con los pies.

OTAVIO. ¿Estás loco?

TOMÉ. Ven conmigo.

FÉNIS. Tomé, sin codicia voy
de las rosetas.

TOMÉ. Estoy

(162) Después de *estar*, tachado *segur*.

tal, que no sé lo que digo.

Perdona, pues vas segura,
que en llegando a hablar en pies,
me enloquezco, y pienso que es
la cifra de la hermosura.

(*Vanse.*)

OTAVIO.

Quien dice que al (163) amor engendra el tra-
débale al trato lo que amor no debe, [to,
que la hermosura que no mata en breve,
sin alma y luz parecerá retrato.

En la imaginación siglos dilato
pocas horas de amor, que el cielo mueve;
que quien veneno tan hermoso bebe,
en no morir correspondiera ingrato.

El alma la belleza ilustra y dora;
que, aquésta el cielo, aquélla el Sol, retrata.
y si a matar se juntan, basta un hora;
que es hermosura la que luego mata,
y costumbre de ver la que enamora
con largo tiempo a quien después la trata.

(*LEONARDO, alterado.*)

LEONARDO. Perdonad haberme entrado
en vuestro aposento así.

OTAVIO. Pues ¿estaba abierto?

LEONARDO. Sí.

OTAVIO. Para vos siempre lo ha estado.
¿Qué suceso causa os dió?

LEONARDO. Pienso que a César he muerto,
y a estar Otavio, encubierto,
vuestra amistad me obligó.

OTAVIO. Bien hicistes en fiar
vida y libertad de mí.
¿Cómo ha sido?

LEONARDO. Pasa así.
¿Hay quien me pueda escuchar?

OTAVIO. Ninguno, porque Tomé,
en mis cofres ocupado,
tendrá diverso cuidado.

LEONARDO. Pues escuchadme.

OTAVIO. Sí haré.

LEONARDO. Generoso Conde Otavio,
de quien tan altas hazañas
las plumas de las historias
trasladarán de la Fama,
ya sabéis mi calidad,
y juntamente la causa

de la enemistad de César,
por que mejor me (164) llamaran
Pompeyo, que no Leonardo,
pues, como en la edad pasada
por Roma, Pompeyo y César,
y hoy César por una dama.
Pienso que sabéis que es Fénis
hija de Fabricio y Laura,
nobles condes de Armelina,
villa no lejos de Mantua.
De que la hubiérades visto
notablemente me holgara,
así porque su belleza
disculpára mi desgracia,
como porque no confío
de mi ignorancia (165) alabarla.
Hizo la Naturaleza
el cuerpo, como si hallara
con quien competir, o el arte
tuviera tanta arrogancia.
El alma, el cielo; mas (166) tiene
sola una potencia el alma,
que es un grande entendimiento;
que las otras dos le faltan.
Yo no sé que haya tenido
voluntad que acompañara
memoria, pues no se acuerda,
y a quien la quiere desama. (167)
Finalmente, la servimos
César y yo en hora infausta,
pues no ha estimado a ninguno,
si no es para ser ingrata.
Ya sabéis cómo y por qué
dejó su padre y su casa.
y cómo tan neciamente
que la tengo me levantan:
si la he visto, plega al cielo
que no tenga dicha en nada,
y que (168) César goce a Fénis,
maldición, Conde, que basta,
porque con ésta ninguna
de cuantas lo son iguala, (169)
que españoles, silla y turcos
han sido invenciones falsas.
El acuchillarme César
por una mujer tapada

(164) Antes de *me*, tachado *llama*.

(165) *Ynorancia*.

(166) Antes de *tiene*, tachado *fu*.

(167) Atajados este verso y los once anteriores.

(168) Después de *q[ue]*, tachado *goze*.

(169) Este verso y los tres anteriores, escritos al
margen, verticalmente.

(163) Enmendado *el* sobre *al*.

fué sospecha de sus celos:
 Fénis son cuantas se tapan.
 Una palabra me dijo
 que me ha obligado a vengarla,
 que si el alma puede herirse,
 es con hierro (170) de palabras;
 verdades que (171) no lo son
 si está desnuda la espada,
 que sólo afrenta la lengua
 adonde la espada calla.
 Con esto, y no mucho seso,
 a César esta mañana
 escribí (172), con un amigo
 que le aguardaba en la playa.
 Vino César luego al punto,
 que (173) quien en salir se tarda,
 parece que reconoce
 en su contrario ventaja.
 Guiéle al mar, cuya (174) orilla
 tenía una barca atada
 por mi orden, y en su borde,
 desde la tierra, una plancha.
 Entramos dentro los dos,
 guié yo propio la barca
 adonde suelen ir muchas
 a gustos, que no a desgracias;
 desembarcamos, (175) y luego
 que pisamos la campaña,
 detrás de una güerta, a quien
 jazmines y yedra enlazan,
 le dije: "Aquí estamos solos,
 donde quiero (176) ver si hablan
 las manos como las lenguas".
 El, la color demudada,
 sacó la espada, diciendo:
 "La razón a nadie agravia.
 Yo soy César". Respondí: (177)
 "Hoy seréis César y nada".
 Animoso y diestro César,
 me daba el pecho, y guardaba
 la cabeza, que venía
 con menos cuidado y armas.
 Viendo yo que era imposible
 herirle, y que el pecho estaba

defendido como el mío,
 que nunca se deja en casa
 la defensa el que es discreto,
 por no guardar mi venganza
 para mejor ocasión,
 como cobardes la guardan,
 saqué de la faltriquera
 una pistola cargada,
 que hizo el mejor ingenio
 de los que tiene Alemania;
 toqué la llave, dió fuego,
 que, para mal, nunca falta, (178)
 y de aquel infierno breve
 el alma de plomo exhala.
 "Traidor", dijo, y respondí:
 "No se fie quien agravia,
 que no hay traición si hay agravio,
 que entonces todo es venganza".
 Dejéle mirando el pecho,
 y, arrojándome en la barca,
 pasé la (179) mar, y en la orilla
 puse la turbada planta,
 y acordándome de vos,
 y que nadie en esta casa
 tendrá sospecha que estoy,
 mientras que mis padres tratan
 cómo (180) a Flandes pueda irme
 o, por más seguro, a España,
 a ponerme en vuestro amparo
 vine, que en aquestas cuadras
 podré estar con más secreto
 para saber lo que pasa;
 que de tales (181) caballeros,
 amparar en las desgracias
 a quien les pide favor
 es el blasón de sus armas.

OTAVIO/.

Pésame, señor Leonardo,
 por vos, por César, por mí,
 y de que hayáis muerto así
 caballero tan gallardo.

Ya es hecho, debo ofreceros
 cuanto soy, pues es (182) razón
 cumplir (183) con la obligación,
 y morir por defenderos.

Tomé.

(170) *Yerro.*

(171) *Añadido es q[ue] a verdad.*

(172) *Antes de escriui, tachado q[ue] le agu.*

(173) *Antes de q[ue], tachado gui.*

(174) *Antes de cuya, tachado cuy.*

(175) *Antes de desembarcamos, tachado de.*

(176) *Enmendado quiero sobre quieran, tachada la n.*

(177) *Tachado respondí y vuelto a escribir.*

(178) *Después de este verso, tachado otro: y según el sentimiento.*

(179) *Enmendado la sobre el.*

(180) *Antes de como, tachado q[ue] me baya.*

(181) *Escrito de tales, encima de tan grandes, tachado.*

(182) *Antes de es, tachado razón.*

(183) *Antes de eunplir, tachado y vos deçis.*

TOMÉ. Señor.
 OTAVIO. ¿Has oído algo de lo que ha pasado?
 TOMÉ. Todo, señor, lo he escuchado, aunque estaba divertido.
 OTAVIO. Aquí habemos de esconder a Leonardo.
 TOMÉ. ¿Estás en tí?
 OTAVIO. ¿No hay allí una cuadra?
 TOMÉ. Sí.
 OTAVIO. Pues ¿por qué no puede ser? Entrad, Leonardo, que adonde os pondrá Tomé, yo sé que nadie disgusto os dé.
 LEONARDO. Dadme vuestras manos, Conde.
 OTAVIO. Dejad agradecimientos. Tomé esta noche será vuestro güesped.
 TOMÉ. ¿Quién dará alcance a tus pensamientos? Irme quisiera entre moros.
 OTAVIO. A Celia me voy a ver.
 TOMÉ. Siempre tengo yo de ser el que ha de encerrar los toros.

([Váyanse.] El CONDE FABRICIO y el VIRREY.)

VIRREY.

En eso, Conde, está la diferencia de los mayores a los verdes años.

FABRICIO.

Mal informado está vuestra excelencia, que no soy yo la causa destos daños.

VIRREY.

Diréis que en Fénis fué desobediencia, y aquí se ven más claros los engaños; que no era bien casalla a su disgusto.

FABRICIO.

¿Y cuándo aciertan por su propio gusto?

VIRREY.

Pues muerto agora César, ¿no os parece que dividirse en bandos es forzoso todo este reino?

FABRICIO.

Si morir merece

la causa, haced castigo riguroso. Bástame a mí lo que mi honor padece.

(El CAPITÁN de la guarda.)

CAPITÁN.

¿Por Dios, que ha sido César venturoso!

VIRREY.

¿Qué es eso, Capitán?

CAPITÁN.

Que César vive.

VIRREY.

Pues ¿quién tan falsa información escribe?

CAPITÁN.

Yo fuí con los soldados que mandaste, y saliendo del mar, le hallé en la orilla.

VIRREY.

¿Y a quién, o dónde, Arnaldo, (184) le dejaste? que tu poco valor me maravilla; ¿cómo no le prendiste y le llevaste a Castilnovo?

CAPITÁN.

Apenas la barquilla en que salió del mar, César dejaba, cuando sin armas y en prisión estaba. Y le traigo, señor, a tu presencia.

VIRREY.

En paz, Arnaldo, esta ciudad has puesto.

(CÉSAR y SOLDADOS con arcabuces.)

CÉSAR.

Los pies, señor, me dé vuestra excelencia.

VIRREY.

César, a vos os dan la culpa desto. En fin, en poca edad, poca (185) experiencia. Fuera más justo, con partido honesto, tratar la paz, que no con locos bríos pasar el mar a injustos desafíos.

(184) Enmendado *Arnaldo* sobre *Leonardo*.

(185) *En fin en poca edad poca*, escrito encima de *v[uest]ro entendimiento y*.

Pues ¡por vida del rey!, que quien tratare de alborotar el reino...

CÉSAR.

Estéme atento vuestra excelencia, y mi justicia ampare, pues sabe el Conde que la paz intento, y cuando airado en que salí repare, mire su generoso nacimiento y que un hombre, su igual, le desafía, y entonces culpe la disculpa mía.

Danme un papel, ¿qué excusa hallar pudiera que fuera con mi honor? Al mar camino, y a Leonardo, que estaba en la ribera, el ánimo y el paso a un tiempo inclino; en una barca, aunque la mar se altera, entramos juntos, y volando el pino del edificio breve, el rejón muerde la blanca orilla de la tierra verde.

Con la espada y la daga me provoca; la mía entonces con la suya (186) iguala diestro valor, pero en distancia poca, Leonardo entre los céspedes resbala; de la lealtad el término revoca, y al fácil (187) plomo de una ardiente bala remite la sentencia de mi muerte, resistida mejor de un peto fuerte.

Yo, con la turbación, "traidor" diciendo, quedé a mirar el golpe, que, dudoso, el corazón se estaba estremeciendo al eco del sonido riguroso, y Leonardo, la playa discurriendo, vengado mal, aunque le fué forzoso, salió con vida y sin honor, de suerte que pudo publicar mi incierta muerte.

Pues ¿es justo, señor, que a Fénis tenga, y a un hombre como el Conde el honor quite, y que alterar a Nápoles prevenga cuando toda la culpa me remite? Si tan injusto agravio no se venga, y tanto atrevimiento se permite, que se ha de alborotar el reino crea vuestra excelencia, si la paz desea.

VIRREY.

César Gonzaga, y vos, Conde Fabricio, no replicando a lo que yo intentare, que de Dios y del rey será servicio, haréis que este alboroto se repare.

Si de que tiene a Fénis hay indicio, Leonardo, dondequiera que se hallare, la infamia pagará con la cabeza de atreverse a ofender vuestra nobleza.

Pero, si no, las paces son forzosas, sin replicar a la razón razones.

FABRICIO.

Mi honor pongo en tus manos generosas, ¡oh, gloria de los ínclitos Girones! (188)

CÉSAR.

¡Ay, Fénis, entre todas estas cosas tú sola en tanto mal mi vida pones. Si tú sabes de ti, yo te la ofrezco. Si Leonardo lo sabe, te aborrezco.

(Vanse. LISENA, CELIA y FLORA.)

CELIA. Esto le vengo a decir.

LISENA. Pienso que ha salido fuera.

CELIA. ¿Quién pensara que mintiera?

LISENA. Los hombres saben mentir.

CELIA. Siempre la culpa nos dan de lo que la tienen ellos.

LISENA. Querellos y no creellos.

CELIA. No (189) ha parecido galán, sino marido en mentir. [de?

LISENA. ¿Doña (190) Angela, qué respon-

CELIA. Responde que miente el Conde, y que se lo ha de decir;

que no le ha visto en su vida, ni en [su] (191) casa entró jamás, y, arrogante, añade más, de mis palabras corrida:

que ella tiene talle y años para no ser envidiosa, sino envidiada.

LISENA. No hay cosa más necia que desengaños.

CELIA. Angela dirá verdad, y el Conde es un gran traidor, que ni agradece mi amor ni me tiene voluntad.

Mal al Conde parecí.

LISENA. Si ha traído esa mujer, ¿cómo le has de parecer

(188) Acotado *girones* y, al margen, añadido *b:1-sones*.

(189) Antes de *no*, tachado *debe de v*.

(190) *Don*. Ocurre otra vez.

(191) *Mi*.

(186) Antes de *suya*, tachado *y*.

(187) Antes de *fácil*, tachado *plomo*.

lo que él te parece a tí?
 FLORA. Hasta agora, por no darte
 pesadumbre, no quería
 decirte lo que sabía
 de este nuestro Durandarte;
 pero ya será forzoso,
 porque fuera deslealtad
 encubrirte la verdad.
 CELIA. ¡Qué casamiento dichoso!
 FLORA. Yo he visto entrar la mujer
 con estos ojos.
 CELIA. ¿Tú?
 FLORA. Yo.
 CELIA. ¿Cuándo?
 FLORA. No ha un hora que entró.
 Sin esto, llegando a hacer
 la cama, hallé la mitad.
 CELIA. ¿Y la otra mitad?
 FLORA. Sería
 para esta señora mía.
 CELIA. Partirla no es voluntad.
 FLORA. ¿No ves que es a lo señor,
 que siempre están divididos?
 LISENA. Son enfermos los maridos
 de esto que llaman amor.
 CELIA. Llama a Otavio.
 FLORA. El viene aquí.

(*Entren OTAVIO y TOMÉ.*)

OTAVIO. En este jardín estaba.
 CELIA. ¿Ya cuando la noche viene
 aguas y flores agradan?
 OTAVIO. Hállanse los pensamientos
 mejor entre flores y aguas.
 CELIA. No serán los de Milán,
 pues allá no dejáis dama,
 que de mí segura estoy.
 OTAVIO. Vuestros, que vos sois la causa;
 que no hay sin vos pensamientos.
 CELIA. Cierto que estoy obligada
 a ser siempre esclava vuestra.
 OTAVIO. Reina mía, que no esclava.
 CELIA. ¿Queréisme mucho?
 OTAVIO. Esa duda,
 señora, fuera excusada;
 no hay amor que iguale al mío.
 Dulces deseos me abrasan
 de verme (192) en la posesión
 de tan ricas esperanzas.
 CELIA. Bien hacéis, alzad la voz

(192) Antes de verme, tachado *go*

para que os oiga la dama
 que tenéis, como hombre noble,
 dentro de mi propia casa.
 ¡Ah, traidor!
 OTAVIO. ¡Quedo, señora!
 CELIA. ¡Y el Tomé, diciendo gracias,
 siendo tan grande alcagüete!
 TOMÉ. Agora entró mi semana,
 ¡vive Dios que no hay respuesta,
 cogido nos ha la trampa!
 OTAVIO. Por cierto que vuestro enojo,
 hermosa Celia, excusara
 quien vió entrar a quien decís;
 yo perdono su ignorancia. (193)
 Si supiera lo que ha sido...
 CELIA. ¿Hay otra invención armada?
 ¿Otra doña Angela fea
 envidiosa de mis galas?
 ¿Hay otra vecina destas
 que, acechando por ventanas,
 más en la de sus vecinos
 viven que en sus (194) propias ca-
 OTAVIO. Señora, pues no se excusa [sas?
 hacer de vos confianza
 y deciros la verdad...
 TOMÉ. Jesús, todo se declara.
 OTAVIO. Sabed que Leonardo ha muerto
 a César, y en una carta
 me escribió todo el suceso,
 y me pidió vuestra casa;
 hasta la puerta llegó
 en una silla.
 CELIA. ¡Qué extraña
 mentira!
 OTAVIO. Un manto traía
 por encubrirse a la guarda
 del Duque, que anda a buscarle,
 y ésta habrá sido la causa
 de engañarse quien le vió,
 que así los ojos se engañan.
 CELIA. Vos debéis de pensar, Conde,
 será mi ignorancia (195) tanta
 que con haberos oído
 está la fiesta acabada.
 Si no ven mis propios ojos
 a Leonardo y él me habla,
 y cuenta como es verdad
 que mató a César Gonzaga
 no he de quedar satisfecha.

(193) *Y*ignorancia.

(194) Antes de *sus*, tachado *la*.

(195) Aquí *y*ignorancia.

OTAVIO. Pues abre, Tomé, esa cuadra.
TOMÉ. Señor Leonardo, salid. (196)

(LEONARDO, *salga.*)

LEONARDO. No os espantéis que me valga
del valor del señor Conde
y el favor de vuestra casa
en una ocasión tan grave.

LISENA. Si no es figura encantada,
éste es Leonardo, señora.

CELIA. Que el Conde, mi señor, haga
su obligación es muy justo.
Entraos, que la gente pasa
de casa, y no es bien que os vea.
Flora, traigan luego cama.

LEONARDO. Bésoos (197) mil veces los pies.

(*Entrese.*)

CELIA. Perdonad (198), Conde, que estaba
enojada con razón.

OTAVIO. Dadme licencia que vaya
a vuestro cuarto con vos.

CELIA. No tanta desconfianza
que os obligue a cumplimientos.

OTAVIO. Valióme, Tomé, la traza.

TOMÉ. Demonio debes de ser.

(*Váyanse y queden FLORA y TOMÉ.*)

¿Qué hay Flora?

FLORA. ¿Qué quiere?

TOMÉ. Aguarda.

FLORA. ¿Más que me quieres reñir?

TOMÉ. Tu culpa pienso que habla.

FLORA. ¿Qué querías? ¿Que yo fuera,
Tomé, traidora a mi ama?

TOMÉ. No; mas no ser habladora
pero esto os viene de casta.

FLORA. Vosotros sois el silencio.

TOMÉ. En fin, como hombre se llama,
y como mujer la lengua.

FLORA. ¿Qué discreta semejanza!
También es mujer la honra,
y el agravio es hombre.

TOMÉ. Basta,
yo me rindo a tu elocuencia;
mas, ¡por Dios que es cosa extraña

ver de qué suerte, en dos días
de amor, Celia al Conde trata!
¡Qué de enojos y temores!
Toda es celos esta casa.

¿Este es cuarto, o calabozo?

Que ya solamente falta
que nos venga a visitar
a media noche tu ama,
o que diga que los vidros,
búcaros, fuentes y tazas,
con otras cosas curiosas
deste camarín, son damas.

No serán buenos casados,
si la vista no me engaña.

FLORA. ¿Qué querías? ¿Que sufriese
que entrasen aquí sus daifas?
¡Tomé, Tomé!, la mujer
que ve su marido, y calla,
andar con otras, o tiene
algo que él calle, o es santa.

(*Vase.*)

TOMÉ. ¡Brava fortuna nos corre,
comenzando en mar bonanza!
Ya me pesa de haber sido
desta tormenta la causa.
¡Notable ingenio el de Otavio!:
no se levanta borrasca
que no se aparezca luego,
como San Telmo en la gavia.
Quiero ver lo que hace Fénis.
Vidro hermoso, porcelana (199)
de la China o azafate
de Portugal, de oro y nácar,
bandeja de seda y perlas,
caja de pastillas de ámbar,
escritorio de carey
con molduras de oro y plata,
¿qué haces entre esos vidros?

(FÉNIS.)

FÉNIS. Tomé, divertida estaba.

TOMÉ. ¿Mirabas las joyas?

FÉNIS. Sí;

y son tan ricas y hermosas,
tan de buen gusto y lustrosas,
que a su dueño en ellas vi.

Pero ¿ves resplandecer

(196) Después de este verso, tachado otro incompleto: y *perdonad*.

(197) Antes de *bésoos*, tachado *tr*.

(198) Antes de *perdonad*, tachado *por q*.

(199) Escrito este verso inmediatamente a continuación de otro, tachado: *vidro cristalino, caja*.

tantos diamantes en ellas.
que, brillando como estrellas
cuando quiere anochecer,

ponen codicia a los ojos
del más honesto recato,
y cuando fueran retrato
del Sol y sus rayos rojos?

Pues no hay joya para mí
como el Conde, mi señor.

TOMÉ. Bien puede ser que el amor
haga ese milagro en ti;

mas, para mí, deste efeto
fueron causa los diamantes;
porque nunca, ¡oh Fénis!, antes
te pareció tan discreto,

tan lindo ni tan galán.

FÉNIS. ¡Necio!, no me había dado
la palabra que ha jurado;
que entonces los hombres dan
la mayor joya en valor,
que es el alma y voluntad.

TOMÉ. Ruído siento.

(Dentro, OTAVIO.)

OTAVIO. Esperad,
que yo os haré abrir, señor.

TOMÉ. ¡El Conde es éste, y gran gente!

FÉNIS. Aguarda, y luego abrirás.

(Vase FÉNIS.)

OTAVIO. ¡Abre, Tomé! ¿Dónde estás?

TOMÉ. Señor...

OTAVIO. ¡Abre, impertinente!

([El VIRREY,] el CONDE FABRICIO, OTAVIO (200),
ALBANO, JULIO, el CAPITÁN.)

TOMÉ. Tráesme tan desvelado,
que en una silla dormía.

OTAVIO. Con mi ropa ha sido el día,
como ocupado, cansado.

VIRREY. Conde, no ha sido mi intento
inquietar vuestra posada,
que para ser respetada
dió Celia merecimiento,
cuando no fuera por vos.

(CELIA, LISENA y FLORA.)

CELIA. ¿Con guarda aquí su excelencia?

VIRREY. La guarda es vuestra licencia.

CELIA. Mil años os guarde Dios.

VIRREY. Dos caballeros han sido
los que me han dado ocasión
con cierta honrada quistión,
a cuya paz he venido;

que como justicia aquí
no viniera, ni otro efeto
me trujera.

CELIA. Ese respeto
por mis padres merecí,
cuyas puertas adornaron
los militares blasones
que muestran.

VIRREY. Esas (201) razones
y otras muchas me obligaron,
de lo que vos merecéis;
pero a mí se me han de dar
las llaves para buscar
un hombre que aquí tenéis,
por atajar la inquietud (202)
deste reino.

CELIA. Yo, señor,
deseo, por vuestro honor,
su paz, aumento y quietud;
mirad si queréis mirar
primero arriba.

VIRREY. Aquí creo
que está lo que hallar deseo.

TOMÉ. ¿A Fénis viene a buscar?

OTAVIO. No viene sino a Leonardo.

TOMÉ. No te faltarán enojos,
que ha puesto el Duque los ojos
en el camarín.

OTAVIO. ¿Qué aguardo?
¡Perdidos somos, Tomé!

VIRREY. Entrad y mirad ahí.

CAPITÁN. Una mujer está aquí.

CELIA. ¿Cómo es posible que esté?

CAPITÁN. Salid, que el Virrey os llama.

(FÉNIS, tapada.)

VIRREY. ¿Otra vez tapada?

CELIA. ¡Ah, Conde!

TOMÉ. Es Conde, que las esconde.

VIRREY. Descubríos y hablad, dama.

(201) Antes de esas, tachado muchas.

(202) Escrito este verso inmediatamente a continuación de: q[ue] esto importa, tachado.

(200) Antes de Otavio, tachado Celia.

FÉNIS. Oigame vuestra excelencia primero aparte.

VIRREY. Decid.

FÉNIS. Que soy Fénis advertid.

VIRREY. ¿Fénis?

FÉNIS. A vuestra prudencia pido piedad y remedio; no me descubráis os pido.

VIRREY. No haré, què a vuestro marido, porque hay tanta gente en medio, os daré, y con él iréis donde después lo sabrán. Llama a César, Capitán.

CAPITÁN. ¡César!

(Entre CÉSAR.)

CÉSAR. Aquí le tenéis, que no quiero replicaros en hacer esta amistad.

VIRREY. Otra (203) quiero hacer. Llegad, llegad, que quiero casaros.

CÉSAR. ¿Cómo, señor?

VIRREY. Aquí está

Fénis.

CÉSAR. Si aquí la tenía Leonardo, no será mía, si (204) fué de Leonardo ya.

VIRREY. ¿Dónde está Leonardo?

TOMÉ. Aquí.

(Salga LEONARDO.)

LEONARDO. Señor, la muerte confieso, puesto que os parezca exceso hablar en público así; (205) que quise vengar mi honor (206) de un caballero agraviado: si fué pensamiento honrado remito a vuestro valor.

(203) Antes de *otra*, tachado *Cesar*.

(204) Antes de *si*, tachado *por q[ue]*.

(205) Escritos este verso y el anterior inmediatamente después de otros dos tachados:

VI. *Que muerte q[ue] no es por eso.*

LEO. *Noble soy noble naci.*

Enmendado *hablar sobre naci.*

(206) Antepuesto *q[ue]* a *quise*, enmendado sobre *quisier*. A continuación de este verso y medio tachados:

VI. *No veys a Cesar presente*

LEO. *Cesar vive. Ces.*

Fième de quien pensé que secreto me tuviera, (207) y, si es quien es, no pudiera no (208) ser lo que siempre fué.

VIRREY. Quedo, Leonardo, que estáis en todo engañado; oíd: César vive, y advertid cómo (209) en su presencia habláis, que lo traigo yo conmigo.

LEONARDO. ¿Que no es muerto César?

VIRREY. No;

y advertid que quiero yo, Leonardo, haceros su amigo; que vos estáis satisfecho, como caballero honrado; mas, ya que el cielo ha guardado, como vuestro honor, su pecho, decidme, ¿por qué negáis que a Fénis habéis tenido, si estando vos escondido está donde vos estáis?

LEONARDO. ¿Yo a Fénis? ¡Si della sé, me quite el cielo la vida!

VIRREY. ¿Cómo (210) no, pues escondida donde vos estáis la hallé?

Descubrios, porque diga Celia cómo estaba aquí.

(Descúbrese FÉNIS.)

CELIA. Yo, señor, jamás la vi, ni fué ni será mi amiga, pues en mi afrenta y agravio la tiene escondida el Conde.

FABRICIO. ¿Por qué Otavio no responde?

OTAVIO. Porque está sin culpa Otavio, que se entró, Fabricio, aquí Fénis huyendo de vos.

VIRREY. Disculpa tienen los dos.

OTAVIO. La que puede haber en mí es haber honestamente mirado para mujer a Fénis.

VIRREY. No puede ser, que está su esposo presente: César es ya su marido, y de Celia lo será el Conde.

(207) Después de éste tachado un verso incompleto: y *q[ue]* en ningún *t[iem]po* f.

(208) Antes de *no*, tachado *dud*.

(209) Antes de *yo*, tachado *conmigo*.

(210) Antes de *como*, tachado *que decis*.

CELIA. Obligado está
a cumplir lo prometido.

CÉSAR. Celia, ¿queréisme escuchar
aquí aparte dos palabras?

CELIA. ¿A vos, César, para qué,
adonde todos me agravian?

CÉSAR. Hablemos aquí los dos.

(*Aparte los dos.*)

CELIA. Decid.

CÉSAR. Celia, aquí nos casan
a (211) vos y a mí: a mí con Fénis,
que tengo en medio del alma,
y a vos con el conde Otavio,
cuya (212) pasión se declara
en lo que habéis hecho y dicho;
hoy nuestras dos esperanzas
llegan a ser posesión,
hoy nuestras penas se acaban.
Pregunto: ¿por qué le pintan
ciego al Amor?

CELIA. Cosa es clara
que porque hace el mismo efe-
[to. (213)]

CÉSAR. Luego está ciego quien ama.

CELIA. Ciego está, como los dos.

CÉSAR. Pues ¿queréis, Celia, que haya
ahora un *amor con vista*?
Será novedad extraña.

CELIA. ¿Cómo?

CÉSAR. Quitando la venda
con que los ojos le tapan,
a los nuestros, para ver
de Otavio y Fénis las faltas.

CELIA. Ya me he quitado la mía.

CÉSAR. ¿Qué veis?

CELIA. Al Conde en mi casa,
diciéndome mil requiebros
con alma fingida y falsa,
que fué un hombre que en un hora
hizo tan grande mudanza
que puso el amor en Fénis
y que le dió la palabra
de ser suyo, y la escondió
donde yo misma la hallaba,
y él, como yo estaba ciega
desde los ojos al alma,
me hacía con invenciones

entender que me engañaba;
y veo que quien ahora
hace cosas tan extrañas,
las hará después conmigo
más traidoras, si se casa.

CÉSAR. ¿Eso veis?

CELIA. Y aun otras cosas,
César, que el respeto calla.

CÉSAR. Pues oídmeme a mí, que ya
tengo la venda quitada.

CELIA. ¿Qué veis?

CÉSAR. Veo una mujer
que, cuando (214) juntos estaban
sus parientes y los míos,
a tanto amor siempre (215) ingrata,
tomó, desdeñosa y libre,
la pluma, escribiendo airada,
en mi afrenta, sus desdenes,
y con atrevidas plantas
huyó de mí, de su padre,
de su honor y de su casa;
veo una mujer por quien
me dió en el pecho una bala,
que de milagro estoy vivo;
y aunque su belleza es tanta
que con una mano sola
todos mis cuidados paga,
considérome casado,
y que aquel deseo pasa
de su rigor en las bodas,
y que estoy por la mañana
pensando que estuvo Fénis
en esta o aquella (216) cuadra
toda una noche y dos días,
y que un hombre que la amaba...
Pero quédese esto aquí,
que en materia de honra y fama,
para no vivir con gusto,
imaginaciones bastan.

CELIA. ¿Tanto (217) mira *amor con vista*?

CÉSAR. Mucho más cuando se acaba.

CELIA. ¿Qué haremos?

CÉSAR. Haz lo que yo.

Celia, pues partes (218) tan altas
te darán mejor marido
y vivirás descansada.
Duque generoso, escucha.

(211) Antes de *a*, tachado *de*.
(212) Antes de *cuya*, tachado *quanto a mí*.
(213) Atajados este verso y los dos anteriores.

(214) Antes de *quando*, tachado *ai*.
(215) Antes de *siempre*, tachado *ta*.
(216) Antes de *cuadra*, tachado *casas*.
(217) Antes de *tanto*, tachado *q[ue]*.
(218) Antes de *partes*, tachado *q[ue]*.

VIRREY. La consulta ha sido (219) larga;
veamos qué sale della.

CÉSAR. Fénis estuvo guardada
del Conde, del Conde sea;
mi *amor con vista* se halla,
y se la da libremente.

CELIA. Yo también, desengañada,
le doy a Fénis al Conde,
y porque César me agrada,
mi mano y mi hacienda es suya.

VIRREY. A Lisená, vuestra hermana,

(219) Tachado *ha sido*, y encima, con letra más
fina, escrito: *no fue*.

dad a Leonardo, con quien
queda la paz confirmada.

TOMÉ. Flora, ¿tienes vista?

FLORA. No.

TOMÉ. Pues *Amor con vista* acaba,
si el senado que las mira
suple a nuestro amor las fal-
[tas. (220)]

(220) Tachado con una simple raya el verso ante-
rior, y la mitad de éste, y sustituidos con letra más
fina, por:

*Con el marido embustero
si nos perdonays.*



AMOR, PLEITO Y DESAFÍO

TRAGICOMEDIA

ACTO PRIMERO

PERSONAS DEL PRIMERO ACTO:

DON ALVARO DE ROJAS. DOÑA ANA.
DON JUAN DE (1) PADILLA. MARTÍN, escudero.
TELLO, criado.
DON JUAN DE ARAGÓN. SANCHE, criado.
EL REY ALFONSO. LEONOR, criada (2).
DOÑA BEATRIZ.

(DON ALVARO, anciano, con un báculo y DON JUAN DE PADILLA.)

PADILLA. Advierta vusñoría...
ALVARO. Yo no tengo que advertir.
PADILLA. Pues ¿por qué no me ha de oír, por su honor y en cortesía?
ALVARO. ¿Sabéis que esta casa es mía?
PADILLA. Sí, señor.
ALVARO. ¿Sabéis quién soy?
PADILLA. Sé que tan lejos estoy de hacerle agravio, que apelo de vuestro engañado celo, y justas quejas os doy.
ALVARO. La que yo tengo de vos, don Juan de Padilla, fuera menos grave cuando hubiera la misma edad en los dos.
PADILLA. Mi inocencia sabe Dios.
ALVARO. Si el báculo fuera espada, ya estuviera castigada, Padilla, vuestra malicia.
PADILLA. A ser vara de justicia, yo sé (3) que oyera informada.

(1) Antes de Padilla, tachado Castilla.

(2) Tienen el reparto siguiente: Don Alvaro de Roxas.—Maldonado; Don Juan de Padilla.—Lorenzo Hurtado; Don Juan de Aragón.—Pe[dr]o de Pernia; El Rey Alfonso.—Juan Bautista; Doña Beatriz.—La S[eñor]a Angela; Doña Ana.—La S[eñor]a de Tor[r]es; Martín, escudero.—Antonio Rodrig[ue]z; Tello, criado.—Bicente; Sancho, criado.—P[edr]o de Baldes.—Leonor, criada.—La S[eñor]a Jerónima.

(3) Se, primero sera, tachado después ra.

ALVARO. Yo soy Rojas, y (4) tan beuno como cuantos Dios crió.
PADILLA. Lo mismo definiendo yo. (5)
ALVARO. Por lo menos, ya condeno, siendo de mi casa ajeno, (6) el hallaros en mi casa.
PADILLA. ¿Qué ley (7) el respeto pasa?
ALVARO. La ley santa de tener (8) hija, que puedo (9) temer, que por su gusto (10) se casa.
PADILLA. Si yo supe que tenía unas reliquias, que son para el mal de corazón, y a pedírselas venía, ¿qué afrenta o descortesía halláis en la buena fe con que en vuestra casa entré?
ALVARO. ¿Reliquias para esos males en casas tan principales? (11)
PADILLA. Pues, señor, ¿qué agravio fué?
ALVARO. Allá por los monesterios se buscan las cosas santas, que en mi casa no habrá tantas para tan altos misterios; afrentas y vituperios hácense en las casas viles.
PADILLA. ¡Que tú mismo la aniquiles me ha causado admiración!
ALVARO. ¡Qué buen mal de corazón!
¡Qué disculpas tan sutiles!

(4) Roxas y escrito encima de Aualos, tachado.

(5) Después de este verso, tachado otro: *ni estoy de su sangre ajeno*.

(6) Intercalado este verso. Antes de *de*, tachado *en*.

(7) Ley *el*, escrito encima de *de ese*, tachado.

(8) Escrito este verso encima de otro tachado.

Teniendo hija es necedad.

ALB. *No es nada tener.*

(9) Antes de *puedo*, tachado *q[ue]* por *ver mi soledad*. Antepuesto *hija que*.

(10) Antes de *gusto*, tachado *siendo quien es no se casa*. Antepuesto *que por su*.

(11) Escrito este verso encima de otro tachado: *se buscan en casas tales*. Antes de *casas*, tachado *las*.

Aquí no se ha de venir
por reliquias para él;
por corazón sí, que en él
puedo valor infundir. (12)
Aquí se pueden pedir
lanzas, paveses y espadas
de tantas guerras pasadas,
que aun las hay, gracias a Dios,
para mozos como vos,
a buena mano enseñadas.

PADILLA. De suerte estáis enojado,
que pienso que mi razón
no os dará satisfacción.

ALVARO. Pues ¿qué razón me habéis dado?

PADILLA. Yo soy caballero honrado.

ALVARO. Sois Padilla.

PADILLA. Soy igual
a vuestra sangre.

ALVARO. ¿Sois tal
que podéis honrarme?

PADILLA. Oíd
un gran remedio.

ALVARO. Decid.

PADILLA. Si habéis presumido mal...

ALVARO. Ya os escucho.

PADILLA. Dadme luego
por mujer a mi señora
doña Beatriz. Si ella agora
quiere admitir lo que os ruego,
quedará todo en sosiego,
y yo con ella casado.

ALVARO. ¡Buen remedio habéis hallado
para el mal de corazón!
¿Si éstas las reliquias son
que en mi casa habéis buscado?

Siendo quien soy, ¿cómo puedo,
sin la licencia del Rey,
pues el ser tan noble es ley,
por quien obligado quedo?
Pedídsela, y yo concedo
en que Beatriz vuestra sea,
porque se temple o se crea
vuestro mal de corazón.

PADILLA. Yo sé que en esta ocasión
el Rey mi aumento desea;
que no ha tenido soldado
que le sirva como yo.

ALVARO. Id a hablarle.

PADILLA. El cielo dió

dulce (13) fin a mi cuidado.

Agora, a esos pies echado...

ALVARO. Teneos, don Juan, que no es justo
sin saber del Rey el gusto.

PADILLA. Dios os guarde hasta que os den
nietos mis nietos.

(Váyase.)

ALVARO. ¡Qué bien
quitado se me ha el disgusto!

Bien es verdad que el pedir
que hable al Rey achaque ha sido;
que aunque es don Juan bien nacido
y no se puede decir

que es mejor ningún fidalgo
y caballero en la corte,
voy por diferente norte,
y de otra excusa me valgo.

Es pobre, y es el menor
de su casa, y en la mía
bajeza parecería,
y más sospechando amor.

(DOÑA BEATRIZ, su hija, y LEONOR.)

BEATRIZ. Parece que es ido ya.

LEONOR. Sí, señora; ya se fué.

BEATRIZ. ¿Cómo, Leonor, le hablaré,
si tan enojado está?

LEONOR. Finge que lo estás con él.

BEATRIZ. Quisiera en esta ocasión
relevar mi sujeción
de tu término cruel.

No sé si tu entendimiento
tiene el valor que solía,
pues ya tu honra y la mía
pone en tanto detrimento.

¿Era don Juan de Padilla
tan vil, ya que quiso entrar,
que aquí no pudo tomar
honestamente una silla?

¿Hasle visto alguna vez
ni pasear mi ventana?
Que de una cosa tan llana
yo quiero hacerte jüez.

Pues si es ésta la primera,
¿cómo le has reñido así?,
que se ofendiera de ti
si quien es don Juan no fuera.

¿Es bien que hablen de los dos
en palacio deste modo?

(12) Antes de *puedo*, tachado *animo*; antes de *ba-
lor*, tachado *espiritus*.

(13) Antes de *dulce*, tachado *fin*.

ALVARO. ¡ Ya tendré culpa de todo!
¡ Riñeme tú! ¡ Bien, por Dios!

BEATRIZ. ¿ Era mucho que viniera
por unas cartas aquí
que hoy a mi prima escribí
y esta visita me hiciera?

ALVARO. ¿ Por cartas vino?

BEATRIZ. Leonor,
di tú en esto la verdad.

LEONOR. ¡ Y con cuánta honestidad;
que yo se las di, señor!

ALVARO. Santa serás (14), a mi cuenta,
Beatriz, si esas cartas son
para el mal de corazón
de que don Juan se lamenta. (15)
Por reliquias me decía
que vino para este mal;
tú por cartas; ¡ oh (16), qué igual
disculpa, por vida mía!

Concertaos en disculparos,
aunque ya no habrá ocasión.

BEATRIZ. Tan ciertas entrambas son,
que son los efetos claros.
Cuando las cartas le di,
unas reliquias me vió,
lo que era me preguntó, (17)
y "reliquias" respondí.
Díjome que padecía
en el corazón dolor:
¿ fué dárselas mucho error,
o fué justa cortesía?

ALVARO. Dejará el mar de tener
agua, el campo yerba y flores,
primero que en sus errores
falte disculpa a mujer.
Ahora bien, él te pidió,
y yo al Rey le remití;
estas reliquias le di,
que también las tengo yo.
Mas como en esta ocasión
sin esta licencia venga, (18)
aunque más reliquias tenga
tendrá mal de corazón.

(Váyase.)

BEATRIZ. ¡ Cogido nos ha en la liga!

(14) Antes de *serás*, tachado *debes ser y desas*.
(15) Escrito este verso inmediatamente a continuación de otro tachado: *que ya debe de tener*.
(16) Antes de *o*, tachado *el*.
(17) La *o* de *preguntó*, enmendada sobre una *a*.
(18) Antes de *licencia*, tachado *s reliquias venga*.

LEONOR. ¿ Para qué te disculpabas?

BEATRIZ. ¡ Corrida estoy!

LEONOR. Ya que dabas
disculpa, a que no te obliga,
pintárasle tu valor,
discreción y honestidad.

BEATRIZ. No sabe tratar verdad,
cuando es verdadero, Amor;
pero si de haber errado
nace casarnos los dos,
nunca, Leonor, me dé Dios
suceso más acertado.

LEONOR. ¿ Podréte pedir aquí
que si te casas me des
a su escudero?

BEATRIZ. Después
hablaré a don Juan en ti.

LEONOR. También yo tengo por él
cierto mal de corazón.

BEATRIZ. Reliquias del cielo son,
y Amor, veneno cruel.
No hay corazón descontento
que no salga consolado
en poniéndole en el lado
reliquias de casamiento.

(Váyanse, y entren DON JUAN DE PADILLA y MARTÍN,
escudero suyo.)

PADILLA. Yo tiemblo de hablar al Rey
en materia de casar
 viniendo de pelear.

MARTÍN. ¿ Pues hay en el mundo ley
que te lo pueda estorbar?

PADILLA. Por la guerra quise honrar-
[me, (19)
de que Alfonso tantas tiene;
si la opinión me conviene (20)
de ser soldado, el casarme (21)
mal a propósito viene.

MARTÍN. Antes muy bien.

PADILLA. ¿ De qué modo?

MARTÍN. Porque guerra y casamiento
es un propio* (22) pensamiento:
todo (23) es guerra, y si lo es todo,

(19) Escrito *quise onrrarme* encima de *pretendía*, tachado.

(20) Antepuesto *si la a y quien*, tachado; *me conviene* escrito encima de *mantiene*, tachado.

(21) Antepuesto *de ser a de*, tachado; *el casarme* escrito encima de *qual la mía*, tachado.

(22) Escrito *propio* encima de *mismo*, tachado.

(23) Antes de *guerra*, tachado *g*.

no sales del mismo intento.

Pero si por ser soldado
y gallardo capitán,
con la opinión que te dan
la batalla del Salado
y la toma de Almazán,
no quieres darle ocasión
a que entienda que la espada
cuelgas cuando va a Granada,
oye un consejo en razón
de tu vergüenza engañada:

Don Juan de Aragón, que priva
con el Rey, se lo dirá;
licencia el Rey te dará, (24)
que no está agora tan viva
la guerra.

PADILLA. Harto viva está;
pero yo le serviré
casado, si el Rey quisiere,
donde la jornada hiciere.

MARTÍN. El viene.

PADILLA. Y yo le hablaré.

MARTÍN. ¿Dónde quieres que te espere?

PADILLA. Aquí te puedes estar.

MARTÍN. Tiene don Juan de Aragón
justa fama y opinión.
No puedes hombre buscar
de mayor satisfacción.

Es gallardo caballero.

PADILLA. Espero con su favor
gozar de Beatriz.

MARTÍN. Leonor
me mata; a tu sombra quiero
casarme también, señor.

Basta el tiempo que he traído
las armas, pues no me han dado
oficio que haya intentado.

PADILLA. El haberle merecido,
Martín, te le habrá quitado.

(DON JUAN DE ARAGÓN.)

ARAGÓN.

Yo le hablaré después con mucho gusto.

PADILLA.

Por buen agüero tomo la respuesta
de lo que aun no sabéis, puesto que es justo.

(24) Antes de *licencia*, tachado y *el la*; antes de *el*, tachado *dará*.

ARAGÓN.

Mi voluntad su afecto os manifiesta.

PADILLA.

Si no tenéis acaso por disgusto
hablar al Rey, aunque es la causa honesta,
quiero decir que es fácil, hoy querría
le hablásedes por mí y en cosa mía.

ARAGÓN.

Ya, don Juan de Padilla, estaréis cierto
del deseo que tengo de serviros.

PADILLA.

Siempre me hacéis merced, y así, os advierto,
sin que de nuevo intente persuadiros,
que trato de casarme, y que el concierto,
después de muchas ansias y suspiros,
hoy hice con el padre de mi dama.

ARAGÓN.

No hay otro mayor bien para quien ama.

PADILLA.

Sois tan galán, que os hablo en mis congojas.
Finalmente, licencia del Rey falta:
ésta pide don Alvaro de Rojas:
mirad si es prenda generosa y alta.
Podréis decirme vos: "Tú, que despojas
tanto moro andaluz cuando se asalta
fuerte o ciudad, ¿sin ánimo te hallas?"
¡Ay. sí!, que tiene Amor flacas batallas.

No me atrevo del Rey a la grandeza,
que le hablo pocas veces y muy poco,
y aunque me dió valor Naturaleza,
sólo en cosas marciales me provoco.
Habladle vos; que a mí, que la belleza
de mi esposa Beatriz me vuelve loco,
no me ha dejado Amor entendimiento,
y tal estoy, que de sentir no siento.

ARAGÓN.

Yo os he entendido ya. Decidme luego
si queréis otra cosa.

PADILLA.

Sólo os pido
esta licencia.

ARAGÓN.

Adiós.

PADILLA.

Al cielo ruego
os dé lo que tenéis tan merecido.

MARTÍN.

¿Tan presto negociaste?

PADILLA.

Estoy tan ciego,
que no tengo discurso conocido.

MARTÍN.

Mira que en dulce fin de tus amores
me has de dar a Leonor.

PADILLA.

¡Y mil Leonores!

(*Váyanse.*)

ARAGÓN.

¡Qué bien que deja puesta mi esperanza,
amando yo a Beatriz tan tiernamente!
¿Quién pide con tan necia confianza
que con el Rey su casamiento intente?
¡Oh, milagro de amor, que cuando alcanza
que de aquesta licencia se contente
don Alvaro, me avisa el que la adora (25)
para que para mí la pida agora! (26)

No me oblig[u]é, ni la palabra he dado;
sólo le respondí: "Yo os he entendido",
con que ni la quebré ni me ha obligado
a cumplir lo que a nadie he prometido.
Mía serás, ¡oh, sol de mí adorado!

¡Amanece en la noche de tu olvido,
que no has de ser Padilla, si yo puedo!
Viva Aragón, pues en amor le excedo. (27)

Dos Juanes te pretenden, Beatriz bella;
el uno es Aragón, aunque en Castilla;
Padilla el otro, con mejor estrella;
merézcate Aragón, y (28) no Padilla.
¡Ay, Dios!, si tiene la licencia della
navego en vano; moriré a la orilla;
pero si tengo la del Rey, que espero,
cayó la suerte en Aragón primero.

(25) Escrito *me avisa el que la adora*, encima de:
de Roxas no aya hablado; debajo de *no aya hablado*,
tachado *yo lo ympida*.

(26) Escrito este verso encima de otro tachado:
gane de mano y para mi la pida.

(27) Atajada esta octava. Al margen: *dizese*.

(28) Enmendado y sobre q[ue].

(*El REY DON ALFONSO; DON ALVARO y acompañamiento.*) (29)

ALFONSO.

Bien podéis publicar que mi jornada
a Galicia ha de ser a coronarme;
que la corona y la dichosa espada
la imagen de su Apóstol ha de darme.
Súspéndase la guerra de Granada,
aunque salgan los moros a inquietarme,
que de sus lanzas quemaré la selva
cuando a Castilla de Galicia vuelva.

ALVARO.

Espero en Dios que las doradas cruces
pondrás en las Alfambras y alcazabas
si las gentes (30) a ejército reduces
con que el verano a Córdoba pasabas.
No presuman los moros andaluces
que las empresas de tu gloria acabas
en tu mejor edad.

ALFONSO.

No harán, si puedo,
aunque, atrevidos, bajan a Toledo.

Presto a Valladolid daré la vuelta,
si quiere Dios y el Capitán divino,
que, con la capa militar revuelta
y levantado el Temple diamantino,
esta canalla, en polvo y sangre envuelta,
por el tributo de nombrarle indigno, (31)
desterró para siempre desta tierra
por quien le apellidamos en la guerra.

ARAGÓN. A solas quisiera hablarte,
si ocupaciones te dejan.

ALFONSO. Retiraos todos. ¿Qué quieres?

ARAGÓN. Respetando tu grandeza,
nunca te dije, señor,
desconfianza bien necia,
cierto pensamiento mío.

ALFONSO. Tu culpa, don Juan, confiesas.

ARAGÓN. He tratado de casarme.

ALFONSO. ¿Es fuerza (32) u dichosa empre-

ARAGÓN. ¿Qué llamas fuerza? [sa?

ALFONSO. De amor;
que las demás no son fuerzas. (33)

(29) Añadido después y *acompañamiento*.

(30) Enmendado *las ge* sobre *a exe*.

(31) Entre *in* y *digno*, tachada una *g*.

(32) Antes de *fuerza*, tachado *comodidad o es*.

(33) Escrito este verso encima de otro tachado:
algunos llaman sus quejas.

ARAGÓN. Todo se junta a obligarme,
porque entran en competencia
amor y comodidad;
tan justa igualdad profesan.
Tu licencia es lo primero,
y luego, señor, con ella,
mandar que me dé su (34) padre,
que está aquí, mi amada prenda.

ALFONSO. De los que aquí están, don Juan,
no puede ser que otro sea
que don Alvaro de Rojas,
y si es él, en todo aciertas.
¿Callas? Luego yo también
acierto en lo que deseas.
¡Hermosa dama es Beatriz!
Don Alvaro.

ALVARO. Señor.

ALFONSO. Llega.

ALVARO. ¿Qué mandas?

ALFONSO. Nunca los reyes
largos prólogos emplean
en lo que mandan y es justo.

ALVARO. Ni pudiera en mi obediencia
haber resistencia alguna
a cosa que tú quisieras.

ALFONSO. Dale a (35) don Juan tu Beatriz.

ALVARO. Su virtud y su nobleza
lo merecen; pero es pobre,
y Vuestra Alteza pudiera
honrarle de algún oficio, (36)
pues le ha servido en la guerra;
que no está, como tú sabes,
tan descansada mi hacienda
que pueda yo sustentar
a un yerno pobre con ella.
Es don Juan gran caballero;
en la venturosa empresa
del Salado te sirvió
con hazañas que hoy se cuentan.
Hazle merced.

ALFONSO. Di (37), don Juan.
¿Tú eres pobre?

ARAGÓN. Bien lo fuera (38)
para igualar a Beatriz
por hermosura y nobleza;
pero en lo demás, yo tengo

como (39) su mano merezca,
con qué vivamos los dos.

ALFONSO. Pues ¿qué tienes por pobreza?

ALVARO. Señor, pensé que mandabas
que mi hija Beatriz diera,
no a don Juan el de (40) Aragón,
que está agora en tu presencia,
sino a don Juan de Padilla, (41)
cuya nobleza es tan cierta
como su necesidad,

ni ha sido mucho que tengan
la culpa los mismos nombres.

ALFONSO. Yo (42) me serviré que entiendas
que es a don Juan de Aragón,
y porque en provecho sea
el haberte equivocado, (43)
al de Padilla, haga (44) cuenta
que es memorial remitido (45)
de mi Consejo de guerra,
dile, don Juan, a (46) don Juan
me acompañe a Compostela,
que le quiero hacer merced.

(Váyase el REY, con DON ALVARO.)

ARAGÓN. Está cierto que la empleas
justamente en su valor.

¡Ay, divina diligencia.
madre de la buena dicha!

(Entren DON JUAN DE PADILLA y MARTÍN.)

PADILLA. Solo está.

MARTÍN. Si lo está, llega.

PADILLA. ¿Hablaste a Su Alteza?

ARAGÓN. Hablé,
don Juan, agora a Su Alteza,
y dice que le acompañes
a Galicia, que a la vuelta (47)
te dará en Valladolid (48)

(39) Antes de *como*, tachado *gra[cia]s a Dios*.

(40) Antes de *Aragón*, tachado *Castilla*.

(41) Enmendado *Padilla* sobre *Castilla*.

(42) Enmendado *yo* sobre *no*.

(43) Antepuesto *el haberte a aq[ue]sta*; *equiboca-*
do enmendado sobre equibocación.

(44) Antes de *haga*, tachado *y le tenga*.

(45) Antepuesto *que el a por*, tachado; antes de
remitido, tachado *para mi*.

(46) Antes de *a*, tachado *q[ue] conmigo*.

(47) Escrito *que a la buelta* encima de *y quando*
buelba, tachado.

(48) Antepuesto *te dar a a Valladolid*; *en*, inter-
calado entre *a y Valladolid*; después de *Valladolid*,
tachado *tendras*.

(34) Antes de *su*, tachado *a*.

(35) Antes de *a*, tachado *a Beatriz*.

(36) Repetido este verso con que termina el fol. 7,
r., al comienzo del 7, *v*.

(37) Enmendado *di* sobre *tu*.

(38) Antepuesto *tu a eres*; antes de *lo*, tachado
pudi.

con mil mercedes, licencia; (49)
que está muy (50) agradecido
a tus servicios, y en prueba
desta verdad, dió también (51)
a don Alvaro en respuesta
que acetaba el memorial.

PADILLA. Deja, Aragón noble, deja
que ponga en tus pies la boca;
que desde aquí, yo y mi prenda
somos tus esclavos, somos
de tus estampas la tierra,
que aunque es cielo para mí
mi Beatriz hermosa y bella,
por el amor que me tiene
querrá que así lo encarezca.

ARAGÓN. Ponte luego de camino,
Padilla, para que entienda
el Rey mi señor el gusto
que de acompañarle llevas,
que allá le hablarás en todo.

PADILLA. ¿Vas tú allá para que pueda
tener entrada a su gracia?

ARAGÓN. Aquí me deja Su Alteza
a prevenir la jornada
que para Granada intenta,
porque pienso que ha de ser
luego que la primavera
temple la furia a los ríos,
seque la mojada tierra.

PADILLA. Pésame de que no vayas.

ARAGÓN. No has menester encomienda
para la gracia del Rey,
pues que ya quedas en ella.

(Váyase.)

PADILLA. ¿Qué dices tú de mi dicha,
Martín?

MARTÍN. Que tu dicha es cierta,
y que ha sido discreción
mezclarla con esta ausencia,
que los agrios que en palacio
a las cosas dulces echan,
es para templar el gusto.

PADILLA. De ningún mal se me acuerda,
como tenga punto fijo
la esperanza que me queda.

(49) Antepuesto *con a mil*; después de *mercedes*, tachado *y*.

(50) Enmendado *muy sobre de ti*.

(51) Antes de *dio*, tachado *respondi*; *tambien* escrito encima de *contento*, tachado.

MARTÍN. Dicha has tenido.

PADILLA. Notable.
Demos a Beatriz las nuevas
envueltas en la partida,
para que no se enloquezca;
pero entre aquestos cuidados,
Martín, déjame que sienta
el ver cuán mal puedo entrar
en obligación como ésta.
Don Alvaro no ha de darme
dote, pues toda su hacienda
es de su hija.

MARTÍN. Es así;
pero tendrás casa y mesa.

PADILLA. No está la dificultad
en que casa y mesa tenga,
sino en la primera entrada,
las joyas y las libreas.
¡Ah, Dios, que un hombre tan no-
tal necesidad padezca [ble
por ser tercero en su casa!

MARTÍN. No hay cosa, señor, más necia
que la Fortuna.

PADILLA. Bien dices;
por eso la pintan ciega.

MARTÍN. Señora parece en dar,
porque siempre se desvelan
en dar a quien las (52) engañe
o a quien no se lo agradezca.
Págase de la ignorancia,
no sabe estimar la ciencia,
de las lisonjas se agrada
y las virtudes desprecia.
¿Serviste?, no tienes premio;
pero, en efeto, le esperas,
que el buen don Juan de Aragón
te ha puesto bien con Su Alteza.
Pintó un sabio a la Fortuna
sola la mano derecha,
y todos los desdichados
puestos a la mano izquierda;
como era manca, a ninguno
levantaba de la tierra,
porque sólo a los dichosos (53)
les alargaba la diestra.
y ésta la pintó tan larga,
que alcanzaba en las escuelas
al estudiante en la paz, (54)

(52) *los*.

(53) Después de este verso, tachado otro: *levantaua con cautela*.

(54) Decía primero este verso: *al estudiante al*

- y al vil (55) soldado en la guerra.
El brazo de la Fortuna
don Juan de Aragón te enseña:
ya te quiere levantar.
- PADILLA. Yo te juro que él lo emplea
en quien sabrá agradecerlo.
Mas ¿qué haremos cuando vuelva,
de dineros para joyas,
mis galas y las libreas
de pajes y de lacayos?
- MARTÍN. Don Juan de Aragón comienza
a hacer por ti; ya tú eres
su hechura.
- PADILLA. Así lo confiesa,
Martín, mi agradecimiento.
- MARTÍN. Dile tu mucha pobreza,
que no hará mucho si agora
dos mil ducados te presta;
que es rico, y te los dará,
a buen pagar de la renta
de don Alvaro, tu suegro.
- PADILLA. Bien me animas y aconsejas.
Vamos, pondréme galán
y, con mis botas y espuelas,
iré a decir a Beatriz
su casamiento y mi ausencia.
- MARTÍN. ¿Y yo qué daré a Leonor
si esta boda se concierta?
- PADILLA. Vende mi caballo y compra
guarniciones a tu yegua.

(Entrense, y salga Doña ANA (56) y TELLO.)

- TELLO. Esto se dice, señora,
en toda Valladolid.
- ANA. ¡Piadosos cielos!, oíd
a quien sin remedio llora.
- TELLO. ¿Por qué no le has de tener
con presunción de olvidar?
- ANA. Porque es en mi mano amar,
y en el tiempo aborrecer.
Pasión tan presto adquirida
como amor, despacio muere;
que en poco tiempo se quiere
y en mucho tiempo se olvida.
Amé (57) mi primo don Juan

soldado; tachó Lope después al soldado, y añadió ignorante, que a su vez fué tachado con una simple raya, y encima, bastante después, según se colige por la tinta, puso en la paz.

(55) Sobre *vil* se intentó enmendar *mal*.

(56) *Doñana*.

(57) Entre *amé* y *mi*, se intercaló después, muy posteriormente a la fecha del autógrafo, una *a*.

pensando que me quería;
tal esperanza tenía;
tales engaños me dan.

Nunca de Beatriz (58) hermosa
tuve celos; necia he sido,
que no le hubiera querido
con tanto extremo, celosa.

TELLO. Nunca te quise decir,
por verte tan satisfecha,
que tuve alguna sospecha.

ANA. Erraste en no me advertir;
que los que juegan no ven
en el ajedrez de Amor.

TELLO. Ello fué notable error.

ANA. Y fué desdicha también;
pero, aunque pierda la vida
y la honra, hoy he de hacer
que no sea su mujer.

TELLO. ¿Qué dices de honra perdida?

ANA. Que me quiero levantar
un testimonio.

TELLO. Es locura
de amor.

ANA. Remedio procura,
¡o me tengo de matar!

TELLO. ¿Qué remedio?

ANA. Tráeme luego
a don Alvaro.

TELLO. No sé
qué intentas.

ANA. ¡Parte, o haré
que te abrasas en mi fuego!

TELLO. Yo voy.

ANA. No vengas sin él,
que me ha de matar mi amor.

TELLO. ¡Testimonios en tu honor
es pensamiento cruel!

(Váyase.)

ANA. Dulce enemigo mío,
¿qué ingratitud es ésta,
que alma y vida me cuesta
con tanto desvarío?
Mas, pues está perdida,
vuélveme el alma y quítame la vi-
Aquí me tienes loca, [da.
y en venturas ajenas
un Tántalo de penas,
las glorias a la boca;
que en infierno de celos

(58) Antes de *Beatriz*, tachado *doña*.

dulces engaños me prometen cie-
Mas ¿para qué me engaño [los.
con falsas esperanzas,
cuando de tus mudanzas
me llega el desengaño?
Que, con engaños tales,
los falsos bienes crecerán los males.

(TELLO y DON ALVARO.)

ALVARO. ¡Tuve dicha, que (59) pasaba
por nuestra puerta!

ANA. ¡Oh (60), señor
don Alvaro!

ALVARO. Del amor
que me debéis me (61) acordaba,
y en las rejas reparé.

ANA. Olvidado estáis de mí.

ALVARO. Tan vuestro soy como fuí;
nunca de vos me olvidé.

ANA. Tello, déjanos, y cierra.

ALVARO. ¿Qué tenéis, que no solía
ser así vuestra alegría?

ANA. La tierna edad siempre yerra;
mucho tengo que os decir.

ALVARO. Ya me apercibo a escuchar.

ANA. Puedo decir confesar,
porque me quiero morir.

Don Alvaro, pintaros los errores
de la edad juvenil (62), y sus desvelos,
era querer contar al campo flores,
olas al mar y estrellas a los cielos;
todos los más se fundan en amores
y en desatinos a que obligan celos.
Oíd, aunque de amor fábulas vanas
escuchan mal las venerables canas:

Cuando (63) la primavera de mis años,
de las primeras rosas guarnecía
el campo de mi edad y los engaños
de amor, ni amaba yo ni aborrecía,
un caballero ilustre, de mis daños
principio, como deudo entrar podía
a todas horas para hablarme y verme,
que la ocasión despierta honor que duerme.

No reparaba yo que me miraba,
o era muy tierna yo, o era inocente;

mas (64) debo de mentir, que reparaba,
pues muchas veces la vergüenza miente;
él mentía tan bien, que me alababa
de lo que en mí faltaba claramente;
mas no sé qué de discreción y brío
debió de ser su amor y el daño mío.

El alba, por el mes de los amantes,
lloviendo (65) estaba lirios y azucenas
una mañana, pocos tiempos antes
de la ocasión principio de mis penas,
cuando me dan mis padres ignorantes,
también (66) error, licencia a manos llenas
para que salga al campo, en que primero
tomé yerros de Amor que anduve acero.

Fuí al prado de la Santa, que, atrevida,
a quien le dió los pies tomó las manos,
y hallé a don Juan, que, con suave (67) herida,
rindió de amor mis pensamientos (68) vanos;
gallardo, a la jineta y a la brida
domaba dos caballos castellanos,
que no siempre han (69) de ser los andaluces,
de airosas manos y fogosas luces;

vine a mi casa llena de deseos,
que la imaginación conmigo hacía
los mismos caracoles y escarceos
que en el campo don Juan formado había;
desde entonces juzg[u]é que sus empleos
a conquistar mi gusto reducía:
miré, si me miraba; hablé, si hablaba;
que Amor, rendida yo, cerró el aljaba.

Concertamos los dos que en una huerta,
saltando las paredes de mi casa,
entrase cierta noche que, cubierta
de negras nubes, fué la luna escasa;
mas ¿qué locuras el (70) Amor concierta!
¿Qué de doncellas con mentiras casa!
¿Qué de tormentas (71) son después espumas!
¿Qué de ansias yelos y palabras plumas!

Turbámonos los dos, y parecía
que se burlaban de los dos las flores;
el agua murmuraba, que corría
y culpaba el silencio los amores;
juntó (72) las manos el temor del día,

(64) Antes de *mas*, tachado *mente*.

(65) Antepuesto *lloviendo* a *llovía*, tachado.

(66) Escrito *tambien error* encima de *todo es Amor*, tachado.

(67) Escrito *suaue* encima de *pequeña*, tachado.

(68) Escrito *rindio de amor mis pensamientos* encima de *dava hipogrifos a los vientos*, tachado.

(69) Antes de *han*, tachado *an*.

(70) Antes de *el*, tachado *en*.

(71) Antes de *tormentas*, tachado *pa*.

(72) Antepuesto *junto a vengie*, tachado.

(59) Antes de *passaua*, tachado *el*.

(60) *A*, indicando *Ana*, y *O*, enmendado sobre *el*.

(61) Antes de *me*, tachado *reparaua*.

(62) Escrito *la edad jubenil y sus*, encima de *Amor sus locas ansias y*.

(63) Antes de *quando*, tachado *vivia*.

que amando son valientes los temores,
venciendo su cobarde atrevimiento
la poca resistencia de mi intento.

No sé qué fué de mí, o él es fingido,
o yo soy en extremo desdichada,
pues dicen que me tiene tal su olvido
que se casa y me deja despreciada;
vuestra hija Beatriz la culpa ha sido,
o su hermosura justamente amada:
que se casa con ella me han contado,
de mis obligaciones olvidado.

Si aún hay lugar, don Alvaro, yo os ruego
que no pase adelante su locura,
pues no es razón que en nombre de Amor ciego
me dé lugar a tanta desventura;
iréme al rey, y refiriendo luego
lo que advertido vuestro error procura,
quedaréis deshonorado y yo vengada,
que a quien tiene razón sobra la espada. (73)

ALVARO. Doña Ana (74), mi intento ha si-
del vuestro tan diferente, [do
que respondo brevemente
que el rey la culpa ha tenido:
mi hija me mandó dar
hoy (75) a don Juan de Aragón,
ignorando la ocasión
que me acabáis de contar;
porque ni querrá Su Alteza,
ni yo querré...

ANA. No paséis
más adelante, que habéis (76)
animado mi tristeza.

ALVARO. ¿Que no es don Juan de Padilla?
No, que estos conciertos son [lla?
con don Juan el de Aragón,
hombre tan rico en Castilla.

ANA. Pues sabed que yo, engañada
de las nuevas y de Amor,
hice este agravio a mi honor,
celosa y desesperada;
que ni él de noche me vió,
ni en tal güerta me ha burlado.

ALVARO. A ser cortés obligado
del crédito nació yo,
y de vuestra gran nobleza
os confieso que dudé

(73) Todas estas octavas están numeradas, al mar-
gen, de mano de Lope.

(74) *Doñana*. Ocurre otras veces.

(75) Enmendado *oy* sobre *ay*.

(76) Antepuesto *mas a adelante*, tachado; antes de
habéis, tachado *no*.

la historia, no dando fe
tal virtud a tal bajeza.

ANA. En fin, ¿es (77) el de Aragón?

ALVARO. Como del Rey es Castilla.

ANA. Pues yo adoro al de Padilla.

ALVARO. Adiós.

ANA. Adiós.

ALVARO. ¡Qué invención!

(*Entrense y salgan DOÑA BEATRIZ y LEONOR.*)

BEATRIZ. ¿Con qué te podré pagar
las nuevas?

LEONOR. Con un vestido.

BEATRIZ. En mi vida le he tenido
como te le pienso dar.

En fin, ¿dió licencia?

LEONOR. Dió
el Rey licencia a don Juan.

BEATRIZ. ¡Fin mis deseos tendrán!

LEONOR. Esto Martín me contó. (78)

BEATRIZ. Poco a mi padre le vale
el achaque en la pobreza
de don Juan; mas ¿qué riqueza
puede tener que le iguale?

¡Aquel talle y aquel brío
no tienen comparación!

LEONOR. Los dos sospecho que son.

(DON JUAN, *de camino*, y MARTÍN, *con fieltro y botas*.)

PADILLA. ¡Mi Beatriz! (79)

BEATRIZ. ¡Esposo mío!

PADILLA. ¿Que llegó el día feliz
(alma, ¿no te vuelves loca?)
que oiga don Juan de tu boca
tal nombre, hermosa Beatriz?

¿Es posible que en tu casa
entre con tal libertad?

BEATRIZ. Eso tiene la verdad
de Amor que dos almas casa.

¿Mi padre hate visto?

PADILLA. No,
aunque de lejos le vi,
y no me habló; ya entendí
que de mi bien le pesó,
y la causa que le mueve.

BEATRIZ. No sabe que tu valor
es la calidad mayor.

(77) Antes de *es*, tachado *no*.

(78) Enmendado *conto* sobre *contaua*.

(79) Escrito *Pad.* después de *Be*, tachado.

PADILLA. Poco mi valor le debe.
 BEATRIZ. ¿Botas y espuelas? ¡Ay, Dios!
 PADILLA. Sí, mi bien; voy a Galicia
 con el Rey, que él me lo manda.
 BEATRIZ. ¡Siempre está el bien de partida,
 siempre el placer por la posta!
 PADILLA. Excusad, estrellas mías,
 las perlas, que están abiertas
 las rosas de las mejillas;
 allá me ha de hacer merced,
 y nuestra boda apadrina,
 volviendo a Valladolid.
 MARTÍN. ¡Ay, ay, ay!
 LEONOR. ¿De qué relinchas?
 MARTÍN. Todos se casan, y yo
 no puedo alcanzar justicia.
 LEONOR. ¡Maldito seas, amén!
 ¡Cómo se ven las mentiras
 en el fieltro y las botazas!
 ¿Tú me quieres? ¡Tú me olvidas!
 MARTÍN. Pues ¿puédome yo quedar?
 LEONOR. Fingieras, pues lo sabías,
 una calentura u dos.
 MARTÍN. Aun no son buenas fingidas;
 pues es verdad que quedara
 en casa abundante y rica,
 porque, partido mi amo,
 no hay más del ama que guisa,
 y de tal guisa la tal
 guisa las ollas que aliña,
 que pudieras, sin espejo,
 afeitarte en la escudilla;
 los garbanzos, por los viernes,
 hacen con dulce armonía
 bailes de a cuatro en el caldo.
 LEONOR. Eso es ser pobre y ser limpia.
 MARTÍN. ¿Limpia? A un sábado te aguardo,
 con su perejil las tripas,
 las manos todas barbadas
 y las panzas con su almíbar.
 LEONOR. A buena casa venís.
 MARTÍN. ¿Buena? ¡Que Dios la bendiga!
 LEONOR. Cuando sea tu mujer,
 tú verás qué de cositas
 con que te regalo yo.
 MARTÍN. Cosas, cosas, Leonor mía;
 que salimos de la orden
 más estrecha y más ceñida
 que hay en la Iglesia de Dios.
 LEONOR. Escucharte me lastima.
 ¿Tan pobre vive don Juan?
 MARTÍN. Sustenta mucha familia
 con pequeños alimentos.

LEONOR. Sí, porque es gente lucida.
 MARTÍN. Todo lo que es por de fuera
 se porta con bizarría;
 en casa, Dios lo perdone.
 LEONOR. ¿Cómo?
 MARTÍN. En la cama y comida.
 LEONOR. Pues ¿no tenéis buena cama?
 MARTÍN. La cama más exquisita
 que se ha escrito en la pobreza
 ni se ha visto en la avaricia;
 ella es un colchón redondo,
 donde toda la familia
 alrededor se acomoda,
 de manera que confinan
 todos los pies en el medio,
 de la suerte que imaginas
 los rayos de alguna rueda.
 LEONOR. ¡Es invención nunca oída!
 MARTÍN. Allí se juntan los pies,
 como en las carnicerías
 se suelen vender las manos
 que a los carneros se quitan;
 son los vientos tan contrarios
 que, a ser velas las camisas,
 pajes se fueran a fondo.
 LEONOR. ¡El cuento admite pastillas!
 PADILLA. Mi bien, yo me quiero ir;
 ¡sabe Dios si me lastima
 tu ausencia el alma! No puedo
 excusarla, aunque querría;
 volveré a Valladolid
 dentro de un mes, de Galicia,
 que el Rey se va a coronar,
 cosa no vista en Castilla;
 de las manos de la imagen
 del gran Apóstol, la insignia
 real, la corona de oro,
 quiere tomar.
 BEATRIZ. ¡Qué desdicha!
 Parte, y presume que quedo
 muriendo.
 PADILLA. Y yo ¿cómo voy?
 Que sólo en pesar que soy
 tu marido, partir puedo;
 porque si no, ni dar paso
 pudiera con vida aquí.
 BEATRIZ. ¿Acordarás de mí?
 PADILLA. No respondo.
 BEATRIZ. ¡Extraño caso,
 las lágrimas en los ojos
 se parte!
 MARTÍN. Martín se va,
 Leonor.

LEONOR. ¡Y se lleva allá
el alma toda!

MARTÍN. ¡Qué enojos!

 ¡Ay. ay, ay!

LEONOR. ¡Cuál quedo yo!

BEATRIZ. ¡Qué buen consuelo!

LEONOR. ¡Qué quieres?

 ¿Somos piedras las mujeres?

BEATRIZ. ¡Almas (80) sí, que piedras no!

([*Váyanse* PADILLA y MARTÍN.] *Entre* DON ALVARO.)

ALVARO. Darte el parabién es justo,
de la ventura que tienes.

BEATRIZ. Cuando tú con gusto vienes,
claro está que tendré gusto.

ALVARO. Dió el Rey licencia a don Juan.

BEATRIZ. Y yo me rindo a tus pies.

ALVARO. Por cierto, Beatriz, que él es
rico, discreto y galán.

BEATRIZ. ¿Qué riqueza puede haber
como el ingenio y valor?

(SANCHO, *criado*.)

SANCHO. Aquí ha llegado, señor,
don Juan.

ALVARO. El te quiere ver.

 ¿Darás licencia?

BEATRIZ. ¿Pues no?

ALVARO. Di que entre.

BEATRIZ. ¡Qué gran ventura!

 Quien ha amado sin locura,
no puede decir que amó.

(*Entre* DON JUAN DE ARAGÓN.)

ARAGÓN. Si ha dado disculpa Amor
al mayor atrevimiento,
añadiéndose el casarse
pienso que mayor la tengo;
y pues que del desposorio
solamente a vistas llego,
no reparéis, dulce esposa,
en (81) que esté turbado y necio.
Al (82) Rey supliqué esta tarde
que me dejase, partiendo
a Galicia, por no daros
disgusto; pues ya soy vuestro,

(80) Antes de *almas*, tachado *ni*.

(81) Después de *en*, tachado *si soy*.

(82) Antes de *al*, tachado *su*.

 aquí me quedo a serviros,
porque a nuestro casamiento
no se ponga dilación.
¿Qué tenéis?

BEATRIZ. Señor, ¿qué es esto?

ALVARO. Hija, que el Rey me ha mandado
que os case, y yo le obedezco.

BEATRIZ. ¿Con quién?

ALVARO. Con don Juan.

BEATRIZ. Oíd,
¿no es el de Padilla?

ALVARO. ¡Bueno!

 Ese, aunque es noble, Beatriz,
es un pobre caballero;
el de Aragón es muy rico,
y está en su gracia.

BEATRIZ. ¡Qué presto
sigue al placer el pesar!

ARAGÓN. ¿Qué es lo que le está diciendo?

 ¿Si pensó que era Padilla?

 ¿Si halló lugar en su pecho?

 Pero, en tanta honestidad,
celos, ¡mirad que sois necios!;
pero podréis responder
que cuándo fuistes discretos.
Yo me caso por industria;
que es imposible sospecho
que me deje de costar
pesar el atrevimiento.

ALVARO. Hija, si tenéis honor,
hija, si tenéis respeto
a la sangre que os he dado,
¡mirad que está de por medio
no menos que un rey!

BEATRIZ. Señor...

ALVARO. ¡No respondáis, que no quiero
respuesta, sino obediencia!

 Mirad que el Rey es tercero,
y yo he (83) dado la palabra.

BEATRIZ. ¡Ponedme en un monesterio!

ALVARO. ¡No hay que poner dilaciones!

 Con el valor deste yerno
y la privanza de Alfonso,
toda mi casa ennoblezco;
dalde la mano, o, ¡por Dios...!

BEATRIZ. Ya, señor, que obedeceros
es fuerza, dadme dos días
para llorar, a lo menos.

ALVARO. ¿Qué tenéis vos que llorar,
si el cielo ha venido a veros
con tan gallardo marido?

(83) Antes de *he*, tachado *la*.

BEATRIZ. Dadme un hora.
 ALVARO. ¡Ni un momento!
 No me afrentéis, hija mía.
 BEATRIZ. Venga esta noche, y hablemos.
 ALVARO. ¡Si alzo la voz, vive Dios...!
 BEATRIZ. Ya, señor, os obedezco.
 ARAGÓN. Si está indispuesta mi esposa,
 mañana, señor, podremos
 tratar desto. El cielo os guarde.

([Váyase.])

ALVARO. ¿Es bien hecho lo que has hecho?
 BEATRIZ. ¿El no se fué cuando ya
 iba a hablarle? Pues ¿qué debo?
 ALVARO. ¿Podréle llamar?
 BEATRIZ. Podrás.
 ¡Quitadme la vida, cielos!

ACTO SEGUNDO

PERSONAS DEL SEGUNDO ACTO:

DON JUAN DE PADILLA.	DON ALVARO.
DON JUAN DE ARAGÓN.	SANCHO.
MARTÍN.	DON ENRIQUE.
DOÑA BEATRIZ.	EL CONDE DE HARO.
DOÑA ANA.	EL REY DE CASTILLA.
LEONOR.	DON PEDRO DE AVALOS.

(DON JUAN DE PADILLA y MARTÍN, de camino.)

PADILLA. ¿Hay cosa como llegar,
 después de ausencia, Martín,
 donde un hombre quiere?
 MARTÍN. En fin,
 no queda qué desear;
 el que sale de la mar,
 de la guerra aborrecida, (84)
 o cautivo en triste vida, (85)
 como lleguen a su casa, (86)
 cuanto pasaron se pasa,
 todo, con el fin, se olvida. (87)
 Compone un libro el que sabe,
 y en el fin descansa y pide
 fama, porque no se olvide

(84) Antepuesto *de la guerra* a un verso tachado:
el que camina en la tierra.

(85) Antepuesto *o cautivo en* a un verso tachado:
el q[ue] viene de la guerra.

(86) Intercalado este verso.

(87) Escrito *con el fin se olvida* encima de *se*
olvida y destierra, tachado.

ni alguna envidia se alabe;
 descansa de noche el grave
 de oír tanta variedad
 de negocios, sin verdad;
 hasta el mar la furia amansa,
 y aun el que es necio descansa
 después de una necedad,
 y lo será si porfía
 descanso, el que hablare en vos.
 PADILLA. Cuando yo veo que Dios (88)
 descansó al séptimo día
 de aquella dulce armonía
 de elementos y de cielos,
 a los humanos desvelos
 doy el fin por bien mayor,
 y más en quien tiene amor
 y descansa de sus celos.
 ¿Qué filósofo no (89) habló
 del fin soberanamente?
 En fin, quien ama no siente
 lo que amando padeció.
 Llego al fin.

MARTÍN. Y llamo yo;
 pero ya te ha visto quien (90)
 es mi descanso también.
 PADILLA. ¡Bien haya lo padecido!;
 que quien el mal no ha sufrido,
 Martín, no merece el bien.

(LEONOR, triste.)

Aurora del sol que adoro,
 iris de hermosos colores,
 Mercurio de mis amores
 y llave de mi tesoro;
 luz, diamante, perlas, oro
 de aquel cielo de belleza,
 ¿cómo con tanta tristeza
 abres puerta a mi alegría?
 ¿Son, por dicha, Leonor mía,
 efetos de mi pobreza?
 Toma este anillo, que yo
 en su círculo quisiera
 que todo el mundo estuviera.

(88) Como personaje de este verso y los que si-
 guen, puso Lope primero *Be*, tachándolo después, y
 substituyéndolo con *Pad.* que, casualmente, va delante
 de *y lo sera si porfia*.

(89) Antepuesto *q[ue]* *filosopho no* a *Aristoteles*,
 tachado.

(90) Antepuesto *pero* a *mas*, tachado; después de
visto, tachado *la hermosa*. Después de este verso, otro
 tachado: *Leonor. Pa. O ausencia dichosa*.

LEONOR. No son intereses, no;
a quien tu bien intentó,
no le mueve el interés.

PADILLA. Pues, mi bien, dime lo que es.
¿Falta salud a mi esposa?

LEONOR. Sí falta, aunque es otra cosa.

PADILLA. ¡Habla, y márame después!

LEONOR. Tu esposa está desposada.

PADILLA. ¡No he dado a nadie poder!

LEONOR. El poder lo pudo hacer.

PADILLA. Conmigo está disculpada.

LEONOR. De don Alvaro forzada,
le dió a don Juan de Aragón
la mano.

PADILLA. ¿Si engaños son
para templarnos el bien?
Ofender (91) suele también
el bien de la posesión. (92)

LEONOR. Cuando pediste que hablase
al Rey, para sí pidió
a Beatriz, y el Rey mandó
que con ella se casase.

PADILLA. ¡Que aquesto en el mundo pase!

LEONOR. Resistió (93), lloró, tomó
testigos que la forzó.

PADILLA. ¿Gozóla? ¡Responde presto,
que sólo consiste en esto
que muera o que viva yo!
Mas no respondas, detente;
viva hasta verla, no más,
que después me matarás.

LEONOR. ¿Qué es gozar, ni que él lo inten-
Antes se fué brevemente, [te?
viendo su mucha aspereza.

PADILLA. ¡Alma, dejad la tristeza,
que aún hay tiempo de morir!

LEONOR. Seguro puedes vivir,
Padilla, de su firmeza.

Acompañar al Rey fué.

PADILLA. Es verdad, que allá le vi.
¿Si podré verla?

LEONOR. No y sí,
hasta que más sola esté;
que, aunque es casamiento, en fe
de que ha de ser tuya, vienen
mil damas que la entretienen
con parabienes injustos,
porque nunca los disgustos

alegres visitas tienen.
Ellas vienen de colores,
y ella, de negro vestida,
hace exequias a su vida
en honra de tus amores.

MARTÍN. Señor, ¿qué haces? ¡No llores!
¿Tú eres aquel gran Padilla
que puso asombro a Sevilla,
venciendo en Benamarín
tantos moros?

PADILLA. ¡Ay, Martín!
¿Verme así te maravilla?
¿Arrojo yo, por ventura,
sombrero, capa y espada,
estando el alma obligada
a tan forzosa locura?
¡Vive Dios!...

MARTÍN. Señor, procura
componerte brevemente,
que sale de adentro gente.

PADILLA. Dile al alma esa razón,
que mis sentidos no son
quien sabe si soy quien siente.

(Doña Ana.)

ANA. ¿Don Juan de Padilla vino?
Sí, que allí está. Pues ¿qué aguarda-
Dadme, capitán gallardo, [do?
los brazos.

PADILLA. ¿Qué desatino!
¡Que eres mi muerte imagino!
¡Espero a Beatriz aquí,
a quien cuando yo me fui
dejé con tan tiernos lazos,
y sale a darme los brazos
lo que más aborrecí!
¿Qué es esto? ¡Furia del cielo!
¿Soy demonio? ¿Qué soy yo?
¡Espero al Sol, y salió
toda una noche de yelo!
¿Cuál labrador sin recelo
puso la mano en el nido
donde dejó ruiñesores,
como yo, que dejé amores (94)
y vine a topar olvido?
¿Cuál deudor que huyó sutil
en los acreedores dió?

(94) Enmendado *q[ue] dexe* sobre *q[ue] en mis*.
Después de éste, otro verso tachado: *pusse amores en*
mi olvido.

(91) Antepuesto *offender* a *mira q[ue]*, tachado.(92) Antes de *el*, tachado *aguar*; después de *bien*,
tachado *la emoción*.(93) Después de *resistio*, tachado *llego tomo*.

¿Qué reo (95) al alcalde vió,
qué ladrón al alguacil,
cuál hombre cobarde y vil
al (96) valiente y arrogante?
¿Cuál, siendo en todo ignoran-
[te, (97)

dió en el sabio y el discreto,
como yo, pues, en efeto,
tengo a doña Ana delante?

¡Válame Dios! ¿Esto más?

ANA. ¿Qué es esto que estás diciendo?

PADILLA. Digo que vine creyendo
que viera donde tú estás
un ángel.

ANA. Sí le verás,
pero con menos rigor;
que a nadie obliga el amor
a que sea descortés;
mira, don Juan, que esto es
más infamia que valor.

PADILLA. Perdona, que estoy sin mí.

ANA. También yo pensé que viera
un hombre en ti que me diera
los brazos que le pedí,
y un hombre ignorante (97) vi,
un descortés (98) que se enfada
de una mujer lastimada;
pues donde por maravilla
pensé que hallara un Padilla,
vine a topar una espada.

MARTÍN. Señora, tienes razón;
mas don Juan está de modo
que has de perdonarlo todo,
o faltarte discreción.

ANA. Beatriz viene, y callaré,
por no darle mayor pena.

(Doña Beatriz.)

BEATRIZ. De tantas lágrimas llena,
no sé si verte podré.

¡Ay, mi don Juan!

PADILLA. ¡Ya quisiera
que la vida me faltara!

BEATRIZ. No acierto a mirar tu cara,
como si culpa tuviera.

PADILLA. Déjame verte no más, (99)

que viéndote he vuelto en mí.
BEATRIZ. Yo he dado un forzado "sí"
que no lo ha de ser jamás. (100)

Las injurias que he pasado,
los golpes que he padecido
dicen que el "sí" fué fingido
y que el "no" fué declarado;
el "sí" y el "no" a un tiempo di,
calló Amor, temor habló:
del de Aragón será el "no",
y del de Padilla el "sí".

No hayas miedo que me vea
eternamente en sus brazos;
aunque me hiciese pedazos
quien mi desdicha desea,
tuya soy y lo seré.

PADILLA. Sí serás, que hay ocasión
con que a don Juan de Aragón
castig[u]e quien tuyo fué.

BEATRIZ. Eso no, porque es perderme,
y la palabra has de darme
de (101) pleitearme y ganarme;
que perderme no es quererme.

PADILLA. ¿Quieres tú?

BEATRIZ. Con tierno llanto
te pido que su malicia
castig[u]es por la justicia,
si puedo contigo tanto;
que esto de sacar la espada
es (102) para matarme a mí.
Mira que (103) forzado un "sí"
disculpa (104) un alma forzada.

PADILLA. ¿Pleitear tengo y matarme? (105)

BEATRIZ. Sí, mi bien, o aborrecerme, [me,
pues con la espada (106) es perder-
y con la pluma es ganarme. (107)

PADILLA. Yo lo haré.

BEATRIZ. Pues no me (108) engañes.

PADILLA. Digo que lo haré (109) por ti.

(100) Enmendado y no sobre *que*; lo, escrito en-
cima de *si xamas*, tachado.

(101) Después de *de*, tachado *perderme y*.

(102) Antes de *es*, tachado *se*.

(103) Antepuesto *mira que a pues es dar*, tachado.

(104) Antepuesto *disculpa vn a y no es el*, tachado.

(105) Escrito este verso encima de otro tachado:
y si llego a pleytear.

(106) Escrito *pues con la espada es*, encima de
mirad si es razón, tachado.

(107) Escrito *y con la pluma es* encima de *pudien-
dome vos*, tachado; *ganar*, escrito primero *ganaros*,
tachado después *os* y añadido *me*.

(108) Escrito *pues no me* encima de *no me*, tacha-
do; *engañes*, enmendado sobre *engañeys*.

(109) Antes de *por*, tachado *señora*.

(95) Antes de *reo*, tachado *la*.

(96) Antepuesto *al a con el*.

(97) *Ynorante*.

(98) Después de *descortés*, tachado *vn villano*.

(99) Escrito este verso encima de otro tachado:
bien puedes dexarte ver.

ANA. No queda muy bien (110) así,
cuando a mí me desengañes; (111)
que yo le pondré a don Juan
pleito (112) que él sabe y yo sé.
PADILLA. Testimonios, ¿para qué?
ANA. Verdades, ¡traidor!, serán.
PADILLA. Vente conmigo, Martín,
que yo no escucho locuras.

(Váyanse DON JUAN y MARTÍN.)

ANA. Yo sé que mis desventuras
tendrán con el pleito fin;
que yo tengo más acción,
como la más ofendida.

(Váyase DOÑA ANA.)

BEATRIZ. ¿En qué ha de parar mi vida?
¡Pleito, amor y confusión! (113)

(Entre DON ALVARO.)

ALVARO.

Quiero pedirte albricias
de que vino tu esposo con Su Alteza.

BEATRIZ.

Si de mí las codicias,
pídeselas, señor, a mi tristeza,
que, pues la (114) aumentas tanto,
bien las mereces de mi (115) pena y llanto.

ALVARO.

¿Búrlaste, por ventura?
¿No sabes que me enojas? Pero advierte
cuánto tienes segura
en don Juan de Aragón la mayor suerte
que mujer ha tenido.
¡Qué gentilhomme viene, y qué lucido!
¿Qué dama no tuviera,
de haberle merecido, tanta gloria
que el alma enloqueciera,
desde la voluntad a la memoria?

(110) Después de *bien*, tachado *agora*.
(111) Escrito este verso encima de otro, tachado:
aunq[ue] el pleyto comenzeis.
(112) Antepuesto *pleyto* a *de lo*, tachado.
(113) Antes de *pleyto*, tachado *de tal*; escrito
amor y confusion encima de *y confusion*, tachado.
(114) Escrito *la* encima de *lo*, tachado.
(115) Escrito *bien las mereces de mí*, encima de
podra dartelas luego en, tachado.

Porque el entendimiento
no merece tan dulce sentimiento.
¡Alégrate!

BEATRIZ.

No puedo.

ALVARO.

Pues ¿no es tu esposo?

BEATRIZ.

¡No!

ALVARO.

Ya estás casada.

BEATRIZ.

Con tanta fuerza y miedo,
ni pude entonces, ni quedé obligada;
desto tengo testigos.

ALVARO.

¡Hijos, quién os llamó, sino enemigos!

BEATRIZ.

Si yo respeto esposo,
es don Juan de Padilla.

ALVARO.

¿Estás furiosa?

¿Cuando ves que es forzoso
que don Juan de Aragón te llame esposa! (116)

BEATRIZ.

Del Padilla te advierto
que es de mi pecho; el otro, del desierto.

(Vase.)

ALVARO.

¿Si tomaré venganza
desta disolución y atrevimiento?
¡Pues no ha de hacer mudanza;
matarla quiero!

(DON JUAN DE ARAGÓN, galán, de camino, y SANCHO,
criado.)

ARAGÓN.

¿Qué mayor contento
que llegar como llego?

(116) Antepuesto *que a de*, tachado; *te llame*, es-
crito encima de *llamarte*, tachado.

SANCHO.

Toda ausencia en amor aumenta el fuego.

ALVARO.

(Este es mi yerno; quiero disimular.)

ARAGÓN.

Señor, seas (117) bien hallado.

ALVARO.

Tú, bien venido.

ARAGÓN.

Espero
que lo seré, señor, pues he llegado
al centro del deseo,
donde pararse la esperanza veo.
¿Sabe mi dulce esposa
que ha venido Su Alteza y que he venido?

ALVARO.

Será cosa forzosa.

ARAGÓN.

Pues ¿cómo tanto amor padece olvido? (118)
Pues ¿cómo no la veo?
¿Aun esto no le debe mi deseo?

ALVARO.

Entra, Sancho, y advierte
a Beatriz de su dicha, y pide albricias.

ARAGÓN.

A mi dichosa suerte
se las pide mejor, si las codicias.

ALVARO.

¿Llegastes muy cansado?

ARAGÓN.

Como lo puede estar quien ha llegado.

Si fuera a la partida,
seguro estáis que encarecer pudiera,
hasta perder la vida,
lo que sentí, como si eterna fuera
una ausencia tan breve:
tales ansias de amor Beatriz me debe. (119)

Lleg[u]é cuando se hacían
fiestas en Compostela, y con las luces
del cielo competían
luminarias (120) de torres y de cruces;
holgóse el Rey de verme,
hízome la merced que suele hacerme,
y aquellos caballeros
quisieron que ayudase a una sortija
de veinte aventureros;
yo, no sabiendo qué invención elija,
saqué el Amor (121) bizarro
de plumas de oro (122) en un triunfante carro,
y, para testimonio
de mi dicha, le puse en una mano (123)
el dulce matrimonio
en una imagen de oro, a quien en vano
se atreven las pasiones
que rinden los humanos corazones. (124)

(SANCHO vuelve.)

SANCHO. De manera me ha quitado
tan desdichado suceso
el instrumento del alma,
que no pienso que la tengo.
Doña Beatriz, mi señora,
entra con pasos ligeros
ahora en un coche.

ALVARO. ¿Cómo?

SANCHO. No sé más de que dijeron
los hombres que la llevaban
que eran notarios, y entre [e]llos
pienso que iba un alguacil.

ALVARO. ¡Pleito intenta, vive el cielo!

ARAGÓN. ¿No viste algún hombre fuera
de los que en el coche fueron?

SANCHO. Un hombre medio embozado
los hablaba desde lejos,
y era don Juan de Padilla,
si no me engaño.

ALVARO. ¡Esto es hecho:
pleito me pone don Juan!

ARAGÓN. ¿Qué importa matarle luego?

SANCHO. ¡Qué presto lo has sentenciado!

(120) Antes de *luminarias*, tachado *tor*.

(121) Antepuesto y *saquele a saque el Amor*, tachado. Olvidó Lope esta corrección; respetándola, no hace sentido lo que sigue.

(122) Escrito de *oro* encima de *hecho*, tachado.

(123) Antes de *de*, tachado *de su dic*; escrito *le puse* encima de *llebava*, tachado.

(124) Atajadas esta sextilla y las dos anteriores. Al margen: *dizese*.

(117) Escrito primero *sehas*, tachada después la *h*.

(118) Escrito este verso encima de otro tachado, atribuido a

ALVARO. *sino de las criadas el ruido*.

(119) Escrito este verso encima de otro tachado: *así el Amor el sentimiento mueue*.

ARAGÓN. Lo que importa ha de ser presto.

ALVARO. Si (125) las armas intentáis,
bien veis que perdido quedo;
idos a Palacio vos,
iré yo a saber qué es esto.

SANCHO. ¡Camina presto, señor! (126)

ARAGÓN. ¡Qué bravo aborrecimiento!
Pues, ¡vive Dios, enemiga,
que no has de gozar, si puedo,
el caballero (127) que adoras!
Dineros y favor tengo.

SANCHO. Favor y dineros son
pies y manos de los pleitos.

(El REY ALFONSO, con acompañamiento, y el CONDE DE HARO.)

ALFONSO.

Pienso que le tendré, conde de Haro,
muy de mi parte en todas mis acciones.

CONDE.

Tu devoción, señor, pide su amparo;
justa esperanza en el Apóstol pones.

ALFONSO.

De pórfido, de bronce y mármol paro,
con letras y doradas inscripciones,
altar le haré labrar. (128)

CONDE.

Cristiano celo.

ALFONSO.

¡Qué Capitán de España tiene el cielo!

De mi hijo don Pedro pronostican,
siendo agora tan niño, tan piadoso,
tanta crueldad, que a la que espera aplican
un Nerón, un Mecencio riguroso;
mas las cosas que al cielo se suplican,
si no es por nuestras culpas, es forzoso
que tiemplan el rigor; y así, querría
llevarsele (129) al Apóstol algún día.

CONDE.

Cuando vuelvas, Alfonso, de Granada,

(125) Después de *si*, tachado *vos intentais*.

(126) Intercalado este verso.

(127) Escrito *caballero* encima de *escudero*, tachado.

(128) Antepuesto *altar a le*; después de *labrar*, tachado *altar*.

(129) *llebersele*.

el Príncipe será de edad (130) bastante
para que tome de su altar la espada,
rayo feroz del bárbaro arrogante.

(DON JUAN DE PADILLA y MARTÍN.)

PADILLA.

La ira es atrevida.

MARTÍN.

Aquí templada,
que es el respeto al rey ley de diamante.

PADILLA.

Deme Tu Alteza para hablar licencia.

ALFONSO.

¡Oh, buen Padilla!

PADILLA.

Advierete...

MARTÍN.

Ten prudencia.

PADILLA. Generoso Rey Alfonso,
a quien desde niño el cielo
guardó de tantos peligros
para bien de aquestos reinos: (131)
en la casa de mis padres,
tú sabes, señor, quién fueron,
en orden a mis hermanos
ilustres, nací tercero;
tomé a tu lado las armas,
de mis servicios no es tiempo
que trate, bien pocos son,
pues no merecieron premio; (132)
verdad es que culpa he sido
de que no te acuerdes dellos,
pues no es menos el pedir (133)
que del mismo Dios consejo; (134)
en los ratos de la corte,
siempre ociosos, mis deseos
en doña Beatriz de Rojas

(130) Antepuesto *el príncipe*; después de *edad*, tachado *el prínci*.

(131) Después de éste, tachado un verso: *bien sabes que te he servido*.

(132) Antes de *no*, tachado *pues*; *merecieron* escrito sobre *han tenido*, tachado.

(133) Escrito *el pedir* encima de *q[ue]* de *Dios*, tachado.

(134) Antepuesto *q[ue]* del mismo a *el pedir*, tachado; escrito *Dios* encima de *gierto*, tachado.

sus esperanzas pusieron...
 Perdona que así te hable,
 que no es perderte el respeto,
 pues estás como juez
 y es (135) el principio del pleito.
 Servíla sólo con alma,
 tan pobre soy; pero creo
 que ha estimado mis servicios
 cual suele el señor discreto;
 que de tus guerras le truje, (136)
 muchos (137) saben que no miento,
 los despojos (138) de los moros
 por aquestas manos muertos; (139)
 y esclavas le truje algunas, (140)
 que en mi nombre la sirvieron,
 que fué dicha suya y mía
 tener tan hermoso dueño. (141)
 En su casa (142) entré una tarde,
 entré con atrevimiento,
 a visitarla, y hallóme
 su viejo padre saliendo;
 con disculpas mentirosas
 vencer su sospecha intento;
 no aprovecha; al fin le digo
 que, por último remedio,
 me dé a Beatriz por esposa,
 pues sabe que no es más bueno
 que yo, si bien es más rico.
 Vino en aqueste concierto
 si tu licencia traía;
 contento a Palacio vengo,
 y a don Juan de Aragón pido,
 ¡malhaya mi encogimiento!,
 que te la pida en mi nombre;
 él, con injusto deseo,
 te la pidió para sí:
 juzga tú si fué bien hecho.

(135) Primero *esta*, tachado después *ta*.

(136) Antepuesto *que de tus a de los q[ue]*, tachado; después de *guerras*, tachado *q[ue]* *vencia*.

(137) Antepuesto *muchos a muchos*, tachado.

(138) Antepuesto *los despojos* a un verso tachado: *la he presentado una toca*.

(139) Antepuesto *por aquestas a de cada moro q[ue]* *he*; escrito *manos* sobre el renglón; añadida posteriormente una *s a muerto*.

(140) Antes de y añadido, tachado *seys*; después de *le*, tachado *he trahido*.

(141) Este verso, y los dos anteriores, escritos encima, respectivamente, de otros tres, tachados:

*que ella ha dicho que le dieron
 para cumplir con su padre
 dos capitanes sus deudos.*

(142) Después de *casa*, tachado *cierto día*.

A don Alvaro mandaste
 que se la diese, y él, ciego
 de su riqueza y privanza,
 mientras yo te voy sirviendo,
 se la dió contra su gusto,
 con tal violencia, que (143) dejó
 de encarecer la crueldad
 por no perderte el respeto.
 Vine de Galicia, en (144) fin,
 y cuando en su casa entro
 recíbenme, en vez de brazos,
 estos infames sucesos;
 remítelos a la espada;
 pero, tu enojo temiendo,
 quiero probar mi justicia:
 pedirla por pleito quiero.
 Ya queda depositada,
 y porque tu enojo temo,
 por lo que amas a don Juan,
 a pedir licencia vengo,
 ya que no supe pedirla,
 señor, para el casamiento,
 para el pleito, si tú gustas,
 que si no, dejaré el pleito;
 que más me importa servirte
 que la vida que poseo,
 pues cuanto no fuere el alma,
 mi rey y señor, te debo.

ALFONSO. Llamadme luego a don Juan.

CONDE. Lo más ha escuchado atento
 detrás de ese paño.

ALFONSO. Así
 tendré que decirle menos.

(Entre DON JUAN DE ARAGÓN y DON ENRIQUE.)

ALFONSO. Don Juan, don Juan de Padilla
 me ha dicho... No os lo refiero,
 pues que ya lo habéis oído,
 y sabéis que (145) lo habéis hecho.

ARAGÓN. ¿Cómo (146) o por qué le engañas-
 Eso no, señor; primero [tes?

me falte la vida a mí.
 Verdad y lealtad profeso.
 No le he prometido nada,
 y si el casarme fué cierto,
 ¿qué obligación le tenía
 para guardarle respeto?

(143) Después de *q[ue]*, tachado *ha hecho*.

(144) Antes de *en*, tachado *al*.

(145) Enmendado *que* sobre *pues*.

(146) Después de *como*, tachado *lo habeis engañado*.

Yo amé la bella Beatriz
con tal fe como silencio.
Guerra es amor, y la guerra,
digna de reyes e imperios.
Allí todas son cautelas;
estratagemas les dieron
por nombre (147) sus capitanes,
de que ha sido (148) Troya ejemplo.
Pues en ardides de amor,
juzga, tú, señor, ¿qué pierdo
de mi opinión?

ALFONSO. Ahora bien,
yo sé lo que es, yo lo entiendo.
Licencia a este pleito doy;
el que tuviere derecho
le alcance, pero advertid
que en tanto que dura el pleito
no habéis de sacar las armas,
pena de traidores.

PADILLA. Pienso
que le perderé, señor,
porque soy pobre, y no tengo
dineros para seguirle,
que son menester dineros.

ALFONSO. Atento a vuestros servicios
y a vuestra nobleza atento,
Caballero de la Banda
os hago, y en vuestro pecho
la quiero poner mañana,
y daros, Padilla, quiero
seis mil ducados de renta.

PADILLA. Mil veces, Príncipe, beso
los pies, que veáis pisando
todo el africano imperio.

(Váyase el REY.)

CONDE. Muchos años los gocéis,
y con mayores aumentos.

PADILLA. Cuantos yo tuviere, Conde,
a vuestro servicio ofrezco.

MARTÍN. Señor, loco estoy de ver
las mercedes que te ha hecho
Su Alteza. Mira la cara
con que queda aquel soberbio.
¡Oh, mudanzas de Fortuna,
ya levantáis hasta el cielo,
ya derribáis al profundo!
¿No le miras?

PADILLA. Ya le veo.

MARTÍN. Caballero de la Banda
y seis mil...

PADILLA. Habla más quedo.

MARTÍN. Musas, ministradme aquí,
si no claro, dulce aliento;
afectad emulación
al Sol, y ostentando afectos
naufragad (149), canoras plumas,
por fulgores de concetos.

PADILLA. Martín, deja desatinos,
y demos principio al pleito,
que (150), remitido a las armas,
gastáramos menos tiempo
en letrados y notarios.

MARTÍN. Es engaño manifiesto.
Vamos, señor, y pleitea,
pues que justicia tenemos,
que es mejor que las consultas
de médicos y barberos;
que allá se den los letrados
con decisiones y textos.

(Váyanse.)

ENRIQUE. Justamente quedas triste.

ARAGÓN. Encarecerte no puedo
la tristeza y la razón
que de estar quejoso tengo.

ENRIQUE. Sospecho que mira bien
el Rey este hombre, y sospecho
que se ha cansado de ti.

ARAGÓN. ¿Con tan poco fundamento
quieres que pierda su gracia?

ENRIQUE. ¡Ah, don Juan!, si eres discreto,
¿de la inconstancia del mundo,
para qué buscar ejemplos?
Cayóle en gracia a Su Alteza
don Juan, así en los torneos
y las justas de Galicia,
que, cierto, es gran caballero,
cómo en ver que en la sortija
donde tan ricos salieron
tantos títulos y grandes,
él, con (151) aquel escudero
de buen humor que le sirve
y dos coseletes viejos,
Salió, y dió (152) al Rey esta letra:

(147) Después de *nombre*, tachado *ser capitanes*.

(148) Antepuesto de *q[ue]* ha sido a *y reyes autores dellos*, tachado.

(149) Enmendado *naufragad* sobre *naufregando*.

(150) Después de *q[ue]*, tachado *me*.

(151) Después de *con*, tachado *vn co*.

(152) Antes de *dio*, otro *dio*, tachado.

ARAGÓN. "Mirad qué extraño conceto".
 ¿Qué?
 ENRIQUE. Don Juan y su criado.
 ARAGÓN. ¿Y eso celebró?
 ENRIQUE. Con esto,
 su pobreza y su valor
 notable aplauso tuvieron.
 ARAGÓN. Como yo gane a Beatriz
 en este pleito, no quiero
 otra gracia ni otro bien,
 y esto lo tengo por cierto,
 que, en fin, desposado estoy.
 ENRIQUE. Pide fuerza.
 ARAGÓN. La que temo
 es de olvido; mas no importa,
 que todo lo vence el tiempo. (153)

(Váyanse, y entren DOÑA BEATRIZ y DON PEDRO)

PEDRO. Tengo a notable ventura
 el depósito que ha hecho
 vuestro valor en mi pecho,
 mi casa en vuestra hermosura.
 Sólo me ha dado cuidado
 que no os dejen visitar,
 y habéisme de perdonar
 si en esto soy limitado.
 BEATRIZ. Damas entrarán (154), y, en fin,
 si alguna dispensación
 hubiere en esta ocasión,
 será sólo de Martín.
 PEDRO. Sea (155) con grande secreto,
 que si el de Aragón lo entiende
 por la parte, que se ofende,
 quedo a su agravio sujeto.
 BEATRIZ. La ventura ha sido tal
 de venir a vuestra casa,
 que de los límites pasa
 de mi desdicha inmortal;
 que espero en vuestro favor,
 viendo que tengo justicia,
 que os cansará su malicia
 y que os moverá mi honor.
 Mi padre, a quien, por la edad,
 desagrada la pobreza,
 a la privanza y riqueza
 inclina la voluntad.

(153) Atajados este verso y los treinta y cinco anteriores.

(154) Enmendado *entraran* sobre *entran*; enmendado y sobre *pero*, tachado.

(155) Antepuesto *sea* a *secreto*, tachado.

Amo a don Juan de Padilla,
 juzgad si tengo razón,
 y hame dado al de Aragón,
 gran caballero en Castilla;
 pero de mi gusto no,
 y con tan forzado sí,
 que el dolor con que le dí
 de lágrimas le formó.
 Y estoy tan aborrecida,
 que cuando pudiera ser
 venir a ser su mujer,
 pienso quitarme la vida.

(LEONOR.)

LEONOR. Doña Ana te viene a ver.
 BEATRIZ. ¿Eso sólo me faltaba!
 LEONOR. Dentro de la puerta estaba
 cuando lo vine a entender.
 BEATRIZ. ¿Qué me quiere a mí doña Ana,
 cuando me abrasa de celos?
 Aspid que me dan los cielos
 para mi muerte inhumana,
 en figura de visita
 viene a saber lo que intento.
 PEDRO. Ese ardid y pensamiento
 los cortesanos imita;
 cuando una visita pasa
 de amistad y hacer placer,
 es sólo venir a ver
 lo que hace el otro en su casa;
 pero muestra cortesía,
 que, con gusto y falsedad,
 se vence la enemistad
 de quien enfada y porfía.

(DOÑA ANA.)

ANA. Con el sentimiento justo
 que tengo del que tenéis,
 vengo, amiga, a que me deis
 parte de vuestro disgusto.
 ¿Cómo estáis?, que donde estáis
 bien sé que os irá muy bien.
 BEATRIZ. Con ese favor también
 me honráis y me consoláis.
 PEDRO. Por mi parte, os agradezco
 que tengáis satisfacción
 de lo que en esta ocasión
 a doña Beatriz ofrezco,
 pues a un mismo tiempo ha sido
 la casa y la voluntad.
 ANA. La sangre en esa piedad

mostráis con que habéis nacido.
¿Cómo va de pleitos?

BEATRIZ. Bien.

ANA. ¿Qué hay de don Juan?

BEATRIZ. ¿Qué don Juan?

ANA. Vuestro marido.

BEATRIZ. Si dan,
doña Ana, ese nombre a quien
mi amor se le tiene dado,
don Juan de Padilla tiene
salud.

ANA. Eso no conviene
con el sí que le habéis dado
al de Aragón, que es por quien
os pregunto.

BEATRIZ. El sí que di
no fué sí, porque en el sí
ha de ir el alma también,
y toda el alma faltó;
de manera que si un sí
no (156) la tiene, desde allí
se va convirtiendo en no;
si es forzado, no me toca,
doña Ana, su cumplimiento,
que no es (157) naípe el casamiento
donde hace juego la boca.

Y del Padilla (158) repara
que de suerte vive (159) en mí,
que si allí dijera sí,
dentro de mí me matara;

y pues que no me mató
cuando forzada le di,
claro está que no fué sí,
pues llegó primero el no.

ANA. Si un renegado de Argel
no lo fué de corazón,
¿cumple con su obligación?

BEATRIZ. ¡Qué réplica tan cruel!

Para ligar voluntades
ha de haber consentimiento,
que es de la fe fundamento
el morir por sus verdades,
y allí ha de haber confesión;
mas güélgome que haya hallado
el de Aragón un letrado
de tanta satisfacción.

Con esto doy por vencido

el pleito desde este día,
porque tal abogacía
ni se ha visto ni se ha oído;
que estas leyes y desvelos,
aunque oírlas me fastidia,
todas son textos de envidia
con sus párrafos de celos.

(Váyase DOÑA BEATRIZ.)

PEDRO. El venir a visitar,
bien lo debéis de saber,
ha de ser a dar placer,
no ha de ser a dar pesar;
que aqueste pleito, en rigor,
todo es alma y gusto es;
si en él tenéis interés,
disimulalde mejor.

(Váyase DON PEDRO.)

LEONOR. Las damas (160) cuerdas no vie-
[nen,
con burlas y (161) fingimientos,
a sacar los pensamientos
de las amigas (162) que tienen;
mi señora tiene amor;
vos no habéis de reducilla;
si queréis bien a Padilla
disimulaldo mejor.

(Váyase LEONOR.)

ANA. ¿Tú hablas? ¿Qué es esto, cie-
Todos contra mí son ya. [los?
¡A qué de cosas está
sujeto quien tiene celos!

(DON ALVARO entre.)

ALVARO.

Yo he de hacer lo que digo, y justamente,
cuando el Rey me mandase lo contrario.

ANA.

¿Qué furia es ésta? Aunque, con tantas causas,
tendréis por necia la pregunta mía. (163)

(160) Escrito *cucrdas* no vienen debajo de q[ue]l
son *discretas*, tachado.

(161) Antepuesto con *burlas* y a *no vienen con*,
tachado.

(162) Después de *amigas*, tachado *perfetetas*.

(163) Escrito este verso encima de otro tachado:
bien pudiera escusar el preguntarlo.

(156) Antes de *no*, tachado *desalmado*.

(157) Después de *es*, tachado *juego el casa*.

(158) Antepuesto y del Padilla a *de suerte* y *es*
cosa clara, tachado.

(159) Antepuesto de *suerte* vine a al Padilla *ten-*
go, tachado.

ALVARO.

Dícenme que Padilla se ha quejado a Su Alteza de suerte que le ha dado crédito a cuanto ha dicho, y aun he oído que con mercedes le ha favorecido que nos podrán hacer guerra notable; mas ya tengo el remedio prevenido; quiero, doña Ana, yo, quiero casarme; quiero dar a mi hija este disgusto. En esto vengo ya determinado; por ventura tendré, que aun tengo bríos, quien herede mi casa con mi hacienda; si me venciere el de Padilla, entienda que, pues aspira sólo a la riqueza, allá se ha de quedar con su pobreza.

ANA.

Con enojo, no es mucho haber pensado dar a doña Beatriz ese cuidado; mas si queréis fingir el casamiento como es razón, pues ya sois hombre de años, y lo mismo ha de hacer el fingimiento, publicad (164) que os queréis casar conmigo, que yo diré lo mismo.

ALVARO.

Daros quiero los brazos, y hasta el alma quiero daros; que con esto por dicha, y será cierto, vendrá este pleito en el mejor concierto.

ANA.

Pues, para que más presto se publique, pedid licencia al Rey.

ALVARO.

Yo voy contento, y lo fuera mejor si verdad fuera.

(Váyase DON ALVARO.)

ANA.

Aun se conoce en vos la valentía que os hizo tan famoso en paz y en guerra. ¡Oh, remedio notable! ¡Oh, santos cielos! ¿Qué os hizo Amor, que le persiguen celos? Mas bien hicistes, que si Amor amara sin celos, ni aun del cielo se acordara.

(DON (165) PEDRO y DON JUAN DE PADILLA.)

(164) Antes de *publicad*, tachado *del*.

(165) Antes de *don*, tachado *don Alvaro y*.

PADILLA. Ha sido grande favor y merced dejarme entrar.

PEDRO. Aquí la podréis hablar.

PADILLA. Estad seguro, señor, de que ha de ser mi mujer.

PEDRO. Así lo tengo creído, y della lo sé, que ha sido causa que os la deje ver.

PADILLA. ¡Doña Ana aquí!

PEDRO. Ya os ha visto.

Engañalda, hablalda bien; que si se lo dice a quien sabéis, quedará malquisto y en mala (166) opinión los dos.

(Váyase DON PEDRO.)

PADILLA. Yo lo haré por vos, que es cosa para mí dificultosa, tanto cuanto sabe Dios.

Señora, ¿en aquesta casa?

ANA. Vengo a ver vuestra mujer.

PADILLA. Mía ¿cómo puede ser, si veis el pleito que pasa?

Di, Martín, (167) lo que he sentido faltar a mi obligación (168) [do por esta necia opinión que de soldado he tenido. (169)]

(DOÑA BEATRIZ y LEONOR.)

LEONOR. Digo que le he visto agora. (170)

BEATRIZ. Y yo, por mi mal, le veo.

MARTÍN. Querer pintar el (171) deseo con que don Juan os adora, (172) es disparate excusado. (173)

BEATRIZ. ¡Don Juan con doña Ana aquí! ¿A esto entró?

(166) Escrito *en mala* encima de *no con buena*, tachado.

(167) Después de *Martin*, tachado *a mi señora*.

(168) Escrito este verso encima de otro tachado: *doñana lo q[ue] he sentido*.

(169) Escritos este verso y el anterior encima de otro tachado: *el no haber correspondido*.

(170) Después de éste, otro verso tachado:

PAD. *Al amor que me ha mostrado.*

(171) Escrito *el* encima de *su*, tachado.

(172) Intercalado este verso.

(173) Después de este verso hay otro que Lope, con tantas correcciones como hizo en este pasaje, olvidó tachar: *un ingenio como el mio*. Rimaba con otro tachado:

BE. *¿Para esto a llamar le enbio?*

que va a continuación de *que amor tan bien empleado*.

LEONOR. Pienso que sí.
 BEATRIZ. ¡Qué amor tan bien empleado!
 LEONOR. Escucha, que puede ser

que, como ésta es bachillera,
 argüir con don Juan quiera
 que no has de ser su mujer.

MARTÍN. Las noches que mi señor
 faltó de veros, no han sido
 por ingratitud y olvido,
 que no cabe en tanto amor,
 y este, que nunca lo fuera,
 casamiento...

LEONOR. ¿Hay tal maldad?

MARTÍN. Es honra y comodidad,
 que amor no, ni ser pudiera;
 que a vos sola tiene amor.

PADILLA. Eso es muy cierto y seguro,
 y que aquí sólo procuro (174)
 satisfacer al (175) honor;

es una tema en que he dado
 porque el de Aragón no entienda
 que le han dejado la prenda
 por más bravo y más honrado,

pues eso no puede ser:
 doña Beatriz se casó
 en mi ausencia, ¿puedo yo
 querer ajena mujer?

ANA. Don Juan, ya de tus engaños
 tengo justos escarmientos;
 en (176) amor con fingimientos
 más quiero yo desengaños.

Si te casas, yo también,
 que don Alvaro me ha dado
 la palabra, y concertado
 las escrituras. (177)

PADILLA. ¿Con quién?

ANA. ¿Qué, pensabas heredar
 su hacienda? Pues no lo creas,
 ya es tarde si me deseas,
 como primero, engañar.

Esto sin duda has sabido,
 y porque yo no (178) me case
 me engañas.

BEATRIZ. ¡Que aquesto pase! (179)

ANA. Pues no, ingrato; no, fingido.

Casarémonos los dos;

no he de mudar de consejo;
 y de una moza y un viejo,
 ya me has entendido; adiós.

(Váyase DOÑA ANA.)

BEATRIZ. Estará vuesa merced
 muy contento del suceso,
 como quien tanto aborrece
 esa que por tema sirve,
 que no por merecimiento,
 esa mujer de don Juan
 el de Aragón, por lo menos,
 porque no ha de ser más bravo...
 Mi bien, (180) advierte primero...

BEATRIZ. No hay que (181) advertir.
 PADILLA. ¡Oye!
 BEATRIZ. Calla.

Casóse ausente, en efeto, (182)
 dándole infinitos golpes
 su padre.

MARTÍN. ¡Malo va esto! (183)

BEATRIZ. Y no le queriendo hablar,
 de suerte que por despecho
 se fué el tal novio.

PADILLA. ¿Qué dices?
 ¡Beatriz, mis ojos, mi dueño,
 mi primera voluntad!

BEATRIZ. ¿Qué digo?

PADILLA. Desvía el lienzo,
 porque amortajar los ojos
 más vivos que Dios ha hecho,
 es decir que es muerto el Sol,
 siendo incorrutable el cielo;
 mira que en eterna sombra
 quedarán los elementos,
 y yo quedaré sin vida,
 como (184) soy dellos compuesto;
 mira no vuelvas el mundo
 a su principio primero;
 que si faltar luz no sientes
 y color a su ornamento,
 debes sentir que no sea

(180) Antepuesto PA. *Mi bien A ni mas noble caballero*, tachado.

(181) Antepuesto BEA. *No ay que a el que se canso*, tachado.

(182) Antepuesto *casose a en su*, tachado; *ausente* enmendado sobre *ausencia*; escrito *en efeto* encima de *estaua hecho yntento*, tachado.

(183) Escrito MA. *Malo va esto* encima de *oyendo soberbio*, tachado.

(184) Después de *como*, tachado *ser*.

(174) Entre *pro* y *curo*, tachado *fe*.

(175) Antes de *al*, tachado *me*.

(176) Antes de *en*, tachado *del*.

(177) Después de *escrituras*, tachado *tambien*.

(178) Después de *no*, tachado *le quiera*.

(179) Escrito BE. *Que aquesto pasa* encima de *de esta manera*, tachado.

de los humanos deseos
vista tu grande hermosura.

BEATRIZ. Vanos encarecimientos,
ya llegan tarde, don Juan.

PADILLA. Pues lleg[u]e el matarme presto.

LEONOR. Y el bellacón de Martín,
que, desvergonzado y necio,
le decía a la señora:
“¿Cómo puedo encareceros
el amor de mi señor,
que decir su sentimiento
es disparate excusado?”

MARTÍN. ¿Yo he dicho tal?

LEONOR. ¿Niegas?

MARTÍN. Niego.

LEONOR. “Las noches que mi señor
faltó, señora, de veros,
no fué ingratitud ni olvido,
que este negro casamiento
tuvo la culpa de todo.”

MARTÍN. Leonor, mira que estos celos
no hallan materia de agravio.
Consejo fué de don Pedro
engañar esta mujer.

PADILLA. Vióme entrar, y yo, temiendo
que la justicia se enoje
sabiendo que a verte vengo,
y que el depósito mude,
dije dos necios requiebros,
de que estoy arrepentido.

BEATRIZ. ¿Creo el arrepentimiento!
¿Si dice que está casada
con mi padre!; por lo menos
con el melindre que dijo:
“Y de una moza y un viejo,
ya me has entendido; adiós”.

PADILLA. ¿No es mejor buscar remedio
asegurándote yo,
Beatriz, con mil juramentos,
que fué engaño?

BEATRIZ. ¿Cómo engaño?
¿Qué puedes, si no te (185) creo
jurar (186) que me importe a mí?

PADILLA. Jurar por tus ojos puedo;
que, si mintiese, presumo
que el Sol mismo y todo el cielo
me matasen con mil rayos.

MARTÍN. Ya se viene enterneciendo.

LEONOR. Tu padre vuelve, señora.

PADILLA. ¡Ay, Beatriz, que mal has hecho

en que te deje enojada!
Y determinada quedo
de no te ver en mi vida.

PADILLA. Hazme un placer.

BEATRIZ. Dile presto.

PADILLA. Es por tu bien.

BEATRIZ. ¿Por mi bien?

PADILLA. Sí; que tu padre es soberbio,
y por quitarte la hacienda
ha de hacer el casamiento.

BEATRIZ. ¿Qué se te da a ti de mi,
si, como estabas diciendo,
soy de don Juan de Aragón?
Pues si yo mi hacienda pierdo
te vengas de tu enemigo.

PADILLA. ¿Y si mudas de consejo,
tan mal te estará estorbar
la ejecución de su intento?

BEATRIZ. ¿De suerte que tú pretendes
que el casamiento estorbemos,
por casarte con doña Ana,
y con este fingimiento
quieres que te ayude yo?

PADILLA. Mira, mi bien, que no quiero;
seis mil ducados de renta
me ha dado el Rey, no pretendo
sino tu bien.

BEATRIZ. Pues ¿qué haré
si determinado veo
a don Alvaro, mi padre?

MARTÍN. ¡Oh, qué remedio!

PADILLA. Di presto.

MARTÍN. Diga (187) Leonor que le dió
palabra de casamiento,
y que le debe su honra;
quéjese al Rey, que con esto
y probar que es hija de algo
y que viene su abolengo
del conde Fernán-González,
levantaremos un pleito
con veinte testigos falsos,
pues los hay de todos precios,
que no se acabe en diez años.

PADILLA. ¿Falsos los hay? (188)

MARTÍN. ¡Bueno es eso!
Habrá quien jure que ha visto
andar un buey por los vientos,
vender vino por aguar
y ser dichoso un discreto.

(185) Antes de *te*, tachado *creo*.

(186) Antes de *jurar*, tachado *tus juramentos*. PAD.

(187) Primero *digalo*, tachado después *lo*.

(188) Escrito *falsos los ay*, encima de *pues abra-*
los, tachado.

Yo daré cuatro famosos.
 PADILLA. Tú, Leonor, ¿qué dices desto?
 LEONOR. Que si me enseña Martín...
 MARTÍN. ¿Cuánto dirás? (189)
 LEONOR. Cuatro pliegos.
 MARTÍN. Yo vendré a darte lición.
 BEATRIZ. Adiós, que a mi padre siento.
 PADILLA. ¿Al fin, te vas enojada?
 BEATRIZ. Matarte de celos tengo. (190)
 PADILLA. No harás; que te adoro yo.
 BEATRIZ. Pues, don Juan, yo te aborrezco.
 MARTÍN. ¿Cuánto dirás, mi Leonor?
 LEONOR. Yo, mi Martín, cuatro pliegos.

ACTO TERCERO

PERSONAS DEL TERCERO ACTO:

DON JUAN DE PADILLA.	DOÑA BEATRIZ.
DON JUAN DE ARAGÓN.	EL REY DON ALFONSO.
DON PEDRO.	EL CONDE DE HARO.
DON ALVARO.	TELLO.
DON ENRIQUE.	LEONOR.
DOÑA ANA.	MARTÍN.

(DOÑA ANA y DON JUAN DE ARAGÓN.)

ANA. Pues ¿vos me engañáis a mí?
 ARAGÓN. Los sucesos os dirán
 si os engaño.
 ANA. Ya, don Juan,
 las esperanzas perdí.
 Como la primer sentencia
 tiene Beatriz en favor,
 con celos de vuestro amor
 queréis probar mi paciencia.
 ARAGÓN. Mal entendéis la razón
 porque me inclino a casarme
 con vos.
 ANA. Si no es engañarme,
 celos presumo que son.
 ARAGÓN. Yo estoy del Rey en desgracia,
 así (191) el casarme sintió;
 y al paso que caigo yo,
 sube Padilla a su gracia.
 Caballero de la Banda
 le ha hecho, y la trae al pecho;

(189) Escrito MA. *Quanto diras?* LE. encima de *sabre decir*, tachado.

(190) Con este verso terminaba la jornada, como lo demuestra la rúbrica que hay a continuación. Añadió Lope después los cuatro siguientes.

(191) Repetido *así* y tachado el primero.

de su cámara le ha hecho,
 ya le acompañan, ya manda;
 cuanto (192) me quitó le ha dado.
 y que lo merece (193) os digo,
 que hablar bien del enemigo
 es honra del agraviado; (194)
 quien (195) tiene por valentía
 hablar mal (196) del que está au-
 [sente,

sepa que (197) quien lo oye siente
 que es (198) infamia y cobardía.

Yo (199), cuyas dichas están
 sin estimación alguna,
 pienso mudar de fortuna
 diciendo bien de don Juan.

Sin esto, ¿qué no ha de hacer
 por mí, si me ve casado, (200)
 pues le dejo asegurado
 de que es Beatriz su mujer?

Y como (201) mi inclinación
 a tus partes es notable,
 no te espantes que te hable
 sin celos, pues no lo son;

que ya no hay de qué lo esté,
 pues Beatriz se ha de casar. (202)
 No te puedes emplear
 que más contento les dé, (203)

porque Beatriz se asegura
 de mí, que es lo más que siente;
 don Juan, de tí; finalmente,
 si tu fortuna procura
 volver en gracia del Rey,

ANA.

(192) Antepuesto *quando y hame dado tachado*, a *q[ue] lo mereze sin duda*, tachado.

(193) Antepuesto *q[ue] lo mereze a la verdad pre-*
tendo y digo, tachado.

(194) Escrito *cs onrra del agraviado* bajo *tal vez*
sus intentos muda, tachado.

(195) Antepuesto *quien a muchos ynorantes*, ta-
chado; tiene, primero tienen, enmendada la *p* de *por*
 sobre la última *n*.

(196) Antepuesto *hablar mal a por genero de cas-*
tigo, tachado.

(197) Antepuesto *sepa que a hablar mal de su ene-*
migo, tachado.

(198) Antepuesto *que es in a con q[ue] a enfure-*
zerle vienen, tachado; escrito encima *famia y cobar-*
día.

(199) Después de *yo*, tachado *q[ue] se q[ue]*.

(200) Entre *casa y do*, tachado *sa*.

(201) Antepuesto *y como a para lo qual saue esto*,
 tachado.

(202) Atajados estos dos versos y las cinco redon-
 dillas anteriores. Al margen de las dos últimas: *si*.

(203) Después de *que*, tachado *donde*; después de
mas, tachado *bien*.

y es el camino mejor
que don Juan te tenga amor,
hombre noble a toda ley,
yo dejaré la locura
y desigual casamiento
que con don Alvaro intento.
Don Alvaro, que (204) procura
su venganza a costa mía,
pues me sepultaba un viejo,
y en manos de tu consejo
rindo mi justa porfía.

Tuya soy, pero has de ser
noble en cumplir lo que dices.
ARAGÓN. Para que más autorices
la fe que puedes tener,
y yo asegure a don Juan,
haré que licencia pida
al (205) Rey.

ANA. Ya voy advertida.

ARAGÓN. Iré contigo.

ANA. Aquí están
mis criados, y es mejor
que te quedes para hablalle.

ARAGÓN. ¿Hablaste al Rey?

ANA. Quise dalle
cuenta de mi necio error,
pues me casaba tan mal,
y como hablaste conmigo,
dejé aquel intento, y sigo
el que es a mi gusto igual.

(Váyase DOÑA ANA.)

ARAGÓN.

Por un álamo blanco, que, pomposo,
de verdes hojas que aforraba en plata
un alcázar de pájaros retrata,
subió una yedra, y le llamaba esposo.

Los ramos que de Alcides vitorioso
fueron corona, enlaza, prende y ata,
y a los pimpollos (206) últimos dilata,
con débil paso, el círculo amoroso. (207)

Villano labrador, del monte guerra,
la yedra corta, que el humor no alcanza,
seca los brazos y las hojas cierra.

(204) Antepuesto *don Alvaro* que a *pues solamente*, tachado.

(205) Antes de *al*, tachado *licencia*.

(206) Escrito *pimpollos últimos* encima de *al mas alto pimpollo se*, tachado.

(207) Después de *círculo*, tachado *por su*; escrito el verso bajo otro tachado: *verdes* (antepuesto) *veneras verdes de su cuerpo hermoso*.

No menos levantada mi esperanza
en los brazos del Rey, cayó en la tierra,
que no hay cosa segura de mudanza.

(MARTÍN y DON JUAN.)

MARTÍN. Bravamente los desmaya
esta sentencia en favor.

PADILLA. Aquí está don Juan.

ARAGÓN. Señor,
a nuevos aumentos vaya
el favor bien empleado
de Su Alteza, y sea también
la sentencia para bien.

PADILLA. En el que aquí me habéis dado
conozco vuestra nobleza.

ARAGÓN. Pleitos y amores, señor,
tratallos con este honor,
que lo demás es bajeza;
pero porque me volváis
este parabién que os doy,
sabad que casado estoy,
que es justo que lo sepáis.

PADILLA. ¿Casado? Para bien sea.

ARAGÓN. Con doña Ana me he casado.

PADILLA. Habéis, don Juan, acertado,
como quien tan bien se emplea:
es lo mejor de Castilla
en calidad y en hacienda.

ARAGÓN. Quiero que de vos lo entienda
el Rey.

PADILLA. A fe de Padilla,
de no sólo procurar
la licencia, que es tan justa,
pues el Rey de honraros gusta,
pero también intentar

que os haga mucha merced,
que muy vuestro amigo soy;
y la palabra que os doy,
por verdadera tened,

que en mi vida prometí
cosa que no la cumpliese
como la dije, aunque fuese,
señor don Juan, contra mí.

¿Qué importa la calidad,
ni otros títulos y nombres
cuando falta entre los hombres
la palabra y la verdad?

Es la verdad un traslado
del mismo Dios en el suelo,
tan igual, que dice el cielo
bien y fielmente sacado.

Es la verdad un concierto

de la república humana;
la política tirana
lleva su nombre encubierto;
pero al que sig[u]e las leyes
de la paz y la quietud
conviene esta gran virtud,
y más, cerca de los reyes;
que, como, por majestad,
menos de las cosas ven,
tanto más obliga a quien
los trata, el tratar verdad.

ARAGÓN. ¿Es posible que he llegado
a que éste me trate así?
Pero si causa le di,
yo sólo he sido culpado.

Hablarle ha sido inorancia,
porque suele ser castigo
del humilde, al enemigo
darle ocasión de arrogancia.

Notables difniciones
ha hecho de la verdad;
bien mereció mi humildad
sus arrogantes razones.

¡Vive Dios, que he de vengarme
como honrado caballero;
que, de otra suerte, no quiero
castigarle ni ausentarme.

En fortunas semejantes
pensé tenerle afición,
¡cuánto mudan la intención
las palabras arrogantes! (208)

Señor don Juan, pues habéis
mi pensamiento entendido,
que habléis a Su Alteza os pido.

PADILLA. Vos el efeto veréis.

MARTÍN. Mudado está de color.

ARAGÓN. Esto tengo que deciros.

PADILLA. Seguro podéis partiros
de mi verdad y mi amor;
que no sólo en la licencia
hablaré, que es justa paga,
pero en que merced os haga.

ARAGÓN. Pues no sea en mi presencia.
Adiós.

PADILLA. Confíad de mí.
Mas, oíd.

ARAGÓN. Decid.

PADILLA. Yo iré
y al Rey se la pediré,
y no será para mí.

(Váyase el de ARAGÓN.)

MARTÍN. Corrido va.

PADILLA. Deso gusto,
que éste es todo fingimiento.

MARTÍN. Bien le diste con el cuento.

PADILLA. Con el hierro (209) fuera justo.

(El CONDE DE HARO, DON ENRIQUE, DON PEDRO y el
REY DON ALFONSO.)

CONDE.

La honra que le ha hecho Vuestra Alteza
justamente merece el de Padilla.

ENRIQUE.

Toda Valladolid, toda Castilla
celebra el premio de servicios tales,
que no se han visto en esta edad iguales. (210)

PEDRO.

Sus partes son muy dignas, y tus premios
realzan el valor con que le honraste,
animando a servirte con su ejemplo.

ALFONSO. (211)

En las virtudes de don Juan contemplo
las partes que han de dar a un hombre noble
fama inmortal, con gloria de su príncipe;
pero dejando algunas, ¿qué os parece
que ha de tener un noble caballero
para que goce deste ilustre nombre?

CONDE.

Señor, muchas convienen al que es hombre
de sangre y de valor.

ALFONSO.

Don Juan, ¿no llegas?

PADILLA.

Pensé que con tan nobles caballeros
trataba algún secreto Vuestra Alteza.

ALFONSO.

Aunque lo fuera, en él tuvieras parte.

PADILLA.

Beso mil veces esos pies.

(209) Yerro.

(210) Atajados este verso y los dos anteriores.

(211) Vacila entre *Alfonso* y *Alonso*.

(208) Atajadas esta redondilla y las tres anteriores; al margen: *dizese*.

ALFONSO.

Tratábamos
de las que un hombre noble tener debe,
y en qué se ha de probar para saberse.

PADILLA.

¿Y qué dice, señor el Conde de Haro,
que, fuera de tener ingenio claro,
tiene, como sabéis, larga experiencia,
que es en la guerra y paz la mejor cien-
[cia? (212)

CONDE. El probar un caballero
para saber si lo es,
está en dos cosas o tres,
que a dos reducirlas quiero,
que es el consejo y la espada.

ALFONSO. Bien decís, porque se aplique
a guerra y paz. Don Enrique
diga en qué partes le agrada.

ENRIQUE. Un caballero perfeto
probara yo en la lealtad,
en una necesidad
y en saber guardar secreto. (213)

ALFONSO. ¿Vos, don Pedro?

PEDRO. Yo, señor,
le probara en ser afable,
humilde y comunicable
en la fortuna mayor.

ALFONSO. ¿Y tú, qué dices, don Juan?

PADILLA. Yo, señor, con inorancia,
¿qué te diré de importancia,
y más donde agora están
personas de tal prudencia?
Pero puédesse probar
un alto en bajo lugar
en la templanza y paciencia.

Así en las letras divinas
probó Dios a un hombre.

ALFONSO. Bien.

MARTÍN. ¡Que en cosas fáciles den
personas tan peregrinas!

La prueba es fácil de hacer,
pues sólo ha de consistir
en dar y no recibir,
en pagar y no deber.

ALFONSO. Aunque habéis dicho las cosas
en que se puede probar,
no fué mi intento llegar

a virtudes generosas;
y así, por el voto mío,
prueban de un noble el valor
tres cosas.

PADILLA. ¿Cuáles, señor?

ALFONSO. Amor, pleito y desafío.

PADILLA. Ya, según tu parecer,
de las tres tengo las dos,
amor y pleito, y por Dios
que, a no tener que temer,
que todas tres las tuviera.

ALFONSO. ¿Y del pleito cómo os va?

PADILLA. Pienso que acabado está
con la sentencia primera;
que don Juan, por no cansar-
en cosa tan conocida, [se (214)
me pide, señor, que os pida
licencia para casarse;

que en doña Ana, a quien quería
don Alvaro en tal edad,
ha puesto la voluntad.

ALFONSO. Doyle la licencia mía.

PADILLA. Por él te beso los pies,
y voy a darle las nuevas.

ALFONSO. De buena gana las llevas.

PADILLA. Mi amigo y mi deudo es.

ALFONSO. Buen caballero es don Juan.

(Váyase DON JUAN y MARTÍN.)

CONDE. Con justa causa te agrada.

ALFONSO. Tiene humildad bien fundada.

PEDRO. Bien tus favores lo están.

ALFONSO. Creo que hacerse pudieran
todas las pruebas en él.

ENRIQUE. Es valiente y es fiel.
y con justa causa esperan
más premios servicios tales. (215)

CONDE. Volvió el rostro la Fortuna,
que no hay firmeza ninguna
en condiciones mortales.

(Entre DON JUAN DE ARAGÓN.)

ARAGÓN. Aquí don Juan de Padilla
me ha referido, señor,
la gran merced que me has hecho,
por quien mil gracias te doy;
la licencia de casarme

(212) Antepuesto q[ue] es en la a de, tachado;
después de paz, tachado de mar y tierra.

(213) Atajados esta redondilla y el verso anterior.

(214) Antes de q[ue], tachado por; después de
Juan, tachado dexe luego.

(215) Atajados este verso y los dos anteriores.

con doña Ana estimo yo,
por mi quietud y mi gusto,
por mi aumento y por mi honor;
pero es fuerza que te pida
que antes de la ejecución
me la des para partirme
a Aragón, que me escribió
mi padre que el rey don Pedro
quiere verme en Aragón,
y yo vivir en mi tierra,
pues ya de mí se olvidó
la Fortuna, siempre varia,
y tú de hacerme favor.

ALFONSO. Don Juan, no hay otra fortuna
que la voluntad de Dios:
ésta dispone a los reyes,
que los accidentes no.
Defectos en los vasallos
les mudan la condición;
éstos, yo estoy satisfecho
que nunca los hubo en vos;
linaje de ingratitud
es quejaros de mi amor,
porque os quiero como os quise,
y os tengo en buena opinión;
si el rey don Pedro os estima,
licencia, don Juan, os doy,
y os daré, si queréis, cartas
que abonen vuestro valor.

ARAGÓN. Quien ve la mar alterada
y está a la orilla, señor,
no yerra en volverse a tierra:
así los peligros son;
a los (216) principios del daño
vuelve la espalda el temor,
por no esperar los sucesos,
que nunca fué discreción.
Dadme a besar vuestra mano,
que en vuestra gracia me voy
donde os sirva sin envidia.

ALFONSO. Dios os guarde.

ARAGÓN. Guárdeos Dios.

(Todos se entren, y salgan LEONOR y MARTÍN.)

MARTÍN. Mira que no has de turbarte
en viendo al juez y al Rey.

LEONOR. Es en las mujeres ley
inviolable en cualquier parte;
no hay trabajo en que se vean
donde les falte valor.

MARTÍN. Pues va de lección, Leonor,
tú verás cuán bien se emplean;
haz cuenta que soy juez. (217)

LEONOR. Pues no te pongas tan grave
que (218) el ánimo se me acabe
y me turbe alguna vez.

MARTÍN. ¿Cómo sucedió (219), decid,
puntualmente este caso?

LEONOR. Señor, mis padres, que fueron
tan principales hidalgos
que, por línea de varón,
decinden de Arias Gonzalo,
me trujeron a criar
a su casa, en tiernos años,
de don Alvaro de Rojas...

MARTÍN. Todo lo llevas errado.
¿A criar dices que entraste?
Pues, si crías, ¿no está claro
que has parido, y que no puedes
pedir el doncellicato?

LEONOR. A criarme con Beatriz
me trujeron, donde estando,
pasados algunos tiempos...

MARTÍN. Adelante, y sin turbaros.

LEONOR. Una noche, en mi aposento
don Alvaro entró, y cerrando
la puerta, me dijo amores...

MARTÍN. ¡Bien vas!

LEONOR. Y me asió los brazos;
resistíme...

MARTÍN. Lloro ahora.

LEONOR. Resistíme, pero en vano;
que, en fin...

MARTÍN. Tápatelo los ojos
con el delantal, llorando,
y di así, mírame acá:
"En fin, el cruel tirano
me rindió, venció estupró." (220)

LEONOR. ¡Ese es terrible vocablo!

MARTÍN. Finalmente, haz cuenta ahora
que yo soy el escribano,
esto el papel y la pluma,
y que voy haciendo rasgos.
"A la primera pregunta
dijo que es de edad..."

LEONOR. De espacio.

MARTÍN. Pero no digas la edad,
que aquí todas juráis falso;

(217) Repetido *juez* y tachado el primero.

(218) Antes de *que*, tachado *esa fiereza*.

(219) Antes de *decid*, tachado *este caso*.

(220) Atajado *estupró*; al margen: *violó*.

(216) Después de *los*, tachado *hechos en*.

mas quitate diez u doce,
que yo conozco un retablo
de duelos, que con setenta
juró antiyer treinta y cuatro.
“A la segunda pregunta
dijo que, estando rezando
en su aposento una noche
la oración de los finados,
entró el dicho, y a la dicha
asió de los dichos brazos,
y con los dichos amores,
el (221) dicho doncellicato
desapareció de allí,
la dicha sin él quedando,
y el dicho se fué.”

LEONOR. ¿Qué dices
tantos dichos?

MARTÍN. Son los tantos
del juego de los procesos.
“Y que, en efeto, llorando,
esta confesante...”

LEONOR. ¿Quién?

MARTÍN. Tú, Leonor; está en el caso:
"Esta que declara, dijo..."

LEONOR. ¿Quién es ésa?

MARTÍN. ¡Eres un mármol!
Siempre eres tú.

LEONOR. Di, adelante.

MARTÍN. “Confesando o declarando,
preguntada (222) si sintió,
algunos días pasados,
bulto o hinchazón alguna,
algún antojo o desmayo,
respondió que se le habían
antojado unos gazapos
que estaban en un tapiz,
y en torrcznos lampreados (223),
los cochinos que guardaba
el Hijo Pródigo, cuando...”

LEONOR. ¡ Nuestros amos !

[illegible]

(DON JUAN DE PADILLA y DOÑA BEATRIZ.)

PADILLA. Ove, aunque no quieras.

BEATRIZ. No quiero escucharte.

PADILLA. Pues háblame tú,
aunque aquí me mates,
que si tú no quieres,
mi vida, escucharme,
yo te quiero oír
y que tú me hables;
dime, luz desta alma,
cuanto imaginares
en (224) ofensa mía,
con tal que descanses;
por mi sol te tengo,
no quiero guardarme,
licencia te doy
para que me abrases;
abrasen, Beatriz,
cuanto no te agrade,
desde el alma al pecho,
tus ojos suaves;
pero, siendo nobles,
¿cómo, por vengarte,
con ese capote
villanos los haces?
¡Ay, qué desatinos,
quererme y matarme! (225)
¡Mal hayan los celos,
bien hayan las paces!

BEATRIZ. Pues que ya me obligas,
como nccia, a darte
gusto en que te riña,
oye, y no te canses;
verás si fué justo
que de ti me agravie:
Cuando yo pensaba
que supe obligarte,
yo te amé, Padilla,
como tú lo sabes,
cuando tú eras pobre,
pudiendo emplearme,
yo no digo en hombre
de más noble sangre,
pero con su gusto
de mi ilustre padre;
porque en Aragón
tuvo algún infante
deseos que fueron
principios de honrarme;
fuístete a la guerra,
y en ausencias tales,
si mataste moros,

(221) Antes de *el*, tachado *perdio*.

(222) Antes de *preguntada*, tachado a la *terzera*.

(223) Después de este verso, tachado otro incompleto: *de buercos lechos*.

(224) Después de *en*, tachado *en ausencia mia*.

(225) Atajados este verso y los veinticinco anteriores.

resistí galanes.
 No fuiste valiente
 como yo en guardarme,
 que flaqueza y fuerza
 nunca son iguales;
 moras me trujiste,
 tocas y volantes,
 de que hice galas
 que me murmurasen;
 cuando allá te herían,
 ¡oh, qué disparate!,
 me sangraba luego,
 pensando igualarte.
 En Valladolid,
 cuando tú llegaste,
 puse en contingencia
 mi honor por hablarte;
 don Juan de Aragón
 no pudo obligarme,
 siendo caballero
 de tan altas partes,
 a que una palabra,
 ni aun cortés, le hablase,
 cuando me forzó
 mi padre a casarme.
 Esto, siendo pobre,
 hice por amarte,
 sufriendo, entre golpes,
 palabras infames;
 y tú, cuando aspiras
 a riquezas grandes
 y alcanzan tus dichas
 mercedes reales,
 hablas a mis ojos,
 por desengañarme,
 mujer que te adora
 y que a mí me mate;
 requiebros la dices
 donde yo escuchase;
 conmigo, mentiras;
 con ella, verdades;
 de suerte que, pobre,
 riqueza buscaste,
 y rico, hermosura;
 si puedes, bien haces.
 Doña Ana de Lara
 merece que ensalces,
 agora válido,
 lo que en mí deshaces;
 con su hermano Enrique
 tratas amistades;
 con el de Aragón,
 engaños y paces;

decir (226) que se casa
 con doña Ana es darme
 celos con los tuyos;
 pero llegas tarde,
 que aunque yo supiese
 morirme o matarme,
 no tengo de verte,
 ni aun imaginarte;
 que desde hoy, Padilla,
 de mi alma sales,
 y si te resistes,
 yo haré que te saquen. (227)

PADILLA. Castigo notable es éste
 de culpa que no he tenido.
 ¿Querrás, Beatriz, que tu olvido
 hasta la vida me cueste?
 ¡Paciencia el amor me preste
 para sufrir tantos daños,
 nacidos de tus engaños!

BEATRIZ. Para los ojos, don Juan,
 ¿tan difícilmente dan
 las mentiras desengaños? [res?
 ¿Yo no te vi?, pues ¿qué quie-
 ¿Yo no te oí?, pues ¿qué pides?
 Si el (228) agravio al amor mides,
 verás que la culpa eres.

Quejáisos de las mujeres
 todos los hombres, después
 que vuestra inconstancia es
 la que nos da la ocasión.

PADILLA. ¿Por ventura, en Aragón
 tienes mayor interés?

¿Estarás arrepentida
 de dejar su gran riqueza?

BEATRIZ. Tu traición, no tu pobreza,
 don Juan, de tu amor me olvida.
 Ser solamente querida
 estimé, no regalada;
 y esta parte remediada
 con las mercedes del Rey,
 era contra toda ley

(226) Antepuesto *decir* a *dizes*, tachado.

(227) Atajados este verso y los treinta anteriores.
 Después de estos versos, y comenzando el fol. 10, r
 (enmendado 10 sobre 7), van los siguientes versos y
 acotación, que son los mismos con que comienza el
 fol. 8, r:

LEO. N[uest]ros amos.

MA. Hecho polbos
 y dexo el papel doblado.

(Entren don Juan de Padilla y doña Beatriz.)

(228) Después de *si*, tachado *con*.

PADILLA. olvidar (229), enamorada.
Don Juan de Aragón se ha ido;
ya el pleito, Beatriz, cesó,
pues a doña Ana le dió
la fe de ser su marido;
yo propio, mi bien, he sido
el que pidió la licencia.
¿Qué temes ya de su ausencia
que ofenda nuestra esperanza?

BEATRIZ. El deseo de venganza
hace al amor resistencia.

Cuando con mi padre viste
que doña Ana se casaba,
a quien tan necia te amaba
arrepentido volviste;
agora también, que fuiste
por el de Aragón dejado,
vuelves a mi amor pasado,
de manera que he de ser
para desprecios mujer
y para olvidos sagrado.

No, don Juan, que un firme amor
también se sabe mudar,
si agravios le dan lugar,
o se ha de volver furor;
que le digas es mejor
a doña Ana estos concetos:
quizá servirán de efetos
con que deje al de Aragón,
que forzar la condición
no son remedios discretos.

(Váyanse DOÑA BEATRIZ y LEONOR.)

PADILLA. ¿Qué sientes desto, Martín?

MARTÍN. Que olvidar, señor, es fuerza.
Mas, di, ¿doña Ana se casa?

PADILLA. O se casa, o se concierta.

MARTÍN. ¿Luego ya no irá Leonor
a referir sus endechas?

PADILLA. Yo las haré a mis desdichas,
si se hicieron para ellas;
no tiene contento el mundo
cabal.

MARTÍN. ¡Es una tragedia!

PADILLA. Cuando Beatriz me quería,
el Rey no escuchó mis quejas (230),
y cuando me hace favor

el Rey, Beatriz me desprecia. (231)
¿Qué haré, Martín?

MARTÍN. Olvidar.

PADILLA. No podré.

MARTÍN. Fingir, siquiera.

PADILLA. Ni aun fingir podré.

MARTÍN. Sí harás,
para que rendida venga.
Todo lo que hace contigo
son pruebas.

PADILLA. ¡Qué fuertes pruebas!

MARTÍN. Leonor (232) me ha dicho que llo-

PADILLA. ¿Por mí? [ra.

MARTÍN. Por ti.

PADILLA. Pues ¿qué intenta?

(TELLO, entre con un papel.)

TELLO.

¿Qué descuidado estás de lo que pasa!

PADILLA.

No estoy de mis cuidados descuidado,
Tello, que siempre estoy con más cuidado.

TELLO.

¡Toda Valladolid está alterada,
y tú inorante en cosa semejante!

PADILLA.

¿Cuándo dejé de ser tan inorante?

TELLO.

Estos rétullos han amanecido
por todas las esquinas de las calles;
¡mira si es bien que tus agravios calles!

PADILLA.

¡Por Dios, que el de Aragón me desafía
para la raya suya y de Castilla!

MARTÍN.

¡Agora has de mostrar que eres Padilla!

PADILLA.

Basta, que al irse puso estos papeles;
no excuso el ir, pero si el Rey se queja,
más deshonor que el desafío me deja.

(229) Antepuesto *olvidar a mudanza tan escusada*, tachado.

(230) Escrito *no escucho mis quejas encima de me cerro sus puertas*, tachado.

(231) Antepuesto *el Rey a me cierra*, tachado; *antes de desprecia*, tachado *olvida* y. Después de este verso, tachado otro: *que remedio en tantos males*.

(232) Antepuesto *MA. Leonor a Beatriz*, tachado.

MARTÍN.

Pide licencia al Rey para seguirle.

PADILLA.

Dirán que la pedí para librarme;
mejor es a perderme aventurarme.

TELLO.

No lo hagas, señor, que es grave yerro,
pues el Rey, que en efeto es Rey tan sabio,
no ha de querer tu deshonor y agravio.

PADILLA.

Pues vamos a cumplir con lo que es justo,
que no hay más honra, vida ni más leyes
que el gusto y la obediencia de los reyes.

([Váyanse.] El REY entre con el CONDE y DON
ALVARO.)

ALFONSO. Admirado estoy de vos,
que en tal edad os caséis.

ALVARO. Gran señor, no os admiréis,
que no es flaqueza, ¡por Dios!,
pues todo mi casamiento
sólo en venganza se funda,
si dél impedir redunda
otro injusto pensamiento:
tal es la desobediencia
de doña Beatriz.

ALFONSO. ¿Qué ha sido
la causa porque ofendido
estáis de su resistencia?

ALVARO. El tenerla yo casada
con don Juan el de Aragón,
por mandato vuestro.

ALFONSO. Son
culpas que no importan nada;
porque don Juan me engañó,
y yo me enojé con él,
y vos fuisteis más cruel
de lo que ella os ofendió.

Fuera deso, o se ha partido
o se parte, y no es razón
que tengáis en Aragón,
siendo don Juan su marido,
una hija que tenéis
y la casa que heredáis.
Pero ¿con quién os casáis?

ALVARO. Bien la prenda conocéis.

ALFONSO. Si es doña Ana, ya doña Ana
es del de Aragón mujer.

ALVARO. No puede ser.

ALFONSO.

Puede ser;
y que acierta es cosa llana,
mejor que en casar con vos.
Dad a Beatriz a Padilla,
que no hallaréis en Castilla
hombre más noble, ¡por Dios!

(DON JUAN y MARTÍN.)

PADILLA. Deme los pies Vuestra Alteza.
ALFONSO. ¡Don Juan!

PADILLA. Ya puedo, señor,
decir que tengo valor,
si es prueba de la nobleza
amor, pleito y desafío;
desafío me faltaba,
que pleito ya me sobraba,
después de tanto amor mío (233);
esta noche se han fijado
estos carteles, señor,
en Valladolid.

ALFONSO. ¿Su autor?

PADILLA. El mismo los ha firmado.

(Lea el REY:)

ALFONSO. “En la raya de Castilla,
las armas a su elección (234).
un mes don Juan de Aragón (235)
espera a Juan de Padilla.” (236)

PADILLA. ¿Qué decís del valor mío?

ALFONSO. Que aún no le tenéis ganado,
que no es haberle probado
que os llamen al desafío.

PADILLA. Tenéis, gran señor, razón;
y así, con vuestra licencia,
haré luego diligencia
para partirme a Aragón.

ALFONSO. No podéis, en ley de hidalgo
ni caballero, excusar
el desafío en lugar
tan seguro.

PADILLA. Al punto salgo,
y mil veces, gran señor,

(233) Atajada esta redondilla.

(234) Antepuesto *las armas a con qualquier arma q[ue] el quiera*, tachado; a su eleccion sobre el renglón.

(235) Antepuesto *un mes*; después de *Aragon*, tachado *espera*.

(256) Antepuesto *espera* (primero *esperara*, tachado después el *ra* final); a *Juan* enmendado sobre *todo*; antes de *de*, tachado *vn mes al*.

os (237) beso, por la licencia,
los pies.

ALFONSO. Siento vuestra ausencia,
y de vuestro gran valor,
don Juan, la victoria fío.

PADILLA. Que me habéis de honrar espero.
si es prueba de un caballero
amor, pleito y desafío.

(Váyase.)

ALFONSO. Conde.

CONDE. Señor.

ALFONSO. No he podido
esta licencia excusar,
aunque me pesa.

CONDE. Fué dar
a don Juan lo que es debido
a un noble por justa ley.

ALFONSO. El de Aragón me ha enojado,
habiéndole yo mandado
lo contrario.

CONDE. Sois su Rey;
pero dirá que el amor
o el honor le dan disculpa. (238)

ALFONSO. No le reservan de culpa,
Conde, el amor ni el honor;
que no sacase la espada
le mandé; si no es partido,
prendelde.

ALVARO. Si has concedido,
con voluntad declarada,
al de Padilla el salir,
¿cómo pones en prisión
al de Aragón?

ALFONSO. La ocasión
es muy fácil de advertir:
no cumpliera con su honor
don Juan, si no se la diera;
pero, pues al que le espera
puse pena de traidor,
puedole agora prender,
y así volverá a Castilla
con su honor el de Padilla.

ALVARO. ¿Quién como tú pudo ser
árbitro en esta ocasión?

CONDE. ¿Si estará en Valladolid?

ALFONSO. Conde, si es ido, partid;
no se os entre en Aragón.

([Váyanse.] Entren DON JUAN DE PADILLA y MARTÍN.)

PADILLA. No pensé que me la diera.

MARTÍN. ¿Cómo pudiera negarla,
si debe estimar tu honor?

PADILLA. Tócame escoger las armas,
y es bien llevarlas de aquí.

MARTÍN. Elige las que te agradan,
pues en todas eres diestro.

PADILLA. Las de la capa y espada
son buenas en desafíos
que se hacen de hoy a mañana;
pero en cosas prevenidas,
y que han de ser en la raya
de Castilla y Aragón,
más armas son necesarias. (239)

MARTÍN. Sí, porque de entrambos reinos
yo te aseguro que salgan
dos mil personas a veros;
no hay caballero en España (240)
que tenga (241) más opinión
del encuentro de la lanza,
que ni cristiano en (242) Castilla
ni moro andaluz se alaba (243)
que la pueda resistir. (244)

PADILLA. En ésta llevo fundada
la vitoria.

MARTÍN. Justamente;
si bien no es menos la fama
de don Juan el de Aragón.

PADILLA. Después de aquesta, la espada
dará fin al desafío.

MARTÍN. Tú llevas justa esperanza;
que Dios tu razón ayude.
Basta, señor, que dos damas
se han apeado de un coche,
y te buscan, rebozadas.

PADILLA. ¿Damas a mí?

MARTÍN. ¡Y a buen tiempo!

(Entren LEONOR y DOÑA BEATRIZ, con mantos.)

(239) Escrito *necesarias* sobre *de la espada*, tachado.

(240) Antepuesto a *no*, tachado *Pad.*; *cauallero* escrito encima de *un ombre*, tachado; después de *en*, tachado *toda*.

(241) Antes de *tenga*, tachado *a la lanz*.

(242) Antes de *en*, tachado *ni moro*.

(243) Antepuesto *ni moro* a *q[ue]* la *resista* se halla, tachado.

(244) Antepuesto *q[ue]* la *pueda* a *de Castilla* a *Compostela*, tachado.

(237) Antes de *os*, tachado *por*.

(238) Después de este verso, tachado otro incompleto: *como puede haber dis*.

PADILLA. Reinas, descubran las caras,
que andamos de pesadumbre,
y puede ser que las traigan
más traidoras que leales.

MARTÍN. Bien puestas vienen de faldas,
pero puede ser que arriba (245)
cubra el nublado la barba.

(Descubre cada una (246) la suya.)

BEATRIZ. ¿Dónde desta suerte vas?

PADILLA. ¡Señora!

BEATRIZ. Yo soy, ¿qué miras?

PADILLA. ¿No he de mirar, si me admiras,
lo que no pensé jamás?

BEATRIZ. Bien dices; no pude más,
porque no hay fuerza de honor
que se resista al rigor
de una tan breve partida.

PADILLA. Quitádome habéis la vida,
con tales muestras de amor.
El partirme aborrecido
por más ventura tuviera,
pues es cierto que venciera,
quejoso de vuestro olvido;
la dicha de ser querido
dará vitoria al contrario,
y así fuera necesario
partir en desgracia vuestra.

BEATRIZ. Esta, si bien de amor muestra,
es ira del tiempo vario.
Forzando mi voluntad,
don Juan, a verte he venido,
si bien confieso que ha sido
más locura que (247) lealtad;
pero, tratando verdad,
que lo demás es mentira,
Amor, que te adora, aspira
a que entiendas de qué suerte,
cuando he llegado a perderte,
se trueca en piedad la ira.
Bien pudieron mis recelos
de mis ojos dividirte,
pero llegando a partirte
venció mi amor a mis celos.

PADILLA. No lloréis, hermosos cielos,
que me dobláis los enojos;
o contadme por despojos

del de Aragón, si lloráis;
¡mirad que muerte me dais,
y le dais vida, mis ojos!

BEATRIZ. Si no me llevas contigo,
ya que es fuerza tu partida,
hoy será el fin de mi vida.

PADILLA. Si yo te llevo conmigo
doy por muerto a mi enemigo,
pues lo puedes abrazar (248)
solamente con mirar;
pero ¡no quieran los cielos
que le mates con mis celos,
pudiéndole yo matar!

MARTÍN. Cesa, Leonor, de sentir
mi ausencia, por amor mío.

LEONOR. Si (249) sales al desafío,
yo me tengo de morir.

MARTÍN. ¿Puedo dejar de salir
donde sale mi señor?

LEONOR. ¿Y has de reñir?

MARTÍN. Sí, Leonor;
que ya me ha desafiado
del de Aragón un criado.

LEONOR. ¡Desmayaréme de amor!
Pero mientes, que yo sé
que los dos solos serán.

MARTÍN. Yo he de ayudar a don Juan,
por justa lealtad y fe.

LEONOR. Guárdate que no te dé
el (250) caballo alguna coz,
que herido estará feroz.

MARTÍN. Basta, que das en pensar
que yo no he de pelear.

LEONOR. Baja, mis ojos, la voz.

PADILLA. Señora, en el ir conmigo
hay grande dificultad.

BEATRIZ. Si amor es facilidad,
yo la tengo en ir contigo.

PADILLA. Pues ¿cómo irás?

BEATRIZ. Yo te digo
que no me falte (251) ocasión.

PADILLA. ¡Ea!, vamos a Aragón.

BEATRIZ. Si una vez llega a querer,
¿cuándo ha faltado a mujer
para su gusto invención?

PADILLA. Martín.

MARTÍN. Señor.

(245) Después de éste, medio verso tachado: *las traygan*.

(246) *Vno*.

(247) Después de *que*, tachado *ami*.

(248) Antes de *le*, tachado *si*; después de *le*, tachado *quieres mirar*.

(249) Antes de *si*, tachado *pues*.

(250) Antes de *el*, tachado *alguna*.

(251) Después de *falte*, tachado *invençon*.

PADILLA. Mi partida
apresta con brevedad.

MARTÍN. Ya no habrá dificultad,
como Beatriz no te impida.

PADILLA. Si la llevo, ¡ay de la vida
de don Juan!

MARTÍN. ¡Qué dos espadas!

PADILLA. Ven, pues de venir te agradas.

MARTÍN. Si voy yo, le mataré. (252)

PADILLA. Si harás; mas dirá que fué
con armas aventajadas.

(Váyanse, y salgan el CONDE DE HARO, DON PEDRO
y DON ENRIQUE; traen preso a DON JUAN DE ARA-
GÓN, con quien viene DOÑA ANA, disfrazada.)

CONDE.

Habéis de perdonarme,
que fué mandato de Su Alteza.

ARAGÓN.

Creo

que no podrá culparme
quien sabe qué es honor.

CONDE.

Mi buen deseo

tenéis tan conocido,
que pienso que estaréis agradecido.

PEDRO.

Nadie como Su Alteza
sabe lo que es honor de un caballero;
fiad de su grandeza
que no os impida el castellano fuero,
si viere que hay agravio.

ARAGÓN.

Así lo espero yo de un rey tan sabio.

ENRIQUE.

Y a mí, ¿por qué me prende
Su Alteza?

CONDE.

Porque vais [a] acompañarle.

ENRIQUE.

Pues esto ¿en qué le ofende?

CONDE.

Esa razón podéis agora darle,
porque en tales sucesos
es bien que aun los criados vengan presos. (253)

(DON JUAN DE (254) PADILLA, MARTÍN, de camino, y
DOÑA BEATRIZ, disfrazada.)

MARTÍN.

En Palacio han entrado.

BEATRIZ.

Y yo digo que el Conde le traía
preso.

MARTÍN.

El Rey lo ha mandado
por excusar alguna alevosía,
pues era cierto (255) el daño
de hacerte en el camino algún engaño.

PADILLA.

En tales caballeros,
¡necio!, no puede haber engaño o fuerza,
y él por los mismos fueros
de entrambos reinos la batalla esfuerza
de aqueste desafío.

BEATRIZ.

Parece que le impide el amor mío.

PADILLA.

Hasta ver lo que es esto,
no me podré partir.

MARTÍN.

Ya se partía
el de Aragón, dispuesto
a la batalla que contigo hacía,
cuando llegó el de Haro.

PADILLA.

¿Si le quieren prender?

MARTÍN.

Pues ¿no está claro?

PADILLA.

No, que me dió licencia.

(253) Atajada esta sextilla.

(254) Después de *de*, tachado *Aragón*.

(255) Antepuesto *pues era cierto a para excusa*,
tachado.

(252) Atribuido por Lope este verso a MARTÍN;
muy posteriormente y de letra distinta, tachado y atri-
buído a BEATRIZ.

BEATRIZ.

No disputéis deste milagro agora,
que Amor, en competencia
de mi temor, le ha hecho.

PADILLA.

Pues, señora,
¿teméis que me venciera?

BEATRIZ.

Don Juan, si yo no amara, no temiera.

(DON ALVARO y el REY.)

ALVARO. Ya el Conde le trujo preso,
que en Valladolid estaba
previniendo la partida.

ALFONSO. ¿Conde?

CONDE. Entre lanzas y espadas
hallé a don Juan de Aragón
y a don Enrique de Lara,
con las postas a la puerta.

ARAGÓN. Dicen que prenderme mandas;
tu gusto es ley, pero yo,
gran (256) señor, no hallo causa
de ofensa en mi obligación.

ALFONSO. Don (257) Juan, quien de hacerlas
siempre alaba su inocencia [trata,
y disculpa su arrogancia;
que amor os diese ocasión
al pleito, ya tiene tanta
que no os quiero poner culpa
si en ley de amistad se engaña;
pero a vos y al de Padilla (258)
mandé no tomar las armas,
pena de traición. Decid

si tiene el prenderos causa,
pues le habéis desafiado
públicamente a la raya
de Castilla y Aragón,
amaneciendo en las plazas
de toda Valladolid,
siendo vos el que le agravia,
carteles contra don Juan.

ARAGÓN. Señor, cuando yo tomara
las armas sin ocasión,
mereciera tu desgracia,
la que tuve (259) cuando fuese

obligación sabré darla,
pues aunque en ausencia sean,
son agravios las palabras;
tú mandaste al de Padilla
y a mí no sacar las armas
mientras que duraba el pleito,
y así, mientras él duraba,
se cumplió tu mandamiento;
luego la disculpa es clara,
y que es justo el desafío,
conforme al fuero de España.
¿Cómo sabré yo que el pleito
se acabó?

ALFONSO.

ARAGÓN.

Porque doña Ana
es mi mujer, que no quiero,
con desprecios y mudanzas,
apelar de la sentencia.

ALVARO.

Señor, la disculpa es llana;
y aunque yo quejarme puedo
de que doña Ana me agravia,
ella sabe que eran burlas
entre los dos concertadas (260)
por dar pesar a Beatriz.

ALFONSO.

Para que yo no quedara
con sospecha en las disculpas,
que a veces sin parte engañan,
quisiera que el de Padilla
a conferir las se hallara;
pero pidióme licencia,
y partióse esta mañana
a la raya de Aragón.

MARTÍN.

Llega, ¿de qué te acobardas?

PADILLA.

Deme Su Alteza los pies.

ALFONSO.

¿Es don Juan? (261)

PADILLA.

Cuando tomaba
postas, con licencia tuya,
en defensa de mi fama,
un caballero me dijo
que el Conde de Haro llevaba
preso a don Juan de Aragón;
pues, si tú prenderle mandas,
¿cómo me mandas a mí
que al desafío me parta?
¿Con quién le tengo de hacer?

ALFONSO.

Mandéle que no sacara
las armas, durando el pleito
que de su prisión fué causa;
dice que ya se acabó,

(256) Antes de *gran*, tachado *no*.

(257) Antes de *don*, tachado *quien de ha*.

(258) Después de este verso, otro tachado: *mien-
tras el pleyto dura*.

(259) Después de *tube*, tachado *si se ofrezce*.

(260) Antes de *entre*, tachado *lo q[ue]*; escrito
concertadas encima de *pasaua*, tachado.

(261) Escrito este medio verso encima de *q[ue]* *es
esto*, tachado.

y se casa con doña Ana,
con que yo estoy satisfecho.
A lo que de vos se agravia,
vos podéis satisfacer,
que a su noble sangre y casa
debéis dar satisfacción.

ARAGÓN. Palabras de ausencia engañan;
diga don Juan si las dijo.

PADILLA. Hombres como yo no hablan
de sus enemigos mal,
que es propio de gente baja.

ALFONSO. Basta, don Juan de Padilla,
que yo tomo en mi palabra
real el honor de entrambos;
y a vos, porque entienda España
que salís del desafío
como es justo y en mi gracia,
os doy título de conde.

PADILLA. Yo os beso, por merced tanta,
los pies; pero, si merezco
vuestra gracia y hoy se acaban
las enemistades nuestras,
dalde a don Juan, pues se casa
con mi prima, gran señor,
el título que me daban
esas manos generosas.

ALFONSO. Yo se le doy, si doña Ana
en el casamiento viene;
traed (262) Enrique de Lara,
a vuestra hermana.

ENRIQUE. Yo voy. (263)

ANA. No vais, que aquí está doña Ana,
y se tiene por dichosa.

ALFONSO. Don Alvaro, sólo falta
que dejéis ya la porfía.

ALVARO. Lo que Vuestra Alteza manda
es justo; voy por Beatriz.

BEATRIZ. No vais, que en esta jornada
acompañaba a don Juan.

MARTÍN. Leonor, pues todos se casan,
dame esa mano amorosa,
y advierte que no seas falsa,
aunque sabes jurar falso.

LEONOR. ¿Enseñasme y dasme vaya?

ALFONSO. Daos las manos y los brazos.

PADILLA. Aquí, senado, se acaban
Amor, pleito y desafío,
si perdonáis nuestras faltas.

(262) Después de *trahed*, tachado *luego a vr.*

(263) Escrito *yo voy* bajo *señor*, tachado.

LAS BURLAS VERAS

COMEDIA FAMOSA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES:

FELISARDO, *Duque de Urbino.*

CELIA, *Princesa.*

El Príncipe ALBERTO.

EDUARDO, *Duque de Calabria.*

OTAVIO.

RUCERO.

RISELO y FABIO.

DON FÉLIX.

FLORA, *dama.*

SERAFINA, *dama.*

Unos MÚSICOS.

Algunos CRIADOS.

JORNADA PRIMERA

(Sale FELISARDO, *Duque de Urbino*, y OTAVIO.)

OTAVIO.

En fin, no eres de nadie conocido.

FELISARDO.

Nadie sabe quién soy.

OTAVIO.

¡ Amor notable !

FELISARDO.

¡ Ay, Otavio ! ¿ Qué haré, que estoy rendido ?

OTAVIO.

De Nápoles pretende el Condestable
casar con la Duquesa,
y pienso que a su hermano no le pesa,
porque le está inclinado.

FELISARDO.

Yo la vi retratada
en traje de viuda,
principio de mi amor, cuyo cuidado
me trujo a verla, y vi que a la pintada
venció la verdadera,
como a pequeña luz el Sol pudiera.
Mas, puesto que no muda
hasta agora el estado, y que la obliga
el luto de Alejandro, su marido,
¿ cómo anda tan galana ?

OTAVIO.

No ha sido
sin causa. Un año habrá que la fatiga
una mortal tristeza,
por quien dejar el luto le han mandado.

FELISARDO.

¿ Tanto amaba a Alejandro ?

OTAVIO.

No parece
que pueda proceder en su belleza
tanta tristeza de mayor cuidado.

FELISARDO.

Si ella le ama como ella ser merece
amada, Otavio, no le habrá olvidado.
Yo traigo empresa hermosa
cuanto a mi parecer dificultosa,
pues quiero enamoralla con secreto;
y si está enamorada,
no ha de tener efeto
mi esperanza fundada
en ser duque de Urbino,
si no me favorece el desatino
con que servilla intento.

OTAVIO.

Ya que sigues tan justo pensamiento,
no te desmayen celos de un difunto;
de un vivo fueran peligrosos celos,
que de un muerto es tenellos de los cielos.

FELISARDO.

¿Quién, dime, te pregunto,
más priva con Su Alteza?

OTAVIO.

Con quien más comunica su tristeza
es con Rugero, secretario suyo,
de nación español, hombre entendido.

FELISARDO.

¿Es mozo?

OTAVIO.

Y'muy galán.

FELISARDO.

¿Dichoso ha sido!

¿Podré yo ser su amigo?

OTAVIO.

Si lo es tuyo,
muchas cosas sabrás de la Duquesa,
y es el mejor principio de tu empresa.

FELISARDO.

Con oro pienso hacer las amistades.

OTAVIO.

Del oro con razón te persuades;
mas el mozo es hombre virtuoso,
y no ha de ser el oro poderoso.

FELISARDO.

El oro ha derribado los gigantes
más valientes del mundo.

OTAVIO.

Yo testigo
que no serán con él fuerzas bastantes.

FELISARDO.

Pues ¿qué medio tendré de ser su amigo?

OTAVIO.

Hacer que le acuchillen tus criados,
así fingidamente,
y que siendo por ti desbaratados,
mostrando pecho y corazón valiente,
se aficione de ti, reconocido
al favor de tus manos merecido.

FELISARDO.

Es de tu ingenio industria milagrosa.
Vamos, que a ejecutarla voy dispuesto.

OTAVIO.

No pienso que tan presto
hallarás la ocasión.

FELISARDO.

¡Ay, Celia hermosa,
si llego a merecerte,
qué más dichosa suerte!
Pero, si no, para vivir contento
basta que sepas tú mi pensamiento.

(*[Vanse.] Salen la PRINCESA y FLORA.*)

FLORA. Hoy parece que amaneces
más triste.

CELIA. Causa he tenido.

FLORA. Pon las causas en olvido.
¿Por quién tanto te entristeces?
Ya está el Duque, mi señor,
en descanso.

CELIA. Ya lo sé,
que en mí la piedad es fe
de su virtud y valor.

FLORA. No ha de quedar un retrato
en todo palacio.

CELIA. A[d]vierte,
Flora, que yo, por su muerte,
en el alma le retrato;
mas la tristeza de hoy
tiene otras causas.

FLORA. Sospecho,
por los extremos que has hecho,
que en tu pensamiento [estoy]: (1)
no te agrada el casamiento
del Condestable.

CELIA. Quisiera
no casarme, si pudiera,
que en lo demás yo no siento
que este príncipe no sea
digno de todo favor.

FLORA. Aquel tu pasado amor
poco tu vida desea.

Siéntate, que has de escuchar
una canción de Rugero,
tu secretario.

CELIA. No quiero
con la música aumentar
mi tristeza.

FLORA. Pues ¿canción
de Rugero no te agrada?

CELIA. Si es por tí, será cansada.
 FLORA. ¿Por mí? Pues ¿por qué ocasión?
 CELIA. Porque versos de Rugero
 no me parecen tan bien (2)
 como su prosa.

FLORA. Ahora bien,
 llamar a Tebrando quiero.
 Pero ya vienen aquí
 tus músicos y el privado
 de Rugero.

CELIA. Ese criado
 es alegre para mí,
 que no es necio, ni me cansa
 como otros.

FLORA. Tienes razón.

(Salen MÚSICOS, CRIADOS y FABIO.)

FABIO. ¿Cómo va de condición?
 ¿No se tiempla, no se cansa,
 serenísima Princesa,
 tu injusta melancolía?

CELIA. ¡Oh, Fabio!, mucho porfía,
 matarme quiere, no cesa.

FABIO. Hallaráse bien con vos,
 que es tanta vuestra belleza,
 que enamoráis la tristeza.

RISELO. ¡Brava necedad, por Dios!

FABIO. Decilde vos, ¡majadero!,
 otra cosa más discreta.

RISELO. Yo, Fabio, no soy poeta,
 como tu señor Rugero.

FABIO. Y ¿qué pierde el secretario
 por serlo?

RISELO. No digo tal.

FABIO. ¿Paréceos que le está mal,
 o es a su oficio contrario?

Ya pasó, ¡gracias al cielo!,
 aquel siglo melindroso,
 y ha venido el mentiroso
 que estaba esperando el suelo.

¿Por qué pensáis que no tiene
 justo honor?

RISELO. No sé, ¡por Dios!

FABIO. Por un necio como vos,
 que a ser disparates viene.

Venid acá. ¿La pintura
 pierde (3), porque anden colgadas
 mil figuras mal pintadas,
 de su valor y hermosura?

RISELO. No pierde.

FABIO. Pues la poesía
 tampoco puede perder,
 por quien la trae a vender,
 de su divina armonía.

RISELO. Cantad algo a la Princesa,
 y sea de mi señor:
 conoceréis su valor,
 si su mal se aumenta o cesa.

(Cantando:)

FABIO. Aunque veis que muerto vengo,
 no es celos, ni disfavor,
 sino la pena y temor
 de perder el bien que tengo.

CELIA. No cantes.

FABIO. ¿Luego no es buena
 esta poesía?

CELIA. No iguala
 a mi mal sino en ser mala.

FABIO. Luego tu mal la condena.

CELIA. ¿Hízola por tí Rugero,
 Flora?

FLORA. Presumo que sí.

CELIA. Más poeta ha sido aquí
 que galán mi caballero.

El dice que muerto viene,
 sin celos y disfavor.

Sin celos, ¿quién tiene amor?
 O no le tiene, o los tiene.

Luego se alaba de ser
 favorecido, en que ofende
 a la dama que pretende,
 y más si es para mujer.

Sólo confiesa el temor
 de perder el bien que tiene;
 confianza por quien viene
 tanto desprecio a su honor;
 y si a Rugero le dan
 fama de opinión discreta
 bien puede ser buen poeta,
 mas no discreto galán.

FLORA. Con rigurosa censura
 un villancico has mirado,
 en que él no habrá reparado
 sino en decir su ventura.

CELIA. Flora, si estás consolada
 de que se alabe, está [bien], (4)
 que yo lo estaré también,

(2) Tambien.

(3) Pierden.

(4) En.

y me agrada, si te agrada.
 RISELO. ¿Diremos la copla?
 CELIA. No,
 porque se ha de alabar más.
 FABIO. Fuerte con Rugero estás.
 CELIA. Su alabanza me cansó.
 Los versos, Fabio, amorosos
 se hicieron para quejarse
 de Amor, no para alabarse,
 ni dejar de ser celosos.
 Reñiale cierta dama
 a un galán, que no escribía
 como otras veces solía,
 y como suele quien ama,
 y respondióle: "Encareces
 sin causa mi proceder;
 ¿qué versos tengo de hacer,
 si no me desfavoreces?"
 Despidió Alejandro un día
 a quien más con él privó,
 sólo porque se alabó
 de la merced que le hacía.
 FLORA. El viene a tiempo que puede
 satisfacerte mejor.
 CELIA. No trato cosas de amor
 adonde el respeto excede.
 De verle te has alegrado
 (*Sale RUGERO.*)
 RUGERO. Albricias vengo a pedirte.
 CELIA. Y yo quiero prevenirte
 de que es necio tu cuidado,
 y más si, por dicha, vienes,
 no muerto por disfavor,
 sino con pena y temor
 de perder el bien que tienes.
 RUGERO. Menandro te habrá contado
 algún disparate mío:
 escribo mal y porfío.
 CELIA. No porfía quien me ha dado
 alcance tan presto al bien,
 que sólo temí el perdelle.
 RUGERO. No ha sido por ofendelle,
 pues que no dice de quién;
 y bien sabes tú que Amor
 licencia ha dado a quien ama
 que, sin señalar la dama,
 pueda decir el favor.
 CELIA. No ha dado donde se sabe
 a quién sirves, pues te entiende.
 RUGERO. Si a quien sirvo no se ofende,
 ¿qué importa que yo me alabe?

Mas pienso que son excusas
 de las albricias propuestas.
 CELIA. Ya la causa manifiestas,
 aunque en razones confusas;
 y más no me he de casar,
 ni me podrán persuadir
 que albricias quieres pedir
 de lo que me ha de pesar.
 RUGERO. Estando todo firmado,
 no podrá dejar de ser.
 CELIA. No hay firma, en ser yo mujer
 de hombre de quien no me agrado.
 RUGERO. En grandes, el casamiento
 es conveniencia, no más.
 CELIA. Tan necio, Rugero, estás
 en tan loco atrevimiento
 como en decir que no vienes
 muerto de celos ni amor,
 sino de pena y temor
 de perder lo que no tienes.
 Todas mis melancolías
 nacen de tomar estado,
 y de ninguno me agrado.
 RUGERO. De la razón te desvías,
 que el Príncipe, mi señor,
 no tiene más heredero.
 CELIA. Herédale tú, Rugero,
 y alábate del favor.

(*Vase, y quedan RUGERO y FABIO.*)

RUGERO. ¿Qué es esto, Fabio?
 FABIO. Que está
 hoy llena de impertinencias.
 RUGERO. De unos días a esta parte,
 de cuanto intento le pesa,
 de cuanto digo se cansa;
 no hay carta que no le ofenda,
 no hay verso de que no burle.
 FABIO. ¿Si es, por ventura poeta?
 Que dicen que en ellos es
 secreta naturaleza
 agradarse de sus cosas,
 cansarse de las ajenas;
 y de aquí vengo, señor,
 a tener por cosa cierta
 que hay uno solo en un siglo,
 y que cada cual lo piensa.
 RUGERO. ¿Si siente que sirvo a Flora,
 presumiendo que es ofensa
 de su casa?
 FABIO. No es posible,
 siendo cosa que profesan

cuantas naciones, adonde
reyes políticos reinan;
servir damas en palacio
con galas, motes y fiestas
es cosa muy recebida.

RUGERO. Pues ¿de qué se ofende Celia?

FABIO. Como perdió su marido,
no quiere que nadie quiera.

RUGERO. Pues cásele y quiera, Fabio,
a un hombre que la merezca.

FABIO. No debe de imaginar
que habrá en el mundo quien pue-
ser lo mismo que su esposo. [da

RUGERO. Fabio, es mujer excelencia.

FABIO. Ya lo sé, que por acá,
en habiendo alguna pena,
amor con amor se cura,
que es la mejor contrayerba;
y aun hay mujer que, pensando
en que los gustos se yelan,
tiene cuatro prevenidos
para si el uno la deja.
Díjome un día una ninfa:
"Fabio, la mujer discreta
que profesa libertad
juegue siempre a la primera
oros de algún hombre rico;
la costa y casa mantenga
con las copas y las galas,
que más las mujeres precian.
Espadas nunca les faltan,
que de muchos se respetan,
y bastos de alguna vara
cuya sombra la defienda;
pero una mujer ilustre,
primero que a pensar venga
que hay consuelo en lo que pierde,
se morirá de tristeza."

RUGERO. Muérase, y déjeme a Flora,
que es cosa cansada y necia
enfadarse cada día
de mi favor o mi pena.
¿Qué se le da que yo escriba
en canciones o en endechas
el favor o el disfavor?
¿Corre mi amor por su cuenta?
¿Estoy obligado yo
por su arancel a quererla?
¿Qué le va en que yo me alabe
de que ella me favorezca?
Cuando comencé a servirla,
privé, Fabio, de manera
que hasta la envidia me daba

tributo por no ofenderla.

No sé lo que tiene agora,
que me manda que la vea,
y en medio de muchas honras
me dice: "¡Salíos afuera!"
Tal vez me dicta una carta,
y apenas llego a la media,
cuando airada se levanta
y sin firmarla me deja.
Hasta su cámara un día
me mandó entrar, pero en ella
apenas puse los ojos
con vergonzosa modestia,
que a medio vestir estaba
en una cama de tela,
recogiéndole Fenisa
las mal recogidas trenzas,
cuando me dijo: "¿Quién fué
quien os dió tanta licencia?",
a quien diez salas de allí
pienso que le di respuesta.

FABIO. Señor, esa variedad
procede de la aspereza
de su condición, efeto
de quien su gusto desprecia;
que hay mujeres que aborrecen
su mismo deseo, y llegan
a no querer lo que quieren.

RUGERO. ¿Por qué?

FABIO. Por causas secretas.

RUGERO.

El Príncipe.

(Sale el Príncipe ALBERTO.)

ALBERTO.

¿Quién duda que has tenido
buenas albricias del tratado intento?

RUGERO.

Tan buenas, gran señor, tales han sido,
que aun no quiso saber el casamiento.

ALBERTO.

¿Qué dices?

RUGERO.

Que como áspid el oído
cerró a mi voz, culpó mi atrevimiento
y dice que no trata de casarse.

ALBERTO.

Firmeza digna, en parte, de culparse.

Deje Celia tristeza tan injusta,
 deje tan grande erro[r], ya el Duque es muer-
 si me cogiera a mí en edad robusta. [to;
 por ventura gustara del concierto.
 Ya el de Calabria es príncipe de Augusta;
 será, sin duda, el matrimonio incierto;
 la vecindad me obliga, entre otras cosas.

RUGERO.

Justas resoluciones, y forzosas.

ALBERTO.

Despacha las que tengo
 de Nápoles, y Urbino; (5)
 detén al Duque y dile que no hable
 en lo que por sus cartas me previno;
 que Celia no es el mar inexorable,
 ni la precisa ley de su destino;
 mis ruegos, mi temor, mi diligencia
 su gusto rendirán a mi obediencia.

Entretanto, se trate de alegrarla
 con músicas y fiestas, y tú puedes
 por tu parte también solicitarla.
 que ya sé yo con qué lealtad procedes.

RUGERO.

No sé si en esto me atreviese a hablarla;
 pero, porque de mí seguro [quedes] (6)
 que he de servirte, aun para darla enojos,
 quiero ofrecerme a sus airados ojos.

ALBERTO.

Dile que ya mi edad no me permite
 que así su casamiento se dilate,
 sino que le confirme y solicite
 y de la ejecución escriba y trate;
 que no es razón que al cielo airado irrite,
 con que mi vida sin razón maltrate,
 pues cuando por quien soy no me respete,
 ¿qué fin de sus tristezas se promete?

Alaba a Celia el Duque, pues ya sabes
 que es efeto de amor el alabanza;
 de su persona y sus costumbres graves
 podrás decir cuanto la Fama alcanza,
 que como el "sí" con su rigor acabes,
 puedes tener segura confianza
 de que a tu patria España el casamiento
 te vuelva rico, próspero y contento.

(Vasc.)

RUGERO. En ella no he menester,
 Fabio, aunque el oficio acete,
 lo que el Príncipe promete.

FABIO. Mientras no puede saber
 ni tu nombre, ni quién eres,
 no yerra en querer honrarte.

RUGERO. ¿Cómo puedo yo ser parte,
 si sabes que las mujeres
 son firmes en su opinión,
 para que Celia se case?

FABIO. Podrá ser que se te pase
 esta necia presunción.

Pocos difuntos maridos,
 Rugero, se alabarán
 como el duque de Milán.

RUGERO. Fabio, muertos y queridos
 implica contradicción.
 Salir de Palacio quiero.
 ¿Tengo caballo?

FABIO. El overo
 esgrimió con el frisón,
 y no están para salir;
 que, como estaban a oscuras,
 jugaban las herraduras
 sin poderlos desparcir.

RUGERO. ¿Tan tarde y a pie?

FABIO. No importa;
 cerca está nuestra posada,
 y ya sabes que esta espada
 rompe vidas y almas corta.

RUGERO. ¡Qué notable obscuridad!

(Salen FELISARDO y OTAVIO, y tres CRIADOS.)

FELISARDO. Llegad, y haced lo que os digo.

RUGERO. No sé que tenga enemigo,
 Fabio, en toda la ciudad,
 y estos hombres embozados
 me han causado algún temor.

OTAVIO. ¿Es Leónido?

RUGERO. No, señor.

FABIO. Cuatro son, todos armados.

OTAVIO. Pues ¿quién es?

RUGERO. Un caballero.

OTAVIO. Diga el nombre.

RUGERO. ¿Para qué?

OTAVIO. ¿Es Rugero?

RUGERO. Sí seré.

OTAVIO. ¡Soldados, muera Rugero!

FELISARDO. ¡Traidores! ¿Tantos a un hom-
 Caballero, pelead, [bre?
 que aquí estoy yo.

FABIO. Respetad,

(5) De Nápoles y al de Urbino.

(6) Puedes.

¡perros!, de Rugero el nombre.

RUGERO. ¡Huid, cobardes, huid!

OTAVIO. Agradeceldo al que vino.

FELISARDO. Seguillos es desatino.

[RUGERO.] Señor, quién sois me decid,
porque tanta obligación
pide que os bese los pies.

FABIO. Ya quedan muertos los tres,
y pidiendo confesión.

FELISARDO. ¿Tan presto?

FABIO. Al uno le di
un tajo con tal locura,
que hasta la misma cintura,
desde el hombro, le partí;
al otro, un revés valiente
la cabeza le voló,
de manera que llamó
en la ventana de enfrente;
al tercero le clavé
con una punta, de suerte
que vió primero la muerte
que la espada le saqué.

FELISARDO. Esta sortija tomad,
por cosas tan bien fingidas.

FABIO. ¿Qué os admira? ¿Las heridas?

FELISARDO. No.

FABIO. ¿Pues qué?

FELISARDO. La brevedad.

RUGERO. Este humor es propio en Fabio.

FELISARDO. ¿No me diréis la ocasión
que tuvo aquesta cuestión?
Que, a no ser por grande agravio,
fué notable cobardía.

RUGERO. Agravio no puede ser;
envidia debe de haber
de alguna privanza mía,
que ya sabréis el lugar
que con la Princesa tengo.

FELISARDO. Ni aun sé quién sois.

RUGERO. ¿Cómo?

FELISARDO. Hoy vengo,
hoy acabo de llegar
de algunas leguas de aquí.

RUGERO. Pues sabed que soy Rugero,
su secretario.

FELISARDO. ¿Qué espero,
si tan venturoso fuí,
que no me arrojo a esos pies?

RUGERO. Antes yo estoy obligado;
que siendo a quien habéis dado
la vida, más justo es.

FELISARDO. Deseaba conoceros,
y fué ventura obligaros.

RUGERO. Si en algo puedo serviros,
no me tendréis por ingrato.
¿Tenéis aquí pretensiones?

FELISARDO. Tengo, señor secretario,
una grande pretensión,
de que no me atrevo a daros
noticia, por ser tan grande.

RUGERO. ¿Cómo grande? Si en Palacio,
si fuera, si en paz, si en guerra
os puedo servir en algo,
no dudéis la ejecución;
porque pienso que he llegado
a cuanto puede quien sirve,
cuando con entrambas (7) manos
le levanta la Fortuna.

FELISARDO. Yo quisiera declararos
mi pretensión, si pudiera.

RUGERO. De vuestro rigor me espanto.
Si me habéis dado la vida,
¿es justo que estéis dudando
de lo que haré por serviros?
¡Vive Dios!, que si no es caso
de traición, que ser no puede,
que con secreto y recato
os ayude hasta poner
la vida.

FELISARDO. ¡Viváis mil años!
Jurad que me ayudaréis
con secreto y con cuidado.

RUGERO. A fe de español lo juro.

FELISARDO. Pues apártese ese hidalgo.

RUGERO. Fabio, retírate un poco.

FABIO. Abrevia, que estoy pensando
que si aquí nos detenemos
han de volver los contrarios.

FELISARDO. Pues ¿no lo[s] matastes vos?

FABIO. (¡Cogióme!) Digo que aguardo
en esta esquina.

FELISARDO. Rugero,
sabed que soy Felisardo,
duque de Urbino.

RUGERO. ¡Señor!

FELISARDO. Teneos, y hablemos paso.
Perdido de amor de Celia
vengo a servirla, admirado
de su divina hermosura,
que obscurece al Sol los rayos,
y más de su condición,
porque me dicen que ha dado
en despreciar, desdeñosa,
los casamientos más altos,

(7) *Entrambras.*

y que si no es que la incline
Amor, la conquista en vano
el mayor señor de Europa.
Yo, de su valor forzado,
por naturaleza altivo,
y por condición bizarro,
vengo a servirla secreto;
porque, sirviendo y amando,
puede ser que yo merezca
lo que se ha negado a tantos.
En esta imaginación
debo a mi ventura hallaros
adonde os haya servido,
y así, os suplico que cuando
pueda yo verla, o hablalla,
me deis el lugar que aguardo
de vos, con tanto secreto
cuanto quedo confiado
del valor de un español,
de quien siempre me contaron
que en cumplir lo que prometen,
aunque con su propio daño,
todas las naciones vencen.

RUGERO. Pésame que hayáis tomado
tan dificultosa empresa;
mas ¿por qué dar desengaños
a los que piden remedio?
Nunca fué consejo sabio.
Servid a Celia, que yo
haré de mi parte cuanto
pueda el que os debe la vida.

FELISARDO. Deseo hablarla, y pensando
que sería más posible
engañarla disfrazado,
¿de qué manera os parece
será bien entrar? ¿Llevando,
como mercader famoso,
sedas, telas y brocados,
o como platero joyas?

RUGERO. Pienso que con libros varios
de historias y de poesías
era lo más acertado,
respeto de su tristeza;
pero si halláramos cuadros
de pintura era ganalle
el gusto, tan inclinado
a esta ciencia, arte divina
que con oscuros y claros
se opone a Naturaleza;
que no hay cosa con que tanto
descanse su entendimiento
sus lucidos intervalos.

FELISARDO. No paséis más adelante,

que pienso que el cielo santo
próspero principio ofrece
a mis pensamientos altos:
que, por mi gusto, Rugero,
desde mis primeros años
ejercité la pintura,
y en materia de retratos
no daré ventaja a Apeles.

RUGERO. Pues ¿cuándo queréis que vamos?
Que aunque me ponga a peligro,
cuando se entienda que trato
cosa a mi lealtad indigna,
por serviros, Felisardo,
aventuraré la vida.

FELISARDO. Cuando os viniese algún daño,
cuanto más que es imposible,
tengo, Rugero gallardo,
estados con qué serviros
y una sobrina que daros.
Hacedme maestro suyo,
que quiero con este engaño
vencer un ángel de nieve,
rendir un alma de mármol.

RUGERO. Id con Dios.

FELISARDO. No es bien que vais
solo; quiero acompañaros.

RUGERO. Los hombres van de manera
que no será necesario.

FELISARDO. Nunca os fiéis de la envidia.

RUGERO. Ahora bien, quiero mostraros
mi posada, aunque es humilde,
pues ya sois dueño de entrambos.
¡Fabio!

FABIO. Señor.

RUGERO. ¡Grandes cosas!

FABIO. ¿Sabes quién son tus contrarios?

RUGERO. Este los ha conocido.

FABIO. ¿Qué gente son?

RUGERO. Cortesanos.

FABIO. ¿De cuáles?

RUGERO. De los que viven,
sin hacerlos, de milagro.

FABIO. ¿No te ha dicho la ocasión?

RUGERO. Envidia.

FABIO. ¡Terrible caso!

RUGERO. Ser español es delito.

FABIO. Pues, a fuerza de vellacos,
¡hierro en medio!

RUGERO. ¿Para qué,
si tú los mataste, Fabio?

(Vanse, y salen CELIA y SERAFINA.)

CELIA. Pues ¿tú te guardas de mí?

SERAFINA. ¿Esto ofende tu lealtad?

CELIA. ¿Dirás tú que la amistad de Flora es lealtad en ti?

SERAFINA. Flora es mi amiga, señora; pero en cosas de tu gusto, aunque reciba disgusto, puede perdonarme Flora.

Mira qué quieres de mí.

CELIA. Saber si quiere Rugero a Flora, a quien ya no quiero.

SERAFINA. Pues ¿ya la aborreces?

CELIA. Sí.

SERAFINA. ¿Flora, toda tu privanza?

CELIA. Flora me ha cansado ya, que en el mundo nadie está seguro de su mudanza.

Dime lo que pasa en esto; después sabrás la ocasión.

SERAFINA. No ha pasado su afición de ser pensamiento honesto; deben de querer casarse, que dicen que es caballero Rugero.

CELIA. Bien es primero de la verdad informarse.

Servime dél con intento de examinar la verdad, no fué por su calidad, sino por su entendimiento.

En fin, ¿se quieren los dos?

SERAFINA. Mucho, señora.

CELIA. ¿Cuál de ellos quiere más al otro?

SERAFINA. Entre ellos no hay diferencia, ¡por Dios!; y si la hay, es en Rugero, que dicen su voluntad los hombres con libertad.

CELIA. ¿Quién de los dos fué el primero en mostrar su inclinación?

SERAFINA. Pienso que Flora.

CELIA. Sí haría, que el talle y la gallardía de Rugero da ocasión. ¿Escríbense?

SERAFINA. Por instantes.

CELIA. ¿Háblanse de noche?

SERAFINA. Creo que los guía su deseo, como a los demás amantes.

CELIA. ¿Cosa de darse las manos no ha faltado?

SERAFINA. Honestamente.

CELIA. Así Rugero lo siente en versos locos y vanos; no están seguros los labios donde la mano se da.

SERAFINA. Honestamente será, no haciendo al honor agravios.

CELIA. En mi vida, Serafina, vi holgarse la voluntad con tan grande honestidad.

SERAFINA. Flora es honesta; imagina que no le diera favores, menos que su honesto intento, dirigido a casamiento.

CELIA. Todos los libros de amores veo siempre dirigidos al señor don Casamiento; pero de su honesto intento no siembre bien recibidos.

Ahora bien, tú has de quitar a Rugero esta mujer.

SERAFINA. ¿Eso cómo puede ser?

CELIA. Podrá ser fingiendo amar.

SERAFINA. ¿A quién, señora?

CELIA. A Rugero, que es hombre, y lo quieren todo; porque a Flora deste modo hacelle disgusto quiero.

SERAFINA. Pues ¿cómo me ha de querer, enamorado de Flora?

CELIA. El hombre que más adora, mirado de otra mujer, por gusto o por vanidad, fácil se deja rendir, que para hacer y decir nacieron con libertad.

Y cuando sólo le des celos, ¿es poca venganza que se revuelva la danza con el cruzado de a tres?

¿Cuántos amores, por celos se han acabado!

SERAFINA. Es verdad.

CELIA. Hazme, amiga, esta amistad; así te guarden los cielos.

(Salen RUGERO y FELISARDO.)

RUGERO. Esperad, y pediré, para que la habléis, licencia. Aquí ha llegado un pintor de los que Italia celebra.

CELIA. Dile que entre.

RUGERO. Lauro, entrad.
 FELISARDO. Lauro, gran señora, os besa vuestros pies.
 CELIA. Alzad del suelo, que ya vuestro nombre vuela en las alas de la Fama.
 FELISARDO. Mejor, señora, en las vuestras, con tal merced y favor.
 CELIA. ¿De dónde sois?
 FELISARDO. Antes era de Urbino, ya soy de Augusta. pues vengo a que Vuestra Alteza me enseñe el arte divino que me han dicho que profesa.
 CELIA. Cuando las líneas del griego Zeusis dividir supiera me turbara vuestra fama. ¿Traéis cuadros?
 FELISARDO. Vienen cerca: retratos puedo mostraros.
 CELIA. A ver. ¡Bella dama es ésta!
 FELISARDO. Quise que fuédes vos la que viédes primera.
 CELIA. ¿Yo soy ésta, Serafina?
 Secretario, ¿yo soy ésta?
 SERAFINA. ¡Qué cosa tan parecida!
 RUGERO. Sólo le falta la lengua; que ya con los ojos habla.
 CELIA. Este no es vuestro.
 FELISARDO. En Venecia le compré, y desde aquel día me inclinó vuestra belleza a veniros a servir.
 CELIA. Razón es que yo agradezca esa voluntad. Servidme.
 RUGERO. ¿Lauro en tu servicio queda?
 CELIA. Decid que sí.
 FELISARDO. ¿Qué razones diré a tus pies, qué excelencias de tu valor? Si en el mundo colores hay que tan bellas correspondan a las tuyas, verás la Naturaleza corrida, y con tu retrato mi opinión en las estrellas.
 CELIA. ¿Estos que vienen aquí son vuestros?
 FELISARDO. Damas diversas me fiaron su hermosura.
 CELIA. Más despacio quiero vellas; venid a verme mañana.

[Vase.]

RUGERO. ¡Buen principio!
 FELISARDO. No pudiera tenerle por otras manos.
 (Al irse detiene SERAFINA a RUGERO.)
 SERAFINA. Detente. Rugero, espera.
 RUGERO. ¿En qué te sirvo?
 SERAFINA. ¿Tú a mí?
 ¡Ni aun me miras!
 RUGERO. ¡Cosa nueva!
 Pues ¿quieres tú que te mire?
 SERAFINA. Que me mires y me veas.
 ¡Qué a priesa corren las burlas!
 ¡Qué de espacio van las veras!
 RUGERO. Que te vea y que te mire, ¿a qué efeto?
 SERAFINA. A que me tengas en opinión de mujer, ni tan necia ni tan fea que no te pueda agradar; que pienso que me desprecias.
 RUGERO. ¿Yo, Serafina? Pues ¿cuándo no he estimado que tú seas de mis pensamientos dueño?

(Sale CELIA.)

CELIA. Quiero ver si aquesta necia sabe enamorar este hombre.
 SERAFINA. ¿Cómo puede ser, si piensas que yo no te quiero bien?
 RUGERO. Bien merezco que me quieras por lo que yo quiero a Flora.
 SERAFINA. Lo que por mí no merezca, no lo estimo por favor. La valona traes mal puesta; aguarda.
 RUGERO. Detén la mano.
 SERAFINA. ¿Cómo?
 RUGERO. Viene la Princesa.
 CELIA. ¿Acomodaste al pintor?
 RUGERO. No, señora.
 CELIA. ¿Dónde queda?
 RUGERO. En esta sala me aguarda.
 CELIA. ¿De esa manera le dejas?
 RUGERO. Voy a servirte.

(Sale.)

SERAFINA. Ya he dado buen principio a tu encomienda.
 CELIA. Ya lo he visto, y es muy malo.

SERAFINA. ¿No me dices que le quiera?
 CELIA. Sí; mas no le quieras tanto
 que mujer baja parezcas.
 A muchos años de trato
 dijera una dama apenas
 al más querido galán:
 "La valona traes mal puesta".
 Tocarle el rostro querías.
 SERAFINA. Con poca razón te quejas:
 las burlas son atrevidas,
 y vergonzosas las veras.
 CELIA. ¡Vete de aquí!
 SERAFINA. Pues, señora,
 ¿esto sientes por ofensa?
 CELIA. ¡Vete, necia!
 SERAFINA. Ya me voy.

(Vase.)

CELIA. "La valona traes mal puesta."

¿Qué es esto, locos pensamientos míos,
 que andáis cubriendo al mundo con engaños
 la causa desigual de vuestros daños,
 fingiendo melancólicos desvíos?

La gravedad disfraza en yelos fríos
 las llamas, que no admiten desengaños,
 que amor que no se temple con los años,
 obliga a temerarios desvaríos.

Crecen de mi dolor las asperezas,
 y en tanto mal ¿cómo callando espero
 amores, celos, iras y firmezas?

Los que me miran con rigor tan fiero,
 a Alejandro atribuyen mis tristezas,
 ¡y nacen mis tristezas de Rugero!

JORNADA SEGUNDA

(Salen el Príncipe ALBERTO y CELIA.)

ALBERTO. Esto queda concertado.
 El de Calabria merece
 ser tu esposo.
 CELIA. Bien parece
 efeto de tu cuidado;
 pero ten imaginado
 que han de cobrar enemigos.
 ALBERTO. Los mismos haré testigos
 de mi prudente elección;
 ni es el casarte ocasión
 para ser todos amigos.
 De alguno habías de ser,

y habiéndote de casar,
 por los que se han de quejar,
 lo mismo vengo a perder.

CELIA. Yo fuí de un hombre mujer,
 cuyo respeto y valor
 no me ha quitado el amor.

ALBERTO. Celia, tu marido muerto,
 ya parece desconcierto,
 que no amor, tanto rigor.

No me des ya con tristezas
 más enojos, por tu vida.
 El tiempo todo lo olvida;
 con el tiempo no hay firmezas.
 Las mayores asperezas
 suelen mudar sus rigores;
 las experiencias mayores
 dan por remedio mejor
 para olvidar el amor,
 escuchar otros amores.

(Vase.)

CELIA. No sé qué intento, o qué aguarde
 en desdicha tan a prisa,
 si el mismo rigor me avisa
 que llegan consejos tarde.
 Para todo estoy cobarde.
 Quiero a quien no ha de ser mío;
 en lo que temo porfío.
 Amor, y tener temor
 no es posible que es amor:
 debe de ser desvarío.

Tengo lástima de mí,
 y estoy enemiga mía,
 que en merecer me desvía;
 quien me mata, vive en mí.
 Un enemigo vencí
 que tengo por dueño mío;
 en un punto lloro y río;
 tengo y no tengo valor:
 no es posible que es amor;
 debe de ser desvarío.

(Sale FABIO.)

FABIO. ¿Por acá, Princesa, estáis?
 CELIA. ¡Fabio!

FABIO. Cantan en mi aldea:
 "Andáis triste, y no sois fea;
 doyme a Dios si vos no amáis".

Dícenme que estáis casada.
 CELIA. No lo creas.

FABIO. No lo creo,

pero creed que os deseo
ver, Celia, bien empleada;
que, a fe de pobre español,
que si en mi mano estuviera,
que, como a la Luna, os diera
por marido al mismo Sol.

CELIA. ¿Dónde ibas?

FABIO. Sólo a veros.

CELIA. Estoy triste.

FABIO. Yo os daré
remedio.

CELIA. Ninguno sé.

FABIO. Yo sí.

CELIA. ¿Cuál?

FABIO. Entreteneros.

CELIA. ¿En qué?

FABIO. En iros a la mar.

CELIA. Entristécenme las olas
del agua, y viéndome a solas
soy otro mar con llorar.

FABIO. Dad en jugar, que es el juego
ladrón del tiempo, y olvida
la más parte de la vida.

CELIA. ¡Ay, Fabio! Cánsame luego.

FABIO. Pues oíd siempre cantar.

CELIA. ¿Ya no sabes que entristece
más a un triste, y que parece
en la condición al mar?

FABIO. Pues dad en juntar dineros.

CELIA. Tengo el pecho más altivo.

FABIO. ¡Oh, qué industria os apercibo
si queréis entreteneros!
Quered bien.

CELIA. No puede ser.

FABIO. Fingid.

CELIA. Pues ¿podré fingir?

FABIO. Así os podéis divertir,
y, fingiendo, entretener.

Andad con algún criado
de amores y de favores;
que, aun fingidos, los amores
os darán, Celia, cuidado
con que esta melancolía
se vaya olvidando.

CELIA. Y ¿quién
te parece a ti más bien
para una invención tan fría?

FABIO. Ludovico ¿es bueno?

CELIA. No,
responde el eco de bueno;
porque para amar condeno
la necesidad.

FABIO. También yo;

y mal haya, amén. quien ama
un necio.

CELIA. Será otra necia.

FABIO. ¿Julio es bueno?

CELIA. Ese se precia
más que de galán, de dama.

No ha de haber tal compostura
que no se venga a saber
cuál de los dos ha de ser
la dama, si él lo procura.

FABIO. ¿Fidelio?

CELIA. Es muy reposado.

FABIO. ¿Floro?

CELIA. Es discreto de modo
que quiere hablárselo todo.

FABIO. ¿Riselo?

CELIA. Es grave y cansado.

FABIO. ¿Lucindo?

CELIA. Ha dado en valiente.

FABIO. La Astrología, gran parte
de Amor da a Venus y Marte.

CELIA. Pues, Fabio, conmigo miente.

FABIO. Yo no hallo caballero
que cuadre a tu condición.

CELIA. Pues, necio, ¿por qué razón
no te acuerdas de Rugero?

FABIO. Porque, como era mi amo,
te estaba más bien a ti
acordarte dél primero. (8)

CELIA. Pues tu amo digo que amo.

FABIO. Dos amos vengo a tener.

(Sale RUGERO.)

RUGERO. Ya escribí lo que mandaste.

CELIA. ¿A qué buen tiempo llegaste!

RUGERO. Si te sirvo, podrá ser.

CELIA. Dice Fabio que entretenga
mi tristeza amando.

RUGERO. ¿A quién?

CELIA. Eso quiero pensar bien,
y que, aun siendo burla, tenga
partes para ser amado.

RUGERO. ¿Gracioso entretenimiento!

CELIA. ¿Quién te parece?

RUGERO. No siento
que haya en palacio criado
como este galán pintor.

CELIA. ¿Hate retratado a Flora,
por ventura?

RUGERO. No, señora,

(8) Así el verso. Acaso: *Acordarte dél que a mí.*

- que no tengo a Flora amor.
- CELIA. Por verte con más cuidado,
quiero que seas, Rugero,
a quien quiera; porque quiero
que, habiendo de ser criado,
sea el que es más conocido
y está más cerca de mí.
- RUGERO. Yo te sirvo desde aquí
en lo que no te he servido.
Pero ¿qué tengo de hacer?
- CELIA. Fabio, tú, como tercero,
di qué ha de hacer a Rugero,
que no lo quiere saber.
Pero enamórame a mí
como a Flora enamoraste,
pues que no le preguntaste
lo que preguntas aquí.
- FABIO. Tiene razón la Princesa.
Escríbela.
- RUGERO. Yo lo haré.
- CELIA. Pues yo te responderé,
y tú seguirás la empresa;
que aun estoy temiendo agora,
por lo que te veo huir,
que te pesa de fingir
por no dar celos a Flora.
- (Vase.)
- RUGERO. ¡Demonio! ¿por qué le diste
tal consejo?
- FABIO. Pues ¿qué daño
te resulta deste engaño,
y más viéndola tan triste?
- RUGERO. ¿Tengo yo de andar de amores
con mi ama?
- FABIO. A ser de veras,
bien sabes tú que pudieras
ser digno de sus favores.
- RUGERO. Calla, que aún aquí no quiero
que digas, Fabio, quién soy.
Ahora bien; a escribir voy.
- FABIO. Y yo llevárselo espero.
- RUGERO. Pues destas burlas ¿qué esperas?
- FABIO. Dinero estoy esperando;
que, aunque es el amor burlando,
me habéis de pagar de veras.

(Vanse. Sale OTAVIO y el Duque FELISARDO.)

FELISARDO.

No sé que intente en confusión tan grande.

OTAVIO.

No tengo por milagro, si es discreto,
que cuerdo un hombre en las desdichas ande;
en las prosperidades
presumo del valor mayor efeto.

FELISARDO.

Otavio, si en los hombres hay lealtades,
si hay verdad, si hay palabra, justamente
puedo dar el alma de Rugero (9)
y decirle que intente
decir a Celia que por ella muero;
que soy Duque de Urbino,
que con este amoroso desatino
vino a servirla.

OTAVIO.

Yerras, hasta tanto
que se aficione más a tu persona.

FELISARDO.

Pues ¿qué quieres que aguarde,
si ya del muerto esposo enjuga el llanto,
y el de Calabria, como ves, blasona
que sólo la merece? ¿Tengo de ser cobarde
si me veo morir?

OTAVIO.

No doy consejo
a quien ama jamás; solo le dejo
en manos de su dicha.

FELISARDO.

Otavio, sepa Celia mi desdicha,
que quien ama, descansa de su grave
pena cuando a quien ama su amor sabe.
Mándame Alberto que retrate luego
a la Princesa, causa deste fuego
que el alma me consume,
porque la pide su marido ausente;
y Amor me manda que un engaño intente,
como en sus actos de sutil presume.
Retrataréla yo, pero su hermoso
retrato guardaré, dando a Rugero
otro retrato feo, tosco y fiero;
porque será forzoso
que él despache las cartas, pues si mira
el Duque tal fealdad, lleno de ira
deshará el casamiento.

(9) Así el verso. Tal vez por: *Puedo dar en el alma de Rugero.*

OTAVIO.

Apruebo, Felisardo, el pensamiento,
si el secretario quiere, como amigo,
contra su propio dueño, usar contigo
piedad tan generosa.

FELISARDO.

No habrá en el mundo cosa
por mí imposible al español Rugero,
porque me quiere como yo le quiero.

(Salen CELIA, SERAFINA y FLORA.)

CELIA. ¿Tiene Lauro prevenido
todo lo que es necesario?
Ya le dijo el secretario
que estuviese apercebido
de naípe, tabla y pinceles.

FELISARDO. Aquí, gran señora, estoy.

CELIA. Y yo licencia te doy
a ejecutar, como sueles,
aquel arte imitador
del cielo.

FELISARDO. Siéntate aquí.

CELIA. Me (10) siento.

FELISARDO. Y yo siento en mí
más destreza en el favor.

Dame pinceles y tabla.

OTAVIO. Aquí están.

CELIA. Hoy quiero ver
cómo, Lauro, una mujer
por cuatro colores habla.
¿Estoy bien?

FELISARDO. Vuelva Tu Alteza
un poco el rostro. (Ap.) Estoy loco.

CELIA. ¿Volveré más?

FELISARDO. Otro poco.
(Ap.) Ciego estoy de su belleza.

CELIA. ¿No comienzas?

FELISARDO. Con la sombra
voy haciendo el fundamento;
que tenéis entendimiento
que tanto sol os asombra.

La clara frente serena
es toda un blanco jazmín;
las hebras de los cabellos,
prisión de amor, red sutil.
Los ojos hurtan al cielo
el estrellado zafir;

(10) Aquí me siento. Sobran dos sílabas. Acaso:
Me siento. Y yo siento en mí; o Aquí me siento. Y
yo en mí.

almas penan en su gloria;
dichoso quien muere allí.
Suele en pequeño cristal
el Sol su rostro imprimir;
pirámide, fuego, abrasa,
¿qué harán dos soles en mí?
Las cejas no hallan color
que las pueda describir;
arcos son de amor, señora;
de guerra no, de paz sí.
Las pestañas son dos soles
de los ojos, en que vi
de Amor el cuerpo de guarda;
defiéndose Amor de sí.
Divide en campos de nieve
en proporción la nariz,
naciendo en ellos más bellas
rosas que produce abril.
Para la boca pidiera
a Tiro el rojo [carmín]; (11)
pero dicen sus claveles
que ellos no saben fingir.
Las perlas no se retiran,
que aunque se pueda reír,
no le está bien a un retrato
que la boca pueda abrir.
Este, señora, es el mapa
que hizo en blanco marfil
el mayor pintor del cielo;
turbéme y pintéle así.
Perdonadme, que otro día
en su divino perfil
os haré poner colores,
que esta vez no me atreví.
Voy corriendo, y voy tan ciego,
que a haber (12) nacido gentil,
os hiciera altar del alma,
en cuyo centro vivís.
Sin retrataros os llevo
retratada, pues, en fin,
aunque no vais en el naípe,
vais en el alma que os di.

(Vase.)

CELIA. Gracioso ha estado el pintor.

SERAFINA. La turbación lo ha causado.

FLORA. Dice que te ha retratado;
debe de tenerte amor.

SERAFINA. Amor es como la muerte:

(11) Jazmín.

(12) Que auer.

altos y humildes derriba.
 CELIA. El me ha retratado viva.
 FLORA. No pudiera de otra suerte.
 CELIA. De palabra me pintó.
 SERAFINA. No pudo con los pinceles.

(Sale FABIO.)

FABIO. Amor comienza en papeles.
 que siempre en viento paró.
 CELIA. ¿Es Fabio?
 FABIO. Apártate aquí.
 CELIA. ¿Traes papel?
 FABIO. ¿No le miras?

(Dale el papel.)

CELIA. ¡Oh, qué vendrán de mentiras!
 FABIO. Claro está.
 CELIA. ¡Qué risa!
 FABIO. Di.

(Lee:)

“Señora: Yo he consultado mi amor para este atrevimiento, y dice que puedo tenerle de serviros, porque sois discreta; que no se alteran las que lo son de que las quieran, como yo os quiero. Y, por lo menos, me queda la seguridad de que este papel no puede cansaros, pues va a dar y no a pedir. Miento, que va a entrambas cosas, pues os da el alma, y os pide que la recibáis.”

CELIA. Bueno está para fingido.
 FABIO. Rugero no es bachiller.
 CELIA. Yo me voy a responder.
 FABIO. Un poco te has divertido.
 CELIA. Ven conmigo, Serafina.

(Vanse las dos.)

FLORA. Ya, Fabio, ¿no hay amistad?
 FABIO. El que sirve con lealtad.
 en ningún tiempo declina.
 No soy yo de los amigos
 que no son siempre quien son;
 que diz que es dar ocasión
 de risa a los enemigos.
 FLORA. Pensé que, como tu amo,
 eras mutable.
 FABIO. ¿Rugero
 es mutable?
 FLORA. Es caballero
 deste tiempo.

FABIO. Yo le llamo
 ejemplo, en toda ocasión,
 de verdad y de lealtad.
 FLORA. El trata poca verdad.
 FABIO. ¡Qué notable confusión!
 ¿Poca verdad en Rugero,
 que como a cosa divina
 te adora?
 FLORA. Y a Serafina.
 FABIO. No digas más, que no quiero
 sufrir testimonio igual.
 FLORA. Hazte santo, ¡bellacón!,
 que sabes su corazón,
 como yo, que es desleal.
 FABIO. ¡Plega a Dios, que si a otra mi-
 ni quiere, fuera de ti, [ra
 que toque Orfeo por mí
 en el infierno su lira!
 ¡Plega a Dios que pierda el seso
 por mí quien me quiere mal,
 que muera en un hospital
 o esté por mo[h]atras preso!
 ¡Plega a Dios que un ignorante
 se finja sabio conmigo,
 y que tenga por testigo
 un mal vecino delante!
 ¡Plega a Dios que a verme ven-
 un tontón desvanecido. [ga
 y plega a Dios que al oído
 un reloj de cuartos tenga!
 ¡Plega a Dios...!
 FLORA. Basta, que estás
 muy desleal y muy necio.
 FABIO. ¿Tú a mí con tanto desprecio?
 ¡Qué buen galardón me das!
 Pero aquí viene Rugero,
 que de tu amor te dará
 satisfacción.

(Sale RUGERO.)

RUGERO. Aquí está
 la luz por quien vivo y muero,
 sol de mis ojos, mi Flora;
 Flora, de Amor primavera,
 que, como Flora, los campos
 de varias flores renueva.
 Tú, los sentidos que tiene
 en triste invierno tu ausencia,
 en noche obscura el ocaso
 de tus divinas estrellas;
 dente parabién las flores,
 que con tu venida alegras;

las aves, que te esperaban,
coros de las verdes selvas;
todo se alegre, y de todos
yo solo el dichoso sea:
que, como quien siente más,
más de tus ojos merezca.

FLORA. Desvíate, desleal,
que palabras lisonjeras
no pueden cubrir traiciones
que infames pechos sustentan;
en mintiendo, los amantes
luego parecéis poetas:
campos, aves, flores, prados,
soles, aurora y estrellas;
eso, Rugero galán,
que de ser libre te precias,
a Serafina, tu dama,
a quien desde ayer requiebras;
que yo, como he sido Flora,
pasé ya la primavera
de tu amor, que en el estío
no hay campo que flores tenga.
Marchitas las esperanzas
en tus deslealtades quedan;
ya mis ojos en tu engaño
invierno lluvioso (13) esperan.
No más burlas, español,
que el imperio donde reina
Amor, no sufre dos almas,
que una sola le gobierna.
No me verás en tu vida,
que no quiero yo que sean
mis pensamientos despojos
de una dama tan discreta;
si ella primero me hablara,
seguramente la diera
lo que ella me quita a mí,
con la amistad que profesa.
Sólo te ruego, Rugero,
que mis papeles me vuelvas;
pero no me vuelvas nada,
que no importa que se pierdan.

RUGERO. Oye, espera, que sin causa,
hermosa Flora, recelas
de Serafina y de mí
la traición de que te quejas.
No habla en amores conmigo,
que a más alto lugar vuelan
sus pensamientos de burlas,
que tu amor sólo es de veras:
por divertir a mi dueño,

por quitar a la Princesa
tan necia melancolía,
que yo la sirva concierto
y me finja enamorado,
porque en esto se entretenga,
viendo que no hay otra cosa
que de este humor la divierta.
La traza ha sido de Fabio,
y aquí escribo la respuesta
del primer papel que escribo.

FLORA. ¡Qué graciosa impertinencia!
¿Agora en esas locuras
dan las tristezas de Celia?
Peor es eso mil veces;
y ¿cúya, Fabio, pudiera
ser la invención, sino tuya?
FABIO. ¿Más que pago yo la fiesta?
FLORA. Pues, alcahuete del mundo...
FABIO. ¿Del mundo?

FLORA. Que solo hicieras
que sus naciones distintas
se adoraran y quisieran,
¿cómo a la Princesa has dado
para sus locas tristezas
una traza que el infierno
ni la diera ni supiera?
FABIO. Calla, que estás loca, y mira
que quien sin causa recela
no muestra tratar verdad,
sino sus engaños muestra.
¿En que pude divertir
de una mujer la tristeza,
ha de juzgar, por ventura,
que es en mujeres bajeza?
¿Celia había de esgrimir,
había de ir a la guerra,
había de escribir libros,
o estudiar diversas lenguas?
¿No es mejor que este amor
con Rugero se entretenga,
que se escriban y se hablen,
que finjan celos y ausencias?
Muchas mujeres hay tristes,
de soledades tan necias,
que si oyeran: "ojos míos",
"dulce amor", "querida prenda",
"yo soy vuestro, yo os adoro",
"sois cielo, sois gloria y pena
de esta alma que os di, mi bien",
que dejaran la tristeza,
y bañadas en azahar,
las bocas medio risueñas,
les quedara el corazón

(13) *Lluvioso.*

FLORA. como untado con manteca.
¡Perro!, no conmigo burlas,
que sé tus infames tretas.
¡Hoy morirás a mis manos!

FABIO. ¡Ay, ay, ay!

FLORA. ¿De esto te quejas?

RUGERO. Mira, Señora, que viene
Serafina.

FLORA. Eso desean
mis celos.

RUGERO. ¿Estás en ti?

(Sale SERAFINA.)

SERAFINA. Mi señora la Princesa
me dió este papel, Rugero,
que dice que es la respuesta
del tuyo; y aunque de todo
hablarte un rato quisiera,
veo a Flora con semblante
que no es justo que me atreva.

FLORA. Yo me entiendo, Serafina.

SERAFINA. Pues, cuando mejor te entiendas,
hallarás, Flora, que estoy
segura de tus ofensas.

(Vase.)

FLORA. Yo he de ver este papel.

RUGERO. ¿Y qué importa que le veas,
siendo todo burla y juego?

FLORA. Hoy, Rugero, los que juegan
comienzan por una rifa (14)
y luego pierden su hacienda.

(Sale CELIA al paño.)

CELIA. En buena conversación
esos señores están.
¿Qué tratarán, qué dirán?
¿Si les he dado ocasión?
¡Ay, cielos! ¿No es mi papel?

RUGERO. En efeto ¿verle quieres?

FLORA. Mal conoces las mujeres.
Quiero ver qué dice en él.

(14) *Risa*; la *s* alta de esta palabra, como todos los tipos de la edición, está muy machacada, hasta el punto de que algunas *f* se confunden con *s* alta, y al contrario.

En mismo folio (9, r.) y columna (a) donde se halla este verso (28 de la col.), hay otro (7) que se tus infames tretas, en que la *f* de *infames* es igual a la *s* alta de *risa*.

“Señor mío, si me estuviera bien haberme declarado, no hubiera[n] llegado mis tristezas a quitarme la vida. La diferencia de mi estado y la desigualdad de mi nacimiento me han tenido oprimida el alma, hasta que llegó vuestro papel. Aceto lo que me decís, y porque las almas se pagan con almas, os envío la mía.—*La Triste Alegre*.”

FLORA. ¿Esto es burla?

RUGERO. ¿Luego no?

FLORA. No me lo parece a mí.

RUGERO. ¿Cómo no? Fabio está aquí,
que la burla concertó.

FLORA. ¡A Fabio le ha de llevar
el diablo!

FABIO. No hará, ¡por Dios!

FLORA. De amores andáis los dos,
Celia se quiere alegrar:
“La triste alegre”, ¡oh, qué bien!

RUGERO. Mi vida, yo no sé nada;
ello es burla.

FLORA. Es muy pesada,
y aun poco honesta también.

(Sale CELIA.)

CELIA. Poco a poco, que soy yo
la que se ha burlado así,
y quien habla así de mí,
con deslealtad me sirvió.
No nos igualemos tanto;
entraos allá dentro, necia.

FLORA. Señora...

CELIA. Quien no se precia
de darme la salud en cuanto (15)
la puede tener mi mal,
presto verá mis enojos.

FLORA. Señora...

CELIA. ¡Bajad los ojos!
¡No repliquéis, desleal!
Y advertid que, desde hoy,
no queráis más a Rugero,
que aunque de burlas le quiero,
soís quien soís, y yo quien soy.

(Vase FLORA.)

Y vos sois muy mal criado;
no advertís la obligación

(15) Es preciso pronunciar *salú* para que no sobre una sílaba o, acaso: *de darme salud en cuanto*.

que tienen los que lo son
al respeto y al cuidado.

¿Así los hombres de bien
encubren, con su nobleza,
de una mujer la flaqueza?
Y vos, pícaro, ¿también
sois del concilio y la junta
que se hacía contra mí?
¡Basta! Volveré por mí,
si todo el mundo se junta.

Vuelvo a mi melancolía,
no me quiero entretener.
¡Oh, malhaya la mujer
que de hombre necio se fía!

(Vase.)

RUGERO. ¿Qué es aquesto?

FABIO. ¡Qué sé yo!

RUGERO. ¿Es de veras?

FABIO. Para mí
pienso que lo es, que aquí
de celos se declaró.

RUGERO. ¿Cosa que tanta tristeza
nazca de tenerme amor!

FABIO. ¿No ves que dijo, señor,
no sé qué de su flaqueza?

A la fe que, como es viuda,
debe de tener memoria
de alguna pasada historia,
que a tus capítulos muda.
¡Ah, Rugero!, no seas necio;
sirve esta mujer, porfía,
que tanta melancolía
procede de tu desprecio.

Atrévete, que el papel
¿qué más te puede decir?

RUGERO. Luego ¿no es fingir?

FABIO. ¿Fingir?

Mil almas vienen en él.

RUGERO. Sí; pero ¿si se entendiese
y el Príncipe me matase?

FABIO. Cuando esto se declarase
y tan mal te sucediese,
decir quién eres, Rugero.

RUGERO. Si verdad, Fabio, te digo,
mi buena fortuna sigo,
y desde hoy a Celia quiero,
que es peregrina señora;
si la tuvo envidia el Sol
del océano español
a los rayos de la aurora,
¡vive Dios!, de aventurarme,

que esto de Flora es bajeza,
donde tan alta belleza
quiere en tal estado amarme;
que si en forma de criado
me ha tenido tanto amor,
mi obligación es mayor.

FABIO. Pues alerta, y ten cuidado,
que yo seré buen tercero;

y busque Flora otras flores
con quien pueda andar de amores.

RUGERO. El Príncipe.

(Sale ALBERTO.)

ALBERTO. Ya, Rugero,
escribí al duque Eduardo.

Pon ese retrato aquí
de Celia, y cierra, que así
la resolución aguardo
de su venida por ella.

RUGERO. Ciertó que es tan parecido,
que a haber en el Duque olvido,
por él adorara en ella.

Luego las despacharé.

ALBERTO. Bien conozco tu cuidado.

(Vase.)

RUGERO. Todo está desbaratado.

FABIO. Desbaratado, ¿por qué?

RUGERO. Porque el Duque ha de venir,
y a Celia se ha de llevar.

FABIO. Amor sabe trampear
lo que quiere diferir.

(Sale FELISARDO.)

FELISARDO.

Pienso, Rugero, que te ha dado el Príncipe
las cartas para el Duque, y el retrato.

RUGERO.

Aquí la[s] tengo, y de tu pena trato;
porque, en viendo Eduardo su belleza,
ha de venir por ella más a prisa
que cuando al claro Sol Venus le avisa.

FELISARDO.

Yo pierdo la esperanza si me faltas.

RUGERO.

Pues ¿yo puedo servirte?

FELISARDO.

Honrarme puedes.

RUGERO.

Dime de qué manera, porque quedés
seguro de mi amor.

FELISARDO.

Ese retrato
hermoso has de quitar. y en lugar suyo
poner aqueste feo.

RUGERO.

Muestra. ¡Ay, cielos!
¿Quién eres, monstruo?

FELISARDO.

Un hijo de [los] celos.

RUGERO.

Tú lo has encarecido,
habido en el desprecio y el olvido.
Yo le pondré en lugar de aqueste hermoso,
con que pienso que el Duque, temeroso
de ver esta visión, cesará luego
deste deseo y pretensión.

FELISARDO.

Tan ciego
vino de su hermosura, que Amor loco
me ha dado este consejo.

RUGERO.

Fué tan cuerdo,
que debes a sus aras sacrificio.
Vete, que hará Rugero en tu servicio
lo que dice su nombre, y no otra cosa;
porque Rugero sólo te promete
ayudar con el nombre.

FELISARDO.

El nombre veo
que basta a dar vitoria a mi deseo.

(Vase.)

FABIO.

¿Qué dice este pintor?

RUGERO.

Que al Duque escriba
que él hizo este retrato, que desea
que le agradezca lo que al arte debe.

FABIO.

Todo, Rugero, el interés lo mueve.

(Sale CELIA.)

CELIA.

Fabio.

FABIO.

Señora.

CELIA.

Ya estoy

de mi enojo más templada.

FABIO.

Sin causa estabas airada.

CELIA.

Soy celosa, mujer soy.

RUGERO.

Y yo estoy, señora, aquí
temblando de tus enojos.

CELIA.

Rugero, hasta ver tus ojos
duran enojos en mí.

RUGERO.

No hayas miedo que yo diga
tu amor en burlas, ni en veras.

CELIA.

Fabio, prosigue, ¿qué esperas?

Dime a lo que amor obliga
después de escritos papeles.

FABIO.

Señora, a decirse amores,
y luego a darse favores.

CELIA.

Obliga a cosas crueles.

A ver, Rugero, comienza.

RUGERO.

Señora, yo os quiero bien.

FABIO.

Responde: yo a ti también.

CELIA.

¿También?

FABIO.

Sí.

CELIA.

Tengo vergüenza.

FABIO.

Graciosa dificultad
para una mujer viuda.

CELIA.

¿No ves que el tiempo se muda
y vuelve a ser novedad?

Ahora bien: yo a ti también.

RUGERO.

Señora, mucho deseo
que sepáis que cuando os veo
veo en vos todo mi bien.

CELIA.

¿Qué le tengo de decir?

FABIO.

Que es tu vida.

CELIA.

Pues ¿tan presto?

FABIO.

Conforme tienes el resto
has de envidar el sufrir.

CELIA.

Digo que mi vida eres.

FABIO.

¡Ea, no haya más amores!

Dense luego dos favores.

RUGERO.

Toma esta banda, si quieres;
que no tengo aquí qué dar

que conforme a tu grandeza.

FABIO.

Déle una joya Tu Alteza,
que bien la sabrá tomar.

CELIA.

Toma, Rugero.

RUGERO.

Tu mano
beso por tanto favor.

CELIA. ¿Va bien la burla de amor?
 FABIO. De oro y azul soberano.
 CELIA. ¡Ay, amor loco! ¿Qué esperas?
 ¿Qué, va bien?

FABIO. ¿No es cosa clara?
 Va (16) tan bien, que me obligara
 que fueran *las burlas veras*.

CELIA. ¿Qué viene tras los favores?

FABIO. Daros la mano y los brazos.

CELIA. ¿Los brazos?

FABIO. Sí, que son lazos
 firmes de honestos amores.

CELIA. ¿De honestos amores?

FABIO. Sí.

CELIA. Aguardad aquí los dos.

FABIO. ¿Retírate?

CELIA. ¡Ay, cielo! ¡Ay, Dios!

¡Amor!, ¿qué ha de ser de mí?

¿Podré sujetarme así

a un hombre que es mi criado?

No podré, que me ha engañado
 mi loca imaginación.

Que amor, que es todo ilusión,
 es un veneno dorado.

Quisiera determinarme
 por dar gusto a mis sentidos.
 Los ojos y los sentidos
 se juntaron a engañarme;
 ellos quieren despeñarme.
 ¡Tenedme, divino Amor!,
 no permitáis que este error
 consienta Naturaleza,
 que no siempre [es] la belleza
 causa accidental de amor.

¡Ay de mí! ¿Podré vivir
 sin Rugero? No podré,
 y más agora que sé
 que entiende que no es fingir.
 Pero mejor es morir,
 Amor, aunque me condenas
 a fuego y sangre en las venas,
 diciendo tantas historias,
 que fueron tantas tus glorias
 y son eternas tus penas.

Alma, ¿qué me aconsejáis?
 Consultad vuestras potencias.
 ¿Podréis hacer resistencias,
 o será bien que os rindáis?
 Parece que os receláis,
 voluntad, con el tormento,
 a mi cuerdo entendimiento.

No te rindas, que el Amor
 se pone al pie del honor
 en habiendo sufrimiento.

Rugero.

RUGERO. Señora mía.

CELIA. Burla que llega a las manos
 siempre lo fué de villanos.
 Ya es esta burla muy fría.
 Pensé que me entretenía,
 y como a tanto llegó
 que a las manos se atrevió,
 hame causado disgusto,
 que para tu humilde gusto
 soy de otro género yo.

No se trate de esto más,
 ni lo toméis en la boca.
 Tú, la parte que te toca
 para siempre callarás,
 que no quiero que jamás
 pierda mi ser su valor,
 que no conviene a mi honor.
 Vuélvete, Rugero, a Flora,
 que Amor, burlando enamora,
 y no hay burlas con Amor.

(Vase.)

RUGERO. ¡Buenos habemos quedado!
 ¿Ves cómo tu entendimiento
 no es como tú lo imaginas?

FABIO. Conozco que ha sido yerro;
 pero digno de perdón.
 Y para mí, bien entiendo
 que todo aqueste principio
 nació de este amor inmenso
 que te tiene esta señora.
 Pero viendo que el deseo
 llegaba a la ejecución,
 puso el honor de por medio;
 su autoridad, su peligro
 y un cuerdo arrepentimiento
 dió con todo el edificio
 severamente en el suelo.
 No hay más; ella fué quien es;
 vencióse de gusto, y luego
 culpóse a sí misma, y fué.

RUGERO. ¡Ay, Fabio; yo quedo bueno!

FABIO. Pues ¿cómo quedas?

RUGERO. Perdido,
 sí, por vida de Rugero.

FABIO. ¿Haste picado?

RUGERO. Hasta el alma.

FABIO. ¡Válgate Dios, por colete!

RUGERO. ¡Basta, que me enamoré!
 FABIO. ¿Tan presto?
 RUGERO. No fué muy presto,

que ha días que ando pensando
 que me quiere bien, y pienso
 la verdad, y que a saber
 mi nombre y mi nacimiento,
 no le valiera el honor
 contra tan firme deseo.
 Ahora bien; ¿qué me aconsejas?

FABIO. Que a darle celos probemos;
 si se pica, irános bien;
 si se burla, ¿qué perdemos?,
 pues Flora te ha de quitar
 este mal nacido muermo
 que te dió como a caballo. (17)

RUGERO. ¿Es ésta?

FABIO. La misma.

RUGERO. ¡Ay, cielos!
 (Sale FLORA.)

FLORA. ¿Aquí estás?

RUGERO. ¿De qué te espantas?
 Siempre busco donde pierdo
 aquello que siento más.

FLORA. No yo, pues lo sientes menos;
 que después que levantaste
 a Celia tus pensamientos
 no buscas flores en prados,
 sino estrellas en los cielos.

RUGERO. Flora, yo no tuve culpa,
 ya lo sabes, deste enredo;
 Fabio y Celia le trazaron.
 Ya se acabó, ¿qué te debo?
 Tuyo soy, y lo he de ser;
 tú fuiste mi amor primero;
 con merecerte me agrado,
 aunque yo no te merezco.
 Celia es mi dueño; yo, Flora,
 no me burlo con mi dueño,
 que, de burlas ni de veras,
 no fué prudente consejo.
 Desenójate, y presume
 que nunca ha sido mi intento
 tu ofensa, porque tu agravio
 fuera un áspid en mi pecho.
 Yo soy noble, y lo ha de ser
 el alma, donde te tengo.

FLORA. ¿Tú noble? ¡Si tú lo fueras!

(Sale CELIA al paño.)

CELIA. ¿Qué me queréis, pensamientos?
 ¿Dónde me lleváis, forzada
 de tantos locos deseos,
 que a mis imaginaciones,
 como a Troya, ponen fuego?
 ¿Esta fué la resistencia,
 éste el arrepentimiento?
 ¡Oh!, sois como aquel que llega
 animoso al mar soberbio,
 y en viendo las fieras ondas,
 gigantes de agua, que el cielo
 quieren conquistar altivas
 sobre montañas de yelo,
 vuelve temeroso atrás,
 de sólo verlas, huyendo;
 que apenas en las arenas
 estampa los pies el miedo...
 Pero ¿qué es esto? ¡Ay de mí!

FLORA. No pienses tú que tan presto
 se me pasan los enojos.

RUGERO. Fabio, dilo, que me muero
 por estos mismos desdenes.

FLORA. ¡Buen tercero!

FABIO. ¿No soy bueno?

FLORA. Para embelecos de amor,
 para mentiras de celos, (18)
 para disgustos de amantes.

FABIO. Anda, que no soy tan necio;
 que bien sé que por las paces
 te estás, Flora, deshaciendo.
 ¡Ea!, no se esgrima más
 con las negras, que es mal hecho;
 daos batalla con las blancas
 desas manos.

RUGERO. Yo protesto
 de no darte más disgusto.
 Muestra.

FLORA. Toma.

(Sale CELIA.)

CELIA. ¡Quedo, quedo!

FABIO. ¡Otra vez!

CELIA. Que estoy aquí,
 y es muy grande atrevimiento.

FABIO. Tiene Su Alteza razón;
 que, aun de burlas, es mal hecho
 mirar rayas en las manos,
 líneas ni montes de Venus.
 No sé para qué se hace

(17) *Cavallero.*

(18) *Cesos*, con una *s* alta muy gastada en la curva superior.

tan astrólogo Rugero,
que desta ciencia no sabe
trinos, cuadrados ni opuestos
más que yo de hacer alquimia.
¡ Bueno está, Fabio!

CELIA.

FABIO. No es bueno,
que dije que te pesaba.
Ten ánimo; todo es celos.

CELIA.

¿ Aún osas estar aquí?

FLORA.

Siempre, señora, te ofendo,
cuando pienso que te sirvo.

CELIA.

Necio Rugero, ¿ qué es esto?
¿ Tú vuelves a amar a Flora?

RUGERO.

Señora, apenas entiendo
en qué te agrado o te canso.
ya soy lince, y ya soy ciego;
ya entiendo lo que me mandas
y hasta el alma te penetro,
y luego me veo corrido
de lo mismo en que me veo.
Querriame declarar,
y declararme no puedo:
soy mudo y hablo, soy loco
y soy cuerdo.

CELIA.

No eres cuerdo,

que, si lo fueras, supieras
sufrir desdenes por celos.

RUGERO.

¿ Qué desdenes, si me dices
que este amoroso concierto
en que quieres ser la dama
para tu divertimento
y que yo sea el galán,
me mandas que cese luego,
porque con tu mismo honor
vienes a tomar consejo?
Riñes a Fabio también,
en que pareces enfermo
que, con el agua en la boca,
está "si bebo o no bebo".

No consultes el temor,
sino la sed, y acabemos;
que si me quieres, más claro;
esto es español, no es griego.

CELIA.

Quien ama ha de sufrir mucho,
no ha de cansarse, Rugero;

(Yéndose.)

que quien no sufre, no alcanza.

RUGERO.

Mucho ha dicho.

FABIO.

Mucho, y presto.

RUGERO.

Sufriré.

FABIO.

Celia lo dice.

RUGERO. Pues ¡ ánimo, pensamiento!
Si Celia tiene valor,
no es menos valor el vuestro.
Sigamos tan alta empresa;
diréis quién soy a su tiempo,
porque las empresas grandes
no son para humildes pechos.

JORNADA TERCERA

(Salen el Príncipe ALBERTO con una carta, y RISELO.)

ALBERTO.

¿ Esto responde el Duque?

RISELO.

¿ A quién no admira
resolución tan nueva?

ALBERTO.

¿ Esto responde?

RISELO.

Con justa causa te ha movido a ira.

ALBERTO.

Algún secreto la malicia esconde
con que viene esta carta; oye, Riselo.

RISELO.

¡ Qué mal a su grandeza corresponde!

ALBERTO.

(Lea:) "Cuando esperaba del piadoso cielo
tiempo para cumplir nuestro contrato
con justa obligación, con justo celo,
recebí vuestra carta y el retrato
de la princesa Celia, vuestra hija,
ni al arte esquivo, ni al pincel ingrato;
pero, como primero ordene y rija
el cielo nuestras cosas, y en su acuerdo
está su voluntad eterna y fija,
yo me resuelvo, Príncipe, aunque pierdo
tan buena compañía, a no casarme..."

RISELO.

No leas más.

ALBERTO.

¿ Cuál hombre noble y cuerdo
pudiera, dime, tanto amor pagarme
con tal desigualdad, y responderme

tales palabras, que podrán matarme?

¿Pudiera un loco tal agravio hacerme?

Yo me tengo la culpa: no se hable
más que en vengar mi ofensa.

¡Que de Nápoles deje al Condestable,
al gran duque de Urbino, y a otros hombres
de reales prendas y valor notable,
y que me burle así?

RISELO.

Bien es que nombres
un general para esta justa empresa,
con que a Calabria toda Italia asombres.

ALBERTO.

Antes que por honor de la Princesa
la (19) guerra intente, prevenirla quiero
de que romper el amistad me pesa;
vaya a desafiarle un caballero,
y a que las causas de que le han movido
a deshazer lo que juró primero
diga las ocasiones que ha tenido,
y si no fueren justas, a la guerra
quede desafiado y prevenido.

RISELO.

Yo iré, si gustas.

ALBERTO.

Parte, y di que encierra
sangre y valor mi pecho, en estos años,
con que yo solo abrasaré su tierra;
que yo traté verdad, y él trata engaños.

(*Vanse. Salen CELIA y RUGERO.*)

RUGERO. No amante a quien has dado (20)
licencia, ya no Señora.
sino Celia, pues ahora
no he de hablar como criado.
Digo que Amor, enojado
de que otro amor mereciese
Celia, que tu gusto fuese,
al Duque puso en la pluma
esta necia y breve suma,
que tus bodas deshiciese.

Ya mi esperanza vencida
deste nuevo casamiento,
parte ocupaba del viento,
en sus esferas perdida;
pero hoy cobran nueva vida,

(19) *Lu.*

(20) Así este verso. Acaso: *No el amante a quien
has dado.*

pues, deshecho este concierto,
quedará mi amor más cierto
de que tendrá galardón,
si hubiese en mi pretensión
algún secreto encubierto.

Muchas veces me has mostrado
un amor tan parecido
al amor que no es fingido,
que te he querido engañado;
perdóname, pues me has dado,
con señas tan verdaderas,
causa a quererte de veras;
y no es tan grande mi error,
pues muchas veces Amor
suele hacer *las burlas veras*.

Tu grave melancolía,
después que de amor te trato,
Celia, con menos recato,
no es la misma que solía;
pues si tienes alegría
y causé yo tu tristeza,
háblame con más llaneza,
que soy noble caballero,
y, ¡vive Dios!, que me muero
por tu divina belleza.

CELIA. Bueno está, que me ha pesado
de verte tan atrevido.

RUGERO. Tu galán favorecido
causa y estilo me ha dado.

CELIA. Pues vuelve a ser mi criado,
que no te quiero tan loco,
si, porque yo te provocho,
tan atrevido te escucho.

RUGERO. ¿Qué mal no ha durado mucho,
qué bien no ha durado poco?

¿Qué me manda Vuestra Alteza?

¿Que al duque Eduardo escriba,
hombre tan vil, que se priva
de gozar tanta belleza?

Y acerca de su tristeza,
¿qué responderé a Milán?

CELIA. ¡Qué poca pena me dan
estos tratos y contratos,
donde mis mudos retratos
por embajadores van!

RUGERO. Yo pondré en ejecución
lo que manda Vuestra Alteza.

CELIA. Ya me cansa la grandeza.
mejores las burlas son:
vuelve a hablarme en tu afición,
y dime lo que quisieres.

RUGERO. Digo que mis ojos eres;
y pues dejas los enojos,

serás la luz de mis ojos
si me dices que me quieres.

CELIA. Pues ¿eso te he de decir?
RUGERO. Pues di, Celia, ¿qué es querer?
¿Siempre ha de ser menester
Fabio, siempre lo ha de oír,
para enseñarte a fingir?

CELIA. A fingir ha de enseñarme,
no a quererte y reportarme;
que, si no me reportara...

RUGERO. Prosigue.

CELIA. Me aventurara
a ser tuya, o a matarme.

RUGERO. Vuestra Alteza se ha olvidado
de quien es.

CELIA. ¿Alteza aquí?

RUGERO. Para que volviese en sí,
me vuelvo a ser tu criado.

CELIA. ¡Oh, qué discreto has estado!
Secretario, escribiréis
estas cartas, y diréis
que mis tristezas no son
para mayor pretensión
del estado en que me veis.

RUGERO. De mi locura me espanto,
siendo ya amante[s] los dos;
¡vuélvete a Celia, por Dios,
que no lo dije por tanto!

CELIA. Ahora bien, tú sabes cuánto
yo te quiero y te deseo.

RUGERO. No sé si diga que veo
en tus ojos tu verdad;
no llesves la voluntad
por tan extraño rodeo.

CELIA. Ahora bien, vete a escribir,
que me voy perdiendo ya.

RUGERO. ¿Quién sin verte vivirá?
Yo me voy, Celia, a morir.

CELIA. Y yo no podré vivir
sin ti, mi Rugero, un hora.

RUGERO. Si me voy, ¿qué eres ahora?

CELIA. No sé qué soy.

RUGERO. Yo me voy;
¿esto es veras?

CELIA. No; que soy,
si es de veras, tu señora.

(Vanse. Salen SERAFINA y FLORA.)

FLORA. Si me quejo con razón
no es bien que te cause espanto.

SERAFINA. Sí; mas no te quejes tanto
que parezca sinrazón.

FLORA. Fuí tu amiga, y no fué justo
el término que has usado.

SERAFINA. Si fué término mandado,
¿de qué te parece injusto?

FLORA. No es disculpa en tanta culpa.

SERAFINA. ¿Esto es culpa?

FLORA. ¿Qué mayor?

SERAFINA. Cualquiera culpa de amor
el mismo amor la disculpa.

FLORA. Eres traidora a la fe
que profesa la amistad.

SERAFINA. Si he faltado a tu lealtad,
la de mi dueño guardé.

(Sale CELIA.)

CELIA. ¿Qué es esto, Flora?

FLORA. No es nada.

CELIA. Serafina, ¿qué cuestión
es ésta?

SERAFINA. No es ocasión
para que llegue apelada
a tu mayor tribunal.

CELIA. Quiero yo saber lo que es.

SERAFINA. Un amoroso interés.

FLORA. Y una amistad desleal.

CELIA. Proponed, por vida mía,
para mi entretenimiento
este pleito, que hoy me siento
con menos melancolía.

¿Es acaso de Rugero?

FLORA. Yo amaba a Rugero, y fuí
tan dichosa, que le vi
quererme como le quiero;
fué mi amiga Serafina
y a Rugero enamoró.

CELIA. ¿Quiérela bien?

FLORA. No sé yo
si a Serafina se inclina;
pero sé que desde el día
que la vió, y le quiso bien,
o me trata con desdén,
o con necia fantasía.

CELIA. Y tú ¿qué dices?

SERAFINA. Que yo
le hablé para entretenerte,
porque nunca de otra suerte
Rugero me enamoró;
tú gustabas destas cosas
para aliviar tu tristeza.

FLORA. ¿Esto mandó Vuestra Alteza?

CELIA. Pues estáis las dos celosas,
bueno será sentenciar,

y así lo mando y lo quiero
que desde hoy más a Rugero
ninguna se atreva a amar.

Esto pronuncia el amor
de una dama que le quiere,
y quien no me obedeciere
presto verá mi rigor.

Y no pase más de aquí
esta celosa pendencia.

(Vase.)

SERAFINA. ¿Qué te dice la sentencia?

FLORA. Que le quiere para sí.

Ansí dicen que el león
lo que con otros había
cazado, partir solía.

SERAFINA. Yo nunca tuve afición,
que me la mandó fingir,
y se lo dije en la cara.

FLORA. ¿Quién de Celia imaginara
que se viniera a rendir
a un hombre que la servía?

SERAFINA. No eres mujer.

FLORA. Soy mujer.

SERAFINA. Pues eso debió de ser
su pena y melancolía.

(Sale FABIO.)

FABIO. ¿Vuestas mercedes han visto
un amo que tengo yo,
que desde hoy se me perdió?

SERAFINA. ¿Es un Rugero malquisto
que revuelve este palacio?

FLORA. ¿Es un villano grosero?
¿Es un español Rugero
que habla a prisa y ama espacio?

SERAFINA. ¿Es un mudable inconstante?

FLORA. ¿Es un necio satisfecho?

SERAFINA. ¿Es un hombre que en el pecho
tiene un alma de diamante?

FLORA. ¿Es un loco?

SERAFINA. ¿Es un perdido?

FLORA. ¿Es un vano?

SERAFINA. ¿Es un cobarde?
Que éste hemos visto esta tarde,
de las dos aborrecido.

(Vanse.)

FABIO. ¡Cargar al amo! ¿Qué es esto?
Oigan, pues ¿cómo se van?

Enojadillas están;
¡el de dos haldas se han puesto!
¡Rugero! ¡Ah, Rugero!

(Sale RUGERO.)

RUGERO. ¿A quién

das voces de esa manera?

FABIO. Hallé aquí, que no debiera,
y me estuviera más bien,
a Serafina y a Flora,
y preguntéles por ti.

RUGERO. ¿Qué te dijeron de mí?
¿Que Serafina me adora
y Flora pierde el juicio?

FABIO. ¡Están muy enamoradas!

RUGERO. Perdidas.

FABIO. Desatinadas;
mas retozan con el vicio
y quíerente como al diablo
y échante mil maldiciones.

RUGERO. Por cifrar sus aficiones
con exquisito vocablo.

FABIO. Por eso debe de ser.

RUGERO. Celos serán de mi ama.

FABIO. ¿Cómo te va?

RUGERO. Que me ama
cuanto me puede querer;
pero esta desigualdad
de "quíerote" "no te quiero"
es, por vida de Rugero,
enfadosa calidad.

No me ha llamado "mi bien"
y yo la he dicho "mi vida",
cuando luego, muy fruncida,
vuelve al pasado desdén.

Ríndese Celia, y al punto
se hace respetar señora;
ya me aborrece y me adora.

FABIO. Todo debe de andar junto
entre el amor y el honor.

RUGERO. Sí; pero yo mal lo paso
porque ella me quiere acaso,
y yo me muero de amor.

Crece mi amor, y con ella
es burla. ¿Qué he de ganar
en dejarme enamorar
si me he de quedar sin ella?

FABIO. Ella viene al hecho, y yo
me retiro. Di quién eres.
que amor en tales mujeres,
por desigualdad faltó.

Sólo puedes encubrir
los padres, por lo que sabes.

(Sale CELIA.)

CELIA. Mal me va de cosas graves,
que necias son de sufrir.
Pues, Rugero, ¿despachaste
las cartas?

RUGERO. Estoy tan triste
de aquello que me dijiste
cuando de mí te apartaste (21),
que apenas he vuelto en mí.
¿Cómo?

CELIA. ¿Cómo?

RUGERO. Que eras mi señora.

CELIA. Y lo vuelvo a ser agora.

RUGERO. ¿Cierto?

CELIA. Sí.

RUGERO. Pues oye.

CELIA. Di.

RUGERO. En una ciudad famosa,
que de las puertas de España
debe de ser la mayor,
si no me engaña la patria;
soberbia, de insignes muros
y de torres coronada;
tiene la mar por espejo
y por cadena sus aguas;
con rojos corales besa
las arenas de sus plantas,
que en vez de conchas de Tiro
la ciñen de roja grana;
nací de un príncipe en ella,
cuya corona levanta
un monte que en las estrellas
forma la cabeza sacra,
desde cuya altura pueden
escribir letras doradas
con el Sol los que le habitan
entre peñas solitarias.
Todo esto te digo así,
porque me importa que hagas
de quien soy, si bien quien digo,
imaginaciones varias.
Tuve un hermano mayor,
que el principado heredaba,
hombre de valientes partes
para toda heroica hazaña.
Tenía un privado amigo,
que por todo extremo amaba,
discreto y poco prudente,
naturalezas contrarias;
tenía pocos amigos,
y el tenerlos le importaba;

que es alta razón de estado
hacer bien con la privanza.
Servía yo donde digo
una bellissima dama,
la más gallarda hasta verte,
que después no fué gallarda.
Merecí favores suyos;
ya sabes tú los que pasan
entre amantes que comienzan
del amor historias largas;
y si no lo sabes, Celia,
ya fuego, ya nieve helada,
ya sabes que se da mano
después de juntar las cartas;
esto sólo honestamente,
porque fué sangre tan alta,
que con sólo el casamiento
pudo Rugero igualarla.
¿Quién duda que lo creerás,
si te detienes y amas,
que la gravedad enfría,
tal vez cuanto amor abrasa?
Vió aquel hombre que refiero
esta dama una mañana
de San Juan, que al mar salía,
sirena de mis desgracias.
Parecióle bien, siguióla,
y supo de las criadas,
que en otro coche venían,
lo que del dueño ignoraba;
que el honor del casamiento
poco los secretos guarda,
porque a todos les parece
que la pretensión es santa.
No me guardó aquel respeto,
que yo, Celia, le guardara
con ser yo mejor, que, en fin,
era su soberbia tanta.
Solicitó con paseos
la voluntad y la casa;
para ninguna halló puerta:
todas las halló cerradas.
Venía yo a verlas, triste,
cuando ya la noche estaba
en su tribunal de estrellas
juzgando amorosas causas;
hallábale allí, y quería
defender las que me daba;
pero traía a mi hermano
para su defensa y guarda.
Por no darle pesadumbre,
no osaba sacar la espada,
porque la sangre mayor

(21) Cuando dime te apartaste.

es excepción de las armas,
y porque también sabía
que luego que la sacara
había de ser mi hermano
el primero en la venganza.
Con esto, yo me volvía
siempre la espada en la vaina,
la cólera en la razón
y el agravio en las entrañas.
Viendo, Celia, mi enemigo
resistencia tan honrada,
juzgando por imposible
poder jamás conquistarla,
bárbaro, remite a fuerza
lo que oro y amor no alcanzan,
y con una amiga suya
concierta que a la mar vayan.
Sale un barco, que pudiera
llevar la Europa en sus alas,
más engañoso que el toro
manchado, a velas y jarcias.
Entra la dama inocente;
el barco a la mar se alarga;
hacen que espere a la noche;
la noche a su ruego baja,
y cuando ya las tinieblas
eran de las aguas capa
tan obscura que las luces
del cielo aun no retrataban,
llega el traidor, vuelto moro,
en una turca fragata,
y le dicen que se rinda;
abordan con algazara;
sacan la dama del barco.
y a la fragata la pasan,
donde en la popa la fuerza,
sin luz, sin piedad, sin alma.
Con esto al barco la vuelven,
y el barco aborda a la playa,
ella muerta, y el traidor
se disimula y disfrazo,
pero siendo conocido,
aunque él no lo imaginaba.
Ella me cuenta el suceso,
con más perlas que palabras;
yo salgo furioso y loco,
y aunque ella me importunaba
que no vengase su agravio,
por no lastimar su fama,
pues había monasterios
donde pudiese cobrarla.
busqué al tirano, y matéle,
justa y forzosa venganza.

Aquí mi hermano imagina,
porque furia desatada
del infierno, con la suya
es comparación muy baja.
Murió mi padre de pena;
yo, en viendo, Celia, que estaba
con el laurel en la frente,
perdí toda la esperanza.
Dejé la patria, y con Fabio
sólo, por el mar de Italia
llegué a Sicilia, y llegué
a ser tu esclavo en tu casa.
Seis años ha que te sirvo,
sin que sepan en mi patria
dónde estoy, ni tú quién soy,
aunque ser tu esclavo basta.

CELIA. Huélgome de haberte oído;
pero di, ¿por qué has callado
tus padres?

RUGERO. No me he fiado
de tu amor, porque es fingido;
ésta la razón ha sido.

CELIA. Sí; pero son deslealtades.

RUGERO. En vano me persuades,
y tu condición se admira;
que donde amor es mentira
no se han de tratar verdades.

CELIA. Rugero, si yo estuviera
cierta de tu calidad,
con verdad a tu verdad,
si es verdad, correspondiera.
Y está cierto que quisiera
quererte tan libremente
cuanto de ti tu amor siente;
pero fuerte caso es
tratar verdad, si después
a mi amor tu engaño miente.

No me engañes, ni prefieras
tu mentira a mi verdad;
que si tienes calidad
haremos *las burlas veras*.
Razones tan verdaderas
bien tienen merecimiento;
para que sepa tu intento,
prueba quién eres, no más;
y entonces de mí sabrás
que te adoro, y que no miento.

¿Qué más te puedo decir,
pues de vergüenza me voy?
Mas siempre seré quien soy,
aunque me sepa morir.
Aquí se acabó el fingir,
de todo me desengaña;

que en confusión tan extraña
o tal, Rugero, has de ser
que pueda ser tu mujer,
o te has de volver a España.

(Vase CELIA.)

RUGERO.

Aquí dió fin mi loco pensamiento,
y fué muy bien que aqueste fin tuviese,
pues para que del cielo al mar cayese
tuvo principio en la región del viento.

A conquistar el Sol subió mi intento,
fundado en que el Amor lo defendiese;
mas no quiso su luz que se luciese,
para menos rigor, su atrevimiento.

Cayó mi pretensión, y en sus desmayos
tu vitoriosa luz quedó segura.
entre verdades, permitiendo ensayos.

Mas no me negará tu lumbre pura;
aunque las plumas me abrasé en sus rayos,
fuí sol mientras gocé de tu hermosura.

(Salen FABIO y DON FÉLIX, vestido de camino.)

FABIO.

Loco se ha de volver.

FÉLIX.

Yo vengo loco,
Fabio, de la ventura que he tenido.

FABIO.

¡El es! ¿Qué aguardo? Aquí te espera un poco.
De España hay nuevas.

RUGERO.

¿Nuevas?

FABIO.

Ha venido

don Félix.

RUGERO.

¿Dónde está?

FABIO.

Don Félix, llega.

FÉLIX.

Los pies, excelso Príncipe, te pido.

RUGERO.

¿Cómo es eso de Príncipe? Levanta.

FÉLIX.

Que eres Príncipe ya de Cataluña
y Conde de la ilustre Barcelona.

RUGERO.

Habla quedo, por Dios.

FABIO.

Amo, perdona
estos abrazos; dame un pie, una mano,
la frente, la nariz.

FÉLIX.

Murió tu hermano.

RUGERO.

¡Triste nueva!

FABIO.

Es mentira, ¡vive el cielo!
sino que es muy alegre y suficiente,
y miente quien no dice lo que siente.

RUGERO.

El corazón, don Félix, me has turbado.

FABIO.

Será del alegría que te ha dado.

RUGERO.

Pero ¿cómo supiste dónde estaba?

FÉLIX.

Días ha que se sabe [ya] en Sicilia,
de personas que aquí te han conocido.

RUGERO.

Aquí por mis destierros he servido
la Princesa de Augusta, hermosa dama,
viuda de Alejandro Cesarino,
gran Duque de Milán, tan pretendida
de príncipes de Italia (22), por sus méritos,
cuanto amada de mí, sin declararme.
Fingir quiero unas cartas, y que digas
que eres embajador del Conde Enrique,
que se la pide por mujer, que creo
que a Barcelona volverá casado,
que no tiene de mí menos deseo.

FÉLIX.

Tú verás en tu gusto mi cuidado.

RUGERO.

No te vean conmigo antes que escriba.

FABIO.

Pues ¿qué quieres hacer con estas cartas?
¿No es mejor declararte por quien eres?

RUGERO.

Déjame, Fabio, a mí; que es más seguro
con esto el casamiento que procuro.

FÉLIX.

Señor, abrevia en todo, que te espera
todo aquel principado, que te adora.

RUGERO.

Yo le daré, don Félix, la señora
más bella que de Italia a España vino.

FABIO.

A don Félix, ¿qué das por el camino,
y a mí por las albricias?

RUGERO.

Calla, Fabio,
que en dar palabras, lo que os debo agravio.

FABIO.

¿Cómo queda, don Félix, Cataluña?

FÉLIX.

Hermosa, fértil, rica, ilustre...

FABIO.

¡Para!

¡Oh, cap de mi matex, qué la trobara!

(Sale OTAVIO y el Duque FELISARDO.)

FELISARDO. ¡Notable fué la invención!

OTAVIO. Basta que el retrato feo
dió esperanza a tu deseo,
y a tu engaño ejecución.

FELISARDO. No le hubo el Duque mirado,
cuando, triste y descontento,
desbarató el casamiento
por tantas cartas firmado.

El Príncipe lo ha sentido,
y ha enviado un caballero
a desafiarle.

OTAVIO.

Espero

ver al Duque arrepentido.

Tú, señor, no aguardes más.

Declárate, que es locura,
cuando corre la ventura,
dejar el cuidado atrás,
porque en razón de tu estado,
¿qué mayor inclinación
quieres de Celia?

FELISARDO.

Afición

gravemente [me] ha mostrado
de suerte, que de unos días
a esta parte no la veo
tan triste.

OTAVIO.

Es viuda, y creo

que aquestas melancolías
nacen de su soledad;
y como en ti resplandece
más de lo que se parece
de grandeza y calidad,
debe de haber sospechado
quién eres.

FELISARDO.

Por Dios, que creo

que ha entendido mi deseo
por lo atento y lo turbado;
y viendo mi pensamiento,
que juzgará, cierto estoy,
que de menos de quien soy,
no fuera mi atrevimiento.

OTAVIO.

¿Cosa que lo haya sabido,
si te mira con cuidado?

FELISARDO.

Con cuidado me ha mirado,
si no es del que yo he tenido;
y si ella sabe quién soy,
sin duda me quiere bien.
Favoréceme también,
si a solas con ella estoy,
en dejarse ver despacio
para un cuadro que pinté,
que jeroglífico fué
y fué asombro de palacio.

Pinté a Celia lo mejor
que pude, en un verde prado,
y a mí, en lejos, transformado
en hábito de pastor.

Puse unas letras cifradas,
que algún día te diré:
Felisardo empieza en fe,
y estaban bien disfrazadas,
que parece que decía:
Lauro me fecit, Otavio.

OTAVIO.

Amor es secreto y sabio.

FELISARDO.

Y aun loco cuando porfía.

(Sale RUGERO.)

RUGERO. No es necia la pretensión
que hoy el español procura,
y no es pequeña ventura
llegar en buena ocasión.

FELISARDO. ¿Qué es esto, amigo Rugero?

RUGERO. ¿Puedo hablar?

FELISARDO. Está conmigo
Otavio, mi grande amigo,
a quien más debo y más quiero.

RUGERO. Pues, Duque, no os irá bien,
a lo que yo he sospechado,
con el amor disfrazado,
aunque os declaréis también;
porque un cierto embajador
del Conde de Barcelona,
por toda aquella corona
y en nombre de su señor,
pide a la Princesa a Alberto,
y él está en dársela ya,
porque el de Calabria está,
según dicen, en el puerto,
que a darle satisfacción
viene del pasado engaño
que yo hice por mi daño,
y vos por vuestra afición.
Y así el Príncipe, enojado,
al español la promete
por vengarse, aunque sujete
a un extranjero su estado.
Vos, mirad qué habéis de hacer,
pues que ya se os pone el sol.

FELISARDO. Hacer que del español
no sea Celia mujer.
Y, pues tú lo eres, Rugero,
sin duda que me has vendido,
que por tu causa ha venido
el embajador.

RUGERO. No espero
menos galardón de ti (23);
porque el servicio y secreto
desta pretensión...

FELISARDO. Pues ¿quién
pudo concertar más bien
destas bodas en efeto
que tú con cartas, y ser
privado de la Princesa?

RUGERO. Tú eres culpado en tu empresa
por no darte a conocer.

FELISARDO. Y tú ingrato a quien te dió
la vida.

RUGERO. ¿Tú, vida a mí?

Anda, que bien conocí
lo que tu engaño intentó,
pues pensando que de España
me enviaban a matar,
procuré saber y hallar
el dueño de aquella hazaña,
y criado tuyo, a quien
despediste, me contó
que en la pendencia se halló
con otros tuyos también,
y que toda fué fingida
para ganar mi amistad.

FELISARDO. No te dijo la verdad,
y tú me debes la vida.

RUGERO. No debo, que es todo engaño;
y en razón de la persona
del conde de Barcelona
desde aquí te desengaño,
que tiene merecimientos
que no han menester favor.

FELISARDO. Yo declararé mi amor,
yo diré mis pensamientos.

RUGERO. Yo, Duque, a nadie provoco;
dile a Alberto tus cuidados.

OTAVIO. Oíd, ¿no vais engañados?

RUGERO. Yo no lo voy.

FELISARDO. Yo tampoco.

(*Vanse. Sale el Príncipe ALBERTO. El Duque EDUARDO DE CALABRIA, RISELO y acompañamiento.*)

ALBERTO. No admito satisfacción.

EDUARDO. La que yo doy en persona
cualquier agravio perdona,
aunque fuera con razón.

ALBERTO. ¿Qué razón tu engaño abona,
rompiendo nuestro concierto
sin causa o razón alguna?
Demás de que estoy muy cierto
que no cupo en tu fortuna
hija del príncipe Alberto.
Yo, por nuestra vecindad
y nuestra antigua amistad,
estaba del casamiento
por todo extremo contento,
que siempre trato verdad;
pero, pues no la has querido,
por esta carta, Eduardo,
la Princesa he prometido
al español más gallardo
que toda España ha tenido.
Aquí está su embajador.

(23) Así este verso suelto; faltan los otros tres de la redondilla.

FÉLIX. Mil veces beso, señor,
tus manos en nombre suyo.

ALBERTO. Basta, don Félix el tuyo
para saber su valor.

EDUARDO. Aunque [ya] no llegue a tiempo
mi disculpa de tus quejas,
la quiero dar por mi honor,
que con mal crédito queda.
Recebí una carta tuya,
príncipe Alberto, y con ella
un retrato de tu hija:
¿no es esto verdad?

ALBERTO. De Celia
te envié un retrato.

EDUARDO. Dime:
si es Celia desta manera,
¿habrá en el mundo villano
que tal mujer apetezca?
Yo soy cortés, y no quise
decirte más en su ofensa
que deshacer lo tratado.

ALBERTO. Esta, Eduardo, es quimera
para formar tu disculpa,
porque el retrato de Celia
no es éste; que éste es buscado
para tu engaño y su ofensa.

EDUARDO. ¡Vive Dios, que este retrato
me enviaste!

ALBERTO. Ve por ella,
Riselo, y verá Eduardo
lo que no estimó y desprecia.

EDUARDO. Si es de otra suerte que aquí
tan fiero monstruo se muestra,
tú eres culpado en mi agravio.

RISELO. Aquí viene la Princesa.

(Sale la PRINCESA y damas.)

CELIA. ¿Eduardo quiere verme?

EDUARDO. ¡Cielos! ¿qué mudanza es ésta?
¡Qué noche, qué horror, qué som-
[bra,
qué sol, qué luna, qué estrella!
¡Vive Dios, que no ha de ser
del español, aunque quiera
Alberto!

ALBERTO. Mira, Eduardo,
que es tarde ya para quejas.

EDUARDO. No es tarde, pues me enviaste
este retrato, en que intentas,
por dársela al español,
que yo un ángel aborrezca.

ALBERTO. Mira, Eduardo, que yo

te la envié como era
el original.

EDUARDO. Yo digo
que es éste.

ALBERTO. Rugero venga,
que él nos dirá la verdad.

EDUARDO. La verdad, Alberto, es ésta.

(Sale RUGERO.)

RUGERO. ¿Qué es, señor, lo que me man-
[das?

ALBERTO. Di, Rugero, ¿no te acuerdas
que cuando escribí a Eduardo
sobre las cosas propuestas
del casamiento tratado,
le envié de Celia bella
un retrato?

RUGERO. Sí, señor.

ALBERTO. Ese retrato le muestra.

RUGERO. Este, o el que fué, me dió
Lauro, y, por ser de Su Alteza,
no abrí el papel, por respeto,
ni le miré, por modestia.

ALBERTO. ¿Dónde está Lauro?

RUGERO. Aquí está.

(Sale FELISARDO.)

ALBERTO. ¿Tú retrataste esta bestia
y la diste al Secretario?

FELISARDO. Sí, señor; porque me pesa
de que se case.

ALBERTO. ¿Qué dices?

FELISARDO. Que por casarme con Celia
estorbé su casamiento.

ALBERTO. ¡Loco está!

EDUARDO. Locura necia;
pero muy propio de locos
querer casarse con reinas.

FELISARDO. No soy loco, aunque de amor
no es mucho que lo parezca.
Yo soy el Duque de Urbino;
que, sabiendo la aspereza
de Celia, quise, por gala,
vencerla desta manera;
y pienso que me ha entendido
ya, si es bien que la nierezca
por mi amor, por mis servicios
y por la mayor fineza
que se cuenta de hombre noble.

ALBERTO. Duque, aunque aquí se os confiesa
la fineza y el valor,

habérmelo dicho fuera mejor, pues ya llegáis tarde.

FELISARDO. Nunca es tarde merecerla, pues Celia no está casada.

ALBERTO. Ya por palabra lo queda con el conde don Enrique, que tiene ya por herencia de Barcelona el condado.

FELISARDO. ¿Qué importa si el mundo hereda, adonde está tu valor?

EDUARDO. Por el valor es soberbia presumir merecer más adonde está mi grandeza.

FÉLIX. Cuando el Príncipe, señores, al Conde dado no hubiera, de quien soy embajador, por quién es, tan alta prenda, ningún mérito le iguala.

FELISARDO. Esas arrogancias deja, español.

EDUARDO. ¿Cuándo españoles supieron estar sin ellas?

FÉLIX. Defenderé lo que digo.

CELIA. ¡Paso!; que, aunque aquí no sea éste mi lugar, yo os juro que ninguno me posea, de cuantos hoy tiene el mundo, sin que primero le vea. Yo he de ver el hombre a quien he de dar la mano; y crea cualquiera que lo intentare que un imposible desea, si primero no me agrada: con que satisfecha queda la pretensión de los tres.

RUGERO. Dime, señora, si vieras a Enrique de Barcelona, hombre a quien la fama lleva por los dos polos del mundo, ¿diérasle la mano?

CELIA. Diera la mano si me agradara, y si no, le despidiera como a los demás, Rugero; y esto, supuesto que seas español, lo digo así.

RUGERO. Pues, para que no pretendas ignorancia, quiero yo que primero a Enrique veas.

CELIA. Pues ¿dónde está Enrique?

RUGERO. Aquí.

CELIA. ¿Adónde dices?

RUGERO. No vuelvas la cabeza.

CELIA. Pues ¿quién es?

RUGERO. Sosiégate, que ya llega. ¡Embajador!

FÉLIX. Gran señor de la corona más bella de Aragón.

RUGERO. ¿Quién es Enrique, para que a Celia merezca?

FÉLIX. Tú, señor, que con el nombre de Rugero, para verla y servirla, hasta heredar, aquí has vivido con ella.

RUGERO. ¿Agrado a Tu Alteza?

CELIA. Sí; porque darme no pudiera más ventura la Fortuna.

FELISARDO. Enrique, traición es ésta; a Celia me prometiste solicitar.

RUGERO. Yo lo hiciera si te debiera verdades; pero en aquella pendencia fueron todos tus criados. Pero, cuando no lo fueran, prometí como Rugero: Rugero obligado queda, que Enrique no, de vencida.

ALBERTO. Serafina y Flora, deudas de Celia, quedan aquí.

EDUARDO. No quiero ninguna dellas.

FELISARDO. Ni yo, pues fuí desdichado.

FABIO. Fabio, señora Princesa, os besa los pies.

CELIA. Y yo a la corona discreta del senado, porque aquí acaban *Las burlas veras*.

LA CARBONERA

COMEDIA FAMOSA

DE

FREY LOPE FELIX DE VEGA CARPIO

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA

EL REY DON PEDRO.
DON JUAN DE VELASCO.
DON FERNANDO.
LAURENCIO.

BENITO, *villano*.
PARRADO, *carbonero*.
DOÑA LEONOR.
DOÑA INÉS.

MENGA. }
FLORA. } *Villanos*.
BRAS. }
TELLO, *criado*.

JORNADA PRIMERA

(*Salen el REY DON PEDRO, DON JUAN, DON FERNANDO y gente.*)

REY.

No me acuerdo en mi vida haber entrado, ciudad insigne, en ti sin alegría hoy solamente has dado nueva ocasión a la tristeza mía: tus muros, que juzgaba a los de Tebas, Sevilla generosa, con quien la goda antigüedad apruebas, fué primero por Hércules famosa; era deleite de los ojos míos tu Betis, que pudiera entre los ríos, de España es poco, del dorado Oriente al cerco del Imperio alzar la frente; era a mi gusto espejo cristalino a las armas del moro granadino; ya todo me da pena, pues que vengo a ver en ti la causa de mi pena. Una enemiga que en tus muros tengo, propia en la sangre, y en el odio ajena; una hermana, que dicen que lo es mía, que yo no conocía, hija del Rey, mi padre, oculta por los celos de mi madre; ¡como si no bastaran sus hermanos, que de mi honor pretenden ser tiranos! Pero yo los pondré presto de suerte que asegure mi vida con su muerte.

JUAN

Invictísimo Pedro, que no sólo del Betis las olivas, pero el más oriental laurel y cedro quiere la fama heroica que recibas: una mujer te aflige y te fatiga; tu hermana es tu enemiga, y cuya madre tienes presa agora. ¿Qué temes de ella? ¿Qué sospechas tienes? ¡Si apenas ha diez días que supiste, señor, que la tenías!

REY.

Don Juan, la sierpe de Hércules parece esta doña Leonor que tengo presa; donde una corto, otra cabeza crece; comienza Enrique, y el maestre cesa. ¿No le bastaba a esta mujer tirana darme estos dos hermanos? Otra hermana, que nunca conocí, sale en Sevilla, y la vengo a buscar desde Castilla, porque si ésta se casa ocultamente con algún desleal a mi persona, ¿cómo estará segura mi corona? Tomad este papel, que es la memoria de la casa y la calle y con soldados, más de secreto que de acero armados, prendedme luego esta bastarda hermana; que si hoy la prendo, morirá mañana. Esto me da cuidado, esto deseo; quiero acabar con todos mis contrarios, pues que ya a Enrique con las armas veo,

y buscando los modos necesarios
para quitarme el reino con la vida.

FERNANDO.

Bien es, señor, que tu grandeza impida
del cruel Enrique la esperanza vana;
mas ¿qué temor te puede dar tu hermana?

REY.

Su muerte, por lo menos, me asegura;
yo no os pido consejo, don Fernando:
aquí no hay más de obedecer callando; [das?
¿ya no me conocéis? Don Juan, ¿qué aguar-

JUAN

Yo iré por ella, y con leales guardas
la traeré de la suerte que quisieres.

REY.

Más reinos se han perdido por mujeres
que por hombres, don Juan; testigo España,
en cuya sangre el Africa se baña,
sin que nos den ejemplos Troya y Grecia.
No me replique el que mi gusto precia:
yo sé lo que me importa y me conviene.
Quien sangre alguna de esta casa tiene,
no fíe, cuando piense en mi grandeza,
que tiene muy segura la cabeza.
Calle, sufra, obedezca el que desea
vivir en paz, y crea
que aunque ha de ser la majestad amada,
nunca más respetada
que cuando fué temida:
todo hombre calle, que le va la vida;
porque es la ley más justa de las leyes
callar, servir y obedecer los reyes.

(Vanse. Salen DOÑA LEONOR y TELLO.)

LEONOR. ¿Presa mi madre?

TELLO. Esto pasa.

LEONOR. ¿Qué me queda que esperar?

TELLO. Es forzoso imaginar
el peligro de tu casa;
porque estando el fundamento
amenazando ruina,
por todas partes se inclina.

LEONOR. Ya, Tello, en mis fuerzas siento
que desmaya el edificio.
¡Cruel es Pedro! ¿Qué haré,
pues de mi muerte se ve,
por la de mi madre, indicio?
¡Oh! Nunca Pedro supiera

que era yo su hermana.

TELLO. Mira
que de su arrogancia e ira
ninguna piedad espera.

Considera que el huir
sólo puede remediarte.

LEONOR. ¡Huir!, ¿adónde, a qué parte?

TELLO. Adonde puedas vivir.

LEONOR. En Castilla es imposible.

TELLO. Escribe a Enrique, tu hermano.

LEONOR. Temo al Rey.

TELLO. Y es caso llano,
que es de condición terrible.

(Sale DOÑA INÉS.)

INÉS. ¡Ay, señora! ¿Cómo estás
con tanto descuido aquí?

LEONOR. ¿Hay más penas contra mí?
Mas de penas siempre hay más.

INÉS. El rey don Pedro ha venido
con ánimo de prenderte.

LEONOR. ¡Ay, Tello, cierta es mi muerte!
¡Oh, nunca hubiera nacido!

Parte a sabello.

TELLO. Ya voy.

(Vase.)

LEONOR. ¿Quién te lo dijo?

INÉS. Quien ya
sabe que en Sevilla está.

LEONOR. ¿En tanto peligro estoy?

(Sale TELLO.)

TELLO. Ya es imposible salir:
cercada está de soldados
la puerta.

LEONOR. ¿Tantos cuidados
le ha dado el verme vivir?

(Sale DON JUAN.)

JUAN. Sosiéguese Vuestra Alteza.

LEONOR. Mal me podré sosegar,
si venís para llevar
a mi hermano mi cabeza:
bien me dijo mi tristeza,
desde que hoy me levanté,
lo que tan cierto se ve.
¿Venís a matarme?

JUAN. No.

LEONOR. ¿Y a prenderme?

JUAN. Sí.

LEONOR. ¿Que yo tanto cuidado le dé!

JUAN. Prisión es; tened paciencia.

LEONOR. Ya os creo, por consolarme, aunque vos, para matarme, tenéis muy buena presencia.

JUAN. Puesto habéis en contingencia mi obediencia, aunque segura con vuestra rara hermosura, porque es en vos de manera que volverá blanda cera hasta la piedra más dura.

Creedme: si la crueldad del Rey a la ejecución viniera desta prisión, se convirtiera en piedad. Aquí solos nos dejad, y no digáis que la hallé.

(*Vanse.*)

Desdicha notable fué haber venido a prenderos, pues no sé, después de veros, quién más de los dos lo esté.

Creedme que si supiera que desta suerte os hallara, que con el Rey me excusara cuanto posible me fuera. Con vuestra prisión me espera: ya conocéis su rigor; temo que os mate, Leonor; porque en condición tan dura ni halla puerta la hermosura, ni tiene entrada el amor.

LEONOR. Para mayor desconsuelo, puesto que en parte la abona, vuestra gallarda persona envía el Rey, aunque el cielo debe de ser, si del celo que de mi quietud mostráis mi remedio ejecutáis en cambio de mi prisión; porque no será razón que me alabéis y prendáis.

No hay cosa que venga a ser para todo entendimiento de más aborrecimiento que aquel que viene a prender; que, puesto que viene a hacer no más de la ejecución,

como el miedo y confusión sólo en la vista repara, no sé qué tiene la vara, que causa poca afición.

Y pues vos la habéis tenido al tiempo que me prendéis, valor singular tenéis, que este imposible ha vencido. Y creedme que habéis sido, y no presumáis, ¡por Dios!, que es lisonja entre los dos, tal para mí, que si fuera posible huir, no lo hiciera por no apartarme de vos.

Diréisme que soy mujer y os engaña mi temor, porque nadie tiene amor a quien le viene a prender; mas bien me podéis creer, que os he dicho lo que siento; que si nace del tormento tras la prisión la crueldad, para negar la verdad no he tenido sufrimiento.

JUAN. ¿No bastaba la hermosura, sino tanta discreción? Mayor será la prisión donde el alma se aventura. Condición áspera y dura la del Rey. ¿Qué haré, si aquí no le obedezco? ¡Ay de mí, que en tal confusión estoy, que no sé si el preso soy, después que tus ojos vi!

LEONOR. No llores, no, ni te alteres. Ya no tengo que esperar, que en no mandarme llorar dices que prenderme quieres. Las armas de las mujeres son lágrimas infinitas. ¿Que no llore (1) solicitas? Luego ya no puede ser que me dejes de prender, pues que la espada me quitas.

Pero mira cuál estoy, pues aún no te pregunté quién eres.

JUAN. Sí, ya lo sé: don Juan de Velasco soy; pero si paso te doy para que huyas, dirás

(1) *E: llores.*

que soy noble, pues creerás
que para darte la vida
llevo la mía perdida.

LEONOR. No puede un noble hacer más.
JUAN. Pues vete por donde puedas;

que a los soldados diré
que te busqué y no te hallé.

LEONOR. Muestras la sangre que heredas;
mas, si en tal peligro quedas,
yo quiero morir.

JUAN. Señora,
no hay que detenerte ahora;
sal por esa puerta aprisa,
y de tu vida me avisa.

LEONOR. La que me has dado te adora.

(*Vanse. Salen BRAS y MENGAS, villanos.*)

MENGA. Ya me mataba tu ausencia,
y otra vez no la sufriera,
Bras, aunque el cura me diera
tu ausencia por penitencia. (2)

¿Cómo te ha ido en Sevilla?

BRAS. Llevé el carro de carbón,
que fué, con mi corazón,
no encenderse maravilla;
que como es fuego, y yo hacía
de los suspiros centellas,
pudiera encender con ellas,
no carbón, mas nieve fría.

Con nuesamo el Veinticuatro
cuentas debe de tener:
solmente para beber
me dió uno destos de a cuatro.

Yo, ¡pardiez!, que me sufrí,
zapatillas te compré,
y haciendo copa tu pie,
con ellas me le bebí.

MENGA. ¿Zapatillas sin medida?
¿Cuál diablo te lo mandó?

BRAS. No quise pedirla yo,
porque no hay hombre que pida
medida a pie de mujer
que le diga la verdad.

MENGA. Pues ¿en eso hay facultad?

BRAS. Notable la suele haber.

Niegan con mil ademanes
qué puntos suelen calzar,
y ésta es la razón de andar
en puntos con sus galanes.

No hay cosa que más les pese;

por esto tratan engaños,
que los puntos y los años
no hay mujer que los confiese.

Pero ya te las compré,
y yo sé que te vendrán,
porque tus faiciones dan
ciertas señas de tu pie.

MENGA. ¿Sabes tú Gilmocosía?

BRAS. Cifra del cuerpo es la cara:
en ella el cielo declara
cuanto encubrirse porfía.

¿Cómo has pasado sin mí?

MENGA. A la fe, Bras, tristemente;
con un cántaro, a la fuente
una mañana salí,

y acordándome que en ella
un resquebro me dijiste,
le quebré de puro triste,
y lloré un hora como ella.

Benito me vió llorar,
y como el agua caía
de golpe en la fuente fría,
que la pudiera aumentar,
me dijo (que siempre intenta
ser celoso y ser malsín):

“Pareces, Menga, rocín,
que en viendo el agua, la aumen-
[ta.”

Si de la cocina trato,
¿cómo diré mi mohina?
Que apenas en la cocina
entraba perro ni gato.

¡Ay del plato que fregaba
y la olla que ponía!,
pues aunque cocer la vía
y con borbor me llamaba,

no le quitaba la espuma;
¡tan turbada, que un conejo
asé una vez con pellejo
y una gallina con pluma!

BRAS. Y yo, ¿qué diré de mí?

¡Qué suspiros iba dando
por aquesos montes, cuando
de tus ojos me partí!

No vía flor, aunque tenga
las perlas del alba ya,
que no dijese: “Así está,
cuando se levanta, Menga.”

Si desuncia los bueyes,
echándoles heno allí,
con más cuidados de ti
que de sus reinos los reyes,
viéndoles sacar la luenga,
y ambos rumiar a porfía,

(2) E: *penitencia*.

“¡Dichosos bueyes, decía,
que no os acordáis de Menga!”

Con esto, ¿puedo abrazarte?

MENGA. ¿Pues no, Bras, si yo te espero?

BRAS. ¿Quiéresme bien?

MENGA. Más te quiero
que a Guillerma Pero Marte.

BRAS. Yo a ti, más que Galloferos
a Maricollendra amaba.

MENGA. Flechas tiene, Amor, tu aljaba;
miente quien dice dineros.

(Abrázanse, y sale LAURENCIO, viejo.)

LAURENCIO. Agrádame el amistad.

BRAS. ¡Muesamo!

MENGA. El diablo lo trujo,
que se cuela como brujo.

LAURENCIO. ¿Qué es esto?

AMBOS. La voluntad.

LAURENCIO. Pues sabré yo despartilla.
¡Váyase el tonto al carbón!

BRAS. ¿Que descanse no es razón,
si ahora vengo de Sevilla?

LAURENCIO. ¡Váyase ella a sus haciendas!

MENGA. Iránse, que tienen pies.
¿Hanlo vido?

LAURENCIO. Vaya, pues;
¡que tú inquietarla pretendas,
y que os concertéis los dos
en vencer mi sufrimiento!
¿Quién os pone atrevimiento?

LOS DOS. La voluntad.

(Vanse.)

LAURENCIO. ¡Bien, por Dios!

Pues esperadme, y veréis
si la voluntad os vale.
Mas ¿qué caballeros son
los que por aquellos sauces
vienen corriendo por senda
que apenas mi gente sabe?
Ya caminan a la fuente
que de aquellos montes nace,
Ya se apean, y parece
que los fuertes alazanes
hasta aquí tuvieron vida,
pues ya sin aliento yacen.
Mujeres son; ¿qué es aquesto?

(Salen DOÑA LEONOR y DOÑA INÉS, con capotillos y sombreros.)

LEONOR. ¡Laurencio!

LAURENCIO. Mi nombre saben.

LEONOR. ¿No conoces a Leonor,
la que seis años criaste
escondida de la Reina,
celosa del Rey, mi padre?

LAURENCIO. ¡Infanta y señora mía!

LEONOR. Ya no es tiempo que me llames
infanta, que no lo son
las que sin ventura nacen.
El rey don Pedro, mi hermano,
vino a Sevilla a buscarme;
prenderme intentaba el Rey,
codicioso de mi sangre,
como si no fuera suya;
huyendo pude librarme,
por piedad de un caballero,
pariente del Condestable.
Acordéme de tu casa
y de que tuve por madre
tu mujer; aquí me tienes.

LAURENCIO. Conozco bien las crueldades
del Rey, y lo que aborrece
los generosos Guzmanes,
que hay pronóstico en Castilla
que dice que han de heredarle;
que es bien que en hombres crueles
las sucesiones se acaben.
Tú estás en grande peligro;
pero no será tan grande,
como lo espero en el cielo,
si, con la dama que traes,
mudáis el hábito luego,
que por estos encinares
de aquezas carbonerías
y en sus rústicos lugares
diré que sois mis sobrinas;
que, muriendo vuestro padre,
os truje a mi casa; y creo
que del cielo las piedades
amparen las inocentes
en peligro semejante.

LEONOR. En él espero, Laurencio;
que no es posible que falte
su piedad a mi inocencia.

LAURENCIO. Dicha fué no veros nadie;
todos andan ocupados:
unos cortan, otros hacen
hoyos que el carbón sepulta.

INÉS. Pues, señora, no desmayes,
que el cielo a los pechos mide
las grandes dificultades.

LEONOR. ¡Ay, Pedro, tu hermana soy!
¡No quiera Dios que me mates!

(*Vanse. Salen el REY, DON JUAN y gente.*)

REY.

¿Que tuvo aviso de qué yo venía?
¡Viven los cielos, que, a saber quién era
quien aviso la dió, que el mismo día
otro Perilo de Agrigento fuera!
¡Que se escapase la enemiga mía!

JUAN.

Cual suele el cazador que al paso espera
al animal, el arcabuz seguro,
tener el árbol por defensa y muro,
así llegué, cubierto y disfrazado,
la gente por las calles dividiendo,
hasta llegar adonde vi alterado
de la familia el temeroso estruendo.
Entro, y ya por el suelo derribado
vi el escuadrón que estaba defendiendo
la puerta, y hallo solas sus doncellas,
cual, puesto el Sol, se miran las estrellas.

Todas llorosas a mis pies se arrojan,
y sueltos, por no verme, los cabellos,
de los lazos y cintas los despojan,
que algunos celos se vengaron dellos;
y como sé que a tu valor enojan
bárbaras armas en cobardes cuellos,
pregunto por Leonor; mas "No te informes",
responden todos por Leonor conformes:

"Ya está con el infante don Enrique,
que supo que su hermano la buscaba,
porque no hay vida ya por quien suplique
la sangre noble que inocente acaba".
Pero, temiendo que el rigor replique
la ocasión femenil que me aclamaba,
dejo viles mujeres, que, en efeto,
remite el noble al natural respeto.

Discurriendo las salas, voy mirando
todo lugar que me parece oculto;
arcas rompiendo, puertas quebrantando,
que apenas lo imposible dificulto;
las ventanas y cofres desterrando,
verdes jazmines de un jardín inculto,
hasta en sus cañas, en sus verdes lazos,
imaginé sus pies y vi sus brazos.

Tan engañado estaba, que sospecho
que la vi, que la hablé; pero fué en vano,
que ya la tiene en salvo, a tu despecho,
la diligencia de tu loco hermano.
Serán las diligencias sin provecho;
que Amor, piadoso y sin disculpa humano,
la defendió con mano poderosa,
porque es tu hermana, y con extremo hermosa.

REY.

¿Quién duda que el traidor Enrique haría
la diligencia con que se ha librado?
Yo tengo en mi palacio alguna espía,
de quien estoy servido y engañado.
Vana salió la diligencia mía,
vano el deseo, inútil el cuidado.
Disimular importa, que es venganza
no alcanzar el temor lo que se alcanza.
En la caza pretendo divertirme;
haced que a punto estén los cazadores.

(*Vase.*)

JUAN.

Amor, tú que supiste persuadirme,
tú mismo favorece mis amores;
tú, que en la muerte más constante y firme
no temes a los trágicos rigores,
libra a Leonor, que no sé dónde es ida,
pues por tu causa me robó la vida.

(*Vase y salen MENGHA y BRAS.*)

MENGHA. ¿De qué estás triste? ¿Qué tie-
[nes?

BRAS. Menga, no sé qué me tengo;
el dimiño trujo a casa
la sobrina de Laurencio.

MENGHA. Tan tiernamente lo dices,
que pienso que haces pucheros.

BRAS. Recién venida la ví
una mañana saliendo
de casa, bien descuidado
de tan riguroso encuentro.
Estaba sobre unas frores
sentada, que te prometo
que nunca a la diosa Viernes
con tanta hermosura vieron.
Púseme detrás de un sauce,
cuando, sirviendo de espejo
cristalino en que miraba
su rostro un claro arroyuelo,
sacó un peine de marfil
y descogió los cabellos,
que lo pudiera excusar
y peinarse con los dedos.
Iban las hermosas ondas
haciéndose mar en ellos,
porque siendo el peine el barco,
los iba encrespando el viento.
Comenzó luego a llorar,

y de sus ojos cayeron
unos pedazos de perlas:
¡qué propio llanto del cielo!
Desconocerás aquí,
Menga, mi rústico ingenio,
pero no soy yo quien habla,
que Amor la lengua me ha puesto.
¿No has visto los que conjuran,
que, con ser necios y legos,
hablan en griego y latín?
Pues esto es latín y griego.
Menga. ¡Bueno, está, Bras, bueno está!
Ese latín yo le entiendo;
todos sabemos habrar,
tú con amor, yo con celos.
No más de cosas pasadas:
ya de todas me arrepiento;
¡mal haya el tiempo que he sido
necia por amar a un necio!
¿Quién habrara, dime, Bras,
con tan loco atrevimiento
delante de quien lo quiso,
sino un rudo carbonero,
sino un rústico villano?
Y quien habra sin respeto
alabando a otra mujer,
o es mal nacido, o es necio.
No me quiero lamentar
de ti, mas sólo te advierto
que los celos que me has dado
tengo de pagar con celos.
Más vale que tú Benito,
que es más galán y más cuerdo;
quererte fué mi desdicha,
que no tu merecimiento.
Haz cuenta que ya le adoro;
hoy escucho sus resqueibros,
hoy le doy cinta de plata,
hoy bailo con él, hoy quiero
que el primer día de Mayo
cante en mis ventanas versos,
ponga un jardín con obleas
y entre los demás mancebos
diga que soy su velada,
su novia, su casamiento,
su mujer, su cielo y todo
cuanto en los casados veo;
que no reparan venganzas
en escarmientos ajenos.

(Vase.)

BRAS. ¡Menga, Menga! Ya se hué.

De lo dicho me arrepiento;
bien dicen que amor y el vino
jamás guardaron secreto.
¿Hay gusto como es el mío,
que teniendo, como tengo,
preñada la voluntad,
se les antojan venenos?
Mal hice en decir que adoro
a Laura, porque es muy presto
para pensar que este amor
me saque a Menga del pecho.
¿Quién viene aquí, quién me llama
y se apea de un overo?
¿Decís, caballero, a mí?

(Sale el Rey.)

REY. Atrás mis criados dejo,
que cansado de la caza,
como el sol se va extendiendo,
vengo buscando la sombra.
¿Llegaré al lugar tan presto?

BRAS. Antes dél hay una casa
de un honrado carbonero,
a quien sirvo, en que podéis
descansar y entreteneros.
¿Sois acaso Veinticuatro,
o algún noble caballero
de la casa de Guzmán,
que persigue el rey don Pedro,
con temor del conde Enrique?

REY. No se extienden mis deseos
a pensamientos del Rey;
la paz y quietud pretendo
que busca un buen ciudadano;
bien se ve, amigo, pues vengo
cazando por estos montes,
entretenimiento honesto.
¿Es esa casa de forma
que contra el rigor del tiempo
pueda pasar esta siesta?

BRAS. Aunque es de un hombre grosero,
es rica, es limpia, y es casa
donde pienso que su dueño
no envidia al Rey en la suya,
los cuidados al de menos.

REY. Tiene el Rey don Pedro muchos.

BRAS. Dalde a los diabros, que pienso
que ha de pasar a cochillo
todo lo mejor del reino.

REY. Eso tiene el vulgo loco:
que en siendo un Rey justiciero,
luego dice que es cruel.

BRAS. Mirad, señor: bien sabemos,
y el cura nos lo predica,
que tiene el divino acuerdo
la josticia y la piedad
en igual balanza y peso.
Pero vemos que se inclina
más a la piedad, y vemos
que no pierde su josticia;
este don Pedro es tan bueno,
que no puede ser mejor;
mas es hombre tan soberbio,
que por cualquier niñería
contra su amor y respeto,
suele dar un pescozón,
¡mal año, que por el suelo
ruedan setenta cabezas.

REY. Si lo merecen sus yerros,
¿no es bien hecho?

BRAS. Sí, señor;
pero no todo es bien hecho.
Para matar a un lechón,
¿qué es un lechón?, un conejo,
le tiembla a un hombre la **mano**;
y éste, señor, es tan fiero,
que, cual segador, derriba
altos y bajos al suelo.

REY. Su padre, contra los moros
mostró valeroso esfuerzo;
¿don Pedro no lo hace así?

BRAS. Es valiente caballero,
¡vive Dios!, pero es cruel.
¿Dónde está agora?

REY. En Toledo.

BRAS. ¿No ha de venir a Sevilla?

REY. Ya ¿para qué le queremos?

BRAS. Ya llevó a doña Leonor
a Talavera, y sospecho
que la ha mandado matar,
con que sus hijos y deudos
hacen guerra por mil partes.
Yo huí a llevar a don Diego,
que bien le conoceréis,
carbón, y allá me dijeron
que también anda a buscar
su hermana que, conociendo
su rigor y su crueldad,
se le escapó y anda huyendo.
Y perdonadme, señor,
que ésta es la casa, y no quiero
que os detengáis escuchando
nuevas de un hombre grosero.
Este que sale es mi amo.

(Sale LAURENCIO.)

REY. ¿Cómo se llama?

BRAS. Laurencio.

REY. Seáis, Laurencio, bien hallado.

LAURENCIO. Y vos seáis bien venido.

REY. En la caza divertido,
a vuestra casa he llegado.
¿No me dais en qué me siente?

LAURENCIO. Saca, Brasillo, una silla.
¿De dó bueno?

REY. De Sevilla.
Apartéme de mi gente,
y el sol me ha tratado mal.

LAURENCIO. No guardan los tiempos ley,
porque así tratan al Rey
como al que vive a jornal.

REY. Buena casa es ésta.

LAURENCIO. Buena.
Traedme otra silla a mí.

REY. ¿Tenéis gran familia aquí?

LAURENCIO. Está de la gente llena
que hace en el monte carbón.

BRAS. ¡Ea!, sentaos.

REY. Bien podéis.

LAURENCIO. Aunque no me lo mandéis,
me parece que es razón.
Sois allá los cortesanos
muy amigos de negar
las sillas, sin reparar
en que es más besar las manos.
Pues no deis en eso, daldas,
¿o es que, con poca advertencia,
tratáis mejor la presencia
y siempre mal las espaldas?

REY. Ya estáis sentado.

LAURENCIO. Es verdad.

REY. ¿Estáis rico?

LAURENCIO. Rico estoy,
gracias a Dios, que no voy
a pedir a la ciudad,
ni tengo pleitos que allá
ni den ni quiten justicia
por interés o malicia,
ni el usurero me da
lo que se lleva después
para venderme, señor,
que todos hallan favor
fundado en propio interés.

REY. Pues si el Rey eso supiese...

LAURENCIO. Ya yo sé que es justo y grave;
pero si el Rey no lo sabe,
¿qué importa?

REY. Consuelo es ése
de los hombres agraviados.
Vuestra familia llamad.

LAURENCIO. En el monte y la ciudad
andan muchos ocupados.
Llama, Bras, a los que hubiere.

BRAS. Los que hay en casa han salido
a ver al recién venido.

(Salen DOÑA LEONOR y INÉS, de villanos, BENITO, PARRADO, FLORA y MENGAS.)

MENGA. ¿Vernos quiere?

BRAS. Veros quiere.

LAURENCIO. Señor, aquéstos que veis
me sirven en casa agora.

REY. ¡Oh, qué gentil labradora!

LAURENCIO. Muy buena vista tenéis.

REY. ¿Quién sois vos?

MENGA. Yo, señor, Menga,
para lo que le cumpliera.

REY. ¿Qué hacéis en casa?

MENGA. Masar.

BRAS. Sí, señor; es la que cierne.

REY. Y ¿quién es esta rapaza?

FLORA. ¿Rapaza? ¿Qué le parece?

BENITO. Calla, Flora, que en Sevilla
solamente se usan mercedes.

FLORA. Sepa, señor Veinticuatro,
veinticinco o veintisiete,
que yo soy Flora, Floreta,
la quillotra (3) de su güésped.

BENITO. Sí; que no ha llegado a ser
cabriola, que no quiere
casarse.

REY. Y ¿qué es vuestro oficio
entre mozas tan valientes?
Porque vos no iréis al campo.

BENITO. En una almohadilla tiene
mil majaderos colgados.

REY. ¿Randas hace?

BENITO. Hila y tuerce.

FLORA. Hago cofias y camisas,
calcetas y zaragüelles
de lienzo a señor. ¿Han visto
qué pescudador que viene?

BENITO. Como se está rellanado,
¿qué ha de hacer?

FLORA. Y no se yergue
aunque le hagan reverencias.

BENITO. En la corte no hay cortes.

(3) E: quillotra.

REY. ¿Y vos?

INÉS. ¿Dice a mí?

REY. A vos digo.

INÉS. A la carbonera a veces
llevo la comida, y otras
al monte, como sucede.

BRAS. Sí, señor, y se la come,
porque primero que llegue
se ha sorbido todo el caldo,
y después llorando viene
porque dice que ha caído.

REY. Vos, ¿quién sois, buen hombre?

BENITO. Espere.
¿Tengo yo de responder?

MENGA. ¿Qué dudas? Responder tienes.

BENITO. Y ¿qué le he de responder?

REY. ¿Cómo os llamáis?

BENITO. Dios me miembre,
que el nombre se me ha olvidado.
¡Hola, Menga!

MENGA. ¿Qué me quieres?

BENITO. ¿Sabes tú cómo me llamo?

MENGA. Benito.

BENITO. Ya en el caletre
tengo ese nombre imprimido;
diz Menga que a mí me suelen
decir Benito los otros,
que yo no.

REY. ¿De qué sirve éste?

BENITO. Llevo al prado los borricos,
como su merced se puede
informar destos zagales;
siego el heno de los bueyes,
y tal vez ando al carbón.

REY. ¿Y este grande? A fe que lleve
las cargas si es menester.

PARRADO. Señor, a falta de gente,
cargo el carbón que a Sevilla
va en carros, y embarco a veces:
mi oficio es más liberal
que todos.

REY. ¿Qué oficio tienes?

PARRADO. Soy hijo pródigo aquí
guardando a soles y a nieves
animales de Guinea.

REY. No lo entiendo.

PARRADO. ¿No lo entiende?

Los cochinos de mi amo.

REY. ¿Por Dios, que por más que inten-
quitar de aquella mujer [te
los ojos, ni el alma puede,
ni se atreven los sentidos,
ni las potencias se mueven!

Llegaos acá, labradora.

LEONOR. ¡Hola! ¿Dice que me llegue?

REY. ¿Cómo os llamáis?

LEONOR. ¿Yo, señor?

Por Patrón Sevilla tiene
a Laureano; en su día
nací.

REY. Según eso, eres

Laura.

LEONOR. A su servicio.

REY. El cielo

te dió, Laura, mil laureles
de hermosura celestial.

¡Que esta aspereza pudiese
criar belleza tan rara!

Créeme, Laura, que excedes
cuantas damas en Sevilla,
aunque de serlo se precien,
tienen fama en rostro y talle.

BRAS. Señor, sus criados vienen.

(Salen DON JUAN, DON FERNANDO y gente.)

JUAN.

Si Vuestra Majestad se alarga tanto,
¿de qué se espanta que perderle puedan?

LAURENCIO.

¡Majestad dijo! El Rey es éste.

REY.

¡Oh, cuánto
de oír el nombre temerosos quedan!

LEONOR.

¡Qué confusión!

INÉS.

¡Qué temerario espanto!

REY.

Don Juan.

JUAN.

Señor.

REY.

Los cielos me concedan
menos favor que a Enrique, si hasta ahora
vi mujer como aquella labradora.

JUAN.

¿Cuál labradora?

REY.

Aquélla.

JUAN.

Es muy hermosa.

¡Ay, cielos!

REY.

¡Ah, villanos! Esa gente
recoged por el monte, que anda ociosa.

LEONOR.

Iré con ellos yo.

REY.

Tú, Laura, tente.

MENGA.

¿Que éste es el Rey don Pedro? ¡Extraña cosa!

BRAS.

Hoy nos manda matar.

LAURENCIO.

¡Qué libremente
le hablé sentado tantos desatinos!

BENITO.

Y yo dije borricos.

PARRADO.

Yo, cochinos.

(Vanse los villanos.)

REY.

Dile, don Juan, a Laura que me agrada;
que procure, pues puede, hacer mi gusto;
que nos hablemos, pues que no es casada.

JUAN.

No puede Laura recibir disgusto,
antes placer, honestamente amada;
yo le diré, señor, que será justo
que te entretenga un rato de la siesta.

REY.

Su rostro obliga a voluntad honesta.

(Vase.)

JUAN.

¡Ay, Laura; o ay, Leonor! ¿Por qué camino
a este monte veniste tan extraño?

LEONOR.

Críeme aquí; no es fuerza del destino,
sino de mis desdichas desengaño.
¿Qué puedo hacer? Seguir me determino
de Laura el nombre en su amoroso engaño.
¿Por qué el cielo le obliga o le castiga
en que le agrade tanto su enemiga?

JUAN.

Suceso extraño que a prenderte venga
y quede preso de tus bellos ojos;
mas porque vida yo, mi Leonor, tenga,
entretendrás discreta sus antojos.
No hay vida que al poder no se detenga,
si a la hermosura quiere dar enojos;
que aunque todo a los reyes se sujeta,
es poderosa una mujer discreta.

Escribeme a Sevilla ocultamente,
pues no puede faltar, Laura, un villano,
y porque pueda ser secretamente,
te dejaré una cifra de mi mano;
entenderás las letras fácilmente,
porque tienes ingenio soberano,
con que sabrás de mí todos los días,
y yo del alma que en mi pecho fías;
que la vida que tengo aventurada
en tu servicio, espero para verte
como mereces, y que estés casada
con quien sepa servirte y merecerte.

LEONOR.

El verme de tus méritos amada
me olvida del peligro de la muerte;
ten memoria de mí, pues sólo vivo
con la esperanza que de ti recibo.

JUAN.

Yo seré monte, Laura, en la firmeza.

LEONOR.

Yo seré roca de la mar batida.

JUAN.

Yo, esclavo de tu angélica belleza.

LEONOR.

Yo, siempre a tu piedad agradecida.

JUAN.

Quíteme el Rey mil veces la cabeza.

LEONOR.

Ya deseo perder por ti la vida.

JUAN.

¡Favor, piadoso Amor!

LEONOR.

¡Defensa, cielos!

JUAN.

Tus regalos me olvidan de mis celos.

SEGUNDA JORNADA

(Salen DOÑA LEONOR y DOÑA INÉS.)

INÉS. Con razón, agradecida
estás a tu buena suerte.

LEONOR. A los pies pone la muerte
los desprecios de la vida.

¡Con qué peligro y temor
del Rey estuve en la mano!

INÉS. ¡Caso extraño que tu hermano
te cobrase tanto amor!

LEONOR. Si Pedro me conociera,
¡qué presto se le quitara!

INÉS. Por ventura, más te amara.

LEONOR. Yo le conozco; no hiciera.

En fin, no pude librarme.

INÉS. Dicha fué amarte, señora.

LEONOR. Cuando dice que me adora
me busca para matarme.

¡Oh, cuánto debo a don Juan!

INÉS. ¡Gran piedad usó contigo!

LEONOR. Amarme el Rey es castigo
que sus crueldades le dan.

Perdido de un loco amor
volvió a Sevilla; yo, Inés,
escribo a don Juan después
que conocí su valor

más tierna y agradecida.

Esta carta le darás,
Inés, engañando a Bras,
de quien soy tan bien querida,
porque no deje de ir
si sabe el fin de mi intento.

INÉS. Su amoroso pensamiento
me ha dado bien que reír.

¿No va en cifra?

LEONOR. En cifra escribo,
asegurando el temor;
que también es guerra amor,
y entre mil contrarios vivo.

Di que al momento se parta.

INÉS. Yo se lo diré de suerte

que llegue sin ofenderte
a sus manos esta carta.

(Vase LEONOR. Sale BRAS.)

BRAS. ¿Celos a mí con Benito?
En verdad que es labrador
de entendimiento y valor.
Quiero ver si Laura ha escrito,
y fingir que de celoso
hoy a Sevilla me voy.

INÉS. Aquí esperándote estoy,
Bras lindo, Bras generoso,
Bras, de carboneros flor,
a quien ningún mozo iguala,
cuyo entendimiento y gala
mata las almas de amor.

Laura esta carta me ha dado,
que has de poner a don Juan
en su mano.

BRAS. No me dan
tan pocas leguas cuidado;
que por ella iré a la China.
Celos, si digo verdad,
¿tengo de ir a la ciudad
si Laura a don Juan se inclina?

INÉS. El Rey, cuando estuvo aquí,
como sin órganos vió
la iglesia, se los mandó.
Estaba don Juan allí,
y dióle el cargo de hacellos.
Laura, viendo que el lugar
los pide, y puede faltar,
escribe a don Juan por ellos.

Toma, y parte luego, Bras.

BRAS. ¿Esto la carta contiene?

INÉS. Eso no más. Menga viene;
no puedo decirte más

(Vase.)

BRAS. En el pecho deposito
la carta que el alma estima
y porque en ella se imprima
letra que su mano ha escrito,
y porque ésta no la vea.

(Sale MENGAS.)

MENGA. Pues, Bras, ¿a Sevilla vas?

BRAS. ¿Quién te lo dijo?

MENGA. Quién más
tu pensamiento desea,

BRAS. y aun pienso que ella te envía.
Es burla que yo me voy
a Sevilla desde hoy;
que eres de otro y no eres mía.

MENGA. ¿Tú con Benito a mis ojos
hablalle y dalle favor?
Enfurecióse mi amor
de ver que le das enojos.

No te vayas, que no hué
amor.

BRAS. Pues ¿no lo vi yo?

MENGA. Hué cólera que me dió
y, por vengarme, le hablé.

BRAS. No he de volver, Menga, más
al monte ni a la cabaña.

MENGA. Algún dimuño te engaña
para que me mates, Bras.

BRAS. ¡Suelta!

MENGA. ¿Mi amor no te obliga?
Pues si el tuyo me desprecia,
el cochillo de Lucrecia
me zampo por la barriga.

BRAS. Haz, Menga, lo que quisieres,
que yo a Sevilla me voy.

(Vase.)

MENGA. Hoy verás que ejemplo soy
de amores y de mujeres,
porque, si no las conoces,
hoy te desengañes bien.

(Sale INÉS.)

INÉS. ¿Qué es esto, Menga? ¿Con quién
son los enojos y voces?

MENGA. Fuése Bras de la cabaña;
sabe Dios si volverá;
que dice que le di celos,
y es muy cosquilloso Bras.
Quiéren los hombres, Costanza,
gozar de su libertad,
y que las pobres mujeres
no la tengamos jamás.
Cuando ellos, como veletas,
a cualquier gusto se van,
nosotras, como tudescos,
no hemos de dar paso atrás.
A sus celos llaman honra;
a los nuestros liviandad;
pues de carne somos todos,
hijos de Esgueva y de Adán.
Son celos como unos hombres,

que andan siempre en murmurar
y no quieren que hablen dellos;
que es muy gentil necedad.
Pues que siempre los servimos,
y los parimos, que es más,
páguennos con buenas obras,
o llévelos Barrabás.

INÉS. Menga, no tengas temor;
Bras a un negocio se parte;
Laura quiere asegurarte
que Laura te tiene amor.

Ven conmigo, que en el prado
me dijo que te esperaba.

MENGA. De Laura segura estaba,
no me dió Laura cuidado;
que una mujer tan erguida
no ha de querer a un jumento.
Si hoy trata mi casamiento,
daréla el alma y la vida.

(Salen el REY, DON JUAN y DON FERNANDO.)

FERNANDO.

Yo he escrito, gran señor, a un gran privado
del conde don Enrique, y me asegura
de que doña Leonor, si no la esconde,
no es posible que viva con el conde.

REY.

Es mi desdicha que esconderse pueda
una mujer a diligencias tantas.

JUAN.

Dios libre su inocencia, pues agora
la misma causa que aborrece adora.

REY.

Don Juan, de mis tristezas solamente
hablando en Laura alivio el alma siente.
¿No es bellísima Laura?

JUAN.

Es de manera
que la negra oficina y carbonera
convierte, como el Sol, en rayos puros,
ámbares rojos y diamantes duros.

REY.

Haz, Fernando, que luego me aperciban
recado de la caza, y muy de espacio,
que me cansan cuidados del Palacio;
allí me quiero estar ocho o diez días.

(Vase.)

FERNANDO.

Yo voy.

(Vase.)

JUAN.

¿Qué me queréis, desdichas mías?
Pero ¿de qué me quejo, pues que puedo
ver mi Leonor sin que lo estorbe el miedo?

(Sale BRAS.)

BRAS. ¡Voto al sol, que me colé
hasta que topé con vos!

JUAN. ¡Oh, buen Bras!

BRAS. ¡Guárdele Dios
mil años a su mercé;
que por allá se rogía
que le tiene voluntad
(y ya veo que es verdad)
el Rey, y Laura decía

que por sus buenos servicios
le ha dado una condadura.
JUAN. Merced me hace, y me asegura
su amor con muchos oficios,
de que siempre me ha de honrar.
Pues, Bras, ¿a qué habéis venido?

BRAS. Una carta le he traído
aquí por todo el lugar,
que Laura quiso escribir,
y traigo la carta yo
aquí, señor, porque a no,
ella quisiera venir
por le hacer merced al cura.

JUAN. Esto es que le han engañado.

BRAS. Haberlos el Rey mandado
los muérganos asegura.

¡Pardiez!, que ha de haber pipo-
pues como de Rey serán, [rro,
que en ellos el sacristán
suelte lindamente el chorro.

Luego pretendo enseñarme.

JUAN. ¿En la tecla?

BRAS. No, en los fuelles.

JUAN. ¡Oh, carta! ¡Oh, nema; que selles
cuanto bien quiso Amor darme!

“Señor mío: Amor me ha tratado de ma-
nera que siento más vuestra ausencia que la
muerte; vedme hoy en todo el día, porque fue-
ra deste bien no tengo qué esperar.”

¡Qué bien la cifra ha sacado!
¡Oh, letras!

BRAS. ¡La carta besa!
¡Brava santidad profesa!
Mas como Laura ha tratado
de los órganos de Dios,
quiere besar el papel.
JUAN. Quiero que veáis en él
lo que tratamos los dos.

“Suplico a V. S. sea servido de hacer acordar a Su Majestad la necesidad que tiene esta iglesia de órganos; pues nos los mandó, mande que se envíen, que cada vez que se toquen se rogará a Dios por su salud.”

BRAS. ¡Pardiez que es buena mujer!
Güélgome de haberlo oído.
JUAN. Voy a responder.
BRAS. Yo os pido
brevedad en responder,
que hay señor que tiene un año
a un hombre sin escribir;
aunque aquí el ver y el oír
es de las vidas engaño.
¡Qué bravas tapicerías!
¡Qué pinturas tan hermosas!
¡Que estas salas espaciosas
hagan tan breves los días!
¡Qué trápala de criados,
que tantos son menester
para dormir y comer
y dividir los cuidados!
¡Qué de salas de justicia!
¿Quién duda que aquí la harán?
Que no entrarán, ni podrán,
aquí favor ni malicia.
¡Qué de soldados que vi
llevar al Rey la comida!
¡Qué majestad tan temida;
retrátase Dios allí!
Pero noté con razón,
viendo los platos pasar,
que un hombre me hizo quitar
la caperuza a un lechón,
y dije: “Dichoso has sido,
que en un muladar criado,
en dos platos engastado
vas, aunque asado, temido”.
El Rey es éste. ¿Qué haré?

(Sale el REY.)

REY. ¿No acabáis de prevenir
en que me pueda partir?
BRAS. Déme su merced el pie
que se hallare más a mano.
REY. ¿Quién sois?
BRAS. ¿Ya se le olvidó
del que en el monte le halló?
Es Rey; soy pobre villano.
REY. ¿Sois criado de Laurencio?
BRAS. Carbonero soy, señor;
aunque con ható mejor,
del monte me diferencio.
REY. ¿Cómo está Laura?
BRAS. A la fe,
como ella misma se está.
REY. ¿A qué venistes acá?
BRAS. ¿En el ható no lo ve?
Vengo de parte de Laura,
que aun ella misma viniera,
a que si nos ha de dar
los órganos de la iglesia,
como los ha prometido,
los lleve en una carreta;
que ya me dijo don Juan
que habló con Su Reverencia,
y que hoy me despachará.
¿Órganos yo?
REY. ¿No se acuerda?
BRAS. Laura debe de pedir
alguna joya o presea
para vestido o tocado,
y el villano el nombre yerra;
pero como las mujeres
mudan tantas diferencias
de nombres a sus vestidos,
también puede ser que sea
órganos nombre de toca
o alguna exquisita tela.
Decid que yo haré saber
esto; y pues voy a la aldea,
haré también que se lleve.
¿Queréis otra cosa?
BRAS. Advierta
su merced que he menester...
REY. Decid; no tengáis vergüenza.
BRAS. Unos buenos zaragüelles,
porque ando, allá en nuestra tierra,
enamorado estos días,
y las galas son las señas
en que las damas conocen
la limpieza y gentileza.
REY. ¿Los zaragüelles son galas?
BRAS. Hanme dicho muchas de ellas

que no hay cosa en que más miren.
REY. ¿Es buena moza?

BRAS. Muy buena;
Y aun la ha visto su mercé.

REY. ¿Cuándo?

BRAS. ¿Ya se desmiembra
de Laura, la de mi amo,
aquella moza ojinegra
que mata con embeleco
y, pareciendo que ruega,
después no se le da nada
de que por ella se pierdan?

REY. Muy buen gusto habéis tenido.

BRAS. También hay hombres que sepan
lo que es bueno, entre el carbón.

(Sale DON JUAN.)

JUAN. Aquí está el Rey. No quisiera
que aquéste le hablara en Laura.

REY. ¿Mi partida no se apresta,
Don Juan?

JUAN. Ya está todo a punto.

REY. Mirad qué joya o qué tela
llaman agora en Sevilla
órganos; que Laura bella
me la pide con este hombre.

(Vase.)

JUAN. ¿Qué has dicho?

BRAS. Dios me defienda
de las cosas de Palacio.

Díjele que nuestra aldea
por los órganos me envía
que el Rey le mandó a la iglesia.

JUAN. Toma, y pártete de aquí
y llévale la respuesta,
y para ti aquesta bolsa.

BRAS. ¿Qué hay dentro? ¿Qué poco pesa!

JUAN. Oro es todo.

BRAS. ¡Plega a Dios
que no sea viento y parezca
en la ostentación y el aire
calabaza de poeta!
Como acaba de cerrarla,
tiene tan fresca la nema
que muy bien la puedo abrir.
La malicia villanesca
no me deja sosegar;
que no es posible que crea
que no hay aquí algún engaño,
y el Rey me ha dado sospecha.

Abro; pero ¿qué es aquesto?

Estas no parecen letras,
sino procesión de hormigas;
ya caigo en la diferencia:
el canto de órgano es,
y éstas las señales negras;
que, como vengo por ellos,
quiere que lleve la muestra.
Cierro, y métola en el pecho.
¡Ay, Laura! ¡Quién te pusiera
como este papel, adonde
sacaste el alma de Menga!

(Vase y salen BENITO y MENGÁ.)

BENITO. Y ¿qué? ¿Estás determinada,
Menga, a no tenerme amor?

MENGÁ. Fuéase aquél mi labrador,
y así, estoy desesperada.

BENITO. Cuando Menga quiere a Bras,
ya no quiere Bras a Menga.
¡No vendrá cuando convenga
ventura ni amor jamás!

Cuando a Bras Menga aborrece
por los celos que le da,
luego a Benito apetece;
que, como celosa está,
que se venga le parece.

Finge que le quiere más;
pero, borrando lo escrito
de los enojos de atrás,
no quiere bien a Benito
cuando Menga quiere a Bras.

Este amor o desvarío
es juego de pasa pasa;
pues, para desprecio mío,
cuando Bras de amor se abrasa
se muere Menga de frío;

y para que nunca tenga
descanso tanta porfía
ni amor a las paces venga,
por cualquiera niñería
ya no quiere Bras a Menga.

A tanto remifasol
de amor, que los tiene así,
yo vengo a ser facistol,
porque todo para en *mi*,
que nunca han llegado a *sol*.

Quererme promete Menga
en siendo Bras desleal;
mas cuando a quererme venga,
según me ha tratado mal,
no vendrá cuando convenga.

Ya se cansan mis desvelos,
Menga, que es mucho rigor
estar pidiendo a los cielos
que, para tenerme amor,
se abraze tu amor de celos.

Quiere con ellos a Bras,
que yo, como desdichado,
no pienso quererte más,
porque no se han concertado
ventura ni amor jamás.

(Vase.)

MENGA. Parece que Amor enseña
a hablar a quien aborrece;
mas ¿qué mucho, si enternece
las entrañas de una peña?
Ya que Bras no me desdenea,
y Laura con juramento
me ha dicho que no es su intento
darme celos ni temor,
parece que vuelve Amor
a esforzar mi pensamiento.

Vuélvete, Bras, de Sevilla,
vuelvo a la cabaña, Bras;
Mengas dobles hallarás
del río en la verde orilla.
Mas yo soy Menga sencilla,
que tengo el alma en la lengua;
ven, que no puede haber Menga,
aunque es grande la ciudad,
que te trate más verdad
y que más amor te tenga.

Mas ¿cómo le llamo así?
¡Sabe Dios si volverá,
que, como celoso está,
quiere vengarse de mí!
Yo me chamusco por ti;
ven, que te tengo guardada
camisa, que más delgada
bien se la puede poner
el Rey con su gran poder,
pero no más bien labrada.

Yo te hice el cabezón
cuya labor verás clara
cuando laves de tu cara
las ofensas del carbón.
Así está mi corazón;
cuando vuelvas le verás.
Ya que en paz estamos, Bras,
diré lo que Bras a Menga:
“mala pascua y negra tenga
quien los revolviere más”.

(Sale LEONOR.)

LEONOR. Muy bien has dado en holgar,
Menga, muy bien te entretienes;
basta, que te vas y vienes
hasta la cruz del lugar.

¿No miras que esas haciendas
están todas por hacer?

MENGA. A la fe que vengo a ver
si por una de estas sendas
viene, Laura, mi quillotro.
Celos, si digo verdad,
de Bras, que está en la ciudad,
es mi cuidado, y no otro;
que diz que ha de venir hoy.

LEONOR. Di a Costanza que la espero.

MENGA. Si tú le vieres primero,
di que esperándole estoy;
porque no siento borrico
que rebuzna por el prado,
cuando pienso que ha llegado,
ni pájaro mueve el pico,
cuando pienso que me llama;
que esto de amores ausentes
no es en mano de las gentes.

(Vase.)

LEONOR. Así lo dice la fama.
Yo también vengo a mirar
lo mismo que ésta desea,
aunque nuestro pensamiento
tanta diferencia tenga.
Pero ¿no es Bras el que baja
por aquella verde cuesta?
El es. ¿Qué dudo? ¿Qué pienso?
Aquí estoy. Llega, Bras, llega,
llega, que un alma confusa
entre mil dudas te espera.

(Sale BRAS.)

BRAS. ¿Eres tú, Laura?

LEONOR. Yo soy.

BRAS. ¿Es posible que te deban
los órganos del lugar
tanto cuidado y molestia?
Esta te escribe don Juan.

LEONOR. No es cuidado, sino pena
de ver, Bras, que te tardabas.

BRAS. ¿Luego tú sientes mi ausencia?

LEONOR. ¡Dios sabe si la he sentido!

BRAS. Aquí te escribe unas letras

para el órgano, don Juan;
dellas blancas, dellas negras:
lee, si música entiendes.

LEONOR. Parece que ha sido abierta
esta carta, y tú me adviertes
de que es verdad, dando señas.

BRAS. Como la truje en el pecho,
no te espantes de que sienta
el corazón tu memoria,
y de tu ausencia la pena.
Sudó el pecho con el fuego,
y enternecióse la nema,
y de eso está maltratada.

LEONOR. ¡Qué peregrina agudeza!

“Lo que deseabas se ha cumplido, pues el
Rey quiere ir esta tarde al monte. Llegaremos
poco después désta, donde el descanso de ha-
blarte me quite el cuidado de escribirte.”

Yo he leído.

BRAS. Y ¿acertaste?

LEONOR. Quien sabe música, acierta
muy fácilmente estas cifras.

BRAS. Y ¿no podré yo saberlas?

LEONOR. Es un motete de amor,
que se canta en otra lengua.

BRAS. Después, que viene Benito.

(Sale BENITO.)

BENITO. Basta, que el Rey hace venta
nuestra casa.

LEONOR. ¿De qué modo?

BENITO. Ya su recámara llega:
la cocina ha entrado en casa,
y con no ser muy estrecha,
no podemos rebollirnos
cuantos estamos en ella.

Seis machos con asadores,
con ollas y coberteras;
Tres carros y seis borricos
con cucharas y cazuelas.
¡De espacio viene, a la fe!

LEONOR. Muy enhorabuena venga.
¿Viene don Juan de Velasco,
si sabes, con él?

BENITO. ¿Quién era
don Juan?

LEONOR. El que el otro día,
Benito, sirvió a la mesa
y dió la toalla al Rey.

BENITO. ¡Así, así! Ya se me acuerda.

Si por ése pescudáis,
yo le vi en un haca prieta
con más remiendos que un pobre.
¿Dices el haca, babieca,
o el caballero?

BENITO. ¿Qué buey
el caballero dijera?

(Sale DON JUAN.)

JUAN. Mientras el Rey y Laurencio
se entretienen, Laura bella,
vengo a besarte las manos.

LEONOR. Tú, Bras, la cuadra despeja,
y Benito a sacar vaya
las cosas de la despensa.

BENITO. Siendo cosas de comer,
doyme por zampado en ella.
Hoy me como seis cabritos,
tres pavos, cuatro terneras,
pues de fruta de sartén
no ha de tragar en la fiesta
caperuzas la tarasca
como yo tortada y pellas.

(Vase.)

BRAS. No sé qué traigo en los ojos
de que Laura se recrea
con las cosas de Palacio;
pero ¿qué mucho, si trueca
humo de carbón por ámbar,
grosero sayal por tela?
Por lo menos, ya mi amor
con justos celos sospecha
que, pues órganos le pide,
que querrá tocar la tecla.

(Vase.)

JUAN. Ausencias, peligros, muertes,
bella Leonor, tus memorias
convierten en dulces glorias;
echadas están las suertes.
Así, mis penas diviertes
para bien o para mal;
pero adonde el bien es tal
que el mismo mal enriquece,
hasta la muerte parece
que es remedio celestial.
Del mismo Rey que no[s] sigue
sangre tenemos los dos;
podrá ser que quiera Dios

que tanta impiedad mitigue
y que su crueldad obligue
a templar su condición;
si no, la misma razón
me obliga a morir penando;
que, quien sirve confiando,
cumplió con su obligación.

LEONOR. Después que tanta piedad
me dió cuidados de amor,
y a tu gallardo valor
incliné mi voluntad,
sin hallar dificultad
en la vida ni en la muerte,
propuso el alma quererte,
y fué con tal confianza,
que no perdí la esperanza,
don Juan, de volver a verte.

En grande peligro estoy:
quien me sigue es Rey cruel,
es mi hermano, y no sé dél,
y él no sabe que yo soy
quien tanta pena le doy;
de suerte que soy agora
de su libertad señora.

Quien me sirve me maltrata,
quien me da vida me mata,
quien me aborrece me adora.

Pero de cualquiera suerte,
de suerte en mi alma estás,
que no he de volver atrás
si viese el paso a la muerte;
que la razón de quererte,
de los peligros me olvida,
no hay temor que no despida,
la pena convierte en gloria
y hace dulce la memoria
de perder por ti la vida.

(Salen LAURENCIO y el REY.)

LAURENCIO. Aquí está Laura, señor.

REY. ¡Laura hermosa!

LEONOR. ¡Merced tanta,
a la fe, señor, que espanta!
Dadnos, por tanto favor,
los pies a mí y a mi tío.

REY. Levantaos, no estéis así;
mirad que me trujo aquí
vuestra buena gracia y brío.

Seamos amigos ya,
tratémonos con llaneza.

LEONOR. Dícenme que Vuestra Alteza
conmigo enojado está.

REY. ¿Con vos? ¿Por qué?

LEONOR. Bien sé yo

que en mi vida se la di;
la desdicha en que nací,
sospecho que se la dió;
como si en lo que es nacer
tuvieran las gentes culpa.

REY. Vuestra hermosura os disculpa,
que es reina de más poder.

Para igualar al amor,
los nacimientos no importan;
que a la medida se cortan
del gusto, y no del valor.

LEONOR. Seré la primer mujer
que, por tenerle tan alto,
de dicha le tengo falto.

REY. Alto puede el vuestro ser.

LEONOR. Si en este monte nací,
¿qué más alto nacimiento?

REY. ¡Qué donaire!

JUAN. Entendimiento
tiene.

LAURENCIO. Ven, Laura, de aquí;
que te metes en honduras
con el Rey, y podrá ser
que te vengas a perder.

REY. Laura, si mi bien procuras,
el que te tengo agradece.

LEONOR. ¿Su Alteza me tiene amor?

REY. Que no puede ser mayor.

JUAN. Laura, señor, lo merece.

LEONOR. Pues deme palabra aquí
que nunca me ha de hacer mal.

REY. Doyte mi palabra real.

LEONOR. ¿Hará lo que dice?

REY. Sí.

LAURENCIO. Vamos, Laura, no seas loca.

LEONOR. Voy, tío.

LAURENCIO. Perderte quieres;
que las más de las mujeres
se han perdido por la boca.

(Vanse.)

REY. Don Juan, esta noche quiero
ver a Laura, disfrazado;
que el mucho amor me ha cansado
deste humilde carbonero.

La noche es acomodada
a toda invención de amor.

JUAN. Yo he visto a Laura, señor,
para servirte inclinada.

REY. Tanto mis rigores precio,

que, por no ver sujetarme,
quisiera poder librarme
de un pensamiento tan necio.

(*Vanse y salen BENITO y MENGA.*)

MENGA. En tu vida te acontezca
pedir palabra a mujer
de que te pueda querer,
cuando otro bien le parezca.

Esto de la voluntad,
como el alma viene escrito;
nunca te quise, Benito:
celos no tratan verdad.

Agora que Bras me adora,
eso craro, soy de Bras.

BENITO. Más perjudicial estás
que si fueras perra mora.

¿Tú no me dijiste un día:
“Benito. tú eres mi bien”,
y yo te dije también:
“Tuyo soy, si tú eres mía”?

¿Quién te ha dicho mal de mí
y de mis gracias?, que creo
que en ser humilde me empleo,
y nunca soberbio fuí.

Mas mira que te ha engañado
Bras, y que a esa Laura adora,
porque yo le he visto agora
acecharla por el prado;
y de noche sé también

que la ventana le ronda.

MENGA. El mirar tu envidia bonda
saber que le quiero bien;
mas préstame tú un vestido,
y no podrá conocerme,
y podré verle sin verme.

BENITO. Mi dominguero el llocido,
aqueste puedes llevar.

MENGA. Si él ronda a Laura, Benito,
del pensamiento le quito
y te pongo en su lugar.

BENITO. Ven, y verás que no soy
mentiroso.

MENGA. Si me aburro,
de un golpe le despachurro;
¡lindo cachete le doy!

(*Vanse y salen el REY y DON JUAN, de noche.*)

REY. Llega a la ventana, y di
que quiero hablarla.

JUAN. Yo llego.

¡Oh, terribles ocasiones
de amor, de muerte y de celos!
Celos, ¿qué me aconsejáis,
que nunca dais buen consejo?
Pero en los forzosos males
es fuerza tomar acuerdo;
que para solas las dudas
se consultan los remedios.
Llego a la puerta: Amor sabe
de la manera que llego.
Laura, Laura.

(*Sale LEONOR.*)

LEONOR. ¿Quién me llama?

JUAN. Un favor fuera de tiempo,
una dicha desdichada
y un perdido en el remedio.
El Rey, Leonor, quiere hablarte;
ya sabes que el rey Don Pedro
sobre cabezas de amigos
pone espadas en cabellos.
¿Qué le diré?

LEONOR. Que me hable;
que yo tengo entendimiento
para dilatar los plazos
de las dudas al deseo.

JUAN. ¿Que te hable?

LEONOR. Pues ¿qué quieres?
¿No es mi hermano?

(*Sale BRAS, armado graciosamente.*)

BRAS. A verte vengo,
gloria de mis ojos, Laura,
por ver si descansa el pecho.
Gente hay a la puerta; un hombre
saltó del umbral, ligero,
a hablar con otro a la esquina:
si es ésta Laura, yo muero.

LEONOR. ¡Laura, Laura, no te escondas!
No me escondo, que no tengo
ocasión para esconderme.

BRAS. ¡Ay, Laura, los palaciegos
desasosegados traen
tus villanos (4) pensamientos!
¿Con quién hablabas agora?
¿Yo hablaba?

LEONOR. Pues ¿no te vieron
estos ojos, que de un turco,
que no de los tuyos, negros,

(4) *E: villanos.*

JUAN. fueran esclavos, ¡amén!,
hablar con uno de aquestos?
Llegó, señor, un villano
destos viles carboneros,
cuando yo hablarla quería.
REY. ¿No le echaremos del puesto?
JUAN. No, que será alborotar,
y que te conozcan temo;
demás, que es dar ocasión
a que la encierre Laurencio.
REY. Pues ¿éstos me han de quitar
mi gusto?
JUAN. Pienso que presto
le echará Laura de aquí.
LEONOR. No te vayas, que sospecho
que éstos me quieren hablar.
BRAS. Tengo a sus espadas miedo.

(Sale MENGÁ, de hombre, con espada y broquel.)

MENGÁ. Guardando la escura noche
mis pasos y mis deseos,
a ver si ronda mi Bras
a Laura, celosa vengo.
Muchos nombres les han dado
a los celos, mas sospecho
que nadie los llamó pulgas,
siendo mejor pensamiento;
cuando están más descuidados,
causan más desasosiegos;
allí pican, allí comen,
y nadie puede cogerlos.
Linda señal me han dejado;
mas yo les pondré los dedos
de suerte que no se alaben
de la señal que me han hecho.
¡Voto al sol, que están allí
hablando los dos!

JUAN. No creo
que ha de lograr Vuestra Alteza
esta noche su requiebro.

REY. ¿Cómo?

JUAN. Vienen muchos mozos,
que todos andan con celos,
como hay tan hermosas mozas
en servicio de Laurencio.

MENGÁ. Quiero llegar a acechar.

BRAS. ¡Ay, Laura, cuánto te quiero!

MENGÁ. “¡Ay, cuánto te quiero!”, dijo;
¡por las tripas se la espeto!

(Dale un cintarazo.)

BRAS. ¡Ay, que me matan!
MENGÁ. ¡Mentís,
que fué con la vaina, perro!
Pero meted luego mano.
LEONOR. ¡Qué buena ocasión, ay cielos,
para alborotar la casa!

(Andan a cachetes los dos.)

BRAS. ¡Ay, que me matan!
LEONOR. ¡Laurencio,
Benito, Silvio, Pascual!...

(Salen LAURENCIO, BENITO, PARRADO y otros.)

LAURENCIO. ¿En mi casa? ¿Qué es aquesto?
JUAN. Vamos, señor, que no puedes
estar aquí.

REY. Volveremos
cuando se hayan sosegado.

(Vanse.)

BENITO. Bras es, que estaba riñendo.
PARRADO. Con alguno de Palacio
debe de ser.

LAURENCIO. Mirad presto
quién es.

MENGÁ. Yo soy; Menga soy.

PARRADO. Pues, Menga, ¿tú con briviescos?

BENITO. Sí, que yo se los presté.

LAURENCIO. ¡Buena anda mi casa! Creo
que Laura ha de ir a Sevilla
a entrarse en un monasterio.
Y tú, borracho, ¿en qué andas?

BRAS. Yo, señor, ¿qué culpa tengo?
Menga viene a acuchillarme.

LAURENCIO. Ella es Bras, y tú eres Mengo;
entra, que quiero encerrarte;
que a Laura yo le prometo
que no esté más en mi casa.

(Vanse.)

PARRADO. Menga, el rondar era cierto.
MENGÁ. Pregúntalo al coscorrón
que le di en el pestorejo.

(Vase.)

PARRADO. Vamos, Benito, a dormir.

BENITO. ¿Bostezas?

PARRADO. Todo me duermo.

TERCERA JORNADA

(Salen DOÑA LEONOR y DOÑA INÉS.)

LEONOR. Después que el Rey se partió,
estoy con mayor cuidado.

INÉS. Con razón, pues enojado
con Vuestra Alteza salió.

LEONOR. Juróme (5) cuando partía,
que había de enviar (6) por mí,
porque me dijo que aquí
muchos contrarios tenía.

Dice que quiere llevarme
al Alcázar; mira, pues, (7)
qué remedio habrá después
de ser fuerza declararme.

Y asimismo, que en Castilla
me busca para prenderme,
y que procura tenerme
enamorado en Sevilla. (8)

Por la cifra le advertí
a don Juan que venga luego;
que no duermo ni sosiego,
ni pienso que estoy en mí.

Mire lo que quiere hacer;
que pienso (9) yo que a su imperio
no habrá oculto monasterio
en que (10) me pueda esconder.

Es notable su crueldad;
pues ¿cómo será si entiende
que le engaño?

INÉS. Bras deciendo,
que hoy llegó de la ciudad.

(Sale BRAS.)

BRAS. Impedido, Laura hermosa,
de Laurencio, no te hablé
luego que al monte llegué,
y porque Menga, celosa,
ha dado en andar tras mí.

LEONOR. ¿Tráesme (11) respuesta?

BRAS. No;

que todo cuanto pasó
quiero referirte.

LEONOR. Di.

(5) E: dixome.

(6) Ms.: ymbiar.

(7) E: a Sevilla, mira Ines.

(8) Ms.: Siuilla, ocurre otras veces. E: Falta esta redondilla.

(9) E: que bien sé.

(10) E: donde.

(11) E: y traesme.

BRAS.

Llegué víspera del día
que la más valiente obra
que hizo Dios por su amor
celebra, Laura, su Esposa;
entré en Palacio, y no pude
hablar a don Juan a solas;
que los porteros y guardas,
puesto que lo (12) vi, me estorban.
Acordéme entonces, Laura,
que con la más poderosa
majestad, en todo tiempo
cualquiera pobre negocia;
que es ver un rey como Dios
abiertas las puertas todas
para cuantos van y vienen,
sin que de nadie se esconda.
¿Dirás tú que cómo habla
un rústico de estas cosas?
Amor me ha enseñado, Laura,
que labra las piedras toscas.
Después que al monte venistes, (13)
hasta las almas son otras;
y no es mucho, si eres cielo,
que nuevas almas nos pongas.
Mucho aciertan (14) los que tratan
con los sabios, Laura hermosa, (15)
que enseñan los que no saben,
y a los que saben mejoran.
Amaneció, finalmente,
bañada en jazmín y rosa,
para más gloria del día, (16)
la blanca y rosada aurora.
Acordéme entonces, Laura,
de cuando de (17) humilde choza
sales a dar luz al día,
y al campo, menudo aljófár;
porque he visto yo tu pie
volver maravillas rosas (18)
los más humildes vallijos (19),
y (20) inútiles amapolas.
Juncia, espadaña y mastranzo (21)

(12) E: le.

(13) E: veniste.

(14) E: ganan.

(15) E: con sabios Laura dichosa.

(16) E:

desterrando negras sombras
bañada en jazmin del día.

(17) E: cuando de tu.

(18) E: rojas.

(19) E: vallicos.

(20) E: Falta y.

(21) E: mastranços.

servía (22) al suelo de alfombras;
 de telas y terciopelos
 toda ventana se entolda;
 por sus arcos que (23) adornaban
 naranjos con verdes hojas,
 entre cuyo azahar pendían
 ya limones, ya toronjas;
 de las damas de Sevilla
 mil serafines se (24) asoman,
 donde la hermosura y gala
 compiten artificiosas.
 En mirar calles, ventanas,
 altares, paños, historias
 y pinturas que adornaban,
 se me pasaron dos horas. (25)
 Al salir la procesión,
 las altas campanas tocan,
 en un pirámide puestas,
 que con los cielos (26) abordan;
 yo pensé que se venían
 de su máquina redonda
 los dos polos a la tierra,
 así (27) tocaban sonoras.
 Atabales y trompetas
 alegremente pregonan
 que sale en público el Rey,
 en su dorada carroza; (28)
 púseme sobre las gradas,
 de donde todos me arrojan,
 porque un hombre mal vestido
 en cualquiera parte estorba.
 En fin, subiendo (29) en dos piedras
 veo con célebre (30) pompa
 la ordenada procesión,
 que las dos márgenes toma,
 acompañaron gigantes
 las andas de San Cristóbal,
 santo que supo ensanchar
 las puertas del cielo angostas;
 los gigantes, que parecen
 a personas perezosas,
 que otros los llevan y arriman

adonde se les antoja.
 Luego, varios estandartes
 al aire manso tremolan,
 jugando en los tafetanes
 oro, cordones y borlas;
 tras ellos, en sus lugares,
 las cruces de las parroquias,
 adonde la competencia
 hizo invenciones curiosas. (31)
 Discurriendo a todas partes,
 las danzas pasan y tornan,
 ya de galanes y damas,
 y ya de moros y moras,
 con lazos, con toqueados,
 con palos que nunca aflojan,
 invención original
 de las danzas labradoras;
 otros tras ellos (32) venían
 que, con las espadas rotas,
 vestidos de lienzo y randas,
 lucen más a menos costa.
 ¡Buena gente para amigos,
 que danzan a todas horas
 con las caras descubiertas,
 sin máscara de lisonja!
 Luego vi, Laura divina,
 las Ordenes religiosas,
 con sus cruces y sus capas,
 que de mil historias bordan;
 los canónigos también,
 y el santo arzobispo, forman,
 con la demás clerecía,
 Laura, una triunfante Roma.
 Aquí la música deja,
 puesta en concertada solfa
 la castellana poesía,
 la región del aire absorta;
 con varas de plata y oro,
 los Veinticuatro, señora,
 con un paño de brocado,
 entre mil blancas antorchas,
 llevaban el edificio
 de la divina custodia,
 arca del Cordero santo,
 pasto, pastor, altar y hostia. (33)
 Venía el feroz don Pedro,
 con una encarnada ropa,
 de leones de oro bordada,

(22) *E: servían.*

(23) *E: por sus cercos.*

(24) *E: Falta se.*

(25) Faltan este verso y los tres anteriores en el manuscrito.

(26) *Ms.: cuellos.*

(27) *E: que así.*

(28) Este verso, y los tres anteriores, están en el *Ms.* inmediatamente antes de *las altas campanas tocan.*

(29) *E: subido.*

(30) *E: veo con solene.*

(31) Faltan este verso y los siete anteriores en el *Ms.*

(32) *E: tras estos otros.*

(33) *Ms.: Faltan este verso y los veintitrés anteriores.*

que armiños blancos aforran;
 un cirio en la diestra mano,
 y en la otra, una espada corta;
 una gorra de Milán
 con dos plumas, blanca y roja;
 grave y valiente el semblante,
 pálido el color, la boca
 cubierta de poca barba:
 visto le has, las señas sobran;
 la majestad en los ojos,
 la grandeza en la persona,
 diciendo que a sólo Dios
 puede ser que reconozca. (34)
 Cerca de él, entre Toledos,
 Guzmanes, Laras, Mendozas,
 Velascos, Girones, Cerdas,
 Enriques, Cárdenas, Rojas,
 Padillas, Zúñiga, Osorio,
 con Sandoval y Borjas,
 Córdoba, Cabrerías, Silvas,
 Pimentales y Cardonas, (35)
 venía don Juan bienquisto,
 pues el aplauso me informa;
 busquéle la (36) misma noche,
 sucediendo al sol la sombra;
 halléle triste y suspenso; (37)
 dile la (38) carta, y leyóla,
 y por respuesta me dió,
 entre mil tiernas congojas,
 que él vendría a verte Laura;
 que es mucho en palabras pocas.

LEONOR. ¿Si podré disimular (39)
 celos en tan grave (40) pena?
 Mas vete, que gente suena;
 después podremos (41) hablar.

BRAS. Voyme, que quiero aplacar
 los justos celos de Menga.

(Vase.)

LEONOR. Sólo esperar (42) a que venga
 puede obligarme a callar.

(34) Ms.: Faltan este verso y los once anteriores.
 (35) Ms.: Este verso, y los cinco anteriores, quedan reducidos a dos:

Lunas, Zuñigas y Enrriquez
 Cordouas, Padillas (Roxas, tachado) Bor-
 [jas.

- (36) E: busquele esta.
 (37) Ms.: Faltan este verso y el anterior.
 (38) E: dile tu.
 (39) E: quien podra disimular.
 (40) E: grande.
 (41) E: podemos.
 (42) E: aguardar.

(Sale DON JUAN.)

JUAN. Quedaos todos allá fuera.

LEONOR. ¿Si es éste don Juan?

INÉS. El es.

LEONOR. De verle tan triste, Inés,
 toda la sangre me (43) altera.

JUAN. Sabe el cielo que quisiera
 morir antes que venir
 adonde es fuerza el decir
 que vengo al mejor (44) pesar
 que se puede imaginar,
 pues es mayor que morir.

Mira tú qué puede ser
 de verme en tan triste calma,
 si no te lo ha dicho (45) el alma,
 que lo debe de saber.
 LEONOR. ¿Venisme (46) acaso a prender?
 ¿Sabe el Rey quién soy? ¿Porfía
 en verter (47) la sangre mía?
 Llévame (48) si esto encareces;
 porque librarme (49) dos veces
 fuera mucha cortesía.

Allí el alma me prendiste.
 dejando (50) el cuerpo, don Juan;
 sin la mano (51) le querrán;
 troquemos la que me diste.
 Basta el tiempo que tuviste
 el alma y la libertad. (52)
 Di, Velasco, a tu piedad
 que el alma me restituya;
 que morir con alma tuya
 fuera notable crueldad.

Es tal de mi amor la palma
 que por ti muriendo (53) espero,
 que aun para morir no quiero
 que esté presente tu alma.
 ¿Qué miras? No estés en calma;
 si cuando el alma te di
 la tuya me diste a mí, (54)
 hoy a destrozarla vengo,
 porque, si tu alma tengo,

- (43) E: se.
 (44) E: mayor.
 (45) E: si no te lo dice.
 (46) E: vienesme.
 (47) Ms.: a vertir.
 (48) E: matame.
 (49) E: soltarme.
 (50) E: soltando.
 (51) E: sin alma no.
 (52) E: voluntad.
 (53) E: que muriendo por ti.
 (54) E: alli.

JUAN. no te mate el Rey en mí. (55)
No sabe el Rey lo que piensas;
mas antes piensa, engañado,
vengarse, determinado
de tus notables ofensas:
donde no tengas defensas,
me manda, Leonor, llevarte;
mira tú si será a parte (56)
donde no haya resistencia, (57)
y puede haber más violencia (58)
desde forzarte a matarte.

A su alcázar me mandó
que te llevase, atrevido
de amor; que ningún olvido
contra su rigor bastó.
Templarle pensaba yo, (59)
no le pudo aprovechar; (60)
y si de Amon y Tamar
habéis de imitar la historia,
máteme aquí la memoria
antes que llegue el pesar.

LEONOR. Al (61) mal que me prometía
de consuelo me ha servido
que no me haya conocido,
que es sólo lo que tenía.

JUAN. Pues ¿puede, señora mía,
ser mayor mal?

LEONOR. Diferencio
la muerte, porque el silencio
es padre de los engaños,
hoy (62) remediará mis daños
la discreción de Laurencio.

JUAN. El viene.

(Sale LAURENCIO.)

LAURENCIO. Y vengo sin mí,
de ver, don Juan, estos hombres.

LEONOR. Padre amado, no te asombres:

(55) E: por mí. Atajada esta décima en el Ms.

(56) E: Falta a.

(57) Ms.: Antes de donde, tachado no. E: donde muestre su rigor.

(58) Ms.: Tachado y puede aver mas; encima, de letra y tinta diferentes: para pasar su. E: y mira qual es mayor.

(59) Ms.: Tachado pensava yo; encima, de letra y tinta diferente, intentaba yo. E: divertirme intenté yo.

(60) Ms.: Tachado este verso, y encima, de letra y tinta diferentes: y no le pu (so, tachado) de atajar. E: no le pude sossegar.

(61) E: el.

(62) E: y.

mi remedio estriba en ti. (63)
Don Juan, que viene por (64) mí,
es quien allá me libró, (65)
que el Rey no me conoció;
antes, por no conocerme,
quiere a peligro ponerme (66)
de (67) decirle que soy yo.

JUAN. Laurencio, el Rey, engañado,
a su misma hermana adora;
no vengo por ella agora,
aunque vengo acompañado;
vengo a servirle forzado,
y a buscar si habrá ocasión
que estorbe mi confusión.

LAURENCIO. Muy fácil.

JUAN. ¿Muy fácil?

LAURENCIO. Sí.

JUAN. ¿De qué suerte?

LAURENCIO. Escucha.

JUAN. Di;
milagros del Amor son. (68)

LAURENCIO. Huir fuera, en su rigor,
volver contra ti la espada;
di que la hallaste casada
con un pobre labrador
y, temiendo su justicia,
no te atreviste a traer
al Rey la ajena mujer.

JUAN. Bien dices, porque él codicia
que a nadie fuerza se haga,
mayormente en el honor;
porque en esto, el más señor
cualquier agravio le paga.

Pero ¿cómo fingirás
que la casas?

LAURENCIO. Yo sabré
ocultarla (69) y la pondré
donde no la vea más.

JUAN. Parto a Sevilla.

LAURENCIO. Camina.

JUAN. Adiós, Laura.

LEONOR. Adiós, don Juan.

(63) Ms.: Intercalado, de letra y tinta diferentes: mi remedio biue en ti.

(64) E: que adoraba en mí.

(65) Ms.: o es quien ella (sic) me libra; tachado o; ella, tachado, y encima, con letra y tinta diferentes: a mí; sobre la a de libra, enmendado o.

(66) Ms.: Intercalado, de letra y tinta diferentes: sera fuerza resolverme.

(67) Ms.: Enmendado a sobre de.

(68) E: Falta este verso.

(69) E: esconderla.

JUAN. Si a un triste esperanza (70) dan,
¡qué presto se determina!

(Vase DON JUAN y sale BRAS.)

LAURENCIO. ¿Dónde bueno, amigo Bras?

BRAS. A saber de ti venía
si a nuesa carbonería
volverán los bueyes (71) más.

LAURENCIO. Basta el carbón que han traído;
aquí Laura hablaba en ti.

BRAS. Pues ¿de qué te hablaba en mí?

LAURENCIO. En que eres mozo (72) lucido,
y hombre de buenos respetos.

BRAS. Gracias sus ojos le den;
que hablar sin envidia y bien
es condición de discretos.

LAURENCIO. Tú pienso que lo estás ya.

BRAS. Después que es Laura maestro
estoy yo (73) en hablar más dies-
su lengua a todos nos da. [tro;

LAURENCIO. ¿Cómo no tomas (74) estado?

BRAS. ¿Es eso acaso por Menga?
Como suficiencia (75) tenga,
muesamo (76), para casado,
no está muy lejos de aquí
con quien yo matrimonioara. (77)

LEONOR. ¿Mírasme a mí?

BRAS. No en (78) su cara.

LEONOR. Pues ¿está fuera de mí?

BRAS. ¡Pues no, si están en el cielo
las caras de los angeles!

LEONOR. Si me quieres como sueles,
que Menga me da recelo,
aquí me ha dicho señor
cómo casarnos quisiera
y darnos su carbonera;
y aunque no es (79) mucho valor,
yo tengo hacienda también
que mi padre me dejó.

BRAS. Si soy suficiente yo
para que a Laura me den,
que se deben de burlar, (80)

aquí, corriente y moliente.
a que con ella (81) empariente
luego me pueden llevar.

LAURENCIO. ¿Qué dices tú?

LEONOR. Que yo soy
dichosa en ser su (82) mujer.

BRAS. ¿Es burla?

LAURENCIO. No puede ser,
que yo de por medio estoy.

BRAS. Si me tengo de casar,
nadie ha de estar de por medio.

LEONOR. ¿Y (83) Menga?

BRAS. Pues ¡qué remedio?
Otro Bras puede buscar.

LAURENCIO. En fin, ya quedáis casados.

BRAS. ¿Luego esta noche serás
mía?

LEONOR. Hay una cosa, Bras.
que me pone en mil cuidados,
y es que me dejó mi padre (84)
su hacienda condicional.

BRAS. ¿Cómo?

LEONOR. Que ha de ser el tal
limpio de padre y de madre;
si tú eres cristiano viejo,
serás mi marido, Bras.

BRAS. ¿En eso topa no más? (85)
¡Reviejo y tataraviejo!

Yo probaré que diciendo,
por línea recta, de Adán.

LAURENCIO. Todos, Laura, lo dirán
en el monte.

LEONOR. Eso pretendo.

Con esto (86) le doy la mano,
y en probándolo, soy suya.

LAURENCIO. Dios os bendiga.

BRAS. ¡Aleluya!

¡Salto y bailo! (87)

LEONOR. Bras hermano,
adiós.

BRAS. Adiós, Laura.

LEONOR. ¡Oh, vario

(70) E: esperanças.

(71) E: bolueran los reyes.

(72) E: hombre locido.

(73) E: estoy.

(74) E: como no mudas de.

(75) Ms.: suficiencia.

(76) E: nuesamo.

(77) Ms.: matrimoniara.

(78) E: no a.

(79) E: y aunque de.

(80) Ms.: burlar.

(81) E: a que con el.

(82) Ms.: Añadido su sobre el renglón.

(83) Ms.: Antepuesto i de letra y tinta diferentes.

(84) E:

BR. ¿Como?.

LEO. Dexóme mi padre.

(85) Ms.: Añadido no mas de letra y tinta diferentes. Después de este verso, tachado otro medio: pues soy con exceso.

(86) E: esso.

(87) E: brinco.

tiempo! ¿Qué intentas de mí?

LAURENCIO. Sobrino, adiós.

BRAS. Por aquí
me voy, haciendo el canario.

(Canta:)

Por aquí, por aquí, por allí,
anda la niña en el toronjil;
por aquí, por allí, por acá,
anda la niña en el azahar. (88)

(Vanse, y sale el REY y DON FERNANDO.)

REY. No pienso en todo el verano
volver, Fernando, a Castilla.

FERNANDO. ¿Parécete bien Sevilla?

REY. No es el dejarla en mi mano.

FERNANDO. Ya conozco la ocasión.

REY. Don Juan espero que venga. (89)

FERNANDO. No hay nave a quien no detenga
la arrogante presunción

con que, altiva, a obedecer
las olas del mar enseña
si una rémora pequeña
se la llega a detener. (90)

REY. A (91) la belleza, Fernando,
no puede haber resistencia,
porque, en habiendo violencia,
se va el amor aumentando.

¿Quién dijera que podía
tener queda mi (92) severa
condición la carbonera
de un monte de Andalucía?

Ya me alegra y me acongo-
fuego sus extremos dan; ja; (93)
como en Sicilia (94) volcán,
nieve entre llamas arroja. (95)

Con la propiedad que tiene,
mi condición ha templado.

FERNANDO. Don Juan, señor, ha llegado.

REY. Triste viene.

FERNANDO. Y solo viene.

(88) Ms.: Faltan estos cuatro versos.

(89) E: No ay cosa que me entretenga.

(90) E: una remora pequeña.

RE. Notables las suele auer.

(91) E: y a.

(92) E: tener tal ni tan.

(93) Ms.: ya me aflige y me congoja.

(94) Ms.: Cicilia.

(95) E: nieue por llamas arroja. Ms.: Atajada
esta redondilla.

(Sale DON JUAN.)

JUAN.

Llegué, señor, al monte
al tiempo que a la mar el sol quería
bajar por su horizonte
y la noche parece que salía
de aquellas carboneras
con más horror que de sus sombras fieras,
y apenas el (96) caballo
llegó a las a las puertas (97), cuando al sol con-
rústicos bailes hallo; [forme
y antes que la ocasión lo que es me informe,
la hermosa Laura veo
casada, e (98) imposible a tu deseo.

Al lado de un villano
ocupaba lugar en una silla,
y él, con su indigna mano,
la que tuviera el cetro de Castilla
si fuera igual contigo.

“¿Qué es esto?, a voces a Laurencio digo,

“que se casa (99), responde,
Laura con Bras”; y yo replico (100) airado:
“Pues ¿cómo, cuándo o dónde (101)
un monstruo con un ángel se ha casado?” (102)
y con desenvoltura

me replicó (103): “Pregúnteselo al cura”.

Quise sacar la espada,
pero con el temor de tu justicia,
y que es mujer casada
y ellos no te ofendieron de malicia,
me reporté, callando
mi embajada, y tu amor disimulando.

Si casada la quieres,
sacada de los brazos de un villano,
como a mañana esperes,
aunque gozada (104), la tendrá tu mano;
que de cortar (105) las leyes
a sólo Dios darán cuenta los reyes.

REY.

Vos sois un majadero.

(96) E: del.

(97) E: baxo a la puerta.

(98) Ms.: y.

(99) E: casó.

(100) E: respondi.

(101) Escrito donde, de letra y tinta diferentes,
después de como (repetido por error) tachado.

(102) Ms.: se a criado.

(103) E: respondio.

(104) Ms.: Escrito goçada, de letra y tinta dife-
rentes, encima de fazada, tachado.

(105) E: que de ir contra.

un bachiller muy necio, y para poco,
pues (106) cuando a Laura espero,
cansado de esperar y de amor (107) loco,
sin ella habéis venido,
de mi recta justicia defendido. (108)

Lo que han de hacer los reyes
me dice, muy feroz, por consolarme,
en honra de las leyes.
¡Sólo faltó, Fernando, predicarme
disculpando al villano
que, sabiendo mi amor, le dió la mano! (109)

Donde se ve tan clara
la malicia de aquestos carboneros,
¿cuál hombre no sacara
en la (110) defensa mía los aceros,
de mi ofendido gusto
sin reparar en si era el acto justo? (111)

Yo iré en persona al monte,
y haré venganza (112) en ellos de manera
que todo su horizonte
arda en mi fuego la (113) canalla fiera.
¡Bárbaros, viles, perros, atrevidos,
perdiendo voy por Laura los sentidos!

(Vanse el REY y DON FERNANDO.)

JUAN.

Ya pensé que llegaba,
Leonor, el corto plazo de mi vida; (114)
contenta el alma estaba
para darte la vida, agradecida
al peligro en que has puesto,
por estimar mi amor, tu pecho honesto.

Si le dices quién eres,
ha de matarte el Rey; si no lo (115) dices,
¿qué puede haber que esperes,
si su resuelto gusto contradices?
Todo remedio es vano:
¡Rey enemigo, enamorado hermano!
Iré a morir con ella;

(106) Ms.: Antes de *pues*, tachado *quand*.

(107) E: *amar*.

(108) E: *preuenido*.

(109) E: *Falta esta sextilla*.

(110) E: *para*.

(111) E: Estos dos versos dicen:

castigando al villano

que sabiendo mi amor la dio la mano

y son los mismos finales de la sextilla anterior, su-
primida.

(112) E: *yo haré castigo*.

(113) E: *arda con mi rigor*.

(114) E: *Leonor el plazo ultimo a mi vida*.

(115) Ms.: *le*.

dejarla no es razón en tal desdicha.
Aguarda, Leonor bella,
que en las desdichas es la mayor dicha
hallar quien de una suerte,
si amó la vida, acompañó la muerte. (116)

(Vase y sale BENITO y MENGÁ.)

MENGÁ. ¿Qué me dices?

BENITO. Esto pasa.

MENGÁ. Advierte, Benito amigo,
que no mientas.

BENITO. Soy testigo
de que con Laura se casa.

Anoche fuera la boda
consumida hasta no más
a no haber andado (117) Bras
hablando (118) a la aldea toda.

MENGÁ. Convidará a los amigos
si es el casamiento cierto. (119)

BENITO. No es esto.

MENGÁ. Pues ¿qué?

BENITO. Un concierto
en que es (120) menester testigos:
mándale Laura probar
que es cristiano.

MENGÁ. ¿Para qué?

BENITO. Clúsula dicen que hué (121)
que no se puede casar
con quien no fuere cristiano;
que lo dejó por asiento
su padre en su atestamiento (122)
con persino de escribano.

MENGÁ. Cristiano viejo dirás.

BENITO. Quien la ley (123) de Dios no quie-
para cristiano le suebra, [bra,
que el tiempo da lo demás;

con esto habemos jurado
Chaparro, Turibio (124) y yo.

MENGÁ. Mentistes (125) todos.

(116) Ms.: Atajadas esta sextilla y las dos ante-
riores. Al margen, verticalmente, de letra igual a las
correcciones anteriores: *todos te buscan y te ynfaman*
todos.

(117) E: *a no andar combidando Bras*, sic.

(118) E: *de espacio a la aldea toda*.

(119) E:

MEN. *Combidadrá los amigos*
si es el matrimonio cierto.

(120) E: *en que ha*.

(121) Ms.: *clausula dicen que fue*.

(122) Ms.: *su padre en el testamento*.

(123) Ms.: *quien la luz*.

(124) E: *Parrado, Domingo*.

(125) Ms.: Añadido y sobrepuesto el *tes* de *men-*
tistes.

BENITO. Yo no.
 MENGA. Hombre que palabra ha dado
 a una mujer, y con otra
 se casa ¿es cristiano?

BENITO. Advierte
 que la palabra es más huerte (126)
 si el matrimonio enquillotra. (127)
 Y a ti (128), ¿qué te debe Bras?

MENGA. Luego ¿no me ha pellizgado? (129)

BENITO. No por eso está obligado,
 no habiendo pasado más.
 ¿No has visto un plato que lame
 un paje cuando le lleva,
 y en el camino le prueba?
 luego no es bien que se llame
 hurto.

MENGA. Pues ¿qué?

BENITO. Golosina. (130)

MENGA. ¿Qué buen alcalde!

BENITO. Es mal trato. (131)
 hacerle pagar el plato
 por lamerle en la cocina.

MENGA. Tú, ¿qué juraste por él?

BENITO. Que agua bendita tomaba,
 que oía misa y que rezaba
 y que una vez fuí con él
 y trujimos para el cura
 una carga de carbón.

MENGA. ¡Buenos privilegios son!
 Tal te dé Dios la ventura.
 Mas vete, que viene aquí; (132)
 yo me entenderé con él.

(126) Ms.: fuerte.

(127) Ms.: si el matrimonio quillotra.

(128) E: y assi.

(129) Ms.: pellizcado.

(130) Ms.: Dice esta redondilla:

[BEN.] No has visto un paje que lleva
 un plato desde la messa
 coger, si puede, una pressa,
 y no es urto, aunque la prueba.

MEN. Pues que sera?

BEN. Golosina.

Se enmendaron y tacharon después estos versos, con
 la misma letra de las correcciones anteriores, quedando así:

No has visto un paje que lame
 un plato, quando le lleva;
 no le come, bien le prueba,
 y así no es bien que se llame
 urto.

MEN. Pues que.

BEN. Golosina.

(131) E: rato.

(132) Ms.: vete porque viene aqui. Faltan las dos
 redondillas anteriores.

BENITO. Todo lo que dije dél
 es por vengarme de ti. (133)

MENGA. Estoy enojada agora;
 háblame después.

BENITO. Sí haré.

(Vase BENITO y sale BRAS.)

BRAS. No dirá Laura, a la fe,
 que vengo de alcuña (134) mora.
 Ya la probanza está hecha;
 ya está todo (135) concluído.
 Menga es ésta; el diablo ha si-
 [do (136)

si el casamiento sospecha.

MENGA. ¡Oye, callabero! (137)

BRAS. ¿A quién?

MENGA. Pues ¿no ve que con él habro?

BRAS. No es callabero (137) vocabro
 que a mí me puede estar bien.

MENGA. Quien casa con tan erguida
 moza (137 bis), caballero (137) es
 que se dice por acá [ya;
 que es del mismo (138) Rey servi-
 [da.

BRAS. Son luengas (139). ¿No hay
 [quien las corte?

MENGA. ¡Miren (140) qué buena mujer
 lleva para pretender
 algún oficio en la corte!

¡Oh lo que parecerán:
 ella vendiendo su nieve
 y él (141) carbón!

BRAS. ¡Mucho se atreve!

MENGA. Tal pesadumbre me dan.

BRAS. Menga, ya yo estó (142) casado.
 Menga (143), todo se acabó.

MENGA. ¿Todo se acabó?

BRAS. ¡Pues no! [do!

MENGA. ¡No, perro; no se ha (144) acaba-
 Hoy verás si a mis desvelos

(133) Ms.: Tachado vengarme de ti, y encima de
 letra y tinta diferentes: que te quiero a ti.

(134) Ms.: alguna.

(135) Ms.: ya todo esta.

(136) E: Menga es esta soy perdido.

(137) Ms.: caullero.

(137 bis) E: grande.

(138) E: mismo.

(139) E: le[n]guas.

(140) E: mire.

(141) Ms.: Después de el, tachado carbon.

(142) E: estoy.

(143) E: de oy mas.

(144) E: no está.

se ha de dar tal galardón;
que es el Amor un león,
y son las uñas los celos.

BRAS. Menga, Menga, no es agora (145)
aquel tiempo que solía.

(Dale MENGA de coces.) (146)

¡San Cosme, Santa Lucía,
que me mata!

MENGA. A la traidora
Laura quisiera yo aquí. (147)

BRAS. ¡Que me desuella!

MENGA. Confiesa,
perro, que es fea y te pesa
de amarla.

BRAS. ¡Digo que sí!

(Sale DOÑA LEONOR.)

LEONOR. ¿Qué es esto? Bárbara, loca,
¿a mi marido?

MENGA. No es vuesto,
sino mío. ¡Haceos allá,
que por Laurencio os respeto!

LEONOR. Sosiégate, Menga; advierte...

MENGA. ¡No hay que verter, no; teneos!
¡Por los órganos de Dios
y por los benditos cregos
que os mate si me emberrincho!
¡No ha de ser vuesto!

LEONOR. ¡Ni quiero
si es tuyo, que no sabía (148)
vuestro amor ni vuestros celos!

MENGA. ¡Vete, Bras, vete delante! (149)

BRAS. ¡Ya me voy, y casi muerto;
debo de ser la ocasión:
no me has (150) dejado cabello!

(Vase.)

LEONOR. Ya se fué Bras. Oye, Menga.

MENGA. No quiero, Laura; que tengo
razón, que has venido aquí

(145) Ms.: aora.

(146) E: Falta esta acotación.

(147) Ms.: oy la traidora / quisiera tener aquí;
tachado oy, y a continuación, añadido a; después de
traidora, añadido Laura; tachado tener, y encima io.

(148) Ms.: no quiero / si estoy ay que no sa-
bia (sic); añadido, después de quiero, si es tuyo; ta-
chado estoy oy y yo.

(149) E: vete Bras para adelante.

(150) E: ha.

solamente a hacer enredo.

Tú no eres para los montes
ni para los rudos pueblos.

¿Quién te hizo carbonera,
con tantos relamamientos? (151)

Vete a Sevilla, allí vive,
enamora caballeros. (152)

Deja a los villanos, Laura,
que para ti no son buenos.

¿Era a propósito Bras,
entre ignorante y discreto,
para servirte de sombra?

¡Pues no, Laura; ya te entiendo!
Pensábasmele engañar
con resquiebros palaciegos;
¡pues aquí regañarás, [vo!
que [a] hablar (153) al cura le lle-

LEONOR.

Cuidados de mi amor, ¿quién os anima
en tal desconfianza? El mismo engaño.

¿No ven que la esperanza es mayor daño?

No hay daño en quien la vida desestima. (154)

¿Quieres (155) que un Rey con el furor (156)

[me oprima,

hermano en sangre, en la crueldad cristiano?

¡La muerte es el prostrero desengaño! (157)

¡Oh Amor! ¿Qué fuerza habrá que te reprima?

¡Yo (158) no quiero llorar mi desventura,
sino a la muerte prevenir las manos,
aunque parece pensamiento loco;

que si en (159) la vida, que tan poco dura,
es la muerte el mayor de los tiranos,
tiranos vence quien la tiene en poco! (160)

(Sale alborotada INÉS.)

(151) E: relamimientos.

(152) E: Este verso y el anterior están después
de ni para los rudos pueblos, y dicen:

vete a Sevilla, allí vive,
engaña a los caballeros.

(153) Ms.: hablar.

(154) E:

¿Pues no veis que es la muerte el menor daño
en quien la vida no pone la estima?

(155) E: Quereis.

(156) E: con su rigor.

(157) E:

propio en la sangre y en el odio extraño
quando es tan peligroso el desengaño.

(158) E: ya.

(159) E: Falta en.

(160) Ms.: Atajado este soneto.

INÉS. ¡Ay, señora! ¿Cómo estás con tanto descuido así? (161)

LEONOR. ¿Vienen a prenderme? (162)

INÉS. Sí, siendo (163) a forzarte, que es más. Huye a ese monte, que el Rey, colérico y enojado de tu rigor, arrojado (164) de Amor, que no guarda ley, dicen que viene a llevarte y a matar a Bras, que piensa que fué dueño desta (165) ofensa.

LEONOR. ¡Ay, doña Inés! ¿En qué parte no me hallará mi desdicha? ¿Viene don Juan?

INÉS. Con él viene, con tanta pena, que tiene la muerte por mayor dicha.

LEONOR. Pues ¿dónde quieres que huya? que si el Rey no me ha de hallar, claro está que ha de vengar (166) en él la fiereza suya. Pues ¿tengo de consentir que muera por mí don Juan? Ni los cielos lo querrán ni Amor lo ha de permitir. Obligada una mujer de un hombre, si es bien nacida, en no siendo agradecida, ¿qué virtud puede tener? ¿Qué mujer no ha sido noble con hombre que la obligó? Pues quien de un Rey procedió tendrá (167) obligación al doble. Viva don Juan y yo muera, que sólo siento el morir por lo que él ha de sentir que yo por él morir (168) quiera. Este es amor firme y fuerte; que sólo en mi muerte siento la pena y el sentimiento

Muera una mujer que a ser que ha de tener de mi muerte. (169) tan desdichada ha nacido, y viva un hombre que ha sido tan piadoso (170) a una mujer.

INÉS. ¡Qué! ¿Quieres perder la vida?

LEONOR. Diga mi sepulcro así: "Una mujer yace aquí que murió de agradecida".

(*Vanse. Sale LAURENCIO y FLORA.*)

LAURENCIO. Denme luego de comer.

FLORA. Mira que dicen que viene el Rey.

LAURENCIO. Rey soy en mi monte, (171) coma, y venga quien viniere. Y ¿quién te lo ha dicho, Flora?

FLORA. Quien vió en Sevilla su gente previniendo la (172) jornada con azores y lebreles, ya para matar los osos que de sus cumbres (173) descien- ya para volar las garzas [den, que en estas lagunas (174) beben.

LAURENCIO. Venga muy enhorabuena, (175) que él es Rey, y se entretiene, y yo entiendo en mis haciendas. Y (176) mira si Laura quiere comer conmigo, o aparte.

FLORA. Anda triste; no la esperes.

(*Sacan mesa con manteles y pan.*) (177)

(*Sacan PARRADO y BENITO una olla con cucharón.*) (178)

PARRADO. Asíéntala bien, Benito.

BENITO. ¿Cómo quieres que la asiente, si yo no me he de sentar?

PARRADO. Nuesamo tiene tan huerte (179) condición, que a ningún mozo da su mesa.

(169) *E: Esta redondilla va antepuesta a la anterior. Ms.: Atajada.*

(170) *E: tan constante.*

(171) *E: Rey soy en mi monte yo.*

(172) *E: su.*

(173) *E: que de esos montes decien-*

(174) *E: que de esos arroyos.*

(175) *E: venga enorabuena Flora.*

(176) *E: ve y.*

(177) *Ms.: Falta esta acotación.*

(178) *Ms.: Sale Benito y Parrado con una olla y cucharón.*

(179) *Ms.: fuerte.*

(161) *E: aquí.*

(162) *E: matarme.*

(163) *E: y aun.*

(164) *Ms.: Dicen este verso y el anterior:*

*con tu rigor enojado
colerigo y arrojado.*

(165) *E: de su.*

(166) *E: es forçoso executar.*

(167) *E: tiene. Ms.: Atajadas esta redondilla y la anterior.*

(168) *E: que yo morir por el.*

BENITO. ¡Oh, cómo huele
la olla!

PARRADO. Pónelas Menga
que al Rey guisárselas puede.
Di que se siente y que parta. (180)

BENITO. ¡Mal año, y cómo se mete
el olor por las narices!

PARRADO. Es el tocino valiente,
criado a pan y bellota.

BRAS. No hay diacitrón que le llegue.

FLORA. Ya bien te puedes sentar.

LAURENCIO. Vengan todos.

FLORA. Todos vienen. (181)

LAURENCIO. Flora.

FLORA. Señor.

LAURENCIO. Hoy, que guisas,
¿no tienes en qué comience?

FLORA. Comienza en la bendición.

LAURENCIO. ¡Dios lo prospere y lo aumente!

PARRADO. Flora.

FLORA. ¿Qué quieres?

PARRADO. Que a mí
me des caldo suficiente.

FLORA. ¿Con qué te contentarás?

PARRADO. Con seis escudillas.

FLORA. Vete
a un convento de Sevilla

PARRADO. A fe meta (182) el brazo...

FLORA. ¡Suelto!

BENITO. Con el cucharón le dió.

(Salen BRAS y LEONOR.)

BRAS. Laura, señor, viene a verte.

LAURENCIO. ¡Laura mía!

LEONOR. No quisiera
hallarte en la mesa. Advierte
que viene el Rey.

LAURENCIO. Mal conoces
cómo en su rústico albergue
no envidia (183) un pobre villano
los palacios de los reyes.

(Dentro el REY.)

REY. ¡Quitad a todos las vidas,
sin que carbonero quede,
y abrasad luego sus casas!

(180) E: y reparta.

(181) E: Este verso y el anterior van inmediatamente después de la acotación *Sacar mesa*, etc.

(182) Ms.: *asirete*, enmendado sobre *asite*.

(183) Ms.: *ymbidia*.

BENITO. ¡El Rey!

BRAS. Enojado viene.

(Escóndense detrás de la mesa y (184) salen el REY, DON JUAN y DON FERNANDO.)

REY. Villanos, que habéis sabido
claramente la ocasión
en que con (185) tanta afición
a vuestro monte he venido,
¿cómo, por darme pesar,
habéis a Laura casado?

LAURENCIO. Señor, todos han pensado
que aquí vienes (186) a cazar.

REY. ¡Malicia ha sido, villanos!
¿Dónde está el novio?

BRAS. ¡Ay de mí!

MENGA. Este es, señor.

REY. ¿Este?

MENGA. Sí.

REY. Asilde, atalde las manos;
llamad esos ballesteros;
fechalde.

MENGA. Aquí pagarás
tus maldades.

BRAS. Si jamás
me atreví a sus dos luceros, (187)
ni una sola mano asido,
que dos mil muertes me des;
porque fuerte cosa (188) es
pagar lo que no he comido.

MENGA. No tienes que reortir (189);
hoy, a flechazos (190) te harán
un puro San Sebastián.

REY. Laura, ¿qué puedes decir
en defensa de tu (191) gusto?
¿Tal villano apetecías?
Si mi voluntad sabías,
¿fué, Laura, término justo?
Ahora bien; llegad el coche.
que, en saliendo yo (192), han de
estas casas, que han de ser [arder
luminarias de la noche.

(184) Ms.: Falta esta primera parte de la acotación.

(185) E: en que por.

(186) E: venias.

(187) Ms.: si jamas (me atrebi, añadido) / señor si (tachado) a sus dos luzeros.

(188) E: caso.

(189) Ms.: rre (petir, tachado) (ortiz, añadido).

(190) E: pedaços.

(191) Ms.: mi.

(192) E: porque en saliendo.

LEONOR. ¡Señor, ten piedad!

REY. ¿Piedad?

La que tuviste de mí.

BENITO. ¿Que nos han de quemar?

MENGA. Sí.

BENITO. ¿Tanta crueldad?

MENGA. No es crueldad.

BENITO. Pues ¿las mujeres no temen el fuego?

MENGA. Sí, y mucho más; mas, por vengarme de Bras (193), me güelgo de que me quemen.

LEONOR. Señor, llegado a tal punto tu enojo y tu amor, no quiera (194) el cielo que mi temor causa de tu enojo sea. (195) Y aunque sabiendo quién soy (196) tan cierta muerte (197) me espera, es menor mal que tu engaño llegue al rigor que desea. Yo he sabido de la fama que, sólo de albricias, dieras de hallar tu hermana, a Sevilla, a quien te dijera della. Pues si te la entrego yo, y mi voluntad honesta que con mi esposo me dejes sólo en premio se contenta, ¿no será razón, señor, si a la razón te sujetas (198), que este servicio me pagues?

JUAN. ¡Cielos, detened su lengua, que quiere perder la vida para que yo no la tenga!

REY. No hubiera cosa en el mundo, Laura, por quien yo te diera, sino sólo por mi hermana. ¿Dónde está? ¿Tú sabes de ella? Doyte mi palabra real que no recibas ofensa de mí si me das mi hermana.

LEONOR. Pues yo soy.

(193) Ms.: si mucho mas / por vengarme aqui de Bras..

(194) E: quisiera.

(195) E: Dicen este verso y el anterior:

*yo con mi triste humildad
humillar a tu grandeza.*

(196) Ms.: y aunque en sabien (do, añadido) (soy tachado), (quien soy, añadido).

(197) E: tan justamente.

(198) E: si mi voluntad acetas.

REY. ¿Tú? Pues espera (299), que cumpliré lo que dije, aunque, engañado, pudiera volver mi palabra atrás. Pero si cumplirla es fuerza, con sola (200) una condición dejaré que libre (201) puedas vivir (202), Leonor, en mi reino, que pienso que si te viera no te hubiera aborrecido. (203) Don Juan, hermana tan bella que me pudo enloquecer, no es justo que la aborrezca.

JUAN. Sí, señor; mas no te engañe Laura diciendo que es ella.

REY. Bien dices; Laura o Leonor, habla conmigo de veras; mira que don Pedro soy.

LEONOR. No puedo darte más señas que llevándome a mi casa, todos quantos hay (204) en ella tenerme por su señora.

REY. Fernando, señas son éstas que no me pueden faltar.

FERNANDO. Señor, las de su presencia y majestad son tan grandes, que su valor manifiestan.

REY. Es, Leonor, la condición que para que vivir pueda libre de ti, que sospecho (205) que Enrique casarte quiera con algún príncipe extraño que le ayude y favorezca, pues, como sabes, rebelde (206), ha intentado hacerme guerra, ocasión que me ha movido a que tanto os aborrezca, con quien yo quiera te cases; que yo buscaré quien sea más leal en mi servicio y más firme en mi defensa.

LEONOR. Tu hechura soy.

REY. Oíd, don Juan

JUAN. ¿Qué me manda Vuestra Alteza?

(199) Ms.: Leo. Yo soy. Rey. ¿Tu? Leo. Yo. Rev. Pues espera.

(200) E: solo.

(201) E: dexaré que vivir.

(202) E: libre.

(203) E: Faltan este verso y el anterior.

(204) E: todos los que están.

(205) E: libre de ti porque temo.

(206) Ms.: pues como sabes (Ribalbo, sic, tachado) (Enrique, añadido).

REY. Que me aconsejéis (207), Velasco,
como a su Rey aconsejan
los deudos y los vasallos. (208)
De los que en Castilla quedan,
o aquí vinieron conmigo,
¿quién hay que mejor merezca
a mi hermana? ¿Es Martín López
de Córdoba, que se precia
(mi camarero mayor)
de virtud, sangre y nobleza?
¿Será don Juan de Padilla,
a quien Castilla respeta
por comendador mayor?
¿Será don Luis (209) de la Cerda,
Alvaro Pérez de Castro,
o don Beltrán de la Cueva?
JUAN. Señor, si os he de decir
el que con mayor firmeza
de lealtad os ha servido,
como lo dicen las flechas
de la vega (210) de Granada
y los muros (211) de Antequera,
el que no dará favor
a quien obediencia os niega,
y tratará a vuestra hermana
con más amor y grandeza,
¿dirélo con libertad?

(207) *Ms.: aconsejais.*

(208) *E: amigos.*

(209) *E: Juan.*

(210) *E: de los muros.*

(211) *E: y murallas.*

REY. Decid, que yo os doy licencia.
JUAN. Pues yo soy.

REY. ¿Vos?

JUAN. Si queréis
que en el campo lo defienda,
venga el mundo contra mí.
REY. Cuanto a mí, Velasco, sea;
pero sepamos su gusto,
que temo que ella no quiera.
Leonor, hablando a don Juan
en tus bodas, me aconseja
que te case

LEONOR. ¿Con quién dice?

REY. Con el almirante.

LEONOR. Yerra,

pues era (212) mejor con él.

REY. Pues él es, como tú quieras.

LEONOR. Sí quiero.

REY. Pues daos las manos.

LEONOR. Doña Inés, mi camarera,
bien merece a don Fernando.

REY. Justamente en él se emplea. (213)

INÉS. Yo me tendré por dichosa.

FERNANDO. Yo lo soy en merecerla.

MENGA. Señor, ¿no flechan a Bras?

BRAS. No, que soy tu esposo, Menga;
en cuyas bodas, senado,
se acaba *La carbonera*.

(212) *E: pues fuera.*

(213) *Ms.: Tachados este verso y el anterior.*

(214) *Ms.: Tachados este verso y el anterior.*

INDICE DEL TOMO X

	<i>Págs.</i>
PRÓLOGO.	v
179.—Los torneos de Aragón.....	1
180.—La traición bien acertada.....	38
181.—El triunfo de la humildad y soberbia vencida.....	73
182.—El valor de las mujeres.....	113
183.—El vencido vencedor.....	153
184.—La venganza venturosa.....	187
185.—La ventura en la desgracia.....	227
186.—La ventura sin buscalla.....	258
187.—Ventura y atrevimiento.....	294
188.—Ver y no creer.....	325
189.—La villana de Getafe.....	366
190.—La vitoria de la honra.....	412
191.—Viuda, casada y doncella.....	455
192.—Ya anda la de Mazagatos.....	492
193.—Los yerros por amor.....	540
194.—Allá darás rayo.....	568
195.—Amor con vista.....	598
196.—Amor, pleito y desafío.....	635
197.—Las burlas veras.....	675
198.—La carbonera.....	706

ENMIENDAS Y ADICIONES

PÁGINA	VERSO	DICE	LÉASE
29, <i>a</i> .	22	Después de	Después que
36, <i>a</i> .	3	viene	viniere
86, <i>b</i> .	2	está	esté
166, <i>b</i> .	39	Eo	Eso
244, <i>b</i> .	35	impide	impida
247, <i>b</i> .	27	que es en ella	que en ella es
318, <i>b</i> .	18	enfrenta	afrenta.
320, <i>b</i> .	9	resmpuesta	respuesta.
327, <i>b</i> .	13	sonoras	sonorosas.
346, <i>b</i> .	39	alm	alma.
346, <i>b</i> .	40	homocida	homicida.
360, <i>a</i> .	9	más	mas.
392, <i>a</i> .	16	despeñalos	despeñallos.
395, <i>b</i> .	8	Glia	Gila.
429, <i>a</i> .	16	opdrémonos	podrémonos.
468, <i>b</i> .	3	resplondor	resplandor.
517, <i>a</i> .	29	escucha	escucho.
554, <i>a</i> .	44	Ramos	Remos.
590, <i>a</i> .	30	coresponde	corresponde.
635, <i>b</i> .	1	beuno	bueno.
681, <i>b</i> .	41	vellacos	bellacos.
734, <i>b</i> .	24	prostrero	postrero.
NOTA			
10, <i>a</i> .	2	cobre	sobre.
528, <i>b</i> .	302	esritos	escritos.
536, <i>b</i> .	353	sete	este.
736, <i>b</i> .	189	ortiz	ortir.

Páginas.

- 8, *a*: atribúyase la nota a la última redondilla de la columna.
- 25, *a*, verso 13: *afirmo*, así en las ediciones; parece mejor lectura *firno*.
- 66, *b*, verso 28, así en las ediciones; no rima.
- 83, *b*: trocados los versos penúltimo y antepenúltimo.
- 229, *b*: los versos 18 y 19 sueltos; faltan otros dos para completar la redondilla.
- 294: los versos de la Escena 1.^a son décimas; la quinta décima, imperfecta, así en la edición.
- 362, *a*: atribúyanse al CONDE los versos 35 y 36.
- 364, *b*: la nota 3 es la 4 y la 4 es la 3.
- 386, *b*: atribúyase a DON FÉLIX el verso 20 *¿Sois casado?*
- 574, *b*: verso 8, *considerar*, así en la edición; léase *considerar*[os].
- 620, *a*: sobra el verso 6.
- 658, *b*: entre los versos 6 y 7, intercálese otro, omitido: *esa mujer que ha propuesto*.
- 735, *b*: trocados los versos primero y segundo.

K 44473

1372

15

Date Due





PQ6438 .A1 1916 t.10

Vega Carpio, Lope F.

Obras.

DATE	ISSUED TO
	49987

49987

PQ
6438
A1
1916
t. 1 0

Vega Carpio, Lope Félix de
Obras. Nueva ed.

Trent
University

